

CHARLES DICKENS
Casa Desolada



Lectulandia

Representa, para Chesterton, el punto más alto de la madurez intelectual de Dickens, su obra central.

Esther Summerson, abandonada al nacer por sus padres, es la protegida de John Jarndyce, un poderoso gentleman de buen corazón que lleva años pleiteando a causa de una herencia. Esther vive en la residencia de Jarndyce, Casa Desolada, desde los dieciocho años, junto con Ada y Richard, primos adolescentes de John, huérfanos e indigentes a causa de la disputada herencia, a los que éste trata de orientar en la vida. La novela gira en torno a los avatares biográficos de Esther cuyo relato en primera persona se intercala con el del narrador?, siempre luchando por encontrar su identidad, superar su origen y triunfar socialmente.

Lectulandia

Charles Dickens

Casa desolada

ePUB v1.1

Akakiy Akakiyevich 07.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Bleak House*

Publicado por entregas entre marzo de 1852 y septiembre de 1853.

Traducción y postfacio: *Fernando Santos Fontenla*

Dedicatoria de la edición de 1853

Dedicado, en recuerdo de nuestra amistad y cooperación
A mis amigos de la
Liga de la literatura y las artes

Prefacio a la primera edición

Hace unos meses, en una ceremonia pública, un magistrado de la Cancillería tuvo la amabilidad de comunicarme, como miembro de un grupo de 150 hombres y mujeres sospechosos de demencia, que el Tribunal de Cancillería, pese a ser objeto de tantísimos prejuicios del público (en cuyo momento me pareció que el magistrado me echaba una mirada de reojo), era algo casi inmaculado. Reconoció que había habido alguna cosilla que criticar en el ritmo de sus actuaciones, también se había exagerado mucho, y todo se había debido a la «parsimonia del público», cuyo culpable público, según parecía, había estado empeñado hasta hacía poco y con la mayor terquedad en no aumentar en absoluto el número de magistrados de Cancillería establecido por... creo que por Ricardo II, pero da igual cualquier rey.

Aquel chiste me pareció demasiado bueno para insertarlo en el cuerpo de este libro, pues si no se lo hubiera atribuido a Conversation Kenge o al señor Vholes, uno de los cuales creo que debió ser su creador. En boca de uno de ellos lo podría haber apareado con una cita idónea de uno de los sonetos de *Shakespeare*:

Mi naturaleza está sometida

Al material que trabaja, como la mano del tintorero:

¡Apiadaos, pues, de mí, y deseadme renovado!

Pero como es bueno que el parsimonioso público sepa lo que ha estado pasando, y sigue pasando, a este respecto, menciono aquí que todo lo narrado en estas páginas acerca del Tribunal de Cancillería es fundamentalmente cierto, y se ajusta a la verdad. El caso de Gridley se ha tomado en todo lo esencial de un caso real, hecho público por una persona desinteresada familiarizada por motivos profesionales con toda aquella monstruosidad desde el principio hasta el final. Actualmente [\[1\]](#) hay un caso ante ese Tribunal que se inició hace casi veinte años, en el cual se sabe que han llegado a comparecer de 30 a 40 abogados al mismo tiempo, en el cual se han acumulado costas de 70.000 libras, que no es sino un *pleito que resolver amigablemente*, y que (según me aseguran) no se halla ahora más cerca de su fin que cuando se inició. Hay en Cancillería otro famoso pleito, todavía sin fallar, que se inició antes de fines del siglo pasado, y en el cual las costas ya han engullido más del doble de 70.000 libras. Si quisiera buscar más bases para JARNDYCE Y JARNDYCE podría llenar páginas enteras al respecto, para gran vergüenza de... un público parsimonioso.

No deseo hacer sino otra observación más. La posibilidad de la llamada *Combustión Espontánea* se viene negando desde que murió el señor Krook, y mi

buen amigo el señor LEWES [2] (quien en seguida averiguó que se había equivocado, al suponer que las autoridades habían abandonado la cuestión) publicó algunas cartas ingeniosas (dirigidas a mí) cuando se publicó el relato de aquel acontecimiento, en las cuales aducía la total imposibilidad de que existiera la *Combustión Espontánea*. Huelga observar que no pretendo inducir a error a mis lectores por acción ni por omisión, y que antes de escribir lo que digo me preocupé de investigar el asunto. Hay constancia de unos 30 casos, el más famoso de los cuales, el de la Condesa Cornelia de Bandi Cesenate, lo investigó y describió con gran minuciosidad Giuseppe Bianchini, prebendario de Verona, persona distinguida en el mundo de las letras, que publicó un relato al respecto en 1731 en Verona y después lo reeditó en Roma. Las apariencias observadas en aquel caso fuera de toda duda racional son las mismas observadas en el caso del señor Krook. El caso más famoso después de aquél ocurrió en Rheims seis años antes, y en aquella ocasión el cronista fue LE CAT, uno de los médicos cirujanos de más renombre de Francia. El sujeto fue una mujer, a cuyo marido la ignorancia lo condenó por asesinato, pero tras un recurso solemne a una instancia más alta, salió absuelto, pues se demostró en la prueba que la esposa había fallecido de la muerte a la que se da el nombre de *Combustión Espontánea*. No creo necesario añadir más de estos notables datos ni a la referencia general, las opiniones y las experiencias escritas de distinguidos catedráticos de Medicina, franceses, ingleses y escoceses, de tiempos más modernos, y me contento con observar que no rechazaré esos datos hasta que se haya producido una *Combustión Espontánea* de los testimonios que habitualmente sirven para demostrar los acontecimientos humanos.

En *Casa desolada* me he detenido adrede en el lado romántico de las cosas corrientes. Creo que nunca he tenido tantos lectores como en este libro. ¡Ojalá volvámos a encontrarnos!

Londres, agosto 1853

1. En Cancillería [3]

Londres. Hace poco que ha terminado la temporada de San Miguel, y el Lord Canciller en su sala de Lincoln's Inn's [4]. Un tiempo implacable de noviembre. Tanto barro en las calles como si las aguas acabaran de retirarse de la faz de la Tierra y no fuera nada extraño encontrarse con un megalosaurio de unos 40 pies chapaleando como un lagarto gigantesco Colina de Holborn arriba. Humo que baja de los sombreretes de las chimeneas creando una llovizna negra y blanda con copos de hollín del tamaño de verdaderos copos de nieve, que cabría imaginar de luto por la muerte del sol. Perros, invisibles en el fango. Caballos, poco menos; enfangados hasta las anteojeras. Peatones que entrechocan sus paraguas, en una infección general de mal humor, que se resbalan en las esquinas, donde decenas de miles de otros peatones llevan resbalando y cayéndose desde que amaneció (si cupiera decir que ha amanecido) y añaden nuevos sedimentos a las costras superpuestas de barro, que en esos puntos se pega tenazmente al pavimento y se acumula a interés compuesto.

Niebla por todas partes. Niebla río arriba, por donde corre sucia entre las filas de barcos y las contaminaciones acuáticas de una ciudad enorme (y sucia). Niebla en los pantanos de Essex, niebla en los cerros de Kent. Niebla que se mete en las cabinas de los bergantines carboneros; niebla que cae sobre los astilleros y que se cierne sobre el aparejo de los grandes buques; niebla que cae sobre las bordas de las gabarras y los botes. Niebla en los ojos y las gargantas de ancianos retirados de Greenwich, que carraspean junto a las chimeneas en las salas de los hospitales; niebla en la boquilla y en la cazoleta de la pipa que se fuma por la tarde el patrón malhumorado, metido en su diminuto camarote; niebla que enfría cruelmente los dedos de los pies y de las manos del aprendiz que tiritita en cubierta. Gentes que pasan por los puentes y miran por encima del parapeto el cielo bajo la niebla, todas rodeadas de niebla, como si estuvieran metidas en un globo, colgadas en medio de las nubes neblinosas.

Los faroles de gas crean confusas aureolas en medio de la niebla en diversas partes de las calles, como las que parecería crear el sol, visto desde los campos esponjosos, a ojos del pastor y el labrador. Casi todas las tiendas han encendido el alumbrado dos horas antes de lo normal, y el gas parece darse cuenta de ello, pues tiene un aspecto sombrío y renuente.

Donde más hosca está la tarde, y donde más densa está la niebla, y donde más embarradas están las calles, es junto a esa mole antigua y pesada, ornamento idóneo del umbral de una corporación antigua y pesada: Temple Bar. Y junto a Temple Bar, en Lincoln's Inn Hall, en el centro mismo de la niebla, está sentado el Lord Gran Canciller, en su Alto Tribunal de Cancillería.

Jamás podrá haber una niebla demasiado densa, jamás podrá haber un barro y un cieno tan espesos, como para concordar con la condición titubeante y dubitativa que

ostenta hoy día este Alto Tribunal de Cancillería, el más pestilente de los pecadores empelucados que jamás hayan visto el Cielo y la Tierra.

Si hay una tarde adecuada para ello, esta es la tarde en que el Lord Gran Canciller debería estar en su sala —como lo está ahora— con un halo de niebla en torno a la cabeza, blandamente enmarcada en paños y cortinas escarlatas, mientras escucha a un abogado corpulento de grandes patillas, escasa voz y un expediente interminable, y él dirige la mirada a la lámpara del techo, donde no ve nada más que niebla. Si hay una tarde adecuada para ello, esta tarde debería haber una veintena de miembros del Alto Tribunal de Cancillería —y los hay— ocupados neblinosamente en una de las 10.000 fases de una causa interminable, echándose zancadillas los unos a los otros con precedentes escurridizos, hundidos hasta las rodillas en tecnicismos, dándose de cabezazos empelucados de pelo de cabra y crin de caballo contra muros de palabras, y presumiendo de equidad con gestos muy serios, como si fueran actores. En una tarde así, los diversos procuradores de la causa, dos o tres de los cuales la han heredado de sus padres, que hicieron una fortuna con ella, deberían estar en fila —¿no lo están?— en un foso alargado y afelpado (en el fondo del cual, sin embargo, sería vano buscar la Verdad), entre la mesa roja del escribano y las togas de seda, con peticiones, demandas, réplicas, dúplicas, citaciones, declaraciones juradas, preguntas, consultas a procuradores, informes de procuradores, montañas de necesidades carísimas, todo amontonado ante ellos. ¡Es lógico que el tribunal esté oscuro, con unas velas moribundas acá y acullá; es lógico que sobre él se cierna una niebla densa, como si nunca fuera a desvanecerse; es lógico que las ventanas de vidrieras coloreadas pierdan el color y no dejen entrar ninguna luz; es lógico que los no iniciados, que atisban por los panales de vidrio de la puerta, se vean disuadidos de entrar por el ambiente solemne y por los lentos discursos que retumban lánguidos en el techo, procedentes del estrado donde el Lord Gran Canciller contempla la lámpara que no alumbraba y donde están colgadas las pelucas de todos sus ayudantes en medio de un banco de niebla! Es el Alto Tribunal de Cancillería, que tiene sus casas en ruinas y sus tierras abandonadas en todos los condados; que tiene sus lunáticos esqueléticos en todos los manicomios, y sus muertos en todos los cementerios; que tiene a sus litigantes, con sus tacones gastados y sus ropas gastadas, que viven de los préstamos y las limosnas de sus conocidos; que da a los poderosos y adinerados abundantes medios para desalentar a quienes tienen la razón; que agota hasta tal punto la hacienda, la paciencia, el valor, la esperanza; que hasta tal punto agota las cabezas y destroza los corazones que entre todos sus profesionales no existe un hombre honorable que no esté dispuesto a dar —que no dé con frecuencia— la advertencia: «¡Más vale soportar todas las injusticias antes que venir aquí!».

¿Y quién está en la Sala del Lord Canciller esta tarde sombría, además del Lord Canciller, el abogado de la causa, dos o tres abogados que nunca tienen una causa y el

foso de abogados antes mencionado? Está el escribano, sentado más abajo del magistrado, con su peluca y su toga, y hay dos o tres maceros, o bolseros, o saqueros, o lo que sean, con los uniformes de su oficio. [5] Todos ellos bostezan, porque ya no es posible divertirse con JARNDYCE Y JARNDYCE [6] (que es la causa de la que se trata), que quedó exprimida hasta el tuétano hace años. Los taquígrafos, los secretarios de tribunales y los periodistas de tribunales se marchan siempre que reaparece Jarndyce y Jarndyce. Sus sitios se quedan vacíos. Subida en una silla a un lado de la sala, con objeto de ver mejor el santuario encortinado, hay una ancianita loca tocada con un gorro fruncido, que siempre está en el tribunal, desde que empieza la sesión hasta que se levanta, y que siempre espera que se pronuncie algún fallo incomprensible en su favor. Hay quien dice que efectivamente es, o fue alguna vez, parte en un pleito, pero nadie está seguro, porque a nadie le importa. Lleva en su ridículo cachivaches a los que califica de documentos; se trata fundamentalmente de fósforos, de papel y de lavanda seca. Aparece un preso cetrino, detenido por sexta vez, a fin de presentar una instancia personal «para purgar su desacato», pero como se trata del único superviviente de una familia de albaceas, y ha caído en un estado de confusión de cuentas, de las cuales nadie le acusa de haber sabido nada, no es en absoluto probable que lo vaya a lograr. Entre tanto, no tiene ningún futuro en la vida. Otro pleiteante arruinado, que llega periódicamente desde Shropshire, y se esfuerza por hablar con el Canciller a última hora del día, y al que no hay medio de hacer comprender que el Canciller ignora legalmente su existencia después de habérsela destrozado durante un cuarto de siglo, se planta en un buen sitio y mira atentamente al Magistrado, dispuesto a exclamar «¡Señoría!» con sonora voz de queja en el momento en que Su Señoría se levante. Unos cuantos pasantes de abogados y otros que conocen de vista al pleiteante deambulan por allí, por si hace algo divertido, y anima un poco este día tan triste.

Jarndyce y Jarndyce se arrastra. Este pleito de espantapájaros se ha ido complicando tanto con el tiempo que ya nadie recuerda de qué se trata. Quienes menos lo comprenden son las partes en él, pero se ha observado que es imposible que dos abogados de la Cancillería lo comenten durante cinco minutos sin llegar a un total desacuerdo acerca de todas las premisas. Durante la causa han nacido innumerables niños; innumerables jóvenes se han casado; innumerables ancianos han muerto. Docenas de personas se han encontrado delirantemente convertidas en partes en Jarndyce y Jarndyce, sin saber cómo ni por qué; familias enteras han heredado odios legendarios junto con el pleito. El pequeño demandante, o demandado, al que prometieron un caballito de madera cuando se fallara el pleito, ha crecido, ha poseído un caballo de verdad y se ha ido al trote al otro mundo. Las jovencitas pupilas del tribunal han ido marchitándose al hacerse madres y abuelas; se ha ido sucediendo una larga procesión de Cancilleres que han ido desapareciendo a su vez; la legión de

certificados para el pleito se ha transformado en meros certificados de defunción; quizá ya no queden en el mundo más de tres Jarndyce desde que el viejo Tom Jarndyce, desesperado, se voló la tapa de los sesos en un café de Chancery Lane, pero Jarndyce y Jarndyce sigue arrastrándose monótono ante el Tribunal, eternamente un caso desesperado.

Jarndyce y Jarndyce se ha convertido en un tema de broma. Es lo único bueno que ha producido. Ha acarreado la muerte a mucha gente, pero en la profesión es motivo de risa. Todos los procuradores en Cancillería tienen algo que contar a su respecto. Todos los Cancilleres han «estado en él» en nombre de unos o de otros, cuando eran meros abogados. Han hablado bien del caso viejos magistrados de narices rojas y gruesos zapatos en comités selectos mientras tomaban su oportuno después de cenar en sus oficinas. Los abogadillos que están haciendo sus pasantías han profundizado en él sus conocimientos jurídicos. El último Lord Canciller lo manejó muy bien cuando, al corregir al señor Blowers, el eminente Abogado de la Corona, que había dicho de algo que no pasaría hasta que las ranas criaran pelo, le señaló: «O hasta que hayamos terminado con Jarndyce y Jarndyce, señor Blowers», broma que hizo particular gracia a los maceros los bolseros y los saqueros.

Sería muy difícil saber a cuántas de las personas implicadas en el pleito ha tocado Jarndyce y Jarndyce con su mano enferma para deformarlas y corromperlas. Desde el procurador, en cuyos archivos las resmas polvorientas de atestado para Jarndyce y Jarndyce han ido arrugándose en sombrías y múltiples formas, hasta el copista de la Oficina de los Seis Secretarios [7], que ha copiado docenas de miles de páginas de folios oficiales de la Cancillería bajo ese epígrafe eterno, nadie ha llegado a ser una persona mejor gracias al pleito. El engaño, la evasión, los aplazamientos, el saqueo, el hostigamiento, las falsedades de todo tipo, no contienen influencia alguna que pueda jamás llevar a nada bueno. Es posible que hasta los meritorios de los procuradores, que han mantenido a distancia a los sufridos pleiteantes, con sus permanentes protestas de que el señor Chizzle, Mizzle [8], o lo que fuera, estaba muy ocupado y tenía visitas hasta la hora de cenar, se hayan visto moralmente influidos por Jarndyce y Jarndyce. El administrador judicial de la causa ha adquirido una buena suma de dinero gracias a ella, pero también ha llegado a desconfiar hasta de su propia madre y a despreciar a sus propios colegas. Chizzle, Mizzle, o quienes sean, han caído en el hábito de prometerse a sí mismos que van a estudiar ese asunto pendiente y ver lo que se puede hacer por Drizzle —al que no se le ha tratado demasiado bien— cuando el bufete pueda terminar con Jarndyce y Jarndyce. La malhadada causa ha esparcido por todas partes la pereza y la codicia, en todas sus múltiples formas, e incluso quienes han contemplado su historia desde el círculo más remoto de tanta perversión se han visto insensiblemente tentados a dejar que la maldad siguiera su mal camino y a opinar vagamente que si el mundo va mal era

porque, quizá por distracción, nadie pretendió nunca que fuera bien.

Así, en medio del barro y en el centro de la niebla está el Lord Gran Canciller sentado en su Alto Tribunal de Cancillería.

—Señor Tangle [9] —dice el Lord Gran Canciller, que últimamente se está cansando un tanto de la elocuencia del erudito jurista.

—Señoría —dice el señor Tangle. El señor Tangle sabe más que nadie del caso Jarndyce y Jarndyce. Esa fama tiene; se dice que desde que salió de la Facultad no se ha ocupado más que de él.

—¿Le queda mucho por exponer?

—No, señoría..., varios aspectos..., me siento obligado a señalar... señoría —es la respuesta que susurra el señor Tangle.

—Creo que todavía han de intervenir varios letrados, ¿no? —dice el Canciller con una leve sonrisa. Dieciocho distinguidos colegas del señor Tangle, cada uno de ellos armados con un breve resumen de 1800 folios, asienten subiendo y bajando las cabezas como 18 teclas de un piano, hacen 18 reverencias y vuelven a ocupar sus 18 asientos anónimos.

—Continuaremos la audiencia del miércoles en quince días —anuncia el Canciller. Pues el tema en estudio no es más que una cuestión de costas, una mera gota en el océano del pleito principal, y ésta sí que se va a resolver en cuestión de días.

El Canciller se pone en pie; llevan al preso a toda prisa al frente; el hombre de Shropshire exclama: «¡Señoría!». Maceros, bolseros y saqueros exigen silencio, indignados, y miran ceñudos al hombre de Shropshire.

—Por lo que hace —continúa el Canciller, que sigue refiriéndose a Jarndyce y Jarndyce— a la jovencita...

—Con la venia de Su Señoría..., el joven —dice el señor Tangle prematuramente.

—Por lo que hace —continúa el Canciller, vocalizando exageradamente— a la jovencita y al joven, los dos menores —el señor Tangle queda aplastado—, que ordené estuvieran presentes hoy, y que se hallan en estos momentos en mi despacho, voy a verlos para ver si procede que ordene que pasen a residir con su tío.

El señor Tangle vuelve a ponerse en pie:

—Con la venia de Su Señoría..., fallecido.

—Con su... —y el Canciller contempla los papeles que tiene en la mesa a través de los anteojos—, su abuelo.

—Con la venia de Su Señoría..., víctima de acto temerario..., tapa de los sesos.

De pronto, un abogado muy bajito, con tremenda voz tonante, se levanta, todo inflado, en medio de los bancos traseros de niebla, y dice:

—¿Permite Su Señoría? Actúo yo en su nombre. Se trata de un primo lejano. De momento no puedo informar al Tribunal de cuál es el grado de parentesco, pero es su

primo.

Tras dejar que este discurso (pronunciado como un mensaje de ultratumba) resuene hasta las vigas del techo, el abogado bajito se deja caer en el asiento y desaparece en la niebla. Todo el mundo lo busca. Nadie lo ve.

—Voy a hablar con los dos jóvenes —vuelve a hablar el Canciller— para ver si procede que pasen a residir con su primo. Hablaré del asunto cuando vuelva a la Sala, mañana por la mañana.

El Canciller está a punto de hacer una inclinación a los abogados cuando comparece el preso. Imposible hacer nada respecto del confuso estado de sus asuntos, salvo volverlo a enviar a la cárcel, y eso es lo que se hace inmediatamente. El hombre de Shropshire aventura otro «¡Señoría!» de reproche, pero el Canciller ya ha advertido su presencia y ha desaparecido hábilmente. Todo el mundo desaparece a gran velocidad. Se llena una batería de sacas azules [10] con grandes cargas de papeles que se llevan los secretarios; la viejecita loca se marcha con sus documentos; la sala vacía se cierra con siete llaves. ¡Si todas las injusticias que se han cometido en ella y todos los pesares que ella ha causado pudieran encerrarse con ella y quemarlo todo en una enorme pira funeraria, tanto mejor para otras partes, además de las partes en Jarndyce y Jarndyce!

2. El gran mundo

Lo único que queremos en esta tarde neblinosa es echar un vistazo al gran mundo. No es tan diferente del Tribunal de Cancillería como para que no podamos pasar de una escena directamente a la otra. Tanto en el gran mundo como en el Tribunal de Cancillería imperan los precedentes y las costumbres; son Rip Van Winkles que han dormido demasiado, que se dedican a extraños juegos en medio de las mayores tormentas; bellas durmientes a las que algún día despertará el Príncipe, cuando todos los asadores inmóviles en la cocina se pongan a girar a velocidad prodigiosa.

No es un mundo muy grande. En comparación incluso con este mundo nuestro, que también tiene sus límites (como averiguará Vuestra Alteza cuando lo haya recorrido y hayamos llegado al borde del Más Allá), es como una mota de polvo. Tiene muchos aspectos buenos; mucha de la gente que pertenece a él es buena y leal; tiene un papel que desempeñar. Pero lo malo que tiene es que es un mundo envuelto en tanto algodón y lana fina de joyero, y es incapaz de escuchar el tumulto de mundos más anchurosos, y es incapaz de ver cómo giran éstos alrededor del Sol. Es un mundo amortiguado, y su vegetación se marchita a veces por falta de aire.

Milady Dedlock [\[11\]](#) ha vuelto a su casa de Londres a pasar unos días antes de irse a París, donde Milady se propone pasar unas semanas; después de lo cual no se sabe adónde irá. Es lo que dicen los rumores del gran mundo, para gran tranquilidad de los parisinos, y se trata de gente bien informada sobre todo lo que ocurre en el gran mundo. El enterarse de las cosas por otros conductos no sería de buen tono. Milady Dedlock ha estado pasando algún tiempo en lo que, cuando habla en confianza, califica ella de su «residencia» de Lincolnshire. En Lincolnshire no para de llover. Las aguas se han llevado un arco del puente del parque y lo han arrastrado con ellas. Las tierras bajas adyacentes se han convertido, en una anchura de media milla, en un río estancado, en el cual hay árboles en lugar de islas, y cuya superficie está puntuada en todas partes por la lluvia que cae sin cesar. La «residencia» de Milady Dedlock ha estado de lo más lúgubre. Desde hace muchos días y muchas noches, hace un tiempo tan húmedo que los árboles parecen estar saturados y que las ramas cortadas blandamente por el hacha del leñador no hacen el menor ruido al caer. Cuando saltan los ciervos, empapados, hacen saltar el agua a su paso. El disparo de una escopeta pierde su mordiente en el aire saturado de agua, y su humo asciende en una nubecilla perezosa hacia la pendiente verde, coronada por un bosquecillo, que constituye el telón de fondo de la lluvia. La vista desde las ventanas de Milady Dedlock es, según los momentos, un panorama de plomo o de tinta china. Los jarrones de la terraza empedrada en primer plano atrapan la lluvia a lo largo del día, y las pesadas gotas siguen cayendo, plas, plas, plas, en el gran acerón de losas de piedra conocido como el Paseo del Fantasma. Los domingos, la iglesita del parque está toda

húmeda; el púlpito de roble rompe en un sudor frío; y todo exhala un olor y sugiere un sabor general como de los antiguos Dedlock en sus tumbas. Milady Dedlock (que no tiene hijos) ha mirado al principio del atardecer hacia el pabellón de uno de los guardas, desde la ventana de su tocador, y ha visto a un niño, perseguido por una mujer, salir corriendo en medio de la lluvia a abrazar la figura brillante de un hombre abrigado que entraba por la puerta del parque, y se ha puesto de muy mal humor. Milady Dedlock dice que «se ha estado muriendo de aburrimiento».

Por eso se ha ido Milady Dedlock de su residencia de Lincolnshire y la ha dejado abandonada a la lluvia, y a los cuervos, y a los conejos, y a los ciervos, y a las perdices, y a los faisanes. Los cuadros de los Dedlock del pasado parecen haberse hundido en las paredes húmedas de puro desaliento, cuando pasa la anciana ama de llaves por los viejos salones y va cerrando las persianas. Y los rumores del gran mundo —que al igual que el Enemigo son omniscientes en cuanto al pasado, y al presente, pero no en cuanto al futuro— no se comprometen todavía a decir cuándo volverán a salir de las paredes.

Sir Leicester Dedlock no es más que un baronet, pero no hay baronet más poderoso que él. Su familia es tan antigua como Matusalén, e infinitamente más respetable que él. Él opina, en general, que el mundo podría privarse muy bien de los matusalenes, pero que se acabaría sin los Dedlock. Estaría dispuesto, en general, a reconocer que la Naturaleza es una buena idea (quizá un poco vulgar cuando no está encerrada por la verja de un parque), pero una idea cuya ejecución depende de las grandes familias de cada condado. Es un caballero de conciencia estricta, que desdeña todo lo que sea pequeño y mezquino y que estaría dispuesto a morir, inmediatamente, como fuera, antes que dar ocasión a cualquier crítica a su integridad. Se trata de un hombre honorable, obstinado, veraz, de altos ideales, intensos prejuicios, de un hombre perfectamente irracional.

Sir Leicester tiene por lo menos veinte años más que Milady. Ya no cumplirá los sesenta y cinco, ni quizá los sesenta y seis, ni los sesenta y siete. De vez en cuando tiene un ataque de gota, y anda un poco tieso. Tiene una magnífica presencia, con su pelo y sus patillas de color gris claro, sus finas camisas de encaje, su chaleco de un blanco inmaculado y su levita azul, cuyos botones brillantes siempre están abotonados. Es ceremonioso, solemne, muy cortés con Milady en todo momento, y tiene la mayor estima por todos los atractivos personales de Milady. Su galantería para con Milady, que no ha variado desde que la cortejaba, es el único detalle romántico de su persona.

De hecho, se casó con ella por amor. Todavía se rumorea que ella no tenía ni familia; pero Sir Leicester tenía tanta familia que quizá le bastara con la suya y pudiera renunciar a adquirir más. Pero ella tenía belleza, orgullo, ambición, una determinación insolente y suficiente buen sentido como para dotar a una legión de

damas finísimas. Cuando a todo eso se añadieron riqueza y posición social, ascendió rápidamente, y desde hace años Milady Dedlock está en el centro del gran mundo, en la cúspide de la pirámide del gran mundo.

Todo el mundo sabe que Alejandro lloró cuando ya no le quedaron más mundos que conquistar, o más bien debería saberlo, pues es un asunto del que ya se ha hablado mucho. Cuando Milady Dedlock conquistó su mundo, no cayó en un estado de aflicción, sino de gelidez. Los trofeos de su victoria son un gesto de cansancio, una placidez gastada, una ecuanimidad fatigada que no pueden agitar el interés ni la satisfacción. Tiene unos modales perfectos. Si mañana la subieran al Cielo, es de prever que ascendería sin el menor gesto de delirio.

Todavía conserva su belleza, y aunque ya no esté en su apogeo, tampoco se halla en el otoño. Tiene una hermosa faz, inicialmente de un tipo al que se hubiera calificado de guapa, más que de hermosa, pero que ha ido mejorando hasta convertirse en clásica gracias a la expresión que le ha ido dando su elevada condición. Tiene una figura elegante, y da la impresión de ser alta. No es que lo sea, sino que, como ha afirmado en varias ocasiones el Honorable Bob Stables, «aprovecha al máximo todas sus ventajas». La misma autoridad afirma que se atavía perfectamente, y observa, al elogiar en especial sus cabellos, que es la mujer mejor peinada de toda la cuadra.

Revestida de todas sus perfecciones, Milady Dedlock ha llegado de su residencia de Lincolnshire (perseguida en todo momento por los rumores del gran mundo) a pasar unos días en su casa de Londres antes de irse a París, donde Su Señoría se propone pasar unas semanas, y después no sabe adónde ir. Y en su casa de Londres se presenta, en esta tarde sombría, un caballero anticuado y viejo, que es abogado y además consejero del Alto Tribunal de Cancillería, que tiene el honor de ser el asesor jurídico de los Dedlock y tiene en su despacho tantas cajas de hierro con el nombre de éstos escrito en el exterior como si el baronet actual fuera la moneda del truco del prestidigitador y alguien lo estuviera pasando constantemente de un lado a otro del escenario. Un Mercurio empolvado lo conduce por el vestíbulo, las escaleras, los pasillos y las salas, que brillan durante la temporada y se entenebrecen después de ella (como un país de las hadas para el visitante, pero un desierto para quien allí habita) hasta llegar a la presencia de Milady.

El viejo caballero tiene un aspecto oxidado, pero también fama de haber obtenido bastantes beneficios con contratos de matrimonios aristocráticos y aristocráticos testamentos, y de ser muy rico. Está rodeado de un aura misteriosa de confidencias familiares, de las que se sabe que es depositario silencioso. Hay nobles mausoleos, iniciados hace siglos en claros retirados de muchos parques, que quizá contengan menos secretos de la nobleza que los que en el mundo de los hombres encierra el pecho de Tulkinghorn [12]. Pertenece a eso que se llama la vieja escuela (término

que, por lo general, significa toda escuela que jamás parece haber sido joven) y lleva calzones hasta la rodilla atados con lazos, así como polainas o medias. Una peculiaridad de su ropa negra, y de sus negras medias, sean de seda o de estambre, es que nunca brillan. Su atavío, mudo, apretado, insensible a cualquier luz que incide sobre él, es igual que él mismo. Nunca conversa, salvo que se le haga una consulta profesional. A veces se le ve, sin decir una palabra, pero perfectamente a sus anchas, sentado al extremo de una mesa durante un banquete en una de las grandes casas, o junto a las puertas de un salón, en acontecimientos de los que los rumores del gran mundo siempre tienen mucho que decir; todo el mundo lo conoce, y la mitad de la Alta Nobleza se detiene a decir: «¿Cómo está usted, señor Tulkinghorn?». Él recibe estos saludos gravemente y los entierra junto con el resto de las cosas que sabe.

Sir Leicester Dedlock está con Milady y celebra ver al señor Tulkinghorn. Éste tiene un aire de prescripción legal que siempre agrada a Sir Leicester; lo recibe como una especie de homenaje. Le agrada cómo viste el señor Tulkinghorn; también eso es como un homenaje. Es eminentemente respetable y, al mismo tiempo, como una especie de uniforme de servicio distinguido. Expresa, por así decirlo, la administración de los servicios jurídicos, la mayordomía de la bodega jurídica, de los Dedlock.

¿Tiene alguna idea de todo esto el señor Tulkinghorn? Quizá sí y quizá no, pero existe una notable circunstancia que observar en todo lo relacionado con Milady Dedlock como parte de una clase, como parte de los líderes y representantes de su pequeño mundo. Ella se considera un Ser inescrutable, totalmente fuera del alcance y la comprensión de los ordinarios mortales, cuando se contempla ante el espejo, y entonces efectivamente parece serlo. Pero todas las estrellas menores que giran a su alrededor, desde su doncella hasta el director de la ópera Italiana, conocen sus debilidades, sus prejuicios, sus locuras y sus caprichos, y viven con un cálculo y una medida tan exactos de su carácter moral como los que toma su modista de sus proporciones físicas. ¿Hay que preparar un nuevo vestido, un nuevo atavío, un nuevo cantante, un nuevo bailarín, un nuevo enano o un gigante, una nueva capilla, un nuevo lo que sea? Existe una serie de personas diferentes, en una docena de oficios, de quienes Lady Dedlock no sospecha que hagan otra cosa que postrarse ante ella, que pueden decirnos cómo manejarla como si fuera un bebé, que la guían a todo lo largo de su vida, que aceptan humildemente seguirla con total sumisión, y que en realidad la guían a ella y a todo su grupo; que al enganchar a una, enganchan a todos ellos, igual que Lemuel Gulliver arrastró tras de sí a la solemne flota del majestuoso Lilliput. «Si quiere usted tratar con nuestro personal, señor mío», dicen los joyeros Blaze y Sparkle [13] (que al decir «personal» se refieren a Milady Dedlock y el resto), «ha de recordar que no está tratando con el público en general; hay que dar a esa gente en su punto flaco, y ése es su punto flaco». «Señores, para hacer que este

artículo se venda», dicen Sheen y Gloss, los pañeros, a sus amigos los fabricantes, «tienen que venir a nosotros, porque nosotros sabemos adónde llevar al gran mundo, y hacer que algo se ponga de moda». «Si quiere usted hacer que esta litografía llegue a los salones de mis altas relaciones, señor mío», dice el señor Sladdery, el librero, «o si quiere usted llevar a tal gigante o a cual enano a las casas de mis altas relaciones, señor mío, o si quiere usted conseguir para esta compañía el patrocinio de mis altas relaciones, señor mío, tenga usted la bondad de dejarlo en mis manos, pues estoy acostumbrado a estudiar a las principales de mis altas relaciones, señor mío, y puedo decirle sin vanidad que hacen lo que yo les digo», en lo cual el señor Sladdery, que es hombre honrado, no exagera en absoluto.

Por ende, si bien es posible que el señor Tulkinghorn no sepa lo que pasa ahora por las cabezas de los Dedlock, también es muy posible que sí lo sepa.

—¿Ha vuelto a verse hoy la causa de Milady ante el Canciller, señor Tulkinghorn? —pregunta Sir Leicester al darle la mano.

—Sí. Hoy se ha vuelto a ver —replica el señor Tulkinghorn con una de sus leves reverencias a Milady, la cual está sentada en un sofá frente a la chimenea, protegiéndose el rostro con una pantalla de mano.

—Supongo que es inútil preguntar —dice Milady, presa todavía de la monotonía de la residencia de Lincolnshire— si se ha hecho algo.

—Hoy no se ha hecho nada que pudiera *usted* calificar de algo —contesta el señor Tulkinghorn.

—Y nunca se hará —observa Milady.

Sir Leicester no tiene ninguna objeción a un pleito interminable en Cancillería. Es un trámite lento, caro, británico, constitucional. Claro que a él en ese pleito no le va nada vital, pues lo único que aportó Milady a su matrimonio fue su participación en ese pleito, y tiene una vaga impresión de que el que su nombre —el nombre de Dedlock— figure en esa causa y no sea el título de esa misma causa constituye el más ridículo de los accidentes. Pero considera que el Tribunal de Cancillería, pese a entrañar algún que otro retraso en la justicia, y un cierto volumen de confusión, es algo ideado, junto con muchas otras cosas, por la perfección de la sabiduría humana y para la solución eterna (en términos humanos) de todas las cosas. Y opina, en general, decididamente que el dar la sanción de su aprobación a cualquier crítica respecto de ese Tribunal equivaldría a alentar a alguien de las clases inferiores a que se rebelara en alguna parte, a alguien como Weat Tyler [\[14\]](#).

—Como se han inscrito unas cuantas declaraciones juradas nuevas, y como son breves, y como parto del incómodo principio de solicitar a mis clientes que me permitan informarles de todas las novedades de una causa —dice el señor Tulkinghorn, que cautelosamente no acepta más responsabilidades que las necesarias —, y además como se va usted a París, los he traído en el bolsillo.

(Sir Leicester también iba a París, pero lo que interesaba al rumor del gran mundo era que fuese Milady.)

El señor Tulkinghorn saca sus documentos, pide permiso para depositarlos en una mesa que es un talismán dorado puesto al lado de Milady, y empieza a leer a la luz de una lámpara de mesa.

«En Cancillería. Entre John Jarndyce...»

Milady interrumpe y le pide que prescinda de todas las pesadeces formales que sea posible.

El señor Tulkinghorn mira por encima de sus impertinentes y vuelve a empezar más abajo. Milady, distraída y despectivamente, va desviando su atención. Sir Leicester, sentado en un butacón, contempla la chimenea, y parece sentir un agrado ceremonioso por las reiteraciones y las prolijidades jurídicas, como si formaran parte de los bastiones de la nación. Da la casualidad de que donde está sentada Milady el fuego de la chimenea calienta mucho, y de que la pantalla de mano es más bonita que útil, y es inapreciable, pero pequeña. Milady cambia de postura y ve los papeles que hay en la mesa, los contempla más de cerca, cada vez más de cerca, y pregunta impulsivamente:

—¿Quién hizo esas copias?

El señor Tulkinghorn se interrumpe, sorprendido ante la agitación de Milady y su tono desusado.

—¿Es eso lo que llaman ustedes letra cancilleresca? —pregunta ella, que lo mira a los ojos, una vez más con gesto inexpresivo y jugando con la pantalla.

—No exactamente. Probablemente —y el señor Tulkinghorn examina el documento mientras habla—, ese aspecto jurídico que tiene se adquiriese después de que se fuera formando la letra del copista. ¿Por qué me lo pregunta?

—Cualquier cosa con tal de variar esta detestable monotonía. ¡Pero siga, siga!

El señor Tulkinghorn vuelve a leer. El calor va en aumento y Milady vuelve a protegerse el rostro con la pantalla. Sir Leicester da una cabezada, se despierta de repente y exclama:

—¿Eh? ¿Qué decía?

—Decía que me temo —contesta el señor Tulkinghorn, que se ha levantado apresuradamente— que Milady Dedlock se siente mal.

—Un vahído —murmura Milady, a quien se le han puesto blancos los labios—; nada más, pero me siento muy débil. No me digan nada. ¡Llamen para que me lleven a mis aposentos!

El señor Tulkinghorn se retira a otra sala; suenan timbres, ruidos de pasos, primero lentos y después a la carrera; después, silencio. Por fin, Mercurio ruega al señor Tulkinghorn que vuelva.

—Ya está mejor —dice Sir Leicester, con un gesto al abogado para que se siente y

siga leyendo ante él sólo—. Me he asustado mucho. Nunca había visto desmayarse a Milady. Pero hace un tiempo terrible, y la verdad es que se ha muerto de aburrimiento en nuestra residencia de Lincolnshire.

3. Un recorrido

Me resulta muy difícil empezar a escribir mi parte de estas páginas, pues sé que no soy lista. Siempre lo he sabido. Recuerdo que cuando era muy pequeña solía decirle a mi muñequita, cuando nos quedábamos a solas:

«Vamos, Muñequita, sabes perfectamente que no soy muy lista, y tienes que ser buena y tener paciencia conmigo!». Y ella se quedaba sentadita en una gran butaca, con la tez tan bonita y los labios sonrosados, contemplándome, o más bien contemplando la nada, mientras yo me ocupaba en mis labores y le contaba cada uno de mis secretos.

¡Cuánto quería yo a aquella muñeca! Entonces era yo tan tímida que apenas me atrevía a abrir la boca, y jamás me atrevía a revelar mis pensamientos ante nadie, más que ella. Casi me echo a llorar cuando recuerdo cómo me tranquilizaba, al volver de la escuela, el subir corriendo las escaleras hasta mi habitación y exclamar: «¡Ay, muñequita fiel; ya sabía yo que me estarías esperando!», y luego me sentaba en el suelo, apoyada en el brazo de su butacón, y le decía todo lo que había visto desde que nos separamos. Yo siempre había sido muy observadora —¡aunque no muy viva, eso no!—, una observadora silenciosa de lo que pasaba ante mí, y solía pensar que me gustaría comprenderlo todo mejor. No es que sea de comprensión muy rápida. Cuando quiero muchísimo a alguien, parece que comprendo mejor. Pero también es posible que eso sea una vanidad mía.

Desde mis primeros recuerdos, quien me crió fue mi madrina, igual que a algunas de las princesas de los cuentos de hadas, sólo que yo no era nada encantadora. ¡Mi madrina era una mujer buenísima! Iba a la iglesia tres veces todos los domingos, y a las oraciones de la mañana los miércoles y los viernes, y a los sermones cuando los había, y no fallaba nunca. Era hermosa, y si alguna vez hubiera sonreído (pensaba yo entonces), hubiera sido como un ángel, pero nunca sonreía. Siempre estaba muy seria, y era muy estricta. A mí me parecía que como ella era tan buena, la maldad de los otros le hacía pasarse la vida con el ceño fruncido. Me sentía tan diferente de ella, incluso si se tienen en cuenta todas las diferencias que hay entre una niña y una mujer; me sentía tan pobre, tan insignificante, que nunca podía actuar con naturalidad ante ella; no, ni siquiera podía quererla como yo hubiera deseado. Me sentía muy triste al pensar lo buena que era ella y lo indigna de ella que era yo, y solía confiar ardientemente en que más adelante tendría yo mejor corazón, y hablaba mucho de eso con mi querida Muñequita, pero nunca quise a mi madrina como hubiera debido quererla, y como creía que debía quererla si yo hubiera sido una niña más buena.

Yo diría que aquello me hacía ser más tímida y retraída de lo que ya era por naturaleza, y hacía que mi Muñequita fuera la única amiga con la que me sentía a gusto. Pero cuando todavía era yo muy pequeña, pasó algo que me sirvió de mucho.

Nunca había oído hablar de mi mamá. Tampoco había oído hablar de mi papá, pero mi mamá me interesaba más. Que yo pudiera recordar, nunca me habían vestido de negro. Nunca me habían enseñado la tumba de mi mamá. Nunca me habían dicho dónde estaba. Pero tampoco me habían dicho que rezara por nadie más que por mi madrina. Más de una vez le había planteado estas ideas a la señora Rachael, nuestra única sirvienta, que era la que se me llevaba la luz cuando me acostaba (también ella era muy buena, pero austera conmigo), y no me había dicho más que: «¡Buenas noches, Esther!», y se iba y me dejaba sola.

Aunque en la escuela local a la que iba yo había siete niñas, y aunque me llamaban la pequeña Esther Summerson, yo nunca iba a sus casas. Claro que todas ellas eran mayores que yo (yo era la más pequeña, con mucho), pero parecía como si entre nosotras hubiera alguna diferencia aparte de ésa, y además de eso todas eran mucho más listas que yo y sabían mucho más que yo. Me acuerdo muy bien de que una de ellas, la primera semana que fui a la escuela, me invitó a que fuera a una fiesta a su casa, y me alegré mucho. Pero mi madrina escribió una carta muy tesa diciendo que no podía ir, y no fui. Yo no salía nunca.

Era mi cumpleaños. Cuando eran los cumpleaños de otras, siempre había fiesta en la escuela, pero cuando era el mío, no. En otros cumpleaños se hacía fiesta en las casas, y yo lo sabía porque oía lo que se contaban las otras niñas, pero en la mía nunca se hacía nada. En mi casa, mi cumpleaños era el día más melancólico de todo el año.

Ya he mencionado que, salvo que me engañara mi vanidad (cosa que es posible, pues es posible que sea muy vanidosa sin sospecharlo, aunque la verdad es que no lo creo), mi comprensión se aviva cuando se anima mi afecto. Soy muy afectuosa, y quizá todavía pudiera volver a sentirme herida, si fuera posible recibir una herida más de una vez, de forma tan aguda como aquel cumpleaños.

Había terminado la cena, y mi madrina y yo estábamos sentadas a la mesa ante la chimenea. El reloj tictaqueaba, el fuego crepitaba, y ni en aquella habitación ni en toda la casa se oía otro ruido desde hacía no recuerdo cuánto tiempo. Por casualidad miré tímidamente por encima de mi costura hacia mi madrina, y el gesto que le vi en la cara, mientras me miraba sombría, decía: «¡Cuánto mejor hubiera sido, pobrecita Esther, que no hubiera sido tu cumpleaños, que nunca hubieras nacido!».

Rompí en llanto y sollozos, y dije:

—Ay, madrina querida, dime, por favor, dime, ¿sé murió mamá cuando nací yo?

—No —respondió—. ¡Y no preguntes más cosas, niña!

—Por favor, cuéntame algo de ella. ¡Dime algo por fin, madrina querida! ¿Qué le hice yo? ¿Cómo la perdí? ¿Por qué soy tan distinta de las demás niñas, y por qué es culpa mía, madrina? No, no, no, no te vayas. ¡Dime algo!

Yo tenía más miedo que pena, y la agarré del vestido y me dejé caer de rodillas.

Ella no había parado de decir: «¡Suelta!». Pero ahora se quedó inmóvil y en silencio.

Su gesto adusto tenía tal poder sobre mí que me interrumpió en medio de mi vehemencia. Alcé una manita temblorosa para tomar la suya, o para pedirle perdón con todo el fervor posible, pero la retiré cuando me miró y me la llevé al corazón tembloroso. Me levantó del suelo, se sentó en su silla y poniéndome en pie ante ella me dijo lentamente, en voz baja y fría, con el ceño fruncido y apuntándome con el dedo:

—Tu madre, Esther, es tu vergüenza, igual que tú fuiste la suya. Ya llegará el momento (y muy pronto) en que lo comprenderás mejor, y también en que lo comprenderás, como sólo puede comprenderlo una mujer. Yo la he perdonado —pero no ablandó el gesto— por el daño que me hizo, aunque fue mayor de lo que jamás puedas tú llegar a comprender, y no diré nada más al respecto, aunque fue algo mayor de lo que jamás llegarás tú a saber, de lo que jamás llegará nadie a saber, más que yo, que fui quien lo sufrió. Y tú, pobrecita, huérfana y envilecida desde el primero de estos horribles cumpleaños, reza todos los días para que no caigan sobre tu cabeza los pecados de los otros, según está escrito. Olvídate de tu madre y deja que todos los demás que quieran tener esa bondad para su pobre hija también la olviden. Y ahora, ¡vete!

Sin embargo, cuando estaba a punto de separarme de ella —¡hasta tal punto me sentía petrificada!—, me detuvo y añadió estas palabras:

—La obediencia, la renuncia y el trabajo diligente son los preparativos para una vida que se ha iniciado con una sombra así sobre ella. Eres diferente de otras niñas, Esther, porque no naciste como ellas como fruto del mismo pecado y de la misma ira que todas. Tú eres distinta.

Subí a mi habitación, me metí en la cama y acerqué la mejilla llena de lágrimas junto a la de mi Muñeca, y con aquella única amiga apretada contra mi pecho me quedé llorando hasta dormirme. Por imperfecta que fuera mi comprensión de mi pena, lo que sí sabía era que yo no había dado ninguna alegría, en ningún momento, a un solo corazón, y que lo que mi Muñequita era para mí yo no lo era para nadie en el mundo.

Dios mío, la cantidad de tiempo que pasamos solas desde entonces, y la cantidad de veces que repetí a mi Muñequita la historia de mi cumpleaños, y que le confié que intentaría, con todas mis fuerzas, reparar el pecado con el que había nacido (del que me confesaba culpable y al mismo tiempo inocente), y que según fuera creciendo haría todo lo posible por ser industriosa, alegre y amable, y por hacer algo de bien a alguien, y lograr que alguien me quisiera, si podía. Espero que no sea egoísta al derramar estas lágrimas cuando pienso en ello. Me siento muy agradecida y estoy muy animada, pero no logro impedir que me vengan a los ojos.

¡Bien! Ya me las he secado, y ahora puedo seguir adelante como es debido.

Después del cumpleaños, advertí tanto más la distancia entre mi madrina y yo, advertí con tal claridad que yo ocupaba un lugar en su casa que debería haber estado vacío, que me resultaba más difícil dirigirme a ella, aunque en mi corazón me sentía más fervientemente agradecida a ella que nunca. Lo mismo sentía respecto de mis compañeras de escuela. Lo mismo sentía respecto de la señora Rachael, que era viuda, y desde luego respecto de su hija, que venía a verla cada dos semanas. Yo era muy retraída y silenciosa, y trataba de ser muy diligente.

Una tarde de sol, cuando acababa de volver a casa con mis libros y mi cartera, mientras observaba mi larga sombra que caminaba a mi lado, y mientras subía las escaleras en silencio hacia mi habitación, como de costumbre, mi madrina miró por la puerta del salón y me llamó. Sentado a su lado vi a un desconocido, lo que era de lo más desusado. Un caballero regordete de aspecto importante, todo vestido de negro, con un corbatín, blanco, grandes sellos de oro en el reloj, unas gafas de oro y un gran anillo de sello en el meñique.

—Ésta —dijo mi madrina a media voz— es la niña. —Después, con su tono natural de voz, añadió—: Ésta es Esther, señor mío.

El caballero se puso las gafas para mirarme y dijo:

—Ven aquí, guapa. —Me dio la mano y me pidió que me quitara el sombrero, todo ello sin dejar de mirarme. Cuando obedecí dijo—: ¡Ah! —y después—: ¡Sí! —Y luego se quitó las gafas y tras meterlas en un estuche rojo se reclinó en el sillón dando vueltas al estuche entre las manos, e hizo un gesto de asentimiento a mi madrina. Entonces ésta me dijo:

—¡Ya puedes ir arriba, Esther! —de manera que le hice una reverencia y me fui.

Debe de haber sido dos años después, y yo tenía casi catorce, cuando una noche terrible estábamos mi madrina y yo sentadas junto a la chimenea. Yo leía en voz alta y ella escuchaba. Había bajado a las nueve, como era mi costumbre, para leerle la Biblia, y ahora estaba leyendo en San Juan cómo Nuestro Señor se había inclinado a escribir con la mano en el polvo, cuando le llevaron a la pecadora:

«Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella"».

Me interrumpí cuando mi madrina se levantó, se llevó la mano a la cabeza y exclamó con una voz horrible, citando de otra parte del Libro:

«¡Velad, pues! Para que cuando venga de repente no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!».

Y de pronto, mientras estaba ante mí repitiendo aquellas palabras, cayó al suelo. No tuve que gritar; su voz había resonado por toda la casa, y se había oído en la calle.

La llevaron a la cama. Allí estuvo más de una semana, sin grandes cambios de aspecto, con su ceño decidido de siempre, que tan bien conocía yo, como esculpido en su hermoso rostro. Fueron muchísimas las veces en que, de día y de noche, con la

cabeza puesta junto a la suya en la almohada para que oyera mejor mis susurros, le di besos, le dije mi agradecimiento, recé por ella, pedí su bendición y su perdón, le rogué que me diera el menor indicio de que me conocía o me oía. No, no, no. Tenía un gesto inmutable. Hasta el final, e incluso después, mantuvo el ceño inalterable.

El día después del entierro de mi pobre madrina reapareció el señor de negro con el corbatín blanco. La señora Rachael me mandó llamar, y lo encontré en el mismo sitio, como si nunca se hubiera ido de allí.

—Me llamo Kenge —dijo—; quizá me recuerdes, hija; Kenge y Carboy, Lincoln's Inn.

Respondí que recordaba haberlo visto una vez antes.

—Siéntate, por favor... aquí, a mi lado. No temas; no debes temerme. Señora Rachael, no necesito comunicarle a usted, que estaba familiarizada con los asuntos de la finada señorita Barbary, que con ella desaparecen sus medios de vida, y que esta señorita, ahora que ha fallecido su tía...

—¡Mi tía, señor!

—De nada vale mantener un engaño cuando nada se puede ganar con ello —dijo el señor Kenge sin alterarse—. Tía de hecho, aunque no ante el derecho. ¡No te preocupes! ¡No llores! ¡No tiembles! Señora Rachael, sin duda nuestra joven amiga sabe... que... ah... Jarndyce y Jarndyce.

—Jamás —dijo la señora Rachael.

—¿Es posible —continuó el señor Kenge poniéndose las gafas —que nuestra joven amiga (¡te lo ruego, no te inquietes!) no haya oído hablar nunca de Jarndyce y Jarndyce?

Negué con la cabeza, preguntándome de qué se trataba.

—¿Que no sepa nada de Jarndyce y Jarndyce? —preguntó el señor Kenge, mirándome por encima de las gafas, y dándole lentamente vueltas al estuche entre las manos, como si estuviera acariciándolo—. ¿Que no haya oído hablar de uno de los mayores pleitos jamás planteados en Cancillería? ¿Que no haya oído hablar de Jarndyce y Jarndyce, que es, ah, por sí solo un monumento a la práctica de Cancillería? ¿En el cual (diría yo) se presentan una vez tras otra todas las dificultades, todos los imponderables, todos los inventos magistrales, todas las formas de procedimiento que conocen los tribunales? Es una causa que no podría existir más que en este país libre y grande. Yo diría que las costas agregadas de Jarndyce y Jarndyce, señora Rachael —me temo que le dirigía la palabra a ella, porque yo parecía no enterarme—, ascienden ahora mismo a ¡entre SESENTA y SETENTA MIL LIBRAS! —dijo el señor Kenge, echándose atrás en la silla.

Yo me sentía muy ignorante, pero, ¿qué iba a hacerle? Era tal mi desconocimiento del tema que incluso entonces no me enteré de nada.

—¡Y es cierto que jamás ha oído hablar de la causa! —dijo el señor Kenge—.

¡Sorprendente!

—La señorita Barbary, señor mío —contestó la señora Rachael—, que se encuentra ya entre los Serafines...

(«Así confío, con toda seguridad» —dijo el señor Kenge, cortésmente.)

... no deseaba que Esther supiera más que lo que le fuera útil. Y en esta casa no se le han enseñado más que cosas de ese género.

—¡Bueno! —exclamó el señor Kenge—. En general, cabe decir que eso es lo correcto. Pero vamos al grano —y se dirigió a mí—. La señorita Barbary, que era tu única pariente (es decir, de hecho, pues ante el derecho no tenías ningún pariente), ha muerto, y como naturalmente no es de esperar que la señora Rachael...

—¡Ah, no, Dios mío! —dijo la señora Rachael inmediatamente.

—Exacto —asintió el señor Kenge—..., que la señora Rachael se haga cargo de tu sustento y mantenimiento (te ruego que no te inquietes), te hallas en posición de recibir la reiteración de un ofrecimiento que recibí orden de hacer a la señorita Barbary hace dos años y que, si bien se vio entonces rechazado, quedaba entendido que era reiterable en las lamentables circunstancias que se han producido ulteriormente. Y ahora, si confieso que represento, en Jarndyce y Jarndyce y en otros respectos, a una persona muy humanitaria, pero al mismo tiempo singular, ¿cabría decir que me excedo en algo de mi discreción profesional? —preguntó el señor Kenge, volviendo a arrellanarse en la silla y mirándonos calmamente a ambas.

Parecía que lo que más le gustara del mundo fuera el sonido de su propia voz. No me extrañaba, pues era rica y sonora, e imprimía gran importancia a cada una de las palabras que pronunciaba. Se escuchaba a sí mismo con evidente satisfacción, y a veces llevaba suavemente el ritmo de su propia música con la cabeza, o redondeaba una frase con la mano. Me sentí muy impresionada con él, incluso entonces, antes de enterarme de que había copiado el modelo de un gran lord que era cliente suyo, y de que la gente lo llamaba Kenge el Conversador.

—El señor Jarndyce —continuó—, consciente de la situación... diría yo que lamentable... de nuestra joven amiga, ofrece colocarla en un establecimiento de primera clase, en el cual se terminará su educación, se asegurará su comodidad, se contemplarán todas sus necesidades razonables y quedará eminentemente cualificada para desempeñar sus funciones en el puesto que (¿diríamos la Providencia?) se ha servido asignarle en este mundo.

Mi corazón se sentía tan henchido, tanto por lo que acababa de decir él como por la forma en que lo había dicho, que no logré decir nada, aunque lo intenté.

—El señor Jarndyce —prosiguió— no establece condición alguna, salvo la de expresar su esperanza de que nuestra joven amiga no se vaya en ningún momento del establecimiento al que nos referimos sin el consentimiento y el conocimiento de él. Que se aplicará fielmente a la adquisición de los conocimientos de cuyo ejercicio

acabará por depender. Que caminará siempre por la vía de la virtud y la honra y... que..., ah..., etcétera.

Me sentí todavía menos capaz de decir palabra que antes.

—Bueno, ¿y qué dice nuestra joven amiga? —continuó el señor Kenge—. ¡Tómate tu tiempo! ¡Tómate tu tiempo! Haré una pausa para que repliques. ¡Pero tómame tu tiempo!

Huelga repetir lo que intentó decir el pobre objeto de aquel ofrecimiento. Podría contar con más facilidad lo que sí dijo, si mereciera la pena contarlo. Lo que sintió y seguirá sintiendo hasta la hora de su muerte es algo que jamás podría relatar.

Aquella entrevista se celebró en Windsor, donde (que yo supiera) había transcurrido toda mi vida. Ocho días después, bien provista de todo lo necesario, me fui de allí a Reading, en la diligencia.

La señora Rachael era demasiado buena para sentir emoción alguna ante nuestra separación, pero yo no era tan buena y lloré muchísimo. Pensaba que al cabo de tantos años debería haberla conocido mejor, y debería haberle inspirado suficiente cariño como para hacer que entonces también ella sintiera pena. Cuando me dio un frío beso de despedida en la frente, como una gota de hielo que cae del porche de piedra —era un día muy frío—, me sentí tan desgraciada y tan culpable que me así a ella y le dije que era culpa mía, ya lo sabía yo, que me pudiera decir adiós con tanta tranquilidad.

—¡No, Esther! —replicó—. ¡Es tu desgracia!

La diligencia estaba ante la portezuela del jardín (porque no habíamos salido hasta que oímos las ruedas), y allí la dejé, llena de pena. Volvió a entrar en casa antes de que hubieran terminado de poner mis maletas en la baca, y cerró la puerta. Entre lágrimas, seguí mirando la casa por la ventanilla hasta que dejó de verse. Mi madrina había legado a la señora Rachael lo poco que poseía, y se iba a realizar una subasta, y afuera, en medio del hielo y de la nieve, colgaba una vieja alfombrilla bordada de rosas, que a mí me había parecido siempre que era el más antiguo de mis recuerdos. Hacía un día o dos que había yo envuelto a mi vieja y querida Muñeca en su viejo chal y la había enterrado en silencio —casi me da vergüenza el decirlo— en el jardín, bajo el árbol que le daba sombra a mi antigua ventana. Ya no me quedaba más compañía que mi pájaro, y venía conmigo en su jaula.

Cuando se perdió de vista la casa, me quedé sentada con la jaula de mi pájaro depositada sobre la paja que había a mis pies, y desde la barqueta de la diligencia iba contemplando los árboles helados, que eran como pedazos maravillosos de espato, y los campos, todos blandos y blancos con la nieve de la noche pasada, y el sol, tan rojo, pero que daba tan poco calor, y el hielo, oscuro como el metal, donde los patinadores y los deslizadores habían ido apartando la nieve. En la diligencia había un señor sentado justo frente a mí, que parecía enorme de tanta ropa como llevaba,

pero iba mirando por la otra ventanilla y no parecía darse cuenta de mi existencia.

Pensé en mi madrina muerta, en la noche en que le había estado leyendo, en aquel ceño tan fruncido y tan serio cuando estaba en la cama, en aquel lugar desconocido al que me dirigía, en la gente a la que iba a conocer allí y cómo sería y qué me diría, cuando una voz que sonó en la diligencia me asustó terriblemente:

—¿Por qué diablo estás lloriqueando? —me preguntó.

Me dio tanto miedo que me quedé sin voz y no pude sino responder con un susurro:

—¿Me dice a mí, señor? —Pues, naturalmente, comprendí que había debido de ser aquel señor con tanta ropa, aunque seguía mirando por su ventanilla.

—Sí, a ti —dijo, volviéndose hacia mí.

—No me había dado cuenta de que estaba llorando, señor —tartamudeé.

—¡Pues sí que lo estás! —exclamó aquel señor—. ¡Mira!

Se acercó a mí desde la otra punta del coche, me pasó por los ojos uno de sus grandes puños de piel (pero sin hacerme daño) y me mostró que había quedado mojado.

—¡Bien! Ahora ya ves que estabas llorando —dijo—. ¿No?

—¡Sí, señor! —contesté.

—¿Y por qué lloras? —preguntó aquel señor—. ¿No quieres ir allí?

—¿Adónde, señor?

—¿Adónde? Pues a donde vas a ir —respondió el señor.

—Estoy muy contenta de ir, señor —contesté.

—¡Pues entonces! ¡Pon cara de estar contenta! —exclamó el señor.

Me pareció una persona muy rara, o por lo menos lo que se veía de él era muy raro, pues estaba envuelto en ropajes hasta la barbilla, y llevaba la cara casi tapada por una gorra de piel, con orejeras muy anchas que llevaba atadas bajo la barbilla, pero yo me había recuperado y ya no le tenía miedo. Así que le dije que creía que debía de haber estado llorando por la muerte de mi madrina y porque a la señora Rachael no le daba pena separarse de mí.

—¡Al diablo con la señora Rachael! —exclamó aquel señor—. ¡Que se vaya en una tormenta, montada en su escoba!

Entonces me empezó a dar miedo de verdad, y lo miré muy asombrada. Pero me pareció que tenía una mirada agradable, aunque no hacía más que murmurar cosas en tono enfadado, y llamando de todo a la señora Rachael.

Al cabo de un rato se abrió el abrigo, que a mí me parecía lo bastante grande como para envolver toda la diligencia, y se metió la mano en un bolsillo muy hondo que tenía dentro.

—¡Vamos, mira aquí! —dijo—. En este papel —que estaba muy bien doblado— hay un trozo de la mejor tarta de ciruelas que hay en el mercado; tiene por fuera por

lo menos una pulgada de azúcar, tanto como grasa tienen las chuletas de cordero. Y éste es un pastelito (una joyita, tanto de tamaño como de calidad) hecho en Francia. ¿Y de qué te crees que está hecho? De hígados de gansos bien gordos. ¡Vaya un pastel! A ver cómo te lo comes todo.

—Gracias, señor —repliqué—. Se lo agradezco mucho, de verdad, pero espero que no se ofenda si le digo que son demasiado llenantes para mí.

—¡Me ha vuelto a dejar K. O.! —dijo aquel señor, cosa que no comprendí en absoluto, y tiró las dos cosas por la ventanilla.

No me volvió a decir nada hasta que se apeó del coche, poco antes de llegar a Reading, y entonces me aconsejó que fuera una niña buena, y que fuera estudiosa, y me dio la mano. He de decir que me sentí aliviada cuando se apeó. Lo dejamos junto a una piedra miliar. Muchas veces volví a pasar por allí, y durante mucho tiempo ninguna de ellas dejé de recordarlo, de pensar en él, y de medio esperar que me lo iba a encontrar. Pero nunca fue así, de manera que a medida que fue pasando el tiempo, me fui olvidando de él.

Cuando paró la diligencia, una señora muy bien arreglada miró por la ventanilla y dijo:

—La señorita Donny.

—No, señora; soy Esther Summerson.

—Exactamente —dijo la señora—. La señorita Donny.

Comprendí entonces que se estaba presentando ella, pedí perdón a la señorita Donny por mi error y le señalé mis maletas cuando me lo pidió. Conforme a las instrucciones de una doncella muy bien arreglada, las pusieron en un cochecito verde muy pequeño, y después la señorita Donny, la doncella y yo montamos en él y nos fuimos.

—Ya lo tienes todo preparado, Esther —dijo la señorita Donny—, y tu plan de actividades está todo organizado exactamente conforme a los deseos de tu tutor, el señor Jarndyce.

—De..., ¿cómo ha dicho, señorita?

—De tu tutor, el señor Jarndyce —dijo la señorita Donny.

Me sentí tan confusa, que la señorita Donny pensó que el frío del viaje había sido excesivo para mí, y me pasó su frasco de sales.

—¿Conoce usted a mi... tutor, señorita? —pregunté, tras dudarle mucho.

—No personalmente, Esther —respondió la señorita Donny—; sólo por conducto de sus abogados, los señores Kenge y Carboy, de Londres. El señor Kenge es persona de gran dignidad. Y muy elocuente. ¡Habla en unos períodos verdaderamente majestuosos!

Yo estaba totalmente de acuerdo, pero me sentía demasiado confusa para hacerle caso. Nuestra rápida llegada al punto de destino, antes de que tuviera tiempo para

recuperarme, no hizo sino aumentar mi confusión, y jamás olvidaré el aspecto incierto e irreal que tenía todo, aquella tarde, en Greenleaf (la casa de la señorita Donny).

Pero en seguida me acostumbré. Tardé tan poco tiempo en acostumbrarme a la rutina de Greenleaf que era como si llevara mucho tiempo allí, y casi como si hubiera soñado, en lugar de vivido, mi vida anterior en casa de mi madrina. No podía haber nada más preciso, más exacto ni más ordenado que Greenleaf. Para cada hora del día había algo que hacer, y todo se hacía a su hora exacta.

Éramos doce pensionistas, y había dos señoritas Donny, que eran gemelas. Estaba entendido que con el tiempo yo tendría que ganarme la vida como institutriz, y no sólo se me instruyó en todo lo que se enseñaba en Greenleaf, sino que en seguida me dedicaron a enseñar a otras. Aunque en todos los demás respectos se me trataba igual que al resto de las alumnas, en mi caso se estableció esta diferencia desde el principio. A medida que iba aprendiendo más, iba enseñando más, de forma que con el tiempo llegué a tener mucho que hacer, y me gustaba hacerlo, porque hacía que las niñitas se encariñasen conmigo. Por último, cada vez que llegaba una nueva pupila que estaba un poco triste y melancólica, se hacía inmediatamente —no sé muy bien por qué— tan amiga mía que con el tiempo todas las recién llegadas quedaban confiadas a mi cuidado. Decían que yo era muy amable, pero estoy segura de que eran ellas las amables. Pensé muchas veces en la resolución que había hecho el día de mi cumpleaños, de tratar de ser industriosa, alegre y amable, y de hacer algún bien a alguien, y de conseguir que alguien me quisiera si podía, y de verdad, de verdad, casi me daba vergüenza haber hecho tan poco y conseguido tanto.

Pasé en Greenleaf seis años felices y tranquilos. Gracias a Dios, mientras estuve allí jamás vi reflejada la idea en ningún rostro de que mejor hubiera sido que yo no hubiera nacido nunca. Cuando llegaba aquella fecha, me traía tantos símbolos de recuerdo afectuoso que mi habitación estaba adornado con ellos desde Año Nuevo hasta Navidad.

En aquellos seis años nunca salí de allí, salvo para hacer visitas a los vecinos durante las fiestas. Al cabo de unos seis meses seguí el consejo de la señorita Donny en el sentido de que lo correcto sería escribir al señor Kenge para decirle que estaba contenta y agradecida, y con la aprobación de la señorita escribí una carta en esos términos. Recibí una respuesta formal en la que se acusaba recibo de la mía y decía: «Tomamos nota de su contenido, que se comunicará como procede a nuestro cliente». Después de eso, alguna vez oí comentar a la señorita Donny y su hermana la puntualidad con la que se pagaban mis cuentas, y unas dos veces al año me aventuraba a escribir otra carta parecida. Siempre recibía a vuelta de correo exactamente la misma respuesta, escrita con la misma letra redondilla, con la firma de Kenge y Carboy escrita con otra letra, que yo suponía era la del señor Kenge.

¡Me resulta tan curioso estar obligada a escribir todo esto acerca de mí misma! ¡Como si esta narración fuera la narración de mi vida! Pero falta poco para que mi personilla se funda en un contexto más general.

Había pasado yo seis años tranquilos (veo que lo digo por segunda vez) en Greenleaf, viendo en todas las que me rodeaban, como en un espejo, todas las fases de mi propio desarrollo y cambio en aquella casa, cuando, una mañana de noviembre, recibí la siguiente carta, cuya fecha omito:

*Old Square, Lincoln's Inn
Jarndyce y Jarndyce*

Señorita:

Habida cta. de q. nuestro clte. el Sr. Jarndyce recibirá en breve en su casa, por orden del Tbl. de Canc. a una pupila del Tbl. en esta causa, para quien desea una Cía. adecuada, dicho clte. nos encarga informemos a Vd. de que celebraría mcho. contar con sus scios. en tal calidad.

Hemos encargado el tpte. de Vd. a título gratuito en la dgcia. de las 0800 de Reading el lunes a. m. próximo, destino a White Horse Cellar, Piccadilly, Londres, donde la esperará uno de nuestros ptes. para guiarla a Vd. a nuestra Ofna. mencionada. Quedamos a sus pies sus ss. SS.,

Kenge y Carboy

Srta. Esther Summerson

¡Jamás, jamás, jamás olvidaré la emoción que aquella carta causó en la casa! Eran tan cariñosas al ocuparse tanto de mí, era tan generoso por parte de aquel Padre, que no me había olvidado, el hacer que mi vida de huérfana fuera tan fácil y agradable, y el haber inclinado a tantos espíritus infantiles hacia mí, que yo apenas si podía soportarlo. No es que hubiera preferido que lo sintieran menos; me temo que no, pero el placer que me dieron, y al mismo tiempo el dolor, y el orgullo y la alegría, y el humilde pesar que todo aquello me provocó eran cosas tan mezcladas que casi parecía que se me partía el corazón al mismo tiempo que se me llenaba de gozo.

La carta sólo me daba cinco días de aviso antes de mi marcha. Cuando cada minuto me traía nuevas pruebas del amor y la amabilidad que se me demostraron aquellos días, y cuando por fin llegó la mañana, y cuando me hicieron recorrer toda la casa para que la viera por última vez, y cuando alguien me gritó: «¡Esther, querida mía, ven a decirme adiós junto a mi cama, donde por primera vez me dijiste cosas tan bonitas!», y cuando otras sólo me pidieron que escribiera sus nombres y las palabras «Con todo el cariño de Esther», y cuando todas me rodearon con sus regalos de despedida, y se agarraron a mí llorando y exclamando: «¿Qué vamos a hacer cuando

ya no esté nuestra querida Esther?», y cuando traté de decirles lo buenas y lo pacientes qué habían sido todas conmigo, y cuánto las bendecía y les daba las gracias a todas, ¡cómo se me partía el corazón!

Y cuando las dos señoritas Donny, tan tristes al separarse de mí como las que más, y cuando las doncellas dijeron: «¡Que Dios la bendiga, señorita, dondequiera que vaya!», y cuando el jardinero, viejo, feo y cojo, que yo creía que ni se había dado cuenta de mi existencia en todos aquellos años, corrió jadeando tras la diligencia para darme un ramillete de geranios, y me dijo que yo era como las niñas de sus ojos — ¡de verdad que eso fue lo que me dijo aquel anciano!—, ¡cómo se me partía el corazón!

¿Y cómo podía yo impedir que con todo aquello, y con la llegada a la escuelita, y la visión inesperada de los niños pobres que estaban al lado de ésta diciéndome adiós con los sombreros y las gorras, y la de un caballero de pelo canoso y su señora, de cuya hija había sido yo profesora particular, y a cuya casa había ido de visita (aunque decían que era la familia más orgullosa del condado), que sin ningún rebozo exclamaban: «Adiós, Esther. ¡Que seas muy feliz!»... cómo podía yo evitar inclinar la cabeza mientras iba en el coche y decirme: «¡Ay, qué agradecida estoy, qué agradecida estoy!», una vez tras otra?

Pero, naturalmente, pronto consideré que no debía llegar llorosa a mi destino, después de todo lo que se había hecho por mí. Por lo tanto, claro, meforcé a sollozar menos y me persuadí a mí misma de que debía mantenerme en silencio, diciéndome una vez tras otra: «¡Vamos, Esther, es tu obligación! ¡Esto no puede ser!». Por fin logré sentirme bastante animada, si bien me temo que tardé bastante más de lo que hubiera debido, y cuando me refresqué los ojos con agua de lavanda, era la hora de ir llegando a Londres.

Estaba persuadida de que ya habíamos llegado cuando todavía nos faltaban diez millas, y cuando de verdad llegamos, de que nunca íbamos a llegar. Pero cuando empezamos a dar botes sobre un pavimento de piedra, y especialmente cuando pareció que otro vehículo iba a chocar con el nuestro, empecé a creer que de verdad se acercaba el final de nuestro viaje. Muy poco después nos detuvimos.

Un joven caballero lleno de manchas de tinta me dirigió la palabra desde la acera y dijo:

—Señorita, vengo de parte de Kenge y Carboy, de Lincoln's Inn.

—Hágame usted el favor, caballero —respondí.

Fue muy amable, y cuando me ayudó a subir a un coche, tras vigilar el transbordo de mis maletas, le pregunté si había un incendio en alguna parte. Porque las calles estaban tan llenas de un humo denso y pardo que casi no se veía nada.

—Ah, no, señorita —contestó—. Es la sopa de guisantes.

Jamás había oído yo hablar de tal cosa.

—Una niebla densa, señorita —aclaró el joven caballero.

—¡Ah, claro! —dije.

Fuimos recorriendo lentamente las calles más sucias y más oscuras que jamás se pudieran ver en el mundo (creía yo), y en un estado tal de confusión que me pregunté cómo mantenía su cordura la gente, hasta que llegamos repentinamente a la tranquilidad bajo una puerta antigua, y cruzamos una plaza silenciosa hasta llegar a un saliente extraño en una esquina, donde había una entrada por un tramo de escaleras anchas y empinadas, como la entrada de una iglesia. Y efectivamente había un patio de iglesia, bajo un claustro, pues vi las tumbas desde la ventana de la escalera.

Era el bufete de Kenge y Carboy. El joven caballero me hizo pasar por una antesala al despacho del señor Kenge —donde no había nadie— y cortésmente me arrimó una silla a la chimenea. Después señaló a mi atención un espejito que colgaba de un clavo a un lado de la repisa de la chimenea.

—Por si desea usted verse en él, señorita, tras el viaje, pues va usted a ver al Canciller. Claro que no le hace ninguna falta, a mi juicio —dijo el joven caballero atentamente.

—¿Que voy a ver al Canciller? —dije, asombrada por un momento.

—No es más que un trámite, señorita —replicó el joven caballero—. El señor Kenge se halla en este momento en el Tribunal. Me ha encargado que la salude atentamente y le pregunte si desea tomar algo —en una mesita había unas galletas y una botella de vino— y leer el periódico —que me dio mientras hablaba. Después atizó el fuego y se fue.

Todo me parecía tan extraño (y tanto más extraño cuanto que era de noche en pleno día, que las velas ardían con una llama blanca y todo tenía un aire tan frío e inhóspito) que leí las frases del periódico sin saber lo que decían, y me encontré leyendo varias veces las mismas frases. Como de nada valía seguir así, dejé el periódico, me miré el sombrero en el espejo para ver si estaba bien y contemplé el aposento, que no estaba ni medianamente bien alumbrado, y las mesas polvorientas y viejas, y los montones de escritos, y una estantería llena de libros con el aspecto más inexpresivo que jamás haya tenido un libro en el mundo. Después seguí pensando, pensando, pensando, y el fuego siguió ardiendo, ardiendo, ardiendo, y las velas siguieron temblando y chisporroteando y no había despabiladeras, hasta que al cabo de un rato el joven caballero trajo un par de ellas; y así estuve dos horas.

Por fin llegó el señor Kenge. Él no había cambiado, pero se sorprendió al ver cómo había cambiado yo, y pareció bastante satisfecho.

—Como va usted a ser la señorita de compañía de la señorita que se halla ahora en el despacho privado del Canciller, señorita Summerson —dijo—, hemos considerado oportuno que también asista usted. ¿No se pondrá nerviosa ante el Lord

Canciller, espero?

—No, señor —respondí—. No creo.

Y la verdad es que, pensándolo bien, no veía por qué iba a ponerme nerviosa.

Entonces el señor Kenge me dio el brazo, y fuimos a un rincón, bajo una gran columnata, para entrar por una puerta lateral. Y así, al final de un pasillo, llegamos a un aposento bastante confortable, donde había una señorita y un caballero jóvenes, de pie junto a una chimenea con un fuego enorme. Entre ellos y el fuego había una pantalla, en la que ellos se apoyaban mientras charlaban.

Ambos levantaron la cabeza al entrar yo, y la señorita, en la que se reflejaba la luz del fuego, ¡era tan bella! ¡Qué hermoso pelo rubio y abundante, qué ojos azules tan dulces y qué rostro tan brillante, tan inocente y confiado!

—Señorita Ada —dijo el señor Kenge—, ésta es la señorita Summerson.

Se acercó ella a saludarme con una sonrisa de bienvenida y alargándome la mano, pero en un instante pareció cambiar de opinión y me dio un beso. En resumen, tenía unos modales tan naturales, tan cautivadores, tan encantadores, que al cabo de unos momentos estábamos sentadas junto a la ventana, iluminadas por la luz de la chimenea, y charlando con la mayor sencillez y naturalidad del mundo.

¡Qué peso se me había quitado de encima! ¡Era tan delicioso saber que ella confiaba en mí y que yo le gustaba! ¡Era tan bondadoso por su parte, y me resultaba tan alentador!

El joven caballero era un primo lejano, me dijo ella, y se llamaba Richard Carstone. Era un muchacho apuesto, de rostro franco y dotado de una risa muy atractiva, y cuando ella lo llamó para que se acercara a nosotras, se quedó a nuestro lado, también a la luz de la chimenea, hablando animadamente con despreocupación. Era muy joven; como máximo tendría diecinueve años, si es que llegaba, pero tenía casi dos más que ella. Ambos eran huérfanos y (lo que yo no había imaginado y me pareció muy curioso) no se habían conocido hasta aquel mismo día. El que los tres nos viéramos por primera vez, en un lugar tan desusado, ya era motivo de conversación, y de eso hablamos, y el fuego, que había dejado de crepitar, nos guiñaba los ojos rojos, igual que —según dijo Richard— un viejo león soñoliento de la Cancillería.

Hablamos en voz baja, porque constantemente entraba y salía un caballero vestido de gala y con una peluca recogida por detrás en una redecilla, y a cada entrada y salida oíamos una voz monótona a lo lejos, que según aquel señor era uno de los abogados de nuestro caso que se dirigía al Lord Canciller. Dijo al señor Kenge que el Canciller terminaría dentro de cinco minutos, y poco después oímos un ruido de gente y un rumor de pasos, y el señor Kenge dijo que el Tribunal había levantado la sesión y que Su Señoría se hallaba en el despacho de al lado.

El caballero de la peluca con redecilla abrió la puerta casi inmediatamente y pidió

al señor Kenge que pasara. Entonces entramos todos en el despacho de al lado; primero, el señor Kenge con mi niña (ahora me resulta tan natural llamarla así que no puedo evitar escribirlo), y allí, con un sencillo traje negro y sentado en una butaca junto a la chimenea, estaba Su Señoría, cuya toga, con un precioso bordado en oro, estaba depositada en otra silla. Nos miró inquisitivamente cuando entramos, pero su gesto era al mismo tiempo ponderado y amable.

El caballero de la peluca con redecilla puso unos montones de papeles en la mesa de Su Señoría, quien seleccionó uno de ellos en silencio y se puso a pasar las hojas.

—¿La señorita Clare? —preguntó el Lord Canciller—. ¿La señorita Ada Clare?

El señor Kenge la presentó, y Su Señoría le pidió que se sentara a su lado. Incluso yo pude advertir en un momento que la admiraba y que se interesaba por ella. Me emocionó que la familia de una muchachita tan hermosa pudiera estar representada por aquel lugar oficial y austero. El Lord Gran Canciller, en el mejor de los casos, parecía ser un pobre sucedáneo del amor y el orgullo de unos padres.

—El Jarndyce del que se trata —añadió el Lord Canciller, que seguía dando vueltas a las hojas—, ¿es el Jarndyce de la Casa Desolada?

—El Jarndyce de la Casa Desolada, Señoría —confirmó el señor Kenge.

—Triste nombre —dijo el Lord Canciller.

—Pero no es un lugar triste actualmente, Señoría —dijo el señor Kenge.

—Y la Casa Desolada —dijo Su Señoría— se halla en...

—Hertfordshire, Señoría.

—¿El señor Jarndyce de la Casa Desolada no es casado? —preguntó Su Señoría.

—No, Señoría —dijo el señor Kenge. Una pausa.

—¿Se halla presente el joven señor Richard Carstone? —preguntó el Lord Canciller, mirando hacia él. Richard hizo una inclinación y dio un paso al frente.

—¡Ejem! —dijo el Lord Canciller, pasando más hojas.

—El señor Jarndyce de Casa Desolada, Señoría —observó el señor Kenge en voz baja—, si Su Señoría me permite que se lo recuerde, va a dotar de una compañía adecuada a...

—¿Al señor Richard Carstone? —me pareció (aunque no estoy totalmente segura) oír que decía Su Señoría, en voz igual de baja y con una sonrisa.

—A la señorita Ada Clare. Ésta es la señorita Summerson, de quien se trata.

Su Señoría me miró con indulgencia y asintió con gran cortesía a mi reverencia.

—¿La señorita Summerson no está emparentada con ninguna de las partes en la causa, según creo?

—No, Señoría.

El señor Kenge se inclinó poco antes de terminar su respuesta y susurró algo. Su Señoría, con la vista fija en los papeles, escuchó, asintió dos veces o tres, pasó más hojas y no volvió a mirar en mi dirección hasta que nos fuimos.

El señor Kenge se retiró entonces, y con él Richard, hacia donde estaba yo, cerca de la puerta, dejando a mi niña (¡una vez más, me resulta tan natural el decirlo que no puedo evitarlo!) sentada al lado del Lord Canciller, que le dirigió la palabra en un pequeño aparte; según me dijo ella después, le había preguntado si había pensado bien en el sistema propuesto, si había pensado que iba a ser feliz bajo el techo del señor Jarndyce, de Casa Desolada, y por qué creía que sí. Al cabo de un rato se puso en pie cortésmente y la dejó ir, y después habló unos momentos con Richard Carstone, a quien no hizo sentarse, sino que dejó en pie, con mucha más sencillez y menos ceremonia, como si todavía supiera, aunque era el Lord Canciller, cómo llegar directamente al corazón del muchacho.

—¡Muy bien! —dijo ya en voz alta el Lord Canciller—. Dictaré la orden. El señor Jarndyce de Casa Desolada ha escogido, a mi entender —y esto lo dijo mirándome a mí— una excelente señorita de compañía para esta señorita, y esta disposición parece, con mucho, la mejor que admiten las circunstancias.

Se despidió de nosotros con frases amables, y todos salimos muy agradecidos a él por su cortesía y su afabilidad, con las cuales, desde luego, no había perdido ninguna dignidad, sino que nos parecía haber ganado más dignidad. Cuando salimos bajo la columnata, el señor Kenge recordó que tenía que volver un momento a preguntar algo, y nos dejó en medio de la niebla, mientras el carruaje y los sirvientes del Lord Canciller esperaban a que saliera éste.

—¡Bueno! —dijo Richard Carstone—. ¡Eso ya se ha terminado! ¿Y dónde vamos ahora, señorita Summerson?

—¿No lo saben ustedes? —pregunté.

—En absoluto —me dijo.

—Y tú, cariño mío, ¿tampoco lo sabes? —pregunté a Ada.

—¡No! —dijo—. ¿Y tú?

—¡En absoluto! —repliqué.

Nos miramos los tres, casi riéndonos al ver que estábamos en la mayor ignorancia, cuando se nos acercó una viejecita extraña, tocada con un sombrero estrecho y que llevaba un ridículo, llena de reverencias y sonrisas y con aire de gran ceremonia.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Los pupilos de Jarndyce! ¡Pero qué gran placer es tener el honor! Es un buen augurio para la juventud, la esperanza, y la belleza, el hallarse juntas aquí, y no saber lo que va a ocurrir después.

—¡Está loca! —dijo Richard, creyendo que no lo oiría.

—¡Exacto! Loca, jovencito —respondió ella con tal rapidez que Richard se sintió muy avergonzado—. Yo también tuve un tutor en tiempos. Entonces no estaba loca —dijo con una gran reverencia y con una sonrisa entre cada frase—. Tenía juventud y esperanzas, y creo que belleza. Ahora ya no importa. Ninguna de las tres cosas me

servió de nada, ni me salvó. Tengo el honor de asistir regularmente a los Tribunales. Con mis documentos, espero que se emita el juicio. Dentro de poco. El Día del Juicio. He descubierto que el sexto sello que se menciona en el Apocalipsis es el Gran Sello [15]. ¡Hace mucho tiempo que se abrió! Les ruego acepten mi bendición.

Como Ada estaba un poco asustada, dije, para llevarle la corriente a la pobre ancianita, que le estábamos muy agradecidos.

—Sí, sí —respondió irónicamente—. Ya me lo supongo. Y ahora aquí viene Kenge el Conversador. ¡Con sus documentos! ¿Cómo está su honorable Señoría?

—¡Muy bien, muy bien! ¡Ahora, no nos moleste, sea buena! —dijo el señor Kenge, que inició el camino de vuelta.

—En absoluto —dijo la pobre ancianita, que marchaba a mi paso y el de Ada—. Cualquiera cosa antes que molestar. Legaré herencias a ambas, lo cual no es molestar, creo yo. Que se emita un juicio. En breve. El Día del juicio. Ése es un buen augurio para ustedes. ¡Acepten mi bendición!

Se detuvo al pie de la escalera ancha y empinada, pero al subir echamos una mirada atrás, y allí seguía ella, diciendo, todavía con una reverencia y una sonrisa entre cada frase: «Juventud. Y esperanza. Y belleza. Y Cancillería. ¡Y Kenge el Conversador! ¡Ja! ¡Les ruego que acepten mi bendición!

4. Una filantropía telescópica

Pasaríamos la noche, nos dijo el señor Kenge cuando llegamos a su despacho, en casa de la señora Jellyby [16], y después se volvió a mí y dijo que estaba seguro de que yo sabía quién era la señora Jellyby.

—La verdad, señor, es que no —respondí—. Quizá el señor Carstone, o la señorita Clare.

Pero no, no sabían nada relacionado con la señora Jellyby.

—¡Ver-da-de-ra-mente! La señora Jellyby —dijo el señor Kenge, que estaba de espaldas a la chimenea y contemplaba la alfombra polvorienta que tenía ante sí como si fuera la biografía de la señora Jellyby— es una dama de notable fuerza de carácter que se ha consagrado enteramente al público. Se ha consagrado a una gran variedad de temas públicos, en diversos momentos, y actualmente (hasta que se sienta atraída por otra cosa), está consagrada al tema de África, con miras al cultivo general de la baya del café —y de los indígenas— y a la feliz colonización en las riberas de los ríos africanos de nuestra superabundante población nacional. El señor Jarndyce, que desea ayudar a todas las obras que quepa considerar como buenas obras, y a quien recurren mucho los filántropos, tiene, según creo, una opinión elevadísima de la señora Jellyby.

El señor Kenge se ajustó el corbatín y nos contempló.

—¿Y el señor Jellyby, caballero? —sugirió Richard.

—¡Ah! El señor Jellyby —dijo el señor Kenge— es..., ah... No sé qué mejor forma de describírselo salvo decir que es el marido de la señora Jellyby.

—¿No tiene personalidad propia, caballero? —sugirió Richard, con una mirada divertida.

—No he dicho eso —respondió gravemente el señor Kenge—. De hecho, no puedo decir nada de eso, pues no sé nada en absoluto *acerca del* señor Jellyby. Que yo sepa, nunca he tenido el placer de ver al señor Jellyby. Es posible que se trate de un ser superior, pero, por así decirlo, se ha fusionado; sí, fusionado, en las más brillantes cualidades de su esposa.

El señor Kenge pasó entonces a decirnos que como el camino de la Casa Desolada habría sido muy largo, oscuro y tedioso en una tarde así, y como ya habíamos hecho un viaje aquel mismo día, el propio señor Jarndyce había propuesto este sistema. A primera hora de la mañana siguiente nos esperaba un carruaje a la puerta de la casa de la señora Jellyby para sacarnos de la ciudad.

Después tocó una campanilla y entró el joven caballero. El señor Kenge se dirigió a él llamándolo Guppy [17], y le preguntó si las maletas de la señorita Summerson y el resto del equipaje «ya se habían llevado». El señor Guppy dijo que sí, que se habían llevado, y que estaba esperándonos un coche para llevarnos también a

nosotros en cuanto quisiéramos.

—Entonces —dijo el señor Kenge, dándonos la mano—, sólo me queda expresar mi gran satisfacción al ver (¡tenga usted buen día, señorita Clare!) que lo dispuesto para el día de hoy está concluido y (¡tenga usted *muy* buen día, señorita Summerson!) mi gran esperanza de que todo ello sea conducente a la felicidad (¡ha sido un placer conocer a usted, señor Carstone!), el bienestar y el progreso en todos los órdenes, de todos los interesados. Guppy, encárgate de que todos lleguen a buen fin.

—¿Dónde *está* ese «fin», señor Guppy? —preguntó Richard mientras bajábamos la escalera.

—Aquí al lado —dijo el señor Guppy—, justo en Tavies Inn, ya saben.

—Yo no puedo decir que lo sepa, porque soy de Winchester y no conozco Londres.

—Aquí al lado —dijo el señor Guppy—. No hay más que torcer por Chancery Lane y cortar por Holborn, y llegamos en cuatro minutos, segundo más o menos. ¡Esto sí que es puré de guisantes!, ¿eh, señorita? —Parecía celebrarlo muchísimo por mí.

—¡Ciertamente, la niebla es muy densa! —contesté.

—Claro que a usted no le afecta —dijo el señor Guppy mientras plegaba la escalerilla del coche—. Por el contrario, parece sentarle bien, señorita, a juzgar por su aspecto.

Comprendí que al hacerme aquel cumplido tenía buena intención, así que me reí de mí misma por sonrojarme ante él cuando cerró la portezuela y subió al pescante del coche, y los tres nos reímos y estuvimos hablando de nuestra inexperiencia y de lo extraño que era Londres, hasta dar la vuelta bajo un arco, y llegar a nuestro destino: un callejón de casas altas, como una cisterna oblonga para contener la niebla. Había un grupito confuso de gente, sobre todo niños, reunido en torno a la casa en la que nos paramos, que tenía una placa de latón sucio en la puerta con un letrero: JELLYBY.

—¡No se asusten! —dijo el señor Guppy, que metió la cabeza por la ventanilla—. Parece que uno de los Jellyby chicos ha metido la cabeza entre los barrotes de la barandilla de la entrada.

—¡Pobrecito! —exclamé yo—. ¡Déjenme salir, por favor!

—Le ruego tenga cuidado, señorita. Los Jellyby chicos siempre están tramando algo —dijo el señor Guppy.

Me abrí camino hasta el pobre niño, que era una de las criaturas más sucias que jamás haya visto, y lo encontré febril y asustado, y llorando a gritos, aprisionado por el cuello entre dos barrotes de hierro, mientras un lechero y un alguacil, con las mejores intenciones del mundo, trataban de tirar de él por las piernas, con la impresión general de que por aquel medio podían comprimirle el cráneo. Al ver (tras

tranquilizarlo un poco) que se trataba de un muchachito con una cabeza naturalmente grande, pensé que, quizá, por donde le cabía la cabeza podía seguirle el cuerpo, y mencioné que la mejor forma de extraerlo sería empujarlo hacia adelante. Mi sugerencia fue tan bien recibida por el lechero y el alguacil, que inmediatamente lo hubieran lanzado de un golpe hacia el semisótano si no lo hubiera agarrado yo por el delantal, mientras Richard y el señor Guppy bajaban corriendo hacia la cocina para recogerlo cuando quedara suelto. Por fin salió bien, sin ningún accidente, y entonces empezó a golpear al señor Guppy con la guía de un aro y de manera totalmente frenética.

No había aparecido nadie que perteneciera a la casa, salvo una mujer con zuecos que había estado dándole golpes al niño desde abajo con una escoba, no sé para qué, ni creo que lo supiera ella. Por eso supuse que la señora Jellyby no estaba en casa, y me sentí muy sorprendida cuando la mujer apareció en el pasillo, sin los zuecos ya, y al subir al cuarto de atrás del primer piso, por delante de Ada y de mí, nos presentó:

—¡Aquí las dos señoritas, aquí la señora Jellyby!

Mientras subíamos, pasamos junto a varios niños más, a los que resultaba difícil no pisar en la oscuridad, y cuando llegamos a la presencia de la señora Jellyby, uno de los pobrecillos se cayó por las escaleras, todo un tramo (según me pareció), con un gran ruido.

La señora Jellyby, en cuya faz no se reflejaba ninguna de la inquietud que nosotros no podíamos por menos de mostrar en las nuestras, dado que la cabeza del pobrecito dejaba constancia de su choque con cada escalón (más tarde Richard diría que había contado siete, además del descansillo), nos recibió con perfecta ecuanimidad. Era una mujercita regordeta, atractiva, muy bajita, de entre cuarenta y cincuenta años, con ojos bonitos, aunque tenían la extraña costumbre de que siempre parecían estar contemplando algo en la distancia. Como si (y vuelvo a citar a Richard) no pudieran ver nada más cercano que África.

—Es para mí un gran placer —dijo la señora Jellyby, con voz agradable— el recibir a ustedes. Siento un gran respeto por el señor Jarndyce, y nadie por quien él se interese me puede ser indiferente.

Expresamos nuestro agradecimiento y nos sentamos tras la puerta, donde había un viejo sofá despanzurrado. La señora Jellyby tenía abundante cabellera, pero estaba demasiado ocupada con sus deberes para con los africanos como para cepillársela. El chal que apenas la cubría se le había caído en la silla cuando se levantó a darnos la bienvenida, y cuando se dio la vuelta para volver a su asiento no pudimos evitar el ver que el vestido que llevaba no le cerraba a la espalda, y que el espacio abierto estaba entrecruzado por una trama romboidal de encaje que lo sostenía, como en un invernadero.

El aposento, lleno de papeles y casi enteramente ocupado por un gran escritorio

llo del mismo desorden, estaba, debo decirlo, no sólo muy desordenado, sino muy sucio. Nos vimos obligados a advertirlo por nuestro sentido de la vista, al mismo tiempo que con el sentido del oído habíamos seguido al pobre niño que caía de cabeza por las escaleras, creo que hasta llegar a la cocina de atrás, donde alguien pareció contener sus gritos.

Pero lo que más nos llamó la atención fue una joven pálida y de aspecto malsano, aunque nada fea en absoluto, que estaba sentada al escritorio mordisqueando su pluma de escribir y contemplándonos. Creo que jamás he visto a nadie tan manchado de tinta. Y desde el pelo desordenado hasta unos pies muy bonitos, desfigurados por unas zapatillas de raso viejas, rotas y con los talones gastados, verdaderamente no parecía llevar una sola prenda que, desde el último alfiler en adelante, estuviera en buena condición o en el sitio que le correspondía.

—Me encuentran, queridas mías —dijo la señora Jellyby, despabilando dos grandes velas de escritorio puestas en palmatorias que daban al aposento un fuerte olor de sebo caliente (la chimenea se había apagado, y no quedaban en ella sino cenizas, un montón de leña y un atizador)—; me encuentran, digo, queridas mías, muy ocupada, como de costumbre, pero espero que me disculpen. En estos momentos el proyecto africano ocupa todo mi tiempo. Me hace entrar en correspondencia con organismos públicos, así como con particulares deseosos del bienestar de su especie en todo el país. Celebro decir que vamos progresando. Para el año que viene por estas fechas esperamos tener entre ciento cincuenta y doscientas familias sanas cultivando café y educando a los indígenas de Borriobula-Gha, en la ribera izquierda del Níger.

Como Ada no dijo nada, sino que me miró a mí, comenté que aquello debía de resultar muy satisfactorio.

—*Resulta* satisfactorio —dijo la señora Jellyby—. Entraña la consagración de todas mis energías, las pocas que tengo, pero eso no es nada, con tal de que salga adelante, y cada día que pasa estoy más segura del éxito. ¿Sabe usted, señorita Summerson? Casi me extraña que *usted* no haya pensado nunca en África.

Aquel giro del tema me resultó tan totalmente imprevisto que no supe en absoluto cómo reaccionar. Sugerí que el clima...

—¡El mejor clima del mundo! —protestó la señora Jellyby.

—¿Sí, señora?

—Desde luego. Con precauciones —siguió observando la señora Jellyby—. Puede usted ir a Holborn, sin precauciones, y que la atropellen. Puede usted ir a Holborn, con precauciones, y que nunca la atropellen. Lo mismo pasa en África.

—Sin duda... —dije, refiriéndome a Holborn.

—Si desea usted —dijo la señora Jellyby, alargándonos un montón de papeles— observar algunos comentarios a este respecto, así como sobre el tema general (que ya han sido objeto de gran difusión), mientras termino una carta que estoy dictando a mi

hija mayor, que es mi amanuense...

La muchacha que estaba sentada a la mesa dejó de mordisquear la pluma y se volvió a saludarnos, con un gesto mitad vergonzoso y mitad enfurruñado.

—... entonces habré terminado por el momento —continuó la señora Jellyby, con una sonrisa de oreja a oreja—, aunque mi trabajo nunca está terminado. ¿Dónde estabas, Caddy?

—«Saluda atentamente al señor Swallow y se sirve» —dijo Caddy.

—«Y se sirve» —siguió dictando la señora Jellyby— «comunicarle, con referencia a su carta con consultas sobre el proyecto de África...». ¡No, Peepy! ¡Nada de eso!

Peepy (según parecía) era el pobre niño que se había caído por las escaleras y que ahora interrumpía la correspondencia al presentarse con un esparadrapo en la cabeza para exhibir las heridas que tenía en las rodillas, a cuyo respecto Ada y yo no sabíamos qué era lo que más pena nos daba, si las heridas o la suciedad que las rodeaba. La señora Jellyby se limitó a añadir, con la serena compostura con la que decía todo: «¡Vete, Peepy, no seas malo!», y volvió a fijar sus hermosos ojos en África.

Sin embargo, como continuó inmediatamente con su dictado y como, hiciera lo que hiciera yo, no interrumpía nada, me aventuré silenciosamente a detener al pobre Peepy cuando se marchaba, y a tomarlo en brazos. Aquello pareció asombrarlo mucho, al igual que los besos que le dio Ada, pero pronto se quedó dormido en mis brazos, mientras sus sollozos iban espaciándose cada vez más, hasta parar del todo. Estaba yo tan absorta con Peepy que me perdí los detalles de la carta, aunque obtuve la impresión general de la enorme importancia que tenía África y de la total insignificancia de todo y todos los demás, hasta el punto de sentirme totalmente avergonzada de haber pensado tan poco en aquel continente.

—¡Las seis! —dijo la señora Jellyby—. ¡Y nuestra hora de cenar es nominalmente (porque comemos a cualquier hora) las cinco! Caddy, lleva a la señorita Clare y a la señorita Summerson a sus habitaciones. ¿Quizá deseen ustedes cambiarse o algo? Sé que me disculparán por lo ocupada que estoy siempre. ¡Qué niño más malo! ¡Por favor, señorita Summerson, déjelo en el suelo!

Pedí permiso para llevarlo conmigo, y dije sin mentir que no me molestaba nada, así que me lo llevé arriba y lo eché en mi cama. Ada y yo teníamos dos habitaciones arriba, con una puerta de comunicación entre ambas. Estaban casi vacías y muy desordenadas, y la cortina de mi ventana estaba fijada con un tenedor.

—¿No querrían un poco de agua caliente? —preguntó la señora Jellyby, que andaba buscando una jarra que todavía tuviera un asa, pero buscándola en vano.

—Si no es mucha molestia —contestamos.

Hacía tanto frío, y las habitaciones despedían un olor tan húmedo, que debo

confesar que me sentí un poco triste, y Ada estaba a punto de echarse a llorar. Sin embargo, pronto empezamos a reír, y estábamos deshaciendo el equipaje cuando llegó la señora Jellyby a decir que lo lamentaba mucho, pero no había agua caliente y no podían encontrar la olla, y la caldera estaba estropeada.

Le pedimos que no se preocupase, y nos apresuramos todo lo que pudimos para volver a bajar junto a la chimenea. Pero todos los niños habían subido al descansillo de fuera, a contemplar el fenómeno de Peepy acostado en mi cama, y nuestra atención quedaba distraída por la aparición constante de narices y dedos en situaciones de peligro entre las rendijas de las puertas. Era imposible cerrar la puerta de ninguna de las habitaciones, pues la cerradura de la mía, que no tenía pomo, parecía un resorte saltado, y aunque el picaporte de la de Ada daba la vuelta con la mayor facilidad, no surtía efecto de ningún tipo en el cierre. En consecuencia, propuse a los niños que entrasen y se portaran bien, y yo les iría contando el cuento de la Caperucita Roja mientras me arreglaba; así lo hicieron, y estuvieron callados como moscas, incluido Peepy, que se despertó oportunamente justo antes de que apareciera el lobo.

Cuando bajamos la escalera, vimos un tazón con la inscripción de «Regalo de Tunbridge Wells», que servía para iluminar la ventana de la escalera, pues en él flotaba una palomita encendida; también había una joven con la cara inflamada vendada con un trozo de franela, que soplabla en la chimenea del salón (ahora conectado por una puerta abierta con el aposento de la señora Jellyby) y se atragantaba constantemente. En resumen, había tanto humo que estuvimos todas sofocadas y llorosas con las ventanas abiertas durante media hora, durante cuyo rato la señora Jellyby, con su buen talante de siempre, siguió dictando cartas acerca de África. He de decir que el que estuviera ocupada en aquello fue un gran alivio para mí, pues Richard nos dijo que él se había lavado las manos en una bandeja para pasteles, y que al final habían encontrado la tetera en su cómoda, y tanto hizo reír a Ada que entre los dos me hicieron reír a mí de la manera más absurda.

Poco después de las siete bajamos a cenar; con cuidado, según nos aconsejó la señora Jellyby, pues, además de que a la alfombra de la escalera le faltaban muchos raíles, estaba tan rota que parecía un recorrido de obstáculos. Cenamos un bacalao excelente, un trozo de rosbif, un plato de chuletas y un pudin, cena magnífica si hubiera estado algo cocinada, pero todo estaba casi crudo. La joven de la venda de franela servía y lo tiraba todo en la mesa, a donde cayera, y no lo volvía a quitar de allí hasta que lo ponía en la escalera. La persona a la que yo había visto en zuecos (que supongo debía de ser la cocinera) venía a menudo y se peleaba con ella ante la puerta, y parecía que entre ellas había mala voluntad.

Durante toda la cena —que fue larga, debido a accidentes tales como que el plato de patatas se hallara por equivocación en la carbonera y que el mango del

sacacorchos saltara por accidente y golpeará a la muchacha en la barbilla—, la señora Jellyby mantuvo su buen humor. Nos contó muchas cosas interesantes acerca de Borriobula-Gha y sus indígenas, y recibió tantas cartas que Richard, que estaba sentado a su lado, vio cuatro sobres caídos al mismo tiempo en la salsera. Algunas de las cartas contenían las actas de comités de damas, o resoluciones de reuniones de damas, y nos las leyó, mientras que otras eran consultas de personas interesadas por diversos motivos en las posibilidades de cultivar el café y atraídas también por los indígenas; otras pedían respuestas, y tres o cuatro veces la señora hizo levantar a su hija mayor de la mesa para que las escribiese. Estaba ocupadísima, y no cabía duda de que, como nos había dicho, se consagraba totalmente a la causa.

Yo sentía una cierta curiosidad por saber quién era un caballero calvo y de modales amables, con gafas, que se dejó caer en una silla vacía (no había cabecera en especial de la mesa) después de que se llevaran el pescado, y que parecía someterse pasivamente a Borriobula-Gha, pero sin tomar un interés activo en su colonización. Como no decía ni una palabra, era posible que se tratara de un indígena, de no haber sido por el color de su piel. Hasta que nos levantamos de la mesa y se quedó a solas con Richard no se me pasó por la cabeza la idea de que fuera el señor Jellyby. Pero era el señor Jellyby, y un joven locuaz llamado señor Quale, que tenía unas sienes protuberantes y brillantes, y con el pelo planchado hacia atrás, que llegó más tarde y le dijo a Ada que era filántropo, también la informó de que él calificaba la alianza matrimonial entre la señora Jellyby y el señor Jellyby de la unión entre el espíritu, y la materia.

Aquel joven, además de tener mucho que decir acerca de sí mismo y de África, y de tener un proyecto para enseñar a los colonizadores del café a fabricar patas de piano y establecer un comercio de exportación, se deleitaba en alentar a la señora Jellyby con frases como: «Creo, señora Jellyby, que ha llegado usted a recibir nada menos que de ciento cincuenta a doscientas cartas al día para preguntarle por África, ¿no?», o: «Si la memoria no me engaña, señora Jellyby, hace tiempo mencionó usted que una vez envió cinco mil circulares por correo de golpe, ¿no?», y siempre nos repetía la respuesta de la señora Jellyby, como si fuera un intérprete. Durante toda la velada, el señor Jellyby se quedó sentado en su rincón, con la cabeza apoyada en la pared, como si estuviera bajo de ánimo. Según parece, varias veces había abierto la boca cuando se quedó a solas con Richard, después de la cena, como si se le hubiera ocurrido algo, pero siempre la había vuelto a cerrar sin decir nada, para gran confusión de Richard.

La señora Jellyby, sentada en medio de lo que parecía un nido de papeles viejos, pasó la velada bebiendo café y dictando a intervalos a su hija mayor. También mantuvo una conversación con el señor Quale, el tema de la cual pareció ser —si yo comprendí bien— la Fraternidad Humana, y expresó algunos sentimientos muy

bellos. Sin embargo, no pude escucharla con toda la atención que habría deseado, pues Peepy y los otros niños vinieron a rodearnos a Ada y a mí en un rincón del salón, a pedirnos que les contáramos otro cuento, así que nos sentamos con ellos y les contamos en susurros el del Gato con Botas y no sé qué más, hasta que la señora Jellyby se acordó por casualidad de ellos y los mandó acostarse. Cuando Peepy dijo, llorando, que quería lo llevara yo a la cama, me lo llevé al piso de arriba, donde la muchacha de la venda de franela cargó entre los pequeños como un dragón y los metió a todos en cunas.

Después de eso me ocupé en ordenar un poco nuestra habitación y en atizar una chimenea que se empeñaba en no arder, hasta que lo logré y empezó a tirar bien. Cuando volví al piso de abajo advertí que la señora Jellyby me miraba de forma un poco despectiva, por ser tan frívola, y lo lamenté, pese a que al mismo tiempo también yo sabía que no tenía pretensiones más elevadas.

Casi era medianoche cuando encontramos una oportunidad de ir a acostarnos, e incluso entonces la señora Jellyby se quedó con sus papeles y tomando café, y con la señorita Jellyby, que seguía mordiéndose la pluma.

—¡Qué casa tan rara! —dijo Ada cuando llegamos arriba—. ¡Qué curioso es que mi primo Jarndyce nos envíe aquí!

—Cariño mío —le dije—, todo me tiene muy confusa. Desearía comprenderlo, pero no lo comprendo en absoluto.

—¿El qué? —preguntó Ada con su linda sonrisa—. Todo esto, querida mía. No cabe duda de que la señora Jellyby *tiene* que ser muy buena para preocuparse tanto por un plan en beneficio de los indígenas, y, sin embargo, ¡Peepy y toda la casa!

Ada rió, me echó un brazo al cuello mientras yo contemplaba el fuego, y me dijo que yo era una persona calmada, encantadora y que la había conquistado.

—Eres tan delicada, Esther —me dijo—, y, sin embargo, tan animada. ¡Y haces tantas cosas como si no estuvieras dándole importancia! Conseguirías crear un hogar incluso en esta casa.

¡Pobrecita mía! No se daba cuenta de que estaba cantando sus propios elogios, y de que la bondad de su corazón era la que le hacía cantar los míos.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dije cuando ya llevábamos un ratito sentadas ante la chimenea.

—Y hasta quinientas —contestó Ada.

—Tu primo, el señor Jarndyce, a quien tanto debo. ¿Te importaría describírmelo?

Ada sacudió sus rizos dorados y se me quedó mirando con una extrañeza tan risueña que yo también me quedé extrañada, en parte por tanta belleza y en parte por su sorpresa.

—¡Esther! —exclamó.

—¿Cariño?

—¿Quieres una descripción de mi primo Jarndyce?

—Es que nunca lo he visto, cielo.

—¡Y yo tampoco lo he visto nunca! —replicó Ada.

—¡Vaya!

No, nunca lo había visto. Pese a lo joven que era Ada cuando había muerto su mamá, recordaba cómo le venían a ésta las lágrimas a los ojos cuando hablaba de él y de la noble generosidad de su carácter, que, según decía, merecía más confianza que nada en el mundo, y Ada confiaba en él. Su primo Jarndyce le había escrito una carta hacía unos meses —«una carta clara y honesta», dijo Ada—, en la que le proponía el sistema de vida que íbamos ahora a iniciar, y le decía que «con el tiempo podría cicatrizar algunas de las heridas abiertas por ese horrible pleito en Cancillería». Ella había contestado para aceptar agradecida su propuesta. Richard había recibido una carta parecida, y había contestado de parecida forma. Él sí había visto al señor Jarndyce una vez, pero sólo una vez, hacía cinco años, en la escuela de Winchester. Había dicho a Ada, cuando estaban apoyados en la pantalla delante de la chimenea donde los había conocido yo, que lo recordaba como «un tipo muy directo y rubicundo». Era la descripción más completa que podía hacerme Ada.

Aquello me dejó tan pensativa que, cuando Ada se quedó dormida, yo seguí ante la chimenea, pensando y pensando en la Casa Desolada, y pensando y pensando en cuánto tiempo parecía haber transcurrido desde ayer por la mañana. No sé dónde estarían mis pensamientos, cuando se desvanecieron ante una llamada a la puerta.

La abrí silenciosamente, y me encontré con la señorita Jellyby, toda temblorosa, con una vela rota en una palmatoria rota en una mano y una huevera en la otra.

—¡Buenas noches! —dijo en tono muy hosco.

—¡Buenas noches! —respondí.

—¿Puedo pasar? —me preguntó en seguida, inesperadamente, con el mismo tono hosco.

—Pues claro —dije—. No despierte a la señorita Clare.

No quiso sentarse, sino que se quedó junto a la chimenea, mojándose el dedo mayor, manchado de tinta, en la huevera, que contenía vinagre, y pasándoselo por las manchas de tinta que tenía en la cara; todo el tiempo, con el ceño fruncido y con aire muy sombrío.

—¡Ojalá se muriese toda África! —dijo de repente.

Iba yo a replicar cuando siguió diciendo:

—¡De verdad! No me diga nada, señorita Summerson. La detesto y la odio. ¡Es un asco!

Le dije que debía de estar cansada y que lo sentía. Le puse la mano en la cabeza y le toqué la frente, y le dije que ahora estaba acalorada, pero que mañana se sentiría refrescada. Siguió inmóvil, con un mohín y el ceño fruncido en mi dirección, pero al

cabo de un rato se deshizo de la huevera y se volvió en silencio hacia mi cama, donde estaba echada Ada.

—¡Es muy guapa! —dijo, con el mismo ceño fruncido y el mismo tono descortés. Yo asentí con una sonrisa.

—Es *güérfana*, ¿verdad?

—Sí.

—Pero sabrá cantidad, ¿no? ¿Sabrá bailar, y tocar música, y cantar? Supongo que sabrá hablar francés, y *jografía* y mapas y bordados, y todo eso, ¿no?

—Sin duda —repliqué.

—Yo no —contestó ella—. Yo casi no sé hacer de nada, menos de pluma. Siempre estoy dándole a la pluma, por mamá. Me supongo que a ustedes dos no les dio vergüenza llegar esta tarde y ver que no sé hacer más que eso. Claro que así son ustedes. ¡Pero seguro que se creen que son muy finas!

Vi que la pobre muchacha estaba a punto de echarse a llorar, y volví a sentarme, sin decir nada, y la miré (espero) con toda la amabilidad que podía sentir por ella.

—Es una vergüenza —continuó—. Usted sabe que es una vergüenza. Toda la casa es una vergüenza. Los niños son una vergüenza. Yo soy una vergüenza. Papá está destrozado, ¡y no me extraña! Priscilla beb..., se pasa la vida bebiendo. Es una vergüenza enorme, seguro que usted ya lo sabía, y no me vaya usted a decir que no la ha oído hoy. Cuando esperábamos a la cena, aquello olía a taberna, ¡lo sabe usted perfectamente!

—No sé nada de eso, hija —dije.

—Sí que lo sabe —contestó inmediatamente—. No me diga que no lo sabe. ¡Sí que lo sabe!

—¡Por favor! —dije—. Si no me dejas hablar...

—Ya está usted hablando. Lo sabe perfectamente. No me cuente historias, señorita Summerson.

—Hija mía —le dije—. Si no quieres escucharme...

—No quiero escucharla.

—Pero es que yo creo que sí quieres —repliqué—, porque si no sería completamente irracional. No sabía lo que me acabas de contar, porque durante la cena la sirvienta no se me acercó, pero no dudo de lo que me cuentas, y lamento escucharlo.

—Tampoco crea usted que es tanto mérito —me dijo.

—No, hija —contesté—. Sería una estupidez.

La muchacha seguía de pie junto a la cama, y entonces se inclinó (aunque seguía con el mismo gesto de descontento) y le dio un beso a Ada. Después volvió en silencio y se quedó al lado de mi silla. Tenía el seno agitado con tanta inquietud que me sentí muy triste por ella, pero consideré mejor no decir nada.

—¡Ojalá me muriese! —estalló—. Ojalá nos muriésemos todos. Sería lo mejor para todos.

Un momento después se hincó de hinojos a mi lado, hundió la cara en mi vestido, me pidió apasionadamente perdón y se echó a llorar. La tranquilicé y traté de ponerla en pie, pero ella decía que no, que no, que quería seguir allí.

—Usted antes era profesora de niñas —exclamó—. ¡Si hubiera podido ser profesora mía, hubiera podido aprender con usted! ¡Sufro tanto y me gusta tanto usted!

No logré persuadirla para que se quedara sentada conmigo ni para que hiciera más que traer un taburete medio destartado adonde estaba arrodillada y se sentara en él, pero siguió igual, agarrada a mi vestido. Poco a poco, la pobre muchacha, agotada, se fue quedando dormida, y entonces logré levantarle la cabeza para que la apoyara en mi regazo, y con unos chales logré que las dos quedáramos tapadas. La chimenea se apagó, y así se quedó dormida toda la noche ante la parrilla llena de cenizas. Al principio, yo no lograba conciliar el sueño, y en vano traté de perderme, con los ojos cerrados, entre las escenas ocurridas aquel día. Por fin, lentamente, empezaron a confundirse, indistintas. Empecé a olvidar la identidad de quien dormía a mi lado. Ora era Ada; ora una de mis antiguas amigas de Reading, de las que no podía creer que hacía poco tiempo me había separado. Ora era la ancianita demente, agotada a fuerza de reverencias y de sonrisas; ora era alguien que mandaba en la Casa Desolada. Por último; no era nadie, y yo tampoco era nadie.

El día cegato combatía débilmente con la niebla cuando abrí los ojos para encontrarme con los de un pequeño espectro de cara sucia que me miraba fijamente. Peepy había salido a gatas de su cuna, se había bajado con el camisón y el gorro de dormir puestos y tenía tanto frío que al castañetearle los dientes parecía que ya le hubieran salido todos.

5. Una aventura matutina

Aunque la mañana estaba desapacible, y aunque la niebla parecía seguir siendo muy densa —y digo que lo parecía porque las ventanas estaban tan sucias que hubieran bastado para oscurecer el sol del verano—, yo ya estaba lo bastante advertida de las incomodidades de la casa a tan temprana hora, y sentía la suficiente curiosidad acerca de Londres, como para pensar que la señorita Jellyby había acertado cuando me propuso salir a dar un paseo.

—Mamá va a tardar mucho en bajar —dijo—, y después sería rarísimo que el desayuno estuviera listo antes de una hora, por lo menos...; son de una pachorra... En cuanto a papá, se toma lo que puede y se va a su oficina. Nunca se toma un desayuno medio decente. Priscilla le deja el pan y algo de leche, si es que queda, encima de la mesa. A veces ya no queda leche, y otras veces se la bebe el gato. Pero me temo que debe usted de estar cansada, señorita Summerson; quizá prefiera acostarse.

—No estoy nada cansada, hija —contesté—, y preferiría, con mucho, salir a dar un paseo.

—Si está usted segura —replicó la señorita Jellyby—, voy a ponerme algo.

Ada dijo que también ella quería salir, y pronto empezó su aseo. Propuse a Peepy, a falta de algo mejor que hacer por él, que me dejara lavarlo, y después volví a echarlo en mi cama. Se sometió a todo con el mejor talante posible, contemplándome durante toda la operación, como si nunca se hubiera visto, y nunca pudiera volverse a ver, tan sorprendido en su vida; es cierto que con aire muy triste, pero sin quejarse, y se volvió a dormir tan ricamente en cuanto terminé con él. Al principio no me sentí muy segura en cuanto a tomarme tamaña libertad, pero pronto reflexioné que probablemente en aquella casa nadie se iba a dar cuenta.

Con las prisas de lavar a Peepy, y de prepararme y ayudar a Ada a arreglarse, pronto me sentí entrar en calor. Encontramos a la señorita Jellyby tratando de calentarse junto a la chimenea del escritorio, que Priscilla había estado tratando de encender con una vela medio deshecha en una palmatoria medio destrozada, e inclinando la vela para que ardiese mejor. Todo estaba exactamente igual que lo habíamos dejado la noche anterior, y evidentemente igual iba a seguir. En el piso de abajo, nadie había retirado el mantel, sino que se había dejado preparado para el desayuno. Toda la casa estaba llena de migas, polvo y papeles usados. En los barrotes de la barandilla de la entrada había colgados algunos recipientes de peltre y una lata de leche; la puerta estaba abierta, y al rodear la esquina nos tropezamos con la cocinera, que salía de una taberna secándose la boca. Al pasar a nuestro lado hizo una seña para indicar que había ido a ver qué hora daba el reloj.

Pero antes de tropezarnos con la cocinera, vimos a Richard, que iba dando

zancadas Thavies Inn arriba, Thavies Inn abajo, para calentarse los pies. Se sintió agradablemente sorprendido de vernos levantadas tan temprano, y dijo que le agradecería mucho compartir nuestro paseo. Le dio el brazo a Ada, y la señorita Jellyby y yo fuimos por delante. Cabe mencionar que la señorita Jellyby había vuelto a adoptar su tono hosco, y verdaderamente no se me habría ocurrido pensar que yo le agradaba tanto si no me lo hubiera dicho.

—¿Dónde quieren ir? —preguntó.

—Donde tú quieras, hija —repliqué.

—Donde uno quiera no es decir nada —dijo la señorita Jellyby, deteniéndose con gesto hostil.

—En todo caso, vamos a alguna parte —dije.

—No se ría usted, señorita Summerson; a usted tampoco le gustaría; usted presume de ser muy tranquila...

—No, de verdad que no, hija mía —contesté.

—Claro que sí. Lo sabe perfectamente, señorita Summerson. ¡No me diga que no, porque es que sí!... Perdón, ya sé que tiene usted buenas intenciones —dijo rectificando inmediatamente, pero de mala gana—. ¡No se enfade conmigo, por favor! ¡Es que ya no puedo más!

Después me hizo andar a toda velocidad.

—No me importa —dijo—. Usted es mi testigo, señorita Summerson; digo que no me importa, pero aunque siguiera viniendo a casa con esas sienes abultadas y relucientes hasta que fuera más viejo que Matusalén, seguiría sin tener nada que ver con él. ¡Qué manera tienen él y mamá de hacer el idiota!

—Hija mía —repliqué en alusión al epíteto y a la forma tan fuerte en que lo había pronunciado la señorita Jellyby—. Como hija, tienes el deber...

—Vamos, señorita Summerson, no me hable usted de los deberes de las hijas; ¿qué deberes de madre cumple mi mamá? ¡Supongo que le basta con lo que hace por el público y por África! Pues que el público y África cumplan con sus deberes de hijos; más deber es suyo que mío. ¡Seguro que se escandaliza usted! Muy bien, pues también me escandalizo yo; ¡así que ya somos dos las escandalizadas, y en paz!

Me hizo andar todavía más rápido.

—Pero repito que, pase lo que pase, aunque vuelva, y vuelva y vuelva, yo no quiero tener nada que ver con él. No puedo aguantarle. Si hay algo en este mundo que detesto y aborrezco son las cosas de las que hablan él y mamá. ¡Me pregunto si ni siquiera las losas de la acera de enfrente de casa pueden tener la paciencia de quedarse ahí y presenciar las incoherencias y las contradicciones y todas esas bobadas que dicen, y cómo lleva mamá la casa!

No pude por menos de comprender que se refería al señor Quale, el joven caballero que se había presentado anoche después de cenar. Fueron Richard y Ada

quienes me evitaron la desagradable necesidad de seguir adelante con el tema, pues aparecieron corriendo, riéndose y preguntándonos si es que nos proponíamos echar una carrera. Ante la interrupción, la señorita Jellyby se calló y siguió andando, malhumorada, a mi lado, mientras yo admiraba la sucesión y la variedad de las calles, la cantidad de gente que andaba ya de un lado para otro, el número de vehículos que pasaba en todas direcciones, los frenéticos preparativos para arreglar los escaparates y limpiar los comercios, y los extraordinarios personajes harapientos que buscaban secretamente alfileres y otros desechos entre la basura recién barrida.

—De manera, prima —decía la animada voz de Richard a Ada, detrás de mí—, que jamás vamos a librarnos de la Cancillería. Hemos llegado por otro camino al mismo sitio donde nos encontramos ayer, y... ¡Por el Gran Sello, ahí está otra vez la vieja!

Efectivamente, allí estaba, justo frente a nosotros, con sus reverencias y sus sonrisas, y diciendo con el mismo aire maternal que ayer:

—¡Los pupilos de Jarndyce! ¡Pero qué alegría! ¿No?

—Temprano ha salido usted, señora —le dije cuando me hizo una reverencia.

—¡Sí! Suelo pasearme por aquí a primera hora. Antes de que se abran los Tribunales. Es un sitio tranquilo. Aquí pienso en lo que he de hacer durante el día —dijo la anciana, en tono remilgado—. Las cosas del día requieren pensar mucho. Es tan difícil seguir la justicia de la Cancillería...

—¿Quién es, señorita Summerson? —preguntó la señorita Jellyby, apretándome más el brazo.

La ancianita tenía un oído notablemente agudo. Respondió inmediatamente ella misma:

—Una demandante, hija mía. A tu servicio. Tengo el honor de asistir regularmente a los Tribunales. ¿Tengo el placer de hablar con otra de las partes menores de edad en Jarndyce? —preguntó la anciana, enderezándose con la cabeza ladeada y con una leve reverencia.

Richard, que deseaba expiar su irreflexión de ayer, explicó, bienhumorado, que la señorita Jellyby no tenía nada que ver con la causa.

—¡Ja! —dijo la anciana—. Entonces, ¿no está esperando una sentencia? Ya se hará vieja. Pero no tanto. ¡Desde luego que no! Éste es el jardín de Lincoln's Inn. Yo digo que es mi jardín. En el verano es toda una quinta. Aquí cantan melodiosamente los pájaros. Es donde paso la mayor parte de las vacaciones de verano. En contemplación. ¿No les parece que las vacaciones largas de verano son demasiado largas?

Dijimos que sí, pues parecía que eso era lo que esperaba de nosotros.

—Cuando las hojas empiezan a caer de los árboles y ya no quedan flores esperando a que las recojan para hacer ramilletes para la Sala del Lord Canciller —

dijo la anciana—, terminan las vacaciones, y vuelve a prevalecer el Sexto Sello, mencionado en el Apocalipsis. Les ruego vengan a ver mi morada. Será de buen augurio para mí. Raras veces van allí la juventud, la esperanza y la belleza. Hace mucho tiempo que no me ha visitado ninguna de ellas.

Me había tomado de la mano, y mientras nos llevaba a mí y a la señorita Jellyby, hacía gestos a Richard y a Ada para que también ellos vinieran. Yo no sabía cómo negarme, y miré a Richard en busca de ayuda. Como él estaba medio divertido y medio intrigado, y todos dudábamos sobre cómo deshacernos de la anciana sin ofenderla, ésta continuó tirando de nosotras, y Ada y Richard continuaron siguiéndonos, mientras nuestra anciana conductora no cesaba de informarnos, con gran condescendencia sonriente, de que vivía allí al lado.

Era muy cierto, como pronto apreciamos. Vivía tan cerca de allí que no hacía sino unos momentos que habíamos accedido a sus deseos cuando llegó a su casa. La anciana nos hizo entrar por una portezuela lateral y se detuvo inesperadamente en un callejón estrecho, parte de una serie de patios y callejuelas que había inmediatamente al lado de la muralla del Inn, y dijo:

—Ésta es mi morada. ¡Suban, por favor!

Se había detenido ante un comercio encima del cual había un letrero: ALMACÉN KROOK [18] TRAJOS Y BOTELLAS. También decía, en letras largas y finas: KROOK, AGENTE DE ARTÍCULOS MARÍTIMOS. En un lado del escaparate había un cuadro de una fábrica roja de papel, ante la cual un carro estaba descargando gran cantidad de sacos de trajos viejos. En otro había un letrero: SE COMPRAN HUESOS. En otro más: SE COMPRAN CACHARROS DE COCINA. En otro: SE COMPRA HIERRO VIEJO. En otro más: SE COMPRA PAPEL VIEJO. En otro: SE COMPRAN ROPAS DE CABALLERO Y DE SEÑORA. Parecía que se compraba todo y no se vendía nada. Por todas partes del escaparate había cantidades de botellas sucias: frascos de betún, frascos de medicinas, botellas de cerveza de jengibre y de soda, frascos de encurtidos, botellas de vino, tinteros; al mencionar esto último, recuerdo que el comercio tenía, en varios respectos, el aire de hallarse en un barrio que vivía de los Tribunales, y de ser, por así decirlo, de ser un parásito sucio y un pariente repudiado de la ley. Había muchos tinteros. Al lado de la puerta había una banqueta temblequeante donde estaban amontonados viejos volúmenes sucios, con el letrero: «Libros de Derecho, todos a 9 peniques». Algunas de las inscripciones que he enumerado estaban escritas en letra cancillerisca, igual que los papeles que había visto yo en la oficina de Kenge y Carboy, y que las cartas que había recibido hacía tanto tiempo de aquel bufete. Entre ellas había una escrita en la misma letra, que no tenía nada que ver con la actividad de aquel comercio, sino en la cual se anunciaba que un hombre respetable de cuarenta y cinco años de edad se ofrecía para pasar a limpio o copiar con destreza y rapidez: Dirección, Nemo, razón: el señor Krook, de

este comercio. Había colgadas varias sacas de segunda mano, azules y rojas. Un poco más allá de la puerta del comercio había unos montones de pergaminos viejos y agrietados, y papeles legales descoloridos y ajados. Resultaba fácil imaginar que todas las llaves oxidadas, de las que debía de haber centenares amontonadas como hierro viejo, habían pertenecido antiguamente a puertas de despachos o de cajas fuertes de bufetes de abogados. Los montones de trapos, parte de ellos puestos en una balanza vieja de madera de una sola pata, que colgaba sin contrapeso de una viga de madera, parte de ellos caídos al suelo, podrían haber sido corbatines y togas de abogados, hechos tiras. Para completar el cuadro, no faltaba sino imaginar, como nos susurró Richard a Ada y a mí mientras contemplábamos aquello, que los huesos amontonados en un rincón y sin una brizna de carne eran los huesos de clientes.

Como seguía habiendo niebla y estaba oscuro, y como el comercio estaba cegado además por la muralla de Lincoln's Inn, que interceptaba la luz un par de varas más allá, no hubiéramos podido ver tanto de no haber sido por un farol encendido que llevaba de un lado a otro del comercio un anciano de gafas tocado con una gorra de pelo. Al volverse hacia la puerta, nos vio. Era bajo, cadavérico y reseco, con la cabeza hundida a un lado entre los hombros, y el aliento le salía de la boca en un vapor perfectamente visible, como si hubiera respirado fuego. Tenía el cuello, la barbilla y las cejas tan nevados de cabellos blancos, y tenía por todas partes tantas venas salientes y la piel tan reseca, que del pecho para arriba parecía una raíz vieja en medio de la nieve.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo el viejo, acercándose a la puerta—. ¿Tienen algo que vender?

Naturalmente, nos echamos atrás y miramos a nuestra guía, que había estado tratando de abrir la puerta de la casa con una llave que se había sacado del bolsillo, y a quien ahora Richard dijo que como ya había tenido el gusto de ver dónde vivía, tendríamos que separarnos de ella, pues andábamos mal de tiempo. Pero no nos iba a dejar que nos fuéramos con tanta facilidad. Se puso tan fantástica e insistentemente seria con sus ruegos de que subiéramos a ver su apartamento un instante, y tan empeñada estaba, a su aire inofensivo, en llevarme a él como parte del buen augurio que deseaba, que no vi más remedio que seguirla (independientemente de lo que hicieran los otros). Supongo que todos sentíamos más o menos curiosidad, sobre todo cuando el viejo añadió sus argumentos a los de ella y dijo: «Sí, sí! ¡Denle ese gusto! ¡No les llevará ni un minuto! ¡Pasen, pasen! ¡Pasen por la tienda, si la otra puerta está rota!», de modo que pasamos todos, alentados por el estímulo risueño de Richard y confiando en la protección de éste.

—Es mi casero, Krook —dijo la ancianita, en tono condescendiente hacia él desde su elevada condición al presentárnoslo—. Los vecinos lo llaman el Lord Canciller. A su comercio lo llaman el Tribunal de Cancillería. Es una persona muy excéntrica. Es muy raro. ¡Ay, sí; les aseguro que es muy raro!

Meneó la cabeza muchas veces y se dio en la frente con el índice, para expresar que debíamos tener la bondad de perdonarlo.

—Porque está un poco..., ¡ya saben! ¡L mayúscula! —dijo la anciana con gran ceremonia. El viejo la oyó y se echó a reír.

—Es cierto —dijo mientras nos adelantaba con el farol— que me llaman Lord Canciller y a mi comercio la Cancillería. ¿Y por qué creen ustedes que me llaman a mí Lord Canciller y a mi tienda la Cancillería?

—Desde luego, yo no lo sé —dijo Richard en tono despreocupado.

—Pues miren —dijo el viejo, deteniéndose y echando una mirada a su alrededor—. Es que... ¡Eh! ¡Miren qué pelo tan bonito! Abajo tengo tres bolsas llenas de pelo de señora, pero no hay nada tan bonito y tan fino como éste. ¡Qué color y qué textura!

—¡Basta ya, amigo mío! —dijo Richard, que decididamente desaprobaba el que el viejo hubiera agarrado una de las trenzas de Ada en su mano amarillenta—. Puede usted admirarlo, igual que todos nosotros, sin tomarse esas libertades.

El anciano le echó una mirada repentina, que incluso desvió mi atención de Ada, la cual, asustada y sonrojada, estaba tan asombrosamente bella que pareció retener incluso la atención distraída de la ancianita. Pero como Ada se interpuso y dijo sonriente que no podía por menos de sentirse orgullosa de una admiración tan auténtica, el señor Krook volvió a sumirse en su ser anterior con igual rapidez con la que había salido de él.

—Ya ven que aquí tengo muchas cosas —continuó, levantando el farol—, de tantas especies, y según creen los vecinos (pero éstos no saben nada) pudriéndose y echándose a perder, que por eso nos han bautizado así a mí y a mi comercio. Y tengo montones de pergaminos antiguos y documentos en mi inventario. Y me gusta el moho y el orín y las telas de araña. Y me quedo con todo lo que me traen. Y no puedo soportar deshacerme de algo que ya es mío (o eso es lo que opinan mis vecinos, pero ¿qué saben éstos?), ni cambiar nada, ni que me vengan a barrer, ni a fregar, ni a limpiar, ni a hacerme reparaciones. Por eso me han dado el mal nombre de Cancillería. A mí no me importa. Voy a ver a mi noble y erudito hermano casi todos los días, cuando viene al Inn. Él no se fija en mí, pero yo sí me fijo en él. No somos muy diferentes. Los dos nos revolcamos en el desorden. ¡Eh, Lady Jane!

De uno de los estantes le saltó al hombro una gran gata gris, que nos asustó a todos.

—¡Eh! Enséñales lo bien que arañas. ¡Eh! ¡A rascar, milady! —dijo su amo.

La gata se bajó de un salto y destrozó un montón de trapos con sus garras de tigresa, y con un ruido que me hizo rechinar los dientes.

—Lo mismo le haría a una persona si se lo ordenara —dijo el viejo—. Entre otras cosas generales, comercio en pieles de gato, y me ofrecieron la de ésta. Como verán, tiene una piel muy buena, pero no quise que se la quitaran. ¡Ahora, eso sí que no es

práctica de la Cancillería, les advierto!

Mientras decía todo aquello nos había hecho cruzar el comercio, y ahora abrió una puerta que había al fondo y que llevaba a la entrada de la casa. Mientras él se quedaba inmóvil con la mano en la cerradura, la ancianita observó cortésmente antes de entrar:

—Basta, Krook. Tus intenciones son buenas, pero cansas. Mis jóvenes amigos tienen prisa. Yo tampoco tengo tanto tiempo, pues tengo que ir en seguida a los Tribunales. Mis jóvenes amigos son los pupilos de Jarndyce.

—¡Jarndyce! —exclamó el viejo, sobresaltado.

—Jarndyce y Jarndyce. El gran pleito, Krook —replicó su inquilina.

—¡Eh! —exclamó el viejo con tono de asombro y con los ojos más abiertos que nunca—. ¡Quién lo iba a pensar!

Parecía haberse quedado tan absorto de repente, y nos miraba con tanta curiosidad, que Richard dijo:

—¡Pero si parece que se preocupa usted mucho por las causas que entiende su noble y erudito hermano, el otro Canciller!

—¡Sí! —dijo el otro, distraído—. ¡Claro! Y usted se llamaría...

—Richard Carstone.

—Carstone —repitió, registrando lentamente aquel nombre con el índice, y contando después por separado con los dedos cada uno de los otros nombres que iba mencionando—. Sí. Alguien se llamaba Barbary, y alguien Clare, y creo que también alguien Dedlock.

—¡Sabe tanto de la causa como el Canciller de verdad, el profesional! —exclamó Richard, asombradísimo, dirigiéndose a Ada y a mí.

—¡Sí! —dijo el viejo, saliendo lentamente de su abstracción—. ¡Sí! Tom Jarndyce..., ustedes me perdonarán, que son sus parientes, pero en los Tribunales todos lo llamaban así, y lo conocía igual de bien —con un leve gesto hacia su inquilina— como a ella ahora. Tom Jarndyce venía mucho por aquí. Tenía la costumbre de pasearse arriba y abajo cuando se estaba oyendo la causa, o cuando eso se esperaba, y hablaba con los tenderos y les decía que les pasara lo que les pasara nunca fuesen a la Cancillería. «Porque», decía, «es como que lo muelan a uno en pedacitos en un molino lento, es como que lo asen a fuego lento, es como morir de las picaduras de una sola abeja; es como irse ahogando a gotas; es como ir enloqueciendo a pequeñas dosis». Casi se suicida ahí mismo, donde está esta señorita.

Escuchamos horrorizados.

—Entró por esa puerta —dijo el anciano, indicando lentamente un camino imaginario por su establecimiento— el día que lo hizo..., y todo el vecindario llevaba meses diciendo que iba a hacerlo sin duda, tarde o temprano, y va y llega aquel día a la puerta y pasa por ahí, y se sienta en un banco que había ahí y me pidió

(comprenderán que entonces yo era mucho más joven) que le trajera una pinta de vino. «Pues, Krook», va y me dice, «estoy muy deprimido; vuelve a oírse mi causa, y creo que estoy más cerca que nunca de la sentencia». No me gustaba la idea de dejarle a solas, y le convencí de que viniera a la taberna de ahí enfrente, al otro lado de mi calle (quiero decir la Calle de la Cancillería), y le seguí y miré por la ventana y ahí le vi, lo más cómodo que parecía, en el sillón junto a la chimenea, y con compañía. Casi ni había vuelto yo aquí cuando oigo un disparo que resuena desde la taberna. Me eché a correr..., todos los vecinos se echaron a correr..., seríamos veinte, y todos gritando al tiempo: «¡Tom Jarndyce!»

El viejo se interrumpió, se nos quedó mirando, contempló el farol, apagó la llama de un soplo y cerró el farol.

—Teníamos razón, no hace falta que se lo diga a los aquí presentes. ¡Eh! Y, claro, aquella tarde todos los vecinos fuimos al Tribunal cuando se oyó la causa. ¡Cómo hacían, mi noble y erudito hermano y todos los demás, las mismas ceremonias de siempre, haciendo como que no se habían enterado del último dato de la causa, o como si, ¡Dios mío!, no tuvieran nada que ver con aquello, como si no supieran nada de nada!

Ada se había quedado pálida como la cera, y Richard estaba igual. Yo tampoco podía extrañarme, a juzgar por mis propias emociones, y eso que yo no era parte en la causa, de que para unos corazones tan jóvenes e inexpertos fuera tamaño golpe recibir la herencia de una desgracia tan antigua, que provocaba en mucha gente recuerdos tan horrorosos. Otra cosa que me inquietaba era la forma en que aquel relato terrible podía afectar a la pobrecilla medio loca que nos había llevado allí, pero, para gran sorpresa mía, parecía perfectamente inconsciente de ello, y lo único que hizo fue volver a mostrarnos el camino por la escalera, informándonos con la tolerancia que un ser superior siente por los defectos del común de los mortales, de que su casero estaba «un poco... L mayúscula..., ¡ya saben ustedes!».

Vivía en el alto de la casa, en una habitación bastante amplia, desde la cual se veía un poco de Lincoln's Inn Hall. Parecía que ése había sido el principal atractivo inicial para ella cuando decidió irse a vivir allí. Podía mirarlo, dijo, de noche; especialmente cuando había luna. Su aposento estaba limpio, pero muy, muy desnudo. Advertí que tenía el mínimo de necesidades en materia de muebles; unas cuantas estampas sacadas de libros, de cancilleres y procuradores, pegadas en la pared, y media docena de ridículos y de estuches de labor «llenos de documentos», según nos informó. No había carbón en la chimenea, ni tampoco ceniza, y no vi por ninguna parte ni una prenda de vestir, ni nada de comida. En un vasar en una fresquera abierta había uno o dos platos y una o dos tazas y demás, pero todo seco y vacío. Su delgadez tenía un sentido más triste, pensé al mirar en torno a mí, de lo que había creído yo en un principio.

—Es un gran honor para mí —dijo nuestra pobre anfitriona, con la mayor gentileza— recibir esta visita de los pupilos de Jarndyce. Y agradezco mucho el augurio. Éste es un lugar muy tranquilo. Considerando que mis medios son limitados. Debido a la necesidad de estar atenta al Canciller. Vivo aquí desde hace muchos años. Paso los días en los Tribunales; las tardes y las noches aquí. Las noches me resultan largas, pues duermo poco y pienso mucho. Claro que eso es inevitable cuando se está en Cancillería. Lamento no poder ofrecerles chocolate. Espero un fallo en breve, y entonces mis aposentos serán de calidad superior. Actualmente no tengo objeción en confesar a los pupilos de Jarndyce (en estricta confianza) que a veces encuentro difícil mantener las apariencias. He sentido el frío aquí. He sentido algo más agudo que el frío. Importa poco. Les ruego excusen la introducción de tan mezquinos temas.

Retiró parcialmente la cortina de la ventana larga y baja de la buhardilla y señaló a nuestra atención varias jaulas que colgaban de ella, algunas de las cuales contenían varios pájaros. Había ruiseñores, gorriones y jilgueros, 20 por lo menos.

—Empecé a tener estos animalitos —dijo— con un objetivo que los pupilos comprenderán fácilmente. Con la intención de devolverles la libertad. Cuando se dicte mi sentencia. ¡Sí! Pero mueren en prisión. Sus vidas, pobrecillos, son tan breves en comparación con los procedimientos en Cancillería que, uno por uno, ha ido muriendo toda la colección, una y otra vez. ¿Saben ustedes que dudo si alguno de éstos, aunque todos son jóvenes, vivirá para volver a ser libre? Es muy entristecedor, ¿no?

Aunque a veces hacía una pregunta, nunca parecía esperar una respuesta, sino que seguía hablando como si tuviera la costumbre de hacerlo aunque no hubiera nadie presente.

—De hecho —continuó diciendo—, a veces dudo mucho, les aseguro, de si mientras sigan las cosas sin solventar, y prevalezca el sexto o Gran Sello, no es posible que un día me encuentren a mí aquí, yacente muda y sin sentido, igual que he encontrado yo a tantos pájaros.

Richard, en respuesta a lo que vio en la mirada compasiva de Ada, aprovechó la oportunidad para poner algo de dinero, en silencio y sin que ella lo viera, en la repisa de la chimenea. Todos nos acercamos a las jaulas, fingiendo que estudiábamos los pájaros.

—No puedo dejar que canten mucho —dijo la ancianita—, porque (aunque les parezca curioso) me confunde la idea de que estén cantando mientras yo sigo los alegatos en los tribunales. ¡Y necesito tener la cabeza tan clara, saben! Otra vez les diré cómo se llaman. Ahora no. En un día de tan buen augurio pueden cantar todo lo que quieran. En homenaje a la juventud —con una sonrisa y una reverencia—, a la esperanza —una sonrisa y una reverencia—, y a la belleza —una sonrisa y una reverencia—. ¡Hale! Vamos a dejar que entre toda la luz.

Los pájaros empezaron a agitarse y a trinar.

—No puedo dejar que entre mucho aire —dijo la ancianita (olía a cerrado, y mejor hubiera sido que sí)—, porque la gata que vieron ustedes abajo, la llamada Lady Jane, está loca por matarlos. Se pasa agazapada horas y horas en el parapeto. He descubierto —con un susurro de misterio— que su crueldad natural se ve aguzada por un temor celoso de que ellos recuperen la libertad. Debido al fallo que espero se dicte en breve. Es astuta y está llena de malicia. A veces casi creo que no es una gata, sino el lobo del viejo refrán. Es tan difícil no verle las orejas.

Unas campanas vecinas recordaron a la pobrecilla que eran las nueve y media y nos sirvieron de más para poner fin a nuestra visita que cualquier cosa que hubiéramos podido hacer nosotros. Tomó apresuradamente su bolsita de documentos, que había puesto en la mesa cuando llegamos, y nos preguntó si íbamos también a los tribunales. Cuando le dijimos que no, y que no queríamos en absoluto entretenerla, abrió la puerta para acompañarnos abajo.

—Con este augurio es todavía más necesario que nunca estar presente antes de que llegue el Canciller —dijo—, porque podría mencionar mi caso en primer lugar. Tengo el presentimiento de que es lo primero que va a mencionar esta mañana.

Se detuvo a decirnos en un susurro, mientras bajábamos, que toda la casa estaba llena de maderas extrañas que su casero había ido comprando y que no quería vender, porque estaba un poco L mayúscula. Eso fue en el primer piso. Pero antes había hecho una parada en el segundo piso y había señalado en silencio una puerta oscura que allí había.

—Es el otro inquilino —susurró entonces como explicación—; escribe copias legales. Los chicos de estas calles dicen que ha vendido su alma al diablo. No sé qué habrá hecho con el dinero. ¡Chitón!

Parecía temer que el otro inquilino la oyera, incluso allí, y siguió rogándonos silencio mientras iba ante nosotros de puntillas, como si incluso el ruido de sus pasos pudiera revelarle lo que había dicho.

Al pasar por el comercio camino de la calle, igual que lo habíamos cruzado al llegar de ella, nos encontramos con el anciano que amontonaba varios paquetes de papel viejo en una especie de cavidad en el suelo. Parecía estar trabajando mucho, tenía la frente sudorosa y a su lado estaba un trozo de tiza, con la cual, cada vez que bajaba un paquete o un lío, hacía un garabato en el revestimiento de la pared.

Habían pasado a su lado Richard y Ada, y la señorita Jellyby y la ancianita, e iba a pasar yo, cuando me tocó en un brazo para detenerme y apuntó la letra J en la pared, de una manera muy curiosa, pues empezó por el final de la letra y la fue trazando hacia atrás. Era una letra mayúscula, no de imprenta, sino una letra exactamente igual que si la hubiera trazado cualquiera de los pasantes de la oficina de los señores Kenge y Carboy.

—¿La sabe leer? —me preguntó con una mirada penetrante.

—Claro —respondí—. Está muy clara.

—¿Qué es?

—Una J.

Con una mirada dirigida hacia mí y otra a la puerta, la borró y en su lugar puso una «a» (no mayúscula esta vez), y me preguntó:

—Y ésta, ¿qué es?

Se lo dije. Entonces la borró y dibujó una «r» y me hizo la misma pregunta. Así siguió rápidamente hasta haber formado, de la misma extraña manera, empezando siempre por la parte de abajo de cada letra, la palabra JARNDYCE, sin dejar nunca que en la pared hubiera dos letras al mismo tiempo.

—¿Qué dicen todas juntas? —me preguntó.

Cuando se lo dije se echó a reír. Del mismo extraño modo, aunque con igual rapidez, fue haciendo una a una, y borrando una a una las letras que formaban las palabras CASA DESOLADA. También las leí, un tanto asombrada, y él se volvió a reír.

—¡Eh! —dijo el viejo dejando la tiza a un lado—. Tengo un don para copiar de memoria, como puede ver, señorita, aunque no sé leer ni escribir.

Tenía un aspecto tan desagradable, y la gata me miraba con una expresión tan malvada, como si yo fuese pariente cercana de los pájaros de arriba, que me sentí muy aliviada cuando apareció en la puerta Richard, diciendo:

—Señorita Summerson, espero que no esté usted negociando la venta de sus cabellos. No caiga en la tentación. ¡Con las tres bolsas de abajo ya tiene bastante el señor Krook!

Me apresuré a despedirme del señor Krook y en reunirme a mis amigos en la calle, donde nos despedimos de la ancianita, que nos dio su bendición con gran ceremonia y reiteró sus seguridades de que nos dejaría en herencia un legado a Ada y otro a mí. Antes de dar finalmente la espalda a aquellas callejas miramos atrás y vimos al señor Krook, en la puerta de su tienda, mirándonos con las gafas puestas; con la gata en el hombro, cuya cola se erguía a uno de los lados de la gorra de pelo del hombre, como una pluma enhiesta.

—¡Toda una aventura para una mañana londinense! —suspiró Richard— ¡Ay, prima, prima, qué nombre tan terrible éste de la Cancillería!

—Para mí siempre lo ha sido, desde mis primeros recuerdos —respondió Ada—. Estoy segura.

—Para mí también —dijo Richard, pensativo.

—Si el Lord Canciller fallara en contra de mis intereses, por lo que a eso respecta, o por lo menos contra lo que yo diría que es mi derecho..., ¿con cuánto podríamos vivir tú y yo, Esther? —dijo Ada ruborizándose.

—¡No! —exclamó Richard—. Es mejor que falle en contra mía. Yo puedo ir a cualquier parte... Me puedo hacer militar, o lo que sea, y nadie me echará de menos. Si pudiera vendería mis expectativas cuanto antes y lo más barato posible.

—¿E irte al extranjero? —preguntó Ada.

—¡Sí!

—¿Quizá a la India?

—Pues sí, creo que sí —contestó Richard.

—Yo no lo he pensado —dijo Ada—. Lo único que lamento es ser la enemiga (como supongo que lo soy) de tantos parientes y otra gente, y que ellos sean mis enemigos, como supongo que lo son, y que estemos todos arruinándonos los unos a los otros, sin saber cómo ni por qué, y que estemos siempre en duda y en desacuerdo todas nuestras vidas. Parece muy raro, pues en alguna parte debe de imperar el derecho, que en todos estos años no haya habido un juez decidido a averiguar lo que es justo.

—¡Ay, prima! —dijo Richard... ¡Y tan raro! Toda esta complicada partida de ajedrez para nada es muy extraña. El ver ayer a ese tribunal seguir tan tranquilo con sus cosas y pensar en los sufrimientos de las piezas del tablero me dio dolor de cabeza y me afligió el ánimo al mismo tiempo. Me dolía la cabeza de preguntarme cómo pasaba todo esto, si aquellos hombres no eran ni idiotas ni sinvergüenzas, y me afligía el ánimo pensar que quizá fueran ambas cosas. Pero en todo caso, Ada, si me permites que te llame así...

—Pues claro, primo Richard.

—En todo caso, la Cancillería no nos va a transmitir a nosotros ninguna de sus malas influencias. Estamos felizmente reunidos, gracias a nuestro buen pariente, ¡y ya no puede separarnos!

—¡Esperó que nunca, primo Richard! —dijo Ada gentilmente.

La señorita Jellyby me apretó el brazo y me lanzó una mirada muy significativa. Respondí con una sonrisa e hicimos un camino de vuelta muy agradable.

Media hora después de nuestra llegada apareció la señora Jellyby, y en el transcurso de una hora fueron llegando uno a uno al comedor los diversos elementos necesarios para un desayuno. No dudo que la señora Jellyby se hubiera acostado y levantado como todo el mundo, pero no parecía que se hubiera cambiado de vestido. Durante el desayuno estuvo muy ocupada, pues el correo de la mañana trajo mucha correspondencia relativa a Borriobula-Gha, lo cual le haría (según dijo) pasar un día muy ocupado. Los niños correteaban por todas partes, y se iban anotando otros recuerdos de sus accidentes en las piernas, que eran perfectos calendarios de sus heridas; Peepy desapareció durante hora y media, y un policía lo trajo a casa desde el mercado de Newgate. La apacibilidad con la que la señora Jellyby llevó tanto su ausencia como su devolución al círculo familiar nos sorprendió a todos.

Para entonces ya estaba dictando perseverantemente a Caddy, y Caddy iba volviendo rápidamente a la condición entintada en la que la habíamos conocido. A la una llegó a buscarnos un carruaje abierto, con una carreta para nuestro equipaje. La señora Jellyby nos dio muchos recuerdos para su buen amigo, el señor Jarndyce; Caddy se levantó de su escritorio para acompañarnos a la puerta, me dio un beso en el pasillo y se quedó en los escalones, llorando y mordiendo la pluma; Peepy, celebre decirlo, estaba dormido, con lo que no hubo de soportar el dolor de la separación (yo tenía algún temor de que hubiera ido al mercado de Newgate a buscarme), y todos los demás niños se subieron en el carruaje de las maletas y se fueron cayendo, y los vimos, muy preocupados, esparcidos por toda la superficie de Thavies Inn cuando íbamos saliendo de allí.

6. En casa

El día había aclarado muchísimo, y seguía aclarando a medida que avanzábamos hacia el oeste. Avanzábamos bajo el sol, el aire estaba limpio, y cada vez nos asombrábamos más ante las dimensiones de las calles, el esplendor de los comercios, la densidad de la circulación y las grandes multitudes a las que lo agradable del tiempo parecía haber sacado a la calle como flores multicolores. Poco a poco empezamos a salir de la maravillosa ciudad y a atravesar suburbios que, a mis ojos, hubieran constituido en sí mismos una buena ciudad cada uno, y por fin llegamos a un auténtico camino campestre, con molinos de viento, trillas, piedras miliare, carretas de campesinos, olores a paja vieja, señales que se movían al viento y abrevaderos para los caballos; con árboles, prados y setos. Resultaba delicioso ver aquel paisaje verde ante nosotros y la inmensa metrópolis a nuestras espaldas, y cuando pasó a nuestro lado un carruaje con una recua de caballos preciosos, con jaeces rojos y cascabeles que hacían un ruido cristalino, resultaba tan musical que todos podríamos haber cantado a aquel son, tan animadas eran las influencias que nos rodeaban.

—Todo este camino me recuerda a mi tocayo Whittington [19] —dijo Richard—, y ese carruaje es el último toque. ¡Eh! ¿Qué pasa?

Nos habíamos detenido, y también el carruaje. Su música cambió cuando se pararon los caballos, y se redujo a un sutil cascabeleo, salvo cuando un caballo agitaba la cabeza o se sacudía, y provocaba una pequeña cascada de campanillas.

—Nuestro postillón va en busca del conductor —siguió diciendo Richard—, y el conductor viene hacia nosotros. ¡Buenos días, amigo! —El conductor estaba junto a la puerta de nuestro coche, y Richard, mirándolo de cerca, exclamó:

—¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Lleva en el sombrero tu nombre, Ada!

Llevaba en el sombrero los nombres de todos nosotros. Metidas en la cinta tenía tres notitas: una dirigida a Ada, otra a Richard y otra a mí. El conductor nos las entregó sucesivamente, tras primero leer el nombre en voz alta. En respuesta a la pregunta de Richard de quién las enviaba respondió brevemente:

—Mi jefe, señorito, y a sus órdenes —y se volvió a poner el sombrero (que era como un cuenco, pero blando), hizo restallar el látigo para volver a despertar su música y se marchó melodiosamente.

—¿Ese carruaje es el del señor Jarndyce? —preguntó Richard al postillón de nuestro coche.

—Sí, señor —fue la respuesta—. Va a Londres.

Abrimos las notas. Eran idénticas entre sí y contenían estas palabras, escritas con letra sólida y clara:

Queridos míos,

espero que nuestra reunión sea feliz y sin problemas para ninguno. Por consiguiente, he de proponer que nos encontremos como viejos amigos y que no hablemos del pasado. Eso quizá os alivie a vosotros, y a mí sin duda, al igual que aumentará mi amor por vosotros.

JOHN JARNDYCE

Quizá tuviera yo menos motivos que mis acompañantes para sorprenderme, dado que nunca había tenido una oportunidad de dar las gracias a quien había sido mi benefactor y mi único apoyo terrenal desde hacía tantos años. No había pensado cómo podía darle las gracias, pues mi gratitud estaba arraigada demasiado honda en mi corazón para eso, pero entonces empecé a pensar en cómo podía conocerlo sin darle las gracias, y consideré que sería difícilísimo.

Las notas reanimaron en Richard y Ada una impresión general que ambos tenían, sin saber muy bien por qué, de que su primo Jarndyce nunca soportaría expresiones de agradecimiento por ninguna de sus amabilidades y de que, antes que aceptarlas, recurriría a los expedientes y las evasiones más singulares, o incluso se echaría a correr. Ada recordaba vagamente que había oído decir a su madre, cuando ella era pequeña, que una vez había sido de una generosidad extraordinaria con ella y que cuando fue a casa de él a darle las gracias él la vio por casualidad por una ventana cuando iba ella hacia la puerta, e inmediatamente se escapó por la puerta de atrás y nadie volvió a tener noticias suyas en tres meses. Aquel discurso desembocó en muchas más observaciones sobre el mismo asunto, y de hecho nos duró todo el día, pues apenas sí hablamos de otra cosa. Si, por casualidad, nos desviábamos a otro tema, pronto volvíamos a éste, y nos preguntábamos cómo sería la casa, y si veríamos al señor Jarndyce en cuanto llegáramos, o al cabo de un rato, y lo que nos diría o lo que le diríamos nosotros a él. No hacíamos más que hablar una y otra vez de lo mismo.

Los caminos estaban muy pesados para los caballos, pero en general estaban en buena condición, de manera que nos apeamos y subimos todas las cuestas, y aquello nos gustó tanto que prolongamos nuestro paseo por la parte llana cuando llegamos arriba. En Barnet nos estaban esperando otros caballos, pero, como acababan de darles de comer, también tuvimos que esperarlos, y nos dimos otro largo paseo por unos prados y un viejo campo de batalla antes de que nos alcanzara el coche. Aquellos retrasos alargaron tanto el camino que había terminado el corto día y empezado la larga noche antes de que llegáramos a St. Albans, cerca de cuyo pueblo sabíamos que estaba la Casa Desolada.

Para entonces estábamos tan preocupados y tan nerviosos que incluso Richard confesó, mientras dábamos botes por las piedras de las viejas calles, que sentía un

deseo irracional de volver a la ciudad. En cuanto a Ada y a mí, arropadas por el mismo Richard con gran cuidado, porque la noche era fresca y cortante, estábamos temblando de la cabeza a los pies. Cuando salimos del pueblo tomamos una curva y Richard nos dijo que el postillón, que desde hacía rato se compadecía de nuestro nerviosismo, miraba hacia atrás con un gesto de asentimiento; las dos nos pusimos en pie en el carruaje (con Richard sosteniendo a Ada por si venía un bache) y escudriñamos aquel campo abierto y la noche estrellada, por si lográbamos ver nuestro punto de destino. Había una luz que brillaba en la cima de una cuesta ante nosotros, y el conductor la señaló con el látigo y gritó: «¡La Casa Desolada!»; puso a los caballos al trote y nos llevó hacia allá a tal velocidad, pese a que era cuesta arriba, que las ruedas lanzaban el polvo de la carretera volando por encima de nuestras cabezas, como la espuma de un molino de agua. Unas veces perdíamos la luz, otras la volvíamos a ver, la volvíamos a perder, la volvíamos a ver, y por fin entramos en una inmensa avenida flanqueada de árboles y fuimos al galope hacia donde brillaba radiante aquella luz. Estaba en una ventana de una casa que parecía antigua, con tres picos en el tejado de la fachada y había un camino circular que llevaba al porche. Repicó una campana cuando nos acercamos y mientras todavía resonaban en el aire sus tonos profundos, y se oía en la distancia el ladrido de unos perros, salió un chorro de luz de la puerta abierta y en medio de los vapores de los caballos sudorosos y del latido acelerado de nuestros propios corazones nos apeamos en un estado considerable de confusión.

—Ada, cariño; Esther, querida mía, bienvenidas. ¡Cuánto me alegro de veros! ¡Richard, si en estos momentos tuviera una mano más sería para dártela a ti!

El caballero que decía aquellas palabras con voz clara, brillante y acogedora había pasado un brazo en torno a la cintura de Ada y el otro en torno a la mía, mientras nos besaba a ambas de modo paternal, y nos llevaba por el vestíbulo a una salita cálida y muy bien iluminada por el fuego que crepitaba en la chimenea. Allí nos volvió a besar y, abriendo los brazos, nos hizo sentarnos juntas en un sofá que había al lado de la chimenea. Me pareció que si hubiéramos sido algo expresivas nosotras se habría echado a correr al instante.

—¡Ahora, Rick, ya tengo una mano libre! —dijo— Una palabra dicha en serio vale tanto como todo un discurso. Celebro mucho veros. Estáis en vuestra casa. ¡Calentaos!

Richard le estrechó ambas manos con una mezcla intuitiva de respeto y franqueza, y se limitó a decir (aunque con un tono tan serio que me alarmó un tanto, tal era el temor que sentía yo de que el señor Jarndyce desapareciera de pronto):

—¡Es usted muy amable, señor Jarndyce! ¡Le estamos muy agradecidos! —antes de quitarse el sombrero y el capote y acercarse a la chimenea.

—Y ¿qué tal ha sido el viaje? ¿Qué te pareció la señora Jellyby, querida mía? —

preguntó el señor Jarndyce a Ada.

Mientras Ada le iba dando su respuesta observé la cara de él (huelga decir con cuánto interés). Era una cara hermosa, animada, expresiva, llena de movimiento y de animación; el pelo lo tenía de un gris-acero plateado. Me pareció que debía estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta, pero era un hombre erecto, sano y robusto. Desde el momento en que nos dirigió las primeras palabras su voz se había relacionado con algo que yo intuía mentalmente, pero que no podía definir; pero ahora, de repente, algo repentino de sus gestos, y una expresión agradable de su mirada me recordaron al caballero de la diligencia, hacía seis años, el día memorable de mi viaje a Reading. Estaba segura de que era él. Jamás me he sentido tan asustada en mi vida como al hacer aquel descubrimiento, pues sorprendió mi mirada y, como si me leyera el pensamiento, echó tal vistazo a la puerta que creí que se nos iba a ir.

Sin embargo, celebro decir que se quedó donde estaba, y me preguntó lo que opinaba yo de la señora Jellyby.

—Hace grandes esfuerzos por África, señor Jarndyce —dije.

—¡Y muy nobles! —replicó el señor Jarndyce—. Pero has dicho lo mismo que Ada (a quien yo no había oído)—. Ya veo que todos pensáis otra cosa.

—Nos pareció un poco —dije, mirando a Richard y a Ada, que me pedían con la mirada que hablara yo—, que quizá descuidaba un tanto su propia casa.

—¡K. O.! —exclamó el señor Jarndyce.

Volví a sentirme un tanto alarmada.

—¡Bueno! Quiero saber lo que piensas de verdad, querida mía. Es posible que os enviara allí adrede.

—Nos pareció que quizá —dije titubeante— sea mejor empezar con las obligaciones en casa propia, señor, y que quizá cuando se descuidan y olvidan ésas no sea posible poner otras en su lugar.

—Los niños Jellyby —dijo Richard, viniendo en mi auxilio— se hallan verdaderamente (y perdone usted si me expreso en términos un tanto fuertes) en malísimas condiciones.

—Tiene buenas intenciones —dijo el señor Jarndyce en seguida—. El viento sopla de Levante.

—Pues, con todo respeto, sopla del norte cuando nos apeamos —observó Richard.

—Mi querido Rick —dijo Jarndyce atizando el fuego—. Estaría dispuesto a jurar que sopla de Levante o está a punto de soplar de allí. Siempre tengo conciencia de una sensación desagradable de vez en cuando, cuando sopla el viento de Levante.

—¿Tiene usted reuma, señor Jarndyce? —inquirió Richard.

—Supongo que es eso, Rick. Eso supongo. De manera que los niños de Jell... Ya tenía yo mis dudas..., están en mal... ¡Ay, Señor, sí, es de Levante! —exclamó el

señor Jarndyce.

Mientras decía estas frases entrecortadas había dado dos o tres vueltas titubeantes con el atizador en una mano y se frotaba el pelo con la otra, con un aire bienhumorado de malestar, tan absurdo y amable al mismo tiempo que estoy segura de que estábamos más encantados con él de lo que hubiera sido posible expresar con palabras. Dio un brazo a Ada y el otro a mí, y haciendo un gesto a Richard para que tomase una vela, ya iniciaba el camino de salida cuando de pronto nos hizo dar la vuelta a todos.

—Esos niños de Jellyby. ¿No podíais?... ¿No?... Bueno, ¡si hubieran llovido pasteles de ciruela o tartas de frambuesa o algo así! —dijo el señor Jarndyce.

—Oh, primo... —empezó a contestar Ada.

—Estupendo, cariño mío. Me gusta que me llames primo. Y quizá sea mejor primo John.

—¡Bueno, pues primo John!... —empezó risueña Ada otra vez.

—¡Ja, ja! ¡Así me gusta! —dijo el señor Jarndyce muy contento—. Eso sí que suena natural. ¿Sí, hija mía?

—Fue algo mejor que eso. Llovió Esther.

—¿Cómo? —preguntó el señor Jarndyce—. ¿Qué hizo Esther?

—Pues, primo John —dijo Ada poniéndole ambas manos en el brazo y haciéndome que «no» con la cabeza, porque yo le estaba haciendo gestos de que se callara—, Esther se hizo inmediatamente amiga suya. Esther cuidó de ellos, los hizo dormir, los lavó y los vistió, les contó cuentos, hizo que se callaran, les compró recuerdos (¡mi niña! no había hecho más que salir con Peepy cuando la encontraron) y un caballito de juguete, y, primo John, calmó tanto a la pobre Caroline, la mayor, y estuvo tan atenta y tan amable... ¡No, no, querida Esther, no permito que me contradigas! ¡Sabes perfectamente que es verdad!

Mi cariñosa niña se inclinó por encima de su primo John y me dio un beso, y después, mirándolo a los ojos, dijo:

—En todo caso, primo John, yo te doy las gracias por la compañera que me has procurado.

Me dio la sensación de que lo estaba desafiando a echarse a correr. Pero él no lo hizo.

—¿De dónde decías que soplaban el viento, Rick? —preguntó el señor Jarndyce.

—Del norte cuando nos apeamos, señor.

—¡Tienes razón! No es Levante. Me he equivocado. ¡Vamos, muchachas, venid a ver vuestra casa!

Era una de esas casas deliciosamente irregulares en las que para ir de una habitación a otra hay que subir o bajar escalones, y en las que se encuentra uno con más habitaciones cuando se cree que ya las ha visto todas, y en las que hay gran

cantidad de pequeños vestíbulos y pasillos, y en las que se tropieza uno con habitaciones rústicas todavía más antiguas en los sitios más inesperados, con ventanas de celosía en las que crecen las plantas. La mía, que fue la primera en la que entramos, era de ese tipo, con un techo abuhardillado, y tenía más rincones que jamás haya visto en mi vida, y una chimenea (donde ardían unos troncos), con las paredes de azulejos de blanco purísimo, en cada uno de los cuales se reflejaba una miniatura brillante del fuego. Al salir de ella se bajaban dos escalones a una salita encantadora que daba a un jardín con flores, salita que en adelante nos pertenecería a Ada y a mí. De allí se bajaba por tres escalones al dormitorio de Ada, que tenía una magnífica ventana ancha con una vista estupenda (ahora no se veía sino una gran extensión de oscuridad bajo las estrellas), bajo la cual había una banqueta hueca en la que, con una buena cerradura, se podrían haber escondido inmediatamente tres Adas. De esa habitación se pasaba a una pequeña galería comunicada con las otras dos habitaciones principales (sólo dos), y de allí, por una escalerita de pasos bajos, que tenía muchas revueltas para su tamaño, se bajaba al vestíbulo. Pero si en lugar de salir por la puerta de Ada se volvía a mi habitación y se salía por la misma puerta por la que se había entrado, y se subían unos escalones serpenteantes que se desviaban de forma inesperada de la escalera principal, se perdía uno en una serie de pasillos en los que había calandrias y mesas triangulares, y una silla hindú, que al mismo tiempo era sofá, caja y cama, y parecía cualquier cosa a mitad de camino entre un esqueleto de bambú y una enorme jaula, y que nadie sabía quién ni cuándo había traído de la India. De allí se pasaba al dormitorio de Richard, que era en parte biblioteca, en parte salita, en parte dormitorio, y que parecía un complejo confortable de muchas habitaciones. Desde allí se pasaba directamente, con un pequeño intervalo de pasillo, a la habitación sencillísima en la que dormía el señor Jarndyce, todo el año, con la ventana abierta, una cama sin más muebles en medio de la habitación para que el aire entrase mejor, y su baño frío esperándolo en un cuartito al lado. De allí se salía a otro pasillo, en el que había una escalera trasera y desde el que se oía cómo les pasaban las almohazas a los caballos junto a los establos, mientras les decían «aguanta» o «quieto», porque se resbalaban mucho en aquellas piedras desiguales. O se podía, si se salía por otra puerta (cada habitación tenía por lo menos dos puertas), ir directamente otra vez al vestíbulo por media docena de escalones y un arco bajo, y quedarse uno maravillado de cómo había llegado allí, o cómo había salido de allí.

Los muebles, más bien anticuados que antiguos, al igual que la casa, eran agradablemente irregulares. El dormitorio de Ada era todo de flores: de cretona y de papel, de terciopelo y bordadas en el brocado de las dos butacas tiesas que había, cada una de ellas complementada por un taburetito para mayor comodidad, a cada lado de la chimenea. Nuestra salita era toda verde, y en las paredes tenía enmarcados y tras un cristal múltiples aves sorprendentes y sorprendidas, que contemplaban desde

sus marcos una trucha de verdad en una vitrina tan parda y brillante como si estuviera servida en salsa; la muerte del Capitán Cook, y todo el proceso de la preparación del té en China, pintado por artistas chinos. En mi dormitorio había grabados ovalados de los meses: señoras que preparaban el heno, con justillos y grandes sombreros atados bajo la barbilla, representaban a junio; nobles de finas pantorrillas señalaban con sus sombreros de tres picos a los campesinos de las aldeas en representación de octubre. Por toda la casa abundaban los retratos de medio cuerpo, hechos a carboncillo, pero estaban tan dispersos que me encontré con el hermano de un joven oficial de mi dormitorio en el armario de la vajilla, y con el marido maduro de mi joven y guapa novia, con una flor en el corpiño, en la salita de desayunar. En cambio, yo disponía de cuatro ángeles, del reinado de la Reina Ana, que llevaban al cielo, con alguna dificultad, a un caballero complaciente envuelto en festones, y una composición bordada que representaba unas frutas, una tetera y un alfabeto. Todos los muebles, desde los armarios hasta las mesas y las sillas, las colgaduras, los espejos, incluso los alfileteros y los pomos de olor de las coquetas mostraban la misma caprichosa variedad. No se acomodaban en nada, salvo en su perfecta limpieza, sus coberturas de los linos más finos y la omnipresencia, dondequiera que la existencia de un cajón, grande o pequeño, la permitiese, de cantidades de hojas de rosa y de lavanda. Ésas fueron nuestras primeras impresiones de la Casa Desolada, con sus ventanas iluminadas, suavizadas acá y allá por sombras de cortinas, que brillaban en la noche estrellada, con su luz y su calor, y su comodidad, con los ruidos acogedores, oídos a lo lejos, de los preparativos para la cena, con la cara de su generoso amo iluminando todo lo que veíamos y con suficiente viento para sonar como un acompañamiento bajo de todo lo que oíamos.

—Celebro que os guste —dijo el señor Jarndyce tras volvernos a traer a la salita de Ada—. Es una casita sin pretensiones, pero resulta cómoda, espero, y lo va a ser más con unas jóvenes tan agradables viviendo en ella. Tenéis apenas media hora antes de la cena. Aquí no hay nadie más que lo mejor que puede haber en la Tierra: un niño.

—¡Más niños, Esther! —dijo Ada.

—No quiero decir un niño literalmente —continuó diciendo el señor Jarndyce—, no un niño en cuanto a edad. Es adulto (tiene por lo menos la misma edad que yo), pero en su sencillez, su espontaneidad, su entusiasmo, y su total incapacidad inocente para todos los asuntos mundanos, es un niño total.

Consideramos que debía de ser muy interesante.

—Conoce a la señora Jellyby —añadió el señor Jarndyce—. Es músico aficionado, aunque hubiera podido ser profesional de ella. Es un hombre de grandes virtudes y modales cautivadores. Ha tenido mala fortuna en los negocios, y mala suerte en sus aficiones, y también mala en su familia, pero no le importa: ¡es un niño!

—¿Quiere usted decir que tiene hijos propios? —inquirió Richard.

—¡Sí, Rick! Media docena. ¡Más! Casi una docena, creo. Pero nunca ha cuidado de ellos. ¿Cómo iba a hacerlo? Necesitaba que alguien cuidara *de él*. ¡Ya sabes, es un niño! —dijo el señor Jarndyce.

—Y ¿han podido sus niños cuidar de sí mismos, señor? —inquirió Richard.

—Hombre, en la medida de lo posible —dijo el señor Jarndyce, cuyo gesto se hizo repentinamente grave. Hay quien dice que los hijos de la gente muy pobre no es que se críen, sino que salen adelante. Los hijos de Harold Skimpole han ido saliendo adelante de un modo u otro... Me temo que está cambiando el viento otra vez. ¡Cada vez lo noto más!

Richard observó que hacía una noche bastante mala, y la casa estaba más bien aislada.

—*Está aislada* —le respondió el señor Jarndyce—. No cabe duda de que a eso se debe. Ya el nombre de Casa Desolada suena a algo aislado. Pero tú ven conmigo. ¡Vamos!

Como ya había llegado nuestro equipaje y estaba todo a mano, me vestí en un momento y estaba ordenando mis pertenencias, cuando una doncella (no la que estaba ayudando a Ada, sino otra a la que no había visto yo) me trajo a mi habitación un cesto con dos manojos de llaves, todas ellas con su etiqueta.

—Para usted, señorita —dijo.

—¿Para mí? —respondí.

—Las llaves de la casa, señorita.

Mostré mi sorpresa, pues ella añadió, con una cierta sorpresa por su parte:

—Me dijeron que se las trajera en cuanto estuviera usted sola, señorita. Es usted la señorita Summerson, ¿verdad?

—Sí —dije—. Así me llamo.

—El llavero más grande es el de la casa, señorita, y el pequeño es el de la bodega. Me han dicho que a la hora que usted quiera mañana por la mañana tengo que enseñarle los armarios y demás cosas a que corresponden.

Dije que estaría lista a las seis y media, y cuando se marchó me quedé contemplando el cesto, totalmente estupefacta ante la magnitud de mis funciones. Así me encontró Ada, y mostró una confianza tan maravillosa en mí cuando le enseñé las llaves y le dije lo que eran que hubiera sido yo una insensible y una ingrata de no haberme sentido alentada. Claro que ya sabía yo que aquello era por amabilidad de mi niña, pero me agradaba que me engañaran de modo tan agradable.

Cuando bajamos nos presentaron al señor Skimpole, que estaba de pie ante la chimenea, contándole a Richard lo aficionado que había sido al fútbol en sus años mozos. Era un hombrecillo animado con una cabeza bastante grande, pero de facciones delicadas y voz muy dulce, y era totalmente encantador. Todo lo que decía

estaba a tal punto exento de fingimiento, y era tan espontáneo, y lo decía con una alegría tan cautivadora, que resultaba fascinante oírle hablar. Como era más esbelto que el señor Jarndyce y tenía mejor color, con el pelo más castaño, parecía más joven. De hecho aparentaba, en todos los aspectos, ser más bien un joven ajado que un anciano bien conservado. Tenía una natural negligencia de modales, e incluso de atavío (pelo medio despeinado, corbatín suelto y caído como he visto en los autorretratos de artistas), de modo que no pude evitar la idea de un joven romántico que había pasado por un proceso excepcional de deterioro. Me dio la impresión de que no tenía en absoluto los modales ni el aspecto de un hombre que había ido recorriendo la vida por la vía usual de los años, las preocupaciones y la experiencia.

Por la conversación deduje que el señor Skimpole había hecho estudios de medicina y había vivido en tiempos, en el ejercicio de esa profesión, en la casa de un príncipe alemán. Sin embargo, nos dijo que como siempre había sido un mero niño en lo que hacía a pesos y medidas, y nunca había sabido nada al respecto (salvo que le repugnaban), nunca había logrado extender recetas con la exactitud de detalle necesaria. De hecho, nos dijo, no tenía cabeza para los detalles. Y nos contó, con mucho humor, que cuando lo llamaban a sangrar al príncipe, o a atender a alguno de los cortesanos, solían encontrarlo tendido en la cama, leyendo la prensa o haciendo caricaturas a lápiz, y no podía acudir. Cuando por fin el príncipe objetó a aquello, «en lo cual», dijo el señor Skimpole con absoluta franqueza, «tenía toda la razón», terminó el contrato, y como el señor Skimpole no tenía (añadió con una alegría deliciosa) «ningún objeto en la vida más que el amor, me enamoró, me casé y me rodeé de mejillas sonrosadas». Su buen amigo Jarndyce y otros cuantos amigos lo habían ayudado a obtener varios puestos, más o menos duraderos, con los que ganarse la vida, pero no había valido de nada, pues él confesaba dos de los problemas más antiguos del mundo: uno era que no tenía noción del tiempo y el otro que no tenía noción del dinero. Debido a lo cual nunca llegaba puntualmente, nunca podía realizar una transacción y nunca sabía lo que valía nada. ¡Bien! ¡Así lo había ido pasando y aquí estaba! Le gustaba mucho leer la prensa, le gustaba mucho hacer dibujos de memoria a lápiz, le gustaba mucho la naturaleza, le gustaba mucho el arte. Lo único que le pedía a la sociedad era que le dejara vivir. Eso no era mucho pedir. Tenía pocas necesidades. Con tal de tener periódicos, conversación, música, carne de cordero, café, paisajes, fruta en temporada, unas hojas de papel de dibujo y algo de clarete no pedía más. No era más que un niño en este mundo, pero tampoco pedía la luna. Él le decía al mundo: «¡Que cada uno haga en paz lo que quiera! Que unos lleven chaquetas rojas y otros azules, que se pongan mangas con puntillas, que se pongan la pluma en la oreja, que lleven delantales, que busquen la gloria, el comercio, el objeto que prefieran, con tal... ¡de que dejen vivir a Harold Skimpole!»

Nos dijo todo aquello, y mucho más, no sólo con el mayor agrado y desparpajo,

sino con una cierta sinceridad vivaz; hablaba de sí mismo como si no fuera cuestión suya en absoluto, como si Skimpole fuera una tercera persona, como si supiera que Skimpole tenía sus peculiaridades, pero también sus derechos, que eran asunto general de la comunidad, y que no se debían menospreciar. Era encantador. Si me sentí algo confusa en aquellos primeros momentos, al tratar de conciliar lo que él decía con todo lo que yo pensaba acerca de los deberes y las responsabilidades de la vida (de todo lo cual disto mucho de estar segura), lo que me confundía era no comprender exactamente por qué estaba él exento de ellos. No dudaba de que él estuviera exento de ellos, puesto que, evidentemente, a él no le cabía duda.

—No deseo nada —siguió diciendo el señor Skimpole con su tono ligero—. Para mí la posesión no significa nada. Aquí tenemos la excelente casa de mi amigo Jarndyce. Me siento agradecido a él por poseerla. La puedo dibujar y modificar. Puedo ponerle música. Cuando estoy aquí tengo suficiente posesión de ella y no tengo problemas, gastos ni responsabilidades. En resumen, mi intendente se llama Jarndyce, y no me puede engañar. Hemos mencionado a la señora Jellyby. Es una mujer muy activa, de gran voluntad y de una inmensa capacidad para los detalles de negocios, que se lanza a diversas causas con un ardor sorprendente. Yo no lamento no tener fuerza de voluntad ni una capacidad inmensa para los detalles de los negocios, ni para lanzarme hacia diversas causas con un ardor sorprendente. Puedo admirarla sin envidiarla. Puedo simpatizar con sus causas. Puedo soñar con ellas. Puedo tumbarme en la hierba —cuando hace buen tiempo— y flotar por un río africano, abrazando a todos los indígenas con que me encuentre, tan consciente de la profundidad del silencio mientras dibujo la densa frondosidad tropical con tanta exactitud como si estuviera allí. No sé si el hacerlo tendría alguna utilidad directa, pero eso es lo único que sé hacer, y lo hago a fondo. Existe un gran principio activo y palpitante, el del deseo de aplastar lo que es falso y malo, y de cuidar lo que es bueno y tierno, que reconocemos y admiramos con el nombre de Jarndyce. Igual puedo simpatizar con eso. Entonces, por el amor del cielo, ¡dejad que Harold Skimpole, que es un niño confiado, os pida al mundo, a una aglomeración de gente práctica y acostumbrada a los negocios, que le dejéis vivir y admirar a la familia humana, hacedlo como sea, como almas bondadosas, y permitidle que haga lo que le gusta!

Era evidente que el señor Jarndyce no había sido insensible a ese alegato. Para verlo bastaba con advertir hasta qué punto se sentía el señor Skimpole en su casa, sin necesidad de lo que añadió éste a continuación:

—Sois vosotros, los seres generosos, los únicos que me inspiráis envidia —dijo el señor Skimpole, dirigiéndose a nosotros, sus nuevos amigos, de forma impersonal—. Os envidió vuestra capacidad para hacer lo que hacéis. Es lo que me encantaría a mí. No siento ninguna vulgar gratitud hacia vosotros. Casi opino que deberíais ser vosotros los que me estuvierais agradecidos a mí por daros la oportunidad de disfrutar

del lujo de la generosidad. Sé que eso os gusta. Que yo sepa, es posible que yo haya venido al mundo expresamente para haceros más felices. Es posible que yo haya nacido para ser vuestro benefactor, al daros a veces la oportunidad de ayudarme en mis pequeñas perplejidades. ¿Por qué voy a lamentar mi incapacidad para los detalles y para los asuntos mundanos cuando eso tiene unas consecuencias tan agradables? Por eso no lo lamento.

De todos sus discursos jocosos (jocosos, pero siempre totalmente sinceros en lo que expresaban), ninguno parecía ser más del agrado del señor Jarndyce que éste. Después me sentí tentada muchas veces de preguntarme si era realmente singular, o sólo me parecía singular a mí, que quien probablemente era la persona más agradecida del mundo al menor pretexto, deseara tanto escapar a la gratitud de los demás.

Todos estábamos fascinados. Consideré un homenaje merecido a las encantadoras cualidades de Ada y de Richard el que el señor Skimpole, que los acababa de conocer, fuera tan exquisitamente agradable. Ellos (y especialmente Richard) se sintieron naturalmente complacidos, por parecidos motivos, y consideraron que era un privilegio nada común el recibir así, las confianzas de una persona tan atractiva. Cuanto más escuchábamos, con más alegría hablaba el señor Skimpole. Y con sus modales tan finos e hilarantes, su atractiva sinceridad y su forma bienhumorada de exponer con negligencia sus propias debilidades, como si dijera: ««¡Si es que no soy más que un niño! En comparación conmigo sois unos intrigantes» (de hecho eso me hizo pensar de mí misma), «pero yo soy alegre e inocente; ¡olvidaos de vuestros artificios mundanos y jugad conmigo!», producía un efecto verdaderamente deslumbrante.

Además, era una persona tan emotiva, y tenía unos sentimientos tan delicados por todo lo que era bueno o tierno, que sólo con eso podía conquistar los corazones. Durante la velada, cuando estaba yo sola preparándome para hacer el té, y Ada tocando el piano en la habitación de al lado y tarareando en voz baja a su primo Richard una melodía que habían mencionado por casualidad, vino él a sentarse en el sofá a mi lado, y habló de Ada en tales términos que casi me hizo amarlo.

—Es como la aurora —dijo—. Con esos cabellos dorados, esos ojos azules y ese rosicler en las mejillas, es como un amanecer de verano. Los pájaros de los alrededores la confundirán con él. No podemos llamar a una jovencita tan encantadora, que es una alegría para toda la humanidad, una huérfana. Es la hija de todo el universo.

Vi que el señor Jarndyce estaba a nuestro lado, con las manos a la espalda y con una sonrisa atenta en el rostro.

—Mucho me temo —observó— que el universo no sea un buen padre.

—¡Bueno, no lo sé! —exclamó el señor Skimpole animadamente.

—Pero creo que yo sí lo sé —replicó el señor Jarndyce.

—¡Bueno! —dijo el señor Skimpole—, tú conoces el mundo (que en el sentido que tú lo dices es el universo) y yo no lo conozco en absoluto; de manera que te daré toda la razón. Pero si de mí dependiera —dijo con una mirada a los primos—, en el camino de unos niños así no debería haber zarzas ni realidades sórdidas. Debería estar surcado de rosas; debería recorrer jardines en los que no hubiera primavera, otoño ni invierno, sino un verano perpetuo. La edad y los cambios jamás lo agostarían. ¡Jamás se debería susurrar en sus inmediaciones la sórdida palabra «dinero»!

El señor Jarndyce le dio una palmada en la cabeza con una sonrisa, como si de verdad fuera un niño, dio un paso o dos y se detuvo un momento a mirar a los dos jóvenes primos. Tenía una mirada pensativa, pero una expresión benigna, la que muchas veces (¡tantas!) volví a ver en él; que se me ha quedado desde hace mucho tiempo grabada en el corazón. La habitación en la que se hallaban, que se comunicaba con la nuestra, no tenía más luz que la de la chimenea. Ada estaba sentada al piano y Richard, de pie a su lado, se inclinaba un poco hacia ella. En la pared se fundían las sombras de los dos, rodeadas de formas extrañas, y no faltaba algún movimiento fantasmal causado por la irregularidad del fuego, aunque reflejaba unos objetos inmóviles. Ada tocaba las notas con tanta suavidad, y cantaba en voz tan baja, que el viento, que suspiraba en dirección de los cerros lejanos, se oía con tanta claridad como la música. Toda la imagen parecía expresar el misterio del futuro, y la pequeña pista que de él sugería la voz del presente.

Pero si cuento la escena no es para recordar aquella fantasía, pese a lo bien que la recuerdo. En primer lugar, yo no carecía de conciencia del contraste entre significado e intención, entre la mirada silenciosa dirigida hacia allí y la corriente de palabras que la había precedido. En segundo lugar, aunque cuando el señor Jarndyce retiró la mirada no la posó en mí sino un momento, me pareció que en aquel instante me confiaba —y sé que me confiaba, y que yo recibí esa misión— su esperanza de que Ada y Richard pudieran algún día iniciar una relación más íntima.

El señor Skimpole sabía tocar el piano y el violoncello, además de ser compositor (una vez había compuesto la mitad de una ópera, pero se había cansado de ella) y tocaba con buen gusto sus composiciones. Después del té tuvimos todo un pequeño concierto, en el cual Richard, que estaba cautivado por la forma de cantar de Ada, y me dijo que ésta parecía conocer todas las canciones que jamás se hubieran compuesto, y el señor Jarndyce y yo formamos el público. Al cabo de un rato me di cuenta de que faltaban primero el señor Skimpole, y después Richard y cuando me estaba preguntando cómo podía Richard ausentarse tanto tiempo, y perderse tantas cosas, llegó la doncella que me había dado las llaves y dijo desde la puerta:

—Por favor, señorita, ¿tendría usted un minuto? —Cuando nos quedamos las dos

solas en el vestíbulo, dijo levantando las manos—: Ay, por favor, señorita, el señor Carstone pregunta si podría subir usted a la habitación del señor Skimpole. ¿Le ha dado algo, señorita!

—¿Que le ha dado algo? —pregunté.

—Sí, señorita. De repente.

Sentí temor de que su enfermedad fuera algo peligroso, pero naturalmente le pedí que no dijera nada ni inquietara a nadie, y me calmé mientras subía rápidamente las escaleras tras ella, lo suficiente para pensar cuáles serían los mejores remedios que se podrían aplicar si resultaba ser un ataque. Abrió una puerta y entré en una habitación en la cual, para mi indecible sorpresa, en lugar de encontrarme al señor Skimpole tendido en la cama o postrado en el suelo, me lo encontré en pie sonriendo a Richard, mientras éste, con cara de gran apuro, miraba a un hombre sentado en el sofá, con un guardapolvos blanco, con el cabello muy peinado, aunque no muy abundante, y que se lo estaba aplastando todavía más con un pañuelo de bolsillo.

—Señorita Summerson —dijo Richard apresuradamente—, me alegro de que haya venido. Podrá usted aconsejarnos. A nuestro amigo el señor Skimpole (¡no se alarme!) lo acaban de detener por deudas.

—Y la verdad, mi querida señorita Summerson —dijo el señor Skimpole con su agradable sinceridades que nunca me he hallado en una situación en la que el excelente sentido y la calma metódica y el pragmatismo que ha de observar en usted quienquiera haya pasado un cuarto de hora en su compañía, fueran más necesarios.

La persona del sofá, que parecía tener un resfriado, dio tal estornudo que me asustó.

—¿Lo detienen a usted por una gran suma? —pregunté al señor Skimpole.

—Mi querida señorita Summerson —dijo con un gesto amable de la cabeza—, no lo sé. Unas cuantas libras, algunos chelines y medios peniques, es lo que creo han mencionado.

—Se trata de veinticuatro libras, dieciséis chelines y siete y medio peniques —observó el desconocido—. De eso se trata.

—Y suena... no sé por qué, pero ¿suena como si fuera una suma pequeña? —preguntó el señor Skimpole.

El desconocido no dijo nada, sino que se limitó a estornudar otra vez. Fue tal estornudo que pareció levantarlo de su asiento.

—Al señor Skimpole —me dijo Richard— le parece indelicado recurrir a mi primo Jarndyce, porque últimamente ha... Tengo entendido, señor, que últimamente usted...

—¡Ah, sí! —replicó el señor Skimpole con una sonrisa—. Aunque se me ha olvidado cuánto era, y cuándo, Jarndyce lo haría otra vez con mucho gusto, pero tengo la sensación más bien epicúrea de que yo preferiría una novedad en materia de

ayuda, de que preferiría —y nos miró a Richard y a mí— cultivar la generosidad en un nuevo terreno, y en una nueva forma de flor.

—¿Qué le parece a usted mejor, señorita Summerson? —me preguntó Richard en un aparte.

Me aventuré a preguntar a todo el mundo, en general, antes de responder lo que ocurriría si no se conseguía el dinero.

—Prisión —dijo el desconocido metiéndose el pañuelo tranquilamente en el sombrero, que estaba en el suelo a sus pies— o *ande* Coavins [20].

—¿Me permite preguntarle, señor mío, qué es...?

—¿Coavins? —dijo el desconocido—. Una casa.

Richard y yo volvimos a mirarnos. Resultaba de lo más singular que aquella detención creara una situación embarazosa para nosotros, pero no para el señor Skimpole. Éste nos observaba con un interés bienhumorado, pero parecía, si es que puedo aventurar tal contradicción, que no le fuera nada en ello. Se había lavado las manos totalmente del problema, que había pasado a ser nuestro.

—He creído —sugirió como si pretendiese por buena voluntad ayudarnos él a nosotros— que al ser partes en un pleito ante la Cancillería que afecta (según dice la gente) a una gran cantidad de bienes, que el señor Richard o su bella prima, o ambos, podrían firmar algo, o comprometer algo, o hacer alguna especie de promesa, o compromiso, o fianza. No sé cómo se llamará eso en los negocios, pero supongo que existe algún tipo de instrumento a su alcance que podría resolver esto...

—Ni hablar —dijo el desconocido.

—¿De verdad? —replicó el señor Skimpole—. ¡Pues parece raro, a ojos de alguien que no es ducho en estas materias!

—Que le parezca raro o no —dijo el desconocido hoscamente—, le digo que ni hablar.

—No se ponga nervioso, amigo mío, no se ponga nervioso —razonó amablemente con él el señor Skimpole, mientras hacía un dibujito de la cabeza de aquél en una hoja suelta de un libro—. No se deje usted obsesionar por su profesión. Nosotros sabemos distinguir entre usted personalmente y su oficio; sabemos distinguir entre la persona y su cargo. No tenemos tantos prejuicios como para suponer que en la vida privada pueda usted ver otra cosa que una persona estimabilísima, con un aspecto muy poético en su carácter, del cual quizá no tenga usted conciencia.

El desconocido se limitó a responder con otro estornudo estentóreo; pero no me aclaró si era en aceptación del homenaje a su lado poético o en rechazo desdeñoso de éste.

—Pues bien, mi querida señorita Summerson y mi querido señor Richard —dijo el señor Skimpole con inocencia, alegría y confianza mientras contemplaba su dibujo

con la cabeza ladeada—, ¡aquí me ven, totalmente incapaz de resolver mi problema y totalmente en manos de ustedes! Lo único que pido es ser libre. Tampoco es mucho. Lo único que pido es pasearme mañana por la mañana entre las hojas caídas, oír cómo me crujen bajo los pies, en lugar de pasear arriba y abajo del salón de nuestro amigo Coavins, por muy digno que sea Coavins, y no me cabe duda de que Coavins es una persona muy digna, y un buen padre. Mis gustos no son caros: no resulta caro pasearse entre las hojas caídas y oír su crujido. ¡Es lo único que pido! Las mariposas son libres. ¡Sin duda, la humanidad no negará a Harold Skimpole lo que concede a las mariposas!

—Mi querida señorita Summerson —me susurró Richard—, tengo diez libras que recibí del señor Kenge. Voy a ver qué puedo hacer.

Yo poseía quince libras y algunos peniques, que eran mis ahorros de mi paga trimestral de varios años. Siempre había pensado que podía ocurrir algún accidente que me dejara de pronto, sin parientes, sin propiedades, sola en el mundo, y siempre había tratado de llevar algo de dinero encima, para no estar nunca sin recursos. Le dije a Richard que tenía esa pequeña reserva, y que de momento no la necesitaba, y le pedí que se lo comunicara delicadamente al señor Skimpole mientras iba a buscarla, para que tuviéramos el placer de pagar su deuda.

Cuando regresé, el señor Skimpole me besó la mano y pareció muy emocionado. No por sí mismo (una vez más tuve conciencia de aquella contradicción tan asombrosa y extraordinaria), sino por nosotros, como si toda consideración personal le resultara inconcebible, y la mera contemplación de nuestra felicidad lo embargara. Richard me pidió, para que la transacción fuera más discreta, según dijo, que le pagara yo a Coavinses (como lo llamaba ahora jocularmente el señor Skimpole), y yo conté el dinero y recibí la factura necesaria. También aquello encantó al señor Skimpole.

Sus cumplidos eran tan delicados que me sonrojé menos de lo que hubiera podido ocurrir de otro modo, y pagué al desconocido del guardapolvos blanco sin cometer ningún error. Se metió el dinero en el bolsillo e inmediatamente dijo:

—Bueno, pues le deseo muy buenas noches, señorita.

—Amigo mío —dijo el señor Skimpole de espaldas a la chimenea tras renunciar al dibujo cuando lo tenía a medio acabar—, desearía preguntarle algo, sin ánimo de ofender.

Creo que la respuesta fue algo así como:

—¡Pues venga, desembuche!

—¿Sabía usted esta mañana misma que iba a venir aquí con esta misión? —preguntó el señor Skimpole.

—Ya me lo habían avisado ayer a la hora del té —dijo Coavinses.

—¿Y no le afectó el apetito? ¿No le incomodó?

—Ni hablar —dijo Coavinses—. Ya sabía que si no le pescaba hoy le iba a pescar mañana. Un día más o menos, da igual.

—Pero cuando vino usted aquí —continuó el señor Skimpole— hacía un día magnífico. Brillaba el sol, hacía algo de viento, las luces y las sombras recorrían los prados, cantaban los pájaros.

—Que yo sepa, *naide* ha dicho lo contrario —respondió Coavinses.

—No —observó el señor Skimpole—. Pero, ¿qué venía usted pensando por el camino?

—¿Qué dice usted? —gruñó Coavinses con aire de ofenderse—. ¡Pensar! Ya tengo bastante que hacer y bien poco que me pagan para andar pensando. ¡Pensar! —dijo con gran desprecio.

—Entonces, en todo caso, usted no pensó nada parecido a esto —continuó el señor Skimpole—: «A Harold Skimpole le encanta ver la luz del sol, le encanta oír el ruido del viento, le encanta ver cómo cambian las luces y las sombras, le encantan los pájaros, esos coristas de la gran catedral de la Naturaleza. ¡Y tengo la sensación de que estoy a punto de privar a Harold Skimpole de su participación en esas posesiones, que son lo único que tiene en la vida!». ¿No se le ocurrió pensar nada en ese sentido?

—Desde - luego - que - NO —dijo Coavinses, cuya obstinación en rechazar totalmente tamaña idea era tan intensa que sólo podía darle una expresión adecuada si interponía un largo intervalo entre cada palabra y acompañaba la última con tal gesto que hubiera podido dislocarse el pescuezo.

—¡Qué extraños y qué curiosos son los procesos mentales de ustedes, los hombres de negocios! —dijo el señor Skimpole, pensativo—. Gracias, amigo mío. Buenas noches.

Como nuestra ausencia ya había sido bastante prolongada como para parecer extraña a quienes quedaban abajo, volví inmediatamente y encontré a Ada bordando junto a la chimenea y hablando con su primo John. Al cabo de un momento reapareció el señor Skimpole, y poco después Richard. Yo estuve muy ocupada durante el resto de la velada en tomar mi primera lección de *backgammon* del señor Jarndyce, que era muy aficionado a ese juego, y de quien naturalmente quería aprenderlo cuanto antes para serle algo útil como adversaria cuando no tuviera otro mejor. Pero de vez en cuando pensé, mientras el señor Skimpole tocaba algunos fragmentos de sus propias composiciones, o cuando, tanto al piano como al violoncello o a la mesa, mantenía, sin el más mínimo esfuerzo, su delicioso ánimo y su divertida charla, que tanto Richard como yo parecíamos conservar la impresión vicaria de haber estado detenidos desde la hora de la cena, lo cual resultaba verdaderamente muy curioso.

Cuando nos separamos ya era tarde, pues cuando Ada se iba a retirar a las once, el señor Skimpole se puso al piano y empezó a tocar, hilarantemente, la canción de que

«la mejor forma de prolongar nuestros días era robarle unas horas a la Noche, querida mía». Eran más de las doce cuando tomó su vela y su faz radiante del aposento, y creo que podría habernos retenido allí hasta el amanecer, si lo hubiera deseado. Ada y Richard se quedaron un momento junto a la chimenea, preguntándose si la señora Jellyby habría terminado sus dictados del día, cuando volvió el señor Jarndyce, que había salido antes.

—¡Dios mío, qué es esto, qué es esto! —dijo frotándose la frente y paseándose arriba y abajo con su bienhumorada irritación—. ¿Qué es lo que me han dicho? Rick, muchacho, Esther, hija mía, ¿qué habéis hecho? ¿Cómo habéis podido hacerlo? ¿Por qué lo habéis hecho? ¿Cuánto os ha costado a cada uno?... Ha vuelto a cambiar el viento. Lo siento en todos mis poros.

Ninguno de los dos sabía muy bien qué responder.

—¡Vamos, Rick, vamos! Tengo que solventar esto antes de irme a dormir. ¿Cuánto os ha costado a cada uno? ¡Sé perfectamente que juntasteis vuestro dinero! ¿Por qué? ¿Cómo habéis podido? ¡Dios mío, sí, sopla de Levante, estoy seguro!

—La verdad, señor, es que no me parece honorable decírselo. El señor Skimpole confió en nosotros...

—¡Qué Dios te bendiga, hijo mío! ¡El confía en todo el mundo! —dijo el señor Jarndyce, frotándose vigorosamente la cabeza y deteniéndose.

—¿De verdad, señor?

—¡En todo el mundo! ¡Y la semana que viene tendrá el mismo problema! —dijo el señor Jarndyce, que seguía paseándose a grandes zancadas, con una vela en la mano, aunque ya se le había apagado—. Siempre tiene algún problema. Desde que nació tiene el mismo problema. Creo que el anuncio de su nacimiento que se publicó en los periódicos, cuando su madre lo dio a luz, fue: «El martes, en su residencia de Edificios Dificultades, la señora Skimpole, un niño con problemas».

Richard rió de buena gana, pero añadió:

—Aún así, señor, no quiero quebrantar su confianza, ni violarla, y si somete a su mejor criterio una vez más que debo mantener su secreto, espero que lo reflexionará antes de insistir más. Claro que si insiste usted, señor, sabré que no tengo razón y se lo diré.

—¡Bien! —exclamó el señor Jarndyce, volviendo a detenerse y haciendo varias tentativas distraídas de meterse la palmatoria en el bolsillo—. Yo... ¡ten! Llévatela, hija mía. No sé lo que voy a hacer. La culpa de todo la tiene el viento, siempre tiene este efecto. No te voy a insistir, Rick; quizá tengas razón. Pero la verdad es que... abusar de ti y de Esther... y exprimiros como una tierna naranja de las Azores!... ¡Esta noche va a haber un ventarrón!

Ahora unas veces se metía las manos en los bolsillos, como si fuera a dejarlas en ellos largo rato, otras las volvía a sacar y se frotaba vehementemente la cabeza.

Me aventuré a aprovechar aquella oportunidad para sugerir que como el señor Skimpole era como un niño en todas esas cosas...

—¿Cómo, hija mía? —preguntó el señor Jarndyce que había oído la última palabra.

—... como un niño, señor —dijo—, y tan diferente de otras personas...

—¡Tienes razón! —dijo el señor Jarndyce con expresión más alegre—. Tu intuición femenina ha dado en el blanco. Es un niño. Un niño en todo. Recordad que os dije que era un niño la primera vez que lo mencioné.

—¡Desde luego! ¡Desde luego! —dijimos nosotros.

—Y es un niño, ¿no es verdad? —preguntó el señor Jarndyce, que se iba tranquilizando cada vez más. Dijimos que no había duda de ello.

—Si lo pensáis, es de lo más pueril de vuestra parte, quiero decir de la mía, considerarlo ni un momento como un adulto. No se le puede atribuir la responsabilidad a él. ¡Qué idea, Harold Skimpole con planes o proyectos, o con una idea de las consecuencias! ¡Ja, ja, ja!

Resultaba tan delicioso ver cómo se disipaban las nubes que se cernían sobre su animado rostro, y verlo tan complacido, y advertí, porque era imposible no advertirlo, que la fuente de su placer era la bondad que se sentía torturada al condenar a alguien, o desconfiar de él o acusarlo en secreto, que vi cómo a Ada se le saltaban las lágrimas, y sentí que a mí también.

—¡Pero si es que soy un completo idiota —dijo el señor Jarndyce—, si necesito que me lo recuerden! Todo el asunto es cosa de niños del principio al fin. ¡Nadie más que un niño hubiera pensado en recurrir a vosotros como partes en el asunto! ¡Nadie más que un niño hubiera pensado que vosotros tendríais el dinero! ¡Si hubieran sido 1000 libras, habría actuado exactamente igual! —exclamó el señor Jarndyce con la cara radiante.

Todos lo confirmamos por la experiencia de aquella noche.

—¡Claro, claro! —dijo el señor Jarndyce—. Sin embargo, Rick, Esther, y también tú, Ada, pues no estoy seguro de que ni siquiera tu bolsito esté a salvo de su inexperiencia, debéis prometerme todos que en adelante no volveréis a hacer nada de esto. ¡Nada de anticipos! Ni siquiera seis peniques.

Todos lo prometimos fielmente; Richard con una mirada divertida en mi dirección mientras se tocaba el bolsillo, como para recordarme que no había peligro de que nosotros faltáramos a nuestra promesa.

—En cuanto a Skimpole —añadió el señor Jarndyce—, lo que le arreglaría la vida a este chico sería una casa de muñecas habitable, con una buena mesa y unas cuantas personas de juguete con las que endeudarse y a las que pedir prestado. Supongo que ahora mismo ya estará durmiendo como un niño. Ya es hora de llevar mi cabeza más astuta a mi almohada más mundana. Buenas noches, hijos míos. ¡Que Dios os

bendiga!

Antes de que encendiéramos nuestras velas volvió atrás y dijo:

—¡Ah! He estado mirando la veleta y veo que lo del viento ha sido una falsa alarma. ¡Es de Mediodía! —y se marchó canturreando algo.

Ada y yo convinimos, mientras charlábamos un rato en el piso de arriba, que su manía con el viento era inventada, y que usaba esa ficción para explicar todos los disgustos que no podía disimular, en lugar de acusar a la causa real del disgusto, o de criticar o despreciar a alguien. Nos pareció algo muy característico de su amabilidad excéntrica, y de la diferencia entre él y esas gentes petulantes que convierten a los vientos (particularmente a ese mal viento que había elegido él con fines muy diferentes) en excusas para sus horas de atrabiliariedad y mal humor.

De hecho, en aquella velada se había añadido tanto afecto a mi gratitud anterior hacia él, que esperaba empezar ya a comprenderlo en medio de aquellas sensaciones confusas. No se podía esperar de mí que conciliara todas las aparentes incoherencias del señor Skimpole o de la señora Jellyby, dada mi poca experiencia y mis pocos conocimientos prácticos. Y tampoco lo intenté, pues tenía la cabeza muy ocupada, cuando estaba a solas con Ada y con Richard, en pensar en la confianza que parecía concedérseme en lo relativo a ellos. Mi imaginación, quizá un poco agitada por el viento, tampoco consentía en ser totalmente altruista, aunque la habría persuadido a serlo de haber podido. La imaginación me devolvió a casa de mi madrina, y me hizo volver a recorrer todo el camino, planteando especulaciones indecisas que a veces se quedaban temblando en la oscuridad, acerca de lo que sabría el señor Jarndyce de mis principios —incluso acerca de la posibilidad de que fuera él mi padre—... pero aquel sueño vano ya se había desvanecido para siempre.

Todo aquello había acabado para siempre, recordé cuando me levanté de junto a la chimenea. No debía pensar en cosas del pasado, sino actuar con espíritu animado y corazón agradecido. Así que me dije: «¡Esther, Esther, Esther! ¡Cumple con tu deber, hija mía!», y di tal golpe a mi cesto de llaves de la casa que éstas tintinearón como campanillas y su música me llevó a la cama llena de esperanzas.

7. El paseo del fantasma

Mientras Esther duerme, y hasta que Esther se despierte, sigue haciendo un tiempo húmedo en la residencia de Lincolnshire. No para de caer la lluvia, plás, plás, plás, día y noche, sobre el acerón de grandes losas, el Paseo del Fantasma. Hace tan mal tiempo en Lincolnshire que la imaginación más vivaz apenas si puede suponer que jamás pueda volver a hacer bueno. Tampoco es que allí sobre la imaginación, pues no está Sir Leicester (y, la verdad, aunque estuviera tampoco añadiría mucho en ese respecto), sino que está en París con Milady, y la soledad, con sus alas negras, se asienta melancólica en Chesney Wold [\[21\]](#).

Quizá exista algo de imaginación entre los animales inferiores de Chesney Wold. Es posible que los caballos de los establos —los largos establos de un patio de ladrillo rojo descubierto, donde hay una gran campana en una torreta, y un reloj de esfera muy grande, que siempre parecen estar consultando las palomas que viven allí cerca, y a las que les encanta posarse en sus hombros—, es posible que ellos contemplen a veces imágenes mentales del buen tiempo, y quizá lo hagan con criterios más artísticos que los mozos de los establos. Es posible que el viejo ruano, tan famoso por sus carreras a campo través, gire sus ojazos hacia la ventana emplomada que tiene a la espalda y recuerde las hojas nuevas que brillan allí en otras estaciones, y los olores que por ella penetran, y es posible que se eche una buena carrera con los galgos, mientras que el ayudante humano que está limpiando el establo de al lado nunca ve nada más allá de su horca y su escoba. Es posible que el caballo tordo, cuyo lugar se encuentra frente a la puerta y que, con una sacudida impaciente de su bocado, aguza las orejas y vuelve la cabeza de forma tan atenta cuando la puerta se abre, y a quien el que la abre dice: «¡So, tordo! ¡Tranquilo! ¡Hoy no te va a montar nadie!» lo sepa ya igual de bien que el hombre. Es posible que la medía docena de caballos, aparentemente aburridos e insociables, que hay en los establos, pase las largas horas de lluvia, cuando está cerrada la puerta, en una comunicación más animada que la que se escucha en la zona de los criados, o en la taberna de las Armas de Dedlock, o que incluso engañe el tiempo educando (y quizá corrompiendo) al joven pony que está en la caja abierta del rincón.

También es posible que el mastín que sesteá en su perrera del patio, con la cabezota metida entre las patas, esté pensando en el calor del sol, cuando las sombras de los establos le cansan la paciencia a fuerza de cambiar de sitio y dejarlo, a cierta hora del día, sin más refugio que la sombra de su propia caseta, donde se queda sentado, acezando y gruñendo, y con muchas ganas de algo que mordisquear, además de su propio cuerpo y su cadena. También es posible que ahora, medio despierto y con muchos parpadeos, recuerde la casa llena de gente, las cocheras llenas de vehículos, los establos llenos de caballos, los edificios adyacentes llenos de criados a

caballo, hasta que ya no pueda decidir qué es lo que está pasando ahora y se lance a averiguarlo. Entonces es posible que con una de esas impacientes sacudidas que se da, gruña para sus adentros: «¡Lluvia, lluvia, lluvia! ¡No hace más que llover, y la familia no aparece!», mientras vuelve a entrar y se tiende con un bostezo aburrido.

Lo mismo ocurre, con los perros que están en las perreras al otro lado del parque, que tienen ataques de nerviosismo, y cuyas voces quejumbrosas, cuando el viento ha sido muy obstinado, lo han hecho saber incluso en la propia mansión: arriba, abajo y en los aposentos de Milady. Es posible que cacen por todo el campo circundante mientras las gotas de lluvia puntean su inactividad. También es posible que los conejos, con sus colas reveladoras, que entran y salen de sus huras entre las raíces de los árboles, estén llenos de ideas de los días de brisa cuando el aire les aplasta las orejas, o de las estaciones interesantes, cuando hay plantitas jóvenes y sabrosas que roer. Es posible que el pavo del corral, siempre preocupado con una reivindicación de clase (probablemente relacionada con la Navidad) recuerde aquella mañana de verano de la que le privaron injustamente cuando entró en el sendero entre los árboles caídos, donde había un establo y cebada. Es posible que el ganso descontento, que considera necesario agacharse para pasar bajo la vieja puerta que tiene más de veinte pies de altura, ande proclamando a graznidos, si nosotros pudiéramos comprenderlo, su preferencia por el tiempo en que la puerta proyecta una sombra en el suelo.

Sea como fuere, aparte de eso no hay mucha imaginación presente en Chesney Wold. Si hay alguna en un raro momento, tiene mucho espacio que recorrer, igual que un eco en una vieja mansión vacía, y, por lo general, lleva hacia los fantasmas y el misterio.

Está lloviendo desde hace tanto tiempo y con tal intensidad allá en Lincolnshire, que la señora Rouncewell, la vieja ama de llaves de Chesney Wold, se ha quitado las gafas varias veces para limpiarlas, a fin de asegurarse de que las gotas que veía no estaban en las lentes. La señora Rouncewell podría haberse asegurado perfectamente con el ruido de las gotas, salvo que es bastante sorda, aunque nadie puede convencerla de ello. Es una bella anciana, de gran presencia, maravillosamente limpia, y tiene una espalda y un peto tales que si cuando muera resulta que su corsé no estaba hecho de ballenas, sino con los hierros de una vieja parrilla de chimenea familiar, nadie de los que la conocen tendrían motivos para sentirse sorprendido. El tiempo afecta poco a la señora Rouncewell. La casa está ahí, haga el tiempo que haga, y, como dice ella, «sólo tiene ojos para la casa». Está sentada en su habitación (en un pasillo lateral del piso bajo, con una ventana en arco que da a un patio muy ordenado, adornado a intervalos regulares con árboles bien redondeados y bloques redondos de piedra, como si los árboles fueran a jugar a los bolos con las piedras), y en su mente reposa toda la casa. Puede abrirla a veces, y sentirse muy ocupada y activa, pero ahora está cerrada, y yace en la amplitud del seno acorazado de la señora

Rouncewell, en un sueño majestuoso. Lo más parecido que hay a la imposibilidad absoluta es imaginar Chesney Wold sin la señora Rouncewell, pero ésta no lleva allí más que cincuenta años. Preguntadle cuánto tiempo hace que lleva allí, en este día lluvioso, y os responderá: «Cincuenta años, tres meses y dos semanas, bien lo sabe el Cielo, si es que llego hasta el martes». El señor Rouncewell murió algo antes de que desapareciera la bonita moda de que los hombres llevaran coleta, y modestamente escondió la suya (si es que se la llevó consigo) en una esquina del cementerio del parque, cerca del porche musgoso. Había nacido en el pueblo de al lado, igual que su joven esposa. La carrera de ésta en la familia empezó en tiempos del Sir Leicester anterior, y se originó en la despensa.

El representante actual de los Dedlock es un excelente amo. Supone que todos sus subordinados carecen totalmente de personalidades, intenciones u opiniones individuales, y está persuadido de que él nació para obviar la necesidad de que tuvieran nada de eso. Si descubriese algo que negara tal cosa, se sentiría sencillamente estupefacto, y lo más probable es que jamás se recuperaría, salvo para exhalar un suspiro y morir. Pero sigue siendo un excelente amo, pues considera que eso forma parte de su condición. Estima en mucho a la señora Rouncewell, de la que dice que es una mujer muy respetable y de confianza. Cuando va a Chesney Wold siempre le estrecha la mano, igual que cuando se marcha, y si se sintiera muy enfermo o si tuviera un accidente grave, o lo atropellaran, o cayera en una situación en la que un Dedlock pudiera hallarse en inferioridad, diría, si pudiera hablar: «¡Que me dejen solo y manden aquí a la señora Rouncewell!», por considerar que su dignidad, en tamaña situación, estaría más a salvo con ella que con ninguna otra persona.

La señora Rouncewell ha tenido sus problemas. Tuvo dos hijos, el mayor de los cuales salió aventurero y sentó plaza de soldado, para nunca más volver. Incluso a estas alturas, las manos apacibles de la señora Rouncewell pierden su compostura cuando habla de él y, bajando de su peto, revolotean agitadas cuando comenta lo buen muchacho, lo alegre y lo simpático que era. Su segundo hijo habría estado bien colocado en Chesney Wold, y con el tiempo habría llegado a intendente, pero cuando todavía estaba en la escuela se aficionó a construir vapores con cazuelas, y a enseñar a los pájaros a extraer su propia agua, con la menor cantidad de trabajo posible, y ayudarlos con un artilugio ingeniosísimo a presión hidráulica, de modo que a un canario sediento le bastaba, literalmente, con arrimar el hombro a una rueda para beber lo que necesitara. Aquella propensión causaba gran inquietud a la señora Rouncewell. Consideraba con angustia materna que era un paso en la dirección de Wat Tyler, pues sabía perfectamente que eso era lo que opinaba Sir Leicester de toda actividad en la que cupiera considerar indispensables el humo y una chimenea alta. Pero como aquel joven rebelde y condenado (que, por lo demás, era muy tranquilo y

perseverante) no mostraba indicios de conversión al ir cumpliendo años, sino que, por el contrario, construyó un modelo de telar mecánico, ella se vio obligada a confesar al baronet, con muchas lágrimas en los ojos, las múltiples recaídas que había tenido. «Señora Rouncewell», dijo Sir Leicester, «como sabe usted, yo no puedo rebajarme a discutir con nadie acerca de ningún tema. Más vale que se deshaga usted de su chico, que lo meta en alguna Fábrica. Supongo que las zonas metalúrgicas del Norte serán lo más adecuado para un muchacho con esas tendencias». Cuanto más al Norte iba más adulto se hacía, y cuando Sir Leicester Dedlock lo veía alguna vez cuando venía a Chesney Wold a visitar a su madre, o pensaba alguna vez en él, seguro que sólo lo consideraba como parte de un grupo de varios miles de conspiradores, cetrinos y obstinados, que tenían la costumbre de salir con antorchas dos o tres noches por semana con fines ilícitos.

Sin embargo, el hijo de la señora Rouncewell, gracias a la naturaleza y la técnica, ha crecido, se ha establecido, se ha casado y le ha dado un nieto a la señora Rouncewell, y este nieto, tras terminar su aprendizaje y de vuelta a casa tras un viaje por países remotos, a los que se le envió a ampliar sus conocimientos y terminar de prepararse para la aventura de la vida, está apoyado este mismo día en la repisa de la chimenea de la habitación de la señora Rouncewell en Chesney Wold.

—¡No me canso de decirte cuánto me alegro de verte, Watt! ¡Es que no me canso de decírtelo! —exclama la señora Rouncewell—. Eres un muchacho magnífico. Eres como tu pobre tío George. ¡Ay! —a la señora Rouncewell se le agitan las manos, como de costumbre, al mencionar este nombre.

—Abuela, la gente dice que me parezco a mi padre.

—También a él, hijo mío, ¡pero sobre todo a tu pobre tío George! Y tu buen padre —la señora Rouncewell vuelve a cruzar las manos—, ¿está bien?

—Le va bien, abuela, en todos los sentidos.

—¡Alabado sea Dios! —La señora Rouncewell tiene cariño a su hijo, pero siente algo de pena por él, como si fuera un buen soldado que se hubiera pasado al enemigo—. ¿Es feliz? —pregunta.

—Totalmente.

—¡Alabado sea Dios! ¿De manera que te ha educado para que hagas lo mismo que él y te ha enviado a países extranjeros, y todo eso? Quizá haya un mundo más allá de Chesney Wold que yo no comprendo. Aunque tampoco soy una jovencita ya. ¡Y he conocido a mucha gente en todo este tiempo!

—Abuela —dice el muchacho, cambiando de tema—, qué guapa era la chica que estaba contigo ahora. ¿Dices que se llama Rosa?

—Sí, hijo. Es hija de una viuda del pueblo. Hoy día es tan difícil tener buenas doncellas que me la he traído de muy jovencita. Es hacendosa y le va a ir bien. Ya sabe enseñar la casa [\[22\]](#), y muy bien. Vive aquí conmigo.

—Supongo que no se habrá ido por culpa mía.

—Seguro que ha supuesto que tenemos cosas de familia que hablar. Es muy prudente. Ésa es una buena cualidad en una muchacha. Y cada vez más rara, que yo sepa —dice la señora Rouncewell, ampliando su peto hasta el máximo de sus límites—. ¡Mucho más que antes!

El muchacho inclina la cabeza en señal de acatamiento de los preceptos de la experiencia. La señora Rouncewell escucha.

—¡Se oyen ruedas! —exclama. Los oídos más jóvenes de su compañero llevan oyéndolas desde hace rato ¿Y por qué se oyen ruedas en un día así, por el amor del cielo?

Tras un breve intervalo, llaman a la puerta.

—¡Adelante!

Entra una belleza rústica, de ojos y pelo oscuro, tan tímida, tan rozagante con su tez sonrosada, pero delicada, que las gotas de lluvia que le acaban de caer en el pelo parecen como el rocío en una flor recién cogida:

—¿Quién es esta compañía, Rosa? —pregunta la señora Rouncewell.

—Son dos jóvenes en una tartana, señora, que quieren ver la casa..., ¡sí, y con su permiso les he dicho que podían verla! —en rápida respuesta a un gesto de desacuerdo del ama de llaves—. Fui a la puerta de la entrada y les dije que no era día de visita ni la hora adecuada, pero el joven que venía conduciendo se quitó el sombrero en medio de la lluvia y me pidió que le trajera a usted esta tarjeta.

—Léemela, querido Watt —dice el ama de llaves.

Rosa es tan tímida al dársela, que entre los dos se les cae al suelo y se dan el uno en la cabeza del otro cuando la recogen. Rosa está más tímida que nunca.

«Señor Guppy», es lo único que dice la tarjeta.

—¡Guppy! —repite la señora Rouncewell—. ¡Señor Guppy! Tonterías. Nunca he oído ese nombre.

—Pero, señora, eso ya me lo dijo él! —señala Rosa— Pero dijo que él y el otro joven caballero habían llegado de Londres anoche, en el correo, porque tenían que solventar asuntos en la reunión de jueces de ahí, a diez millas, esta mañana, y que como habían terminado temprano sus asuntos, y habían oído hablar tanto de Chesney Wold, y en realidad no sabían qué hacer, habían venido a verla aunque llovía. Son abogados. Dice que él no trabaja en el bufete del señor Tulkinghorn, pero está seguro de que puede mencionar al señor Tulkinghorn como referencia si es necesario. —Y Rosa, al ver cuando está terminando que acaba de hacer un discurso bastante largo, se porta con más timidez que nunca.

Pero el señor Tulkinghorn es, por así decirlo, parte integrante de la casa, y además, según se dice, quien ha preparado el testamento de la señora Rouncewell. La anciana se ablanda, acepta que entren los visitantes, como favor personal, y despide a

Rosa. Sin embargo, el nieto, que se ve dominado por un repentino deseo de ver también la casa él, propone sumarse al grupo. La abuela, contenta de que manifieste ese interés, lo acompaña, aunque, para ser justos, él no desea en absoluto que se moleste.

—¡Muy agradecido, señora! —dice el señor Guppy mientras se despoja de su capote mojado en el vestíbulo—. Los abogados de Londres no tenemos muchas oportunidades de salir de gira, y cuando podemos salir, nos gusta aprovecharlo todo lo posible, ya sabe.

La anciana ama de llaves, con su porte severo, pero amable, muestra con la mano la gran escalera. El señor Guppy y su amigo siguen a Rosa. La señora Rouncewell y su nieto les siguen, y delante de todos avanza un joven jardinero, que va abriendo las contraventanas.

Como suele ocurrir con la gente que recorre mansiones, el señor Guppy y su amigo están agotados antes de haber empezado de verdad. Se meten por los sitios equivocados, miran cosas que no merecen la pena, no hacen caso de las cosas notables, abren la boca cuando se les abren más aposentos, manifiestan una profunda pasión de ánimo y están manifiestamente fuera de su elemento. En cada uno de los aposentos sucesivos en los que penetran, la señora Rouncewell, que se mantiene tan erguida como la casa en sí, se queda apartada en un asiento de ventana, o en otro rincón por el estilo, y escucha con silenciosa aprobación lo que va diciendo Rosa. También su nieto escucha atentamente, de manera que Rosa está más tímida y más bonita que nunca. Así, van pasando de sala en sala, resucitando durante unos momentos a los Dedlock retratados, cuando el joven jardinero deja pasar la luz, y los vuelven a dejar en sus tumbas cuando las ventanas se cierran. Al afligido señor Guppy y a su inconsolable amigo les parece que nunca se van a acabar los Dedlock, toda la grandeza de cuya familia parece consistir en no haber hecho nunca nada para distinguirse, desde hace setecientos años.

Ni siquiera el salón largo de Chesney Wold es capaz de reavivar el ánimo del señor Guppy. Se siente tan desalentado que se detiene, alicaído, en el umbral, y apenas si tiene la fuerza de ánimo para entrar. Pero un retrato que hay sobre la repisa de la chimenea, pintado por el artista de moda del momento, actúa sobre él como un hechizo. Se recupera en un instante. Lo contempla con un extraño interés, parece magnetizado y fascinado por él.

—¡Dios mío! —dice el señor Guppy—. ¿Quién es?

—La pintura encima de la repisa —contesta Rosa— es el retrato de la actual Lady Dedlock. Se considera de un parecido perfecto y la mejor obra del maestro.

—¡Atiza! —dice el señor Guppy, contemplando con una especie de estupefacción a su amigo—. No la he visto nunca, ¡pero la conozco! ¿Se han hecho grabados de esta pintura, señorita?

—Nunca se han hecho grabados del cuadro. Sir Leicester siempre ha negado su permiso.

—¡Bueno! —exclama el señor Guppy en voz baja— ¡Que me ahorquen si no resulta curiosísimo lo bien que conozco este cuadro! ¡Conque es Lady Dedlock!, ¿eh?

—El retrato de la derecha es del actual Sir Leicester Dedlock. A la izquierda, el de su padre, el finado Sir Leicester.

El señor Guppy no tiene ojos para esos dos magnates.

—Me resulta inexplicable —dice, y sigue contemplando el retrato— lo bien que conozco este cuadro. ¡Que me cuelguen si no creo que he debido de soñar antes con este cuadro, de verdad! —añade el señor Guppy, echando una mirada en su derredor.

Como ninguno de los presentes se interesa en especial por los sueños del señor Guppy, no se sigue hablando de esa posibilidad. Pero él sigue tan absorto con el retrato, que se queda inmóvil ante él hasta que el joven jardinero cierra las contraventanas; cuando sale del aposento en estado de estupefacción, eso mismo es como un sucedáneo extraño de su interés, y sigue recorriendo las salas sucesivas sumido en su estado de asombro, como si en todas partes estuviera buscando otra vez a Lady Dedlock.

No la vuelve a ver. Ve sus aposentos, que son los últimos en enseñarse y muy elegantes, y mira por las ventanas por las que ha mirado ella, no hace mucho tiempo, a ver esa lluvia que la mataba de aburrimiento. Todo tiene su fin, incluso las mansiones que tanto se esfuerza la gente por ver y de las que se cansan antes de que hayan empezado a verlas. Él ha llegado al final de la visita, y la joven belleza rural ha llegado al final de su descripción, que siempre termina así:

—La terraza de abajo goza de gran admiración. La llaman el Paseo del Fantasma, por una antigua historia de la familia.

—¡Ah!, ¿sí? —pregunta el señor Guppy con ávida curiosidad—. ¿Y qué historia es ésa, señorita? ¿Tiene algo que ver con un cuadro?

—Sí, por favor, cuéntenosla —dice Watt en un medio susurro.

—Yo no la conozco, señor —dice Rosa, más tímida que nunca.

—No tiene nada que ver con los visitantes; casi está olvidada —dice el ama de llaves, que da un paso adelante—. Nunca ha sido más que una anécdota de la familia.

—Perdone usted, señora, que vuelva a preguntar si tiene algo que ver con un cuadro —interrumpe el señor Guppy—, porque le aseguro que cuanto más pienso en ese cuadro, mejor lo conozco, ¡y sin saber por qué lo conozco!

La historia no tiene nada que ver con ningún cuadro; el ama de llaves se lo puede asegurar. El señor Guppy le agradece la información, y además da las gracias por todo. Se retira con su amigo, guiados ambos por otra escalera por el joven jardinero, y poco después se oye que se marchan. Ya llega el atardecer. La señora Rouncewell puede confiar en la discreción de los dos jóvenes que la escuchan, y puede contarles a

ellos cómo fue que la terraza adquirió ese nombre fantasmal. Se sienta en un sillón junto a la ventana, sobre la que va cayendo la oscuridad, y se lo cuenta:

—En los días terribles, hijos míos, del Rey Carlos I (me refiero, claro está, a los días terribles de los rebeldes que se aliaron contra aquel excelente rey), el dueño de Chesney Wold era Sir Morbury Dedlock. No sé si en aquella época se hablaba de algún fantasma en la familia. Supongo que es muy probable.

La señora Rouncewell sustenta esta opinión por considerar que toda familia de alguna antigüedad o importancia tiene derecho a un fantasma. Considera a los fantasmas como uno de los privilegios de las clases altas, como un detalle de distinción que no puede reivindicar la gente del común.

—Sir Morbury Dedlock —sigue diciendo la señora Rouncewell— era, huelga decirlo, partidario de aquel santo mártir. Pero *se dice* que su dama, que no llevaba sangre de la familia en sus venas, era partidaria de la mala causa. Se dice que tenía parientes entre los enemigos del Rey Carlos, que tenía correspondencia con ellos y que les daba información. Cuando venía aquí cualquiera de los caballeros de la zona que seguían la causa de Su Majestad, se dice que milady siempre estaba más cerca de la puerta de su sala de consejos de lo que se creían ellos. ¿Oyes unos pasos que suenan en la terraza, Watt?

Rosa se acerca al ama de llaves.

—Oigo la lluvia que cae en las piedras —replica el joven—, y oigo un eco extraño (supongo que es un eco) que se parece mucho a unos pasos titubeantes.

El ama de llaves asiente y continúa:

—Debido en parte a esta división entre ellos, y en parte por otros motivos, Sir Morbury y su dama llevaban una vida agitada. Ella tenía un temperamento muy altivo. No eran adecuados el uno para el otro, ni en edad ni en carácter, y no tenían hijos que mediasen entre ellos. Cuando el hermano favorito de ella, un caballero joven, murió en las guerras civiles (a manos de un pariente cercano de Sir Morbury), reaccionó de forma tan violenta que llegó a odiar a la raza en la que había entrado por matrimonio. Cuando los Dedlock iban a salir de Chesney Wold en defensa de la causa del rey, se dice que más de una vez ella bajaba a los establos en medio de la noche y les inutilizaba los caballos, y la historia es que una vez, a esa hora, su marido vio que ella bajaba las escaleras y la siguió hasta el cajón en el que estaba su caballo favorito. Allí la cogió por la muñeca, y en la lucha, o en una caída, o porque el caballo estaba asustado y se puso a dar coces, quedó coja de una cadera, y a partir de entonces empezó a languidecer.

El ama de llaves ha bajado la voz a poco más de un susurro:

—Ella era una dama de bella figura y noble porte. Nunca se quejó del cambio sufrido; nunca habló con nadie de su invalidez ni se quejó de sus dolores, pero un día tras otro trataba de pasearse por la terraza, y apoyándose en la balaustrada de piedra,

subía y bajaba, subía y bajaba, subía y bajaba, con sol o con nubes, y cada día le costaba más trabajo. Por fin, una tarde, su marido (a quien nunca, por ningún motivo, le había vuelto a dirigir la palabra desde aquella noche), que estaba ante el ventanal del sur, vio que se caía en el paseo. Bajó inmediatamente a levantarla, pero ella lo rechazó cuando se inclinaba sobre ella, y mirándolo fija y fríamente dijo: «Moriré aquí, en mi paseo. Y seguiré paseando por aquí aunque esté en la tumba. Me pasearé por aquí hasta que se haya humillado el orgullo de esta casa. ¡Y que los Dedlock estén atentos a mis pasos cuando esté a punto de caer sobre ellos la calamidad o el deshonor!».

Watt mira a Rosa. Rosa, en la oscuridad cada vez mayor, mira al suelo, mitad por miedo y mitad por timidez.

—Y allí mismo murió. Y desde aquellos días —continúa la señora Rouncewell— se ha mantenido el nombre del Paseo del Fantasma. Si el paso es un eco, es un eco que sólo se oye después de oscurecer, y que muchas veces permanece mucho tiempo sin oírse. Pero vuelve de vez en cuando y, desde luego, cuando hay una enfermedad o una muerte en la familia, entonces se oye.

—¿Y el deshonor, abuela? —pregunta Watt.

—Nunca ha habido deshonor en Chesney Wold —replica el ama de llaves.

Su nieto se retracta:

—Es verdad. Es verdad.

—Y ésa es la historia. Sea lo que sea ese ruido, es preocupante —dice la señora Rouncewell, levantándose de su asiento—, y lo que es más notable es que es imposible no oírlo. Milady, que no tiene miedo a nada, reconoce que cuando suena es imposible no oírlo. No es posible hacerle oídos sordos. Watt, detrás de ti hay un reloj francés (que está puesto ahí adrede) que suena muy alto cuando está en movimiento y que toca una música. ¿Entiendes cómo se hacen esas cosas?

—Creo que bastante bien, abuela.

—Dale cuerda.

Watt le da cuerda y se pone a sonar, con su música y todo.

—Ahora ven aquí —dice el ama de llaves—. Aquí, hijo mío, hacia la almohada de Milady. No estoy segura de si ya es bastante de noche, ¡pero escucha! ¿Oyes lo que suena en la terraza, por encima de la música y del tic-tac, y de todo lo demás?

—¡Sí que lo oigo!

—Eso es lo que dice Milady.

8. Que abarca una multitud de pecados

Resultó interesante, cuando me vestí antes del amanecer, mirar por la ventana, donde mis velas se reflejaban como dos faros en los cristales negros, y vi que todo lo que había más allá estaba todavía envuelto en la misma densidad que anoche, ver después cómo iba cambiando con la llegada del día. A medida que se iba aclarando gradualmente la perspectiva, y se revelaba la escena que había recorrido el viento en la oscuridad, igual que mi memoria había recorrido mi vida, sentí placer al ir descubriendo los objetos desconocidos que me habían rodeado durante el sueño. Al principio, apenas si eran discernibles en la neblina, y sobre ellos seguían brillando las últimas estrellas. Pasado aquel pálido intervalo, la imagen empezó a ampliarse y a llenarse a tal velocidad que a cada nueva mirada podía encontrar suficiente para seguir contemplando durante una hora. Imperceptiblemente, mis velas se fueron convirtiendo en la única parte incongruente de la mañana, los puntos oscuros de mi habitación fueron fundiéndose y el día brilló sobre un paisaje animado, en el cual se destacaba la vieja iglesia de la Abadía, con su enorme torre, que lanzaba sobre la vista una cola de sombra más suave de lo que parecía compatible con su rudo aspecto. Pero (según espero haber aprendido) de exteriores ásperos, muchas veces proceden influencias serenas y dulces.

Estaba tan nerviosa con mis dos racimos de llaves, que desde una hora antes de levantarme había estado soñando que cuanto más trataba de abrir con ellas una serie de cerraduras, más determinadas estaban aquéllas a no entrar en ninguna. Ningún sueño hubiera podido ser menos profético.

Todas las partes de la casa estaban en tal orden, y todo el mundo fue tan atento conmigo, que no tuve ningún problema con mis dos montones de llaves, aunque entre tratar de recordar el contenido de cada cajoncito de la despensa y el respostero, y tomar notas en una pizarra sobre las mermeladas y los encurtidos, y las conservas y las botellas y la cristalería y la vajilla y tantísimas otras cosas, y con mi costumbre de comportarme como una especie de vieja solterona un poco boba, estuve tan ocupada, que cuando oí sonar la campanilla no podía creer que era la hora del desayuno. Sin embargo, me eché a correr e hice el té, pues ya se me había asignado la responsabilidad por la tetera, y después, como estaban un tanto atrasados, y todavía no había bajado nadie, creí que podía echar un vistazo al jardín para empezar a conocerlo también. Me pareció un lugar delicioso: en la parte de delante, la avenida y el paseo tan bonitos por los que habíamos llegado (y donde, dicho sea de paso, habíamos dejado tales huellas en la gravilla con nuestras ruedas, que le pedí al jardinero que pasara el rodillo); en la trasera estaban las flores, y allí arriba, asomada a su ventana, estaba mi niña, que la abría para sonreírme, como si me diera un beso a aquella distancia. Más allá del jardín de las flores había un huerto, y después un

picadero y un sitio para los carros, y después un patio de granja precioso. En cuanto a la casa en sí, con sus tres picos en el tejado, sus ventanas multiformes, unas muy grandes y otras muy pequeñas, y todas ellas muy bonitas, su reja frente a la fachada sur, para las rosas y la madreSelva, y su aire hogareño, confortable y acogedor, la Casa era, como dijo Ada cuando vino a encontrarme del brazo del dueño y señor, digna de su primo John, lo cual era un atrevimiento, aunque él le dio un pellizquito en la mejilla en premio.

El señor Skimpole estuvo tan agradable en el desayuno como lo había estado la noche anterior. Había miel en la mesa, lo cual lo llevó a un discurso sobre las Abejas. No tenía nada que objetar a la miel, dijo (desde luego que no, diría yo, pues parecía gustarle), pero protestaba contra las pretensiones de ejemplaridad de las Abejas. No veía en absoluto por qué iban a proponerle a él como modelo la industriosa Abeja; suponía que a la Abeja le gustaba hacer miel, porque si no, no la haría: nadie le había pedido que se pusiera a hacerla. La Abeja no tenía por qué convertir en un mérito enorme el hacer lo que para ella era un placer. Si todos los pasteleros se pasaran la vida zumbando por ahí, metiéndose contra todo lo que se les interponía en el camino y exigiendo egoístamente a todo el mundo que se dieran cuenta de que estaban trabajando y de que nadie les debía interrumpir, el mundo sería un lugar totalmente insoportable. Además, después de todo, era algo ridículo que lo privaran a uno de la posesión de su fortuna justo cuando uno acababa de hacerla, nada más que con echarle azufre. Si alguien de Manchester se dedicara a tejer algodón nada más que por tejer, la gente tendría una opinión muy mala de él. A su entender, los Zánganos eran la encarnación de una idea más agradable y más sabia. El Zángano decía sin ninguna afectación: «Ustedes perdonen; ¡no puedo ponerme a trabajar! Me encuentro en un mundo en el que hay tantas cosas que ver, y tengo tan poco tiempo para verlas, que debo tomarme la libertad de echar un vistazo y rogar que subvenga a mis necesidades alguien que no tenga curiosidad por ver las cosas». Ésta le parecía al señor Skimpole la filosofía del Zángano, y la consideraba muy acertada, siempre de suponer que el Zángano estuviera dispuesto a llevarse bien con la Abeja, y, que él supiera, siempre lo estaba, con tal de que el otro animalito, tan ocupado siempre, lo dejara en paz y no presumiera tanto de su miel.

Continuó con estas fantasías en el tono más animado y por terrenos muy emotivos, y nos divirtió mucho a todos, aunque, una vez más, parecía darle un cierto sentido serio, en la medida en que era posible en él. Los dejé a todos mientras seguían escuchándolo, y me retiré a desempeñar mis nuevas funciones. Llevaba algún tiempo en ellas, y estaba haciendo mi recorrido de vuelta por los pasillos, con mi cesto de llaves al brazo, cuando el señor Jarndyce me llamó a un cuartito junto a su dormitorio, que resultó ser en parte una pequeña biblioteca y archivo, y por otra todo un pequeño museo de sus zapatos y botas, y sombrereras.

—Siéntate, hija mía —dijo el señor Jarndyce—. Debes saber que éste es mi Gruñidero. Cuando estoy de mal humor, vengo aquí a gruñir.

—Debe usted de venir aquí muy pocas veces, señor —contesté.

—¡Ay, no me conoces! —replicó él—. Cuando me siento engañado, o desilusionado por... el viento, y éste es de Levante, me refugio aquí. El Gruñidero es la habitación más utilizada de toda la casa. Todavía no sabes los malos humores que me dan. ¡Pero, hija mía, estás temblando!

No podía evitarlo; lo intenté con todas mis fuerzas, pero al estar allí a solas ante aquella presencia benévola, mirando a sus ojos tan amables y sentirme tan feliz y tan honrada allí, con el corazón tan henchido...

Le besé la mano. No sé lo que dije, ni siquiera si dije algo. Él se sintió tan desconcertado, que se acercó a la ventana, casi creí que con la intención de saltar por ella, y después se dio la vuelta y me tranquilicé al ver en sus ojos lo que se había ido a disimular. Me dio una palmadita suave en la cabeza y me senté.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. Ya está. ¡Bah! No seas tonta.

—No volverá a ocurrir, señor —repliqué—, pero al principio resulta difícil...

—¡Bobadas! —dijo él—. Es muy fácil, muy fácil. ¿Por qué no? Me entero de que hay una huerfanita sin nadie que la proteja y se me ocurre la idea de protegerla yo. Crece y justifica sobradamente mi buena opinión, y yo sigo siendo su protector y amigo. ¿Qué tiene de raro todo eso? ¡Vamos, vamos! Bueno, ya está aclarado todo, y vuelvo a tener ante mí tu cara agradable, confiada y digna de confianza.

Me dije a mí misma: «¡Esther, querida mía, me sorprendes! ¡Verdaderamente, no era esto lo que esperaba de ti!», y tuvo tan buen efecto que crucé las manos sobre mi cesto de llaves y me recuperé totalmente. El señor Jarndyce manifestó su aprobación con un gesto y empezó a hablarme con tanta confianza como si yo tuviera el hábito de conversar con él todas las mañanas desde hacia no sé cuánto tiempo. Y casi tuve la sensación de que así era.

—Naturalmente, Esther —dijo—, tú no entiendes nada de todo este asunto de la Cancillería.

Y naturalmente negué con la cabeza.

—No sé quién lo entenderá —continuó—. Los abogados lo han retorcido hasta dejarlo tan enredado que los datos iniciales del asunto han desaparecido hace tiempo de la faz de la tierra. Se trata de un Testamento, y de los beneficiarios de ese Testamento, o de eso se trataba en un principio. Ahora ya sólo se trata de las Costas. Siempre estamos compareciendo, y desapareciendo, y jurando, e interrogando, y demandando y contrademandando, y argumentando, y sellando, y proponiendo, y remitiendo, e informando, y girando en torno al Lord Canciller y todos sus satélites, y avanzando tranquilamente hacia la muerte polvorienta, y siempre se trata de las Costas. Ésa es la gran cuestión. Todo lo demás, por algún medio extraordinario, ha

desaparecido.

—Pero, señor —dije para que volviera atrás, porque había empezado a frotarse la cabeza—, ¿al principio se trataba de un Testamento?

—Pues sí, se trataba de un Testamento cuando todavía se trataba de algo —replicó—. Un tal Jarndyce, en mala hora, hizo una gran fortuna, e hizo un gran Testamento. En la cuestión de cómo se han de administrar los bienes dejados en ese Testamento se despilfarra la fortuna que el Testamento deja; los beneficiarios del Testamento quedan reducidos a una condición tan miserable que si hubieran cometido un crimen horrible, ya sería suficiente expiación el que les hubieran dejado ese dinero, y el Testamento en sí queda en letra muerta. A lo largo de toda la deplorable causa, todo lo que saben todos los que intervienen en ella, salvo un hombre, se remite a ese solo hombre que no sabe nada y que ha de averiguarlo, y a todo lo largo de la deplorable causa, todo el mundo tiene que recibir copias, una vez tras otra, de todo lo que se ha ido acumulando en torno a ella en forma de carretadas de papeles (o debe pagar por ellas aunque no las reciba, que es lo que suele ocurrir, porque nadie las quiere), y tiene que volver otra vez al principio, y volver a empezar, a lo largo de tal zarabanda infernal de costas y honorarios y tonterías y corrupciones como jamás se ha imaginado en las visiones más fantásticas de un aquelarre. Equidad [23] hace preguntas a Derecho, que devuelve las preguntas a Equidad; el Derecho decide que no puede hacer tal cosa, Equidad averigua que no puede hacer tal otra; ninguno de los dos puede ni siquiera decir que no puede hacer nada, sin que el procurador informe y el abogado comparezca en nombre de A, y tal otro procurador informe y tal otro abogado comparezca en nombre de B, y así hasta recorrer todo el alfabeto, como la historia del pastel de manzana en los Cuentos de Madre Gansa. Y así pasamos años y años, y vidas y vidas, y todo continúa, y vuelve a empezar constantemente una vez tras otra, y nada termina jamás. Y no podemos salirnos del pleito bajo condición alguna, porque nos hicieron partes en él y hemos de ser partes en él, querámoslo o no. ¡Pero no hay que pensar en esas cosas! Cuando mi pobre tío-abuelo, el pobre Tom Jarndyce, empezó a pensar en ellas, ¡fue el principio del fin!

—Señor, ¿es el señor Jarndyce cuya historia me han contado?

Asintió gravemente.

—Yo era su heredero, y ésta era su casa, Esther. Cuando llegué aquí era verdaderamente una casa desolada. Había dejado impresa en ella la huella de sus sufrimientos.

—¡Pues qué cambiada debe estar desde entonces! —comenté.

—Antes de él, la llamaban Los Picos. Fue él quien le dio su nombre actual, y aquí vivía encerrado día y noche, estudiando esos horribles montones de papeles del pleito, y esperando contra toda esperanza desenredarlo de sus mistificaciones y ponerle fin. Entre tanto, la casa se fue deshaciendo, el viento silbaba por las paredes

agrietadas, la lluvia entraba por las goteras del techo y las malas hierbas cerraban la entrada de la puerta, que se iba pudriendo. Cuando traje aquí lo que quedaba de él, me pareció que también había saltado la tapa de los sesos de la casa, de lo destrozada y en ruinas que estaba.

Tras decir estas últimas palabras, que pronunció con un temblor, se paseó por la habitación, y después se detuvo a mirarme, alegró el gesto, se acercó y volvió a sentarse con las manos en los bolsillos.

—Ya te dije, hija mía, que éste era el Gruñidero. ¿Dónde estábamos?

Le recordé que estábamos en los cambios tan esperanzadores que había introducido en la Casa Desolada.

—La Casa Desolada; es verdad. Allá, en esa ciudad de Londres, hay una propiedad nuestra que hoy día es muy parecida a lo que era entonces esta Casa Desolada..., y cuando digo propiedad nuestra, digo propiedad del Pleito, pero debería decir propiedad de las Costas, pues las Costas son la única fuerza del mundo que jamás van a sacar algo de todo esto, y que jamás lo considerarán más que como algo horrible y sórdido. Es una calle de casas en ruinas y ciegas, con los ojos apedreados, sin un solo cristal, sin un solo marco de ventana, con unas contraventanas desnudas y agrietadas que caen de sus goznes y se hacen pedazos; las barandillas de hierro van deshaciéndose con el orín, las chimeneas se hunden, los pasos de piedra de todas las puertas (y cada una de ellas podría ser la Puerta de la Muerte) volviéndose de un verde mugriento, y los puntales mismos que sirven de muleta a esas ruinas están deshaciéndose. Aunque la Casa Desolada no estaba en Cancillería, su dueño sí, y quedó estampada con el mismo sello. Hija mía, ese Gran Sello está estampado por toda Inglaterra... ¡Lo conocen hasta los niños!

—¡Cómo ha cambiado! —repetí.

—¡Pues es verdad! —respondió mucho más animado—, y es muy sabio por tu parte hacer que vea el lado bueno de las cosas (¡llamarme sabia a mí!). Son cosas de las que no hablo nunca, en las que ni siquiera pienso nunca, salvo aquí en el Gruñidero. Si consideras oportuno mencionárselas a Rick y a Ada, puedes hacerlo. Lo dejo a tu discreción, Esther. —Esto último, con una mirada muy seria.

—Espero, señor... —empecé.

—Creo, hija mía, que sería mejor que me llamas Tutor.

Sentí otra vez un nudo en la garganta, y me lo reproché, «Vamos, Esther, esto no debe ser», cuando fingió decirlo con levedad, como si fuera un capricho, en lugar de una delicadeza conmovedora por su parte. Pero les di a las llaves de la casa una pequeña sacudida, como recordatorio a mí misma, y cruzando las manos de forma todavía más determinada en mi cesto, lo miré con calma.

—Espero, Tutor —dije—, que no confíe usted demasiado en mi discreción. Espero que no se confunda conmigo. Me temo que se sienta usted desengañado

cuando vea que no soy inteligente, pero la verdad es que no lo soy, y pronto lo vería usted si no tuviera yo la honradez de confesarlo.

No parecía nada desengañado, sino todo lo contrario. Me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, que, de hecho, me conocía muy bien, y que era todo lo inteligente que él necesitaba.

—Ojalá sea así —dije—, pero me da miedo, Tutor.

—Eres lo bastante inteligente para ser la buena mujercita de nuestras vidas, hija mía —dijo en tono juguetón—, la ancianita de la Canción de los Niños (y no me refiero a Skimpole).

Ancianita, ¿dónde subes tan cimero?

A limpiar de telarañas el cielo.

—Seguro que vas a dejar *nuestro* cielo tan limpio de ellas al hacerte cargo de la casa, Esther, que un día de estos tendremos que dejar el Gruñidero y condenar la puerta.

Y así fue como me empezaron a llamar la Ancianita, y Viejecita, y Telaraña, y señora Shipton, y Madre Hubbard, y señora Durden, y tantos nombres por el estilo, que el mío propio pronto quedó perdido entre todos ellos [24].

—Sin embargo —dijo el señor Jarndyce—, volvamos a nuestros chismes. Empecemos por Rick, un muchacho estupendo y muy prometedor. ¿Qué vamos a hacer con él?

¡Dios mío, qué idea la de consultarme a mí a ese respecto!

—Hay que estudiarlo, Esther —dijo el señor Jarndyce poniéndose cómodamente las manos en los bolsillos y estirando las piernas—. Hay que darle una profesión, y tiene que elegir algo por sí mismo. Claro que va a haber más peluconeo [25] que nada, supongo, pero algo hay que hacer.

—¿Más qué, Tutor? —pregunté.

—Más peluconeo —me contestó—. Es el único nombre que puedo dar a las cosas de este género. Es pupilo de la Cancillería, hija mía. Kenge y Carboy tendrán algo que decir al respecto; el señor No sé Qué (una especie de sacristán ridículo que excava tumbas en busca del fondo de las causas en un despacho trasero al final de Quality Court, Chancery Lane) tendrá algo que decir al respecto; el procurador tendrá algo que decir al respecto; el Canciller tendrá algo que decir al respecto; los Satélites tendrán algo que decir al respecto; todos ellos tendrán que cobrar unos honorarios sustanciosos al respecto; todo tendrá que ser indeciblemente ceremonioso, verborreico, insatisfactorio y caro, y es lo que llamo, en general, peluconeo. La verdad es que no sé cómo ha llegado la humanidad a verse afligida por el peluconeo, ni qué pecados se hace purgar a estos muchachos al ponerlos en tamañas situaciones,

pero así son las cosas.

Empezó a frotarse la cabeza otra vez, y a sugerir que soplaba un cierto viento. Pero para mí era un maravilloso ejemplo de su bondad conmigo el que tanto si se frotaba la cabeza como si se ponía a dar paseítos o hacía ambas cosas, su rostro siempre recuperaba su expresión benigna cuando me miraba, y siempre volvía a ponerse cómodo, y se metía las manos en los bolsillos y estiraba las piernas.

—Quizá lo mejor de todo fuera empezar por preguntar al señor Richard qué inclinaciones tiene —dije.

—Exactamente —replicó—. ¡Eso es lo que quiero decir! Mira, lo mejor es que vayas acostumbrándote a hablar del asunto, con tu tacto y tu estilo discreto, con él y con Ada, a ver lo que pensáis entre todos. Seguro que gracias a ti llegaremos al fondo del asunto, mujercita.

Verdaderamente me asustó la idea de la importancia que estaba adquiriendo yo y de la serie de cosas que se me confiaban. No era esto lo que yo había pretendido en absoluto, sino que hablara él con Richard. Pero, naturalmente, no dije nada en respuesta, salvo que haría todo lo posible, aunque me temía (verdaderamente me pareció necesario repetirlo) que él me considerase mucho más sagaz de lo que verdaderamente era yo. Ante lo cual, mi tutor se limitó a soltar una de las carcajadas más agradables que he escuchado en mi vida.

—¡Vamos! —dijo, levantándose y echando atrás su silla—. ¡Creo que por un día ya tienes bastante del Gruñidero! Sólo una última observación: Esther, hija mía, ¿deseas preguntarme algo?

Me miró de forma tan atenta al decirlo, que yo también lo miré atentamente, y me sentí segura de comprenderlo.

—¿Acerca de mí, señor? —pregunté.

—Sí.

—Tutor —dije, aventurándome a poner mi mano, que de pronto estaba más fría de lo que yo hubiera deseado—. ¡Nada! Estoy segura de que si hubiera algo que debiera saber yo, o que necesitara saber, no tendría que pedirle que me lo dijera. Si no depositara en usted toda mi confianza y toda mi fe, tendría un corazón muy duro. No tengo nada que preguntarle; nada en el mundo.

Me pasó la mano por el brazo y salimos en busca de Ada. A partir de aquel momento me sentí muy a mis anchas con él, sin reservas, perfectamente satisfecha de no saber nada más, perfectamente feliz.

Al principio llevamos una vida muy activa en la Casa Desolada, pues teníamos que familiarizarnos con muchos de los residentes de las cercanías o de más lejos que conocían al señor Jarndyce. A Ada y a mí nos parecía que lo conocían todos los que querían hacer cosas con dinero de otros. Nos sorprendió, cuando empezamos a clasificar sus cartas y a responder a algunas de ellas en el Gruñidero una mañana,

averiguar hasta qué punto el principal objeto de las vidas de sus corresponsales parecía ser el de constituirse en comités para recibir y gastar dinero. Las señoras eran tan persistentes como los caballeros; de hecho, creo que lo eran todavía más. Se lanzaban a formar comités con el mayor apasionamiento, y recababan suscripciones con una vehemencia verdaderamente extraordinaria. Nos pareció que algunas de ellas debían de pasar todas sus vidas en el envío de tarjetas de suscripción a todo el Anuario de Correos: resguardos de a chelín, resguardos de a media corona, resguardos de a medio soberano, resguardos de a penique. Pedían de todo. Pedían prendas de vestir, pedían trapos, pedían dinero, pedían carbón, pedían sopa, pedían interés, pedían autógrafos, pedían franela, pedían todo lo que tenía el señor Jarndyce, y lo que no tenía. Sus objetivos eran tan variados como sus peticiones. Iban a levantar nuevos edificios, iban a pagar las deudas de edificios antiguos, iban a establecer en un edificio pintoresco (grabado de la Sección Norte adjunto) la Hermandad de Marías Medievales; iban a hacer un homenaje a la señora Jellyby; iban a hacer que se pintara el retrato de su Secretario, para regalárselo a la suegra de éste, que según era bien sabido, lo quería mucho; iban a hacer de todo, creo verdaderamente, desde imprimir 500.000 folletos hasta conseguir una pensión anual, y desde erigir un monumento de mármol hasta conseguir una tetera de plata. Tenían multitud de títulos. Eran las Mujeres de Inglaterra, las Hijas de la Gran Bretaña, las Hermanas de Todas las Virtudes Cardinales, una por una, o las Mujeres de América, las Damas de cien sectas. Parecían estar siempre nerviosísimas con sus encuestas y sus elecciones. A nuestro pobre juicio, y conforme a lo que ellas mismas decían, parecían estar constantemente consultando a docenas de miles de personas, pero sin presentar jamás candidatos a ningún cargo. Nos daba dolor de cabeza pensar en las vidas tan febriles que debían llevar en general.

Entre las damas que más se distinguían por esta benevolencia rapaz (si se me permite utilizar la expresión) figuraba una tal señora Pardiggle [26] que parecía, a juzgar por el número de sus epístolas al señor Jarndyce, ser una corresponsal casi tan vigorosa como la propia señora Jellyby. Observamos que cuando el tema de la conversación pasaba a la señora Pardiggle siempre cambiaba la dirección del viento, lo cual invariablemente le impedía a él continuar con ese tema, salvo observar que había dos clases de personas caritativas: la primera era la de la gente que hacía pocas cosas y mucho ruido; la segunda, la de la gente que hacía muchas cosas y poco o nada de ruido. Por eso sentíamos curiosidad por ver a la señora Pardiggle, pues sospechábamos que pertenecía a la primera de esas clases, y nos alegramos mucho cuando llegó un día con sus cinco hijos pequeños.

Era una señora de aspecto imponente, con gafas, una gran nariz y una voz muy alta, que daba la sensación de que necesitaba mucho espacio. Y efectivamente era así, pues con las faldas iba tumbando sillitas que estaban bastante lejos de ella. Como no

estábamos en casa más que Ada y yo, la recibimos con timidez, pues parecía penetrarlo todo, como el frío, y hacer que los pequeños Pardiggles se fueron volviendo de color azul al seguirla.

—Señoritas, éstos —dijo la señora Pardiggle con gran desenvoltura tras los primeros saludos— son mis cinco chicos. Es posible que hayan visto ustedes sus nombres en una lista impresa de suscriptores (quizá en más de una), en posesión de nuestro estimado amigo el señor Jarndyce. Egbert, que es el mayor (tiene doce años), es el chico que envió su dinero de bolsillo, por un total de cinco chelines y tres peniques, a los indios tockahupos. Oswald, que es el segundo (diez años y medio), es el que contribuyó con dos chelines y nueve peniques al Gran Homenaje Nacional a Smithers. Francis, que es el tercero (nueve años), un chelín y seis peniques y medio. Félix, el cuarto (siete años), ocho peniques a las Viudas sin Recursos. Alfred, el más pequeño (cinco años), se ha enrolado voluntariamente en las Ligas Infantiles de la Alegría, y se ha comprometido a no utilizar jamás en su vida el tabaco en forma alguna.

Jamás había visto yo unos niños tan malhumorados. No era sólo que estuvieran marchitos y encanijados —aunque desde luego lo estaban—, sino que además parecían estar ferozmente descontentos. Cuando se mencionaron las palabras «indios tockahupos», yo hubiera podido suponer que Egbert era uno de los miembros más melancólicos de esa tribu, dada la mirada salvaje que me dirigió con el ceño fruncido. La cara de cada uno de los chicos, a medida que se mencionaba el volumen de su contribución, iba ensombreciéndose con un aspecto claramente vengativo, pero quien peor miraba era Egbert. Sin embargo, debo exceptuar al pequeño recluta de las Ligas Infantiles de la Alegría, que estaba silenciosa y totalmente sintiéndose desgraciado.

—Según tengo entendido —continuó la señora Pardiggle—, han estado ustedes de visita en casa de la señora Jellyby.

Dijimos que sí, que habíamos pasado una noche allí.

—La señora Jellyby —siguió diciendo aquella señora, siempre en el mismo tono altisonante, enfático y duro, de manera que su voz me daba la sensación de que también llevara impertinentes en la boca (y aquí debo aprovechar la oportunidad de observar que sus impertinentes eran tanto menos atractivos porque tenía los ojos que Ada calificaba de «ojos de asfixiado», es decir, muy saltones). La señora Jellyby es una benefactora de la sociedad, y merece que se le ayude. Mis chicos han contribuido al proyecto africano: Egbert con un chelín y seis peniques, que es toda su paga de nueve semanas; Oswald con un chelín y un penique y medio, que es lo mismo; el resto conforme a sus escasos medios. Pero yo no estoy de acuerdo con la señora Jellyby en todo. No estoy de acuerdo con la forma en que trata la señora Jellyby a su joven familia. Ya se ha comentado. Se ha observado que su joven familia está excluida de la participación en los temas a los que se consagra ella. Quizá tenga razón

y quizá se equivoque, pero con razón o sin ella, yo no trato así a mi joven familia. La llevo a todas partes.

Después quedé convencida (y también Ada) de que el enfermizo hijo mayor dio un grito agudo al oír aquellas palabras. Lo transformó en un bostezo, pero al principio era un grito.

—Vienen a Maitines conmigo (son unos oficios muy bonitos) a las seis y media de la mañana todo el año, incluido claro está, en pleno invierno —dijo rápidamente la señora Pardiggle— y permanecen conmigo a lo largo de las diversas actividades del día. Visito las escuelas, visito a los enfermos, les leo, estoy en el Comité de Distribución; pertenezco al Comité Local de Ropa Blanca y a muchos comités generales, y recorro muchas casas, quizá más que nadie. Pero ellos me acompañan a todas partes, y así van adquiriendo ese conocimiento de los pobres y adquiriendo esa capacidad de hacer caridad en general (en resumen, la afición a estas cosas) que cuando sean mayores les permitirá ser útiles a sus prójimos y sentirse satisfechos consigo mismos. Mi joven familia no es frívola; los chicos se gastan toda su paga en suscripciones, bajo mi orientación, y han asistido a tantas reuniones, y escuchado tantas conferencias, tantos discursos y debates como la mayor parte de los adultos. Alfred (cinco años), como ya he mencionado, ha ingresado, por su propia voluntad, en las Ligas Infantiles de la Alegría, fue uno de los pocos niños que en aquella ocasión dio muestras de seguir despierto tras un ferviente discurso de dos horas del presidente de la velada.

Alfred nos miró ceñudo, como si jamás quisiera, ni pudiera, perdonar el insulto de aquella velada.

—Quizá haya observado usted, señorita Summerson —dijo la señora Pardiggle—, en algunas de las listas que he mencionado y que se hallan en posesión de nuestro estimado amigo el señor Jarndyce, que los nombres de mi joven familia terminan siempre con el de O. A. Pardiggle, Miembro de la Real Sociedad de Estudios Científicos, una libra. Es su padre. Generalmente seguimos el mismo orden. Yo pongo mi óbolo en primer lugar; después viene mi joven familia, que ponen sus contribuciones, conforme a sus edades y sus escasos medios, y después el señor Pardiggle cierra la retaguardia. El señor Pardiggle celebra poder hacer su limitada contribución, bajo mi orientación, y así no sólo se hacen las cosas agradables para nosotros, sino que, según confiamos, sirven para mejorar la condición de los demás.

¿Y si el señor Pardiggle comiera con el señor Jellyby, y si el señor Jellyby se sincerase con el señor Pardiggle después de comer, haría el señor Pardiggle, a cambio, alguna confidencia al señor Jellyby? Me sentí muy confusa al pensar aquello, pero la verdad es que me lo pregunté.

—¡Están ustedes muy bien situadas aquí! —dijo la señora Pardiggle.

Celebramos cambiar de tema y fuimos a la ventana a enseñarle las bellezas de la

perspectiva, en las que los impertinentes parecieron posarse con curiosa indiferencia.

—¿Conocen al señor Gusher? [27] —preguntó nuestra visitante.

Nos vimos obligadas a decir que no teníamos el placer de haber visto al señor Gusher.

—Pues lo siento por ustedes, se lo aseguro —dijo la señora Pardiggle con su tono de ordeno y mando—. Es un orador ferviente y apasionado: ¡lleno de ardor! Si se pusiera a hablar desde una carreta en ese jardín, que según veo por la configuración del terreno, es un lugar ideal para una reunión pública, daría relieve durante horas y horas a cualquier ceremonia que quisieran ustedes mencionar. Pero seguro, señoritas —dijo la señora Pardiggle, volviendo a su silla y tirando al suelo, como si fuera mediante una agencia invisible, una mesita redonda que estaba a considerable distancia, con mi costurero encima—, que ya han advertido ustedes lo que soy yo.

Verdaderamente, era una pregunta tan asombrosa que Ada se me quedó mirando sin saber en absoluto qué decir. En cuanto al carácter culpable de mi propia conciencia, tras lo que había estado pensando yo, debe de haberse expresado en el rubor de mis mejillas.

—Han advertido, quiero decir —continuó la señora Pardiggle— el aspecto más notable de mi carácter. Tengo conciencia de que es tan notable que se descubre inmediatamente. Sé que se me descubre en seguida. ¡Bueno! Lo reconozco francamente: soy una mujer de negocios. Me gusta trabajar mucho; me agrada el trabajo intenso. La emoción me sienta bien. Estoy tan acostumbrada al trabajo intenso, y soy tan inmune a él, que no sé lo que es el cansancio.

Murmuramos que aquello era asombroso y muy de celebrar, o algo por el estilo. Creo que tampoco sabíamos lo que decíamos, pero eso era lo que expresaban nuestras palabras de cortesía.

—No sé lo que es estar cansada; ¡no me puedo cansar aunque lo intente! —dijo la señora Pardiggle—. La cantidad de esfuerzo (que para mí no es esfuerzo), la cantidad de negocios (que a mí me parecen como si nada) que hago es algo que a veces me sorprende a mí misma. ¡He visto a mi joven familia y al señor Pardiggle quedarse agotados sólo de mirarme, mientras que yo puedo decir sinceramente que seguía fresca como una rosa!

Si aquel muchacho, el mayor de todos, el de la cara cetrina, pudiera tener una expresión más maliciosa de la que ya exhibía entonces, entonces fue cuando la puso. Observé que doblaba el puño derecho y le daba a escondidas un golpe a la copa de la gorra, que llevaba bajo el brazo izquierdo.

—Eso me da una gran ventaja cuando salgo a hacer mis recorridos —continuó la señora Pardiggle—. Si me encuentro con alguien que no está dispuesto a escuchar mis palabras, le digo directamente: «Amigo mío, soy incapaz de cansarme, nunca estoy fatigada, y me propongo seguir hasta haber terminado». ¡Da unos resultados

admirables! Señorita Summerson, ¿espero que dispondré inmediatamente de su asistencia en mis recorridos de visitas, y la de la señorita Clare, dentro de muy poco?

Al principio traté de excusarme de momento, so pretexto general de las muchas ocupaciones que tenía, y que no debía descuidar. Pero fue una protesta inútil, en vista de lo cual dije de modo más concreto que no estaba segura de ser competente para ello. Que no tenía experiencia en el arte de adaptar mi mente a otras de situación muy distinta, y dirigirme a ellas con los puntos de vista adecuados. Que no tenía ese conocimiento delicado del corazón que debe ser indispensable para las obras de ese tipo. Que yo misma tenía mucho que aprender antes de enseñar a otros, y que no podía confiar sólo en mis buenas intenciones. Por todos aquellos motivos, me parecía mejor ser de utilidad donde podía, y prestar los servicios que pudiera a quienes estaban en mi entorno inmediato, tratar de dejar que ese círculo fuera ampliándose natural y gradualmente. Dije todo ello sin ninguna confianza, porque la señora Pardiggle era mucho mayor que yo, y tenía mucha experiencia, además de ostentar unos modales muy militares.

—Se equivoca usted, señorita Summerson —dijo—; pero quizá no esté usted acostumbrada al trabajo intenso ni a las emociones que comporta, lo cual es muy importante. Si desea usted ver cómo hago yo mis obras, ahora mismo estoy a punto de visitar —con mi joven familia a un ladrillero de las cercanías (de muy mal carácter), y celebraré mucho que me acompañe. La señorita Clare también, si quiere hacerme ese favor.

Ada y yo intercambiamos una mirada, y como en todo caso íbamos a salir, aceptamos el ofrecimiento. Cuando volvimos corriendo de ponernos los sombreros, encontramos a la joven familia aburrída en un rincón y a la señora Pardiggle dándose vueltas por la habitación, tirando al suelo casi todos los objetos de poco peso que había en ella. La señora Pardiggle tomó posesión de Ada y yo las seguí con la familia.

Ada me contó después que la señora Pardiggle le habló en el mismo tono altisonante (tanto que hasta yo podía oírla) durante todo el camino hasta la casa del ladrillero acerca de una emocionante competición en la que estaba empeñada desde hacía dos o tres años contra una pariente anciana en torno a cuál de sus candidatos respectivos podía obtener una pensión no sé dónde. Cada una de ellas se había dedicado a imprimir, a prometer, a obtener votos por correo y a hacer visitas casa por casa, y parecía que aquello había impartido gran animación a todos los participantes, salvo a los candidatos a recibir la pensión, que seguían sin recibirla.

A mí me agrada mucho que los niños confíen en mí, y por lo general es un placer contar con esa confianza, pero en aquella ocasión me produjo gran desasosiego. En cuanto salimos de la casa, Egbert, con los modales de un pequeño salteador, me exigió un chelín, porque según dijo, le habían «mangao» su dinero del bolsillo.

Cuando le señalé lo incorrecto que era utilizar esa palabra, especialmente en relación con su madre (porque había añadido en tono hostil que había «sido ésa»), me dio un pellizco y dijo: «¡Eh! ¡Vamos! ¿Qué cuentas? ¿A que a ti no te gustaría eso? ¿Para qué hace esa comedia de hacer como que me da dinero y luego me lo quita? ¿Por qué dice que es mi paga y luego nunca me deja gustarla?». Aquellas preguntas exasperantes le encendieron tanto el ánimo, y los de Oswald y Francis, que todos se pusieron a pellizcarme al mismo tiempo, y de manera terriblemente experta: cogiéndome por unos pedacitos tan pequeños de carne de los brazos que apenas si pude evitar el dar un grito. Al mismo tiempo, Felix me pisaba los dedos de los pies, Y el de la Liga de la Alegría, que como tenía descontada su paga para siempre, se había comprometido de hecho a abstenerse tanto de comer dulces como de fumar, estaba tan lleno de pena y de rabia cuando pasamos al lado de una pastelería que me dejó aterrada al ver que se ponía de color azul. Nunca he sufrido tanto, física como espiritualmente, durante un paseo con gente joven como con aquellos niños antinaturalmente encorsetados cuando me hicieron el honor de comportarse con naturalidad conmigo.

Me alegré cuando llegamos a casa del ladrillero, aunque no era sino parte de un grupo de casuchas miserables en una ladrillería, con pocilgas al lado de las ventanas rotas y unos huertecillos miserables delante de las puertas, en los que no crecía nada más que unos cuantos charcos fangosos. Acá y acullá había un barreño viejo puesto fuera para atrapar el agua de lluvia que goteaba de los tejados, o había una pequeña presa hecha para contener otro charquito, como un montoncito sucio de tierra. En las puertas y las ventanas había algunos hombres y mujeres acodados o paseándose, y casi ni se fijaron en nosotros, salvo para reír entre sí o decir algo a nuestro paso en relación con que la gente fina debía ocuparse de sus cosas y no meterse en líos y mancharse los zapatos por venir a meterse en los asuntos de otra gente.

La señora Pardiggle, que abría camino con grandes muestras de determinación moral y que hablaba con gran verborrea de las costumbres desordenadas de la gente (aunque a mí me parecía muy dudoso que cualquiera de nosotros hubiera podido ser ordenado en un sitio así), nos llevó a una casita en el punto más remoto, cuyo piso bajo casi llenamos nosotras. Además de nosotras, en aquella habitacioncita maloliente y húmeda había una mujer con un ojo amoratado que estaba junto a la chimenea cuidando de un pobre bebé jadeante, un hombre todo manchado de arcilla y de barro, que parecía hallarse en mal estado, echado en el suelo y fumando una pipa, un muchacho robusto que le estaba poniendo un collar a un perro y una chica descarada que estaba lavando algo en agua muy sucia. Todos ellos levantaron la vista cuando entramos, y la mujer pareció volver la cara hacia la chimenea, como para disimular el ojo amoratado; nadie nos saludó.

—Bien, amigos míos —dijo la señora Pardiggle, aunque a mí no me pareció que

lo dijera con tono nada amistoso; tenía la voz demasiado oficiosa y mandona—. ¿Cómo estáis todos? Ya estoy aquí. Recordad que os dije que a mí no me podíais cansar. A mí me gusta el trabajo intenso, y cumplo con mi palabra.

—Ya no van a venir más de ustedes, ¿verdad? —gruñó el hombre que estaba echado en el suelo, apoyándose la cabeza en la mano mientras nos contemplaba.

—No, amigo mío —dijo la señora Pardiggle, sentándose en un taburete y echando otro a rodar—. Ya estamos todos.

—A lo mejor se creen que no son bastantes —dijo aquel hombre, con la pipa en la boca, mientras nos miraba fijamente.

El muchacho y la chica se echaron a reír. Dos amigos del muchacho a quienes habíamos atraído a la puerta de entrada, y que se habían quedado allí con las manos en los bolsillos, hicieron eco sonoramente a sus risas.

—Amigos míos, no podéis cansarme —dijo la señora Pardiggle a estos últimos—. Me gusta el trabajo, y cuanto más trabajo me deis, más me gusta.

—¡Pues hay que darle en el gusto! —gruñó el hombre desde el suelo—. Por mí, que haga lo que quiera, pero cuanto antes. Estoy harto de que se tomen estas libertades con mi casa. Estoy harto de que me persigan como a un tejón. Ahora se va usted a hurgar por ahí y a hacer preguntas sobre cosas que no le importan nada, como siempre... Ya me la conozco a usted. ¡Vale! Pero no hace falta, le voy a ahorrar el esfuerzo. ¿Está mi hija lavando? Sí, está lavando. Miren el agua. ¡Huélanla! ¡Y eso es lo que bebemos! ¿Qué les parece y que les parecería si en lugar de esa agua tuviéramos ginebra? ¿Tengo sucia la casa? Pues claro. Está sucia por naturaleza, y es malsana por naturaleza, y hemos tenido cinco hijos sucios y malsanos, que por eso se nos han muerto de chicos, y mejor para ellos, y para nosotros también. ¿He leído el librito que me dejó usted? No, no he leído el librito que me dejó usted. Aquí ninguno de nosotros sabe leer, y si supiéramos, no es libro para mí. Es un libro para niños, y yo no soy ningún niño. Y si me dejara usted una muñeca, no me iba a poner a jugar con ella. ¿Cómo me he estado portando? Pues he estado borracho tres días, y estaría cuatro si tuviera con qué. ¿Es que no voy a ir nunca a la iglesia? No, no voy a ir nunca a la iglesia. Y si fuera no me recibirían en ella; el sacristán es demasiado fino para la gente como yo. ¿Y cómo es que mi mujer tiene un ojo amoratado? ¡Pues se lo puse yo, y si lo niega, es que miente!

Para decir todo aquello se había quitado la pipa de la boca, y después se recostó del otro lado y se volvió a poner a fumar. La señora Pardiggle, que lo había estado contemplando por entre los impertinentes con una compostura forzada y calculada, según no pude por menos de pensar, para aumentar el antagonismo del hombre, se sacó una biblia como si fuera la porra de un policía y detuvo a toda la familia. Quiero decir, claro, que la detuvo religiosamente, pero de verdad que lo hizo como si fuera un policía moral inexorable que se los llevara a todos a una comisaría.

Ada y yo nos sentíamos muy incómodas. Las dos nos sentíamos como unas intrusas y fuera de lugar, y ambas opinábamos que la señora Pardiggle se llevaría infinitamente mejor con aquella gente si no hubiera tenido aquella forma mecánica de tomar posesión de las personas. Los niños lo contemplaban todo malhumorados; la familia no nos hacía el menor caso, salvo cuando el muchacho hizo ladrar al perro, que es lo que hacía cada vez que la señora Pardiggle se ponía más enfática. Las dos advertíamos dolorosamente que entre nosotras y aquella gente existía una barrera férrea, que nuestra nueva amiga no podía levantar. No sabíamos quién ni cómo podría levantarla, pero sí sabíamos que ella no. Nos parecía que incluso lo que leía y decía estaba mal escogido para aquel público, aunque se hubiera impartido con la mayor modestia y el mayor tacto del mundo. En cuanto al librito que había mencionado el hombre recostado, después nos enteramos de lo que era, y el señor Jarndyce comentó que dudaba que ni siquiera Robinson Crusoe hubiera sido capaz de leerlo, aunque no hubiera tenido ningún otro en su isla desierta.

En aquellas circunstancias, nos sentimos muy aliviadas cuando la señora Pardiggle dejó de leer. El hombre del suelo volvió la cabeza otra vez y dijo desganado:

—¡Bueno! Eso es que ya ha terminado, ¿no?

—Por hoy, amigo mío. Pero yo no me canso nunca. Ya volveré a verlos en su momento —respondió la señora Pardiggle en tono muy animado.

—¡Con tal que ahora se *vaiga* —dijo él, cruzándose de brazos y cerrando los ojos mientras pronunciaba un juramento—, haga usted lo que quiera!

En consecuencia, la señora Pardiggle se levantó y organizó un torbellino en aquella habitacioncita, al que apenas si escapó ni la pipa. Después, tomando a uno de sus hijos de cada mano, y diciendo a los otros que la siguieran de cerca, y con la expresión de su esperanza de que el ladrillero y toda su familia estuvieran en mejores circunstancias cuando volviera ella a visitarlos, pasó a otra casita. Espero que no parezca demasiado duro por mi parte si digo que en todo aquello, como en todo lo que ella hacía, no mostró ningún ánimo conciliatorio, sino el de hacer la caridad al por mayor y de convertirla en un negocio de grandes dimensiones.

Ella suponía que la seguíamos, pero en cuanto vimos que se alejaba, nos acercamos a la mujer que estaba ante la chimenea y le preguntamos si el bebé estaba enfermo.

Se limitó a mirarlo mientras él yacía en su regazo. Ya habíamos visto antes que cuando lo miraba se tapaba el ojo amoratado con la mano, como si deseara alejar al pobre niño de toda idea del ruido, la violencia y los malos tratos.

Ada, cuyo buen corazón se había conmovido al ver cómo estaba el niño, se inclinó a acariciarle la carita. Entonces vi yo lo que había ocurrido y le hice echarse atrás. El niño había muerto.

—¡Ay, Esther! —exclamó Ada cayendo de rodillas ante él—. ¡Míralo! ¡Ay, Esther, querida mía, pobrecito! ¡Pobrecito, debe de haber sufrido tanto! ¡Lo siento tanto por él! ¡Lo siento tanto por su pobre madre! ¡Nunca en mi vida había visto nada más triste! ¡Ay, niño, niño!

Tanta compasión, tanta dulzura, al inclinarse ella llorando, y cogerle la mano a la madre, hubiera ablandado el alma de cualquier madre del mundo. La mujer primero la miró asombrada y después rompió en sollozos.

Al cabo de un rato le tomé del regazo su leve carga, hice lo que pude para que el descanso del niño pareciese más armonioso y más blando, lo puse en un cajón y lo cubrí con mi pañuelo. Tratamos de consolar a la madre y le susurramos lo que decía de los niños Nuestro Salvador. Ella no nos respondió nada, sino que siguió allí sentada llorando, llorando mucho.

Cuando me di la vuelta vi que el muchacho había sacado al perro y estaba mirándonos desde la puerta, con los ojos secos, pero en silencio. También la chica estaba en silencio, sentada en un rincón y mirando al suelo. El hombre se había levantado. Seguía fumando su pipa con aire desafiante, pero estaba callado.

Mientras yo los miraba entró corriendo una mujer muy fea y mal vestida, que fue directamente a la madre, diciendo: «¡Jenny! ¡Jenny!» Cuando la madre oyó su nombre se levantó y se lanzó al cuello de la mujer.

También ésta tenía en la cara y en los brazos huellas de malos tratos. No tenía ningún rasgo agradable, salvo su gesto de conmiseración, pero cuando se condolió con la mujer, y empezó a llorar también ella, no le hacía falta ser bella. Digo que se condolió, pero no decía más que: «¡Jenny! ¡Jenny!». Todo estaba en el tono con que lo decía.

Me pareció muy emocionante ver tan unidas a aquellas dos mujeres, tan ordinarias, desaseadas y maltratadas; ver lo que podían ser la una para la otra; ver lo que sentían la una por la otra; cómo se ablandaba el corazón de ambas ante las duras pruebas de sus vidas. Creo que nunca vemos el lado bueno de esa gente. Es poco lo que se sabe de lo que son los pobres para los pobres, salvo lo que saben ellos mismos y Dios.

Consideramos mejor retirarnos y dejarlas a solas. Nos fuimos en silencio y sin que nadie se fijara en nosotras, salvo el hombre. Éste estaba apoyado en la pared junto a la puerta, y al ver que apenas si teníamos sitio para pasar, salió antes que nosotras. Parecía como si quisiera disimular que lo hacía por nosotras, pero nos dimos cuenta de que era así y le dimos las gracias. No nos respondió.

Al volver a casa, Ada estaba tan triste, y Richard, a quien encontramos allí, se preocupó tanto al verla llorar (¡aunque cuando ella salió me comentó que también verla así era muy hermoso!), que decidimos volver por la noche a llevarles algo y repetir nuestra visita a casa del ladrillero. Al señor Jarndyce le dijimos lo menos

posible, pero en seguida cambió la dirección del viento.

—Pues es una gente excelente —dijo, empezando a pasearse—, la señora Pardiggle y todos los demás. ¡Gente excelente! Hacen mucho bien y quieren hacer mucho más. Pero quieren que de todos los Telares salga el mismo modelo, lo quieren todo; se *empeñan* en matar moscas a cañonazos, en armar jaleo por todo, ¡y son tan condenadamente infatigables...! ¡Ay, Dios mío, es verdad, siento el viento por todas partes!

Aquella noche, Richard nos acompañó a la escena de nuestra expedición matutina. Por el camino tuvimos que pasar junto a una taberna ruidosa, junto a cuya puerta había varios hombres. Entre ellos, y metido en una discusión, estaba el padre del bebé. Poco después pasamos al muchacho, acompañado por el perro. La hermana estaba riéndose y charlando con otras jóvenes en la esquina de la fila de casitas, pero pareció sentir vergüenza al vernos y nos dio la espalda.

Dejamos a nuestra escolta a escasa distancia de la vivienda del ladrillero, y seguimos solas adelante. Cuando llegamos a la puerta, nos tropezamos con la mujer que tanto había consolado a la madre, que estaba de pie allí y miraba afuera, preocupada.

—¿Son ustedes, señoritas? —preguntó en un susurro—. Estoy mirando por si llega mi hombre. Tengo el corazón en la boca. Si me pesca fuera de casa, seguro que me mata.

—¿Se refiere usted a su marido? —pregunté.

—Sí, señorita, mi hombre. Jenny está dormida, está agotada. La pobrecita apenas si se había quitado a la criatura del regazo, siete días y siete noches, menos cuando he venido yo para que descansara un rato.

Se hizo a un lado, y nosotras entramos en silencio y depositamos lo que habíamos traído al lado de la yacija miserable en que estaba durmiendo la madre. Nadie había hecho nada por arreglar el cuarto, que parecía, por su propia naturaleza, imposible de limpiar, pero la criaturita cerúlea, que parecía irradiar tanta solemnidad, estaba vuelta a arreglar y a lavar, y sobre mi pañuelo, que seguía cubriendo al pobre bebé, las mismas manos ásperas y llenas de cicatrices habían depositado tiernamente un ramillete de flores silvestres.

—¡Que el cielo se lo pague! —exclamé—. Es usted muy buena.

—¿Yo, señoritas? —contestó, sorprendida—. ¡Callen! ¡Jenny! ¡Jenny!

La madre había gemido en sueños y se había movido. Pareció que el sonido de aquella voz conocida volvía a calmarla. Quedó en silencio una vez más.

¡Qué poco me imaginaba yo, al levantar mi pañuelo para ver al pequeñito que dormía bajo él y sentir como que veía un halo brillar en torno al niño entre el pelo caído de Ada cuando ésta inclinó la cabeza con miserativa, qué poco me imaginaba yo en qué seno inquieto llegaría a reposar aquel pañuelo, tras cubrir este otro pecho

inmóvil y en paz! No pensé más que quizá el Ángel de aquel niño no dejaría de tener conciencia de la mujer que lo volvía a colocar con mano tan solícita, que quizá no la olvidara del todo poco después, cuando nos despidiéramos de ella y la dejáramos a la puerta, mirando unas veces y escuchando otras, aterrada por su propia suerte, mientras seguía diciendo con su aire tranquilizador de siempre: «¡Jenny! ¡Jenny!».

9. Signos y símbolos

No sé cómo, pero parece que siempre estuviera escribiendo sobre mí misma. Todo el tiempo me propongo escribir acerca de otra gente, y trato de pensar en mí misma lo menos posible, y la verdad es que cuando me encuentro con que vuelvo a estar yo en la narración, me enfado mucho y me digo: «¡Vamos, vamos, no seas tan pelma, te lo digo de verdad!», pero no vale de nada. Espero que si alguien lee lo que escribo, comprenderá que si estas páginas contienen tantas cosas relativas a mí, sólo cabe suponer que debe de ser porque yo tengo algo que ver con ellas y no puedo omitirlas.

Mi niña y yo leíamos, cosíamos y hacíamos música juntas, y hallábamos tantas cosas que hacer con nuestro tiempo, que los días del invierno volaban como aves de brillantes colores. Casi todas las tardes y todas las veladas nos hacía compañía Richard. Aunque era una de las personas más inquietas del mundo, desde luego le agradaba mucho estar con nosotras.

Le tenía mucho, mucho, mucho cariño a Ada. Lo digo de verdad, y prefiero decirlo desde el principio. Nunca había visto antes cómo se enamoraban dos jóvenes, pero pronto lo vi. Naturalmente, yo no podía comentarlo, ni mostrar que me había enterado. Por el contrario, me porté con tal discreción, y tanto hice como que no me daba cuenta, que a veces, cuando estaba sentada a mi trabajo, me preguntaba si no me estaba convirtiendo en una hipócrita.

Pero no había forma de evitarlo. Bastaba con quedarme callada, y yo me mantenía más callada que una ostra. También ellos se mantenían muy callados, en cuanto a palabras respectaba, pero la forma inocente en la que cada vez recurrían más a mí, a medida que se iban aficionando cada vez más el uno al otro, era tan encantadora, que me resultaba muy difícil no revelar cuánto me interesaba.

—Nuestra viejecita es una viejecita tan magnífica —decía Richard cuando venía a verme en el jardín, a primera hora de la mañana, con su agradable sonrisa y quizá una levísima huella de rubor—, que no podría arreglármelas sin ella. Antes de iniciar mi día superocupado, con todos esos libros e instrumentos, y después echarme a galopar por montes y valles, por toda la zona, como si fuera un atracador de caminos..., ¡me sienta tan bien el venir a darme un paseo con nuestra pacífica amiga, que aquí estoy otra vez!

—Ya sabes, querida señora Durden —me decía Ada por las noches, con la cabeza puesta en mi hombro mientras la luz de la chimenea se reflejaba en sus ojos pensativos—, que cuando subimos aquí arriba no quiero hablar. Sólo quedarme sentada un ratito, con tu carita por toda compañía, y escuchar el viento, y recordar a los pobres marineros embarcados...

¡Vaya! Quizá Richard iba a hacerse marino. Habíamos hablado muchas veces de

ello, y se había mencionado la posibilidad de satisfacer sus ambiciones de infancia de embarcarse. El señor Jarndyce había escrito a un pariente de la familia, un importantísimo señor llamado Sir Leicester Dedlock, para que se interesara en pro de Richard, en general, y Sir Leicester había contestado muy amable que «celebraría ayudar en la vida al joven caballero, si es que ello estaba en su mano, lo que no era nada probable, y que milady enviaba sus saludos al joven caballero (con el cual recordaba perfectamente que tenía un parentesco lejano), y confiaba que cumpliría siempre con su deber en cualquier profesión honorable que él decidiera».

—De manera que ya veo con toda claridad —me decía Richard— que tendré que abrirme camino por mi cuenta. ¡No importa! Mucha gente ha tenido que hacer lo mismo antes que yo, y ha salido adelante. Lo único que querría es tener el mando de un clipper corsario, para empezar, y así podría llevarme al Canciller y tenerlo a pan y agua hasta que fallara en nuestra causa. ¡Pronto iba a adelgazar ése si no se daba prisa!

Richard, con una alegría de ánimo y una moral que casi nunca decaían, tenía un carácter despreocupado que a veces me dejaba perpleja, sobre todo porque, aunque parezca raro, confundía aquello con la prudencia. Era algo que entraba de manera muy singular en todos sus cálculos sobre el dinero, y que creo que no puedo explicar de mejor manera que si recuerdo durante un momento nuestro préstamo al señor Skimpole.

El señor Jarndyce había averiguado la cantidad, no sé si por el propio señor Skimpole o por Coavinses, y había puesto el dinero en mis manos, con el encargo de que me quedase con la parte que me correspondía y le entregase el resto a Richard. La serie de pequeños gastos irreflexivos que Richard justificó con la recuperación de sus diez libras, y el número de veces que me mencionó esa suma como si la hubiera ahorrado o ganado, formarían conjuntamente toda una cantidad.

—¿Y por qué no, mi prudente Madre Hubbard? —me preguntó cuando, sin la menor reflexión, pretendió regalar cinco libras al ladrillero—. Con el asunto de Coavinses he ganado diez libras limpias.

—Explícamelo —dije.

—Mira: me deshice de diez libras de las que no me costó nada deshacerme, y que nunca esperaba volver a ver. ¿No me negarás eso?

—No —contesté.

—Muy bien, y después me llegaron diez libras...

—Las mismas diez libras —sugerí yo.

—¡Eso no tiene nada que ver! —replicó Richard—. Tengo diez libras más de lo que esperaba, y en consecuencia puedo gastármelas sin pensarlo demasiado.

Exactamente igual, cuando se le persuadió de que no sacrificara aquellas cinco libras al convencerlo de que no serviría de nada, añadió esa suma a su crédito y

empezó a utilizarla.

—¡Vamos a ver! —decía—. Con el asunto del ladrillero me ahorré cinco libras, de manera que si me hago un viajecito a Londres en silla de postas y me gasto cuatro libras, todavía he ahorrado una. Y no está nada mal eso del ahorro. ¡Lo que se ahorra se tiene!

Creo que Richard tenía el carácter más franco y generoso que darse puede. Era ardiente y valeroso, y en medio de su inquietud desenfadada era tan dulce que en unas semanas llegué a conocerlo como si fuera un hermano. La dulzura de su temperamento le era consustancial, y se hubiera mostrado sobradamente incluso sin la influencia de Ada, pero gracias a ésta se convirtió en uno de los compañeros más agradables del mundo, siempre tan dispuesto a manifestar interés, siempre tan contento, tan bienhumorado y tan animado. Estoy segura de que yo, sentada con ellos, y hablando con ellos y paseando con ellos, y advirtiéndolo de día en día cómo seguían enamorándose cada vez más, sin decir nada al respecto, y cada uno de ellos pensando tímidamente que aquel amor era el mayor de los secretos, tanto que quizá ni siquiera el otro lo sospechaba... Estoy segura, digo, de que apenas si estaba yo menos encantada que ellos, y apenas menos complacida con aquel bonito sueño.

Así iba pasando el tiempo cuando una mañana, a la hora del desayuno, el señor Jarndyce recibió una carta, y al mirar el remite exclamó: «¡Vaya, vaya! ¿De Boythorn?» [28] y la abrió y la leyó con un placer evidente, mientras nos anunciaba, entre paréntesis, al llegar a la mitad, que Boythorn iba a venir de visita. Pero ¿quién era Boythorn?, pensamos todos. Y me atrevo a decir que todos nos preguntamos también —por lo menos, yo me lo pregunté— si Boythorn iba a injerirse en la marcha de nuestras vidas allí.

—Con este chico, Lawrence Boythorn —dijo el señor Jarndyce dando unos golpecitos en la carta al ponerla en la mesa—, estuve yo en la escuela hace más de cuarenta y cinco años. Entonces era el chico más impetuoso del mundo, y ahora es el hombre más impetuoso del mundo. Entonces era el chico más vociferante, y ahora es el hombre más vociferante. Entonces era el chico más animado y más firme, y ahora es el hombre más animado y más firme. Es un tipo enorme.

—¿De estatura, señor? —preguntó Richard.

—Desde luego, Rick, también en ese respecto —respondió el señor Jarndyce—, pues tiene diez años y dos pulgadas más que yo, y lleva siempre la cabeza alta como un viejo soldado, el pecho firme y bombeado, unas manos como las de un herrero, pero limpias, ¡y qué pulmones! No existe un símil para esos pulmones. Tanto si está hablando como riéndose o roncando, hacen temblar las vigas de las casas.

Mientras el señor Jarndyce hablaba complacido de la imagen de su amigo Boythorn, observamos el augurio favorable de que no se mencionaba para nada un cambio en la dirección del viento.

—Pero lo que importa de ese hombre es lo que lleva dentro, lo cálido de su corazón, su apasionamiento, lo ligero de su ánimo, Rick (¡y vosotras también, Ada y nuestra pequeña Telaraña, porque a todos os interesa nuestro visitante!) —siguió diciendo—. Tiene un lenguaje tan resonante como la voz. Siempre habla en extremos, perpetuamente en superlativo. Cuando condena algo, es de una ferocidad sin límites. Por lo que dice, cabría pensar que es un ogro, y creo que tiene fama de serlo con alguna gente. ¡Pero vamos! No os voy a decir nada más por adelantado. No os sorprendáis si veis que me trata con aire protector, porque nunca ha olvidado que en la escuela yo era uno de los pequeños, y nuestra amistad comenzó cuando le hizo saltar dos dientes a mi peor perseguidor (él dice que fueron seis) antes de desayunar. Querida mía, Boythorn y su criado llegarán esta tarde —me dijo.

Me encargué de que se hicieran los preparativos necesarios para la recepción del señor Boythorn, y esperamos su llegada con una cierta curiosidad. Pero la tarde fue pasando y no apareció. Llegó la hora de cenar y seguía sin aparecer. Retrasamos la cena en una hora, y estábamos sentados en torno a la chimenea, sin más luz que la de ésta, cuando de pronto se abrió de golpe la puerta de entrada y el vestíbulo resonó con la siguientes palabras, pronunciadas con la mayor vehemencia y en tono estentóreo:

—Nos ha indicado mal el camino, Jarndyce: un rufián nos dijo que torciéramos a la derecha en lugar de a la izquierda. Es el sinvergüenza más indigno del mundo. Su padre tiene que haber sido un malvado de siete suelas para haber engendrado a tal hijo. ¡Por mí, al individuo podrían fusilarlo!

—¿Lo hizo adrede? —preguntó el señor Jarndyce.

—¡No me cabe la menor duda de que el bribón se pasa la vida engañando a los viajeros! —replicó el otro— Por mis huesos, juro que me pareció el tipo más feo que he visto en mi vida, cuando me dijo que torciera a la derecha. ¡Y sin embargo, ahí me quedé, mirándolo a la cara, sin saltarle la cabeza!

—¿No serían los dientes? —preguntó el señor Jarndyce.

—¡Ja, ja, ja! —rió el señor Lawrence Boythorn, y era verdad que hizo vibrar toda la casa—. ¡Ya veo que no lo has olvidado! ¡Ja, ja, ja! ¡Aquél también era un bribón consumado! Juro por mi alma que la jeta de aquel individuo, cuando era muchacho, era la imagen más negra de la perfidia, la cobardía y la crueldad que jamás se le haya ocurrido a nadie poner de espantapájaros en medio de un campo lleno de sinvergüenzas. ¡Sí mañana me encontrase en la calle a aquel déspota sin igual, lo tumbaría igual que a un árbol podrido!

—No me cabe la menor duda —observó el señor Jarndyce—. Y ahora, ¿quieres venir arriba?

—Te juro por mi alma, Jarndyce —replicó su invitado, que pareció mirar su reloj —, que si hubieras sido casado, me habría vuelto a la puerta del jardín y me hubiera ido a las cimas más remotas del Himalaya, antes que presentarme a una hora tan poco

razonable.

—Hombre, espero que no te hubieras ido tan lejos —dijo el señor Jarndyce.

—¡Juro por mi vida y por mi honor que sí! —exclamó el visitante—. Yo no tendría la insolencia de tener esperando a la señora de la casa todo este tiempo por nada del mundo. Preferiría matarme antes. ¡Te juro que lo preferiría!

Con esta conversación iban subiendo, y al cabo de un rato oímos su risa en el dormitorio, que tonaba «¡Ja, ja, ja!», y otra vez: «¡Ja, ja, ja!», hasta que todos los ecos de los alrededores parecieron contagiarse y reírse con tantas ganas como él, o como nosotros al oír su risa.

Todos teníamos un prejuicio en su favor, porque aquella risa denotaba pureza, al igual que su voz sana y vigorosa y la rotundidad y el vigor con que pronunciaba cada una de sus palabras, y la misma furia de sus superlativos, que parecían dispararse como salvas de cañón, que jamás hacen daño a nadie. Pero no estábamos en absoluto preparados para que todo aquello se viera también confirmado por su aspecto cuando nos lo presentó el señor Jarndyce. No sólo era un anciano muy atractivo, tieso y firme como se nos había descrito, con una gran cabeza canosa, una cara llena de compostura cuando no hablaba, una figura que pudiera haberse convertido en corpulenta de no haber sido que, por estar en movimiento continuo, no le daba descanso, y una barbilla que podría haberse convertido en papada de no haber sido por el énfasis vehemente que había de subrayar en todo momento, sino que además era tan señorial en sus modales, de una cortesía caballeresca, con la cara iluminada por una sonrisa tan dulce y tan tierna, que parecía evidente que no tenía nada que disimular, sino que se mostraba exactamente como era, incapaz (como dijo Richard) de hacer nada a escala limitada, y siempre disparando aquellos cañonazos de salvas, porque jamás llevaba armas pequeñas, que de verdad no pude evitar el contemplarlo con igual placer cuando se sentó a cenar, fuera que estuviese conversando agradablemente con Ada y conmigo, o que el señor Jarndyce lo provocara para que soltase una gran andanada de superlativos, o que echara la cabeza atrás, con un gesto como de un galgo, y soltara aquellas enormes carcajadas.

—¿Te habrás traído el pájaro, supongo? —preguntó el señor Jarndyce.

—¡Juro por el cielo que es el pájaro más asombroso de Europa! —replicó el otro—. ¡Es el ser más maravilloso! No aceptaría por ese pájaro ni diez mil guineas que me ofreciesen. Por si vive más tiempo que yo, ya le he dejado una pensión anual en mi testamento. Por su sentido y por su fidelidad, es un fenómeno. ¡Y antes que él, su padre ya era un pájaro de lo más asombroso!

El objeto de tantos elogios era un pequeño canario tan domesticado, que el criado del señor Boythorn lo bajó posado en el índice, y tras un vuelito en torno a la habitación, se posó en la cabeza de su amo. Pensé que el oír después al señor Boythorn expresar los sentimientos más implacables y apasionados, con aquel

animalito diminuto posado en la cabeza tan tranquilo, era una buena demostración del carácter de aquel hombre.

—Por mi alma te juro, Jarndyce —dijo, subiendo con gran cuidado un trocito de pan para que lo picoteara el canario—, que si estuviera yo en tu lugar, mañana mismo me iría a buscar a todos los Procuradores de Cancillería, y los sacudiría hasta que se les saliera el dinero por los bolsillos y se les soltaran todos los huesos del cuerpo. Le sacaría una solución a alguien, por las buenas a por las malas. ¡Si me permites que me encargue yo, te haría ese favor con sumo gusto! —mientras todo ese tiempo el diminuto canario le comía mansamente en la mano.

—Gracias, Lawrence, pero el pleito está ya tan avanzado —respondió el señor Jarndyce, riendo—, que no podría adelantar mucho mediante el procedimiento jurídico de sacudir a todos los magistrados y todos los abogados.

—¡En todo este mundo jamás ha habido un antro tan infernal como la Cancillería! —continuó el señor Boythorn—. ¡La única forma de reformarlo sería meterle una mina explosiva por debajo, un día bien ocupado mientras estuviera en sesión, para que todos sus archivos, sus normas y sus precedentes, y todos sus funcionarios, volaran, altos y bajos, arriba y abajo, desde el Hijo del Contador General hasta el Padre del Diablo, todos ellos reventados en átomos con diez mil quintales de pólvora!

Resultaba imposible no reír ante la gravedad enérgica con la que recomendaba aquella drástica medida de reforma. Cuando nos echamos a reír, él echó atrás su enorme tórax y otra vez pareció que todos los alrededores hacían eco a su «¡Ja, ja, ja!». Aquello no perturbó en lo más mínimo al pájaro, que se sentía muy seguro, y que se puso a dar saltitos por la mesa, volviendo la cabecita rápidamente a un lado y a otro, mirando repentinamente con sus ojos brillantes a su amo, como si éste no fuera más que otro pájaro.

—Pero ¿cómo os va a ti y a tu vecino con el pleito por la servidumbre de paso? —preguntó el señor Jarndyce—. ¡Tú tampoco te has librado de las garras de la ley!

—Ese individuo me ha puesto pleito, a mí, por intrusión, y yo le he puesto pleito, a él, por intrusión —replicó el señor Boythorn—. Por el cielo, juro que es el tipo más orgulloso de este mundo. Es moralmente imposible que se llame Sir Leicester. Debe de llamarse Sir Lucifer.

—¡Vaya un cumplido para nuestro primo lejano! —dijo mi tutor, risueño, a Ada y a Richard.

—Pediría perdón a la señorita Clare y al señor Carstone —continuó nuestro visitante—, si no me sintiera tranquilizado al ver en la bella cara de la dama, y en la sonrisa del caballero, que es totalmente innecesario y que mantienen a su primo lejano a distancia razonable.

—O es él quien nos mantiene así a nosotros —sugirió Richard.

—Por mi alma, juro —exclamó el señor Boythorn, disparando repentinamente

otra andanada— que ese tipo, y antes su padre, y antes su abuelo, es el imbécil más arrogante, tieso y terco que jamás haya nacido en este mundo, por no se sabe qué error inexplicable de la Naturaleza, con una condición más alta que una bayeta de fregar. ¡Todos los de esa familia son unos cretinos pomposos, vanidosos y negados! Pero da igual; no me van a cerrar el camino aunque fueran cincuenta baronets fundidos en uno y viviera en cien Chesney Wolds, el uno dentro del otro, como las bolas de marfil de una talla china. Ese tipo, por conducto de su agente, o de su secretario, o de quien sea, me escribe lo siguiente: «Sir Leicester Dedlock, Baronet, saluda atentamente al señor Lawrence Boythorn y señala a su atención que el sendero verde junto a la antigua vicaría, actual propiedad del señor Lawrence Boythorn, tiene servidumbre de paso de Sir Leicester, pues forma de hecho parte del parque de Chesney Wold, y que Sir Leicester considera conveniente cerrar el mismo». Y yo le escribo: «El señor Lawrence Boythorn saluda atentamente a Sir Leicester Dedlock, Baronet, y señala a su atención que niega totalmente todo lo que diga Sir Leicester Dedlock acerca de lo que sea, y ha de añadir, con referencia al cierre del sendero, que celebraría conocer al hombre que se atreva a meterse en esa tarea». El tipo envía a un bribón de lo más ruin, y encima tuerto, a construir una puerta. Enchufó a ese sinvergüenza execrable con una manguera hasta que lo dejó casi sin aliento. El tipo erige una puerta de noche. Yo la hago pedazos y los quemo a la mañana siguiente. Envía a sus lacayos a que salten la cerca y entren en mis tierras una vez tras otra. Yo les pongo trampas no mortales, les disparo con postas a las piernas, les enchufó con la manguera, decidido a liberar a la Humanidad de la existencia insoportable de esos rufianes acechantes. Me denuncia por intrusión; lo denunció por intrusión. Me denuncia por agresiones; me defiende y sigo agredidos. ¡Ja, ja, ja!

De oírle decir aquello con una energía inimaginable, cabría haber pensado de él que era una persona violentísima. Al verlo al mismo tiempo, mientras contemplaba al pajarito, que ahora se le había posado en un pulgar, y le acariciaba blandamente las plumas con un dedo, cabría pensar que era uno de los seres más dulces del mundo. Al oírlo reír y ver el buen humor que se le reflejaba en la cara, cabría suponer que no había en la vida nada que lo preocupara, ni una pelea, ni nada desagradable, sino que toda su existencia era de una placidez luminosa.

—No, no —continuó—, ni hablar de que me cierren mis caminos, ¡y menos un Dedlock! Aunque estoy dispuesto a confesar —dijo, ablandándose un momento— que Lady Dedlock es toda una señora de mundo, a quien rendiría el mayor homenaje que pueda hacer un mero caballero, y no un baronet con la cabeza grillada desde hace más de setecientos años. Un hombre que ingresó en su regimiento a los veinte, y en menos de una semana ya había desafiado al jefe más mandón y presuntuoso que jamás haya respirado en la medida en que se lo permitía lo apretado del corsé (y a quien por eso expulsaron), ese hombre no se va a dejar pisotear por ningún Sir

Lucifer, ni vivo ni muerto, ni cerrado ni abierto [29]. ¡Ja, ja, ja!

—¡Igual que no dejaba que pisotearan a los más pequeños de su colegio! —dijo mi tutor.

—¡Desde luego que no! —afirmó el señor Boythorn tomándolo del hombro con un aire protector, que tenía un matiz de seriedad, aunque se reía al hablar—. ¡Siempre en defensa del débil, Jarndyce, de eso puedes estar seguro! Pero, hablando de esta incursión, con el perdón de la señorita Clare y de la señorita Summerson por lo mucho que hablo de un tema tan aburrido, ¿no te ha llegado nada de tus abogados, Kenge y Carboy?

—Creo que no. ¿Esther? —me preguntó el señor Jarndyce.

—Nada, Tutor.

—¡Muchas gracias! —dijo el señor Boythorn—. No hacía falta preguntar, por lo poco que ya sé de la atención que presta la señorita Summerson a todos los que la rodean —todos me alentaban, estaban decididos a alentarme—. He preguntado porque, como vengo de Lincolnshire, naturalmente no he podido pasar por Londres, y pensé que quizá me hubieran enviado algo de correo aquí. Supongo que mañana por la mañana me dirán cómo van las cosas.

Aquella velada, que fue muy agradable, lo vi tantas veces contemplar a Ada y Richard con un interés y una satisfacción que imprimían en su rostro una expresión agradabilísima, mientras, sentado a poca distancia del piano, escuchaba la música (y no tuvo necesidad de decirnos que era un aficionado apasionado de la música, pues lo mostraba en su gesto), que pregunté a mi Tutor, mientras jugábamos al backgammon, si el señor Boythorn se había casado alguna vez.

—No —me respondió—, no.

—¡Pero sí que quería casarse!

—¿Y cómo lo sabes? —me preguntó con una sonrisa.

—Bueno, Tutor —expliqué, no sin ruborizarme un poco al aventurar lo que estaba pensando—, es que, después de todo, en su comportamiento hay algo tan dulce, y es tan gentil y tan cortés con nosotros, y...

El señor Jarndyce miró hacia donde estaba sentado el señor Boythorn, tal y como acabo de describirlo.

No dije nada más.

—Tienes razón, mujercita —respondió—. Una vez estuvo a punto de casarse. Hace mucho tiempo. Y sólo una vez.

—¿Es que murió la dama?

—No, pero murió para él. Y aquello lo dejó marcado para toda la vida. ¿Podrías suponer que todavía tiene la cabeza llena de ideas románticas?

—Creo, Tutor, que es fácil de suponer. Pero, claro, resulta fácil suponerlo cuando ya me lo ha dicho usted.

—Desde entonces nunca ha vuelto a ser lo que era —dijo el señor Jarndyce—, y ahora ya lo ves, viejo, sin nadie a su lado más que su criado y su amiguito amarillo... ¡Te toca tirar, jovencita!

Por la actitud de mi Tutor percibí que no podía seguir adelante con el tema sin que cambiara la dirección del viento. En consecuencia, me abstuve de hacerle más preguntas. Me sentía interesada, pero no curiosa. Aquella noche, cuando me despertaron los estentóreos ronquidos del señor Boythorn, estuve pensando un rato en aquella antigua historia de amor, e intenté hacer eso que resulta tan difícil, y que es imaginar a los ancianos cuando eran jóvenes, y dotados de todos los atractivos de la juventud. Pero volví a quedarme dormida antes de lograrlo, y soñé con la época en que yo vivía en casa de mi madrina. No estoy lo suficientemente versada en esos temas como para saber si era notable o no que casi siempre mis sueños se refiriesen a aquel período de mi vida.

Con la mañana llegó una carta de los señores Kenge y Carboy para el señor Boythorn, en la que le comunicaban que a mediodía iría a verlo uno de sus pasantes. Era el día de la semana en que me correspondía pagar las cuentas, poner mis libros en orden y organizar lo mejor posible todas las cosas de la casa, así que me quedé en ella mientras el señor Jarndyce, Ada y Richard aprovechaban que hacía un día excelente para hacer una pequeña excursión. El señor Boythorn tenía que esperar al pasante de Kenge y Carboy, y después saldría a pie para reunirse con ellos en el camino de vuelta.

¡Bien! Yo estaba ocupadísima en examinar las cuentas de las tiendas, sumar columnas, pagar dinero, llenar recibos, y seguro que en montar un gran jaleo con todo aquello, cuando anunciaron e hicieron entrar al señor Guppy. Ya tenía yo una idea de la posibilidad de que el pasante que iba a venir fuera el joven caballero que me había ido a buscar al coche, y celebré mucho verlo, pues lo relacionaba con mi felicidad actual.

Apenas si lo reconocí, pues estaba extraordinariamente elegante. Llevaba un traje totalmente nuevo de paño lustroso, un sombrero reluciente, guantes de cabritilla color lila, un pañuelo multicolor al cuello, una gran flor de invernadero en el ojal de la solapa y un grueso anillo de oro en el meñique, además de lo cual perfumaba todo el comedor con grasa de oso [\[30\]](#) y otros aromas. Me miró con una atención que me dejó muy confusa, cuando le pedí que tomara asiento hasta que regresara la criada, y mientras estaba allí sentado, cruzando y descruzando las piernas en un rincón, y le pregunté si había tenido un buen viaje, y añadí que esperaba que el señor Kenge estuviera bien, me encontré con que me estaba contemplando de la misma manera inquisitiva y curiosa.

Cuando le llegó la petición de que fuera al piso de arriba a la habitación del señor Boythorn, le mencioné que cuando bajara tendría preparado algo de comer, y que el

señor Jarndyce esperaba que lo aceptara. Dijo con un cierto nerviosismo, mientras seguía agarrando el picaporte:

—¿Y tendré el honor de volver a verla en ese momento, señorita?

Le dije que sí, que allí estaría, y se marchó con una reverencia y otra mirada.

A mí sencillamente me pareció que era algo torpe y tímido, pues, evidentemente, se hallaba muy nervioso, y supuse que lo mejor que podía hacer yo era esperar hasta ver que tenía todo lo que pudiera desear, y después dejarlo para que comiera a solas. El almuerzo lo trajeron pronto, pero él tardó algún tiempo en bajar a la mesa. La entrevista con el señor Boythorn fue larga, y creo que tormentosa, pues aunque su habitación estaba un tanto lejos, oí que de vez en cuando se levantaba aquella voz estentórea como un viento tempestuoso, que evidentemente lanzaba perfectas andanadas de denuncias.

Por fin volvió el señor Guppy, con aspecto de haber sufrido un tanto en la conferencia, y me dijo en voz baja:

—¡Señorita, le juro que es un tártaro!

—Señor mío, le ruego que tome algo para restaurarse —le dije.

El señor Guppy se sentó a la mesa y empezó a afilar, nervioso, el cuchillo de trinchar con el tenedor de lo mismo, mientras me seguía mirando (estaba segura, sin necesidad de mirarlo a él) de aquella misma manera extraña. Estuvo tanto tiempo afilando el cuchillo, que por fin sentí una especie de obligación de levantar la vista, para romper el hechizo en el que parecía hallarse sumido y que no lo abandonaba.

Inmediatamente bajó los ojos al plato y empezó a trinchar.

—¿Qué come usted, señorita? ¿No quiere usted tomar algo?

—No, gracias —dije.

—¿De verdad que no quiere usted nada de nada, señorita? —preguntó el señor Guppy, bebiéndose a toda prisa un vaso de vino.

—Nada, gracias —respondí—. Si estaba esperando era únicamente para tener la seguridad de que no le hace falta nada. ¿Quiere usted que le pida algo más?

—No, gracias, señorita, aunque se lo agradezco mucho. No me hace falta nada para sentirme perfectamente..., o, bueno, mejor dicho..., no es que nunca me sienta perfectamente... —y se bebió dos vasos de vino seguidos.

Consideraré mejor marcharme.

—¡Pero perdone, señorita! —dijo el señor Guppy, levantándose de la mesa cuando vio que me levantaba yo—. ¿Me permite una conversación de un minuto, en privado?

Me volví a sentar, sin saber qué decir.

—¿Puedo decirle lo siguiente sin perjuicio, señorita? —preguntó el señor Guppy, mientras me acercaba nervioso una silla a la mesa.

—No sé a qué se refiere usted —dije, extrañada.

—Es un término jurídico, señorita. Significa que no va usted a utilizarlo en detrimento mío, ni en Kenge y Carboy ni en ninguna parte. Si nuestra conversación no lleva a nada, me quedo igual que estaba, sin ningún perjuicio para mi situación ni para mis perspectivas de carrera. Dicho en resumen, le estoy hablando de manera totalmente confidencial.

—Caballero —contesté—, no me puedo imaginar lo que me puede usted comunicar de manera totalmente confidencial, cuando no me ha visto usted más que una vez, pero lamentaría muchísimo causarle a usted perjuicio alguno.

—Gracias, señorita, estoy seguro..., con eso basta perfectamente. —Todo este tiempo, el señor Guppy se estaba alisando el pelo con el pañuelo o se frotaba la palma de la mano izquierda con la de la derecha y con todas sus fuerzas—. Si me permite usted que me sirva otro vaso de vino, creo que eso me ayudaría a continuar sin estarme sofocando constantemente, lo que sería desagradable para ambos.

Se lo sirvió y volvió a empezar. Yo aproveché la oportunidad para parapetarme tras mi mesita.

—¿No quiere usted tomar nada, señorita? —preguntó el señor Guppy, que aparentemente se sentía restaurado.

—No, gracias —contesté.

—¿Ni siquiera medio vasito? —preguntó el señor Guppy—. ¿Ni un cuarto? ¡No! Bien, sigamos. Mi sueldo actual, señorita Summerson, en Kenge y Carboy es de dos libras a la semana. Cuando tuve por primera vez la dicha de contemplarla a usted era de una libra y quince chelines, y a ese nivel estaba desde hacía mucho tiempo. Desde entonces ha subido cinco chelines, y está garantizada otra subida de cinco chelines al cabo de un plazo que no pasa de doce meses de esta fecha. Mi madre tiene algunos bienes, que adoptan la forma de una pequeña renta vitalicia, con la que vive sin pretensiones, pero con independencia, en Old Street Road. Sería ideal como suegra. Nunca se mete con nadie, es de lo más pacífico y de ánimo tranquilo. Tiene sus defectos, como todo el mundo, pero nunca se los he visto cuando hay gente delante, y entonces puede usted confiarle con toda tranquilidad todos sus vinos, alcoholes o licores de malta. Por lo que a mí respecta, resido en Penton Place, Pentonville. Es un apartamento humilde, pero bien ventilado, con ventana al patio, y se considera que es uno de los barrios más sanos. ¡Señorita Summerson! Se lo digo con toda franqueza: la adoro. ¿Tendría usted la amabilidad de permitirme (si puedo decirlo) hacerle una proposición?

El señor Guppy se puso de rodillas. Yo estaba protegida por mi mesita, y sin sentirme en exceso temerosa le dije:

—Caballero, levántese usted inmediatamente de esa posición ridícula o me obligará usted a romper mi promesa implícita y llamar con la campanilla!

—¡Señorita, escúcheme usted, por favor! —exclamó el señor Guppy con las

manos entrelazadas.

—Caballero, no puedo acceder a escuchar una palabra más —repliqué—, salvo que se levante usted inmediatamente de esa alfombra y vaya a sentarse a la mesa, que es lo que debe usted hacer si tiene un mínimo de sentido común.

Me miró con ojos muy tristes, pero se levantó lentamente e hizo lo que le había dicho yo.

—Pero qué irónico resulta, señorita —dijo, llevándose una mano al corazón y haciéndome gestos melancólicos por encima de la bandeja—, estar detrás de unos platos de comida en un momento así. El alma rechaza la idea de la comida en momentos así, señorita.

—Le ruego que concluya —repliqué—; me ha pedido usted que lo escuche, y le ruego que concluya.

—Desde luego, señorita —dijo el señor Guppy—. Igual que amo y honro, obedezco. ¡Ojalá pudiera hacer a usted el objeto de ese juramento, ante el altar!

—Eso es completamente imposible —contesté—, y no quiero ni oír hablar de ello.

—Ya sé —dijo el señor Guppy, inclinándose sobre la bandeja y contemplándome, según volví a tener una extraña sensación, aunque no estaba mirándolo a los ojos, con aquella mirada fija— ya sé que desde un punto de vista mundano, y conforme a todas las apariencias, mi proposición parece pobre. Pero, señorita Summerson, ¡ángel mío! ... No, no llame... A mí me han educado en una escuela muy difícil, y estoy acostumbrado a procedimientos muy diversos. Aunque soy todavía joven, he sabido encontrar muchas pruebas, he preparado casos y he visto mucho en la vida. Si tuviera la dicha de que me concediera su mano, ¡cuántos medios podría encontrar de defender los intereses de usted, y de hallarle una fortuna! ¿Qué es lo que no podría averiguar de lo que a usted le concierne? Claro que todavía no sé nada, pero, ¿qué es lo que no podría averiguar yo, si contara con su confianza y su estímulo?

Le dije que su alusión a mis intereses, o a lo que él calificaba de mis intereses, tenía tan poco éxito como cuando se refería a mis sentimientos, y le rogué que comprendiese que le rogaba, por favor, que se fuera inmediatamente.

—¡Cruel señorita —dijo el señor Guppy—, escuche nada más que otra palabra! Creo que debe usted de haber advertido cuánto admiraba sus encantos el día en que la fui a esperar a la Hostería del Caballo Blanco. Creo que debe usted de haber observado que no pude por menos de rendir homenaje a esos encantos cuando le puse la escalerilla de la diligencia. Era un homenaje menor de lo que usted merecía, pero la intención era buena. Desde entonces llevo su imagen impresa en mi corazón. Me he paseado más de una vez ante la casa de Jellyby, sólo por contemplar las piedras que una vez la albergaron. Esta gira de hoy, totalmente innecesaria en cuanto a su pretendido objeto, fue algo que planeé yo solo y sólo por usted. Si hablo de intereses

es sólo para que me considere aceptable, con mi respetuoso sufrimiento. El amor estaba por encima de eso, y seguirá estando por encima de eso.

—Lamentaría muchísimo, señor Guppy —observé, levantándome y llevando la mano al cordón del timbre—, el hacer a usted o a cualquier persona sincera la injusticia de despreciar un sentimiento honesto, por desagradablemente que se expresara. Si de verdad pretendía usted darme una prueba de su estima, por mal que haya elegido el momento y el lugar, creo que debo agradecerse. Tengo pocos motivos para ser orgullosa, y no lo soy. Espero —añadí, sin saber muy bien lo que decía— que ahora se vaya como si nunca hubiera cometido usted esta enorme tontería y se ocupe de los asuntos de los señores Kenge y Carboy.

—¡Un instante, señorita! —exclamó el señor Guppy cuando yo iba a llamar—. ¿Todo ello sin perjuicio?

—No voy a mencionarlo nunca —contesté—, salvo que me dé usted motivo para ello en lo porvenir.

—¡Medio instante, señorita! Si cambia usted de idea, en cualquier momento, esté usted donde esté, eso no importa, pues mis sentimientos no pueden cambiar nunca, en cuanto a lo que le he dicho, y sobre todo en cuanto a lo que podría hacer: señor William Guppy, 87 Penton Place, o, en caso de ausencia o de muerte (por haber perdido toda esperanza o algo por el estilo), a la atención de la señora Guppy, 302 Old Street Road; con eso bastará.

Toqué el timbre; acudió la criada, y el señor Guppy, dejando su tarjeta de visita en la mesa y con una reverencia desgana, se marchó. Cuando levanté la vista al pasar él a mi lado, vi que se volvía a mirarme una vez más después de cruzar la puerta.

Me quedé allí sentada una hora o más, para terminar mis cuentas y mis pagos y una serie de cosas más. Después ordené mi escritorio y lo aparté todo, y me sentí tan compuesta y animada que creí haber olvidado del todo aquel incidente inesperado. Pero cuando subí a mi propia habitación, me sorprendí al echarme a reír de todo el asunto, y después me sorprendí todavía más al empezar a llorar en relación con él. En resumen, estuve muy agitada durante un rato, y me sentí como si hubiera tocado una vieja cuerda sensible con más aspereza que jamás desde la época de mi querida muñequita, que tanto tiempo llevaba enterrada en el jardín.

10. El copista

En los límites orientales de Chancery Lane, es decir, más concretamente en Cook's Court, Cursitor Street, el señor Snagsby, Papelero de los Tribunales, se consagra a su legalísima ocupación. A la sombra de Cook's Court, que casi siempre es un lugar sombrío, el señor Snagsby vende todo género de formularios de papel del Estado: piel y rollos de pergamino; papel de barba, satinado, a rayas, marrón, blanco, hueso y secante; sellos; plumas para oficina, plumas corrientes, tinta, gomas, arenilla, alfileres, lacres y sellos; cinta roja y cinta verde; agendas, almanaques, diarios y listas legales; rollos de cuerda, reglas, tinteros —de plomo y de vidrio—, navajas, tijeras, cortaplumas y otros artículos de oficina; en resumen, objetos demasiado numerosos para mencionarlos todos, y allí está desde que cumplió su aprendizaje y se hizo socio de Peffer. En aquella ocasión Cook's Court pasó en cierto sentido por una revolución al aparecer una inscripción nueva y recién pintada, PEFFER Y SNAGSBY, que desplazó a la leyenda tradicional y no fácilmente legible de PEFFER, únicamente. Pues el humo, que es la hiedra de Londres, se había retorcido tanto en torno al nombre de Peffer, y de tal manera se aferraba a su residencia, que el afectuoso parásito había dominado totalmente al árbol padre.

Hoy día ya no se ve nunca a Peffer en Cook's Court. Y tampoco lo espera nadie allí, pues lleva yaciendo desde hace un cuarto de siglo en el cementerio de la iglesia de San Andrés, Holborn, y en su derredor pasan rugientes las carretas y los coches, todo el día y la mitad de la noche, como un gran dragón. Si alguna vez se ausenta cuando descansa el dragón, para ir a tomar el aire en Cook's Court, hasta que le advierte que regrese el canto bienhumorado del gallo de la bodega de la pequeña lechería de Cursitor Street, cuyas ideas acerca de lo que es la luz del sol resultaría curioso averiguar, pues por observación personal no puede conocer nada al respecto, si alguna vez, decimos, Peffer vuelve a visitar las pálidas luces de Cook's Court, lo que no puede negar positivamente ningún honesto papelerero de la especialidad, viene en forma invisible, y no afecta a nadie, ni nadie se entera.

Cuando todavía vivía, e incluso durante el período del aprendizaje de Snagsby, que duró siete largos años, vivía con Peffer en los mismos locales de la papelería de los tribunales una sobrina: una sobrina bajita y astuta, comprimida de forma un tanto violenta en la cintura, con una nariz afilada como una tarde fría de otoño, inclinada a helarse en la extremidad. Entre los residentes de Cook's Court corría el rumor de que la madre de la sobrina, cuando ésta era una niña, llevada de una celosa solicitud de que la figura de aquélla llegara a la perfección, le ataba los cordones del corset apoyando el pie materno en la pata de la cama con objeto de hacer más presión, y además que absorbía por vía interna dosis de vinagre y jugo de limón, ácidos que según aquellos murmuradores habían subido a la nariz y el humor de la paciente.

Fuera cual fuese una de las múltiples lenguas del Rumor en la que se originó aquella sabrosa leyenda, nunca llegó a los oídos del joven Snagsby, o no influyó en ellos, pues Snagsby, tras cortejar y conquistar a su hermoso objeto cuando cumplió la mayoría de edad, concertó dos contratos al mismo tiempo. Así que ahora, en Cook's Court, Cursitor Street, el señor Snagsby y la sobrina son sólo uno, y la sobrina sigue cuidando de su figura, la cual, por mucho que los gustos difieran, sigue siendo preciosa, en el sentido de que es sumamente escasa.

El señor y la señora Snagsby no sólo son una sola sangre y una sola carne, sino que, a juicio de sus vecinos, son también una sola voz. Esa voz, que parece proceder únicamente de la señora Snagsby, se oye con mucha frecuencia en Cook's Court. Al señor Snagsby, salvo en la medida en que halla expresión por conducto de esos melodiosos acentos, se lo oye raras veces. Es un hombre tranquilo, calvo, tímido, con el cráneo reluciente y un mechón de pelo negro que le brota en la nuca. Tiende a la mansedumbre y a la obesidad. Cuando se lo ve a su puerta en Cook's Court, con su bata gris de trabajo y sus manguitos de percal negro, mirando a las nubes, o cuando está tras su escritorio en su tienda oscura, con una pesada regla plana, recortando y arreglando un pergamino, en compañía de sus dos aprendices, no cabe duda de que es un hombre tranquilo y sin pretensiones. De debajo de sus pies surgen a menudo en esas ocasiones, como un fantasma inquieto y vociferante en su tumba, quejas y lamentaciones en la voz ya mencionada, y felizmente, en esas ocasiones, cuando las voces alcanzan un tono más agudo de lo habitual, el señor Snagsby les dice a sus aprendices: «Creo que mi mujercita le está riñendo a Guster» [31].

Ese nombre propio, utilizado así por el señor Snagsby, ha llevado ya a los ingenios más agudos de Cook's Court a señalar que así debería llamarse la señora Snagsby, dado que cabría con toda perfección y sentimiento llamarla Guster, como reflejo de su personalidad tormentosa. Sin embargo, es la posesión, y la única posesión, salvo 50 chelines al año y una cajita llena de ropa no muy buena, de una muchacha flaca procedente de un asilo (a la que, según algunos, bautizaron Augusta), que, pese a haber sido alquilada o contratada cuando estaba creciendo por un amable benefactor de la especie residente en Tooting [32], y a que no puede haber dejado de criarse en las circunstancias más favorables, tiene «ataques» que la parroquia no puede explicar.

Guster, que en realidad tiene veintitrés o veinticuatro años, pero aparenta diez más, sale barata debido a ese inexplicable problema de los ataques, y tiene tal terror de que la devuelvan a su santo patrón que, salvo cuando se la encuentra con la cabeza metida en el cubo, o en el fregadero, o en la olla, o en la comida, o en lo que tenga más a mano el momento del ataque, siempre está trabajando. Los padres y tutores de los aprendices la encuentran satisfactoria, pues consideran que no existe peligro de que inspire tiernas emociones en el pecho de los jóvenes; la señora Snagsby la

encuentra satisfactoria, pues siempre puede encontrar algo que criticarle; el señor Snagsby la encuentra satisfactoria, pues cree que es un acto de caridad mantenerla. A ojos de Guster, el establecimiento del papelero es un Templo de abundancia y esplendor. Cree que el saloncito de arriba, siempre mantenido, cabría decir, con los rizadores y el delantal puestos, es el apartamento más elegante de la cristiandad. La vista que tiene de Cook's Court por un lado (por no mencionar un poquito de Cursitor Street) y del patio trasero de Coavinses, el alguacil del sheriff del otro, es a su entender un panorama de una belleza inigualable. Los retratos al óleo —y en abundancia— del señor Snagsby mirando a la señora Snagsby, y de la señora Snagsby mirando al señor Snagsby, son a sus ojos dignos de Rafael o de Tiziano. Sus múltiples privaciones no dejan de tener alguna compensación.

El señor Snagsby remite a la señora Snagsby todo lo que no se refiere a los misterios prácticos del negocio. Ella es quien administra el dinero, quien se pelea con los recaudadores de contribuciones, designa el lugar y la hora de las devociones dominicales, autoriza las diversiones del señor Snagsby y no admite responsabilidades en cuanto a lo que considera adecuado servir de comida; tanto que se ha convertido en el ejemplo más alto de comparación entre las mujeres del vecindario, a todo lo largo de ambos lados de Chancery Lane, e incluso en Holborn, las cuales mujeres, en muchas disputas conyugales, suelen exhortar a sus maridos a que vean la diferencia que existe entre su posición (la de las mujeres) y la de la señora Snagsby, y su comportamiento (el de los maridos) y el del señor Snagsby. Los rumores, que siempre andan volando, como murciélagos, en torno a Cook's Court, y que entran y salen por las ventanas de todos. Dicen que la señora Snagsby es celosa e inquisitiva y que el señor Snagsby se siente a veces tan hostigado que ha de irse de su casa, y que si fuera más hombre no lo aguantaría. Incluso se observa que las mujeres que lo mencionan a sus egoístas maridos como ejemplo y modelo, en realidad lo desprecian, y nadie con mayor desdén que una señora concreta de cuyo marido se sospecha y más que se sospecha que le mide las costillas con un paraguas. Pero es posible que esos vagos murmullos se deban a que el señor Snagsby es, a su aire, un hombre bastante meditabundo y poético, al que le gusta pasearse por Staple Inn en verano para ver el toque rural que le dan las golondrinas y los árboles, y recorrer Rolls Yard los domingos por la tarde y observar (si está de buen humor) que en el pasado ocurrieron muchas cosas, y que está seguro de que si se pusiera uno a cavar ahí mismo se encontraría más de un ataúd de piedra bajo aquella capilla. También solaza la imaginación imaginándose cuantos Cancilleres y Vicecancilleres y Maestres de Listas han muerto ya, y se siente tan hombre de campo cuando les cuenta a los dos aprendices que ha oído decir que antiguamente corría por el medio de Holborn un riachuelo «claro como el cristal», cuando Turnstile [33] era verdaderamente un torno, que daba directamente a los prados; se siente tan hombre de campo, decimos, que

nunca quiere ir al campo de verdad.

Está terminando el día y se ha encendido el gas, pero todavía no se aprecia del todo, porque no es noche cerrada. El señor Snagsby, asomado a la puerta de su tienda y contemplando las nubes, ve que un cuervo, que ha salido tarde, recorre hacia el oeste el pedazo de cielo que pertenece a Cook's Court. El cuervo pasa directamente por encima de Chancery Lane, por Lincoln's Inn Garden y va hacia Lincoln's Inn Fields.

Allí, en una casa grande, que antes era una casa noble, vive el señor Tulkinghorn. Hoy día se alquila por pisos, y en esos fragmentos reducidos de su anterior grandeza están hacinados los abogados, igual que gusanos en las cáscaras de nuez. Pero quedan las amplias escalinatas, los anchos pasillos y las grandes antecámaras, e incluso los techos pintados, donde una Alegoría, con casco romano y un lienzo celestial, se desparrama entre balaustradas y pilastras, flores, nubes y efebos de piernas carnosas y provoca un dolor de cabeza, como parece ser siempre el objetivo de toda Alegoría, más o menos. Aquí, en medio de sus múltiples cajas etiquetadas con nombres trascendentales, vive el señor Tulkinghorn, cuando no se halla presente y en silencio en casas de campo en las que se mueren de aburrimiento los grandes de la tierra. Aquí está hoy, sentado en silencio a su mesa. Una Ostra de la vieja escuela, que nadie puede abrir.

Igual que aparece él a la vista aparece su apartamento en la oscuridad de esta tarde. Mohoso, anticuado, sin ganas de llamar la atención, dotado de los medios para conseguirlo. Lo rodean sillas grandes de ancho respaldo de caoba vieja y de crin de caballo, que no sería fácil levantar, mesas antiguas de patas torneadas y tableros de fieltro polvoriento, litografías regaladas por grandes títulos de la última generación, o de la anteúltima. Una alfombra turca gruesa y sucia tapa el suelo en la parte en que está sentado él, junto a dos velas metidas en candelabros anticuados de plata, que dan una luz muy insuficiente a su gran aposento. Los títulos de los lomos de sus libros se han confundido con la encuadernación; todo lo que es susceptible de tener cerradura la tiene; no se ve ni una llave. Hay muy pocos papeles a la vista. Tiene a su lado un manuscrito, pero no lo consulta. Con la tapa redonda de su tintero y con dos pedazos rotos de lacre está resolviendo silenciosa y lentamente alguna indecisión. Ahora estaba en el medio la tapa del tintero; después, el trozo de lacre negro, y después el trozo rojo. No es eso. El señor Tulkinghorn tiene que volver a recogerlos y a empezar.

Aquí, bajo el techo pintado con una Alegoría reducida por el ángulo de visión, que contempla su intrusión como si quisiera lanzarse sobre él, y él no le hiciera ni caso, tiene el señor Tulkinghorn al mismo tiempo casa y oficina. No tiene sirvientes, salvo un hombre de mediana edad, generalmente un poco desaliñado, que se sienta en un alto reclinatorio en el vestíbulo y que raras veces está muy ocupado. El señor Tulkinghorn no es un cualquiera. No necesita pasantes. Es un gran depositario de

confidencias, al que no hay acceso. Sus clientes lo quieren a él; es él quien importa. Cuando hay que preparar un escrito se lo preparan abogados especializados del Temple conforme a instrucciones misteriosas; cuando necesita copias en limpio las encarga a la papelería, sin reparar en gastos. El hombre de mediana edad del reclinatorio apenas si sabe más de los asuntos de la Nobleza que un barrendero de Holborn.

El lacre rojo, el lacre negro, la tapa del tintero, la tapa del otro tintero, el estuche de la arenilla. ¡Eso es! Tú al medio, tú a la derecha, tú a la izquierda. Es evidente que esta serie de indecisiones ha de resolverse ahora o nunca... ¡Ahora! El señor Tulkinghorn se pone en pie, se ajusta las gafas, se pone el sombrero, se mete el manuscrito en el bolsillo, sale y le dice al hombre desaliñado de mediana edad: «Vuelvo en seguida». Raras veces le dice nada más explícito.

El señor Tulkinghorn hace el camino que hizo el cuervo —no tan recto, pero casi— a Cook's Court, Cursitor Street. A la tienda de Snagsby, Papelería de los Tribunales, se copian escrituras, letra cancilleresca en todas sus formas, etc.

Son las cinco o las seis de la tarde, y sobre Cook's Court se cierne una fragancia aromática de té caliente. Se cierne en torno a la puerta de casa Snagsby. El horario de ésta es temprano: la comida a la una y media y la cena a las nueve y media. El señor Snagsby estaba a punto de descender a las regiones subterráneas para tomar el té, cuando miró frente a su puerta y vio al cuervo que había salido tarde.

—¿Está el amo?

Guster está al cuidado de la tienda, pues los aprendices toman el té en la cocina, con el señor y la señora Snagsby; por eso las dos hijas de la costurera, que se peinan los rizos ante los cristales de las dos ventanas del segundo piso de la casa de enfrente, no están acaparando toda la atención de los dos aprendices, como les gusta a ellas suponer, sino que se limitan a provocar la admiración inútil de Guster, a la que no le crece el pelo, ni, según están seguros todos los demás, le va a crecer jamás.

—¿Está el amo en casa? —pregunta el señor Tulkinghorn.

El amo está en casa, y Guster va a buscarlo. Guster desaparece, feliz de salir de la tienda, que considera con una mezcla de temor y veneración como un almacén de instrumentos terribles de las grandes torturas de la ley: un lugar en el que no entrar cuando se apaga la luz de gas.

Aparece el señor Snagsby: grasiento, caliente, herbal y masticando. Traga un pedazo de pan con mantequilla. Dice:

—¡Bendito sea Dios! ¡El señor Tulkinghorn!

—Quiero decirle algo, Snagsby.

—¡Desde luego, señor! Pero, señor mío, ¿por qué no ha enviado a su empleado a buscarme? Por favor, señor, pase a la trastienda. —Snagsby se ha puesto radiante en un momento.

La trastienda, que huele a grasa de pergamino, es al mismo tiempo almacén, oficina de contabilidad y sala de copias. El señor Tulkinghorn se sienta frente a la puerta, en un taburete del escritorio.

—Jarndyce y Jarndyce, Snagsby.

—¡Sí, señor! —El señor Snagsby abre la espita del gas y tose llevándose una mano a la boca, con modestas expectativas de lucro. Como el señor Snagsby es tímido, está acostumbrado a toser con diversas expresiones, con lo cual ahorra palabras.

—Hace poco me copió usted algunas declaraciones juradas de esa causa.

—Sí, señor; así es.

—Había una de ellas —dice el señor Tulkinghorn metiendo la mano como distraídamente (¡Ostra cerrada imposible de abrir de la vieja escuela!) en el bolsillo equivocado de la levita— con una escritura desusada y que me gusta bastante. Como pasaba por aquí y creí que la llevaba encima, he entrado a preguntarle a usted..., pero no la tengo. No importa, da igual otra vez. ¡Ah, aquí está! Quería preguntarle quién hizo esta copia.

—¿Que quién hizo esta copia, señor? —exclama el señor Snagsby tomándola en la mano y separando todas las hojas de un golpe, con un giro de la mano derecha característico de los papeleros—. Ésta la mandamos afuera, señor. En aquellas fechas estábamos dando mucho trabajo afuera. En un momento se lo digo, en cuanto consulte mi Libro.

El señor Snagsby saca su Libro de la caja fuerte, traga otra vez el pedazo de pan con mantequilla, que parece haberse quedado a medio camino, y recorre con el índice derecho una página del Libro: «Jewby... Packer... Jarndyce...»

—¡Jarndyce! Aquí lo tiene, señor mío —dice el señor Snagsby—. ¡Claro! Tendría que haberlo recordado. Esto se le dio a un Copista que vive justo al otro lado de la calleja.

El señor Tulkinghorn ha visto la entrada, la ha encontrado antes que el papelero, la ha leído antes de que el dedo terminara de recorrer la lista.

—¿Cómo se llama? ¿Nemo? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—Sí, señor; Nemo. Aquí lo tiene. Cuarenta y dos folios de a 90 palabras. Entregado el miércoles por la noche, a las ocho; devuelto el jueves por la mañana, a las nueve y media.

—¡Nemo! —exclama el señor Tulkinghorn—. Nemo significa Nadie en latín.

—Debe de significar alguien en inglés, señor, según creo —aventura el señor Snagsby con una tosecilla de deferencia—. Es el nombre de alguien. ¡Mire aquí, señor! 42 folios. Entregado el miércoles noche a las ocho; devuelto el jueves mañana, a las nueve y media.

El rabillo del ojo del señor Snagsby percibe la cabeza de la señora Snagsby que se

aventura por la puerta de la tienda a ver qué significa el que él haya renunciado al té. El señor Snagsby dirige una tosecilla explicativa a la señora Snagsby, como para decirle: «¡Un cliente, querida mía!».

—A las nueve y media, señor —repite el señor Snagsby—. Nuestros copistas, que viven del trabajo a destajo, son gente rara; es posible que éste no se llame así, pero es el nombre que utiliza. Ahora recuerdo, señor mío, que es el que utiliza en un anuncio escrito que pone en la Oficina de Normas y en la Oficina de los Magistrados de la Corona y en las Cámaras de los Magistrados, etc. Ya sabe usted el documento que digo, señor... pidiendo trabajo.

El señor Tulkinghorn echa un vistazo por la ventanita a la trasera de Coavinses, el alguacil del sheriff, donde brillan luces en las ventanas de Coavinses. La sala de café de Coavinses está en la trasera, y en las persianas se perciben vagamente las sombras de varios individuos. El señor Snagsby aprovecha la oportunidad para girar algo la cabeza, mirar por encima del hombro a su mujercita y hacer gestos de excusa con la boca, que significan: «Tulking-horn-ri-co-in-flu-yen-te».

—¿Le ha dado trabajo antes a ese hombre? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—¡Sí, señor, sí! Trabajo de usted.

—Estaba pensando en cosas más importantes y he olvidado dónde dijo usted que vivía.

—Al otro lado de la calle, señor. De hecho se aloja en una... —El señor Snagsby traga otra vez, como si no pudiera pasar el pan con mantequilla—, ... en una trapería y tienda de cosas de segunda mano.

—¿Me puede usted enseñar dónde está, en el camino de vuelta a mi casa?

—¡Con sumo gusto, señor!

El señor Snagsby se quita los manguitos y la bata gris, se pone su levita negra y toma el sombrero del perchero.

—¡Ah! ¡Aquí está mi mujercita! —dice en voz alta—. Querida mía, ¿tendrás la bondad de decir a uno de los chicos que se encargue de la tienda mientras yo voy enfrente con el señor Tulkinghorn? Le presento a la señora Snagsby, caballero. ¡No tardo ni un minuto, amor mío!

La señora Snagsby se inclina ante el abogado, se retira tras el mostrador, los mira por la persiana, vuelve en silencio a la trastienda, consulta las entradas del libro que sigue abierto. Evidentemente, siente curiosidad.

—Ya verá usted que es un sitio vulgar, señor —dice el señor Snagsby, que por deferencia anda por la calzada y deja la estrecha acera al abogado—, y que esta persona es muy vulgar. Pero es que en general por aquí son todos muy ordinarios, señor. La ventaja de este tipo concretamente es que nunca duerme. Si se le pide, puede trabajar sin interrupción todo el tiempo que se quiera.

Ya es de noche, y los faroles de gas hacen bien su trabajo. El abogado y el

papelero, en medio de una corriente de pasantes que van a echar las cartas del día, y de procuradores y abogados que se van a cenar a casa, y de demandantes y demandados, y de pleiteantes de todo tipo, y de la multitud en general, a la cual la sabiduría jurídica de siglos ha opuesto un millón de obstáculos para la transacción de los asuntos más vulgares de la vida —pues han de luchar contra el derecho y la equidad, y ese misterio afín que es el barro callejero, que está hecho nadie sabe con qué ni dónde, pues sólo sabemos en general que cuando lo hay en exceso hay que quitarlo con pala—, llegan a una trapería y emporio general de gran cantidad de mercancías de desecho, que yace a la sombra de la muralla de Lincoln's Inn, y que pertenece, como se anuncia en pintura a todos los interesados, a un tal Krook.

—Aquí vive, señor mío —dice el papelero.

—¿Así que vive aquí? —dice el abogado en tono indiferente—. Muchas gracias.

—¿No va usted a entrar, caballero?

—No, gracias, no; ahora voy a los Fields. Buenas noches. ¡Gracias!

El señor Snagsby se quita el sombrero y vuelve con su mujercita y su té.

Pero ahora el señor Tulkinghorn no va a los Fields. Hace un poco de camino, se da la vuelta, regresa a la tienda del señor Krook y entra directamente. Está bastante oscura, con alguna que otra vela parpadeante en las ventanas, y hay un anciano en la trastienda sentado junto a una gata, al lado de una chimenea. El anciano se levanta y se adelanta, con otra vela parpadeante en la mano.

—Dígame, ¿está su huésped?

—¿El hombre o la mujer, señor? —pregunta el señor Krook.

—El hombre. La persona que hace las copias.

El señor Krook ha mirado atentamente a este hombre. Lo conoce de vista. Tiene una vaga impresión de su fama de aristócrata.

—¿Desea usted verle, señor?

—Sí.

—Yo le veo muy poco —dice Krook con una sonrisa—. ¿Quiere que le llame? Pero no es muy probable que baje, señor.

—Entonces subiré yo a verlo —dice el señor Tulkinghorn.

—Segundo piso, señor. Tome la vela. ¡Ahí arriba! —El señor Krook, con su gato al lado, se queda al pie de la escalera, mirando al señor Tulkinghorn, y dice: «¡Je, je!» cuando el señor Tulkinghorn casi ha desaparecido. El abogado mira hacia abajo por el hueco de la escalera. La gata abre la boca cruel y le gruñe.

—¡Orden, Lady Jane! ¡Hay que comportarse con los visitantes, señora mía! ¿Sabe usted lo que dicen de mi huésped? —susurra Krook, subiendo uno o dos escalones.

—¿Qué dicen de él?

—Dicen que se ha vendido al Enemigo Malo, pero usted y yo sabemos que no... Ése no compra. Pero le voy a decir una cosa: mi huésped es tan malhumorado y tan

triste que creo que igual le daría hacer ese tipo de negocio que otro cualquiera. No le ponga nervioso, señor. ¡No se lo aconsejo!

El señor Tulkinghorn sigue su camino con un gesto de la cabeza. Llega a la puerta oscura del segundo piso. Golpea, no recibe respuesta, la abre, y sin darse cuenta al hacerlo apaga su vela.

El aire de la habitación está casi lo bastante viciado para tener el mismo efecto, aunque no la hubiera apagado él. Es una habitación pequeña, casi negra de hollín, grasa y polvo. En una esquelética parrilla, encogida en el medio, como si le hubiera dado un pellizco la Pobreza, arden unas brasas de carbón. En el rincón junto a la chimenea hay una mesita y un escritorio roto, un páramo inundado por una lluvia de tinta. En otro rincón un portamantas viejo puesto encima de una de las dos sillas hace de armario o guardarropa, y no hace falta nada más grande, pues está tan vacío como la boca de un hambriento. El piso está desnudo, salvo una estera vieja y reducida a una serie de tiras deshilachadas que yace moribunda ante el hogar. No hay ninguna cortina que vele la oscuridad de la noche, pero las contraventanas descoloridas están cerradas, y por dos agujeritos taladrados en ellas podría estar mirando el hambre, o el espíritu fantasmal que ha perseguido el hombre que yace en la cama.

Pues en un camastro frente al fuego, en medio de una confusión de remiendos sucios, en un somier esquelético cubierto de arpilleras, el abogado que mira titubeante desde el umbral ve a un hombre. Está echado ahí, vestido con una camisa y unos pantalones, con los pies descalzos. Tiene aspecto amarillento a la luz espectral de una vela que está agonizando, hasta el punto de que toda la mecha (todavía ardiente) se ha dado la vuelta y tiene por encima de sí una torre de cera. Tiene el pelo despeinado, enredado con las patillas y la barba, también despeinados y largos, efecto del descuido, como la suciedad y la niebla que lo rodean. Pese a lo sucio y maloliente que es el cuarto, a lo sucio y maloliente que está el aire, no resulta fácil percibir cuáles son los vapores que más oprimen los sentidos allí, pero en medio del mal olor y la peste generales, y del olor a tabaco rancio, llega a la boca del abogado el aroma acre y dulzón del opio.

—¡Hola, amigo mío! —exclama el abogado, y golpea en la puerta con su palmatoria de hierro.

Cree haber despertado a su amigo. Éste yace un poco vuelto de lado, pero no cabe duda de que tiene los ojos abiertos.

—¡Eh, amigo mío! —vuelve a exclamar—. ¡Oiga! ¡Oiga!

Mientras golpea en la puerta, la vela que llevaba tanto tiempo agonizando se apaga y lo deja en la oscuridad, con los ojos vacíos de las contraventanas contemplando la cama.

11. Nuestro querido hermano

Algo que toca la mano arrugada del abogado mientras éste se halla en el cuarto a oscuras lo sobresalta, y exclama:

—¿Qué pasa?

—Soy yo —replica el viejo dueño de la casa, dándole con el aliento en la oreja—. ¿No puede despertarle?

—No.

—¿Qué ha hecho usted con su vela?

—Se me ha apagado. Aquí está.

Krook la toma, se acerca al fuego, se inclina ante las ascuas rojas y trata de encenderla. Las brasas moribundas no le dan fuego, y sus intentos son vanos. El viejo murmura, tras llamar sin resultado a su huésped, que va a bajar para traer una vela encendida de la tienda, y se marcha. El señor Tulkinghorn, por algún nuevo motivo que se le ha ocurrido, no espera a que vuelva a la habitación, sino que sale a las escaleras.

Pronto se ve en la pared el brillo de la ansiada vela, cuando Krook vuelve a subir lentamente, con su gata de ojos verdes a los talones.

—¿Duerme generalmente así este hombre? —pregunta el abogado en voz baja.

—¡Je! No lo sé —dice Krook sacudiendo la cabeza y levantando las cejas—. No sé casi nada de sus costumbres; sólo que es muy reservado.

Mientras susurran estas palabras, entran juntos en la habitación. Al entrar la luz, los grandes ojos de las contraventanas se oscurecen y parecen cerrarse. No así los ojos del que está en la cama.

—¡Dios nos ayude! —exclama el señor Tulkinghorn—. ¡Ha muerto!

Krook deja caer la pesada mano que ha tomado, tan de golpe que el brazo se queda balanceando al lado de la cama.

Se miran el uno al otro un momento.

—¡Mande a buscar un médico! Llame a la señorita Flite, la de arriba, señor. ¡Hay veneno junto a la cama! Llame a Flite, por favor —dice Krook con las flacas manos abiertas sobre el cadáver, como las alas de un vampiro.

El señor Tulkinghorn va corriendo al descansillo y llama:

—¡Señorita Flite! ¡Flite! ¡Venga corriendo, sea usted quien sea! ¡Flite!

Krook lo sigue con la mirada y mientras el otro llama encuentra una oportunidad de deslizarse hasta el viejo portamantas y volver a toda prisa.

—¡Corra, Flite, corra! ¡El doctor que haya más cerca! ¡Vaya corriendo! —es lo que dice Krook a una mujercita loca que es su huésped femenino, que aparece y desaparece en un instante y vuelve en seguida acompañada de un médico malhumorado arrancado a su cena, con el bigote manchado de tabaco y un marcado

acento escocés.

—¡Pues sí! Bendita sea su alma —dice el médico mirándolos tras hacer un reconocimiento rápido—. Está más muerto que un Faraón.

El señor Tulkinghorn, que se halla junto al portamantas, pregunta si hace algún tiempo que ha muerto.

—¿Algún tiempo, señor mío? —pregunta el médico—. Lo más probable es que lleve muerto unas tres horas.

—Más o menos eso, diría yo —observa un joven de pelo negro desde el otro lado de la cama.

—¿También pertenece usted a la clase médica, caballero? —pregunta el primero.

El joven moreno dice que sí.

—Entonces me marchó —replica el otro—, porque aquí yo no puedo hacer nada —con cuya observación termina su breve visita y se vuelve a casa a terminar de cenar.

El joven médico moreno pasa la vela una vez tras otra por encima de la cara y examina atentamente al copista, que ha justificado su nombre adoptivo al convertirse verdaderamente en Nadie.

—Conocía muy bien de vista a esta persona —dice—. Me compraba opio desde hace año y medio. ¿Es alguno de ustedes pariente de él? —pregunta con una mirada a los tres testigos.

—Yo era su casero —responde lúgubre Krook, que toma la vela de la mano que le alarga el médico—. Una vez me dijo que yo era su pariente más cercano.

—Ha muerto —dice el médico— de una sobredosis de opio, sin lugar a dudas. Toda la habitación apesta a opio. Aquí mismo —tomando una tetera vieja de manos de Krook— hay suficiente para matar a una docena de personas.

—¿Cree usted que lo hizo adrede? —pregunta Krook.

—¿Tomarse la sobredosis?

—¡Sí! —Krook casi chasquea la lengua, pues está lleno de interés malsano.

—No puedo decirlo. Lo considero improbable, pues tenía la costumbre de consumir mucho. Pero no se puede saber. Supongo que era muy pobre.

—Supongo que sí. Su cuarto... no es el de un rico —dice Krook, que tiene la misma mirada que su gato, y lo contempla todo con curiosidad. Pero yo nunca había entrado en él desde que lo tomó, y era demasiado reservado para decirme cómo estaba de dinero.

—¿Le debía el alquiler?

—Seis semanas.

—Pues no se lo va a pagar ya —dice el joven, que reanuda su reconocimiento—. No cabe duda de que, efectivamente, está más muerto que un Faraón, y a juzgar por su aspecto y su estado yo diría que ha sido una liberación. Y eso que debe haber

tenido buena figura de joven, y buen aspecto. —Dice esto no sin sentimiento, mientras se sienta al borde de la cama, la cara vuelta hacia la del muerto y la mano sobre el corazón de éste—. Recuerdo haber pensado alguna vez que había en sus modales, pese a su rudeza, algo que revelaba a alguien que había venido a menos. ¿Acerté? —pregunta mirando a su alrededor.

—A mí es como si me preguntara por las señoras cuyo pelo tengo metido en bolsas ahí abajo. No sé más de él que era mi huésped desde hacía un año y medio y que vivía (o malvivía) de hacer copias. No sé más —replica Krook. Durante este diálogo el señor Tulkinghorn se ha mantenido apartado junto al portamantas, con las manos a la espalda, igualmente distante, según todas las apariencias, de los tres tipos de interés exhibidos junto a la cama: el interés profesional del joven médico ante la muerte, perceptible como algo distinto de sus observaciones sobre el fallecido como persona; la morbosidad del anciano y el temor reverencial de la viejecita local. Su cara imperturbable se ha mantenido tan inexpresiva como sus sombrías ropas. Ni siquiera se podría decir si ha pasado todo este rato pensando. No ha dado muestras de paciencia ni de impaciencia, de atención ni de abstracción. No ha mostrado más que su exterior. Sería más fácil deducir el tono de un instrumento musical delicado por su exterior que el tono del señor Tulkinghorn por su exterior.

Ahora se interpone y se dirige al joven médico con su aire impasible y profesional:

—Vine aquí —observa— justo antes que usted con la intención de dar a este hombre que acaba de morir, y a quien nunca había visto en vida, algo de trabajo en su oficio de copista. Había oído hablar de él a mi papelero: Snagsby, de Cook's Court. Como aquí nadie sabe nada de él, quizá conviniera mandar a llamar a Snagsby. ¡Ah! —dirigiéndose a la viejecita loca que lo ha visto muchas veces en los tribunales, y a quien él también ha visto muchas veces en el Tribunal, y que propone, con gestos mudos y atemorizados, ir a buscar al papelero—. ¿Por qué no va usted?

Cuando se va ella, el médico renuncia a su investigación desesperanzada y cubre al muerto con la colcha llena de remiendos. El señor Krook y él intercambian una o dos palabras. El señor Tulkinghorn no dice nada, pero se mantiene en todo momento junto al viejo portamantas.

El señor Snagsby llega corriendo con su bata gris y sus manguitos.

—Dios mío, Dios mío —dice—, ¡pensar que iba a ocurrir esto! ¡Dios se apiade de nosotros!

—Snagsby, ¿puede usted dar a la persona de la casa alguna información acerca de este pobre ser? —pregunta el señor Tulkinghorn—. Parece que estaba atrasado en el alquiler. Y comprenderá usted que hay que enterrarlo.

—Bueno, señor —dice el señor Snagsby con su tosecilla de pedir excusas, tapándose la boca con la mano—. La verdad es que no sé qué puedo aconsejar, salvo

mandar a buscar al bedel [34]

—No hablo de consejos —replica el señor Tulkinghorn—. Yo podría aconsejar...

—Nadie mejor que usted, señor, claro —dice el señor Snagsby con su tosecilla de deferencia.

—Hablo de que nos dé alguna indicación de sus relaciones, o de dónde procedía, o cualquier cosa que sepa usted de él.

—Le aseguro, señor —dice el señor Snagsby, tras prefaciarse su respuesta con su tosecilla propiciatoria en general—, que no tengo más idea de dónde procedía que...

—Que de adónde se ha ido, quizá —dice el médico para ayudarlo.

Una pausa. El señor Tulkinghorn mira al papelerero. El señor Krook, con la boca abierta, mira a ver si hay alguien que hable después.

—Y en cuanto a su familia, caballero —dice el señor Snagsby—, si alguien viniera a decirme: «Snagsby, hay 20.000 libras para ti, depositadas en el Banco de Inglaterra, si me das el nombre de un solo pariente», pues ni aún así podría decírselo, señor. Hace más o menos un año y medio, que yo sepa, cuando vino a alojarse aquí en la trapería...

—¡Exactamente! —corroboraba el señor Krook.

—Hace más o menos un año y medio —continúa diciendo el señor Snagsby, fortalecido— vino una mañana a mi casa después del desayuno y cuando vio a mi mujercita (que es como suelo yo llamar a la señora Snagsby) en la tienda le enseñó una muestra de su letra y le dio a entender que buscaba trabajo de copista y que estaba, por no andar con circunloquios (frase que es un eufemismo favorito del señor Snagsby y que siempre pronuncia con una especie de sinceridad pugnaz) en mala situación. Por lo general, a mi mujercita no le agradan los desconocidos, sobre todo, por no andar con circunloquios, cuando vienen a pedir algo. Pero había algo en él que la impresionó; fuera porque iba sin afeitarse, o porque llevaba el pelo largo, o por cualquier otro motivo de esos que impresionan a las mujeres, lo que ustedes prefieran, pero el hecho es que le aceptó la muestra y la dirección. Mi mujercita no tiene buen oído para los nombres —prosigue el señor Snagsby tras consultar su tosecilla de reflexión mientras se tapa la boca con la mano— y creyó que Nemo sería algo así como Nimrod. En consecuencia de lo cual que empezó a decirme en todas las comidas: «Señor Snagsby, ¿todavía no le ha encontrado nada a Nimrod!», o «Señor Snagsby, ¿por qué no le ha dado a Nimrod los 38 folios de la Cancillería?», y cosas así. Y así fue cómo gradualmente empezó a hacernos trabajos externos, y eso es lo único que sé de él, salvo que escribía rápido y que no le asustaba trabajar de noche, y que si le daba uno, digamos, 45 folios el miércoles por la noche se lo traía hecho el jueves por la mañana. Todo lo cual, como no tengo duda, confirmaría mi honorable amigo si estuviera en condiciones de hacerlo —termina diciendo como en busca de confirmación el señor Snagsby con un gesto cortés del sombrero hacia la cama.

—¿No convendría —pregunta el señor Tulkinghorn a Krook— que mirase usted a ver si tiene algún documento que nos aclare algo? Va a haber que celebrar una encuesta y le van a preguntar si lo ha hecho. ¿Sabe usted leer?

—No, no sé —replica el anciano con una sonrisa repentina.

—Snagsby —dice el señor Tulkinghorn—, si este hombre no sabe leer, mire usted por esta habitación en su lugar. Si no, va a ser él quien tenga problemas o dificultades. Como ya estoy aquí, si se dan ustedes prisa, esperaré, y después podré declarar por él, si es que llega a ser necesario, que todo se ha hecho como se debía. Amigo mío, si mantiene usted en alto la vela para el señor Snagsby, pronto averiguará si hay algo por aquí que le sirva de ayuda.

—En primer lugar, señor, hay un portamantas viejo —dice Snagsby.

—¡Vaya, pues es verdad! —El señor Tulkinghorn parece no haberlo visto antes, aunque está justo a su lado, y aunque Dios sabe que no hay muchas más cosas en la habitación.

El trapero sostiene la luz y el papelero realiza la búsqueda. El médico se apoya en la esquina de la chimenea; la señorita Flite mira y tiembla junto al umbral. El viejo erudito de la vieja escuela, con sus calzones negros mate atados con lazos bajo las rodillas, su gran chaleco negro, su levita negra de largas mangas y su trocito de pañuelo blanco y blando, anudado con el lazo que la Nobleza conoce tan bien, sigue exactamente en el mismo sitio y con la misma actitud.

En el viejo portamantas hay algo de ropa sin valor, un manojo de resguardos de casas de empeños, cual billetes de peaje expedidos en la carretera de la Pobreza; hay unos papeles arrugados que huelen a opio, en los que están garabateados recordatorios, como «tal y tal día tomé tantos granos», «tal y tal día tomé tantos más», iniciados hace algún tiempo, como con la intención de continuar regularmente, pero abandonados al cabo de poco tiempo. Hay unos trozos sucios de periódico, todos ellos referidos a Encuestas del Coroner [35]; no hay nada más. Buscan en la alacena y en el cajón del escritorio manchado de tinta. No hay ni un fragmento de una carta antigua ni ningún otro escrito. El joven médico examina lo que lleva puesto el copista. No encuentra más que una navaja y unas cuantas monedas de medio penique. Después de todo, la sugerencia del señor Snagsby es una sugerencia práctica, y hay que llamar al bedel.

Así que la viejecita loca va a buscar al bedel y los demás salen de la habitación. El médico dice:

—¡No deje ahí al gato! No estaría bien —ante lo cual el señor Krook echa a la gata para que salga antes que él, y el animal baja furtivamente las escaleras, enroscando la flexible cola y lamiéndose los labios.

—¡Buenas noches! —dice el señor Tulkinghorn, y se va a casa con su Alegoría y sus meditaciones.

La noticia ya ha llegado a la plazuela. Se reúnen grupos de sus habitantes a comentar lo ocurrido, y las avanzadillas del ejército de observación (integradas, sobre todo, por muchachos) llegan hasta la ventana del señor Krook, que someten a un estrecho cerco. Ya ha subido al cuarto un policía, que ha vuelto a bajar a la puerta, donde queda erguido como una torre, sin condescender más que de vez en cuando a mirar a los muchachos que hay en su base. Perkins, que llevaba unas semanas sin hablarse con la señora Piper, debido a un incidente en el que el joven Perkins le «atizó» al joven Piper «un sopapo», reanuda sus relaciones de amistad, dado lo fausto de la circunstancia. El mozo de la taberna de la esquina, que es un observador privilegiado, pues posee un conocimiento oficial de la vida y a veces tiene que tratar con borrachos, intercambia información confidencial con el policía, y tiene todo el aspecto de ser un joven inexpugnable, inasaltable por las porras e indetenible en las comisarías. La gente se habla desde las ventanas de uno a otro lado de la plazuela, y de Chancery Lane llegan corriendo a toda prisa exploradores sin sombrero para enterarse de lo que pasa. En general, parece existir la sensación de que es una suerte que no se cargaran primero al señor Krook, mezclada con un pequeño desencanto natural de que no haya sido así. En medio de esta sensación, llega el bedel.

Aunque, en general, en el vecindario se opina que la del bedel es una institución ridícula, en estos momentos no carece de una cierta popularidad, aunque sólo sea como encargado de ir a ver el cadáver. El policía considera que se trata de un civil imbécil, una reliquia de los tiempos bárbaros en que había vigilantes nocturnos, pero lo deja pasar, como algo que es necesario soportar hasta que el Gobierno decida abolirlo. Aumenta la sensación al correr de boca en boca la noticia de que ha llegado el bedel y ha entrado en la casa.

Al cabo de un rato sale el bedel, lo cual vuelve a aumentar la sensación, que había languidecido algo entre tanto. Hace saber que necesita testigos para la Encuesta de mañana, para que digan al Coroner y al jurado lo que haga falta acerca del difunto. Inmediatamente le dan una serie innumerable de nombres de personas que no saben nada en absoluto. Lo ponen cada vez más atontado con constantes datos, como que el hijo de la señora Green «también era copista, y lo conocía mejor que nadie», pero cuando se pregunta, resulta que el tal hijo de la señora Green lleva tres meses embarcado en un buque rumbo a China, aunque se considera que se le puede preguntar por telégrafo, si se pide a los Lores del Almirantazgo. El bedel entra en varios comercios y salones para interrogar a sus habitantes; siempre cierra al puerta al entrar, y con esa exclusión, los retrasos y su idiotez general, exaspera al público. Se ve al policía sonreír al mozo de la taberna. El público pierde interés y reacciona. Acusa al bedel, con voces agudas de adolescentes, de haber hervido un niño; se cantan fragmentos del estribillo de una canción popular en el sentido de que el niño se convirtió en sopa para el asilo. El policía, por fin, considera necesario defender la

ley y agarrar a uno de los vocalistas, al que suelta cuando los demás echan a correr, a condición de que se vaya inmediatamente, ¡vamos!, y termine de una vez, condición que se cumple inmediatamente. Y así va desapareciendo de momento la sensación, y el policía, impasible (para quien un poco de opio más o menos no es nada), con su casco brillante, su corbatín rígido, su capote inflexible, su ancho cinturón y su brazalete, y todos sus arreos, sigue su camino a paso lento, dándose palmadas con las manos enguantadas de blanco, y parándose de vez en cuando en las esquinas para ver si encuentra cualquier cosa, desde un niño perdido hasta un asesinato.

Bajo el manto de la noche, el tonto del bedel va recorriendo Chancery Lane con sus citaciones, en las que están escritos mal los nombres de todos los jurados, y no hay nada bien salvo el nombre del propio bedel, que nadie quiere saber ni puede leer. Una vez entregadas las citaciones y advertidos los testigos, el bedel va a casa del señor Krook, a acudir a una cita que tiene con unos mendigos, a los que al llegar se lleva arriba, donde dan a los grandes ojos de las persianas algo nuevo que contemplar, en esa última forma que las moradas terrenales adoptan para quien ya no es Nadie y que somos Todos.

Y toda aquella noche, el ataúd queda al lado del portamantas, y la figura solitaria de la cama, cuyo camino en la vida duró cuarenta y cinco años, yace allí, sin haber dejado más huella tras de sí, que nadie sepa, que si fuera un recién nacido abandonado.

Al día siguiente, la plazuela hierve; es igual que una feria, como dice la señora Perkins, más que reconciliada con la señora Piper, en amigable conversación con esta excelente dama. El Coroner celebrará la Encuesta en la sala del primer piso de la taberna de las Armas del Sol, donde se celebran las Reuniones de la Filarmonía dos veces por semana, y donde ocupa la presidencia un caballero profesionalmente célebre, frente al Pequeño Swills [\[36\]](#), el vocalista cómico, el cual espera (según dice el programa que hay en la ventana) que vengan a verlo sus amigos, en apoyo de un talento de primera. Las Armas del Sol está muy concurrida toda la mañana. Incluso los niños están en tal necesidad de sustento, que un vendedor ambulante que se ha establecido momentáneamente en la esquina de la plazuela, comenta que sus bolas de limón se venden a toda velocidad. Y el bedel, que corre de la puerta del establecimiento del señor Krook a la de las Armas del Sol, muestra el curioso objeto que se halla bajo su custodia a unos cuantos espíritus discretos y acepta a cambio el cumplimiento de algún que otro vaso de cerveza.

A la hora designada llega el Coroner, a quien están esperando los jurados y a quien se recibe con un retumbar de bolos de la estupenda bolera que hay en terreno seco junto a las Armas del Sol. El Coroner frecuenta más tabernas que nadie. En su profesión, el olor a serrín, cerveza, humo de tabaco y licores es inseparable de la muerte en sus más terribles formas. El bedel y el tabernero lo llevan a la Sala de

Reuniones de la Filarmonía, donde deja el sombrero encima del piano y toma una silla Windsor a la cabecera de una mesa larga, formada por varias mesas cortas puestas juntas, y ornamentada con anillos glutinosos en interminables círculos no concéntricos, dejados por jarras y vasos. Todos los Tarados que pueden amontonarse a la mesa se sientan a ella. El resto se distribuye entre las escupideras y las barricas, o se apoya en el piano. Sobre la cabeza del Coroner hay una pequeña guirnalda de hierro, el tirador de una campana, lo que da a la Majestad del Tribunal el aspecto de que dentro de poco la van a ahorcar.

¡Que preste juramento el Jurado! Mientras avanza la ceremonia se crea una sensación por la entrada de un hombrecillo regordete con un cuello de camisa enorme, los ojos húmedos y la nariz inflamada, que modestamente ocupa un puesto cerca de la puerta como si perteneciera al público en general, pero que también parece conocer la sala. Circula el rumor de que es el Pequeño Swills. No se considera improbable que vaya a preparar una imitación del Coroner y la convierta en el programa principal de la Reunión de la Filarmonía de la tarde.

—Bien, señores —empieza a decir el Coroner.

—¡Silencio en la sala! —exclama el bedel. No se dirige al Coroner, aunque lo parezca.

—Bien, señores —continúa diciendo el Coroner—. Se han reunido ustedes aquí para investigar el fallecimiento de cierto hombre. Escucharán ustedes testimonios acerca de las circunstancias en que se produjo ese fallecimiento y pronunciarán su veredicto conforme a (¡Esos bolos! ¡Haga usted que se paren, bedel!) esos testimonios, y no conforme a ninguna otra cosa. Lo primero que hay que hacer es examinar el cadáver.

—¡Dejen paso! —grita el bedel.

Y salen todos en procesión informe, como un cortejo funerario que se ha ido rezagando, y realizan su inspección en el cuarto de atrás del segundo piso del señor Krook, del cual algunos de los Jurados se retiran pálidos y precipitadamente. El bedel se encarga atentamente de que dos caballeros, cuyos puños y botones no están demasiado limpios (para cuya comodidad ha colocado una mesita especial cerca del Coroner, en la Sala de Reuniones de la Filarmonía), puedan ver todo lo que hay que ver. Porque son los cronistas públicos de esas investigaciones, que cobran por línea publicada, y él no está por encima de la enfermedad humana universal, sino que espera leer en letra impresa lo que «Mooney, el activo e inteligente bedel del distrito», hizo y dijo, e incluso aspira a ver el nombre de Mooney mencionado con tanta familiaridad y respeto como el del Verdugo, según los últimos ejemplos.

El Pequeño Swills está esperando al Coroner y al jurado cuando vuelven éstos. También el señor Tulkinghorn. Se brinda al señor Tulkinghorn una acogida deferente, y se le da una silla cerca de la del Coroner, entre ese alto funcionario judicial, un

billar romano y la caja del cisco. Continúa la Encuesta. Al Jurado se le informa de cómo murió el objeto de su investigación, pero no se le dice nada más a su respecto. El Coroner anuncia:

—Señores, se halla entre nosotros un jurista eminentísimo, que, según se me ha comunicado, estaba presente por casualidad cuando se descubrió el fallecimiento, pero no podría más que repetir la información que ya han oído ustedes del médico, el casero, la huésped y el papelerero, y no es necesario molestarlo. ¿Hay entre el público alguien que pueda aportar más datos?

La señora Perkins empuja adelante a la señora Piper. La señora Piper presta juramento.

—Anastasia Piper, señores. Casada. Y bien, señora Piper, ¿qué tiene usted que comunicarnos?

Bueno, la señora Piper tiene mucho que decir, sobre todo entre paréntesis y sin puntuación, pero no muchas cosas que comunicar. La señora Piper vive en la plazuela (y su marido es ebanista) y es muy conocida en el vecindario (desde la antevíspera del bautismo en privado [37] de Alexander James Piper, de dieciocho meses y cuatro días de edad, porque no esperábamos que viviera mucho tiempo ay señores cómo sufría el pobrecito de las encías) cuando se dijo que el Demandante (que es como insiste la señora Piper en llamar al muerto) se dijo que había vendido su alma. Cree que fue por el aire que tenía el Demandante por lo que se empezó a hablar de eso. Veía a menudo al Demandante y tenía un aire tan feroz que no permitía que los niños se le acercaran que eran tímidos (y si alguien lo duda, que venga la señora Perkins porque aquí está y que diga ella que nadie puede decir nada malo de ella ni de su marido ni de su familia). Ha visto al Demandante atacado e insultado por los niños (porque ya se sabe cómo son los niños y no hay que esperar que sobre todo si son niños sanos que se porten como si fueran Matusalenes y encima él no era ningún santo). Por eso y por la manera que tenía la piel, ella ha soñado muchas veces que se sacaba un hacha del bolsillo y le partía la cabeza a Johnny (porque el niño no sabe lo que es el miedo y ha ido corriendo detrás de él muchas veces). Pero nunca vio que el Demandante se sacara del bolsillo un hacha ni ningún arma ni mucho menos. Veía que se echaba a correr cuando le insultaban o le corrían detrás, como si no le gustaran los niños, y nunca le vio hablar con niños ni con mayores nunca (menos el chico que barre el cruce de la calle, allá junto a la esquina, que si estuviera aquí le diría que le ha hablado muchas veces).

¿Está aquí ese chico?, pregunta el Coroner. Y el bedel dice que no, señor, no está. Dice el Coroner que vayan a buscarlo. En ausencia de personas activas e inteligentes, el Coroner conversa con el señor Tulkinghorn.

—¡Ah! ¡Aquí está el muchacho, señores!

Aquí está, todo sucio, todo ronco, todo harapos. ¡Vamos, chico! Pero un

momento, atención, a este chico hay que pasarlo por las fases preliminares.

Nombre, Jo. Nada más, que él sepa. No sabía que todo el mundo tiene nombre y apellido. *Naide* se lo había dicho. No sabía que Jo es un diminutivo. A él le basta y le sobra. A él no le *paice* mal. Que cómo se escribe. No, él no sabe escribir. No tiene padre, ni madre, ni amigos. Nunca ha ido a la escuela. ¿Su casa? Lo único que sabe es que una escoba es una escoba, y que no hay que contar mentiras. No recuerda quién le habló de la escoba, ni de los de las mentiras, pero esas son las dos cosas de las que está seguro. No sabe exactamente lo que le harán cuando se muera si dice una mentira a estos señores, pero cree que será algo muy malo para castigarle, y bien merecido, y por eso él dice la verdad.

—¡Señores, esto no puede ser! —observa el Coroner con un gesto melancólico de la cabeza.

—¿Cree usted que no puede recibir su declaración, señoría? —pregunta un jurado atento.

—Imposible —replica el Coroner—. Ya han oído al chico. «No lo sé exactamente» es algo que no se puede admitir. No podemos admitir eso en un Tribunal de justicia, señores. Es verdaderamente horrible. ¡Que se lleven al muchacho!

Se llevan al muchacho, para gran edificación del público, y especialmente del Pequeño Swills, el Vocalista Cómico.

—Bien, ¿hay más testigos? —No hay más testigos.

—¡Bien, señores! Tenemos a un hombre desconocido, que según se ha demostrado tenía el hábito de tomar opio en grandes cantidades desde hacía un año y medio, y al que se encuentra muerto de una sobredosis de opio. Si creen ustedes que tienen pruebas para llegar a la conclusión de que se suicidó, ésa es la conclusión a la que deben llegar. Si creen que se trata de un caso de muerte por accidente, deben llegar a un Veredicto en consecuencia.

Veredicto en consecuencia. Muerte por accidente. Sin duda. Señores, pueden ustedes retirarse. Buenas tardes.

Mientras el Coroner se abotona el capote, el señor Tulkinghorn y él escuchan lo que ha de decirles el testigo rechazado, que se ha quedado en un rincón.

El infortunado sólo sabe que el muerto (a quien acaba de reconocer por la cara cetrina y el pelo negro) era objeto de irrisión y persecuciones en las calles. Que una fría noche de invierno en la que el chico estaba temblando en un portal cerca de su cruce, el hombre se volvió a mirarlo, se dio la vuelta y, tras hacerle unas preguntas y averiguar que no tenía un solo amigo en el mundo, le dijo: «Yo tampoco. ¡Ni uno solo!», y le dio dinero para cenar y dormir una noche. Que el hombre le había hablado muchas veces desde entonces, y le había preguntado si dormía bien por las noches, y cómo soportaba el frío y el hambre, y si a veces no le daban ganas de

morirse, y otras cosas igual de raras. Que cuando el hombre no tenía dinero le decía al pasar: «Hoy estoy igual de pobre que tú, Jo», pero que cuando tenía algo, siempre (como cree firmemente el chico) se alegraba de darle una parte.

—Conmigo era *mu güeno* —dice el chico limpiándose los ojos con una manga sucia—. Cuando le he visto ahí estirado ahora me dieron ganas de decírselo. ¡Conmigo siempre fue *mu güeno*!

Cuando baja las escaleras a trompicones, el señor Snagsby, que lo está esperando, le da media corona y le dice, poniendo un dedo en la nariz:

—Si me ves alguna vez en el cruce con mi mujercita (¡quiero decir, con mi señora!), no digas nada.

Los Jurados se pasan un rato charlando en las Armas del Sol. Después, media docena se queda atrapada en una nube de humo de pipa que llena el salón de las Armas del Sol; dos de ellos se van de paseo a Hampstead, y cuatro de ellos deciden ir a mitad de precio a la obra que representan, pues eso es lo que les cobrarán por llegar tarde, y terminar tomándose unas ostras. Varios de los asistentes invitan al Pequeño Swills. Cuando le preguntan lo que opina de la sesión, dice que ha «tenido bemoles» (porque su punto fuerte es hablar en jerga). El propietario de las Armas del Sol, al advertir la popularidad del Pequeño Swills, elogia mucho a éste ante los jurados y el público, y observa que no hay nadie como él para interpretar una canción cómica, y que el vestuario de disfraces de ese hombre no tiene igual.

Así, gradualmente, las Armas del Sol va desvaneciéndose en la noche oscura, y luego surge de en medio de ella en un resplandor de luz de gas. Al llegar la hora de la Reunión de la Filarmonía llega el caballero de fama profesional, y frente a él (con la frente ya muy colorada) está el Pequeño Swills; sus amigos se reúnen en torno a ellos y dan su apoyo a un talento de primera. En el cenit de la velada el Pequeño Swills dice: «Señores, si me lo permiten, voy a intentar una breve descripción de una escena de la vida real que se ha interpretado aquí hoy». Recibe grandes aplausos y aliento. Sale de la sala como Swills, vuelve vestido de Coroner (sin parecersele en lo más mínimo), describe la Encuesta con intervalos recreativos de acompañamiento al piano, y con el estribillo de «con todo el permiso del Coroner, tra la la la, tra la la la, le, le».

Por fin queda silencioso el alegre piano, y los Amigos de la Filarmonía van en busca de sus almohadas. Y todo es silencio en torno a la figura silenciosa, que está acostada en su último lecho terrenal, y a quien observan los ojos descarnados de las contraventanas a lo largo de unas cuantas horas tranquilas de la noche. Si la madre a cuyo pecho se abrazó cuando era niño, con los ojos levantados al rostro amante de ella, con una mano blanda que apenas sabía agarrarse al cuello que buscaba, hubiera podido ver proféticamente a ese abandonado allí acostado, ¡qué imposible le hubiera parecido aquel espectáculo! Si en momentos más felices jamás ardió el fuego que

ahora lleva apagado dentro de él por una mujer que le apretó contra su corazón, ¿dónde está ella, ahora que esas cenizas están todavía sobre la tierra?

La noche brinda cualquier cosa menos el reposo en casa del señor Snagsby, en Cook's Court, donde Guster asesina toda posibilidad de sueño al pasar, como reconoce el propio señor Snagsby (por no andar con circunloquios) de un ataque a veinte. El motivo de este ataque es que Guster tiene un corazón muy tierno, y es susceptible a algo que cabría llamar imaginación de no haber sido por Tooting y su santo patrón. En todo caso, se ha sentido tan terriblemente impresionada por la relación que ha hecho el señor Snagsby a la hora del té de la Encuesta a la que ha asistido, que a la hora de la cena se ha lanzado a la cocina, precedida de un queso holandés volante, y caído en una crisis de una duración desusada, de la cual no ha salido más que para caer en otra, y en otra, y así a lo largo de toda una cadena de ataques, con breves intervalos entre uno y otro, que ha aprovechado patéticamente para consagrarse a suplicar a la señora Snagsby que no la despida cuando «acabe de volver en sí», así como a exhortar a todos los presentes que la dejen acostada en las losas y se vayan a dormir. De ahí que el señor Snagsby, al oír por fin que el gallo de la lechería de Cursitor Street cae en ese éxtasis desinteresado característico de él acerca del tema del amanecer, diga con un largo suspiro, aunque es la persona más paciente del mundo: «¡Menos mal, estaba seguro de que te habías muerto!».

Lo que esta entusiástica ave se cree que resuelve cuando se entrega a esos enormes esfuerzos, o por qué cacarea así (claro que también hay hombres que cacarean en diversas ocasiones de triunfo en público) acerca de algo que para ella no puede tener el menor interés, es asunto suyo. Basta con saber que llega la luz del día, llega la mañana, llega el mediodía.

Entonces, el individuo activo e inteligente, que efectivamente se ha visto mencionado como tal en la prensa de la mañana, llega con su compañía de mendigos a casa del señor Krook y se lleva el cadáver de nuestro querido hermano difunto a un cementerio de iglesia rodeado de edificios, apestoso y siniestro, a partir del cual se difunden enfermedades malignas a los cuerpos de nuestros queridos hermanos y hermanas que no han fallecido, mientras que nuestros queridos hermanos y hermanas que zanganear en las antecámaras oficiales (¡ojalá hubieran desaparecido ellos!) se muestran muy complacientes y agradables. A nuestro querido hermano fallecido lo llevan a recibir cristiano enterramiento en un agujero asqueroso, en una tierra que rechazaría un turco como abominación salvaje y que causaría tiritones a un cafre.

Un lugar rodeado de casas por todas partes, salvo donde un túnel pequeño y maloliente da acceso a una cancela de hierro, donde todos los horrores de la vida están presentes al lado de la muerte, donde todos los elementos, ponzoñosos de la muerte están activos al lado de la vida, ahí es donde bajan a nuestro querido hermano a una profundidad de uno o dos pies; donde lo siembran en la corrupción, para que

resucite en la corrupción: fantasma vengador ante los lechos de muchos enfermos; testimonio de vergüenza para los siglos del futuro de cómo en esta isla arrogante la civilización y la barbarie iban de la mano.

¡Que llegue la noche, que llegue la oscuridad, pues no pueden llegar demasiado pronto, ni quedarse demasiado tiempo en un sitio así! ¡Que vengan las luces aisladas a las ventanas de las horribles casas, y que quienes cometan sus iniquidades en ellas lo hagan por lo menos sin ver esa horrenda escena! ¡Que venga la llama del gas a brillar triste sobre la cancela de hierro, en la cual el aire envenenado deposita su ungüento embrujado, untuoso al tacto! ¡Está bien que esa llama sirva para decir a todos los que pasan: «¡Mirad aquí dentro!»!

Con la noche llega a la calleja una figura encorvada que pasa por el túnel de entrada a la parte de fuera de la cancela de hierro. Sostiene la cancela con las manos y mira entre los barrotes; se queda mirando un rato.

Después, con la vieja escoba que lleva, barre suavemente el escalón y deja limpia la entrada. Lo hace con mucho cuidado y precisión; vuelve a mirar un ratito y se marcha.

¿Eres tú, Jo? ¡Vaya, vaya! Aunque te hayan rechazado como testigo por no «saber exactamente» lo que van a hacer contigo manos más poderosas que las de los hombres, no estás del todo sumido en la oscuridad. Y la razón que murmuras para hacer lo que estás haciendo contiene algo así como un rayo distante de luz:

«¡Conmigo fue *mú güeno*, de *verdá!*»

12. En guardia

Por fin ha dejado de llover en Lincolnshire, y Chesney Wold se ha animado. La señora Rouncewell está llena de preocupaciones hospitalarias, pues Sir Leicester y Milady vuelven de París. Los rumores del gran mundo lo han averiguado y comunican las buenas noticias a una Inglaterra feliz. También ha averiguado que van a invitar a un círculo brillante y distinguido de la *élite* del *beau monde* (el rumor de la moda habla muy mal inglés, pero es un prodigio en francés) en la mansión antigua y hospitalaria de la familia, en Lincolnshire.

Para mayor honor del brillante y distinguido círculo, y además de Chesney Wold, se ha reparado el arco roto del puente del parque, y el agua, que ha vuelto a los límites que le corresponden y vuelve a correr graciosa bajo él, crea un bello espectáculo en la perspectiva que se ve desde la casa. El sol claro y frío entra por entre los árboles desnudos y contempla con aprobación cómo el viento cortante esparce las hojas y va secando el musgo. Resbala sobre el parque en pos de las sombras móviles de las nubes y las persigue, sin atraparlas, a todo lo largo del día. Mira por las ventanas y retoca los retratos ancestrales con estrías y manchas de luz, que los pintores nunca habían imaginado. De un lado a otro del retrato de Milady, encima de la gran repisa de la chimenea, arroja una ancha franja de luz en diagonal, de bastardía [38] que baja retorcida hasta el hogar y parece partirlo en dos.

En medio de ese sol frío y de ese mismo viento cortante, Milady y Sir Leicester, en su coche de viaje (con la doncella de Milady y el ayuda de cámara de Sir Leicester prodigándose muestras de afecto en la trasera), inician el camino a casa. Con una cantidad considerable de cascabeleos y de latigazos, y con muchos corcoveos de dos caballos sin ensillar y de dos centauros con sombreros lustrosos, botas de media caña y crines y colas al viento, salen ruidosos del Hotel Bristol de la Place Vendôme y trotan entre las columnatas estriadas de luces y sombras de la Rue de Rivoli y el jardín del palacio malhadado de un rey y una reina decapitados, para salir por la Plaza de la Concordia y los Campos Elíseos y la Puerta de la Estrella, fuera de París.

Es lamentable decirlo, pero no pueden ir demasiado rápido, porque incluso allí Lady Dedlock se ha muerto de aburrimiento. El concierto, la asamblea, la ópera, el teatro, el paseo, no tienen nada nuevo que ofrecer a Milady bajo estos cielos gastados. Nada más que el domingo pasado, cuando el populacho se divertía, intramuros de la ciudad, jugando con sus hijos entre los árboles recortados y las estatuas del Jardín del Palacio; mientras se paseaba de a veinte en fondo por los Campos Elíseos, más Elíseos que nunca gracias a los perros amaestrados y a los caballitos de madera, mientras (unos pocos) se filtraban por la tenebrosa catedral de Nuestra Señora para decir una o dos palabras en la base de una pilastra, adonde llegaba el aroma de una parrilla oxidada llena de velitas ardientes; o fuera de los muros de París cercaban a la

ciudad con sus bailes, o hacían el amor, bebían vino, fumaban tabaco o visitaban los cementerios, jugaban al billar y al dominó, practicaban la curandería y hacían todo género de maldades, tanto inmóviles como en movimiento... nada más, decimos, que el domingo pasado Milady, sumida en la desolación del Aburrimiento y en las garras del Gigante llamado Desesperación [39] casi odió a su propia doncella por estar de buen humor.

Por eso no puede irse de París todo lo rápido que quisiera. Ante ella y tras ella se extiende el cansancio del alma: su Ariel [40] ha cinchado con él toda la Tierra, y esa cincha no se puede quitar, pero el remedio, aunque sea imperfecto, es huir siempre del último sitio donde se ha sufrido. Hay que dejar París atrás, pues, y cambiarlo por avenidas interminables y más avenidas de árboles invernales. Y la próxima vez que lo vea, que sea a unas leguas de distancia, con la Puerta de la Estrella como una mota blanca brillante al sol, y la ciudad como un mero cerro en la llanura, de la que surgen dos torres cuadradas y sombrías y sobre la cual caen de sesgo la luz y la sombra, como los ángeles en el sueño de Jacob.

Sir Leicester suele estar de buen humor, y raras veces se aburre. Cuando no tiene otra cosa que hacer, siempre puede contemplar su propia grandeza. Es una gran ventaja disponer de un tema tan inagotable. Tras leer sus cartas, se recuesta en un rincón del coche y considera, en general, su propia importancia para la sociedad.

—Tienes una cantidad desusada de correspondencia esta mañana, ¿no? — comenta Milady al cabo de un largo rato. Está cansada de leer. Casi ha leído una página en veinte millas.

—Pero no me dice nada. Nada en absoluto.

—¿Me equivoco al pensar que he visto una de las largas efusiones del señor Tulkinghorn?

—Lo ves todo —dice, admirado, Sir Leicester.

—¡Ja! —suspira Milady—. ¡Qué hombre tan aburrido!

—Te envía, te lo digo con mil perdones, pero te envía —dice Sir Leicester seleccionando una carta y desdoblándola— un mensaje. Cuando nos detuvimos a cambiar de caballos, justo cuando llegaba yo a su postdata, se me fue de la memoria. Te ruego me excuses. Dice —Sir Leicester tarda tanto en sacar el monóculo y ajustárselo que Milady parece irritarse un poco—. Dice: «por lo que respecta a la servidumbre de paso...» Perdón, perdón, no es aquí. Dice... ¡Sí! ¡Aquí lo tengo! Dice: «Le ruego salude respetuosamente de mi parte a Milady, a quien espero haya sentado bien el cambio de aires. ¿Tendría usted la bondad de mencionarle (pues puede resultarle interesante) que, a su regreso, tengo algo que decirle con referencia a la persona que copió la declaración jurada en el pleito ante Cancillería, que tanto estimuló su curiosidad? La he visto».

Milady se inclina hacia adelante y mira por la ventanilla.

—Ése es el mensaje —dice Sir Leicester.

—Me gustaría pasearme un rato —dice Milady, que sigue mirando por la ventanilla.

—¿Pasearte? —exclama Sir Leicester en tono sorprendido.

—Me gustaría pasearme un rato —repite Milady con una claridad inconfundible—. Te ruego que hagas detener el coche.

Se detiene el coche, el criado, afectuoso, baja de la trasera, abre la portezuela y saca la escalerilla, obediente a un gesto de impaciencia que hace Milady con la mano. Ella baja con tanta rapidez, y se aleja con tanta rapidez, que Sir Leicester, pese a su escrupulosa cortesía, no puede ayudarla y se queda atrás. Transcurre un lapso de uno o dos minutos antes de que pueda alcanzarla. Ella le sonrío, con gesto muy atractivo, lo toma del brazo y se pasea con él un cuarto de milla, se aburre muchísimo y vuelve a su asiento en el coche.

El traqueteo y el ruido continúan durante casi tres días, con más o menos cascabeleos y latigazos, y más o menos saltos de los centauros y los caballos sin ensillar. La cortesía exquisita de que se dan muestras el uno al otro en los hoteles en que se detienen es tema de general admiración. Si bien es cierto que el Lord es un poco mayor para Milady, dice Madame la dueña del Mono Dorado, y aunque podría ser un padre afectuoso, se ve inmediatamente que se quieren. Se ve a Milord con su pelo blanco mientras se queda, sombrero en mano, junto al coche para ayudar a Milady. No hay más que ver a Milady cómo reconoce la cortesía de Milord con una inclinación de esa cabeza tan distinguida, y cómo le concede los dedos de forma tan aristocrática. ¡Es fascinante!

El mar no reconoce a los grandes hombres, y les hace dar tumbos igual que a los pequeños. Siempre se porta mal con Sir Leicester, cuyo rostro se llena de manchas verdosas como el queso fermentado, y en cuyo aristocrático sistema digestivo efectúa una revolución horrible. Para él, el mar es el Radical de la Naturaleza. Sin embargo, su dignidad lo supera todo cuando se detiene a repostar, y sigue viaje con Milady hacia Chesney Wold, sin descansar más que una noche en Londres, camino de Lincolnshire.

Entran en el parque bajo el mismo sol frío —más frío a medida que cae el día— y en medio del mismo viento cortante —más cortante a medida que las sombras separadas de los árboles desnudos se van agrupando en el bosquecillo y que el Paseo del Fantasma, rozado en su esquina occidental por un haz de fuego que llega del cielo, se resigna a la llegada de la noche—. Los grajos, que se balancean en sus altas residencias de la alameda, parecen debatir la cuestión de quiénes ocupan el coche cuando éste pasa por debajo de ellos; algunos están de acuerdo en que han llegado Sir Leicester y Milady; otros discuten con los descontentos que no quieren reconocerlo; ora todos consienten en considerar que el debate ha terminado; ora vuelven a estallar

en un debate violento, incitados por un ave obstinada y soñolienta que persiste en decir el último graznido de contradicción. El coche de viaje deja que sigan balanceándose y graznando, y sigue rodando hacia la casa, donde hay fuegos que brillan cálidos por las ventanas, aunque no en tantas como para dar la impresión en la masa oscura de la fachada de que la mansión está habitada. Pero de eso se encargará pronto el brillante y distinguido círculo.

Está esperando la señora Rouncewell, que recibe el apretón de manos acostumbrado de Sir Leicester con una gran reverencia.

—¿Cómo está usted, señora Rouncewell? Me alegro de verla.

—Espero tener el honor de recibir a usted con buena salud, Sir Leicester.

—Excelente salud, señora Rouncewell.

—Milady tiene un aspecto encantador —dice la señora Rouncewell con otra reverencia.

Milady expresa, sin malgastar demasiadas palabras, que está tan fatigadamente bien como cabe esperar, dadas las circunstancias.

Pero a lo lejos se ve a Rosa, detrás del ama de llaves, y Milady, que quizá haya perdido muchas cosas, pero no su capacidad de observación, pregunta:

—¿Quién es esa chica?

—Una joven discípula mía, Milady. Rosa.

—¡Ven aquí, Rosa! —llama Lady Dedlock, que se digna incluso adoptar un gesto de interés—. Vaya, ¿sabes que eres muy guapa? —pregunta, tocándola en el hombro con dos dedos.

Rosa, muy tímida, dice:

—¡No, Milady, con perdón! —y mira arriba y abajo, y no sabe dónde mirar, pero está cada vez más guapa.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve, Milady.

—Diecinueve —repite Milady, pensativa—. Ten cuidado; no dejes que los halagos te lo hagan creer demasiado. —Sí, Milady.

Milady le toca en los hoyuelos de las mejillas con los mismos dedos delicados y enguantados, y va al pie de la escalera de roble, donde Sir Leicester la espera para escoltarla como un caballero. Los contempla un viejo Dedlock de tamaño y aburrimiento naturales, como si no supiera qué pensar, lo cual sería probablemente su estado de ánimo general en la época de la Reina Isabel.

Ese atardecer, en la habitación del ama de llaves, Rosa no hace más que murmurar sus elogios de Lady Dedlock. ¡Es tan afable, tan cortés, tan bella, tan elegante, tiene una voz tan dulce y un tacto tan maravilloso, que Rosa todavía lo siente! La señora Rouncewell lo confirma todo, no sin un cierto orgullo personal, y sólo manifiesta una reserva en cuanto a la afabilidad. La señora Rouncewell no está

tan segura de eso. Dios no permita que vaya ella a decir jamás una sílaba en contra de cualquier miembro de esa excelente familia; y sobre todo de Milady, a quien todo el mundo admira; pero si Milady no fuera más que «un poquitín más flexible», no tan fría y tan distante, la señora Rouncewell cree que sería más afable.

—Casi es una pena —añade la señora Rouncewell; sólo «casi», porque sería casi blasfemo suponer que algo pudiera ser mejor de lo que es; tomarse una libertad tan explícita con las cosas de los Dedlock— que Milady no tenga familia. Si tuviera una hija, una señorita ya crecida, en la que interesarse, creo que llegaría al único aspecto de la excelencia que le falta.

—Pero ¿no haría eso que fuera todavía más orgullosa, abuela? —pregunta Watt, que se ha ido a su casa y ha vuelto, de buen nieto que es.

—Eso de más o muy, hijo mío —replica dignamente el ama de llaves—, son palabras que no me corresponde a mí usar, y ni siquiera escuchar, en relación con los problemas que pueda tener Milady.

—Perdone, abuela. Pero *es verdad* que es orgullosa, ¿no?

—Si lo es, tiene sus motivos. La familia Dedlock siempre tiene motivos para serlo.

—¡Bueno! —dice Watt—. Es de esperar que tengan marcados en sus libros de oraciones un cierto pasaje destinado a la gente común, que habla del orgullo y la vanagloria [41] ¡Perdóneme, abuela! ¡No era más que una broma!

—Hijo mío, Sir Leicester y Lady Dedlock no pueden ser tema de bromas.

—Desde luego, Sir Leicester no es tema de bromas —dice Watt—, y le pido humildemente perdón. Supongo, abuela, que aunque abajo estén la, familia y sus invitados, no hay nada que objetar a que prolongue mi estancia un día o dos en las Armas de Dedlock, como cualquier viajero.

—Pues claro que no, hijo mío.

—Me alegro —responde Watt—, porque tengo unos deseos inexpresables de ampliar mis conocimientos de este vecindario tan maravilloso.

Mira por casualidad a Rosa, que baja la mirada y se siente verdaderamente tímida. Pero, según la vieja superstición, a Rosa deberían zumbarle las orejas, en lugar de arder le las frescas mejillas, porque en esos momentos la doncella de Milady está hablando de ella, y con gran energía.

La doncella de Milady es una francesa de treinta y dos años, procedente de algún punto del sur, entre Avignon y Marsella, una mujer morena de ojos grandes y pelo negro, que podría ser guapa de no ser por una boca felina y una cierta tensión facial, que hace que sus mandíbulas resulten demasiado ansiosas y su cráneo demasiado prominente. Su anatomía tiene algo indefiniblemente ansioso y ausente, y tiene una forma de mirar atentamente por el rabillo del ojo, sin volver la cabeza, que resulta bastante desagradable, sobre todo cuando está de mal humor y tiene cerca algún

cuchillo. Esas objeciones se expresan de tal modo, pese a su buen gusto en el vestir y a su ausencia de adornos, que parece desplazarse como una loba hermosa, pero no domesticada del todo. Además de estar muy bien preparada para todo lo que tiene que ver con su trabajo, habla el inglés casi como una nativa, y, en consecuencia, no le faltan palabras que pronunciar contra Rosa por haber atraído la atención de Milady, y las profiere con tal ironía cuando se sienta a comer con su compañero, el afectuoso ayuda de cámara, que éste se siente bastante aliviado cuando la comida llega a la fase de la cuchara.

¡Ja, ja, ja! Ella, Hortense, llevaba cinco años al servicio de Milady, y ésta siempre la había mantenido a distancia, y ahora esta muñeca, esta marioneta, recibe caricias, eso es, caricias, de Milady en el momento de llegar a la casa. ¡Ja, ja, ja! «¿Y sabes que eres muy guapa, niña?»... «No, Milady». ¡Ahí no te equivocas! «¿Y cuántos años tienes, hija? Y ten cuidado, no dejes que los halagos te lo hagan creer demasiado». ¡Qué divertido. Eso es lo *mejor* de todo!

En resumen, se trata de algo tan admirable que Mademoiselle Hortense no sólo no puede olvidarlo, sino que en las comidas de los días siguientes, incluso entre sus conciudadanas y otras personas de condición afín llegadas con la multitud de visitantes, vuelve a disfrutar silenciosamente de la gracia, un disfrute expresado, a su propio estilo bienhumorado, con una tensión facial mayor, un alargamiento comprimido de la boca y una mirada lateral, con una apreciación intensa del humor que se refleja con frecuencia en los espejos de Milady cuando no está Milady allí.

Ahora entran en acción todos los espejos de la casa: muchos de ellos, al cabo de una larga inactividad. Reflejan caras hermosas, caras quejumbrosas, caras juveniles, caras de ancianos de setenta años que no aceptan la vejez y que vienen a pasar una o dos semanas de enero en Chesney Wold y que los rumores del gran mundo, vigoroso cazador delante de Jehová [42] persiguen con olfato agudo, desde que salen de sus madrigueras en la Corte de St. James hasta que por fin les llega la Muerte. La casa de Lincolnshire está animadísima. De día se oyen armas de fuego y voces que resuenan en el bosque, los jinetes y los carruajes adornan los caminos del parque, los sirvientes y los parásitos llenan el pueblo y las Armas de Dedlock. Vista de noche, desde lejanos claros entre los árboles, la hilera de ventanas del salón largo, donde está colgado el retrato de Milady sobre la gran chimenea, es como una hilera de joyas montadas en un marco negro. El domingo, la iglesita fría casi se calienta con tanta y tan buena compañía, y el aroma generalmente ceniciento de Dedlock queda sofocado por perfumes delicados.

El brillante y distinguido círculo comprende en su seno una cantidad ilimitada de educación, buen sentido, valor, honor, belleza y virtud. Pero hay algo que está mal, pese a sus inmensas ventajas. ¿Qué podrá ser?

¿El dandysmo? Ya no hay un Rey Jorge IV [43] (¡y es de lamentar!) que

establezca la moda de los dandies; ya no hay corbatines de felpa almidonados, ni chaquetas ajustadas, ni pantorrillas falsas, ni ballenas. Ya no hay caricaturas de Exquisitos afeminados así ataviados, desmayándose de delicia en los palcos de la ópera, cuando los reciben otros seres delicados que se llevan frasquitos de perfume de largos cuellos a las narices. Ya no hay elegantes que necesiten de cuatro hombres para ayudarlos a embutirse en sus ropas de ante, ni que vayan a presenciar todas las ejecuciones, ni que se sientan perturbados por el remordimiento de haber consumido un guisante una vez. Pero ¿existe un dandysmo en el brillante y distinguido círculo, pese a todo, un dandysmo de tipo más maligno que ha salido de debajo de la superficie y que hace cosas menos inofensivas que el ponerse corbatines de felpa e interrumpir su propia digestión, cosas a las que ningún ser racional puede objetar nada en especial?

Pues sí. No cabe disimularlo. Esta semana de enero hay en Chesney Wold algunas damas y caballeros a la última moda que han creado un nuevo dandysmo, por ejemplo en materia de Religión. Que, por una mera falta caprichosa de emociones, han convenido en conversaciones dandies que la gente Vulgar carece de fe en las cosas en general, es decir, en las cosas que se han intentado y se ha visto que estaban en falta, ¡como si un plebeyo perdiera inexplicablemente la fe en una moneda falsa de chelín después de comprobar su falsedad! Que querrían dar a la gente Vulgar más pintoresquismo y fidelidad, y para ello retrasar las agujas del reloj del Tiempo y borrar cien años de historia.

También hay damas y caballeros que siguen otro tipo de moda, no tan nueva, pero muy elegantes, que han convenido en dar un barniz suave al mundo y tener a raya todas las realidades. Para quienes todo ha de ser lánguido y bonito. Que han descubierto la inmovilidad continua. Que no se alegran con nada y no se entristecen con nada. Que no se dejan molestar por las Ideas. Para quienes incluso las Bellas Artes que esperan empolvadas y caminan de espaldas igual que el Lord Chambelán, deben ataviarse con los modelos de los sombrereros y los sastres de las generaciones pasadas, y tener especial cuidado de no actuar con seriedad, ni dejarse afectar en absoluto por la marcha de los tiempos en movimiento.

Y está Lord Boodle [\[44\]](#) de gran consideración en su partido, que sabe lo que es ocupar altos cargos, y que dice a Sir Leicester Dedlock con enorme gravedad, después de la comida, que verdaderamente no sabe dónde van a llegar los tiempos. Los debates no son lo que eran; la Cámara no es lo que era; ni siquiera el Gabinete es lo que era. Percibe con asombro que, de suponer que cayera el actual Gobierno, la opción de la Corona para formar un ministerio se limitaría a Lord Coodle y Sir Thomas Doodle, de suponer que el Duque de Foodle no pudiera coaligarse con Doodle, lo que cabe suponer ocurriría como consecuencia de la ruptura debida al asunto de Hoodle. Después, si se da el Departamento del Interior y la Jefatura de la

Cámara de los Comunes a Joodle, el Exchequer a Koodle, las Colonias a Loodle y el Foreign Office a Moodle, ¿qué hace con Noodle? No se le puede ofrecer la Presidencia del Consejo Privado, que está reservada para Poodle. No se le puede poner en Campos y Bosques, porque eso apenas si vale para Quoodle. ¿Qué hacer? ¿Qué deducir? ¡Que el país naufraga, se hunde, está perdido y se deshace (como debe ser manifiesto para un patriota como Sir Leicester Dedlock), porque no hay un puesto que dar a Noodle!

Por otra parte, el Honorable William Buffy, miembro del Parlamento, debate con su vecino de mesa que el naufragio del país —del que no cabe duda; lo único dudoso es cómo se producirá— es atribuible a Cuffy. Si se hubiera hecho con Cuffy lo que se debía cuando ingresó en el Parlamento, y se le hubiera impedido aliarse con Duffy, entonces se habría aliado con Fuffy, con lo que se hubiera contado con el peso de un gran polemista como Guffy, y al llevar a las elecciones las riquezas de Huffy, se habría conseguido que tres condados estuvieran representados por Juffy, Kuffy y Luffy, y se hubiera reforzado la administración con los conocimientos oficiales y el sentido de los negocios de Muffy. ¡Todo eso, en lugar de depender, como ahora, del mero capricho de Puffy!

A este respecto, así como en torno a temas de menor importancia, hay diferencias de opinión, pero está perfectamente claro para el brillante y distinguido círculo, unánimemente, que en el fondo lo único que importa son Boodle y su séquito y Buffy y su séquito. Ésos son los grandes actores a los que está reservado el escenario. Sin duda que hay un Pueblo: un cierto número de supernumerarios a los que hablar de vez en cuando y a los que recurrir para que griten y hagan coro, igual que en el escenario del teatro, pero Boodle y Buffy, sus seguidores y sus familias, sus herederos, albaceas, administradores y derechohabientes, son los primeros actores natos, los administradores y los líderes, y nadie más que ellos podrá aparecer en escena jamás de los jamases.

También es posible que en esto haya más dandysmo en Chesney Wold de lo que le convendría a la larga al brillante y distinguido círculo. Pues parece que, incluso en los círculos más discretos y corteses, al igual que en el círculo que dibuja alrededor de sí mismo el nigromante, fuera de él se advierten en movimiento seres muy extraños. Con esta diferencia: que al tratarse de realidades y no de fantasmas, sea mayor el peligro de que irruman en ese círculo.

En todo caso, Chesney Wold está completamente lleno; tan lleno, que en los pechos de las doncellas de las grandes damas que están mal alojadas surge una sensación ardiente de furia, que no se puede apagar. No hay vacío más que un aposento. Es una habitación de tercera categoría en una torreta, amueblada con sencillez, pero cómodamente, y con un aire serio y anticuado. Es el aposento del señor Tulkinghorn, y nunca se le asigna a nadie más, pues puede presentarse en

cualquier momento. Todavía no ha llegado. Tiene la discreta costumbre de llegar desde el pueblo al parque cuando hace buen tiempo, aposentarse en su cuarto como si nunca hubiera salido de él desde la última vez que lo ocupó, pedir a alguien del servicio que comunique a Sir Leicester que ha llegado, por si quiere verlo, y aparecer diez minutos antes de la cena, a la sombra de la puerta de la biblioteca. Duerme en la torreta, y encima de su cabeza hay un mástil de bandera que chirría toda la noche, y fuera tiene un pequeño camino de ronda por el que se le puede ver paseándose cuando está allí y hace buen tiempo, antes del desayuno, como una especie de grajo gigante.

Todos los días, antes de la cena, Milady mira a ver si está entre las sombras de la biblioteca, pero no está. Todos los días, a la hora de la cena, Milady mira hacia el otro extremo de la mesa en busca del lugar vacío, que estaría esperándolo si acabara de llegar, pero no hay ningún lugar vacío. Todas las noches, Milady pregunta a su doncella, sin darle importancia:

—¿Ha llegado el señor Tulkinghorn?

Todas las noches la respuesta es:

—No, Milady, todavía no.

Una noche, mientras le están deshaciendo el peinado, Milady se hunde en profundos pensamientos tras esta respuesta, hasta que se ve su propia faz melancólica en el espejo frente a ella, y un par de ojos negros que la estudian atentamente.

—Te ruego —dice Milady entonces, dirigiéndose a Hortense— que te ocupes de tus cosas. Ya podrás contemplar tu belleza en otro momento.

—¡Perdón! Era la belleza de Milady.

—Eso —dice Milady— es algo que no necesitas contemplar en absoluto.

Por fin, una tarde, poco antes del anochecer, cuando se han dispersado todos los grupos de figuras que desde hace una o dos horas vienen animando el Paseo del Fantasma, y sólo quedan en la terraza Sir Leicester y Milady, aparece el señor Tulkinghorn. Se les acerca con su habitual paso metódico, que nunca es más ni menos rápido. Lleva su habitual máscara inexpresiva (de suponer que se trate de una máscara) y porta secretos de familia en cada uno de los miembros de su cuerpo, en cada una de las arrugas de su atavío. Si toda su alma está consagrada a los grandes o si no rinde a éstos más que los servicios que vende, ése es su secreto personal. Lo mantiene igual que mantiene los secretos de sus clientes; a ese respecto es su propio cliente, y jamás se traicionará.

—¿Cómo está usted, señor Tulkinghorn? —dice Sir Leicester al darle la mano.

El señor Tulkinghorn está muy bien. Sir Leicester está muy bien. Milady está muy bien. Todo resulta muy satisfactorio. El abogado, con las manos a la espalda, pasea al lado de Sir Leicester por la terraza. Milady va del otro lado.

—Lo esperábamos antes —dice Sir Leicester. Es una observación muy atenta. Es

como si hubiera dicho: «Señor Tulkinghorn, recordamos que usted existe incluso cuando no está usted aquí para recordárnoslo con su presencia. ¡Ya ve usted, caballero, que le dedicamos una parte de nuestros pensamientos!».

El señor Tulkinghorn lo comprende, inclina la cabeza y dice que lo agradece mucho.

—Debería haber llegado antes —explica—, de no haber sido por estar ocupadísimo con los temas de esos diversos pleitos entre usted y Boythorn.

—Hombre de mentalidad muy desordenada —observa Sir Leicester severamente—. Persona peligrosísima para cualquier comunidad. Un hombre de carácter muy vil.

—Es terco —dice el señor Tulkinghorn.

—Como es lógico que lo sea una persona así —dice Sir Leicester, que tiene todo el aspecto de ser terquísimo él también—. No me sorprende nada lo que usted dice.

—Lo único que queda en duda —continúa el abogado— es si está usted dispuesto a ceder en algo.

—No, señor —replica Sir Leicester—. En nada. ¿Ceder yo?

—No me refiero a nada de importancia. Ya sé que en eso no querrá usted abandonar nada. Me refiero a algo intrascendente.

—Señor Tulkinghorn —replicó Sir Leicester—, no puede haber cosas intrascendentes entre yo y el señor Boythorn. Si voy más allá, si observo que no me resulta fácil concebir cómo cabe calificar de intrascendente a *cualquier* derecho mío, no me refiero tanto a mí mismo, individualmente, sino a la posición de mi familia, que me incumbe a mí mantener.

El señor Tulkinghorn vuelve a bajar la cabeza y dice:

—Ya tengo mis instrucciones. El señor Boythorn va a crearnos muchos problemas...

—Señor Tulkinghorn, es típico de ese género de personas —interrumpe Sir Leicester— el *crear* problemas. Es un personaje que probablemente, hace cincuenta años, se hubiera visto juzgado en el Old Bailey por algún acto demagógico, y bien castigado... por no decir —añade Sir Leicester tras detenerse un momento—, por no decir colgado, descuartizado y despedazado.

Sir Leicester parece descargar su alma de estadista de un gran peso al pronunciar esta sentencia capital, como si fuera lo más satisfactorio del mundo, con la excepción de la ejecución efectiva de la sentencia.

—Pero se acerca la noche —continúa— y Milady va a enfriarse. Entremos, querida mía.

Al volverse hacia la puerta del vestíbulo, Lady Dedlock se dirige al señor Tulkinghorn por primera vez.

—Me ha enviado usted un mensaje acerca de la persona por cuya letra le pregunté. Ha sido muy propio de usted recordar esa circunstancia; yo ya la había

olvidado. Su mensaje me la ha vuelto a recordar. No logro imaginar qué relación tenía yo con esa letra, pero sin duda que era con algo.

—¿Con algo? —repite el señor Tulkinghorn.

—¡Sin duda! —repite despreocupadamente Milady—. Tiene que haber sido algo. Y, ¿de verdad que se molestó usted en buscar a quien escribió aquella... como se llame... declaración jurada?

—Sí.

—¡Qué extraño!

Pasan a un sombrío cuarto del desayuno en el piso bajo, iluminado durante el día por dos ventanas abiertas en un grueso muro. Es el atardecer. El fuego se refleja brillante en las paredes de madera, y pálido en los cristales de las ventanas, donde, por en medio del reflejo frío de la hoguera, el paisaje más frío tiembla en el viento, y se desliza una niebla gris: única viajera aparte de la masa de nubes.

—Sí —dice—. Pregunté por él y lo encontré. Y lo que es más extraño, lo encontré...

—¡Que no era nada extraordinario, me temo! —se le adelanta lánguidamente Lady Dedlock.

—Lo encontré ya muerto.

—¡Dios mío! —exclama Sir Leicester, no tan escandalizado por el hecho en sí sino por el hecho de que se mencione el hecho.

—Me indicaron dónde se alojaba, un lugar pobre, miserable, y lo encontré muerto.

—Perdone usted, señor Tulkinghorn —observa Sir Leicester—, pero creo que cuanto menos se hable...

—Por favor, Sir Leicester, desearía saber toda la historia —dice Milady—. Es toda una historia para el atardecer. ¡Qué horrible! ¿Muerto?

El señor Tulkinghorn vuelve a afirmarlo con un gesto de la cabeza:

—Que fuera por su propia mano...

—¡Por mi honor! —exclama Sir Leicester—. ¡Realmente!

—¡Deseo oír la historia! —exclama Milady.

—Como quieras, querida mía. Pero he de decir...

—¡No tienes nada que decir! Continúe, señor Tulkinghorn.

Sir Leicester cede galantemente, aunque sigue opinando que el hablar de sordideces así a las clases altas es verdaderamente... verdaderamente...

—Estaba a punto de decir —continúa el abogado con una calma imperturbable— que si se había dado la muerte por su propia mano o no es algo que no puedo decirles. Sin embargo, debo modificar esa frase al decir que sin duda había muerto por su propia mano; después, que ello fuera por intención propia y deliberada o por casualidad, es algo que nunca se podrá saber. El jurado del Coroner concluyó que

había él tomado el veneno accidentalmente.

—Y, ¿qué género de persona —pregunta Milady— era ese ser deplorable?

—Resulta difícil decirlo —replica el abogado con una sacudida de la cabeza—. Había vivido tan pobremente, y estaba tan desaseado, con su tez de gitano y aquel pelo y aquella barba tan desordenados, que yo hubiera juzgado que se trataba de alguien lo más vulgar posible. El médico tenía la idea de que en otros tiempos había pertenecido a una clase mejor, tanto en aspecto como en condición.

—¿Cómo se llamaba el pobre individuo?

—Le daban el nombre que él mismo se daba, pero nadie sabía cómo se llamaba.

—¿Ni siquiera quiénes lo trataban?

—Nadie lo trataba. Lo encontraron muerto. De hecho, yo lo encontré muerto.

—¿Sin ninguna pista acerca de nada más?

—Ninguna; aunque había —añade pensativo el abogado— un viejo portamantas, pero... No, no había documentos.

Mientras se han ido pronunciando las palabras de este breve diálogo Lady Dedlock y el señor Tulkinghorn, sin otra modificación de su porte habitual, se han estado mirando fijamente, como quizá sea natural en una conversación acerca de tema tan desusado. Sir Leicester ha estado contemplando la chimenea, con la misma expresión general de los Dedlock de la escalera. Una vez contada la historia, renueva su protesta solemne y comenta que es evidente que la relación establecida mentalmente por Milady no puede en absoluto referirse a ese miserable (salvo que se tratara de un pedigüeño que pidiera limosna por carta); espera no oír más acerca de un tema tan impropio de la condición de Milady.

—Desde luego, es una serie de horrores —dice Milady recogiendo sus mantos y sus pieles—, pero para pasar un rato resulta interesante. Señor Tulkinghorn, tenga la bondad de abrirme la puerta.

El señor Tulkinghorn se la abre con deferencia y se la mantiene abierta mientras sale ella. Pasa a su lado, con su aire fatigado de costumbre y su elegancia insolente. Vuelven a verse a la hora de comer, y otra vez al día siguiente, y así durante muchos días seguidos. Lady Dedlock es siempre la misma deidad agotada, rodeada de sus adoradores, se siente terriblemente inclinada a morir de aburrimiento, al mismo tiempo que preside su propio culto. El señor Tulkinghorn es siempre el mismo depósito mudo de nobles confianzas, tan extrañamente fuera de lugar y sin embargo tan perfectamente en casa. Parece que se dieran tan poca cuenta el uno de la existencia del otro como pueda ser posible entre dos personas encerradas entre las mismas paredes. Pero cada uno de ellos está cada vez más en guardia contra el otro y sospecha de él que se reserva algo importante; el que cada uno de ellos esté cada vez más dispuesto en todos los respectos en contra del otro, para que nunca lo pesque descuidado; lo que daría cada uno de ellos por saber cuánto sabe el otro: todo eso

yace escondido, por el momento, en los corazones de ambos.

13. La narración de Esther

Celebramos muchas consultas acerca de lo que iba a hacer Richard; primero sin el señor Jarndyce, tal como había pedido éste, y después con él, pero pasó mucho tiempo antes de que pareciésemos avanzar algo. Richard decía que estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Cuando el señor Jarndyce dudó si no sería ya demasiado mayor para entrar en la Marina, Richard dijo que ya había pensado en eso y que quizá lo fuera. Cuando el señor Jarndyce le preguntó qué le parecía el Ejército, Richard dijo que también había pensado en eso y que no era mala idea. Cuando el señor Jarndyce le aconsejó que tratara de decidir por sí mismo si su antigua preferencia por el mar no sería un entusiasmo normal en los niños, o si sería un impulso decidido, Richard respondió que, bueno, de verdad que lo *había* intentado muchas veces y no podía decidirse.

—No pretendo decir —me comentó el señor Jarndyce— qué proporción de esta indecisión de carácter se puede atribuir a ese marasmo incomprensible de incertidumbre y de circunloquios en que se ha visto sumido desde que nació, pero lo que es evidente es que éste es uno más de los pecados de los que se puede acusar a la Cancillería. Ha engendrado o confirmado en él el hábito de dejar las cosas y de confiar en tal o cual coincidencia, sin saber cuál, y de desechar todo lo demás como incierto, indeciso y confuso. Es posible que incluso el carácter de personas mucho más viejas y estables se vea modificado por las circunstancias que las rodean. Sería demasiado esperar que el de un muchacho, en su fase de formación, estuviera sometido a esas influencias y escapara a ellas.

Me pareció que lo que decía era cierto, aunque, si se me permite aventurar lo que pensaba yo además, me parecía muy de lamentar que la educación de Richard no hubiera contrarrestado esas influencias, ni guiado su carácter. Había pasado ocho años en una escuela pública [45] y según entendía yo, había aprendido a hacer diversos tipos de versos en latín de la forma más admirable. Pero, que yo supiera, nadie se había molestado en averiguar cuál era su verdadera vocación, ni cuáles eran sus puntos débiles, ni de adaptarle a él ningún tipo de conocimiento. Lo había adaptado a él a esos versos, y él había aprendido el arte de hacerlos con tal perfección que de haberse quedado en la escuela hasta cumplir la mayoría de edad, supongo que hubiera podido seguir haciéndolos una vez tras otra, salvo que hubiera ampliado su educación olvidando cómo se hacían. Pero, aunque me parecía que sin duda eran muy hermosos, y muy educativos, y muy suficientes para montones de cosas en la vida, y algo que recordar a todo lo largo de la vida, sí que dudaba de que a Richard no le hubiera convenido también que alguien lo estudiara a él un poco, en lugar de que él estudiara tanto aquellos versos en latín.

Claro que yo no sabía nada del tema, y ni siquiera ahora sé si los jóvenes

caballeros de la Roma o la Grecia clásicas tenían que hacer tantos versos, ni si los jóvenes caballeros de cualquier otro país jamás hacían tantos versos así.

—No tengo la menor idea —decía Richard, pensativo— de lo que voy a hacer. Salvo que estoy seguro de que no quiero dedicarme a la Iglesia, en el resto estoy indeciso.

—¿No se te ocurre la misma carrera que a Kenge? —sugirió el señor Jarndyce.

—¡No sé, señor! —replicó Richard—. Me gusta navegar. Y no cabe duda de que los abogados se meten en aguas muy turbias. ¡Es una profesión interesantísima!

—La medicina... —sugirió el señor Jarndyce.

—¡Exactamente, señor! —exclamó Richard.

Yo creo que hasta aquel momento ni siquiera había pensado en eso.

—¡Exactamente, señor! —repitió Richard con el mayor entusiasmo—. ¡Ya lo tenemos, miembro del Real Colegio de Médicos!

Aunque rompimos a reír, no lo disuadimos, pese a que él mismo se reía con toda su alma. Dijo que había escogido su profesión, y cuanto más pensaba en ella, más consideraba que su destino era evidente: el arte de la curación era, a su juicio, la más noble de las artes. Yo me preguntaba si no habría llegado a esa conclusión porque, como nunca había tenido muchas ocasiones de averiguar por sí mismo para qué estaba dotado, y como nunca le había orientado nadie para que lo descubriera, se sentía fascinado por la nueva idea, y celebraba terminar con la angustia de la decisión. Me preguntaba si tantos versos en latín no solían terminar en esto o si el caso de Richard era excepcional.

El señor Jarndyce se preocupó mucho de hablar con él en serio, y de apelar a su sentido común para que no se engañara en algo tan importante. Tras aquellas entrevistas Richard se ponía algo más serio, pero indefectiblemente nos decía a Ada y a mí que «todo iba bien» y después se ponía a hablar de otra cosa.

—¡Santo cielo! —exclamaba el señor Boythorn, que tomaba un interés muy grande por el tema (claro que huelga decir que nunca se interesaba sólo un poco por nada)— ¡Cuánto me alegra ver a un joven caballero inteligente y valeroso que se dedica a tan noble profesión! Cuantas más personas inteligentes se dediquen a ella, mejor para la humanidad, y peor para esos mercenarios vendidos y viles tramposos que disfrutan al utilizar tan ilustre arte en contra de la humanidad. ¡Juro por todas las maldades y los engaños —exclamaba el señor Boythorn— que el trato que se da a los médicos de la Marina cuando se embarcan es tan infame que yo estaría dispuesto a someter a las piernas (ambas piernas) de todos los miembros del Almirantazgo a una fractura triple, y convertiría en delito punible con deportación el que un médico colegiado que se la curase si no se cambiara todo el sistema en cuarenta y ocho horas!

—¿No les dejarías una semana? —preguntó el señor Jarndyce.

—¡No! —exclamó decididamente el señor Boythorn—. ¡Por nada del mundo!

¡Cuarenta y ocho horas! Y en cuanto a las Corporaciones, Parroquias, Feligresías y demás reuniones de necios que se reúnen a intercambiar discursos tales que, ¡por el Cielo!, habría que enviarlos a las minas de azogue por el breve resto de sus miserables vidas, aunque sólo fuera para evitar que el detestable inglés que hablan contaminara un idioma que se pronuncia en presencia del Sol; en cuanto a esos individuos que se aprovechan mezquinamente del ardor de los caballeros que van en búsqueda del conocimiento, y recompensan los servicios inestimables de los mejores años de sus vidas, sus largos estudios y su cara educación, con unas pitanzas tan reducidas que no las aceptarían unos auxiliares de oficina, yo haría que les retorciera el pescuezo a cada uno de ellos y que expusieran sus calaveras en la Sala del Colegio de Médicos para que las pudiera contemplar toda la profesión ¡a fin de que los miembros más jóvenes de ésta comprendieran a partir de mediciones reales, y cuanto antes, lo *impenetrables* que son algunos cráneos!

Terminó aquella declaración vehemente con una mirada sonriente a todos nosotros, muy agradable, y terminó con un atronador «¡Ja, ja, ja!», repetido una y otra vez, a tal punto que en cualquier otro se hubiera podido temer que quedara agotado del esfuerzo.

Como Richard seguía diciendo que su elección era irrevocable, después de que el señor Jarndyce le recomendara varios plazos de reflexión, y como seguía asegurándonos a Ada y a mí que «estaba bien», con el mismo aire definitivo, se hizo aconsejable solicitar el consejo del señor Kenge. En consecuencia, un día vino a comer el señor Kenge, que, echándose atrás en la silla y dando vueltas a las gafas constantemente, habló con voz sonora e hizo exactamente lo mismo que le había visto hacer cuando era yo una muchachita.

—¡Ah! —dijo el señor Kenge—. Sí. ¡Bien! Una profesión muy buena, señor Jarndyce, muy buena.

—Cuyos estudios y preparación requieren una gran diligencia —observó mi Tutor con una mirada a Richard.

—Sin duda —dijo el señor Kenge—. Diligencia.

—Pero como lo mismo ocurre —continuó diciendo el señor Jarndyce—, más o menos, con todas las ocupaciones que merecen la pena, no es una consideración especial que pudiera eludirse en el caso de que la elección fuese otra.

—Es cierto —dijo el señor Kenge—, y el señor Carstone, que tan meritoriamente ha realizados los, ¿digamos estudios clásicos?, en los que ha pasado su juventud, aplicará sin duda los hábitos, aunque no los principios y la práctica, de la versificación en ese idioma en el cual (si no me equivoco) se decía que un poeta nacía, no se hacía, a la esfera de acción considerablemente más práctica en la que entra.

—Pueden estar seguros de ello —dijo Richard con su aire despreocupado—; de

que me pondré a ello con todas mis fuerzas.

—¡Muy bien, señor Jarndyce! —exclamó el señor Kenge con una leve inclinación de cabeza—. Verdaderamente, cuando el señor Richard nos asegura que se propone dedicarse a ello con todas sus fuerzas —siguió diciendo con gestos expresivos y armoniosos mientras manifestaba todo aquello—, yo sugeriría que no tenemos sino que averiguar cuál es el mejor modo de alcanzar el objeto de su ambición. Veamos ahora la posibilidad de poner al señor Richard a estudiar con algún médico eminente. ¿Se les ocurre a ustedes alguien?

—Nadie, ¿no, Rick? —preguntó mi Tutor.

—Nadie, señor —contestó Richard.

—¡Exactamente! —dijo el señor Kenge—. Pasemos a ver la especialidad. ¿Existe alguna opinión concreta al respecto?

—No... no —dijo Richard.

—¡Exactamente! —dijo el señor Kenge otra vez.

—Me gustaría que hubiera un poco de variedad —observó Richard— ... Es decir, una gama amplia de experiencia.

—Muy necesario, sin duda —replicó el señor Kenge—. Creo que será muy fácil organizarlo, ¿verdad, señor Jarndyce? Tenemos, en primer lugar, que descubrir a un médico bien situado, y en cuanto demos a conocer lo que necesitamos, ¿debo añadirlo?, y establezcamos además nuestra capacidad para pagar una prima por estudios, nuestro único problema será el seleccionar a uno entre muchos. En segundo lugar, no tenemos más que respetar los pequeños trámites que requieren estos tiempos, y recordar que estamos bajo la tutela del Tribunal. Pronto estaremos, si se me permite emplear el término que tan gráficamente utiliza el señor Richard, puestos a ello. Es una casualidad —añadió el señor Kenge con una huella de melancolía en su sonrisa—, una de esas casualidades que pueden o no requerir una explicación más allá de nuestras actuales y limitadas facultades, que yo tengo un primo en la profesión médica. Quizá lo consideren ustedes idóneo, y quizá esté él dispuesto a responder a esta propuesta. No puedo responder en su nombre ni en el de ustedes, pero, ¡es posible!

Como aquello abría una perspectiva, se dispuso que el señor Kenge fuera a ver a su primo. Y como el señor Jarndyce nos había propuesto anteriormente llevarnos unas semanas a Londres, al día siguiente se decidió que hiciéramos aquella visita inmediatamente, y aprovecharla para ocuparnos de los asuntos de Richard.

Cuando el señor Boythorn se marchó de nuestra casa al cabo de una semana, fuimos a alojarnos en un lugar muy bonito en Oxford Street, encima de la tienda de un tapicero. Londres nos pareció maravilloso, y nos pasábamos fuera horas y horas, viendo todo lo que había que ver, de modo que parecía más fácil que nos agotáramos nosotros que no todo aquello. También recorrimos los principales teatros, para gran

delicia nuestra, y vimos todas las obras que merecían la pena. Lo menciono porque fue en el teatro donde el señor Guppy empezó a causarme molestias otra vez.

Estaba yo una noche sentada con Ada en la delantera del palco, y Richard estaba donde más le gustaba, detrás de Ada, cuando miré por casualidad al patio de butacas y vi al señor Guppy, con el pelo aplastado y el pesar pintado en la cara, que miraba hacia mí. Creo que durante toda la representación no miró para nada a los actores, sino que me estuvo mirando a mí constantemente, y siempre con una expresión, cuidadosamente preparada, del mayor dolor y el pesar más profundo.

Destruyó totalmente el placer que me causaba la velada, porque resultaba muy embarazoso y de lo más ridículo. Pero a partir de aquel momento nunca íbamos al teatro sin que yo viera al señor Guppy, siempre con el pelo peinado bien aplastado, con el cuello de la camisa vuelto hacia abajo y un aspecto general de debilidad. Si no estaba cuando llegábamos nosotros, y yo empezaba a esperar que no llegara, y me dejaba llevar durante un rato por el interés de la escena, estaba segura de encontrarme con su mirada lánguida cuando menos lo esperaba, y a partir de aquel momento estaba segura de que la tendría fija en mí durante toda la velada.

Verdaderamente, no sé expresar lo incómoda que me ponía todo aquello. Si se hubiera cepillado el pelo, o hubiera levantado el cuello de la camisa, aquello seguiría siendo desagradable, pero el saber que aquella figura absurda me estaba siempre contemplando, y siempre en aquel estado ostensible de desazón, me sometía a tal tensión que no me gustaba reírme con la obra, ni llorar con ella, ni moverme, ni hablar. Me parecía imposible hacer nada con naturalidad. En cuanto a huir del señor Guppy mediante una retirada a la trasera del palco, no podía soportar la idea, pues sabía que Richard y Ada contaban con tenerme a su lado, y que nunca hubieran podido hablar entre sí de manera tan alegre si otra persona hubiera ocupado mi lugar. De manera que aquí me quedaba, sin saber a dónde mirar, pues dondequiera que mirase, sabía que me seguía la mirada del señor Guppy, y pensaba en el enorme gasto que estaba realizando aquel joven sólo por mí.

A veces pensaba en decírselo al señor Jarndyce. Pero entonces temía que el joven perdiera su empleo, y que cayera en la ruina. A veces pensaba en confiárselo a Richard, pero me disuadía la posibilidad de que se peleara con el señor Guppy y le hinchara un ojo. A veces pensaba que debía fruncirle el ceño, o hacer un gesto negativo de la cabeza. Después pensaba que no podía hacer eso. A veces pensaba que debía escribir a su madre, pero aquello acababa conmigo convencida de que el iniciar una correspondencia sería empeorar las cosas. Al final siempre llegaba a la conclusión de que no podía hacer nada. Durante todo aquel tiempo la perseverancia del señor Guppy no sólo le hacía estar presente en todos los teatros a los que íbamos, sino que lo hacía aparecer entre la multitud cuando salíamos, e incluso subirse a la trasera de nuestro coche, donde estoy segura de haberlo visto, debatiéndose entre los

pinchos terribles que había puestos allí. Cuando llegábamos a casa, se quedaba apoyado en una parte iluminada que había frente a ella. Como la casa del tapicero en la que estábamos alojados se hallaba en la esquina de dos calles, y la ventana de mi dormitorio estaba frente a aquel poste, cuando yo subía las escaleras sentía miedo de acercarme a la ventana, no fuera a verlo (como me ocurrió una noche de luna) apoyado en el poste, y evidentemente enfriándose. Si, afortunadamente para mí, el señor Guppy no hubiera tenido sus ocupaciones durante el día, verdaderamente no hubiera podido escapar a él en ningún momento.

Mientras nos dedicábamos a aquella serie de diversiones, en las que participaba de manera tan extraordinaria el señor Guppy, no descuidábamos el asunto que había servido para traernos a la ciudad. El primo del señor Kenge era un tal señor Bayham Badger, que tenía una buena consulta en Chelsea, y además prestaba sus servicios en una gran institución pública. Estaba perfectamente dispuesto a recibir a Richard en su casa y a supervisar sus estudios, y como parecía que éstos se podían seguir provechosamente bajo el techo del señor Badger, y al señor Badger le agradó Richard, y Richard dijo que a él le «parecía aceptable» el señor Badger, se llegó a un acuerdo, se obtuvo el consentimiento del Lord Canciller y quedó todo convenido.

El día en que quedaron concertados los asuntos entre Richard y el señor Badger estábamos todos invitados a cenar en casa de este último. Sería «una comida puramente en familia», según decía la nota de la señora Badger, y vimos que la única dama era la propia señora Badger. Se hallaba en su salón rodeada de objetos que indicaban que pintaba algo, tocaba algo el piano, tocaba algo la guitarra, tocaba algo el arpa, cantaba algo, trabajaba algo, leía algo, escribía algo de poesía y se dedicaba algo a la botánica. Era una dama de unos cincuenta años, según me pareció, vestida con estilo juvenil y con un cutis muy fino. Si añadido a la lista de sus virtudes que se maquillaba un poco, no quiero con ello criticarle en absoluto.

El propio señor Bayham Badger era un caballero sonrosado, de cara jovial, vivaz, de voz débil, dientes blancos, pelo claro y la mirada sorprendida, algo más joven, me pareció, que la señora Badger. Admiraba mucho a su esposa, y sobre todo y para empezar, por el curioso motivo (según nos pareció) de que se había casado tres veces. Acabábamos de sentarnos cuando dijo al señor Jarndyce con tono triunfal:

—¡Seguro que no sería usted capaz de suponer que soy el tercer marido de la señora Badger!

—¿Es cierto? —replicó el señor Jarndyce.

—¡El tercero! —exclamó el señor Badger—. ¿Verdad, señorita Summerson, que la señora Badger no tiene el aspecto de una dama que ha estado casada dos veces antes?

—¡En absoluto! —repliqué.

—¡Y con hombres notabilísimos! —continuó diciendo el señor Badger en tono

confidencial—. El Capitán Swosser de la Marina Real, que fue el primer marido de la señora Badger, era un oficial de gran distinción. El nombre del Profesor Dingo [46], mi predecesor inmediato, goza de reputación europea.

La señora Badger oyó lo que decía y sonrió.

—¡Sí, cariño mío! —replicó el señor Badger a aquella sonrisa—. Observaba al señor Jarndyce y a la señorita Summerson que ya habías estado casada dos veces, y ambas con personas muy distinguidas. Y a ellos, como suele ocurrir, les resulta difícil creerlo.

—Yo tenía apenas veinte años —dijo la señora Badger— cuando me casé con el Capitán Swosser, de la Marina Real. Estuve con él en el Mediterráneo; soy muy marinera. El día del duodécimo aniversario de mi boda me casé con el Profesor Dingo.

—De reputación europea —añadió el señor Badger en voz baja.

«Y cuando nos casamos el señor Badger y yo», siguió relatando la señora Badger, «lo hicimos el mismo día del año. Yo le había tomado cariño a esa fecha».

—De modo que la señora Badger ha tenido tres maridos, dos de ellos personas muy distinguidas —dijo el señor Badger, resumiendo los datos—, ¡y cada una de las bodas se ha celebrado el veintiuno de marzo a las once de la mañana!

Todos nosotros manifestamos nuestra admiración.

—De no ser por la modestia del Señor Badger —dijo el señor Jarndyce—, me permitiría corregirle y decir que ha tenido tres maridos de gran distinción.

—¡Gracias, señor Jarndyce! ¡Eso es lo que le digo yo siempre! —observó la señora Badger.

—Pero, cariño mío —interpuso el señor Badger—, ¿qué es lo que te digo siempre yo? Que sin afectación alguna, ni menospreciar la distinción profesional que pueda haber alcanzado yo (y que nuestro amigo Carstone tendrá muchas oportunidades de juzgar), no tendré yo la debilidad... No, de verdad —nos dijo a todos en general el señor Badger—, ni seré tan poco razonable como para atribuirme una reputación comparable a la de personas de la categoría del Capitán Swosser y el Profesor Dingo. Quizá le interese a usted, señor Jarndyce —continuó el señor Bayham Badger, llevándonos al salón de al lado—, este retrato del Capitán Swosser. Se lo hicieron cuando volvió de la flota de África, donde había padecido las fiebres propias de la región. La señora Badger considera que está demasiado amarillo. Pero es una cabeza magnífica. ¡Magnífica!

—¡Magnífica cabeza! —asentimos todos.

—Cuando la contemplo —prosiguió el señor Badger—, pienso que se trata de un hombre al que hubiera deseado conocer. Revela notablemente la clase de hombre que era sin duda el Capitán Swosser. Al otro lado está el Profesor Dingo. Lo conocí bien: lo cuidé en su última enfermedad. ¡Sólo le falta hablar! Encima del piano está la

señora Swosser. Encima del sofá, la señora Badger cuando era la señora Dingo. De la señora Badger *in esse*, ya poseo el original, y no tengo copia.

Anunciaron la cena y bajamos al primer piso. Fue una cena muy agradable y bien servida. Pero el señor Badger seguía pensando en el Capitán y el Profesor, y como Ada y yo estábamos confiadas a sus cuidados personales, no nos dejó olvidarlos.

—¿Agua, señorita Summerson? ¡Permítame! Pero en esa copa no, se lo ruego. ¡James, tráeme la copa del Profesor!

Ada admiró mucho unas flores artificiales que había bajo un farol.

—¡Es asombroso lo bien que se conservan! —exclamó el señor Badger—. Se las regalaron a la señora Bayham Badger cuando estuvo en el Mediterráneo.

Invitó al señor Jarndyce a tomar un vaso de clarete.

—¡Ese clarete no! —dijo—. ¡Perdón! Esta es toda una ocasión, y para las ocasiones tengo un clarete muy especial (¡James, el vino del Capitán Swosser!). Señor Jarndyce, éste es un vino que importó el Capitán, no le voy a decir hace cuántos años. Lo encontrará usted muy interesante. Cariño mío, celebraré tomar un poco de este vino contigo (¡James, el clarete del Capitán Swosser para la Señora!). ¡A tu salud, amor mío!

Después de la cena, cuando nos retiramos las damas, nos llevamos con nosotras al primero y segundo maridos de la señora Badger. En el salón, la señora Badger nos hizo un esbozo biográfico de la vida y el servicio del Capitán Swosser antes de su boda, y un relato más minucioso de su vida desde que se enamoró de ella, en un baile dado a bordo del *Crippler* a los oficiales de aquel navío cuando éste se hallaba amarrado en el puerto de Plymouth.

—¡Qué barco aquel *Crippler*! —dijo la señora Badger meneando la cabeza—. Era una noble nave. Limpia, bien aparejada, de velas tensas, como decía el Capitán Swosser. Perdónenme si de vez en cuando introduzco una expresión náutica; tuve una época muy marinera. El Capitán Swosser amaba aquel barco por causa mía. Cuando lo desguazaron, decía muchas veces que si hubiera sido lo bastante rico para haberse comprado el casco, hubiera hecho poner una placa en las planchas del alcázar donde estuvimos bailando, para señalar el punto donde cayó de una andanada a lo largo de toda la amurada (decía el Capitán Swosser) disparada por mis culebrinas. Utilizaba ese término naval para hablar de mis ojos.

La señora Badger meneó la cabeza, suspiro y contempló su copa.

—El Profesor Dingo era muy distinto del Capitán Swosser —continuó, con una sonrisa triste—. Al principio lo noté mucho. ¡Qué revolución en mi forma de vivir! Pero la costumbre, combinada con la ciencia (sobre todo la ciencia) me habituaron a ella. Como era la única acompañante del Profesor en sus excursiones botánicas, casi olvidé mis navegaciones y me hice toda una erudita. ¡Qué singular es que el Profesor fuera las Antípodas del Capitán Swosser y que el señor Badger no se parezca a

ninguno de los dos!

Pasamos después a una narración de las muertes del Capitán Swosser y del Profesor Dingo, ambos de los cuales parecían haber padecido crueles enfermedades. En aquella narración, la señora Badger nos reveló que no había amado locamente más que una vez, y que el objeto de aquella obsesión, cuyo entusiasmo jamás se podría igualar, había sido el Capitán Swosser. El Profesor estaba muriéndose cachito a cachito de la manera más horrible, y la señora Badger nos estaba imitando cómo decía con grandes dificultades: «¿Dónde está Laura? ¡Que me dé Laura la tostada y el agua!», cuando la entrada de los caballeros lo envió de golpe a la tumba.

Aquella tarde observé, como venía observando desde hacía unos días, que Ada y Richard cada vez se aficionaban más a la compañía el uno del otro, lo cual era natural, dado que iban a separarse tan pronto. Por eso no me sentí demasiado sorprendida cuando, al volver a casa y retirarnos Ada y yo al piso de arriba, vi que ella estaba más callada que de costumbre, aunque para lo que no estaba yo preparada era para que se lanzara a mis brazos y empezara a hablar, apartando la mirada.

—¡Querida Esther! —murmuró Ada—. ¡Tengo que contarte un gran secreto!

¡Secretísimo, pequeña mía, pensé yo!

—¿De qué se trata, Ada?

—¡Ay, Esther, no te lo puedes imaginar!

—¿Quieres que lo intente? —pregunté.

—¡Ay, no! ¡No! ¡Te ruego que no! —exclamó Ada, alarmadísima ante la idea de que yo lo adivinara.

—Y ¿qué podrá ser, me preguntó? —dije yo, haciendo como que lo estaba pensando.

—Se trata —dijo Ada, en un susurro— ... se trata... ¡de mi primo Richard!

—¡Bueno, guapa mía! —exclamé, dándole un beso en la rubia cabellera, que era lo único que le podía ver—. ¿Qué pasa con él?

—¡Ay, Esther, no te lo puedes ni imaginar!

Era algo tan dulce el tenerla así aferrada a mí, con la cara oculta, y el saber que no lloraba de pena, sino con una explosión de alegría, de orgullo y de esperanza, que no quise ayudarla todavía.

—Dice (ya sé que es una locura, que somos los dos muy jóvenes), pero dice —rompiendo en lágrimas— que me ama, Esther.

—¿Eso dice? ¡Nunca he oído cosa igual! ¡Pero, querida mía, eso ya lo sabía yo desde hace semanas enteras!

¡Qué agradable era ver cómo levantaba Ada, sorprendida, el rostro ruborizado, me asía del cuello y se reía, se sonrojaba y se reía!

—¡Pero, preciosa mía, debes de tomarme por tonta! —le dije—. ¡Es evidente que tu primo Richard te quiere desde hace no sé cuánto tiempo, cariño!

—¡Y sin embargo, nunca has dicho ni una sola palabra! —exclamó Ada, dándome un beso.

—No, amor mío —le contesté—. Esperé a que me lo dijerais.

—Pero ahora que te lo he dicho, no te parece mal, ¿verdad? —replicó Ada.

Aunque hubiera sido la «carabina» con el corazón más duro del mundo, habría conseguido que le dijera que no. Como todavía no lo era, le dije que no sin el menor rebozo.

—Y ahora —le dije—, ya estoy al tanto de la peor noticia.

—¡Ay, no, Esther mía, no es eso lo peor! —gritó Ada, abrazándome más fuerte y volviendo a ponerme la cabeza en el seno.

—¿No? —pregunté—. ¿Ni siquiera eso?

—¡No, ni siquiera eso! —exclamó Ada, negando con la cabeza.

—Pero, ¿es que me vas a decir que...? —empecé a decir en tono de broma.

Pero Ada levantó la cabeza y, sonriendo entre sus lágrimas, exclamó:

—¡Sí, yo también! ¡Tú sabes que yo también! —y después gimió—: ¡Con toda mi alma! ¡Con toda mi alma, Esther!

Le dije, riéndome, que también sabía eso, igual que sabía lo otro. Y nos quedamos sentadas ante la chimenea y durante un rato (aunque no mucho) seguí hablando sólo yo, y Ada se tranquilizó en seguida, feliz.

—¿Crees que mi primo John está enterado, mi querida señora Durden? —me preguntó.

—Salvo que mi primo John esté ciego, encanto mío —le dije—, creo que mi primo John está tan enterado como nosotras.

—Queremos hablar con él antes de que se vaya Richard —dijo Ada tímidamente—, y querríamos que nos aconsejaras y que se lo dijeras. ¿No te importaría que entrase Richard, señora Durden?

—¡Ah! ¿De manera que Richard está ahí fuera? —pregunté.

—No estoy segura del todo —respondió Ada con una sencillez ruborizada que me hubiera conquistado el corazón de no haberlo conquistado ya mucho antes—, pero creo que está esperando a la puerta.

Claro que estaba allí. Tomaron cada uno una silla y me colocaron entre los dos, y parecía que en realidad se hubieran enamorado de mí, en lugar del uno del otro, por la confianza, el cariño y las confidencias que fueron depositando en mí. Continuaron un rato a su propio aire exuberante; yo no les puse freno; aquello me hacía disfrutar demasiado, y después pasamos a considerar gradualmente lo jóvenes que eran, y que habían de pasar varios años antes de que aquel amor juvenil pudiera materializarse, y que no podía desembocar en la felicidad más que si era real y duradero, y los imbuía de una firme resolución de cumplir con sus deberes recíprocos, con constancia, decisión y perseverancia, con una abnegación mutua para siempre. ¡Bien! Richard

dijo que estaba dispuesto a matarse a trabajar por Ada, y Ada dijo que estaba dispuesta a matarse a trabajar por Richard, y a mí me dijeron todo género de cosas cariñosas y encantadoras, y allí nos quedamos consultando y charlando hasta tardísimo. Por fin nos separamos. Les prometí que al día siguiente hablaría con su primo John.

Así que cuando llegó el día siguiente, después de desayunar fui a ver a mi tutor, en la habitación que era la sucesora londinense del Gruñidero, y le dije que me habían encargado que le dijera una cosa.

—Bueno, mujercita —dijo, cerrando el libro que estaba leyendo—, si has aceptado el encargo, no puede ser nada malo.

—Espero que no, Tutor —contesté—. Y puedo garantizar que no es ningún secreto. Porque no ocurrió hasta ayer.

—¿Sí? ¿Y que es, Esther?

—Tutor —repliqué—, ¿recuerda usted aquella noche tan feliz en que llegamos a la Casa Desolada? ¿Cuándo Ada cantó en la habitación a oscuras?

Deseaba yo que recordase cómo los había mirado él entonces. Si no me equivoco, vi que lo había conseguido.

—Porque... —continué con un pequeño titubeo.

—¡Sí, hija mía! —dijo—. No te apresures.

—Porque... —seguí diciendo— Ada y Richard se han enamorado. Y se lo han dicho el uno al otro.

—¡Tan pronto! —exclamó mi tutor, muy asombrado.

—¡Sí! —dije—. Y a decir verdad, Tutor, ya me lo esperaba yo.

—¡No me digas!

Se quedó pensándolo unos instantes, sonriendo de aquella manera tan suya, tan hermosa y tan amable al mismo tiempo, mientras iba cambiando de gesto, y después me pidió que les comunicara que quería verlos. Cuando vinieron pasó un brazo paternalmente por los hombros de Ada y se dirigió a Richard con animada seriedad:

—Rick —dijo el señor Jarndyce—: celebro haber merecido tu confianza. Espero conservarla. Cuando contemplé estas relaciones entre nosotros cuatro, que tanto han iluminado mi vida y que la han llenado de tantos intereses y placeres nuevos, la verdad es que también contemplé, para un futuro distante, la posibilidad de que tú y tu bella prima (¡no seas tan tímida, Ada, no seas tan tímida hija mía!) tuvierais la idea de recorrer juntos el camino de la vida. Percibí entonces, como sigo percibiendo ahora, muchos motivos por lo que eso era de desear. ¡Pero era para dentro de mucho tiempo, Rick, mucho tiempo!

—Nosotros pensamos en dentro de mucho tiempo, señor —respondió Richard.

—¡Bien! —dijo el señor Jarndyce—. Eso es racional. ¡Y ahora escuchadme, hijos míos! Podría deciros que todavía no sabéis lo que queréis, que pueden pasar mil cosas

que os separen, que hay muchas posibilidades de que esta cadena de flores que habéis hecho se llegue a romper, o a convertir en una cadena de plomo. Pero no voy a decíroslo. Estoy seguro de que eso es algo que comprenderéis pronto, si es que alguna vez lo comprendéis. Quiero suponer que dentro de unos años seguiréis sintiendo en vuestros corazones lo mismo que sentís hoy. Lo único que os pediré antes de hablaros a partir de ese supuesto es que *si efectivamente* cambiáis, *si efectivamente* llegáis a la conclusión de que al convertirnos en hombre adulto y mujer adulta os queréis más como primos vulgares y corrientes que ahora, que sois unos muchachos (¡y perdóname Rick, pues sé que ya eres un hombre!), sigáis confiando en mí sin avergonzaros, pues no tendría nada de raro ni de monstruoso. Yo no soy más que un amigo y un pariente lejano. No tengo ningún poder sobre vosotros. Pero deseo y espero que sigáis confiando en mí, si es que no hago nada para dejar de merecerlo.

—Estoy seguro, señor —replicó Richard—, de que hablo también en nombre de Ada si digo que tiene usted el mayor poder posible sobre nosotros: un poder basado en un respeto, una gratitud y un afecto, que van en aumento de día en día.

—Querido primo John —dijo Ada, apoyándose en su hombro—, el lugar que dejó mi padre ya no está vacío. Todo el honor y la obediencia que le debía a él le corresponden ahora a usted.

—¡Vamos, vamos! —dijo el señor Jarndyce—. Volvamos a nuestra hipótesis. ¡Levantemos la vista y contemplemos esperanzados el futuro! Rick, tiene todo el mundo por delante, y lo más probable es que la forma en que lo abordes determinará la forma en que te reciba. No confíes en nada más que en la Providencia y en tus propios esfuerzos. Ya sabes, a Dios rogando y con el mazo dando. La constancia en el amor está muy bien, pero no significa nada, no es nada, si no existe la constancia en todos tus esfuerzos. Aunque tuvieras toda la sabiduría de todos los grandes hombres del pasado y del presente, jamás podrías hacer nada a derechas si no lo pretendes sinceramente y no te decides a hacerlo. Si te imaginas que jamás se puede, se ha podido o se podrá arrancar a la Fortuna algún verdadero éxito, sea en lo grande o en lo pequeño, a base de improvisaciones, abandona esa idea, o abandona aquí a tu prima Ada.

—Abandonaría la *idea*, señor —replicó Richard con una sonrisa—, si es que hubiera llegado aquí con ella (aunque espero que no haya sido así), y trabajaré hasta merecer a mi prima Ada en un lejano futuro lleno de esperanza.

—¡Perfecto! —dijo el señor Jarndyce—. Si no vas a hacerla feliz, ¿para qué cortejarla?

—Nunca querría hacerla infeliz..., ni siquiera por su amor —contestó Richard en tono orgulloso.

—¡Bien dicho! —exclamó el señor Jarndyce—. ¡Muy bien dicho! Ada se queda aquí, que es su casa, conmigo. Síguela queriendo, Rick, en tu vida activa, igual que

en su casa cuando vuelvas a visitarla, y todo irá bien. De lo contrario, todo irá mal. Y aquí termina mi sermón. Creo que lo mejor es que tú y Ada vayáis a daros un paseo.

Ada le dio un abrazo cariñoso y Richard un efusivo apretón de manos, y después los dos primos salieron de la habitación, aunque en seguida reaparecieron para decir que me esperarían.

La puerta seguía abierta, y ambos los seguimos con la mirada, mientras ellos cruzaban la habitación de al lado, en la que daba el sol, y salían por el otro extremo. Richard, que llevaba la cabeza baja y la había tomado del brazo, hablaba con gestos expresivos, y ella le miraba a la cara, lo escuchaba y no parecía ver nada más. Jóvenes, hermosos, llenos de esperanzas y de promesas, cruzaron levemente el espacio soleado, igual que sus ideas de felicidad estarían cruzando entonces los años venideros, todos ellos convertidos en años de felicidad. Y así fueron pasando hacia la sombra y desaparecieron. No era más que un momento de luz lo que les había dado un aspecto tan radiante. Al irse ellos se oscureció la habitación y las nubes taparon el sol.

—¿Tengo razón, Esther? —preguntó mi Tutor cuando se fueron.

¡Él, que era tan bueno y tan sabio, me preguntaba a *mí* si había actuado bien!

—Es posible que todo esto le aporte a Rick esa cualidad que le falta. Que le falta pese a tener tantas buenas cualidades —dijo el señor Jarndyce, sacudiendo la cabeza—. Ada, a Esther no le he dicho nada. Siempre tiene a su lado a una amiga y una consejera —y me puso cariñosamente una mano en la cabeza.

No pude por menos de mostrar que me sentía algo conmovida, aunque hice todo lo posible por disimularlo.

—¡Vamos, vamos! —me dijo el señor Jarndyce—. También hemos de encargarnos de que la vida de nuestra mujercita no quede totalmente absorbida por su preocupación por los demás.

—¿Preocupación? Mi querido Tutor, ¡pero si creo que soy el ser más feliz del mundo!

—También yo lo creo —me contestó—. Pero quizá alguien llegue a averiguar lo que jamás sabrá Esther: ¡que nuestra mujercita es en la que más debemos pensar de todos!

Se me olvidaba mencionar cuando hubiera debido hacerlo que en aquella cena de familia había participado otra persona. No era una dama. Era un caballero. Un caballero moreno: un joven médico. Era bastante reservado, pero me había parecido muy sensato y agradable. Por lo menos, Ada me había preguntado si no me lo parecía y yo le había dicho que sí.

14. El buen Porte

Richard se marchó el día siguiente por la tarde, a iniciar una nueva carrera, y me encargó que cuidara de Ada con grandes manifestaciones de amor hacia ésta y de gran confianza en mí. Me conmovió entonces reflexionar, y todavía me conmueve más ahora el recordar (dado lo que todavía he de narrar), cómo se ocupaban de mí, incluso en aquellos momentos tan importantes. Yo formaba parte de todos sus planes, presentes y futuros. Debía escribir a Richard una vez a la semana e informarle fielmente cómo le iba a Ada, que le iba a escribir una vez cada dos días. Él, por su parte, debía escribirme por su propia mano para comunicarme todas sus tareas y todos sus triunfos; yo observaría lo decidido y perseverante que iba a ser él, sería la madrina de Ada cuando se casaran, después viviría con ellos y tendría todas las llaves de su casa; sería feliz por siempre jamás.

—Y si saliéramos ricos del pleito, Esther ¡que es muy posible, ya sabes...! —añadió Richard para acabar de coronarlo todo.

Pasó una sombra por la cara de Ada.

—Pero, Ada, querida mía, ¿por qué no?

—Preferiría que nos declarasen pobres de una vez —dijo Ada.

—¡Ah, pues no sé! —replicó Richard—, pero en todo caso no nos van a declarar nada de momento. Sabe Dios cuántos años hace que no declaran nada.

—Es verdad —dijo Ada.

—Sí, pero —insistió Richard en respuesta, más bien, al gesto de ella que a sus palabras— cuanto más tiempo continúe, mi querida prima, más cerca tiene que estar la solución, sea lo que sea. ¿No es razonable lo que digo?

—Tendrás razón tú, Richard. Pero me temo que si confiamos en eso, vamos a ser muy infelices.

—¡Pero, Ada mía, no vamos a confiar en eso! —exclamó Richard en tono alegre—. Ya sabemos que no es posible. Lo único que decimos es que si nos hace ricos, entonces no tenemos ninguna objeción fundamental a ser ricos. El Tribunal, por una solemne decisión de la ley, es nuestro austero tutor, y hemos de suponer que lo que nos conceda (cuando nos conceda algo) es nuestro por derecho propio. No tenemos por qué renunciar a lo que es nuestro.

—No —dijo Ada—, pero quizá sea mejor que nos olvidemos de todo eso.

—¡Bueno, bueno! —exclamó Richard—. ¡Entonces nos olvidamos de todo! Lo dejamos todo sumido en el olvido. ¡La señora Durden pone un gesto de aprobación, y se acabó!

—El gesto de aprobación de la señora Durden —dije yo, levantando la vista de la caja en la que estaba colocados los libros de Richard— no era muy visible cuando has hablado de él, pero sí que lo aprueba, y cree que es lo mejor que podéis hacer.

De manera que Richard dijo que aquello había acabado, y empezó inmediatamente, sin ningún fundamento a hacer tantos castillos en el aire que más bien aquello parecía la gran muralla china. Se marchó muy animado. Ada y yo, seguras de que lo echaríamos mucho de menos, iniciamos una vida más pausada.

A nuestra llegada a Londres habíamos ido con el señor Jarndyce a visitar a la señora Jellyby, pero por desgracia no la habíamos encontrado en casa. Según parecía, había ido a tomar el té a alguna parte y se había llevado a la señorita Jellyby. Además de tomar el té, en aquella reunión se iban a hacer muchos discursos y a escribir muchas cartas sobre las ventajas en general del cultivo del café, conjuntamente con los indígenas, en la Colonia de Borriobula-Gha. Todo aquello, sin duda, implicaba un uso lo bastante activo de pluma y tinta como para que la participación de su hija en las actividades no fuera precisamente una diversión.

Como ya había pasado la fecha en la que debía regresar la señora Jellyby, volvimos otra vez. Estaba en la ciudad, pero no en casa, pues había ido a Mile End, inmediatamente después de desayunar, para algo que ver con Borriobula-Gha, relacionado con una Sociedad llamada la Sección Auxiliar Asistencial del Este de Londres. Como en nuestra última visita yo no había tenido oportunidad de ver a Peepy (porque no aparecía por ninguna parte y la cocinera creía que debía de haberse ido a dar un paseo en la carretera del barrendero), volví a preguntar por él. Todavía estaban en el pasillo las conchas de ostras con las que había estado construyendo una casita, pero no se lo podía ver por ninguna parte, y la cocinera supuso que debía de haberse «ido con las ovejas». Cuando repetimos, un tanto sorprendidas, «¿con las ovejas?», nos dijo que sí, que los días de mercado a veces las seguía hasta que salían de Londres, y volvía en un estado imposible.

A la mañana siguiente estaba yo sentada con mi Tutor al lado de la ventana, mientras Ada escribía muy ocupada (a Richard, naturalmente), cuando anunciaron a la señorita Jellyby, y entró ésta llevando consigo al propio Peepy, a quien había intentado dejar presentable, para lo cual no lo había dejado sucio más que en los rincones de la cara y de las manos, le había mojado mucho el pelo y después se lo había revuelto violentamente con los dedos. Todo lo que llevaba puesto el pobrecillo le estaba demasiado grande o demasiado pequeño. Entre otros adornos contradictorios, llevaba un solideo de obispo y unos mitoncitos de bebé. Las botas que llevaba eran, a pequeña escala, dignas de un pocero, y las piernas, surcadas de cicatrices por todas partes, de manera que parecían un mapa, las llevaba desnudas bajo un par de pantaloncitos muy cortos a cuadros, cada una de cuyas perneras estaba rematada con unas puntillas diferentes. Los deficientes botones de su chaqueta a cuadros provenían evidentemente de una de las levitas del señor Jellyby, dados su gran brillo metálico y su colorido exagerado. En varias partes de su atavío aparecían especímenes de costura de lo más extraordinario, donde se lo habían remendado a

toda prisa, y en el atuendo de la señorita Jellyby percibí huellas de la misma mano. Sin embargo, ella tenía un aspecto increíblemente mejor, y estaba muy atractiva. Tenía conciencia de que, pese a todos sus esfuerzos, el pobrecito Peepy era un fracaso, como mostró al entrar, por la forma en que primero lo miró a él y luego a nosotros.

—¡Ay, Dios mío! —gimió mi tutor—. ¡Sopla de Levante!

Ada y yo le dimos una cordial bienvenida y la presentamos al señor Jarndyce, a quien dijo al sentarse:

—Los saludos de mi Mamá, que espera que la excuse usted, porque está corrigiendo las pruebas del plan. Va a tirar cinco mil circulares nuevas, y está segura de que le interesará a usted ver un ejemplar. Se lo he traído con los saludos de mi Mamá. —Y se lo dio con gesto enfadado.

—Gracias —dijo mi Tutor—. Le estoy muy agradecido a la señora Jellyby. ¡Dios mío, qué viento más molesto!

Ada y yo nos ocupábamos de Peepy, a quien despojamos de su sombrero clerical y preguntamos si se acordaba de nosotras, etc. Peepy primero se tapó la cara con el codo, pero se ablandó al ver el pastel y me dejó que lo sentara en mis rodillas, donde se quedó comiendo en silencio. Después, el señor Jarndyce se retiró a su gruñidero provisional y la señorita Jellyby inició una conversación con su brusquedad acostumbrada:

—En Thavies Inn todo sigue igual de mal que de costumbre. No tengo ni un minuto de tranquilidad. ¡Todo el tiempo hablando de África! No podía irme peor si fuera uno de esos como-se-llame. ¡Ese que es hermano mío! [\[47\]](#)

Traté de decirle algo para calmarla.

—¡Bah, es todo inútil, señorita Summerson! —exclamó la señorita Jellyby—, aunque de todos modos le agradezco su buena intención. Ya sé que se me utiliza, y nadie me va a convencer de lo contrario. *Usted* no se dejaría convencer si la estuvieran utilizando así. ¡Peepy, vete debajo del piano a jugar a las fieras!

—¡No quiero! —dijo Peepy.

—¡Muy bien, niño mimado, desagradecido, cruel! —replicó la señorita Jellyby con lágrimas en los ojos— No voy a volver a vestirte nunca.

—¡Ya voy, Caddy, ya voy! —dijo Peepy, que en realidad era un niño muy bueno y que se conmovió tanto ante las lágrimas de contrariedad de su hermana que se puso a jugar inmediatamente.

—Parece una bobada llorar por algo tan insignificante —dijo la pobre señorita Jellyby—, pero es que estoy agotada. He estado escribiendo las direcciones en las nuevas circulares hasta las dos de la mañana. Detesto tanto todo el asunto que basta con eso para que me duela la cabeza y lo vea todo borroso. ¡Y miren a ese pobrecito! ¿No les horroriza?

Peepy, felizmente inconsciente de los defectos de su atavío, estaba sentado en la alfombra, detrás de una de las patas del piano, contemplándonos con calma desde su refugio, mientras se comía el pastel.

—Le he dicho que se fuera al otro lado de la sala —observó la señorita Jellyby acercando su silla a las nuestras— porque no quiero que oiga nuestra conversación. ¡Son tan listos estos chiquillos! Iba a decir que en realidad las cosas van peor que nunca. Mi papá va a caer en la quiebra dentro de nada, y espero que entonces se quede contenta mi Mamá. La culpa de todo la tendrá ella.

Dijimos que esperábamos que los negocios del señor Jellyby no estuvieran en tan mal estado.

—De nada valen las esperanzas, aunque son ustedes muy amables —replicó la señorita Jellyby meneando la cabeza—. Ayer por la mañana me dijo mi Papá (y no saben ustedes lo triste que está) que ya no puede capear el temporal. Me sorprendería mucho que pudiera. Cuando todos los proveedores nos mandan a casa lo que quieren ellos, y los criados hacen lo que quieren con eso, y yo no tengo tiempo para arreglar las cosas, aunque supiera, y a mi Mamá le da todo igual, me gustaría saber cómo va mi Papá a capear el temporal. Desde luego, si yo fuera mi Papá, me iría de casa.

—¡Pero hija mía! —dijo yo con una sonrisa—. Sin duda, tu padre piensa en su familia.

—Ah, sí, su familia está muy bien, señorita Summerson —respondió la señorita Jellyby—, pero, ¿de qué le vale a él su familia? Su familia no son más que facturas, suciedad, despilfarro, ruido, caídas por las escaleras, confusión y padecimientos. Cuando llega a casa, una semana tras otra semana, es como si siempre fuera día de limpieza general, ¡pero nunca se limpia nada!

La señorita Jellyby golpeó el suelo con un pie y se secó los ojos.

—¡Lo único que sé es que mi Papá me da mucha pena, y mi Mamá me da tanta rabia que no hallo palabras para expresarla! —continuó diciendo— Pero no estoy dispuesta a seguir soportándolo. Estoy decidida a no seguir siendo una esclava toda la vida, y no voy a aguantar que se me declare el señor Quale. ¡Vaya un negocio, casarse con un filántropo! ¡Como si no estuviera yo harta de esos! —dijo la pobre señorita Jellyby.

Debo confesar que no pude evitar sentirme yo también bastante enfadada con la señora Jellyby, tras oír y escuchar a aquella joven abandonada a sí misma, y sabiendo cuánta verdad satírica reflejaban sus palabras.

—Si no fuera porque nos hicimos amigas cuando estuvieron ustedes en casa —siguió diciendo la señorita Jellyby—, me hubiera dado vergüenza venir hoy, porque sé lo que debo de parecerles a ustedes dos. Pero, dadas las circunstancias, me decidí a venir a verlas, especialmente porque no es probable que nos volvamos a ver la próxima vez que vengán ustedes a Londres.

Lo dijo con tanta intensidad que Ada y yo intercambiamos una mirada, previendo algo más.

—¡No! —exclamó la señorita Jellyby meneando la cabeza—. ¡No es nada probable! Sé que puedo confiar en ustedes dos. Estoy segura de que no me van a traicionar. Estoy prometida.

—¿Y no lo saben en su casa? —pregunté.

—¡Por el amor del cielo, señorita Summerson! —respondió ella, justificándose en tono intenso, pero no airado—. ¿Cómo iba a decírselo? Ya saben cómo es mi Mamá... y no tengo por qué hacer que mi Papá sufra todavía más si se lo digo a él.

—Pero, ¿no va a hacer que sufra todavía más si se casa sin su conocimiento ni su permiso, hija mía? —pregunté.

—No —dijo la señorita Jellyby, ablandándose—. Espero que no. Trataré de hacer que se sienta a gusto y contento cuando venga a verme, y Peepy y los demás pueden venir a verme por turno, y entonces ya me encargaré yo de que estén bien atendidos.

La pobre Caddy era muy afectuosa. Según iba hablando de aquellas cosas se iba ablandando cada vez más, y tanto lloró al trazar la imagen de aquel hogar imaginario que se había ido creando, que Peepy se emocionó en su refugio debajo del piano y se tiró al suelo con grandes lamentaciones. No pudimos lograr que se tranquilizara hasta que lo llevé a dar un beso a su hermana, lo volví a sentar en mis rodillas y le demostramos que Caddy se estaba riendo (se puso a reír adrede por eso); e incluso entonces, para que siquiera tranquilo tuvimos que permitirle que nos fuera cogiendo de la barbilla por turnos y nos pasara la mano por la cara, una por una. Por fin, como no estaba de ánimo para volver a jugar detrás del piano, lo colocamos en una silla para que mirase por la ventana, y la señorita Jellyby, que lo tenía agarrado de una pierna, siguió con sus confidencias.

—Todo empezó cuando vinieron ustedes a casa —dijo.

Naturalmente, le preguntamos por qué.

—Me di cuenta de que era tan torpe —replicó— que decidí corregirme en ese sentido, por lo menos, y aprender a bailar. Le dije a Madre que estaba avergonzada de mí misma y que tenía que aprender a bailar. Madre me miró con ese aire provocador suyo, como si yo fuera invisible, pero yo estaba decidida a aprender a bailar y empecé a ir a la Academia del señor Turveydrop, en la Calle Newman.

—Y fue allí donde... —empecé a decir yo.

—Sí, allí fue —dijo Caddy—, y ahora estoy comprometida con el señor Turveydrop. Hay dos señores Turveydrop, padre e hijo. Lo único que desearía es que me hubieran dado una educación mejor, para ser mejor esposa, porque lo quiero mucho.

—Debo confesar que lo siento —dije.

—No sé por qué ha de sentirlo —respondió, un tanto nerviosa—, pero en todo

caso estoy comprometida con el señor Turveydrop, que me quiere mucho. Todavía es secreto, incluso por su parte, porque el señor Turveydrop padre también tiene que dar su permiso, y quizá le rompiera el corazón, o le diera un ataque, si se lo dijéramos de golpe. El señor Turveydrop padre es todo un caballero..., todo un caballero.

—¿Lo sabe su esposa? —preguntó Ada.

—¿La esposa del señor Turveydrop padre, señorita Clare? —preguntó la señorita Jellyby, abriendo mucho los ojos—. No existe. Es viudo.

Entonces nos interrumpió Peepy, a quien su hermana le había tirado tanto de la pierna, porque se la sacudía inconscientemente como la cuerda de una campana cada vez que quería subrayar algo, que ahora el pobre niño empezó a quejarse de que le dolía, y a llorar muy alto. Como me pidió compasión a mí, y como mi papel se limitaba al de oyente, lo volví a poner en mis rodillas. La señorita Jellyby siguió adelante, tras pedirle perdón con un beso y asegurarle que había sido sin querer.

—Y así están las cosas —dijo Caddy—. Si alguna vez me lo reprocho, pienso que es culpa de Madre. Nos vamos a casar en cuanto podamos, y entonces iré a ver a Padre a la oficina y le escribiré una carta a Madre. A ella no le importará demasiado; para ella no soy más que un tintero y una pluma. Una cosa que me alegra mucho pensar —dijo Caddy con un gemido— es que cuando me case ya no volveré a oír hablar de África. El señor Turveydrop hijo ya la odia por lo que me ha oído decir, y si el señor Turveydrop padre sabe que existe, ya es mucho.

—Es el que es todo un caballero, ¿no? —pregunté.

—Efectivamente, todo un caballero —dijo Caddy—. Es famoso casi en todas partes por su Porte.

—¿Enseña él también? —preguntó Ada.

—No, no enseña nada en particular —replicó Caddy—, pero tiene un Porte magnífico.

Caddy dijo después, tras muchas dudas y titubeos, que tenía otra cosa que decirnos, que creía que debíamos saber, y que esperaba que no nos ofendiéramos. Era que había trabado más conocimiento con la señora Flite, la ancianita loca, y que iba a verla muchas mañanas, y que unos minutos antes del desayuno se encontraba allí con su enamorado, pero sólo unos minutos. «Yo voy a verla a otras horas», dijo Caddy, «pero entonces no viene Prince. El señor Turveydrop hijo se llama Prince. No me gusta, porque parece el nombre de un perro, pero, claro, no se lo puso él. El señor Turveydrop padre lo hizo bautizar Prince en recuerdo del Príncipe Regente. El señor Turveydrop padre adoraba al Príncipe Regente por el majestuoso Porte que tenía. Espero que no les parezca mal a ustedes que tenga estas pequeñas citas en casa de la señorita Flite, a la que conocí con ustedes, porque me agrada mucho la pobrecita, y creo que yo a ella también. Si pudieran ustedes conocer al señor Turveydrop hijo, estoy segura de que tendrían muy buena impresión de él, o, por lo menos, estoy

convencida de que no podrían jamás pensar nada malo de él. Ahora voy a ir a su casa a que me dé la clase. No soy capaz de pedirle a usted, señorita Summerson, que me acompañe allí, pero si pudiera venir» —dijo Caddy, que había hecho todos aquellos comentarios con gran preocupación y nerviosismo—, «me daría una gran alegría..., una gran alegría».

Daba la casualidad de que aquel mismo día habíamos quedado con mi Tutor en ir a ver a la señorita Flite. Le habíamos contado nuestra visita anterior, y nuestro relato le había interesado, pero siempre había habido algo que nos impedía volver a verla. Como yo creía que tendría la suficiente influencia sobre la señorita Jellyby para impedirle que tomara una medida demasiado imprudente si aceptaba plenamente la confianza que la pobre estaba tan dispuesta a depositar en mí, propuse que Peepy, ella y yo fuéramos a la Academia y después a reunirnos con mi Tutor y Ada en casa de la señorita Flite, cuyo nombre oía ahora por primera vez. Aquello comportaba la condición de que la señorita Jellyby y Peepy fuesen después a cenar con nosotros. Cuando ambos accedieron, encantados, a esta última parte del acuerdo, arreglamos un poco a Peepy con ayuda de unos cuantos alfileres, algo de agua y de jabón y un cepillo para el pelo, y nos fuimos camino de Newman Street, que estaba muy cerca.

Vi que la Academia estaba establecida en un edificio bastante destartado en la esquina de un pasaje, con bustos en todas las ventanas de la escalera. Según pude observar por las placas de la puerta, en aquel mismo edificio estaban establecidos un maestro de dibujo, un mayorista de carbón (aunque allí, desde luego, no había sitio para carbón) y un artista litógrafo. En la placa que por su tamaño y su posición tenía precedencia sobre todas las demás, leí: SR. TURVEYDROP. La puerta estaba abierta, y el vestíbulo estaba bloqueado por un piano de cola, un arpa y varios instrumentos musicales más, que estaban llevando de un lado a otro, y todos los cuales tenían aspecto un tanto desvencijado a la luz del día. La señorita Jellyby nos comunicó que la noche anterior se habían alquilado los locales de la Academia para que se celebrase un concierto.

Subimos las escaleras (había sido una casa excelente hacía tiempo, cuando había quien se ocupara de mantenerla limpia y ventilada, y cuando nadie fumaba en ella a todo lo largo del día) y entramos en el salón del señor Turveydrop, que daba a unas antiguas caballerizas por la parte de atrás y estaba iluminado por una claraboya. Era un salón desnudo, lleno de ecos y de olor a establo, con bancos de enea a lo largo de las paredes, las cuales estaban adornadas también a intervalos regulares con pinturas de lirios y receptáculos de cristal para las velas, en forma de ramajes, que parecían estar derramando sus lágrimas anticuadas igual que otras ramas podrían estar dejando caer sus hojas de otoño. Había reunidas varias alumnas jóvenes, desde los trece o los catorce años hasta los veintidós o los veintitrés, y estaba yo buscando a su profesor en medio de ellas cuando Caddy me pellizcó el brazo y repitió la ceremonia de

presentación:

—¡Señorita Summerson, el señor Prince Turveydrop!

Hice una reverencia a un hombre bajito, de piel clara y ojos azules, de aspecto juvenil, con pelo muy rubio, peinado con raya al medio y que le formaba rizos a ambos lados de la cabeza. Llevaba bajo el brazo un violín pequeño, de los que en la escuela llamábamos «de bolsillo», y en la misma mano llevaba el arco. Sus zapatillas de baile eran especialmente pequeñas, y tenía unos modales un poco inocentes y femeninos, que no sólo me resultaron atractivos y amistosos, sino que me hicieron, un efecto singular: me dio la impresión de que yo era su madre y de que su madre no había sido una persona bien atendida ni bien tratada.

—Celebro mucho conocer a la amiga de la señorita Jellyby —dijo, haciéndome una profunda reverencia, y añadió con dulzura tímida—: Estaba empezando a temer que no viniera la señorita Jellyby, dado que ya había pasado su hora habitual.

—Le ruego tenga la bondad de atribuírmelo a mí, que la he retenido, y que reciba mis excusas, señor mío —dije.

—¡Dios mío! —respondió.

—Y le ruego —proseguí— que no me permita ser motivo de más retrasos.

Con aquellas excusas me retiré a un asiento entre Peepy (que como ya estaba acostumbrado al lugar se había encaramado a un puesto en un rincón) y una señora anciana de gesto adusto, que había llevado a dos sobrinas suyas a la clase y que estaba muy indignada con las botas de Peepy. Entonces, Prince Turveydrop rasgó con los dedos las cuerdas de su violincito y las jovencitas se pusieron en pie para bailar. En aquel preciso momento apareció por una puerta lateral el señor Turveydrop padre, con toda la majestuosidad de su Porte.

Se trataba de un señor viejo y grueso, de falso buen color, dentadura falsa, patillas falsas y peluca. Llevaba un cuello de piel y un chaleco forrado bajo la levita, a la que no faltaba más que una estrella o una banda azul para estar completa [48]. Iba todo lo ajustado, lo holgado, lo vestido y lo calzado que era humanamente posible. Llevaba tal corbatín (que le hacía abultar los ojos de forma antinatural), con la barbilla y hasta las orejas totalmente hundidas en él, que parecía inevitable que estuviera a punto de caer hacia adelante si de pronto se le desanudara. Llevaba bajo el brazo un sombrero de gran tamaño y peso, que iba estrechándose desde la copa hacia el ala, y en la mano un par de guantes blancos con los que lo golpeaba, mientras se apoyaba en una sola pierna, con los hombros bien tiesos, los codos hacia atrás, en una actitud de elegancia insuperable. Llevaba un bastón, un monóculo, una caja de rapé, anillos, puños almidonados; tenía aire de cualquier cosa, menos de naturalidad; no parecía joven y no parecía viejo, no se parecía a nada en el mundo, más que a un modelo de Porte.

—¡Padre! Una visita. La señorita Summerson, amiga de la señorita Jellyby.

—Nos distingue mucho —dijo el señor Turveydrop— la presencia de la señorita

Summerson —y cuando me hizo una reverencia, tan comprimido como estaba, creo que casi vi que se le salían las arrugas hasta en los blancos de los ojos.

—Mi padre —me dijo su hijo en un aparte, tan lleno de fe que resultaba enternecedor— es un personaje famoso. Mi padre es objeto de gran admiración.

—¡Sigue adelante, Prince, sigue adelante! —dijo el señor Turveydrop, dándole las espaldas a la chimenea, con un gesto condescendiente de los guantes—. ¡Continúa lo que estabas haciendo, hijo mío!

Ante aquella orden, o aquella amable autorización, continuó la clase. A veces, Prince Turveydrop tocaba el violincito mientras bailaba, y otras veces tocaba el piano en pie; a veces tarareaba la melodía con el escaso resuello que le quedaba, mientras corregía a una de las alumnas; siempre acompañaba atentamente a las menos adelantadas en cada paso y cada parte de la figura, y no descansaba un momento. Su distinguido padre no hacía nada en absoluto, salvo seguir ante la chimenea como un modelo de buen Porte.

—Y nunca hace más que eso —comentó la anciana señora de gesto adusto—. ¿Se podría usted imaginar que el nombre de la placa de abajo es el de ése?

—Bueno, su hijo se llama igual que él —le dije.

—Si pudiera quitárselo, no le dejaría a su hijo ni el nombre —replicó la señora—. ¡Mire cómo va vestido el hijo! —desde luego, no era nada elegante; llevaba la ropa incluso un poco gastada, casi de pobre. Y la anciana añadió—: Sin embargo, el padre, siempre vestido de punta en blanco, ¡y todo por culpa de su Porte! ¡Ya lo iba yo a portar! ¡Más bien, a deportar, eso es lo que le haría yo!

Sentí curiosidad por saber algo más acerca de aquella persona, y pregunté:

—¿Es que ahora da lecciones de Porte?

—¡Ahora! —respondió la anciana inmediatamente—. Nunca las ha dado.

Tras un momento de reflexión, pregunté si quizá su fuerte era la esgrima.

—No creo que sepa nada de esgrima en absoluto, señorita —contestó la anciana.

Puse un gesto de sorpresa y curiosidad. La anciana, que se iba poniendo cada vez más irritada contra el Maestro del Porte a medida que se iba metiendo en el tema, me dio algunos detalles de su carrera, con grandes seguridades de que, si acaso, se quedaba corta.

Se había casado con una mujercita mansa que daba clases de baile y que tenía una clientela pasable (pues él nunca había hecho nada en la vida, salvo exhibir su Porte), y la había matado a trabajar, o, en el mejor de los casos, había permitido que se matara a trabajar, a fin de que él pudiera subvenir a los gastos indispensables en su posición. Tanto para exhibir su Porte ante los mejores modelos como para mantener siempre ante sí los mejores modelos, había considerado necesario frecuentar los lugares públicos de moda y de ocio, hacerse ver en Brighton y otros puntos en las temporadas de moda y llevar una vida de ocio, siempre vestido a la última moda. Para

que se lo pudiera permitir, la afectuosa maestra de baile había trabajado y trabajado, y hubiera seguido trabajando y trabajando todavía si le hubieran durado las fuerzas. Pues la clave de la historia era que, pese al egoísmo absorbente de aquel hombre, su mujer (dominada por el buen Porte de él) había creído en él hasta el final, y en su lecho de muerte lo había confiado, en los términos más conmovedores, a su hijo, como alguien que tenía un derecho inextinguible sobre él, y a quien nunca podría contemplar con suficiente orgullo y deferencia. El hijo, que había heredado la fe de su madre y que siempre tenía ante sí aquel modelo de Porte, había vivido y crecido con la misma fe, y ahora, a los treinta años de edad, trabajaba para su padre doce horas al día, y lo colocaba sobre el mismo pedestal imaginario.

—¡Pero qué aires se da ese hombre! —dijo mi informante, sacudiendo la cabeza en dirección al señor Turveydrop padre con una indignación muda cuando él se puso los guantes ajustados, inconsciente, claro está, del homenaje que se le estaba haciendo—. ¡Está totalmente convencido de pertenecer a la aristocracia! Y es tan condescendiente con el hijo, al que engaña tan paladinamente, que cabría suponer que es el más virtuoso de los padres. ¡Ay, me gustaría abofetearlo! —dijo la anciana, apostrofándolo con infinita vehemencia.

No pude evitar el sentirme divertida, aunque lo que decía la anciana me llenaba de la mayor preocupación. Era difícil dudar de ella, cuando tenía ante mí a padre e hijo. No puedo decir lo que hubiera pensado de ellos de no ser por el relato de la anciana, ni lo que hubiera pensado del relato de la anciana de no tenerlos a ellos delante. Pero la suma de todo aquello resultaba muy convincente.

Seguía yo mirando alternativamente al señor Turveydrop hijo, que tanto trabajaba, y al señor Turveydrop padre, que tan buen Porte tenía, cuando se me acercó este último e inició una conversación.

Primero me preguntó si confería yo encanto y distinción a Londres como residente en la ciudad. No me pareció necesario responderle que tenía perfecta conciencia de que en cualquier caso no conferiría tales cosas, sino que me limité a decirle dónde residía.

—Dama tan graciosa y llena de virtudes —dijo, besándose el guante derecho y señalando después con él a las alumnas— contemplará con lenidad los defectos que aquí ve. ¡Hacemos todo lo posible por educar, educar y educar! —Se sentó a mi lado, con cierto cuidado, me pareció, para adoptar la misma postura que el grabado de su ilustre modelo en el sofá. Y la verdad es que se le parecía mucho.—¡Educar, educar y educar! —repitió, tomando un poco de rapé y agitando delicadamente los dedos—. Pero, si se me permite decirlo a alguien formado para la gracia, tanto de la Naturaleza como del Arte, no estamos a la altura a la que estábamos en materia de buen Porte —dijo, con aquella reverencia metiendo la cabeza entre los hombros, que según parecía le resultara imposible hacer sin al mismo tiempo enarcar las cejas y cerrar los ojos.

—¿No lo estamos, caballero? —pregunté.

—Hemos degenerado —respondió, sacudiendo la cabeza, lo cual sólo podía hacer hasta donde se lo permitía el corbatín—. Estos tiempos igualitarios no son favorables al buen Porte. Fomentan la vulgaridad. Es posible que yo no hable con imparcialidad. Quizá no debiera decir que desde hace ya unos años se me conoce como el Caballero Turveydrop, o que Su Alteza Real, el Príncipe Regente, me hizo una vez el honor de preguntar, cuando me quitó el sombrero al salir él del Pabellón de Brighton (magnífico edificio): «¿Quién es? ¿Quién diablos es? ¿Por qué no lo conozco? ¿Por qué no tiene una renta de treinta mil al año?». Pero eso no son sino pequeñas anécdotas, muy conocidas, señora, muy conocidas todavía entre las clases altas.

—¿Verdaderamente? —dije.

Replicó con aquella inclinación suya de los hombros:

—En cuanto a lo que nos queda de buen Porte —añadió—, Inglaterra (¡pobre país mío!) ha degenerado muchísimo, y sigue degenerando día tras día. Ya no le quedan muchos caballeros. Somos pocos. No veo que nos pueda suceder más que una raza de tejedores.

—Cabría esperar que la raza de los caballeros se perpetuara aquí —comenté.

—Es usted muy amable —sonrió, una vez más con aquella inclinación de los hombros—. Me halaga. Pero no..., ¡no! Jamás he podido imbuir a mi pobre muchacho de esa parte de su arte. Dios impida que hable yo mal de mi querido hijo, pero... no tiene Porte.

—Parece ser un excelente profesor —observé.

—Compréndame usted, mi querida señora, es un excelente profesor. Ha adquirido todo lo que se puede adquirir. Sabe impartir todo lo que se puede impartir. Pero hay cosas... —y tomó otro poco de rapé y volvió a inclinarse, como para decir: «cosas así, por ejemplo».

Miré hacia el centro de la sala, donde el enamorado de la señorita Jellyby, que ahora trabajaba con sus alumnas una por una, se esforzaba más que nunca.

—Este hijo mío es excelente —murmuró el señor Turveydrop, ajustándose el corbatín.

—Su hijo es infatigable —dije.

—Es para mí un honor —respondió el señor Turveydrop— oírsele decir a usted. En algunos respectos sigue el camino de su santa madre. Era muy leal. Pero, ¡aah, Mujer, aah, Mujer —añadió el señor Turveydrop con una galantería desagradable—, qué sexo tan difícil!

Me levanté para ir a reunirme con la señorita Jellyby, que se estaba poniendo el sombrero. Como ya había pasado todo el tiempo asignado a la clase, todas se estaban poniendo los sombreros. No sé cómo encontraron la señorita Jellyby y el pobre Prince tiempo para prometerse, pero, desde luego, en aquella ocasión no tuvieron

tiempo para intercambiar ni una docena de palabras.

—Hijo mío —preguntó benignamente el señor Turveydrop a su hijo—, ¿sabes qué hora es?

—No, padre. —El hijo no tenía reloj. El padre tenía uno muy bueno y de oro, que sacó con un gesto que era un ejemplo para toda la Humanidad.

—Hijo mío —dijo—, son las dos. Recuerda que tienes una clase en Kensington a las tres.

—Tengo tiempo de sobra, padre —respondió Prince—. Puedo comer algo sobre la marcha y llegar a la hora.

—Hijo mío querido —replicó su padre—, tienes que darte prisa. Como verás, en la mesa tienes algo de cordero frío.

—Gracias, padre. ¿Se marcha *usted* ya, padre?

—Sí, hijo mío. Supongo —dijo el señor Turveydrop, cerrando los ojos y levantando los hombros, con un gesto de modestia— que, como de costumbre, he de pasear en Corte.

—Tendría que comer bien en alguna parte —dijo su hijo.

—Es lo que me propongo, muchacho. Creo que comeré algo en la Casa de Francia, en la Columnata de la ópera.

—Eso está muy bien. ¡Adiós, padre! —dijo Prince, dándole la mano.

—¡Adiós, hijo mío! ¡Ve con mi bendición!

El señor Turveydrop dijo aquellas palabras en tono santurrón, lo que pareció agrandar a su hijo, que al separarse de él estaba tan satisfecho de él, tan deferente con él y tan orgulloso de él que casi me pareció que fuera una falta de amabilidad para con el joven el no ser capaz de creer implícitamente en el viejo. Los pocos momentos que dedicó Prince a despedirse de nosotras (y especialmente de una de nosotras, como pude apreciar gracias a hallarme en el secreto) aumentaron mi impresión favorable de su carácter casi infantil. Sentí por él tal afecto y tal compasión cuando se puso su violincito en el bolsillo (y con él sus deseos de quedarse un rato más con Caddy) y se marchó bienhumorado hacia su cordero frío y su escuela de Kensington, que casi me quedé tan airada contra el padre como la anciana severa.

El padre nos abrió la puerta del salón y nos despidió con una reverencia, con unos modales, debo reconocerlo, dignos de su brillante modelo. Con ese mismo aire nos pasó al cabo de un rato, por el otro lado de la calle, camino de la parte aristocrática de la ciudad, donde iba a mostrarse entre los pocos caballeros más que quedaban. Por unos momentos me perdí en mis reflexiones sobre lo que había visto y oído en Newman Street, de forma que no podía hablar con Caddy, ni siquiera fijar la atención en lo que decía ella, sobre todo cuando me empecé a preguntar mentalmente si había o había habido jamás otros caballeros, no pertenecientes a la profesión danzarina, que vivieran y fundaran una reputación exclusivamente sobre la base de su porte. Era algo

tan enigmático, y sugería la posibilidad de que hubiera tantos señores Turveydrop, que me dije: «Esther, tienes que decidirte a dejar totalmente de lado este tema y ocuparte de Caddy». Es lo que hice, y fuimos charlando todo el resto del camino hasta llegar a Lincoln's Inn.

Caddy me dijo que la educación de su enamorado había sido tan descuidada que no siempre resultaba fácil leer las notas que le enviaba. Dijo que si no se preocupara tanto de la ortografía, y no se esforzara tanto por escribir con claridad, lo haría mejor; pero añadía tantas letras innecesarias en las palabras cortas que a veces parecían cualquier cosa menos inglés.

—Lo hace con la mejor intención —observó Caddy—, pero, ¡pobrecito!, no consigue el efecto que desea.

Después Caddy siguió razonando que no podía esperarse de él que fuera muy culto, criándose se había pasado toda la vida en la escuela de baile, y no había hecho más que enseñar y azacarse, azacarse y enseñar, mañana, tarde y noche. Y, además, ¿qué más daba? Ella podía escribir todas las cartas que hicieran falta, como había aprendido a sus propias expensas, y más valía que él fuera bueno que culto.

—Además, no es como si yo fuera una chica preparadísima que tuviera derecho a darse aires de nada —añadió Caddy—. ¡Bien poco que sé yo, gracias a Madre! Y hay otra cosa que quiero decirle, ahora que estamos solas las dos —continuó—, que no me hubiera gustado mencionar si no hubiera visto usted ya a Prince, señorita Summerson. Ya sabe usted lo que es nuestra casa. De nada me vale que intente aprender en *nuestra* casa nada que le conviniera saber a la mujer de Prince. Vivimos en tal estado de desorden que es imposible, y cuando lo he intentado no ha valido sino para descorazonarme todavía más. Así que voy obteniendo algo de práctica (¿se lo podrá creer?) ¡con la pobre señorita Flite! A primera hora de la mañana la ayudo a limpiar su cuarto y a limpiar a los pájaros, y le hago una taza de café (claro que es ella la que me ha enseñado), y he aprendido a hacerlo tan bien que Prince dice que es el mejor café que ha tomado en su vida y que le gustaría mucho al señor Turveydrop padre, que es muy exigente con el café. También he aprendido a hacer pastelillos, y ya sé comprar cuello de cordero, y té y azúcar, y mantequilla, y muchas cosas de la casa. Todavía no soy muy hábil con la aguja —dijo Caddy echando una mirada a los arreglos de la ropa de Peepy—, pero quizá vaya mejorando, y desde que estoy comprometida con Prince y haciendo todas estas cosas me siento de mejor humor, creo yo, y tengo más paciencia con Madre. Esta mañana, al principio, me puse un poco nerviosa al ver a usted y la señorita Clare tan aseadas y tan guapas, y sentí vergüenza de mí misma, y también de Peepy, pero en general espero tener mejor humor que antes, y más paciencia con Madre.

La pobre chica se esforzaba tanto y hablaba con tal sinceridad que me emocionó.

—Caddy, encanto —repliqué—, empiezo a sentir gran afecto por ti, y espero que

nos hagamos amigas.

—¿De verdad? —exclamó Caddy—. ¡Me gustaría tanto!

—Mi querida Caddy —dije—, seamos amigas a partir de ahora y hablemos a menudo de estas cosas para ver cómo se pueden arreglar.

Caddy estaba contentísima. Yo dije todo lo que pude, a mi aire anticuado, para tranquilizarla y animarla, y aquel día no hubiera tenido nada malo que decir el señor Turveydrop padre, salvo que hubiera servido para obtenerle una dote a su nuera.

Ya estábamos llegando a casa del señor Krook, cuya puerta particular estaba abierta. A la entrada había un cartel anunciando que quedaba un cuarto libre en el segundo piso. Aquello recordó a Caddy decirme, mientras subíamos la escalera, que allí se había producido una muerte repentina y se había celebrado una encuesta, y que nuestra anciana amiga se había puesto enferma del susto. Como la puerta y la ventana del cuarto libre estaban abiertas, nos detuvimos a mirar. Se trataba del cuarto de la puerta oscura que la señorita Flite había señalado en secreto a mi atención la última vez que estuve en aquella casa. Era un lugar triste y desolado, que me dio una extraña sensación de dolor e incluso de horror.

—¡Se ha puesto usted pálida —dijo Caddy cuando salimos— y fría!

Me sentía como si el cuarto me hubiera dado un escalofrío.

Mientras hablábamos habíamos andado despacio, y mi tutor y Ada habían llegado antes que nosotros. Los encontramos en la buhardilla de la señorita Flite. Estaban contemplando los pájaros, mientras un médico que tenía la bondad de atender a la señorita Flite con gran solicitud y compasión hablaba animadamente con ella ante la chimenea.

—Ya he terminado mi visita profesional —dijo levantándose—. La señorita Flite está mucho mejor y puede ir mañana al Tribunal (dado que es lo que más desea). Tengo entendido que allí la han echado mucho de menos.

La señorita Flite recibió el cumplido con agrado y nos hizo una reverencia general.

—Es un honor, de verdad —dijo—, recibir una visita de las pupilas de Jarndyce. ¡Un honor recibir a Jarndyce de Casa Desolada bajo mi humilde techo! —reverencia especial—. ¡Mi querida Fitz-Jarndyce [49] —aparentemente le había puesto ese nombre a Caddy y siempre la llamaba así—, doblemente bienvenida!

—¿Ha estado muy enferma? —preguntó el señor Jarndyce al caballero a quien habíamos encontrado atendiéndola. Pero respondió ella directamente, aunque la pregunta se había hecho en un susurro.

—¡Ay, muy mal! ¡He estado malísima! —dijo en tono confidencial—. No es que hayan sido dolores, saben. Problemas. ¡No tanto corporales como nerviosos, nerviosos! —dijo en una voz baja y trémula—. La verdad es que hemos tenido una muerte en esta casa. Había veneno en la casa. Y yo soy muy susceptible a esas cosas

horribles. Me dio miedo. El señor Woodcourt es el único que sabe cuánto miedo. ¡Mi médico, el señor Woodcourt! —dicho con gran pompa— Las pupilas de Jarndyce, Jarndyce de Casa Desolada, y Fitz-Jarndyce.

—La señorita Flite —dijo el señor Woodcourt con voz grave y amable, como si estuviera ordenándole algo al mismo tiempo que se dirigía a nosotros— describe su enfermedad con su exactitud habitual. Se sintió alarmada ante algo ocurrido en la casa que podría haber alarmado a alguien más fuerte que ella. Me llamó en las primeras prisas del descubrimiento, aunque ya era demasiado tarde para que le pudiera yo servir de nada a aquel pobrecillo. He tratado de compensar esa desilusión viniendo a verla desde entonces y siéndole de alguna utilidad.

—Es el médico más amable de todo el Colegio —me susurró la señorita Flite—. Estoy esperando una Sentencia. El Día del Juicio. Y entonces conferiré herencias.

—Dentro de uno o dos días va a estar bien —dijo el señor Woodcourt con una sonrisa observadora—, o todo lo bien que puede estar. ¿Se han enterado de su buena fortuna?

—¡Algo extraordinario! —dijo la señorita Flite con una sonrisa animada—. ¡Hija mía, jamás ha oído usted cosa igual! Todos los sábados, Kenge el Conversador, o Guppy (el pasante del Conversador K.), me pone en la mano un cartucho de chelines. ¡Chelines, se lo aseguro! Siempre hay la misma cantidad en el paquete. Siempre hay uno para cada día de la semana. ¡Verdaderamente, quién lo iba a imaginar! Tan oportuno, ¿verdad? ¡Sí! ¿Y de dónde vienen esos cartuchos, dirá usted? Ésa es la cuestión. Naturalmente. ¿Quiere que le diga lo que opino yo? Yo opino —dijo la señorita Flite, echándose atrás con una mirada de gran astucia, y sacudiendo el índice de manera muy significativa— que el Lord Canciller, consciente del tiempo que lleva abierto el Gran Sello (¡porque lleva abierto mucho tiempo!), es el que me los envía. Supongo que hasta que se pronuncie la Sentencia. Y eso es algo que lo honra mucho, ¿saben ustedes? Confesar así que él es un tanto lento para la vida humana. ¡Qué delicadeza! El otro día, cuando asistía a los Tribunales (a los que asisto regularmente) con mis documentos, se lo dije, y casi confesó. Es decir, le sonreí desde mi banco, y él me sonrió desde el estrado. Pero es una gran fortuna, ¿no? Y Fitz-Jarndyce me administra el dinero muy bien. ¡Sí, le aseguro que muy bien!

La felicité (porque era a mí a quien se dirigía) por aquel aumento afortunado de sus ingresos, y le deseé que continuara mucho tiempo. No me pregunté cuál sería su origen ni quién sería tan humano y considerado. Mi Tutor estaba a mi lado contemplando los pájaros y no me hacía falta mirar más lejos.

—¿Y cómo llama usted a estos animalitos, señora? —preguntó con su tono agradable de siempre—. ¿Tienen algún nombre?

—Puedo responder por la señorita Flite que sí los tienen —dijo yo—, porque nos prometió decírnoslos. ¿Te acuerdas, Ada?

Ada lo recordaba perfectamente.

—¿Sí? —preguntó la señorita Flite—. ¿Quién llama a la puerta? ¿Por qué está usted escuchando a mi puerta, Krook?

El viejo de la casa abrió la puerta y apareció con su gorra de piel en la mano y su gato a los talones.

—No estaba escuchando, señorita Flite —dijo—. Estaba a punto de llamar, pero ¡es usted tan rápida!

—Que se marche esa gata. ¡Que se vaya inmediatamente! —exclamó airada la anciana.

—¡Vamos, vamos! No hay ningún peligro, señores —dijo el señor Krook mirándonos lenta y atentamente uno por uno hasta el último—, jamás se tiraría a los pájaros conmigo delante, salvo que se lo dijera yo.

—Excusen ustedes a mi casero —dijo la señorita Flite con aire muy digno—. ¡L., totalmente L! ¿Qué quiere usted, Krook, cuando tengo visita?

—¡Eh! —dijo el viejo—. Ya sabe usted que yo soy el Canciller.

—¿Y qué? —contestó la señorita Flite—. ¿Qué pasa?

—Resulta curioso —dijo el viejo, con una risita— que el Canciller no conozca a un Jarndyce, ¿no, señorita Flite? ¿Me permite la libertad? A sus órdenes, caballero. Conozco el caso Jarndyce y Jarndyce casi tan bien como *uste*, señor. Conocí al viejo caballero Tom. Pero a usted, que yo sepa, no lo he visto nunca, ni siquiera en el Tribunal. Sí, voy allí muchas veces al cabo del año, un día con otro.

—Yo no voy nunca —dijo el señor Jarndyce (que no iba, pasara lo que pasara)—. Antes preferiría ir... a otra parte.

—¿De verdad? —replicó Krook, con una sonrisa—. Es usted muy duro con mi noble y erudito hermano al decir esas palabras, señor, aunque quizá sea natural en un Jarndyce. ¡Gato escaldado, señor mío! Pero veo que está usted mirando los pájaros de mi inquilina, señor Jarndyce—. El viejo había entrado poco a poco en el cuarto, hasta tocar ahora a mi Tutor en un codo, y se lo quedó mirando a la cara a través de las gafas—. Una de las rarezas que tiene es que nunca dice cómo se llaman los pájaros si puede evitarlo, aunque cada uno tiene su nombre—. Y añadió en un susurro—: ¿Quiere que se los diga, señorita Flite? —preguntó ya en voz alta, con un guiño e indicándola con la mano cuando ella se volvió de espaldas, haciendo como que limpiaba la chimenea.

—Si quiere —contestó ella secamente.

El viejo miró primero a las cajas, después a nosotros y recitó la lista:

—Esperanza, Alegría, Juventud, Paz, Reposo, Vida, Polvo, Cenizas, Despilfarro, Necesidad, Ruina, Desesperación, Locura, Muerte, Astucia, Tontería, Palabrería, Pelucas, Trapos, Pergamino, Saqueo, Precedente, Jerga, Necedad y Absurdo. Ésa es toda la colección —dijo el viejo—, toda ella enjaulada por mi noble y erudito

hermano.

—¡Qué viento tan desagradable hace! —murmuró mi Tutor.

—Cuando mi noble y erudito hermano pronuncie su Sentencia, saldrán en libertad —continuó Krook con otro guiño dirigido a nosotros—. Y entonces —añadió, susurrante y sonriente—, si es que ocurre alguna vez (que no va a ocurrir), los pájaros que nunca han estado enjaulados los matarían.

—¡Si jamás ha soplado viento de Levante —dijo mi Tutor, haciendo como que miraba por la ventana en busca de una veleta—, seguro que es hoy!

Nos resultó muy difícil marcharnos de aquella casa. No fue la señorita Flite quien nos retuvo, pues era una persona de lo más delicado que cabe en cuanto a tener en cuenta los deseos de los demás. Fue el señor Krook. Parecía que le resultara imposible separarse del señor Jarndyce. Si hubiera estado atado a él no hubiera podido seguirlo más de cerca. Propuso mostrarnos su Tribunal de Cancillería, y todo el extraño batiburrillo que contenía; a lo largo de nuestra inspección (que él prolongó) se mantuvo al lado del señor Jarndyce, y a veces lo retenía, con un pretexto u otro, hasta que seguíamos adelante, como si estuviera atormentado por una inclinación a revelar algún tema secreto, que no acababa de decidirse a abordar. No puedo imaginar unos modales ni unos gestos más singularmente expresivos de cautela e indecisión, ni un impulso constante a hacer algo a lo que no acababa de atreverse, que la actitud de Krook aquel día. Vigilaba incesantemente a mi Tutor. Raras veces le apartaba los ojos de la cara. Si estaba a su lado, lo observaba con la mirada astuta de un viejo zorro blanco. Si se adelantaba, se volvía a mirarlo. Cuando nos parábamos, se ponía frente a él y se pasaba la mano ante la boca abierta, con una curiosa expresión de tener algún género de poder, y desviaba los ojos y bajaba las cejas grises hasta que parecía tener los ojos cerrados, mientras parecía escudriñar cada rasgo de la cara de mi Tutor.

Por fin, tras recorrer toda la casa (siempre seguidos por la gata) y haber contemplado todas las existencias de restos variados, que verdaderamente eran curiosas, llegamos a la trastienda. Allí, en la tapa de un tonel puesto del revés, había un tintero, varias plumas gastadas y unos cuantos programas de teatro sucios, y en la pared había pegados diversos abecedarios impresos en grandes caracteres y con distintos tipos de letra.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó mi Tutor.

—Estoy tratando de aprender a leer y escribir.

—¿Y qué tal le va?

—Lento. Mal —respondió impaciente el viejo—. Resulta difícil, a mi edad.

—Sería más fácil que le enseñara alguien —observó mi Tutor.

—¡Sí, pero a lo mejor me enseñaban mal! —replicó el viejo, con un brillo prodigiosamente suspicaz en la mirada—. No sé lo que he perdido por no haber aprendido antes. Y no quiero perder nada más si ahora me enseñan mal.

—¿Mal? —preguntó mi Tutor con su sonrisa bienhumorada—. ¿Y por qué cree que le iban a enseñar mal?

—¡No lo sé, señor Jarndyce de Casa Desolada! —contestó el viejo, poniéndose las gafas en la frente y frotándose las manos—. No creo que lo fuera a hacer nadie..., ¡pero prefiero confiar en mí mismo antes que en otro!

Aquellas respuestas y sus modales eran lo bastante raros como para hacer que mi Tutor preguntara al señor Woodcourt, mientras nos paseábamos juntos por Lincoln's Inn, si era verdad, como decía su inquilina, que el señor Krook estaba perturbado. El joven médico dijo que no había advertido nada que lo indicara. Era muy desconfiado, como suele ocurrir entre los ignorantes, y siempre estaba más o menos intoxicado de ginebra pura, que bebía en grandes cantidades, y a la que olían mucho él mismo y su trastienda, como quizá hubiéramos observado, pero no creía que estuviera perturbado todavía.

Camino de casa obtuve hasta tal punto el afecto de Peepy cuando le compré un molinillo de viento y dos bolsas de harina, que no dejó que nadie más le quitara el sombrero y los guantes, y durante la cena no quiso sentarse más que a mi lado. Caddy se sentó a mi otro lado y junto a Ada, a quien en cuanto regresamos le contó toda la historia del noviazgo. Tratamos muy afectuosamente a Caddy y también a Peepy, y Caddy estuvo muy animada, igual que mi Tutor, y todos estuvimos muy contentos, hasta que Caddy volvió de noche a su casa, en un coche de alquiler, con Peepy totalmente dormido, pero todavía con el molinillo bien agarrado en la mano.

Se me ha olvidado mencionar —o por lo menos no he mencionado— que el señor Woodcourt era el mismo médico joven y moreno a quien habíamos conocido en casa del señor Badger. Y que el señor Jarndyce lo invitó a cenar al día siguiente. Y que efectivamente vino. Y que cuando se fueron todos y le dije a Ada: «Ahora, cariño mío, vamos a hablar un poco de Richard», Ada se echó a reír, y dijo...

Pero creo que no importa lo que dijo mi pequeña. Siempre estaba muy alegre.

15. Bell Jard

Durante nuestra estancia en Londres, el señor Jarndyce estuvo en todo momento rodeado de la multitud de damas y caballeros excitables cuyas actitudes tanto nos habían sorprendido. El señor Quale, que se presentó poco después de nuestra llegada, estuvo presente en todos aquellos momentos. Parecía proyectar aquellas sienes suyas abultadas y brillantes en todo lo que ocurría, y cepillarse el pelo cada vez más para atrás, hasta que las raíces mismas estaban casi a punto de echársele a volar de la cabeza como resultado de su filantropía inagotable. Le daba igual cuál fuera el objetivo, pero siempre estaba particularmente dispuesto a todo lo que consistiera en rendir homenaje a alguien. Su principal facultad parecía ser la de una admiración indiscriminada. Se quedaba sentado largos ratos, con el mayor contento, con las sienes bañadas en la luz de alguna luminaria. Tras haberlo visto por primera vez totalmente sumido en la admiración que profesaba a la señora Jellyby, yo suponía que ella era el objeto absorbente de su devoción. Pronto descubrí mi error, y vi que actuaba como paje y trompetero de toda una procesión de gente.

Un día vino la señora Pardiggle en busca de una suscripción en apoyo de algo, y con ella el señor Quale. Dijera lo que dijera la señora Pardiggle, el señor Quale nos lo repetía, e igual que había ensalzado a la señora Jellyby, ensalzaba ahora a la señora Pardiggle. Ésta escribió una carta de presentación a mi Tutor en nombre de su elocuente amigo el señor Gusher [50]. Con éste volvió a aparecer el señor Quale. El señor Gusher, que era un caballero fofo con la piel húmeda y unos ojos demasiado pequeños para su cara de luna, de modo que parecían haber estado destinados en principio a otra persona, no era demasiado atractivo a primera vista, pero apenas si se acababa de sentar cuando el señor Quale nos preguntó a Ada y a mí, en tono perfectamente audible, si no era una gran persona, como efectivamente lo era, en el sentido fofo del término, aunque el señor Quale se refería a su atractivo intelectual, y si no nos asombraban las enormes dimensiones de su frente. En resumen, oímos hablar de muchísimas Misiones de diversos tipos cuando estábamos con aquel grupo de personas, pero a ese respecto nada nos resultaba ni la mitad de claro como que la misión que le correspondía a Quale era la de caer en éxtasis con las misiones de todos los demás, y que ésa era la misión más popular de todas.

El señor Jarndyce había caído en medio de aquella gente por causa de su buen corazón y por su sincero deseo de hacer todo el bien que le fuera posible, pero también él consideraba que se trataba demasiado a menudo de una compañía insatisfactoria, cuya benevolencia adoptaba formas espasmódicas, cuya caridad era algo asumido, como un uniforme, por profesoruelos vociferantes y por especuladores que aspiraban a la fama, vehementes en sus profesiones de fe, inconstantes y vanos en la acción, serviles hasta el último grado de mezquindad ante

los grandes, aduladores los unos de los otros, e insufribles para quienes verdaderamente deseaban ayudar a los débiles a no hundirse, en lugar de levantarlos un poco con grandes exclamaciones y autoelogios cuando ya estaban caídos, según nos dijo con toda claridad. Cuando el señor Gusher organizó un homenaje al señor Quale (a quien ya le había organizado uno el señor Gusher), y cuando el señor Gusher estuvo hablando una hora y media del tema, en una reunión a la que asistieron dos escuelas de niños y niñas pobres, a quienes se recordó en especial el subsidio de las viudas, y a quienes se pidió que contribuyeran con sus medios peniques y que hicieran sacrificios aceptables, creo que sopló viento de Levante durante tres semanas seguidas.

Lo menciono porque voy a hablar otra vez del señor Skimpole. Me daba la sensación de que las manifestaciones de infantilismo y despreocupación que hacía éste con tanta tranquilidad eran un gran alivio para mi Tutor, en contraste con todos aquéllos, y resultaban tanto más creíbles, pues era imposible que no se sintiera complacido al encontrar a alguien tan totalmente carente de designios y tan sincero. Lamentaría implicar que el señor Skimpole lo adivinaba y que actuaba en su propio interés; nunca llegué a conocerlo tan bien como para afirmar tal cosa. Desde luego, ante el resto del mundo era igual que ante mi Tutor.

No había estado muy bien, de manera que, aunque vivía en Londres, no lo habíamos visto hasta ahora... Una mañana apareció con sus agradables modales de costumbre y tan lleno de buen ánimo como siempre.

Bueno, nos dijo, ¡aquí estaba! Había tenido un ataque biliar, pero los ataques biliares eran frecuentes entre los ricos, por lo cual se había persuadido de que era también él una persona de fortuna. Y lo era, desde un cierto punto de vista, en sus intenciones generosas. Había estado enriqueciendo a su médico de manera totalmente dispendiosa. Siempre había doblado sus honorarios, e incluso algunas veces los había cuadruplicado. Le había dicho al médico: «Mire, mi querido doctor, es completamente ilusorio por su parte suponer que me cuida usted de manera gratuita. De hecho, estoy llenándolo a usted de dinero (dada la generosidad de mis intenciones), ¡pero usted no lo sabe!». Y en realidad (nos dijo), lo decía con tal sinceridad que era como si lo estuviera haciendo de verdad. De haber tenido aquellos trozos de metal o de papel a que tanta importancia atribuía la gente, para dárselos al médico, se los hubiera dado. Como no los tenía, lo que importaba eran sus intenciones. ¡Muy bien! Si sus intenciones eran sanas y sinceras, como lo eran, él consideraba que valían tanto como el dinero, de manera que su deuda quedaba pagada.

—Es posible que se deba, en parte, a que no entiendo para nada el valor del dinero —dijo el señor Skimpole—, pero es algo que se me ocurre muy a menudo. ¡Me parece algo tan razonable! Mi carnicero me dice que quiere que le pague su

cuentita. Es parte de la agradable poesía inconsciente de la naturaleza humana que siempre la califique de «cuentita», con objeto de que su pago nos parezca fácil a ambos. Y yo le digo al carnicero: «Amigo mío, estás pagado, pero no te das cuenta. No tenías el problema de venir a pedirme que te pagara la cuentita. Ya estás pagado. Te lo digo de verdad».

—Pero supongamos —dijo mi Tutor, riéndose— que él pusiera en la cuenta la intención de la carne, en lugar de dártela de verdad.

—Mi querido Jarndyce —fue la respuesta—, me sorprendes. Adoptas la misma actitud que el carnicero. Un carnicero que tuve una vez adoptaba la misma actitud. Me dice: «Señor, ¿por qué come usted cordero lechal a dieciocho chelines la libra?». «¿Que por qué como cordero lechal a dieciocho chelines la libra, amigo mío?», contesté, naturalmente sorprendido por la pregunta. «¡Me gusta el cordero lechal!». Aquello me pareció lo bastante convincente. «Pero bueno, señor», me dice, «quiero decir que igual que yo le doy el cordero, usted me da el dinero». «Amigo mío», le digo, «te ruego que razonemos como los seres inteligentes. ¿Cómo lograrlo? Imposible. Tú *tenías* el cordero, y yo *no* tenía el dinero. Tú no podías hacer nada con el cordero salvo que me lo enviaras, mientras que yo puedo hacer algo con el dinero, y es lo que tengo intención de hacer, aunque no te lo envíe». No supo qué contestarme. Fin del problema.

—¿Y no te llevó a los Tribunales? —preguntó mi Tutor.

—Sí que me llevó a los Tribunales —dijo el señor Skimpole—, pero al hacerlo estaba más influido por la pasión que por la razón. Eso de la pasión me recuerda a Boythorn. Me ha escrito que las señoritas y tú le habéis prometido hacerle una breve visita en su casita de soltero de Lincolnshire.

—A las muchachas les gusta mucho —dijo el señor Jarndyce—, y esa promesa la he hecho por ellas.

—La Naturaleza se olvidó de suavizarlo un poco, ¿no? —observó el señor Skimpole a Ada y a mí—. ¿No es un poco exagerado, como el mar? Un poco demasiado vehemente, como un toro que ha decidido considerar que todo es de color rojo. Pero reconozco que tiene un cierto vigor, ¡como un martillo pilón!

Me hubiera sorprendido que aquellas dos personas se tuvieran en gran estima la una a la otra, dada la importancia que el señor Boythorn atribuía a tantas cosas, y la poca importancia que le atribuía el señor Skimpole a todo. Además de lo cual, más de una vez había visto yo al señor Boythorn a punto de expresar opiniones muy firmes cuando se mencionaba al señor Skimpole. Naturalmente, me limité a sumarme a Ada al decir que el señor Boythorn nos agradaba mucho.

—Me ha invitado —dijo el señor Skimpole—, y si un niño puede ponerse en tales manos, como se siente alentado a hacer este niño, cuando puede contar con la fuerza sumada de estos dos ángeles para que le protejan, lo aceptaré. Me ofrece pagarme el

viaje de ida y vuelta. Supongo que debe de costar algún dinero. ¿Quizá unos chelines? ¿O unas libras? ¿O algo así? A propósito, Coavinses. ¿Recuerda usted a nuestro amigo Coavinses, señorita Summerson?

Me lo preguntó cuando le vino el tema a la cabeza, con aquel aire suyo, siempre cortés y animado, sin el menor rebozo.

—¡Ah, sí! —dije.

—A Coavinses se lo acaba de llevar el Supremo Alguacil —dijo el señor Skimpole—. Ya no podrá atentar contra la luz del sol.

Me impresionó mucho oír aquello, pues ya había recordado yo, sin atribuirle ninguna importancia, la imagen del hombre sentado en el sofá aquella noche, secándose la cabeza.

—Ayer me lo comunicó su sucesor —continuó diciendo el señor Skimpole—. Su sucesor está ahora en mi casa...; para proceder al embargo, según creo que se dice. Vino ayer, el día del cumpleaños de mi hija, la de los ojos azules. Y se lo dije: «Esto no es ni razonable ni agradable. Si tuviera usted una hija de ojos azules, no le gustaría que fuera yo, sin que me hubieran invitado, el día de su cumpleaños, ¿verdad?». Pero allí se quedó.

El señor Skimpole se echó a reír ante tamaño absurdo, y tocó levemente el piano, junto al que se había sentado.

—Y entonces me dijo —siguió diciendo, marcando breves acordes que yo expresaré aquí con puntos y seguido— que Coavinses había dejado. Tres hijos. Sin madre. Y que como la profesión de Coavinses. Es impopular. Los pequeños Coavinses. Estaban en muy mala situación.

El señor Jarndyce se levantó, se pasó la mano por la cabeza y empezó a pasearse por la habitación. El señor Skimpole tocó la melodía de una de las canciones favoritas de Ada. Ésta y yo miramos al señor Jarndyce y pensamos que sabíamos lo que le pasaba por la cabeza.

Tras varios paseos y paradas, tras frotarse la cabeza e interrumpirse varias veces, mi Tutor puso una mano en el teclado e interrumpió la interpretación del señor Skimpole.

—No me gusta esa situación, Skimpole —dijo, pensativo.

El señor Skimpole, que ya se había olvidado del tema, levantó la vista, sorprendido.

—Ese hombre era necesario —continuó diciendo mi Tutor, que seguía recorriendo la breve distancia entre el piano y el extremo de la habitación y se frotaba el pelo desde la nuca hacia adelante, como si el viento de Levante se lo estuviera agitando—. Si con nuestros errores o nuestras bobadas, o por falta de conocimiento del mundo, hacemos que sean necesarios hombres así, no debemos vengarnos de ellos. Su oficio no tenía nada de malo. Mantenía a sus hijos. Habría que saber más

detalles de este asunto.

—¡Ah! ¿Coavinses? —exclamó el señor Skimpole, que por fin se daba cuenta de a qué se refería—. Nada más fácil. Un paseo hasta el cuartel general de Coavinses y puedes enterarte de todo lo que quieras.

El señor Jarndyce nos hizo un gesto, que era lo único que esperábamos nosotras.

—Vamos, hijas, vamos a llegarnos hasta allí. ¡Nos da igual ir en esa dirección que en otra cualquiera!

Nos arreglamos en seguida, y salimos. El señor Skimpole nos acompañó, y disfrutó mucho con la expedición. ¡Le resultaba tan nuevo y tan agradable, dijo, ir en busca de Coavinses, en lugar de que Coavinses fuera en busca de él! Primero nos llevó a Cursitor Street, Chancery Lane, donde había una casa de ventanas enrejadas, a la que calificó del Castillo de Coavinses. Cuando fuimos a la entrada y tocamos el timbre, salió de una especie de oficina un muchacho feísimo que nos miró por una ventanilla llena de clavos.

—¿A quién buscan? —dijo el muchacho, metiéndose dos de los clavos en la barbilla.

—¿Había aquí un guardia, o un alguacil, o algo así —preguntó el señor Jarndyce—, que acaba de morir?

—Sí —dijo el muchacho—. ¿Qué pasa?

—Dígame cómo se llamaba, por favor.

—Se llamaba Neckett —dijo el muchacho.

—¿Y dónde vivía?

—En Bell Yard —contestó el muchacho—. La tienda del provisionista a la izquierda se llama Blinder.

—¿Y era...? No sé como decirlo —murmuró mi Tutor—. ¿Era industrial?

—¿Neckett? —replicó el muchacho—. Sí, mucho. Nunca se cansaba en la vigilancia. Si se comprometía a algo, era capaz de pasarse ocho o diez horas seguidas en una esquina.

—Hubiera podido ser peor —oí que decía para sí mi Tutor—. Hubiera podido comprometerse a hacerlo y no cumplir. Muchas gracias. Eso era lo que quería saber.

Dejamos al muchacho, con la cabeza ladeada y los brazos puestos en la puerta, acariciando y chupando los clavos, y volvimos a Lincoln's Inn, donde nos esperaba el señor Skimpole, que no había querido acercarse más a casa de Coavinses. Después fuimos todos a Bell Yard, que era un callejón angosto y estaba muy cerca. En seguida vimos la tienda del provisionista. En ella había una anciana de aspecto amable que tenía hidropesía, o asma, o quizá ambas cosas.

—¿Los hijos de Neckett? —dijo en respuesta a mi pregunta—. Sí, claro, señorita. Tres tramos más arriba. La puerta frente a las escaleras —y me pasó la llave por encima del mostrador.

Miré la llave y la miré a ella, pero parecía dar por hecho que yo sabía lo que era necesario hacer. Como no podía ser más que la de la puerta de los niños, salí de allí sin hacer más preguntas y abrí la marcha hacia las escaleras. Subimos en el mayor silencio posible, pero cuatro personas hacíamos algún ruido en aquellos escalones gastados, y cuando llegamos al segundo piso, vimos que habíamos molestado a un hombre que estaba en la escalera y había abierto su puerta para mirar.

—¿Están buscando a Gridley? —preguntó, mirándome con gesto airado.

—No, señor —contesté—. Voy más arriba.

Miró sucesivamente a Ada, al señor Jarndyce y al señor Skimpole, con el mismo gesto airado, cuando siguieron pasando detrás de mí. El señor Jarndyce le dijo «Buenos días», y él le contestó: «¡Buenos días!» con voz abrupta y feroz. Era un hombre alto y cetrino, con gesto preocupado, poco pelo en la cabeza, muchas arrugas y los ojos saltones. Tenía aspecto combativo y unos modales bruscos e irritables, lo que, junto con su figura, todavía grande y fuerte, aunque, evidentemente, ya en decadencia, me pareció alarmante. Llevaba en la mano una pluma, y en el vistazo que eché a su cuarto al pasar vi que estaba lleno de papeles desordenados.

Lo dejamos allí y seguimos hasta la habitación de arriba. Golpeé en la puerta y de dentro salió una vocecita chillona que decía:

—Estamos encerrados. ¡La llave la tiene la señora Blinder!

Al oírlo, metí la llave y abrí la puerta. En un cuarto pobre, con el techo abuhardillado y muy pocos muebles, había un muchachillo, de cinco o seis años, que cuidaba y hacía callar a una niña regordeta de dieciocho meses. No había fuego en la chimenea, aunque hacía frío; para combatirlo, los dos estaban envueltos en unos chales y unas mantas pobres. Pero aquello no les debía de dar mucho calor, porque tenían las narices coloradas y contraídas, y los cuerpecillos encogidos, aunque el muchachillo se paseaba arriba y abajo, acariciando y silenciando a la niña, que le había puesto la cabeza en el hombro.

—¿Quién os ha encerrado aquí? —preguntamos, naturalmente.

—Charley —dijo el muchachillo, que se detuvo a contemplarnos.

—¿Charley es tu hermano?

—No. Es mi hermana Charlotte. Padre la llamaba Charley.

—¿Y sois más, además de Charley?

—Yo —dijo el niño—, Emma —con una palmadita en el gorro de la nenita que llevaba en brazos—. Y Charley.

—¿Dónde está Charley?

—Ha salido a lavar —dijo el niño, que volvió a ponerse a andar, acercando demasiado a la cabecera de la cama el gorro de la nenita, porque trataba de mirarnos al mismo tiempo que la paseaba.

Estábamos mirándonos los unos a los otros, y a aquellos dos niños, cuando entró

en la habitación una chiquilla, de figura infantil, pero cara astuta y más madura —y muy bonita, por cierto—, que llevaba un sombrero de mujer adulta, demasiado grande para ella, y se secaba los brazos desnudos en un mandilón de mujer. Tenía los dedos blancos y arrugados de lavar, y todavía le humeaba el jabón que se estaba quitando de los brazos. De no ser por eso, podría haber sido una niña que jugaba a las lavanderas y qué imitaba a una pobre trabajadora con una gran capacidad de observación de la realidad.

Había llegado corriendo de alguna casa cercana, y se había apresurado mucho. En consecuencia, aunque era muy delgada, estaba sin aliento, y al principio no pudo hablar y se quedó jadeante y secándose los brazos mientras nos miraba en silencio.

—¡Ah! ¡Aquí está Charley! —dijo el niño.

La nena que llevaba en brazos alargó los suyos y gritó para que la cogiera Charley. La niña la tomó en brazos, con el aire de mujer que le daba el sombrero y el mandilón, y se quedó mirándonos por encima de la carga que tan afectuosamente la abrazaba.

—¿Será posible? —susurró mi Tutor cuando le acercamos una silla a la niña y la hicimos sentarse con su carga, mientras el niño se quedaba a su lado y la cogía del mandil—. ¿Será posible que esta niña trabaje por los otros dos? ¡Mirad! ¡Mirad, por el amor de Dios!

Era digno de mirar. Los tres niños juntos, y dos de ellos sin contar en la vida más que con la tercera, y ésta tan pequeña y, sin embargo, con un aire de madurez y de fortaleza que parecía tan extraño en su figura infantil.

—¡Charley! ¡Charley! —exclamó mi Tutor— ¿Cuántos años tienes?

—Más de trece, señor —respondió la niña.

—¡Ah! ¡Qué mayor! —dijo mi Tutor—. ¡Eres muy mayor, Charley!

Me resultaba imposible describir la ternura con la que se dirigía a ella, medio en broma, pero con gran compasión y tristeza al mismo tiempo.

—¿Y vives aquí con los niños, Charley? —siguió preguntando mí Tutor.

—Sí, señor —contestó la niña, mirándolo a la cara con total confianza—; desde que murió padre.

—¿Y cómo vives, Charley? ¡Sí, Charley! ¿Cómo vives? —preguntó mi Tutor, apartando la vista un momento—. ¿Cómo vives?

—Desde que murió padre, señor, voy a trabajar. Hoy me tocaba lavar.

—¡Que Dios te ampare, Charley! —exclamó mi Tutor—. ¡Pero si ni siquiera tienes la estatura para llegar a la artesa!

—Uso zuecos, señor —dijo ella, animada—. Tengo un par muy alto que era de madre.

—¿Y cuándo murió tu madre? ¡Pobre madre!

—Madre murió inmediatamente después de nacer Emma —dijo la niña,

contemplando la carita refugiada en su seno—. Entonces padre dijo que yo tenía que hacer de madre. Y lo he intentado. Por eso empecé a trabajar en casa y a limpiar y a cuidar y a lavar mucho antes de empezar a salir a buscar trabajo afuera. Así he ido aprendiendo, ¿me explico, señor?

—¿Cuánto tiempo trabajas fuera de casa?

—Todo el que puedo —dijo Charley, abriendo los ojos con una sonrisa—. ¡Así es como se ganan los seis peniques y los chelines!

—¿Y siempre dejas a los niños encerrados cuando te marchas?

—Para que no les pase nada, ¿no lo entiende, señor? —dijo Charley—. La señora Blinder sube de vez en cuando, y a veces sube el señor Gridley, y hay veces en que puedo acercarme yo un rato, y siempre pueden jugar, y a Tom no le da miedo estar encerrado, ¿verdad, Tom?

—¡No! —dijo Tom muy firme.

—Cuando oscurece, encienden los faroles del patio, y aquí se ve muy bien, casi demasiado bien. ¿No es verdad, Tom?

—Sí, Charley —respondió Tom—. Casi hay demasiada luz.

—Y además él es muy bueno —dijo la muchachita, de una forma, ¡ay!, tan maternal, tan adulta—. Y cuando se cansa Emma, la mete en la cama. Y cuando se cansa él, se mete en la cama él solito. Y cuando vengo yo a casa y enciendo la vela y cenó algo, él vuelve a levantarse y cena conmigo. ¿No es verdad, Tom?

—¡Sí, Charley! —exclamó Tom—. ¡Eso es! —Y fuera por el recuerdo de ese gran placer, el mayor de su vida, o por gratitud y amor a Charley, que lo era todo para él, metió la cara entre los magros pliegues de la falda de ella y pasó de las risas a las lágrimas.

Era la primera vez desde que habíamos llegado nosotros que veíamos derramar una lágrima a aquellos niños. La huerfanita había hablado de su padre y de su madre como si toda su pena hubiera desaparecido ante la necesidad de actuar con valor, y ante la importancia que tenía el ser una niña que podía trabajar, y ante tantas ocupaciones como tenía. Pero ahora, cuando Tom se echó a llorar, aunque siguió sentado tranquilamente, contemplándonos en silencio, sin mover ni con un gesto un solo pelo de la cabeza de ninguno de sus hermanitos, vi que dos lágrimas le resbalaban silenciosamente por la cara.

Me quedé con Ada ante la ventana, haciendo como que contemplaba los tejados y los tubos ennegrecidos de las chimeneas, las plantitas raquílicas y los pájaros de los vecinos en sus jaulitas, cuando vi que la señora Blinder había subido desde la tienda de abajo (quizá le hubiera llevado todo aquel tiempo subir las escaleras) y estaba hablando con mi Tutor.

—¡Lo del pago del alquiler no tiene importancia, señor! —decía—. ¿Quién va a cobrárselo?

—¡Bueno, bueno! —nos dijo a nosotras mi Tutor— Seguro que llegará el momento en que esta buena señora verá que sí tiene importancia, ¡y que todo lo que haya hecho por estos hermanos pequeños...! ¿Puede esta niña —añadió al cabo de un momento— continuar mucho tiempo así?

—La verdad, señor, es que creo que sí —dijo la señora Blinder, que iba recuperando lenta y dificultosamente el aliento—. Es de lo más capaz que cabe imaginar. De verdad, señor, en todo el barrio se ha comentado la forma en que ha cuidado de los dos niños desde que murió la madre. ¡Y le aseguro que era una maravilla ver cómo se portó con el padre cuando se puso enfermo, de verdad! La última vez que habló conmigo (estaba tendido ahí), me dijo: «Señora Blinder, aparte de lo que haya sido mi oficio, anoche vi que aquí, al lado de mi hija, estaba sentado un Ángel, y se la confié a Nuestro Señor!»

—¿No tenía otro oficio? —preguntó mi Tutor.

—No, señor —replicó la señora Blinder—. No era más que un agente de cobros. Cuando vino a buscar alojamiento aquí, yo no sabía lo que era, y confieso que cuando me enteré le dije que se fuera. Aquí, en el patio, no era popular. A los otros inquilinos no les gustaba. No es una profesión decente —añadió la señora Blinder—, y casi todo el mundo está en contra. El señor Gridley estaba en contra, y mucho, y es un buen inquilino, aunque ha tenido que aguantar mucho.

—Así que ¿le dijo que se fuera? —preguntó mi Tutor.

—Claro que se lo dije —replicó la señora Blinder—. Pero la verdad es que cuando llegó la fecha y yo seguía sin tener nada más que eso en contra de él, tuve mis dudas. Era puntual y diligente, y cumplía con su deber, señor —añadió, mirando inconscientemente al señor Skimpole—, y tal como están las cosas hoy día, hasta eso resulta raro.

—Entonces, ¿le permitió quedarse, después de todo?

—Bueno, dije que si podía arreglárselas con el señor Gridley, yo me las podía arreglar con los demás inquilinos, y no me importaría demasiado que en el patio fuera popular o no. El señor Gridley dio su consentimiento; de mala gana, pero lo dio. Siempre lo trataba hoscamente, pero desde entonces siempre ha sido muy amable con los niños. Para conocer a la gente hay que esperar a las ocasiones así.

—¿Y ha sido mucha la gente que ha sido amable con los niños? —preguntó el señor Jarndyce.

—En general, no han sido malos, señor —dijo la señora Blinder—, pero, desde luego, no han sido tantos como si su padre hubiera tenido otro oficio. El señor Coavins dio una guinea y los otros agentes hicieron una colecta. Algunos de los vecinos del patio, que siempre se reían de él y se daban codazos cuando pasaba a su lado, hicieron otra pequeña colecta, y, en general..., no se han portado tan mal. Es como lo que pasa con Charlotte. Hay gente que no le quiere dar trabajo, porque su

padre era agente; otros le dan trabajo, pero se lo echan en la cara; otros se hacen los virtuosos porque le dan trabajo, teniendo en cuenta eso y otras cosas, y a lo mejor le pagan menos y le hacen trabajar más. Pero ella tiene más paciencia que la mayor parte de la gente, además de ser muy lista, y siempre está dispuesta, hasta el límite de sus fuerzas e incluso más. De manera que, en general, yo diría que no está demasiado mal, señor, aunque podría estar mejor.

La señora Blinder se sentó para darse más tiempo de recuperar el aliento, que se le había vuelto a agotar de tanto hablar antes de recuperarlo del todo. El señor Jarndyce estaba dándose la vuelta para hablarnos a nosotros cuando su atención se vio distraída por la entrada abrupta en el cuarto del señor Gridley, a quien se acababa de mencionar y a quien habíamos visto al subir las escaleras.

—No sé lo que estarán ustedes haciendo aquí, damas y caballeros —dijo como si no le pareciera bien nuestra presencia—, pero les ruego que me perdonen por entrar. No crean que he venido a curiosear. ¡Bueno, Charley! ¡Bueno, Tom! ¡Bueno, pequeña! ¿Cómo andamos todos hoy?

Se inclinó hacia el grupo, con un gesto cariñoso, y era evidente que los niños lo consideraban un amigo, pese a que seguía teniendo un gesto adusto y que sus modales para con nosotros habían sido todo lo rudos que era posible. Mi Tutor lo advirtió y lo respetó.

—Sin duda, nadie vendría aquí más que a curiosear —observó en tono tranquilo.

—Quizá, señor mío, quizá —respondió el otro, poniéndose a Tom en las rodillas y con un gesto de impaciencia—. Pero no quiero discutir con damas y caballeros. Ya he discutido más que suficiente para el resto de mi vida.

—Supongo que tiene usted motivos para sentirse impaciente e irritado —dijo el señor Jarndyce.

—¡Ya empezamos! —exclamó aquel hombre, con tono violentísimo—. Les advierto que soy persona de mal humor. Soy irascible. ¡No soy cortés!

—No mucho, parece.

—Señor mío —dijo el señor Gridley, dejando al niño en el suelo y avanzando hacia él como si fuera a golpearlo—, ¿sabe usted lo que son los Tribunales de Equidad?

—Quizá sí que lo sepa, para desgracia mía.

—¿Para desgracia suya? —dijo aquel hombre, que apaciguó su ira—. Si es así, le pido perdón. Ya sé que no soy cortés. ¡Le pido perdón, señor! —y volvió a hablar con violencia—. Señor mío, hace veinticinco años que me tienen sometido a tortura, y he perdido la costumbre de actuar como un ser normal. Vaya usted ahí, al Patio de la Cancillería, y pregunte cuál es una de las bromas de todos los días con las que se divierten, y le dirán que uno de los temas que les sirven para pasar el tiempo a diario, uno de los mejores, es el del tipo de Shropshire. Y yo soy el tipo de Shropshire —

dijo, dándose con el puño de una mano en la otra.

—Creo que mi familia y yo también hemos tenido el honor de ser tema de entretenimiento en el mismo y respetable lugar —dijo mi Tutor apaciblemente—. Es posible que conozca usted mi apellido: me llamo Jarndyce.

—Señor Jarndyce —dijo Gridley, esbozando una especie de saludo tosco—, soporta usted sus agravios mejor que yo los míos. Además, puedo decirle, y decir a este caballero, y a estas señoritas, si es que son amigas suyas, que si tomara mis agravios de otro modo, me volvería loco. Si puedo mantener un mínimo de cordura es gracias a que me rebelo y me vengo de ellos mentalmente, y exijo, airado, la justicia que sé que nunca he de obtener. ¡Eso es lo único! —dijo con palabras sencillas y rústicas, y con gran vehemencia—. Podría usted decirme que me sobreexcito. Yo respondo que ése es mi carácter cuando se me trata injustamente, y que no puedo evitarlo. No me queda más remedio que actuar así o caer en el estado abyecto de esa pobrecita loca que se pasa la vida rondando el Tribunal. Si me resignara, me convertiría en un imbécil.

Resultaba dolorosísimo verlo en un estado tan apasionado y tan acalorado como estaba, así como los gestos que hacía y con los que acompañaba a todas sus palabras.

—Señor Jarndyce —continuó diciendo—, piense usted en mi caso. Le juro por el Cielo que es verdad. Yo tenía un hermano. Mi padre (que era agricultor) hizo testamento y le dejó las tierras y el ganado, y todo lo demás, a mi madre mientras ella viviera. Después de morir mi madre, todo me pertenecería a mí, salvo un legado de trescientas libras que debía pagar a mi hermano. Murió mi madre. Poco después, mi hermano reclamó su legado. Yo y algunos de mis parientes dijimos que ya se había cobrado una parte en forma de alojamiento, comida y otras cosas. ¡Pero fíjese! Ése era el problema y eso era lo único que importaba. Nadie puso el testamento en tela de juicio; nadie discutió nada, salvo si se había pagado o no una parte de las trescientas libras. Para resolver el pleito, que interpuso mi hermano, me vi obligado a venir a esta maldita Cancillería. Me vi obligado porque me obligaba la ley, que no me dejaba más remedio. ¡Y en un pleito tan sencillo se vieron implicadas diecisiete personas! No se oyó hasta dos años después, porque mi Administrador (¡Dios lo confunda!) tenía que averiguar si yo era el hijo de mi padre, cosa que no discutía nadie del mundo. Después concluyó que no había suficientes demandados (¡después de todo, no había todavía más que diecisiete!), porque nos faltaba uno que se debía de haber olvidado, y había que empezarlo todo otra vez. Para entonces, las costas ascendían ya al triple del legado. Mi hermano hubiera renunciado al legado, sin más problemas, con tal de no pagar más costas. Toda mi herencia, lo que me había dejado mi padre en su testamento, se ha gastado en costas. El pleito, que sigue sin fallarse, no ha producido más que ruinas, desastres y desesperación, por no decir más..., ¡y aquí me ve usted hoy! Y, señor Jarndyce, en el pleito de usted se trata de miles y miles de

libras, mientras que en el mío no se trata más que de unos cientos. ¿Es más fácil de soportar mi problema, o más difícil, cuando de él depende toda mi vida, que se ha venido consumiendo de forma tan mezquina?

El señor Jarndyce dijo que lo compadecía de todo corazón, y que él, por su parte, no creía tener el monopolio del mal trato de aquel sistema monstruoso.

—¡Ya empezamos! —exclamó el señor Gridley sin apaciguar su ira en absoluto. ¡El sistema! Todo el mundo me dice que es el sistema. No debo pensar en las personas. Es el sistema. No tengo que ir al Tribunal a decir: «Milord, le ruego que me diga si tengo razón o no. ¿Tendrá Su Señoría la cara de decirme que ya he recibido justicia y tengo que irme?». Su Señoría no sabe nada de eso. Se sienta ahí a administrar el sistema. No tengo que ir a ver al señor Tulkinghorn, el procurador de Lincoln's Inn Fields a decirle cuándo me pone furioso de puro tranquilo y satisfecho que está —igual que todos ellos, porque todos ellos saben que lo que yo pago es lo que ellos ganan, ¿no?—. No tengo que decirle que si yo me arruino alguien me las va a pagar, por las buenas o por las malas. Él no tiene la culpa. Es el sistema. Pero si no les hago algo a todos esos, ¡van a verme! ¡No respondo de lo que pueda pasar si pierdo el control, por fin! ¡Estoy dispuesto a acusar a todos y cada uno de los que están en el sistema en el Tribunal del Juicio Final!

Estaba terriblemente apasionado. De no haberlo visto, yo no hubiera creído que nadie pudiera ser capaz de tamaña furia.

—¡He terminado! —dijo sentándose y secándose la cara—. ¡He terminado, señor Jarndyce! ¡He terminado! Ya sé que soy violento. ¡Cómo no voy a saberlo! Ya he estado en la cárcel por desacato al Tribunal. He estado en la cárcel por amenazas al procurador. He tenido muchos problemas y voy a seguirlos teniendo. Soy el tipo de Shropshire y a veces no me conformo con hacerlos reír, aunque también se ríen mucho cuando ven que me detienen y me sentencian y todo lo demás. Me dicen que más me convendría moderarme. Y yo les digo que si me moderase me convertiría en un imbécil. Hace tiempo yo era una persona bastante ponderada, creo. La gente de mi pueblo dice que así me recuerda, pero ahora tengo que darle salida a mi irritación contra la injusticia, porque si no sí que me volvería loco. La semana pasada me dijo el Lord Canciller: «Señor Gridley, le vendría mucho mejor no andar perdiendo el tiempo aquí y tener un empleo remunerado en Shropshire», y yo le dije: «Ya lo sé, Señoría, ya lo sé, y más me conviniera no haber oído nunca el nombre de su cargo, pero, por desgracia para mí, no puedo luchar contra el pasado y el pasado es lo que me trae aquí». Además —añadió con un estallido de furia—, voy a dejarlos en vergüenza a todos. Hasta el último de ellos. Voy a seguir acudiendo al Tribunal hasta el final para dejarlo en vergüenza. Si supiera cuándo voy a morirme y pudiera hacer que me llevaran allí, y tuviera voz para hablar, me moriría allí diciendo «Aquí me habéis traído y de aquí me habéis echado una y mil veces. Ahora sacadme de aquí

con los pies los delante».

Debía de hacer años que tenía una expresión fija de ira, que ni siquiera ahora, al callarse, se le ablandó.

—He venido a llevarme a estos niños a mi cuarto durante una hora —dijo, volviéndose hacia ellos— para que jueguen un rato. No quería decir todas estas cosas, pero tampoco importa mucho. Tú no me tienes miedo, ¿verdad, Tom?

—¡No! —dijo Tom—. No estás *enfadao* conmigo.

—Tienes razón, hijo. ¿Vuelves a salir, Charley? ¿Sí? ¡Entonces, vences, vente conmigo, pequeña! —dijo tomando en brazos a la más pequeña, que estaba perfectamente dispuesta a dejarse llevar—. No me extrañaría nada que en el cuarto de abajo te estuviera esperando un soldadito de chocolate. ¡A ver si lo encontramos!

Volvió a hacer al señor Jarndyce el mismo saludo que antes, que no estaba exento de un cierto respeto, y con una ligera inclinación hacia nosotras, se bajó a su cuarto.

Inmediatamente el señor Skimpole empezó a hablar, por primera vez desde que llegamos, con su tono alegre habitual. Dijo que, bueno, verdaderamente era muy agradable ver cómo las cosas iban encajando lánguidamente con sus fines. No había más que ver a este señor Gridley, hombre de gran voluntad y sorprendente energía (al que en términos intelectuales podría, cabría calificar del herrero inarmónico) [51], y él podía imaginarse fácilmente que hacía años que Gridley se paseaba por la vida en busca de algo en lo que gastar su exceso de combatividad (como una especie de joven Eros entre las espinas) cuando se le puso en el camino el Tribunal de Cancillería y le dio exactamente lo que necesitaba. ¡Y así quedaron unidos para siempre! De no haber sido así, hubiera podido convertirse en un gran general que destruiría todo tipo de ciudades, o quizá en un político dedicado a todo género de retórica parlamentaria, pero la realidad era que él y el Tribunal de la Cancillería se habían conocido en las circunstancias más propicias, y nadie perdía demasiado, y a partir de aquel momento Gridley estaba, por así decirlo, bien provisto. ¡Y no había más que ver a los Coavinses! ¡De qué manera tan deliciosa había el pobre Coavinses (padre de aquellos niños tan encantadores) constituido un ejemplo del mismo principio! El mismo, el propio señor Skimpole, había deplorado alguna vez la existencia de Coavinses. Coavinses lo molestaba. Habría podido prescindir de Coavinses. Había habido momentos en los que si él hubiera sido un sultán y su Gran Visir le hubiera preguntado una mañana: «¿Qué desea el Comendador de los Creyentes de manos de su esclavo?», hubiera podido llegar al extremo de replicar: «¡La cabeza de Coavinses!» Pero ¿qué era lo que en realidad había ocurrido? ¡Que durante todo aquel tiempo había estado dando trabajo a una persona dignísima, que había sido un benefactor de Coavinses, que de hecho había permitido a Coavinses criar a aquellos niños tan encantadores de manera tan agradable y desarrollar sus virtudes sociales! Hasta tal punto que ahora se le ensanchaba el corazón y le venían las lágrimas a los

ojos cuando contemplaba aquel cuarto y pensaba: «¡Yo he sido el gran protector de Coavinses, y lo poco que ha tenido ha sido gracias a *mí!*».

Había algo tan cautivador en su forma tan alegre de tocar aquellos acordes fantásticos, y resultaba un niño tan animado al lado de los muchachillos más serios que acabábamos de ver, que hizo sonreír a mi tutor en el momento en que nos daba un poco la espalda para hablar un ratito a solas con la señora Blinder. Dimos un beso a Charley, bajamos con ella y nos quedamos junto a la casa a verla correr hacia su trabajo. No sé a dónde iba, pero allí la vimos correr, la pobrecita, tan chica, con su sombrero y su mandilón de mujer, mientras pasaba por un soportal al final del patio y se confundía con el ruido y la agitación de la ciudad, como una gota de rocío en el océano.

16. Tom solo

Milady Dedlock está inquieta, muy inquieta. Los rumores del gran mundo, asombrados, no saben qué pensar de ella. Hoy está en Chesney Wold; ayer estaba en su casa de Londres; mañana puede irse al extranjero, por lo que saben o pueden predecir con una cierta confianza los rumores del gran mundo. Incluso a Sir Leicester, con toda su galantería, le cuesta trabajo seguir ese ritmo. Lo desearía, pero es que su otro fiel aliado (la gota), para bien o para mal, se le mete en su antiguo dormitorio de roble de Chesney Wold y lo deja inmovilizado de ambas piernas.

Sir Leicester considera que la gota es un demonio molesto, pero sigue siendo un demonio propio del orden de los patricios. Todos los Dedlock varones y de la línea directa han sufrido la gota, sin que en memoria humana se diga nada en sentido contrario [52]. Es algo demostrable, señor mío. Es posible que los padres de otros hayan muerto de reumatismo, o hayan recibido el vil contagio de la sangre impura de los plebeyos enfermos, pero la familia Dedlock siempre ha comunicado algo de exclusivo, incluso al proceso nivelador de la muerte, al morir siempre de la gota familiar. Ha ido heredándose de padres a hijos, igual que las vajillas, o los cuadros, o la casa de Lincolnshire. Forma parte de sus blasones. Es posible que Sir Leicester tenga la impresión de que, aunque no lo haya dicho nunca con esas palabras, de que el ángel de la muerte diga ante los fantasmas de la aristocracia al cumplir las funciones de su incumbencia: «Milores y caballeros, tengo el honor de presentar a vuestras Señorías a un Dedlock más, con la garantía de que ha llegado aquí gracias a la gota familiar».

En consecuencia, Sir Leicester abandona sus piernas de la familia a la gota de la familia, como si su nombre y su fortuna dependieran de esa herencia feudal. Cree que si un Dedlock ha de yacer de espaldas y ha de sufrir punzadas y calambres espasmódicos en las extremidades es que alguien se está tomando libertades por alguna parte, pero piensa: «Nos hemos condenado a esto; desde hace siglos se considera que no debemos dar más interés a las tumbas del parque si cedemos en términos más innobles, y yo me someto a esa consideración».

Y lo hace con gran dignidad, recostado bajo colchas de color púrpura y oro, en medio del gran salón, ante su retrato favorito de Milady, mientras entran grandes franjas de luz a lo largo de la gran perspectiva, a lo largo de la fila de ventanas, que se alternan con blandos relieves de sombra. Fuera, los viejos robles, que llevan siglos arraigados en esa tierra verde que jamás ha conocido el arado, sino que sólo ha conocido las cacerías desde la época en que los reyes se iban a combatir armados de espada y escudo e iban a cazar con arcos y flechas, son testigos de su grandeza. En el interior, sus antepasados, que lo contemplan desde las paredes, dicen: «Cada uno de nosotros fue aquí una realidad pasajera, y dejó esta sombra coloreada de sí mismo, y

se fundió en un recuerdo tan borroso como las voces remotas de los grajos que ahora te arrullan», y también son testigos de su grandeza. Porque ese día Sir Leicester es muy grande. Y, ¡ay de Boythorn o de cualquier otro liberal que se atreva presuntuoso a disputarle ni una pulgada!

En estos momentos, Milady está representada ante Sir Leicester por su retrato. Se ha ido a Londres, sin ninguna intención de seguir allí, y dentro de poco volverá rauda aquí, para gran estupefacción de los rumores del gran mundo. La casa de Londres no está lista para recibirla. Está apagada y silenciosa. Un solo Mercurio empolvado bosteza desolado ante la ventana del vestíbulo, y la otra noche mencionó a otro Mercurio conocido suyo, también acostumbrado a la buena sociedad, que si seguían así las cosas (cosa que no podía ser, porque un hombre de su categoría no lo podía soportar), ni cabía esperar de alguien como él que lo soportara, ¡de verdad que no le quedaría otro recurso que cortarse el pescuezo!

¿Qué relación puede haber entre la casa de Lincolnshire, la casa de Londres, el Mercurio empolvado y el paradero de Jo, el proscrito de la escoba, sobre quién brillaba aquel distante rayo de sol cuando barría la escalera del cementerio? ¿Qué relación puede haber entre tanta gente de las innumerables historias del mundo que, sin embargo, se han visto reunidas desde los lados opuestos de hondos precipicios?

Jo se pasa el día barriendo su cruce, inconsciente del vínculo, si es que existe tal vínculo. Cuando alguien le pregunta algo resume su situación mental diciendo que él «no sabe *ná* de *ná*». Sabe que resulta difícil dejar el cruce sin barro cuando hace mal tiempo, y que más difícil todavía le resulta vivir de eso. Nadie le ha enseñado ni siquiera eso; lo ha averiguado por sí solo.

Jo vive (es decir, Jo todavía no ha muerto) en un edificio en ruinas que él y sus semejantes llaman Tomsolo. Es una calle negra y horrible, de la que huyen todas las personas decentes, de cuyas casas destartadas se apoderaron algunos vagabundos atrevidos cuando ya estaban en plena decadencia; los cuales, tras establecer allí sus propias posesiones, pasaron después a alquilarlas por cuartos. Ahora esas zahurdas sórdidas albergan durante la noche a una multitud de miserables. Al igual que en los restos humanos aparecen parásitos siniestros, también en estos albergues ruinosos se han ido criando una multitud de existencias horribles que salen o entran a rastras por sus paredes y sus zócalos, que apelonan a dormir como gusanos innumerables, mientras entran las goteras de la lluvia; que salen y entran portando fiebres y que dejan en sus huellas más horrores de los que jamás puedan corregir Lord Coodle y Sir Thomas Doodle y el Duque de Foodle y todos los caballeros del Gobierno, incluido Zoodle, en quinientos años, aunque hayan nacido precisamente para corregirlos.

Últimamente, en Tomsolo ha habido dos veces un gran ruido, con caída de mucho polvo, como si hubiera estallado una mina, y cada una de esas veces se ha caído una casa. Esos accidentes han merecido un párrafo en la prensa, y han ocupado una cama

o dos en el hospital más próximo. Ahí siguen los huecos, y entre las ruinas ya ha habido quien considera que ese alojamiento no está mal. Como parece que hay varias casas más a punto de caerse, cabe esperar que el próximo derrumbamiento que se produzca en Tomsolo va a ser de los buenos.

Naturalmente, esa estupenda finca está en poder de la Cancillería. Sería un insulto a cualquier persona de mediana inteligencia tener que decírselo. Quizá no sepa nadie si «Tom» era el representante popular del demandante o del demandado en Jarndyce y Jarndyce, o si ahí era donde vivía completamente solo Tom cuando el pleito redujo a la calle a la ruina hasta que vinieron a reunirse con él otros ocupantes, ni si se trata de un nombre que se da en general a todo retiro aislado de la sociedad honrada y en el que ya se ha perdido toda esperanza. Desde luego Jo no lo sabe.

—Si es que no lo sé —dice Jo—. Yo no sé *ná* de *ná*.

¡Qué extraño debe de ser el encontrarse en una situación como la de Jo! ¡Vagabundear por las calles, sin conocer sus formas, y sumido en la más total oscuridad acerca del significado de esos misteriosos símbolos que tanto abundan en las tiendas, y en las esquinas de las calles, y en las puertas y en las ventanas! ¡Ver que la gente lee, y ver que el cartero entrega el correo, y no tener la menor idea de todo ese lenguaje, ser ciego y mudo a todo eso! Debe de ser muy raro eso de ver cómo la gente de bien va a las iglesias el domingo, con sus misales en mano, y pensar (porque a lo mejor Jo *sabe* pensar de vez en cuando) lo que significa todo eso, y si es que significa algo a alguien, ¿cómo es que a mí no me dice nada? ¡Sentirse empujado, y atropellado y obligado a circular, y sentir verdaderamente que parece ser verdad que uno no tiene nada que hacer ahí, ni allá, ni en ninguna parte, y, sin embargo, sentirse perplejo ante la idea de que uno *está* ahí sin saber por qué, y nadie se ha interesado por mí hasta que me ha convertido en el ser que es uno! ¡Debe de resultar muy extraño que no sólo le digan a uno que apenas si es humano (como cuando se presentó uno a testificar), sino sentir uno eso mismo para sus adentros y en todo momento. Ver cómo pasan al lado de uno caballos, perros y ganado y saber que por mi ignorancia uno es como ellos, y no parte de esos seres superiores de la misma forma de uno, pero cuyo buen gusto ofende uno! ¡Las ideas de Jo acerca de un juicio por lo penal, o de un Magistrado, o de un Obispo, o un Gobierno, o esa joya inapreciable para él (si lo supiera) que es la Constitución deben de ser muy raras! Toda su vida material e inmaterial es muy rara, y su muerte es lo más raro de todo.

Jo se marcha de Tomsolo y se encuentra con que la mañana ya está avanzada, porque siempre llega tarde allí, y va mascando su trozo sucio de pan mientras camina. Como su camino pasa por entre muchas calles, y las casas todavía no están abiertas, se sienta a desayunar en el escalón de la Sociedad para la Propagación del Evangelio en el Ultramar, y cuando termina le quita el polvo, en agradecimiento por haberle dado reposo. Admira el tamaño del edificio y se pregunta para qué será. No tiene

idea, el pobrecillo, del vacío espiritual que existe en los arrecifes de coral del Pacífico, ni de lo que cuesta andar en busca de almas perdidas entre los cocoteros y los árboles del pan.

Va a su cruce y empieza a arreglarlo para el día. La ciudad se despierta. La gran peonza de la suerte está dispuesta para sus giros y sus giros diarios; se reanudan las incontables e inexplicables lecturas y escrituras que han quedado en suspenso durante unas horas. Jo y los demás animales inferiores se las arreglan como pueden en medio de esa confusión ininteligible. Es día de mercado. Los bueyes cegados, constantemente empujados y agujoneados, nunca guiados, se meten donde no deben y los echan a palos, y se lanzan, con los ojos inyectados en sangre y echando espumarajos por la boca, contra muros de piedra, y muchas veces hieren a los inocentes, y otras muchas se hieren ellos solos. Igual que Jo y sus congéneres, ¡exactamente igual!

Llega a tocar una banda de música. Jo la escucha, igual que hace el perro de uno de los pastores, que espera a su amo junto a una carnicería y evidentemente piensa en todas esas ovejas que ha tenido que dar durante unas horas y de las que está muy contento de despedirse. Parece estar perplejo respecto de tres o cuatro de ellas: no recuerda dónde las ha dejado; contempla la calle, arriba y abajo, como si medio esperase verlas perdidas por allí; de pronto aguza las orejas y se acuerda de todo. Es un perro totalmente vagabundo, acostumbrado a las malas compañías y a las tabernas; un perro que asusta a las ovejas; que al primer silbido está dispuesto a tirárseles al lomo y a arrancarles mechones de lana a mordiscos; pero un perro educado, instruido, desarrollado, que ha aprendido cuáles son sus obligaciones y sabe cumplir con ellas. Probablemente él y Jo escuchan la música con la misma satisfacción animal, y probablemente también están a la par en cuanto a las asociaciones que despierta en ellos, en cuanto a las aspiraciones o los pesares, la melancolía o la referencia gozosa a cosas que están más allá de los sentidos. Pero en lo demás ¡cuán por encima está el animal del ser humano que escucha a su lado!

Dejad a los descendientes de ese perro abandonado, como Jo, y en muy pocos años se habrán degenerado tanto que habrán perdido hasta la manera de ladrar, pero no la de morder.

El día va cambiando al avanzar y se hace oscuro y lluvioso. Jo sigue en su lucha, en su cruce, entre el barro y las ruedas, los caballos, los látigos y los paraguas, y apenas si obtiene una magra suma con la que pagar el escaso abrigo que le brinda Tomsolo. Llega el atardecer, se empieza a encender el gas en las tiendas; el farolero, con su escalera, va corriendo por el borde de las aceras. Empieza a caer una tarde mala.

En su despacho, el señor Tulkingshorn está sentado meditando una petición de mandamiento para presentársela mañana al juez más cercano. Hoy ha estado allí

Gridley, un pleiteante decepcionado, y ha sido alarmante. No estamos dispuestos a que se nos someta a amenazas físicas y habrá que imponer una fianza una vez más a ese maleducado. Desde el techo, la Alegoría achatada, personificada en un romano imposible pintado del revés, señala con el brazo de Sansón (descoyuntado y un tanto raro) ostensiblemente hacia la ventana. ¿Por qué va el señor Tulkinghorn, sin ningún motivo, a mirar por la ventana? ¿No es ahí donde señala siempre la mano? Así que no mira por la ventana.

Y, si mirase, ¿qué más le iba a dar el ver a una mujer que pasaba por allí abajo? En el mundo hay muchas mujeres (demasiadas, piensa el señor Tulkinghorn); en el fondo de todo lo que anda mal en él están ellas, aunque pese a todo son las que les dan trabajo a los abogados. ¿Qué más daría ver pasar a una mujer, aunque pasara en secreto? Siempre andan con secretos. Eso es algo que el señor Tulkinghorn sabe perfectamente.

Pero no todas son como la mujer que ahora se aleja de él y de su casa; existe una cierta incoherencia entre ese vestido sencillo y sus modales refinados; existe una incoherencia muy grande. Por su atavío debería ser una sirvienta de alto nivel, pero por su aire y su paso, aunque ambos son apresurados y afectados —en la medida en que se pueda afectar algo en las calles embarradas que pisa con pies poco acostumbrados a ello—, es una señora. Lleva la cara velada, y, sin embargo, se traiciona lo suficiente como para hacer que más de uno de los que pasan a su lado se dé la vuelta a mirarla.

Ella nunca vuelve la cabeza. Sea señora o sirvienta, va a hacer algo concreto y está dispuesta a hacerlo. No vuelve la cabeza hasta que llega al cruce en el que trabaja Jo con su escoba. Él cruza con ella y le pide algo. Ella sigue sin volver la cabeza hasta que ha llegado a la otra acera. Entonces le hace una señal y dice:

—¡Ven aquí!

Jo la sigue un paso o dos hasta que entran en un callejón.

—¿Eres tú el chico del que hablan los periódicos? —le pregunta ella tras el velo.

—No sé —dice Jo, que contempla intranquilo el velo—. Yo no sé *ná* de los papeles. Yo no sé *ná* de *ná*.

—¿No te interrogaron en una Encuesta?

—Yo no sé *ná* de... ¿Dice *usté* donde me llevó el alguacil? —pregunta Jo—. ¿Se llamaba Jo ese de la *cuesta*?

—Sí.

—¡Soy yo! —dice Jo.

—Sigue andando.

—*Usté* me quiere hablar de aquél —dice Jo mientras la sigue—. ¿Del que se mató?

—¡Calla! ¡Habla en voz baja! Sí. Dime: ¿cuando vivía te pareció que estaba muy

enfermo y era muy pobre?

—¡Y tanto! —replica Jo.

—Estaba... ¿como tú? —pregunta la mujer con gesto de repugnancia.

—Bueno, no estaba tan mal como yo —dice Jo—. ¡Es que a mí me va muy mal!

Usted lo conocía, ¿verdad?

—¿Cómo osas preguntarme si lo conocía?

—Preguntar no es ofender, señora —dice Jo con gran humildad, porque hasta él sospecha que se trata de una señora.

—No soy una señora. Soy una criada.

—¡Pero una criada muy guapa! —dice Jo sin la menor idea de decir nada ofensivo, meramente como un homenaje de admiración.

—Calla y escucha. ¡No digas nada y apártate un poco! ¿Me puedes enseñar todos esos sitios que decían en el periódico que he leído? La tienda que le daba los manuscritos, donde murió, donde te llevaron a ti y donde está enterrado. ¿Sabes dónde está enterrado?

Jo responde con un gesto de la cabeza, igual que ha hecho respecto de todos los demás sitios mencionados.

—Ve delante de mí y enséñame todos esos sitios horribles. Te paras delante de cada uno de ellos y no me dices nada hasta que te hable yo. No vuelvas la cabeza. Si haces lo que te digo te daré una buena propina.

Jo escucha atentamente mientras le dicen esas cosas; las va contando en voz baja junto al mango de la escoba, porque le parecen un tanto difíciles de comprender; se para a reflexionar lo que significan, considera que son satisfactorias y asiente con un gesto de su desgreñada cabeza.

—Ya *guipo* —dice Jo—. Pero *ná* de largarse, ¿eh? ¡*Ná* de hacerme rabona!

—¿Qué quieres decir, bribón? —exclama la criada, que se aparta de él.

—¡Que ni hablar de hacer rabona! —exclama Jo.

—No te comprendo. ¡Enséñame el camino! Te voy a dar más dinero que has visto en tu vida.

Jo se pone a silbar, se frota la cabeza desgreñada, se coloca la escoba debajo del brazo y abre camino; sorteja las duras piedras diestramente con los pies descalzos y elude el barro y el lodo.

Cook's Court. Jo se para. Una pausa.

—¿Quién vive aquí?

—El que le daba de escribir y me dio media corona —dice Jo, en un susurro, sin mirar hacia atrás.

—Sigue adelante.

La casa de Krook. Jo vuelve a detenerse. Una pausa más larga.

—¿Quién vive aquí?

—Él vivía aquí —responde Jo igual que antes. Tras un silencio oye la pregunta:

—¿En qué cuarto?

—En el de ahí atrás. Desde la esquina se ve la ventana. ¡Ahí arriba! Ahí es donde le vi *acostao*. Ésa es la taberna a la que le llevaron.

—¡Sigue adelante!

Ahora hay más que andar, pero Jo, que ya no tiene las mismas sospechas que al principio, sigue las órdenes que se le han dado y no vuelve la cabeza. Por una serie de caminos tortuosos, que apestan a todo género de suciedades, llegan a un callejón como un túnel, al farol de gas (que ya está encendido) y a la puerta de hierro.

—Aquí es donde le dejaron —dice Jo agarrándose a los barrotes y mirando al interior.

—¿Dónde? ¡Ah, qué lugar más horrible!

—¡Ahí! —indica Jo—. Ahí mismo. En medio de esos montones de huesos al lado de la ventana de esa cocina. Le pusieron casi arriba del todo. Tuvieron que apisonar *pá* dejarle sitio. Si estuviera abierta la puerta, podría destaparles con mi escoba. Creo que por eso la cierran con llave —dice dándole una sacudida—. Siempre está cerrada. ¡Mire esa rata! —grita Jo, excitado—. ¡Eh! ¡Mire! ¡Ahí va! ¡Eh, se mete en la tierra!

La sirvienta se refugia en una esquina, en la esquina de ese arco horrible cuyas manchas mortíferas se le quedan en el vestido, y después alarga las manos, le dice apasionadamente que se aparte de ella, porque le da asco, y permanece inmóvil un momento. Jo se queda contemplándola y todavía sigue haciéndolo cuando la mujer se recupera.

—¿Es tierra consagrada este horrible lugar?

—Yo no sé *ná* de eso de que agrada —dice Jo, que la sigue contemplando.

—¿Es camposanto?

—¿Qué? —pregunta Jo, estupefacto.

—Si es camposanto.

—Yo del campo no sé *ná* —dice Jo, que la contempla con más atención que nunca—, pero creo que no es campo de *ná*. Y de santos menos —repite Jo, un tanto inquieto—. Si es muy santo, no se le nota. Yo diría más bien lo contrario. ¡Pero yo no sé *ná* de *ná*!

La criada no le hace mucho caso, ni tampoco de lo que ella misma ha dicho. Se quita un guante para sacar algo de dinero del bolso. Jo observa en silencio lo blanca y pequeña que tiene la mano, y se dice que debe de ser una criada de gran categoría para llevar unos anillos tan brillantes.

Le pone una moneda en la mano, sin tocársela, y con un temblor cuando las dos manos se aproximan.

—Ahora —añade—, ¡vuelve a indicarme el mismo sitio!

Jo mete el mango de la escoba entre los barrotes de la verja, y lo señala con todos

sus recursos expresivos. Cuando por fin vuelve la cabeza para ver si se ha hecho entender se encuentra solo.

Lo primero que hace es levantar la moneda hacia la luz de gas y se queda atónito al ver que es amarilla: oro. Lo segundo es darle un mordisco de lado en uno de los bordes, para ver si es buena. Luego se la mete en la boca para ponerla a buen recaudo y se pone a barrer los escalones y el pasaje con gran cuidado. Una vez hecho su trabajo, se dirige a Tomsolo y se va parando a la luz de innumerables faroles de gas a sacar la moneda de oro y darle otro mordisco de lado, para reasegurarse de que es de verdad.

El Mercurio empolvado no es necesario a la sociedad esta noche, pues Milady sale a una cena de gala y a tres o cuatro bailes. Sir Leicester está nervioso, allá en Chesney Wold, sin más compañía que la gota; se queja a la señora Rouncewell de que la lluvia hace un tableteo tan molesto en la terraza que no puede leer el periódico, ni siquiera junto a la chimenea de su cómodo vestidor.

—Sir Leicester hubiera debido probar el otro lado de la casa, querida mía —dice a Rosa la señora Rouncewell—. Su vestidor está del lado de Milady. ¡Y en toda mi vida he oído los pasos del Paseo del Fantasma con tanta claridad como hoy!

17. La narración de Esther

Richard venía a vernos a menudo durante nuestra estancia en Londres (aunque pronto dejó de escribir cartas), y con su rapidez mental, su buen humor, su ánimo, su alegría y su vivacidad siempre resultaba encantador. Pero aunque cada vez me agradaba más, cuanto más lo conocía, también apreciaba cada vez más cuán era de lamentar que no lo hubieran educado en los hábitos de la aplicación y la concentración. El sistema que se había ocupado de él exactamente igual que se había ocupado de centenares de otros muchachos, todos ellos de diversos caracteres y capacidades, le había permitido realizar con facilidad sus tareas, siempre con notas breves y a veces excelentes, pero de forma esporádica e intermitente, lo que había confirmado su confianza en aquellas de sus cualidades que precisamente más necesitaban de formación y guía. Eran buenas cualidades, sin las cuales no se puede conseguir meritoriamente una buena posición, pero, al igual que el agua y el fuego, aunque eran excelentes servidores, eran pésimos amos. Si Richard las hubiera dominado, hubieran sido sus amigas, pero como era Richard el que estaba dominado por ellas, se convertían en sus enemigas.

Si escribo estas opiniones no es porque crea que tal o cual cosa haya de ser así porque yo lo piense, sino únicamente porque era lo que pensaba, y quiero ser totalmente sincera acerca de todo lo que pensaba y hacía. Eso era lo que pensaba yo de Richard. Además, muchas veces me parecía observar cuánta razón había tenido mi Tutor en lo que había dicho, y que las incertidumbres y los retrasos en el pleito de la Cancillería habían impartido a su carácter algo de ese ánimo despreocupado del jugador, que se consideraba parte de una gran partida de azar.

Una tarde que mi Tutor no estaba en casa vinieron de visita el señor Bayham Badger y su esposa, y en el curso de la conversación, naturalmente, les pregunté por Richard.

—Pues el señor Carstone —dijo la señora Badger— está muy bien, y le aseguro que es una gran adquisición para nosotros. El Capitán Swosser solía decir de mí que en el comedor de los guardiamarinas yo era una influencia mejor que la vista de tierra y el viento en popa cuando la carne que compraba el sobrecargo se ponía más dura que las empuñaduras de barlovento de la cofa del trinquete. Era su forma marinera de decir en general que yo era una buena adquisición para cualquier compañía. Estoy segura de que lo mismo puedo decir yo del señor Carstone. Pero... ¿no me creará usted demasiado prematura si le digo una cosa?

Dije que no, ya que el tono insinuante de la señora Badger parecía requerir esa respuesta.

—¿Y la señorita Clare tampoco? —preguntó con voz dulce la señora Badger.

Ada también dijo que no, con aire intranquilo.

—Pues verán, amigas mías —dijo la señora Badger—. ¿Me permiten que las llame amigas mías?

Rogamos a la señora Badger que no se preocupara.

—Porque verdaderamente lo son ustedes, si me permiten tomarme esa libertad —continuó diciendo la señora Badger—; son ustedes encantadoras. Pues verán, amigas mías, como todavía soy joven, o por lo menos el señor Badger me hace el cumplido de decírmelo...

—¡No! —exclamó el señor Badger como el que interviene para interrumpir en una reunión pública—. ¡En absoluto!

—Muy bien —sonrió la señora Badger—, digamos que todavía soy joven.

—Sin duda alguna —dijo el señor Badger.

—Amigas mías, aunque todavía soy joven, he tenido muchas oportunidades de observar a los jóvenes del sexo opuesto. Les aseguro que a bordo del viejo Crippler había muchos. Y después, cuando estuve en el Mediterráneo con el Capitán Swosser, aproveché todas las oportunidades que tuve de conocer y hacer amistad con los guardiamarinas que estaban a las órdenes del Capitán Swosser. Ustedes, amigas mías, nunca oyeron cómo los llamaban «jóvenes caballeros», y probablemente no entenderían las alusiones a la forma en que cancelaban sus cuentas semanales, pero conmigo es distinto, porque para mí los océanos son como una segunda casa, y he sido muy marinera. Lo mismo pasó con el Profesor Dingo.

—Persona de reputación europea —murmuró el señor Badger.

—Cuando perdí a mi primer y querido marido y me casé con el segundo —dijo la señora Badger, que se refería a sus antiguos maridos como si fueran sílabas de una charada— seguí gozando de oportunidades de observar a la juventud. A las clases que daba el Profesor Dingo asistían muchos alumnos, y yo me enorgullecía, como esposa de un eminente hombre de ciencia, de buscar en la ciencia todos los consuelos que ésta puede impartir, y tener la casa siempre abierta para los estudiantes, como una especie de Bolsa Científica. Todos los martes se sacaban limonada y tarta mixta para los que querían venir a compartirlas con nosotros. Y se hablaba de ciencia sin ningún límite.

—Unas asambleas notables, señorita Summerson —dijo el señor Badger en tono reverente—. ¡Debía de ser un intercambio intelectual maravilloso, bajo los auspicios de tan gran hombre!

—Y ahora —continuó diciendo la señora Badger—, ahora que soy la esposa de mi querido tercero, el señor Badger, sigo manteniendo los hábitos de observación que se formaron en vida del Capitán Swosser y se adaptaron a fines nuevos e imprevistos en vida del Profesor Dingo. En consecuencia, no soy una neófita cuando observo al señor Carstone. Y, sin embargo, tengo la firme impresión, amigas mías, de que no ha escogido su profesión de manera reflexiva.

Ada parecía estar ya tan preocupada que pregunté a la señora Badger en qué fundaba esa opinión.

—Mi querida señorita Summerson —replicó—, en el carácter y la conducta del señor Carstone. Tiene tan buen ánimo que probablemente nunca consideraría que merece la pena mencionar lo que opina de verdad, pero tiene una opinión lánguida de la profesión. No tiene ese interés positivo por ella que la convierte en una vocación. Si es que tiene una opinión decidida al respecto, yo diría que opina que se trata de algo aburrido. Y eso no es de buen augurio. Los jóvenes como el señor Allan Woodcourt, que se interesan mucho por todos sus aspectos, encontrarán alguna compensación en ella aunque trabajen mucho por muy poco dinero, con largos años de duras pruebas y decepciones. Pero estoy convencida de que no es eso lo que pasaría con el señor Carstone.

—¿Opina lo mismo del señor Badger? —preguntó tímidamente Ada.

—Pues —dijo el señor Badger— a decir verdad, señorita Clare, no se me había ocurrido contemplar así el asunto hasta que lo mencionó la señora Badger. Pero cuando la señora Badger lo expuso así, naturalmente, pensé mucho en ello, por saber que la mente de la señora Badger, además de sus ventajas naturales, ha tenido la rara ventaja de estar formada por dos personalidades tan distinguidas (yo diría que incluso ilustres) como el Capitán Swosser de la Marina Real y el Profesor Dingo. La conclusión a la que he llegado, en resumen, es la misma que la de la señora Badger.

—El Capitán Swosser tenía una máxima —dijo la señora Badger—, en su lenguaje marinero figurado, y era que cuando se calienta breva nunca se la puede calentar demasiado, y que cuando hay que fregar una plancha hay que fregarla como si tuviera uno al propio Pedro Botero a la espalda. Creo que esa máxima es tan aplicable a la profesión médica como a la naval.

—A todas las profesiones —observó el señor Badger—. Era una frase muy feliz del Capitán Swosser. Admirablemente feliz.

—La gente objetó al Profesor Dingo, cuando fuimos al norte de Devon, tras nuestro matrimonio —añadió la señora Badger—, que desfiguraba algunas de las casas y otros edificios con los golpes de su martillito de geólogo. Pero el Profesor replicaba que él no conocía más edificios que el Templo de la Ciencia. Es el mismo principio, ¿no?

—Exactamente el mismo —dijo el señor Badger—. ¡Muy bien dicho! El Profesor observó lo mismo, señorita Summerson, durante su última enfermedad, cuando (en un momento en que divagaba) insistió en que le dejaran el martillito debajo de la almohada y en martillarles en la cara a quienes lo cuidaban. ¡Una pasión dominante!

Aunque hubiéramos podido pasarnos sin todos los detalles con los que el señor y la señora Badger continuaron la conversación, ambas consideramos que era desinteresado por su parte el expresar la opinión que nos habían comunicado, y que

muy probablemente fuera cierta. Convinimos en no decir nada al señor Jarndyce hasta después de hablar con Richard, y como iba a venir a vernos a la tarde siguiente, resolvimos tener una conversación muy seria con él.

De manera que, tras dejarlo a solas un rato con Ada, entré yo y me encontré con que mi tesoro (como ya estaba segura yo) estaba dispuesta a considerar que él tenía razón en todo lo que dijera.

—Y ¿qué tal te va, Richard? —le pregunté. Siempre me sentaba a su lado. Me trataba exactamente igual que a una hermana.

—¡Bueno! ¡No está mal! —respondió Richard.

—Más no puede decir, ¿verdad, Esther? —exclamó triunfante mi encanto.

Traté de contemplarla con el aire más severo del mundo, pero, claro, no lo logré.

—¿No está mal? —repetí.

—Sí —dijo Richard—, no está mal. Es todo un tanto monótono y rutinario. ¡Pero da lo mismo hacer eso que otra cosa!

—¡Vamos, querido Richard! —protesté.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Richard.

—¡Decir que da lo mismo hacer eso que otra cosa!

—No creo que eso tenga nada de malo, señora Durden —dijo Ada, que me miraba confiada desde el otro lado de Richard—, porque si da lo mismo hacer eso que otra cosa estoy segura de que lo hará muy bien, espero.

—Sí, yo también lo espero —replicó Richard retirándose despreocupado un mechón de la frente—. Después de todo, quizá no sea más que un intermedio hasta que nuestro pleito quede... ¡Ay, se me olvidaba que no debo hablar del pleito, que es terreno vedado! Sí, no está mal. Vamos a hablar de otra cosa.

Ada hubiera estado dispuesta a acceder de buena gana, y plenamente convencida de que habíamos dejado la cuestión en un estado de lo más satisfactorio. Pero a mí me parecía inútil dejar las cosas así, de modo que volví a la carga.

—No, pero Richard —dije—, y mi querida Ada. Considerad lo importante que es para los dos, y hasta qué punto tu primo, Richard, tiene empeño en que estudies en serio y sin ninguna reserva. De verdad, Ada, creo que más vale hablar del asunto en serio. Si no, dentro de poco será demasiado tarde.

—¡Sí, sí! Tenemos que hablar de ello —dijo Ada—. Pero creo que Richard tiene razón.

¿De qué me valía tratar de hablar razonablemente, cuando ella estaba tan guapa, y tan encantadora, y tan enamorada de él?

—Ayer vinieron el señor y la señora Badger, Richard —dije—, y parecían dispuestos a pensar que no te agrada demasiado la profesión.

—¿Ah, sí? —preguntó Richard—. ¡Bueno! Eso más bien cambia las cosas, porque no tenía ni idea de que lo pensarán, y no querría desencantarlos ni

molestarlos. La verdad es que no me gusta demasiado. ¡Pero, vamos, no tiene importancia! ¡Lo mismo da eso que otra cosa!

—¡Ya lo oyes, Ada! —dije.

—La verdad es —dijo Richard, mitad en serio, mitad en broma— que no es exactamente lo mío... No logro interesarme. Y estoy harto de oír hablar del primero y el segundo de la señora de Bayham Badger.

—¡Estoy convencida de que eso es lo más natural del mundo! —exclamó Ada, encantada—. ¡Es exactamente lo mismo que dijimos nosotras ayer, Esther!

—Además —prosiguió Richard— es demasiado monótono, y lo de hoy es igual que lo de ayer y mañana haremos lo mismo que hoy.

—Pero me temo —observé— que eso es lo que pasa con todas las profesiones, y con la vida misma, salvo en circunstancias muy extraordinarias.

—¿Tú crees? —preguntó Richard, que seguía pensativo—. ¡Quizá! ¡Ja! Bueno, pues entonces acabamos de trazar un círculo y hemos vuelto a lo que decía yo al principio. Da lo mismo eso que cualquier otra cosa. ¡No está mal, de verdad! Vamos a hablar de otra cosa.

Pero incluso Ada, pese a su expresión enamorada —y si había parecido inocente y confiada la primera vez que la vi en medio de aquella memorable niebla de noviembre, cuanto más lo parecía ahora, cuando ya conocía yo lo inocente y confiada que era su alma—; incluso Ada, digo, negó con la cabeza y puso un gesto serio. Por eso me pareció una buena oportunidad de sugerir a Richard que si a veces era irresponsable por lo que a él mismo respectaba, yo estaba segura de que nunca querría ser un irresponsable para con Ada y que parte del afecto considerado que le tenía lo obligaba a no quitar importancia a una etapa que podía influir en las vidas de ambos. Eso le hizo ponerse casi grave.

—Mi querida Madre Hubbard —dijo—. ¡Has dado en el clavo! He pensado en eso varias veces, y me he irritado mucho conmigo mismo por proponerme tantas cosas en serio y luego... no sé por qué... no me salen nunca. No sé qué es lo que pasa. Es como si me faltara algo en lo que apoyarme. Ni siquiera tú puedes saber cuánto quiero a Ada (¡primita mía, te quiero tanto!), pero no puedo actuar con constancia en otras cosas. ¡Resulta todo tan difícil, y lleva tanto tiempo! —dijo Richard con aire contrariado.

—Quizá sea —le sugerí— porque no te gusta lo que has escogido.

—¡Pobre chico! —dijo Ada—. ¡A mí, desde luego, no me extraña!

No. De nada valía que yo intentara adoptar un aire severo. Volvía a intentarlo, pero ¿cómo iba yo a lograrlo ni cómo podía tener ningún efecto aunque lo lograra cuando Ada le ponía las manos en los hombros y él contemplaba aquellos ojos azules tan tiernos, que le devolvían la mirada?

—Ya ves, querida mía —dijo Richard mientras le acariciaba los rizos dorados una

vez tras otra—; quizá he sido demasiado apresurado, o quizá es que he interpretado mal mis propias inclinaciones. No parece que vayan en ese sentido. Pero no podía saberlo hasta intentarlo. Ahora de lo que se trata es de si merece la pena deshacer todo lo que ya se ha hecho. Parece que es armar demasiado jaleo por una nadería.

—Mi querido Richard —le pregunté—, ¿cómo *puedes* decir que es una nadería?

—No es eso lo que quiero decir exactamente —me replicó—. Lo que quiero decir es que quizá sea una nadería porque quizá nunca me haga falta.

Tanto Ada como yo le respondimos que no sólo era evidente que merecía la pena deshacer lo que ya estaba hecho, sino que era preciso deshacerlo. Después yo pregunté a Richard si había pensado en otra profesión que le conviniera más.

—Bueno, mi querida señora Shipton —dijo Richard—. Vuelves a acertar. Sí que lo he pensado. He estado pensando que lo mío es el derecho.

—¡El derecho! —repitió Ada como si la palabra le diera miedo.

—Si entrase en el bufete de Kenge —explicó Richard—, y si Kenge me hiciera pasante suyo, podría mantenerme al tanto del (¡ejem!), del terreno vedado, y podría estudiarlo y dominarlo, y convencerme de que no estaba descuidado, y de que se llevaba correctamente. Podría proteger los intereses de Ada y los míos (¡que son los mismos!), y podría dedicarme a estudiar el Blackstone y esos asuntos con todas mis fuerzas.

Yo no estaba en absoluto tan segura de ello, y advertí cómo su obsesión con las cosas indefinidas que podrían salir de aquellas esperanzas tanto tiempo frustradas hacía que a Ada se le ensombreciera el rostro. Pero creí que lo mejor sería darle alientos en cualquier proyecto que requiriese un trabajo constante, y me limité a advertirle que estuviera bien seguro de que ahora verdaderamente estaba decidido.

—Mi querida Minerva —replicó Richard—, soy tan firme como tú. He cometido un error; todos podemos cometerlos; no voy a cometer más, y me voy a convertir en un abogado como hay pocos. Claro que eso será —añadió Richard, volviendo a sumirse en dudas— si verdaderamente merece la pena, después de todo, armar tanto jaleo por una nadería.

Esto nos llevó a nosotras a repetir, con toda gravedad, todo lo que ya habíamos dicho antes, y a llegar otra vez a una conclusión muy parecida. Pero aconsejamos con tanta firmeza a Richard que fuera franco y abierto con el señor Jarndyce, y que no lo aplazara ni un minuto más, y él era de un talante tan opuesto a todo disimulo, que inmediatamente fue a buscarlo (llevándonos consigo) e hizo una confesión general.

—Rick —dijo mi Tutor tras escucharlo atentamente—, podemos efectuar una retirada honorable y es lo que vamos a hacer. Pero hemos de actuar con cuidado (en aras de nuestra prima, Rick, en aras de nuestra prima) para no volver a equivocarnos. Por tanto, en el asunto de estudiar leyes debemos hacer una prueba completa antes de decidirnos. Vamos a estudiar el terreno con toda calma.

La energía de Richard era de un tipo tan impaciente y errático que él hubiera preferido ir inmediatamente a la oficina del señor Kenge e iniciar su pasantía con él. Sin embargo, se sometió de buen grado a la cautela que le habíamos demostrado era necesaria, y se contentó con quedarse con nosotros, muy animado y charlando como si desde su más tierna infancia no hubiera tenido otra idea que la que ahora lo poseía. Mi Tutor estuvo muy amable y cordial con él, aunque un tanto grave, lo suficiente para que Ada, cuando se marchó Richard e íbamos a subir a dormir, le dijera:

—Primo John, espero que Richard no te haya dejado mal impresionado.

—No, amor mío —fue la respuesta.

—Porque era muy natural que Richard se equivocara en algo tan difícil. No es nada raro.

—No, no, amor mío —le dijo él—. No te pongas triste.

—¡No, no estoy triste, primo John! —dijo Ada, con una sonrisa animada, mientras seguía apoyándose con una mano en su hombro, donde la había puesto al desearle las buenas noches—. Pero sí que me pondría un poquito triste si te hubieras quedado con una mala impresión de Richard.

—Hija mía —dijo el señor Jarndyce—. No tendría una mala impresión de él más que si te causara la menor tristeza. E incluso entonces estaría más dispuesto a reprochármelo a mí mismo que al pobre Rick, pues fui yo quien os reunió. Pero basta, esto no es nada. Tiene mucho tiempo por delante y mucho camino por recorrer. ¿Tener yo una mala impresión de él? ¡No, mi querida prima! ¡Y seguro que tú tampoco!

—Desde luego que no, primo John —dijo Ada—. Y estoy segura de que no podría, ni querría, pensar mal de Richard aunque lo pensara todo el mundo, ¡y entonces es cuando lo estimaría más que nunca!

Lo dijo con tanta calma y sinceridad, con las manos apoyadas en los hombros del señor Jarndyce (las dos ahora), y mirándolo a la cara, como si fuera la imagen misma de la Verdad.

—Creo —dijo mi Tutor, mirándola pensativo—, creo que debe de estar escrito en alguna parte que las virtudes de las madres recaerán algunas veces sobre las hijas, igual que ocurre con los pecados de los padres. Buenas noches, capullito de rosa. Buenas noches, mujercita. ¡Que durmáis bien, y felices sueños!

Aquella fue la primera vez que lo vi seguir a Ada con la mirada, mientras una especie de sombra nublabla su expresión benévola. Recordé bien cómo los había mirado a ella y a Richard cuando Ada cantaba a la luz de la chimenea; hacía poco tiempo que los había contemplado pasar por la sala en la que daba el sol, mientras ellos se dirigían hacia la sombra, pero ahora su mirada había cambiado, e incluso la expresión de confianza silenciosa en mí que ahora me volvía a dirigir no era tan esperanzada ni tan tranquila como antes.

Aquella noche, Ada me hizo más elogios de Richard que jamás. Se quedó dormida con una pulserita, regalo de él, apretada en la mano. Me imaginé que estaría soñando con él cuando le di un beso en la mejilla, una hora después de que se quedara dormida, y vi lo tranquila y feliz que parecía sentirse.

Porque aquella noche yo me sentía tan poco inclinada a dormir que me quedé bordando. No merecería la pena mencionarlo por sí mismo, pero me sentía desvelada y bastante baja de ánimos. No sé por qué. Por lo menos, creo que no sé por qué. Por lo menos, quizá sí, pero no creo que importe.

En todo caso, decidí ser tan enormemente industriosa que no me quedara ni un momento libre para sentirme baja de ánimos. Porque, naturalmente, me dije: «¡Esther! ¡Estás demasiado baja de ánimos! ¡Tú!». Y, verdaderamente, ya era hora de que me lo dijera, porque... ¡Sí! Verdaderamente, me vi en el espejo, casi llorando. «¡Como si tuvieras algún motivo para sentirte desgraciada, corazón ingrato!», me dije.

Si hubiera podido forzarme a dormir, lo hubiera hecho inmediatamente, pero como no lo lograba, saqué de mi cesto unos adornos para nuestra casa (me refiero a la Casa Desolada) que me tenían ocupada por aquel entonces, y me puse a ello con gran determinación. En aquella labor había que contar todos los puntos, y resolví seguir en ello hasta que se me cayeran los ojos, y después acostarme.

Pronto me encontré bien ocupada. Pero me había dejado un trozo de seda abajo, en el cajón de la mesa de trabajo del Gruñidero provisional, y cuando hube de detenerme porque me faltaba aquello, tomé la palmatoria y bajé en silencio a buscarlo. Para gran sorpresa mía, cuando entré me encontré con que allí seguía mi Tutor, sentado en contemplación de las brasas. Estaba perdido en sus pensamientos, con un libro olvidado a su lado, y con el pelo gris plateado todo revuelto encima de la frente, como si se hubiera estado pasando la mano por él mientras pensaba en otra cosa, y con un gesto de cansancio. Casi me asusté al encontrármelo de manera tan inesperada, y me quedé inmóvil un momento; y me habría retirado sin decir nada de no haber sido porque, cuando él se volvió a pasar la mano, distraído, por la cabeza, me vio y se sobresaltó.

—¡Esther!

Le dije por qué había bajado.

—¿Tan tarde trabajando, hija mía?

—Trabajo tan tarde esta noche —le dije— porque no podía quedarme dormida, y quería irme cansando. Pero, mi querido Tutor, también usted está levantado a esta hora tardía, y parece cansado. Espero que no tenga problemas que lo mantengan desvelado.

—No tengo ninguno, mujercita, que puedas comprender tú fácilmente —me respondió.

Hablaba con un tono de pesar que me resultaba nuevo, de manera que me repetí para mis adentros, como si aquello me ayudara a comprenderlo:

—¿Que pudiera yo comprender fácilmente?

—Quédate un momento, Esther —me dijo—. Estaba pensando también en ti.

—Espero no ser yo el problema, Tutor.

Hizo un gesto leve con la mano y recuperó su tono acostumbrado. El cambio fue tan notable, y pareció hacerlo a costa de tamaño dominio de sí mismo, que me encontré volviendo a repetir para mis adentros: «¡Nada que pudiera yo comprender fácilmente!».

—Mujercita —dijo mi Tutor—. Estaba pensando (es decir, estoy pensando desde que vine a sentarme aquí) que deberías saber todo lo que sé yo de tu propia historia. Es muy poco. Casi nada.

—Querido Tutor —repliqué—, cuando me habló usted antes de ese tema...

—Pero desde entonces —me interrumpió gravemente, previendo lo que iba a decir yo— he reflexionado que una cosa es que no tengas nada que preguntarme y otra muy distinta que yo tenga algo que contarte, Esther. Quizá tenga la obligación de impartirte lo poco que sé.

—Si lo cree usted, Tutor, es que así es.

—Es lo que creo —me contestó con gran amabilidad, suavidad y claridad—. Querida mía, eso es lo que creo ahora. Si tu posición puede representar alguna desventaja a ojos de cualquier hombre o mujer dignos de consideración, es justo que tú, por lo menos, más que nadie en el mundo, no lo exageres porque tengas una impresión vaga de lo que se trata.

Me senté y, tras un pequeño esfuerzo para tranquilizarme todo lo posible, dije:

—Uno de mis primeros recuerdos, Tutor, es el de estas palabras: «Tu madre, Esther, es tu vergüenza, igual que tú fuiste la suya. Ya llegará el momento (y muy pronto) en que lo comprenderás mejor, y también en que lo comprenderás, como sólo puede comprenderlo una mujer».

Al repetir aquellas palabras me tapé la cara, pero ahora retiré las manos con un tipo mejor de vergüenza, espero, y le dije que era a él a quien debía la dicha de que desde mi infancia hasta aquel momento jamás, jamás, jamás me hubiera vuelto a sentir así. Él levantó la mano como para interrumpirme. Yo ya sabía que no le gustaba que le dieran las gracias por nada, y no dije nada más.

—Han pasado nueve años, querida mía —dijo, tras reflexionar un rato—, desde que recibí una carta de una dama que vivía sola, escrita con una pasión y un vigor tan grandes que la convertían en algo diferente de todas las cartas que había leído en mi vida. Me la había escrito a mí (según me decía en sus propias palabras) quizá porque formaba parte de la idiosincrasia de la autora el depositar en mí tanta confianza; quizá porque a mí me correspondía justificarla. Me hablaba de una niña, de una huérfana

que tenía entonces doce años, con unas palabras tan crueles como las que persisten en tu recuerdo. Me decía que la autora la había criado en secreto desde que nació, que había borrado toda huella de su existencia, y que si la autora moría antes de que la niña llegara a ser mujer, quedaría sin un solo amigo, sin un nombre, totalmente desconocida de todos. Me pedía que pensara si en tal caso estaría yo dispuesto a terminar lo que había empezado la autora.

Escuché en silencio y lo contemplé atentamente.

—Tu primer recuerdo, querida mía, te retrotraerá al medio sombrío en el cual se contemplaba todo esto y en el que lo expresaba la autora, así como la deformación religiosa que le nublabla el cerebro con la impresión de que era necesario que una criatura expiara una contravención de la que era totalmente inocente. Me preocupó aquella criatura, su vida sombría, y repliqué a la carta.

Le tomé la mano, y se la besé.

—La carta me emplazaba a no tratar jamás de ver a su autora, que llevaba largo tiempo alejada de toda relación con el mundo, pero que estaba dispuesta a ver a un agente confidencial si yo designaba a alguien para que desempeñara esa función. Acredité al señor Kenge. La dama decía, por su propia voluntad, y no porque él se lo preguntara, que llevaba un nombre supuesto. Que, de suponer que hubiera vínculos de sangre en el caso, ella sería la tía de la criatura. Que no revelaría más que eso jamás (y persuadí al señor Kenge de la firmeza de su resolución) por nada del mundo. Ahora, querida mía, ya te he dicho todo lo que sé.

Le retuve la mano un rato en la mía.

—Vi a mi pupila más a menudo que ella a mí —añadió en tono animado, quitándole importancia—, y siempre me enteré de que era objeto de cariño, hacendosa y feliz. Me lo paga veinte mil veces, y veinte veces más en cada hora del día.

—¡Y más veces todavía —dije yo— bendice ella al Tutor que es un padre para ella!

Al decir yo la palabra padre, vi que volvía a agriársele el gesto. Lo dominó, igual que había hecho antes, y aquello desapareció en un instante, pero había aparecido, y de manera tan inmediata al oír mis palabras, que me dio la sensación de haberlo turbado. Volví a repetirme para mis adentros: «¡Que pudiera yo comprender fácilmente! ¡Nada que pudiera yo comprender fácilmente!». No, era verdad que no lo comprendía. Tardaría mucho en comprenderlo.

—Te deseo paternalmente las buenas noches, hija mía —me dijo con un beso en la frente—; debes irte a dormir. Es demasiado tarde para estar trabajando y pensando. ¡Ya te pasas el día trabajando y pensando por todos nosotros, mi pequeña ama de llaves!

Aquella noche no trabajé ni pensé más. Abrí mi corazón agradecido al Cielo para

darle las gracias por su Providencia y sus cuidados para conmigo, y me dormí.

Al día siguiente tuvimos un visitante. Vino a vernos el señor Allan Woodcourt. Venía a despedirse, como había convenido anteriormente. Iba a viajar a la China y la India en calidad de cirujano en un barco. Estaría ausente mucho, muchísimo tiempo.

Creo (mejor dicho, sé) que no era rico. Su madre se había gastado todos sus posibles en darle una carrera. Ésta no resultaba lucrativa para un médico joven, con muy pocas influencias en Londres, y aunque se pasaba el día y la noche al servicio de innumerables pobres, y los trataba con gran amabilidad y destreza, eso le representaba muy poco en términos de dinero. Tenía siete años más que yo. No sé por qué lo menciono, porque no parece que tenga ninguna importancia.

Creo (quiero decir que nos dijo) que llevaba tres o cuatro años ejerciendo la profesión, y si hubiera podido tener esperanzas de aguantar tres o cuatro más, no haría el viaje para el que se había enrolado. Pero no tenía fortuna ni medios propios, de manera que se marchaba. Había venido a vernos varias veces. A nosotros nos parecía una pena que se tuviera que marchar. Porque se había distinguido en su ocupación entre los expertos en ella, y algunas de las principales lumbreras de la profesión lo tenían en gran estima.

Cuando vino a despedirse, trajo a su madre a vernos por primera vez. Era una anciana atractiva, de ojos negros muy brillantes, pero parecía orgullosa. Era de Gales, y hacía mucho tiempo había habido en su familia un antepasado ilustre, llamado Morgan ap-Kerrig, de un sitio llamado algo así como Gimlet, que era la persona más ilustre que jamás hubiera existido, y todos cuyos parientes formaban una especie de Familia Real. Parecía haberse pasado la vida en el monte, combatiendo contra alguien, y un Bardo con un nombre que sonaba algo así como Crumlinwallinwer había cantado sus loas, en una obra que se llamaba, en la medida en que pude entenderlo, Mewlinnwillinwodd [53]

La señora Woodcourt, tras explayarse acerca de la fama de su gran antepasado, dijo que, sin duda, cuando su hijo Allan se fuera, recordaría su linaje, y bajo ningún pretexto formaría una alianza por debajo de su condición. Le dijo que en la India había muchas damas inglesas de gran hermosura que iban allí en busca de partido, y que algunas de ellas verdaderamente tenían fortuna, pero que para el descendiente de un linaje tan ilustre no bastaba con la belleza ni la riqueza, si no eran de alta cuna, lo cual debía ser siempre la primera consideración. Habló tanto de la buena cuna, que por un momento supuse, aunque me dolía..., ¡pero qué suposición más tonta la de suponer que pudiera preocuparse de cuál era la mía; ni pensar en ello!

El señor Woodcourt parecía sentirse un tanto nervioso ante tanta garrulidad, pero era demasiado educado para dejarlo traslucir, y logró delicadamente desviar la conversación de modo que pudiera expresar agradecimiento a mi Tutor por su hospitalidad y por las horas tan felices —fue él quien dijo lo de las horas tan felices

— que había pasado en nuestra compañía. Dijo que su recuerdo lo acompañaría a dondequiera que fuese, y siempre lo atesoraría. Así que, uno tras otro, le dimos la mano —por lo menos es lo que hicieron los demás—, y yo también, y él llevó los labios a la mano de Ada, así como a la mía, y se marchó a su largo, larguísimo viaje.

Estuve todo el día ocupadísima, y escribí instrucciones a los sirvientes de nuestra casa, y notas para mi Tutor, y le saqué el polvo a sus libros y papeles, y di muchas vueltas a mi manajo de llaves, primero en un sentido y después en otro. Al atardecer todavía seguía ocupada, y me hallaba cantando y trabajando junto a la ventana cuando ¡quién iba a aparecer, sino Caddy, a quien no esperaba ver en absoluto!

—¡Pero Caddy, cariño —exclamé—, qué flores tan bonitas!

Llevaba en la mano un ramillete exquisito.

—La verdad es que a mí también me lo parecen, Esther —replicó Caddy—. Son las más bonitas que he visto en mi vida.

—¿Te las ha dado Prince, querida mía? —pregunté con un susurro.

—No —respondió Caddy moviendo la cabeza y dándomelas a oler—. No ha sido Prince.

—¡Bueno, Caddy! —dije—. ¡No me digas que tienes dos enamorados!

—¿Cómo? ¿Eso es lo que te parecen? —preguntó Caddy.

—¿Que si es eso lo que me parecen? —repetí, dándole un pellizco en la mejilla.

Caddy se limitó a responderme con una sonrisa y a decirme que había venido a pasar media hora, al final de la cual estaría Prince esperándola en la esquina, y se quedó charlando con Ada y conmigo junto a la ventana; de vez en cuando me volvía a pasar las flores, o me las probaba a ver qué tal me sentaban cuando me las ponía en el pelo. Por fin, cuando iba a marcharse, me llevó a mi habitación y me las puso en el vestido.

—¿Para mí? —dije, sorprendida.

—Para ti —dijo Caddy, dándome un beso—. Las ha dejado Alguien.

—¿Dejado?

—En casa de la pobre señorita Flite —dijo Caddy—. Alguien que se ha portado muy bien con ella, que se marchó hace media hora a tomar un barco, y que dejó estas flores. ¡No, no! No te las quites. ¡Déjalas ahí, son tan bonitas! —añadió Caddy, ajustándolas con mano cuidadosa—, porque yo estaba presente, ¡y no me extrañaría que Alguien las dejara adrede!

—¿Es lo que parecen? —preguntó Ada, que llegó risueña a mis espaldas y me tomó alegremente por la cintura—. ¡Ah, desde luego que sí, señora Durden! Eso es exactamente lo que parecen. ¡Desde luego que sí, cariño!

18. Lady Dedlock

No resultó tan fácil como había parecido en un principio lograrle una pasantía a Richard en el bufete del señor Kenge. El principal impedimento era el propio Richard. En cuanto recibió autorización para marcharse de casa del señor Badger cuando quisiera, empezó a dudar si verdaderamente quería marcharse en absoluto. Decía que, la verdad, no lo sabía. No era una mala profesión; no podía afirmar que le desagradara, quizá le gustara tanto como cualquier otra; ¡podría probar otra oportunidad! Tras decir eso, se encerró unas semanas con unos cuantos libros y unos cuantos huesos, y pareció adquirir a gran velocidad un fondo considerable de información. Aquel fervor, que le duró un mes, pronto se le pasó, y cuando ya se había enfriado totalmente, empezó a calentarse otra vez. Sus vacilaciones entre el Derecho y la Medicina duraron tanto tiempo que llegó San Juan antes de que se separase del señor Badger e iniciara sus estudios experimentales en el bufete de los señores Kenge y Carboy. Pese a sus vacilaciones, se envanecía de estar decidido a actuar en serio «esta vez». Y estaba siempre de tan buen humor, y tan animado, y tan cariñoso con Ada, que verdaderamente resultaba difícil no alegrarse por él.

—En cuanto al señor Jarndyce —que, dicho sea de paso, durante todo este período consideraba que el viento soplaba invariablemente de Levante—; en cuanto al señor Jarndyce —me decía Richard—, ¡es la persona mejor del mundo, Esther! Debo preocuparme especialmente, aunque sólo sea por él, de trabajar mucho y acabar de una vez con este asunto.

Su idea de lo que era trabajar mucho, expresada con aquellas risas y aquel tono despreocupado, y con la suposición de que podía dedicarse a cualquier cosa sin detenerse en ninguna, era digna de risa por lo anómala. Sin embargo, en otros momentos nos decía que estaba trabajando tanto que temía le fueran a salir canas. Su forma de acabar de una vez con el asunto consistió (como ya he dicho) en irse al bufete del señor Kenge hacia San Juan, a ver si le gustaba.

Durante todo aquel tiempo, su comportamiento en las cuestiones relacionadas con el dinero era tal como ya lo he descrito en otra ocasión: generoso, profuso, totalmente despreocupado, pero estaba plenamente persuadido de que actuaba de forma calculadora y prudente. Una vez dije a Ada en su presencia, medio en broma medio en serio, cuando él estaba a punto de irse con el señor Kenge, que hubiera necesitado la bolsa de Fortunato [\[54\]](#), dada la forma en que trataba el dinero, a lo cual respondió él:

—¡Primita querida, escucha a esta vieja! ¿Por qué lo dice? Porque hace unos días pagué ocho libras y pico (o lo que fuera) por un chaleco y unos botones nuevos. Pero si hubiera seguido con Badger, me hubiera visto obligado a gastar doce libras de golpe en pagar las matrículas de las clases. ¡De manera que así me gano cuatro libras,

y de golpe, en una sola transacción!

Algo de lo que hablaban mucho él y mi Tutor era de las disposiciones que se habían de adoptar para que Richard viviera en Londres mientras experimentaba con el Derecho, pues hacía ya mucho tiempo que habíamos vuelto a la Casa Desolada, y ésta estaba demasiado lejos para que Richard pudiera venir más de una vez por semana. Mi Tutor me dijo que si Richard se quedaba con el señor Kenge, podía tomar una casita o un apartamento, donde también nosotros podríamos pasar unos días de vez en cuando. «Pero, mujercita», añadía, frotándose la cabeza de manera muy significativa, «¡todavía no se ha asentado allí!». Las conversaciones terminaron cuando le alquilamos por meses un pequeño y agradable alojamiento amueblado en una casa vieja y tranquila cerca de Queen Square. Inmediatamente se empezó a gastar todo el dinero que tenía en comprar los adornos y los lujos más extravagantes para ese alojamiento, y cada vez que Ada y yo lo disuadíamos de comprar algo que tenía en perspectiva y que era especialmente innecesario y caro, se anotaba a su crédito lo que le hubiera costado, y argumentaba que el gastar menos en cualquier otra cosa significaba que se había ahorrado la diferencia.

Mientras se iban tomando esas disposiciones, se aplazó nuestra visita al señor Boythorn. Por fin, cuando Richard tomó posesión de su alojamiento, no quedaba nada que impidiera nuestra marcha. Dada la época del año, hubiera podido venir él también con nosotros, pero estaba gozando plenamente de la novedad de su nueva situación, y haciendo los esfuerzos más enérgicos por desentrañar los misterios del pleito fatal. Por consiguiente, nos fuimos sin él, y mi tesoro estaba encantada de poder elogiarlo por hallarse tan ocupado.

Hicimos un viaje agradable en coche hasta Lincolnshire, y gozamos de la agradable compañía del señor Skimpole. Según parecía, se le había llevado todos los muebles un personaje que se los había embargado el día del cumpleaños de su hija, la de los ojos azules, pero él parecía sentirse aliviado con la desaparición de todo aquello. Decía que las sillas y las mesas eran objetos aburridos, ideas monótonas, que no tenían variedad en su expresión, que lo miraban a uno con hosquedad y a las que uno miraba con hosquedad. ¡Cuánto más agradable, pues, era no estar vinculado por unas sillas y unas mesas concretas, y, por el contrario, volar como una mariposa entre todos los muebles de alquiler, pasar del palo de rosa a la caoba, y de la caoba al nogal, y de tal forma a cual otra, según de qué humor estuviera uno!

—Lo raro del caso —dijo el señor Skimpole, con un sentido agudizado del ridículo— es que mis sillas y mis mesas no estaban pagadas, y sin embargo mi casero se las lleva con la mayor tranquilidad del mundo. ¡A mí eso me parece de lo más divertido! Tiene algo de grotesco. El que me vendió las sillas y las mesas nunca se comprometió a pagarle la renta a mi casero. ¿Por qué va mi casero a pelearse con él? Si tengo en la nariz un grano que resulta desagradable a la extraña idea de la belleza

que tenga mi casero, éste no tiene por qué ponerse a apretarle la nariz al que me ha vendido las sillas y las mesas, porque él no es el que tiene el grano. ¡Me parece un razonamiento defectuoso!

—Bueno —dijo mi Tutor bienhumorado—, es evidente que quien saliera fiador de esas sillas y mesas, tendrá que pagarlas.

—¡Exactamente! —replicó el señor Skimpole—. ¡Ése es el máximo absurdo de todo este asunto! Ya le he dicho a mi casero: «Amigo mío, ¿no comprende usted que mi excelente amigo Jarndyce tendrá que pagar todo lo que se está usted llevando de manera tan poco delicada? ¿No tiene usted ningún respeto por su propiedad?». Pues no tuvo ninguno.

—Y rechazó todas tus propuestas —dijo mi Tutor.

—Rechazó todas mis propuestas —respondió el señor Skimpole—. Le hice propuestas de negocios. Le hice entrar en mi habitación y le dije: «Usted es un hombre de negocios, ¿no?». Replicó: «Eso es». «Muy bien», le dije, «pues hablemos de negocios». Aquí tiene usted un tintero, plumas y papel y lacres. ¿Qué quiere? Ocupo su casa desde hace un tiempo considerable, creo que con satisfacción mutua hasta que surgió este desagradable malentendido; seamos amigos y, al mismo tiempo, prácticos. ¿Qué quiere usted?». En respuesta, hizo uso de una figura de dicción (que creo debe de proceder del Oriente) en el sentido de que nunca había visto qué color tenía mi dinero. «Mi querido amigo», le dije, «yo nunca tengo dinero. No sé nada de dinero». «Bien, señor mío», me dijo, «¿qué me ofrece usted si le doy más tiempo?». «Amigo mío», le dije, «no tengo ni idea del tiempo, pero usted dice que es hombre de negocios, y yo estoy dispuesto a hacer lo que me sugiera usted que se haga tal y como se hace en los negocios, con pluma, tinta, papel y lacres. No se lucre usted a expensas de otro (lo cual sería una bobada) y, por el contrario, actúe como hombre de negocios!». Pero no quiso actuar así, y ahí acabó todo.

Si bien el infantilismo del señor Skimpole presentaba algunas inconveniencias, también tenía algunas ventajas. Durante el viaje estuvo de buen apetito para todo lo que encontramos (comprendido un cesto de excelentes melocotones de invernadero), pero nunca se le ocurrió pagar nada. Por ejemplo, cuando vino el cochero a cobrar el recorrido, le preguntó amablemente qué suma consideraría adecuada —o incluso generosa—, y cuando le replicó que media corona por pasajero, dijo que no era demasiado, después de todo, y dejó que el señor Jarndyce le diera el dinero.

Hacía un tiempo delicioso. ¡El trigo verde ondulaba de forma tan bonita, las alondras cantaban con tanta alegría, los setos estaban tan llenos de flores silvestres, los árboles estaban tan poblados, los campos de hortalizas llenaban el aire de una fragancia tan suave cuando el viento soplaba sobre ellos! A media tarde llegamos a la ciudad de mercado donde teníamos que apearnos: un pueblecito tranquilo con un campanario, una plaza de mercado, un crucero y una calle muy soleada, y un

estanque en el cual se refrescaba las patas un caballo viejo, y unos cuantos hombres recostados o en pie, todos con aspecto somnoliento bajo las pocas sombras que había. Tras el susurro de las hojas y el roce del trigo por el camino, aquello parecía el pueblo más callado, más caluroso y más inmóvil que se pudiera encontrar en toda Inglaterra.

Al llegar a la posada, nos encontramos con el señor Boythorn, que nos esperaba a caballo, junto a un coche descubierto, para llevarnos a su casa, que estaba a unas millas de distancia.

—¡Santo cielo! —exclamó, tras saludarnos cortésmente—. Esta diligencia es horrible. Es el ejemplo más flagrante de vehículo público abominable que jamás haya afeado la faz de la tierra. Esta tarde llega con veinticinco minutos de retraso. ¡Habría que decapitar al cochero!

—¿De verdad que llegamos con retraso? —preguntó el señor Skimpole, a quien se estaba dirigiendo—. Ya sabe usted que yo esas cosas...

—¡Veinticinco minutos! ¡Veintiséis minutos! —replicó el señor Boythorn mirando su reloj—. ¡Con dos damas en su coche y este bribón ha retrasado deliberadamente la llegada veintiséis minutos! ¡Deliberadamente! ¡Es imposible que sea por casualidad! Pero ya su padre (y su tío) eran los cocheros más sinvergüenzas que jamás hayan blandido un látigo.

Mientras decía todo aquello con tono de la mayor indignación, nos iba introduciendo en el pequeño faetón con suma delicadeza, lleno de sonrisas y de amabilidad.

—Lamento, señoritas —continuó diciendo, sombrero en mano junto a la portezuela del coche cuando todo estuvo dispuesto—, verme obligado a hacerles dar un rodeo de dos millas. Pero el camino recto pasa por el parque de Sir Leicester Dedlock, y he jurado no pisar jamás, y que una caballería mía no pisará jamás, las propiedades de ese individuo mientras dure el actual estado de relaciones entre nosotros, ¡mientras me quede un soplo de vida!

Y entonces, al tropezar su mirada con la de mi Tutor, estalló en una de sus enormes carcajadas, que pareció conmovier incluso aquel pueblecito adormilado.

—Entonces, ¿están aquí los Dedlock, Lawrence? —preguntó mi Tutor cuando nos pusimos en marcha, con el señor Boythorn trotando a nuestro lado por el verde césped de la cuneta.

—Aquí está Sir Arrogante el Necio —replicó el señor Boythorn—. ¡Ja, ja, ja! Aquí está Sir Arrogante, y celebro decir que está en cama. Milady —y al hablar de ella siempre hacía un gesto de cortesía, como si deseara especialmente excluirla de toda participación en la disputa— ha de llegar un día de estos, según creo. No me sorprende en absoluto que retrase su llegada todo lo posible. Qué es lo que puede haber inducido a una mujer tan trascendente a casarse con ese figurón, con esa caricatura de baronet, es uno de los misterios más impenetrables que jamás hayan

intrigado la curiosidad humana. ¡Ja, ja, ja!

—Supongo —dijo mi Tutor, riéndose— que nosotros sí podemos pisar el parque durante nuestra estancia, ¿verdad? ¿No se extenderá a nosotros la prohibición?

—Yo no puedo imponer prohibición alguna a mis invitados —dijo Boythorn, inclinando la cabeza en dirección a Ada y a mí, con aquella cortesía sonriente que le era tan característica—, salvo la de que se marchen de mi casa. Lo único que lamento es no tener el placer de acompañaron por Chesney Wold, que es un lugar hermosísimo. Pero te aseguro por la luz de este día de verano, Jarndyce, que si vas a visitar al propietario mientras estás en mi casa, es probable que te reciba más que fríamente. Se comporta siempre como un reloj de pared, como si perteneciera a una raza de esos relojes de pared de cajas magníficas que jamás funcionan ni van a funcionar, ¡ja, ja, ja! ¡Pero te aseguro que más tieso estaría todavía con los amigos de su amigo y vecino Boythorn!

—No lo someteré a tamaña prueba —dijo mi Tutor—. Estoy seguro de que me interesa tan poco a mí conocerlo como a él conocerme a mí. Me basta y me sobra con ver el parque, y quizá la parte de la casa que pueda ver cualquier turista.

—¡Bueno! —exclamó el señor Boythorn—. Pues me alegro. Es lo más correcto. Por aquí me consideran como si fuera un segundo Ajax que desafía al rayo. ¡Ja, ja, ja! Cuando voy a nuestra iglesita, los domingos, una parte considerable de la poca considerable congregación espera verme caer, calcinado y reducido a cenizas sobre las losas, debido a mi enemistad con Dedlock. ¡Ja, ja, ja! Y no me cabe duda de que a él le sorprende que no ocurra precisamente eso. ¡Porque juro por el Cielo que es el asno más autosatisfecho, más fatuo, más vanidoso y más tonto que he visto en mi vida!

Cuando llegamos a la cresta de la loma que habíamos estado subiendo, nuestro amigo nos pudo indicar Chesney Wold, lo cual desvió su atención del propietario de la finca.

Era una casa antigua y pintoresca, situada en medio de un magnífico parque con muchos árboles. Entre éstos, y no lejos de la residencia, nos indicó el campanario de la iglesita de la que nos había hablado. ¡Ah, qué hermosos eran aquellos bosques solemnes entre los cuales se desplazaban fugaces luces y sombras, como si unas alas celestiales los recorrieran en cumplimiento de misiones benignas en medio del aire del verano! ¡Qué ondulaciones tan verdes y blandas; qué agua tan centelleante; qué jardín, en el que las flores estaban ordenadas con tanta simetría en racimos de brillantes colores! La mansión, con sus buhardillas y chimeneas, con sus torres y torretas, con su pórtico oscuro y su amplio paseo en la terraza, entre cuyas balaustradas se retorcían frondosos rosales, que iban a reposar en jarrones; apenas si parecía real en su airosa solidez y en medio del silencio sereno y apacible que la circundaba. Sobre todo, a Ada y a mí nos pareció que aquel silencio era lo más

impresionante. Todo: casa, jardín, terraza, verdes praderas, agua, viejos robles, helechos, musgo, más bosque y a lo lejos en los claros de la perspectiva, hasta el horizonte que yacía ante nosotros con un brillo púrpura; todo parecía irradiar un reposo imperturbable.

Cuando llegamos al pueblecito y pasamos junto a una pequeña posada con el letrero de las Armas de Dedlock balanceándose en la fachada, el señor Boythorn cambió un saludo con un joven caballero sentado en un banco junto a la puerta de la posada, a cuyos pies había artes de pesca.

—Es el hijo del ama de llaves; se llama Rouncewell —nos informó—, y está enamorado de una chica muy guapa que trabaja en la mansión. Lady Dedlock se ha aficionado a la muchachita y va a quedársela en calidad de doncella personal, honor que a mi joven amigo no le agrada en absoluto. Pero todavía no puede casarse, aunque su capullo de Rosa quisiera, de manera que tiene que aguantarse. Entre tanto, viene por aquí bastante a menudo, y se pasa uno o dos días... pescando. ¡Ja, ja, ja!

—¿Está comprometido con esa muchacha tan guapa, señor Boythorn? —preguntó Ada.

—Mi querida señorita Clare —le respondió—, creo que quizá se entiendan, pero estoy seguro de que pronto los verá usted, y en eso tendrá que ser usted quien me informe a mí a ese respecto, y no al revés.

Ada se sonrojó, y el señor Boythorn, que se nos adelantó trotando en su bonito caballo tordo, desmontó a su propia puerta y cuando llegamos ya estaba dispuesto, sombrero en una mano y alargándonos la otra, a darnos la bienvenida.

Vivía en una casa muy bonita, que anteriormente había sido la vicaría de la iglesia, con una pradera delante, un jardín lleno de hermosas flores a un lado y un huerto y una arboleda muy poblados en la trasera, todo ello circundado por una cerca venerable, teñida de la pátina que imprimen los años. Pero, de hecho, allí todo daba la impresión de solidez y abundancia. El paseo bordeado de tilos era como un claustro verde, y hasta las sombras de los cerezos y los manzanos estaban llenas de fruta, los groselleros estaban tan cargados que sus ramas se inclinaban para descansar en tierra, las fresas y las moras crecían en igual profusión, y en la cerca se veían melocotones a centenares. Entre las redes tendidas y entre los marcos de cristal que brillaban y centelleaban al sol, se veían tales montones de guisantes, calabacines y pepinos, que cada pie de tierra parecía un tesoro de verdura, y el aroma de las hierbas de olor y todo género de sana vegetación (por no decir nada de los prados circundantes, donde se estaba recogiendo el heno) hacía que todo el aire oliese como un ramillete. En el ordenado interior de la vieja cerca reinaban tal orden y compostura, que incluso las plumas que colgaban en guirnaldas para espantar a los pájaros apenas se movían, y la cerca tenía una influencia tan propicia, que donde todavía aparecía, acá o acullá, una punta o un trapo, resultaba fácil imaginar [\[55\]](#) que habían ido madurando con el paso

de las estaciones, y que se habían ido oxidando y destiñendo conforme al destino común de todas las cosas.

Aunque la casa estaba un poco desordenada en comparación con el huerto, era una casa muy antigua, con bancos en la chimenea de la cocina, de suelo enladrillado y grandes vigas en el techo. A un lado estaba la terrible parcela del pleito, donde el señor Boythorn mantenía constantemente un centinela vestido con un guardapolvos, que en caso de agresión estaba encargado de tañer inmediatamente una gran campana que había puesto allí con ese fin, quitarle la cadena a un gran bulldog establecido en una perrera para que lo ayudara y, en general, causar la destrucción del enemigo. No satisfecho con aquellas precauciones, el propio señor Boythorn había compuesto y colocado, en una tabla en la cual figuraba su nombre inscrito en grandes caracteres: «Cuidado con el perro. Es muy feroz. Lawrence Boythorn». «El trabuco está cargado de posta gruesa. Lawrence Boythorn». «Hay trampas y armas de muelle cargadas que disparan a todas las horas del día y de la noche. Lawrence Boythorn». «Atención. A toda persona o personas que tengan la imprudencia de entrar en esta propiedad se les aplicará todo el rigor de la ley. Lawrence Boythorn». Nos lo enseñó todo desde su salón, mientras su pájaro le saltaba por la cabeza y él se reía: «¡Ja, ja, ja!», y con tanto vigor al señalar cada letrero, que verdaderamente temí que le pasara algo.

—Pero ¿no se está usted tomando una molestia excesiva cuando no lo dice usted en absoluto en serio? —preguntó el señor Skimpole con su tono despreocupado de costumbre.

—¡Que no lo digo en serio! —respondió el señor Boythorn, con ira incontenible—. ¡Que no lo digo en serio! Si hubiera sabido educarlo, me habría comprado un león, en lugar de ese perro, y se lo hubiera echado encima al primer ladrón intolerable que osara infringir mis derechos. ¡Que venga Sir Leicester aquí a decidir la cuestión en singular combate, y me enfrentaré a él con cualquier arma por hombre conocida en cualquier época o país! ¡No digo más!

El día en que llegamos a su casa era sábado. El domingo por la mañana fuimos todos a pie a la iglesita del parque. Al entrar en el parque, casi al lado de la parcela en disputa, seguimos un sendero muy agradable, que iba serpenteando entre el verde césped y aquellos árboles tan hermosos, hasta llegar al pórtico de la iglesia.

Los feligreses eran muy pocos, y todos rústicos, con la excepción de un gran complemento de criados de la Mansión, algunos de los cuales ya estaban en sus bancos, mientras seguían llegando otros. Había algunos lacayos de porte imponente, y un modelo perfecto de viejo cochero, que parecía un representante oficial de todas las pompas y vanidades que jamás se hubieran desplazado en su vehículo. Había buen número de muchachas jóvenes, y sobre todas ellas reinaba la faz anciana y hermosa y la figura imponente y responsable del ama de llaves. La agraciada chica de la que nos había hablado el señor Boythorn estaba a su lado. Era tan guapa que yo podría haber

sabido que era ella por su belleza, aunque no me hubiera dado cuenta de la conciencia ruborosa que tenía ella de las miradas del joven pescador, a quien descubrí a escasa distancia. Una cara, y no de las agradables, aunque era de facciones correctas, parecía vigilar maliciosamente a la muchacha agraciada, y de hecho a todo y a todos los presentes. Era la de una francesa.

Como seguía tañendo la campana y todavía no habían llegado las personas de respeto, tuve tiempo de contemplar la iglesia, que olía a tierra como una tumba, y de reflexionar qué iglesita tan sombría, antigua y solemne era ésta. Las ventanas, bajo la sombra de los árboles, dejaban pasar una luz tamizada que bañaba de palidez las caras que me rodeaban, dejaba en la sombra las viejas placas de bronce del suelo y los monumentos gastados por el tiempo y la humedad, y hacía que la luz del sol en el pórtico, donde un campanero seguía tañendo con monotonía, pareciese en verdad deslumbrante. Pero un movimiento en aquella dirección, una expresión de respeto reverencial en las caras de los rústicos y la adopción entre despreocupada y feroz por parte del señor Boythorn de estar decidido a no darse cuenta de la presencia de alguien me advirtieron de que iban a llegar las personas de respeto, y de que iba a comenzar el servicio.

«No juzgues a tu siervo, oh, Señor, pues a tus ojos...» [\[56\]](#).

¿Lograré olvidar jamás cómo se me puso a palpar el corazón, ante la mirada con la que tropecé cuando me puse en pie? ¿Olvidaré jamás la forma en que aquellos ojos hermosos y orgullosos parecieron salir de su languidez y apoderarse de los míos? No duró más que un momento, hasta que volví a bajar la vista, liberada una vez más, si puedo decirlo, a mi libro de oraciones, pero en aquel brevísimo espacio de tiempo llegué a conocer perfectamente aquel bello rostro.

Y lo que es más extraño, en mi interior se agitó algo, relacionado con los días de soledad en casa de mi madrina; sí, incluso con los días en que me ponía de puntillas para vestirme ante mi espejito, después de vestir a mi Muñeca. Y esto ocurrió aunque jamás en mi vida había visto antes la cara de aquella dama; de eso estaba segura, absolutamente segura.

Resultaba fácil deducir que el caballero ceremonioso, gotoso, de pelo cano, único que ocupaba con ella su gran reclinatorio, era Sir Leicester Dedlock, y que la dama era Lady Dedlock. Pero lo que no podía yo concebir era por qué la cara de ella me resultaba, de forma confusa, como un espejo roto en el que veía trozos de viejos recuerdos, ni por qué me sentía yo tan agitada y turbada (porque así me seguía sintiendo) por haber tropezado casualmente con su mirada.

Comprendí que era una debilidad absurda por mi parte, y traté de superarla escuchando lo que decía el himno. Después, curiosamente, me pareció que lo oía decir en la voz de mi madrina, y no en la del predicador. Aquello me hizo preguntarme si la cara de Lady Dedlock se parecía por casualidad a la de mi madrina.

Quizá se pareciera, aunque fuera muy poco, pero la expresión era tan diferente, y la firme decisión que estaba tan severamente grabada en el rostro de mi madrina, igual que las rocas están grabadas por los elementos, estaba tan ausente del que tenía ante mí, que no podía ser aquel parecido lo que me había llamado la atención. Además, yo no había visto una faz tan altiva y desdeñosa como la de Lady Dedlock en nadie. Y, sin embargo, yo..., yo, la pequeña Esther Summerson, la niña que tenía una vida diferente de las demás, cuyo cumpleaños no festejaba nadie, parecía surgir ante mis propios ojos, vuelta a traer del pasado por un poder que parecía estar en posesión de aquella señora tan distinguida, que no sólo no podía imaginarme haber visto jamás, sino que sabía perfectamente no haber visto hasta aquel momento.

Tanto temblé al verme sumida en aquella agitación inexplicable, que me sentí consciente incluso de sentirme apurada ante la observación de que me hacía objeto la doncella francesa, aunque sabía que ésta había estado mirando constantemente por acá, por allá y por todas partes, desde el momento en que entró en la iglesia. Poco a poco, aunque muy gradualmente, acabé por superar aquella extraña emoción. Al cabo de un largo rato volví a mirar en dirección de Lady Dedlock. Era mientras estaban preparándose para cantar, antes del sermón. Ella no me miraba en absoluto, y a mí me dejó de palpar el corazón. Tampoco volvió a palparme al cabo de un momento, cuando se volvió una o dos veces a mirarnos por los impertinentes a Ada y a mí.

Una vez concluido el servicio, Sir Leicester ofreció el brazo con mucha elegancia y galantería a Lady Dedlock (aunque él mismo tenía que ayudarse con un bastón para andar), y la acompañó fuera de la iglesia hasta llegar al coche, tirado por ponies, en el que habían llegado. Entonces se dispersaron los criados, y lo mismo hizo la congregación, a quien Sir Leicester había estado contemplando todo el tiempo (comentó el señor Skimpole con infinito regocijo del señor Boythorn) como si fuera un gran terrateniente del cielo.

—¡Eso es lo que se cree! —exclamó el señor Boythorn—. Está convencido de ello. ¡Y lo mismo se creían su padre, y su abuelo, y su bisabuelo!

—¿Sabe usted una cosa? —continuó diciendo el señor Skimpole, inesperadamente, al señor Boythorn—. A mí me resulta agradable ver a gente así.

—¡Agradable! —exclamó el señor Boythorn.

—Digamos que quiere ponerse paternalista conmigo —continuó el señor Skimpole—. ¡Magnífico! A mí no me importaría.

—A mí sí —objetó el señor Boythorn con gran vigor.

—¿De verdad? —replicó el señor Skimpole en su tono bienhumorado—. Pero eso es molestarse por nada. ¿Y por qué molestarse? Yo me contento con recibir las cosas que se me dan, igual que un niño, según me llegan. ¡Y nunca me molesto por nada! Por ejemplo, llego aquí y me encuentro con un gran potentado que me exige rendirle homenaje. ¡Muy bien! Le digo: «Gran potentado, éste es mi homenaje! Es más fácil

rendirlo que negarlo. Aquí lo tiene. Si tiene usted algo de género agradable que mostrarme, celebraré mucho contemplarlo; si tiene usted algo de género agradable que darme, celebraré mucho recibirlo». El gran potentado replica, de hecho: «Éste es un tipo sensato. Considero que me permite hacer bien la digestión y no me altera el sistema biliar. No me impone la obligación de ponerme como un erizo y estar siempre con las espinas de punta. Me expansiono, me abro, muestro al exterior mi lado de plata, como la nube de Milton [57] lo cual resultaba más agradable para ambos». Así es cómo veo yo estas cosas, hablando como un niño.

—Pero supongamos que mañana va usted a otra parte —dijo el señor Boythorn— donde se encuentra con un tipo que sea todo lo contrario de éste... O de aquél... ¿Qué hace usted entonces?

—¿Que qué hago? —preguntó el señor Skimpole, con aire de la mayor candidez y sinceridad—. ¡Exactamente lo mismo! Diría: «Mi estimado Boythorn», por personificar en usted a nuestro imaginario amigo; «Mi estimado Boythorn, ¿objeta usted al gran potentado? Muy bien. Yo también. Yo entiendo que el papel que me corresponde en el sistema social es el de ser agradable; entiendo que el papel que corresponde a todos en el sistema social es el de ser agradables. En resumen, se trata de un sistema de armonía. Por lo tanto, si usted objeta, yo objeto. ¡Y ahora, mi excelente Boythorn, pasemos a cenar!»

—Pero el excelente Boythorn podría decir —respondió nuestro anfitrión, que estaba inflamándose y enrojeciendo— que me...

—Entiendo —dijo el señor Skimpole—. Eso es lo más probable.

—... ¡sí, vamos a cenar! —exclamó el señor Boythorn, con un estallido violento, y deteniéndose a dar un golpe con el bastón en el suelo—. Y probablemente añadiría: «¿Es que ya no existen principios, señor Harold Skimpole?»

—A lo cual, como sabe usted, Harold Skimpole respondería —contestó éste, de lo más risueño y con la más alegre de las sonrisas—: «¡Por vida mía que no tengo la menor idea! No sé a qué se refiere usted con esos términos, ni dónde se hallan, ni quién los posee. Si es usted quien posee esas cosas, y le parece agradable, me alegro mucho y lo felicito de todo corazón. Pero yo no sé nada de eso, se lo aseguro, pues no soy más que un niño, y no quiero poseerlos, ni aspiro a ellos!». De manera que ya ve usted, mi excelente Boythorn, que después de todo estoy listo para ir a cenar.

Aquél no fue sino uno de tantos pequeños diálogos entre ellos, que yo siempre esperaba que terminasen, y oso decir que en otras circunstancias hubieran terminado en una explosión violenta por parte de nuestro anfitrión. Pero éste tenía un sentido tan elevado de su posición y su responsabilidad como anfitrión nuestro, y mi Tutor se reía tan sinceramente con y de nuestro señor Skimpole, como si fuera un niño que se pasara el día haciendo pompas de jabón y reventándolas, que las cosas nunca pasaron a mayores. El señor Skimpole, que siempre parecía perfectamente inconsciente de

que pisaba terreno delicado, se ponía entonces a empezar un dibujo del parque, que nunca terminaba, o a tocar fragmentos de arias en el piano, o a cantar fragmentos de canciones, o se tumbaba boca arriba debajo de un árbol y miraba al cielo..., lo que, según decía, no podía por menos de pensar que era para lo que había nacido, tan bien le sentaba.

—A mí me encantan la empresa y el esfuerzo —nos decía (recostado de espaldas) —. Creo que soy un auténtico cosmopolita. Me parecen cosas magníficas. Me recuesto en un sitio sombreado, como éste, y pienso en los espíritus aventureros que van al Polo Norte, o que penetran en el corazón de la Zona Tórrida, y los admiro. Las gentes mercenarias se preguntan: «¿De qué sirve que vaya alguien al Polo Norte? ¿Qué utilidad tiene?». Yo no lo sé, pero en la medida en que *pueda yo* saberlo quizá vaya allí (aunque no lo sepa) con objeto de darme qué pensar mientras yo estoy aquí recostado. Tomemos un caso extremo. Tomemos el caso de los esclavos de las plantaciones de los Estados Unidos. Estoy seguro de que los hacen trabajar mucho. Estoy seguro de que en general no les gusta. Estoy seguro de que básicamente su existencia es desagradable, pero a mí me pueblan el paisaje, le infunden poesía, y quizá sea ése uno de los aspectos más agradables de su existencia. Tengo plena conciencia de ello y no me extrañaría nada que así fuera.

Yo siempre me preguntaba en aquellas ocasiones si alguna vez pensaba en la señora Skimpole y sus hijas, y cómo las enfocaba desde su punto de vista cosmopolita. Que yo pudiera ver, apenas si figuraban en su vida.

Pasó la semana hasta el domingo siguiente al de aquellas palpitaciones de mi corazón en la iglesia, y todos los días habían sido tan claros, y el cielo había estado tan azul, que había resultado de lo más delicioso el vagabundear por los bosques y ver cómo se filtraba la luz entre las hojas transparentes y brillaba en las hermosas sombras entrelazadas de los árboles, mientras las aves trinaban sus canciones y el aire sesteaba con el zumbido de los insectos. Teníamos un punto predilecto, lleno de musgo y de hojas del año pasado, donde había algunos árboles caídos que ya habían perdido toda la corteza. Sentados en medio de ellos contemplábamos un panorama verde lleno de miles de columnas naturales, los troncos blanqueados de los árboles, en una perspectiva distante que resultaba radiante por su contraste con la sombra en la que nos hallábamos nosotros, y preciosa por el lugar abovedado desde el que la veíamos, como un atisbo de la tierra prometida. Un sábado estábamos allí sentados el señor Jarndyce, Ada y yo, hasta que oímos el murmullo del trueno a lo lejos, y sentimos que caían grandes gotas de lluvia entre las hojas.

Toda la semana había hecho un tiempo muy bochornoso, pero la tormenta llegó de forma tan inesperada (al menos para nosotros, en aquel refugio natural) que antes de que pudiéramos llegar al límite del bosque eran constantes los truenos y los relámpagos, y la lluvia caía torrencial entre las hojas, igual que si cada gota fuera un

gran perdigón de plomo. Como no era momento de quedarse entre los árboles, salimos corriendo del bosque y subimos y bajamos por los escalones cubiertos de musgo que cruzaban la valla de la plantación como dos escaleras de anchos pasos, la una de espaldas a la otra, y nos dirigimos al pabellón de uno de los guardabosques, que estaba allí cerca. Habíamos observado muchas veces la belleza sombría de aquel pabellón que se erguía en medio de una profunda arboleda sombría, y cómo lo rodeaba la hiedra, y que allí cerca había una profunda hondonada, donde una vez habíamos visto cómo el perro del guardabosques se hundía entre los helechos como si éstos fueran agua.

El interior del pabellón estaba tan oscuro, ahora que se había nublado el cielo, que no vimos claramente más que al hombre que vino a la puerta cuando nos refugiamos allí y nos sacó dos sillas, una para Ada y otra para mí. Las ventanas de rejilla estaban abiertas de par en par, y nos quedamos sentados justo al lado de la puerta, contemplando la tormenta. Era magnífico ver cómo se levantaba el viento, que doblaba los árboles e impulsaba a la lluvia ante sí, como una nube de humo, y escuchar el trueno solemne, y ver los relámpagos, y mientras pensábamos reverentes en las enormes fuerzas que dominaban nuestras vidas, en lo benéficas que son, y cómo en la más pequeña de las flores y de las hojas existía ya una frescura derivada de aquella cólera aparente, que parecía como una nueva Creación.

—¿No resulta peligroso sentarse en un sitio tan descubierto?

—¡Oh, no, Esthercita! —dijo Ada pausadamente.

Ada se dirigía a mí, pero yo no había dicho nada.

Volví a sentir palpitaciones. Nunca había oído aquella voz, igual que nunca había visto aquella cara, pero me afectó del mismo modo extraño. Una vez más, en un momento, surgieron en mi mente innumerables imágenes de mí misma.

Lady Dedlock había ido a refugiarse en el pabellón, antes de que llegáramos nosotros, y acababa de surgir de la oscuridad de su interior. Estaba detrás de mi silla, con la mano apoyada en el respaldo. Vi que tenía la mano puesta cerca de mi hombro cuando volví la cabeza.

—¿Te he asustado? —preguntó.

No. No era un susto. ¡Por qué iba yo a asustarme!

—Creo —dijo Lady Dedlock a mi Tutor —que tengo el gusto de hablar con el señor Jarndyce.

—El que usted me recuerde me honra más de lo que hubiera podido yo suponer, Lady Dedlock —replicó él.

—Lo reconocí a usted en la iglesia el domingo. Lamento que estos pleitos locales de Sir Leicester (aunque creo que no son culpa suya) hayan hecho que resultara absurdamente difícil saludarlo a usted allí.

—Conozco las circunstancias —contestó mi Tutor con una sonrisa—, y me

considero perfectamente saludado.

Ella le había dado la mano con aquel aire indiferente que parecía habitual en ella, y le había hablado con un tono igual de indiferente, aunque con voz muy agradable. Tenía tanta prestancia como belleza, y estaba perfectamente controlada; me pareció que tenía aspecto de poder atraer e interesar a cualquiera, si ella quería. El guardabosques le trajo una silla y se sentó en medio del porche y entre nosotras dos.

—¿Está ya colocado el joven caballero acerca del cual escribió usted a Sir Leicester y cuyos deseos tanto lamentó Sir Leicester no poder satisfacer por su parte? —preguntó a mi Tutor por encima del hombro.

—Eso espero —le respondió.

Ella parecía respetarlo, e incluso desear agradarlo. Dentro de la altivez de su estilo, había algo en ella que cautivaba, e iba adquiriendo aires de más confianza (iba a decir de más sosiego, pero eso no podía ser) a medida que le seguía hablando por encima del hombro.

—¿Supongo que ésta es su otra pupila, la señorita Clare?

El señor Jarndyce presentó debidamente a Ada.

—Va usted a perder el aspecto desinteresado de su carácter quijotesco —dijo Lady Dedlock al señor Jarndyce— si no deshace usted más que los entuertos de unas bellezas así. Pero presénteme también a esta señorita —dijo volviéndose hacia mí.

—Quien de verdad es pupila mía es la señorita Summerson —dijo el señor Jarndyce—. En su caso no soy responsable ante el Lord Canciller.

—¿Ha perdido la señorita Summerson a ambos padres? —preguntó Milady.

—Sí.

—Pues ha tenido suerte en cuanto a su Tutor—.

Lady Dedlock me contempló, y yo a ella, y le dije que, efectivamente, había tenido mucha suerte. Inmediatamente me volvió la espalda, casi con una expresión de desprecio o de desagrado, y volvió a hablar con el señor Jarndyce por encima del hombro:

—Hace siglos que no nos vemos, señor Jarndyce.

—Mucho tiempo. Al menos me parecía que hacía mucho tiempo hasta que la vi a usted el domingo pasado.

—¡Vaya, también usted actúa como un cortesano, al menos ante mí! —dijo ella con un cierto desdén— Supongo que me merezco esa reputación.

—Se ha elevado usted tanto, Lady Dedlock —dijo mi Tutor—, que oso decir que eso también comporta cierta carga. Pero no ante mí.

—¡Tanto! —repitió ella con una risita—. ¡Sí!

Con aquel aire suyo de superioridad, de poder y de fascinación y de yo no sé qué, parecía considerarnos a Ada y a mí como si no fuéramos más que unas niñas. De manera que al reírse levemente y sentarse después mirando la lluvia estaba en control

tan completo de sí misma, y tan libre de dedicarse a sus propios pensamientos, como si hubiera estado sola.

—Creo que conoció usted a mi hermana, cuando coincidimos en el extranjero, mejor que a mí —dijo volviendo a mirarlo.

—Sí, es que nos veíamos más a menudo —replicó él.

—Seguíamos cada una nuestro camino —dijo Lady Dedlock—, y teníamos pocas cosas en común incluso antes de que nos pusiéramos de acuerdo en seguir cada una por el suyo. Supongo que es de lamentar, pero era inevitable. ¿La volvió usted a ver después de entonces?

El señor Jarndyce negó con la cabeza.

—¿Nunca volvió a verla?

—Nunca.

—Pero, ¿sabría usted, sin duda, que ha muerto?

—Sí —respondió él—. Lo sé desde hace algún tiempo. Vivía tan alejada de todo que me enteré por pura casualidad.

Lady Dedlock volvió a quedarse contemplando la lluvia. Pronto empezó a amainar la tormenta. Escampó mucho la lluvia, cesaron los relámpagos, el trueno se fue alejando entre los cerros más distantes, y empezó a brillar el sol sobre las hojas húmedas y en medio de la lluvia. Mientras estábamos allí sentados, en silencio, vimos llegar un faetón tirado por ponies a buen paso.

—Vuelve el mensajero, Milady —dijo el guardabosques—, con el carruaje.

Cuando se acercó éste vimos que en su interior había dos personas. Quien primero descendió, con capas y chales, fue la francesa a la que ya había visto yo en la iglesia, y después aquella chica tan guapa; la francesa con aire desafiante, la chica guapa confusa y titubeante.

—¿Qué pasa? —preguntó Milady—. ¿Venís dos?

—Por ahora, Milady, yo soy su doncella —dijo la francesa—. El mensaje decía que viniera su doncella.

—Yo temí que se refiriese usted a mí, Milady —dijo la muchacha guapa.

—Me refería a ti, hija —replicó pausadamente su señora—. Ponme ese chal.

Agachó ligeramente los hombros para recibirlo, y la muchachita se lo colocó cuidadosamente. La señora no hizo caso de la francesa, que se quedó mirando y apretando los labios.

—Lamento —dijo Lady Dedlock al señor Jarndyce— que probablemente no podamos reanudar nuestra antigua amistad. Permítame usted que vuelva a enviar el carruaje a buscar a sus dos pupilas. Regresará inmediatamente.

Pero como él no quiso en absoluto aceptar el ofrecimiento, Milady se despidió cortésmente de Ada —no de mí— y, apoyando una mano en el brazo que él le ofreció, se metió en el carruaje, que era pequeño y con toldo.

—Ven, hija —dijo a la muchacha guapa—. Voy a necesitarte. ¡Vamos!

El carruaje se fue alejando, y la francesa, con los chales que había traído todavía en el brazo, se quedó de pie en el mismo sitio en el que se había apeado.

Supongo que no hay nada tan insoportable para el Orgullo como el Orgullo mismo, y que se vio castigada por su actitud imperiosa. Su represalia fue la más singular que hubiera podido imaginarme yo. Se quedó perfectamente inmóvil hasta que el carruaje se metió en el camino y después, sin descomponer en absoluto el gesto, se quitó los zapatos, los tiró al suelo y se fue andando lentamente en la misma dirección, por la parte más húmeda de la mojada hierba.

—¿Está loca esa muchacha? —preguntó mi Tutor.

—¡Ah, no, señor! —replicó el guardabosques, que la miraba junto con su mujer—. Hortense no está nada loca. Tiene la chola tan cuerda como el que más. Pero es mortalmente orgullosa y apasionada, terriblemente orgullosa y apasionada, y como ya la han despedido y han puesto a otra por encima de ella no está nada contenta.

—Pero ¿por qué echarse a andar descalza por todos esos charcos? —preguntó mi Tutor.

—Verdaderamente, señor; ¡cómo no sea para que se le pase el acaloramiento...! —dijo el hombre.

—O que se crea que en lugar de agua es sangre —apostilló la mujer—. Yo creo que le gustaría mojarse los pies de sangre, cuando a ella se le sube a la cabeza.

Poco después pasábamos nosotros a poca distancia de la Mansión. Con lo pacífica que nos pareció cuando la habíamos visto por primera vez, ahora lo parecía todavía más, con un halo de diamantes en todo su derredor, el soplo de una leve brisa, los pájaros que ya habían abandonado su silencio y ahora cantaban con todas sus fuerzas, todo ello refrescado por la lluvia reciente, y el pequeño carruaje brillante a la puerta, como el coche de un hada hecho de plata. Entre tanto, Mademoiselle Hortense, descalza, avanzaba por entre la hierba húmeda, tiesa y en silencio, hacia la Mansión, ella también como una figura pacífica en aquel paisaje.

19. Hay que circular

Son vacaciones de verano en las regiones de Chancery Lane. Las buenas naves del Derecho y la Equidad, esos clippers de teca con quilla de cobre, remaches de hierro y superficies de bronce, que no son los más rápidos del mundo precisamente, están fondeados en conserva. El *Holandés Errante*, con una tripulación de clientes fantasmales que imploran a todo el que encuentran que mire sus papeles, está de momento a la deriva. El cielo sabe dónde. Todos los tribunales están cerrados; las oficinas públicas yacen sumidas en un sueño caliente; el propio Westminster Hall se halla sumido en una soledad sombría, en la que podrían cantar los ruisseños y por la que se pasean unos pretendientes más solícitos de los que se suelen hallar en los pleitos.

El Temple, Chancery Lane, Serjeant's Inn y Lincoln's Inn hasta los Campos son como los puertos durante la marea baja, donde los procedimientos embarrancados, las oficinas ancladas, los pasantes inactivos que descansan en taburetes alabeados que no recuperarán la perpendicular hasta que penetre la corriente del nuevo curso, están en el dique seco mientras duren las vacaciones de verano. Hay veintenas de puertas de las salas de los juzgados que están cerradas, los mensajes y los paquetes se han de dejar en portería, donde se amontonan los cestos de papeles. Entre las grietas de la acera de piedra de Lincoln's Inn Hall podrían crecer praderas enteras de hierba, si no fuera porque los mozos de cuerda, que no tienen que hacer más que matar el tiempo mientras se sientan allí a tomar la sombra, con los delantales blancos subidos por encima de la cabeza para que no los ataquen las moscas, la arrancan y la mascan pensativos.

En toda la ciudad no queda más que un Magistrado, e incluso éste no viene a las salas de los tribunales más que dos veces por semana. ¡Si lo pudiera ver la gente de las pequeñas ciudades que recorre en su circuito judicial! Ahora no lleva peluca blanca, ni túnica roja, ni pieles, ni va rodeado de maceros, ni de portadores de la vara de la justicia. No se trata más que de un caballero bien rasurado, con pantalones blancos y un sombrero blanco, cuyo judicial rostro está bronceado de la playa, cuya judicial nariz está pelada por los rayos del sol, que visita la marisquería camino de su trabajo y se bebe una cerveza de jengibre bien fría.

Los abogados de Inglaterra están repartidos por toda la faz de la Tierra. La cuestión no es cómo se puede pasar Inglaterra durante cuatro largos meses de verano sin su Colegio de Abogados, que, según todos reconocen, es su refugio en la adversidad y su triunfo definitivo en la prosperidad; el hecho es que en estos momentos el escudo y la coraza de Britannia se hallan ausentes. El docto caballero que siempre se indigna tanto ante la ofensa sin precedentes cometida contra su cliente por la parte contraria, de modo que no parece probable que pueda jamás recuperarse

de la ofensa, lo está pasando mucho mejor en Suiza de lo que cabría esperar. El docto caballero que tanto se indigna y que abruma a todos sus adversarios con su sarcasmo sombrío lo está pasando magníficamente en un balneario francés. El docto caballero que derrama litros de lágrimas a la menor provocación lleva seis semanas sin derramar una lágrima. El doctísimo caballero que acaba de refrescar el calor natural de su tez rubicunda en las fuentes y los manantiales del derecho, hasta convertirse en un especialista de las argumentaciones más intrincadas durante los períodos de sesiones de los tribunales, cuando plantea a los magistrados adormilados tecnicismos jurídicos ininteligibles para los no iniciados y también para la mayor parte de los sí iniciados, vagabundea por Constantinopla, lógicamente encantado con la aridez y el polvo. Otros fragmentos dispersos del mismo gran paladión se pueden encontrar en los canales de Venecia, en la segunda catarata del Nilo, en los balnearios de Alemania, y repartidos por las playas de toda la costa inglesa. Apenas si se puede encontrar a uno de ellos en la región desierta de Chancery Lane. Si hoy alguno de esos miembros solitarios del Colegio de Abogados vagabundea por ese desierto y cae sobre un pleiteante que merodea por allí, que no puede abandonar el escenario de su ansiedad, el uno se asusta del otro, y cada uno se retira a un punto distinto a tomar la sombra.

Son las vacaciones de verano más calurosas que se han visto desde hace años. Todos los jóvenes pasantes están locamente enamorados y, según las categorías que les corresponden, aspiran a la felicidad con el objetó de su amor en Margate, Ramsgate o Gravesend. Todos los pasantes de mediana edad piensan que sus familias son demasiado numerosas. Todos los perros sin dueño que vagabundean por los Inns of Court y jadean por las escaleras y otros lugares secos; en busca de agua, dan breves ladridos de desesperación. En las calles, los perros de todos los ciegos llevan a sus amos hacia las bombas de agua, o los hacen tropezar con los cubos que hay al lado de éstas. Las tiendas que tienen un toldo y han regado la acera y tienen una pecera con pececillos de colores constituyen santuarios. En Temple Bar hace tanto calor que, al estar al lado del Strand y de Fleet, actúa como la llama piloto de un calentador, y los mantiene hirviendo toda la noche.

Hay oficinas en torno a los Inns of Court en las que podría uno refrescarse, si mereciera la pena comprar el fresco a costa de un precio tan elevado en aburrimiento, pero las callejuelas que están inmediatamente al lado de esos retiros parecen arder. En la plazuela del señor Krook hace tanto calor que las gentes vacían sus casas y sacan las sillas a la calle, entre ellas el señor Krook, que prosigue allí sus estudios, con su gata (que nunca tiene demasiado calor) al lado. En las Armas del Sol se han suspendido las reuniones filarmónicas por lo que resta de temporada, y Little Swills está ocupado en los Jardines Pastorales, río abajo, donde actúa con números muy inocentes y canta cuplés cómicos de talante juvenil, ideados (como dice el prospecto)

para no herir ni los sentimientos más delicados. Sobre todo el barrio jurídico se ciernen, como un gran velo de herrumbre, o una tela de araña gigantesca, el ocio y la melancolía de las vacaciones de verano. El señor Snagsby, papelero de los tribunales de Cook's Court, Cursitor Street, padece bajo esta influencia; no sólo mentalmente, como persona sensible y contemplativa, sino también en su empresa de papelería ya mencionada. Durante las vacaciones de verano tiene más tiempo para reflexionar en Staple Inn y en Rolls Yard que en ninguna otra temporada, y dice a los dos aprendices lo raro que resulta cuando hace tanto calor recordar que vive uno en una isla, con el mar ondulante y caprichoso por todas partes.

Guster está ocupada en la salita, porque esta tarde de las vacaciones de verano el señor y la señora Snagsby esperan visitas. Los invitados a los que se espera son más selectos que numerosos, pues se trata de los señores de Chadband, y nadie más. Por la tendencia del señor Chadband a calificarse a sí mismo de navío [58] tanto verbalmente como por escrito, hay desconocidos que a veces lo toman por alguien relacionado con la navegación, pero en realidad, como él mismo dice, trabaja «en la cura de almas». El señor Chadband no pertenece a ninguna confesión religiosa determinada, y sus detractores consideran que no tiene nada tan notable que decir acerca de tan importantísimo tema como para sentirse constantemente obligado a decirlo, pero él tiene sus seguidores, y entre ellos figura la señora Snagsby. Ésta ha tomado hace poco un billete en el navío Chadband, y su atención se vio atraída hacia ese bergantín de tres palos cuando se sentía un poco acalorada por la canícula.

—A mi mujercita —dice el señor Snagsby a los gorriones de Staple Inn— le gusta tener las cosas de la religión bien claras.

De manera que Guster, muy impresionada por considerarse momentáneamente doncella de Chadband, del cual sabe que tiene el don de explayarse cuatro horas seguidas, prepara la salita para el té. Sacude y desempolva todos los muebles, retoca los retratos del señor y la señora Snagsby con un paño húmedo, pone el mejor servicio de té en la mesa, y hay grandes provisiones de pan reciente y bien cortado, roscas frágiles, mantequilla nueva y fresca, lonchas finas de jamón, lengua y salchichas alemanas, así como filas delicadas de anchoas yacentes en un lecho de perejil, por no mencionar huevos recién puestos, que llegarán envueltos en una servilleta caliente, y tostadas calientes con mantequilla. Porque Chadband es un navío que consume mucho: sus detractores afirman que se traga el combustible, y maneja con notable destreza armas carnales como el cuchillo y el tenedor.

El señor Snagsby, ataviado con sus galas de domingo, contempla todos los preparativos cuando han quedado terminados, y con su tosecilla tímida, tapándose la boca con una mano, pregunta a la señora Snagsby:

—¿A qué hora esperabas al señor y la señora Chadband, amor mío?

—A las seis —responde la señora Snagsby.

El señor Snagsby dice con tono suave y como de pasada que «ya son más».

—A lo mejor quieres empezar sin ellos —observa reprobadora la señora Snagsby.

Da la sensación de que eso sería precisamente lo que querría hacer el señor Snagsby, pero se limita a decir con otro carraspeo manso:

—No, cariño mío, no. Me limitaba sencillamente a señalar la hora que es.

—¿Y qué es el tiempo —dice la señora Snagsby— en comparación con la eternidad?

—Muy cierto, cariño —dice el señor Snagsby—. Sólo que cuando uno prepara las cosas del té lo suele hacer (quizá) pensando un poco en la hora. Y cuando se da una hora para el té, lo mejor es ser puntual.

—¡Ser puntual! —repite severamente la señora Snagsby—. ¡Ser puntual! ¡Como si el señor Chadband fuera una diligencia!

—En absoluto, cariño —dice el señor Snagsby.

Llega Guster, que estaba mirando por la ventana del dormitorio, deslizándose tambaleante por la escalerilla como si fuera un fantasma, y al arribar sofocada a la salita anuncia que el señor y la señora Chadband han aparecido en la plazoleta. Como inmediatamente después suena la campanilla de la puerta del pasaje, la señora Snagsby la conmina, so pena de devolución inmediata a su santo patrón, a que no omita la ceremonia de anunciar a los visitantes. Con los nervios (que antes estaban en la mejor de las formas) totalmente descompuestos por esta amenaza, mutila tan ferozmente sus nombres que anuncia al «señor y la señora Chatplan, o bueno, como sea, ¡eso!», y se retira compungida de su presencia.

El señor Chadband es un hombretón de tez amarillenta, que siempre está sonriente y tiene el aspecto general de llevar gran cantidad de grasa de ballena en el cuerpo [59]. La señora Chadband es una mujer severa, de aspecto grave, silenciosa. El señor Chadband se desplaza en silencio y lentamente, como si fuera un oso al que han enseñado a andar en dos patas. Parece que no sabe qué hacer con los brazos, como si le molestaran y prefiriese andar a cuatro patas; suda mucho por la cabeza, y nunca habla sin antes alzar una manaza, como si diera a sus oyentes una garantía de que va a edificarlos.

—Amigos míos —dice el señor Chadband—; ¡que sea la paz sobre esta casa! ¡Sobre su señor y su señora, sobre sus doncellas y sus donceles! Amigos míos, ¿por qué os deseo la paz? ¿Qué es la paz? ¿Es la guerra? No. ¿Es el enfrentamiento? No. ¿Es algo maravilloso, amable, hermoso, agradable, sereno y alegre? ¡Ah, sí! Por eso, amigos míos, les deseo la paz a ustedes y a los suyos.

Como la señora Snagsby parece profundamente edificada, el señor Snagsby considera que en general más vale decir amén, lo cual le procura el beneplácito de todos los presentes.

—Y ahora, amigos míos —continúa diciendo el señor Chadband—, dado que me

he referido a este tema...

Aparece Guster. La señora Snagsby, con una espectral voz de bajo, y sin apartar la vista de Chadband, dice con una claridad ominosa:

—¡Largo de aquí!

—Y ahora, amigos míos —dice Chadband—, dado que me he referido a este tema, que menciono con la mayor humildad...

Inexplicablemente, se oye que Guster murmura: «Milsetecientosochentaydós».

La voz espectral repite con más solemnidad:

—¡Largo de aquí!

—Ahora, amigos míos —dice el señor Chadband—, vamos a preguntar, animados por un espíritu de amor...

Pero Guster reitera:

—Milsetecientosochentaydós.

El señor Chadband hace una pausa, con la resignación de quien está acostumbrado a ser objeto de todo género de ataques, y bajando lánguidamente la barbilla para lanzar una sonrisa exclama:

—¡Oigamos lo que dice la doncella! ¡Habla, doncella!

—Milsetecientosochentaydós, con su permiso, señor, que quiere saber por qué le ha *dao* un chelín [60] —dice Guster jadeante.

—¿Por qué? —replica la señora Chadband—. ¡Para pagarle!

Guster responde:

—Insiste en que son un chelín y ocho peniques, o que si no va a llamar a la *bofia*.

La señora Snagsby y la señora Chadband empiezan a dar gritos de indignación, cuando el señor Chadband silencia el tumulto levantando la mano:

—Amigos míos —dice—, recuerdo que ayer dejé sin cumplir una obligación. Es justo que por ello pague penitencia. No tengo por qué murmurar. ¡Rachael, paga los ocho peniques!

Mientras la señora Snagsby da un respingo y mira fijamente al señor Snagsby, como para decirle: «¡Escucha a este Apóstol!», y mientras el señor Chadband irradia humildad y grasa de ballena, la señora Chadband paga la suma. El señor Chadband tiene la costumbre (que de hecho constituye la más evidente de sus pretensiones) de llevar esta especie de libro de cuentas de las menores partidas, y de exhibirlo públicamente en las ocasiones más triviales.

—Amigos míos —se exclama el señor Chadband—, ocho peniques no es demasiado; igual hubiera podido ser un chelín con cuatro peniques; igual hubiera podido ser media corona. ¡Mostremos alegría, alegría! ¡Sí, mostremos alegría!

Y con esta observación, que tal como suena parecería ser una cita poética, el señor Chadband se acerca a la mesa y, antes de tomar asiento, levanta la mano en señal de admonición y entona:

—Amigos míos, ¿qué es lo que contemplamos expuesto aquí ante nosotros? Un refrigerio. Pero ¿es que necesitamos un refrigerio, amigos míos? Sí. Porque no somos sino seres mortales, porque no somos sino pecadores, porque no pertenecemos sino al polvo, porque no estamos hechos de aire. ¿Podemos volar, amigos míos? No podemos. ¿Por qué no podemos volar, amigos míos?

El señor Snagsby supone que puede acertar a este último respecto y se aventura a observar con tono animado, como de persona bien informada:

—Porque no tenemos alas. —Pero inmediatamente su esposa le frunce el ceño.

—Lo que pregunto, amigos míos —continúa diciendo el señor Chadband, que rechaza y aniquila totalmente la sugerencia del señor Snagsby—, es: ¿por qué no podemos volar? ¿Es porque estamos hechos para andar por tierra? Lo es. ¿Podríamos andar, amigos míos, si no tuviéramos fuerzas? No podríamos. ¿Qué podríamos hacer sin fuerzas, amigos míos? Nuestras piernas se negarían a soportarnos, se nos doblarían los tobillos, y caeríamos en tierra. Y entonces, amigos míos, —¿de dónde derivaríamos la fuerza que necesitan nuestras extremidades? ¿La extraemos —pregunta el señor Chadband, echando una ojeada a la mesa— del pan en sus diversas formas, de la mantequilla que se hace con la leche que nos da la vaca, de los huevos que ponen las aves, del jamón, de la lengua, de las salchichas y demás? Así es. ¡Entonces, degustemos las cosas tan agradables que tenemos ante nosotros!

Los detractores negaban que la forma en la que el señor Chadband amontonaba verborreicamente aquellas series escalonadas, una encima de la otra, de aquella manera, revelase ningún tipo de don. Pero no cabe admitir eso sino como una prueba de la determinación de aquéllos de perseguirlo, ya que debe ser evidente a todos que el estilo retórico de Chadband goza de gran predicamento y admiración.

Sin embargo, el señor Chadband, que ha concluido por el momento, se sienta a la mesa del señor Snagsby y se pone a engullir prodigiosamente. La conversión de los alimentos en una grasa de la calidad ya mencionada parece constituir un proceso tan inseparable de la constitución de este navío ejemplar que cuando comienza a comer y beber cabe decir de él que se convierte en una considerable refinería de productos grasos o en cualquier otro tipo de instalación para la producción de ese artículo al por mayor. En esta velada de las vacaciones de verano, en Cook's Court, de Cursitor Street, funciona de manera tan voraz que cuando cesa su actividad es como si ya tuviera los depósitos a tope.

En aquel momento de la visita, Guster, que todavía no se ha recuperado de su primer tropiezo, pero que no ha desperdiciado ningún medio posible ni imposible de atraer las críticas sobre la casa y sobre su propia persona —entre cuyos medios cabe enumerar brevemente su interpretación de una música militar sobre la cabeza del señor Chadband con unos platos, y después el haber coronado al mismo caballero con una bandeja de bollos—, en ese momento de la visita, decimos, Guster susurra al

señor Snagsby que ha venido alguien a verlo.

—Y como, por no andar con circunloquios, hago falta en la tienda —dice el señor Snagsby levantándose—, espero que nuestra distinguida compañía me excuse un momento.

El señor Snagsby baja y se encuentra a los dos aprendices contemplando fijamente a un agente de la policía, que lleva agarrado del brazo a un muchacho harapiento.

—¡Válgame Dios! —dice el señor Snagsby—. ¿Qué pasa?

—Este chico —responde el policía— se niega a circular, aunque se le ha dicho varias veces que...

—Yo siempre estoy circulando, caballero —exclama el muchacho, limpiándose con el brazo unas lágrimas sucias—. No hago más que circular y circular *dende* que nací. ¿Qué más puedo circular, señor, más de lo que me paso la vida circulando?

—No quiere circular —dice el policía pausadamente, con un leve movimiento profesional del cuello, para dejarlo mejor asentado en su corbatín almidonado—, aunque se le ha advertido varias veces, y por eso me veo obligado a detenerlo. Es el ratero más terco que he visto. Se **NIEGA** a circular.

—¡Qué caray! ¿A dónde voy a ir? —grita el muchacho, tirándose desesperado del pelo y pataleando en el suelo del pasillo del señor Snagsby.

—¡Nada de esos modales o me encargo de quitártelos yo! —dice el agente, dándole una sacudida, pero sin enfadarse—. Tengo instrucciones de que circules. Te lo he dicho mil veces.

—Pero ¿por dónde? —pregunta el muchacho.

—¡Bien! La verdad, agente, me parece —dice el señor Snagsby dubitativo, carraspeando bajo la mano con su tosecilla de gran perplejidad y titubeo— que la pregunta es acertada. ¿Por dónde?, ¿sabe usted?

—Mis órdenes no dicen nada de eso —replica el agente—. Mis órdenes son que este chico tiene que circular. ¿Te enteras, Jo? No te importa, ni a ti ni a nadie, que los grandes astros del firmamento parlamentario lleven varios años, a este respecto, sin dar el ejemplo de circular ni de efectuar ningún otro tipo de desplazamiento. Esa gran receta se queda para ti; esa profunda prescripción filosófica: el principio y el fin de tu existencia sobre la Tierra. ¡Circula! No basta con que te echas simplemente a andar, Jo, porque los grandes astros no se pueden poner de acuerdo a ese otro respecto. ¡Circula y basta!

El señor Snagsby no dice nada en este sentido; de hecho no dice nada en absoluto; pero emite su tosecilla más triste, la que expresa que no ve ninguna salida. Para ese momento el señor y la señora Chadband y la señora Snagsby, que han oído el altercado, han aparecido en las escaleras. Guster se ha quedado al final del corredor, de modo que está reunida toda la casa.

—Lo único que tengo que preguntarle, caballero —dice el agente—, es si conoce usted a este chico. Él dice que sí.

Desde sus alturas, la señora Snagsby exclama inmediatamente:

—¡No! ¡No lo conoce!

—¡Mujercita mía! —dice el señor Snagsby mirando hacia la escalera—. ¡Permíteme, corazón mío! Te ruego que tengas un momento de paciencia, cariño mío. Sí que conozco algo a este mozo, y por lo que sé de él no puedo decir que sea malo; quizá todo lo contrario, agente —y el papelero le cuenta toda su experiencia con Jo, pero omite el episodio de la media corona.

—¡Bien! —dice el agente—, hasta ahora parece que tenía motivos para decir lo que dijo. Cuando le detuve en Holborn dijo que le conocía a usted. Entonces un joven que estaba en la multitud dijo que le conocía a usted y que usted era un comerciante respetable, y que si venía yo a investigar vendría él también. No parece que ese joven se haya sentido inclinado a cumplir su palabra, pero... ¡Ah! ¡Aquí está ese joven!

Entra el señor Guppy, que hace un gesto al señor Snagsby y se lleva la mano al sombrero, con la buena educación característica de los pasantes, en deferencia a las damas que hay en las escaleras.

—Salía de la oficina hace un momento cuando presencié la discusión —dice el señor Guppy al papelero—, y como se mencionó su nombre, creí que lo correcto era ocuparme del asunto.

—Es muy de agradecer, caballero —dice el señor Snagsby—, y le estoy reconocido. —Y el señor Snagsby vuelve a relatar su experiencia, aunque vuelve a omitir el episodio de la media corona.

—Bueno, ya sé dónde vives —dice entonces el agente a Jo—. Vives en Tomsolo. Bonito sitio para vivir, bien inocente, ¿eh?

—No puedo irme a vivir a un sitio más bonito, señor —replica Jo—. Si yo tuviera una casa bien maja *pá* vivir, *naide* me diría *ná*. ¡A ver quién va alquilarle una casa bonita e inocente como dice *usté* a un tipo como yo!

—Eres pobre, ¿no?

—Sí, señor, en general soy muy pobre.

—¡Pues juzguen ustedes! Le he encontrado estas dos medias coronas —dice el agente, que se las enseña a la asamblea— en cuanto le puse la mano encima.

—Es lo que me queda, señor Snagsby —dice Jo—, de un soberano que me ha *dao* una señora con un velo que dijo que era una criada y que vino a mi cruce una noche y me dijo que la enseñara esta casa de *usté* y la casa de aquel al que le daba usted trabajo de pluma que se murió, y el cementerio donde está *enterra*o. Va y me dice: «¿Eres tú el chico que fue a la encuesta?», dice. Y yo digo «sí». Y ella va y me dice: «Pues enséñamelos». Y yo la llevé y ella va y me da un soberano y se larga —dice Jo con lágrimas churretosas—. Y la *verdá* es que tampoco me ha *dura*o mucho el

soberano, porque tuve que pagar cinco chelines en Tomsolo para que me lo cambiaran, y luego un chico me robó otros cinco cuando estaba dormido y otro randa me birló nueve peniques y el tabernero invitó a una ronda a todo el mundo con lo que quedaba.

—¿No pensarás que vamos a creerte esa historia de la señora y el soberano, verdad? —pregunta el agente, que lo contempla de reojo con un desdén inefable.

—Yo no sé lo que pienso, señor —replica Jo—. Yo no pienso *ná*, señor, pero ésa es la *verdá* de la *güena*.

—¡Ya ven ustedes! —observa el agente a su público—. Bueno, señor Snagsby, si no le encierro esta vez, ¿responde usted de que va a circular?

—¡No! —exclama la señora Snagsby desde la escalera.

—¡Mujercita mía! —exhorta su marido—. Agente, no tengo la menor duda de que va a circular. Ya sabes que no te queda más remedio.

—Yo siempre estoy dispuesto, señor —dice el pobre Jo.

—Pues adelante —dice el agente—. Ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Pues hazlo! Y recuerda que a la próxima no vas escapar de rositas. Ten tu dinero. Y ahora, cuanto más lejos te vayas de aquí, mejor para todos. Con esta sugerencia de que se marche, y con una indicación en general hacia el sol poniente como lugar más adecuado hacia el que circular, el agente se despide de su público y hace que los ecos de Cook's Court actúen como música de acompañamiento cuando cruza hacia el lado de la sombra, con el casco de acero en la mano, para que le dé algo de aire en la cabeza.

Ahora bien, la extraña historia que ha contado Jo acerca de la señora y el soberano ha despertado un tanto la curiosidad de toda la compañía. El señor Guppy, que tiene mentalidad investigadora en todo lo que refiera a la presentación de pruebas, y que ha estado sufriendo intensamente con la lasitud de las vacaciones de verano, se interesa tanto por el caso que inicia la repregunta del testigo, y esto resulta tan interesante a las damas que la señora Snagsby lo invita cortésmente a subir con ellos y tomar una taza de té, si tiene la bondad de perdonar el desorden en que hallará la mesa, como consecuencia de los ataques a que ellos la sometieron anteriormente. Cuando el señor Guppy acepta esta propuesta, piden a Jo que los siga hasta la puerta de la salita, donde el señor Guppy se ocupa de él como testigo, y va moldeando sus respuestas primero de una forma, luego de otra y después de otra, como si fuera de mantequilla y le fuera dando forma conforme a sus mejores modelos. Y ese interrogatorio también se asemeja a muchos de esos modelos, tanto en lo que respecta a no elucidar nada nuevo como a su longitud, pues el señor Guppy tiene conciencia de su talento, y la señora Snagsby considera que todo ello no sólo satisface su propia predisposición a la curiosidad, sino que eleva la condición de su marido ante la ley. Mientras se realiza este agudo encuentro, el navío Chadband, que no se ocupa más

que del comercio de grasa, queda varado y espera que lo saquen a flote.

—¡Bueno! —dice el señor Guppy—, o este chico es más terco que una mula o en lo que dice hay algo extraño, que supera todo lo que he visto en mi vida con Kenge y Carboy.

La señora Chadband susurra algo a la señora Snagsby, la cual exclama:

—¡No me diga!

—¡Años y años! —replica la señora Chadband.

—Conoce las oficinas de Kenge y Carboy desde hace años —explica la señora Snagsby en tono triunfal al señor Guppy—. Me refiero a la señora Chadband, la esposa de este señor, el reverendo señor Chadband.

—¿De verdad? —pregunta el señor Guppy—. Antes de casarme con mi actual marido.

—¿Fue usted parte en un pleito, señora? —pregunta el señor Guppy, cambiando de testigo.

—No.

—¿No fue parte en ningún pleito, señora? —pregunta el señor Guppy.

La señora Chadband niega con la cabeza.

—Quizá conociera usted a alguien que fue parte en un pleito, señora —pregunta el señor Guppy, a quien le encanta hacer que su conversación siga los principios forenses.

—Tampoco eso exactamente —replica la señora Chadband, que sigue la broma con una sonrisa difícil.

—¡Tampoco eso exactamente! —repite el señor Guppy—. Muy bien. Entonces, señora, ¿fue alguna señora conocida de usted la que tuvo algunas transacciones (dejemos aparte de momento qué género de transacciones) con el bufete de Kenge y Carboy o quizá fue algún señor conocido de usted? No se apresure, señora. Ya llegaremos a ello. ¿Hombre o mujer, señora?

—Ninguna de las dos cosas —dice la señora Chadband otra vez.

—¡Ah, un niño! —exclama el señor Guppy, lanzando a la admirada señora Snagsby la mirada que los profesionales agudos suelen lanzar a los jurados británicos—. Entonces, señora, quizá tenga usted la bondad de decirnos qué niño.

—Por fin ha dado usted en el clavo, señor —dice la señora Chadband con otra sonrisa difícil—. Pues bien, caballero, lo más probable es que fuese antes de sus tiempos, a juzgar por su aspecto. Hube de criar a una niña llamada Esther Summerson, que estaba a cargo legalmente de los señores Kenge y Carboy.

—¡La señorita Summerson, señora! —exclama el señor Guppy, nervioso.

—Yo la llamo Esther Summerson —dice la señora Chadband austera—. Entonces no era una señorita. Era Esther. «¡Esther, haz tal cosa! ¡Esther, haz tal otra!», y tenía que hacerlas.

—Mi estimada señora —responde el señor Guppy, que se pone a pasearse por la salita—, la humilde persona que se dirige en estos momentos a usted recibió a esa señorita en Londres cuando llegó del establecimiento al que acaba usted de aludir. Permítame el placer de estrechar su mano.

El señor Chadband ve que por fin ha llegado su oportunidad, hace su señal acostumbrada y se levanta con la cabeza humeante, que se seca con un pañuelo de bolsillo. La señora Snagsby susurra:

—¡Chist!

—Amigos míos —dice el señor Chadband—, nos hemos alimentado con moderación (lo cual, desde luego, no era cierto por lo que a él respectaba) con las viandas que se nos han ofrecido. Que esta casa viva de la grosura de la tierra; que en ella abunden los cereales y los vinos; que crezca, prospere, se expanda, que continúe, que avance. Pero, amigos míos, ¿no nos hemos alimentado de otra cosa? Sí. Amigos míos, ¿de qué más nos hemos alimentado? ¿De un alimento espiritual? Sí, ¿De dónde procede ese alimento espiritual? ¡Da un paso al frente, joven amigo mío!

Jo, que es el llamado, se balancea primero hacia adelante, luego hacia atrás, después hacia cada uno de los costados, y se enfrenta al elocuente Chadband con evidentes dudas de sus intenciones.

—Mi joven amigo —dice Chadband—, para nosotros eres una perla, para nosotros eres un diamante, para nosotros eres una gema, para nosotros eres una joya. ¿Y por qué, joven amigo mío?

—Yo no sé —replica Jo—. Yo no sé *ná*.

—Mi joven amigo —dice Chadband—, precisamente porque no sabes nada es por lo que para nosotros eres una gema y una joya. Pues ¿qué eres tú, joven amigo mío? ¿Eres un animal del campo? No. ¿Un ave del cielo? No. ¿Un pez de mar o de río? No. Eres un ser humano, joven amigo mío. Un muchacho humano. ¡Qué gloria la de ser un muchacho humano! Y ¿por qué es eso una gloria, mi joven amigo? Porque eres capaz de recibir las lecciones de la sabiduría, porque eres capaz de beneficiarte de este discurso que ahora pronuncio por tu bien, porque no eres un palo, ni un leño, ni una piedra, ni un poste, ni una columna.

¡Cuán hermosa y brillante es una oda

Compuesta para un muchacho que leve se remonta!

Y, ¿te remontas ahora, joven amigo mío? No ¿Por qué no te remontas ahora? Porque te hallas en un estado de oscuridad, porque te hallas en un estado de sombras, porque te hallas en un estado de pecado, porque te hallas en un estado de servidumbre. Joven amigo mío, ¿qué es la servidumbre? Investiguemos, animados por el espíritu del amor.

En esta fase amenazadora del discurso, Jo, que parece haber ido perdiendo gradualmente el sentido, se frota el brazo por la cara y da un bostezo gigantesco. La señora Snagsby expresa, indignada, su opinión de que es un siervo del enemigo malo.

—Amigos míos —prosigue el señor Chadband, cuya gimnástica barbilla vuelve a plegarse en una sonrisa fatua cuando mira a su alrededor—, es justo que se me humille, es justo que se me someta a prueba, es justo que se me mortifique, es justo que se me corrija. El último Día del Señor erré cuando pensé con orgullo en mis tres horas de edificación moral. Ahora la cuenta queda saldada a mi favor: mi acreedor ha aceptado una avenencia. ¡Regocijémonos, regocijémonos! ¡Ah, sí, regocijémonos!

La señora Snagsby se siente muy impresionada. —Amigos míos —prosigue el señor Chadband mirando en su derredor para concluir—: Pasaré ahora a ocuparme de mi joven amigo. ¿Querrás venir mañana, joven amigo mío, a preguntar a esta amable señora dónde me puedes encontrar para que te imparta una lección, y volverás cual golondrina sedienta al día siguiente, y al día después, y después el otro, muchos días placenteros a escuchar mis lecciones? —Todo ello dicho con la sutileza de un rinoceronte.

Jo, cuyo objetivo inmediato parece ser el de escaparse como pueda, asiente mientras se balancea. Entonces el señor Guppy le tira un penique, y la señora Snagsby llama a Guster para que lo acompañe hasta la puerta. Pero, antes de que baje la escalera, el señor Snagsby le da unos fiambres de los que han sobrado de la mesa, que él se lleva muy bien agarrados.

Y así es cómo el señor Chadband —de quien sus detractores dicen que no es de extrañar que se pase tanto tiempo para expresar absurdos tan abominables, sino que lo extraño es que alguna vez termine de proferirlos tras tener la audacia de comenzar— se retira a la vida privada hasta invertir un pequeño capital de cena en el negocio de la grasa de ballena. Jo circula, a lo largo de las vacaciones de verano, por el puente de Blackfriars, donde encuentra un rincón ardiente en el que sentarse a comer.

Y allí se queda sentado, mascando y royendo, y contemplando la gran cruz de la cúpula de la Catedral de San Pablo, que brilla sobre una nube de humo teñida de rojo y violeta. Por el gesto del muchacho cabría suponer que ese emblema sagrado es, a sus ojos, lo que corona la confusión de la gran ciudad confusa: tan dorada, tan alta, tan lejos de su alcance. Allí se queda sentado mientras se pone el sol, el río corre rápido y la multitud fluye a su lado en dos corrientes paralelas —todo circula con algún objetivo y algún destino— hasta que le dan un empujón y le dice que también él «circule».

20. Un nuevo inquilino

Las vacaciones de verano van avanzando hacia la reapertura de los tribunales, como un río lento que va recorriendo lentamente un país llano hacia el mar. El señor Guppy avanza bienhumorado con ellas. Ha mellado la punta de su cortaplumas y la ha roto, a fuerza de clavar ese instrumento por todas las partes de su escritorio. No es que le tenga mala voluntad a su escritorio, sino que algo tiene que hacer, y tiene que ser algo tranquilo, que no someta a una contribución demasiado pesada su energía física ni intelectual. Ha llegado a la conclusión de que no hay nada que le siente tan bien como girar un poco sobre una de las patas de su taburete, dar de cuchilladas a su escritorio y bostezar.

Kenge y Carboy han salido de la ciudad, el pasante licenciado en Derecho ha sacado un permiso de caza y se ha ido a casa de su padre, y los dos pasantes colegas del señor Guppy están fuera de permiso. El señor Guppy y el señor Richard Carstone comparten los honores del bufete. Pero, de momento, el señor Carstone está establecido en el despacho de Kenge, lo cual indigna al señor Guppy. Tanto lo indigna que informa con sarcasmo mordaz a su madre, en los momentos de confidencias mientras cena con ella una langosta con lechuga, en Old Street Road, que se teme que las oficinas no estén lo bastante bien para los señoritos, y que de haber sabido él que iba a venir un señorito, las hubiera hecho pintar.

El señor Guppy sospecha de todos los que pasan a ocupar un taburete en el bufete de Kenge y Carboy que, automáticamente, abrigan designios siniestros en contra suya. Es evidente que todas esas personas aspiran a deponerlo. Si alguna vez le preguntan cómo, por qué, cuándo o para qué, guiña un ojo y mueve la cabeza. A partir de esas profundas opiniones, utiliza todo su ingenio para contrarrestar la conspiración minuciosamente, cuando no existe tal conspiración, y se enzarza en la más intrincada de las partidas de ajedrez contra un adversario inexistente.

Por eso le resulta tan agradable al señor Guppy ver que el recién llegado se pasa el tiempo examinando los documentos de Jarndyce y Jarndyce, pues sabe perfectamente que eso no puede llevar más que a la confusión y el fracaso. Su satisfacción se transmite al tercer paseante en Corte que pasa las vacaciones de verano en el bufete de Kenge y Carboy, es decir, al joven Smallweed.

En Lincoln's Inn se duda mucho de que el joven Smallweed (llamado metafóricamente Small [\[61\]](#) o, si no, el Pollito, como para referirse jocosamente a un novato) haya sido jamás niño. Ahora tiene algo menos de quince años, y ya es un veterano del derecho. De él se dice en broma que está apasionadamente enamorado de una señora que trabaja en una cigarrería, cerca de Chancery Lane, y que por ella rompió su compromiso con otra dama con la que llevaba años prometido. Es un producto típico de la ciudad, de baja estatura y rasgos marchitos, pero se le puede ver

desde mucha distancia gracias al enorme sombrero que lleva. Su máxima ambición es llegar a ser como Guppy. Se viste como ese caballero (que lo trata con paternalismo), habla como él, anda como él, se realiza totalmente en él. Guppy lo honra con su especial confianza, y de vez en cuando le da consejos (basados en su enorme experiencia) acerca de aspectos difíciles de la vida privada.

El señor Guppy se ha pasado la mañana mirando por la ventana, tras probar todos los taburetes uno tras otro y averiguar que ninguno de ellos es cómodo, y tras meter la cabeza varias veces en la caja fuerte de hierro con la idea de refrescársela. Dos veces ha enviado al señor Smallweed a buscar bebidas gaseosas, y dos veces las ha servido en los dos vasos oficiales y las ha agitado con una regla. El señor Guppy expone, para que el señor Smallweed se ilustre, la paradoja de que cuanto más se bebe, más sed se tiene, y reclina la cabeza en el alféizar de la ventana en un estado de languidez desesperanzada.

Mientras así contempla la sombra de Old Square, Lincoln's Inn, y estudia los insoportables ladrillos y mortero, el señor Guppy percibe unas patillas varoniles que salen del paso aportalado de abajo y se vuelven en dirección a él. Al mismo tiempo, resuena por el Inn un silbido leve, y una voz ahogada exclama:

—¡Eh, Guppy!

—¡Pero qué sorpresa! —exclama el señor Guppy, que despierta—. ¡Small, ahí viene Jobling! —Small también asoma la cabeza por la ventana y hace un gesto en dirección a Jobling.

—¿De dónde sales? —pregunta el señor Guppy.

—De las huertas de Deptford. No lo aguanto más. Estoy pensando en engancharme en el ejército. ¡Te lo juro! ¿Puedes prestarme media corona? Te juro que me estoy muriendo de hambre.

Jobling tiene cara de hambre, y también tiene aspecto de haberse quedado agotado tras su trabajo en las huertas de Deptford.

—¡De verdad! Tírame media corona, si tienes una que te sobre. Necesito comer algo.

—¿Quieres venir a comer conmigo? —pregunta el señor Guppy, tirándole la moneda, que el señor Jobling atrapa con destreza.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar? —pregunta Jobling.

—Ni media hora. No hago más que esperar hasta que se vaya el enemigo.

—¿Qué enemigo...?

—Uno nuevo. Quiere ser pasante licenciado. ¿Me esperas?

—¿Puedes darme algo que leer entre tanto? —pregunta el señor Jobling.

Smallweed sugiere la *Guía del Colegio de Abogados*, pero el señor Jobling declara con gran sinceridad que «no podría soportarla».

—Puedes leer el periódico —dice el señor Guppy—. Te lo baja éste. Pero más

vale que no te vean por aquí. Siéntate a leer en nuestra escalera. Es un sitio muy tranquilo.

Jobling señala con la cabeza que comprende, y está de acuerdo. El sagaz Smallweed le lleva el periódico y de vez en cuando le echa un vistazo desde el descansillo, como precaución por si se cansa de esperar y se marcha antes de tiempo. Por fin se retira el enemigo, y entonces Smallweed lleva al señor Jobling al bufete.

—Bueno, ¿y cómo estás?

—Por ahí andamos, ¿y tú?

Cuando el señor Guppy contesta que no demasiado bien, el señor Jobling se aventura a preguntar:

—¿Cómo está ella?

Lo cual interpreta el señor Guppy como una libertad excesiva, y replica:

—Jobling, existen acordes en el corazón de los hombres que...

Jobling pide excusas.

—Háblame de cualquier tema, menos de ése —implora el señor Guppy, que disfruta morbosamente con su propio dolor—. Porque existen acordes, Jobling...

El señor Jobling vuelve a pedir excusas.

Durante este breve coloquio, el activo Smallweed, que va a ir a comer con ellos, ha estado escribiendo con letra cancillerisca: «Volvemos en seguida» en un trozo de papel. Esta nota, dirigida a todo posible interesado, la inserta en el buzón, y después, poniéndose el sombrero exactamente con el mismo ángulo de inclinación con el que se pone el señor Guppy el suyo, comunica a su protector que pueden marcharse cuando quieran.

En consecuencia, se dirigen a una casa de comidas que hay cerca, de esa clase que los clientes habituales califican de «económica», cuya camarera, una mocita retozante de unos cuarenta años, es conocida por haber impresionado al joven Smallweed, del cual cabe decir que es un picaflor al que la edad no le importa nada. Aunque resulte precoz, tiene una sabiduría secular, como la de un búho. De suponer que alguna vez haya estado en una cuna, debe de haber estado vestido de levita. Tiene la mirada de siglos, de siglos, nuestro Smallweed, y bebe y fuma como un mono, y se pone el cuello rígido dentro del corbatín; nadie va a tomarle el pelo, y está enterado de todo, trátese de lo que se trate. En resumen, en su educación está tan conformado por el Derecho y la Equidad, que se ha convertido en una especie de pícaro fósil, para explicar cuya existencia en la tierra se dice en las oficinas públicas que su padre fue Juan Nadie, y su madre la única hembra conocida de la familia Nadie, así como que el primer mantón que le hicieron fue con unos restos de arpillera de saca azul de documentos.

El señor Smallweed abre el camino en la casa de comidas, sin dejarse afectar por el espectáculo seductor del escaparate, de coliflores y aves blanqueadas

artificialmente, de cestos verdeantes de guisantes, de pepinos que florecen al sol y de patas de cordero listas para el asador. Allí lo conocen y le rinden homenaje. Tiene su reservado favorito, le guardan todos los periódicos, ataca a los viejos calvos que tardan más de diez minutos en leerlos. No se le puede ofrecer un pan que no esté recién cortado, ni proponerle una carne que no esté también recién trinchada, salvo que sea de lo mejorcito. Y en cuanto a salsas, es de lo más exigente.

El señor Guppy, consciente de sus mágicos poderes, y cediendo a su imponente experiencia, lo consulta acerca de lo que se debe escoger para el banquete de hoy, y se vuelve a mirarlo implorante cuando la camarera repite el catálogo de viandas y le pregunta: «¿Tú qué quieres hoy, Pollito?». El Pollito, desde lo más hondo de su astucia, prefiere «Ternera con jamón y judías verdes; sin olvidarse del relleno, Polly» (con un guiño extraordinario de su ojo venerable); el señor Guppy y el señor Jobling piden lo mismo, a lo que se añaden tres pintas de cerveza, mitad rubia, mitad negra. La camarera vuelve en seguida, portadora en apariencia de un modelo de la torre de Babel, pero que en realidad no es sino una pila de cazuelas con tapas lisas de estaño. El señor Smallweed, al aprobar lo que le ponen delante, imprime un aire de benevolencia a su mirada de anciano, y vuelve a hacer un guiño. Después, entre constantes idas y venidas, carreras, entrechocar de platos y el zumbido de la máquina que trae las mejores carnes de la cocina, y pedidos a gritos de más de esas excelentes carnes, que se lanzan por el tubo de comunicación interna, y cálculos a voces del precio de las excelentes carnes que ya se han engullido, en medio del vapor y el color generales de los asados calientes, cortados o no, y de un ambiente generalmente recalentado, en el cual los cuchillos y los manteles sucios parecen estallar espontáneamente en erupciones espontáneas de grasa y torrentes de cerveza, el triunvirato jurídico va saciando su apetito.

El señor Jobling lleva el traje abotonado hasta más arriba de lo que requiere la mera elegancia. Las alas de su sombrero relucen con brillo especial, como si hubieran sido el lugar favorito de paseo de una multitud de caracoles. El mismo fenómeno cabe advertir en algunas partes de su chaqueta, y sobre todo en las costuras. Tiene el aspecto ajado de quien se halla en dificultades financieras; incluso las patillas rubias le caen con un aire un tanto descuidado.

Su apetito es tan vigoroso, que sugiere que lleva algún tiempo viviendo frugalmente. Termina a tal velocidad su plato de ternera con jamón, que liquida cuando sus compañeros se hallan todavía a mitad de los suyos, que el señor Guppy le propone otro.

—Gracias, Guppy —dice el señor Jobling—; no seré yo el que te diga que no.

Y cuando se lo traen, ataca de buena gana.

El señor Guppy lo contempla en silencio a intervalos, hasta que ha dado cuenta de la mitad de su segundo plato y se detiene a saborear un trago de su pinta de rubia y

negra (también la segunda), estira las piernas y se frota las manos. Al observar su aire de satisfacción, el señor Guppy dice:

—¡Ya estás hecho un hombre otra vez, Tony!

—Bueno, todavía no del todo —dice el señor Jobling—. Digamos que he vuelto a nacer.

—¿Quieres más verduras? ¿Párragos, guisantes, col verde?

—Gracias, Guppy —dice el señor Jobling—. No seré yo el que diga que no a la col verde.

Se hace el pedido, con la añadidura sarcástica (procedente del señor Smallweed) de: «¡Sin babosas, Polly!» y aparece la col.

—Me voy haciendo mayor, Guppy —dice el señor Jobling, que utiliza tenedor y cuchillo con constancia y delectación.

—Me alegro de saberlo.

—De hecho, ya soy un adolescente —dice el señor Jobling.

No dice nada más hasta que ha terminado su tarea, lo cual logra al mismo tiempo que los señores Guppy y Smallweed terminan la suya, lo cual significa que ha realizado un tiempo excelente y ha batido a los dos caballeros mencionados con toda facilidad, al sacarles una distancia de una ternera con jamón y una col.

—Y ahora, Small —pregunta el señor Guppy—, ¿qué nos recomiendas de postre?

—Unos puddings de tuétano —replica instantáneamente el señor Smallweed.

—¡Muy bien! —exclama el señor Jobling con aire perceptivo—. ¡Se ve que es usted un entendido! Gracias, señor Guppy, no seré yo el que diga que no a un pudding de tuétano.

Una vez llegados los tres puddings de tuétano, el señor Jobling añade, bienhumorado, que dentro de poco va a cumplir la mayoría de edad. Después llegan «Tres Cheshires» [62] a los que siguen «Tres copitas de ron». Llegada felizmente la culminación del banquete, el señor Jobling pone los pies en la banquetta tapizada (pues a él le ha tocado una entera para él solo), y dice:

—Ya soy mayor, Guppy. He llegado a la madurez.

—Y ahora —pregunta el señor Guppy—, ¿sigues pensando..., por cierto, no te importa que hablemos delante de Smallweed...?

—Ni lo más mínimo. Tengo el placer de brindar a su salud.

—¡A la suya, caballero! —responde el señor Smallweed.

—Te quería preguntar si todavía sigues pensando en engancharte —continúa diciendo el señor Guppy.

—Lo que yo opine después de comer —responde el señor Jobling— es una cosa, mi querido Guppy, y lo que opine antes de comer es otra. Pero incluso después de comer me pregunto: ¿Qué voy a hacer? ¿De qué voy a vivir? *Il fò manyér*, ya sabes —dice el señor Jobling, que lo pronuncia como si se refiriese a ese artículo tan

necesario en los establos ingleses [63]—. *Il fò manyér*, como dicen los franceses, y yo necesito *manyér* tanto como los franceses. O más. El señor Smallweed opina decididamente que «mucho más».

—Si alguien me hubiera dicho —sigue comentando Jobling—, ni siquiera cuando tú y yo nos dimos aquella vuelta por Lincolnshire, Guppy, hace poco tiempo, y fuimos a ver aquella casa de Castle Wold...

—Chesney Wold —corrige el señor Smallweed—. Chesney Wold (agradezco esa voz de ánimo a mi honorable amigo). Si alguien me hubiera dicho entonces que iba a encontrarme hoy día en tamañas dificultades, le habría..., le habría dado un golpe —dice el señor Jobling, tomando un trago de ron con agua y con un aire de desesperación resignada—. Le habría dado una tunda.

—De todos modos, Tony, ya entonces tenías problemas —protesta el señor Guppy—. En el coche no hablabas de otra cosa.

—Guppy —dice el señor Jobling—, no voy a negarlo. Ya tenía problemas. Pero esperaba que las cosas se arreglaran.

¡Cuán extendida se halla esa confianza en que se arreglen solas las cosas! No en arreglarlas uno, ni en trabajar en ellas, sino en que «se arreglen»! ¡Es como si un lunático confiara en que la Luna «se arregle»!

—Tenía grandes esperanzas de que se arreglaran, una cosa mala —continúa diciendo el señor Jobling con una expresión un tanto vaga, quizá tanto como su significado Pero me vi desengañado. No se arreglaron. Y cuando empezaron a llegar los acreedores a armarla en la oficina, y los clientes de la empresa empezaron a quejarse por unas miserias de dinero que yo había tomado prestado, pues se acabó el empleo. Y cualquier empleo en la profesión, porque si me piden referencias, se volvería a hablar del asunto, y adiós. Entonces, ¿qué va uno a hacer? Me he mantenido apartado, gastando poco allá en los huertos, pero ¿de qué vale gastar poco cuando no se tiene dinero? Daría igual gastar mucho.

—Sería mejor —opina el señor Smallweed.

—Desde luego. Eso es lo que se hace en el gran mundo, y el gran mundo y las patillas han sido siempre mis debilidades, y no las disimulo —añade el señor Jobling—. Son grandes debilidades. ¡Diablo si son grandes! ¡Bueno! —sigue diciendo el señor Jobling, tras un tiento desafiante a su ron con agua—. ¿Qué puede uno hacer más que engancharse en el ejército?

El señor Guppy interviene más a fondo en la conversación, a fin de exponer lo que, a su juicio, puede uno hacer. Su tono es el tono gravemente impresionante de quien no tiene compromisos definitivos en la vida, salvó en el sentido de haber sucumbido a un dulce mal de amores.

—Jobling —dice el señor Guppy—, yo y nuestro común amigo Smallweed...

El señor Smallweed observa modestamente: «¡A su salud, caballeros!», y bebe.

—... hemos hablado algo de este asunto más de una vez desde el día en que...

—¡Dilo, en que me echaron! —exclama el señor Jobling con amargura— Dilo, Guppy. A eso te refieres.

—¡No, no, no! En que cesaron tus servicios en Lincoln's Inn, Jobling —dice el señor Guppy—, y he mencionado a nuestro común amigo Smallweed un plan que proyectaba últimamente proponer. ¿Conoces a Snagsby, el papelero?

—Sé quién es —responde el señor Jobling—. No trabajábamos con él, y no lo conozco personalmente.

—Nosotros sí que trabajamos con él, Jobling, y yo sí que le conozco —replica el señor Guppy—. ¡Muy bien! Últimamente le he llegado a conocer mejor, debido a una serie de circunstancias que me han llevado a visitarlo en su casa. Huelga exponer esas circunstancias en la presente argumentación. Es posible que guarden relación, y también es posible que no la guarden, con una persona que quizá haya ensombrecido mi existencia, o quizá no.

Como el señor Guppy tiene la extraña costumbre de tentar a sus amigos personales con unas escasas migajas de este tema, y, en cuanto ellos lo mencionan, de cortarlos con una serenidad tajante mediante la cita relativa a los acordes del corazón de los hombres, el señor Jobling y el señor Smallweed se mantienen en silencio para no caer en la trampa.

—Es posible que sea así —repite el señor Guppy—, y es posible que no lo sea. No forma parte del caso. Baste mencionar que tanto el señor como la señora Snagsby están muy dispuestos a hacerme un favor, y que durante el período de sesiones el señor Snagsby tiene mucho trabajo de copia que repartir. Distribuye todo el de Tulkinghorn, y tiene muchos más clientes. Creo que si hubiéramos de llamar a declarar a nuestro común amigo Smallweed, éste corroboraría lo que he dicho.

El señor Smallweed asiente, y parece ansioso de prestar juramento.

—Pues bien, señores del jurado —dice el señor Guppy—, quiero decir, Jobling, quizá me digas que no es mucho para ganarse la vida. De acuerdo, pero es mejor que nada, y mejor que engancharse. Te hace falta tiempo. Hay que dejar que pase algo de tiempo para que se olviden esos problemillas que has tenido. Y hay muchas formas peores de dejar que pase el tiempo que hacer copias para Snagsby.

El señor Jobling está a punto de interrumpir cuando el señor Smallweed lo frena con una tos seca y las palabras:

—¡Ejem! ¡Shakespeare!

—El tema tiene dos aspectos, Jobling —prosigue el señor Guppy—. Ése es el primero. Paso ahora al segundo. Ya conoces a Krook, el Canciller, el del otro lado del callejón. Vamos, Jobling —dice el señor Guppy, con tono de quien alienta a su testigo—, creo que conoces a Krook, el Canciller, el del otro lado del callejón, ¿verdad?

—Le conozco de vista.

—Le conoces de vista. Muy bien. ¿Y conoces a la pequeña Flite?

—Todo el mundo la conoce —dice el señor Jobling.

—Todo el mundo la conoce. Muy bien. Y da la casualidad que últimamente es parte de mis funciones pagar a Flite una cierta suma semanal, de la que se descuenta el importe de su alojamiento, importe que he pagado (en cumplimiento de órdenes recibidas) al propio Krook, regularmente y en presencia de ella. Ello me ha puesto en comunicación con Krook, y me ha hecho conocer su casa y sus costumbres. Sé que tiene un cuarto para alquilar. Puedes tomarlo muy barato, con el nombre que quieras, y pasar tan inadvertido como si estuvieras a cien millas de distancia. No te va a hacer ninguna pregunta, y te aceptará como inquilino si yo le digo algo, y antes de una hora si quieres. Y te voy a decir otra cosa, Jobling —añade el señor Guppy, que de pronto ha bajado la voz y abandonado el tono oratorio—, y es que se trata de un viejo muy raro: se pasa la vida hurgando en un montón de papeles y rezongando que va a aprender a leer y escribir él solo, aunque a mí me parece que no avanza nada. Es un viejo de lo más raro, te lo aseguro. No me extrañaría que a alguien le mereciese la pena estudiarlo atentamente.

—¿No querrás decir...? —empieza a preguntar el señor Jobling.

—Quiero decir —contesta el señor Guppy, encogiéndose de hombros con agradable modestia— que yo no le entiendo. Exhorto a nuestro común amigo Smallweed a que diga si no me ha oído decir que no le entiendo.

El señor Smallweed aporta su conciso testimonio:

—¡Más de una vez!

—Yo entiendo algo de la profesión y algo de la vida, Tony —dice el señor Guppy—, y raro es que no logre entender a alguien, mejor o peor. Pero nunca me había encontrado con un viejo tan astuto, tan misterioso, tan agudo (aunque creo que nunca está sereno del todo). Ya sabes que debe de tener un montón de años, y que no vive con nadie, y que dicen que es inmensamente rico, y tanto si se trata de un contrabandista como de un perista, o un prestamista sin licencia, o un usurero (cosas todas que me han parecido probables en momentos diferentes), quizá te resultara rentable irle conociendo. Creo que te convendría hacerlo, dado que todo lo demás te va de perilla.

El señor Jobling, el señor Guppy y el señor Smallweed ponen los codos en la mesa y se apoyan la barbilla en las manos y miran al techo. Al cabo de un rato, todos ellos beben, se repantigan con calma, se meten las manos en los bolsillos y se contemplan mutuamente.

—¡Si tuviera yo la energía de antes, Tony! —exclama el señor Guppy con un suspiro—. Pero hay acordes en el corazón de los hombres...

El señor Guppy sofoca el resto de su sentimiento desolado con ron con agua, y concluye confiando la aventura a Tony Jobling e informando a éste de que durante las

vacaciones, y mientras las cosas sigan en calma, puede disponer de su bolsa, «hasta un límite de tres, o cuatro, o incluso cinco libras». Y el señor Guppy añade enfáticamente:

—¡Que no se diga jamás que William Guppy le volvió las espaldas a su amigo!

Esta última parte de la propuesta llega tan exactamente a tiempo que el señor Jobling exclama, emocionado:

—¡Guppy, camarada, venga esa mano!

El señor Guppy se la da, y dice:

—Ahí la tienes, Jobling, compañero!

A lo cual el señor Jobling replica:

—¡Si es que somos amigos desde hace muchos años!

Y el señor Guppy responde:

—¡Es verdad, Jobling!

Se dar un apretón de manos, y el señor Jobling añade con gran sentimiento:

—Gracias, Guppy. No seré yo el que no esté dispuesto a aceptar otra copita por nuestra vieja amistad.

—Allí fue donde murió el último pensionista del viejo Krook —observa de pasada el señor Guppy.

—¡No me digas! —exclama el señor Jobling.

—Hubo encuesta. Veredicto: muerte por causas accidentales. No te importa, ¿verdad?

—No —dice el señor Jobling—. No me importa, pero preferiría que se hubiera ido a morir a otra parte. ¡Es de lo más extraño que tuviera que irse a morir a mi alojamiento! —Al señor Jobling le parece muy mal tamaña indiscreción, y vuelve a referirse a ella varias veces con frases como: «¡Yo diría que hay montones de sitio en los que irse a morir!», o «¡Estoy seguro de que a él no le gustaría que yo me fuera a morir a su alojamiento!».

Sin embargo, una vez cerrado prácticamente el trato, el señor Guppy propone enviar al fiel Smallweed a averiguar si el señor Krook está en casa, pues, de ser así, pueden terminar rápidamente las negociaciones. Como el señor Jobling está de acuerdo, Smallweed se pone su enorme chistera y sale con ella de los comedores imitando los modales de Guppy. Vuelve poco después con la información de que el señor Krook está en casa y lo ha visto por la puerta de su establecimiento, sentado en la trastienda y «dormido como un lirón».

—Entonces, voy a pagar —dice el señor Guppy—, y vamos a verlo. Small, ¿qué tenemos?

El señor Smallweed llama a la camarera con un mero parpadeo y replica de inmediato lo siguiente:

—Cuatro terneras con jamón son tres, y cuatro de patatas, tres con cuatro, y una

de col verde, tres con seis, y tres de tuétano, cuatro con seis, y seis de pan, cinco, y tres de Cheshire, cinco con tres, y cuatro medias pintas de rubia y negra, seis con tres, y cuatro cortos de ron, ocho con tres, y cuatro cortos de ron, ocho con tres, y tres pollies, ocho con seis. ¡Ocho chelines con seis peniques a cobrar de medio soberano, Polly, y quedan dieciocho peniques! [64]

Smallweed, impasible tras hacer tan asombroso cálculo, se despide de sus amigos con un gesto calmoso y se queda atrás para contemplar con admiración a Polly, si se presenta la oportunidad, y leer los diarios, cuyo formato es tan grande en proporción a él cuando se quita el sombrero, que cuando despliega el *Times* para echar un vistazo a sus columnas, parece que se hubiera ido a la cama y hubiera desaparecido bajo las sábanas.

El señor Guppy y el señor Jobling se dirigen a la trapería y tienda del viejo, donde se encuentran con que el señor Krook sigue durmiendo como un lirón; es decir, respirando estertorosamente con la barbilla hundida en el pecho, y totalmente insensible a todos los ruidos externos a él, e incluso a unas suaves sacudidas. En la mesa que hay a su lado, en medio del desorden habitual, se hallan una botella de ginebra vacía y un vaso. El aire viciado apesta tanto a alcohol que incluso los ojos verdes de la gata aposentada en el estante parecen estar vidriosos cuando se abren y se cierran para contemplar a los visitantes.

—¡Eh, levántese! —dice el señor Guppy, dando otra sacudida al cuerpo relajado del viejo—. ¡Señor Krook! ¡Vamos, señor mío!

Pero igual le valdría tratar de despertar a un montón de andrajos en el que estuviera hirviendo lentamente una llama de alcohol.

—¿Has visto alguna vez un estupor así, entre la bebida y el sueño? —pregunta el señor Guppy.

—Si siempre duerme así —responde Jobling, bastan te alarmado—, me da la impresión de que un día de estos va a tener un sueño demasiado largo.

—Siempre parece más bien un ataque que una siesta —observa el señor Guppy, volviendo a dar una sacudida al viejo—. ¡Eh, señoría! ¡Pero si podrían robarle cincuenta veces! ¡Abra los ojos!

Tras muchos trabajos, los abre, pero no parece que vea a sus visitantes, ni nada en absoluto. Aunque se cruza de piernas y se cruza de brazos, y abre y cierra varias veces los labios reseca, a todos los efectos prácticos parece estar tan insensible como antes.

—Por lo menos, está vivo —comenta el señor Guppy—. ¿Cómo está usted, Lord Canciller? He traído a un amigo para una cuestión de negocios, señoría.

El viejo sigue sentado, chasqueando los labios una vez tras otra, sin enterarse de nada. Al cabo de un rato, intenta levantarse. Lo ayuda, y él se tambalea contra la pared y se queda mirándolos.

—¿Cómo está usted, señor Krook? —pregunta el señor Guppy, un tanto inquieto—. ¿Cómo está usted, señor mío? Tiene usted muy buen aspecto, señor Krook. Confío en que se sienta usted bien.

El viejo trata en vano de darle un golpe al señor Guppy, o al aire; se da la vuelta torpemente y vuelve a encontrarse cara a la pared. Se queda así un momento, apelotonado contra ella, y después avanza a trompicones hacia la puerta de su establecimiento. El aire, el vaivén de la plazoleta, el paso del tiempo o una combinación de todos esos factores, lo reaniman. Vuelve con paso bastante firme, se ajusta en la cabeza el gorro de piel y los observa atentamente.

—A su servicio, señores. Estaba echándome una siestecita. ¡Je! A veces me cuesta trabajo despertarme.

—Se diría que más bien, señor mío —responde el señor Guppy.

—¿Qué? Lo han estado intentando ustedes, ¿eh? —pregunta el suspicaz Krook.

—Un poco, nada más —explica el señor Guppy.

La mirada del viejo se posa en la botella vacía; después la agarra, la examina y la vuelve lentamente boca abajo.

—¡Mirad! —exclama como el osito del cuento—. ¡Alguien ha bebido aquí!

—Le aseguro que cuando llegamos nosotros ya estaba vacía —señala el señor Guppy—. ¿Me permite que se la vaya a llenar?

—¡Pues claro que sí! —exclama el señor Krook, muy contento—. ¡Desde luego que sí! ¡No hay más que hablar! Vaya a llenarla aquí al lado, en las Armas del Sol, y pida la de catorce peniques del Lord Canciller. ¡Gracias a Dios, ahí me conocen!

Da la botella vacía al señor Guppy con tantas prisas, que este caballero, con un gesto dirigido a su amigo, acepta el encargo, sale corriendo y vuelve corriendo otra vez con la botella llena. El viejo la recibe en brazos como si fuera un nieto bienamado, y le da unas palmaditas cariñosas.

—Pero escuche —susurra con los ojos entornados, después de echar un trago—: ésta no es la de catorce peniques del Lord Canciller. ¡Ésta es de a dieciocho peniques!

—He pensado que le gustaría más —dice el señor Guppy.

—Es usted un caballero, señor mío —responde el señor Krook tras echar otro trago, y su aliento tórrido parece dirigirse hacia ellos como una llama—. Es usted un auténtico caballero.

El señor Guppy aprovecha el auspicioso momento, presenta a su amigo con el seudónimo de señor Weevle<< [65] y expone el objeto de su visita. Krook, con su botella bajo el brazo (nunca sobrepasa un punto determinado de embriaguez ni de sobriedad), tarda algún tiempo en examinar a su futuro inquilino y parece aprobarlo.

—¿Quiere usted ver la habitación, joven? —pregunta—. ¡Ah! ¡Es una buena habitación! Recién encalada. Recién fregada con jabón de olor y sosa. ¡Je! Vale el doble de su precio, por no mencionar mi compañía cuando la desee usted, y una gata

estupenda para ahuyentar los ratones.

Con estos elogios de su habitación, el viejo los lleva escaleras arriba, donde, efectivamente, encuentran la habitación más limpia que antes, y además con algunos muebles que ha extraído de sus inagotables reservas. Las negociaciones terminan en seguida, pues el Lord Canciller no puede ser demasiado exigente con el señor Guppy, dada la relación de éste con Kenge y Carboy, con Jarndyce y Jarndyce y con otras causas célebres que lo hacen digno de gran estima profesional, y se llega al acuerdo de que el señor Weevle vendrá al día siguiente a tomar posesión. Después, el señor Weevle y el señor Guppy se van a Cook's Court, Cursitor Street, donde se efectúa la presentación oficial del primero de ellos al señor Snagsby, y (lo que es más importante) se obtienen el voto y el interés de la señora Snagsby. Después comunican cómo han ido las cosas al eminente Smallweed, que con la chistera puesta espera en la oficina sólo para oírlos, y se separan, mientras el señor Guppy explica que de buena gana terminaría el festejo invitándolos al teatro, pero hay acordes del corazón de los hombres que convertirían la velada en una burla huera.

Al día siguiente, al atardecer, el señor Weevle se presenta modestamente en casa de Krook, no precisamente cargado de equipaje, y se establece en su nuevo alojamiento, donde los dos ojos de las contraventanas lo contemplan, como extrañadísimos, mientras duerme. Al otro día, el señor Weevle, que es un joven mañoso para tratarse de un pillo como él, pide en préstamo a la señorita Flite una aguja e hilo, y a su casero un martillo, y se pone a trabajar en la confección de unos simulacros de cortinas para sus ventanas y unos remedos de cajones, tras lo cual cuelga de unos ganchos sus dos tazas de té, su jarra de leche y la poca vajilla que tiene, como un marinero que acaba de naufragar y se las arregla lo mejor que puede.

Pero lo que más aprecia el señor Weevle de sus escasas posesiones (después de sus patillas rubias, a las que tiene un cariño como el que sólo unas patillas pueden despertar en el corazón de un hombre) es una magnífica colección de grabados al cobre de esa obra verdaderamente nacional que son las Divinidades de Albión, o Galería de la Galaxia de Bellezas Británicas, que representa a damas con título y a la moda luciendo toda la diversidad de sonrisas que puede producir el arte, sumado al capital. Con esos magníficos retratos, indignamente confinados en una sombrerera mientras él anduvo oculto en los huertos, decora su apartamento, y como la Galería de la Galaxia de Bellezas Británicas está ataviada con todo género de vestidos de gala, toca todo género de instrumento musical, acaricia a todo género de perros, contempla todo género de panoramas y se apoya en todo género de macetas y balaustradas, el resultado es imponente.

Pero el Gran Mundo es la debilidad del señor Weevle, como lo era de Tony Jobling. Para él es de un consuelo inefable tomar prestado por las tardes el periódico de ayer en las Armas del Sol y leer lo que ocurre entre los brillantes y distinguidos

meteoros que corren disparados en todas las direcciones por el cielo del Gran Mundo. El enterarse de qué miembro de qué brillante y distinguido círculo realizó la brillante y distinguida hazaña de ingresar en él ayer, o contempla la no menos brillante y distinguida hazaña de salir de él mañana, le hace tiritar de gozo. El estar informado de lo que pasa en la Galería de la Galaxia de Bellezas Británicas, o de lo que va a pasar, o de qué matrimonios se comentan en la Galaxia, y de los rumores que circulan en la Galaxia, es familiarizarse con los destinos más gloriosos de la Humanidad. El señor Weevle regresa de esta información a los retratos de la Galería a los que la información se refiere, y parece conocer a los originales, y ser conocido de éstos.

Por lo demás, es un inquilino tranquilo, lleno de trucos y recursos útiles, como ya se ha mencionado, que sabe cocinar y limpiar por sí solo, además de hacer trabajos de carpintería, y que va manifestando tendencias sociables cuando caen sobre la plazoleta las sombras del atardecer. En esas horas, cuando no recibe la visita del señor Guppy, o de una miniatura de éste a la que casi no se ve bajo su chistera oscura, sale de su cuarto gris (donde ha heredado el escritorio lleno de manchas de tinta) y charla con Krook, o «es muy campechano», como dicen encomiásticamente en la plazoleta de todo el que esté dispuesto para la charla. En consecuencia de lo cual, la señora Piper, primera dama de la plazoleta, se siente impulsada a hacer dos observaciones a la señora Perkins: la primera es que si su Johnny se dejara las patillas, ojalá que fuesen como las de ese joven, y la segunda, «y tome nota de lo que le digo, señora Perkins, y no se sorprenda, ¡pero no me extrañaría nada que ese joven acabe por ser el heredero del señor Krook!».

21. La familia Smallweed

En un barrio bastante feo y bastante maloliente, aunque uno de sus cerros porta el nombre de Monte Agradable, es donde el silfo Smallweed, de nombre de pila Bartholomew, y apodado en familia Bart, pasa la escasa parte de su tiempo que no le ocupan el bufete y las actividades conexas. Vive en una callejuela estrecha, siempre solitaria, sombría y triste, enladrillada por todos sus costados como una tumba, pero donde todavía queda el muñón de un árbol añoso, que exhala tantos aromas de frescor y naturaleza como el señor Smallweed exhala de juventud.

Desde hace varias generaciones, en la familia Smallweed no ha habido más que un niño. Ha habido ancianitos de ambos sexos, pero no ha habido niños hasta que a la abuela del señor Smallweed, todavía viva, se le empezó a reblandecer el cerebro y cayó (por primera vez en su vida) en un estado de infantilismo. No cabe duda de que con gracias infantiles tales como la total carencia de capacidad de observación, de memoria, de comprensión y de interés, la abuela del señor Smallweed ha aportado la alegría a la vida de la familia.

En la casa también vive el abuelo del señor Smallweed. Está totalmente impedido de las extremidades inferiores, y casi totalmente de las superiores, pero la cabeza la tiene intacta. En ella caben, con la misma perfección de siempre, las cuatro reglas de la aritmética y un cierto número de hechos indiscutibles. En cuanto a capacidad para tener ideas, reverencia, imaginación y otros atributos frenológicos, esa cabeza no está disminuida en nada. Todo lo que se ha metido el abuelo del señor Smallweed en la cabeza a lo largo de su vida han sido larvas para empezar y siguen siendo larvas para terminar. Jamás ha dado a luz una sola mariposa.

El padre de este agradable abuelo, del barrio de Monte Agradable, era una especie de araña bípeda con piel de paquidermo y obsesionada por el dinero, que tejía para atrapar moscas confiadas y después retirarse a su agujero hasta tenerlas bien atrapadas. El Dios de aquel viejo pagano se llamaba Interés Compuesto. Vivió por él, se casó por él, murió por él. Cuando sufrió grandes pérdidas en una pequeña y honesta empresa, en la cual se trataba de que todas las pérdidas las sufriera la otra parte, se rompió algo en su interior (algo necesario para su existencia, luego no puede haber sido el corazón), y así terminó su carrera. Como no tenía buena fama y se había educado en una escuela de caridad, en cursos en los que había memorizado perfectamente los antiguos pueblos de los amorreos y los heteos, solía decirse de él que era un buen ejemplo de lo poco que vale la educación.

Su espíritu se transmitió por conducto a su hijo, a quien siempre había aconsejado que se «lanzara» cuanto antes, y a quien colocó de auxiliar en el despacho de un escribano astuto cuando cumplió los doce años. Allí fue donde cultivó el joven su inteligencia, que era de índole famélica y ansiosa, y al ir desarrollando las

características familiares, fue ascendiendo gradualmente en la profesión de prestamista. Se lanzó de joven y se casó de edad madura, igual que había hecho su padre antes que él, y también él engendró un hijo famélico y ansioso, que a su vez se lanzó de joven y se casó en su madurez, y fue padre de los mellizos Bartholomew y Judith Smallweed. Durante todo el tiempo que consumió este lento crecimiento del árbol genealógico, la casa de Smallweed, en la que todos se lanzan jóvenes y se casan maduros, ha ido reforzando su carácter práctico, ha ido desechando todas las diversiones, desaprobando todos los libros de cuentos, los cuentos de hadas, las novelas y las fábulas, y ha ido extirpando todo género de frivolidades. A eso se debe el que haya tenido la satisfacción de no contar nunca con un niño entre sus miembros, y el que los hombrecitos y las mujercitas que ha engendrado se hayan señalado por su parecido con simios viejos y deprimidos.

En estos momentos, en la salita sombría a unos cuantos pies por debajo del nivel de la calle (una salita gris, fea, adornada únicamente por una tapicería de fieltro de lo más burdo y por unas bandejas de té del más duro de los hierros, y que en lo ornamental constituye una perfecta representación de la mentalidad del Abuelo Smallweed), sentados en dos sillas de portero [66], de crin negra, negra, el señor y la señora Smallweed tienen la costumbre de pasar el tiempo vigilando, y en el saliente de la chimenea entre ellos hay una especie de horca de cobre para los asados, que también supervisa él cuando se está utilizando. Bajo el asiento del venerable señor Smallweed, y protegido por las piernecillas raquíticas de éste, hay un cajón que, según se dice, contiene sumas fabulosas. A su lado hay un cojín de reserva, que siempre tiene dispuesto, con objeto de tener algo que tirar a la venerable compañera de su respetable ancianidad cada vez que ella menciona algo relativo al dinero, tema al cual él es sumamente sensible.

—¿Y dónde está Bart? —pregunta el Abuelo Smallweed a Judy, la hermana gemela de Bart.

—*Entoavía no ha llegao* —responde Judy.

—Es la hora del té, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿cuánto crees tú que falta?

—Diez minutos.

—¿Qué?

—Diez minutos —eleva la voz Judy.

—¡Vaya! —dice el Abuelo Smallweed—. Diez minutos.

Cuando la Abuela Smallweed, que ha estado murmurando y meneando la cabeza en la dirección de los trébedes, oye que se mencionan cifras, las relaciona con dinero, y chilla, como un loro viejo, horrible y desplumado:

—¡Diez billetes de diez libras!

Inmediatamente, el Abuelo Smallweed le tira el cojín.

—¡Cierra el pico, maldita sea! —exclama el bondadoso anciano.

El efecto de este exabrupto es doble. No sólo hace a la señora Smallweed hundir la cabeza en un lado de su silla de portero, y le hace revelar, cuando su nieta la saca de allí, un bonete en muy mal estado, sino que el esfuerzo realizado rebota sobre el propio señor Smallweed, que cae hacia atrás en su silla de portero, como un títere roto. Como en esos momentos el excelente anciano no es sino un saco de ropa revestido de una gorra negra, no tiene un aspecto muy animado hasta que su nieta lo somete a dos operaciones, la primera consistente en sacudirlo como si fuera un enorme frasco y la segunda en golpearlo y aporrearlo como si fuera una enorme almohada. Cuando por estos medios va apareciendo en él una semblanza de cuello, él y la compañera del crepúsculo de su vida vuelven a quedarse sentados frente a frente en sus dos sillas de portero, como un par de centinelas olvidados tiempo ha en su puerto por el Sargento de las Tinieblas: la Muerte.

Judy, la gemela, es una digna compañera de estos dos personajes. Es tan indudable que se trata de la hermana del más joven de los señores Smallweed, que si se fundieran los dos en uno solo apenas si resultaría una persona joven de medianas proporciones, y al mismo tiempo es un ejemplo tan perfecto del parecido de esta familia a la tribu de los simios, que podría ataviarse con un vestido y una gorra de lentejuelas y pasearse por la tapa de un organillo sin suscitar demasiados comentarios como espécimen raro. Sin embargo, en estos momentos sólo lleva un vestido sencillo y austero de paño negro.

Judy nunca tuvo una muñeca, nunca oyó hablar de la Cenicienta, nunca jugó a nada. Una o dos veces estuvo en compañía de niños, cuando ella tenía unos diez años, pero los niños no se podían entender con Judy, y Judy no se podía entender con ellos. Parecía un animal de otra especie, y ambas partes experimentaron una repugnancia mutua instintiva. Es muy dudoso que Judy sepa reírse. Ha visto la risa tan pocas veces que lo más probable es que no sepa de qué se trata. Desde luego, es imposible que tenga la menor idea de lo que es una risa juvenil. Si intentara lanzar ella una, le tropezaría en los dientes, pues imitaría con los gestos de la cara, igual que ha imitado inconscientemente todos sus demás gestos, a su modelo: la más sórdida vejez. Así es Judy.

Y su hermano gemelo sería incapaz de bailar un trompo aunque le fuera en ello la vida. No sabe quiénes fueron Jack el Matagigantes ni Simbad el Marino, igual que no sabe nada de la gente que habita en las estrellas. Sería tan capaz de jugar a la rana o a los bolos como de transformarse él mismo en rana o en bolo. Pero tiene mucha más suerte que su hermana, porque en su limitadísimo mundo se ha abierto una puerta a perspectivas más amplias, como las que se hallan en los horizontes del señor Guppy. De ahí su admiración por esa luminaria y su deseo de emularla.

Judy, con grandes ruidos y aspavientos, pone en la mesa una de las bandejas de hierro y coloca las tazas y los platillos. Pone el pan en un cesto de hierro y la mantequilla (que no es mucha) en un platito de peltre. El Abuelo Smallweed mira fijamente mientras le sirven el té y pregunta a Judy dónde está la chica.

—¿Se refiere usted a Charley? —pregunta Judy.

—¿Qué? —dice el Abuelo Smallweed.

—¿Si se refiere usted a Charley?

Eso impulsa un resorte en la Abuela Smallweed, que con una mueca dirigida, como siempre, hacia los trébedes, exclama:

—¡Ya cruzó los mares! ¡Charley cruzó los mares, Charley cruzó los mares, los mares cruzó Charley, Charley cruzó los mares, los mares cruzó Charley! [67] —todo ello con gran energía. El Abuelo mira hacia el cojín, pero todavía no se ha recuperado lo bastante de su reciente esfuerzo.

—¡Ja! —exclama cuando se produce el silencio—... Como se llame. Come muchísimo. Más valdría darle algo y que se pagara ella la comida.

Judy hace un guiño igual que los de su hermano, niega con la cabeza y forma un «no» con la boca, sin llegar a pronunciarlo.

—¿No? —replica el viejo—. ¿Por qué no?

—Necesitaría seis peniques al día y podemos darle de comer por menos que eso —dice Judy.

—¿Seguro?

Judy responde con un gesto preñado de sentido y mientras va untando el pan de mantequilla con grandes precauciones para no malgastar nada, y va cortándolo en rodajas, llama:

—¡Eh, Charley! ¿Dónde andas?

Una muchachita vestida con un burdo delantal y un gorro enorme, con las manos húmedas y llenas de jabón y un cepillo áspero en una de ellas, acude tímida a la llamada y hace una reverencia.

—¿Qué andas haciendo? —pregunta Judy con un gruñido, como una arpía rabiosa.

—Estaba limpiando el desván de arriba, señorita —replica Charley.

—Pues limpia bien y no pierdas el tiempo. ¡Ya sabes que no soporto la vagancia! ¡Rápido! ¡Vamos! —grita Judy mientras da una patada en el suelo—. ¡Cómo está el servicio!

Cuando la austera matrona vuelve a su tarea de rebañar la mantequilla y cortar el pan cae sobre ella la sombra de su hermano, que mira por la ventana. Cuchillo y pan en ristre, le abre la puerta.

—¡Vaya, vaya, Bart! —dice el Abuelo Smallweed—. Ya has llegado, ¿eh?

—Ya he llegado —dice Bart.

—¿Has vuelto a salir con tu amigo, Bart?

Pequeños gestos de asentimiento.

—¿Te ha pagado la comida, Bart?

Más pequeños gestos.

—Muy bien. Haz que te pague lo más posible, y que su tontería te sirva de ejemplo. Es para lo que vale un amigo así. Es lo único de que te puede valer —dice el venerable sabio.

Su nieto, que no recibe ese buen consejo con demasiado respeto, le concede todo el reconocimiento que pueda caber en un guiño y una inclinación de cabeza, y ocupa una silla a la mesa del té. Entonces, las cuatro caras de viejos se ciernen sobre las tazas, como un grupo de querubines deformes; la señora Smallweed no para de volver la cabeza a murmurar algo en dirección a las trébedes, y al señor Smallweed hay que agitarlo constantemente, como si fuera una pócima.

—Sí, sí —dice el venerable anciano, volviendo a impartir su sabiduría—. Eso es lo que te hubiera aconsejado tu padre, Bart. Es una pena que no llegaras a conocer a tu padre. Era mi vivo retrato —sin aclarar si lo que quiere decir es que era particularmente atractivo—. Mi vivo retrato —repite el venerable anciano, que dobla en dos sobre la rodilla su pan con manteca—, un buen contable, y ya hace quince años que murió.

La señora Smallweed sigue su instinto habitual y prorrumpe en:

—Quince veces cien libras. Quince veces cien libras en una caja negra, quince veces cien libras bajo llave, ¡quince veces cien libras bien escondidas!

Inmediatamente, su digno marido deja a un lado el pan con mantequilla y le tira el cojín, la deja aplastada contra un lado de la silla y se hunde, agotado, en la suya. Su aspecto, tras hacer estas amonestaciones a la señora Smallweed, es especialmente impresionante, y no del todo atractivo; en primer lugar, porque el esfuerzo suele hacer que la gorra negra le caiga sobre un ojo y le da un aire de gnomo disoluto; en segundo lugar, porque murmura violentas imprecaciones contra la señora Smallweed, y en tercer lugar, porque el contraste entre esas vigorosas manifestaciones y su cuerpo inanimado sugieren un espíritu viejo y maligno que, si pudiera, cometería todo género de maldades. Sin embargo, todo ello es tan frecuente en el círculo de la familia Smallweed que no impresiona a nadie. Basta con dar una sacudida al venerable anciano y ponerle las piezas en orden, con volver a poner el cojín en su sitio, a su lado, y con volver a plantar en su silla a la anciana, quizá tras ajustarle el bonete y quizá no, lista para que la vuelvan a tumbar como si fuera un bolo.

En esta ocasión pasa algún tiempo antes de que el venerable anciano se calme lo suficiente para reanudar su discurso, e incluso entonces lo va mezclando con varias interjecciones edificantes dirigidas a su inconsciente cara mitad, que no se comunica con nadie en el mundo, salvo las trébedes. Y continúa diciendo:

—Bart, si tu padre hubiera vivido unos años más, podría haber tenido mucho dinero (¡charlatana infernal!), pero justo cuando estaba empezando a levantar la casa, después de haber puesto los cimientos hacía tanto tiempo (¡qué diablos quieres, so cacatúa, so loro, so arpía!), se puso malo y se murió de una fiebre baja, él que siempre había sido hombre ahorrativo y frugal, que no se ocupaba más que de los negocios (¡ya me gustaría poderte tirar un gato en vez de un cojín, y si sigues con ésas, te juro que lo hago!), y tu madre, que era una mujer prudente, más seca que una pasa, se fue consumiendo cuando nacisteis tú y Judy (¡cerda pecadora! ¡So cochina!).

Judy, a quien no le interesa escuchar la historia por enésima vez, empieza a recoger en un tazón varios riachuelos de té, que fluyen de los fondos de las tazas y de los platillos y de la tetera, para la comida vespertina de la criadita. También recoge en la panera de hierro todos los pedazos de cortezas y corruscos de pan que ha dejado sin consumir la rígida economía de la familia.

—Tú padre y yo éramos socios, Bart —dice el venerable anciano—, y cuando yo desaparezca todo será para ti y para Judy. Es una suerte que los dos os hayáis lanzado de jóvenes: Judy al negocio de las flores y tú al del derecho. Seguro que no os lo vais a gastar. Os ganaréis la vida sin necesidad de eso, y lo que haréis será aumentar el capital. Cuando yo desaparezca, Judy volverá al negocio de las flores y tú seguirás en el del derecho.

Cabría deducir por el aspecto de Judy que su negocio es más bien de espinas que de flores, pero es cierto que en su infancia fue aprendiz del arte y el misterio de la confección de flores artificiales. Un observador atento quizá podría detectar, tanto en su mirada como en la de su hermano, cuando su venerable abuelo prevé su propia desaparición, una cierta impaciencia por saber cuándo va a desaparecer, y una opinión un tanto agria de que ya es hora de que desaparezca.

—Y ahora, si todos hemos acabado —dice Judy, que ha terminado con sus preparativos—, voy a llamar a esa chica para que se tome el té. Si se lo toma sola en la cocina seguro que se eterniza.

En consecuencia, se llama a Charley, que, sometida a un bombardeo de miradas, se sienta ante su tazón y unas ruinas druídicas de pan con mantequilla. En su supervisión activa de esta joven, Judy Smallweed parece alcanzar una edad perfectamente geológica y datar de épocas remotísimas. La forma sistemática en que la censura y la crítica, con pretexto o sin él, haga lo que haga, es maravillosa; revela un dominio del arte de tratar a las domésticas raras veces logrado por los más veteranos en el oficio.

—Vamos, no te quedes como un pasmarote toda la tarde —exclama Judy meneando la cabeza y dando patadas en el suelo cuando tropieza con la mirada que antes exploraba el tazón de té—, cómete lo que sea y vuelve al trabajo.

—Sí, señorita —dice Charley.

—No me digas que sí —responde la señorita Smallweed—, porque ya sé cómo sois todas las chicas. Si hicieras lo que tienes que hacer y no me dijeras nada, entonces a lo mejor empezaría a creerte.

Charley da un enorme trago de té en señal de sumisión, y dispersa de tal modo las ruinas drúidicas que la señorita Smallweed le dice que no sea glotona, cosa repulsiva en «todas las chicas», observa. A Charley quizá le resultaría difícil satisfacer sus opiniones acerca del tema de las chicas en general, pero se ve salvada por una llamada a la puerta.

—¡Mira a ver quién es y no mastiques al abrir la puerta! —grita Judy.

Cuando el objeto de sus atenciones se retira a cumplir la orden, la señorita Smallweed aprovecha la oportunidad para reunir como puede los restos del pan y la mantequilla y lanzar al reflujó del cuenco del té dos o tres tazas sucias, como sugerencia de que considera pasado el momento de comer y beber.

—¡Bueno! ¿Quién es y qué quiere? —pregunta la irritable Judy.

Parece que se trata de un tal «señor George». El señor George entra sin más anuncio ni ceremonias.

—¡Caramba! —dice el señor George—. Vaya calor que hace aquí. Siempre tienen la chimenea encendida, ¿eh? ¡Bueno, quizá valga la pena que se vayan acostumbrando al fuego! —esta última frase termina diciéndola para sus adentros el señor George, mientras hace un gesto al señor Smallweed.

—¡Vaya, vaya! Es usted —exclama el venerable anciano—. ¿Cómo está? ¿Cómo está?

—Vamos tirando —replica el señor George, tomando una silla—. A su nieta ya he tenido el honor de conocerla; buenas tardes, señorita.

—Éste es mi nieto —dice el Abuelo Smallweed—. No le conoce usted. Trabaja en cosas de derecho y no pasa mucho tiempo en casa.

—¡Muy buenas tardes! Se parece a su hermana. Se parece mucho a su hermana. Se parece infernalmente a su hermana —dice el señor George, que subraya mucho el último adverbio, con un tono que no es del todo elogioso.

—Y ¿cómo le trata a usted el mundo, señor George? —pregunta el Abuelo Smallweed, frotándose lentamente las piernas.

—Como de costumbre, más o menos como si fuera un balón de fútbol.

Es un hombre cetrino de cincuenta años, de buen porte y buen aspecto; con el pelo oscuro y ondulado, ojos chispeantes y ancho pecho. Es evidente que esas manos, musculosas y fuertes, tan tostadas como su cara, están acostumbradas a una vida de asperezas. Lo que resulta curioso en él es que se sienta en la parte delantera de la silla como si, debido a una larga costumbre, dejara espacio para algo de ropa o de arreos a los que hubiera renunciado definitivamente. Además, tiene un paso medido y lento, que iría bien con el tintineo y el entrechocar de un par de espuelas. Lleva la cara

completamente afeitada, pero el gesto de la boca es como si durante muchos años hubiera estado coronada por un gran bigote, y la forma en que se pasa por ella la palma de su manaza da la misma impresión. En total, cabría suponer que el señor George ha sido en sus tiempos soldado de caballería.

El señor George no tiene nada en común con la familia Smallweed. Nunca ha habido un soldado de caballería acantonado en una casa más distinta de él. Es como comparar un sable con un cuchillo para las ostras. Él tiene un cuerpo desarrollado, y ellos son canijos; él tiene gestos amplios que llenan mucho espacio, y ellos los tienen mezquinos; él tiene una voz sonora, y ellos un tono agudo y chillón; todo en ellos contrasta mucho y de forma extraña. Él, sentado en medio de la salita sombría, un poco inclinado hacia adelante, con las manos apoyadas en los muslos y los codos pegados al cuerpo, da la impresión de que, si se quedara allí mucho tiempo, absorbería en sí a toda la familia y a toda la casita de cuatro habitaciones, incluida la cocina adicionada a la trasera.

—¿Se frota usted las piernas para reanimarlas? —pregunta al Abuelo Smallweed tras echar un vistazo a la salita.

—Bueno, señor George, en parte es por costumbre y..., sí..., en parte es para facilitar la circulación.

—¡La cir-cu-la-ción! —repite el señor George, cruzando los brazos sobre el pecho, lo que parece duplicar su volumen—. No da la impresión de que circule usted mucho.

—La verdad es que soy muy viejo, señor George —dice el Abuelo Smallweed—, pero llevo muy bien los años. Soy más viejo que ésa —con un gesto hacia su mujer— y ya ve usted cómo está. ¡Charlatana infernal! —añade con su repentino resurgir de su reciente hostilidad.

—¡Pobrecilla! —dice el señor George, volviendo la cabeza hacia ella—. No le gruñe a la vieja. Fíjese, con esa pobre gorra medio caída; y el pobre pelo medio despeinado. ¡Permítame, señora! Ya está mejor. ¡Perfecto! Piense en su madre, señor Smallweed, si no le basta con que sea su esposa —añade cuando vuelve a su silla después de ayudarla.

—Supongo que habrá sido usted un hijo excelente, señor George, ¿verdad? —sugiere el anciano con una risita.

El rostro del señor George enrojece cuando replica:

—Pues no, no lo he sido.

—Eso me extraña.

—A mí también. Hubiera debido ser un buen hijo, y creo que quise serlo. Pero no lo he sido. A decir verdad, he sido muy mal hijo, y nunca le he valido de nada a nadie.

—¡Qué raro! —exclama el anciano.

—Sin embargo —continúa diciendo el señor George—, cuanto menos se hable de ello mejor. ¡Vamos! Ya conoce usted nuestro acuerdo. ¡Siempre una pipa con los intereses de los dos meses! (¡Bah! Está todo en orden. No tema usted encargar la pipa. Tenga usted el último pagaré y el dinero de los dos meses de interés, aunque la verdad es que resulta bien difícil conseguir dinero con mi negocio.)

El señor George se queda sentado con los brazos cruzados, absorbiendo a la familia y la salita, mientras Judy ayuda al Abuelo Smallweed a sacar de un escritorio cerrado con llave dos estuches de cuero negro, en uno de los cuales guarda el Abuelo el documento que acaba de recibir, mientras del otro saca un documento idéntico que entrega al señor George, el cual lo retuerce y lo deja listo para encender la pipa. Como el anciano, con las gafas puestas, inspecciona hasta la última letra de ambos documentos, antes de sacarlos de su prisión de cuero, y como cuenta el dinero tres veces y obliga a Judy a repetir por lo menos dos veces cada palabra que pronuncia, y como sus movimientos y sus palabras son de lo más trémulo imaginable, todo el proceso lleva mucho tiempo. Cuando por fin termina, y no antes, aparta de los documentos sus dedos y sus ojos ansiosos y responde a la última observación del señor George diciendo:

—¿Que no tema encargar la pipa? No somos tan mercenarios, señor George. Judy, encárgate inmediatamente de la pipa y del brandy con agua fría para el señor George.

Los simpáticos mellizos, que han estado mirando al vacío todo este tiempo, salvo un momento de absorción con los estuches negros de cuero, se retiran juntos, con muestras de general desdén hacia el visitante, pero dejan a éste en manos del anciano, igual que podrían dejar dos oseznos a un viajero en manos de la osa madre.

—Y supongo que se pasa usted todo el día sentado ahí, ¿no? —dice el señor George con los brazos cruzados.

—Así es, así es —asiente el anciano.

—Y ¿no hace usted nada en absoluto?

—Vigilo el fuego, y lo que se pone a hervir y a asar...

—Cuando ponen algo —dice el señor George con tono muy expresivo.

—Así es. Cuando se pone algo.

—¿No lee usted ni hace que le lean?

El anciano niega con la cabeza, con expresión astuta de triunfo.

—No, no. En nuestra familia nunca hemos leído mucho. No rinde. Bobadas. Despilfarro. Tonterías. ¡No, no!

—Pues no hay mucho donde escoger entre ustedes dos —dice el visitante en tono demasiado bajo para el mal oído del anciano, mientras pasea la mirada entre él y la mujer, y añade en voz más alta:—. ¡Eh!

—Ya le oigo.

—Si alguna vez me retraso un solo día supongo que me hará usted desahuciar.

—¡*Mi* querido amigo! —exclama el Abuelo Smallweed, alargando las manos para abrazarlo—. ¡Jamás! ¡Jamás, mi querido amigo! Pero quien sí podría hacerlo sería mi amigo de la City, al que persuadí para que le prestara a usted el dinero.

—¡Ah! ¿No responde usted de él? —pregunta el señor George, que termina la frase en voz más baja, con las palabras: «¡Viejo mentiroso, sinvergüenza!».

—*Mi* querido amigo, es imposible contar con él. Yo no confiaría en él. Exige el pago de sus dineros.

—Al diablo con él —dice el señor George, y cuando aparece Charley con una bandeja en la que hay una pipa, un paquetito de tabaco y el brandy con agua le pregunta:— ¿Qué haces tú aquí? No tienes cara de ser de la familia.

—Vengo a trabajar, señor —responde Charley.

El soldado (si es que eso ha sido soldado) le quita el gorrito con gran delicadeza para una mano tan fuerte, y le da una palmadita en la cabeza.

—Casi le das un aire sano a esta casa. Le hace tanta falta alguien joven como que entre aire fresco. Después la despide, enciende la pipa y bebe a la salud del amigo de la City del señor Smallweed: el único capricho de la imaginación que el estimable anciano ha tenido en su vida.

—Así que usted cree que podría ponerse en plan exigente, ¿eh?

—Creo que sí... Me temo que sí. He visto lo que les ha hecho a otros —dice imprudentemente el Abuelo Smallweed— más de veinte veces.

Es imprudente porque su inválida media naranja, que lleva un rato sesteando junto a la chimenea, se despierta inmediatamente y empieza a canturrear: «Veinte mil libras, veinte billetes de veinte libras en una caja de caudales, veinte guineas, veinte millones al 20 por 100, veinte...», y se ve interrumpida por el lanzamiento del cojín, que el visitante, a quien este singular experimento se presenta como una novedad, le aparta de la cara cuando va a aplastarse contra ella como de costumbre.

—Eres una idiota infernal. Eres un escorpión... ¡Un escorpión infernal! Eres un sapo purulento. ¡Eres una bruja charlatana y gritona, habría que quemarte viva! —jadea el anciano, postrado en su silla—. *Mi* querido amigo, ¿querría usted sacudirme un poquito?

El señor George, que ha estado mirando como loco del uno a la otra, toma a su venerable conocido del cuello cuando oye su petición, lo pone tieso en la silla de un solo golpe, como si fuera un muñeco, y parece preguntarse si no debería darle tal sacudida que ya no pudiera lanzar más cojines, y seguirlo sacudiendo hasta matarlo. Resiste a la tentación, pero le da tales sacudidas que le hace balancear la cabeza como si fuera un arlequín, y después lo vuelve a sentar de un golpe en su silla y le ajusta el gorro retorciéndoselo con tal fuerza que el viejo se queda todo un minuto guiñando los ojos.

—¡Dios mío! —jadea el señor Smallweed—. Basta ya. ¡Gracias, mi querido amigo, basta ya! Dios mío, me ha dejado sin aliento. ¡Dios mío! —Y el señor Smallweed lo dice no sin un cierto miedo de su querido amigo, que ahora se yergue sobre él, más amenazador que nunca.

Sin embargo, esa alarmante presencia va hundiéndose gradualmente en su silla y se pone a fumar a grandes bocanadas, mientras se consuela con una reflexión filosófica:

—El nombre de su amigo de la City empieza por D, compañero, y tiene usted razón cuando dice que exigirá sin falta lo que se le debe.

—¿Dice usted algo, señor George? —pregunta el anciano.

El soldado niega con la cabeza, se inclina hacia adelante con el codo derecho apoyado en la rodilla derecha y, con la pipa en la misma mano, mientras el otro codo, apoyado en la pierna izquierda, traza un ángulo recto al estilo militar, sigue fumando. Entre tanto, contempla al señor Smallweed con expresión grave, y de vez en cuando disipa la nube de humo con una mano, para verlo con más claridad.

—Según entiendo —dice, sin modificar su postura ni un ápice más ni menos de lo necesario para llevarse la copa a los labios, con un gesto firme y rotundo—, yo soy el único ser vivo (o incluso muerto) capaz de sacarle a *usted* una pipa de tabaco.

—Bueno —replica el anciano—, es verdad que yo no veo a mucha gente, señor George, y que no suelo invitar. No me lo puedo permitir. Pero como usted, siempre tan amable, ha establecido la pipa como una condición...

—Bueno, no es por el valor de la cosa en sí, que no es mucho. Me pareció divertido ponerle esa condición. Sacar algo en limpio de mi dinero.

—¡Ja! ¡Es usted ingenioso, muy ingenioso, caballero! —exclama el Abuelo Smallweed, frotándose las piernas con gran vigor.

—Mucho. Desde niño —bocanada—. Una prueba innegable de mi ingenio es que he sabido llegar hasta aquí —bocanada—. Y también lo lejos que he llegado en la vida —bocanada—. Todo el mundo sabe lo ingenioso que soy —dice el señor George calmosamente mientras fuma—. Así es cómo he llegado tan lejos en la vida.

—No se desanime, caballero. Todavía puede usted prosperar.

El señor George se ríe y bebe.

El señor Smallweed pregunta con un brillo en los ojos:

—¿No tiene usted parientes que le paguen ese pequeño principal o que le den un buen aval o dos para que yo pueda persuadir a mi amigo de la City para que le anticipe algo más? A mi amigo de la City le bastaría con dos avales sólidos. ¿No, tiene usted parientes con esas posibilidades, señor George? —pregunta el Abuelo Smallweed, con los ojos chispeantes.

El señor George, que sigue fumando calmosamente, replica:

—Si los tuviera no iría a molestarlos. Ya les causé bastantes problemas en mi

juventud. *Quizá* sea la penitencia que se merece un vagabundo que ha desperdiciado los mejores años de su vida el volver a casa de una gente buena de la que nunca fue digno y vivir a costa de ella, pero ése no es mi estilo. Entonces yo creo que la mejor forma de compensarlos por haberme ido lejos es mantenerme lejos de ellos.

—Pero ¿y el afecto natural, señor George? —sugiere el Abuelo Smallweed.

—A cambio de dos buenos avales, ¿eh? —dice el señor George, negando con la cabeza—. No. Ése tampoco es mi estilo.

El Abuelo Smallweed se ha ido hundiendo gradualmente en su silla desde la última vez que lo enderezaron, y ahora no es más que un montón de ropa, del interior del cual sale una voz que llama a Judy. Cuando aparece esa hurí, lo sacude como de costumbre, y el anciano le ordena que se quede a su lado, pues parece temer que su visitante vuelva a tomarse la molestia de atenderlo como hace un rato.

—¡Ja! —observa cuando vuelve a quedar bien—. Si hubiera usted podido encontrar al Capitán, señor George, habrían acabado sus problemas. Si cuando vino usted por primera vez, en respuesta a nuestros anuncios en la prensa (y cuando digo «nuestros» aludo a los colocados por mi amigo de la City y a una o dos personas más que aventuran su capital igual que él, y que tienen la amabilidad de aumentar algo mis magros recursos); si entonces hubiera usted podido ayudarnos, señor George, habrían acabado sus problemas.

—Yo estaba perfectamente dispuesto a «acabar» con ellos, como dice usted —contesta el señor George, que ya no fuma con la misma placidez que antes, pues desde que entró Judy está un tanto perturbado por una fascinación, no precisamente admirativa, que lo obliga a contemplarla mientras ella se mantiene en pie junto a la silla de su abuelo—, pero en general ahora celebro no haberlo hecho.

—¿Por qué, señor George? En nombre... del Infierno, ¿por qué no? —pregunta el señor Smallweed, con aire evidentemente exasperado (la mención del Infierno aparentemente se la ha sugerido la visión de la señora Smallweed, que se halla sumida en su sueño).

—Por dos razones, compañero.

—¿Y cuáles son esas dos razones, señor George? En nombre de...

—¿De nuestro amigo de la City? —sugiere el señor George, que bebe plácidamente.

—Si le parece... ¿Qué dos razones?

—En primer lugar —comienza diciendo el señor George, aunque sigue mirando a Judy, como si al ser tan vieja y tan parecida a su abuelo le diera igual dirigirse a la una o al otro—, me engañaron ustedes. Anunciaron que había una buena noticia para el señor Hawdon (o el Capitán Hawdon, si prefiere usted; quien ha sido capitán siempre conserva ese título).

—¿Y qué? —responde el viejo, con voz cortante y chillona.

—Bien —dice el señor George, que sigue fumando—. No creo que fuera una noticia muy buena el verse encarcelado por toda la pandilla de acreedores y de jueces de deudas de Londres.

—¿Cómo lo sabe usted? A lo mejor alguno de sus parientes ricos le habría pagado sus deudas o llegado a algún acuerdo. Además, él nos había engañado a nosotros. Nos debía a todos unas sumas enormes. Yo hubiera preferido estrangularlo antes que quedarme sin nada. Cuando me acuerdo de él me siguen dando ganas de estrangularlo —gruñe el anciano, levantando sus diez dedos inútiles. Y en acceso repentino de furia le tira un cojín a la inocente señora Smallweed, pero no acierta y el cojín cae inofensivo junto a la silla.

—No hace falta que me diga —responde el soldado, quitándose la pipa de la boca durante un momento, y apartando la vista de la trayectoria del cojín hacia la cazoleta de la pipa, cuyo contenido empieza a bajar— que gastaba mucho y estaba arruinado. He estado muchas veces a su derecha cuando cargaba contra la ruina a todo galope. He estado con él en la enfermedad y la salud, en la riqueza y en la pobreza. Le he dado esta mano cuando ya lo había gastado todo y destrozado todo lo que tenía..., cuando se llevó una pistola a la cabeza.

—¡Ojalá se la hubiera disparado! —dice el benévolo anciano—, ¡y se hubiera reventado la cabeza en tantos pedazos como libras debía!

—Demasiado estallido —replica serenamente el soldado—; en todo caso hubo una época en que era joven, tenía un gran porvenir y era atractivo, y me alegro de no habérmelo encontrado, cuando ya no tenía nada de eso, para ver lo que le esperaba. Ésa es la razón número uno.

—Espero que la número dos sea igual de buena —gruñe burlón el viejo.

—Pues no. Es más bien egoísta. Para encontrarlo, hubiera tenido que ir a buscarlo al otro mundo. Era donde estaba.

—¿Cómo sabe usted que estaba allí?

—No estaba en éste.

—¿Cómo sabe usted que no estaba en éste?

—No pierda usted los modales además del dinero —dice el señor George, que quita calmosamente la ceniza de su pipa—. Se ahogó hace mucho tiempo. Estoy convencido. Debe de haberse caído de un barco. No sé si adrede o accidentalmente. Quizá lo sepa su amigo de la City. ¿Conoce usted esta melodía, señor Smallweed? —añade tras ponerse a silbar una canción, acompañándose en la mesa con la pipa vacía.

—¿Melodía? —pregunta el viejo—. No. Aquí no gastamos melodías.

—Pues es la *Marcha Fúnebre* del *Saúl* de Händel. Es la que tocan cuando se entierra a un soldado, de manera que es el final natural de este tema. Ahora, si su guapa nietecita (con su permiso, señorita) condesciende a cuidar de esta pipa durante dos meses, nos ahorraremos el precio de comprar otra para la próxima vez. ¡Buenas

noches, señor Smallweed!

—¡Mi querido amigo! —el viejo le alarga ambas manos.

—¿Así que usted cree que su amigo de la City me tratará mal si me atraso en un pago? —pregunta el soldado, que lo mira desde arriba, como un gigante.

—Mi querido amigo, me temo que sí —contesta el viejo, que lo mira desde abajo, como un pigmeo.

El señor George se ríe, y con una mirada al señor Smallweed, y un saludo de despedida a la desdeñosa Judy, sale a zancadas de la salita, con un ruido de sables imaginarios y otros arreos al marcharse.

—¡Maldito sinvergüenza! —dice el venerable anciano, con una mueca horrible hacia la puerta cuando se cierra ésta—. ¡Pero ya caerás en la trampa, ya caerás!

Tras esta amistosa observación, su espíritu se eleva hacia esas regiones encantadas de la reflexión que han abierto a su mente su educación y sus ocupaciones, y una vez más él y la señora Smallweed van pasando sus horas doradas, como dos centinelas no relevados, olvidados como se ha dicho por el Sargento Negro.

Mientras los dos siguen firmes en sus puestos, el señor George avanza por las calles con una especie de contoneo y un gesto grave. Ya son las ocho, y está el día a punto de acabar. Se detiene junto al Puente de Waterloo a leer un cartel de espectáculos; decide ir al Circo de Astley. Una vez en él, se queda encantado con los caballos y los números de los acróbatas; contempla las armas con ojo crítico; desaprueba los combates porque evidencian un mal entrenamiento en materia de esgrima, pero se siente conmovido ante los sentimientos que expresan las escenas teatrales. En la última escena, cuando el Emperador de los Tártaros se sube en un carruaje y se digna dar su bendición a los amantes reunidos, sobre los que se cierne blandiendo una bandera británica, el señor George tiene los párpados húmedos de la emoción.

Una vez terminado el espectáculo, el señor George vuelve a cruzar el río y llega a la curiosa región que se halla entre Haymarket y Leicester Square, que es un polo de atracción de hoteles anodinos y anodinos extranjeros, juegos de pelota, boxeadores, espadachines, vigilantes, vendedores de porcelana vieja, casas de juego, exposiciones y una gran variedad de vidas mediocres y furtivas. Penetra en el corazón de esa región y llega, por un patio y un largo pasillo encalado, hasta un gran edificio de ladrillo formado por paredes desnudas, suelos, vigas y claraboyas, en cuya fachada, si es que cabe calificar eso de fachada, campea un letrero que dice: GEORGE-GALERÍA DE TIRO, ETC.

Entra en George-Galería de Tiro, etc., donde hay luces de gas (parcialmente apagadas, de momento) y dos blancos pintados para el tiro con escopeta, un espacio para el tiro al arco, accesorios para la esgrima y además todo lo necesario para la británica arte del boxeo. Esta noche no se practica ninguno de esos deportes, o

ejercicios, en la Galería de Tiro de George, que hasta tal punto está desierta que no la ocupa sino un hombrecillo grotesco de enorme cabeza, dormido en el suelo.

El hombrecillo está vestido de forma que parece un maestro armero, con un delantal y un gorro de fieltro verde, y tiene la cara y las manos manchadas de pólvora y grasa, de tanto cargar las armas. Acostado bajo la luz, ante un blanco resplandeciente, el polvo que lo recubre brilla todavía más. A poca distancia de él está la mesa robusta, rudimentaria y primitiva, en la cual se halla el torno con el que ha estado trabajando. Es un hombrecillo cuya cara está llena de anfractuosidades y que, por el aspecto azulado y lleno de manchas de una de sus mejillas, parece haber sufrido una explosión en su trabajo, en una o más ocasiones.

—¡Phil! —exclama el soldado con voz pausada.

—¡Presente! —grita Phil, poniéndose en pie.

—¿Alguna novedad?

—Calma chicha —replica Phil—. Cinco docenas de escopeta y una docena de pistola. ¡Y qué puntería! —gime Phil al recordarlo.

—¡Pues a cerrar la tienda, Phil!

Cuando Phil pasa a ejecutar esta orden da la sensación de que está cojo, aunque se desplaza con gran rapidez. En el lado desfigurado de la cara no tiene ceja, y del otro lado una ceja negra y poblada, y esa falta de uniformidad le da un aire muy singular y más bien siniestro. Las manos parecen haber sufrido todos los accidentes imaginables, aunque ha conservado todos los dedos, pues las tiene llenas de cicatrices, costurones y deformidades. Parece ser muy fuerte, y levanta unos bancos pesadísimos como si no apreciara su peso. Cojea de manera extraña por la galería, con un hombro pegado a la pared, de la que se despega para agarrar los objetos que busca, en lugar de ir directamente del uno al otro, lo cual ha dejado un rastro en las cuatro paredes, al que se llama convencionalmente «la huella de Phil».

Este guardián de la Galería de George cuando se halla ausente éste concluye su trabajo cuando ha cerrado el portón y apagado todas las luces menos una, que deja muy baja, y saca de un armario de madera dos colchones y ropa de cama. Una vez depositado todo esto a ambos extremos de la Galería, el soldado hace su cama y Phil la suya.

—¡Phil! —dice el propietario, que avanza hacia él tras despojarse de la chaqueta y el chaleco, y en tirantes posee un aire más marcial que nunca—. A ti te encontraron en un portal, ¿no?

—En el arroyo —dice Phil—. Me encontré un sereno.

—O sea que a ti el ser un vagabundo te resultó algo natural desde el principio.

—Lo más natural del mundo —dice Phil—¡Buenas noches!

—Buenas noches, jefe.

Phil no puede irse directamente ni siquiera a la cama, sino que considera

necesario recorrer dos lados de la galería y después separarse de la pared para meterse en cama. El soldado, tras dar una vuelta o dos por la galería, y contemplar la luna, ya visible por las claraboyas, va a su colchón por un camino más corto y también se acuesta.

22. El señor Bucket

La alegoría parece encontrarse bastante fresca en Lincoln's Inn Fields, aunque la tarde es calurosa, porque el señor Tulkinghorn tiene las dos ventanas abiertas, y el despacho tiene el techo alto y está bien ventilado y sombrío. Es posible que estas características no sean muy deseables cuando llega noviembre con sus nieblas y su granizo, o enero con su hielo y su nieve, pero tienen sus ventajas durante el tiempo caluroso de las vacaciones de verano. Permiten a la Alegoría, pese a sus mejillas sonrosadas, a sus rodillas como ramos de flores y a sus fuertes pantorrillas tostadas y sus brazos musculosos, tener un aire moderadamente fresco esta noche.

Entra mucho polvo por las ventanas del señor Tulkinghorn, y hay mucho más acumulado entre sus muebles y papeles. Hay una capa espesa de polvo por todas partes. Cuando se asusta una brisa del campo, que se ha extraviado y se lanza a ciegas a recuperar el camino, lanza tanto polvo a los ojos de la Alegoría como lanza el derecho —o el señor Tulkinghorn, uno de sus más dignos representantes— a veces a los ojos de los profanos.

En medio de su lóbrego montón de polvo, materia universal a la que se reducen sus documentos y él mismo, y todos sus clientes, y todo lo que existe sobre la Tierra, animal e inanimado, el señor Tulkinghorn está sentado junto a una de sus ventanas abiertas, saboreando una botella de oporto añejo. Aunque es hombre austero, cerrado, seco y silencioso, goza como el que más con el buen vino añejo. Tiene una caja inapreciable de oporto en una bodega disimulada ingeniosamente bajo Lincoln's Inn, que es uno de sus múltiples secretos. Cuando cena a solas en su despacho, como ha hecho hoy, y hace que le traigan del café su pescado y su bistec o su pollo, desciende con una vela a las regiones resonantes que hay debajo de la mansión vacía y, precedido de un remoto tronar de puertas, regresa gravemente, envuelto en un aire polvoriento y cargado con una botella, de la que vierte un radiante néctar de cincuenta años que se sonroja en la copa al verse tan famoso y llena todo el despacho con la fragancia de las uvas del Sur.

El señor Tulkinghorn paladea su vino, sentado en el crepúsculo junto a su ventana. Como si el vino le hablase en voz baja de sus cincuenta años de silencio y aislamiento, el hecho es que lo deja todavía más encerrado en sí mismo. Más impenetrable que nunca, se queda ahí sentado y bebiendo, y se va ablandando, por así decirlo, en secreto; pondera, en esa hora intermedia, todos los misterios que conoce, relacionados con bosques umbríos en el campo, y enormes casas vacías y cerradas en la ciudad, y quizá dedique uno o dos pensamientos a sí mismo y a la historia de su familia, y a su dinero, y a su testamento (todo lo cual es un misterio para todo el mundo), y al único amigo que ha tenido jamás, un hombre de igual carácter que él, también abogado, que hizo la misma vida que él hasta cumplir los setenta y cinco

años y que entonces concibió (según se supone) la idea de que todo aquello era demasiado monótono, una tarde de verano le regaló su reloj de oro a su peluquero, se fue andando calmosamente hacia el Temple y se ahorcó.

Pero el señor Tulkinghorn no está solo esta noche para reflexionar tanto tiempo como de costumbre. Sentado a la misma mesa que él, aunque con la silla modesta e incómodamente apartada de ella, hay un hombre calvo, reposado y lustroso, que tose respetuosamente tapándose la boca con la mano cuando el abogado le dice que llene su copa.

—Bueno, Snagsby —dice el señor Tulkinghorn—, repasemos esa vieja historia.

—Como usted quiera, señor.

—Me dijo cuando tuvo usted la amabilidad de venir aquí anoche...

—Por lo cual le pido excusas si me tomé una libertad excesiva, señor, pero recordé que se había tomado usted un cierto interés por aquella persona y me pareció posible que... quizá... deseara usted...

El señor Tulkinghorn no es hombre que vaya a ayudarlo a extraer conclusiones ni que vaya a reconocer ninguna posibilidad en asuntos que guarden relación consigo mismo. Así que el señor Snagsby pierde el hilo y dice con una tosecilla tímida: «Le aseguro que lo lamento mucho si me he tomado una libertad...»

—En absoluto —responde el señor Tulkinghorn—. Me dice usted, Snagsby, que se puso el sombrero y se vino inmediatamente, sin decirle nada a su mujer. Eso me parece muy prudente, porque no es asunto de tanta importancia que merezca la pena mencionarlo.

—Bueno, señor —replica el señor Snagsby—, la verdad es que mi mujercita (por no andarnos con circunloquios) es curiosa. Es curiosa. Pobrecita, le dan espasmos y le conviene tener la cabeza ocupada. Y por eso la ocupa..., debería decir en todo lo que puede averiguar, tanto si es asunto suyo como si no..., sobre todo si no lo es. Mi mujercita tiene la cabeza muy ocupada, señor.

El señor Snagsby bebe y murmura admirado con una tos que tapa con la mano: «¡Dios mío, verdaderamente magnífico!»

—¿Por eso no dijo usted nada de su visita de ayer? —pregunta el señor Tulkinghorn—. ¿Ni tampoco de la de hoy?

—Sí, señor. Ni tampoco de la de hoy. Mi mujercita atraviesa actualmente (para no andarnos con circunloquios) por una fase de religiosidad, o lo que ella considera tal, y asiste a los Ejercicios Vespertinos (que es como los llaman) de un reverendo llamado Chadband. Éste tiene grandes dotes de elocución, sin duda, pero a mí no me agrada demasiado su estilo. Pero eso no tiene importancia. Como mi mujercita estaba ocupada en eso, me resultó más fácil venir aquí discretamente.

El señor Tulkinghorn asiente.

—Sírvasse usted, Snagsby.

—Gracias, señor, muchas gracias —responde el papelero con su tosecilla deferente—. ¡Un vino magnífico, señor!

—Ya es difícil de encontrar —dice el señor Tulkinghorn—. Tiene cincuenta años.

—¿De verdad, señor? Pero desde luego no me sorprende saberlo. Podría tener... casi cualquier edad —y tras rendir este homenaje general al oporto el señor Snagsby en su modestia tose tapándose la boca con la mano como para pedir excusas por beber algo tan precioso.

—¿Podría usted repetirme, una vez más, lo que dijo el muchacho? —pregunta el señor Tulkinghorn, metiéndose las manos en los bolsillos de su descolorido y anticuado calzón corto, y repantigándose calmosamente en la silla—. Con mucho gusto, señor.

Y el papelero repite fielmente, aunque con una cierta prolijidad, la declaración hecha por Jo a los invitados reunidos en la casa. Al llegar al final de su narración, da un respingo y se interrumpe diciendo: «¡Ay, por Dios, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba presente otro caballero!».

El señor Snagsby se alarma al ver entre él y el abogado, a poca distancia de la mesa, a un personaje que lleva en la mano un sombrero y un bastón, que lo mira atentamente, que no estaba cuando él llegó y que no ha entrado después de su llegada por puerta ni ventana alguna. En el despacho hay otra puerta, pero sus goznes no han chirriado, ni se han oído en ningún momento pasos sobre el suelo. Y, sin embargo, ahí está esa tercera persona, con su mirada atenta, su bastón y su sombrero en mano y las manos a la espalda, que escucha silenciosa y calmosamente. Se trata de un hombre robusto, de aspecto sólido, mirada aguda, vestido de negro, de mediana edad. A primera vista no tiene nada de notable, salvo la manera fantasmal en que ha aparecido, y contempla al señor Snagsby como si fuera a hacerle un retrato.

—No se preocupe por este caballero —dice el señor Tulkinghorn con sus modales reposados—. No es más que el señor Bucket.

—Muy bien, señor —responde el papelero, quien expresa con una tosecilla que no tiene la menor idea de quién es el señor Bucket.

—Quería que oyese este relato —continúa el abogado—, porque siento un cierto deseo (y tengo mis motivos) de saber más del asunto, y este señor es muy experto en este tipo de asuntos. ¿Qué dice usted, Bucket?

—Está muy claro, señor. Como nuestra gente ha hecho circular a ese arrapiezo, y no se le puede encontrar en su antigua ocupación, si el señor Snagsby no se opone a ir conmigo a Tomsolo y señalármelo, podemos traerlo aquí en menos de dos horas. Claro que también podría encontrarlo yo sin necesidad del señor Snagsby, pero me llevaría más tiempo.

—El señor Bucket es agente de policía, Snagsby —explica el abogado.

—¡Ah! ¿Sí, señor? —replica el papelero, cuyo escaso pelo revela una gran

tendencia a ponerse de punta.

—Y si efectivamente no se opone usted a acompañar al señor Bucket al lugar mencionado —continúa el abogado—, le agradeceré mucho que vaya con él.

Cuando el señor Snagsby titubea un momento, Bucket penetra hasta el fondo de sus pensamientos.

—No tema perjudicar al muchacho —dice—. No corre el menor peligro. El chico no tiene por qué preocuparse. No queremos más que traerlo aquí a que responda a alguna preguntilla que quiero hacerle, le pagaremos algo en compensación y después podrá irse. Es algo que le conviene. Le prometo personalmente que el chico podrá volver a su casa sin más problemas. No tema perjudicarlo, porque no es eso.

—¡Muy bien, señor Tulkinghorn! —exclama, más animado y tranquilo, el señor Snagsby—. En tal caso...

—¡Sin duda! Y mire, señor Snagsby —continúa diciendo Bucket, que lo toma del brazo y lo aparta a un lado, dándole un golpecillo amistoso en el pecho y hablándole en tono confidencial—: usted es un hombre de mundo, un hombre de negocios y de sentido común. Eso lo sabe *usted* muy bien.

—Desde luego, le agradezco la buena opinión que tiene usted de mí —responde el papelero con su tosecilla de modestia—, pero...

—Lo sabe *usted* perfectamente —dice Bucket—. Por eso no hace falta decir a alguien como usted, con un negocio como el suyo, que requiere confianza y una persona bien despierta y con los ojos bien abiertos y la cabeza bien puesta sobre los hombros (un tío mío trabajaba en lo mismo que usted); decía que a alguien como usted no hace falta decirle que lo mejor y lo más prudente es mantener en silencio los asuntillos de este tipo. ¿Me entiende? ¡En silencio!

—Desde luego, desde luego —replica el otro.

—No me importa decirle *a usted* —señala el señor Bucket con una franqueza cautivadora— que, según parece, es posible que el difunto tuviera derecho a un pequeño patrimonio, y es posible que la mujer esa esté maniobrando en relación con ese patrimonio. ¿Me comprende?

—¡Ah! —exclama el señor Snagsby, pero no parece comprender en absoluto.

—Y, sin duda, lo que *usted* desea —sigue diciendo el señor Bucket, que vuelve a darle al señor Snagsby un golpecito suave en el pecho, como para tranquilizarlo— es que a ojos de la ley todo el mundo debe recibir lo que es justo. Y eso es lo que *desea usted*, ¿no?

—Desde luego —asiente el señor Snagsby—. Debido a lo cual, y al mismo tiempo para hacer un favor a un... ¿cómo se dice en su profesión, cliente o comprador? No recuerdo cómo decía mi tío.

—Bueno, yo, por lo general, digo cliente —replica el señor Snagsby.

—¡Exactamente! —responde el señor Bucket, que le da un apretón de manos muy

afectuoso—, y debido a eso, y al mismo tiempo para hacer un favor a un cliente muy bueno, querrá usted venir conmigo discretamente a Tomsolo y mantenerlo todo en silencio después, sin decir nada a nadie. ¿Entiendo bien que eso es lo que usted desea?

—Tiene usted razón, señor. Toda la razón.

—Bueno, pues tenga usted su sombrero —añade su nuevo amigo, que parece conocer la prenda igual de bien que si la hubiera fabricado él mismo—, y si está usted listo, vamos.

Dejan al señor Tulkinghorn bebiendo su vino viejo sin que una sola onda rice la superficie de sus profundidades insondables, y bajan a la calle.

—¿No conocerá usted, por casualidad, a una excelente persona llamada Gridley? —pregunta Bucket, en amigable conversación, mientras bajan las escaleras.

—No —dice el señor Snagsby, reflexionando—. No conozco a nadie que se llame así. ¿Por qué?

—Nada especial —dice Bucket—, salvo que, tras dejarse dominar demasiado por los nervios, y amenazar a algunas personas respetables, ahora está escondido para que yo no pueda detenerlo como tengo órdenes de hacer, y me parece lamentable que una persona inteligente actúe de ese modo.

Por el camino, el señor Snagsby observa con curiosidad que por muy rápido que anden, su compañero siempre parece estar al acecho y alerta de una manera indefinible; también, que, siempre que gira a la derecha o a la izquierda, hace como si tuviera la idea fija de seguir derecho, y el giro lo hace abruptamente en el último instante. De vez en cuando, si pasan junto a un agente de policía de patrulla, el señor Snagsby advierte que tanto el agente como su guía parecen caer en un estado de profunda abstracción al verse, y que parecen no darse cuenta el uno de la presencia del otro, mientras miran fijamente a un espacio vacío. En unos cuantos casos, cuando el señor Bucket llega ante algún joven de baja estatura que lleva un sombrero reluciente, con el pelo brillante aplastado a ambos lados de la cabeza, lo toca con el bastón, casi sin mirarlo, y cuando el joven se da la vuelta, se evapora instantáneamente. Casi todo el tiempo, el señor Bucket observa las cosas, en general, con un gesto tan inmutable como el gran anillo de luto que lleva en el meñique, o como el broche, compuesto no tanto por diamantes como por un gran engarce que lleva en la camisa.

Cuando por fin llegan a Tomsolo, el señor Bucket se detiene un momento en la esquina y recibe una linterna sorda del agente que está allí de servicio, que después lo acompaña con su propia linterna sorda enganchada a la cintura. El señor Snagsby pasa entre sus dos conductores por en medio de una calle sórdida, sin ventilación, enfangada y llena de charcos malolientes —aunque en el resto de la ciudad las calzadas están secas—, de la que se desprenden tales hedores y visiones que quien

haya vivido toda su vida en Londres apenas si puede dar crédito a sus sentidos. De esta calle y sus montones de ruinas salen otras calles y otros callejones tan horribos que el señor Snagsby se siente mal física y espiritualmente, como si se fuera hundiéndose más a cada momento en un abismo infernal.

—Apártese usted un momento, señor Snagsby —dice Bucket cuando se les acerca una especie de palanquín andrajoso, rodeado de un grupo vociferante—. ¡Es la fiebre que viene por la calle!

Cuando pasa a su lado la víctima invisible, la multitud abandona ese objeto de atracción y se cierne en torno a los tres visitantes como una pesadilla poblada de rostros horribles, y después desaparece entre callejas y ruinas y detrás de unos muros, aunque con gritos intermitentes y silbidos agudos de advertencia sigue recordándoles que allí sigue hasta que se marchan del lugar.

—¿Son ésas las casas de la epidemia, Darby? —pregunta fríamente el señor Bucket al enfocar con su linterna sorda una pila de ruinas malolientes.

Darby replica que «todas ellas», y además que en toda la fila, desde hace meses, la gente «muere a docenas», y se la llevan, tantos a los muertos como a los moribundos, «como a ovejas apestadas». Cuando Bucket observa al señor Snagsby, al volverse a poner en marcha, que no tiene buena cara, el señor Snagsby responde que le da la sensación de que le resulta imposible respirar ese aire fétido.

Preguntan en varias casas por un chico llamado Jo. Como en Tomsolo son pocas las personas conocidas por su nombre de pila, mucha gente trata de averiguar si el señor Snagsby se refiere al Zanahoria, o al Coronel, o al Ahorcado, o al Cincel, o al Tip el Terrier, o al Flaco, o al Ladrillo. El señor Snagsby lo describe una vez tras otra. Hay diversidad de opiniones acerca del original de su retrato. Unos piensan que debe ser el Zanahoria, otros dicen que el Ladrillo. Les traen al Coronel, pero no se le parece en nada. Cada vez que el señor Snagsby y sus conductores se detienen, se forma una multitud en torno a ellos, y desde sus filas escuálidas le llegan al señor Bucket consejos obsequiosos. Cada vez que se ponen en marcha y brillan furiosamente sus linternas, la multitud desaparece y revolotea en torno a ellos por los callejones, entre las ruinas y tras los muros, igual que antes.

Por fin se encuentra una madriguera, en la que suele pasar las noches el Duro, o el chico Duro; y parece que el chico Duro puede ser Jo. Una comparación de notas entre el señor Snagsby y la propietaria de la casa —una cara de borracha envuelta en un pañuelo negro, que sale de entre un montón de trapos caídos en el suelo de una perrera que constituye su residencia particular— desemboca en esta conclusión. El Chico Duro ha ido al médico a buscar un frasco de medicina para una enferma, pero va a volver en seguida.

—¿Y quién hay aquí esta noche? —comenta el señor Bucket, abriendo otra puerta, que ilumina con su linterna sorda—. Dos borrachos, ¿eh? ¿Y dos mujeres?

Los hombres están bien —añade, tras apartar a cada uno de ellos el brazo con que se tapa la cara para contemplarla—. ¿Son vuestros hombres, chicas?

—Sí, señor —responde una de las mujeres—. Son nuestros maridos.

—Ladrilleros, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Qué hacéis aquí? No sois de Londres.

—No, señor. Somos de Hertfordshire.

—¿De qué parte de Hertfordshire?

—Saint Albans.

—¿Y os dedicáis a vagabundear?

—Llegamos a pie ayer. Allí no hay trabajo, pero con venir aquí no hemos sacado nada, y me creo que no vamos a sacar nada en limpio.

—Desde luego, aquí no —dice el señor Bucket, volviendo la cabeza hacia las figuras que yacen inconscientes en el suelo.

—Y tanto que no —replica la mujer, con un suspiro—. Jenny y yo lo sabemos de sobras.

Aunque el cuarto tiene dos o tres pies más de altura que la puerta, tiene el ennegrecido techo tan bajo, que el más alto de los visitantes lo tocaría con la cabeza si se irguiera. Es ofensivo para todos los sentidos; incluso el velón arde con una llama pálida y enfermiza en ese aire contaminado. Hay dos bancos alargados y otro más alto que hace de mesa. Los hombres yacen dormidos en el mismo punto en el que cayeron, pero las mujeres están sentadas al lado del velón. La mujer que ha hablado lleva en brazos un niño muy pequeño.

—¿Qué edad tendrá esa criatura? —pregunta Bucket—. No parece tener más de un día —y ahora habla sin ninguna aspereza al iluminar suavemente al bebé con la linterna. Al señor Snagsby le trae un recuerdo extraño de otro niño, envuelto en un halo de luz, al que ha visto en los cuadros.

—Todavía no ha cumplido las tres semanas, señor —dice la mujer.

—¿Es hijo tuyo?

—Mío.

La otra mujer, que se inclinaba hacia el bebé cuando entraron ellos en el cuarto, vuelve a inclinarse y le da un beso mientras él sigue durmiendo.

—Pareces quererlo tanto como si fuera hijo tuyo —dice el señor Bucket.

—Tuve uno igual que él, señor, y murió.

—¡Ay, Jenny, Jenny! —le dice la otra mujer—. Más vale así. ¡Más le vale haber muerto que seguir vivo, Jenny! ¡Mucho más!

—Bueno, no serás tan antinatural como para desear que muera tu propio hijo, ¿verdad? —exclama el señor Bucket severamente.

—Bien sabe Dios que no, señor —le responde ella—. Le defendería con mi

propia vida si pudiera, igual que cualquier señorona.

—Entonces no digas esas cosas —dice el señor Bucket, que vuelve a ablandarse—. ¿Por qué las dices?

—Me vino a la cabeza, señor —replica la mujer, cuyos ojos se llenan de lágrimas—, al ver cómo duerme el pobrecito. Si no se volviera a despertar, me daría una que me tomarían por loca. Eso lo sé muy bien. Yo estaba con Jenny cuando ella perdió al suyo, ¿no es verdad, Jenny?, y sé la pena que le dio. Pero mire usted este sitio. Míreles —contemplando a los que duermen en el suelo—. Mire al chico que están buscando, que ha salido a hacer una buena obra. ¡Piense en los chicos que tanto trabajo le dan a usted, y cómo los ve usted crecer!

—Bueno, bueno —dice el señor Bucket—, si le educas para que sea honrado, será la alegría de tu vida y el báculo de tu vejez, ya verás.

—Es lo que pienso intentar —responde ella, secándose los ojos—. Pero esta noche, como estaba tan cansada y con los dolores de la fiebre, he estado pensando en todas las cosas con que va a tropezar. Mi hombre se opondrá, y le pegará, y verá cómo me pega a mí, y tendrá miedo de venir a casa, y se puede desviar del buen camino. Aunque yo me mate a trabajar por él con todas mis fuerzas, no tengo a nadie que me ayude, y si se hace malo, haga yo lo que haga, y si llega un día en que cuando le esté velando el sueño le veo cambiado y endurecido, ¿no le parece normal que cuando le veo dormido en mis brazos piense que más le valdría morirse, igual que se murió el de Jenny?

—¡Vamos, vamos! —dice Jenny—. Liz, estás cansada y enferma. Déjamele a mí.

Y al tomarlo en brazos desplaza la pañoleta de la madre, pero se la vuelve a arreglar rápidamente sobre el seno herido y contusionado en el que reposaba el bebé.

—Es mi hijo muerto —dice Jenny, que se pasea arriba y abajo arrullando al bebé— el que me hace querer tanto a este niño, y es mi hijo muerto el que hace que ella también le quiera tanto y hasta pensar que se le pueden quitar. Mientras ella piensa en eso, yo pienso en la suerte que sería si pudiera recuperar a mi cariñín. ¡Pero las dos pensamos en lo mismo, aunque no lo sepamos decir bien, porque somos unas pobres desgraciadas!

Mientras el señor Snagsby se suena la nariz y emite una tosecilla de solidaridad, se oyen pisadas fuera. El señor Bucket ilumina la puerta con su linterna y pregunta al señor Snagsby:

—¿Y qué dice usted del Chico Duro? ¿Es éste?

—Es Jo —dice el señor Snagsby.

Jo aparece estupefacto e inmóvil en medio del círculo de luz, como una figura harapienta en el centro de una linterna mágica, tembloroso al pensar que ha infringido la ley por no haber circulado lo suficiente. Sin embargo, como el señor Snagsby lo consuela con la seguridad de que «no se trata más que de un trabajo que te van a

pagar, Jo», se recupera, y cuando el señor Bucket se lo lleva afuera para sostener una pequeña conversación en privado, cuenta su historia satisfactoriamente, aunque sin aliento.

—Ya lo he arreglado con el chico —dice el señor Bucket a su regreso—, y todo está en orden. Ahora estamos pendientes de usted, señor Snagsby.

Primero, Jo tiene que terminar su buena obra y entregar la medicina que ha ido a buscar, cosa que hace con las lacónicas instrucciones siguientes: «Hay que tomarlo de golpe». Después, el señor Snagsby tiene que dejar en la mesa media corona, su panacea universal para una variedad inmensa de aflicciones. En tercer lugar, el señor Bucket tiene que tomar a Jo por el brazo, un poco encima del codo, para que ande un poco por delante de él, sin cuyo ritual no se podría llevar profesionalmente al Chico Duro ni a ningún otro sujeto a Lincoln's Inn Fields. Una vez adoptadas esas disposiciones, desean buenas noches a las dos mujeres y vuelven a salir a la oscuridad y la fetidez de Tomsolo.

Salen de allí gradualmente por los mismos caminos malolientes por los que descendieron a aquel abismo; rodeados de una multitud que va y viene y silba y los acecha, hasta llegar al límite donde devuelven las linternas al agente. Allí, la multitud, cual un grupo de demonios enjaulados, se da la vuelta dando gritos, y desaparece. Van primero a pie y luego en coche por calles más despejadas y más frescas, por calles que jamás hasta ahora le habían parecido al señor Snagsby tan claras y tan frescas, hasta llegar a la puerta del señor Tulkinghorn.

Mientras suben las sombrías escaleras (pues las oficinas del señor Tulkinghorn están en el primer piso), el señor Bucket menciona que lleva en el bolsillo la llave de la puerta de fuera, y que no hace falta llamar. Para una persona tan experta en este género de cosas, Bucket tarda en abrir la puerta, y además hace bastante ruido. Quizá esté advirtiendo de su llegada.

En todo caso, por fin llegan al vestíbulo, donde arde una lámpara, y pasan al despacho habitual del señor Tulkinghorn, donde estaba bebiendo su vino añejo esta noche. No está él, pero sí están sus dos anticuados candelabros, y el aposento está medianamente iluminado.

El señor Bucket, que sigue agarrando profesionalmente a Jo, y parece al señor Snagsby estar dotado de un número ilimitado de ojos, da unos pasos por el interior del despacho cuando Jo da un respingo y se para.

—¿Qué pasa? —pregunta Bucket, en susurros.

—¡Ahí está! —exclama Jo.

—¿Quién?

—¡La señora!

En medio del aposento, donde cae la luz sobre ella, hay una figura femenina, envuelta en velos. Está inmóvil y en silencio. La figura está frente a ellos, pero no

hace caso de su entrada y sigue erguida como una estatua.

—Ahora, dime cómo sabes que es esa señora —inquire el señor Bucket, en voz alta.

—Conozco ese velo —replica Jo, mirando fijamente—, y el sombrero, y el *vestío*.

—No te vayas a equivocar, Duro —advierte Bucket, que lo observa atento—. Fíjate bien.

—Me estoy fijando *tó* lo que puedo —dice Jo con los ojos desorbitados— y es el mismo velo, el mismo sombrero y el mismo *vestío*.

—¿Y los anillos que me dijiste? —pregunta Bucket.

—Son éstos que le brillan —dice Jo, frotándose los dedos de la mano izquierda con los nudillos de la derecha, sin apartar la mirada de la figura.

Ésta se quita el guante derecho y muestra la mano.

—Y ahora, ¿qué dices? —pregunta Bucket.

Jo niega con la cabeza:

—No son esos anillos, ni *ná*. No es la misma mano.

—¿Qué dices? —repite Bucket, aunque evidentemente se siente complacido, y mucho.

—La otra tenía la mano mucho más blanca, mucho más *delicá* y mucho más chica.

—Bueno, y a la próxima me vas a decir que yo soy mi madre —dice el señor Bucket—. ¿Te acuerdas de la voz de la señora?

—Creo que sí —dice Jo.

La figura habla:

—¿Era mi voz? Seguiré hablando todo el tiempo que quieras, si no estás seguro. ¿Era mi voz, o se parecía a mi voz?

Jo contempla, sorprendido, al señor Bucket.

—¡No se parece *ná*!

—Entonces, ¿por qué dijiste que ésta era la señora? —replica el temible personaje, señalando a la figura.

—Pues —dice Jo, con una mirada perpleja, pero sin sentir su confianza quebrantada en lo más mínimo—, pues porque es el velo, y el sombrero y el *vestío*. Es ella y no es ella. No es la misma mano, ni los anillos, ni la voz. Pero es el mismo velo, y el sombrero y el *vestío*, y le caen igual que le caían a ella, y es igual de alta que ella, y me dio un soberano y se fue.

—¡Bueno! —dice el señor Bucket pausadamente—, no nos has valido de gran cosa. Pero, en todo caso, ten cinco chelines. Ten cuidado cómo los gastas, y no te metas en líos. —Cuenta furtivamente las monedas que tiene en una mano y se las pasa a la otra como si fueran fichas de juego, cosa que es costumbre en él, pues las usa a menudo para hacer pequeños juegos de prestidigitación, y después se las pone

al chico en la mano en un montoncito y lo lleva hasta la puerta, dejando al señor Snagsby, muy poco tranquilo en tan misteriosas circunstancias, a solas con la figura velada. Pero cuando el señor Tulkinghorn entra en el despacho, se levanta el velo y aparece una francesa de bastante buen aspecto, aunque con una expresión muy tensa.

—Gracias, Mademoiselle Hortense —dice el señor Tulkinghorn con su habitual ecuanimidad—. No la molestaré más con esta pequeña apuesta.

—¿Tendrá usted la amabilidad de recordar, señor, que actualmente estoy sin empleo? —pregunta mademoiselle.

—¡Desde luego, desde luego!

—¿Y de hacerme el favor de darme su influyente recomendación?

—Evidentemente, Mademoiselle Hortense.

—La palabra del señor Tulkinghorn vale mucho.

—No le faltará a usted, Mademoiselle.

—Tenga usted la seguridad de que le quedo muy agradecida, señor.

—Buenas noches.

Mademoiselle se marcha con una elegancia innata, y el señor Bucket, a quien, en caso de necesidad, el papel de maestro de ceremonias también le resulta muy natural, la acompaña hasta el piso de abajo, no sin una cierta galantería.

—¿Qué le parece, Bucket? —le pregunta Tulkinghorn cuando regresa.

—Todo coincide, señor, tal como había previsto yo que coincidiría. No cabe duda de que era la otra con el vestido de ésta. El chico fue muy preciso en cuanto a los colores y todo lo demás. Señor Snagsby, le di mi palabra de que podría marcharse tranquilo. ¡No me diga que no la he cumplido!

—La ha cumplido usted, señor —contesta el papelerero—, y si ya no le hago falta, señor Tulkinghorn, creo que mi mujercita se estará poniendo nerviosa y...

—Gracias, Snagsby; ya no lo necesito —dice el señor Tulkinghorn—. Le estoy muy agradecido por las molestias que se ha tomado.

—No hay de qué, señor. Muy buenas noches.

—Mire usted, señor Snagsby —dice el señor Bucket cuando lo acompaña a la puerta y mientras le estrecha la mano reiteradamente—, lo que me agrada de usted es que es muy discreto; eso es lo que me agrada. Cuando sabe usted que ha actuado correctamente, lo olvida; acabó el asunto, y no hay más que hablar. Eso es lo que me agrada.

—Desde luego, es como me gusta actuar —responde el señor Snagsby.

—No, no se hace usted justicia. No es como le gusta a usted actuar, sino como actúa. Eso es lo que más aprecio yo en las personas de su profesión.

Snagsby da una respuesta adecuada, y se va a su casa tan confuso por los acontecimientos de la velada, que no sabe si está despierto o no, duda de la realidad de las calles que recorre, duda de la realidad de la luna que brilla sobre su cabeza.

Deja de dudar de todas esas cosas al enfrentarse con la realidad indiscutible de la señora Snagsby, que está sentada en medio de una perfecta colmena formada por bigudíes y gorro de dormir, que ha enviado Guster a la comisaría de policía a informar oficialmente de que han secuestrado a su marido y que en las dos últimas horas ha pasado con el mayor decoro por todo género de desvanecimientos. Pero, como dice con sentimiento la mujercita, ¡nadie se lo agradece!

23. La narración de Esther

Volvimos a casa después de pasar seis semanas muy agradables en la del señor Boythorn. Salíamos a menudo al parque, y raras veces pasábamos junto al Pabellón en el que nos habíamos refugiado, sin entrar a hablar con la mujer del guardabosques, pero no volvimos a ver a Lady Dedlock más que los domingos, en la iglesia. En Chesney Wold había invitados, y aunque ella estaba rodeada de caras hermosas, la suya seguía manteniendo para mí la misma fascinación que la primera vez. Ni siquiera ahora estoy del todo segura de si aquello era doloroso o agradable; de si me atraía a ella o me alejaba de ella. Creo que la admiraba con una especie de temor, y sé que en su presencia mis ideas siempre retrocedían, igual que la primera vez, a aquellos tiempos de mis primeros años.

En más de uno de aquellos domingos llegó a ocurrírseme que lo mismo que tan curiosamente representaba aquella dama para mí, lo representaba yo para ella; quiero decir que yo inquietaba sus pensamientos tanto como ella influía en los míos, aunque de forma diferente. Pero cuando la miraba a hurtadillas y la veía tan compuesta, tan distante e inaccesible, pensaba que aquello era una debilidad tonta de mi parte. De hecho, consideraba que todo mi estado de ánimo a su respecto era débil e irracional, y trataba de corregirlo en todo lo posible.

Ocurrió un incidente, poco antes de que nos fuéramos de la casa del señor Boythorn, que debo mencionar ahora.

Estaba yo paseándome por el jardín, con Ada, cuando me dijeron que tenía una visita. Al entrar en la salita donde me esperaba aquella persona, vi que era la doncella francesa que se había quitado los zapatos para andar por la hierba mojada, aquel día de los truenos y los relámpagos.

—Mademoiselle —comenzó a decir, mirándome fijamente con aquellos ojos tan intensos, aunque, por lo demás, tenía un aspecto agradable, y hablaba sin insolencia ni servilismo—, me he tomado una gran libertad al venir aquí, pero como es usted tan amable, Mademoiselle, sabrá perdonarme:

—No hay nada que perdonar —repliqué— si lo que desea usted es hablar conmigo.

—Eso es lo que deseo, Mademoiselle. Mil gracias por darme permiso. Me autoriza usted a hablar con usted, *¿n'est ce pas?* —preguntó rápida y espontáneamente.

—Desde luego —respondí.

—¡Es usted tan amable, Mademoiselle! Entonces, escuche, por favor. He dejado a Milady. No lográbamos ponernos de acuerdo. Milady es tan altiva, ¡tan altanera! ¡Perdón, Mademoiselle! ¡Tiene usted razón! —Con su agilidad mental, se había adelantado a lo que iba yo a decir inmediatamente, pero no había hecho más que

pensar—. No me corresponde a mí venir a quejarme de Milady. Pero digo que es altanera, muy altanera. No diré ni una palabra más. Eso lo sabe todo el mundo.

—Continúe, por favor —insté.

—Desde luego; Mademoiselle, le agradezco su cortesía. Mademoiselle, tengo un deseo inexpressable de hallar empleo con una señorita que sea buena, educada y bella como un ángel. ¡Ah, si pudiera tener el honor de ser su doncella!

—Lo siento, pero... —comencé.

—¡No me rechace tan pronto, Mademoiselle! —dijo, con una contracción involuntaria de sus finas cejas negras— ¡Déjeme un momento de esperanza! Mademoiselle, sé que este servicio sería menos brillante que el que acabo de abandonar. Bueno, eso es lo que deseo. Sé que este servicio sería menos distinguido que el que acabo de abandonar. ¡Bueno! Eso es lo que deseo. Sé que aquí cobraría menos. Bien. No me importa.

—Le aseguro —dije, muy inquieta ante la mera idea de tener una doncella así— que yo no tengo doncella...

—Ah, Mademoiselle, pero ¿por qué no? ¡Por qué no, cuando puede usted tener a alguien que le sea totalmente leal! ¡Alguien que estaría encantada de servirla, que le sería tan fiel, tan celosa de sus cosas, tan leal día tras día! Mademoiselle, deseo con todo mi corazón entrar a su servicio. No hablemos de dinero por ahora. Tómeme tal como vengo. ¡Por nada!

Hablaba con tal fervor que di un paso atrás, casi asustada de ella. Como sin darse cuenta, en su andar seguía avanzando hacia mí, y hablaba rápidamente y en voz baja, aunque siempre con cierta elegancia y corrección.

—Mademoiselle, yo soy del *Midi*, donde somos de temperamento vivo, y donde queremos o no queremos con todas nuestras fuerzas. Milady era demasiado altanera para mí, yo era demasiado altanera para ella. Eso ya pasó, se acabó, ¡se terminó! Recíbame a su servicio, y seré una buena doncella. Haré por usted más cosas de las que se pueda usted figurar. ¡Chist!, Mademoiselle, estoy dispuesta a..., da igual. Haré todo lo que me sea posible en todo. Si me acepta usted a su servicio, no se arrepentirá. Mademoiselle, usted no se arrepentirá, y yo seré una buena doncella. ¡No lo puede usted ni imaginar!

En la cara se le reflejaba una temible energía, mientras me contemplaba al explicarle yo que me era imposible contratarla (sin considerar necesario explicarle lo poco que deseaba hacerlo), lo cual pareció provocar la aparición ante mí de una mujer de las calles de París durante el Terror. Me escuchó sin interrumpirme, y después dijo, con su atractivo acento y con voz muy pausada:

—Bien, Mademoiselle, ya he recibido mi respuesta. Lo siento. Pero ahora tengo que ir a otra parte, a buscar lo que no he podido encontrar aquí. ¿Tendrá usted la bondad de permitirme que le bese la mano?

Me miró con más intensidad al tomármela, y durante aquel contacto momentáneo pareció tomar nota de cada una de las venas que la recorrían.

—Me temo haberla sorprendido, Mademoiselle, el día de la tormenta, ¿no? —preguntó, con una reverencia de despedida.

Confesé que nos había sorprendido a todos.

—Hice un juramento, Mademoiselle —dijo, con una sonrisa, y quería dejármelo grabado en la cabeza, para cumplirlo fielmente—. ¡Y es lo que voy a hacer! ¡*Adieu*, Mademoiselle!

Así terminó nuestra conferencia, lo cual celebré mucho. Supuse que se iría del pueblo, pues no la volví a ver, y no ocurrió nada que perturbara nuestras apacibles diversiones veraniegas hasta que pasaron las seis semanas y volvimos a casa, como acababa de decir.

En aquella época, y durante muchas semanas después, las visitas de Richard fueron constantes. Además de venir todos los sábados y domingos, y quedarse con nosotros hasta el lunes por la mañana, a veces venía a caballo, inesperadamente, pasaba la velada con nosotros y volvía a marcharse a la mañana siguiente. Estaba tan animado como siempre, y nos decía que trabajaba mucho, pero yo no estaba tranquila a su respecto. Me parecía que todo su trabajo estaba mal orientado. No podía ver que lo llevara a ninguna parte, más que a la formación de esperanzas ilusorias relativas del pleito, que ya había sido la causa perniciosa de tanto dolor y tanta ruina. Nos decía que había llegado a la clave del misterio, y estaba perfectamente al tanto de que el testamento en virtud del cual corresponderían a Ada y a él no sé cuántos miles de libras, tenía que aclararse definitivamente, *de suponer que* en el Tribunal de Cancillería existía el más mínimo sentido de la Justicia (¡pero qué grande sonaba aquel «*de suponer que*» a mis oídos!), y que ya no podía faltar mucho para aquella feliz conclusión. Se lo demostraba a sí mismo con todos los argumentos gastados que había leído en ese sentido, y cada uno de ellos le hacía sumirse más en su ilusión. Incluso había empezado a frecuentar el Tribunal. Nos dijo que allí veía a diario a la señorita Flite, que hablaban y que, al mismo tiempo que se reía de ella, en el fondo de su alma la compadecía. Pero nunca se imaginó —¡nunca, mi pobre, mi querido, mi optimista Richard!— el vínculo fatal que se iba forjando entre su propia y lozana juventud y la ajada ancianidad de ella; entre sus esperanzas de libertad y los pájaros enjaulados de ella, metida en su buhardilla famélica y víctima de sus desvaríos.

Ada lo amaba demasiado para desconfiar de él en nada de lo que hiciera o dijera, y aunque mi Tutor se quejaba a menudo del viento de Levante y pasaba más tiempo que de costumbre leyendo en el Gruñidero, mantenía un silencio estricto en relación con el tema. Por eso, un día en que fui a Londres a ver a Caddy Jellyby, que me había llamado, pensé en pedir a Richard que me esperase en la estación de las diligencias, con objeto de charlar un rato con él. Allí lo encontré a mi llegada, y nos fuimos del

brazo.

—Bueno, Richard —dije en cuanto me pareció que podíamos hablar en serio—, ¿empiezas a sentirte más asentado?

—¡Desde luego, amiga mía! —replicó Richard—. Estoy bastante bien.

—Ya lo has dicho antes, mi querido Richard.

—Y no te parece respuesta, ¿verdad? ¡Bueno! Quizá no lo sea. ¿Asentado? ¿Quieres decir si tengo la sensación de que me voy asentando?

—Sí.

—Pues no, no podría afirmar que me voy asentando —dijo Richard, acentuando la última palabra, como para subrayar su dificultad—, porque es imposible asentarse mientras siga sin asentarse todo este asunto. Cuando digo «asunto», me refiero, naturalmente, a... al tema prohibido. —¿Crees que llegará a asentarse alguna vez? —pregunté.

—No me cabe la menor duda —afirmó Richard.

Seguimos paseando un rato en silencio, y poco después Richard volvió a hablarme con su voz más franca y emocionada:

—Mi querida Esther, te comprendo, y te aseguro que me gustaría ser más constante. No me refiero a mi constancia para con Ada, pues la quiero mucho, cada día más, sino constante conmigo mismo (no logro expresar bien lo que quiero decir, no sé por qué, pero estoy seguro de que me comprendes). Si fuera más constante, me habría aferrado como una lapa a Badger, o Kenge y Carboy, y estaría ya trabajando de manera metódica y sistemática, y no tendría deudas, y...

—¿Tienes deudas, Richard?

—Sí —dijo Richard—, tengo algunas deudas, mi querida Esther. Y además paso demasiado tiempo en los billares y sitios por el estilo. Ahora que te he confesado mis crímenes, seguro que me desprecias, ¿verdad, Esther?

—Sabes perfectamente que no —dije.

—Eres más generosa conmigo de lo que lo soy yo muchas veces —me replicó—. Querida Esther, soy un pobre diablo, por no estar más asentado; pero ¿cómo *puedo* estar más asentado? Si tú vivieras en una casa sin terminar, no podrías asentarte en ella; si estuvieras condenada a dejar sin terminar todo lo que emprendieras, te parecería difícil aplicarte a nada, y, sin embargo, ése es mi caso, por desgracia. Yo nací en medio de este litigio inacabado, con todas sus fluctuaciones y todas sus posibilidades, y empezó a desasentarme antes de que yo pudiera comprender la diferencia que hay entre un pleito y un crédito, y ha seguido teniéndome desasentado toda mi vida; y aquí me tienes ahora: consciente a veces de que soy un inútil, e indigno de amar a mi confiada prima Ada.

Estábamos en un lugar solitario, y al decir aquellas palabras se llevó las manos a los ojos y exhaló un gemido.

—¡Ay, Richard —le dije—, no sufras tanto! Eres de carácter noble, y es posible que el amor de Ada te haga cada día más digno de ella.

—Ya lo sé, amiga mía —replicó, apretándome el brazo—, lo sé perfectamente. No te preocupes por verme un poco débil en estos momentos, porque llevo mucho tiempo pensando en todo el asunto, y a veces me he propuesto hablar contigo, y unas veces me ha faltado la oportunidad y otras el valor. Sé lo que debería inspirarme el pensar en Ada, pero no me vale de nada. Estoy demasiado desasentado incluso para eso. La quiero con toda mi alma, y, sin embargo, no actúo bien con ella al no actuar bien conmigo mismo todos los días y a todas horas. Pero esto no va a durar eternamente. Hemos de llegar a una última audiencia, y el fallo nos será favorable, ¡y entonces veréis tú y Ada de lo que soy verdaderamente capaz yo!

Me había angustiado al oírlo sollozar y ver que se llevaba las manos a los ojos para contener las lágrimas, pero aquello me afectó infinitamente menos que la animación y la esperanza con que pronunció las últimas palabras.

—He estudiado bien los documentos, Esther; llevo meses estudiándolos —continuó diciendo, recuperando de golpe su tono alegre—, y puedes creerme si te digo que vamos a ganar. ¡Sabe el Cielo que llevamos años de retraso, y eso no puede sino aumentar la probabilidad de que el caso termine rápidamente! De hecho, ya está inscrito en el calendario de los Tribunales. ¡Todo va a arreglarse, y entonces verás!

Recordé que acababa de colocar a los señores Kenge y Carboy en la misma categoría que al señor Badger, y le pregunté cuándo se proponía firmar su pasantía en Lincoln's Inn.

—¡Vuelta a lo mismo! Creo que nunca, Esther —respondió con un esfuerzo—. Creo que ya me basta de eso. Después de trabajar en Jarndyce y Jarndyce como un forzado, se ha saciado mi sed de Derecho, y me he convencido de que no me gusta. Además, me da la sensación de que cada vez me desasienta más el estar constantemente en el lugar de la acción. De manera que, naturalmente, ¿en qué puedo pensar? —terminó Richard, que había recuperado su confianza.

—No puedo imaginármelo —dije.

—No te pongas tan seria —replicó Richard—, porque, mi querida Esther, es lo mejor que puedo hacer, estoy seguro. No es como si quisiera una profesión para toda la vida. El proceso tiene que llegar a su fin, y entonces tendré una buena posición. No. Para mí se trata de una actividad que es, por su propia índole, más o menos desasentada, y, por lo tanto, adecuada para mi condición actual... Debería decir la más adecuada. ¿Qué es, entonces, lo que estoy pensando?

Lo miré, y negué con la cabeza.

—¡Qué va a ser, sino el ejército! —dijo Richard, con tono de total convencimiento.

—¡El ejército! —exclamé.

—Pues claro que el ejército. Lo que pasa es que tengo que conseguir un despacho, y después ¡estoy colocado! —dijo Richard.

Y después me demostró, me probó con cálculos complicados en su cuaderno de bolsillo, que de suponer que hubiera contraído, por ejemplo, deudas por valor de 200 libras en seis meses, antes de entrar en el ejército, y que en el mismo período de tiempo no contrajera ninguna, dentro del ejército, acerca de lo cual estaba perfectamente decidido, esa medida debía implicar un ahorro de 400 libras al año, que era una suma considerable. Y después habló de forma tan ingenua y sincera del sacrificio que había hecho al alejarse durante un cierto tiempo de Ada, y de la seriedad con la que aspiraba —como verdaderamente pensaba que aspiraba, lo sé— a devolverle su amor y garantizar su felicidad, y a vencer sus propias debilidades, y a convertirse en el alma misma de la decisión, que me dio gran dolor de corazón. Porque yo pensaba: «¿cómo acabaría esto, cómo podría acabar todo esto, cuando tan pronto y de forma tan segura todas sus cualidades viriles estaban afectadas por la feroz plaga que destrozaba todas las cosas sobre las cuales caía?»

Hablé a Richard con todo mi sentimiento y con toda la esperanza que entonces no podía sentir, y le imploré que, por amor de Ada, no depositara ninguna confianza en la Cancillería (en la que nadie confiaba y que todo el mundo contemplaba con temor, desprecio y horror; le supliqué que la viera como algo tan flagrante y tan perverso que, salvo un milagro, jamás podría producir nada bueno para nadie).

Richard asintió complaciente a todo lo que le dije; con un fácil menosprecio del Tribunal y de todo lo demás, y trazó una imagen brillantísima de la vida que iba a llevar, ¡ay!, cuando aquel terrible proceso se resolviera. Nuestra conversación fue muy larga, pero en el fondo siempre volvía al mismo tema.

Por fin llegamos a Soho Square, donde me había dado cita Caddy Jellyby, por tratarse de un lugar tranquilo y cercano a Newman Street. Caddy estaba en el jardincillo del centro, y vino corriendo en cuanto me vio. Tras unas palabras alegres, Richard nos dejó a solas.

—Prince tiene un alumno enfrente de aquí, Esther —dijo Caddy—, y nos ha dejado la llave. Así que, si quieres venir conmigo, nos podemos ir allí y te puedo decir con tranquilidad por qué quería verte, amiga mía.

—Muy bien, guapa —dije—. Encantada.

De manera que Caddy, tras darme un pellizco en la carita, como decía ella, cerró la puerta, me tomó del brazo y empezamos a darnos unas vueltas por el jardincillo.

—Ya sabes, Esther —dijo Caddy, a quien le gustaba mucho hablar en confianza—, que cuando me dijiste que estaría mal casarme sin decírselo a Mamá, o incluso mantener en secreto nuestro compromiso mucho tiempo (aunque he de decir que no creo que yo le importe mucho a Mamá), me pareció que debía mencionar tus opiniones a Prince. En primer lugar, porque creo que debo aprovechar todo lo que me

dices tú, y en segundo lugar, porque no tengo secretos para Prince.

—¿Y estuvo de acuerdo, Caddy?

—¡Ah, querida mía! Te aseguro que estaría de acuerdo con cualquier cosa que tú dijeras. ¡No tienes idea de la opinión que tiene de ti!

—¿De verdad?

—Esther, pondría celosa a cualquiera que no fuera yo —dijo Caddy, riéndose y meneando la cabeza—, pero a mí me hace muy feliz, porque eres la primera amiga que he tenido en mi vida, y la mejor que puedo tener, y nadie puede respetarte y quererte demasiado para mi gusto.

—Te aseguro, Caddy —respondí—, que participas en la conspiración general para que yo esté siempre de buen humor. Pero ¿qué me ibas a contar?

—¡Bueno! Lo que te iba a contar —replicó Caddy, cruzando las manos sobre mi brazo, en gesto de confianza era que hablamos mucho del asunto, y le dije a Prince: «Prince, como la señorita Summerson...»

—¡Espero que no dijeras «la señorita Summerson»!

—¡No, claro! —exclamó Caddy, muy complacida y con la cara más radiante del mundo—. Dije «Esther». Le dije a Prince: «Como Esther está muy convencida de eso, Prince, y así me lo ha expresado, y es lo que repite cuando me envía esas notas tan amables, que tanto te gusta que te lea, estoy dispuesta a revelar la verdad a Mamá en cuanto te parezca bien. Y creo, Prince (añadí), que Esther piensa que yo estaría en mejor posición, más fiel y más honorable en todo, si tú hicieras lo mismo con tu Papá.»

—Si, guapita —dije—. Desde luego, eso es lo que piensa Esther.

—¡Ya ves que tenía razón yo! —exclamó Caddy—. Bueno, aquello dejó a Prince de lo más preocupado, no porque sintiera la menor duda al respecto, sino porque tiene tan en consideración los sentimientos del señor Turveydrop padre, y temía que el anciano caballero tuviera un ataque, o se desmayara, o le ocurriera algo si se lo comunicaba. Temía que el señor Turveydrop pensara que era un desagradecido, y que el golpe fuera demasiado para él. Porque ya sabes, Esther —continuó Caddy—, que el señor Turveydrop es persona de magnífico porte, y es sumamente sensible.

—¿De verdad, hija?

—Sí, sumamente sensible. Es lo que dice Prince. Y por eso mi hijito querido... No quería utilizar ese término delante de ti, Esther —se excusó Caddy, toda sonrojada—, pero, en general, llamo a Prince mi hijito querido.

Me reí, y también se rió Caddy, ruborizada, y continuó diciendo:

—Eso lo ha dejado, Esther...

—¿Dejado a quién, hija?

—¡Qué mala eres! —dijo Caddy, con la carita encendida y riéndose—. ¡A mi hijito querido, si es que insistes! Eso lo ha dejado inquietísimo desde hace semanas, y

no hace más que retrasarlo de un día para otro, precisamente por esa inquietud. Por fin me ha dicho: «Caddy, si pudiéramos convencer a la señorita Summerson, a quien tanto admira mi padre, para que estuviera presente cuando yo hablara del tema, creo que podría decírselo». Y yo le prometí que te lo pediría. Y además decidí —añadió Caddy, mirándome con una mezcla de esperanza y timidez— que si consentías, después te pediría que vinieras conmigo a ver a Mamá. A eso me refería cuando te decía en mi escuela que tenía que pedirte un gran favor y una gran ayuda. Y si pudieras hacérmelo, Esther, te estaríamos los dos muy agradecidos.

—Vamos a ver, Caddy —dije, haciendo como que reflexionaba—. La verdad es que creo que podría hacer algo más que eso, en caso de necesidad muy urgente. Hija mía, estoy a tu servicio y al de tu hijito querido, en cuanto me lo digáis.

Caddy quedó transportada por aquella respuesta mía, pues creo que era tan susceptible a la menor amabilidad o el menor aliento como el corazón más tierno que jamás haya latido en el mundo, y tras dar otra vuelta o dos por el jardín, momentos durante los cuales sacó un par de guantes totalmente nuevos, y se puso lo más resplandeciente posible para no desagradar en lo más mínimo al Maestro del Porte, fuimos directamente a Newman Street.

Naturalmente, Prince estaba dando una clase. Lo encontramos ocupado con una alumna no demasiado brillante —una muchachita terca con la frente ceñuda, de voz profunda y con una mamá descontenta y sombría—, cuyo problema, desde luego, no se resolvió con la confusión en la que sumimos a su preceptor. Por fin terminó la lección, tras avanzar de la forma más discordante posible, y cuando la niña se cambió de zapatos y sumergió bajo varios chales su vestido de muselina blanca, se la llevaron. Tras unas palabras de preparativo, fuimos en busca del señor Turveydrop, a quien encontramos, junto con su sombrero y sus guantes, como modelo de buen Porte, en sus apartamentos privados, que eran la única parte cómoda de la casa. Parecía haberse ataviado con toda calma, en los intervalos de una ligera colación, y en torno a él yacían su estuche de tocador, sus cepillos y demás, todo ello de lo más elegante.

—Padre, la señorita Summerson y la señorita Jellyby.

—¡Encantado! ¡Sumo gusto! —dijo el señor Turveydrop, levantándose con su reverencia habitual con los hombros levantados—. ¡Permítanme! —mientras nos acercaba unas sillas—. ¡Siéntense! —mientras se besaba las puntas de los dedos de la mano izquierda—. ¡Qué alegría! —mientras cerraba los ojos y se mecía de costado—. Mi pequeño retiro se convierte en un paraíso —mientras se recomponía en el sofá, como segundo caballero de Europa [68]. Ya ve usted, señorita Summerson —dijo—, que seguimos utilizando nuestras humildes artes para afinar, afinar. Y el sexo vuelve a estimularnos, y a recompensarnos con la condescensión de su encantadora presencia. Es una gran cosa, en estos tiempos que corren (y la verdad es que han

degenerado mucho desde los tiempos de Su Alteza Real el Príncipe Regente, mi protector, si se me permite decirlo) advertir que el buen porte no es objeto del total desprecio de la chusma. Que todavía puede gozar con la sonrisa de la Belleza, señorita mía.

No dije nada, lo que me pareció una respuesta adecuada, y él aspiró un poco de rapé.

—Hijo mío —continuó diciendo el señor Turveydrop—, esta tarde tienes cuatro clases. Te recomendaría un bocadillo rápido.

—Gracias, padre —replicó Prince—. No dejaré de ser puntual. Padre querido, ¿puedo pedirle que se prepare para que le dé una importante noticia?

—¡Cielo Santo! —exclamó el modelo, pálido y demudado, cuando se inclinaron ante él Prince y Caddy, tomados de la mano—. ¿Qué es esto? ¿Estás loco? ¿Qué es esto?

—Padre —respondió Prince con gran sumisión—, amo a esta señorita, y estamos comprometidos.

—¡Comprometidos! —gritó el señor Turveydrop, reclinándose en el sofá y tapándose los ojos con la mano—. ¡Mi propio hijo me clava una flecha en el corazón!

—Somos novios desde hace tiempo, padre —tartamudeó Prince—, y cuando la señorita Summerson lo supo, nos aconsejó que se lo dijéramos a usted, y ha tenido la amabilidad de acompañarnos en esta ocasión. La señorita Jellyby es una dama que lo respeta mucho a usted, padre.

El señor Turveydrop exhaló un gemido.

—¡No, padre, por favor! Se lo ruego, padre —exhortó el hijo—. La señorita Jellyby es una dama que lo respeta mucho a usted, y nuestro primer deseo es considerar el bienestar de usted.

El señor Turveydrop sollozó.

—¡No, padre, se lo ruego! —exclamó el hijo.

—Muchacho —dijo el señor Turveydrop—, menos mal que tu santa madre no tiene que experimentar este sufrimiento. Apuñálame sin compasión. ¡En el corazón, hijo mío, en el corazón!

—¡Por favor, no diga eso, padre! —imploró Prince, bañado en lágrimas—. Me hiere profundamente. Le aseguro, padre, que nuestro primer deseo y nuestra primera intención es atender a su bienestar. Caroline y yo no olvidamos nuestra obligación (pues mis obligaciones son las de Caroline, como nos hemos dicho el uno al otro muchas veces), y con su aprobación y su permiso, padre, nos consagraremos a hacerle agradable a usted la vida.

—¡No tengas compasión! —murmuró el señor Turveydrop—. ¡No tengas compasión!

Pero me pareció que estaba escuchando.

—Mi querido padre —contestó Prince—, sabemos muy bien las comodidades a las que está usted acostumbrado y a las que tiene usted derecho, y siempre nos ocuparemos, y nos orgulleceremos, de atender a eso antes que nada. Si nos da usted su bendición, padre, con su aprobación y su consentimiento, no pensaremos en casarnos hasta que a usted le parezca bien, y cuando nos casemos, siempre tendremos a usted, naturalmente, en el primer lugar de nuestras consideraciones. Usted siempre será aquí Amo y Señor, padre, y creemos que sería antinatural por nuestra parte no reconocerlo, ni esforzarnos en todo lo posible por complacerle.

El señor Turveydrop se sometió a un duro combate interno, y volvió a erguirse en el sofá, con los carrillos inflados sobre su corbatín almidonado: un modelo perfecto de Porte paterno.

—¡Hijo mío! —dijo el señor Turveydrop—. ¡Hijos míos! No puedo resistir a vuestra súplica. ¡Que seáis muy felices!

Su benignidad al hacer levantarse a su futura nuera y alargar la mano a su hijo (que se la besó con un respeto y una gratitud llenos de afecto) fue el espectáculo más extraño que jamás hubiera presenciado yo.

—Hijos míos —dijo el señor Turveydrop, abrazando paternalmente a Caddy con el brazo izquierdo cuando se sentó ella a su lado, y colocando elegantemente la mano derecha en la cadera—, hijo mío e hija mía, yo me encargaré de que seáis felices. Cuidaré de vosotros. Viviréis siempre conmigo (lo cual significaba, naturalmente: «viviré siempre con vosotros»); en adelante, esta casa es tan vuestra como mía; consideradla vuestro hogar. ¡Que viváis muchos años para compartirla conmigo!

Tal era la fuerza de su Porte, que verdaderamente ellos se sintieron abrumados de gratitud, como si en lugar de imponerles su presencia para el resto de sus vidas, estuviera haciendo un sacrificio grandioso en favor de ellos.

—En cuanto a mí, hijos míos —dijo el señor Turveydrop—, estoy empezando a marchitarme cual las hojas del, otoño, y es imposible decir cuánto tiempo de Porte caballeresco les queda a estos viejos huesos, a esta trama débil y gastada. Pero, entre tanto, seguiré cumpliendo con mi deber para con la sociedad y apareciendo en público como de costumbre. Mis necesidades son pocas y sencillas. Este pequeño apartamento, los elementos indispensables para mi aseo, mi frugal comida de la mañana y mi parca cena me bastan. Encomiendo a vuestro afecto filial el atender a esas necesidades, y del resto me encargo yo.

Volvieron a quedar abrumados ante tamaña generosidad.

—Hijo mío —continuó diciendo el señor Turveydrop—, en cuanto a esas cuestiones menores en las que adoleces de algún defecto, cuestiones de buen Porte que son innatas en el hombre, que se pueden mejorar con aplicación, pero que nunca se pueden crear, puedes seguir contando conmigo. He sido fiel a mi deber desde la época de Su Alteza Real el Príncipe Regente, y no voy a abandonarlo ahora. No, hijo

mío. Si alguna vez has considerado con orgullo la humilde posición de tu padre, puedes tener la seguridad de que éste nunca hará nada que la empañe. Por tu parte, Prince, como tienes un carácter diferente (no podemos ser todos iguales, ni siquiera sería aconsejable que lo fuéramos), trabaja, sé industrioso, gana dinero y amplía tu círculo en todo lo posible.

—Puede usted contar con que así lo haré, padre, con todo mi corazón —replicó Prince.

—No me cabe duda —dijo el señor Turveydrop—. No tienes cualidades brillantes, hijo mío, pero sí son constantes y meritorias. Y a ambos, hijos míos, no deseo sino declarar, animado por el espíritu de aquella santa Mujer en cuya vida tuve la fortuna de arrojar, creo, algún rayo de luz: ¡cuidad del establecimiento, atended a mis frugales necesidades y recibid mi bendición!

Después, el señor Turveydrop se puso tan galante, para celebrar la ocasión, que hube de decir a Caddy que si queríamos ir aquel mismo día a Thavies Inn, teníamos que marcharnos inmediatamente. Y así nos fuimos, tras una despedida cariñosísima entre Caddy y su prometido, y durante nuestro paseo estaba ella tan feliz, y tan llena de elogios para el señor Turveydrop padre, que yo no hubiera dicho nada en contra de éste por ningún motivo.

La casa de Thavies Inn tenía letreros en las ventanas en los que se anunciaba que se alquilaba, y parecía más sucia, más sombría y más fea que nunca. El nombre del pobre señor Jellyby había aparecido en la Lista de Quiebras hacía sólo un día o dos, y él estaba encerrado en el comedor con dos señores y un montón de sacas azules, libros de contabilidad y documentos, tratando desesperadamente de comprender sus propios negocios. A mí me pareció que estaban totalmente fuera del ámbito de su comprensión, pues cuando Caddy me hizo entrar en el comedor, por equivocación, y vimos al señor Jellyby con sus gafas puestas, arrinconado tristemente entre la gran mesa y aquellos dos señores, parecía haber renunciado a todo y haberse quedado mudo e insensible.

Al subir a la habitación de la señora Jellyby (todos los niños estaban gritando en la cocina, y no se veía a ninguna criada), vimos a aquella dama sumida en una voluminosa correspondencia, abriendo, leyendo y clasificando cartas, con un gran montón de sobre rotos en el suelo. Estaba tan ocupada, que al principio no me reconoció, aunque se quedó mirándome con aquella mirada curiosa, brillante y distante que el era característica.

—¡Ah! ¡Señorita Summerson! —dijo por fin—. ¡Estaba pensando en algo completamente distinto! Espero que esté usted bien. Me alegro de verla. ¿Están bien el señor Jarndyce y la señorita Clare?

Expresé a mi vez el deseo de que el señor Jellyby estuviera bien.

—No del todo, hija mía —dijo la señora Jellyby con toda calma—. Ha tenido

mala suerte en los negocios, y está un poco desanimado. Afortunadamente para mí, estoy tan ocupada que no tengo tiempo para pensar en ello. Ya tenemos a ciento setenta familias, señorita Summerson, con una media de cinco personas cada una, que se han ido o están a punto de irse a la ribera izquierda del Níger.

Yo pensé en la familia tan cerca de nosotras, que no se había ido ni se iba a ir a la ribera izquierda del Níger, y me pregunté cómo podía aquella señora estar tan tranquila.

—Veo que me ha traído usted a Caddy —observó la señora Jellyby con una mirada hacia su hija—. Últimamente resulta excepcional verla. Casi ha dejado su antiguo empleo, y de hecho me obliga a emplear a un muchacho.

—Estoy segura, Mamá... —empezó a decir Caddy.

—Sabes perfectamente, Caddy —interpuso plácidamente su madre—, que *efectivamente* empleo a un muchacho, que ahora está cenando. ¿Por qué me contradices?

—No iba a contradecirte, Mamá —replicó Caddy—. No iba más que a decir que sin duda no querrías tenerme de mera amanuense toda la vida.

—Creo, hija mía —dijo la señora Jellyby, que seguía abriendo sus cartas, echándoles un vistazo con una sonrisa brillante y clasificándolas mientras hablaba—, que tienes ante ti, en tu madre, un ejemplo práctico. Además, ¿una mera amanuense? Si tuvieras alguna solidaridad con los destinos de la raza humana, eso te elevaría por encima de toda idea de ese estilo. Pero no la tienes. Te he dicho muchas veces, Caddy, que no tienes esa solidaridad.

—No con África, Mamá. No la tengo.

—Desde luego que no la tienes. Y si por fortuna no estuviera tan ocupada, señorita Summerson —observó la señora Jellyby mirándome dulcemente un momento, mientras pensaba dónde poner la carta que acababa de abrir—, esto sería para mí motivo de desilusión y de inquietud. Pero tengo tanto en qué pensar en relación con Borriobula-Gha, y es tan necesario que me concentre en ello, que en eso encuentro mi consuelo, como ve usted.

Como Caddy me lanzó una mirada de súplica, y la señora Jellyby contemplaba la lejana África por encima de mi sombrero y de mi cabeza, me pareció una buena oportunidad para entrar en el tema de mi visita, y atraer la atención de la señora Jellyby.

—Quizá —comencé— se pregunte usted qué es lo que me ha hecho venir aquí a interrumpirla a usted.

—Siempre es una alegría para mí ver a la señorita Summerson —respondió la señora Jellyby, que continuaba su actividad con una sonrisa plácida—, aunque desearía que se interesara más por el proyecto de Borriobula —añadió, moviendo la cabeza.

—He venido con Caddy —dije yo— porque Caddy piensa, con razón, que no debe tener secretos con su madre, y supone que la voy a alentar y ayudar (aunque yo no sé cómo) en desvelarle uno.

—Caddy —observó la señora Jellyby, interrumpiéndose un momento en su actividad y continuándola después serenamente tras menear la cabeza—, me vas a decir alguna tontería.

Caddy se desanudó las cintas del sombrero, se lo quitó y, balanceándolo por aquellas mismas cintas, exclamó animada:

—¡Mamá, estoy prometida!

—¡Vamos, no seas ridícula! —observó la señora Jellyby con aire abstraído, mientras miraba la última carta que había abierto—. ¡Eres tonta!

—Estoy prometida, Mamá —gimió Caddy—, con el señor Turveydrop hijo, el de la Academia, y el señor Turveydrop padre (que es todo un caballero) nos ha dado su consentimiento, y te ruego y te imploro que nos des tú el tuyo, Mamá, porque no podría ser feliz sin él. ¡De verdad que no! —dijo Caddy, que se olvidó de todas sus quejas de costumbre y de todo lo que no fuera su afecto natural.

—Ya ve usted, señorita Summerson —observó serenamente la señora Jellyby—, la suerte que tengo de estar tan ocupada como estoy y de tener la necesidad de concentración que tengo. ¡Fíjese, usted, Caddy, prometida con el hijo de un maestro de baile..., mezclándose con gente que no tiene más solidaridad que ella con los destinos de la raza humana! ¡Y eso después de que el señor Quale, uno de los más destacados filántropos de estos tiempos, me ha mencionado que estaba verdaderamente dispuesto a interesarse por ella!

—¡Mamá, siempre he aborrecido y detestado al señor Quale! —gimió Caddy.

—¡Caddy, Caddy! —replicó la señora Jellyby, abriendo otra carta con la mayor complacencia—. No me cabe duda de ello. ¿Cómo podía no ser así, dada tu carencia total de la solidaridad que rebosa en él? Bien, si mis obligaciones públicas no fueran mis hijas predilectas, si no estuviera ocupada con medidas importantes en gran escala, estos detalles mezquinos me entristecerían mucho, señorita Summerson. Pero ¿puedo permitir que la fruslería de una actitud tonta por parte de Caddy (de quien no puedo esperar otra cosa) se interponga entre mí y el gran continente africano? No, no —repitió la señora Jellyby con voz clara y calmada, y con una sonrisa placentera mientras seguía abriendo más cartas y clasificándolas—. Desde luego que no.

Yo estaba tan poco preparada para la perfecta frialdad de aquella recepción, aunque hubiera debido esperarla, que no supe qué decir. Caddy parecía estar igual de desorientada que yo. La señora Jellyby seguía abriendo y clasificando cartas, y repetía de vez en cuando, en tono perfectamente encantador de voz, y con una sonrisa de perfecta compostura: «Desde luego que no».

—Mamá —gimió por fin la pobre Caddy—, ¿no te habrás enfadado?

—Vamos, Caddy, no seas absurda —replicó la señora Jellyby—, ¿para qué haces esas preguntas después de que te dicho lo ocupada que estoy?

—Y entonces, Mamá, ¿nos das tu bendición y nos deseas felicidad? —preguntó Caddy.

—Cuando has hecho una cosa así es que eres una tontita —dijo la señora Jellyby—, y una pequeña degenerada, cuando podrías haberte dedicado a grandes actividades por el bien común. Pero lo hecho, hecho está, y te has comprometido con un muchacho, y no hay más que decir. ¡Y ahora, por favor, Caddy —pues ésta la estaba besando—, no me retrases en mi trabajo y déjame terminar con este montón de papeles antes de que llegue el correo de la tarde!

Pensé que lo mejor que podía hacer era despedirme, pero me detuve un momento cuando Caddy me dijo:

—Mamá, ¿no te importa que lo traiga para que lo conozcas?

—Vamos, Caddy —exclamó la señora Jellyby, que había vuelto a caer en su típica contemplación del infinito—, ¿ya empiezas otra vez? ¿Traer a quién?

—A él, Mamá.

—¡Caddy, Caddy! —dijo la señora Jellyby, cansada ya de aquellos asuntos mezquinos—. Entonces tráelo una tarde que no sea la de Sociedad de Padres, ni la de la Sucursal, ni de la Ramificación. Tienes que ajustar la visita a las exigencias de mi calendario. Mi querida señorita Summerson, ha sido usted muy amable al venir a ayudar a esta bobita. ¡Adiós! Si le digo que tengo 58 cartas nuevas de familias manufactureras deseosas de enterarse de los detalles de la cuestión del Cultivo Indígena y del Café que contestar para mañana, no hace falta que me excuse por tener tan poco tiempo libre.

Cuando bajamos no me sorprendió que Caddy estuviera desanimada, ni que se me volviera a echar al cuello a llorar, ni que dijera que hubiera preferido una reprimenda en lugar de que se la tratara con tal indiferencia, ni que me confiara que estaba tan mal de ropa que no sabía cómo se podía casar dignamente. La fui animando poco a poco, al insistir en la cantidad de cosas que podría hacer por su pobre padre y por Peepy cuando tuviera casa propia, y por fin bajamos a la cocina húmeda y oscura, donde Peepy y sus hermanitos estaban arrastrándose por el piso de piedra, y donde jugamos tanto con ellos que para evitar que me hicieran pedazos me vi obligada a volver a recurrir a mis cuentos de hadas. De vez en cuando oía voces que llegaban del salón de arriba, y algunos movimientos violentos de muebles. Me temo que ese último efecto lo causaba el pobre señor Jellyby al apartarse de la mesa del comedor y abalanzarse hacia la ventana con la intención de tirarse al patio, cada vez que hacía una nueva tentativa de comprender el estado de sus negocios.

Al volver tranquilamente en coche a casa por la noche tras la agitación del día pensé mucho en el compromiso de Caddy y me sentí confirmada en mis esperanzas (a

pesar del señor Turveydrop padre) de que eso la haría estar más feliz y contenta. Y si no había muchas posibilidades de que ella y su marido averiguasen alguna vez lo que era en realidad el modelo de buen Porte, pues tanto mejor, y ¿para qué desear que abrieran los ojos? Yo no se lo deseaba, y de hecho me sentía medio avergonzada de mí misma por no creer del todo en él. Y miré a las estrellas y pensé en quienes viajaban por países remotos y las estrellas que veían ellos, y deseé seguir siendo siempre tan afortunada y tan feliz para ser útil a algunas personas en la modesta escala de mis posibilidades.

Se alegraron tanto al verme de regreso, igual que siempre, que podría haberme sentado a llorar de alegría, si aquella no hubiera sido una forma de mostrarme desagradable con ellos. Todos los de la casa, desde el más humilde hasta el más importante, me mostraron una cara tan radiante de bienvenida, y me hablaron de forma tan animada, y estaban tan contentos de hacer cualquier cosa por mí, que supongo que jamás ha habido ser más afortunado en el mundo.

Nos pusimos tan parlanchines aquella noche, porque Ada y mi Tutor no hacían más que preguntarme acerca de Caddy, que seguí charla que te charla durante mucho tiempo. Por fin subí a mi habitación, toda ruborizada al pensar en lo mucho que había hablado, y después oí un toquecito en mi puerta. Dije: «¡Adelante!», y entró una muchachita muy guapa, vestida totalmente de luto, que me hizo una reverencia.

—Permiso, señorita —dijo la niña con voz suave—. Soy Charley.

—Efectivamente —dije inclinándome asombrada, y le di un beso—. ¡Cuánto me alegro de verte, Charley!

—Permiso, señorita —continuó Charley con la misma vocecita—; soy su doncella.

—¿Charley?

—Permiso, señorita, soy un regalo que le hace a usted el señor Jarndyce con todo su cariño.

Me senté con una mano puesta en el cuello de Charley y la contemplé.

—Y le tengo que decir, señorita —dijo Charley palmoteando mientras le corrían las lágrimas por las mejillas llenas de hoyuelos—, que Tom está en la escuela, ¡y aprende mucho! Y la pequeña Emma está con la señora Blinder, donde la cuidan muy bien. Y Tom habría estado en la escuela, y Emma con la señora Blinder, y yo aquí, mucho antes; sólo que el señor Jarndyce pensó que era mejor que Tom y Emma y yo era mejor que nos fuéramos acostumbrando a estar separados, porque éramos muy pequeños. ¡Por favor, señorita, no llore!

—No puedo evitarlo, Charley.

—No, señorita, y yo tampoco —dijo Charley—. Con su permiso, señorita, le traigo el cariño del señor Jarndyce y él cree que a lo mejor le gusta a usted darme lecciones de vez en cuando. Y con su permiso Tom y Emma y yo nos vamos a ver

una vez al mes. Y estoy muy contenta y muy agradecida, y voy a tratar de ser la mejor doncella del mundo —exclamó Charley emocionada.

—¡Ay, Charley, hija mía, no olvides nunca quién ha hecho todo esto!

—No, señorita; nunca lo olvidaré. Ni Tom. Ni Emma. Fue todo usted, señorita.

—Yo no sabía nada. Fue el señor Jarndyce, Charley.

—Sí, señorita, pero lo ha hecho todo por cariño a usted, y para que fuera usted mi señorita. Con su permiso, señorita, yo soy un regalo que le hace con todo su cariño, y todo lo ha hecho por el cariño que le tiene a usted. Yo y Tom teníamos que acordarnos de eso.

Charley se secó los ojos y se puso en funciones: recorrió mi aposento con su aire de matrona en miniatura y fue doblando todo lo que se encontraba. Por fin volvió a deslizarse a mi lado y repitió:

—Por favor, señorita, no llore.

Y yo volví a decir:

—No puedo evitarlo, Charley.

Y ella repitió:

—No, señorita, y yo tampoco —así que después de todo, efectivamente, lloré de alegría, y ella también.

24. Un caso en recurso

En cuanto Richard y yo celebramos la conversación que ya he relatado, Richard comunicó su estado de ánimo al señor Jarndyce. Dudo de que mi Tutor se sintiera totalmente sorprendido al recibir aquella declaración, aunque le causó gran inquietud y desencanto. Él y Richard solían encerrarse juntos, a última hora de la noche y primera de la mañana, y pasaban días enteros en Londres, además de tener innumerables citas con el señor Kenge y de hacer un sinfín de gestiones desagradables. Mientras estaban ocupados en todo aquello, mi Tutor sufrió considerables incomodidades debidas a las rachas de viento, y se frotó la cabeza con tal constancia que jamás tenía ni un solo pelo en su sitio, pero estuvo tan afable como siempre con Ada y conmigo, aunque mantuvo una reserva constante respecto de aquellos asuntos. Y como todos nuestros esfuerzos no podían extraer del propio Richard sino seguridades generales de que todo marchaba a las mil maravillas y de que por fin estaba todo en orden, no nos tranquilizaba demasiado.

Sin embargo, con el paso del tiempo nos enteramos de que se había presentado al Lord Canciller un nuevo recurso en nombre de Richard, como Menor y Pupilo y no sé qué más, y de que se había hablado mucho de aquello, y de que el Lord Canciller lo había calificado en sesión pública de jovenzuelo malcriado y caprichoso, y de que el asunto habla quedado aplazado y vuelto a aplazar, y remitido, e informado, y sido objeto de recursos, hasta que Richard empezó a dudar (según nos dijo) si, en el caso de que efectivamente llegara a ingresar en el ejército, no sería en calidad de veterano de setenta u ochenta años de edad. Por fin le dieron hora para volver a ver al Lord Canciller en su despacho privado, y allí el Lord Canciller lo amonestó severamente por hacerle perder el tiempo y no saber lo que quería —«¡lo cual no deja de tener gracia, me parece, viniendo de él!»—, comentó Richard— y por fin se resolvió que se accediera a su solicitud. Se presentó una instancia en su nombre en la Caballería de la Guardia para solicitar un despacho de Alférez; se depositó ante un agente el dinero de su garantía [69], y Richard, con su estilo habitual y característico, se lanzó violentamente a los estudios militares, y se levantaba todas las mañanas a las cinco para practicar con el sable.

Así fueron pasando las vacaciones tras el período de sesiones de los tribunales y el período de sesiones tras las vacaciones. A veces oíamos comentar que Jarndyce y Jarndyce había salido en el boletín, o estaba a punto de salir, o iba a mencionarse, y estaba inscrito en el programa, o salía de él. Richard, que ahora estaba estudiando con un profesor en Londres, podía pasar menos tiempo con nosotros que antes; mi Tutor seguía manteniendo la misma reserva y así fue pasando el tiempo hasta que Richard obtuvo su despacho, y con él llegaron las instrucciones de Richard para irse a un regimiento que estaba en Irlanda.

Llegó inmediatamente con aquella información, y celebró una larga conferencia con mi Tutor. Pasó más de una hora antes de que éste metiera la cabeza en la habitación en la que estábamos Ada y yo y nos dijera: «¡Venid, hijas mías!». Fuimos y vimos a Richard, a quien la última vez habíamos encontrado muy animado, apoyado en la repisa de la chimenea, con aspecto mortificado y airado.

—Ada, Rick y yo no estamos de acuerdo —dijo el señor Jarndyce—. ¡Vamos, Rick, no pongas tan mala cara!

—Es usted muy duro conmigo, caballero, —respondió Richard—. Tanto más duro cuanto que siempre ha sido considerado conmigo en los demás respectos, y ha tenido conmigo gestos de amabilidad que jamás olvidaré. Sin usted jamás hubiera podido recuperarme.

—¡Bueno, bueno! —replicó el señor Jarndyce—. Quiero que te recuperes todavía más. Quiero que te recuperes más a tus propios ojos.

—Espero, caballero, que me perdone sí le digo —le dijo Richard, enfadado pero todavía respetuosamente— que acerca de mis cosas creo que el mejor juez soy yo.

—Y yo espero, mi querido Rick, que me excuses si te digo —observó el señor Jarndyce con el máximo de dulzura y buen humor— que es lo más natural que lo creas, pero yo no estoy de acuerdo. Tengo que cumplir con mi deber, Rick, o si no jamás podrías apreciarme cuando hayas recuperado la sangre fría, y espero que siempre me consideres razonable, tanto cuando la hayas recuperado como cuando la pierdas.

Ada se había puesto tan pálida que el señor Jarndyce la hizo sentarse en su propia silla de lectura y se sentó a su lado.

—No es nada, hija mía —le dijo—; no es nada. Rick y yo hemos tenido una mera diferencia amistosa, que hemos de exponerte, pues tú eres el tema de ella. Vaya, ahora te da miedo lo que te voy a decir.

—Ningún miedo, primo John —replicó Ada con una sonrisa—, si procede de usted.

—Gracias, hija. Te ruego que me prestes atención durante un minuto, sin mirar a Rick. Y, mujercita, haz tú lo mismo. Hija mía —dijo, poniendo su mano entre las de ella, en el brazo de la butaca—, ¿recuerdas la conversación que tuvimos los cuatro cuando la mujercita nos habló de una cierta relación amorosa?

—No es probable que ni Richard ni yo olvidemos jamás su amabilidad aquel día, primo John.

—Yo nunca la olvidaré —dijo Richard.

—Ni yo la olvidaré nunca —coreó Ada.

—Tanto más fácil me resulta lo que he de decir y tanto más fácil será que nos pongamos de acuerdo —replicó mi Tutor, con la cara iluminada por la bondad y la rectitud de su corazón—. Ada, pajarito mío, debes saber que Richard acaba de

escoger su profesión por última vez. Todos sus recursos quedarán agotados cuando quede perfectamente equipado. Ha agotado su patrimonio, y en el futuro quedará ligado al árbol que acaba de plantar.

—Es cierto que he agotado mis recursos actuales, y estoy convencido de ello. Pero lo que he poseído hasta ahora —dijo Richard— no es todo lo que me pertenece.

—¡Rick, Rick! —exclamó mi Tutor, con una voz repentinamente aterrada y alterada, y llevándose las manos a la cabeza como para taparse los oídos—. ¡Por el amor de Dios, no busques esperanzas en la maldición de la familia! ¡Hagas lo que haga hasta que estés en la tumba, nunca des ni una ojeada al horrible fantasma que nos persigue desde hace tantos años! ¡Más te vale endeudarte, mendigar, incluso morir!

Todos nos sentimos impresionados por el fervor de aquella advertencia. Richard se mordió los labios, contuvo el aliento y me miró como si comprendiera y supiera que yo comprendía también lo necesaria que le era.

—Ada, hija mía —continuó diciendo el señor Jarndyce, recuperando su animación—, sé que es un consejo muy duro, pero es que vivo en la Casa Desolada y aquí he visto pasar muchas cosas. Pero basta. Ya está comprometido todo lo que Richard tenía para partir en la carrera de la vida. Os recomiendo a ti y a él, tanto por él como por ti misma, que cuando se separe de nosotros lo haga en el entendimiento de que no existe contrato de ningún tipo entre él y tú. Debo ir más lejos. Seré franco. Vosotros habíais de confiar plenamente en mí y yo he de confiar plenamente en vosotros. Os pido que renunciéis totalmente, por el momento, a todo vínculo que no sea el de vuestro parentesco.

—Más valdría decir, caballero —interpuso Richard—, que renuncia usted a toda confianza en mí y que aconseja a Ada que haga lo mismo.

—Más valdría no decir nada por el estilo, Rick, porque no es eso a lo que me refería.

—Usted cree que he empezado mal —replicó Richard—, y es verdad, lo sé.

—Cómo esperaba yo que empezaras y cómo esperaba que siguieras es algo que te dije la última vez que hablamos de estas cosas —dijo el señor Jarndyce con tono cordial y alentador—. Todavía no has empezado, pero hay tiempo para todo, y a ti te queda mucho; de hecho, no ha acabado de llegar del todo. Empieza de nuevo otra vez. Los dos sois primos, y muy jóvenes, hijos míos. Todavía no sois nada más. Lo que llegue de más vendrá como fruto de tus esfuerzos, Rick, y no antes.

—Es usted muy duro conmigo, caballero —dijo Richard—. Más duro de lo que suponía yo que pudiera ser.

—Mi querido muchacho —contestó el señor Jarndyce—, con quien más duro soy es conmigo mismo cuando hago algo que te causa dolor. El remedio lo tienes en tus propias manos. Ada, es mejor para él que esté libre y que no persista entre vosotros

un compromiso juvenil. Rick, es lo mejor para ella; mucho mejor; es lo mínimo que puedes hacer por ella. ¡Vamos! Cada uno de vosotros hará lo que sea mejor para el otro, aunque quizá no sea lo mejor para sí mismo.

—¿Por qué es eso lo mejor? —replicó Richard inmediatamente—. No lo era cuando le abrimos nuestros corazones a usted. No fue eso lo que dijo usted entonces.

—Y desde entonces he adquirido más experiencia. No te echo la culpa, Rick, pero desde entonces he adquirido experiencia.

—Quiere usted decir conmigo, caballero.

—¡Muy bien! Con los dos —dijo el señor Jarndyce con voz amable—. No ha llegado el momento de que os comprometáis en firme. No está bien y yo debo reconocerlo. Vamos, muchachitos míos, ¡empezad de nuevo! Dejad atrás el pasado y volved una nueva página en la que escribir vuestras vidas.

Richard miró preocupado a Ada, pero no dijo ni una palabra.

—He evitado decir una palabra a ninguno de los dos, ni a Esther —continuó diciendo el señor Jarndyce—, hasta ahora con objeto de que pudiéramos ser claros como la luz del día y hablar todos en pie de igualdad. Ahora os ruego afectuosamente, os aconsejo seriamente a los dos que os separéis igual que cuando llegásteis aquí. Dejad el resto al tiempo, a la verdad y a la constancia. Si no lo hacéis así, actuaréis mal, y me habréis hecho actuar mal por haberos reunido para empezar.

Transcurrió un largo silencio.

—Primo Richard —dijo Ada por fin, levantando sus ojos azules cariñosamente hacia los de él—, después de lo que ha dicho nuestro primo John, creo que no tenemos opción. Puedes estar tranquilo por lo que a mí respecta, pues me dejarás aquí a su cuidado y podrás estar seguro de que no me faltará nada, de que estaré en perfecta seguridad si me dejas orientar por sus consejos. Yo... Yo no dudo, primo Richard —añadió Ada algo confusa—, de que me quieres mucho y... no creo que te enamores de ninguna otra. Pero querría que también eso lo pensaras bien, pues quiero que seas feliz en todo. Puedes confiar en mí, primo Richard. Yo no soy nada tornadiza, pero tampoco soy irrazonable y no te lo reprocharía nunca. Incluso los primos pueden lamentar separarse, y es verdad que lo lamento mucho, muchísimo, Richard, aunque sé que es por tu bien. Siempre pensaré en ti con cariño y hablaré mucho de ti con Esther y... y quizá tú pensarás un poquito en mí, primo Richard. ¡Así que ahora volvemos a ser sólo primos, Richard, quizá sólo por el momento, y rezaré porque mi primo Richard esté lleno de bendiciones, dondequiera que vaya! —terminó de decir Ada acercándose a él y dándole una mano temblorosa.

Me resultó extraño que Richard no pudiera perdonar a mi Tutor por tener la misma opinión de él que él había expresado de sí mismo en términos mucho más fuertes ante mí. Pero desde luego así ocurrió. Observé con gran pesar que a partir de aquel momento no volvió a ser tan franco y tan abierto con el señor Jarndyce como lo

había sido hasta entonces. Tenía todos los motivos para seguirlo siendo, pero no lo era, y a él únicamente se debió que empezara a surgir un distanciamiento entre ellos.

Pronto se sumió en las actividades de prepararse y equiparse, e incluso se olvidó de su pena al separarse de Ada, que se quedó en Hertfordshire mientras él, el señor Jarndyce y yo nos íbamos a pasar una semana en Londres. La recordaba de vez en cuando, e incluso a veces rompía a llorar, y en aquellos momentos me confiaba sus mayores autorreproches. Pero al cabo de unos minutos imaginaba imprudente algún medio indefinible por el que pronto serían los dos ricos y felices para siempre, y se ponía de lo más alegre imaginable.

Fue una temporada muy ocupada, y yo me pasaba el día trotando con él, comprando las diversas cosas que necesitaba. No digo nada de las cosas que hubiera comprado él si se le hubiera dejado decidirlo. Conmigo actuaba con plena confianza, y a menudo hablaba con tanta sensatez y tanto sentimiento de sus errores y de sus decisiones firmísimas, y mencionaba tanto el aliento que le daban aquellas conversaciones, que no podría haberme cansado de ellas aunque lo hubiera intentado.

En aquella semana solía venir por nuestra casa a practicar la esgrima con Richard una persona que había sido soldado de caballería; era un hombre de buen aspecto y robusto, de porte franco y confiado, con el que Richard venía haciendo esgrima desde hacía unos meses. Tanto había yo oído hablar de él, no sólo a Richard, sino también a mi Tutor, que una mañana, cuando llegó él, yo me había apostado adrede en la sala con mis labores.

—Buenos días, señor George —dijo mi Tutor, que por casualidad estaba a solas conmigo—, el señor Carstone vendrá inmediatamente. Entre tanto, estoy convencido de que la señorita Summerson está encantada de conocerlo. Siéntese.

Se sentó, un tanto desconcertado por mi presencia, me pareció, y sin mirarme se pasó por el bigote una manaza tostada.

—Es usted tan puntual como el sol —dijo el señor Jarndyce.

—Costumbres militares, señor —replicó—. La fuerza de la costumbre. En mí no es más que un hábito, señor. No soy muy organizado.

—Pero me han dicho que tiene usted un gran establecimiento. ¿No es así? —preguntó el señor Jarndyce.

—No es gran cosa, señor. Tengo una galería de tiro, pero no es gran cosa.

—¿Qué tal tirador y qué tal esgrimista cree usted que es el señor Carstone? —preguntó mi Tutor.

—Bastante bueno, señor —replicó cruzando los brazos sobre su amplio pecho, con lo que me pareció todavía más robusto—. Si el señor Carstone se dedicara a eso con todas sus fuerzas sería muy bueno.

—¿Pero no lo hace, supongo? —comentó mi Tutor.

—Al principio, sí, señor, pero después no. No todas sus fuerzas. Quizá esté

pensando en otra cosa..., quizá alguna joven —y me contempló por primera vez con sus ojos oscuros y brillantes.

—Le aseguro que no está pensando en mí, señor George —le dije riéndome—, aunque parece que usted sospecha de mí.

Se ruborizó un poco bajo la tez morena y me hizo una inclinación militar.

—Espero que no se haya ofendido, señorita. Soy un maleducado.

—En absoluto —repliqué—. Lo considero un cumplido.

Si antes no me había mirado, ahora lo hizo con tres o cuatro vistazos sucesivos.

—Con su permiso, señor —dijo a mi Tutor con una especie de timidez varonil—, pero me hizo usted el honor de mencionar el nombre de la señorita...

—La señorita Summerson.

—Señorita Summerson —repitió, y volvió a mirarme.

—¿Conoce usted este apellido? —le pregunté.

—No, señorita. Que yo sepa, nunca lo había oído. Me pareció que la había visto a usted en alguna parte.

—No creo —respondí, levantando la cabeza de mis labores para mirarlo, y había en su tono y sus modales algo tan auténtico que celebré la oportunidad—. Soy muy buena fisonomista.

—¡Yo también, señorita! —contestó él, mirándome directamente a los ojos— ¡Bueno! ¿Qué será lo que me ha sugerido esa idea?

Al ver que volvía a ruborizarse bajo la piel curtida, y que se sentía desconcertado por sus esfuerzos por recordar su asociación de ideas, mi Tutor fue en auxilio suyo.

—¿Tiene usted muchos alumnos, señor George?

—El número varía, señor. Casi siempre son muy pocos, apenas los suficientes para sobrevivir.

—Y ¿qué clases de gente van a su galería a practicar?

—De todas clases, señor. Ingleses y extranjeros. Desde señores hasta aprendices. A veces han venido francesas que son buenas tiradoras de pistola. Montones de locos, claro..., pero éstos van a todas las partes que tengan las puertas abiertas.

—Espero que no vaya gente con ánimo de venganza y que proyecten terminar su práctica con blancos vivientes, ¿no? —preguntó mi Tutor.

—No es frecuente, señor, aunque ha ocurrido. Casi siempre vienen a perfeccionarse, o a perder el tiempo. Mitad y mitad, más o menos. Usted perdone, pero creo que tiene usted un pleito en Cancillería, si me han informado bien —dijo el señor George, que volvió a sentarse tieso, apoyándose los codos en las rodillas.

—Lamento decir que así es.

—Una vez vino un colega de usted, señor.

—¿Alguien con un pleito en Cancillería? —replicó mi Tutor—. ¿Cómo fue eso?

—Bueno, aquel hombre estaba tan acongojado y tan preocupado y tan torturado

por la forma en que lo mandaban de un lado para otro —dijo el señor George—, que se quedó perturbado. Yo creo que no se proponía disparar contra nadie, pero estaba tan resentido y tan violento que venía, pagaba cincuenta disparos y se ponía a disparar hasta que se ponía al rojo vivo. Un día que no había nadie más y me había estado hablando con gran violencia de lo que le habían hecho, le dije: «Si esta práctica es una válvula de escape, compañero, perfecto; pero no me agrada verlo a usted tan absorto en ella en su estado de ánimo actual; preferiría que probara usted con otra cosa». Estaba alerta por si intentaba darme un golpe, dado lo apasionado que era, pero lo recibió con buen sentido y lo dejó inmediatamente. Nos dimos las manos y nos fuimos haciendo amigos.

—¿Quién era aquel hombre? —preguntó mi Tutor con un nuevo tono de interés.

—Bueno, al principio era un pequeño agricultor de Shropshire, hasta que lo convirtieron en un toro furioso.

—¿Se llamaba Gridley?

—Efectivamente, señor.

El señor George me dirigió otra serie de miradas vivaces, mientras mi Tutor y yo cambiábamos unas palabras de sorpresa ante la coincidencia, en vista de lo cual le expliqué cómo era que conocíamos el nombre. Me hizo otra de sus inclinaciones militares, en reconocimiento de lo que él calificó de mi condescendencia.

—No entiendo —dijo al mirarme— qué es lo que me pasa otra vez, pero... ¡bueno! ¡Debo de tener algo en la cabeza!

Se pasó una manaza por el pelo negro y rizado, como para barrerse de la cabeza aquellas ideas absurdas y se sentó un poco hacia adelante, con un brazo en la cadera y el otro apoyado en la pierna, contemplando pensativo el piso.

—Lamento saber que ese mismo estado de ánimo ha puesto a Gridley en nuevas dificultades y que está escondido —comentó mi Tutor.

—Es lo que me han dicho, señor —replicó el señor George, que seguía pensativo y mirando al suelo—. Es lo que me han dicho.

—¿No sabe usted dónde?

—No, señor —contestó el soldado, levantando la mirada y saliendo de sus pensamientos—. No sé nada de él. Supongo que pronto se cansará. Se puede atacar a un hombre durante años y años, pero al final acabará por rebelarse.

La entrada de Richard interrumpió la conversación. El señor George se levantó, me hizo una de sus reverencias militares, deseó los buenos días a mi Tutor y salió de la sala a grandes pasos.

Aquello fue en la mañana del día designado para la marcha de Richard. Ya no teníamos más compras que hacer, yo le había terminado las maletas a primera hora de la tarde, y estábamos libres hasta la noche, cuando él tenía que irse a Liverpool camino de Holyhead. Como estaba previsto que aquel día se reanudara la vista de

Jarndyce y Jarndyce, Richard me propuso que fuéramos al Tribunal a oír lo que pasaba. Dado que era su último día y él tenía tantas ganas de ir y yo nunca había ido allí, di mi consentimiento y fuimos andando hasta Westminster, donde celebraba entonces sus sesiones el tribunal. Pasamos el tiempo hablando de las cartas que Richard había de escribirme, y de las que yo había de escribirle a él, y de muchos proyectos esperanzadores. Mi Tutor sabía a dónde íbamos y, por tanto, no nos acompañó.

Cuando llegábamos al Tribunal, allí estaba el Lord Canciller (el mismo al que había visto yo en su despacho privado de Lincoln's Inn) sentado con gran pompa y gravedad en el banco, con la maza y los sellos en una mesa roja que había debajo de su puesto, y un inmenso ramo de flores, como un pequeño jardín que perfumaba toda la Sala. Debajo de aquella mesa había una larga fila de procuradores, con montones de papeles en las esterillas que tenían a sus pies, y después estaban los abogados con sus pelucas y togas, algunos despiertos y otros dormidos, y uno que hablaba sin que nadie prestara atención a lo que estaba diciendo. El Lord Canciller estaba reclinado en su butacón, con un codo en el brazo acolchado y la cabeza apoyada en una mano; algunos de los presentes estaban adormilados, otros leían periódicos, otros se paseaban o murmuraban en grupos; todos parecían hallarse como en su casa, sin ninguna prisa, muy despreocupados y comodísimos.

Al ver que todo procedía con tal calma y pensar en las asperezas de las vidas y las muertes de los pleiteantes; al ver tanta pompa y ceremonia y pensar en el despilfarro, y en la necesidad y la miseria mendicante en que se sustentaba aquello; al considerar que, mientras tantos corazones se veían desgarrados por la desilusión de las esperanzas desvanecidas, este cortés espectáculo continuaba de día en día y de año en año con tanto orden y compostura; al contemplar al Lord Canciller y a toda la tropa de profesionales sentados por debajo de él, contemplándose los unos a los otros y a los espectadores, como si nadie se hubiera enterado jamás de que en toda Inglaterra aquello en cuyo nombre se hallaban reunidos constituía una burla sangrienta, era motivo de horror, desprecio e indignación universales; era conocido como algo tan flagrante y tan maligno que nada, salvo un milagro, podía hacer que de ello saliera nada bueno para nadie, todo aquello me pareció tan contradictorio y tan curioso que, para mí, que lo veía por primera vez, al principio resultaba increíble y no pude comprenderlo. Me quedé sentada donde me había colocado Richard y traté de escuchar y miré a mi alrededor, pero toda aquella escena no parecía contener ninguna realidad, salvo la pobre señorita Flite, la loca, que estaba de pie en un banco y la contemplaba con gestos de asentimiento.

Pronto nos vio la señorita Flite y vino a donde estábamos nosotros. Me dio gentilmente la bienvenida a sus dominios e indicó con gran agrado y orgullo sus principales atracciones. También vino a hablar con nosotros el señor Kenge, que hizo

los honores del lugar de forma muy parecida, con la modestia complaciente del que se siente propietario de un lugar. No era un buen día para venir de visita, nos dijo; él hubiera preferido el primer día del período de sesiones, pero era imponente, era imponente.

Cuando llevábamos allí una media hora, el caso en estudio (si se me permite utilizar una frase tan ridícula en aquellas circunstancias) pareció morir de su propia vacuidad, sin que hubiera llegado, ni nadie pareciese esperar que llegara, a ningún resultado. Después el Lord Canciller pasó un montón de papeles de su mesa a la de los caballeros que estaban debajo y alguien dijo: «JARNDYCE Y JARNDYCE». Esto provocó un murmullo, una risa y una retirada general de los espectadores, y la llegada de grandes montones y pilas de sacas y más sacas llenas de papeles.

Creo que se trataba de «nuevas instrucciones» en relación a una cuenta de las costas, en la medida en que lo pude comprender yo, que me sentía muy confusa. Pero conté 23 caballeros empelucados, que dijeron que participaban «en el caso», y ninguno de ellos pareció comprenderlo mucho mejor que yo. Charlaron del asunto con el Lord Canciller, y se contradijeron y se dieron explicaciones mutuamente, mientras unos de ellos decían que era así y otros decían que era asá, y algunos proponían jocosamente leer enormes volúmenes de declaraciones juradas, y hubo más rumores y más risas, y todos los interesados se hallaban en tal estado de diversión desocupada que nadie pudo comprender nada. Al cabo de una hora aproximadamente de esta actividad, y de que se comenzaran e interrumpieran muchos discursos, quedó «aplazado por el momento», según dijo el señor Kenge, y se volvieron a meter los papeles en dos sacas antes de que los pasantes hubieran terminado de introducir las todas en la sala.

Cuando terminaron estas actividades desesperantes miré a Richard y me sentí impresionada al ver el aspecto fatigado de su hermoso rostro. No dijo más que:

—No puede durar siempre, señora Durden. ¡A ver si hay más suerte la próxima vez!

Yo había visto al señor Guppy traer unos papeles y ordenarlos ante el señor Kenge, y él me había visto y me había hecho una reverencia melancólica, que me hizo sentir deseos de irme del tribunal. Richard me había dado el brazo, y ya nos íbamos cuando apareció el señor Guppy.

—Perdóneme usted, señor Carstone —dijo en un susurro—, y también usted, señorita Summerson, pero hay aquí una señora, amiga mía, que conoce a la señorita y querría tener placer de estrechar su mano.

Mientras hablaba él vi aparecer ante mí, como si mis recuerdos se hubieran materializado en forma corpórea, a la señora Rachael, de la casa de mi madrina.

—¿Qué tal Esther? —dijo—. ¿Me recuerdas?

Le di la mano, le dije que sí y que había cambiado muy poco.

—Me pregunto si recuerdas aquellos tiempos, Esther —contestó con la misma aspereza de entonces—. Todo ha cambiado mucho. ¡Bueno! Me alegro de verte y me alegro de ver que no eres demasiado orgullosa para reconocerme—. Pero la verdad era que parecía desencantada de que no lo fuera.

—¡Orgullosa, señora Rachael! —protesté.

—Ahora estoy casada, Esther —replicó fríamente para corregirme—, y soy la señora de Chadband. ¡Bueno! Te deseo buenos días y espero que te vaya bien.

El señor Guppy, que había escuchado atentamente aquel breve diálogo, me exhaló un suspiro al oído y se fue abriendo paso con la señora Rachael entre el pequeño grupito de gente que salía y entraba, en medio del cual nos encontrábamos, y que se había congregado al terminar los procedimientos. Richard y yo también nos íbamos, y yo estaba todavía bajo la primera impresión de aquel reencuentro tan imprevisto cuando vi que se acercaba a nosotros, aunque sin vernos, nada menos que el señor George. No hacía caso de la gente que lo rodeaba y avanzaba a zancadas mirando por encima de las cabezas de todos hacia el grupo del Tribunal.

—¡George! —exclamó Richard cuando se lo señalé.

—Me alegro de verlo, señor —respondió—, y también a usted, señorita. ¿Podrían señalarme quién es una persona a la que busco? En estos sitios me armo un lío.

Mientras hablaba se dio la vuelta y abriéndonos camino se detuvo cuando nos salimos del grupo, en un rincón tras un cortinaje rojo.

—Hay una vieja chiflada —empezó a decir— que...

Levanté un dedo, pues la señorita Flite estaba cerca de mí, ya que se había mantenido a mis espaldas todo el tiempo y había llamado la atención sobre mí a varios de sus conocidos legales (según pude oír para mi gran turbación), al murmurarles al oído: «¡Chitón! ¡Fitz-Jarndyce a mi izquierda!»

—¡Ejem! —dijo el señor George—. ¿Recuerda usted, señorita, que esta mañana estuvimos hablando de una cierta persona?... ¿de Gridley? —susurró tapándose la boca con la mano.

—Sí —contesté.

—Está escondido en mi casa. No podía decírselo. No tenía permiso de él. Está agotado haciendo su última marcha, señorita, y quiere verla a ella. Dice que se conocen bien, y que ella ha sido casi una buena amiga para él aquí. He venido a buscarla, porque cuando vi a Gridley esta tarde me pareció oír el redoblar de los tambores de últimas.

—¿Quiere que se lo diga? —pregunté.

—¿Tendría usted esa amabilidad? —me replicó con una mirada un tanto aprensiva a la señorita Flite—. Es la Providencia la que me ha guiado hacia usted, señorita; no creo que hubiera sabido entendérmelas con esa señora. —Y se llevó una mano al pecho y se irguió con una actitud marcial mientras yo le decía al oído a la

señorita Flite cuál era el objetivo de la misión caritativa del señor George.

—¡Mi airado amigo de Shropshire! ¡Casi tan célebre como yo misma! —exclamó ella—. ¡Hay que ver! Hija mía, acudiré a visitarlo con el mayor placer.

—Está escondido en casa del señor George —dijo—. ¡Chitón! Éste es el señor George.

—¡Hay que ver! —repitió la señorita Flite—. ¡Es un honor para mí! Es militar, hija mía. ¡Ya sabe usted, todo un general! —me susurró.

La pobre señorita Flite consideró necesario ser tan cortés y amable, y hacer tantas reverencias, en señal de respeto al ejército, que no resultó fácil sacarla del Tribunal. Cuando por fin lo logramos, mientras seguía llamando «mi general» a George, le dio el brazo, para gran diversión de algunos ociosos que nos contemplaban, y él se sintió tan desasosegado, y me pidió con tanto respeto que «no lo abandonara», que no pude decidirme a hacerlo; dado especialmente que la señorita Flite siempre era amable conmigo, y que añadió además: «Fitz-Jarndyce, hija mía, claro que nos acompañará usted». Como Richard parecía perfectamente dispuesto a acompañarlo a su destino, e incluso deseoso de hacerlo, convinimos en ir con ellos. Y como el señor George nos comunicó que Gridley se había pasado la tarde hablando del señor Jarndyce, cuando se enteró de que se habían visto aquella mañana, escribí apresuradamente una nota a lápiz para mi Tutor a fin de comunicarle a dónde habíamos ido y por qué. El señor George la lacró en un café con objeto de proteger el secreto, y la enviamos por un porteador licenciado.

Después tomamos un simón y fuimos a la zona de Leicester Square. Recorrimos algunos callejones oscuros, por los que se excusó el señor George, y pronto llegamos a la Galería de Tiro, que tenía la puerta cerrada. Cuando tiró de un cordón de llamada que colgaba de una cadena junto a la puerta, se dirigió a él un señor anciano muy respetable, de pelo gris, con gafas y vestido con un tabardo negro, polainas y un sombrero de ala ancha, y que llevaba un gran bastón con empuñadura de oro.

—Perdóneme, amigo mío —dijo—, pero ¿es ésta la Galería de Tiro de George?

—Así es, señor —replicó el señor George, mirando hacia el gran letrero en el que estaba pintada esa inscripción en la pared enjalbegada.

—¡Ah! ¡Claro! —dijo el anciano, siguiendo su mirada—. Gracias. ¿Ha llamado usted a la puerta?

—Yo soy George, señor, y sí, he llamado a la puerta.

—¿Ah, sí? —exclamó el anciano—. ¿Es usted George? Entonces, ya ve que he corrido tanto como usted. Me fue usted a buscar, ¿no?

—No, señor. No sé quién es usted.

—¿De verdad? —contestó el anciano—. Entonces debió de ser su criado quien vino a buscarme. Soy médico, y hace cinco minutos alguien me ha pedido que viniera a visitar a un enfermo en la Galería de Tiro de George.

—Los últimos tambores —dijo el señor George, volviéndose hacia Richard y hacia mí y moviendo gravemente la cabeza—. Tiene usted razón, señor. Haga el favor de pasar.

En aquel momento abrió la puerta un hombrecillo de aspecto muy singular, vestido con una gorra y un mandilón de fieltro verde, con la cara, las manos y la ropa totalmente ennegrecidas, y pasamos por un corredor lúgubre a un edificio grande con paredes de ladrillo visto, donde había blancos, armas de fuego y espadas, y todo género de cosas de ese tipo. Cuando llegamos todos, el médico se detuvo, y quitándose el sombrero pareció desaparecer por arte de magia y dejar su lugar a otro hombre completamente distinto.

—Vamos a ver, George —dijo el hombre, volviéndose rápido hacia él y dándole en el pecho con un índice gigantesco—. Tú me conoces y yo te conozco. Tú eres hombre de mundo y yo soy hombre de mundo. Como sabes, me llamo Bucket, y tengo orden de detención contra Gridley. Lo tienes escondido desde hace tiempo.

El señor George se lo quedó mirando, se mordió los labios y negó con la cabeza.

—Vamos a ver, George —dijo el otro que seguía a su lado—, tú eres persona sensata y de buena conducta; eso es lo que eres, sin lugar a duda. Y fíjate que no te considero una persona vulgar, porque has servido a tu patria, y sabes que cuando llama el deber, todos debemos obedecer. De manera que tú no eres de los que causan problemas. Si yo necesitara ayuda, me la darías; eso es lo que harías. Phil Squod, no vayas deslizándote así por la galería —el hombrecillo sucio se estaba deslizando con un hombro arrimado a la pared, con la vista puesta en el intruso y un gesto que parecía de amenaza—, porque te conozco y no te lo permito.

—¡Phil! —llamó el señor George.

—Sí, jefe.

—Tranquilo.

El hombrecillo se quedó inmóvil, con un gruñido en voz baja.

—Señoras y señores —dijo el señor Bucket—, les pido disculpas por cualquier cosa que les pueda parecer desagradable en todo esto, pues soy el Inspector Bucket, de la Fuerza de Detectives, y tengo una misión que cumplir. George, sé dónde está mi hombre, porque anoche estuve apostado en el tejado y lo vi por la claraboya, y tú estabas con él. Está ahí ahora mismo —dijo, con un gesto de la mano—, ahí es donde está, en un sofá. Tengo que pasar a ver a mi hombre y decirle que se considere arrestado, pero ya me conoces, y sabes que no quiero adoptar medidas incómodas. Si me das tu palabra de hombre (y de viejo soldado, ¡no lo olvides!) de que todo está en orden entre nosotros dos, haré todo lo que pueda por ti.

—Se la doy —fue la respuesta—. Pero no ha actuado usted bien, señor Bucket.

—¡Demonio, George! ¿Que no he actuado bien? —dijo el señor Bucket, volviéndole a dar en su ancho pecho y estrechándole la mano—. Yo no te he dicho

que no hubieras actuado bien al esconder tan bien a mi hombre, ¿verdad? ¡Ten la misma consideración conmigo, muchacho! ¡Eres todo un Guillermo Tell, todo un Shaw [70], todo un miembro de la Guardia! Pero, señoras y señores, si es el modelo viviente del Ejército Británico. ¡Daría un billete de cincuenta libras por tener un porte como el suyo!

Dada la situación, el señor George, tras reflexionar unos instantes, propuso entrar él el primero a ver a su compañero (pues así lo llamó), y que la señorita Flite entrase con él. Cuando el señor Bucket asintió, se dirigieron hacia el otro extremo de la galería y nos dejaron allá, unos sentados y otros de pie, junto a una mesa llena de armas de fuego. El señor Bucket aprovechó la ocasión para hablar de temas intrascendentes, y me preguntó a mí si me daban miedo las armas de fuego, como les ocurría a casi todas las señoritas; a Richard, si disparaba bien; a Phil Squod, cuál de aquellos fusiles le parecía mejor y cuánto podría costar en una tienda, y le añadió que era una lástima que a veces se dejara llevar por su temperamento, pues tenía un carácter tan amable que podía tratarse del de una damisela; y, en general, actuó con simpatía.

Al cabo de un rato nos siguió al otro extremo de la galería, y Richard y yo nos íbamos a ir discretamente cuando vino detrás de nosotros el señor George. Dijo que si no teníamos objeciones en ver a su compañero, a éste le agradaría mucho que lo visitáramos. Apenas acababa de decir aquellas palabras cuando llamaron al timbre, y apareció mi Tutor, «por si había alguna posibilidad», según comentó de pasada, «de que pudiera hacer algo por un pobre hombre implicado en la misma mala fortuna que él». Volvimos juntos los cuatro, y entramos en la pieza donde estaba Gridley.

Era una habitación vacía, separada de la galería por unas maderas sin pintar. Como el tabique no tenía más de ocho o diez pies de alto, y no se erguía más que de un lado, sin llegar hasta el techo, se veían por arriba las vigas del alto techo de la galería, y la claraboya por la que había mirado el señor Bucket. El sol estaba bajo, a punto de ponerse, y por arriba entraba una luz rojiza, que no llegaba al suelo. En un sofá sencillo tapizado de lona estaba el hombre de Shropshire, vestido casi igual que la última vez que lo vimos, pero tan cambiado que al principio no reconocí aquella cara pálida.

Había seguido escribiendo en su escondite, y recordando sus agravios, durante horas y horas. Una mesa y unos cuantos cajones estaban cubiertos de papeles manuscritos y de plumas gastadas, junto con toda una confusión de artículos análogos. Él y la mujercita loca estaban juntos, solos, por así decirlo, y formaban una escena conmovedora. Ella estaba sentada en una silla, dándole la mano, y ninguno de nosotros se les acercó.

Había ido perdiendo la voz, junto con su antigua expresión, con su fuerza, con su ira, con su resistencia a todos los males que había sufrido y que por fin lo habían

vencido. La única forma de describirlo es como la mera sombra de un objeto lleno de forma y de color, la sombra del hombre de Shropshire al que habíamos conocido.

Inclinó la cabeza hacia Richard y hacia mí y habló a mi Tutor.

—Señor Jarndyce, es usted muy amable al venir a verme. Creo que ya no queda mucho tiempo para que me vea nadie. Celebro mucho estrechar su mano, caballero. Es usted un hombre bueno, por encima de toda injusticia, y Dios sabe cuánto lo respeto a usted.

Se estrecharon las manos cordialmente, y mi Tutor le dijo unas palabras de consuelo.

—Aunque le parezca extraño, señor —continuó diciendo Gridley—, no hubiera querido verlo a usted si ésta fuera la primera vez que nos conocemos. Pero usted sabe que he combatido, usted sabe que he aguantado solo contra todos, y les he dicho lo que eran y en lo que me habían convertido, de forma que no me importa que me vea hecho esta ruina.

—Ha tenido usted gran valor con ellos, y muchísimas veces —replicó mi Tutor.

—Así es, señor —con una débil sonrisa—. Y ya le he dicho con qué resultado, cuando dejé de tenerlo, y ahora mire. ¡Mírenos, mírenos! —y se pasó la mano de la señorita Flite por el brazo y la acercó más a sí—. Ahora ya acaba todo. De todos mis antiguos conocidos, de todas mis antiguas actividades y esperanzas, de todo el mundo de los vivos y los muertos, sólo esta pobre y bondadosa mujer viene naturalmente a mí, y es lógico. Existe un vínculo de muchos años de sufrimiento entre nosotros dos, y es el único vínculo que jamás he tenido en la Tierra que la Cancillería no ha roto.

—Reciba mi bendición, Gridley —dijo la señorita Flite, llorando—. ¡Reciba mi bendición!

—Yo creía, jactancioso de mí, que jamás podrían destrozarme el corazón, señor Jarndyce. Había resuelto que no lo lograrían jamás. De verdad que me creí capaz de ello y de que lograría acusarlos de ser unos farsantes como lo son, hasta que muriera yo de alguna causa natural. Pero estoy acabado. No sé cuánto tiempo hace que me voy apagando; me pareció como si me hubiese hundido en una hora. Espero que nunca lleguen a enterarse. Espero que todos los presentes les hagan creer que morí desafiándolos, siempre perseverante, como he hecho durante tantos años.

En aquel momento, el señor Bucket, que estaba sentado en un rincón junto a la puerta, ofreció, bondadoso, el único consuelo que podía brindar:

—¡Vamos, vamos! —dijo desde su rincón—. No se ponga así, señor Gridley. Lo que pasa es que está usted un poco bajo de ánimo. A todos nos pasa a veces. A mí me pasa. ¡Aguante, aguante! Ya volverá usted a perder los estribos con todos ellos, y más de una vez, y con un poco de suerte volveré a detenerlo una docena de veces.

El señor Gridley se limitó a negar con la cabeza.

—No lo niegue usted —dijo el señor Bucket—. Diga que sí, eso es lo que quiero

verle hacer a usted. ¡Pero, Dios mío, cuánto tiempo no hemos pasado juntos! ¿No lo he visto a usted en la cárcel de Fleet miles de veces, condenado por desacato? ¿No he ido más de veinte tardes al Tribunal sólo para ver cómo se aferraba usted al Canciller como un bulldog? ¿No se acuerda usted de la primera vez que empezó a amenazar a los abogados y se le acusaba a usted de alteración del orden público dos o tres veces por semana? Pregúntelo aquí a esta señora; siempre ha estado presente. ¡Aguante, señor Gridley, aguante!

—¿Qué va usted a hacer con él? —preguntó George en voz baja.

—No lo sé todavía —dijo Bucket en el mismo tono. Después siguió dándole ánimos en voz más alta—: ¿Acabado usted, señor Gridley? ¿Después de escapárseme todas estas semanas y de obligarme a andar por los tejados como un gato, y a venir a verlo disfrazado de médico? Eso no es estar acabado. ¡Yo diría que no! Le voy a decir lo que le hace falta. Le hacen falta emociones, ¿sabe?, para mantenerse en forma, ¡eso es lo que le hace falta a usted! Es a lo que está acostumbrado, y no puede vivir sin eso. Yo tampoco. Muy bien, pues; vea usted esta orden obtenida por el señor Tulkinghorn, de Lincoln's Inn Fields, y endosada después en media docena de condados. ¿Qué le parece venir conmigo, conforme a este mandamiento, y tener una buena pelea con los jueces? Le sentará bien; le dará ánimos y le pondrá en forma para otra ronda con el Canciller. ¿Abandonar usted? Me sorprende oír a un hombre de su energía hablar de abandonar. No debe usted hacerlo. Es usted quien da la mitad de su animación al Tribunal de Cancillería. George, dale una mano al señor Gridley, y ya verá cómo está usted mejor en pie que acostado.

—Está muy débil —dijo el soldado en voz baja.

—¿De verdad? —contestó Bucket, preocupado—. No quiero más que se levante. No me gusta ver a un viejo conocido abandonar así. Lo que más lo animaría de todo sería si pudiera enfadarse un poco conmigo. Que trate de darme un golpe con la derecha y otro con la izquierda, si quiere; no le denunciaría.

Resonó el techo con un grito de la señorita Flite que todavía me retumba en los oídos:

—¡Ay, no, Gridley! —exclamó cuando éste cayó pesada y silenciosamente de espaldas ante ella—. ¡No te vayas sin mi bendición! ¡Al cabo de tantos años!

Se había puesto el sol, la luz se había ido alejando gradualmente de los tejados, y las sombras habían ido ascendiendo. Pero a mis ojos, la sombra de aquella pareja, una viva y el otro muerto, se hizo más densa cuando se marchó Richard que la oscuridad de la más oscura de las noches. Y en medio de las palabras de despedida de Richard, oía su eco:

«De todos mis antiguos conocidos, de todas mis antiguas actividades y esperanzas, de todo el mundo de los vivos y los muertos, sólo esta pobre y bondadosa mujer viene naturalmente a mí, y es lógico. Existe un vínculo de muchos años de

sufrimiento entre nosotros dos, y es el único vínculo que jamás he tenido en la Tierra que la Cancillería no ha roto».

25. La señora Snagsby lo comprende todo

Reina la intranquilidad en Cook's Court, Cursitor Street. Una sospecha negra se cierne sobre esa pacífica región. La masa de sus habitantes se halla en su estado habitual de ánimo, ni mejor ni peor; pero el señor Snagsby está cambiado, y su mujercita lo sabe.

Porque Tomsolo y Lincoln's Inn Fields persisten en engancharse, como un par de caballos desbocados, al carro de la imaginación del señor Snagsby; el conductor es el señor Bucket, y los pasajeros son Jo y el señor Tulkinghorn, y todo el carruaje recorre el comercio de la papelería de los Tribunales a enorme velocidad, y durante todo el día. Incluso en la cocinita de la parte delantera, donde come la familia, surgen a velocidad de relámpago de la mesa, cuando el señor Snagsby hace una pausa al cortar la primera tajada de la pierna de cordero al horno con patatas y contempla la pared de la cocina.

El señor Snagsby no puede comprender qué tiene que ver él con todo eso. Hay algo que anda mal por alguna parte, pero lo que no entiende es qué es ese algo, qué resultado puede tener, para quién, cuándo ni de qué sector del que nada sabe ni nada ha oído procederá. Todo: sus remotas impresiones de las túnicas y las coronas de nobleza, de las estrellas y las jarreteras, de aquel resplandor entrevisto a través del polvo de la oficina del señor Tulkinghorn; su veneración por los misterios custodiados por los mejores y más conocidos de sus clientes, a quienes todos los Inns de los Tribunales, toda Chancery Lane y todo el barrio judicial están de acuerdo en reverenciar; su recuerdo del Detective Bucket y su dedo índice, y sus modales confidenciales que era imposible eludir o negar; todo ello lo persuade de que él mismo ha pasado a su parte en algún peligroso secreto, sin saber cuál es. Y la terrible peculiaridad de esa condición es que a cualquier hora de su vida cotidiana, a cualquier apertura de la puerta de la tienda, a cualquier llamada al timbre, a cualquier entrada de un mensajero, o a cualquier entrega de una carta, el secreto puede impregnarse de aire y de fuego, estallar y hacer que salte en pedazos... sólo el señor Bucket sabe quién.

Motivo por el cual, cada vez que entra en la tienda un desconocido (y suelen entrar muchos desconocidos), y pregunta si está el señor Snagsby o cualquier cosa igual de inocente, el corazón del señor Snagsby palpita acelerado en su pecho culpable. Sufre tanto con esas preguntas, que cuando quienes las hacen son muchachos, se venga tirándoles de las orejas por encima del mostrador, preguntando a los mozalbetes qué quieren decir con eso y por qué no dicen inmediatamente lo que quieren. Hay hombres y muchachos menos reales que persisten en introducirse en los sueños del señor Snagsby y aterrarlo con preguntas inexplicables; de manera que muchas veces, cuando el gallo de la pequeña lechería de Cursitor Street estalla como

suele hacerlo absurdamente por la mañana, el señor Snagsby se encuentra sufriendo la crisis de una pesadilla, con su mujercita que lo sacude y se pregunta: «¿Qué le pasa a este hombre?».

Esa misma mujercita no es la menor de sus dificultades. El saber que está siempre ocultándole un secreto, que en todas las circunstancias ha de disimular y retener en la boca una muela careada, que ella con su agudeza está siempre a punto de arrancarle de la cabeza, da al señor Snagsby, ante la presencia de dentista que asume ella, un aspecto muy parecido al de un perro que tiene algo que esconder a su amo, y que mira a cualquier parte con tal de no tropezar con la mirada de éste.

Todos esos indicios y signos, observados por la mujercita, no pasan inadvertidos a ésta. La inducen a decir: «¡Snagsby tiene alguna preocupación!». Y así es cómo la sospecha se introduce en Cook's Court, Cursitor Street. De la sospecha a los celos, la señora Snagsby encuentra que hay un camino tan natural como el que va de Cook's Court a Chancery Lane. Y esos celos penetran en Cook's Court, Cursitor Street. Una vez llegados (y siempre han estado muy próximos), se muestran muy activos y ágiles en el seno de la señora Snagsby, y la impulsan a realizar exámenes nocturnos de los bolsillos del señor Snagsby, a hacer inspecciones privadas de su Libro Diario y su Mayor, su caja registradora, su caja de reserva y su caja de caudales; a mirar por las ventanas, a escuchar detrás de las puertas y a hacer que una serie de cosas verdaderamente disparatadas parezcan encajar unas con otras.

La señora Snagsby está tan perpetuamente en estado de alarma, que la casa se llena de fantasmas, de planchas que chirrían y vestidos que rozan las paredes. Los aprendices piensan que allí debe de haber muerto asesinado alguien en tiempos antiguos. Guster tiene unos átomos de una idea (recogidos en Tooting, donde se hallaban flotando entre unos niños huérfanos) de que existe dinero enterrado bajo la bodega, custodiados por un anciano de barbas blancas, que no podrá salir hasta dentro de siete mil años, porque una vez dijo el Padrenuestro al revés.

«¿Quién era Nimrod?» [71], se pregunta reiteradamente la señora Snagsby. «¿Quién era aquella dama, aquel ser? ¿Y quién es ese chico?». Ahora bien, como Nimrod está más muerto que aquel gran cazador cuyo nombre le ha atribuido la señora Snagsby, y la dama no está visible, dirige su mirada mental, de momento y con vigilancia redoblada, al muchacho. «¿Y quién», se pregunta la señora Snagsby por milyunésima vez, «es ese muchacho? ¿Quién es ese...?». Y ahí, por primera vez, la señora Snagsby siente el soplo de la inspiración.

Él no respeta en absoluto al señor Chadband. Desde luego que no, y es natural en alguien así. Naturalmente que no, en tamañas circunstancias. El señor Chadband lo invitó y lo conminó (¡pero si lo oyó la señora Snagsby con sus propios oídos!) a volver, y el señor Chadband le dijo adónde tenía que ir para hablar con él; ¡y no ha ido nunca! ¿Por qué no ha ido nunca? Porque alguien le ha dicho que no fuera.

¿Quién le ha dicho que no fuera? ¿Quién? ¡Ja, ja! La señora Snagsby lo ha comprendido todo.

Pero, por suerte (y la señora Snagsby hace tensos movimientos con la cabeza y esboza una tensa sonrisa), el señor Chadband se encontró ayer en la calle con aquel muchacho, y el señor Chadband agarró a aquel muchacho, como tema apropiado sobre el cual el señor Chadband desea predicar para gran delicia espiritual de una congregación selecta, y lo amenazó con entregarlo a la policía si no mostraba al reverendo caballero dónde vivía y si no contraía, y cumplía, el compromiso de ir a Cook's Court mañana por la noche; «ma-ña-na-por-la-no-che», repite la señora Snagsby como para subrayarlo, con otra sonrisita tensa y otro tenso movimiento de la cabeza; y mañana por la noche estará aquí aquel muchacho, y mañana por la noche la señora Snagsby estará atenta a él y a otra persona, y, «¡Oh, mucho puedes recorrer en tus misteriosos caminos», dice la señora Snagsby con altivez y desprecio, «pero no podrás engañarme a mí!».

La señora Snagsby no puede hacer que suene un pandero en las orejas de nadie, pero se mantiene firme en su propósito, y guarda silencio. Llega mañana, llegan los preparativos succulentos para el Comercio del Aceite de Ballena, llega la noche. Llega el señor Snagsby con su levita negra; llegan los Chadband; llegan (cuando está repleta la máquina de ingurgitar) los aprendices y Guster, para que el reverendo les predique; llega por fin, con la cabeza baja y arrastrando los pies a derecha y a izquierda, con su mínima gorra de piel en la mano embarrada, esa gorra a la que va quitando los pelos como si fuera un pajarito que acabara de recoger de la calle, y al que fuera a desplumar antes de comérselo crudo, Jo, el mismo, el mismísimo personaje al que desea salvar el señor Chadband.

La señora Snagsby mira escudriñadora a Jo cuando Guster lo introduce en la salita. Jo mira al señor Snagsby en el mismo momento en que entra. ¡Ajá! ¿Por qué mira al señor Snagsby? El señor Snagsby lo mira. ¿Por qué lo hace, cuando la señora Snagsby lo está viendo todo? ¿Por qué pasa esa mirada entre ellos? ¿Por qué tiene el señor Snagsby ese aspecto tan confuso y exhala una tosecilla tan significativa tras la mano? Es un indicio transparente de que el señor Snagsby es el padre de ese muchacho.

—Que la paz sea con nosotros, amigos míos —dice Chadband, levantándose y limpiándose las exudaciones oleaginosas de su reverenda faz—. ¡Que la paz sea con nosotros! Amigos míos, ¿por qué con nosotros? Porque —añade, con su fatua sonrisa— no puede ser en contra de nosotros, porque ha de ser con nosotros, porque la paz no es dura, sino blanda, porque no hace la guerra como el halcón, sino que viene a casa entre nosotros, como la paloma. Por consiguiente, amigos míos, ¡que la paz sea con nosotros! ¡Mi querido muchacho humano, ven con nosotros!

El señor Chadband alarga una zarpa fofa, la extiende sobre el brazo de Jo y

reflexiona sobre dónde colocar a éste. Jo, que siente grandes dudas acerca de las intenciones de su reverendo amigo, y que no está seguro de nada, salvo de que van a hacerle algo concreto y doloroso, murmura:

—Que me dejen en paz. Yo no he dicho *ná*. Que me dejen en paz.

—No, mi joven amigo —dice plácidamente el señor Chadband—. No te voy a dejar en paz. ¿Y por qué? Porque soy el que recoge las mieses, porque soy un trabajador encarnizado, porque me has sido entregado y te has convertido en un instrumento precioso en mis manos. ¡Amigos míos!, permítanme emplear este instrumento en beneficio de ustedes, para la edificación de ustedes, para ventaja de ustedes, para bienestar de ustedes, para el enriquecimiento de ustedes. Joven amigo mío, siéntate en este taburete.

Jo, aparentemente poseído de la impresión de que el reverendo caballero le quiere cortar el pelo, se protege la cabeza con ambos brazos, y cuesta mucho trabajo hacer que adopte la postura requerida, lo que hace con todas las manifestaciones posibles de renuencia.

Cuando por fin queda colocado como un maniquí de pintor, el señor Chadband se retira detrás de la mesa, levanta una mano como zarpa de oso y dice:

—¡Amigos míos! —lo cual es la señal para que el público, en general, se siente. Los aprendices se ríen por lo bajinis, y se dan codazos los unos a los otros. Guster cae en un estado de contemplación vacua, mezclado de admiración asombrada por el señor Chadband y de compasión por el proscrito sin amigos, cuya condición le afecta en lo más íntimo de su ser. La señora Snagsby va colocando en silencio las municiones en sus bandejas. La señora Chadband se compone sombría junto a la chimenea y se calienta las rodillas, sensación que considera favorable para ser objeto de la elocuencia de su marido.

Da la causalidad de que el señor Chadband tiene la costumbre de los predicadores de mirar directamente a alguno de los miembros de su congregación, y de ir lanzando todos los aspectos de su argumentación hacia esa persona concreta, de la cual se espera que de vez en cuando se sienta impulsada a exhalar un gruñido, un suspiro, un jadeo o alguna otra expresión audible de sentimientos interiores, cuyas expresiones de sentimientos internos reciben el eco de alguna señora anciana del reclinatorio de al lado, y así se van comunicando, como la caída de los dominós, por el círculo de los pecadores más expresivos de entre los presentes y van desempeñando la función de los aplausos parlamentarios, lo cual va animando al señor Chadband. Por mera fuerza de la costumbre, cuando el señor Chadband ha exclamado: «¡Amigos míos!», ha mirado de frente al señor Snagsby, y procede a hacer que el infortunado papelero, que ya estaba lo bastante confuso, sea el receptor de su discurso.

—Tenemos entre nosotros, amigos míos —dice el señor Chadband—, a un Gentil y un Pagano, a un residente en los campos de Tomsolo y a un vagabundo por la

superficie de la Tierra. Tenemos entre nosotros, amigos míos —y el señor Chadband enfatiza lo que va diciendo con la punta de una uña sucia; confiere una sonrisa aceitosa al señor Snagsby para significarle que le va a poner argumentativamente de espaldas contra la lona, si es que ya no lo está—, a un hermano y un muchacho. Sin padres, sin parientes, sin rebaños ni manadas, sin oro ni plata, sin piedras preciosas. Ahora bien, amigos míos, ¿por qué digo que carece de esas preciosas posesiones? ¿Por qué? ¿Por qué carece de ellas? —El señor Chadband formula la pregunta como si estuviera proponiendo un enigma misteriosísimo, lleno de ingenio y de mérito, al señor Snagsby, y encareciendo a este último que no se rinda.

El señor Snagsby, totalmente perplejo ante la mirada misteriosa que acaba de recibir de su mujercita, aproximadamente en el mismo momento en que el señor Chadband pronunció la palabras «padres», cae en la tentación de contestar: «Yo no lo sé, se lo aseguro», ante cuya interrupción la señora Chadband lo mira ferozmente y la señora Snagsby exclama: «¡Qué vergüenza!».

—Oigo una voz —dice Chadband—; ¿no es más que una vocecita, amigos míos? Me temo que no, aunque verdaderamente tendría la esperanza de que...

(«¡Ah-h-h!»), dice la señora Snagsby.)

—Que dice «yo no lo sé». Entonces voy a deciros por qué. Digo que el hermano presente entre nosotros carece de padres, carece de parientes, carece de rebaños y de manadas, carece de oro, de plata y de piedras preciosas porque le falta la luz que brilla sobre algunos de otros. ¿Qué es esa luz? ¿Qué es? Os pregunto: ¿Qué es esa luz?

El señor Chadband echa atrás la cabeza y hace una pausa, pero el señor Snagsby no va a caer otra vez en su propia destrucción. El señor Chadband vuelve a inclinarse sobre la mesa y mira penetrantemente al señor Snagsby para decirle, mientras usa la uña antes mencionada:

—Es el rayo de los rayos, el sol de los soles, la luna de las lunas, la estrella de las estrellas. Es la luz de la Verdad.

El señor Chadband vuelve a erguirse y mira triunfante al señor Snagsby, como si quisiera saber lo que opina éste después de tamaña frase.

—De la Verdad —repite el señor Chadband, volviendo a golpearlo—. No me digáis que no es la antorcha de las antorchas. Yo os digo que lo es. Os digo un millón de veces que lo es. ¡Lo es! Os digo que os lo proclamaré, tanto si os gusta como si no; incluso que cuanto menos os guste, más os la proclamaré. ¡Con un clarín! Os digo que si os levantáis en contra de ella, caeréis, os golpearéis, os quebraréis, os romperéis, os aplastaréis.

Como el efecto instantáneo de esa fuga oratoria (muy admirada por su vigor general por los seguidores del señor Chadband) no es sólo hacer que el señor Chadband se sienta incómodamente acalorado, sino representar al inocente señor

Snagsby en la guisa de un enemigo decidido de la virtud, con una frente de bronce y un corazón de diamante, el infortunado comerciante se siente todavía más desconcertado, y se halla en un estado avanzado de pasión de ánimo, y se siente en falso, cuando el señor Chadband acaba con él de manera como de pasada:

—Amigos míos —continúa diciendo, tras enjugarse la cabeza grasienta durante un rato (y la cabeza le echa tanto humo que parece encender con él el pañuelo, que también humea después de cada pasada)—, por continuar con el objeto sobre el cual tratamos con nuestras humildes dotes de predicar, tratemos con ánimo de amor de preguntar qué es esa Verdad a la que he aludido. Porque, mis jóvenes amigos —dirigiéndose a Guster y los aprendices, para gran consternación de éstos—, si el médico me dice que lo que me conviene es el calomelo o el aceite de hígado de bacalao, naturalmente que puedo preguntar qué son el calomelo y el aceite de hígado de bacalao. Quizá desee que se me informe al respecto, antes de medicarme con una cosa o con la otra. Y entonces, mis jóvenes amigos, ¿qué es la Verdad? En primer lugar (y llevado del ánimo del amor), ¿cuál es el tipo vulgar de la Verdad, su ropa de trabajo, su ropa de diario, mis jóvenes amigos? ¿Es el engaño?

(«¡Ah-h-h!», dice la señora Snagsby.)

—¿Es la omisión?

(Temblor negativo por parte de la señora Snagsby.)

—¿Es la reserva?

(Gesto negativo de la señora Snagsby con la cabeza, muy largo y muy tenso.)

—No, amigos míos, no es nada de eso. No se la puede llamar por ninguno de esos nombres. Cuando este joven Pagano que se halla entre nosotros, que ahora, amigo míos, se acaba de dormir, con el sello de la indiferencia y de la perdición entre sus párpados (pero no lo despertéis, pues es justo que yo haya de luchar, y de combatir, y de debatirme y de vencer por su bien) cuando este joven Pagano endurecido nos habló de una historia rocambolesca de una dama y un Soberano, ¿es ésa la Verdad? No. O, si lo era en parte, ¿era ésa toda y la única Verdad? ¡No, amigos míos, no!

Si el señor Snagsby pudiera aguantar la mirada de su mujercita cuando tropieza con sus ojos, que son el espejo del alma, para penetrar en todas sus interioridades, sería otro hombre del que es. Se arruga y se encoge.

—O, juveniles amigos míos —dice Chadband, descendiendo al nivel de comprensión de éstos, con una demostración ostensible, que expresa mediante una sonrisa grasientamente humilde, de rebajarse mucho a fin de lograrlo—, si el amo de la casa hubiera de aventurarse en la ciudad y ver en ella una anguila y volver después y fuera a llamar ante sí al alma de esta casa y dijera: «¡Sara, regocíjate conmigo, pues he hallado a un elefante!», ¿sería *eso* la Verdad?

La señora Snagsby llora a moco tendido.

—O digamos, mis juveniles amigos, que viera a un elefante y a su regreso dijera:

«He aquí que la ciudad está vacía y no he visto más que una anguila». ¿Sería eso la Verdad?

La señora Snagsby solloza a gritos.

—O digamos, mis juveniles amigos —dice Chadband, estimulado por esos sonidos—, que los padres desnaturalizados de este Pagano que duerme (pues no cabe duda, mis juveniles amigos, de que tuvo unos padres) tras echarlo a los lobos y a los buitres, a los perros asilvestrados y a las ágiles gacelas, y a las serpientes, volvieran a sus residencias, y disfrutaran con sus pipas y sus ollas, con sus flautas y sus bailes, y sus licores de malta, y con las carnes y las aves de su carnicero, ¿sería eso la Verdad?

La señora Snagsby responde cayendo en una serie de espasmos; no como una presa resignada, sino aullante y espasmódica, de forma que Cook's Court se llena de sus chillidos. Por fin cae en la catalepsia, y hay que subirla por la estrecha escalera como si fuera un piano de cola. Tras unos sufrimientos indecibles, que producen la mayor consternación, los mensajeros enviados del dormitorio dicen que ya no sufre, aunque ha quedado agotada, en cuyo estado de las cosas el señor Snagsby, pisoteado y golpeado durante el traslado del pianoforte, y sumamente tímido y debilitado, se aventura a salir de detrás de la puerta de la sala.

Durante todo este tiempo, Jo se ha quedado de pie, inmóvil, en el mismo sitio en que se despertó, sin parar de quitarse pelos de la gorra y de llevársela a la boca, de la cual escupe de vez en cuando trocitos de piel con aire de remordimiento, pues considera que está en su carácter ser un réprobo irremediable, y que nada vale que él trate de mantenerse despierto, pues bien sabe él que nunca va a saber *ná* de *ná*. Si bien es posible, Jo, que exista una historia tan interesante y tan conmovedora como la tuya, incluso para mentalidades tan cercanas a las de las bestias como la tuya, en la cual quedara constancia de las cosas hechas en la tierra por gente del común, que si los Chadband de este mundo, al hacer mutis por el foro, te quisieran mostrar con un mínimo de respeto, que no sólo la dejarían sin más prédicas, sino que la considerarían lo bastante elocuente sin necesidad de su modesta ayuda, ello te haría quedar despierto, entonces quizá aprendieras algo!

Jo no ha oído jamás hablar de ningún libro de historia así. A él le dan lo mismo sus compiladores y el señor Chadband, salvo que conoce al reverendo Chadband, y prefiere pasarse una hora corriendo para huir de él que oírlo hablar durante cinco minutos. «No vale de *ná* que siga esperando aquí», piensa Jo. «El señor Snagsby no me va a decir *ná* esta noche». Y baja las escaleras arrastrando los pies.

Pero abajo está la caritativa Guster, que está agarrada a la balaustrada de la escalera de la cocina, y tratando de contener un ataque, en lucha todavía incierta; ataque provocado por los aullidos de la señora Snagsby. Tiene su propia cena de pan y queso que entregar a Jo, con el cual se aventura a intercambiar unas palabras por primera vez.

—Ten algo de comer, pobrecito —dice Guster.

—Gracias, señorita —contesta Jo.

—¿Tienes hambre?

—¡Más o menos! —replica Jo.

—¿Qué ha pasado con tu padre y con tu madre, eh?

Jo se interrumpe en medio de un mordisco y se queda petrificado. Porque esa huérfana criada por el santo cristiano cuyo santuario se halla en Tooting le ha tocado el hombro, y es la primera vez en su vida que lo han tocado con un gesto de amabilidad.

—No sé *ná* de ellos —dice Jo.

—Yo tampoco de los míos —exclama Guster. Está reprimiendo los síntomas típicos de su ataque, cuando parece que algo la alarma, y desaparece escaleras abajo.

—Jo —dice en voz baja el papelerero cuando el muchacho se queda parado en el escalón.

—¡Aquí estoy, señor Snagsby!

—No sabía si te habías ido... Ten otra media corona, Jo. Tuviste toda la razón al decir que no sabías nada de aquella señora la otra noche, cuando salimos juntos. No haría más que crear problemas. El silencio es oro, Jo.

—¡Comprendido, señor!

Y se dan las buenas noches.

Una sombra fantasmal, en camisón y gorro de dormir, sigue al papelerero a la sala de la que acaba de salir, y se desliza escalera arriba. Y a partir de ese día, dondequiera que vaya, lo seguirá otra sombra distinta de la suya, apenas menos fugaz que la suya, apenas menos silenciosa que la suya. Y en cualquier lugar secreto por el que vaya a pasar su propia sombra, más vale que todos los preocupados por su secreto estén alerta. Porque ahí está también la observadora señora Snagsby, la carne de su carne, la sangre de su sangre, la sombra de su sombra.

26. Tiradores de primera

La mañana invernal, que contempla con ojos apagados y la cara cetrina al vecindario de Leicester Square, encuentra a los habitantes de ésta nada dispuestos a salir de la cama. Muchos de ellos no son madrugadores ni en el mejor de los momentos, pues se trata de aves nocturnas que se van a la percha cuando el sol ya se ha levantado, y que están despiertos y listos para la presa cuando están brillando las estrellas. Tras visillos y cortinas mugrientos, en los pisos altos y las buhardillas, ocultos tras nombres más o menos falsos, cabelleras falsas, títulos falsos, joyas falsas e historias falsas, hay una colonia de bergantes que yacen en su primer sueño. Caballeros de los tapetes verdes que podrían discursar por experiencia personal acerca de las galeras extranjeras y de las penitenciarías nacionales; espías de gobiernos fuertes que tiemblan constantemente de debilidad y de temores inconfesables, traidores convictos, cobardes, matones, jugadores, fulleros, estafadores y testigos falsos, algunos de ellos ya marcados por la señal del hierro al rojo, tras sus melenas sucias, con más suciedad dentro de ellos que jamás hubo en el seno de Nerón, y con más delitos de los que encierra toda la cárcel de Newgate. Pues, por malo que sea el Diablo vestido de fustán o de levita (y puede ser muy malvado vestido de uno u otro modo), es un diablo más astuto, encallecido e intolerable cuando se pone un alfiler en la corbata, se autocalifica de caballero, apuesta a un solo color o a una sola carta, juega una partida de billar y está algo informado de lo que son los pagarés o las letras de cambio, que ea cualquiera de las otras guisas que adopta. Y en cualquiera de esas formas lo encontrará el señor Bucket, que sigue recorriendo las vías que conducen a Leicester Square, si decide encontrarlo.

Pero la mañana de invierno no lo busca ni lo despierta. Despierta al señor George, de la Galería de Tiro, y a su acompañante. Se levantan, enrollan sus petates y los colocan ea sus sitios. El señor George, tras afeitarse ante un espejito de proporciones diminutas, sale a zancadas, coa la cabeza y el pecho desnudos, hacia la Bomba que hay en el patinillo, y vuelve reluciente de jabón amarillo, fricción, agua de lluvia y otra agua gélida. Mientras se seca con una toalla sin fin, resoplando como una especie de buceador militar que acaba de salir a la superficie, con el pelo rizado cada vez más rizado sobre las sienes atezadas, y cuando más se va frotando, de manera que parece que jamás se pudiera alisar con un instrumento menos coercitivo que un rastrillo de hierro o una almohaza, mientras se frota, y jadea, y se pule, aceza, meneas la cabeza de un lado para el otro, con objeto de frotarse la garganta con más comodidad, con el cuerpo inclinado hacia adelante, a fin de que la humedad no le moje las piernas marciales, mientras ocurre todo esto, Phil está arrodillado encendiendo el fuego, y mira en su derredor como si con tanto lavatorio en torno suyo ya fuera suficiente para él, y le bastara, por un día, con absorber toda la salud que le sobra a su jefe y que éste

esparce a su alrededor.

Cuando el señor George se seca, se va a cepillar el cabello con dos cepillos al mismo tiempo, y lo hace con tal aspereza, que Phil, que va acercándose por la galería, con los hombros pegados a las paredes mientras va barriendo, hace un guiño de compasión. Una vez terminada esta tarea, pronto acaban las abluciones del señor George. Carga la pipa, la enciende y se pasea arriba y abajo fumando, como tiene por costumbre, mientras que Phil, de a cuyo lado surge un fuerte aroma a café y panecillos calientes, prepara el desayuno. Fuma gravemente y marcha a paso lento. Es posible que la pipa de esta mañana esté consagrada a la memoria de Gridley en su tumba.

—¿De manera, Phil —dice George, de la Galería de Tiro, al cabo de unas vueltas en silencio—, que anoche estabas soñando con el campo?

Phil, efectivamente, había dicho eso mismo con tono de sorpresa al levantarse de la cama.

—Sí, jefe.

—¿Y cómo era?

—Casi ni me doy cuenta de cómo era, jefe —dice Phil, parándose un momento a pensar.

—¿Cómo sabías que era el campo?

—Debe de haber sido por la hierba, creo. Y por los cisnes —dice Phil, reflexionando.

—¿Qué hacían los cisnes en la hierba?

—Supongo que se la estaban comiendo —contesta Phil.

El amo sigue dándose sus paseos, y el criado sigue haciendo sus preparativos para el desayuno. No son necesariamente unos preparativos prolongados, pues se limitan a preparar un desayuno muy sencillo para dos, y a la fritura de dos rajitas de bacón en la parrilla ennegrecida, pero como Phil tiene que deslizarse a lo largo de una parte muy considerable de la galería en busca de cada uno de los objetos que necesita, y nunca trae dos de esos objetos a la vez, todo ello lleva un cierto tiempo. Por fin queda preparado el desayuno. Cuando lo anuncia Phil, el señor George saca de un golpe las cenizas de su pipa, coloca ésta en la repisa de la chimenea y se sienta a comer. Una vez que ha terminado, Phil sigue su ejemplo; se sienta a un extremo de la mesita oblonga y se pone el plato en las rodillas. No se sabe si es por humildad, o por esconder las manos ennegrecidas, o porque ésa es su forma natural de comer.

—El campo —dice el señor George mientras maneja cuchillo y tenedor— ¡pero, Phil, si creo que nunca has visto el campo!

—Una vez vi los marjales —dice Phil, satisfecho, mientras se come el desayuno.

—¿Qué marjales?

—Los marjales, jefe —replica Phil.—¿Dónde están?

—No sé dónde están —dice Phil—, pero los he visto, jefe. Eran muy llanos. Mucha niebla.

Los términos de jefe y de Comandante son intercambiables, a juicio de Phil; expresan el mismo respeto y la misma deferencia, y no son aplicables a nadie más que al señor George.

—Yo nací en el campo, Phil.

—¿De verdad, mi comandante?

—Sí. Y allí me crié.

Phil enarca su única ceja, tras contemplar respetuosamente a su jefe para expresar su interés, engulle un gran trago de café mientras sigue contemplándolo.

—No hay un solo trino de pájaro que no sepa yo reconocer —dice el señor George—. No hay muchas hojas ni bayas de Inglaterra que no pueda yo nombrar. Ni tampoco muchos árboles que no pudiera trepar si me lo propusiera. En mis tiempos, yo era un verdadero chico del campo. Mi buena madre vivía en el campo.

—Debe de haber sido una viejecita muy buena, jefe —observa Phil.

—¡Ya! Y no creas que era tan vieja, tampoco, hace treinta y cinco años —dice el señor George—. Pero apuesto a que a los noventa estaría más o menos tan erguida como yo, y que tendría unos hombros casi tan anchos como los míos.

—¿Es que se murió a los noventa, jefe? —pregunta Phil.

—No. ¡Basta! ¡Descanse en paz, Dios la bendiga! —dice el soldado—. ¿Por qué me he puesto a hablar de los chicos del campo y los fugitivos y los inútiles? ¡Seguro que es culpa tuya! Así que nunca has visto el campo, salvo los marjales, y en tus sueños, ¿eh?

Phil niega con la cabeza.

—¿Quieres verlo?

—No, no estoy muy seguro, la verdad —dice Phil.

—¿Te basta con la ciudad, eh?

—Bueno, mire, mi comandante —dice Phil—. La *verdá* es que es lo único que conozco, y no sé si no me estaré haciendo demasiado viejo para empezar a meterme en novedades.

—¿Cuántos años *tienes*, Phil? —pregunta el soldado, haciendo una pausa al llevarse el platillo humeante a los labios.

—Sé que hay un ocho de por medio —explica Phil—. No pueden ser ochenta. Pero tampoco dieciocho. Es algo por en medio de esas dos cosas.

El señor George baja lentamente el platillo sin probar su contenido y empieza a decir, sonriente:

—¡Qué diablo, Phil...! —cuando se detiene al ver que Phil está contando con sus sucios dedos.

—Tenía justo ocho años —dice Phil—, según el cálculo del párroco, cuando me

fui con el lañador. Me mandaron a un recado y lo veo sentado debajo de una casa vieja con un fuego para él solo, bien cómodo, y va y me dice: «Hombre, ¿quieres venirte conmigo?». Y yo voy y digo: «Sí», y entonces él y yo y el fuego nos fuimos todos a Clerkenwell. Eso fue un uno de abril, me digo: «Bueno, viejo, ya tienes ocho años con un uno más». Al siguiente uno de abril, voy y digo: «Bueno, viejo, ya tienes ocho años con un dos más». Y así va pasando el tiempo hasta que tengo ocho con un diez más; ocho y dos dieces más. Cuando fue haciéndose más, perdí la cuenta, pero por eso sé qué siempre hay ocho con algo más.

—¡Ah! —dice el señor George, volviendo a su desayuno—. ¿Y dónde está el lañador?

—La bebida lo llevó al hospital, jefe, y el hospital le puso... en una caja de cristal, me han *dicho* —replica Phil misteriosamente.

—Y entonces ascendiste. ¿Te quedaste con el negocio, Phil?

—Sí, mi comandante. Me quedé con el negocio. Con lo que quedaba. No era mucho: la ronda de Saffron Hill a Hatton Garden, Clerkenwell, Smiffeld y vuelta; zona pobre; guardan los pucheros hasta que ya no se pueden componer. Casi todos los lañadores que pasaban se alojaban con nosotros, y así era cómo ganaba mi amo más dinero. Pero conmigo no se venían a alojar. Yo no era como él. Él les cantaba canciones muy bonitas. ¡Yo no sabía! El les tocaba músicas con cualquier cosa, con tal que fuera un cacharro de hierro o de estaño. Yo no sabía hacer nada con los cacharros, sólo arreglarlos o cocinar en ellos... Nunca aprendí *ná* de música. Además, era demasiado feo, y las mujeres se quejaban de mí.

—Eran demasiado aspaventeras. Tampoco es que llames la atención —dice el soldado, con una sonrisa agradable.

—No, jefe —dice Phil, negando con la cabeza—. Sí que la llamo. Yo era pasable cuando me fui con el lañador, aunque tampoco era una belleza, pero entre atizar el fuego con la boca cuando era pequeño, que me fastidió la cara y me quemó el pelo, además de tragarme todo el humo, y además con ser tan torpe que me pasaba la vida tropezando con el metal caliente y haciéndome quemaduras, y con pelearme con el lañador cuando fui creciendo, casi siempre que él había bebido demasiado (que era casi siempre), la verdad es que si antes no era una belleza, me fui haciendo peor, incluso entonces. Y después, con pasarme una docena de años en una forja, donde a los hombres les gustaba gastarme bromas, y con quemarme en un accidente en una fábrica del gas, y con salir volando por una ventana, cuando estaba empleado en una casa de fuegos artificiales, la verdad es que me he quedado como un monstruo de feria.

Y Phil, que se resigna a esa condición con un aire perfectamente satisfecho, pide por favor otra taza de café. Mientras se la bebe, dice:

—Fue después de la explosión de los fuegos artificiales cuando nos conocimos,

jefe.

—Lo recuerdo, Phil. Estabas paseándote al sol.

—Iba pegado a una pared, jefe...

—Es cierto, Phil..., ibas arrimado a una...

—¡Con un gorro de dormir! —exclama Phil, excitado.

—Con un gorro de dormir.

—¡Y cojeando con un par de muletas! —exclama Phil, todavía más excitado.

—Con un par de muletas. Cuando...

—Cuando usted se para, ya sabe —grita Phil, que pone en el suelo la taza y el platillo y se quita de las rodillas la bandeja—, y me dice: «¡Vaya, compañero, se ve que has estado en la guerra!» Entonces no le dije gran cosa, mi comandante, porque me tomó por sorpresa que alguien tan fuerte y tan sano y tan valiente como usted se parase a hablar con un saco de huesos como yo. Pero entonces va usted y me dice, con una voz de lo más fuerte, como si fuera un vaso de algo caliente: «¿Qué clase de accidente has tenido? Desde luego, ha sido algo grave. ¿Qué te pasa, muchacho? ¡Ánimo, cuéntamelo! ¡Ánimo!». ¡Ya con eso me sentí animado! Le digo eso, usted me dice otras cosas, ¡y aquí estoy, mi comandante! ¡Aquí estoy, mi comandante! —exclama Phil, que ha saltado de su silla e inexplicablemente ha empezado a andar pegado a la pared—. Si hace falta un blanco, o si vale para animar el negocio, que me disparen los clientes a mí. A mí no me van a dejar más feo. A mí no me importa. ¡Vamos! Si quieren pegar a alguien, que me peguen a mí. Que me den en la cabeza. A mí no me importa. Si quieren un peso ligero con el que pegarse para entrenarse, conforme al reglamento de Cornualles, el de Devonshire o el de Lancashire, que me peguen a mí. A mí no me van a hacer daño. ¡Ya me han pegado bastante en la vida, con reglamento o sin ellos!

Tras este discurso inesperado, pronunciado con energía y acompañado de gestos para ilustrar los diversos ejercicios a los que se ha referido, Phil Squod recorre tres lados de la galería pegado a la pared, y se lanza abruptamente hacia su comandante y le da un cabezazo, como muestra de su total lealtad a él. Después empieza a llevarse los trastos del desayuno.

El señor George, tras reír animadamente y darle un golpecillo en el hombro, le ayuda en su trabajo y coopera en la tarea de poner en orden la galería. Una vez hecho esto, pasa a entrenarse con las pesas, y después se pesa él y opina que está «poniéndose gordo», tras lo cual se dedica con gran solemnidad a la esgrima solitaria con el sable. Entre tanto, Phil se ha puesto a trabajar a su mesa de siempre, donde atornilla y desatornilla, limpia, lima y sopla en pequeñas aperturas, y se va poniendo cada vez más negro, mientras parece montar y desmontar todo lo que hay de montable y desmontable en un arma de fuego.

El amo y el criado se ven interrumpidos al cabo de un rato por unos pasos en el

corredor, pasos que suenan de forma rara y denotan la llegada de visitantes desusados. Esos pasos, que van acercándose cada vez más a la galería, introducen en ella a un grupo que a primera vista lo hacen irreconciliable con cualquier fecha que no sea la del 5 de noviembre [72].

Está formado por una figura flácida y fea transportada en una silla por dos personas, acompañada de una mujer flaca con una cara de máscara afilada, de la cual cabría esperar que se pusiera inmediatamente a recitar los versos populares conmemorativos de la época en que ayudaron a crear la explosión que haría despertar a la Vieja Inglaterra, salvo que mantiene la boca firme y desafiantemente cerrada cuando la silla queda en tierra, en cuyo momento la figura contenida en la silla jadea:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay de mí! —y añade:— ¿Cómo está usted, amigo mío? ¿Cómo está usted?

El señor George discierne entonces, en la procesión, al venerable señor Smallweed, que ha salido a tomar el aire, asistido por su nieta Judy como guardaespaldas.

—Señor George, mi querido amigo —aceza el Abuelo Smallweed, apartando el brazo derecho del cuello de uno de sus portadores, a quien casi ha estrangulado por el camino—, ¿cómo estamos? Veo que le sorprende verme, mi querido amigo.

—No me hubiera sorprendido más ver a su amigo de la City —replica el señor George.

—Salgo muy poco —jadea el señor Smallweed—. Hace meses que no salía. Me resulta incómodo... y sale caro. Pero tenía muchas ganas de verle, mi querido señor George. ¿Cómo está usted, señor mío?

—Bastante bien —dice el señor George—. Espero que usted también.

—Nunca podrá usted estar demasiado bien, querido amigo —dice el señor Smallweed, tomándolo de ambas manos—. He traído a mi nieta Judy. Era imposible dejarla en casa, de ganas que tenía de verle a usted.

—¡Jem! Pues parece disimularlas bastante —murmura el señor George.

—Así que tomamos un simón y le metimos una silla, y al llegar a la esquina me sacaron del coche a la silla y me trajeron hasta aquí para que pudiera ver a mi querido amigo en su propio establecimiento. Éste —dice el señor Smallweed, aludiendo al porteador que ha estado en peligro de estrangulamiento y que se retira, llevándose la mano a la garganta— es el conductor del simón. No tiene que cobrar nada más. Llegamos al acuerdo de que estaría incluido en la carrera. Esta persona —el otro porteador— la contratamos en la calle de afuera por una pinta de cerveza. O sea, dos peniques. Judy, dale dos peniques a esa persona. No estaba seguro de si tenía usted un criado, mi querido amigo, pues de saberlo no habríamos empleado a esta persona.

El Abuelo Smallweed se refiere a Phil con una mirada de considerable terror y medio tragándose la exclamación de: «¡Ay de mí! ¡Dios mío!». Y tampoco carece de

alguna razón esa aprensión a primera vista, pues Phil, que nunca había visto antes a la aparición con la gorra de terciopelo negro, se ha quedado inmóvil con un fusil en la mano, cual un tirador de primero que aspire a matar al señor Smallweed como si fuera un viejo pájaro de la especie de los córvidos.

—Judy, hija mía —dice el señor Smallweed—, dale sus dos peniques a la persona. Ya es mucho para lo que ha hecho.

La persona, que es uno de esos especímenes extraordinarios de hongo humano que aparece espontáneamente en las calles del Lado Oeste de Londres, siempre vestidos con una chaqueta vieja y roja y con la «misión» de sostener los caballos y llamar los simones, recibe los dos peniques sin ninguna manifestación de sentir entusiasmo alguno, tira la moneda al aire, la recoge en el dorso de la mano y se retira.

—Mi querido señor George —dice el Abuelo Smallweed—, ¿tendría usted la amabilidad de ayudarme a llevarme junto a la chimenea? Estoy acostumbrado a estar junto a una chimenea, y como soy viejo, en seguida me enfrío. ¡Ay de mí!

Esta última exclamación se la arranca al venerable caballero la celeridad con que el señor Squod, como un genio oriental, lo agarra, silla y todo, y lo deposita junto a la chimenea.

—¡Ay de mí! —repite el señor Smallweed, jadeante—. ¡Dios mío! ¡Cielo santo! Mi querido amigo, su empleado es muy fuerte y muy brusco. ¡Dios mío, qué brusco! Judy, apártame un poquito; se me están chamuscando las piernas —como en efecto pueden advertir los olfatos de todos los presentes por el olor que emiten sus medias de estambre.

La dulce Judy, tras apartar un poco del fuego a su abuelo y darle la sacudida de costumbre, le destapa el ojo que tenía tapado por su despabilador de terciopelo negro, y el señor Smallweed vuelve a repetir: «¡Ay de mí! ¡Ay, Señor!», y tras mirar otra vez al señor George, vuelve a acercar las manos al fuego.

—¡Mi querido amigo! ¡Qué alegría de verle! ¿Y éste es su establecimiento? Es un lugar encantador. ¡Toda una estampa! ¿No se disparará nada por accidente, verdad, amigo mío? —añade el Abuelo Smallweed, muy intranquilo.

—No, no. No tema usted.

—Y su empleado... ¡Ay de mí! Nunca dejará que se dispare nada por accidente, ¿verdad, mi querido amigo?

—Nunca ha hecho daño a nadie, salvo a sí mismo —dice el señor George con una sonrisa.

—Pero existe la posibilidad, ya sabe. Parece haberse herido muchas veces y podría herir a otro —replica el anciano caballero—. Quizá sin querer... o quizá queriendo. Señor George, ¿querría usted ordenarle que deje en paz sus infernales armas de fuego y que se vaya?

Phil obedece a un gesto del soldado y se retira con las manos vacías al otro

extremo de la galería. El señor Smallweed, tranquilizado, se pone a frotarse las piernas.

—Y ¿qué tal le va, señor George? —pregunta al soldado, que está en posición de firmes frente a él, con el sable en la mano—. ¿Prospera usted, con la gracia de Dios?

El señor George responde con un gesto frío de asentimiento y añade:

—Siga. No cabe duda de que habrá venido usted para decirme algo.

—Es usted tan ocurrente, señor George —replica el venerable abuelo—. Es usted muy buena compañía.

—¡Ya, ya! ¡Siga! —dice el señor George.

—¡Mi querido amigo!... Pero esa espada parece tan brillante y tan afilada... Podría cortarse alguien por accidente. Me da miedo, señor George... ¡Maldito sea! —dice el excelente anciano en un aparte a Judy cuando el soldado da unos pasos para dejar la espada a un lado— Me debe dinero y podría ocurrírsele quedar en paz en este antro. Ojalá estuviera aquí tu infernal abuela para que le cortara la cabeza a ella.

El señor George vuelve, se cruza de brazos y, mirando desde su altura al anciano, que cada vez se va hundiendo más en su silla, dice calmamente:

—¡Vamos a ver!

—¡Ya! —exclama el señor Smallweed, frotándose las manos con una risita—. Vamos a ver. Sí. ¿Ver qué?

Una pipa —dice el señor George, que con gran compostura pone su silla junto al rincón de la chimenea, saca la pipa de la parrilla, la ataca y la enciende y se pone a fumar pacíficamente.

Eso tiende a desconcertar al señor Smallweed, a quien le resulta tan difícil entrar en su tema, sea éste el que sea, que se exaspera y hace gestos misteriosos de rascar el aire con una vengatividad impotente que expresa el deseo de arañar la cara al señor George y desfigurarle. Como el excelente anciano tiene las uñas largas y duras, y las manos largas y finas, y los ojos verdes y lacrimosos, y además de todo eso, a medida que continúa, mientras sigue echando manotazos, hundiéndose en su silla y deshaciéndose en un montón informe, se convierte en un espectáculo tan horrible, incluso a los ojos expertos de Judy, esa joven vestal se lanza hacia él con algo que es más que el ardor del afecto y tanto lo sacude, lo palmotea y lo achucha en diversas partes del cuerpo, pero especialmente en los que la ciencia de la defensa propia califica de aparato respiratorio, que en su apuro atormentado lanza estertores como un solador en plena faena.

Cuando, por esos medios, Judy lo ha vuelto a erguir en su silla, con la cara pálida y la nariz helada (aunque sigue manoteando), la propia Judy extiende su índice descarnado y le da un toque en la espalda al señor George. El soldado levanta la cabeza y ella señala con el dedo a su estimable abuelo, y una vez que los ha puesto en contacto de este modo se queda contemplando rígidamente el fuego.

—¡Ay, ay, ay! ¡Aaaghhh! —tiritita el Abuelo Smallweed, tragándose la rabia—. ¡Mi querido amigo! (mientras sigue manoteando).

—Voy a decirle una cosa —comenta el señor George—. Si quiere usted conversar conmigo, tiene que hablar en voz alta. Yo no soy demasiado fino y no puedo andar me con rodeos. No tengo la educación necesaria. No soy lo bastante listo. No me va. Cuando se dedica usted a andarme con historias y rodeos —continúa el soldado, llevándose la pipa a los labios—, ¡que me cuelguen si no me siento sofocar!

Y llena de aire su ancho tórax como para asegurarse a sí mismo que todavía no está sofocado.

—Si ha venido usted en plan de visita amistosa —continúa diciendo el señor George—, se lo agradezco. ¿Cómo está usted? Si ha venido usted para ver si hay objetos de valor en el local, no tiene más que mirar; haga lo que usted quiera. Y si quiere decirme algo, ¡dígalo de una vez!

La lozana Judy, sin apartar los ojos del fuego, le da a su abuelo un empujón fantasmal.

—¡Ya ve usted! Ella opina lo mismo. Y ¿por qué diablo no se sienta esa muchacha como una cristiana? —comenta el señor George, mirando curioso a Judy—. No puedo comprenderlo.

—Se mantiene a mí lado para atenderme, señor —dice el Abuelo Smallweed—. Soy muy viejo, señor George, y necesito ciertos cuidados. Llevo bien la edad; no soy una cotorra infernal —mientras gruñe y busca inconscientemente el cojín—, pero necesito cuidados, amigo mío.

—¡Bueno! —contesta el soldado, que gira su silla para hacer frente al viejo—. ¿Y qué más?

—Señor George, mi amigo de la City ha hecho un pequeño negocio con un alumno de usted.

—Ah, ¿sí? —dice el señor George—. Lamento saberlo.

—Sí, señor. —El Abuelo Smallweed se frota las piernas—. Ahora es un soldadito excelente, señor George, y se llama Carstone. Unos amigos suyos lo ayudaron y ahora todo está saldado honorablemente.

—Ah, ¿sí? —repite el señor George—. ¿Cree usted que su amigo de la City agradecería un buen consejo?

—Creo que sí, mi querido amigo. Si viniera de usted.

—Entonces le aconsejo que no siga haciendo negocios en ese sector. Ya no puede sacarles nada. Que yo sepa, ese joven caballero ha tenido que frenar en seco.

—No, no, mi querido amigo. No, no, señor George. No, no, señor —reprocha el Abuelo Smallweed, que se frota astutamente las piernas flacas—. Nada de frenado en seco, creo. Tiene buenos amigos y tiene un sueldo, y siempre puede vender su despacho de oficial, y siempre puede vender su participación en un pleito, y sus

posibilidades de compromiso matrimonial, y..., vamos, ya sabe usted, señor George. ¿Cree usted que mi amigo podría todavía opinar que el joven caballero está bien avalado? —pregunta el Abuelo Smallweed, dándole la vuelta a la gorra de terciopelo y rascándose una oreja como si fuera un mono.

El señor George, que ha dejado a un lado la pipa y está sentado con un brazo en el respaldo de la silla, traza un zapateado en el suelo con el pie derecho, como si no le agradara especialmente el giro de la conversación.

—Pero, por pasar de un tema a otro —continúa diciendo el señor Smallweed—. Por animar la conversación, como diría un chistoso. Por pasar, señor George, del guardiamarina al capitán.

—¿De qué está usted hablando? —pregunta el señor George, que deja con un fruncimiento de ceño de acariciarse el recuerdo de su bigote—. ¿De qué capitán?

—De nuestro capitán. Del capitán que sabemos. Del Capitán Hawdon.

—¡Ah! De eso se trataba, ¿verdad? —exclama el señor George con un pequeño silbido, mientras observa que tanto el abuelo como la nieta lo están mirando—. ¡Ya hemos llegado! Bueno, ¿y qué pasa? Vamos, no estoy dispuesto a que me sigan sofocando! ¡Hable!

—Mi querido amigo —replica el viejo—. Me han preguntado (¡Judy, dame una sacudida!), ayer me han preguntado por el capitán, y yo sigo creyendo que el capitán no ha muerto.

—¡Bobadas! —observa el señor George.

—¿Qué ha dicho usted, amigo mío? —pregunta el viejo, llevándose la mano a la oreja.

—¡Bobadas!

—¡Ja! —dice el Abuelo Smallweed—. Señor George, ya puede usted juzgar cuál es mi opinión por las preguntas que me han hecho y los motivos que me han dado para hacerlas. Y ahora, ¿qué cree usted que quiere el abogado que está haciendo esas preguntas?

—Un negocio —dice el señor George.

—¡Nada de eso!

—Entonces no puede ser un abogado —dice el señor George, cruzándose de brazos con aire de total convencimiento.

—Mi querido amigo, es un abogado, y de los famosos. Quiere ver algún papel escrito por el Capitán Hawdon por su propia mano. No quiere quedárselo. No quiere más que verlo y compararlo con un papel que tiene en su posesión.

—Muy bien, ¿y qué?

—Muy bien, señor George. Como dio la casualidad de que recordó el anuncio relativo al Capitán Hawdon y a toda la información que pudiera darse a su respecto, lo consultó y vino a verme... exactamente igual que hizo usted, mi querido amigo.

¿Quiere usted darme la mano? ¡Cuánto me alegré de que viniera usted aquel día! ¡De no haber venido, no habiéramos podido trabar esta amistad!

—¿Y qué más, señor Smallweed? —vuelve a decir el señor George, tras realizar la ceremonia con una cierta rigidez.

—Yo no tenía nada. No tengo más que su firma. Que caigan sobre él la plaga, la pestilencia y el hambre, la muerte en la batalla y la muerte repentina —dice el viejo, que convierte en maldición una de las pocas oraciones que recuerda [73], y aprieta su gorra de terciopelo con manos indignadas—. Tengo un millón de sus firmas, ¡diría yo! Pero usted —recuperando repentinamente su tono dulce, mientras Judy le vuelve a colocar la gorra en la cabeza de bola de billar—, usted, mi querido señor George, probablemente tendrá alguna carta o algún documento que podría valer. Bastaría con cualquier cosa escrita por su mano.

—Quizá podría tener algo escrito por su mano —dice pensativo el soldado.

—¡Mi querido amigo!

—Quizá podría y quizá no.

—Ja! —dice el Abuelo Smallweed, alicaído.

—Pero aunque tuviera montones, no enseñaría a nadie ni lo suficiente para envolver un cartucho sin saber para qué.

—Señor mío, ya le he dicho para qué. Mi querido señor George, ya le he dicho para qué.

—No lo suficiente —dice el soldado, negando con la cabeza—. Tendría que saber algo más y estar de acuerdo.

—Entonces, ¿quiere usted venir a ver al abogado? Mi querido amigo, ¿querrá usted venir a ver a ese caballero? —exhorta el Abuelo Smallweed, que saca un viejo reloj de plata muy plano con unas manos flacas como las piernas de un esqueleto—. Le dije que era probable que pudiera ir a visitarle entre las diez y las once de la mañana, y ya son las diez y media. ¿Querrá usted venir a ver a ese caballero, señor George?

—¡Ejem! —es la grave respuesta—. No me importaría. Aunque no entiendo por qué le importan tanto a usted.

—A mí me importa todo, si tengo una oportunidad de sacar algo a la luz en relación con él. ¿No nos ha engañado a todos? ¿No nos debía a todos sumas inmensas? ¿Por qué me importa? ¿A quién le puede importar más que a mí todo lo que se refiera a él? No es, amigo mío —dice el Abuelo Smallweed bajando la voz—, que pretenda yo que vaya usted a traicionar nada. Lejos de mí. ¿Querrá usted venir, mi querido amigo?

—¡Sí! Iré dentro de un minuto. Pero desde luego no prometo nada.

—No, mi querido señor George, no.

—¿Y pretende usted decirme que me va usted a llevar a su casa, dondequiera que

esté, sin cobrarme el coche? —pregunta el señor George, mientras saca el sombrero y sus gruesos guantes de cuero.

Esa broma le resulta tan divertida al señor Smallweed que se queda riendo en voz baja y durante mucho tiempo ante el fuego. Pero mientras se ríe echa una mirada por encima de su hombro paralítico al señor George, y lo contempla ansiosamente mientras este último abre el candado de una alacena al otro extremo de la galería, escudriña acá y allá, lo dobla y se lo mete en el bolsillo del pecho. Entonces Judy da un golpecito al señor Smallweed y el señor Smallweed da un golpecito a Judy.

—Estoy listo —dice el soldado al volver—. Phil, puedes llevar a este anciano caballero a su coche, no te costará trabajo.

—¡Cielo santo! ¡Dios mío! ¡Un momento, por favor! —exclama el señor Smallweed—. ¡Es tan brusco! ¿Está seguro de que puede usted cargar conmigo, señor mío?

Phil no replica, sino que levanta la silla con su carga, se desliza de lado, abrazado fervientemente por el señor Smallweed, que ahora no dice nada, y recorre rápido el pasillo como si le hubieran dado la agradable orden de llevar al venerable caballero al volcán más cercano. Sin embargo, como a plazo más corto sólo ha de llevarlo al Simón, allí es donde lo deposita, y la bella Judy se sienta a su lado, y la silla pasa a embellecer el techo del coche, mientras el señor George pasa a ocupar la plaza vacía en el pescante.

El señor George queda totalmente confuso ante el espectáculo que se extiende a su vista periódicamente cuando contempla el interior del coche por la ventanilla que tiene a sus espaldas, al ver que la sombría Judy permanece todo el tiempo inmóvil y que el anciano caballero, con la gorra tapándole un ojo, no hace más que resbalar de su asiento hacia el montón de paja, y con el otro ojo no cesa de mirarlo, con la expresión impotente de alguien a quien hacen sufrir todos los baches.

27. Más de un ex soldado

El señor George no tiene gran distancia que recorrer, cruzado de brazos en el pescante, hasta que llegan a su destino en Lincoln's Inn Fields. Cuando el conductor frena sus caballos, el señor George se apea y al mirar por la ventanilla dice:

—O sea, que su cliente es el señor Tulkinghorn, ¿eh?

—Sí, mi querido amigo. ¿Le conoce usted, señor George?

—Hombre, ya sé quién es..., y además creo que lo he visto. Pero no lo conozco, y no creo que él me conozca a mí.

Después llevan arriba al señor Smallweed, lo cual se hace a la perfección con la ayuda del soldado. Lo llevan a la gran sala del señor Tulkinghorn, y lo depositan en la alfombra turca ante la chimenea. El señor Tulkinghorn no está ahora mismo, pero no tardará en volver. Tras decir esto, el ocupante del reclinatorio de la entrada atiza el fuego y deja al triunvirato que se vaya calentando.

El señor George siente gran curiosidad por esta sala. Contempla el techo pintado, mira los viejos libros de derecho, contempla los retratos de los grandes clientes, lee en voz alta los nombres de las cajas.

—Sir Leicester Dedlock, Baronet —lee pensativo el señor George—. ¡Ah! «Mansión de Chesney Wold». ¡Jem! —y el señor George se queda mirando largo rato las cajas, como si fueran cuadros, y vuelve hacia la chimenea, repitiendo:— Sir Leicester Dedlock y Mansión de Chesney Wold, ¿eh?

—¡Tiene una fortuna, señor George! —murmura el Abuelo Smallweed, que se frota las piernas—. ¡Es riquísimo!

—¿De quién habla? ¿De este viejo o del baronet?

—De este caballero, de este caballero.

—Eso me han dicho, y también que sabe algunas cosillas, apuesto. Tampoco está mal el acuartelamiento —comenta el señor George, echando otra mirada—. ¡Mire esa caja fuerte!

La respuesta queda abortada por la llegada del señor Tulkinghorn. Naturalmente, no ha cambiado en nada. Va vestido con su ropa descolorida de siempre, lleva las gafas en la mano y hasta el estuche de éstas está raído. Sus modales son furtivos y secos. Su voz, ronca y baja. Su rostro, observador tras una persiana, como es habitual en él, no carente de un gesto de censura y quizá de desprecio. Es posible que la nobleza tenga adoradores más fervientes y creyentes más fieles que el señor Tulkinghorn, después de todo, si todo se pudiera saber.

—¡Buenos días, señor Smallweed, buenos días! —dice al entrar—. Veo que me ha traído usted al sargento. Siéntese, sargento.

Mientras el señor Tulkinghorn se quita los guantes y los pone dentro de su sombrero, mira con ojos entornados al otro lado de la sala, donde está el soldado, y

quizá se dice para sus adentros: «¡Me parece que me vas a valer, chico!».

—¡Siéntese!, sargento —repite al acercarse a la mesa, que está junto a la chimenea, y ocupar su sillón— ¡Qué mañana más fría y desapacible! —y el señor Tulkinghorn se calienta ante la reja de la chimenea, primero las palmas y después los nudillos de las manos, y mira (tras esa persiana que, según sabemos, está siempre bajada) al trío sentado en un pequeño semicírculo ante él—. ¡Creo que ya sé de qué se trata, señor Smallweed! —(y quizá sea cierto en más de un sentido). El anciano caballero se ve sacudido una vez más por Judy para que participe en la conversación—. Ya veo que ha traído usted a nuestro buen amigo el sargento.

—Sí, señor —replica el señor Smallweed, totalmente servil ante la riqueza y la influencia del abogado.

—¿Y qué dice el sargento de este negocio?

—Señor George —dice el Abuelo Smallweed con un movimiento tembloroso de la mano reseca—, éste es el caballero del que le he hablado.

El señor George saluda al caballero, pero aparte de eso mantiene un silencio total y sigue sentado tieso en la silla, como si llevara encima todo el equipo reglamentario para un día de marcha.

El señor Tulkinghorn continúa:

—Bueno, George... Creo que se llama usted George, ¿no?

—Efectivamente, señor.

—¿Qué dice usted, George?

—Con su permiso, señor —responde el soldado—, pero primero desearía saber qué es lo que dice *usted*.

—¿Se refiere usted a qué recompensa ofrezco?

—Me refiero a todo, señor.

Esto le resulta tan exasperante al señor Smallweed que de pronto empieza a gritar:

—¡Bestia infernal! —y de forma igualmente repentina pide perdón al señor Tulkinghorn para excusarse por este lapsus y dice a Judy:— Estaba pensando en tu abuela, hija mía.

—Yo había supuesto, sargento —sigue diciendo el señor Tulkinghorn, inclinándose hacia un lado de la silla y cruzando las piernas—, que el señor Smallweed quizá hubiera explicado suficientemente el asunto. Pero eso es lo de menos. Usted sirvió cierto tiempo a las órdenes del Capitán Hawdon, lo ayudó cuando estuvo enfermo y le hizo muchos pequeños favores, y según me dicen gozaba usted de su confianza. ¿Es verdad o no?

—Sí, señor; es verdad —dice el señor George con laconismo militar.

—Por consiguiente, es posible que tenga usted en su posesión algo, lo que sea, no importa: cuentas, instrucciones, órdenes, una carta, cualquier cosa; algo escrito por el Capitán Hawdon. Deseo comparar su letra con unas muestras que tengo. Si puede

usted darme la oportunidad, le compensaré la molestia. Estoy seguro de que consideraría usted suficiente tres, cuatro o cinco guineas.

—¡Generosísimo, amigo mío! —exclama el Abuelo Smallweed, que parpadea nervioso.

—Si no es así, dígame lo que le parece, conforme a su conciencia de soldado, que podría exigir. No es necesario que se deshaga usted de los papeles si no lo desea, aunque yo preferiría quedarme con ellos.

El señor George sigue tieso en su silla, exactamente en la misma postura que antes; contempla las pinturas del techo y no dice una palabra. El irascible señor Smallweed da manotazos al aire.

—De lo que se trata —dice el señor Tulkinghorn con su aire metódico, suave, ininteresante— es, en primer lugar, de saber si tiene usted algo escrito por el Capitán Hawdon.

—En primer lugar, sí tengo algo escrito por el Capitán Hawdon, señor —repite el señor George.

—En segundo lugar, de saber qué suma puede compensarle a usted por la molestia de traérmelo.

—En tercer lugar, puede usted juzgar por sí mismo si se parece en absoluto a esta letra —dice el señor Tulkinghorn, que de pronto le pasa unas hojas escritas y atadas en un fajo.

—Si se parece en absoluto a esa letra. Muy bien —repite el señor George.

Las tres veces que el señor George repite lo que le han dicho, lo hace de manera mecánica, mirando a los ojos al señor Tulkinghorn, y ni siquiera echa un vistazo a la declaración jurada en el caso de Jarndyce y Jarndyce que le han dado para que la inspeccione (aunque todavía la tiene en la mano), sino que sigue mirando al abogado con aire de reflexión inquieta.

—Bueno —dice el señor Tulkinghorn—, ¿qué dice usted?

—Bueno, señor —replica el señor George, que se pone en pie y parece adquirir una estatura inmensa—, si no le importa, prefiero no tener nada que ver con todo esto.

El señor Tulkinghorn parece quedarse tan tranquilo y pregunta:

—¿Por qué no?

—Pues mire, señor —responde el soldado—, salvo que se trate de una cuestión militar, yo no soy un hombre muy práctico. En el mundo civil soy lo que algunos calificarían de un inútil. No entiendo nada de pluma, señor. Estoy más capacitado para aguantar un fuego cruzado que un interrogatorio. Ya le he dicho al señor Smallweed, hace una hora o dos, que cuando se me plantean cosas de este tipo me siento sofocar. Y eso es lo que siento ahora —dice el señor George, mirando a los presentes.

Una vez dicho esto, da tres zancadas adelante para volver a poner los papeles en la mesa del abogado, y otras tres zancadas atrás para volver a ocupar el mismo sitio, que antes, donde se queda perfectamente rígido, aunque esta vez mira al suelo en lugar de a las pinturas del techo, con las manos a la espalda, como para que no se le puedan dar más documentos de ningún tipo.

Ante tamaña provocación, el señor Smallweed tiene su adjetivo favorito tan en la punta de la lengua que comienza a mezclar las palabras «Mi querido amigo» con las sílabas «Infer...», con lo cual el pronombre posesivo se convierte en «Infermi», y parece como si se le hubiera trabado la lengua. Pero una vez pasada esta dificultad, exhorta a su querido amigo con la mayor dulzura a que no sea impulsivo, sino que haga lo que le pide un caballero tan eminente, y lo haga con buenos modales, en el convencimiento que debe ser algo impecable, además de rentable. El señor Tulkinghorn se limita a intercalar una frase de vez en cuando, como «Usted es quien mejor sabe lo que le interesa, sargento», o «Asegúrese usted de que no está perjudicando a nadie», o «Haga usted como quiera, como quiera», o «Si ya está usted decidido, no hay más que hablar». Todo ello lo dice con aire de perfecta indiferencia, mientras ojea los papeles que tiene en la mesa y se dispone a escribir una carta.

El señor George mira con desconfianza de las pinturas del techo al suelo, del señor Smallweed al señor Tulkinghorn y del señor Tulkinghorn a las pinturas del techo, y en su perplejidad cambia a menudo la pierna en la que se apoya.

—Le aseguro, caballero —dice el señor George— que, sin ánimo de ofender, entre usted y aquí el señor Smallweed me siento más que sofocado. De verdad, señor. No puedo medirme con ustedes. ¿Me permite usted preguntarle por qué desea usted ver la letra del capitán, en caso de que pueda encontrar algún ejemplo de ella?

El señor Tulkinghorn niega pausadamente con la cabeza.

—No. Sargento, si fuera usted hombre de negocios no haría falta decirle que existen motivos confidenciales, completamente inocuos en sí mismos, para deseos de ese género, en la profesión a la que pertenezco. Pero si teme causar algún perjuicio al Capitán Hawdon, puede usted tranquilizarse al respecto.

—¡Ah! Pero ya ha muerto, caballero.

—¿Ha muerto? —y el señor Tulkinghorn se dispone tranquilamente a ponerse a escribir.

—Bueno, señor mío —dice el soldado, mirándose el sombrero, tras otra pausa desconcertada—, siento no haberle sido de más utilidad—. Si pudiera serle de utilidad a alguien es que me viera confirmado en mi opinión de que prefiero no tener nada que ver con esto, pues hay un amigo mío que tiene mejor cabeza para los negocios que yo y que es un ex soldado; estoy dispuesto a consultar con él y... me siento tan completamente sofocado ahora mismo —dice el señor George, pasándose desesperadamente la mano por la frente— que no sé ni lo que puede serme de utilidad

a mí.

El señor Smallweed, al oír que esa autoridad también es un ex soldado, insiste tan decididamente en la conveniencia de que el soldado veterano allí presente consulte con él, y especialmente que le comunique que se trata de una cuestión de cinco guineas o más, que el señor George se compromete a ir a verlo. El señor Tulkinghorn no dice nada en un sentido ni en otro.

—Entonces, con su permiso, caballero, voy a consultar a mi amigo —dice el soldado— y me tomaré la libertad de volver aquí con mi última respuesta hoy mismo. Señor Smallweed, si desea usted que ayude a bajarle por la escalera...

—Dentro de un momento, mi querido amigo, un momento. ¿Me permite que antes hable un momento en privado con este caballero?

—Desde luego, señor mío. Por mí no hay prisa —y el soldado se retira al punto más distante de la sala y continúa su inspección curiosa de las cajas, tanto la fuerte como las otras.

—Si yo no estuviera más débil que un bebé del infierno, señor —susurra el Abuelo Smallweed, haciendo que el abogado se rebaje a su nivel mediante un tirón de la solapa, y con un fuego medio apagado en su mirada furiosa—, le sacaría a golpes sus papeles. Los tiene en el bolsillo del pecho. He visto cómo se los metía en él. Judy también lo ha visto. ¡Habla, imagen deformada de una muestra de tienda de bastones, y di que lo has visto!

Este vehemente conjuro del anciano caballero va acompañado de un gesto tan vehemente hacia su nieta que resulta demasiado para sus fuerzas y se resbala de la silla, arrastrando consigo al señor Tulkinghorn, hasta que interviene Judy y le da una sacudida.

—No me agrada la violencia, amigo mío —observa entonces fríamente el señor Tulkinghorn.

—No, no; ya lo sé, ya lo sé, señor Pero resulta irritante e indignante. Es... es peor que esa cotorra incoherente de tu abuela —dice a la imperturbable Judy, que se limita a contemplar la chimenea— saber que tiene lo que hace falta y se niega a dárnoslo. ¡Que se niega a dárnoslo! ¡Ése! ¡Un vagabundo! Pero no importa, caballero, no importa. En el peor de los casos, podrá hacer lo que quiera durante muy poco tiempo. Lo tengo sometido a una servidumbre periódica. Y voy a doblegarlo, caballero, voy a doblegarlo. Le aseguro que voy a doblegarlo. ¡Si no quiere hacerlo de grado, tendrá que hacerlo por fuerza, señor mío!... ¡Vamos, señor George! —dice el Abuelo Smallweed con un guiño horroroso dirigido al abogado al soltar a este último—. ¡Estoy listo para recibir su ayuda, mi querido amigo!

El señor Tulkinghorn se queda de pie en la alfombrilla que hay ante la chimenea y muestra algunos indicios de diversión dentro de su taciturnidad habitual, mientras de espaldas a la chimenea contempla cómo desaparece el señor Smallweed y devuelve

con un gesto de la cabeza el saludo que hace el soldado al marcharse.

El señor George advierte que resulta más difícil deshacerse del anciano caballero que el echar una mano para transportarlo escaleras abajo, pues una vez vuelto a instalar en su vehículo es tan locuaz acerca del tema de las guineas, y se le queda agarrado, a uno de sus botones con tanto afecto (pues en realidad mantiene un deseo secreto de rasgarle la ropa, de robarle), que el soldado tiene que aplicar una cierta fuerza para efectuar la separación. Por fin lo logra y marcha solo en busca de su consejero.

Junto a los claustros del Temple, y junto a Whitefriars (sin dejar de echar una mirada al Callejón de la Espada Colgada, que parece encontrarse en su camino), y junto al Puente de Blackfriars, y el Camino de Blackfriars, el señor George va avanzando pausadamente hasta una calle de pequeños comercios que se halla en medio de la maraña de caminos que van a Kent y a Surrey, y de calles que van a los puentes de Londres, y que se centran en el famosísimo Elefante que ha perdido su Castillo [74] formado por mil coches de cuatro caballos arrebatado por un extraño monstruo de hierro más fuerte que él y que está dispuesto a convertirlo en picadillo en el momento en que ose desafiarlo. El señor George sigue avanzando a zancadas hacia una de las tiendecitas de esta calle, que es la tienda de un músico, con unos cuantos violines en el escaparate, unas cuantas flautas de Pan, una pandereta, un triángulo y unas hojas de papel pautado. Y cuando se detiene a unos pasos de ella, ve a una mujer de aspecto militar con el mandil recogido, que avanza con una artesa de madera, y que en esa artesa empieza con grandes chapoteos a lavar algo apoyándose en la acera. El señor George se dice: «Como de costumbre, lavando las verduras. ¡Salvo una vez que la vi montada en una carreta, jamás la he visto que no estuviera lavando verduras!».

El tema de esta reflexión está, en todo caso, tan ocupada en lavar verduras que no se da cuenta de que se le acerca el señor George, hasta que se levanta junto con su artesa y tras echar toda el agua en la cuneta, se lo encuentra a su lado. No lo recibe de forma muy halagüeña:

—¡George, cada vez que te veo desearía que estuvieras a cien millas de distancia!

El soldado no hace caso de este saludo y la sigue a la tienda de instrumentos musicales, donde la dama coloca su artesa de verduras encima del mostrador y, tras darle la mano, pone los brazos en la artesa.

—Te juro —dice—, George, que nunca considero a Matthew Bagnet verdaderamente a salvo cuando te tiene cerca. Eres tan inquieto y tan vagabundo...

—¡Sí! Ya lo sé, señora Bagnet. Ya lo sé.

—¡Y tanto que lo sabes! —replica la señora Bagnet—. ¿Qué más da? ¿Por qué eres así?

—Por naturaleza, supongo —responde el soldado con buen humor.

—¡Ja! —exclama la señora Bagnet con voz un tanto chillona—. Pero ¿de qué me va a valer tu naturaleza cuando hayas tentado a mi Mat para que abandone el negocio de la música y se me vaya a la Nueva Zelandia o a la Australia?

La señora Bagnet no es nada fea. De huesos bastante grandes, tez áspera y curtida por el sol y el viento, que le han desteñado el pelo encima de la frente, pero sana, robusta y de mirada animada. Es una mujer fuerte, ocupada e incansable, que tiene de cuarenta y cinco a cincuenta años. Limpia, ordenada, hacendosa y vestida de forma tan económica (aunque bien) que el único artículo ornamental que lleva parece ser su anillo de bodas, en torno al cual le ha engordado tanto el dedo desde que se lo puso que nunca se lo podrá sacar hasta que se mezcle con las cenizas de la señora Bagnet.

—Señora Bagnet —dice el soldado—, le doy mi palabra de honor de que por mi culpa jamás le pasará nada malo a Mat. De eso puede estar segura.

—Bueno, pues creo que sí. Pero la verdad es que sólo de verte se pone una nerviosa —responde la señora Bagnet—. ¡Ay, George, George! Si te hubieras casado con la viuda de Joe Pouch cuando murió él en Norteamérica, estoy segura de que por lo menos irías bien peinado.

—Desde luego, aquello fue una oportunidad —replica el soldado, medio en broma, medio en serio—, pero seguro que ya no voy a convertirme en persona respetable. Probablemente me hubiera ido bien con la viuda de Joe Pouch, porque había algo, y tenía algo, pero la verdad es que no pude decidirme. ¡Si hubiera tenido la suerte de conocer una mujer como la que encontró Mat!

La señora Bagnet, que parece, dentro de un estilo virtuoso, tener pocas reservas con un buen chico, pero que también es una buena chica ella misma, recibe este cumplido tirándole a la cabeza al señor George una de las verduras que lleva en la artesa, y se lleva ésta al cuartito de la trastienda.

—¡Hombre, mi muñequita Quebec! —dice George, que la sigue a esa zona cuando ello lo invita—. ¡Y aquí está la pequeña Malta! ¡Venid a dar un besito a vuestro Bluffy!

Esas damiselas, que oficialmente no tienen esos nombres de pila aunque en la familia siempre las llaman así, por el nombre de los acuartelamientos en los que nacieron, están sentadas en sus taburetes; la más pequeña (que tiene cinco o seis años) está aprendiendo las letras en una cartilla de a penique; la mayor (de ocho o nueve años quizá) se las enseña al mismo tiempo que cose con gran diligencia. Ambas reciben al señor George con las grandes aclamaciones dignas de un viejo amigo, y tras darle unos besos y jugar con él, colocan sus taburetes al lado de él.

—¿Y cómo está el joven Woolwich?

—¡Ah, vamos! —grita la señora Bagnet, volviéndose de sus cacerolas (porque está preparando la comida) con la cara sonrojada—. ¿A que no te lo crees? Tiene un contrato en el teatro, con su padre, para tocar la flauta en una obra militar.

—¡Bien por mi ahijado! —exclama el señor George, dándose una palmada en el muslo.

—¡Y tanto! —dice la señora Bagnet— Hace de antiguo británico. Eso es, mi Woolwich: ¡un antiguo británico!

—Y Mat sopla en su bajón y todos ustedes son unos civiles de lo más respetable —responde el señor George—. Una familia. Los niños van creciendo. Se escriben con la anciana madre de Mat, allá en Escocia, y con su padre de usted en otra parte, y les ayudan un poco y... ¡bien, bien! ¡Desde luego, no sé por qué no va a desear usted que yo estuviera a cien millas de distancia, porque no tengo nada que ver con todo esto!

El señor George se va poniendo pensativo; sentado ante la chimenea en la habitación encalada, que tiene el suelo enarenado y exhala un olor a cuartel limpio, y que no contiene nada superfluo, ni una mota visible de polvo o suciedad, desde las caras de Quebec y de Malta hasta los cacharros relucientes del vasar; el señor George se va poniendo pensativo, allí sentado, mientras la señora Bagnet se dedica a sus cosas, cuando vuelven oportunamente a casa el señor Bagnet y el joven Woolwich. El señor Bagnet es un antiguo artillero, alto y erguido, con cejas pobladas y patillas como las fibras del coco, sin un solo pelo en la cabeza y de piel muy tostada por el sol. Habla con frases cortas, profundas y sonoras, no muy distintas de los tonos del instrumento que toca. De hecho, cabe observar en general en él un aire inflexible, rígido, metálico, como si él mismo fuera el bajón de la orquesta humana. El joven Woolwich es del tipo y el modelo de un joven tambor.

Tanto el padre como el hijo saludan animadamente al soldado. Pasado un rato, éste dice que ha venido a consultar al señor Bagnet, ante lo cual el señor Bagnet declara hospitalariamente que no quiere hablar de cosas serias hasta después de comer, y que su amigo no recibirá sus consejos hasta que primero haya compartido el cerdo hervido con verduras. Cuando el soldado accede a esta invitación, él y el señor Bagnet se van, a fin de no perturbar los preparativos domésticos, a dar una vuelta por la callejuela, que recorren a paso medido y con los brazos cruzados, como si fuera un bastión.

—George —dice el señor Bagnet—, ya me conoces. La que vale para dar consejos es la viejita. Es la que tiene buena cabeza. Pero nunca lo reconozco delante de ella. Hay que mantener la disciplina. Espera hasta que se le quiten de la cabeza las verduras. Entonces la consultamos. Te diga lo que te diga, ¡hazlo!

—Eso es lo que me propongo, Mat —replica el otro—. Prefiero su opinión antes que la de toda una Universidad.

—Universidad —responde el señor Bagnet, en frases cortas, como un bajón—. ¿Qué universidad podrías dejar... al otro lado del mundo... sin más que una capa gris y un paraguas... para que volviera sola a Europa? La viejita lo haría mañana mismo,

si se lo pido. ¡Ya lo hizo una vez!

—Tienes razón —dice el señor George.

—¿Qué universidad —continúa Bagnet— iba a compartir tu vida... con dos peniques de cal... un penique de tierra de alfar... medio penique de arena... y el resto del cambio de una moneda de seis peniques... por todo dinero? Así empezó la viejita. En la empresa actual.

—Me alegro mucho de saber que prosperan, Mat.

—La viejita —dice el señor Bagnet, asintiendo sabe ahorrar. Tiene una media escondida. Con dinero. Nunca la he visto. Entonces te dirá lo que sea. Espera a que se le quiten de la cabeza las verduras. Entonces te dirá lo que sea.

—¡Es un tesoro! —exclama el señor George.

—Es más que eso. Pero nunca lo digo delante de ella. Hay que mantener la disciplina. Fue la viejita la que descubrió mi talento musical. De no ser por ella, yo seguiría en la artillería. Pasé seis años con el violín. Diez con la flauta. La viejita dijo que aquello no iba; buenas intenciones, pero falta de flexibilidad; prueba el bajón. La viejita tomó prestado un bajón al jefe de la banda del Regimiento de Fusileros. Practiqué en las trincheras. Aprendí, me conseguí otro, ¡y ahora vivo de eso!

George observa que la señora parece estar fresca como una rosa y sana como una manzana.

—La viejita —replica el señor Bagnet— es una mujer extraordinaria. Por eso es como un buen día. Según pasa el tiempo, se pone mejor. Nunca he conocido a nadie que se la pueda comparar. Pero nunca lo digo delante de ella. ¡Hay que mantener la disciplina!

Pasan a hablar de cuestiones de poca monta y siguen paseándose por la callejuela, marcando el paso, hasta que Malta y Quebec los llaman para que hagan justicia al cerdo y las verduras, que el señor Bagnet bendice brevemente, como un capellán militar. En la distribución de esos comestibles, la señora Bagnet, al igual que en todas las funciones domésticas, observa un sistema preciso: se sienta con todos los platos ante ella, asigna a cada porción de cerdo su propia porción de caldo, de verduras, de patatas e incluso de mostaza, y lo sirve completo. Tras servir de igual forma la cerveza de una lata, y dotar así a la tropa de todo lo necesario, la señora Bagnet procede a satisfacer su propio apetito, que se halla en buen estado. Las herramientas de reglamento, si cabe llamar así a la cubertería, están formadas sobre todo por utensilios de cuerno y estaño, que han servido fielmente en diversas partes del mundo. En particular, el cuchillo del joven Woolwich, que es del tipo para las ostras, con la característica adicional de un fuerte mecanismo de cierre, que se opone a menudo al apetito de ese joven músico, y que según se dice ha hecho en diversas manos todo el recorrido de los destinos en ultramar.

Una vez terminada la comida, la señora Bagnet, ayudada por los elementos

menores (que dejan pulquérrimos sus tazas y sus platos, sus cuchillos y sus tenedores), hace que todos los cacharros de la comida queden tan relucientes como antes, y los coloca todos en su sitio, tras limpiar primero el suelo, con objeto de que el señor Bagnet y el visitante no tengan que esperar a fumar sus pipas. Estas tareas domésticas entrañan muchas marchas y contramarchas por el patio y el uso considerable de un cubo, que al final acaba por tener la dicha de servir para las abluciones de la propia señora Bagnet. Cuando reaparece la «viejita», perfectamente lozana, y se sienta a hacer su labor de punto, entonces y sólo entonces (pues hasta entonces no se considera que se le hayan quitado totalmente de la cabeza las verduras), el señor Bagnet pide al soldado que exponga su problema.

El señor George procede a hacerlo con gran discreción, como si se dirigiera al señor Bagnet, pero atento exclusivamente en todo momento a la viejita, al igual que el propio señor Bagnet. Una vez expuesto completamente el problema, el señor Bagnet recurre a su artificio habitual para mantener la disciplina:

—Eso es todo, ¿no, George? —dice.

—Eso es todo.

—¿Y harás lo que yo te diga?

—No me guiaré más que por eso —replica George.

—Viejita, dile lo que opino yo —dice el señor Bagnet—. Ya lo sabes. Dile lo que pienso.

Lo que piensa es que George tiene que eludir a toda costa a una gente que es demasiado astuta para él, y que está obligado a actuar con el mayor de los cuidados en asuntos que no comprende; que evidentemente lo que tiene que hacer es no hacer nada sin asegurarse primero, no participar en nada turbio ni misterioso, ni dar un paso sin mirar antes dónde pisa. Ésa, efectivamente, es la opinión del señor Bagnet, expresada por su viejita, lo cual alivia tanto al señor George, al confirmar su propia opinión y disipar sus dudas, que se prepara a fumar otra pipa en tan excepcional ocasión, y a pasar un rato hablando de los viejos tiempos con toda la familia Bagnet, conforme a la diversidad de sus respectivas experiencias.

Por todo ello sucede que el señor George no vuelve a ponerse en pie en la salita hasta que se acerca el momento en que un moderno público británico espera al bajón y la flauta, y como incluso al señor George le lleva algún tiempo, en su papel doméstico de Bluffy, separarse de Quebec y de Malta, e insinuar un chelín benévolo en el bolsillo de su ahijado, con felicitaciones por su éxito en la vida, cuando el señor George por fin pone rumbo hacia Lincoln's Inn Fields ya es de noche.

«Un hogar y una familia», va pensando mientras avanza; «por pequeños que sean, hacen que alguien como yo parezca un solitario. Pero más ha valido que nunca me metiera en esa marcha del matrimonio. No hubiera sido para mí. Todavía soy tan vagabundo, incluso a esta edad, que no podría conservar la galería ni un mes si fuera

una actividad regular, o si no estuviera acampado en ella como un gitano. ¡Vamos! No le hago daño a nadie y no molesto a nadie; ya es algo. ¡Hace muchos años que no hago nada de eso!»

Así que se pone a silbar, y continúa su marcha. Una vez llegado a Lincoln's Inn Fields, y tras subir las escaleras del señor Tulkinghorn, resulta que la puerta exterior está cerrada, y los despachos tienen la llave echada, pero como el soldado no sabe gran cosa de puertas exteriores, y además la escalera está a oscuras, sigue tanteando y buscando cuando por la escaleras sube el señor Tulkinghorn (en silencio, naturalmente) y le pregunta airado:

—¿Quién es? ¿Qué hace usted aquí?

—Mil perdones, caballero. Soy George. El sargento.

—Y ¿no podía George, el sargento, ver que estaba cerrada mi puerta?

—Pues no, señor; no podía. Desde luego, no lo vi —dice el sargento, un tanto irritado.

—¿Ha cambiado usted de opinión? ¿O sigue opinando lo mismo? —pregunta el señor Tulkinghorn. Pero ya sabe de antemano la respuesta.

—Sigo opinando lo mismo, caballero.

—Me lo esperaba. Es suficiente. Puede usted irse. ¿Con que era usted el hombre —dice el señor Tulkinghorn, abriendo la puerta con su llave —con el que se fue a esconder el señor Gridley?

—Sí, yo soy ese hombre —contesta el soldado, que se detiene dos o tres escalones más abajo—. ¿Qué pasa, señor?

—¿Qué pasa? Que no me gustan sus amigos. De haber sabido yo quién era usted, no hubiera venido a mi despacho. ¿Gridley? Un tipo amenazador, asesino, peligroso.

Con esas palabras, pronunciadas en tono desusadamente alto para él, el abogado entra en sus aposentos, y cierra la puerta con ruido atronador.

Al señor George no le agrada en absoluto esa despedida; tanto más cuanto que un pasante que subía por la escalera ha oído las últimas palabras y evidentemente cree que se refieren a él. «¡Menudo tipo se va a creer que soy!»; gruñe el soldado con un juramento apresurado mientras sigue bajando, «¡Un tipo amenazador, asesino, peligroso!», y al mirar hacia arriba ve que el pasante lo está mirando y observando cuando pasa junto a un farol. Eso agrava su ira hasta tal punto que pasa cinco minutos de mal humor. Pero se lo quita silbando, se olvida de todo el resto del asunto, y va marchando a casa, a la Galería de Tiro.

28. El metalúrgico

Sir Leicester Dedlock ha superado, de momento, la gota familiar, y está una vez más en pie, tanto en el sentido literal como en el figurado. Está en su mansión de Lincolnshire, pero las aguas vuelven a anegar las tierras bajas, y el frío y la humedad se cuelan en Chesney Wold, aunque éste está bien defendido, y calan a Sir Leicester hasta los huesos. Las llamas de leña y de carbón —madera de Dedlock y bosque antediluviano— que crepitan en las amplias chimeneas y que relumbran en el crepúsculo de los bosques ceñudos, entristecidos al contemplar el sacrificio de los árboles, no rechazan al enemigo. Las tuberías de agua caliente que recorren toda la casa, las puertas y las ventanas con burletes, las pantallas y las cortinas, no logran suplir las deficiencias de las chimeneas ni satisfacer las necesidades de Sir Leicester. Por eso, los rumores del gran mundo proclaman una mañana a la tierra que los escucha que se prevé que en breve Lady Dedlock vuelva a pasar unas semanas en la ciudad.

Es una triste verdad que incluso los grandes hombres tienen sus parientes pobres. De hecho, los grandes hombres suelen tener más de su parte alícuota de parientes pobres, dado que la sangre rojísima de las personas de superior calidad, al igual que la sangre de la de inferior calidad ilegalmente derramada, es más espesa que el agua, y acaba por descubrirse. Los primos de Sir Leicester, hasta el enésimo grado, son como otros tantos crímenes, en el sentido de que siempre acaban por descubrirse. Entre ellos hay primos que son tan pobres que casi cabría decir que sería mejor para ellos no haber figurado nunca entre los eslabones de la cadena de oro de los Dedlock, sino entre hechos de hierro común para empezar y haber desempeñado servicios comunes.

Pero precisamente lo que no pueden hacer es servir para nada (con algunas reservas, de buen tono, pero lucrativas), dado que tienen la dignidad de ser unos Dedlock. De modo que visitan a sus primos más ricos, y se endeudan cuando pueden, y viven pobremente cuando no pueden, y las mujeres no encuentran maridos, ni los hombres esposas, y andan en coches prestados, y asisten a banquetes que nunca dan ellos, y así van recorriendo la vida de la alta sociedad. La rica suma de la familia se ha dividido entre tantas cifras que ellos son el resto con el que nadie sabe qué hacer.

Todos los que participan de la posición de Sir Leicester Dedlock y comparten las opiniones de éste parecen estar más o menos emparentados con él. Desde Milord Boodle, pasando por el Duque de Foodle, hasta llegar a Noodle, Sir Leicester, como una araña gloriosa, extiende los hilos de su parentela. Pero aunque él comparte pomposamente el parentesco con el Gran Mundo, es una persona amable y generosa, a su aire digno, en su parentesco, con los Don Nadies, y en estos momentos, pese a la humedad, está soportando en Chesney Wold la visita de varios de esos parientes, con

la constancia de un mártir.

De todos ellos, quien más se destaca es Volumnia Dedlock, una jovencita (de sesenta años) que tiene grandes parientes por partida doble, pues tiene el honor de ser la pariente pobre de otra gran familia por el lado materno. Como la señorita Volumnia exhibió en su juventud un gran talento para recortar adornos de papel de colores, así como para cantar en la lengua española acompañándose a la guitarra, y proponer adivinanzas en francés en las casas de campo, pasó los veinte años de su existencia comprendidos entre los veinte y los cuarenta de manera bastante agradable. Como entonces se quedó anticuada y se consideró que aburría a la humanidad con sus frases en la lengua española, se retiró a Bath, donde vive frugalmente con una subvención anual que le pasa Sir Leicester, y desde donde hace reapariciones de vez en cuando en las casas de campo de sus primos. En Bath tiene muchos conocidos entre ancianos espantosos de piernas flacas y calzones de nankín, y ocupa un lugar destacado en esa aburrida ciudad. Pero es temida en otras partes, debido a una profusión indiscreta de colorete y a su persistencia en adornarse con un collar de perlas anticuado que parece un rosario de huevos de pajarito.

En cualquier país decente, Volumnia merecería claramente una pensión. Se han hecho esfuerzos por conseguírsela, y cuando llegó al poder William Buffy, todo el mundo esperaba que se le concedieran 200 libras al año. Pero, no se sabe bien cómo, William Buffy descubrió, en contra de todas las previsiones, que no era el momento adecuado, y aquél fue el primer indicio claro que percibió Sir Leicester Dedlock de que el país se estaba yendo al garete.

El resto de los parientes son señoras y caballeros de diversas edades y capacidades, en su mayor parte amigables y sensatos, y a los que probablemente les hubiera ido bien en la vida de haber podido superar su condición de familia; de hecho, están casi todos superados por ella, y recorren perezosamente caminos sin objetivo ni meta, y parecen estar tan despistados acerca de lo que deben hacer con sus vidas como el resto de la gente acerca de lo que se debe hacer con ellos.

En esta sociedad, como en todas, Milady Dedlock reina majestuosamente. Bella, elegante, refinada y poderosa en su microcosmos (pues el universo del Gran Mundo no se extiende *enteramente* desde un polo al otro), su influencia en la casa de Sir Leicester, por altivos e indiferentes que sean sus modales, lleva a mejorar y refinar mucho la mansión. Los primos, incluso los de más edad que se sintieron paralizados cuando Sir Leicester se casó con ella, le rinden homenaje feudal, y el Honorable Bob Stables repite a diario a alguna persona escogida, entre el desayuno y la comida, su observación original favorita: que es la mujer mejor entrenada de toda la cuadra.

Esos son los invitados del salón largo de Chesney Wold en esta noche desapacible en que los pasos del Paseo del Fantasma (aunque aquí no se pueden oír) podrían ser los de un primo muerto y abandonado a la intemperie. Es casi hora de acostarse. En

toda la casa están encendidas las chimeneas de los dormitorios, que hacen aparecer fantasmas de muebles sombríos en las paredes y los techos. En la mesa que hay al otro extremo, junto a la puerta, brillan los candelabros para los dormitorios, y los primos bostezan en las otomanas. Hay primos al piano, primos junto a la bandeja de botellas de agua mineral, primos que se levantan de la mesa de juegos, primos reunidos en torno a la chimenea. Al lado de su propia chimenea (porque hay dos) está Sir Leicester. Al otro lado de la amplia chimenea está Milady sentada a su mesa. Volumnia, que es una de las primas más privilegiadas, está en una silla lujosa entre los dos. Sir Leicester contempla con un desagrado olímpico el colorete y el collar de perlas.

—De vez en cuando me encuentro aquí en mi escalera —desgrana lentamente Volumnia, que quizá esté ya pensando en subir por ella hacia su cama, tras una larga velada de charla inane— con una de las mocitas más guapas que he visto en mí vida, según creo.

—Una *protégée* de Milady —observa Sir Leicester.

—Eso pensaba yo. Estaba segura de que tenía que haber sido alguien con gran discernimiento quien la escogiera. Verdaderamente, es una maravilla. Quizá un poco demasiado como una muñequita —dice la señorita Volumnia, que defiende su propio estilo—, pero perfecta en su género; ¡jamás he visto tal lozanía!

Sir Leicester parece manifestar su acuerdo con una magnífica mirada de desagrado al colorete.

—De hecho —observa lánguidamente milady—, si hay alguien que haya mostrado discernimiento en este caso es la señora Rouncewell, y no yo. Fue ella quien descubrió a Rosa.

—¿Doncella tuya, supongo?

—No. No es nada mío en concreto: favorita... secretaria... mensajera... No sé qué.

—¿Te gusta tenerla a tu lado como te gustaría tener una flor o un perrito de aguas... o cualquier cosa igual de mona? —pregunta Volumnia, simpatizante—. Sí, ¡qué encantador resulta! Y qué buen aspecto tiene esa deliciosa ancianita de la señora Rouncewell. Debe de tener una edad inmensa, ¡y, sin embargo, es tan activa y tiene tan buen aspecto! ¡Os aseguro que es mi mejor amiga en el mundo!

Sir Leicester considera oportuno y apropiado que el ama de llaves de Chesney Wold sea una persona notable. Aparte de eso, estima de verdad a la señora Rouncewell, y le gusta que se la elogie. Por eso dice: «Tienes razón, Volumnia», lo cual alegra mucho a esta última.

—No tiene hijas, ¿verdad?

—¿La señora Rouncewell? No, Volumnia. Tiene un hijo. La verdad es que tenía dos.

Milady, cuya enfermedad crónica de aburrimiento se ha visto tristemente agravada esta tarde por Volumnia, contempla cansada los candelabros y exhala un suspiro silencioso.

—Y eso constituye un notable ejemplo de la confusión en que hemos caído en estos tiempos, de la forma en que se destruyen los puntos de referencia, de cómo se abren las compuertas y se desarraigan las distinciones —dice Sir Leicester con gran solemnidad—, pues el señor Tulkinghorn me ha informado de que al hijo de la señora Rouncewell se le ha invitado a presentarse para el Parlamento.

La señorita Volumnia lanza un chillido.

—Sí, es cierto —repite Sir Leicester—. Para el Parlamento.

—¡Jamás he oído cosa igual! Dios mío, ¿qué hace ese hombre? —exclama Volumnia.

—Es eso que llaman... creo... un... metalúrgico —dice lentamente Sir Leicester, con mucha gravedad y grandes dudas, como si no estuviera seguro de que quizá el título adecuado fuera el de fontanero, o de que la expresión correcta quizá fuera otra que denotara alguna otra relación con algún tipo concreto de metales.

Volumnia da otro chillido.

—Ha rechazado la oferta, si la información que me ha dado el señor Tulkinghorn es correcta, de lo cual no me cabe duda, porque el señor Tulkinghorn siempre es correcto y exacto; pero eso —dice Sir Leicester— no corrige la anomalía, que está preñada de graves consideraciones... de consideraciones alarmantes, a mi juicio.

Cuando la señorita Volumnia se levanta con una mirada hacia los candelabros, Sir Leicester cortésmente efectúa la vuelta entera al salón, trae uno y lo enciende en la lámpara con pantalla de milady.

—Te ruego, Milady —dice al mismo tiempo—, que te quedes unos momentos, porque esta persona a la que acabo de mencionar llegó esta tarde poco antes de la hora de cenar y pidió, de forma muy cortés —explica Sir Leicester, con su habitual respeto por la verdad— el favor de una breve entrevista, en una nota muy bien redactada y expresada, contigo y conmigo acerca del tema de esa muchacha. Como, según parecía, se proponía volver a marcharse esta noche, repliqué que lo veríamos antes de retirarnos.

La señorita Volumnia huye con un tercer chillido, mientras manifiesta a sus anfitriones:

—¡Dios mío! ¡Más vale deshacerse de...! ¿Cómo has dicho?... ¡Del metalúrgico!

Pronto se dispersan los demás primos, hasta el último de ellos. Sir Leicester toca la campanilla:

—Mis saludos al señor Rouncewell, en los apartamentos del ama de llaves, y díganle que ya puedo recibirlo.

Milady, que ha escuchado todo esto con pocas muestras de prestar atención,

observa al señor Rouncewell cuando éste entra. Tiene poco más de cincuenta años, buena figura, igual que su madre, y tiene la voz clara, una frente despejada con entradas en el pelo, y una cara inteligente y franca. Es un caballero de aspecto responsable, vestido de negro, bastante corpulento, pero firme y activo. Actúa con toda naturalidad y franqueza, y no se siente en lo más mínimo nervioso ante la excelencia de quienes lo reciben.

—Sir Leicester y Lady Dedlock, como ya he presentado mis excusas por molestar a ustedes, lo mejor que puedo hacer es ser breve. Le agradezco que me reciba, Sir Leicester.

El jefe de los Dedlock ha hecho un gesto hacia un sofá que hay entre él y Milady. El señor Rouncewell se sienta pausadamente.

—En momentos tan ocupados, cuando están en marcha tan grandes empresas, quienes como yo empleamos a tantos obreros en tantos sitios, siempre andamos corriendo de un lado a otro.

Sir Leicester le satisface que el fabricante considere que no hay prisa allí, en aquella casa antigua, arraigada en su parque silencioso, donde la hiedra y el musgo han tenido tiempo para madurar y donde los olmos retorcidos y nudosos, y los robles umbríos están hundidos en medio de los helechos y las hojas centenarias, y donde el reloj de sol de la terraza lleva registrando desde hace siglos el Tiempo, que era tan de la propiedad de los Dedlock (mientras éstos durasen) como la casa y las tierras. Sir Leicester se sienta en una butaca, y opone su reposo y el de Chesney Wold a las idas y venidas inquietas de los metalúrgicos.

—Lady Dedlock ha tenido la amabilidad —continúa diciendo el señor Rouncewell, con una mirada respetuosa y una inclinación hacia ella— de colocar a su lado a una joven belleza llamada Rosa. Resulta que mi hijo se ha enamorado de Rosa, y me ha pedido permiso para proponerle matrimonio, y para comprometerse con ella si ella está dispuesta, y yo supongo que sí lo estará. No he visto a Rosa hasta hoy, pero tengo bastante confianza en el buen sentido de mi hijo, incluso en asuntos de amor. Veo que la forma en que él la representa es cierta, a mi leal saber y entender, y mi madre habla de ella con grandes elogios.

—Los merece en todos los respectos —dice Milady.

—Celebro mucho oírsele decir a usted, Lady Dedlock, y huelga añadir comentarios sobre el valor que me merece su amable opinión de ella.

—Eso —observa Sir Leicester, con una grandeza indecible, pues considera que el fabricante es demasiado elocuente— es algo que resulta innecesario.

—Totalmente innecesario, Sir Leicester. Ahora bien, mi hijo es muy joven, y Rosa también. Al igual que yo tuve que abrirme camino por mi cuenta, mi hijo debe hacer lo mismo, y es imposible que se case de momento. Pero de suponer que yo diera mi consentimiento a que se comprometiera en absoluto con esa muchachita, y

que esa muchachita quisiera comprometerse con él, creo que estoy obligado por sinceridad a decir inmediatamente (estoy seguro, Sir Leicester y Lady Dedlock, de que me comprenderán y me perdonarán) que impondría como condición que ella no se quedara en Chesney Wold. Por consiguiente, antes de seguir hablando con mi hijo, me tomo la libertad de decir que si la marcha de ella provocara en cualquier sentido una incomodidad o una molestia, le daré a él un plazo razonable de espera y dejaré las cosas exactamente igual que están.

¡No quedarse en Chesney Wold! ¡Imponer eso como condición! Todas las dudas de Sir Leicester acerca de Wat Tyler y de la gente de las metalurgias que no hacen más que manifestarse a la luz de antorchas le caen de golpe en la cabeza como un chaparrón, y de hecho el fino pelo gris de la cabeza, al igual que el de las patillas, se le ponen de punta de la indignación.

—¿He de entender, señor mío —pregunta Sir Leicester—, y ha de entender Milady —a la que introduce así en la discusión especialmente, en primer lugar como cuestión de cortesía, y en segundo lugar como cuestión de prudencia, pues confía mucho en el buen sentido de Milady—, he de entender, señor Rouncewell, y ha de entender Milady, caballero, que considera usted que esa joven vale demasiado para Chesney Wold o que es probable que le haga algún perjuicio al seguir aquí?

—Desde luego que no, Sir Leicester.

—Celebro saberlo —dice Sir Leicester en tono muy altivo.

—Por favor, señor Rouncewell —dice Milady, advirtiendo a Sir Leicester que no intervenga con un gesto levísimo de la manita, como si él fuera una mosca—, explíqueme lo que quiere decir.

—Con mucho gusto, Lady Dedlock. Es lo que más deseo.

Milady vuelve su cara compuesta, cuya inteligencia, sin embargo, es demasiado viva y activa para que la pueda disimular ninguna impasibilidad estudiada, por habitual que sea en ella, hacia la fuerte cara sajona del visitante, imagen de resolución y perseverancia, y escucha atentamente, bajando la cabeza de vez en cuando.

—Lady Dedlock, yo soy el hijo de su ama de llaves, y he pasado mi infancia en esta casa. Mi madre lleva medio siglo aquí, y no me cabe duda de que morirá aquí. Es uno de esos ejemplos (quizá uno de los mejores) del amor, la lealtad y la fidelidad de un tipo de personas, de las que Inglaterra puede estar muy orgullosa, pero en los que ninguna de las partes interesadas puede atribuirse el mérito exclusivo, porque esos casos dicen mucho de ambas partes; sin duda de la parte de los grandes, pero también sin duda de la parte de los humildes.

Sir Leicester lanza un pequeño respingo al oír cómo se comparten así los méritos, pero, dicho sea en su honor y en el de la verdad, reconoce sincera aunque silenciosamente la justicia de lo que acaba de decir el metalúrgico.

—Perdónenme por decir algo que resulta obvio, pero no quiero que se suponga

apresuradamente —con una levísima mirada hacia Sir Leicester— que me da vergüenza la posición que ocupa mi madre aquí, ni que sienta la más mínima falta de respeto hacia Chesney Wold y la familia. Desde luego, es posible que yo haya deseado (y, desde luego, lo he deseado, Milady) que mi madre pudiera retirarse al cabo de tantos años, y terminar sus días conmigo. Pero como he visto que el romper este vínculo tan fuerte sería como destrozarle el corazón, hace mucho tiempo que he renunciado a esa idea.

Sir Leicester se pone muy digno otra vez ante la idea de que alguien pensara en llevarse a la señora Rouncewell de su hogar natural, para determinar sus días con un metalúrgico.

El visitante continúa diciendo modestamente:

—He sido aprendiz y he sido obrero. He vivido con el salario de un obrero durante años y años, y más allá de un cierto punto, he tenido que educarme solo. Mi mujer era hija de un capataz y se educó modestamente. Tenemos tres hijas, además de este hijo del que he hablado, y como afortunadamente les hemos podido dar más ventajas que las que gozamos nosotros, las hemos educado bien; muy bien. Una de nuestras principales preocupaciones y de nuestros mayores placeres ha sido hacerlos dignos de ocupar cualquier posición.

Su tono paternal adquiere ahora una cierta jactancia, como si añadiera en su fuero interno: «incluso la posición de Chesney Wold». Por eso Sir Leicester se va poniendo cada vez más digno.

—Todo ello es tan frecuente, Lady Dedlock, donde vivo yo, y entre la clase a la que pertenezco, que entre nosotros no son tan infrecuentes como en otras partes lo que se calificaría en general de matrimonios desiguales. Hay veces en que un hijo comunica a su padre que se ha enamorado, digamos, de una joven de la fábrica. El padre, que en su juventud también trabajó en una fábrica, probablemente se sentirá un poco decepcionado al principio. Quizá tuviera otras aspiraciones para su hijo. Sin embargo, lo más probable es que tras averiguar que la joven es de carácter intachable, le diga a su hijo: «Necesito estar seguro de que vas en serio. Se trata de un asunto muy serio para vosotros dos. Por eso voy a hacer que esa chica reciba una educación durante dos años; o quizá diga: «Voy a colocar a esta chica en la misma escuela que tus hermanas durante tanto o cuanto tiempo, y tú me vas a dar tu palabra de que no la vas a ver más que con tal o cual frecuencia. Si al final de este tiempo, cuando ella haya aprovechado tanto ese favor que podáis estar más o menos en pie de igualdad, seguís pensando lo mismo, yo haré lo que pueda por mi parte para que seáis felices». Conozco varios casos como los que acabo de describir, milady, y creo que me indican el rumbo que debo seguir yo ahora.

La dignidad de Sir Leicester estalla. Pausada, pero terrible.

—Señor Rouncewell —dice Sir Leicester, poniéndose la mano derecha en la

solapa de su levita azul, con la actitud de estadista en la que está pintado en la galería —, ¿está usted estableciendo un paralelo entre Chesney Wold y una —se le atraganta la palabra— una fábrica?

—No necesito decirle, Sir Leicester, que los dos lugares son muy diferentes, pero para los fines del caso, creo que no es injusto establecer un paralelo entre las dos situaciones.

Sir Leicester dirige su majestuosa mirada por uno de los costados del salón largo, y luego por el otro, antes de convencerse de que efectivamente no está soñando.

—¿Tiene usted conciencia, señor mío, de que esa joven a la que Milady, insisto, Milady, ha puesto cerca de su persona se educó en la escuela de la aldea, al lado del parque?

—Sir Leicester, tengo plena conciencia de ello. Es una escuela muy excelente, y generosamente subvencionada por esta familia.

—Entonces, señor Rouncewell —replica Sir Leicester—, me resulta incomprensible la aplicación de lo que acaba usted de decir.

—¿Le resultará más comprensible, Sir Leicester, si le digo —el metalúrgico está ruborizándose un poco— que no considero que la escuela de la aldea enseñe todo lo que debe saber la esposa de mi hijo?

De la escuela rural de Chesney Wold, intacta como está este mismo minuto, hasta todo el tejido de la sociedad; de todo el tejido de la sociedad hasta que ese mismo tejido se vea brutalmente rasgado porque hay gente (metalúrgicos, fontaneros o lo que sea) que se olvida del catecismo y se sale del puesto que le corresponde en la sociedad (que ha de ser necesariamente y para siempre, conforme a la lógica rápida de Sir Leicester, el primer puesto que ocuparon al nacer), y de ahí pasa a educar a otra gente para que salga de sus puestos, con lo que se derrumban los puntos de referencia y se abren las compuestas y todo lo demás; así razona rápidamente la mentalidad Dedlock.

—Perdón, Milady. Permítame un momento —porque ella ha mostrado un leve indicio de que iba a hablar—. Señor Rouncewell, nuestras opiniones de lo que son las obligaciones, y nuestras opiniones de lo que es la posición, y nuestras opiniones de..., en resumen, *todas* nuestras opiniones son tan diametralmente opuestas, que el prolongar esta conversación debe de ser repugnante para sus sentimientos, como lo es para los míos. Esa jovencita se ve honrada por la atención y el favor de Milady. Si desea renunciar a esa atención y ese favor, o si decide colocarse bajo la influencia de cualquiera que con sus opiniones peculiares (permítame decir sus opiniones peculiares, aunque estoy dispuesto a reconocer que no tiene la culpa de ellas), que con sus opiniones peculiares quiera que renuncie a esa atención y ese favor, puede hacerlo en el momento que decida. Le agradecemos la franqueza con que nos ha hablado. No tendrá ninguna consecuencia, en un sentido u otro, para la posición de

esa jovencita aquí. Aparte de eso, no podemos establecer ni aceptar condiciones. Y ahora le rogamos, si tiene la bondad, que dejemos el tema.

El visitante hace una pausa para dar a Milady una oportunidad, pero ella no dice nada. Entonces él se levanta y responde:

—Sir Leicester y Lady Dedlock, permítanme agradecerles su atención y observar únicamente que recomendaré muy en serio a mi hijo que venza sus inclinaciones actuales. ¡Buenas noches!

—Señor Rouncewell —dice Sir Leicester, en quien brilla todo el carácter de la hidalguía—, es tarde, y las carreteras están oscuras. Espero que su tiempo no sea tan precioso para no permitir que Milady y yo le ofrezcamos la hospitalidad de Chesney Wold, por lo menos esta noche.

—Espero que acepte —dice Milady.

—Se lo agradezco mucho, pero tengo que viajar toda la noche para llegar puntualmente a un lugar bastante lejano, pues estoy citado por la mañana.

Con lo cual el metalúrgico se despide; Sir Leicester toca la campanilla, y Milady se levanta cuando él sale de la sala.

Cuando Milady va a su tocador, se sienta, pensativa, junto a la chimenea y, sin prestar atención al Paseo del Fantasma, mira a Rosa, que está escribiendo en una saleta. Al cabo de un rato, Milady la llama:

—Ven, hija mía. Dime la verdad. ¿Estás enamorada?

—¡Ay, Milady!

Milady contempla la cara bajada y sonrojada y dice sonriente:

—¿Quién es? ¿Es el nieto de la señora Rouncewell?

—Sí, Milady, con su permiso. Pero no sé si estoy enamorada de él. No estoy segura.

—¡No estás segura, tontita! ¿No sabes que él sí está seguro de quererte?

—Creo que le gusto un poco, Milady —y Rosa rompe a llorar.

¿Es Lady Dedlock la que está ahí, de pie junto a la belleza rural, atusándole el pelo oscuro con ese toque maternal, y mirándola con unos ojos tan llenos de interés y curiosidad? ¡Sí, efectivamente lo es!

—Escúchame, hija mía. Eres joven y franca, y creo que me tienes cariño.

—Sí, Milady, sí. De verdad que no hay nada en el mundo que no esté dispuesta yo a hacer para demostrarle cuánto.

—Y no creo que quieras dejarme todavía, Rosa, aunque sea por un novio.

—¡No, Milady! ¡Ay, no! —Rosa levanta la mirada por primera vez, aterrada ante la mera idea.

—Confía en mí, hija mía. No me tengas miedo. Quiero que seas feliz, y voy a hacer que lo seas..., si es que puedo hacer feliz a alguien en este mundo.

Rosa se echa a llorar otra vez, se arrodilla a sus pies y le besa la mano. Milady

toma la mano con la que ha cogido la suya y, de pie, con la mirada fija en el fuego, la acaricia con las dos manos y la deja caer lentamente. Al verla tan absorta, Rosa se retira en silencio, pero Milady sigue con la mirada fija en la chimenea.

¿Qué busca? ¿Una mano que ya no existe, una mano que nunca existió, un contacto que podría haber cambiado mágicamente su vida? ¿O escucha el Paseo del Fantasma y piensa a qué se parecen más sus pasos? ¿A los de un hombre? ¿A los de una mujer? ¿A los pasitos de un niño pequeño que se acercan... y se acercan? Está sometida a alguna influencia melancólica, pues, si no, ¿por qué iba una dama tan orgullosa a cerrar las puertas y sentarse tan desolada ante la chimenea?

Volumnia se marcha al día siguiente, y antes de la cena se han dispersado todos los primos. No hay ni uno solo del montón de primos que no se sienta asombrado durante el desayuno al oír a Sir Leicester hablar de la eliminación de todos los puntos de referencia y de la apertura de las compuertas y de los rasguños en el tejido de la sociedad, todo lo cual manifiesta la conducta del hijo de la señora Rouncewell. No hay ni uno solo del montón de primos que no se sienta verdaderamente indignado, y que lo relacione todo con la debilidad de William Buffy cuando estuvo en el poder, y que se sienta verdaderamente despojado de sus intereses en la nación, o en la lista de pensiones, o en lo que sea, por el fraude y la maldad. En cuanto a Volumnia, Sir Leicester la acompaña por la gran escalera, hablando con tanta elocuencia del tema como si existiera un insurrección general en el norte de Inglaterra para quedarse con la caja de colorete y el collar de perlas de su prima. Y así, en medio del escándalo que forman las doncellas y los ayudados de cámara —pues una característica de los primos es que, por difícil que les resulte mantenerse, *tienen* que mantener doncellas y ayudados de cámara—, los primos se dispersan a los cuatro vientos, y el viento de invierno que sopla hoy hace que de los árboles al lado de la casa desierta caiga un chaparrón, como si todos los primos se hubieran transformado en hojas.

29. El joven

Chesney Wold está cerrado, las alfombras están enrolladas como gigantescos manuscritos en los rincones de habitaciones desnudas. El damasco brillante hace su penitencia encerrado en holandas marrones; las tallas y los estucos hacen penitencia, y los antepasados de los Dedlock vuelven a retirarse de la luz del día. En torno a toda la casa, las hojas caen constantemente, pero nunca de prisa, pues van trazando círculos, con una levedad muerta que es sombría y lenta. Por mucho que el jardinero barra y barra el césped y meta las hojas en carretillas y se las lleve, le siguen llegando a los tobillos. El viento chillón gime en torno a Chesney Wold; la lluvia densa golpea, las ventanas tiemblan y las chimeneas gruñen. Las nieblas se esconden en las avenidas, velan las perspectivas y avanzan funeralmente por las lomas. Toda la casa está invadida por un olor frío y blanco, como el olor de una iglesia pequeña, aunque algo más seco, que sugiere que los Dedlock muertos y enterrados salen a pasear durante las largas noches, y dejan tras ellos el aroma de sus tumbas.

Pero la casa de la ciudad, que rara vez está del mismo humor que Chesney Wold al mismo tiempo, que raras veces se alegra cuando se alegra aquélla, ni gime cuando gime aquella, excepto cuando muere un Dedlock; la casa de la ciudad brilla despierta. Tan cálida y luminosa como pueda ser un lugar tan ceremonioso, tan delicadamente lleno de aromas agradables tan distante de la menor huella de invierno como pueda conseguirse con flores de invernadero; blanda y silenciosa, de forma que sólo el tic-tac de los relojes y el chisporroteo del fuego alteran la paz de los salones, la casa parece envolver los fríos huesos de Sir Leicester en lana de color arco iris. Y Sir Leicester celebra descansar con satisfacción solemne ante la gran chimenea de la biblioteca, mientras ojea condescendiente los lomos de sus libros u honra a las bellas artes con una mirada de aprobación. Porque tiene sus cuadros, antiguos y modernos. Los tiene de la Escuela de los Bailes de Máscaras, en los que el Arte a veces condesciende a intervenir, que sería mejor catalogar en una subasta como artículos varios. Por ejemplo: «Tres sillas de respaldo alto, una mesa y un tapete, botella de cuello alto (con vino), una frasca, un vestido de española, retrato de tres cuartos de la señorita Jogg, la modelo, y una armadura con un Don Quijote», o «Una terraza de piedra (agrietada), una góndola en la distancia, un traje de senador veneciano, completo, ricamente bordado traje de raso blanco con retrato de perfil de la señorita Jogg, la modelo, una cimitarra soberbiamente montada en oro con empuñadura de joyas, un traje complicado de moro (muy raro), y un Oteló».

El señor Tulkinghorn va y viene muy a menudo, pues hay asuntos del patrimonio de los que tratar, arriendos que renovar, etc. También ve a menudo a Milady Dedlock, y él y ella son tan formales, y tan indiferentes, y se hacen tan poco caso el uno al otro como siempre. Pero es posible que Milady tema a este señor Tulkinghorn, y que él lo

sepa. Es posible que él la persiga obsesiva y tenazmente, sin el menor detalle de pesar, remordimiento ni compasión. Es posible que la belleza de ella, y toda la pompa y la brillantez que la rodean, sólo sirvan para acicatearlo más a él en lo que ha decidido hacer, y lo haga más inflexible en su determinación. Sea que es frío y cruel, sea que es inmovible en lo que ha decidido que es su deber, sea que está absorbido por su ansia de poder, sea que ha determinado que no se le puede esconder nada en donde ha huroneado en busca de secretos toda su vida, sea que en su fuero interno desprecia el esplendor en el cual él no es sino un rayo distante, sea que esté acumulando siempre desdenes y ofensas en la afabilidad de sus lujosos clientes; sea cualquiera de estas cosas, o todas ellas, es posible que a Milady más le valiera tener cinco mil pares de ojos del gran mundo sobre ella, llenos de vigilancia desconfiada, que los dos ojos de este abogado descolorido, con su corbatín transparente y sus calzones cortos negros anudados con cintas en las rodillas.

Sir Leicester está sentado en la sala de Milady —la sala en la que el señor Tulkinghorn leyó la declaración jurada de Jarndyce y Jarndyce— y se siente especialmente benévolo. Milady, igual que aquel día, está sentada ante la chimenea, pantalla protectora en mano. Sir Leicester se siente especialmente benévolo porque ha encontrado en su periódico algunas observaciones agradables relativas a las compuertas y al tejido de la sociedad. Son tan felizmente aplicables a lo ocurrido últimamente, que Sir Leicester ha venido directamente desde la biblioteca a la sala de Milady para leérselas en voz alta.

—El hombre que ha escrito este artículo —observa como prefacio, mirando al fuego como si estuviera mirando a ese hombre desde un monte— tiene una mente equilibrada.

La mente del hombre no está tan bien equilibrada que deje de aburrir a Milady, quien, tras un lánguido esfuerzo por escuchar, o más bien una lánguida resignación a hacer como que escucha, se queda distraída y cae en una contemplación ensimismada del fuego, como si fuera el suyo de Chesney Wold y nunca se hubiera ido de allí. Sir Leicester no se da cuenta de nada y sigue leyendo con las gafas puestas, deteniéndose de vez en cuando para quitarse las gafas y expresar su aprobación con frases de: «Una gran verdad», «Muy bien dicho», «Eso mismo he dicho yo muchas veces», después de cada una de cuyas observaciones pierde invariablemente el sitio y tiene que mirar arriba y abajo de la columna para volverlo a encontrar.

Sir Leicester está leyendo, con una gravedad y una pomposidad infinitas, cuando se abre la puerta y el Mercurio empolvado hace este extraño anuncio:

—Milady, el joven llamado Guppy.

Sir Leicester se detiene, mira y dice con voz asesina:

—¿El joven llamado Guppy?

Cuando mira hacia atrás, ve al joven llamado Guppy, muy nervioso y que no

presenta una carta demasiado impresionante de presentación, por sus modales y su aspecto.

—Dígame —se dirige Sir Leicester a Mercurio—, ¿qué significa esto de que anuncie de manera tan abrupta a un joven llamado Guppy?

—Con su permiso, Sir Leicester, pero Milady dijo que quería ver a este joven en cuanto viniera. No sabía que estaba usted aquí, Sir Leicester.

Con esta excusa, Mercurio dirige una mirada despectiva e indignada al joven llamado Guppy, que significa claramente: «¿Qué significa esto de que venga usted aquí y me meta a mí en una bronca?».

—Está bien. Efectivamente, di esa orden —dice Milady—. Que espere ese joven.

—En absoluto, Milady. Puesto que has ordenado que venga, no voy yo a interrumpir —y Sir Leicester se retira galante, aunque declina aceptar la inclinación que le hace el joven al salir él, y supone majestuosamente que se trata de un zapatero con aspecto de inoportuno.

Lady Dedlock mira imperiosa a su visitante cuando el criado sale de la sala, y lo inspecciona de la cabeza a los pies. Deja que se quede junto a la puerta y le pregunta qué quiere.

—Que Milady tenga la amabilidad de permitirme una pequeña conversación —contesta Guppy, todo apurado.

—Naturalmente, es usted la persona que me ha escrito tantas cartas, ¿no?

—Varias, Milady. Varias, antes de que Milady condescendiera a hacerme el favor de responder.

—¿Y no podría usted utilizar el mismo medio para hacer que fuera innecesaria una conversación? ¿No podría usted hacerlo ahora?

El señor Guppy forma con la boca un silencioso «¡No!» y niega con la cabeza.

—Ha sido usted extrañamente inoportuno. Si después de todo eso parece que lo que ha de decir no me concierne (y no sé en qué puede concernirme, ni lo creo), me permitirá usted que le interrumpa con poca ceremonia. Diga usted lo que tiene que decir, por favor.

Milady, con un gesto descuidado de la pantalla de mano que le protege la cama, se vuelve otra vez hacia la chimenea, y se queda sentada casi de espaldas al joven llamado Guppy.

—Entonces, con permiso de Milady —dice el joven—, pasaré a ocuparme del asunto. ¡Ejem! Como ya dije a Milady en mi primera carta, trabajo en los Tribunales. Al trabajar en los Tribunales, he adquirido el hábito de no comprometerme por escrito, y por eso no mencioné a su señoría el nombre del bufete con el que estoy relacionado, y en el cual mi posición es relativamente buena (al igual, si se me permite añadir, que mis ingresos). Ahora puedo decir a Milady, confidencialmente, que el nombre de ese bufete es Kenge y Carboy, de Lincoln's Inn; que quizá Milady

no encuentre desconocido del todo, en relación con el caso de Jarndyce y Jarndyce.

La figura de Milady empieza a expresar una cierta atención. Ha dejado de agitar la pantalla, y la sostiene como si estuviera escuchando.

—Ahora, permítame Milady decirle inmediatamente —continúa el señor Guppy, algo más animado— que no es por ningún motivo relacionado con Jarndyce y Jarndyce por lo que tenía tantos deseos de hablar con Milady, conducta que sin duda ha parecido, y sigue pareciendo, impertinente..., por no decir ruin. —Tras esperar un momento, a ver si lo refutan, y al ver que no es así, el señor Guppy sigue adelante—: Si se hubiera tratado de Jarndyce y Jarndyce, hubiera ido a ver inmediatamente al procurador de Milady, el señor Tulkinghorn de los Fields. Tengo el placer de conocer al señor Tulkinghorn, o por lo menos nos saludamos cuando nos vemos, y si se hubiera tratado de algo de ese género, hubiera ido a verle a él.

Milady se vuelve un poco hacia él, y le dice:

—Más vale que se siente.

—Gracias, Milady —y el señor Guppy se sienta y mira una hojita de papel en la que ha escrito notas breves sobre lo que ha de exponer, y que parece dejarlo de lo más confuso cada vez que lo consulta—. Ahora bien, Milady, yo... ¡Ah, sí!..., me pongo totalmente en manos de Milady. Si Milady me denunciara a Kenge y Carboy, o al señor Tulkinghorn, por hacerse esta visita, me vería en una situación muy desagradable. Lo reconozco francamente. En consecuencia, confío en la honorabilidad de Milady.

Milady, con un gesto desdeñoso de la mano en la que sostiene la pantalla, le asegura que él no merece la pena de que lo denuncie.

—Gracias, Milady —dice el señor Guppy—; muy satisfactorio. Pues bien, yo..., ¡maldita sea!... El hecho es que he apuntado aquí una o dos de las cosas que me pareció que le debía mencionar, y las he escrito muy resumidas y ahora no comprendo lo que significan. Si Milady me permite que me acerque un momento a la ventana, entonces....

El señor Guppy se acerca a la ventana, se tropieza con una pareja de aves inseparables, a los que en su confusión pide mil perdones. Eso no hace que sus notas resulten más legibles. Murmura algo, mientras se va ruborizando, y con el papel pegado a los ojos primero, y después muy alejado de la vista, va leyendo: «C. S.». ¿Qué significa C. S.? ¡Ah! ¡E. S.! ¡Ya sé! ¡Claro!». Y vuelve a su sitio, ya más aclarado.

—No sé —dice el señor Guppy, a mitad de camino entre Milady y su propia silla — si Milady ha oído hablar alguna vez de una señorita llamada Esther Summerson. Milady le mira directamente a los ojos:

—No hace mucho que conocí a una señorita que se llama así. Fue en otoño pasado.

—¿Y no opinó Milady que se parecía mucho a alguien? —pregunta el señor Guppy, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza; y rascándose la comisura de la boca con su memorando.

Milady no aparta la vista de la suya.

—No.

—¿Que no se parecía a la familia de Milady? —No.

—Quizá Milady —dice el señor Guppy— no recuerda bien la cara de la señorita Summerson.

—Recuerdo muy bien a esa señorita. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Milady, le aseguro que como tengo la faz de la señorita Summerson grabada en el corazón (cosa que le menciono confidencialmente), observé, cuando tuve el honor de visitar la mansión de Milady en Chesney Wold, durante una breve excursión con un amigo al condado de Lincolnshire, tal parecido entre la señorita Esther Summerson y el retrato de Milady, que me dejó con la boca abierta; tanto, que en aquel momento ni siquiera comprendí qué era lo que me dejaba con la boca abierta. Y ahora que tengo el honor de estar al lado de Milady (desde entonces me he tomado muchas veces la libertad de mirar a Milady cuando pasaba en su coche por el parque, cuando estoy seguro de que Milady ni siquiera me veía a mí, pero nunca había estado tan cerca de Milady), resulta todavía más sorprendente de lo que me había parecido.

¡Joven llamado Guppy! Hubo épocas en que las señoras vivían en fortalezas y tenían auxiliares poco escrupulosos a su disposición, cuando esa pobre vida tuya no hubiera valido un comino, si esos ojos tan bellos te hubiesen mirado como lo están haciendo ahora.

Milady, que utiliza lentamente su pantalla de mano como un abanico, le vuelve a preguntar qué supone que tiene que ver con ella su sentido de los parecidos.

—Milady —replica el señor Guppy, que vuelve a consultar su papelito—, a eso voy. ¡Malditas notas! ¡Ah, sí! «Señora Chadband». Sí —y el señor Guppy acerca un poco su silla y se vuelve a sentar. Milady se reclina pausadamente en la suya, aunque quizá de manera una pizca menos elegante que de costumbre, y no cesa de contemplarlo fijamente—. Un... ¡un momento, por favor! ¿E. S. dos veces? ¡Ah, sí! Ya veo a lo que iba —dice el señor Guppy, tras consultar una vez más.

El señor Guppy enrolla el papelito como un instrumento para puntuar su discurso, y continúa:

—Milady, existe un misterio en torno a la señorita Esther Summerson, su nacimiento y su educación. Estoy informado al respecto porque (y lo digo confidencialmente) lo sé por mi trabajo en Kenge y Carboy. Bien: como ya he mencionado a Milady, tengo la imagen de la señorita Summerson impresa en mi corazón. Si pudiera aclarar ese misterio para ella, o demostrar que es de buena familia, o averiguar que al tener el honor de pertenecer a una rama lejana de la

familia de Milady tenía derecho a ser parte en Jarndyce y Jarndyce, entonces podría, creo yo, aspirar a que la señorita Summerson contemplara de modo más favorable mis propuestas que hasta ahora. De hecho, no las contempla de modo nada favorable.

En la cara de Milady aparece una especie de sonrisa airada.

—Y es una circunstancia muy singular, señorita —continúa diciendo el señor Guppy—, aunque una de esas circunstancias que surgen a veces en la vida de profesionales como yo (y puedo decirme profesional, aunque todavía no estoy licenciado, pero ya me admiten como pasante letrado en Kenge y Carboy, porque mi madre ha avanzado con sus escasos ingresos el dinero para el sello, que es bastante caro), que he encontrado a la persona que vivía como sirvienta de la señora que educó a la señorita Summerson, antes de que se hiciera cargo de ella el señor Jarndyce. Milady, aquella señora se llamaba señorita Barbary.

¿Es el color de la muerte el que se ve en la cara de Milady, reflejado por la pantalla, que tiene un forro verde, y que tiene en la mano levantada como si se hubiera olvidado de ella, o es que se ha puesto terriblemente pálida?

—¿Ha oído Milady hablar de la señorita Barbary alguna vez? —pregunta el señor Guppy.

—No sé. Creo que sí. Sí.

—¿Tenía la señorita Barbary alguna relación con la familia de Milady?

Milady mueve los labios, pero no dice nada. Niega con la cabeza.

—¿No tenía ninguna relación? —exclama el señor Guppy—. ¡Ah! Quizá es que no lo sabía Milady. ¡Ah! Pero ¿sería posible? Sí. —Tras cada una de esas interrogaciones, ella ha inclinado la cabeza—. ¡Muy bien! Pues esa señorita Barbary era muy callada, parece que extraordinariamente callada para el sexo femenino, pues las hembras, por lo general (al menos en la vida ordinaria), son muy inclinadas a la conversación, y mi testigo nunca tuvo idea de si tenía algún pariente. Una vez, y sólo una, parece que se confió a mi testigo, y sobre un solo tema, y entonces le dijo que en realidad la niña no se llamaba Esther Summerson, sino Esther Hawdon.

—¡Dios mío!

El señor Guppy se queda mirándola. Lady Dedlock está sentada ante él, contemplándolo, con el mismo gesto sombrío en el rostro, con la misma actitud, incluso de la mano que sostiene la pantalla, con los labios entreabiertos, con el ceño levemente fruncido, pero por un instante como muerta. Ve que recupera la conciencia, que recorre su cuerpo un temblor, como una onda en el agua, ve que le tiemblan los labios, ve que se reanima con un gran esfuerzo, ve que se fuerza a reconocer la presencia de él y lo que él ha dicho. Todo ello con tal rapidez que su exclamación y su momentánea rigidez parecen haber desaparecido, como ocurre con los rasgos de cadáveres conservados durante mucho tiempo, que a veces, cuando se abren sus tumbas, desaparecen en un suspiro, afectados por la entrada del aire libre como si éste

fuera un rayo.

—¿Milady conoce el nombre de Hawdon?

—Ya lo había oído antes.

—¿Es el nombre de alguna rama colateral o lejana de la familia de Milady?

—No.

—Pues bien, Milady —dice el señor Guppy—, llego ahora al último aspecto del caso tal como lo he venido reconstruyendo hasta ahora. Hay más, y los iré reconstruyendo poco a poco en sus diversos aspectos. Milady debe de saber (si es que Milady no lo sabe ya por casualidad) que hace algún tiempo hallaron muerto en casa de una persona llamada Krook, en Chancery Lane, a una persona, copista de los Tribunales, que se hallaba en grandes apuros. Se celebró una encuesta sobre ese copista, y ese copista era un personaje anónimo, o sea, que no se sabía cómo se llamaba. Pero, Milady, hace poco he descubierto yo que ese copista se llamaba Hawdon.

—¿Y qué tiene *eso* que ver conmigo?

—¡Sí, Milady, ésa es la cuestión! Ahora bien, Milady, pasó algo raro cuando murió ese hombre. Apareció una señora; una señora disfrazada, Milady, que fue a ver la escena de la acción y a mirar la tumba. Pagó a un chico de los que barren los cruces de las calles para que se la enseñara. Si Milady quiere ver al chico para que corrobore esta declaración, puedo echarle mano en cualquier momento.

El pobre chico no significa nada para Milady, y ésta *no* desea que se lo presenten.

—Pero aseguro a Milady que es un comienzo de lo más raro —dice el señor Guppy—. Si Milady le oyera describir los anillos que le brillaban en los dedos cuando se quitó ella el guante, le parecería de lo más romántico.

En la mano que sostiene la pantalla brillan unos diamantes. Milady juguetea con la pantalla y hace que brillen todavía más, una vez más con esa expresión que en otros tiempos podría haber sido tan peligrosa para el joven llamado Guppy.

—Se supuso, Milady, que no había dejado tras de sí ni un papel ni un trapo para que se le pudiera identificar con seguridad. Pero sí. Dejó un fajo de cartas antiguas.

La pantalla sigue moviéndose igual que antes. Todo este tiempo ella no ha dejado de contemplarlo fijamente.

—Vuelvo a preguntarle, ¿qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Milady, mi conclusión es que —y el señor Guppy se pone en pie— si cree Milady que hay algo en toda esta cadena de circunstancias sumadas: en el indudable gran parecido entre esta señorita y su señoría, lo cual es un dato positivo para un jurado, en que la educara la señorita Barbary, en que la señorita Barbary dijera que la señorita Summerson se llamaba en realidad Hawdon, en que Milady conozca muy *bien* esos nombres, y en que Hawdon muriera como lo hizo, que hay algo en todo ello como para dar a Milady un interés de familia en investigar más el caso, le traeré aquí

esos papeles. No sé qué son, salvo que son cartas antiguas. Todavía no las he tenido en mi posesión. Le traeré aquí esos papeles en cuanto los tenga, y los estudiaré por primera vez con Milady. Ya he dicho a Milady cuál es mi objetivo. Ya he dicho a Milady que me vería en una situación muy desagradable si se presentara alguna denuncia contra mí, y todo lo digo con estricta confidencialidad.

¿Es éste el único objetivo del joven llamado Guppy, o tiene algún otro? ¿Revelan sus palabras toda la extensión y la profundidad de su objetivo y de sus sospechas al venir a esta casa, o, si no, qué es lo que esconden? Puede medirse con Milady a este respecto. Ella puede mirarlo, pero él puede mirar a la mesa, e impedir que su gesto de testigo en el estrado revele nada.

—Puede usted traer las cartas —dice Milady—, si le agrada.

—Milady no es muy alentadora, le doy mi palabra, y de honor —dice el señor Guppy, un tanto herido.

—Puede usted traer las cartas —repite ella en el mismo tono—, si... hace el favor.

—Así lo haré. Deseo buenos días a Milady.

En una mesa al lado de Milady hay un finísimo estuche, con barras y candado, como una caja fuerte antigua. Ella lo sigue mirando, acerca la mano al estuche y lo abre.

—¡Ah! Aseguro a Milady que no actúo movido por aceptar nada por el estilo. Deseo un buen día a Milady, y, de todos modos, le quedo muy agradecido.

Así que el joven hace una inclinación y baja las escaleras, donde el desdeñoso Mercurio no se considera obligado a abandonar su Olimpo junto a la chimenea del recibidor para abrirle la puerta.

Mientras Sir Leicester sigue adormilado encima de sus periódicos, en la biblioteca, ¿no hay ninguna influencia en la casa que lo alarme, por no decir que haga que hasta los árboles de Chesney Wold agiten sus ramas, los retratos frunzan el ceño y las armaduras se muevan?

No. Las palabras, los gemidos, los gritos, no son más que aire, y el aire está tan encerrado por un lado, y tan excluido por el otro en toda la casa de la capital, que Milady tendría verdaderamente que lanzar grandes gritos en su salita para que a los oídos de Sir Leicester llegara la más mínima vibración, y, sin embargo, en la casa hay alguien, una figura destrozada y arrodillada, que lanza hacia el techo este grito:

—¡Ay, hija mía! ¡Hija mía! No murió en las primeras horas de su vida, como me dijo mi cruel hermana, sino que ella la crió severamente después de renunciar a mí y a mi nombre! ¡Ay, hija mía, hija mía!

30. La narración de Esther

Hacía algún tiempo que se había ido Richard cuando llegó una visitante a pasar unos días con nosotros. Se trataba de una señora anciana. Era la señora Woodcourt, que había venido de Gales a pasar un tiempo con la señora de Bayham Badger, y tras escribir a mi tutor «por deseo de mi hijo Allan», para comunicar que había tenido noticias de él y que estaba bien y nos «enviaba sus recuerdos más cariñosos», había recibido de mi Tutor una invitación para ir a visitarnos a Casa Desolada. Se quedó casi tres semanas con nosotros. Fue muy amable conmigo, y me hizo muchas confidencias, tantas que a veces me hacía sentir casi incómoda. Yo sabía perfectamente que no tenía derecho a sentirme incómoda porque me hiciera confidencias, y advertía que no era razonable, pero, pese a todos mis intentos, no podía evitarlo.

Era una señora tan vivaz, y solía sentarse con las manos cruzadas, con un aire tan vigilante mientras me hablaba, que me resultaba irritante. O quizá fuera que siempre estaba tan tiesa y tan formal, aunque no creo que fuera eso, porque aquello me resultaba curiosamente agradable. Tampoco podía tratarse de la expresión general de su cara, que era chispeante y bonita para una anciana. No sé lo que era. O quizá, si lo sé ahora, no lo sabía entonces. O, por lo menos... Pero no importa.

Por las noches, cuando yo me iba a ir a la cama, me invitaba a su cuarto, donde estaba sentada ante la chimenea en un sillón, y por Dios que hablaba de Morgan ap-Kerrig hasta que me hacía sentirme deprimida. A veces recitaba unos versos de Crumlinwallinwer y del Mewlinwillinwodd (suponiendo que se escriban así, y estoy casi segura de que no) y se ponía muy excitada con los sentimientos que expresaban. Aunque no supe nunca cuáles eran (pues estaban en galés), salvo que encomiaban mucho el linaje de Morgan ap-Kerrig.

—De manera, señorita Summerson —me decía con solemnidad triunfal—, que ya ve usted la fortuna que hereda mi hijo. Dondequiera que vaya mi hijo, puede afirmar que descende de Ap-Kerrig. Quizá no tenga dinero, pero siempre tendrá algo mucho más importante: una buena familia, hija mía.

Yo albergaba mis dudas de que en la India o la China atribuyeran mucha importancia a Morgan ap-Kerrig, pero, naturalmente, nunca las expresé. Le decía que era algo estupendo proceder de una familia tan importante.

—Lo es, hija mía, una gran cosa —replicaba la señora Woodcourt—. Tiene sus inconvenientes; por ejemplo, limita la elección de novia por mi hijo, pero también son muy limitadas las opciones matrimoniales de la Familia Real.

Después me daba unos golpecitos en el brazo y me alisaba el vestido, como para asegurarme que tenía muy buena opinión de mí, pese a la gran distancia existente entre nosotras.

—El pobre señor Woodcourt, hija mía —decía, y siempre con una cierta emoción, pues, pese a su alto linaje, en el fondo era muy afectuosa—, descendía de una gran familia de las Tierras Altas, los MacCoort de MacCoort. Sirvió a su patria y su Rey como oficial de los Reales Fusileros, y murió en el campo de batalla. Mi hijo es uno de los últimos representantes de dos familias muy antiguas. Si el Cielo lo quiere, las volverá a encumbrar, y las unirá con otra familia antigua.

Era inútil que yo tratase de cambiar de tema, como solía intentar (sólo por hablar de algo distinto, o quizá porque...), pero no hace falta que entre en detalles. La señora Woodcourt nunca me dejaba cambiarlo.

—Hija mía —me dijo una noche—, tienes tanto sentido común, y contemplas el mundo con una calma tan superior a tu edad, que me resulta reconfortante hablar contigo de estas cuestiones de mi familia. No conoces mucho a mi hijo, guapa, pero estoy segura de que lo conoces lo suficiente para recordarlo, ¿no?

—Sí, señora; lo recuerdo.

—Claro, hija mía. Bueno, hija mía, creo que eres buena jueza de las personas, así que me gustaría saber lo que opinas de él.

—Ay, señora Woodcourt —dije—, eso me resulta muy difícil.

—¿Por qué es tan difícil, hija mía? —contestó—. A mí no me lo parece.

—Dar una opinión...

—Cuando lo conoces tan poco, hija mía. Eso es verdad.

Yo no me refería a eso, porque, en total, el señor Woodcourt había pasado bastante tiempo en nuestra casa, y se había hecho muy amigo de mi Tutor. Lo dije, y añadí que parecía ser muy capaz en su profesión, según creíamos nosotros, y que su caballerosidad y su amabilidad para con la señorita Flite resultaban inestimables.

—¡Le haces justicia! —exclamó la señora Woodcourt, apretándome la mano—. Lo has definido exactamente. Allan es un muchacho magnífico, e impecable en su profesión. Puedo decirlo, aunque sea mi hijo. Pero debo confesar, niña, que no carece de defectos.

—Eso nos pasa a todos —dije.

—¡Ah! Pero los suyos son defectos que puede corregir y que debe corregir —respondió la cortante anciana, meneando la cabeza—. Te he tomado tanto cariño, que puedo hacerte una confidencia, hija mía, como tercera absolutamente desinteresada, y es que la inconstancia personificada.

Repuse que, a mi juicio, me parecía muy difícil que fuera otra cosa que constante en su profesión, y celoso en su desempeño, a juzgar por la reputación que se había hecho.

—Tienes razón una vez más, hija mía —replicó la anciana—, pero fíjate que no me refiero a su profesión.

—¡Oh! —exclamé.

—No —respondió ella—. Me refiero, hija mía, a su conducta social. Se pasa la vida prestando atenciones triviales a damiselas, y lo lleva haciendo desde los dieciocho años. Pero fíjate, hija mía, que en realidad nunca le ha importado ninguna de ellas, y con esa actividad no ha pretendido hacerles ningún daño, ni expresar más que cortesía y buen carácter. Pero sigue sin estar bien, ¿no te parece?

—No —comenté, pues parecía esperar algo de mí—. Y comprenderás que puede llevarles a concebir falsas ilusiones.

Supuse que sí.

—Por eso le he dicho muchas veces que de verdad debería ser más prudente, tanto para hacerse justicia a sí mismo como a los demás. Y siempre me dice: «Madre, lo seré; pero tú me conoces mejor que nadie, y sabes que nunca pretendo hacer nada malo; que en realidad no significa nada». Todo lo cual es muy cierto, hija mía, pero no lo justifica. Sin embargo, como ahora se ha ido tan lejos, y por tiempo indefinido, y como tendrá buenas oportunidades y cartas de presentación, podemos considerar que se trata de algo del pasado. Y tú, hija mía —dijo la anciana, que ahora no paraba de hacer gestos de asentimiento y de sonreír— ¿qué me dices de ti misma?

—¿De mí, señora Woodcourt?

—Por no ser siempre tan egoísta, ya que me paso el tiempo hablando de mi hijo, que ha ido a hacer fortuna y encontrar una esposa... ¿Cuándo se propone usted buscar fortuna y encontrar un marido, señorita Summerson? ¡Vamos! ¡Se ha sonrojado!

No creo que me hubiera sonrojado (y en todo caso, si lo hice, no tenía importancia), y dije que mi situación actual me tenía muy satisfecha, y que no tenía ganas de cambiarla.

—¿Quiere que le diga lo que pienso siempre de usted y de la fortuna que todavía le espera? —preguntó la señora Woodcourt.

—Si cree ser buena profetisa —respondí.

—Pues es que se va a casar con alguien muy rico y digno de usted mucho mayor que usted, quizá veinticinco años más que usted. Y que usted será una excelente esposa, y él querrá mucho y será muy feliz.

—Es un buen destino —comenté—. Pero, ¿por qué va a ser el mío?

—Hija mía —me dijo, pasando a tutearme—, es lo adecuado: eres tan hacendosa, y tan ordenada, y toda tu situación general es tan fuera de lo corriente, que eso es lo adecuado y lo que va a pasar. Y nadie te felicitará más sinceramente por ese matrimonio que yo.

Fue curioso que aquello me hiciera sentir incómoda, pero creo que así fue. Sé que así fue. Me dejó incómoda parte de aquella noche. Me sentí tan avergonzada por mi tontería, que no se la quise confesar ni siquiera a Ada, lo cual me haría sentir todavía más incómoda. Hubiera hecho cualquier cosa por no recibir tantas confidencias de

aquella ancianita tan vivaz, si me hubiera resultado posible rechazarlas. A veces me parecía una fantasiosa, y otra que no decía más que grandes verdades. Unas veces pensaba que era muy astuta; otras, que su honrado corazón galés era perfectamente inocente y sencillo. Y, después de todo, ¿qué me importaba y por qué me importaba? ¿Por qué no podía yo, al irme a la cama con mi manojito de llaves, pararme a sentarme con ella junto a la chimenea, y adaptarme un rato a ella, por lo menos igual que a los demás, en lugar de molestarme por las cosas inocentes que me decía? Si me sentía atraída hacia ella, como efectivamente me ocurría, pues deseaba mucho agradecerla, y celebraba mucho ver que así era, ¿por qué me incomodaba después, y sentía una inquietud y un dolor muy reales ante cada palabra que me decía, y las sopesaba una vez tras otra en veinte balanzas? ¿Por qué me preocupaba tanto que estuviera ella en nuestra casa y me hiciera confidencias todas las noches, cuando, por otra parte, sentía que, en cierto sentido, era mejor y más seguro que estuviera aquí que en ninguna otra parte? Eran perplejidades y contradicciones que no podía explicarme. Por lo menos, si pudiera... Pero ya hablaré de eso en su momento, y es ocioso entrar en ello ahora.

Así que cuando la señora Woodcourt se marchó, lo lamenté, pero también me sentí aliviada. Y después llegó Caddy Jellyby, y Caddy traía tantas noticias de su casa; que nos dio mucho que hablar.

Primero, declaró Caddy (y al principio no quería hablar de nada más) que yo era la mejor consejera jamás vista. Aquello, dijo mi amiga del alma, no era ninguna noticia, y yo dije, naturalmente, que estaban diciendo bobadas. Después, Caddy nos contó que iba a casarse dentro de un mes, y que si Ada y yo queríamos ser sus damas, de honor, sería la novia más feliz del mundo. Aquello sí que era noticia, y creí que nunca dejaríamos de hablar de ella; tantas eran las cosas que teníamos que decir a Caddy y que tenía ella que decirnos a nosotros.

Parecía que el pobre papá de Caddy había terminado su quiebra (había «pasado por la Gaceta», dijo Caddy, como si fuera por un túnel) con la clemencia y la conmiseración general de sus acreedores, y había liquidado sus asuntos sabe Dios cómo, sin llegar a comprenderlos, y había renunciado a todo lo que poseía (que no valía mucho, pensé, a juzgar por el estado de los muebles) y había convencido a todos los interesados de que no podía hacer más, el pobre. Así que lo habían devuelto honorablemente a «la oficina», para empezar todo de nuevo. Nunca supe qué hacía en la oficina: Caddy decía que era «Agente de Aduanas y General», y lo único que yo pude comprender de todo aquel, asunto era que cuando tenía más necesidad de dinero que de costumbre, se iba a los muelles a buscarlo, y casi nunca lo encontraba.

En cuanto su papá se quedó más tranquilo al convertirse en una oveja trasquilada, y la familia se mudó a un piso amueblado en Hatton Garden (donde encontré a los niños, cuando fui a verlos más tarde, cortando la crin de las sillas y metiéndosela en la boca), Caddy había convocado una reunión entre él y el señor Turveydrop padre, y

como el señor Jellyby era tan humilde y manso, adoptó ante el Porte del señor Turveydrop una actitud tan sumisa que se hicieron excelentes amigos. Poco a poco, el señor Turveydrop, al irse reconciliando con la idea del matrimonio de su hijo, había llevado sus sentimientos paternos hasta la altura de considerar que el acontecimiento se aproximaba y había accedido graciosamente a que la joven pareja se fuera a vivir a la Academia de Newman Street en cuanto se casaran.

—Y tu papá, Caddy, ¿qué dijo?

—¡Ay, pobre Papá! —exclamó Caddy—. Se limitó a llorar y dijo que esperaba que nos lleváramos mejor que él y Mamá. No lo dijo delante de Prince; sólo delante de mí. Y dijo: «Pobre hija mía, no te han enseñado muy bien a llevar la casa de tu marido, pero si no aspiras con todo tu corazón a lograrlo, más te valiera matarlo que casarte con él..., si es que de verdad lo quieres».

—¿Y cómo lo tranquilizaste, Caddy?

—Pues la verdad es que resultaba muy triste ver a Papá tan bajo de ánimo y oírle decir cosas tan terribles, y no pude evitar echarme a llorar yo también. Pero le dije que sí, que aspiraba a ello con todo mi corazón, y que esperaba que nuestra casa se convirtiera en un sitio al que pudiera él ir en busca de tranquilidad las tardes que quisiera, y que esperaba y creía que yo podría ser una hija mejor para él allí que en nuestra casa. Entonces mencioné que Peepy vendría a vivir conmigo, y entonces Papá empezó a llorar otra vez y dijo que los niños eran unos indios.

—¿Unos indios, Caddy?

—Sí —dijo Caddy—. Indios salvajes. Y Papá dijo —y ahora Caddy se echó a llorar, la pobrecita, y no parecía en absoluto ser la chica más feliz del mundo— que se daba cuenta de que lo mejor que les podía pasar era que a todos los mataran con el tomahawk al mismo tiempo.

Ada sugirió que resultaba agradable saber que el señor Jellyby no expresaba en serio esos sentimientos destructivos.

—No, claro; ya sé que a Papá no le gustaría ver a su familia nadando en su propia sangre —dijo Caddy—, pero lo que quería decir era que tienen muy mala suerte por ser hijos de Mamá, y que él tiene muy mala suerte por ser el marido de Mamá, y estoy segura de que es verdad, aunque parezca antinatural el decirlo.

Pregunté a Caddy si la señora Jellyby sabía que ya se había fijado la fecha de la boda.

—¡Ay, ya sabes cómo es Mamá, Esther! —me contestó—. Es imposible decir si lo sabe o no. Se lo hemos dicho más de una vez, y cuando se lo decimos, se limita a mirarme plácidamente, como si yo fuera no sé qué... un campanario lejano —dijo Caddy con una idea repentina—, y después menea la cabeza y dice: «Caddy, Caddy, qué bromista eres!», y sigue con las cartas de Borriobula.

—¿Y tu ajuar, Caddy? —pregunté. Porque con nosotras no tenía reservas.

—Bueno, mi querida Esther —contestó, secándose los ojos—. Tendré que hacerlo lo mejor que pueda, y confiar en que mi querido Prince no tenga un mal recuerdo de lo pobremente que me fui con él. Si se tratara de encontrar ropa para Borriobula, Mamá sabría hacerlo perfectamente, y estaría activísima. Pero como se trata de lo que se trata, ni sabe ni le importa.

Caddy no carecía en absoluto de cariño por su madre, sino que mencionó aquello entre lágrimas, como algo innegable, y me temo que lo era. Nosotras lo sentimos por la pobre chica, y encontramos tan admirable la buena disposición con la que había sobrevivido a tanto desencanto, que inmediatamente nos pusimos las dos (quiero decir Ada y yo) a proponerle un pequeño plan que la dejó encantada. Consistía en que se quedara con nosotras tres semanas, y después, yo una con ella, y las tres nos pondríamos a planear y cortar, repasar y coser y economizar y hacer todo lo mejor posible para sacar el mayor partido de lo que tenía. Como a mi Tutor le agradó la idea tanto como a Caddy, la llevamos a su casa al día siguiente para organizar la cuestión, y nos la volvimos a llevar a la nuestra en triunfo, con sus cajas y con todas las compras que pudo hacer con un billete de diez libras que el señor Jellyby había encontrado en los muelles, supongo, pero que en todo caso le dio. Resultaría difícil saber lo que no hubiera dado mi Tutor si lo hubiéramos animado, pero consideramos que lo apropiado sería simplemente su vestido y su sombrero de novia. Él lo aceptó, y si Caddy había sido feliz alguna vez en su vida, lo fue ahora cuando nos pusimos al trabajo.

La pobre era bastante torpe con la aguja, y se pinchaba los dedos con tanta frecuencia como antes se los manchaba de tinta. No podía evitar el ruborizarse de vez en cuando, en parte por el pinchazo y en parte por la irritación de no saber hacerlo mejor, pero pronto lo superó y empezó a mejorar rápidamente. Así que, días tras día, ella, mi niña y mi doncellita Charley y una sombrerera de la ciudad y yo nos los pasábamos trabajando mucho, pero contentas.

Pero, por encima de todo, lo que más deseaba Caddy era «aprender a llevar una casa», como decía ella. ¡Dios mío! La idea de que aprendiera a llevar una casa de alguien tan enormemente experimentada como yo era tan absurda que me eché a reír, y me ruboricé y fui objeto de una confusión cómica cuando me lo propuso. Sin embargo, le dije:

—Caddy, estoy segura de que me encantará enseñarte todo lo que yo te pueda enseñar —y le enseñé mis libros y mis métodos y todas mis pequeñas manías. Cabría suponer que le estaba enseñando algún invento maravilloso, por la forma en que lo estudiaba todo, y si la hubierais visto, cuando yo agitaba las llaves de la casa, cómo se levantaba para ayudarme, hubierais pensado que jamás hubo mayor impostora que yo, ni seguidora más ciega que Caddy.

De manera que entre el trabajo y la casa y las lecciones de Charley y las partidas

de *backgammon* por las tardes con mi Tutor, y los dúos con Ada, las tres semanas se fueron en un suspiro. Después me fui yo con Caddy a su casa, a ver lo que se podía hacer allí, y Ada y Charley se quedaron a cuidar de mi Tutor.

Cuando digo que me fui a casa de Caddy, me refiero al piso amueblado de Hatton Garden. Fuimos dos o tres veces a Newman Street, donde también había en marcha preparativos; muchos de ellos, según observé, para aumentar las comodidades del señor Turveydrop padre, y unos pocos para dejar a la pareja de recién casados instalados por poco precio en la parte de arriba de la casa, pero lo que más nos importaba era dejar el piso amueblado en condiciones para el banquete de bodas, e imbuir a la señora Jellyby de antemano con una ligera idea de qué se trataba.

Esto último era lo más difícil, porque la señora Jellyby y un muchacho de aspecto poco agradable ocupaban la sala delantera (la de atrás era un cuartucho), que estaba llena de papeles tirados por todas partes, y de personas que tenía cita para hablar de Borriobula. El muchacho desagradable, que me dio la sensación de estar enfermo, comía fuera de la casa. Cuando el señor Jellyby llegaba, generalmente lanzaba un gruñido y se iba a la cocina. Allí comía algo, si lograba que se lo diera la criada, y después, para no molestar, se iba a dar un paseo bajo la lluvia por Hatton Garden.

Los pobres niños se peleaban y recorrían la casa a gritos, como estaban acostumbrados a hacer desde siempre. Como era absolutamente imposible poner a aquellos pobrecillos en condiciones presentables con un plazo de sólo una semana, propuse a Caddy dejarlos lo más contentos posible, el día de su boda, en el ático en el que dormían todos, y concentrar nuestros principales esfuerzos en su Mamá, y en la habitación de su Mamá y en organizar una comida adecuada. De hecho, la señora Jellyby requería mucha atención, pues el enrejado que tenía a la espalda se había ensanchado considerablemente desde que la había conocido yo, y tenía el pelo como la melena del caballo de un barrendero.

Pensando que la exhibición del ajuar de Caddy sería el mejor medio de enfocar el tema, invité a la señora Jellyby a que viniera a verlo extendido en la cama de Caddy, una tarde que ya se había ido el muchacho desagradable.

—Mi querida señorita Summerson —dijo, levantándose de su escritorio con su buen humor habitual—, verdaderamente se trata de unos preparativos absurdos, aunque usted demuestra lo amable que es al ayudar en ellos. ¡A mí me parece tan inefablemente absurda la idea de que Caddy se vaya a casar! ¡Ay, Caddy, qué bobita, pero qué bobita eres!

Sin embargo, subió con nosotras y contempló el ajuar con su aire habitual de distanciamiento. Le sugirió una idea bien clara, pues con su sonrisa plácida, y meneando la cabeza, dijo:

—¡Dios mío, señorita Summerson, por la mitad de este dinero, esta bobita podría haberse equipado para ir a África!

Cuando volvimos a bajar, la señora Jellyby me preguntó si todo aquel aburrido asunto iba efectivamente a ocurrir el miércoles siguiente. Cuando le dije que sí, me preguntó:

—¿Hará falta mi cuarto, señorita Summerson? Porque me resulta imposible deshacerme de mis papeles.

Me tomé la libertad de decirle que sin duda haría falta su cuarto, y que a mi juicio deberíamos poner los papeles en otra parte.

—Bueno, señorita Summerson —dijo la señora Jellyby—, estoy segura de que sabe usted lo que dice. Pero al obligarme a emplear a un muchacho, Caddy me ha creado tales problemas, dado lo abrumada que estoy con asuntos públicos, que no sé qué hacer. Además, el miércoles por la tarde tenemos una reunión de la subsección, y eso me crea un gran problema.

—No es probable que se repita —dije con una sonrisa—. Lo más probable es que Caddy se case sólo una vez.

—Es verdad —replicó la señora Jellyby—, es verdad, hija mía. ¡Supongo que habrá que poner al mal tiempo buena cara!

La cuestión siguiente era la de cómo se debería vestir para la ceremonia la señora Jellyby. Me pareció muy curioso ver cómo nos miraba ella serenamente desde su escritorio mientras Caddy y yo lo comentábamos, y cómo meneaba la cabeza en nuestra dirección de vez en cuando con una sonrisa de medio reproche, como un espíritu superior que apenas si podía soportar nuestras trivialidades.

El estado en que se hallaban sus vestidos, y la extraordinaria confusión en que los tenía guardados, aumentaron no poco nuestras dificultades; pero, por fin, ideamos algo que no se alejaba demasiado de lo que llevaría en esa circunstancia una madre corriente. La forma abstraída en que la señora Jellyby se sometía a que la modista le probara su atavío y la amabilidad con la que después me comentaba cuánto sentía que yo no hubiera pensado más en África, eran coherentes con el resto de su comportamiento.

El piso era bastante pequeño, pero supuse que aunque la familia Jellyby hubiera sido la única ocupante de la Catedral de San Pablo, o de la de San Pedro, la única ventaja que hubieran hallado en las dimensiones del edificio habría sido la de tener mucho más espacio que ensuciar. Creo que en aquellos días de preparativos para la boda de Caddy no quedó sin romper nada de lo que había de rompible entre las pertenencias de la familia; no quedó sin averiar nada de lo que resultara posible averiar de una forma u otra, y que ninguno de los objetos domésticos capaces de ensuciarse, desde las rodillas de los niños hasta la placa de la puerta, quedó sin acumular toda la suciedad que podía soportar.

El pobre señor Jellyby, que raras veces hablaba, y que cuando estaba en casa casi siempre se sentaba con la cabeza apoyada en la pared, se empezó a interesar cuando

vio que Caddy y yo tratábamos de poner algo de orden en medio de aquellos desechos y ruinas, y se quitó la chaqueta para ayudarnos. Pero cuando abrimos los armarios cayeron de ellos cosas tan sorprendentes: pedazos de pastel mohoso, botellas de vinagre, los gorros y las cartas de la señora Jellyby, té, tenedores, botas viejas y zapatos de niños, leña, galletas, tapaderas de ollas, azúcar húmedo que salía de los fondos de bolsas de papel, taburetes, cepillos de zapatos, pan, sombreros de la señora Jellyby, libros con mantequilla pegada a la encuadernación, cabos de vela apagados por el procedimiento de ponerlos cabeza abajo en palmatorias rotas, cáscaras de nuez, cabezas y colas de gambas, manteles individuales, guantes, posos de café, paraguas..., que el señor Jellyby se asustó y volvió a dejarlo. Pero volvió regularmente todas las tardes y se quedaba sentado, sin chaqueta y con la cabeza apoyada en la pared, como si hubiera querido ayudarnos, de saber cómo.

—¡Pobre Papá! —me dijo Caddy la noche antes del gran día, cuando por fin habíamos puesto las cosas un poco en orden—. Me parece mal abandonarlo, Esther. Pero ¿qué podría hacer si me quedara? Desde que te conocí, no hago más que limpiar y ordenar, pero es inútil. Mamá y África, juntas, vuelven a desordenar la casa inmediatamente. Nunca tenemos una criada que no beba. Mamá lo estropea todo.

El señor Jellyby no podía oír aquellas palabras, pero parecía estar verdaderamente bajo de ánimo, y me pareció que lloraba.

—¡Te aseguro que se me oprime el corazón por él, de verdad! —gimió Caddy—. Esta noche no puedo evitar el pensar cuántas esperanzas tengo, Esther, de ser feliz con Prince, y cuánto esperaba Papá, estoy segura, ser feliz con Mamá. ¡Qué vida más triste!

—¡Mi querida Caddy! —exclamó el señor Jellyby, volviendo la cabeza lentamente desde la pared. Creo que era la primera vez que lo oía yo decir tres palabras seguidas.

—¡Sí, Papá! —gritó Caddy, yendo a abrazarlo afectuosamente.

—Mi querida Caddy —continuó diciendo el señor Jellyby—, nunca te...

—¿Que no me case con Prince, Papá? —tartamudeó Caddy—. ¿Que no me case con Prince?

—Sí, hija mía —dijo el señor Jellyby—. Claro que te cases con él. Pero nunca tengas...

En mi relato de nuestra primera visita a Thavies Inn ya mencioné que, según Richard, el señor Jellyby solía abrir la boca después de cenar y no decía nada. Era una costumbre suya. Ahora abrió la boca muchas veces y sacudió la cabeza con aire melancólico.

—¿Qué es lo que no quieres que tenga? ¿Que no tenga qué, Papá querido? —preguntó Caddy, presionándolo con los brazos echados al cuello de él.

—Nunca tengas una Misión en la Vida, hija mía.

El señor Jellyby gruñó y volvió a apoyar la cabeza en la pared, y aquélla fue la única vez en que lo oí aproximarse ni siquiera a expresar sus sentimientos sobre la cuestión de Borriobula. Supongo que alguna vez debe de haber sido más expresivo y animado, pero parecía haberse quedado completamente agotado mucho antes de que lo conociera yo.

Aquella noche me pareció que la señora Jellyby no iba a dejar nunca de contemplar serenamente sus papeles y de beber café. Era medianoche antes de que pudiéramos entrar en posesión de la sala, y la limpieza que entonces necesitaba era tan desalentadora, que Caddy, que casi estaba al borde de sus fuerzas, se sentó en medio del polvo y se puso a llorar. Pero pronto se animó, e hicimos maravillas antes de irnos a acostar.

Por la mañana, con la ayuda de unas cuantas flores y gran cantidad de agua y jabón, todo tenía un aspecto muy ordenado y alegre. El breve desayuno resultó animado, y Caddy estuvo perfectamente encantadora. Pero cuando llegó mi niña pensé (y sigo pensándolo) que nunca había visto una cara tan bella como la de mi encanto.

Hicimos una pequeña fiesta en el piso de arriba para los niños, y pusimos a Peepy a la cabecera de la mesa, y les dejamos ver a Caddy vestida de novia, y aplaudieron y gritaron hurras, y Caddy lloró al pensar que se iba a separar de ellos, y les dio unos abrazos tras otros, hasta que trajimos a Prince para que se la llevara, momento en el que, lamento decirlo, Peepy le dio un mordisco. Después apareció en el piso de abajo el señor Turveydrop padre, en un estado de Porte imposible de expresar, que bendijo benignamente a Caddy e hizo comprender a mi Tutor que la felicidad de su hijo era obra paternal suya, y que había sacrificado sus consideraciones personales para asegurarla:

—Señor mío —dijo el señor Turveydrop—, estos jóvenes van a vivir conmigo, mi casa es lo bastante grande para ellos también, y no les faltará la protección de mi techo. Quizá hubiera deseado (y usted, señor Jarndyce, comprenderá mi alusión, pues recordará usted a mi ilustre protector, el Príncipe Regente), hubiera podido desear que mi hijo se hubiera casado con alguien de una familia en la que hubiera más Porte, pero ¡hágase la voluntad del Cielo!

El señor y la señora Pardiggle formaban parte del grupo. El señor Pardiggle, hombre de aspecto terco, con un gran chaleco y pelo erizado, siempre hablaba a gritos, con su vozarrón de bajo, de su óbolo, o del óbolo de la señora Pardiggle, o de los óbolos de sus cinco hijos. El señor Quale, con el pelo cepillado hacia atrás, como de costumbre, y con las sienes abultadas como siempre, y como siempre muy brillantes, también estaba presente, y no representaba el personaje del pretendiente desilusionado, sino el del Aceptado por una dama joven —o, al menos, soltera—, una tal señora Wisk, que también estaba presente. La misión de la señorita Wisk, según

dijo mi Tutor, consistía en demostrar al mundo que la misión de la mujer era la misión del hombre, y que la única verdadera misión, tanto del hombre como de la mujer, consistía en presentar proyectos de resolución acerca de todo género de cosas en mítines públicos. Los invitados no eran muchos, pero, como cabía esperar en casa de la señora Jellyby, estaban todos consagrados de manera exclusiva a todo género de actividades públicas. Además de los que ya he mencionado, había una señora muy sucia, con el sombrero puesto del revés, y en cuyo vestido todavía se podía ver la etiqueta con el precio, cuya casa descuidada, según me contó Caddy, era como un campo abandonado, pero, en cambio, tenía su iglesia más limpia que una patena. El grupo quedaba completo con un caballero muy discutidor, según el cual su misión en la vida era la de ser hermano de todos, pero que parecía estar en relaciones muy frías con toda su familia.

Por mucho ingenio que se tuviera, apenas habría podido reunirse un grupo menos idóneo para una ocasión de este tipo. Lo que menos atraía a todos ellos era una misión tan mezquina como la misión de la domesticidad; de hecho, según nos comunicó la señorita Wisk, muy indignada antes de sentarnos a la mesa, la idea de que la misión de la mujer consistía en reducirse estrictamente al Hogar era una calumnia insultante por parte de su Tirano, el Hombre. Otra de las singularidades era que a ninguna de las personas con misión (salvo el señor Quale, cuya misión, como creo haber dicho ya antes, consistía en caer en éxtasis con la misión de todos los demás) le importaba en absoluto la misión de ningún otro. La señora Pardiggle estaba convencida de que el único rumbo infalible era el de lanzarse sobre los pobres e imponerles la benevolencia igual que se les podría imponer una camisa de fuerza, y la señorita Wisk estaba convencida de que lo único práctico que se podía hacer en el mundo era la emancipación de la Mujer de la soberanía de su Tirano, el Hombre. Entre tanto, la señora Jellyby sonreía ante la visión limitada de quienes no podían ver que lo único importante era Borriobula-Gha.

Pero me estoy adelantando al sentido de nuestra conversación en el trayecto de vuelta, en lugar de llevar a Caddy primero a su boda. Todos fuimos a la iglesia, con el señor Jellyby actuando de padrino. Jamás podré decir lo suficiente acerca de la forma en que el señor Turveydrop padre, con el sombrero bajo el brazo izquierdo (y el interior de aquél apuntando al clérigo, como si fuera un cañón), y los ojos arrugados bajo la peluca, se mantuvo, rígido y firme, detrás de nosotras, las damas de honor, a todo lo largo de la ceremonia, y después nos presentó sus saludos. La señorita Wisk, de la cual no puedo decir que tuviera un aspecto impresionante, y cuyos modales eran sombríos, escuchó la ceremonia como parte de los Agravios de la Mujer, con gesto desdeñoso. La señora Jellyby, con su sonrisa plácida y su mirada brillante, era la que parecía menos interesada de todo el grupo.

Cuando llegó el momento, volvimos todos para el banquete nupcial, y la señora

Jellyby se sentó a la cabecera de la mesa, y el señor Jellyby al otro extremo. Anteriormente, Caddy había subido discretamente las escaleras, para dar otro abrazo a los niños y decirles que a partir de ahora su nombre de casada era Turveydrop. Pero aquella noticia, en lugar de constituir una sorpresa agradable para Peepy, hizo que éste se cayera de espaldas con tales transportes de pesar, que cuando me enviaron a buscar no pude hacer nada mejor que acceder a la propuesta de que lo llevaran a la mesa del banquete nupcial. Así que lo bajaron y se me sentó en las rodillas, y la señora Jellyby, tras comentar al ver el delantal de Peepy: «¡Ay, Peepy, malo, qué marranito eres!», no se sintió en absoluto incómoda. El niño se comportó muy bien, salvo que se había bajado a Noé (parte de un arca que le había regalado yo antes de irnos a la iglesia) y se dedicó a empaparlo, primero en los vasos de vino y después a metérselo en la boca.

Mi Tutor, con su amabilidad, su rápida percepción y su rostro amigable, logró que incluso aquel grupo tan poco amigable se comportara agradablemente. Parecía como si nadie pudiera hablar más que de su propio tema, e incluso que nadie supiera hablar ni siquiera de eso, como parte de un mundo en el que hubiera otras cosas, pero mi Tutor logró que todo se convirtiera en amables palabras de cariño hacia Caddy y el motivo del banquete, y consiguió que éste saliera adelante estupendamente. Me da miedo pensar en lo que hubiera podido ocurrir sin él, pues la verdad era que la ocasión prometía poco, ya que todo el grupo despreciaba a la novia y el novio, y el señor Turveydrop padre se consideraba inmensamente superior a todos, habida cuenta de su gran Porte.

Por fin llegó el momento de que se marchara la pobre Caddy, y de que se pusieran todas sus cosas en el coche alquilado que se la iba a llevar a Gravesend con su marido. Nos afectó mucho ver cómo Caddy se aferraba entonces a su deplorable hogar, y se abrazaba al cuello de su madre con la mayor ternura:

—Siento mucho no haber podido seguir tomándote los dictados, Mamá —gimió Caddy—, y espero que ahora me perdones.

—¡Vamos, Caddy, Caddy! —dijo la señora Jellyby—. Ya te he dicho veces y veces que he contratado a un muchacho, y no hay más que hablar.

—¿Estás segura de no estar enfadada conmigo, Mamá? ¡Por favor, Mamá, dime que no antes de que me vaya!

—Caddy, no seas tonta —replicó la señora Jellyby—. ¿Te parece que estoy enfadada, o que tengo tendencia a enfadarme, o tiempo para enfadarme? ¿Cómo puedes decirme una cosa así?

—¡Mamá, cuida bien de Papá durante mi ausencia!

La señora Jellyby se echó a reír ante tamaña idea.

—Eres una romántica —dijo, dándole unas palmaditas a Caddy—. Vamos. Ya sabes que somos muy buenas amigas. ¡Ahora, adiós, Caddy, y que seas muy feliz!

Entonces Caddy se abrazó a su padre y apretó la mejilla contra la de él, como si se tratase de un niño enfermo. Todo aquello ocurrió en el vestíbulo. Su padre se desprendió de ella, se sacó el pañuelo y se sentó en las escaleras con la cabeza apoyada en la pared. Espero que todas aquellas paredes constituyeran un consuelo para él. Casi estoy convencida de ello.

Y después Prince la tomó del brazo y se volvió con gran emoción y respeto hacia su padre, cuyo Porte en aquel momento era abrumador.

—¡Muchas gracias una vez más, padre! —dijo Prince, besándole la mano—. Le agradezco todas sus amabilidades y atenciones en relación con nuestra boda, y le aseguro que lo mismo piensa Caddy.

—Desde luego —gimió Caddy—. ¡Des-de lue-go!

—Querido hijo —dijo el señor Turveydrop—, y querida hija, he cumplido con mi deber. Si se cierne sobre nosotros el espíritu de una Mujer que es Santa, y contempla este momento, eso, y la constancia de vuestro afecto, constituirá mi recompensa. Creo que no fallaréis en *vuestros* deberes, hijo mío e hija mía, ¿verdad?

—¡Jamás, querido padre, jamás! —exclamó Prince.

—¡Jamás, jamás, querido señor Turveydrop! —dijo Caddy.

—Así debe ser —replicó el señor Turveydrop—. Hijos míos, mi casa es vuestra, mi corazón es vuestro, todo lo mío es vuestro. Jamás os abandonaré, hasta que la Muerte nos separe. Hijo mío, ¿creo que contemplas estar ausente una semana?

—Una semana, padre. Volveremos a casa dentro de ocho días.

—Querido hijo mío —dijo el señor Turveydrop—, permíteme que incluso en las actuales circunstancias excepcionales te recomiende la más estricta puntualidad. Es importantísimo mantener las cosas en orden, y cuando se empieza a abandonar las escuelas, éstas tienden a caer en el desorden.

—Padre, le aseguro que dentro de ocho días estaremos cenando en casa.

—¡Muy bien! —dijo el señor Turveydrop—. Mi querida Caroline, os aseguro que encontraréis la chimenea encendida en vuestro aposento y la cena preparada en mis apartamentos. ¡Sí, sí, Prince! —anticipándose con grandes aires a cualquier objeción altruista por parte de su hijo— Tú y tu Caroline seréis unos recién llegados a la parte alta de la casa, y, en consecuencia, ese día cenaréis en mis apartamentos. ¡Y ahora, idos con mi bendición!

Se marcharon, y no sé quién me pareció más extraño: si la señora Jellyby o el señor Turveydrop. Ada y mi Tutor pensaban lo mismo que yo, y hablamos del asunto. Pero antes de que nos marcháramos también nosotros, recibí un cumplido de lo más inesperado y elocuente del señor Jellyby. Se me acercó en el vestíbulo, me tomó de las dos manos, me las apretó mucho y abrió dos veces la boca. Estaba yo tan segura de lo que significaba aquello, que dije, muy apurada:

—No hay de qué, señor mío. ¡Por favor, no tiene importancia!

Y cuando los tres estábamos camino de casa, comenté:

—Espero que este matrimonio sea para bien, Tutor.

—Eso espero, mujercita. Paciencia. Ya veremos.

—¿Sopla hoy viento de Levante? —me aventuré a preguntar.

Se rió mucho, y contestó:

—No.

—Pero creo que esta mañana sí soplaba —dije yo.

Volvió a contestar que no, y aquella vez mi niñita también dijo que no, y meneó la adorable cabecita, que, con el ramillete de flores que tenía en el pelo dorado, era como la verdadera imagen de la Primavera.

—Sí que sabes tú mucho de los vientos de Levante feíta mía —le dije, besándola admirada; no pude contenerme.

¡Bueno! Ya sé que no era más que por lo mucho que me querían, y hace mucho tiempo de esto. Tengo que escribirlo, aunque después vuelva a borrarlo, porque me agrada mucho. Dijeron que no podía soplar viento de Levante donde había presente Alguien; dijeron que donde iba la señora Durden brillaba el sol y el aire era el del verano.

31. Enfermera y paciente

No hacía muchos días que había vuelto yo a casa cuando una tarde subí a mi habitación a ver lo que estaba escribiendo Charley en su cuaderno. A Charley le resultaba muy difícil aprender a escribir, y no parecía que pudiera dominar a la pluma, sino que en su mano la pluma aparentaba adquirir una animación perversa, y saltaba y se encabritaba, se detenía de repente, corveteaba y gambeteaba, como un caballo indómito. Resultaba algo muy extraño ver qué letras tan raras iba formando la manita de Charley, por lo encogidas, deformes y tambaleantes que le salían, cuando aquella manita era tan regordeta y torneada. Pero Charley hacía muy bien todo lo demás, y tenía unos deditos de lo más diestros para todo género de cosas.

—Bueno, Charley —le dije al ver una copia de la letra «O» que estaba representada como algo cuadrado unas veces, triangular otras, o en forma de pera o de mil otras formas—, parece que vamos mejorando. Si logramos que salga redonda, Charley, estará perfecta.

Entonces hice yo una, y Charley hizo otra, y la pluma no sacó entera la «O» de Charley, sino que la convirtió en un nudo.

—No importa, Charley; con el tiempo nos saldrá bien.

Charley dejó la pluma en la mesa, porque había terminado de copiar; abrió y cerró la manita crispada, miró gravemente a la página, medio orgullosa, medio dudosa, se levantó y me hizo una reverencia.

—Gracias, señorita; ¿conocía usted a una pobre mujer que se llama Jenny, con su permiso, señorita?

—¿Una que estaba casada con un ladrillero, Charley? Sí.

—Pues vino a hablar conmigo cuando salí hace un rato, y me dijo que la conocía a usted, señorita. Me preguntó si no era yo la doncella de la señorita, o sea, de usted, señorita, y le dije que sí, señorita.

—Creía que se había ido de aquí, Charley.

—Y se había ido, señorita, pero ha vuelto a casa, señorita, ella y Liz. ¿Conocía usted a otra pobre mujer que se llama Liz?

—Creo que sí, Charley, aunque no me acuerdo de cómo se llamaba.

—¡Eso fue lo que dijo ella! —comentó Charley—. Han vuelto las dos señorita, después de mucho andar por ahí.

—¿Mucho andar por ahí, Charley?

—Sí, señorita. —Si Charley hubiera podido hacer las letras tan redondas como ponía ahora los ojos al mirarme, hubiera sido excelente—. Y la pobre vino a casa tres o cuatro días, esperando verla a usted, señorita; dijo que no quería más que eso, pero usted no estaba. Entonces fue cuando me vio a mí —dijo Charley con una risita breve, encantada y orgullosa—, ¡y pensó que yo tenía el aspecto de ser su doncella de

usted!

—¿De verdad, Charley?

—¡Sí, señorita! ¡De verdad se lo digo! —Y Charley, con otra risita breve y encantada, volvió a abrir mucho los ojos, y después puso el gesto de seriedad apropiado para mi doncella. Yo nunca me cansaba de ver cómo disfrutaba Charley con aquel honor, cómo se erguía ante mí con aquella cara y aquel cuerpo tan aniñados y aquellos modales tan firmes, y cómo se advertía en medio de todo aquello su alegría infantil.

—¿Y dónde la viste, Charley? —le pregunté.

A mi doncellita se le entristeció la cara al replicar:

—Junto a la clínica del doctor, señorita. —Porque Charley todavía estaba de luto.

Pregunté si la mujer del ladrillero estaba enferma, pero Charley me dijo que no. Era un chico. Un chico que estaba en casa de aquella mujer, que había llegado a pie a Saint Albans y que seguía a pie no sabía adónde. Un pobre chico, dijo Charley. No tenía ni padre, ni madre, ni nadie. «Como podía haberle pasado a Tom, señorita, si después de padre nos hubiéramos muerto Emma y yo», dijo Charley, a quien se les llenaron de lágrimas los ojazos redondos.

—¿Y le iba a comprar medicinas, Charley?

—Me dijo, señorita —respondió Charley—, que él había hecho lo mismo por ella.

Mi doncellita tenía un gesto tan preocupado, y tenía las manos tan apretadas mientras me miraba, que no me resultó difícil leer sus pensamientos, y le dije:

—Bueno, Charley, me parece que lo mejor que podemos hacer es ir a casa de Jenny, a ver qué pasa.

La alacridad con la que Charley me trajo el sombrero y el velo, y con que, después de ayudarme a vestirme, se arrebujo de manera tan rara en su cálido chal, de modo que parecía una viejecita, bastó para expresar lo dispuesta que estaba. De modo que nos fuimos, Charley y yo, sin decir nada a nadie.

Era una noche fría y desapacible, y los árboles se agitaban con el viento. Todo el día había estado cayendo una lluvia constante y densa, y los anteriores, también. Pero en aquel momento no llovía. Había aclarado en parte, pero seguía muy cubierto, incluso por encima de nosotras, donde se divisaban algunas estrellas. En el Norte y el Noroeste, donde se había puesto el sol hacía tres horas, se veía una luz pálida y mortecina, que era al mismo tiempo atractiva e inquietante, y hacia ella apuntaban ondulantes unos filamentos largos y grises de nubes, como un mar que se hubiera quedado inmovilizado en su oleaje. En la dirección de Londres se advertía un resplandor lívido sobre el páramo oscurecido, y el contraste entre aquellas dos luces, y la visión que sugería la luz más roja de un fuego sobrenatural que luciera sobre todos los edificios invisibles de la ciudad, y sobre todos los millares de rostros de sus asombrados habitantes, prestaba a todo una enorme solemnidad.

Aquella noche no tenía yo la menor idea, ni la más mínima, de lo que pronto iba a ocurrirme. Pero después siempre he recordado que cuando nos detuvimos en la puerta del jardín a contemplar el cielo, y cuando seguimos nuestro camino, tuve por un momento la impresión indefinible de mí misma como algo diferente de lo que era en aquel momento. Sé que fue justo en aquel momento cuando la experimenté. Desde entonces siempre he relacionado aquella sensación con el lugar y el momento exactos, con las voces distantes que llegaban del pueblo, los ladridos de un perro y el ruido de unas ruedas que bajaban por una cuesta embarrada.

Era un sábado por la noche, y casi toda la gente que vivía en el sitio al que íbamos nosotras estaba bebiendo en otra parte. Todo estaba más tranquilo que en mi última visita, pero igual de miserable. Los hornos estaban encendidos, y hasta nosotros llegaba un vapor sofocante con un resplandor azul pálido.

Llegamos a la casita, en cuya ventana medio rota ardía débilmente una vela. Llamamos a la puerta y entramos. La madre del niño que había muerto estaba sentada en una silla junto a un pobre fuego, cerca de la cama, y frente a ella, un chico con muy mal aspecto se acurrucaba en el suelo, apoyado en la chimenea. Tenía bajo el brazo, como si fuera un paquetito, un trozo arrancado de un gorro de piel, y aunque trataba de calentarse, tiritaba tanto que la puerta y la ventana desvencijadas también temblaban. El aire estaba más enrarecido que la última vez, con un olor malsano y muy raro.

Cuando dirigí la palabra a la mujer, que fue en el momento de entrar, no me había levantado el velo. Instantáneamente, el muchacho se puso en pie como pudo y se me quedó mirando con una extraña expresión de sorpresa y terror.

Reaccionó con tal rapidez, y era tan evidente que aquello era por causa mía, que me detuve, en lugar de seguir avanzando.

—No quiero *golver* al cementerio —murmuró el chico—. ¡Le digo que no voy a *golver*!

Me levanté el velo y me dirigí a la mujer. Ésta me dijo, en voz baja:

—No haga caso, señora. Ya le volverá el juicio —y a él le dijo—: Jo, Jo, ¿qué pasa?

—¡Ya sé a qué ha *veníó* ésa! —gritó el chico.

—¿Quién?

—Esa señora. Ha *veníó* para llevarme al cementerio.

—No quiero *golver* al cementerio. No me gusta esa palabra. A lo mejor me quiere enterrar a mí —y como le volvieron a entrar los temblores, se apoyó en la pared e hizo temblar la choza.

—Se ha pasado diciendo lo mismo todo el día, señora —dijo Jenny en voz baja—. ¡Deja de mirar! Es mi señora, Jo.

—¿Seguro? —respondió con voz de duda el chico, contemplándome con un brazo

puesto en la frente ardorosa—. A mí me parece que es la otra. No es por el gorro ni por el traje, pero me parece que es la otra.

Mi pequeña Charley, con su experiencia prematura en materia de enfermedades y problemas, se había quitado el sombrero y el chal, y ahora se le acercó en silencio con una silla y le hizo sentarse en ella, como si fuera una enfermera vieja y experta. Salvo que ninguna enfermera profesional hubiera podido mostrarle la carita aniñada de Charley, que pareció inspirarle confianza.

—¡Bueno! —dijo el chico—. Lo que *usted* diga. ¿Esta señora no es la otra señora?

Charley lo negó con la cabeza, mientras lo iba abrigando metódicamente con los harapos que llevaba el propio chico, para taparlo todo lo posible.

—¡Bueno! —murmuró el chico—, pues no será ella.

—He venido a ver si podía hacer algo —dije yo—. ¿Qué te pasa?

—Me hieló —respondió él con voz ronca, contemplándome con ojos desencajados— y luego ardo de calor, y luego me hieló, y luego ardo, y así muchas veces en una hora. Y tengo mucho sueño, y es como si me *golviere* loco... y tengo mucha sed... y es como si me dolieran todos los *güesos*.

—¿Cuándo ha llegado? —pregunté a la mujer.

—Esta mañana, señora. Le encontré en una esquina del pueblo. Le conocí cuando estuvimos en Londres. ¿Verdad, Jo?

—En Tomsolo —respondió el muchacho.

Cada vez que fijaba la atención o la vista, le duraba sólo un momento. Luego volvía a bajar la cabeza, que se le caía pesadamente, y hablaba como si sólo estuviera despierto a medias.

—¿Cuándo salió de Londres? —pregunté.

—Salí de Londres ayer —dijo el propio chico, que ahora estaba encendido y sudaba—. Voy a un sitio.

—¿Adónde va? —continué preguntando.

—A un sitio —repitió el chico en voz más alta—. Desde que la otra me dio el soberano me han hecho circular y más circular, más que nunca. La señora Snagsby me vigila todo el tiempo y me echa de todas partes, como si yo le hubiera hecho algo, y todo el mundo me vigila y me hace circular. Todos igual, desde que no me levanto hasta que no me acuesto. Y ahora me voy a un sitio. Eso es lo que voy a hacer. Cuando me vio en Tomsolo, me dijo que venía de Santalbán, así que vine por el camino de Santalbán. Da igual uno que otro.

Siempre terminaba mirando a Charley.

—¿Qué vamos a hacer con él? —pregunté a la mujer, llevándomela a un lado—. ¡No puede viajar en este estado, aunque fuese a hacer algo concreto y supiera dónde va!

—Señora, yo sé menos que los muertos —me contestó, mirándolo con compasión—. Y a lo mejor los muertos saben más, pero no lo pueden decir. Le he dejado quedarse aquí todo el día por compasión, y le he dado un caldo y un remedio, y Liz ha ido a ver si hay alguien que le pueda alojar (ahí está mi niña en la cama; en realidad es de ella, pero yo la llamo mi niña), pero no se puede quedar aquí mucho tiempo, porque si vuelve mi hombre y le encuentra aquí, le echa a golpes, y le puede hacer daño. ¡Un momento! ¡Aquí vuelve Liz!

Mientras decía aquellas palabras, llegó corriendo la otra mujer, y el muchacho se levantó con una idea confusa de que querían que se marchara. No sé cuándo se despertó la niña ni cómo se le acercó Charley, la sacó de la cama y empezó a pasearla para que no llorase. Lo hizo todo con aire muy natural, como si volviera a estar con Tom y Emma en la buhardilla de la señora Blinder.

La amiga había ido allá y acullá, de un lado para otro, y había vuelto igual que se fue. Al principio era demasiado temprano para dar alojamiento al chico, y al final era demasiado tarde. Un funcionario la había enviado a ver a otro, que la había enviado de vuelta al primero, y así constantemente, hasta que me dio la impresión de que los habían designado a ambos por su competencia para eludir sus obligaciones, en lugar de para cumplirlas. Y ahora, al cabo de todo, dijo jadeante, porque había venido corriendo y además tenía miedo: «Jenny, tu marido ya está en camino, y el mío también, ¡y que el Señor se apiade del chico, porque no podemos hacer más por él!». Reunieron unas cuantas monedas de medio penique que le pusieron en la mano, y así, con un aire ausente, medio agradecido medio inconsciente, salió de la casa arrastrando los pies.

—Dame la niña, guapa —dijo la madre a Charley—, y muchas gracias. Jenny, hija, buenas noches. Señorita, si mi hombre no se enfada conmigo, dentro de un rato iré al horno, que es donde probablemente se habrá ido el chico, y por la mañana volveré—. Se fue corriendo, y poco después, cuando pasamos junto a su puerta, le estaba cantando a su hija para que no llorase, y miraba preocupada al camino a ver si llegaba su marido borracho.

Me daba miedo quedarme hablando con ninguna de las dos mujeres, por si les creaba problemas. Pero le dije a Charley que no podíamos dejar que se muriese el muchacho. Charley, que sabía mucho mejor que yo lo que se había de hacer, y cuya agilidad mental era tan grande como su presencia de ánimo, se deslizó delante de mí y poco después alcanzamos a Jo, justo antes de llegar al horno de los ladrillos.

Supongo que debía de haber iniciado su viaje con un hatillo bajo el brazo, y que se lo habían robado o lo había perdido. Porque todavía llevaba su pobre trozo de gorro de piel como si fuera un hatillo, aunque tenía la cabeza descubierta bajo la lluvia, que ahora había arreciado. Cuando lo llamamos, se paró, y volvió a asustarse de mí cuando llegué a su lado: se quedó inmóvil, contemplándome con los ojos

brillantes, e incluso dejó de tiritar.

Le pedí que se viniera con nosotras, que nos encargaríamos de que pasara la noche bajo techo.

—No quiero un techo —dijo—, puedo acostarme entre los ladrillos, que están calientes.

—Pero ¿no sabes que así es como se muere la gente? —le preguntó Charley.

—La gente se muere de todos modos —contestó el chico—. Se mueren en sus cuartos, y ella lo sabe; ya se lo he enseñado, y allá, en Tomsolo, se mueren a docenas. Que yo haya visto, se mueren más de los que viven —y le añadió a Charley, con voz ronca—: Si no es la otra, ni tampoco la *astrajera*, ¿es que hay tres de ellas?

Charley me miró algo asustada. Yo misma me sentía medio asustada cuando el muchacho me miraba así.

Pero cuando le hice un gesto, se dio la vuelta y nos siguió, y al ver que reconocía mi influencia, lo llevé derecho a casa. No estaba muy lejos: al final de la cuesta. No nos cruzamos más que con un hombre. Yo dudaba que pudiéramos llegar a casa sin ayuda, por lo titubeantes e inseguros que eran los pasos del chico. Pero no se quejaba, y parecía curiosamente indiferente a su destino, si es que se me permite decir algo tan raro.

Lo dejé un momento en el vestíbulo, hundido en un rincón del asiento de la ventana, contemplando con una indiferencia que no se podía tomar por asombro las comodidades y las luces que lo rodeaban, y pasé a la sala a hablar con mi Tutor. Allí estaba el señor Skimpole, que había llegado en la diligencia, como tenía por costumbre sin aviso previo y sin traer ninguna ropa, pues siempre tomaba prestado todo lo que le hacía falta.

Vinieron inmediatamente conmigo a ver al chico. En el vestíbulo también se habían congregado los criados, y él tiritaba en el asiento de la ventana, con Charley de pie a su lado, como si fuera un animal herido y encontrado en una cuneta.

—Es un caso lamentable —dijo mi Tutor, tras hacerle una o dos preguntas, tocarlo y examinarle los ojos—. ¿Qué dices, Harold?

—Más vale que lo eches —dijo el señor Skimpole.

—¿Qué dices? —preguntó mi Tutor, en tono casi severo.

—Mi querido Jarndyce —dijo el señor Skimpole—, ya sabes lo que soy yo: soy un niño. Enfádate conmigo si me lo merezco. Pero tengo una objeción de principio a este género de cosas. Siempre la tuve cuando trabajaba de médico. Es peligroso, ¿sabes? Tiene unas fiebres muy graves.

El señor Skimpole había vuelto del vestíbulo a la sala, y decía estas palabras con toda tranquilidad, sentado en el taburete del piano, mientras todos lo rodeábamos.

—Me dirás que es una niñería —observó el señor Skimpole, contemplándonos alegre—. Bueno, es posible, pero yo soy un niño, y jamás he dicho ser más que eso.

Si lo echas a la calle, no haces más que dejarlo igual que antes. Su situación no va a empeorar, ya lo sabes. Si quieres, puedes incluso hacer que mejore. Dale seis peniques, o cinco chelines, o cinco libras y diez chelines, yo no sé de aritmética y tú sí, ¡pero déshazte de él!

—¿Y qué será de él entonces? —preguntó mi Tutor.

—Te juro —dijo el señor Skimpole, encogiéndose de hombros con aquella sonrisa suya tan atractiva— que no tengo ni la menor idea de lo que va a ser de él. Pero no tengo la menor duda de que algo será.

—¿Y no es posible imaginarse, no es horrible imaginarse —dijo mi Tutor, a quien yo había explicado a toda prisa lo que habían intentado en vano las dos mujeres, y que se paseaba arriba y abajo mientras se pasaba las manos por los cabellos— que si este pobre chico fuera un preso convicto tendría un hospital a su disposición, y estaría tan bien cuidado como cualquier niño enfermo de este reino?

—Mi querido Jarndyce —respondió el señor Skimpole—, perdóname la ingenuidad de la pregunta, dado que procede de alguien que es perfectamente ingenuo en las cuestiones mundanas, pero, entonces, ¿por qué no *está* preso ya?

Mi Tutor dejó de pasearse y lo contempló con una curiosa expresión, mezcla de extrañeza e indignación.

—Imagino que no cabe sospechar que nuestro joven amigo sea demasiado delicado —continuó diciendo el señor Skimpole, con toda tranquilidad y candidez—. Creo que lo más prudente, y en cierto sentido lo más respetable, sería que diera muestras de una energía mal orientada que lo llevara a la cárcel. Eso revelaría más espíritu de aventura y, en consecuencia, un tanto más de espíritu poético.

—Creo —replicó mi Tutor, que reanudó su agitado paseo— que no hay en el mundo otro niño como tú.

—¿De verdad? —preguntó el señor Skimpole—. ¡Vaya, vaya! Pero confieso que no entiendo por qué nuestro joven amigo, dada su situación, no trata de dotarse de toda la poesía que esté a su alcance. No cabe duda de que nació con apetito, y es probable que cuando se halle en mejor estado de salud gozará de excelente apetito. Muy bien. A la hora natural de comer de nuestro joven amigo, que probablemente será el mediodía, nuestro joven amigo dice de hecho a la sociedad: «Tengo hambre; ¿tienen ustedes la bondad de sacar su cuchara y darme de comer?». La sociedad, que ha aceptado organizar todo el sistema general de las cucharas y dice tener una cuchara para nuestro joven amigo, no le acerca esa cuchara, y, en consecuencia, nuestro joven amigo dice: «Ustedes perdonen si me apodero de ella». Pues a mí eso me parece un caso de energía mal orientada, aunque contiene una cierta razón y un cierto grado de romanticismo, y no puedo negar que nuestro joven amigo me parecería más interesante cómo ejemplo de un caso de esa índole que meramente como un pobre vagabundo..., que es algo al alcance de cualquiera.

—Entre tanto —me aventuré a observar yo—, está poniéndose peor.

—Entre tanto —observó el señor Skimpole, en tono animado—, como observa la señorita Summerson, con su habitual sentido práctico, está poniéndose peor. Por eso te recomiendo que lo echés antes de que se ponga peor todavía. Creo que jamás olvidaré el gesto risueño con el que pronunció aquellas palabras.

—Claro está, mujercita —observó mi Tutor, volviéndose a mí— que puedo conseguir que lo ingresen en alguna institución adecuada, simplemente con exigírsele a ésta, aunque muy mal están las cosas cuando hay que hacer esa gestión por alguien en su estado. Pero se está haciendo tarde, la noche está pésima, y el chico ya está agotado. En el cuartito abrigado que está junto al establo hay una cama; creo que lo procedente es que duerma allí hasta mañana por la mañana; entonces podemos abrigarlo bien y sacarlo de aquí. Y eso es lo que vamos a hacer.

—¡Ah! —dijo el señor Skimpole, poniendo las manos en las teclas del piano al ir saliendo nosotros—. ¿Volvéis con nuestro joven amigo?

—Sí —contestó mi Tutor.

—¡Cómo envidio tu carácter, Jarndyce! —replicó el señor Skimpole, con una admiración burlona—. A ti no te importan estas cosas, y a la señorita Summerson, tampoco. Siempre estáis listos para ir a cualquier parte y para hacer cualquier cosa. ¡Eso es Voluntad! Yo no tengo ni voluntad, ninguna Voluntad... Es que, sencillamente, soy incapaz.

—¿Supongo que no podrás recomendar nada para el muchacho? —preguntó mi Tutor, mirando por encima del hombro, medio enfadado; sólo medio enfadado, pues parecía que no pudiera considerar nunca al señor Skimpole como un ser responsable.

—Mi querido Jarndyce, he observado que el chico lleva en el bolsillo un frasco de solución antipirética; lo mejor es hacer que se la tome. Puedes decirles que rocíen con un poco de vinagre el sitio donde vaya a dormir, que éste mantenga una temperatura moderadamente fresca y que él se mantenga moderadamente abrigado. Pero es una impertinencia por mi parte hacer estas recomendaciones. La señorita Summerson conoce tan bien todos los detalles, y tiene tal capacidad para administrar las cosas de detalle, que sabe todo lo que es preciso hacer.

Volvíamos a salir al vestíbulo, explicamos a Jo lo que proponíamos hacer, y después Charley se lo volvió a explicar, todo lo cual oyó él con aquella despreocupación lánguida que ya había advertido yo, mientras contemplaba cansado lo que íbamos haciendo, como si todo se refiriera a otra persona distinta de él. Los criados observaban compasivos su mal estado, y como estaban muy dispuestos a ayudar, pronto le tuvimos preparado el cuartito, y algunos de los hombres de la casa lo llevaron en volandas por el patio, en medio de la lluvia, pero bien abrigado. Resultaba agradable ver con qué amabilidad lo trataban, y que, según parecía, creían que con llamarlo «compañero» iban a lograr que se animara algo. Las operaciones las

dirigía Charley, que iba y volvía entre el cuartito y la casa con los pequeños estimulantes y comodidades que consideramos prudente darle. Mi Tutor volvió a verlo antes de que lo dejáramos dormir, y cuando volvió al Gruñidero a escribir una carta en pro del chico, que un mensajero habría de entregar al amanecer del día siguiente, me comunicó que parecía estar mejor y a punto de quedarse dormido. Dijo que le habían cerrado la puerta por fuera, por si le daba un delirio, pero que había tomado precauciones para que si hacía algún ruido hubiera alguien que lo oyera.

Como Ada estaba resfriada en nuestra habitación, el señor Skimpole se quedó solo todo aquel rato, y se entretuvo tocando fragmentos de melodías patéticas, cuya letra entonaba a veces (según podíamos oír a lo lejos) con gran expresión y sentimiento. Cuando nos reunimos con él en el salón, dijo que nos iba a cantar una pequeña balada, que se le había ocurrido «a propósito de nuestro joven amigo», y entonó una canción relativa a un muchacho del campo:

*Arrojado al ancho mundo,
condenado a siempre errar,
ya no tiene ni una tierra,
ni unos padres, ni un hogar*

La cantó con una voz exquisita. Nos dijo que era una canción que siempre le hacía llorar.

Estuvo muy alegre todo el resto de la velada, porque «le encantaba gorjear», dijo encantado, «al pensar que estaba rodeado de gente tan maravillosamente dotada para organizar las cosas». Levantó su vaso de vino caliente para brindar: «¡Porque se mejore nuestro joven amigo!», e imaginó detalladamente que el chico estuviera destinado, como Whittington, a llegar a ser el Lord Mayor de Londres. En tal caso, no cabía duda de que fundaría la Institución Jarndyce y el Asilo Summerson, y establecería una pequeña Peregrinación de la Corporación Municipal a Saint Albans. Dijo estar convencido de que nuestro joven amigo era un excelente muchacho en su género, aunque ese género no era el de Harold Skimpole; lo que era Harold Skimpole lo había descubierto el propio Harold Skimpole, con gran sorpresa, cuando por fin se conoció a sí mismo con todos sus defectos, y le parecía filosóficamente correcto sacar el mejor partido de su descubrimiento, y esperaba que nosotros hiciéramos lo mismo.

Lo último que nos había dicho Charley era que el chico estaba tranquilo. Desde mi ventana, yo podía ver cómo seguía ardiendo en silencio la luz que le habían dejado, y me fui a la cama muy contenta, pensando que estaba a salvo. Poco antes de amanecer, se oyeron más ruidos y más voces que de costumbre, y me desperté. Al vestirme, miré por la ventana, y pregunté a uno de los criados, que la noche pasada había mostrado su solidaridad activa con el muchacho, si pasaba algo. En la ventana

del cuartito seguía ardiendo el quinqué.

—Es el chico, señorita —me respondió.

—¿Está peor? —pregunté.

—Se nos ha ido, señorita.

—¡Ha muerto!

—¿Muerto, señorita? No. Se ha marchado.

Parecía imposible adivinar a qué hora de la noche se había ido, ni cómo, ni por qué. Como la puerta seguía estando cerrada y el quinqué seguía en la ventana, sólo cabía suponer que se hubiera marchado por una trampa que había en el suelo y que comunicaba con la cuadra de los carros, abajo. Pero, de ser así, la había vuelto a cerrar, y no se notaba que la hubiera abierto. No faltaba nada. Una vez aclarado eso, todos aceptamos la penosa idea de que por la noche había delirado y que, atraído por algún objeto imaginario, o perseguido por algún horror imaginario, se había marchado en un estado peor que el de la debilidad; es decir, todos menos el señor Skimpole, quien sugirió reiteradamente, con su habitual aire de jovialidad, que a nuestro joven amigo se le había ocurrido que si se quedaba podía ponernos en peligro, y con gran cortesía natural había decidido marcharse.

Se hicieron todas las investigaciones posibles, y se le buscó por todas partes. Se examinaron los hornos de hacer ladrillos, se visitaron las casitas, se interrogó, en particular, a las dos mujeres, pero no sabían nada de él, y era imposible dudar de la sinceridad de su sorpresa. Hacía demasiado tiempo que estaba lloviendo, y aquella misma noche había llovido demasiado para que se pudieran seguir sus huellas. Nuestros criados examinaron setos y zanjas, cercas y pajares en varias millas a la redonda, por si el chico estaba inconsciente o muerto en alguna parte, pero no había dejado ni un indicio de que jamás hubiera estado por los alrededores. Después de quedarse solo en el cuartito, había desaparecido.

La búsqueda continuó durante cinco días. No quiero decir que cesara ni siquiera entonces, sino que entonces mi atención se desvió en una dirección que me resultaría memorable.

Una tarde, cuando Charley estaba otra vez ocupada en aprender a escribir en mi habitación, y yo bordaba sentada frente a ella, sentí que temblaba la mesa. Levanté la vista, y vi que mi doncellita estaba tiritando de los pies a la cabeza.

—Charley —pregunté—, ¿tanto frío tienes?

—Creo que sí, señorita —me contestó—. No sé lo que me pasa. No me puedo contener. Ayer me sentí igual a esta misma hora. No se preocupe, señorita, pero creo que estoy mala.

Oí la voz de Ada al lado, y corrí a la puerta de comunicación entre mi habitación y la salita que compartíamos, para echar el cerrojo. Justo a tiempo, porque llamó cuando todavía tenía yo la mano en la cerradura.

Ada me dijo que la dejara pasar, pero yo repliqué:

—No, ahora no, cariño mío. Vete. No pasa nada. Voy a verte en un momento.

Pero, ¡ay!, pasaría mucho, mucho tiempo antes de que volviéramos a estar juntas mi niña y yo.

Charley estaba enferma. Doce horas después estaba muy enferma. La dejé en mi habitación, la puse en mi cama y me senté en silencio a cuidarla. Se lo dije todo a mi Tutor, y le expliqué por qué consideraba yo necesario encerrarme sin ver a nadie, y especialmente sin ver a mi niña. Al principio, ésta venía muy a menudo a la puerta, y me llamaba e incluso me hacía reproches, entre sollozos y lágrimas; pero le escribí una larga carta en la cual le decía que me hacía sentir tristeza y preocupación, y le imploraba que, si me quería y deseaba que yo estuviese tranquila, no se acercara más que hasta el jardín. A partir de entonces venía debajo de mi ventana, con más frecuencia todavía que antes a la puerta, y si antes yo había aprendido a amar su dulce voz cuando apenas si nos separábamos, ¡cómo aprendí a amarla entonces, mientras detrás de las cortinas escuchaba y replicaba, pero sin atreverme a asomarme! ¡Cómo aprendí a amarla después, cuando llegaron momentos más difíciles!

Me pusieron una cama en nuestra salita, y dejé la puerta abierta para hacer de las dos habitaciones una sola, ahora que Ada había abandonado aquella parte de la casa, y lo mantuve todo siempre fresco y ventilado. No había un solo criado, de la casa ni del campo, que no hubiera estado dispuesto por bondad a venir alegremente a verme sin miedo ni renuencia a cualquier hora del día o de la noche, pero me pareció oportuno seleccionar a una buena mujer, que en adelante nunca vería a Ada y en la cual podía confiar para que fuera y viniera con total precaución. Gracias a ella podía salir a veces a tomar el aire con mi Tutor, cuando no había posibilidad de tropezarnos con Ada, y no me faltaba nada en cuanto a servicio ni en ningún otro respecto.

Y así Charley seguía enferma y empeorando, y estuvo en grave peligro de muerte, gravísimo, durante muchos largos días y muchas noches. Era tan paciente, tan sufrida y estaba inspirada por tal fortaleza de espíritu, que muchas veces, cuando estaba yo sentada a su lado, tomándole la cabeza en mis brazos (porque así podía descansar, y en otra postura no), rezaba en silencio a nuestro Padre que está en los cielos para que nunca se me olvidara la lección que me estaba enseñando aquella hermanita.

Sufría al imaginar que Charley, tan mona, cambiara y se quedara desfigurada si es que se recuperaba —¡aquella carita aniñada, con sus hoyuelos!—, pero, en general, aquellas ideas quedaban barridas ante el peligro mayor que la amenazaba. Incluso cuando estuvo peor, y en su delirio mencionaba cómo había cuidado a su padre en su lecho de muerte, y cómo había cuidado a sus hermanitos, seguía reconociéndome, o, por lo menos, se quedaba tranquila en mis brazos, cuando de otra forma no hallaba descanso, y los murmullos de su delirio se hacían menos agitados. En aquellos momentos pensaba yo cómo podría comunicar a los dos niños que quedaban que la

niña que había aprendido por bondad de su corazón a ser una madre para ellos cuando la necesitaban había muerto. Había otros momentos en los que Charley me reconocía del todo y me hablaba para decirme que enviaba todo su cariño a Tom y a Emma, y que estaba segura de que Tom sería un hombre muy bueno de mayor. Entonces, Charley me contaba lo que había leído a su padre, como podía, para entretenerlo; lo del joven al que se habían llevado a enterrar y que era hijo único de su madre viuda; lo de la hija del señor importante levantada de su lecho de muerte por una mano generosa [75]. Y Charley me contó que cuando murió su padre, ella se había arrodillado y rezado en medio de su dolor que también a él lo levantara alguien y lo devolviera a sus pobres hijos, y que si ella no mejoraba y moría también, creía probable que a Tom se le ocurriera ofrecer la misma plegaria por ella. ¡Entonces yo le mostraría a Tom cómo aquella gente de la antigüedad había resucitado únicamente para que nosotros conociéramos la esperanza de resucitar en el cielo!

Pero, pese a la diversidad de momentos por los que pasó la enfermedad de Charley, ni en uno solo perdió las delicadas cualidades que he mencionado. Y hubo muchos, muchos momentos en los que yo pensé, por las noches, en la última esperanza en el Ángel de la Guarda y en la fe más alta y última en Dios de las que había dado muestras su pobre y despreciado padre.

Y Charley no murió. Lentamente, y con recaídas, superó la crisis, que fue muy larga, y empezó a mejorar. La esperanza, que no habíamos tenido nunca, desde el principio, de que Charley siguiera siendo por fuera la misma de siempre volvió pronto a anidar en nosotros, y pude ver cómo recuperaba sus facciones infantiles.

Fue una mañana magnífica cuando pude decir todo aquello a Ada, que estaba en el jardín, y fue una gran tarde cuando por fin Charley y yo pudimos tomar el té juntas en la salita. Pero aquella misma tarde empecé yo a sentir mucho frío.

Por fortuna para ambas, no se me ocurrió que me había contagiado su enfermedad hasta que ella volvió a la cama y se durmió plácidamente. Durante el té, yo había logrado disimular fácilmente lo que sentía, pero ya no podía seguir fingiendo, y comprendí que estaba siguiendo rápidamente el mismo camino que Charley.

Sin embargo, no estaba lo bastante mal como para no levantarme temprano a devolver el animado saludo que me hacía mi niña desde el jardín y hablar con ella como de costumbre. Pero me perseguía la sensación de haberme estado paseando por los dos cuartos durante la noche, un poco fuera de mí misma, aunque con conciencia de dónde estaba, y a veces me sentía confusa, con una extraña sensación de estar llena, como si me estuviera hinchando por todas partes.

Aquella tarde me sentí mucho peor, y decidí ir preparando a Charley, con miras a lo cual le dije:

—Ya estás recuperando las fuerzas, ¿verdad, Charley?

—¡Y tanto! —dijo Charley.

—¿Crees que ya estás lo bastante fuerte para que te cuente un secreto, Charley?

—¡Claro que sí, señorita! —exclamó Charley. Pero su gesto de alegría le desapareció de la cara cuando vio en mi cara qué secreto era, y saltó del sillón a mis brazos, diciendo—: ¡Ay, señorita, es por culpa mía! ¡Es por culpa mía! —y muchas más cosas que le dictaba su corazón agradecido.

—Vamos, Charley —tras permitirle llorar un rato—, si tengo que estar enferma, en quien más confianza deposito en este mundo es en ti. Y si no mantienes la misma serenidad durante mi enfermedad que mantuviste durante la tuya, nunca podrás responder a esa confianza, Charley.

—Señorita, déjeme llorar un poquito más —imploró Charley—. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Déjeme llorar un poquito más! ¡Ay, Dios mío! Me portaré bien —dijo con tan gran afecto y devoción, mientras se me aferraba al cuello, que cuando lo recuerdo se me saltan las lágrimas.

De manera que dejé a Charley llorar un poquito más, y las dos nos sentimos mejor.

—Ahora, por favor, señorita, confíe en mí —dijo Charley, más calmada—. Haré caso de todo lo que me diga.

—De momento tengo muy poco que decirte, Charley. Esta noche le diré a tu médico que no me encuentro bien y que tú vas a cuidarme.

La pobrecita me lo agradeció de todo corazón.

—Y por la mañana, cuando oigas a la señorita Ada en el jardín, si yo no logro llegar a la ventana como de costumbre, ve tú, Charley, y dile que estoy dormida..., que estoy muy cansada y sigo durmiendo. Mantén siempre la habitación como la he tenido yo, Charley, y no dejes entrar a nadie.

Charley me lo prometió, y me acosté, pues me sentía muy cansada. Aquella noche me vio el médico, a quien pedí el favor que más caro me era: que no dijera todavía a nadie de la casa que yo estaba enferma. Recuerdo vagamente cómo aquella noche se fue convirtiendo en día, y el día se fue convirtiendo en noche, pero la primera mañana logré llegar a la ventana para hablar con mi niña.

La segunda mañana oí su voz encantadora (¡cuán encantadora sigue siendo!) que llamaba, y pedí a Charley con cierta dificultad (porque me dolía al hablar) que fuera a decirle que yo estaba dormida. Oí cómo ella respondía en voz baja:

—¡Charley, no la molestes por nada del mundo! —¿Qué aspecto tiene el orgullo de mi corazón, Charley? —pregunté.

—Desilusionado, señorita —contestó Charley, que atisbaba por la ventana.

—Pero estoy segura de que esta mañana está muy guapa.

—Así es, señorita —respondió Charley, que seguía atisbando—. Sigue mirando hacia esta ventana.

¡Con aquellos ojazos azules, bendita fuera, más encantadores todavía cuando los

levantaba así!

Dije a Charley que se me acercara y le di mis últimas instrucciones:

—Bueno, Charley, cuando se entere de que estoy enferma va a tratar de entrar aquí. Si de verdad me quieres, Charley, no se lo permitas. ¡Nunca! Charley, si le dejas entrar aquí aunque sólo sea una vez, aunque sólo sea a ver cómo estoy, me moriré.

—¡No se lo permitiré! ¡jamás! —me prometió.

—Te creo, querida Charley. Y ahora ven a sentarte un ratito a mi lado y dame la mano. Porque no puedo verte, Charley; me he quedado ciega.

32. A la hora exacta

Ya es de noche en Lincoln's Inn, valle perplejo e inquieto de la sombra de la ley, donde los pleiteantes no suelen hallar demasiada luz, y en las oficinas se apagan las gruesas velas, y los pasantes ya han bajado las destartadas escaleras de madera y se han dispersado. La campana que suena a las nueve ha interrumpido su tañido doliente que no significa nada, las puertas están cerradas, y el portero de noche, solemne guardián con una capacidad portentosa para quedarse dormido, mantiene la guardia en su garita. Desde las filas de ventanas de las escaleras, lámparas ciegas como los ojos de la Equidad, como un Argos pitañoso con un bolsillo sin fondo por cada ojo y un ojo para vigilarlo todo, parpadean pálidamente hacia las estrellas. En las buhardillas sucias surgen de vez en cuando parches borrosos de luz de candil donde algún dibujante o algún escribiente astutos siguen trabajando para aumentar las complicaciones de algún pleito por propiedades en resmas de pergamino, a una tasa media de unas 12 ovejas por acre de tierra. En esa industria digna de las abejas se siguen ocupando estos benefactores de la especie, aunque ya han pasado las horas de oficina, a fin de cumplir con su deber de cada día.

En la plazoleta de al lado, donde reside el Lord Canciller de la trapería, se manifiesta una tendencia general a la cerveza y la cena. La señora Piper y la señora Perkins, cuyos respectivos hijos, ocupados con un círculo de sus amistades en jugar al escondite, han pasado varias horas agazapados en las esquinas de Chancery Lane, o correteando por esa misma arteria para gran confusión de los viandantes; la señora Piper y la señora Perkins, decimos, ya se han felicitado mutuamente porque sus hijos se han acostado, y aún se quedan un rato en el umbral de la puerta para la despedida. Como de costumbre, el tema principal de su conversación son el señor Krook y su huésped, y el hecho de que el señor Krook «siempre lleva una copa de más», así como las perspectivas testamentarias del joven. Pero también tienen algo que decir, como siempre, de la Reunión Armónica que se celebra en las Armas del Sol, desde donde el sonido del piano que llega por las ventanas entreabiertas repiquetea en la calle, y donde cabe ahora escuchar a Little Swills que, tras lograr como un auténtico Yorick que los amantes de la armonía rían como locos, se pone a cantar cavernosamente, mientras exhorta a sus amigos y aficionados a «¡Escuchar, escuchar, escuchar, la cascada que cae!». La señora Perkins y la señora Piper comparan opiniones en torno al tema de la damisela de gran reputación profesional que ayuda en las Reuniones Armónicas, y a la que se menciona por su nombre en el anuncio manuscrito colocado en la ventana, de la cual la señora Perkins sabe perfectamente que lleva casado un año y medio, aunque se anuncie con el nombre de señorita M. Melvilleson, el rruiseñor londinense, y que a su hijo pequeño lo meten clandestinamente todas las noches en las Armas del Sol para que reciba su alimento

natural durante el espectáculo. «Lo que es yo», dice la señora Perkins, «antes que eso preferiría ponerme a vender fósforos por las calles». La señora Piper, como está obligado, comparte esa opinión, pues sostiene que una vida privada decente es mejor que el aplauso del público, y da gracias al Cielo por su propia respetabilidad (y por alusión a la de la señora Perkins). Como en ese momento aparece el pinche de las Armas del Sol con la pinta de cerveza bien espumosa para la cena de la señora Piper, ésta acepta el recipiente y se retira al interior de su casa, tras desear las buenas noches a la señora Perkins, que tiene su propia pinta en la mano desde que se la trajo del mismo establecimiento el joven Perkins antes de que lo enviaran a la cama. Ahora se oye en la plazoleta el ruido de los cierres que van echando las tiendas, y llega un olor como de humo de pipa, y en las ventanas de arriba se ven estrellas fugaces, indicadoras también de que la gente se va a descansar. Es también el momento en que el policía empieza a comprobar las puertas, verificar las cerraduras, sospechar de los montones de trapos y papeles y administrar su sector, basándose en la hipótesis de que quien no está robando a alguien está siendo víctima de un robo.

La noche es opresiva, aunque también soplan a veces ráfagas frescas y húmedas, y a una cierta altura se advierten jirones de niebla. Es una noche magnífica para los mataderos, los comercios pecaminosos, las alcantarillas, las aguas salobres, los cementerios; para dar que hacer a la Sección de Fallecimientos del Registro Civil. Es posible, que la culpa sea de algo que está suspendido en el aire (que contiene muchas materias en suspensión), o quizá se trate de algo que lleva él en su fuero interno, pero el caso es que el señor Weevle, también llamado Jobling, se siente muy incómodo. En una hora va y viene veinte veces entre su aposento y la puerta abierta de la calle. No para de subir y bajar desde que cayó la tarde. Desde que el Canciller cerró la tienda, cosa que hizo muy temprano esta noche, el señor Weevle ha estado subiendo y bajando, subiendo y bajando, con más frecuencia que nunca, con un bonete barato de terciopelo ajustado en la cabeza, debido a lo cual sus patillas parecen totalmente desproporcionadas.

No es de extrañar que también el señor Snagsby se sienta incómodo, pues siempre se siente así, en mayor o menor medida, bajo la influencia opresiva del secreto que pesa sobre él. Impulsado por el misterio en el que participa, pero que no comparte, el señor Snagsby vuelve siempre a lo que parece ser el origen de todo: la trapería de la plazoleta. Ejerce una atracción irresistible en él. El señor Snagsby se acerca allí incluso ahora, cuando pasa al lado de Las Armas del Sol con la intención de cruzar la plazoleta, salir por Chancery Lane y terminar así su paseo no premeditado de después de cenar que le lleva diez minutos desde que sale de su casa hasta que vuelve a ella.

—Bueno, señor Weevle —dice el papelero, que se detiene a conversar—. ¡Con que es *usted*!

—¡Pues sí! —responde el señor Weevle—. Yo soy, señor Snagsby.

—¿Está usted tomando el aire, igual que yo, antes de acostarse? —pregunta el papelero.

—Bueno, la verdad es que aquí no hay mucho aire que tomar, y el que hay no resulta muy refrescante —replica Weevle, mirando arriba y abajo de la plazoleta.

—Tiene usted razón, señor mío. ¿No observa usted, caballero —inquire el señor Snagsby, haciendo una pausa para olisquear y saborear un poco el aire—, no observa usted, señor Weevle, que... para no andarnos con circunloquios... que por aquí huele un tanto a grasa?

—Pues sí; yo también he observado que por aquí hay un olor un tanto raro esta noche —contesta el señor Weevle—. Supongo que serán las chuletas de las Armas del Sol.

—¿Cree usted que son chuletas? ¡Ah! Chuletas, ¿eh? —y el señor Snagsby vuelve a olisquear pensativo— Bueno, señor mío, quizá sea eso. Pues yo diría que habría que vigilar un poco a la cocinera de Las Armas del Sol. ¡Las está quemando, señor mío! Y no creo —el señor Snagsby vuelve a olisquear y a abrir la boca, y después escupe y se limpia los labios—; y no creo... por no hablar con eufemismos... que estuvieran demasiado frescas cuando las puso en la parrilla.

—Es muy probable. Con este tiempo se estropea todo.

—Es verdad que con este tiempo se estropea todo —dice el señor Snagsby— y a mí además me deprime.

—¡Diablo! A mí me horroriza —replica el señor Weevle.

—Claro que usted vive solo, en una sola habitación, sobre la que se cierne una circunstancia siniestra —dice el señor Snagsby, que mira por encima del hombro del otro hacia el pasaje oscuro, y después de un paso atrás para contemplar el edificio—. Yo no podría vivir solo en esa habitación como usted, señor mío. Por las noches me sentiría tan nervioso y tan preocupado que me sentiría impulsado a bajar a la puerta y quedarme aquí, antes que seguir ahí arriba. Pero también es verdad que usted no ha visto en su habitación lo que vi yo. Y eso cuenta.

—Lo sé perfectamente —comenta Tony.

—No es nada agradable, ¿verdad? —continúa diciendo el señor Snagsby, con su tosecilla de blanda persuasión, tapándose la boca con la mano—. El señor Krook debería tenerlo en cuenta al fijar el alquiler. Desde luego, espero que así sea.

—Eso espero yo también —concorre Tony—. Pero lo dudo.

—Encuentra usted el alquiler demasiado alto, ¿verdad, señor mío? —pregunta el papelero—. Es verdad que en esta zona los alquileres son altos. No sé exactamente a qué se debe, pero parece como si la presencia de abogados hiciera subir los precios. Y conste que no es que yo quiera decir nada en contra de la profesión gracias a la cual me gano la vida.

El señor Weevle vuelve a mirar arriba y abajo de la plazoleta, y después mira al

papelero. El señor Snagsby recibe inexpresivo su mirada y vuelve la suya hacia arriba, a ver si encuentra alguna estrella, tras lo cual tose de una forma que indica que no sabe exactamente cómo terminar esta conversación.

—Verdaderamente, señor mío —observa, frotándose lentamente las manos— resulta de lo más curioso que el pobre se viniera...

—¿Quién? —interrumpe el señor Weevle.

—El difunto, ya sabe —dice el señor Snagsby, volviendo la cabeza y enarcando la ceja derecha hacia la escalera y dándole al otro un golpecito en un botón.

—¡Ah, claro! —replica su interlocutor, como si no le agradara el tema—. Creí que ya habíamos acabado de hablar de él.

—Lo que iba a decir era que resulta de lo más curioso que el pobre se viniera a vivir aquí, y que fuera uno de mis copistas, y que después haya venido usted a vivir aquí y sea también uno de mis copistas. ¡Conste que ese título no tiene nada de derogatorio, ni mucho menos! —señala el señor Snagsby, para disipar cualquier malentendido de que haya afirmado descortésmente ningún género de autoridad sobre el señor Weevle—, porque sé de copistas que han entrado después en las grandes fábricas de cerveza y les ha ido muy bien. Pero que muy bien —añade el señor Snagsby, que teme no haber mejorado mucho las cosas.

—Efectivamente, es una coincidencia extraña —responde Weevle, que vuelve a mirar arriba y abajo de la plazoleta.

—Parece cosa del Destino, ¿verdad? —sugiere el papelero.

—Pues sí.

—Exactamente —observa el papelero con su tosecilla de asentimiento—. Cosa del Destino. Completamente del Destino. Bueno, señor Weevle, me temo que debo despedirme de usted, porque si no saldrá mi mujercita a buscarme. ¡Buenas noches! —dice el señor Snagsby como si le apenara marcharse, aunque desde que se detuvo a charlar está buscando algún medio de escaparse.

Si el señor Snagsby se va corriendo a casa para ahorrar a su mujercita la molestia de salir a buscarlo, puede estar tranquilo al respecto. Su mujercita ha estado todo el tiempo vigilando por las inmediaciones de Las Armas del Sol, y ahora se desliza tras él con un pañuelo liado a la cabeza, y hace al señor Weevle y a su puerta el honor de echarles una ojeada al pasar a su lado.

«No cabe duda de que me reconocerá usted, señora», —dice el señor Weevle—, «y no puedo decir que sea usted una belleza, con ese trapo que lleva a la cabeza. ¿No llegará nunca este hombre?».

Mientras él habla a solas se acerca este hombre. El señor Weevle levanta un dedo en silencio, le hace entrar en el pasaje y cierra la puerta de la calle. Después suben las escaleras; el señor Weevle pesadamente, y el señor Guppy (pues de él se trata) con gran ligereza. Tras encerrarse en el cuarto de atrás hablan en voz baja:

—Creí que te habías ido por lo menos a Jericó, en lugar de aquí —dice Tony.

—Pero si te dije que hacia la diez.

—Dijiste que hacia la diez —repite Tony—. Sí, claro que sí. Pero por mis cuentas son diez veces las diez: son las cien. ¡En mi vida había pasado una noche así!

—¿Qué ha pasado?

—¡De esa se trata! —dice Tony—. No ha pasado nada. Pero a fuerza de aguantar esperando en este cuchitril siniestro, me ha entrado una depresión espantosa. Fíjate qué vela —continúa Tony, señalando el pabilo que chisporrotea en la mesa, rodeado de un montón de cera derretida.

—Eso se arregla en un momento —observa el señor Guppy, apoderándose del despabilador.

—¿Tú crees? —replica su amigo—. No es tan fácil. Lleva ardiendo así desde que la encendí.

—Pero, ¿qué te pasa Tony? —pregunta el señor Guppy, mirándolo despabilador en mano y sentándose con un codo apoyado en la mesa.

—William Guppy —responde el otro—, estoy muy desanimado. Es esta habitación tan insoportablemente triste, que impulsa al suicidio..., y el espectro de ahí abajo —y el señor Weevle aparta malhumorado el despabilador de un codazo, apoya la cabeza en una mano, pone los pies en el guardafuegos y contempla la chimenea. El señor Guppy lo observa, hace un gesto con la cabeza y se sienta al otro lado de la mesa con actitud despreocupada.

—¿No estabas hablando con Snagsby, Tony?

—Sí, y... Sí, era Snagsby —dice el señor Weevle sin terminar su frase inicial.

—¿De negocios?

—No. Nada de negocios. Pasaba por aquí y se paró a charlar.

—Ya me parecía que era Snagsby —dijo el señor Guppy—, y también me pareció mejor que no me viera, ¡por eso esperé hasta que se marchó!

—¡Ya empezamos otra vez William G.! —exclamó Tony, levantando la vista un instante—. ¡Siempre con tus misterios! ¡Te juro que si fuéramos a cometer un asesinato no podrías estar más misterioso!

El señor Guppy finge una sonrisa, y con ánimo de cambiar de tema contempla con admiración, real o fingida, la Galería de la Galaxia de las Bellezas Británicas, estudio que termina con el retrato de Lady Dedlock, puesto encima de la repisa de la chimenea, en el cual está representada en una terraza, en la que hay un pedestal, en el que hay un jarrón, con el chal de ella sobre el jarrón y una piel prodigiosa sobre el chal, y sobre la prodigiosa piel apoya el brazo, en el cual lleva una pulsera.

—Se parece mucho a Lady Dedlock —observa el señor Guppy—. Sólo le falta hablar.

—Ojalá pudiera —gruñe Tony sin cambiar de postura—. Así podríamos hablar de

cosas del gran mundo. Como el señor Guppy ya ha advertido que no hay forma de poner a su amigo de humor más sociable, rectifica el rumbo y le hace un reproche:

—Tony —dice—, comprendo que estés desanimado, porque nadie sabe mejor que yo lo que son estas cosas, y quizá nadie tenga más derecho a saberlo que quien lleva grabado en el corazón la imagen de alguien que no le corresponde. Pero estas cosas tienen un límite con quien no tiene la culpa de nada, y te he de decir, Tony, que tu actitud en estos momentos no es ni hospitalaria ni propia de un caballero.

—Eso que me dices es muy fuerte, William Guppy —responde el señor Weevle.

—Es posible, señor mío —replica el señor William Guppy—, pero es porque así lo siento.

El señor Weevle reconoce que se ha conducido mal y pide al señor William Guppy que lo dé por olvidado. Pero como el señor William Guppy advierte que ha adquirido una ventaja, no puede renunciar del todo a ella sin un pequeño reproche más.

—¡No! De verdad, Tony —dice el caballero—, de verdad que deberías tratar de no herir los sentimientos de quien lleva grabada en su corazón la imagen de alguien que no le corresponde, y que no se siente del todo feliz con los acordes que vibran con las más tiernas emociones. Tú, Tony, posees en ti mismo todo lo que puede cautivar la vista y atraer el gusto. No entra en tu carácter (quizá por suerte para ti, y ojalá pudiera yo decir lo mismo del mío) volar en torno a una sola flor. Todo el jardín se abre ante ti, y tus leves alas te llevan por él; ¡y sin embargo Tony, lejos de mí, te aseguro herir en lo más mínimo tus sentimientos sin causa!

Tony vuelve a suplicar que se abandone el tema, y repite enfáticamente:

—¡Déjalo ya, William Guppy!

A lo que el señor Guppy accede con la siguiente respuesta:

—Por mí no se hubiera mencionado nunca el asunto.

—Y ahora —dice Tony, atizando la chimenea—, cuéntame lo de ese célebre paquete de cartas. ¿No te parece extraordinario que Krook me haya citado a medianoche de hoy para dárme las?

—Mucho. ¿Por qué a esa hora?

—¿Por qué razón hace ése lo que sea? El mismo no lo sabe. Dijo que hoy era su cumpleaños y que me las daría hoy a medianoche. Para entonces estará borracho como una cuba. Lleva bebiendo todo el día.

—¿No habrá olvidado la cita contigo, espero?

—¿Olvidado? No, eso no. Nunca se olvida de nada. Lo he visto esta tarde hacia las ocho, cuando le ayudé a cerrar la tienda, y tenía las cartas metidas en esa gorra peluda suya. Se la quitó para enseñármelas. Después de cerrar la tienda se las sacó de la gorra, la colgó del respaldo de la silla y se puso a darles vueltas delante de la chimenea. Después le oí por las rendijas del piso y estaba canturreando la única

canción que conoce: la de Bibo y el viejo Caronte, y que Bibo estaba borracho cuando murió, o algo por el estilo.

—¿Y tienes que bajar a las doce?

—A las doce. Y ya te digo que cuando llegaste tú me parecía que fueran las cien.

—Tony —dice el señor Guppy, tras reflexionar un rato con las piernas cruzadas—, todavía no ha aprendido a leer, ¿verdad?

—¡A leer! No va a aprender nunca. Sabe hacer todas las letras una por una, y las reconoce casi todas por separado si las ve; hasta ahí ha llegado gracias a mí, pero no sabe juntarlas. Y ya es demasiado viejo para aprender... y está demasiado borracho.

—Tony —dice el señor Guppy, que descruza las piernas y vuelve a cruzarlas—, ¿cómo crees que escribió el nombre de Hawdon?

—No lo escribió. Ya sabes que tiene una curiosa facultad de imitación, y que se ha dedicado a copiar cosas sólo con mirarlas. Lo imitó, evidentemente, de las señas de una carta, y me preguntó qué significaba.

—Tony —insiste Guppy, que vuelve a descruzar y cruzar las piernas—, ¿tú dirías que el original era letra de hombre o de mujer?

—De mujer. Apuesto 50 a 1 a que era de una señora: una letra muy inclinada y el final de la letra «n» largo y apresurado.

Durante este diálogo el señor Guppy ha estado mordiéndose la uña del pulgar, y generalmente cambiando de pulgar al cambiar la pierna que tiene cruzada. Al volver a hacer ese gesto se mira por casualidad la manga de la levita. Le llama la atención. La contempla asombrado.

—Pero, Tony, ¿qué diablo pasa en esta casa esta noche? ¿Se ha incendiado alguna chimenea?

—¡Incendiado una chimenea!

—¡Ah! —responde el señor Guppy—. Mira cómo cae el hollín. ¡Mírame el brazo! ¡Mira aquí, en la mesa! ¡Pero qué porquería, no se va! ¡Deja unas manchas, como si fuera sebo negro!

Se miran el uno al otro y Tony va a escuchar a la puerta, y después sube unos escalones y baja otros. Vuelve y dice que no pasa nada, que todo está tranquilo, y cita lo que le dijo hace poco al señor Snagsby acerca de las chuletas que estaban guisando en Las Armas del Sol.

—¿Y fue entonces —continúa el señor Guppy, que sigue mirando con notable aversión la manga de su levita, mientras prosigue su conversación frente a la chimenea cuando te dijo que había cogido las cartas del portamantas de su inquilino?

—Entonces fue, sí señor —contesta Tony, que se atusa las patillas—. Y entonces fue cuando escribí unas líneas a mi querido amigo el Honorable William Guppy, para comunicarle la cita que tenía esta noche y decirle que no viniera antes, porque el viejo es un Zorro.

El tono vivaz y alegre de la vida del gran mundo que suele asumir el señor Weevle le resulta tan poco apropiado esta noche que lo abandona junto con las patillas, y tras mirar por encima del hombro, parece rendirse una vez más al horror.

—Tienes que traerte las cartas a la habitación para leerlas y compararlas y después decírselo todo a él. ¿No es eso lo convenido, Tony? —pregunta el señor Guppy, mordiéndose nervioso la uña del pulgar.

—Habla más bajo. Sí, eso es lo convenido.

—Te voy a decir una cosa, Tony...

—Habla más bajo —repite Tony. El señor Guppy asiente sagazmente con la cabeza, la adelanta un poco más y habla en susurros:

—Te voy a decir una cosa. Lo primero que tenemos que hacer es otro paquete como el de verdad, para que si quiere verlo, mientras lo tengo yo, se lo puedas enseñar.

—Y, ¿qué pasa si se da cuenta de que es falso en cuanto lo vea, que con esa vista que tiene es infinitamente más probable que no? —sugiere Tony.

—Entonces habrá que echarle cara. No son tuyas y nunca lo han sido. Lo averiguaste y las pusiste en mis manos, en manos de un amigo tuyo que trabaja en los Tribunales, para que estuvieran a salvo. Y si nos obliga, siempre podemos devolvérselas, ¿no?

—Sí ...í —reconoce de mala gana el señor Weevle.

—Pero Tony —reprocha su amigo—, ¡qué cara pones! ¿No dudarás de William Guppy? ¿No sospecharás que vaya a pasar nada malo?

—Nunca sospecho más que lo que sé, William —responde el otro gravemente.

—Y, ¿qué es lo que sabes? —pregunta el señor Guppy, elevando un poco la voz (aunque cuando su amigo vuelve a advertirle: «Te digo que hables más bajo», repite la pregunta sin hacer más que mover los labios: «¿Qué es lo que sabe?».).

—Sé tres cosas. La primera es que estamos hablando en secreto, como un par de conspiradores.

—Bueno —dice el señor Guppy—, más vale que seamos eso que no un par de idiotas, que es lo que seríamos si hiciéramos otra cosa, porque es la única forma de hacer lo que queremos. ¿La segunda?

—La segunda es que no veo claro cómo nos vamos a beneficiar, después de todo.

El señor Guppy levanta la mirada hacia el retrato de Lady Dedlock que hay encima de la repisa y responde:

—Tony, en esto lo único que se te pide es que confíes en la honorabilidad de tu amigo. Aparte de lo cual, todo está ideado en beneficio de tu amigo, de esos acordes del corazón humano... que... que no hace falta movilizar a una agónica vibración ahora mismo... tu amigo no es ningún tonto. ¿Qué es eso?

—Es la campana de San Pablo que da las 11. Si escuchas, oirás como suenan

todas las campanas de la ciudad. Ambos se quedan en silencio, escuchando las voces metálicas, cercanas o distantes, que resuenan desde campanarios de diversas alturas, en tonos aún más diversos que sus situaciones. Cuando por fin cesan, todo parece ser más misterioso y estar más silencioso que antes. Un resultado desagradable de hablar en susurros es que parece evocar un clima de silencio, sobre el que se ciernen los fantasmas del ruido: crujidos y restallidos extraños, el roce de prendas sin sustancia, el paso de unos pies terribles que no dejarían huellas en la arena de la playa ni en la nieve del invierno. Los dos amigos están tan sensibilizados que el aire les parece lleno de fantasmas, y ambos, de común acuerdo, miran por encima del hombro para comprobar que la puerta está cerrada.

—Bueno, Tony —dice el señor Guppy, acercándose a la chimenea, y mordiéndose la uña de un pulgar tembloroso—. ¿Qué era lo que ibas a decir en tercer lugar?

—No resulta nada agradable conspirar contra alguien en la misma habitación en que murió, sobre todo cuando está uno viviendo en ella.

—Pero, Tony, no estamos conspirando en contra de él.

—Puede que no, pero a mí sigue sin gustarme. Quédate a vivir tú aquí y ya verás si te gusta.

—En cuanto a eso de que haya muerto aquí, Tony —continúa diciendo el señor Guppy, eludiendo la propuesta—, hay muchos cuartos en los que ha muerto gente.

—Ya lo sé, pero en casi todos ellos uno les deja en paz, y... ellos le dejan en paz a uno —responde Tony.

Los dos vuelven a mirarse. El señor Guppy formula una observación apresurada, en el sentido de que quizá le estén haciendo un favor al muerto, y que eso es lo que espera él. Se produce un silencio opresivo hasta que el señor Weevle atiza el fuego de forma repentina, y da al señor Guppy un susto como si en lugar del fuego le hubieran atizado en el corazón.

—¡Puah! Ha vuelto a caer más de ese hollín asqueroso —dice—. Vamos a abrir un poco la ventana para que entre algo de aire. Esto huele a cerrado.

Levanta la parte de abajo de la ventana y los dos se quedan apoyados en el alféizar, con el cuerpo medio afuera. Las casas de enfrente están demasiado próximas para que puedan ver el cielo sin retorcer el cuello para mirar hacia arriba, pero consideran reconfortantes las luces de las ventanas sucias que se ven acá y acullá, así como el ruido de los coches que pasan a lo lejos, y la expresión nueva que se ve en los gestos de la gente. El señor Guppy tabalea sin hacer ruido en el alféizar de la ventana y sigue susurrando como un actor de comedia cómica:

—A propósito, Tony, no te olvides del viejo Smallweed —aunque se refiere al individuo más joven del mismo apellido—. Ya sabes que no le he dicho de qué se trata todo esto. Ese abuelo suyo es demasiado listo. Lo llevan en la sangre.

—Ya recuerdo —dice Tony—. Me doy perfecta cuenta.

—Y en cuanto a Krook —continúa el señor Guppy—, ¿crees que de verdad tiene más papeles importantes, como ha presumido contigo desde que os hicisteis amigos?

Tony niega con la cabeza:

—No sé. No me lo puedo imaginar. Si sacamos esto adelante sin que sospeche de nosotros, estoy seguro de que tendré más datos. ¿Cómo voy a saberlo sin verlas, cuando no lo sabe ni él mismo? Se pasa el tiempo copiando palabras de las cartas y escribiéndolas con tiza en la mesa y en la pared de la tienda, y preguntando qué significa tal cosa o cuál otra, pero que yo sepa es muy posible que todo —lo que tiene sea papel viejo, que es lo que dijo al vendedor. Tiene como la monomanía de pensar que posee documentos valiosos. Lleva un cuarto de siglo diciendo que va a aprender a leerlos.

—Pero, ¿cómo se le ocurrió esa idea? Ésa es la cuestión —sugiere el señor Guppy, cerrando un ojo, tras una breve meditación, como si fuera un investigador—. Quizá encontrase documentos en algo que ha comprado, donde nadie creía que hubiera documentos, y quizá se le metiera en esa astuta cabeza, por la forma y el lugar donde estaban escondidos, que tuvieran algún valor.

—O quizá le hayan engañado con el cuento de que podía hacer negocio. O quizá esté completamente enredado, a fuerza de pasarse tanto tiempo contemplando lo que sea que tiene, y de la bebida, y de pasarse tanto tiempo en el Tribunal de Cancillería y de pasarse la vida oyendo hablar de documentos —responde el señor Weevle.

El señor Guppy, sentado en el alféizar de la ventana, asiente con la cabeza mientras sopesa mentalmente todas esas posibilidades, y golpea, toca y mide el marco con la mano, hasta que la retira a toda prisa.

—¿Qué diablos es esto? —exclama—. ¡Mírame los dedos!

Los tiene manchados de un líquido espeso y amarillento, ofensivo al tacto y la vista y todavía más al olfato. Un líquido pegajoso y asqueroso, del cual emana algo instintivamente repulsivo que hace temblar a los dos amigos.

—¿Qué has estado haciendo aquí? ¿Qué has tirado por la ventana?

—¡Tirar yo por la ventana! ¡Nada, te lo juro! ¡No he tirado nada desde que llegué! —exclama el inquilino. ¡Pero basta con mirar por aquí... o por allá! Cuando acerca la vela aquí, al rincón del alféizar, aquélla sigue goteando y dejando caer goterones entre los baldosines; en otras partes se acumula la cera en un charco nauseabundo.

—Esta casa es horrible —dice el Señor Guppy, cerrando la ventana—. Dame algo de agua, o me tendré que cortar la mano.

Tanto se lava, se frota, se rasca, se olfatea y se vuelve a lavar que no hace mucho rato desde que se ha restaurado con una copa de aguardiente y se ha plantado solemne ante la chimenea cuando la campana de San Pablo da las 12 y todas las demás campanas dan las 12 desde sus torres de diversas alturas en la noche tenebrosa y con

sus múltiples tonos. Cuando todo vuelve a quedar en silencio, el inquilino dice:

—Ya es la hora de la cita. ¿Voy?

El señor Guppy asiente y le da un golpecito de «buena suerte» en la espalda, pero no con la mano que se acaba de lavar, aunque es la derecha.

Baja las escaleras y el señor Guppy trata de calmarse ante el fuego, en previsión de una larga espera. Pero no han pasado ni dos minutos cuando chirrían las escaleras y vuelve Tony corriendo.

—¿Ya las tienes?

—¡Tener qué! No. No está el viejo.

En el breve intervalo transcurrido se ha llevado tal susto que contagia su temor al otro, el cual se le echa encima y le pregunta en voz alta:

—¿Qué ha pasado?

—No logré que me oyera y abrí la puerta despacito para mirar. Y el olor a quemado viene de allí, y el hollín viene de allí, y el líquido viene de allí, ¡pero él no está allí! —termina de decir Tony con un gemido.

El señor Guppy toma la vela. Bajan, más muertos que vivos, y apoyándose el uno en el otro, abren de un empujón la puerta de la trastienda. La gata está al lado de la puerta y enseña los dientes, pero no a ellos, sino a algo que hay en el suelo, frente a la chimenea. En la rejilla no quedan sino unas brasas, pero en la habitación flota un vapor sofocante y maloliente, y las paredes y el techo están recubiertos de una capa grasienta de color oscuro. Las sillas y la mesa, y la botella que suele haber encima de la mesa, están como de costumbre. Del respaldo de una de las sillas cuelgan la gorra de pelo y la levita del viejo.

—¡Mira! —exclama el inquilino, señalando todo eso a la atención de su amigo con un dedo tembloroso—. Ya te lo dije. La última vez que le vi se quitó la gorra, sacó el atado de cartas viejas, dejó la gorra en el respaldo de la silla (donde ya tenía la levita, porque se la había quitado antes de ir a correr las contraventanas) y cuando me fui estaba dándoles vueltas a las cartas, justo ahí donde está esa cosa negra tirada en el suelo.

¿Se habrá ahorcado en algún rincón? Miran por todas partes. No.

—¡Mira! —susurra Tony—. Al pie de esa misma silla hay un trocito de esa cuerda roja que se utiliza para atarla las plumas. Era con lo que tenía atadas las cartas. Él las había desatado con toda calma, mientras me hacía muecas y se reía de mí, antes de empezar a darles vueltas, y lo dejó caer ahí. Yo mismo lo vi caer.

—¿Qué le pasa a la gata? —pregunta el señor Guppy—. ¡Mírala!

—Debe de haberse vuelto loca, y no me extraña en esta casa endemoniada.

Avanzan lentamente, escudriñándolo todo. La gata sigue en el mismo sitio en que la encontraron, y sigue enseñándole los dientes a algo que hay en el suelo, delante de la chimenea y entre las dos sillas. ¿Qué es? Hay que levantar la palmatoria.

Hay un trocito del suelo que ha ardido, quedan las cenizas de unos papeles quemados, pero que no parecen tan frágiles como es habitual, pues parecen estar empapadas de algo, y aquí está eso: ¿se trata de los restos de un tronco quemado y roto de madera, lleno de cenizas blancas, o de algo de carbón? ¡Qué horror, es él! Es eso de lo que echamos a correr, de forma que se nos apaga la vela y salimos a trompicones a la calle; eso es todo lo que lo representa a él.

¡Socorro, socorro, socorro! ¡Vengan aquí, por el amor del Cielo!

Vendrán muchos, pero nadie puede aportar socorro. El Lord Canciller de la plazoleta, fiel a su título hasta el final, ha muerto como mueren todos los Lords Cancilleres de todos los Tribunales, y todas las autoridades de todas las partes, se llamen como se llamen, en las que se actúa con falsedad y se cometen injusticias. Dad a la muerte el nombre que Vuestra Alteza quiera, atribuidla a quién queráis, o decid que hubiera podido impedirse de un modo u otro, pero seguirá siendo eternamente la misma muerte: congénita, innata, engendrada en los humores corruptos del propio cuerpo viciado, y nada más... La *Combustión espontánea*, y ninguna otra de las muertes por las que se puede perecer.

33. Intrusos

Y ahora reaparecen en el distrito con sorprendente celeridad aquellos dos caballeros de puños y botones no demasiado limpios que asistieron a la última encuesta del Coroner en Las Armas del Sol (pues, de hecho los ha traído a toda velocidad el activo y cumplidor bedel), e inician sus investigaciones en toda la plazoleta, se meten en la sala de Las Armas y escriben con plumas insaciables en papel finísimo. Primero anotan que en noches de vigilia, como ayer, hacia medianoche, el barrio de Chancery Lane cayó en un estado de la más intensa agitación y confusión por el descubrimiento alarmante y horroroso que se describe más adelante. Después exponen que como sin duda se recordará, hace algún tiempo se creó una sensación dolorosa en la opinión pública debido a un caso de muerte misteriosa por el opio ocurrida en el primer piso de la casa ocupada como comercio de ropavejería, artículos de segunda mano y marinos en general por un individuo excéntrico y dado a la bebida, de avanzada edad, llamado Krook, y, por una notable coincidencia, Krook fue testigo en la Encuesta celebrada en aquella ocasión en Las Armas del Sol, taberna de buena reputación, con pared medianera con el edificio de referencia por el lado de Poniente, con licencia de bebidas a nombres de un propietario muy respetable, el señor James George Bogsby. Después señalan (con el mayor número de palabras posible) cómo durante algunas horas de la tarde de ayer advirtieron los residentes de la plazoleta en la que ocurrió el trágico acontecimiento que constituye el tema de la presente relación un olor especial, olor que en algunos momentos llegó a ser tan fuerte que el señor Swills, vocalista cómico empleado profesionalmente por el señor J. G. Bogsby, ha declarado personalmente a nuestro redactor que mencionó a la señorita N. Melvilleson, dama con algunas pretensiones de talento musical, contratada asimismo por el señor J. G. Bogsby para dar una serie de recitales llamados Reuniones o Veladas Armónicas, que según parece se celebran en Las Armas del Sal, bajo la dirección del señor Bogsby, conforme a las Ordenanzas de Jorge II, que él (el señor Bogsby) encontraba su voz gravemente afectada por el estado impuro de la atmósfera, y que en aquellos momentos había dicho en broma y que se sentía «como una oficina de correos vacía, pues no le quedaba dentro ni una sola nota». Cómo este relato del señor Swills se ve enteramente corroborado por dos mujeres inteligentes, casadas, residentes en la misma plazoleta, y conocidas respectivamente por los nombres de señora Piper y señora Perkins, ambas de las cuales admitieron los fétidos efluvios, y consideraron que procedían del local ocupado por Krook, el infortunado fallecido. Todo esto y mucho más escriben sobre la marcha los dos caballeros, que han formado una sociedad amistosa durante la melancólica catástrofe, y los muchachos de la plazoleta (que han salido de la cama al instante) se cuelgan de las persianas de la sala de Las Armas del Sol para mirar por

encima de sus cabezas lo que ellos escriben.

Toda la gente de la plazoleta, tanto adultos como muchachos, pasa esa noche en vela, y no pueden hacer más que abrigarse la cabeza y hablar de la malhadada casa, y contemplarla. La señorita Flite se ha visto valerosamente rescatada de sus aposentos, como si hubiera habido un incendio, y depositada en una cama en Las Armas del Sol, donde esa noche no se apaga el gas ni se cierra la puerta, pues cualquier tipo de acontecimiento público es rentable para el Sol, y hace que la plazoleta necesite reconfortarse. La casa no hacía tanto negocio en su digestivo con clavo, ni en aguardiente con agua caliente, desde que se celebró la Encuesta. En cuanto el mozo se enteró de lo que había pasado, se arremangó hasta el hombro y dijo: «¡Se nos van a echar encima!» Al primer clamor, el chico de los Piper se lanzó hacia el cuartel de bomberos, y volvió triunfante subido en la bomba «El Fénix», agarrado con todas sus fuerzas a aquella fabulosa criatura, en medio de cascos y linternas. Uno de los cascos se ha quedado atrás, después de investigar cuidadosamente todas las grietas y todos los intersticios, y se pasea en silencio ante la casa, acompañado de uno de los dos policías que se encargan también de la custodia. Todos los residentes de la plazoleta que poseen seis peniques muestran un deseo insaciable de mostrar hospitalidad líquida a este trío.

El señor Weevle y su amigo el señor Guppy están en el bar del Sol y valen su peso en oro líquido a la taberna mientras sigan allí.

—No es el momento de preocuparse por el dinero —dice el señor Bogsby, aunque él está muy atento, tras el mostrador, a lo que paga cada uno— ¡pidan ustedes lo que quieran, caballeros, y con mucho gusto les serviremos lo que deseen!

Ante este ruego, los dos caballeros (y especialmente el señor Weevle) desean tantas cosas que al cabo de un rato les resulta difícil manifestar con claridad lo que desean, aunque siguen relatando a los que van llegando una cierta versión de la noche que han pasado, y de lo que dijeron y de lo que vieron. Entre tanto, cada cierto tiempo aparece uno u otro de los dos policías, que abre la puerta de un empujón y mira desde las tinieblas exteriores. No es que sospeche nada, sino que más vale saber lo que está haciendo la gente ahí adentro.

Así va recorriendo la noche su lento camino, con la plazoleta todavía levantada a las horas más desusadas, mientras unos convidan y otros son convidados, como si la plazoleta se hubiera encontrado con una pequeña herencia inesperada. Y así, por fin, se va la noche en despaciosa retirada, y el farolero, que hace su ronda como el verdugo de un rey tiránico, va cortando las cabecitas de fuego que aspiraban a combatir la oscuridad. Y así, irremisiblemente, llega el día.

Y el día percibe, incluso con su nublado ojo londinense, que la plazoleta lleva toda la noche en pie. No sólo las cabezas que han caído soñolientas encima de las mesas, y de las piernas extendidas en el duro suelo y no en la cama, sino hasta la

fisonomía de ladrillo y mortero de la propia plazoleta parece gastada y fatigada. Y ahora el resto del vecindario se despierta y empieza a enterarse de lo que ha pasado, y llega corriendo, a medio vestir, a preguntar de qué se trata, y a los dos policías y el casco (que aparentemente son mucho menos impresionables que la plazoleta) les resulta difícil guardar la puerta.

—¡Por Dios señores! —dice el señor Snagsby al llegar—. ¡Qué me han dicho!

—Pues es verdad —responde uno de los policías—. Precisamente. ¡Ahora, vamos; circulen!

—Pero Dios mío, señores —dice el señor Snagsby, que se siente bruscamente rechazado—, si anoche estuve yo en esta misma puerta, entre las 10 y las 11, charlando con el joven que vive arriba.

—¿Ah, sí? —replica el policía—. Pues entonces, vaya a encontrar al joven aquí al lado. Ahora, vamos, circulen algunos de ustedes.

—¿No le habrá pasado nada a él, espero? —pregunta el señor Snagsby.

—¿A él? No. ¿Por qué le iba a pasar?

El señor Snagsby, tan confuso que no puede responder a ésta ni a ninguna otra pregunta, se dirige a Las Armas del Sol y encuentra al señor Weevle que trata de reponerse con té y tostadas, y ostenta una considerable expresión de agotamiento nervioso y de haber fumado mucho.

—¡Y también el señor Guppy! —exclama el señor Snagsby—. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Todo esto parece cosa del destino! Y mi muj...

Las facultades de discurso del señor Snagsby lo abandonan cuando va a formular las palabras «mi mujercita». Pues se queda mudo de asombro al ver que esa dama ofendida entra en Las Armas del Sol a esas horas de la mañana y se queda ante el grifo de la cerveza con la mirada fija en él, como el espíritu de la acusación.

—Cariño mío —dice el señor Snagsby cuando recupera el habla—, ¿quieres tomar algo? ¿Un poco, para no andar con circunloquios, un poco de ponche?

—No —dice la señora Snagsby.

—Amor mío, ¿conoces a estos dos caballeros?

—¡Sí! —contesta la señora Snagsby, y reconoce rígidamente su presencia, mientras sigue contemplando fijamente al señor Snagsby.

El cariñoso señor Snagsby no puede soportar este trato. Toma de la mano a la señora Snagsby y la lleva a un lado, junto a un barril.

—Mujercita mía, ¿por qué me miras así? Te ruego que no lo hagas.

—No puedo cambiar mi forma de mirar —dice la señora Snagsby—, y aunque pudiera, no querría.

El señor Snagsby, con su tosecilla de sumisión, responde:

—¿De verdad que no querrías, cariño mío? —y medita— Luego tose con su tosecilla de preocupación y añade: —¡Es un misterio terrible, amor mío! —todavía

terriblemente desconcertado por la mirada de la señora Snagsby.

—Así es —contesta la señora Snagsby meneando la cabeza—: un misterio terrible.

—Mujercita mía —exhorta el señor Snagsby con tono tristísimo—; te ruego, por el amor de Dios, que no me hables con tanta amargura ni me mires con esa expresión! Te ruego y te suplico que no lo hagas. Dios mío, ¿no irás a pensar que yo iba a causarle la *Combustión espontánea*, a nadie, cariño mío?

—No podría decirlo —responde la señora Snagsby.

Tras un examen apresurado de su triste posición, el señor Snagsby tampoco «podría decirlo». No puede negar positivamente que quizá haya tenido algo que ver con lo ocurrido. Ha tenido algo (no sabe cuánto) que ver con tantas circunstancias misteriosas a este respecto que quizá incluso esté implicado, sin saberlo, en este último suceso. Se pasa cansadamente un pañuelo por la frente y jadea.

—Vida mía —dice el infeliz papelero—, ¿tendrías alguna objeción a mencionar cómo es que tú, que sueles observar una conducta tan circunspecta, hayas venido a una taberna antes del desayuno?

—Y, ¿por qué has venido tú? —pregunta la señora Snagsby.

—Cariño mío, únicamente para recabar detalles del fatal accidente sufrido por la venerable persona que ha... combustionado —y el señor Snagsby sofoca un gemido—. Después iba a contártelo, querida mía, mientras te comías tu panecillo

—¡Seguro que sí! Tú siempre me lo cuentas todo, Snagsby.

—¿Todo, muj...?

—Me agradaría mucho —dice la señora Snagsby, tras contemplar con una sonrisa severa y siniestra cómo aumenta la confusión de su marido— que te vinieras a casa conmigo. Creo que allí estarás más a salvo que en ninguna otra parte, Snagsby.

—Amor mío, probablemente tienes razón, claro. Estoy listo.

El señor Snagsby echa una ojeada melancólica al bar, desea buenos días a los señores Weevle y Guppy, les asegura que se alegra mucho de ver que se encuentran ilesos y acompaña a la señora Snagsby cuando ésta sale de Las Armas del Sol. Antes de que llegue la noche, sus temores de que quizá sea él el responsable de alguna parte inconcebible de la catástrofe que es objeto de la conversación de todo el distrito quedan casi confirmados por la persistencia con que la señora Snagsby mantiene la vista fija en él. Sus sufrimientos mentales son tan grandes que juega vagamente con la idea de entregarse a la justicia y exigir que ésta lo exonere si es inocente, o lo castigue con todo el rigor de la ley, si es culpable.

El señor Weevle y el señor Guppy, tras consumir su desayuno, se dirigen a Lincoln's Inn para darse un paseo por la plaza y quitarse de la cabeza todas las telarañas sombrías que se pueden disipar con un paseito.

—No puede haber momento más favorable que éste, Tony —dice el señor Guppy

cuando ya han recorrido en silencio los cuatro lados de la plaza—, para que charlemos un rato sobre un asunto en torno al cual tenemos que llegar a un entendimiento cuanto antes.

—¡Te voy a decir una cosa, William G.! —replica el otro, contemplando a su compañero con ojos enrojecidos—. Si se trata de una conspiración, no te molestes en hablarme de ella. Ya estoy harto de eso, y no quiero volver a oír hablar del asunto. La próxima vez serás tú el que te incendies, o el que revientes de un estallido.

Ese fenómeno hipotético le parece tan desagradable al señor Guppy que le tiembla la voz cuando dice en tono moralizante:

—Tony, yo hubiera creído que lo que nos pasó anoche te había enseñado a no hacer observaciones personales en el resto de tus días.

A lo que le replica el señor Weevle:

—William, yo hubiera creído que a ti te habría enseñado a no volver a conspirar en el resto de tus días.

Ante lo cual el señor Guppy dice:

—¿Quién está conspirando?

Y el señor Weevle contrarreplica:

—¡Tú eres el que está conspirando!

Y el señor Guppy contesta:

—No es verdad.

Y el señor Weevle sostiene:

—¡Sí que lo es!

Y el señor Guppy niega:

—¿Quién lo dice?

Y el señor Weevle acusa:

—¡Lo digo yo!

Y el señor Guppy manifiesta:

—¡Eso es, acabáramos!

Con lo cual se hallan ambos en tal estado de agitación que siguen paseando un rato en silencio, con objeto de volver a serenarse.

—Tony —dice después el señor Guppy—, si escucharas a tu amigo, en lugar de ponerte a dar gritos, no cometerías estos errores. Pero eres de carácter arrebatado, y no tienes consideración. Cuando uno posee, como te ocurre a ti, Tony, todo lo necesario para cautivar la vista...

—¡Vamos, déjate de cautiverios! —interrumpe el señor Weevle—. ¡Di lo que tengas que decir!

Al ver que su amigo se halla de humor tan arisco y materialista, el señor Guppy se limita a expresar los sentimientos más delicados de su alma con el tono de dolor en el que vuelve a empezar:

—Tony, cuando te digo que hay un asunto en torno al cual tenemos que llegar a un entendimiento cuanto antes, lo digo independientemente de cualquier conspiración, por inocente que sea. Ya sabes que en todos los casos que van a juicio se decide profesionalmente de antemano qué datos van a aportar los testigos. ¿Conviene o no que sepamos qué datos vamos a aportar a la investigación sobre la muerte del pobre ti..., del pobre anciano? (El señor Guppy iba a decir «tirano», pero creo que «anciano» es mejor, dadas las circunstancias).

—¿Qué datos? *Los datos.*

—Los datos pertinentes para la encuesta. Son los siguientes —y el señor Guppy los va contando con los dedos—: lo que sabemos de sus costumbres; cuándo lo viste por última vez; en qué estado se hallaba entonces; el descubrimiento que hicimos.

—Sí —asiente el señor Weevle—, esos son los datos, más o menos.

—Hicimos el descubrimiento debido a que, en una de sus excentricidades, te había dado cita a medianoche para que le explicaras unos escritos, como ya habías hecho en otras ocasiones, porque él no sabía leer. Como yo estaba pasando la velada contigo, me llamaste abajo... y todo lo demás. Como la encuesta se refiere sólo a las circunstancias relativas a la muerte del difunto, no hace falta dar más que esos datos. ¿Estás de acuerdo?

—¡No! —replica el señor Weevle—. Vamos, creo que no.

—Entonces, ¿eso no es una conspiración? —dice, dolido, el señor Guppy.

—No —contesta su amigo—; si no es más que eso, retiro mi comentario.

—Bueno, Tony —observa el señor Guppy, que vuelve a tomar a su amigo del brazo y se pasea lentamente con él—, me gustaría saber, como amigos que somos, si has pensado en cuántas ventajas te puede reportar el seguir viviendo en esa casa.

—¿Que quieres decir? —pregunta Tony, deteniéndose de repente.

—¿Has pensado en cuántas ventajas te puede reportar el seguir viviendo en esa casa? —repite el señor Guppy, que le hace volver a ponerse en marcha.

—¿En qué casa? ¿En esa casa? —y señala la tienda del ropavejero.

El señor Guppy asiente.

—Pues no estoy dispuesto a pasar ni una noche más ahí, aunque me ofrezcas todo el oro del mundo —dice el señor Weevle, al que se le salen los ojos de las órbitas.

—Pero, Tony, ¿lo dices de verdad?

—¡Que si lo digo de verdad! ¿Te parece que no lo digo de verdad? Creo que sí; tanto que sí —dice el señor Weevle con un escalofrío perfectamente auténtico.

—Entonces, Tony, ¿si te entiendo bien, la posibilidad o la probabilidad (pues debe considerarse que habíamos llegado hasta ese punto) de que nadie te discutiera jamás la posesión de aquellos efectos, que habían pertenecido en último lugar a un anciano solitario y aparentemente sin ninguna familia, y la seguridad de que pueden averiguar lo que efectivamente tenía guardado allí, todo eso no pesa nada en comparación con

lo que pasó anoche? —pregunta el señor Guppy, mordiéndose el pulgar con el apetito que da la frustración.

—Desde luego que no. ¿Te parece tan fácil vivir ahí? —exclama indignado el señor Weevle—. Vete tú a vivir ahí.

—¡Vamos, Tony! —dice el señor Guppy en tono conciliador—. Yo nunca he vivido ahí, y ahora no me alquilarían una habitación, mientras que tú ya tienes una.

—Pues te la cedo —responde su amigo—, y, ¡puaf!, te puedes quedar a vivir en ella.

—Entonces, Tony, si bien te entiendo —señala el señor Guppy—, ¿efectiva y definitivamente renuncias a todo?

—¡En tu vida has dicho palabras más verdaderas! ¡Efectivamente! —contesta Tony con una firmeza de lo más convincente.

Mientras sostienen esa conversación entra en la plaza un coche de alquiler desde cuyo pescante se manifiesta al público un enorme sombrero de copa. Dentro del coche, y en consecuencia no tan manifiesto para la multitud, aunque sí para los dos amigos, pues el coche se detiene casi a los pies de éstos, se encuentran el venerable señor Smallweed y la señora Smallweed, acompañados por su nieta Judy.

El grupo llega con aires de prisa y de nerviosismo, y cuando el sombrero de copa (encasquetado en la cabeza del joven Smallweed) se apea, el mayor de los señores Smallweed saca la cabeza por la ventanilla y grita al señor Guppy:

—¿Cómo está usted, caballero? ¿Cómo está usted?

—¿Qué andarán haciendo por aquí el pollito y su familia a estas horas de la mañana? —se pregunta el señor Guppy, con un gesto dirigido a su otro amigo.

—Señor mío —inquire el señor Smallweed—, ¿quiere hacerme usted un favor? ¿Tendrían usted y su amigo la amabilidad de llevarme a la taberna de la plazoleta, mientras Bart y su hermana llevan a su abuela? ¿Tendría usted la amabilidad de hacerle ese favor a un anciano, señor mío?

El señor Guppy mira a su amigo mientras repite en tono dubitativo: «¿A la taberna de la plazoleta?». Y se preparan a transportar la venerable carga a Las Armas del Sol.

—¡Ahí está el precio de la carrera! —dice el Patriarca al cochero con una mueca feroz y una amenaza de su puño atrofiado—. Como me pidas ni un penique más te echo encima a la policía. Mis jóvenes amigos, les ruego que me lleven con cuidado. Permítanme que los tome del cuello. Les aseguro que no apretaré más de lo necesario. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué cosas! ¡Pobres huesos míos!

Menos mal que Las Armas del Sol no está demasiado lejos, porque el señor Weevle parece estar a punto de sufrir una apoplejía antes de recorrer la mitad de la distancia. Pero sin que sus síntomas se agraven más allá de la emisión de gemidos diversos, expresivos de problemas respiratorios, desempeña la parte del transporte

que le corresponde, y el benévolo anciano queda depositado, conforme a sus deseos, en la sala de Las Armas del Sol.

—¡Señor mío! —jadea el señor Smallweed mirando a su alrededor, acezante, desde su sillón—. ¡Ay, Dios mío! ¡Pobres huesos y espalda míos! ¡Me duele todo! ¡Siéntate, cacatúa siniestra, vagabunda, trepadora, inconstante, charlatana! ¡Siéntate!

Este pequeño apóstrofe a la señora Smallweed está causado por la propensión de la infortunada anciana, siempre que se encuentra de pie, a pasearse y hacer una reverencia a objetos inanimados, acompañándose con chasquidos de la lengua, como en un baile de brujas. Es probable que estas demostraciones tengan tanto que ver con una afcción nerviosa como con alguna intención imbécil por parte de la pobre anciana, pero en esta ocasión son tan animadas en relación con la butaca Windsor, gemela de la que acomoda al señor Smallweed, que la mujer no desiste del todo hasta que sus nietos la obligan a sentarse en ella, mientras su amo y señor le atribuye con gran animación el epíteto de «corneja, cabeza de cerdo», que repite un número sorprendente de veces.

—Estimado señor mío —procede después a decir el Abuelo Smallweed, dirigiéndose al señor Guppy—, aquí ha ocurrido una calamidad. ¿Se ha enterado de ella alguno de ustedes?

—¡Qué si nos hemos enterado! ¡Pero si la descubrimos nosotros!

—La descubrieron ustedes. ¡La descubrieron ustedes dos! ¡Bart, las descubrieron ellos!

Los dos descubridores se quedan contemplando a los Smallweed, que les devuelven el cumplido.

—Mis queridos amigos —gime el Abuelo Smallweed, alargando ambas manos—, les debo mil gracias por haber tenido el melancólico deber de descubrir las cenizas del hermano de la señora Smallweed.

—¿Eh? —exclama el señor Guppy.

—El hermano de la señora Smallweed, querido amigo mío..., su único pariente. No nos tratábamos, lo cual es de lamentar ahora, pero es que él nunca quiso tratarse. No nos tenía afecto. Era excéntrico, muy excéntrico. Si no ha dejado testamento (caso nada probable), solicitaré que se me nombre administrador de sus bienes. He venido a ver en qué consisten; hay que sellarlos, hay que protegerlos. He venido —repite el Abuelo Smallweed, atrayendo hacia sí el aire de la sala con los diez dedos ganchudos a la vez— a cuidar de sus bienes.

—Creo, Smallweed —dice el desconsolado señor Guppy—, que podrías haber mencionado que el viejo era tío tuyo.

—Vosotros dos no hablabais nunca de él, así que creí preferible hacer yo lo mismo —replica el pajarraco, con una mirada que oculta un misterio—. Además, yo no estaba muy orgulloso de él.

—Y además, la verdad es que a ustedes no les importaba nada que fuera tío nuestro o no —dice Judy, en quien también se advierte una mirada de misterio.

—Nunca me vio en su vida, para conocerme —observa Small—, ¡así que no sé por qué iba yo a presentarlo a él!

—No, nunca se comunicaba con nosotros, lo que es de lamentar —interviene el anciano—, pero he venido a cuidar de sus bienes, a ver qué papeles hay y a cuidar de los bienes. Haremos valer nuestros derechos. Lo he puesto en manos de nuestro abogado. El señor Tulkinghorn, de Lincoln's Inn Fields, justo aquí al lado, ha tenido la bondad de actuar como abogado mío, y les aseguro que no es hombre que se chupe el dedo. Krook era el único hermano de la señora Smallweed; ella no tenía más parientes que Krook, y Krook no tenía más familia que la señora Smallweed. Estoy hablando de tu hermano, escarabajo infernal, que tenía setenta y seis años.

La señora Smallweed empieza inmediatamente a menear la cabeza y a gritar:

—¡Setenta y seis libras y siete chelines y siete peniques! ¡Setenta y seis mil bolsas de dinero! ¡Siete mil seiscientos millones de fajos de billetes de banco!

—¿Quiere alguien darme un jarro? —exclama su exasperado marido, que mira impotente en su derredor y no encuentra ningún proyectil a su alcance—. ¿Quiere alguien pasarme una escupidera, por favor? ¿No hay nadie que me pase algo duro y picudo con que arrearla? ¡So bruja, so gata, so perra, so diabla! —Y el señor Smallweed, excitadísimo, por su propia elocuencia, tira a Judy encima de su abuela a falta de algo mejor, para lo cual empuja a la joven virgen hacia la anciana con todas sus escasas fuerzas, y después se derrumba en su silla.

—Que alguien tenga la bondad de darme una sacudida —dice la voz que sale del montoncillo de ropa en que se ha convertido, y que se agita débilmente—. He venido a cuidar de los bienes. Que me den una sacudida y que llamen a la policía que está de servicio en la casa de al lado, para que le explique lo de los bienes. Dentro de poco llegará mi abogado a proteger los bienes. ¡Al exilio o a galeras con quien se atreva a tocar los bienes!

Cuando sus dóciles nietos lo ayudan a incorporarse y le hacen pasar por el habitual proceso de restablecimiento a base de sacudidas y puñetazos, sigue repitiendo como un eco: «¡Los bienes! ¡Los bienes... bienes!».

El señor Weevle y el señor Guppy se miran el uno al otro; el primero como si hubiera renunciado a todo el asunto; el segundo, con gesto de inquietud, como si todavía le quedara alguna esperanza leve. Pero nada se puede oponer a los intereses del señor Smallweed. Llega el pasante del señor Tulkinghorn desde su reclinador oficial en el bufete, a mencionar a la policía que puede dirigirse al señor Tulkinghorn para recibir información acerca de los herederos, y que en su debido momento se tomará la debida posesión oficial de todos los documentos y efectos. Inmediatamente se permite al señor Smallweed afirmar su supremacía hasta el punto de llevarlo a

hacer una visita sentimental a la casa de al lado, y después lo suben por las escaleras hasta la habitación de la señorita Flite, donde parece como si fuera un feo pájaro de presa recién añadido a la pajarera de la señorita Flite.

Como pronto se conoce en la plazoleta la llegada de este heredero inesperado, el Sol sigue haciendo negocio y los habitantes siguen animados. La señora Piper y la señora Perkins opinan que es una lástima por el joven si de verdad no hay testamento, y consideran que debería hacersele un buen regalo con cargo al patrimonio. El joven Piper y el joven Perkins, como miembros del inquieto círculo juvenil que tiene aterrados a los peatones de Chancery Lane, se pasan el día reduciéndose a cenizas detrás de la bomba y bajo el arco, y sobre sus restos se exhalan grandes gritos y voces. Little Swills y la señorita M. Melvilleson inician una amable conversación con sus admiradores, pues consideran que acontecimientos tan desusados eliminan las barreras entre los profesionales y los no profesionales. El señor Bogsby anuncia «¡La popular canción de SU MAJESTAD LA MUERTE! con coros y por toda la compañía», como gran espectáculo armónico de la semana, y anuncia en el cartel que «Se ha inducido a J. G. B. a interpretarla a un costo considerable, como consecuencia de un deseo generalmente expresado en el bar por un grupo numeroso de personas respetables, y como homenaje a un reciente y triste acontecimiento que ha creado gran sensación». Hay algo relacionado con el fallecido que causa especial preocupación en la plazoleta: es decir, que debe mantenerse la ficción de un ataúd de tamaño normal, aunque haya tan poco que meter en él. Cuando el enterrador dice en el bar del Sol ese mismo día que ha recibido órdenes de construir uno «de seis pies», la preocupación general se ve muy aliviada, y se considera que la conducta del señor Smallweed le honra mucho.

Fuera de la plazoleta, y a gran distancia de ella, también se ha producido una conmoción considerable, pues vienen a estudiar el caso hombres de ciencia y filósofos, y en la esquina se detienen carruajes de los que se apean médicos que llegan con las mismas intenciones, y se producen más conversaciones eruditas acerca de gases inflamables y de hidrógeno fosforado de lo que jamás podría imaginarse la plazoleta. Algunas de esas autoridades (naturalmente, las más sabias) mantienen indignadas que el difunto no tenía por qué morir como dicen, y cuando otras autoridades les recuerdan las pruebas que hay de muertes así, reimprimadas en el sexto volumen de *Philosophical Transactions*, así como en un libro no del todo desconocido de jurisprudencia Médica Inglesa, así como el caso ocurrido en Italia de la Condesa Cornelia Baudi, expuesto con todo detalle por un tal Blanchini, prebendario de Verona, que escribió alguna que otra obra erudita, así como el testimonio de los señores Foderé y Mere, dos franceses pestilentes que se empeñaron en investigar el tema, además del testimonio en corroboración de Monsieur Le Cat, cirujano francés que fue bastante célebre y que tuvo la terrible idea de vivir en una

casa en la que ocurrió uno de esos casos, siguen considerando que la terquedad del difunto señor Krook al irse de este mundo de forma tan desusada, es algo totalmente injustificado y personalmente ofensivo. Cuanto menos entiende la plazoleta de todo esto, más le gusta, y más disfruta con el contenido de Las Armas del Sol. Entonces llega el artista de una revista ilustrada, con una plantilla de un primer plano y unas siluetas dibujada de antemano y lista para cualquier tema, desde un naufragio en la costa de Cornualles hasta un desfile en Hyde Park o un mitin en Manchester, y en la sala de la señora Perkins, que queda inmortalizada para siempre, introduce en la plantilla la casa del señor Krook de tamaño natural, a la que convierte en un auténtico Temple. Análogamente, cuando se le permite mirar por la puerta del aposento de autos, representa ese apartamento como si tuviera tres cuartos de milla de largo y 50 yardas de alto, lo cual encanta especialmente a la plazoleta. Durante todo este tiempo, los dos caballeros antes mencionados entran y salen de cada casa, ayudan en las disputas filosóficas, van a todas partes y escuchan a todo el mundo, y además se pasan el tiempo entrando en el salón del Sol y escriben con sus plumillas insaciables en su papel finísimo.

Por fin llega el Coroner a realizar su encuesta, igual que antes, salvo que al Coroner le gusta el caso porque se sale de lo ordinario, y dice a título privado a los señores del jurado, que «parece que la casa de al lado está gafada, señores, que es una casa malhadada, pero son cosas que vemos a veces, y se trata de misterios explicables». Después de lo cual entra en acción el ataúd de seis pies, que todos admiran.

En todos estos procedimientos el señor Guppy desempeña un papel tan pequeño, salvo cuando hace su declaración, que lo hacen circular como si fuera un cualquiera, y no puede contemplar la casa misteriosa sino desde fuera, desde donde sufre la humillación de ver cómo el señor Smallweed echa el candado a la puerta, y comprende con amargura que no le permiten la entrada. Pero antes de que terminen los procedimientos, es decir, la noche siguiente a la de la catástrofe, el señor Guppy tiene algo que decir, y ha de decírselo a Lady Dedlock.

Motivo por el cual, con el ánimo encogido y con un sentimiento deprimente de culpabilidad, producido por el miedo y la vigilia, más los efectos de Las Armas del Sol, el joven llamado Guppy se presenta en la mansión capitalina hacia las siete de la tarde y solicita ver a Milady. Mercurio replica que va a salir a cenar, ¿no ve el carruaje que hay a la puerta? Sí, sí que ve el carruaje que hay a la puerta, pero también quiere ver a Milady.

Mercurio está dispuesto, como dice poco después a un caballero de la casa que es colega suyo, a «darle una patada al jovencito», pero ha recibido unas instrucciones muy claras. En consecuencia, supone malhumorado que el joven puede subir a la biblioteca. Allí deja al joven en una sala amplia, no muy bien iluminada, mientras

comunica su llegada.

El señor Guppy escudriña las sombras en todas direcciones, y por todas partes ve un montoncillo de carbón o de madera quemado y blanco. Al cabo de un rato oye un roce. ¿Es...? No, no es un fantasma, sino un hermoso cuerpo de sangre y hueso, brillantemente ataviado.

—Pido perdón a Milady —tartamudea el señor Guppy, muy afligido—. Es un mal momento...

—Le dije que podía venir en cualquier momento —le recuerda Milady, tomando una silla y mirándolo a los ojos igual que la última vez.

—Gracias, Milady. Milady es muy amable.

—Puede usted sentarse —su tono no es muy afable.

—No sé, Milady, si merece la pena que me siente y que Milady pierda el tiempo. Porque... porque no tengo las cartas que mencioné cuando tuve el honor de visitar a Milady.

—¿Y ha venido usted sólo para decirme eso?

—Sólo para decirle eso, Milady. —El señor Guppy, además de sentirse deprimido, desanimado e incómodo, se siente todavía más desconcertado por el esplendor y la belleza de Milady. Ella sabe perfectamente qué influencia tienen ambas cosas; lo ha estudiado demasiado bien como para perder ni un ápice de ese efecto en nadie. Cuando ella lo mira de manera tan fija y tan fría, él no sólo adquiere conciencia de que carece de toda orientación, del menor vislumbre de sus intenciones, sino también de que a cada momento, por así decirlo, se va distanciando más y más de ella.

Es evidente que ella no va a hablar, así que ha de hacerlo él.

—En resumen, Milady —dice el señor Guppy, como un ladronzuelo arrepentido—, la persona que me iba a proporcionar las cartas ha tenido un fin repentino, y... — Se detiene. Lady Dedlock termina lentamente la frase:

—¿Y las cartas han quedado destruidas junto con esa persona?

El señor Guppy diría que no, si pudiera, pero es incapaz de disimular.

—Eso creo, Milady.

¿Qué pasaría si pudiera él ver en este momento el brillo de alivio en la cara de Milady? No, no podría verlo, aunque el valeroso exterior de ella no lo turbara totalmente y él no estuviera mirando más allá de ese exterior y en su derredor.

Murmura una o dos excusas torpes por su fracaso.

—¿No tiene usted nada más que decir? —pregunta Lady Dedlock tras oír sus palabras, dentro de lo poco audible que son sus murmullos.

El señor Guppy cree que nada más.

—Más vale que esté usted seguro de que no tiene nada más que decirme, dado que es la última vez que tendrá usted la oportunidad.

El señor Guppy está completamente seguro. Y, de hecho, en estos momentos no desea decir nada más, en absoluto.

—Basta. Ahórrese usted sus excusas. ¡Buenas noches! —y llama a Mercurio para que acompañe a la puerta al joven llamado Guppy.

Pero a aquella casa, en aquel momento, llega un anciano llamado Tulkinghorn. Y ese anciano, que ha llegado con su paso silencioso a la biblioteca, tiene en ese momento la mano en el picaporte, entra y se encuentra frente a frente con el joven que sale de allí.

Una mirada entre el anciano y la dama, y durante un instante la persiana, que siempre está bajada, sube hasta arriba. Por ella mira la sospecha, inmediata y penetrante. Otro instante y se vuelve a bajar.

—Mis excusas, Lady Dedlock. Le presento mis excusas. Es tan raro encontrarla a usted aquí a estas horas. Supuse que la biblioteca estaba vacía. ¡Mis excusas!

—¡Quédese! —le dice ella, despreocupada—. Le ruego que se quede aquí. Voy a salir a cenar. No tengo nada más que hablar con este joven.

El desconcertado joven hace una reverencia de despedida y manifiesta abyectamente la esperanza de que el señor Tulkinghorn de los Fields esté bien.

—¿Sí, sí? —dice el abogado, que lo mira bajo las cejas fruncidas, aunque él es de los que no necesitan mirar dos veces—. Usted es de Kenge y Carboy, ¿verdad?

—De Kenge y Carboy, señor Tulkinghorn. Me llamo Guppy, señor.

—Claro. Bueno, gracias, señor Guppy. Me encuentro muy bien.

—Me alegro de saberlo, señor. Nunca se encontrará usted demasiado bien, señor, para el bien de la profesión.

—¡Muchas gracias, señor Guppy!

El señor Guppy se marcha discretamente. El señor Tulkinghorn, cuyo negro atavío, anticuado y descolorido, contrasta tanto con la brillantez del de Lady Dedlock, acompaña a ésta por la escalera hasta llegar al carruaje. Vuelve frotándose la barbilla, y se la sigue frotando mucho a lo largo de la velada.

34. Una vuelta de tuerca

—¿Y ahora, qué es esto? —se pregunta el señor George—. ¿Es un cartucho de fogueo o una bala? ¿Un relámpago o un disparo?

El objeto de las especulaciones del soldado es una carta abierta, que parece tenerlo totalmente perplejo. Alarga el brazo para contemplarla, después vuelve a acercársela, la sostiene en la mano derecha, después en la izquierda, la lee con la cabeza ladeada, frunce las cejas, las levanta, no puede convencerse. La alisa en la mesa con una manaza, se da un paseo, pensativo, arriba y abajo de la galería, se detiene ante la carta de vez en cuando, para mirarla con ojos nuevos. Tampoco eso le vale. Y el señor George se sigue preguntando: «¿Es un cartucho de fogueo o está cargado?».

Phil Squod se está dedicando, con la ayuda de un pincel y de un bote de pintura, a blanquear los objetivos de tiro que hay al otro extremo, mientras silba bajito, a ritmo de marcha y a paso de flauta y tambor, la canción del soldado que ha de volver a la chica que dejó.

—¡Phil! —le llama el soldado, y le hace una seña para que venga.

Phil se acerca como es costumbre en él: primero, de lado, como si fuera a otra parte, y después lanzándose hacia su comandante como si estuviera en una carga a la bayoneta. Lleva manchas blancas como altorrelieves en la cara sucia, y se rasca una ceja con el mango del pincel.

—¡Atención, Phil! Escucha esto.

—Calma, mi comandante, calma.

—«Muy señor mío: Me permito recordarle (aunque como usted sabe, no tengo legalmente la obligación de hacerlo) que el pagaré a dos meses vista firmado a usted por el señor Matthew Bagnet, y aceptado por usted, por la suma de noventa y siete libras, cuatro chelines y nueve peniques, expira mañana, cuando le ruego lo redima usted tras el debido pago. Le saluda atentamente Joshua SMALLWEED.» ¿Qué te parece, Phil?

—No me gusta, jefe.

—¿Por qué?

—Creo —replica Phil, tras rascarse, pensativo, una arruga de la frente con el mango del pincel— que siempre trae malas consecuencias cuando le piden a uno dinero.

—Fíjate, Phil —dice el soldado, sentado a la mesa—, que en primer lugar ya he pagado, podríamos decir, el principal y la mitad más, entre los intereses y unas cosas y otras.

Phil, al dar un paso o dos hacia atrás, con una mueca inexplicable en la cara, sugiere que no considera que la transacción resulte más prometedora por ese pequeño

detalle.

—Y fíjate, además, Phil —continúa diciendo el soldado, rechazando esa conclusión prematura con un gesto de la mano—, que siempre ha estado entendido que este pagaré se iba a prorrogar, como dicen ellos. Y se ha prorrogado no sé cuántas veces. ¿Qué dices ahora?

—Digo que creo que ya no va a haber más veces.

—¿Eso dices? ¡Ejem! Yo opino algo muy parecido.

—¿Joshua Smallweed es ése al que trajeron aquí en una silla?

—El mismo.

—Jefe —dice Phil con enorme gravedad—, tiene el alma de una sanguijuela, actúa como tuerca y tornillo al mismo tiempo, ataca como una serpiente, tiene unas pinzas de langosta.

Tras manifestar de modo tan expresivo sus sentimientos, el señor Squod, que espera un momento a ver si ha de seguir diciendo algo más, vuelve por su método habitual al blanco que estaba pintando, y manifiesta vigorosamente, por su medio musical de antes, que ha de volver y va a volver a aquella damisela ideal. George, tras volver a doblar la carta, se le acerca.

—Hay una forma, mi comandante, de arreglar esto —dice Phil con una mirada astuta.

—¿Pagar el dinero, supongo? Ojalá pudiera. Phil niega con la cabeza:

—No, jefe, nada tan malo. Hay una forma —dice Phil, imprimiendo un movimiento muy artístico al pincel—, y es lo que estoy haciendo yo ahora.

—¿Borrarlo? Phil asiente.

—¡Pues vaya una forma! ¿Sabes lo que pasaría con los Bagnet en ese caso? ¿Sabes que se arruinarían para pagar viejas cuentas? ¡Pues vaya un personaje moral que eres tú, te lo aseguro, Phil! —exclama el soldado, contemplándolo desde su altura con no poca indignación.

Phil, con una rodilla apoyada en el blanco, está a punto de protestar muy en serio, aunque no sin grandes sacudidas alegóricas de su pincel, y alisamientos de la superficie blanca en torno a los bordes con el pulgar, que había olvidado la responsabilidad de Bagnet, y que no querría ni tocarle un pelo a ningún miembro de esa digna familia, cuando se oyen pasos en el largo corredor de fuera y se oye una voz animada que pregunta si está George en casa. Phil mira a su amo y va cojeando a la puerta, mientras responde:

—¡Aquí está el jefe, señor Bagnet! ¡Aquí está! —y aparece la viejita, acompañada por el señor Bagnet.

La señora nunca sale a dar un paseo, sea cual sea la estación del año, sin una capa de paño gris, burda y muy gastada, pero muy limpia, que sin duda es la misma prenda que resulta tan interesante al señor Bagnet, debido a que llegó a Europa desde otra

parte del globo en compañía de la señora Bagnet y de un paraguas. Este último fiel apéndice también forma, invariablemente, parte del atavío de la viejita cuando sale de casa. Tiene un color que nadie puede describir en este mundo, y por mango tiene un gancho rugoso de madera, con un objeto metálico clavado en su proa o pico, que parece un modelo a escala de un farol de puerta o uno de los vidrios ovalados de un par de impertinentes, objeto ornamental que no tiene esa capacidad tenaz de aguantar en su puesto como cabría desear en un objeto que ha tenido una relación tan larga con el Ejército Británico. El paraguas de la viejita tiene una cintura fofa y parece necesitar ballenas, aspecto que quizá se explique porque en la casa ha servido muchos años de receptáculo de diversos objetos, y en los viajes de portamantas. Nunca lo abre, pues se fía totalmente de su fiel capa con su amplia capucha, sino que, en general, utiliza el instrumento como si fuera una vara con la que apuntar a los trozos de carne o las verduras que desea en el mercado, o para atraer la atención de los vendedores con un golpecito amistoso. Nunca sale a la calle sin su cesta de la compra, que es una especie de pozo sin fondo con dos tapaderas que suben y bajan. Acompañada de estos compañeros de confianza, pues, y con su cara honrada y tostada asomando animada bajo un sombrero de paja dura, llega la señora Bagnet, de buen color y animada, a la Galería de Tiro de George.

—Bueno, George, muchacho —dice—, ¿y cómo te va en este excelente día?

La señora Bagnet le da la mano amistosamente, exhala un largo suspiro tras su paseo y se sienta a descansar. Como tiene la facultad, madurada en incontables carromatos de impedimenta y en otras posiciones parecidas, de descansar a gusto en cualquier parte, se sienta en un banco duro, se desata las cintas del sombrero, se lo echa atrás, se cruza de brazos y parece encontrarse perfectamente a gusto.

Entre tanto, el señor Bagnet le ha dado la mano a su antiguo camarada y a Phil, a quien también la señora Bagnet hace un gesto y una sonrisa bienhumorados.

—Bueno, George, aquí estamos —dice rápidamente la señora Bagnet—, Lignum y yo —pues suele referirse a su marido por ese apelativo, derivado, se supone, de que en el regimiento, cuando se conocieron, lo llamaban *Lignum Vitae*, en homenaje a la gran dureza y aspereza de la fisonomía de él—; no hemos venido más que a ver cómo estabas, para que lo del préstamo esté en orden, como siempre. Dale el pagaré nuevo para que lo firme, George, y lo firmará como un hombre.

—Esta mañana iba a verles a ustedes —observa con renuencia el soldado.

—Sí, ya pensamos que vendrías a vernos esta mañana, pero salimos temprano y dejamos a Woolwich, que es un chico magnífico, al cuidado de sus hermanas, y, en cambio, hemos venido a verte nosotros, ¡ya ves!, porque Lignum está tan ocupado, y hace tan poco ejercicio, que le hace bien darse un paseo. Pero ¿qué pasa, George? —pregunta la señora Bagnet, interrumpiendo su animada charla—. No tienes buen aspecto.

—No ando bien —replica el soldado—. He estado un poco destemplado, señora Bagnet.

La mirada de ésta, rápida y brillante, advierte inmediatamente la verdad:

—¡George! —y levanta el dedo índice—. ¡No me digas que anda algo mal con el pagaré de Lignum! ¡George, por mis hijos, te ruego que no me digas eso!

El soldado la mira con la cara turbada.

—George —insiste la señora Bagnet, que emplea ambas manos para mayor énfasis y de vez en cuando se golpea las rodillas con ellas—. Si has dejado que pase algo con el pagaré de Lignum y dejas que le pase algo a él, y nos pones en peligro de que nos embarguen (y te estoy viendo en la cara como si estuviera escrita en ella la palabra embargo), has hecho algo que te debería dar vergüenza y nos has engañado cruelmente. ¡Cruelmente, te digo, George! ¡Eso es!

El señor Bagnet, que en los demás respectos está más impasible que un poste, se lleva la manaza derecha a la cabeza calva, como para defenderse de un chaparrón, y mira muy inquieto a la señora Bagnet.

—George —dice ésta—. ¡Me extraña en ti! ¡George, me siento avergonzada de ti! ¡Nunca lo hubiera podido creer de ti! Siempre he sabido que eras un culo de mal asiento, pero nunca me imaginé que pudieras quitar el poco asiento que tienen Bagnet y los niños para reposar. Ya sabes lo buen trabajador y lo serio que es. Ya sabes cómo son Quebec y Malta y Woolwich... Y nunca me imaginé que tuvieras el corazón como para hacernos algo así. ¡Ay, George! —La señora Bagnet se recoge la capa para secarse los ojos con ella sin el menor disimulo—. ¿Cómo nos lo has podido hacer?

Cuando la señora Bagnet se interrumpe, el señor Bagnet se quita la mano de la cabeza, como si hubiera pasado el chaparrón, y mira desconsolado al señor George, que está palidísimo, y mira inquieto al sombrero de paja y la capa gris.

—Mat —dice el soldado, dirigiéndose a él, pero sin dejar de mirar a la viejita—, siento que te lo tomes así, porque la verdad es que espero que las cosas no vayan tan mal como parecen. Claro, que esta mañana he recibido esta carta —que procede a leer en voz alta—, pero creo que todavía puede arreglarse. En cuanto a lo del mal asiento, es verdad lo que decís. Soy de mal asiento, y la verdad es que nunca he logrado asentarme de manera que eso le hiciera un favor a nadie. Pero seguro que no hay un solo ex camarada vagabundo que quiera más a tu mujer y a tu familia que yo, Mat, y espero que me perdones en todo lo posible. No creáis que os he mentado en nada. No hace más de un cuarto de hora que me llegó esta carta.

—Viejita —murmura el señor Bagnet tras un breve silencio—, ¿quieres decirle lo que opino yo?

—¡Ay! ¿Por qué no se casaría con la viuda de Joe Pouch en Norteamérica? —responde la señora Bagnet, medio riendo, medio llorando—. Entonces no se habría metido en estos líos.

—La viejita —observa el señor Bagnet— tiene razón. ¿Por qué no te casaste?

—Bueno, supongo que ya tendrá un marido mejor que yo —replica el soldado—. Y en todo caso, aquí estoy, y no me he casado con la viuda de Joe Pouch. ¿Qué voy a hacer? Todo lo que tengo está delante de vosotros. No es mío; es vuestro. Decídmelo, y vendo hasta la última silla. Si hubiera tenido esperanzas de conseguir la suma que me falta, lo habría vendido todo hace tiempo. No te vayas a creer, Mat, que os voy a dejar a ti y a los tuyos en la estacada. Antes me vendería yo. Ojalá supiera de alguien que quisiera comprar una impedimenta tan gastada —dice el soldado, dándose un golpe autodespectivo en el pecho.

—Viejita —murmura el señor Bagnet—, dile otra vez lo que opino yo.

—George —dice su mujer—, bien pensado, no tienes tú toda la culpa, salvo en haber tomado este negocio sin tener los medios.

—¡Típico de mí! —observa el compungido soldado, meneando la cabeza—. Ya sé que es típico de mí.

—¡Silencio! La viejita tiene razón en la forma de expresar lo que opino —exclama el señor Bagnet—. ¡Escúchame!

—Eso fue cuando no debiste haber pedido nunca el aval, George, y cuando nunca te lo debimos dar, de habérselo pensado. Pero lo hecho, hecho está. Siempre has sido un chico honrado y veraz, a tu aire, aunque un poco frívolo. Por otra parte, no puedes dejar de reconocer que es natural que estemos preocupados, con esa amenaza pendiente sobre nuestras cabezas. De manera, George, que lo mejor es que todos nos perdonemos los unos a los otros. ¡Vamos, más vale que nos perdonemos los unos a los otros!

Como la señora Bagnet le da una de sus honestas manos, y la otra a su marido, el señor George le da una a cada uno de ellos y las aprieta mientras habla:

—Os aseguro a los dos que no hay nada en el mundo que no estuviera yo dispuesto a hacer para pagar esa deuda. Pero todo lo que he podido reunir se ha ido cada dos meses en los pagos. Phil y yo hemos vivido muy modestamente aquí. Pero la Galería no marcha tan bien como yo esperaba, y no es..., digamos que no es la Casa de la Moneda. ¿Que me equivoqué al alquilarla? Pero es que, por así decirlo, me vi obligado a ello, y creí que me serviría para asentarme y establecerme, y ahora os ruego que me perdonéis por habérmelo imaginado, y os estoy muy agradecido, y me siento muy avergonzado. —Con estas palabras de conclusión, el señor George estrecha cada una de las manos que aprieta en las suyas, las suelta y da uno o dos pasos atrás, muy erguido, como si acabara de hacer su última confesión y fueran a fusilarlo inmediatamente con todos los honores militares.

—¡George, déjame terminar! —dice el señor Bagnet, con una mirada hacia su mujer—. ¡Sigue, viejita!

El señor Bagnet se hace escuchar de esta manera tan extraña, y se limita a

observar que es preciso ocuparse cuanto antes de la carta, que es aconsejable que George y él vayan inmediatamente a ver al señor Smallweed en persona, y que lo más importante es salvar y dejar a salvo al señor Bagnet, que no tiene el dinero. El señor George está completamente de acuerdo; se pone el sombrero y se dispone a marchar con el señor Bagnet al campo enemigo.

—No guardes rencor por las palabras apresuradas de una mujer, George —dice la señora Bagnet, dándole una palmadita en el hombro—. Te confío a mi viejo Lignum, y estoy segura de que me lo devolverás ileso.

El soldado replica que eso es muy amable por su parte, y que va a devolverle a Lignum ileso, sea como sea. Al oír lo cual, la señora Bagnet, con su capa, su cesta y su paraguas, vuelve a su casa, animada otra vez a unirse al resto de su familia, mientras los camaradas inician la marcha con la esperanza de ablandar al señor Smallweed.

Sería muy discutible que haya dos personas en Inglaterra con menos esperanzas de realizar con éxito cualquier negociación con el señor Smallweed que el señor George y el señor Bagnet. Además, pese a su aire marcial, sus anchos hombros y su paso decidido, sería muy discutible que haya en los mismos confines dos criaturas más simples y menos acostumbradas a los asuntos de los Smallweed de este mundo. Mientras avanzan con gran solemnidad por las calles que llevan a la región de Mount Pleasant, el señor Bagnet observa que su compañero está pensativo, y considera un deber de amistad referirse a las últimas palabras que ha dicho la señora Bagnet.

—George, ya sabes cómo es la viejita; es dulce y apacible como la leche, pero que le toquen a los niños, o a mí, y salta como un barril de pólvora.

—¡Y muy bien hecho, Mat!

—George —dice el señor Bagnet, mirando al frente—, la viejita nunca hace nada que no esté bien hecho. Más o menos. Yo nunca se lo digo. Hay que mantener la disciplina.

—Vale su peso en oro —dice el soldado.

—¿En oro? —responde el señor Bagnet—. Te voy a decir una cosa. Mi viejita pesa ciento setenta y cuatro libras. ¿Aceptaría yo ese peso (en cualquier metal) por mi viejita? No. ¿Por qué no? Porque el metal de que está hecha la viejita es mucho más precioso que el más precioso de los metales, ¡y está hecha toda ella de metal precioso!

—¡Tienes razón, Mat!

—Cuando me aceptó, y aceptó el anillo, se alistó conmigo, y los niños, con todo y para toda la vida. Es tan seria —añade el señor Bagnet— y tan leal a la bandera, que si alguien nos pone un dedo encima y ella se entera, saca la artillería. Si la vieja dispara alguna vez una andanada, muy de tarde en tarde, en cumplimiento de su deber, déjala pasar, George. ¡Es por lealtad!

—¡Pero, Mat —replica el soldado—, si yo tengo la mejor opinión de ella!

—¡Y haces bien! —contesta Bagnet con el mayor entusiasmo, aunque sin relajar un solo músculo—. Piensa que la vieja es más firme que el Peñón de Gibraltar, y todavía te quedarás corto frente a sus méritos. Pero nunca lo reconozco delante de ella. Hay que mantener la disciplina.

Con estos encomios llegan a Mount Pleasant y a la casa del Abuelo Smallweed. Abre la puerta la perenne Judy, que tras contemplarlos de la cabeza a los pies, sin especial amabilidad, sino, de hecho, con una mueca malévola los deja allí en pie mientras va a consultar al oráculo si debe dejarlos pasar. Cabe inferir que el oráculo ha dado su consentimiento, dada la circunstancia de que Judy vuelve a decirles con su habitual dulzura que «pueden pasar, si quieren». Ante tal privilegio, pasan, y se encuentran al señor Smallweed con los pies puestos en el cajón de su silla, como si fuera un pediluvio de papel, y a la señora Smallweed a la sombra del cojín, como un pájaro que no debe cantar.

—Mi querido amigo —dice el Abuelo Smallweed, alargando los dos brazos menos cordiales del mundo—. ¿Cómo está? ¿Cómo está? ¿Quién es su amigo, mi querido amigo?

—Pues es Matthew Bagnet, el que me hizo el favor en este asunto nuestro, ya sabe —replica George, que por el momento no se siente capaz de mostrarse muy conciliador.

—¡Ah! ¿El señor Bagnet? ¡Pues claro! —y el anciano lo contempla llevándose una mano a los ojos—. ¡Espero que esté usted bien! ¡Bueno aspecto, señor George! ¡Aspecto militar, señor mío!

Como no les ofrecen sillas, el señor George le acerca una a Bagnet y toma otra él. Se sientan, y parece como si el señor Bagnet no pudiera doblar más que las caderas, y únicamente para sentarse.

—Judy —dice el señor Smallweed—, trae la pipa.

—Pues no creo —interviene el señor George— que la muchacha necesite tomarse esa molestia, porque la verdad es que hoy no tengo ganas de fumar.

—¿No? —responde el anciano—. Judy, trae la pipa.

—El hecho, señor Smallweed —continúa George—, es que me encuentro en un estado de ánimo bastante desagradable. Me parece, señor mío, que su amigo de la City ha estado jugando sucio.

—¡No, Dios mío! —dice el Abuelo Smallweed—. Nunca juega sucio.

—¿No? Bueno, me alegro de oírlo, porque creí que podía ser cosa *de él*. Ya sabe usted de qué hablo. De esta carta.

El Abuelo Smallweed esboza una sonrisa muy fea al reconocer la carta.

—¿Qué significa? —pregunta el señor George.

—Judy —pregunta el anciano—, ¿has traído la pipa? Dámela. ¿Ha preguntado

usted qué significa, mi querido amigo?

—¡Sí! Vamos, vamos, lo sabe usted perfectamente, señor Smallweed —insiste el soldado, forzándose a hablar con toda la calma y la confianza que puede, con la carta abierta en una mano y los enormes nudillos de la otra apoyados en el muslo—; entre nosotros se ha cambiado una buena cantidad de dinero, y aquí estamos cara a cara, y los dos sabemos muy bien el acuerdo que ha existido siempre. Estoy dispuesto a seguir haciendo lo que he estado haciendo regularmente, y seguir con el asunto. Nunca había recibido una carta así de usted, y la de esta mañana me ha dejado un tanto preocupado, porque aquí tiene usted a mi amigo, el señor Bagnet, que, como usted sabe, no tenía dinero...

—Pero es que usted sabe que yo no lo sé —interrumpe pausadamente el viejo.

—Bueno, maldita sea... Quiero decir... Se lo estoy diciendo, ¿no?

—Sí, usted me lo dice —replica el Abuelo Smallweed—, pero yo no lo sé.

—¡Vamos! —dice el soldado, tragando bilis—. Yo lo sé.

El señor Smallweed responde con muy buen humor:

—¡Ah, eso es otra cosa! —y añade—: Pero no importa. La situación del señor Bagnet sigue siendo la misma, lo tenga o no.

El infortunado señor George hace un gran esfuerzo por arreglar el asunto a gusto de todos y propiciar al señor Smallweed en sus propias condiciones:

—A eso me refería yo exactamente. Como dice usted, señor Smallweed, aquí tenemos a Matthew Bagnet, que puede pasarlo mal, lo tenga o no. Bueno, pues mire usted, eso hace que su señora se preocupe mucho, y yo también, porque aunque soy una especie de vagabundo y un loco, más acostumbrado a las peleas que a las cuentas, él, en cambio, es un honrado padre de familia, ¿no entiende? Vamos, señor Smallweed —continúa diciendo el soldado, que va adquiriendo confianza a medida que avanza en su estilo militar de hacer negocios—, aunque usted y yo somos bastante buenos amigos en cierto sentido, comprendo perfectamente que no pueda usted perdonar totalmente su deuda a mi amigo Bagnet.

—Bueno, bueno, es usted demasiado modesto. Puede usted *pedirme* cualquier cosa, señor George. —Hoy, el Abuelo Smallweed parece tener el mismo sentido del humor que un ogro.

—Y usted puede negármela, ¿verdad? ¿O quizá no tanto usted como su amigo de la City, eh? ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —le hace eco el Abuelo Smallweed, con tal dureza y con unos ojos de un verde tan especial que la gravedad natural del señor Bagnet se ve muy aumentada por la contemplación del venerable caballero.

—¡Vamos! —dice el optimista de George—. Celebro ver que podemos bromear. Aquí está mi amigo Bagnet, y aquí estoy yo. Podemos arreglar el asunto sobre la marcha, señor Smallweed, si usted quiere, como de costumbre. Y tranquilizará usted

mucho a mi amigo Bagnet, y también a su familia, si le menciona usted a él cuál es nuestro acuerdo.

En ese momento, un espectro chirriante grita en tono burlón: «¡Ay, Dios mío! ¡Ay!», salvo que en realidad se trate de la jovial Judy, a la que se ve en silencio cuando los visitantes, alarmados, miran a su alrededor, pero cuya barbilla acaba de agitarse con expresión de burla o de desprecio. El gesto del señor Bagnet se hace todavía más grave.

—Pero creo, señor George, que me ha preguntado usted —ahora el orador es el viejo Smallweed, que durante todo el tiempo ha tenido la pipa en la mano—, creo que me había preguntado usted lo que significaba la carta.

—Pues es verdad —replica el soldado con su aire distraído—, pero no siento gran curiosidad si todo está en orden y a gusto de todos.

El señor Smallweed se contiene deliberadamente en una tentativa de apuntar a la cabeza del soldado, tira la pipa al suelo y la rompe en pedazos.

—Eso es lo que significa, mi buen amigo. Voy a hacerle pedazos a usted. Voy a aplastarle. Voy a hacerle polvo. ¡Váyase al diablo!

Los dos amigos se levantan y se miran el uno al otro. La gravedad del señor Bagnet ha llegado ya a su punto más profundo.

—¡Váyase al diablo! —repite el viejo—. No estoy dispuesto a seguir soportando sus pipas y su arrogancia. ¿Cómo? ¡Que encima es usted un dragón de caballería y muy independiente! Vaya usted a ver a mi abogado (ya sabe dónde es; ya ha estado usted allí antes) a demostrar lo independiente que es, ¿quiere? Vamos, amigo mío, ésa es su oportunidad. Abre la puerta de la calle, Judy, ¡y echa a estos dos fanfarrones! Si no se van, pide ayuda. ¡Que se vayan!

Vocifera de tal modo, que el señor Bagnet pone las manos en los hombros de su camarada antes de que éste pueda recuperarse de su asombro y lo hace salir por la puerta de la calle, que la triunfal Judy cierra inmediatamente de un portazo. El señor George, absolutamente estupefacto, se queda un momento contemplando el aldabón. El señor Bagnet, sumido en un profundo abismo de gravedad, se pasea arriba y abajo ante la ventanita de la sala, como un centinela, y la mira cada vez que pasa; aparentemente, rumiando algo mentalmente.

—¡Vamos, Mat! —dice el señor George cuando se recupera—. Tenemos que ir a ver al abogado. ¿Qué te parece este sinvergüenza?

El señor Bagnet se detiene a echar una mirada de despedida hacia la sala y replica con un movimiento de cabeza dirigido hacia el interior:

—Si hubiera estado aquí mi viejita, ¡ya le hubiera dicho yo! —Y tras descargarse así del tema de sus cogitaciones, se pone al paso del soldado y sale en marcha con éste, hombro con hombro.

Cuando se presentan en Lincoln's Inn Fields, el señor Tulkinghorn está ocupado y

no puede recibirlos. No quiere en absoluto recibirlos, pues cuando llevan toda una hora esperando, y el pasante aprovecha la oportunidad de mencionarlo al oír que suena su campanilla, no vuelve con palabras más alentadoras sino las de que el señor Tulkinghorn no tiene nada que decirles, y que más les vale no esperar. Pero siguen esperando, con la perseverancia de la táctica militar, y por fin vuelve a sonar la campanilla y sale del despacho del señor Tulkinghorn la cliente que estaba en posesión de él.

La cliente es una anciana de buen aspecto; nada menos que la señora Rouncewell, ama de llaves de Chesney Wold. Sale del santuario con una reverencia anticuada, y cierra suavemente la puerta. La tratan con cierta deferencia, pues el pasante sale de su reclinatorio para acompañarla a la oficina externa y abrirle la puerta. La anciana le está dando las gracias por su atención cuando observa a los camaradas que esperan.

—Perdóneme, señor mío, pero ¿esos caballeros son militares?

El pasante les transmite la pregunta con una mirada, y como el señor George no se aparta de su contemplación del almanaque que hay encima de la chimenea, el señor Bagnet se ocupa de responder:

—Sí, señora. Lo hemos sido.

—Me lo parecía. Estaba segura. Caballeros, el ver a hombres como ustedes me reanima el corazón. Siempre me ocurre cuando los veo. ¡Dios los bendiga, señores! Perdonen a una vieja, pero es que un hijo mío se metió a soldado. Era un muchacho muy guapo, y muy bueno, a su aire, un tanto atrevido, aunque había quienes le hablaban mal de él a su pobre madre. Perdóneme por molestarle, caballero. ¡Que Dios les bendiga, señores!

—Igualmente, señora —le responde el señor Bagnet con toda sinceridad.

El tono de voz de la anciana tiene algo de conmovedor, así como el temblor que le recorre todo el cuerpo. Pero el señor George está tan ocupado con el almanaque que hay encima de la chimenea (quizá está calculando qué mes es el siguiente), que no vuelve la vista hasta que se ha ido ella y se ha cerrado la puerta.

—George —susurra roncamente el señor Bagnet cuando el otro por fin aparta la vista del almanaque—, ¡no estés tan triste! Ya conoces la canción: «El buen soldado, el buen soldado / no se puede entristecer!». ¡Ánimo, amigo mío!

Como el pasante ha vuelto a entrar a decir que siguen allí, y se oye que el señor Tulkinghorn replica con voz irascible: «¡Que pasen, entonces!», entran en el gran despacho del techo pintado y lo encuentra de pie ante la chimenea.

—Bueno, hombres, ¿qué quieren? Sargento, le dije la última vez que lo vi que no deseo verlo por aquí.

El sargento replica (muy abatido en los últimos minutos con respecto a su forma habitual de hablar e incluso con respecto a su porte habitual) que ha recibido esta carta, que ha ido a ver al señor Smallweed para hablar de ella y que le ha dicho que

venga aquí.

—No tengo nada que decir a usted —responde el señor Tulkinghorn—. Si contrae usted deudas, tiene que pagar sus deudas o aceptar las consecuencias. ¿Supongo que no le hará falta venir aquí para comprenderlo?

El sargento lamenta decir que no dispone del dinero.

—¡Muy bien! Entonces, el otro hombre, éste, si es él, tendrá que pagar por usted.

El sargento lamenta añadir que el otro hombre tampoco dispone del dinero.

—¡Muy bien! Entonces tendrán que pagarlo entre los dos, o si no se les denunciará a los dos, y los dos lo pasarán mal. Recibieron ustedes el dinero y tendrán que pagarlo. No se pueden ustedes embolsar las libras y los chelines y los peniques ajenos y quedarse tan tranquilos.

El abogado se sienta en su butaca y atiza el fuego. El señor George manifiesta la esperanza de que tenga la bondad de...

—Le repito, sargento, que no tengo nada que decirle. No me gustan sus amigos, y no quiero verlos por aquí. Estos asuntos no son habituales en mi bufete ni en mis actividades. El señor Smallweed tiene la bondad de ofrecerme estos asuntos, pero no son de mi especialidad. Tiene usted que ir a Melquisedec, en Clifford's Inn.

—He de presentarle mis excusas, caballero —dice el señor George— por imponer mi presencia a usted cuando usted no la desea, y le aseguro que me resulta casi tan desagradable a mí como debe serlo para usted, pero ¿podría decirle unas palabras en privado?

El señor Tulkinghorn se levanta con las manos metidas en los bolsillos y se va a uno de los salientes de las ventanas:

—¡Vamos! No tengo tiempo que perder —y al mismo tiempo que adopta esta pose de indiferencia, lanza una mirada penetrante al soldado, con cuidado de ponerse de espaldas a la ventana y de que el otro mire hacia ella.

—Bien, señor mío —dice el señor George—, la persona que está conmigo es la otra parte implicada en este lamentable asunto, aunque nominalmente, sólo nominalmente, y mi único objetivo es impedir que tenga problemas por culpa mía. Es una persona respetabilísima, con mujer e hijos; antes estaba en la Real Artillería...

—Amigo mío, se me da una higa de toda el Arma de la Real Artillería: oficiales, soldados, arzones, carros, caballos, cañones y municiones.

—Muy probable, señor. Pero a mí me importa mucho que Bagnet y su señora y su familia no se vean perjudicados por culpa mía. Y si pudiera sacarlos sanos y salvos de este asunto, no me quedaría más remedio que renunciar, sin ninguna otra consideración, a lo que deseaba usted de mí el otro día.

—¿Lo tiene usted aquí?

—Aquí lo tengo, caballero.

—Sargento —continúa diciendo el abogado con su tono monótono y

desapasionado, más difícil de afrontar que la vehemencia más desatada—, decídase usted mientras le hablo, porque esta vez es la última oportunidad. Cuando termine de hablar, habré acabado con el tema, y no voy a volver sobre él. Que quede bien claro. Puede usted dejar aquí durante unos días lo que haya traído con usted, si quiere; puede llevárselo inmediatamente, si lo prefiere. Si decide usted dejarlo aquí, puedo hacer una cosa por usted: puedo hacer que el asunto vuelva a su situación anterior, y además puedo comprometerme con usted por escrito a que jamás se moleste a este hombre, a Bagnet, en modo alguno hasta que se haya actuado contra usted a todos los niveles, y hasta que usted haya agotado todos sus medios antes de que el acreedor se ocupe de los de él. Esto equivale, prácticamente, a liberarlo a él de su obligación. ¿Ha decidido usted?

El soldado se lleva la mano al pecho, y responde con un largo suspiro:

—No me queda más remedio, caballero.

Entonces, el señor Tulkinghorn se pone las gafas, se sienta y escribe el compromiso, que lee lentamente, y se lo explica a Bagnet, el cual ha estado todo este tiempo mirando al techo, y que se ha vuelto a llevar la mano a la calva, bajo este nuevo chaparrón verbal, y parece necesitar desesperadamente a su viejita para que exprese lo que él opina. Después, el soldado se saca del bolsillo del pecho un papel doblado, que coloca de mala gana junto al codo del abogado.

—No es más que una carta con instrucciones, caballero. La última que recibí de él.

Busque usted una piedra de molino, señor George, si aspira a ver un cambio de expresión, porque antes lo hallará en ella que en la cara del señor Tulkinghorn cuando éste abre y lee la carta. La vuelve a doblar y la deja en su escritorio con un gesto tan imperturbable como el de la Muerte.

Tampoco tiene nada más que hacer o que decir, salvo hacer un gesto de asentimiento con los mismos modales frígidos y descorteses, y decir brevemente:

—Pueden irse ustedes. ¡Hagan salir a estos hombres! —que cuando salen se dirigen a comer a la residencia del señor Bagnet.

Una carne de vaca hervida con verduras constituye la variación del menú anterior de carne de cerdo hervida con verduras, y la señora Bagnet sirve la comida de la misma forma, y la sazona con el mejor de los humores, pues es esa especie rara de viejita que recibe el Bien en sus brazos sin una sugerencia de que podría ser Mejor, y percibe un rayo de luz siempre que advierte la cercanía de las tinieblas. Las tinieblas en esta ocasión son las que se ciernen sobre el ceño del señor George, que está desusadamente pensativo y deprimido. Al principio, la señora Bagnet confía en que las carantoñas combinadas de Quebec y de Malta sirvan para animarlo, pero cuando ve que estas dos señoritas advierten que en estos momentos su Bluffy no es el Bluffy que han conocido en sus juegos, despide a la infantería ligera y le permite que

maniobre a sus anchas en el campo abierto del hogar doméstico.

Pero él no maniobra a sus anchas. Mantiene el orden cerrado, sombrío y deprimido. Durante el largo proceso de limpiar y secar, cuando él y el señor Bagnet reciben sus pipas, no está mejor que durante la comida. Se le olvida fumar, contempla la chimenea y piensa, deja que se le apague la pipa, y llena el ánimo del señor Bagnet de preocupación e inquietud al mostrar que no disfruta con el tabaco.

En consecuencia, cuando reaparece por fin la señora Bagnet, sonrosada por efecto del agua caliente, que la ha reanimado, y se sienta a sus labores, el señor Bagnet gruñe:

—¡Viejita! —y le hace guiños para indicarle que averigüe qué pasa.

—¡Pero, George! —exclama la señora Bagnet, enhebrando despaciosamente su aguja—. ¡Qué desanimado estás!

—¿Ah, sí? ¿No soy buena compañía? Bueno, me temo que no.

—¡No parece Bluffy, madre! —exclama la pequeña Malta.

—Debe de ser que no se siente bien, madre —añade Quebec.

—¡Desde luego, no es buena señal eso de no parecer Bluffy, es verdad! —contesta el soldado, besando a las damiselas—. Pero es verdad, me temo que es verdad. ¡Estas pequeñas siempre tienen razón! —añade con un suspiro.

—George —dice la señora Bagnet, trabajando afanosamente—, si creyera que estás enfadado por pensar en lo que la mujer gritona de un viejo soldado (que después se hubiera podido morder la lengua, y casi hubiera debido hacerlo) te dijo esta mañana, no sé qué decirte ahora.

—Pero, querida amiga mía —replica el soldado—. Ni hablar de eso.

—Porque de verdad de la buena, George, lo que yo decía o quería decir era que te confiaba a Lignum y que estaba segura de que me lo devolverías sano y salvo. ¡Y eso precisamente es lo que has hecho!

—¡Gracias, querida amiga! —dice George—. Me alegro de que tenga usted tan alta opinión de mí.

Al dar un apretón amistoso a la mano de la señora Bagnet, en la cual tiene sus labores, pues ella está sentada a su lado, la atención del soldado se ve atraída hacia la cara de ella. Tras contemplarla un momento, mientras ella sigue cosiendo, mira hacia el joven Woolwich, que está sentado en su taburete en un rincón, y llama al flautista.

—Mira, hijo mío —dice George, atusando muy suavemente el pelo de la madre con la mano—, ahí tienes una frente amable. Llena de amor por ti, muchacho. Un poco marcada por el sol y el viento a fuerza de seguir a tu padre a todas partes y de cuidar de vosotros, pero tan fresca y tan sana como una manzana madura.

La cara del señor Bagnet expresa, en la medida en que lo permite su carácter leñoso; la mayor aprobación y aquiescencia.

—Llegará el momento, muchacho —continúa diciendo el soldado— en que el

pelo de tu madre se vuelva gris, y en que su frente esté cruzada y surcada de arrugas, y entonces será una estupenda viejecita. Ahora, cuando eres joven, preocúpate de que más adelante puedas decirte: «Yo nunca tuve la culpa de una sola de las arrugas de su frente!» Pues de toda la serie de cosas en que podrás pensar cuando seas mayor, Woolwich, ¡más te vale tener ésa en que pensar!

El señor George concluye levantándose de su silla, sentando en ella al chico junto a su madre y diciendo, con un aire un tanto apresurado, que se va un momento a la calle a fumar su pipa.

35. La narración de Esther

Estuve varias semanas enferma, y mi régimen habitual de vida se convirtió en un mero recuerdo. Pero ello no fue efecto del tiempo, sino del cambio de todos mis hábitos, impuesto por la impotencia y la inactividad de una enfermería. Antes de llevar demasiados días confinada en ella, pareció que todo se había retirado a una distancia remota, en la que existía poca o ninguna separación entre las diversas etapas de mi vida, que en realidad se habían dividido por años. Parecía que hubiera cruzado un lago sombrío y hubiera dejado todas mis experiencias, amontonadas a lo lejos, en la costa de los años de salud.

Aunque al principio me preocupaba mucho que mis deberes domésticos quedaran sin realizar, pronto quedaron tan lejos como mis antiguas funciones en Greenleaf, o las tardes de verano en que volvía de la escuela, con mi cartera bajo el brazo y mi sombra infantil a mi lado, a casa de mi madrina. Hasta entonces nunca había comprendido lo breve que era la vida en realidad, y en qué pequeño espacio podía la imaginación colocarla.

Mientras estuve muy enferma, la forma en que aquellas divisiones del tiempo se confundían las unas con las otras me inquietaba mucho. Convertida simultáneamente en una niña, una adolescente y la mujercita que había sido tan feliz, no sólo me sentía oprimida por todas las preocupaciones y todas las dificultades inherentes en cada una de esas edades, sino por la gran perplejidad de tratar incesantemente de reconciliar las unas con las otras. Supongo que serán pocos los que no hayan pasado por una circunstancia así que puedan comprender del todo lo que digo, ni la dolorosa inquietud que todo ello me causaba.

Por el mismo motivo, casi temo aludir a aquel momento de mi dolencia (pareció una larga noche, pero creo que fueron varios días y varias noches) en el que subía laboriosamente enormes escaleras, tratando siempre de llegar arriba y siempre tenía, como ya había visto yo en alguna ocasión que ocurría a algún gusano en los senderos del jardín, que volverme atrás debido a una obstrucción, y empezar de nuevo otra vez. Comprendía perfectamente a intervalos, y vagamente casi siempre, que estaba en mi cama, y hablaba con Charley, y sentía el contacto de ésta, y la reconocía muy bien, pero me oía a mí misma quejarme: «¡Otra vez esas escaleras inacabables, Charley..., cada vez más..., y llegan al cielo, creo!», y volvía a reanudar mi ascensión.

¿Osaré mencionar aquellos momentos peores en que veía enfilado en medio de un gran espacio negro un collar flamígero, o un anillo candente, o un círculo formado por una especie de estrellas, una de cuyas piezas era yo? ¿Y cuando lo único que pedía era que me separaran del resto, y cuando constituía una agonía y una desgracia tan inexplicable formar parte de aquella cosa horrible?

Quizá cuanto menos hable de aquellas experiencias de mi enfermedad, menos

aburrida y más inteligible seré. No las recuerdo para causar tristeza a otros, ni porque ahora me sienta en absoluto triste al recordarlas. Quizá si supiéramos más de esos extraños sufrimientos, podríamos aliviar mejor su intensidad.

El reposo que seguía, el largo sueño delicioso, el bendito descanso, cuando en mi debilidad me sentía demasiado calmada para preocuparme de mí misma y podría haber escuchado (o eso pienso ahora) que estaba muriéndome sin más emoción que un amor compasivo por quienes me sobrevivirían; no sé, quizá ese estado se pueda comprender mejor. En él me hallaba la primera vez que me retiré de la luz cuando ésta volvió a brillar sobre mí, y comprendí con una alegría sin límites, para expresar la cual no existen suficientes palabras de regocijo, que iba a recuperar la vista.

Había oído cómo Ada lloraba ante mi puerta día y noche; la había oído exclamar que yo era cruel y no la quería; la había oído rogar e implorar que se la dejara entrar a ser mi enfermera y cuidarme y no volver a apartarse de mi lecho, pero cuando yo podía hablar, no decía más que: «¡Jamás, cariño mío, jamás!», y había recordado a Charley una vez tras otra que tenía que impedir la entrada de mi niña en mi habitación, tanto si yo vivía como si moría. Charley me había sido fiel en mi hora de necesidad, y con su mano diminuta y su corazón de gigante había mantenido cerrada la puerta.

Pero ahora, a medida que iba recuperando la vista y que cada día me llegaba más plena y brillante la gloriosa luz, ya podía leer las cartas que me escribía todas las mañanas y las tardes mi niña, y podía llevármelas a los labios y poner en ellas mi mejilla sin temor de hacerle daño a ella. Podía ver cómo mi doncellita recorría las dos habitaciones poniéndolo todo en orden, y cómo volvía a hablar animadamente con Ada por la ventana que se había vuelto a abrir. Podía comprender el silencio de la casa, y la delicadeza que éste revelaba por parte de todos los que siempre habían sido tan buenos conmigo. Podía llorar por la exquisita felicidad que sentía en mi corazón, y sentirme tan feliz en mi debilidad como antes me había sentido en mi vigor.

Poco a poco empecé a recuperar fuerzas. En lugar de quedarme echada con aquella calma tan extraña, observando lo que hacían por mí, como si lo estuvieran haciendo por otra persona a la que yo compadeciera en silencio, empecé a ayudar un poco, y poco a poco cada vez más, hasta que empecé a valerme por mí misma, y me interesé y volví a sentir apego a la vida.

¡Qué bien recuerdo la agradable tarde en la que por primera vez me erguí sobre las almohadas en mi lecho para disfrutar de un estupendo té con Charley! La criaturita (sin duda enviada al mundo para cuidar de los débiles y de los enfermos) estaba tan contenta y tan ocupada, y se detenía tantas veces en sus preparativos para ponerme la cabeza en mi seno y acariciarme y llorar con lágrimas de alegría de lo feliz que se sentía, lo feliz que se sentía, que me vi obligada a decir: «¡Charley, si sigues así tendré que recostarme otra vez, cariño mío, porque será que estoy más

débil de lo que yo pensaba!»). Entonces, Charley se quedó más silenciosa que un ratón y fue con su cara radiante acá y allá por las dos habitaciones, saliendo de la sombra a la bendita luz del sol, y del sol a la sombra, mientras yo la contemplaba en paz. Cuando terminaron todos sus preparativos y estuvo lista ante mi lecho la bonita mesita del té, con sus golosinas para tentarme, con su mantelito blanco y sus flores, y todo lo que me había preparado con tanto cariño Ada en el piso de abajo, me sentí segura de tener suficientes fuerzas para decirle a Charley algo que llevaba un tiempo pensando.

Primero felicité a Charley por cómo se hallaba la habitación, que verdaderamente estaba tan fresca y ventilada, tan inmaculada y ordenada, que apenas si me podía imaginar que hubiera llevado yo tanto tiempo enferma. Aquello le encantó a Charley, cuya cara estaba más reluciente que nunca.

—Pero Charley —dije, mirando en mi derredor—, estoy segura de que me falta algo a lo que estoy acostumbrada.

La pobrecita Charley miró también en su derredor y meneó la cabeza, como si no se diera cuenta de que faltaba algo.

—¿Están todos los cuadros igual que antes? —le pregunté.

—Todos, señorita —dijo Charley.

—¿Y los muebles, Charley?

—Menos los que he movido para dejar más espacio, señorita.

—Sin embargo —dije—, echo de menos algunas de las cosas conocidas. ¡Ah, ya sé lo que es, Charley! Es el espejo.

Charley se levantó de la mesa, como si se le hubiera olvidado algo, y se fue al cuarto de al lado, y desde allí escuché sus gemidos.

Yo ya había pensado muchas veces en aquello. Ahora estaba segura. Podía dar gracias a Dios porque no me iba a llegar de sorpresa. Dije a Charley que volviera, y cuando volvió (al principio fingiendo una sonrisa, pero poniendo cara de pena a medida que se me iba acercando), la tomé en mis brazos, y le dije:

—No importa, Charley. Espero poder arreglármelas muy bien sin mi antigua cara.

Ya estaba yo lo bastante bien como para sentarme en una butaca e incluso para avanzar tambaleante hasta el cuarto de al lado, apoyada en Charley. También allí había desaparecido el espejo de su lugar habitual, pero no por ello era más duro soportar lo que me tocaba soportar.

Mi Tutor había deseado visitarme en todos los momentos, y ahora ya no había ningún motivo para que yo me negara aquella dicha. Vino una mañana, y cuando entró no pudo hacer más que abrazarme y decir: «¡Hija mía, querida!» Yo sabía desde hacía mucho tiempo (¿y quién iba a saberlo mejor que yo?) cuán generoso era el manantial de afecto y generosidad que manaba de su corazón, ¿y no quedaban mis triviales sufrimientos y cambios compensados por ocupar un lugar así en él? «¡Sí!»,

pensé. «Me ha visto, y me quiere más que antes; me ha visto, y me tiene todavía más cariño que antes, ¿cómo me voy a lamentar?».

Se sentó a mi lado en el sofá, e hizo que me apoyara en su brazo. Se quedó un rato tapándose la cara con la mano, pero cuando la apartó, recuperó su comportamiento de costumbre: es imposible que jamás haya habido, que jamás pueda haber, comportamiento más agradable.

—Mujercita —dijo—, qué momentos tan tristes hemos pasado. ¡Y qué mujercita tan inflexible has sido todo este tiempo!

—Pero con razón, Tutor —respondí.

—¿Con razón? —preguntó cariñosamente—. Claro, con razón. Pero ahí estábamos Ada y yo, totalmente abandonados y entristecidos, ahí estaba tu amiga Caddy, que iba y venía a todas horas, ahí estaba toda la gente de la casa, totalmente desolada y compungida, ahí estaba el pobre Rick, que esperaba y escribía (¡y me escribía a mí!), de ansiedad por ti.

Sabía lo de Caddy por las cartas de Ada, pero nada de Richard. Se lo dije.

—Bueno, querida mía —me contestó—, es que pensé que era mejor no mencionárselo a ella.

—¿Y dice usted que le ha estado escribiendo a *usted*? —pregunté, repitiendo la forma en que había subrayado él sus palabras—. ¡Como si no fuera natural que lo hiciese, Tutor, como si tuviera un mejor amigo al que escribir!

—Él cree que sí, amor mío —replicó mi Tutor—, y muchos. La verdad es que me escribió muy a su pesar, porque no podía escribirte a ti con esperanza alguna de respuesta; me escribió en tono frío, altivo, distante, resentido. Bueno, mujercita querida, tenemos que considerarlo con tolerancia. No es culpa suya. Jarndyce y Jarndyce lo ha sacado de sus casillas, y me ha pervertido a sus ojos. Sé que ha tenido ese mismo efecto en muchas ocasiones. Creo que si intervinieran en el asunto dos ángeles, también les cambiaría el carácter.

—A usted no se lo ha cambiado, Tutor.

—Ay, sí que me lo ha cambiado, cariño —dijo él, riéndose—. Ha hecho que el viento del Mediodía sople de Levante. No podría decirte con cuánta frecuencia. Rick no se fía, y sospecha de mí: va a ver abogados, que le enseñan a desconfiar y sospechar de mí. Oye decir que tengo intereses conflictivos con los suyos, que mis aspiraciones están en conflicto con las suyas, y lo que quieras. Mientras que el Cielo sabe que si yo pudiera escapar a las montañas de peluconeo en las que por desgracia lleva tanto tiempo enterrado mi apellido (cosa que no puedo hacer), o si pudiera eliminarlas mediante la extinción de mi propio derecho inicial (cosa que tampoco puedo hacer, y creo que no hay poder humano que pueda hacer, hasta tal punto hemos llegado), lo haría inmediatamente. Preferiría que Rick recuperase su carácter verdadero antes que gozar de todo el dinero que los pleiteantes muertos, destrozados

en cuerpos y almas en la rueda de la Cancillería, han dejado sin reclamar ante el Contable General, y te aseguro, querida mía, que ese dinero bastaría para erigir una pirámide en memoria de la perversidad transcendental de la Cancillería.

—¿Es posible, Tutor, que Richard pueda tener sospechas de usted? —pregunté, sorprendida.

—Ay, amor mío, amor mío —dijo él—, es propio del sutil empozoñamiento de esos abusos incubar esas enfermedades. Tiene una infección de la sangre, y a sus ojos los objetos pierden sus aspectos naturales. No es culpa *de él*.

—Pero es una desgracia terrible, Tutor.

—Mujercita, lo que es una desgracia terrible es verse alguna vez succionado por la influencia de Jarndyce y Jarndyce. No conozco desgracia peor. Poco a poco, Rick se ha visto inducido a confiar en esa mala hierba, que comunica una parte de su maldad a todo lo que la rodea. Pero vuelvo a decir de todo corazón que hemos de tener paciencia con el pobre Rick y no echarle la culpa. ¡Cuántos corazones sanos no habré visto yo corrompidos por ese mismo medio!

No pude por menos de expresar algo de mi sorpresa y de mi pesar por el hecho de que sus intenciones tan benévolas y desinteresadas hubiesen valido de tan poco.

—No digamos eso, señora Durden —replicó en tono animado—. Creo que Ada está más contenta, de manera que eso llevamos de ganado. Creí que yo y los dos muchachos podríamos ser amigos, en lugar de enemigos desconfiados, y que en eso podríamos vencer al pleito, y ser lo bastante fuertes como para resistirnos a él. Pero era demasiado esperar. Jarndyce y Jarndyce fueron las cortinas de la cuna de Rick.

—Pero, mi querido Tutor, ¿no podemos esperar que un poco de experiencia le demuestre lo malo que es todo eso?

—Podemos *esperarlo*, Esther mía —dijo el señor Jarndyce—, y que esa experiencia no le llegue demasiado tarde. En todo caso, no debemos ser demasiado duros con él. Ahora mismo no hay demasiados hombres mayores y maduros que, si se vieran metidos en ese mismo Tribunal con otros pleiteantes, no se verían cambiados vitalmente y depreciados al cabo de tres años..., de dos..., de uno. ¿Cómo puede sorprendernos lo que le ocurre al pobre Rick? Un joven tan infortunado —y aquí bajó el tono de la voz, como si estuviera pensando en voz alta— que al principio no puede creer (y, ¿quién podría creerlo?) que la Cancillería es lo que es. Espera de ella, febril y esporádicamente, que haga algo por sus intereses y resuelva sus problemas. Ella le da largas, lo desilusiona, lo somete a pruebas y torturas; va limando sus esperanzas y su paciencia optimistas, gota a gota; pero él sigue esperando que ella haga algo, lo ansía y se encuentra con que todo su mundo es traicionero y huero. ¡Bien, bien, bien! ¡Basta ya de estas cosas, cariño mío!

Durante todo aquel tiempo me había tenido apoyada contra sí, y su ternura me resultaba algo tan precioso que apoyé la cabeza en su hombro y lo amé como si

hubiera sido mi padre. No sé cómo, en aquel momento decidí en mi fuero interno ir a ver a Richard cuando me sintiera más fuerte para aclararle la realidad de las cosas.

—Hay temas mejores que ése —dijo mi Tutor para un momento tan feliz como el de la recuperación de nuestra querida muchachita. Y se me ha encargado que abordara uno de ellos en cuanto pudiera iniciar una conversación. ¿Cuándo puede Ada venir a verte, hija mía?

También yo había estado pensando en aquello. Un poco en relación con los espejos desaparecidos, pero no demasiado, pues sabía que mi niñita no cambiaría porque mi cara hubiera cambiado.

—Querido Tutor —dije—, como hace tanto tiempo que se lo tengo prohibido, aunque la verdad es que para mí es como la luz del día...

—Lo sé muy bien, señora Durden, muy bien.

Era tan bueno, su contacto expresaba una compasión y un afecto tan entrañables, y el tono de su voz me confortaba de tal modo el corazón, que me detuve un momento, porque no podía seguir. Me dijo:

—Ya sé, ya sé, estás cansada. Descansa un rato.

—Como hace tanto tiempo que tengo apartada a Ada —volví a empezar al cabo de un rato—, creo que me gustaría seguir sola algún tiempo, Tutor. Lo mejor sería que me alejara durante algún tiempo antes de volver a verla. Si Charley y yo pudiéramos irnos a una posada en el campo en cuanto yo pueda viajar, y si pudiera pasar allí una semana, para ir recuperando las fuerzas y respirar el aire libre, y contemplar la dicha de volver a ver a Ada, creo que sería lo mejor para todos.

Espero que no fuera mezquino por mi parte el desear irme acostumbrando a los cambios producidos en mí antes de enfrentarme a la mirada de la niñita a la que tan ardientemente deseaba volver a ver, pero es verdad. Eso es lo que deseaba. Estoy segura de que él me comprendió, pero no era eso lo que temía yo. Si hubiera sido una mezquindad, estoy segura de que él lo habría comprendido.

—Nuestra mujercita mimada —dijo mi Tutor— hará lo que desea, incluso cuando se muestra inflexible, aunque sé que esto costará algunas lágrimas en el piso de abajo. ¡Y fíjate! Aquí está Boythorn, el espíritu de la caballería andante, que jura en términos tan feroces que jamás se podrían transcribir, que si no vas a ocupar toda su casa, que él ha dejado vacía expresamente para eso, ¡por el Cielo y por la Tierra que la derribará y no dejará un ladrillo sobre otro!

Y mi Tutor me puso en la mano una carta, que no comenzaba normalmente diciendo «Querido Jarndyce», sino que se lanzaba directamente a decir: «Juro que si la señorita Summerson no viene a tomar posesión de mi casa, que dejo vacía para ella en el día de hoy a la una de la tarde», y después con toda seriedad y en los términos más enfáticos pasaba a hacer la extraordinaria declaración que había citado mi Tutor. No por reírnos por su contenido apreciamos menos al autor, y decidimos que al día

siguiente le enviaría yo una carta de agradecimiento y aceptación de su oferta. A mí me parecía muy agradable, porque de todos los sitios que se me podían ocurrir, a ninguna me apetecía tanto ir como a Chesney Wold.

—Y ahora, mujercita —dijo mi Tutor mirando al reloj—, antes de subir aquí me dieron una hora fija, porque no tienes que cansarte demasiado, y he agotado mi tiempo hasta el último minuto. Me queda una última petición: la pobre señorita Flite, al oír el rumor de que estabas enferme, se ha venido sin más, a pie (20 millas, pobrecilla, con un par de zapatillas de baile), a ver cómo estabas. Gracias a Dios estábamos en casa, porque si no se hubiera vuelto a pie.

¡La conspiración de siempre para hacerme feliz! ¡Parecía que todo el mundo estuviera implicado en ella!

—Y ahora, cariño mío —dijo mi Tutor—, si no te resultara fatigoso permitir que te viniera a ver una tarde esa personilla inofensiva, antes de salvar a la casa de Boythorn (que por lo demás está muy apegado a ella) de la demolición, ¡creo que la dejarías más orgullosa y más complacida consigo mismo de lo que pudiera hacer yo (pese a que mi eminente apellido es Jarndyce) en toda mi vida!

No me cabe duda de que él comprendía que habría algo en la simple imagen de aquella pobre víctima que me penetraría la mente como una lección amable en aquellos momentos. Lo advertí mientras me hablaba. No pude decirle con suficiente sinceridad lo dispuesta que estaba yo a recibirla. Siempre le había tenido compasión, y nunca tanta como ahora. Siempre me había sentido contenta de mi humilde capacidad para confortarla en sus calamidades, pero nunca, ni la mitad de contenta que ahora.

Decidimos una fecha para que viniera la señorita Flite en la diligencia a compartir mi tempranera cena. Cuando se marchó mi Tutor, apoyé la cabeza en el sofá y recé para que se me perdonara si, pese a estar rodeada de tantas bendiciones, me había exagerado a mí misma la pequeña prueba que había tenido que sufrir. Me volvió a la mente la oración infantil de aquel antiguo cumpleaños, cuando había aspirado a ser industriosa, alegre y leal, y hacerle algo de bien a alguien, y lograr que alguien me quisiera, con una sensación de reproche al recordar de cuanta felicidad había gozado desde entonces, y todos los corazones afectuosos que se habían vuelto hacia mí. Si ahora me mostraba débil, ¿de qué me habían servido todas aquellas bendiciones? Repetí la vieja plegaria infantil con sus viejas palabras infantiles y vi que no había perdido su vieja capacidad para tranquilizarme.

Ahora mi Tutor venía a verme todos los días. Al cabo de una semana o poco más, yo podía pasearme por nuestras dos habitaciones y sostener largas conversaciones con Ada, desde detrás de la cortina de la ventana, pero nunca la veía, porque todavía no me atrevía a mirar aquella cara tan bianamada, aunque hubiera podido hacerlo fácilmente sin que ella me viera a mí.

El día designado llegó la señorita Flite. La pobrecilla entró corriendo en mi habitación, olvidándose totalmente de su habitual dignidad, y gritando desde el fondo de su corazón: «¡Mi querida Fitz-Jarndyce!», se me lanzó al cuello y me besó veinte veces.

—¡Dios mío! —dijo llevándose la mano al ridículo—, no llevo más que documentos, mi querida Fitz-Jarndyce; tengo que pedirle prestado un pañuelo. Charley le pasó uno, y aquella buena mujer desde luego lo necesitaba, porque se lo llevó a los ojos con ambas manos y se quedó sentada, derramando lágrimas durante los diez minutos siguientes.

—Es la alegría, mi querida Fitz-Jarndyce —explicó cuidadosamente—. No tengo el menor pesar. La alegría de volverla a ver recuperada. La alegría de tener el honor de que se me permita verla a usted. Hija mía, le tengo a usted mucho más cariño que al Canciller. Aunque *es verdad* que acudo regularmente al Tribunal. A propósito, querida mía, hablando de pañuelos...

Y entonces la señorita Flite miró a Charley, que había ido a recibirla al punto de parada de la diligencia. Charley me lanzó una mirada, y pareció que no sentía deseos de hacer caso de la sugerencia.

—E-xac-ta-men-te —dijo la señorita Flite—, perfec-to. ¡Eso es! Ya sé que es muy indiscreto por mi parte mencionarlo, pero mi querida señorita Fitz-Jarndyce, me temo que a veces (dicho sea entre nosotras, usted me entiende), divago un poco —dijo la señorita Flite, llevándose la mano a la frente—. Nada más.

—¿Qué iba usted a decirme? —pregunté con una sonrisa, pues vi que quería continuar—. Me ha despertado usted la curiosidad, y ahora tiene que satisfacerla.

La señorita Flite miró a Charley como para pedirle consejo en aquella importante grave crisis, y Charley le dijo:

—Señora, con su permiso, es mejor que se lo diga usted —lo cual agradó enormemente a la señorita Flite.

—Nuestra amiguita es muy sagaz —me dijo con su habitual aire misterioso—. Diminuta ¡pero muy sa-gaz! Bueno, hija mía, es una anécdota muy bonita. Nada más. Pero me parece encantadora, ¿quién te crees que nos ha seguido por el camino desde la diligencia, hija mía, más que una pobrecilla con un sombrero muy feo...?

—Jenny, con su permiso, señorita —interpuso Charley.

—¡Exactamente! —aprobo la señorita Flite con la mayor placidez—. Jenny. ¡Eso es! Y, ¿qué le dice a nuestra joven amiga más que a su casita ha venido una dama con velo a preguntar cómo está de salud mi querida Fitz-Jarndyce, y a llevarse un pañuelito como una especie de recuerdo?, ¡sólo porque había pertenecido a mi encantadora Fitz-Jarndyce! ¡Verdaderamente, me parece encantador por parte de la señora del velo!

—Con su permiso, señorita —dijo Charley, a quien había mirado yo un tanto

sorprendida—, Jenny dice que cuando murió su bebé usted le dejó un pañuelo y que ella lo conservó y lo dejó con las cositas del bebé. Creo, con su permiso, que en parte fue porque era de usted, señorita, y en parte porque había servido para tapar al bebé.

—Diminuta —susurró la señorita Flite, con una serie de gestos en torno a su propia frente para expresar la capacidad intelectual de Charley—. ¡Pero sa-ga-cí-si-ma! ¡Tan clara! ¡Hija mía, se expresa con más claridad que ninguno de los abogados que he oído en mi vida!

—Sí, Charley —dije yo—. Ya me acuerdo. Y, ¿qué pasó?

—Bueno, señorita —siguió Charley—, ése fue el pañuelo que se llevó la señora. Y Jenny quiere que sepa usted que ella no se hubiera deshecho de él ni por un montón de dinero, pero que la señora se lo llevó y le dejó algo de dinero. Pero Jenny no la conoce, con su permiso, señorita.

—Y, ¿quién podrá ser? —pregunté.

—Hija mía —sugirió la señorita Flite, llevándome la boca al oído con la más misteriosa de sus miradas—, a mi juicio (y no se lo mencione a nuestra diminuta amiga), es la esposa del Lord Canciller. Ya sabe usted que está casado Y tengo entendido que le hace la vida imposible. ¡Le aseguro que tira al fuego los papeles de Su Señoría si el Canciller no paga al joyero!

En aquel entonces no pensé demasiado en la señora, pues tenía la impresión de que podría tratarse de Caddy. Además, me distraía la atención nuestra visitante, que había llegado con frío de su viaje y parecía tener hambre, y que, cuando nos trajeron la cena, necesitó algo de ayuda para ataviarse con gran satisfacción con un chal lamentablemente viejo y un par de guantes muy gastados y cosidos varias veces, que se había traído consigo en un hatillo de papel. Además, tuve que presidir la cena, consistente en un plato de pescado, un ave asada, mollejas, verduras, un flan y vino de Madeira, y me resultó tan agradable ver cómo disfrutaba con todo aquello, y la pompa y la ceremonia con que le hacía los honores, que al cabo de poco no pude pensar en otra cosa.

Cuando terminamos, con el postre ante nosotras, adornado por las manos de mi niña, que no permitía a nadie más supervisar la preparación de todo lo que me daban, la señorita Flite estaba tan charlatana y tan contenta que pensé en volver a llevarla a su anécdota anterior, ya que tanto le agradaba hablar de sí misma. Empecé diciendo:

—¿Hace muchos años que conoce usted al Lord Canciller, señorita Flite?

—Ay, muchos, muchísimos años, hija mía. Pero estoy esperando un veredicto. Dentro de poco.

Incluso aquellas palabras esperanzadas reflejaban tal preocupación que me hizo dudar si había hecho bien en referirme al tema. Creí que no debía volver a mencionarlo.

—Mi padre esperaba un veredicto —dijo la señorita Flite—. Mi hermano. Mi

hermana. Todos esperaban un veredicto. El mismo que espero yo.

—Todos han...

—Sí-í. Han muerto, hija mía, claro está —dijo. Cuando vi que iba a continuar, pensé que lo mejor era hacerle un favor atacando directamente el tema, en lugar de eludirlo.

—Y, ¿no sería más prudente dejar de esperar ese veredicto? —pregunté.

—¡Pero, hija mía, claro que lo sería! —respondió inmediatamente.

—¿Y dejar de asistir al Tribunal?

—También, claro —me contestó—. Resulta muy cansado estar siempre en espera de algo que no llega nunca, mi querida Fitz-Jarndyce. ¡Le aseguro que cansa a no poder más!

Me mostró un brazo, que verdaderamente estaba delgadísimo.

—Pero, hija mía —continuó con su tono de misterio—, ese lugar ejerce un atractivo misterioso. ¡Chist! No se lo mencione a nuestra diminuta amiga cuando vuelva. Puede darle miedo. Y con razón. El lugar ejerce un atractivo cruel. Es *imposible* dejarlo. Y *hay que* tener esperanza. Traté de convencerla de que no era así. Me escuchó con paciencia y con una sonrisa, pero ya tenía su propia respuesta preparada:

—¡Claro, claro, claro! Es lo que cree usted porque yo divago un tanto. Con-funden mucho las divagaciones, ¿no? Claro que con-funden. La cabeza. Lo sé. Pero, hija mía, yo llevo muchos años yendo allí, y me he dado cuenta. Es la Maza y el Sello que hay encima de la mesa [76].

Le pregunté sin presionarla qué por qué era aquello.

—Absorben —me contestó la señorita Flite—. Absorben a las gentes, hija mía. Les absorben la paz. Les absorben el sentido común. Les absorben hasta el aspecto. Hasta todas sus buenas cualidades. A veces he sentido que incluso me absorben por la noche. ¡Diablos fríos y relucientes!

Me dio varios golpecitos en el brazo mientras asentía bienhumorada, como si sintiera grandes deseos de hacerme comprender que no había ningún motivo para tenerle miedo a ella, pese al tono sombrío que empleaba, y a los terribles secretos que me confiaba.

—Veamos —me dijo—; voy a contarle mi propio caso. Antes de que me absorbieran (antes de que si siquiera los viera), ¿qué es lo que hacía yo? ¿Tocaba la pandereta? No. El tambor. Yo y mi hermana hacíamos bordados de tambor. Nuestro padre y nuestro hermano trabajaban en la construcción. Vivíamos todos juntos. ¡Y éramos muy respetables, hija mía! El primero al que absorbieron fue mi padre..., lentamente. Con él absorbieron nuestra casa. Al cabo de unos años se había convertido en un hombre enfurecido, amargado, caído en quiebra, sin una palabra amable ni una mirada amable para nadie. Y antes era tan distinto, Fitz-Jarndyce. Lo

absorbieron hasta llevarlo a una prisión por deudas. Murió en ella. Después mi hermano se vio absorbido (rápidamente) hasta caer en la bebida. A la miseria. Y a la muerte. Después absorbieron a mi hermana. ¡Chist! ¡No me pregunte a dónde la llevaron! Después yo caí enferma y en la miseria, y oí decir, como había oído decir tantas veces antes, que todo ello era obra de la Cancillería. Cuando me puse mejor, fui a ver al Monstruo. Y entonces averigüé cómo era, y me sentí absorbida hasta quedarme allí.

Tras terminar su propia y breve narración, al pronunciar la cual había hablado en voz baja y tensa, como si todavía tuviera recientes aquellas impresiones, recuperó gradualmente su aire habitual de importancia amistosa.

—¡No me acaba usted de creer del todo, querida niña! ¡Bueno, bueno! Ya me creerá algún día. Ya sé que divago un poco. Pero lo he advertido. He visto llegar muchas caras nuevas que no sospechaban nada, y que se han visto absorbidas por la influencia de la Maza y el Sello, en todos estos años. Como le ocurrió a mi padre. Y a mi hermano. Y a mi hermana. Y a mí misma. Escucho como Kenge el Conversador y todos éstos dicen a las caras nuevas: «Ahí está la señorita Flite. Vamos, usted es nuevo aquí, ¡tenemos que presentarle a la señorita Flite!». Muy bien. ¡Seguro es un gran placer para mí tener el honor! Y todos nos reímos. Pero, Fitz-Jarndyce, sé lo que va a ocurrir. Sé mucho mejor que ellos mismos cuándo empieza la atracción. Conozco los indicios, hija mía. Los vi empezar en Gridley. Y los vi terminar. Mi querida Fitz-Jarndyce —y volvió a hablar en voz baja—. Los he visto empezar en nuestro amigo el Pupilo de Jarndyce. Que alguien lo frene. O la absorción lo llevará a la ruina.

Se quedó mirándome en silencio un momento, mientras el gesto se le iba suavizando gradualmente hasta convertirse en una sonrisa. Como aparentemente temía haber estado demasiado sombría, y además también parecía que se le iba olvidando el tema, dijo cortésmente mientras bebía lentamente su vaso de vino:

—Sí, hija mía. Como le decía, estoy esperando un veredicto. Dentro de poco. Entonces, ya sabe, soltaré a mis pájaros y conferiré mercedes.

Me sentí muy impresionada por su alusión a Richard, y por el triste mensaje, tan claramente ilustrado por su cuerpecillo encogido, que se revelaba en medio de sus incoherencias. Pero, afortunadamente para ella, estaba otra vez muy contenta y radiante, llena de gestos y de sonrisas.

—Pero, hija mía —me dijo alegremente, alargando la otra mano para ponerla en una de las mías—, no me ha felicitado usted por mi médico. ¡Vamos, no ha dicho ni una palabra!

Me vi obligada a confesar que no sabía exactamente de qué estaba hablando.

—De mi médico, el señor Woodcourt, hija mía, que ha sido tan atento conmigo. Aunque me prestó sus servicios de forma totalmente gratuita. Hasta el día del veredicto. Me refiero al *veredicto* que disolviera el hechizo al que me tienen sometida

la Maza y el Sello.

—El señor Woodcourt está ahora tan lejos —dije—, que pensé que ya no era el momento de felicitarla, señorita Flite.

—Pero, hija mía —replicó—, ¿es posible que no sepa usted lo que ha pasado?

—No.

—¡Pero si todo el mundo ha estado hablando de lo mismo, mi querida Fitz-Jarndyce!

—No —repetí—. Olvida usted cuánto tiempo llevo sin salir de aquí.

—¡Es verdad! Hija mía, por un momento... Es verdad. Es culpa mía. Pero la memoria, y todo lo demás, me ha quedado absorbida por culpa de lo que le he dicho. Una influencia e-nor-me, ¿no? Bueno, hija mía, ha habido un naufragio terrible en esos mares de las Indias orientales.

—¡Ha naufragado el señor Woodcourt!

—No se agite, hija mía. Está sano y salvo. Una me escena terrible. La muerte en todas sus formas. Centenares de muertos y de moribundos. Incendio, tormenta, oscuridad. Montones de gente a punto de ahogarse encuentran una peña. Allí y en todo momento mi querido médico se portó como un héroe. Tranquilo y valiente en toda circunstancia. Salvó muchas vidas, no se quejó ni una vez de hambre ni de sed. ¡Dio a los desnudos su propia ropa, tomó la iniciativa, les indicó qué hacer, los organizó, cuidó de los enfermos, enterró a los muertos y por fin llevó a lugar seguro a los pobres supervivientes! Hija mía, los pobres, que estaban al borde de la inanición, prácticamente lo adoraban. Cuando llegaron a tierra se echaron a sus pies y lo bendijeron. Todo el país habla de ello. ¡Un momento! ¿Dónde está mi bolso de documentos? Aquí lo tengo, para que lo lea usted, ¡y va a leerlo!

Y efectivamente leí toda aquella historia llena de nobleza, aunque con gran lentitud y de manera imperfecta, porque tenía los ojos tan cargados de lágrimas que no podía distinguir las letras, y lloré tanto que me vi obligada a soltar muchas veces de las manos el largo relato que la señorita Flite me había recortado del periódico. Me sentí tan orgullosa de haber conocido al hombre que había realizado tales actos de valor y generosidad, me sentí tan emocionada por su fama, admiré y adoré tanto lo que había hecho que envidié a las víctimas de la tempestad que se habían echado a sus pies y lo habían bendecido por salvarlos. Yo misma, que estaba tan lejos, hubiera podido ponerme de rodillas para bendecirlo, tan encantada estaba de que efectivamente fuera tan bueno y tan valiente. Pensé que nadie, ni madre, ni hermana, ni esposa, podía honrarlo más que yo. ¡Sí, lo pensé!

Mi pobre visitante me regaló el artículo, y cuando se levantó al empezar a caer la tarde, porque no quería perder la diligencia que la iba a llevar a casa, todavía seguía hablando del naufragio, mientras yo todavía no había podido tranquilizarme lo bastante para comprender todos los detalles de lo ocurrido.

—Hija mía —me dijo la señorita Flite mientras doblaba cuidadosamente su chal y sus guantes—, a mi valiente médico le deberían dar un Título. Y sin duda se lo darán. ¿Qué opina usted?

Que merecía uno, sí. Que jamás se lo fueran a dar, no.

—¿Por qué no, Fitz-Jarndyce? —preguntó con cierta severidad.

Dije que en Inglaterra no existía la costumbre de conferir títulos a hombres que se distinguieran por servicios de paz, por buenos y grandes que fueran, salvo alguna vez, cuando consistían en la acumulación de grandes sumas de dinero.

—Pero, Dios mío —dijo la señorita Flite—, ¿cómo puede usted decir eso? Sin duda debe de saber, hija mía, que las mayores glorias de Inglaterra en conocimientos, imaginación, humanitarismo activo y mejoras de toda suerte ingresan en su nobleza! Mire a su alrededor, hija mía, y reflexione. ¡Creo que ahora es usted la que divaga un poquito, si no sabe que ése es el motivo por el que siempre habrá títulos en este país!

Me temo que ella se creía lo que estaba diciendo, porque había momentos en que efectivamente estaba completamente loca.

Y ahora debo revelar el pequeño secreto que he estado tratando de mantener hasta ahora. A veces había pensado que el señor Woodcourt me amaba, y que si hubiera sido más rico, quizá me hubiera dicho que me amaba antes de irse. Y a veces había pensado que si lo hubiera hecho, yo me habría alegrado. ¡Pero cuánto mejor era ahora que no hubiera pasado jamás! ¡Cómo habría sufrido yo de haberle tenido que escribir y decirle que la pobre cara que él había conocido como mía no existía ya y que lo liberaba plenamente de su promesa, dada a alguien a quien no había visto nunca!

¡Era mucho mejor así! Como, piadosamente, se me había evitado un gran dolor, podía guardar en mi corazón mi infantil plegaria de llegar a ser todo lo que él había ya demostrado ser, y no había nada que deshacer: ninguna cadena que romper yo ni que arrastrar él, y podía recorrer, con la ayuda de Dios, mi humilde camino por la senda del deber cumplido, mientras que él podía seguir un camino más noble por una senda más ancha y aunque hiciéramos el camino por separado, yo podía aspirar a encontrarme con él, de manera altruista e inocente, mucho mejor de lo que le había parecido, al final del recorrido, que cuando me contemplaba con algún favor.

36. Chesney Wold

Charley y yo no salimos solas en nuestra expedición a Lincolnshire. Mi Tutor estaba decidido a no perderme de vista hasta que yo llegara sana y salva en casa del señor Boythorn, así que nos acompañó en el viaje, y pasamos dos días en el camino. Cada bocanada de aire, cada olor, cada flor y cada hoja y cada tallo de hierba y cada nube que pasaba, y todo lo que contenía la naturaleza me resultaban más bellos y más maravillosos que nunca. Era lo primero que recuperaba desde mi enfermedad. ¡Qué poco había perdido, cuando el mundo estaba tan lleno de delicias!

Como mi Tutor pretendía volverse a marchar inmediatamente, durante el camino decidimos en qué fecha podía venir a verme mi ángel. Le escribí una carta, que mi Tutor se encargó de llevarle, y efectivamente se marchó una hora después de haber llegado a nuestro destino, en una tarde magnífica de principios de verano.

Si un hada buena me hubiera construido aquella casita con un toque de su varita mágica, y yo hubiera sido una princesa y su ahijada favorita, no me hubieran podido hacerme sentir más mimada. Me habían hecho tantos preparativos, y me mostraron recordar tan entrañablemente todos mis pequeños gustos y preferencias, que hubiera podido sentarme, abrumada, una docena de veces antes de volver a ver la mitad de los aposentos. Pero me resultó mejor, por el contrario, mostrárselos todos a Charley. El placer de Charley calmó el mío, y tras darnos un paseo por el jardín, y cuando Charley agotó su vocabulario de expresiones de admiración, me sentí tan plácidamente feliz como era posible. Me resultó muy reconfortante decirme después del té: «Esther, hija mía, creo que eres lo bastante sensata como para sentarte ahora a escribir una nota de agradecimiento a tu anfitrión». Éste me había dejado una nota de bienvenida, tan luminosa como su propio rostro, y había confiado su pájaro a mi cuidado, cosa que yo sabía era la mayor muestra de confianza que podía hacerme. En consecuencia le escribí una esquila a su dirección de Londres, para decirle qué aspecto tenían todos sus árboles y plantas favoritos, y cómo el más asombroso pájaro del mundo me había cantado los honores de la casa con gran hospitalidad, y cómo después de sentarse a cantar en mi hombro, para gran delicia de mi doncellita, estaba ahora dormido en su lugar habitual de la jaula, aunque no podía decirle si estaba soñando o no. Una vez terminada mi nota y enviada al correo, me ocupé de deshacer las maletas y ordenar las cosas, y envié a Charley a la cama tempranito, y le dije que aquella noche ya no la necesitaría más.

Porque todavía no me había mirado en el espejo, y nunca había pedido que me devolvieran el mío. Sabía que aquella era una debilidad que había de superar, pero siempre me había dicho que ya me enfrentaría con ella cuando llegara adonde me encontraba ahora. Por eso había querido quedarme a solas, y por eso ahora, a solas, me dije en mi propia habitación: «Esther, si aspiras a ser feliz, si quieres tener algún

derecho a ser leal, tienes que mantener tu palabra, hija mía». Estaba totalmente decidida a mantenerla, pero primero me senté un rato a reflexionar sobre todas las cosas en las que era afortunada. Y después dije mis oraciones y recé algo más.

No me habían cortado el pelo, aunque varias veces estuve en peligro de ello. Lo tenía largo y abundante. Me lo solté y lo sacudí y después me dirigí al espejo que había encima del tocador. Por encima le habían puesto una cortinilla de muselina. La descorrí y me quedé ante él un momento, mirando por debajo del velo que formaban mis propios cabellos, de forma que no podía ver más que eso.

Después me aparté el pelo y miré a mi reflejo en el espejo, alentada al ver con qué placidez me contemplaba. Me encontré muy cambiada; sí, cambiadísima. Al principio, me resultó tan extraña mi propia cara que creo que hubiera debido ponerme las manos en ella y dado un paso atrás, de no haber sido por el aliento que he mencionado. Pronto empecé a familiarizarme con ella, y entonces advertí mejor que al principio hasta qué punto había cambiado. No era lo que yo esperaba, pero tampoco esperaba nada concreto, y me atrevo a decir que nada me hubiera asombrado.

Nunca había sido yo una belleza, y nunca me lo había considerado, pero sí había sido muy diferente de esto. Ahora todo había desaparecido. El Cielo era tan bueno conmigo que pude limitarme a derramar unas lágrimas y quedarme allí peinándome antes de acostarme con una gran sensación de gratitud.

Había una cosa que me inquietaba y sobre la que estuve reflexionando largo tiempo antes de dormirme. Había conservado las flores del señor Woodcourt. Cuando se marchitaron, las puse a secar y las metí en un libro que me gustaba mucho. No lo sabía nadie, ni siquiera Ada. Yo dudaba de si tenía derecho a guardar lo que había enviado él a alguien tan diferente, de si era correcto con él conservarlas. Quería ser correcta con él, incluso en los rincones más recónditos de mi corazón, que él nunca conocería, porque podría haberlo amado, podría haberme consagrado a él. Por fin llegué a la conclusión de que podía conservarlas, si no las atesoraba más que como un recuerdo de algo que pertenecía irrevocablemente al pasado y que había terminado, algo que ya no se podía contemplar más que bajo esa luz. Espero que esto no parezca frívolo. Lo pensaba muy en serio.

A la mañana siguiente me preocupé de levantarme temprano y de encontrarme delante del espejo cuando entrara Charley de puntillas.

—¡Pero, señorita! —exclamó Charley contemplándome—. ¿Es usted?

—Sí, Charley —contesté recogéndome el pelo—. Y estoy muy bien y muy contenta.

Vi que le quitaba un peso de encima a Charley, pero mayor era el que me quitaba de encima yo. Ahora ya sabía lo peor y lo aceptaba. No voy a ocultar, antes de seguir adelante, las debilidades que todavía no lograba dominar del todo, pero pronto se me

pasaron y mi buen estado de ánimo se mantuvo fielmente conmigo.

Como deseaba recuperar totalmente las fuerzas y el buen humor antes de que llegara Ada, fui estableciendo una pequeña serie de planes con Charley a fin de pasar todo el día al aire libre. Saldríamos de casa antes del desayuno y temprano para estar fuera antes y después de comer, y nos daríamos un paseo por el jardín después del té, y entre tanto tendríamos ratos de descanso, e íbamos a subir todas las cuestas y a explorar todas las carreteras, todos los caminos y todos los campos de los alrededores. En cuanto a reconstituyentes y golosinas para recuperar las fuerzas, la bondadosa ama de llaves del señor Boythorn no paraba de traerme cosas de comer o de beber; bastaba con que se enterase de que estaba yo descansando en el parque para que saliera detrás de mí con un cesto, con un gesto radiante en su animado rostro, para darme una charla sobre la importancia de hacer comidas frecuentes. Además, había un pony destinado expresamente a que lo montara yo, un pony regordete de cuello corto al que le caían las crines sobre los ojos, que (cuando quería) sabía trotar con tal calma y tranquilidad que resultaba un tesoro. Al cabo de pocos días se me acercaba en el picadero en cuanto lo llamaba y me comía en la mano y me seguía a todas partes. Llegamos a entendernos tan bien que si cuando estaba paseando conmigo encima perezosa y tercamente por algún camino umbrío yo le daba una palmadita en el cuello y le decía: «Stubbs, me sorprende que no trotes cuando sabes lo que me gusta, y creo que podrías hacerme ese favor, porque te estás poniendo tonto y te está durmiendo», sacudía cómicamente la cabeza una vez o dos y se ponía inmediatamente a trotar, y entre tanto Charley se quedaba donde estaba y se echaba a reír, tan contenta que sólo su risa era como una música. No sé quién había puesto aquel nombre a Stubbs [77], pero parecía encajarle exactamente igual que su áspera pelambre. Una vez lo enganchamos a un pequeño tilbury y lo hicimos trotar triunfalmente por los verdes caminos unas cinco millas, pero justo cuando estábamos cantando sus elogios pareció irritarse al verse acompañado todo el camino por los mosquitos molestos que le revoloteaban en torno a las orejas, sin apartarse de él ni una pulgada, y supongo que cuando se paró a reflexionar sobre aquello llegó a la decisión de que era insoportable, porque, se negó a moverse en absoluto, hasta que le di las riendas a Charley y me bajé a seguir a pie, y entonces me siguió con una especie de paciente buen humor, poniéndome la cabeza bajo el brazo, y frotando una oreja contra mi manga. De nada valió que le dijera: «Vamos, Stubbs, por lo que te conozco estoy segura de que si vuelvo a montar un momento en el coche seguirás trotando», porque en el momento en que me separaba de él volvía a quedarse completamente inmóvil. Así que me vi obligada a seguir a pie, igual que antes, y así fue como volvimos a casa, para gran diversión de la gente del pueblo.

Charley y yo teníamos motivos para considerarlo un pueblo de lo más acogedor, pues al cabo de una semana la gente nos saludaba tan amablemente, aunque

pasáramos muchas veces por allí en el mismo día, que en cada casita veíamos alguna cara para darnos la bienvenida. Ya antes había conocido yo a muchos de los adultos y a casi todos los niños, pero ahora hasta el campanario empezó a adquirir un aspecto familiar y afectuoso. Entre mis nuevos amigos había una anciana que vivía en una casita de techo de paja y encalada, tan pequeña que cuando abría las contraventanas, quedaba tapada toda la fachada. La ancianita tenía un hijo que era marinero, y me hizo que le escribiera una carta, en la parte de arriba de la cual dibujé la parte de arriba de la chimenea ante la cual lo había criado, y el lugar donde estaba puesto todavía el taburete que él había ocupado. Toda la aldea consideró que aquello era una habilidad de lo más admirable, pero cuando llegó respuesta nada menos que desde Plymouth, en la cual mencionaba el hijo que se iba a llevar el dibujo a América, y que volvería a escribir desde allí, me atribuyeron todos los méritos que en realidad correspondían al Correo, y me atribuyeron a mí todas las maravillas del sistema.

O sea, que entre pasar tanto tiempo al aire libre, jugar con tantos niños, charlar con tanta gente, estar invitadas en las casitas, continuar con la educación de Charley y escribir todos los días largas cartas a Ada, apenas si tenía tiempo para pensar en mi pequeña desgracia, y casi siempre me sentía animada. Si a veces pensaba en ella, no tenía más que ocuparme en algo para olvidarme. La sentí más de lo que había esperado cuando una vez un niño dijo: «Mamá, ¿por qué ahora no es guapa la señora, como era antes?». Pero cuando vi que el niño no me tenía menos cariño, y me pasaba suavemente la mano por la cara con una especie de protección compasiva en el tacto, pronto me recuperé. Hubo muchos pequeños acontecimientos que me sugirieron, para mi gran consuelo, cuán natural es que los corazones bondadosos sean considerados y delicados al encontrarse con una deformidad. Hubo uno de ellos que me emocionó en especial. Había entrado yo por casualidad en la iglesita cuando acababa de terminar una boda, y la joven pareja tenía que firmar el registro.

El novio, a quien le pasaron la pluma en primer lugar, firmó con una cruz bastante burda; la novia, que vino después, hizo lo mismo. Ahora bien, yo había conocido a la muchacha en mi última visita, y no sólo sabía que era la más guapa del lugar, sino también que había hecho muy buenos estudios, y no pude por menos de contemplarla con alguna sorpresa. Se hizo a un lado y me susurró, con lágrimas de honesto amor y de admiración: «Es un muchacho magnífico, señorita, pero todavía no sabe escribir, ... va a aprender conmigo, ¡y no lo dejaría en vergüenza por nada del mundo!». ¡Qué podía yo temer, pensé, cuando podía percibir tamaña nobleza en el alma de la hija de un jornalero!

El aire libre me acariciaba tan fresco y tonificante como siempre, y me dio un color tan sano en la nueva cara como el mejor que hubiera tenido jamás en la antigua. Era maravilloso ver a Charley tan sonrosada y radiante, y ambas disfrutábamos todo el día y dormíamos como troncos toda la noche.

Yo tenía un lugar favorito en el parque de Chesney Wold, donde habían puesto un banco con una vista magnífica. Allí se había talado y abierto el bosque para mejorar el panorama, y el paisaje luminoso y soleado que había más allá era tan hermoso que me iba a descansar allí por lo menos una vez al día. Desde aquel altozano se veía muy bien una parte pintoresca de la mansión, llamada el Paseo del Fantasma, y el extraño nombre, junto con la antigua leyenda de la familia Dedlock que me había contado el señor Boythorn para explicarlo, se mezclaba con el panorama, de tal modo que le prestaba un interés un tanto misterioso, además de sus encantos reales. Además, había una pendiente famosa por las violetas que crecían en ella, y a Charley le encantaba ir todos los días a recoger las flores silvestres, porque se había aficionado a aquel lugar tanto como yo.

Sería inútil preguntar ahora por qué no me acercaba nunca a la mansión, ni entré jamás en ella. La familia no estaba, según había sabido a mi llegada, ni se la esperaba en lo inmediato. No es que yo careciera de curiosidad ni de interés por el edificio; por el contrario, muchos veces me quedaba sentada allí, preguntándome cómo estarían ordenados los aposentos, y si era verdad que de vez en cuando resonaban ecos de pasos, como decían las consejas, en el solitario paseo del Fantasma. Es posible que la indefinible sensación que me había causado Lady Dedlock tuviera alguna influencia en cuanto a mantenerme distanciada de la casa incluso cuando no estaba ella. No estoy segura. Naturalmente, yo relacionaba su cara y su figura con la casa, pero no puedo decir que fuera aquello lo que me alejaba, aunque algo había que lo hacía. Por el motivo que fuese, o por ningún motivo, no me había acercado allí, hasta el día al que llega ahora mi relato.

Estaba yo descansando en mi lugar favorito, tras un largo paseo, y Charley estaba cogiendo violetas bastante lejos de mí. Yo había estado contemplando el Paseo del Fantasma, que yacía en las sombras de un grueso muro, a lo lejos, e imaginándome la forma femenina que, según decían, lo recorría, cuando advertí que se me acercaba una figura por el bosque. La perspectiva era tan distante, y estaba tan sumida en la penumbra por las hojas y por las sombras que las ramas lanzaban sobre el suelo, que dificultaban mucho más la visión, que al principio no pude discernir de qué figura se trataba. Poco a poco resultó ser la de una mujer, la de una dama, la de Lady Dedlock. Estaba sola, y se acercaba a donde estaba yo, advertí con sorpresa, con un paso mucho más rápido de lo habitual en ella.

Me extrañó verla tan cerca de improviso (casi estaba al alcance de la voz cuando descubrí que era ella), y me hubiera levantado para continuar mi paseo. Pero no pude. Me quedé paralizada. No tanto por el gesto apresurado de súplica que me hizo, no tanto por lo rápido de su paso y la forma en que me alargó las manos, no tanto por la gran modificación que había sufrido su comportamiento y por la desaparición de su parte altiva, sino por algo que se le veía en la cara y que yo había soñado y ansiado

cuando era niña; algo que no había visto nunca en ningún rostro; algo que nunca antes había visto en el suyo.

Me invadió una sensación de temor y de debilidad, y llamé a Charley. Inmediatamente Lady Dedlock se detuvo y recuperó casi el ser que antes había conocido yo en ella.

—Señorita Summerson, temo haberla asustado —dijo, avanzando ya con más lentitud—. No, puede usted haberse recuperado del todo. Ya sé que ha estado usted muy enferma. Me sentí muy preocupada al saberlo.

Me resultaba tan imposible apartar la mirada de aquella cara pálida como moverme del banco en el que estaba sentada. Me dio la mano, y la frialdad mortal de aquella mano, tan diferente de la compostura forzada de sus facciones, ahondó la fascinación que me embargaba. No sé decir qué predominaba en mis pensamientos agitados.

—¿Ya se va usted recuperando? —me preguntó amablemente.

—Hace un momento estaba muy bien, Lady Dedlock.

—¿Ésta es la mocita que la cuida?

—Sí.

—¿Quiere usted decirle que vaya por delante, y volver andando a su casa conmigo?

—Charley —dije—, llévate las flores a casa; yo te sigo inmediatamente.

Charley, con su reverencia más exquisita se ató ruborizada las cintas del sombrero y se fue. Cuando desapareció, Lady Dedlock se sentó a mi lado en el banco.

No puedo expresar con palabras cuál era mi estado de ánimo cuando vi que me pasaba el pañuelo, el mismo con el que había tapado yo al bebé muerto.

La miré, pero no pude verla, no podía ni respirar. El corazón me latía de forma tan violenta y desordenada que me pareció que se me escapaba la vida. Pero cuando me apretó contra su pecho, me besó, lloró conmigo, se compadeció de mí y me hizo recuperar mis sentidos, cuando cayó de rodillas ante mí y me exclamó: «¡Ay, hija mía, soy tu madre perversa y desgraciada! ¡Ay, trata de perdonarme!», cuando la vi a mis pies en la tierra desnuda, tan afligida, sentí, en medio del tumulto de mis emociones, un estallido de gratitud a la Providencia de Dios por haberme cambiado tanto que nunca podría crearle un problema con nuestro parecido, porque ahora nadie podía mirarme a mí y mirarla a ella y pensar ni remotamente que pudiera existir un parentesco estrecho entre nosotras.

Hice que se levantara mi madre y le rogué que no siguiera hincada ante mí, tan afligida y humillada. Lo hice con frases cortadas e incoherentes, pues, además de la agitación que sentía, me daba miedo verla a mis pies; le dije (o traté de decirle) que de suponer que me incumbiera a mí, su hija, arrogarme el derecho de perdonarla en cualesquiera circunstancias, la perdonaba y lo había hecho desde hacía muchísimos

años. Le dije que mi corazón estaba lleno de amor hacia ella, que se trataba de un amor natural y que nada de lo que hubiera pasado lo había cambiado ni podía cambiar. Que no me incumbía a mí, la primera vez que me apoyaba en el seno de mi madre, pedirle cuentas por haberme dado la vida, sino que tenía la obligación de bendecirla y recibirla, aunque todo el mundo le diera la espalda, y que lo único que le pedía era el permiso para hacerlo. Abracé a mi madre y ella me abrazó a mí, y en aquel bosque silencioso, en el silencio de aquel día de verano, pareció como si todo estuviera en calma, salvo nuestras dos almas agitadas.

—Es demasiado tarde —gimió mi madre— para bendecirme y recibirme. Debo recorrer a solas mi áspero camino, y que me lleve adónde me lleve. Hay días; hay incluso horas, en que no veo el camino que se abre ante mis pies culpables. Este es el castigo terrenal que me he merecido. Lo soporto y lo oculto.

Incluso cuando pensaba en lo que había de soportar se envolvía como en un manto en su aire habitual de orgullosa indiferencia, aunque pronto volvía a deshacerse de él.

—He de mantener este secreto por todos los medios posibles, y no sólo por mí misma. Tengo un marido, ¡yo, este ser maldito y deshonesto!

Profirió aquellas palabras con un grito sofocado de desesperación, cuyo sonido era más terrible que cualquier chillido. Se tapó la cara con las manos y se apartó de mis brazos, como si no quisiera que la tocara, y no pude, pese a utilizar toda mi capacidad de persuasión ni a rogárselo, lograr que se levantara. Dijo que no, que no, que no, que no podía hablarme más que en aquella postura; en todas partes tenía que mostrarse orgullosa y desdeñosa, aquí tenía que ser humilde y mostrarse avergonzada, pues eran los únicos momentos naturales de su vida.

Mi pobre madre me dijo que durante mi enfermedad casi se había puesto frenética. Se acababa de enterar de que su hija vivía. Antes no sospechaba que esa hija era yo. Me había seguido hasta aquí para hablarme por única vez en la vida. Nunca podríamos estar juntas, nunca podríamos comunicarnos, probablemente a partir de entonces nunca podríamos intercambiar una sola palabra en este mundo. Me puso en las manos una carta que había escrito para que no la leyera más que yo, y me dijo que cuando la hubiera leído y destruido (no tanto por ella, porque ella no perdía nada, sino por su marido y por mí), la considerase muerta para siempre. Si yo podía creer que me amaba, en esta agonía en la que veía, con amor de madre, me pedía que lo hiciera, porque entonces yo podría pensar en ella con más compasión, al imaginar lo que había sufrido. Ella se había colocado más allá de toda esperanza; más allá de toda ayuda. Tanto si mantenía el secreto hasta su muerte como si se descubría y ello acarrearía la deshonra y el vilipendio para el nombre de su marido, sería siempre ella quien tendría que combatir a solas, y no se le podía ofrecer ningún cariño, ni había criatura humana que pudiera prestarle ayuda.

—Pero, ¿está a salvo el secreto ahora mismo? —pregunté— ¿Está a salvo ahora mismo, madre mía querida?

—No —replicó mi madre—. Casi se ha descubierto. Se salvó por accidente. Se puede descubrir por otro accidente..., mañana, cualquier día.

—¿Tienes miedo de alguien en concreto?

—¡Chist! No tiembles ni llores tanto por mí. No merezco esas lágrimas —dijo mi madre besándome las manos—. Hay alguien a quien temo mucho.

—¿Un enemigo?

—No es un amigo. Es una persona demasiado desapasionada para ser ninguna de las dos cosas. Es el abogado de Leicester Dedlock, que es de una fidelidad mecánica y muy cuidadoso del lucro, los privilegios y la reputación que comporta el poseer los misterios de las grandes casas.

—¿Sospecha algo?

—Mucho.

—¿De ti? —dije alarmada.

—¡Sí! Siempre está muy alerta, y siempre está cerca de mí. Puedo ponerle freno, pero nunca logro deshacerme de él.

—¿No tiene piedad ni compasión?

—Ninguna de las cosas, y tampoco siente ira. Es indiferente a todo lo que no sea su profesión. Su profesión consiste en adquirir secretos y en mantenerse en posesión del poder que le confieren, sin que nadie los puede compartir ni oponerse a él.

—¿Podrías confiar en él?

—Jamás lo intentaré. El tenebroso camino que llevo recorriendo desde hace tantos años acabará donde acabe. Lo recorreré sola hasta el final, dondequiera se halle éste. Quizá esté cerca y quizá esté lejos; mientras dure el camino nada me hará volverme atrás.

—¿Tan decidida estás, madre querida?

—Estoy decidida. Llevo mucho tiempo oponiendo a la tontería más tontería, al orgullo más orgullo, al desdén más desdén, a la insolencia más insolencia, y he superado muchas vanidades a base de tener yo muchas más. Voy a sobrevivir a este peligro, que desaparecerá antes que yo, si puedo. Ahora me cerca, de una manera casi tan aterradora como si estos bosques de Chesney Wold estuvieran cercando la casa, pero en todo caso mi camino está trazado. No tengo más que uno; no puedo tener más que uno.

—El señor Jarndyce... —empecé a decir, cuando mi madre me preguntó inquieta:

—¿Sospecha algo él?

—No —dije—. ¡Te aseguro que no! ¡Puedes estar segura! —y le conté lo que me había dicho él que sabía de mi historia— Pero es tan bueno y tan sensible, que quizá si lo supiera...

Mi madre, que hasta aquel momento no había cambiado de postura, me llevó una de sus manos a los labios y me hizo callar.

—Confía cabalmente en él —dijo al cabo de un momento—. Tienes mi permiso... ¡Un pequeño regalo de tal madre a su hija ofendida!... Pero no me lo cuentas. Todavía me queda algo de orgullo.

Explicué lo mejor que pude entonces o que puedo recordar ahora (pues mi agitación y mi preocupación por todo eran tan grandes que apenas si podía comprenderme yo misma; pese a que todas las palabras que decía la voz de mi madre, tan poco conocida, con la que nunca me había dormido cantando una nana, que nunca me había bendecido, que nunca me había inspirado una esperanza creaban en mí una impresión muy duradera), digo que explicué, o lo intenté, que mi única esperanza era que el señor Jarndyce, que había sido el mejor de los padres para mí, pudiera aportarle algún consejo y apoyo. Pero mi madre dijo que no, que era imposible, que nadie podía ayudarla. Tenía que recorrer ella sola el desierto que se abría ante ella.

—¡Hija mía, hija mía! —me dijo—. ¡Por última vez! ¡Unos últimos besos! ¡Abrázame por última vez! No nos veremos más. Si quiero hacer lo que trato de hacer debo ser lo que llevo tanto tiempo siendo. Ésa es mi recompensa y ése es mi castigo. ¡Si oyes hablar de la brillante, próspera y admirada Lady Dedlock, piensa en tu madre, agobiada por su conciencia bajo esa máscara! ¡Piensa que la realidad son sus sufrimientos, sus remordimientos inútiles, la forma en que aniquila en su seno el único amor y la única verdad de lo que es capaz! ¡Y después perdónala si puedes, y pide al Cielo que la perdone, cosa que nunca podrá!

Todavía seguimos abrazadas un rato, pero ella era tan firme que me apartó las manos y me las volvió a poner en el pecho, y con un último beso mientras me las retenía allí, las soltó y volvió a adentrarse por el bosque. Me quedé sola, y debajo de mí, apacible y silenciosa entre el sol y la sombra estaba la vieja mansión, con sus terrazas y sus torretas, sumida en lo que me había parecido un reposo tan total la primera vez que la vi, pero ahora me parecía un centinela obstinado e implacable de los sufrimientos de mi madre.

Estupefacta como estaba yo, tan débil e indefensa como cuando caí enferma, la necesidad de protegernos contra el peligro del descubrimiento, o incluso de la más remota sospecha, me fue útil. Tomé todas las precauciones posibles para ocultar a Charley que había estado llorando, y meforcé a pensar en todas las sagradas obligaciones que ahora me incumbían de permanecer tranquila e imperturbable. Me costó algún tiempo lograrlo, e incluso contener mis estallidos de dolor, pero al cabo de aproximadamente una hora me sentí mejor y consideré que podía volver. Fui a casa muy despacio, y dije a Charley, a quien encontré en el portón mirando a ver si llegaba, que me había sentido tentada de alargar el paseo cuando se marchó Lady Dedlock, y que estaba muy cansada y quería acostarme. Una vez a salvo en mi

habitación leí la carta. De ella deduje claramente (lo que era mucho en aquel momento) que mi madre no me había abandonado. Su hermana mayor y única, la madrina de mi infancia, había descubierto indicios de que yo seguía viva cuando ya me habían dado por muerta y, con su severo sentido del deber, aunque no deseaba mi vida para nada, me había criado en el mayor de los secretos, y desde pocas horas de nacer yo nunca había vuelto a verse con mi madre. Tan extrañas eran las condiciones de mi existencia que hasta hacía muy poco tiempo yo nunca había existido, que mi madre supiera, no había respirado, estaba enterrada, jamás había gozado de la vida, no tenía ni siquiera un nombre. La primera vez que me había visto en la iglesia se había asustado, y había pensado cómo sería una niña que se me hubiera parecido tanto de haber vivido yo y seguido viva, pero de momento nada más.

Huelga repetir aquí las demás cosas que me decía la carta. Ya ocuparán su tiempo y su lugar en mi relato.

De lo primero que me ocupé fue de quemar lo que me había escrito mi madre, y de consumir hasta sus cenizas. Espero que no parezca antinatural ni perverso por mi parte el que después empezara a pensar tristemente que era una pena el que me hubieran salvado. Que me pareciese que hubiera sido mejor y más agradable para muchos el que de verdad yo no hubiera llegado nunca a respirar. Que me sintiera aterrada de mí misma, como un peligro y una posible deshonra para mi propia madre y para un encumbrado apellido. Que me sintiera tan confusa y tan conmovida como para estar poseída del convencimiento de que lo lógico, y lo predestinado habría sido que yo hubiera muerto al nacer, y que lo malo, y lo no predestinado, era que siguiera viva.

Todo aquello era lo que verdaderamente sentía yo. Me dormí agotada, y cuando me desperté volví a echarme a llorar al pensar que había vuelto al mundo, con mi carga de problemas para los demás. Me sentí más asustada de mí misma que nunca, al volver a pensar en ella, contra la cual yo era una prueba viviente; en el propietario de Chesney Wold, en el significado nuevo y terrible de aquellas viejas palabras, que ahora rugían en mis oídos como el oleaje en la costa: «Tu madre Esther es tu vergüenza, igual que tú eres la suya. Ya llegará el momento (y muy pronto) en que lo comprenderás mejor, y también en que lo comprenderás como sólo puede comprenderlo una mujer». Y junto con aquellas palabras me volvieron a la memoria éstas: «Reza todos los días para que no caigan sobre tu cabeza los pecados de los otros». Yo no podía aclarar todo lo que me había caído encima, y pensaba que toda la culpa y toda la vergüenza eran mías, y que el castigo había caído sobre mí.

El día fue desvaneciéndose hasta convertirse en un crepúsculo sombrío, nublado y triste, y yo seguía sumida en los mismos problemas. Salí sola, y tras un breve paseo por el parque, durante el cual contemplé las sombras oscuras que caían sobre los árboles, y el vuelo desordenado de los murciélagos, que a veces casi me rozaban, me

sentí atraída por primera vez hacia la mansión. Quizá no me hubiera acercado de haber estado mejor de ánimo. Pero el hecho es que tomé la senda que llevaba hacia ella.

No me atreví a quedarme ni a contemplarla, pero pasé ante el jardín con sus fragantes aromas y sus despejados caminos, con sus cuidados lechos de flores y su blanda hierba, y vi lo hermoso y lo grave que era, y cómo los antiguos parapetos y las viejas balaustradas de piedra y las anchas escalinatas estaban llenos de cicatrices dejadas por el tiempo y los accidentes meteorológicos, cómo crecían en torno a ellos un musgo y unas hierbas bien cuidados, igual que en torno al viejo pedestal de piedra del reloj de sol, y oí el agua de la fuente que caía. El camino seguía después bajo las filas de ventanas oscurecidas, flanqueadas de torretas y porches con formas excéntricas, en las que había leones de piedra y monstruos grotescos erizados junto a cuevas en sombras, que surgían al crepúsculo por encima de los escudos que tenían en sus garras. Después el camino pasaba bajo una puerta y por un patio donde estaba la entrada principal (yo pasé rápidamente de largo) y junto a los establos, donde no parecían oírse más que voces profundas, tratárase del viento que murmuraba por en medio de la gran masa de hierba aferrada a una gran pared roja o del lento quejido de la veleta, o del ladrido de los perros, o del lento tañer de un reloj. De manera que, cuando me tropecé con un dulce olor a limas, el roce de cuyas hojas me llegó a los oídos, giré donde daba la vuelta el camino hacia la fachada sur, y allí, por encima de mí, me encontré con las balaustradas del Paseo del Fantasma, y una ventana iluminada que podía ser la de mi madre.

Por aquí el camino estaba pavimentado, al igual que la terraza de por encima, y mis pasos dejaron de ser silenciosos para resonar sobre las losas. Sin detenerme a mirar nada, pero viéndolo todo en mi camino, avancé rápidamente, y en unos momentos debería haber pasado más allá de la ventana iluminada cuando el eco de mis pisadas me reveló repentinamente que existía una verdad terrible en la leyenda del Paseo del Fantasma; que era yo la que iba a atraer la calamidad sobre aquella mansión señorial, y que incluso en aquellos momentos mis pisadas advertían de ello. Poseída de un temor todavía mayor de mí misma que me dio un escalofrío, me eché a correr para alejarme de mí y de todo, deshice el camino por el que había venido y no me detuve hasta llegar al pabellón, y el parque quedó detrás de mí, hosco y tenebroso.

Hasta que me encontré a solas en mi cuarto para pasar la noche, y tras volverme a sentir abatida e infortunada, no empecé a comprender lo equivocada que estaba y lo ingrata que era por hallarme en aquel estado. Pero encontré una carta muy alegre de mi ángel, que iba a verme al día siguiente, tan llena de cariñosa anticipación, que tendría que haber sido yo de piedra para no sentirme conmovida; también encontré otra carta de mi tutor en la que me pedía que le dijera a la señora Durden, si veía por alguna parte a aquella mujercita, que todo el mundo la echaba terriblemente de

menos, que los cuidados de la casa estaban en el peor de los desórdenes, que nadie sabía arreglárselas con las llaves y que toda la gente de la casa declaraba que ésta ya no era la misma, y que estaba a punto de rebelarse para exigir su regreso. El recibir dos cartas así al mismo tiempo me hizo pensar hasta qué punto era mucho más querida de lo que yo merecía, y lo feliz que debería sentirme. Y aquello me hizo pensar en mi vida anterior, lo cual, como hubiera debido ya ocurrir antes, me hizo sentirme mejor.

Pues comprendí muy bien que no podía ser que yo estuviera destinada a morir, ni a no haber vivido nunca, y no digamos a no haber podido tener nunca una vida tan feliz. Comprendí perfectamente cuántas cosas se habían sumado para que yo viviera tan bien, y que si a veces los pecados de los padres caían sobre los hijos, aquella frase no significaba lo que yo había temido aquella misma mañana que significara. Comprendí que yo tenía tanta responsabilidad por haber nacido como una reina por haber nacido ella, y que ante mi Padre Celestial no me vería castigada por haber nacido, como tampoco una reina se vería recompensada por haber nacido ella. Las impresiones de aquel mismo día me habían hecho comprender que, incluso al cabo de tan poco tiempo, podía encontrar una reconciliación reconfortante con el cambio que había caído sobre mí. Reiteré mis resoluciones y recé para que se robustecieran, y mi corazón se desbordó por mí misma y por mi infortunada madre, y sentí que se iban desvaneciendo las tinieblas de la mañana. No se cernieron sobre mis sueños, y cuando me despertó la luz del día siguiente, habían desaparecido.

Mi tesoro iba a llegar a las cinco de la tarde. No se me ocurrió mejor forma de pasar el tiempo que faltaba hasta entonces que darme un largo paseo por el mismo camino por el que llegaría ella; así que Charley y yo, con Stubbs (con Stubbs ensillado, porque nunca volvimos a engancharlo después de aquella célebre ocasión), hicimos un largo recorrido por allí, y volvimos a casa. A nuestro regreso efectuamos una inspección general de la casa y el jardín, vimos que todo estaba más bonito, y pusimos a mano al pájaro, pues era una parte importante de nuestro pequeño grupo.

Todavía quedaban más de dos horas antes de su llegada, y en aquel intervalo, que parecía largo, debo confesar que me sentí preocupada y nerviosa por mi nuevo aspecto. Quería tanto a mi niña, que me sentía más preocupada por el efecto que pudiera tener en ella que en ninguna otra persona. Si tenía este leve disgusto no era porque me quejara en absoluto (estoy segura de que no me quejaba nada, aquel día), sino porque me preguntaba si ella estaría totalmente preparada. Cuando me viera por primera vez, ¿no se sentiría impresionada y desilusionada? ¿No resultaría peor incluso de lo que se esperaba? ¿No esperaría ver a su antigua Esther, sin encontrarla? ¿No tendría que volver a acostumbrarse a mí y volverlo a empezar todo?

Conocía tan bien las expresiones del rostro de mi ángel, y era un rostro tan transparente en su belleza, que estaba segura de antemano de que no podría

disimularme su primera impresión. Y me pregunté si en caso de que registrase alguno de esos significados, lo cual era muy probable, cuál sería mi reacción.

Bueno, pensé que podría sorportarla. Después de lo de anoche, pensé que sí. Pero el estar esperando y esperando, imaginando e imaginando cosas, era tan mala forma de prepararme, que decidí adelantarme a encontrarla por la carretera.

Así que le dije a Charley:

—Charley, voy a adelantarme yo sola por la carretera hasta que llegue Ada. —Y como Charley aprobaba complacida todo lo que pudiera agradarme, me fui y la dejé en la casa.

Pero antes de llegar a la segunda piedra miliar ya había sentido tantas palpitaciones cada vez que veía polvo a lo lejos (aunque sabía que no era la diligencia ni podía serlo todavía) que decidí desandar camino y volver a casa. Y cuando me di la vuelta, me dio tanto miedo que la diligencia me llegara por detrás (aunque seguía sabiendo que ni llegaría ni podía llegar) que hice la mayor parte del camino corriendo, para que no me pudiera alcanzar.

Entonces, cuando por fin me encontré a salvo, pensé: «¡Qué tontería has hecho!». Porque me había acalorado y había empeorado las cosas, en lugar de mejorarlas.

Por fin, cuando yo creía que todavía faltaba más de un cuarto de hora, Charley me gritó de repente, mientras me hallaba temblando en el jardín:

—¡Ya llega, señorita! ¡Ya llega!

No quería hacerlo, pero subí corriendo a mi habitación y me escondí detrás de la puerta. Me quedé allí temblando, incluso oí que mi niña me llamaba al subir:

—Esther, querida mía, cariño mío, ¿dónde estás? ¡Mujercita, mi querida señora Durden!

Entró corriendo y se iba a marchar corriendo otra vez cuando me vio. ¡Ay, ángel mío! Me miró como siempre, todo cariño, todo afecto, todo amor. No vi nada más en sus ojos... ¡no, nada, nada!

Qué feliz me sentí, allí, tirada en el suelo, con mi bello ángel también en el suelo, sosteniendo mi cara picada junto a su encantadora mejilla, bañándola con lágrimas y besos, acunándome como a un niño, diciéndome los nombres más tiernos que se le ocurrían, y estrechándome contra su fiel corazón.

37. Jarndyce y Jarndyce

Si el secreto que se me había confiado hubiera sido mío se lo habría comunicado a Ada al cabo de poco rato. Pero no lo era, y creí que no tenía derecho a revelarlo, ni siquiera a mi Tutor, salvo en caso de gran emergencia. Era una carga que tenía que soportar sola, pero de momento mi deber aparecía bien claro y, feliz con el cariño de mi ángel, no me faltaban impulsos ni alientos para cumplir con él. Aunque muchas veces, cuando ella ya se había dormido y todo estaba en silencio, el recuerdo de mi madre me mantenía despierta y llenaba de pena mis noches, no volví a dejarme abatir por segunda vez, y Ada me encontró igual que antes, salvo, naturalmente, en ese particular del que ya he dicho bastante, y que no tengo el propósito de volver a mencionar más, si puedo evitarlo.

¡Qué difícil me resultó expresarme con calma aquella primera noche, cuando Ada me preguntó, mientras cosíamos, si la familia estaba en la casa y me vi obligada a decir que sí, que eso creía, pues anteayer me había hablado Lady Dedlock en el bosque! Y todavía fue mayor mi dificultad cuando Ada me preguntó qué me había dicho y repliqué que había estado amable y atenta, y cuando Ada, tras reconocer lo bella y elegante que era, comentó lo orgullosos que eran sus modales, e imperioso y cortante, que era su aspecto. Pero Charley me ayudó inconscientemente en todo cuando nos dijo que Lady Dedlock sólo había pasado dos noches en la mansión, pues estaba de paso, en camino desde Londres, pues iba a hacer una visita a otra mansión del condado de al lado, y que se había marchado a primera hora de la mañana siguiente de habernos visto en nuestro banco, como lo llamábamos. Charley verificó el adagio de que los niños se enteran de todo, pues oía más cosas y frases en un día que yo en todo un mes.

Íbamos a quedarnos un mes en casa del señor Boythorn. Apenas llevaba allí una semana mi ángel, tal como lo recuerdo ahora, cuando una tarde, después de ayudar a regar al jardinero, y justo cuando se estaban encendiendo las velas, apareció Charley con aire de gran importancia detrás de la silla de Ada y me pidió misteriosamente que saliera de la habitación.

—Con su permiso, señorita —dijo Charley en un susurro, con los ojos más redondos que nunca—. Preguntan por usted en Las Armas de Dedlock.

—¡Pero Charley —dije—, quién va a preguntar por mí en la taberna!

—No lo sé, señorita —respondió Charley, adelantando la cabeza y apretándose las manos sobre la cinta del delantalito, como hacía siempre que disfrutaba con algo misterioso o confidencial—, pero se trata de un señor, señorita, que envía sus saludos y pregunta si podría usted ir sin decirle nada a nadie.

—¿Quién es el que me envía sus saludos, Charley?

—El mismo, señorita —contestó Charley, cuyo aprendizaje de la gramática iba

progresando, pero no a gran velocidad.

—¿Y cómo es que eres tú la mensajera, Charley?

—Con su permiso, señorita, pero no soy la mensajera —replicó mi doncellita—. Fue W. Grubble, señorita.

—¿Y quién es W. Grubble, Charley?

—El señor Grubble, señorita —me dijo Charley—. ¿No le conoce, señorita? Las Armas de Dedlock, W. Grubble —recitó Charley, como si estuviera leyendo el letrero con alguna dificultad.

—¿Sí? ¿El propietario, Charley?

—Sí, señorita. Con su permiso, señorita, su mujer es muy guapa, pero se le rompió el tobillo y no le sanó bien. Y su hermano es el leñador al que mandaron a chirona, y se temen que vaya a morirse de tanta cerveza que bebe —dijo Charley.

Como no sabía de qué podía tratarse, y ahora me sentía aprensiva por todo, creí que lo mejor sería ir yo sola a la taberna. Le dije a Charley que me trajera inmediatamente el sombrero, el velo y el chal, y tras ponérmelo todo, bajé la callecita empinada, donde me sentía tan en casa como en el jardín del señor Boythorn.

El señor Grubble estaba en mangas de camisa a la puerta de su tabernita, que era muy pulcra, esperándome. Se quitó el sombrero con las dos manos cuando me vio llegar, y llevándolo así, como si fuera un recipiente de hierro (así de pesado parecía), me precedió por el pasillo cubierto de serrín hasta su mejor aposento: una salita alfombrada con más plantas de las que cabían, una litografía en colores de la Reina Carolina, varias conchas, muchas bandejas para el té, dos pescados disecados en vitrinas de cristal y un extraño huevo, o quizá una extraña calabaza (no estoy segura de lo que era, y no creo que mucha gente lo supiera) que colgaba del techo. Yo conocía muy bien de vista al señor Grubble, porque se pasaba mucho tiempo a la puerta. Era un hombre de aspecto agradable, robusto, de mediana edad, que nunca parecía considerarse vestido cómodamente para estar en su propia casa si no llevaba el sombrero y las botas altas, pero que nunca se ponía la levita más que para ir a la iglesia.

Apagó la vela y, tras dar un paso atrás para ver qué aspecto tenía todo, salió de la salita, de modo inesperado para mí, pues iba a preguntarle quién me había hecho llamar. Entonces se abrió la puerta de la salita de enfrente y oí algunas voces, que me parecieron conocidas, que después se interrumpieron. Se acercaron unos pasos rápidos a la sala en que estaba yo, y, para gran sorpresa mía, apareció Richard.

—¡Mi querida Esther! —dijo—. ¡Mi mejor amiga! —y verdaderamente estuvo tan cariñoso y tan atento, que con la primera sorpresa y el placer de su saludo fraternal apenas si encontré aliento para decirle que Ada estaba bien.

—Te adelantas a mis propios pensamientos, ¡siempre eres la misma, querida mía! —exclamó Richard, llevándome hacia una silla y sentándose a mi lado.

Me levanté el velo, pero no del todo.

—¡Siempre eres la misma, querida mía! —repitió Richard, igual que antes.

Me levanté el velo del todo, puse una mano en el brazo de Richard y, mirándole a los ojos, le dije cuánto le agradecía su amable acogida y cuánto me alegraba de verlo, tanto más dada la decisión que había adoptado durante mi enfermedad, que ahora le comuniqué.

—Encanto —dijo Richard—, tú eres la persona a quien más deseo hablar, porque quiero que me comprendas.

—Y yo, Richard —dije con un gesto de la cabeza—, quiero que comprendas a otra persona.

—Como siempre, te refieres inmediatamente a John Jarndyce —dijo Richard—, supongo que es él.

—Naturalmente.

—Entonces, permíteme qué te diga inmediatamente que lo celebro, porque ése es el tema en el que quiero que se me comprenda. ¡Pero, fíjate, que me comprendas tú, hija! ¡No tengo que dar cuentas al señor Jarndyce ni a ningún señor!

Me dolió que hablara en aquel tono, y él lo observó.

—Bueno, bueno, hija mía —dicho Richard—, no entremos en eso ahora. Quiero aparecer tranquilamente en tu casa de campo, contigo del brazo, y dar una sorpresa a mi encantadora prima. ¿Supongo que tu lealtad a John Jarndyce te lo permite?

—Mi querido Richard —repliqué—, sabes que él te acogería encantado en su casa, que es la tuya si tú lo deseas, e igualmente te acogemos en ésta.

—¡Has hablado como la mejor de las mujercitas! —exclamó Richard, alegre.

Le pregunté qué le parecía su profesión.

—¡Bueno, no me disgusta! —contestó Richard—. No está mal. De momento, vale igual que otra. No sé si me va a gustar mucho cuando me asiente, pero entonces puedo vender el despacho de oficial y..., pero todas estas bobadas no importan ahora.

¡Tan joven y tan guapo, y exactamente todo lo contrario de la señorita Flite en todos los aspectos! ¡Y, sin embargo, en la mirada nublada, ansiosa, preocupada que tenía ahora, tan terriblemente parecido a ella!

—Ahora estoy en la ciudad, de permiso.

—¿Ah, sí?

—Sí. He venido a cuidar de..., de mis intereses en la Cancillería, antes de las vacaciones de verano —dijo Richard, fingiendo una risa despreocupada—. Te aseguro que vamos a darle un nuevo impulso a ese viejo pleito.

¡No es de extrañar que yo negara con la cabeza!

—Como dices tú, no es un tema agradable —dijo Richard, mientras le pasaba por la cara la misma sombra que antes—. Que se vaya a los cuatro vientos por ahora. ¡Paf! ¡Fuera! ¿Con quién crees que he venido?

—¿No era la voz del señor Skimpole la que he oído antes?

—¡Exactamente! Me es más útil que nadie. ¡Qué niño tan fascinante!

Pregunté a Richard si alguien sabía que habían venido juntos. Dijo que no, que nadie. Había ido a ver a aquel simpático niño viejo (así llamaba al señor Skimpole), y el simpático niño viejo le había dicho dónde estábamos, y él le había dicho al simpático niño viejo que quería venir a vernos, y el simpático niño viejo había dicho inmediatamente que también él quería venir, así que lo había traído consigo.

—Y la verdad es que vale, no digamos sus sórdidos gastos, sino tres veces su peso en oro —dijo Richard—. Es tan animado. No conoce el mundo. ¡Es tan inocente y de un corazón tan virginal!

Desde luego, yo no veía que el hacer que Richard le pagara sus gastos demostrase que el señor Skimpole fuera tan inocente, pero no dije nada. De hecho, entonces entró él e hizo cambiar el tono de nuestra conversación. Se manifestó encantado de verme; dijo que se había pasado seis semanas derramando lágrimas deliciosas de compasión y de alegría, según el momento, en relación conmigo, que nunca se había sentido tan feliz como cuando se enteró de que iba recuperándome; que ahora empezaba a comprender la mezcla del bien y el mal en el mundo; que consideraba que apreciaba tanto más la buena salud cuando alguien se ponía enfermo; que no sabía si quizá estuviera preordenado que A tuviera que ser bizzo para que B se sintiera más feliz por tener bien los ojos, o que C tuviera que tener una pata de palo para que D se sintiera más satisfecho de llevar su pierna envuelta en una media de seda.

—Mi querida señorita Summerson, fíjese en nuestro amigo Richard —dijo el señor Skimpole—, henchido de perspectivas brillantes para el futuro, que él hace salir de las tinieblas de Cancillería. ¡Qué cosa más deliciosa, más estimulante, más llena de poesía! En los viejos tiempos, los bosques y las soledades se alegraban a los ojos del pastorcillo gracias a las melodías y las danzas imaginarias de Pan y de las ninfas. El pastorcillo de hoy, nuestro pastor Richard, ilumina las sombrías salas de los Tribunales al hacer que la Fortuna y su séquito dancen en ellas a los tonos melodiosos de un fallo emitido por el Presidente. ¡Eso es muy agradable, sépalo! Un tipo malhumorado y gruñón puede decirme: «¿De qué valen todos esos abusos del Derecho y la Equidad? ¿Cómo puede usted defenderlo?». Y yo le contesto: «Mi gruñón amigo, yo no los defiendo, pero me resultan muy agradables. Ahí tiene usted a un pastorcillo, un amigo mío, que los convierte en algo demasiado fascinante para mi sencillez. No digo que existan para eso, porque yo soy como un niño en su mundo de gruñidos y no tengo que explicar a usted ni explicarme a mí mismo nada, pero quizá sea así».

Empecé a pensar en serio que difícilmente podía Richard haber encontrado un amigo peor. Me inquietaba que en un momento así, cuando más necesitaba unos principios y unos objetivos decentes, tuviera a su lado esta fascinante soltura y este

dejarlo todo de lado, esta prescindencia despreocupada de todo principio y todo objetivo. Creía que yo podía comprender cómo un carácter como el de mi Tutor, experto en las cosas del mundo y obligado a contemplar las lamentables evasiones y los tristes enfrentamientos de la desgracia familiar, encontraba un enorme alivio en la forma en que el señor Skimpole confesaba sus debilidades y exhibía su candor inocente, pero no podía convencerme de que aquello fuera tan candoroso como parecía, o que no resultara tan favorable como cualquier otro papel a la pereza del señor Skimpole, y con menos problemas para representarlo.

Ambos volvieron conmigo, y cuando el señor Skimpole se despidió de nosotros a la puerta, seguí andando en silencio con Richard, y dije:

—Ada, cariño, he traído a un caballero de visita. No fue nada difícil leer en aquella cara ruborosa y asombrada. Lo amaba mucho, y él lo sabía, y yo también. Era transparente que no se veían como meros primos.

Casi desconfié de mí misma por abrigar sospechas demasiado infames, pero no estaba tan segura de que Richard la amara igual a ella. La admiraba mucho (¿y quién podía no admirarla?), y me atrevo a decir que hubiera reiterado su compromiso de adolescentes con gran orgullo y ardor, salvo que sabía que ella respetaría la promesa dada a mi Tutor. Pero yo tenía la torturadora idea de que la influencia bajo la que estaba él llegaba incluso hasta aquí, que estaba aplazando la verdad y la seriedad, en esto igual que en todo, hasta que pudiera quitarse de encima a Jarndyce y Jarndyce. ¡Ay, Dios mío! ¡Ya no sabré jamás lo que hubiera podido ser de Richard sin aquella maldición!

Dijo a Ada, con su aire más franco, que no había venido para cometer ninguna infracción secreta de las condiciones que había aceptado ella (de manera excesivamente implícita y confiada, a juicio de Richard) del señor Jarndyce, que había venido abiertamente a verla y a justificarse por su situación actual con respecto al señor Jarndyce. Como dentro de poco estaría con nosotros aquel simpático niño viejo, me rogó a mí que le diera hora para la mañana siguiente, con objeto de aclarar su posición mediante una conversación sin reservas conmigo. Le propuse que a las siete nos diéramos un paseo por el parque, y así convinimos. Poco después apareció el señor Skimpole, que nos divirtió durante una hora. Pidió en especial ver a la pequeña Coavinses (es decir, a Charley), y le dijo con aire patriarcal que había dado a su padre todo el trabajo que había podido, y que si alguno de sus hermanitos se apresuraba a dedicarse a la misma profesión, todavía podría conseguirle bastante trabajo.

—Porque siempre me encuentro atrapado en esas redes —dijo el señor Skimpole, mirándonos sonriente por encima de un vaso de vino con agua— y constantemente me están sacando de ellas, como a un pez. O me están sacando a flote, igual que a un barco. Siempre hay alguien que lo hace por mí. Ya saben ustedes que yo no puedo

hacerlo, porque nunca tengo dinero. Pero siempre hay Alguien que lo hace. Salgo de ellas gracias a Alguien. Yo no soy como el estornino enjaulado; yo siempre salgo. Si me preguntaran ustedes quién es ese Alguien, les doy mi palabra de que no podría decírselo. Bebamos a la salud de Alguien. ¡Que Dios lo bendiga!

Por la mañana Richard llegó un poco tarde, pero no me hizo esperar demasiado, y salimos al parque. El aire estaba luminoso y húmedo del rocío, y no había ni una nube en el cielo. Los pájaros cantaban deliciosamente, y resultaba exquisito ver cómo brillaban los helechos, la hierba y los árboles; la riqueza de las plantas parecía haberse multiplicado por 20 desde ayer, como si en el silencio de la noche, cuando parecían unánimemente cobijadas en el sueño, la Naturaleza, en todos los detalles diminutos de cada hoja maravillosa, hubiera estado más despierta que de costumbre preparando la gloria de aquel día.

—Este sitio es precioso —dijo Richard, mirando en su derredor—. ¡Aquí no llegan los enfrentamientos y las discordias de los pleitos!

Pero había otros problemas.

—Te voy a decir una cosa, Esther —dijo Richard—: cuando logre arreglar las cosas en general, creo que me voy a venir aquí a descansar.

—¿No sería mejor descansar ahora?

—Bueno, en cuanto a descansar *ahora* —respondió Richard—, o a hacer algo claro *ahora*, no resulta fácil. En resumen, es imposible; por lo menos, *para mí*.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Ya sabes por qué no, Esther. Si estuvieras viviendo en una casa sin acabar, donde lo mismo te pueden poner el tejado que quitártelo, donde lo mismo pueden empezarte a construir por arriba que derribarlo todo hasta los cimientos, mañana, pasado, la semana que viene, el mes que viene, te resultaría muy difícil descansar ni asentarte. Eso es lo que me pasa a mí. ¿Ahora? Los pleiteantes no tenemos un ahora.

Casi hubiera podido creer yo en aquel momento lo del atractivo que mencionaba mi pobre amiga divagante, de no haberle vuelto a ver aquella mirada sombría de anoche. Por terrible que sea pensarlo, también recordaba en algo a aquel pobre hombre que había muerto.

—Mi querido Richard —dije—, éste es un mal principio para nuestra conversación.

—Ya sabía que me ibas a decir eso, señora Durden.

—Y no seré yo la única, querido Richard. No fui yo quien te aconsejó una vez que nunca buscaras esperanzas en la maldición de la familia.

—¡Ya vuelves otra vez a John Jarndyce! —exclamó Richard, impaciente—. ¡Bien! Tarde o temprano teníamos que llegar a él, pues se halla en la clave de lo que tengo que decir, y más vale que sea temprano. Mi querida Esther, ¿cómo puedes estar tan ciega? ¿No ves que es parte interesada, y que quizá a él le venga muy bien desear

que yo no sepa nada del pleito ni me interese por éste, pero que quizá a mí no me venga tan bien?

—Ay, Richard —le contesté—, ¿es posible que puedas haberlo visto y oído, que puedas haber vivido bajo su techo y que, sin embargo, puedas insinuarme, ni siquiera aquí, en este lugar solitario, donde nadie puede oírnos, sospechas tan indignas?

Se ruborizó hasta las orejas, como si su generosidad natural sintiera una punzada de reproche. Se quedó callado un momento, antes de replicarme con voz mansa:

—Esther, estoy seguro de que sabes que no soy un mezquino, y que comprendo que la sospecha y la desconfianza son malas cualidades en alguien de mi edad.

—Lo sé perfectamente —dije—. Estoy totalmente segura de ello.

—Eres una buena amiga —comentó Richard—, y me agrada, porque me reconfortas. Necesitaba a alguien que me reconfortara en todo este asunto, porque, en el mejor de los casos, es un mal asunto, como no hace falta que te explique.

—Lo sé perfectamente —dije—. Lo sé tan bien, Richard..., ¿cómo podría decírtelo? Igual de bien que tú. Y sé igual de bien que tú qué es lo que te hace cambiar tanto.

—Vamos, hermanita, vamos —dijo Richard en tono más alegre—, sé justa conmigo en todo caso. Si yo tengo la desgracia de hallarme bajo esa influencia, también él la tiene. Si me ha cambiado en algo, quizá lo haya cambiado en algo también a él. No digo que no sea hombre honorable, aparte de todas estas complicaciones e incertidumbres; estoy seguro de que lo es. Pero esto nos ensucia a todos. Tú sabes que nos ensucia a todos. Se lo has oído decir a él más de cincuenta veces. Entonces, ¿por qué va él a escapar?

—Porque —dije— es una persona extraordinaria, y porque se ha mantenido resueltamente fuera de ese círculo, Richard.

—¡Tantos porqués! —replicó Richard, con su tono vivaz—. No estoy seguro, querida mía, de que sea prudente y acertado mantener esa indiferencia externa. Puede llevar a otras partes interesadas a descuidar sus intereses, y la gente puede irse muriendo y las cosas pueden irse olvidando, y pueden pasar en silencio muchas cosas que resultan muy cómodas.

Me sentí tan llena de compasión por Richard, que no pude hacerle otro reproche, ni siquiera con la mirada. Recordé lo comprensivo que había sido mi Tutor con sus errores, y la falta total de resentimiento con que los había mencionado.

—Esther —continuó diciendo Richard—, no vayas a suponer que he venido aquí a hacer acusaciones subrepticias contra John Jarndyce. No he venido más que a justificarme. Lo que digo es que todo estaba muy bien, y nos llevábamos muy bien, cuando yo era un muchacho, independientemente de este mismo pleito; pero en cuanto empecé a interesarme en él y a estudiarlo, entonces todo cambió. Después, John Jarndyce descubre que Ada y yo tenemos que romper, y que si yo no cambio esa

conducta reprensible, no soy digno de ella. Pues, bueno, Esther, no tengo intención de modificar esa conducta reprensible: no quiero obtener la buena opinión de John Jarndyce en esas condiciones tan injustas que no tiene ningún derecho a dictar. Le guste o no, tengo que mantener mis derechos, y los de Ada. He estado pensando mucho al respecto, y ésa es la conclusión a la que he llegado.

¡Mi pobre Richard! Desde luego que lo había estado pensando mucho. Se veía claramente en su cara, en su voz, en su actitud.

—De manera que le he dicho (quiero que sepas que le he escrito una carta sobre el tema) que estamos enfrentados, y que más vale enfrentarnos abiertamente que a escondidas. Le doy las gracias por su buena voluntad y su protección, y que él siga su camino, y yo seguiré el mío. El hecho es que nuestros caminos no son los mismos. Conforme a uno de los testamentos impugnados, me debe corresponder a mí mucho más que a él. No quiero decir que vaya a ser este testamento el que se ratifique, pero ahí está, y tiene posibilidades.

—No hace falta que me digas tú que has escrito esa carta, mi querido Richard. Ya había oído hablar de ella, y no escuché una palabra de amargura ni de cólera.

—¿Ah, sí? —replicó Richard, ablandándose—. Celebro haber dicho que era una persona honorable, aparte de todo este maldito asunto. Pero siempre lo he dicho y nunca lo he dudado. Ahora bien, mi querida Esther, ya sé que estas opiniones mías deben de parecerle muy duras, y lo mismo le parecerán a Ada cuando le cuentes lo que hemos hablado. Pero si te hubieras adentrado en el caso como lo he hecho yo, si hubieras estudiado los documentos como hice yo cuando estaba en el bufete de Kenge, si supieras qué acumulación entrañan de cargos y contracargos, de sospechas y contrasospechas, me creerías moderado en comparación.

—Quizá —respondí—. Pero, Richard, ¿crees que en todos esos documentos hay muchos que digan la verdad y lo que es justo?

—En alguna parte del caso tienen que hallarse la verdad y la justicia, Esther.

—O se hallaron alguna vez, hace mucho tiempo —comenté.

—Se hallan, se hallan, se deben hallar en alguna parte —continuó diciendo Richard impetuosamente—, y hay que descubrirlas. La forma de sacarlas a la luz no es convertir a Ada en una forma de sobornarme, de mantenerme en silencio. Tú dices que el pleito me está haciendo cambiar. John Jarndyce dice que cambia, que ha cambiado y que cambiará a todos los que intervienen en él. Entonces, tanta más razón tengo yo al decidir que he de hacer todo lo que pueda para ponerle fin.

—¡Todo lo que puedas, Richard! ¿Crees que en todos estos años no ha habido otros que han hecho todo lo que han podido? ¿Se han allanado las dificultades gracias a tantos fracasos?

—No puede durar eternamente —dijo Richard, en el cual volvía a renacer una terquedad que me recordó la misma triste imagen de unos momentos antes—. Yo soy

joven y decidido, y son muchas las veces en que la energía y la decisión han hecho milagros. Otros no se han metido en el asunto más que a medias. Yo me consagro a él. Lo convierto en el objetivo de mi vida.

—¡Tanto peor, mi querido Richard, tanto peor!

—No, no, no; no tengas miedo por mí —me replicó afectuosamente—. Eres una muchacha cariñosa, buena, prudente, tranquila, magnífica; pero tienes tus prejuicios. Por eso vuelvo a John Jarndyce. Te digo, mi buena Esther, que cuando él y yo teníamos la relación que tan cómoda le resultaba a él, no era una relación natural.

—¿Te parece que lo natural son la discordia y la animosidad, Richard?

—No, no digo eso. Quiero decir que todo este asunto nos coloca en una relación antinatural, con la que es incompatible toda relación natural. ¡Mira, otro motivo para acelerarlo! Cuando termine, quizá comprenda que me he equivocado con John Jarndyce. Cuando me libere de él, es posible que se me aclaren las cosas, y entonces quizá esté de acuerdo con lo que tú dices. Muy bien. Entonces lo reconoceré y le presentaré mis excusas.

¡Todo aplazado hasta aquel momento imaginario! ¡Todo suspendido en la confusión y la indecisión hasta entonces!

—Y ahora, confidente mía —dijo Richard—, quiero que mi prima Ada comprenda que no soy insidioso, inconstante y terco con John Jarndyce, sino que estoy respaldado por este objetivo y estas razones; quiero exponérselo a ella por conducto tuyo, porque tiene en gran estima y respeto a su primo John, y sé que tú explicarás el rumbo que sigo, aunque lo desapruebes, y..., y en resumen —dijo Richard, que titubeaba al pronunciar aquellas palabras—, yo..., yo no quiero presentarme como una persona litigiosa, pugnaz y suspicaz a ojos de una chica tan confiada como Ada.

Le dije que con estas últimas palabras era más fiel a sí mismo que en todo lo que había dicho hasta entonces.

—Bueno, querida mía —reconoció Richard—, es posible que sea así. A mí también me lo parece. Pero ya volveré a mi ser. Entonces haré todo lo que haga falta, no temas.

Le pregunté si aquello era todo lo que deseaba que le dijera yo a Ada.

—No todo —dijo Richard—. No puedo dejar de decirle que John Jarndyce contestó a mi carta en su tono habitual, encabezándola con un «Querido Rick», y que trató de disuadirme de mis opiniones y me dijo que no afectaban a su actitud (todo lo cual está muy bien, claro, pero no cambia las cosas). También quiero que Ada sepa que si bien ahora la vengo a ver poco a menudo, velo tanto por sus intereses como por los míos, porque los dos estamos exactamente en la misma situación, y que espero que no crea, por algún rumor fugaz que le llegue, que soy frívolo ni imprudente; por el contrario, no ceso de desear que termine el pleito, y mis planes

van siempre en ese sentido. Como ya soy mayor de edad, y he adoptado la medida que he adoptado, me considero libre de toda responsabilidad ante John Jarndyce; pero como Ada sigue estando bajo la tutela del Tribunal, no le pido que renueve nuestro compromiso. Cuando esté en libertad para actuar por su cuenta, yo habré vuelto a mi ser, y ambos estaremos en circunstancias materiales muy distintas, creo. Si le dices todo esto, con la ventaja de tus dulces modales, me harás un favor enorme y muy amable, mi querida Esther, y atacaré con mayor vigor el caso Jarndyce y Jarndyce. Naturalmente, no te pido que me guardes el secreto en Casa Desolada.

—Richard —le dije—, confías mucho en mí, pero me temo que no vas a aceptarme ningún consejo, ¿verdad?

—Acerca de este tema no puedo aceptarlo, hija mía. Acerca de cualquier otro, con mucho gusto.

¡Como si hubiera algún otro tema en su vida! ¡Como si toda su carrera y toda su personalidad no tuvieran un solo y único norte!

—Pero, ¿puedo hacerte una pregunta, Richard?

—Creo que sí —me dijo, riendo—. Si no me la puedes hacer tú, no sé quién va a poder.

—Tú mismo dices que no llevas una vida muy asentada.

—¿Cómo iba a llevarla, Esther, cuando nada está asentado?

—¿Has vuelto a contraer deudas?

—Naturalmente que sí —contestó Richard, asombrado de mi simpleza.

—¿Es lo natural?

—Pues claro, hija mía. No puedo meterme de forma tan absoluta en algo sin realizar algunos gastos. Olvidas, o quizá no sepas, que conforme a cualquiera de los testamentos, a Ada y a mí nos corresponde algo. Se trata únicamente de decidir si serán las sumas mayores o las menores. En todo caso, quedaré a cubierto. Bendita seas, hija mía —dijo Richard, muy divertido conmigo—, ¡a mí no me va a ir nada mal! ¡Me las arreglaré muy bien, mi querida Esther!

Me sentí tan aterrada ante el peligro que corría él, que intenté, en nombre de Ada, en el de mi Tutor, en el mío propio, por todos los medios fervientes que logré imaginar, advertirle de él, y mostrarle algunos de los errores que estaba cometiendo. Acogió todo lo que le dije con paciencia y amabilidad, pero todo rebotaba contra él sin surtir el menor efecto. No me extrañó, tras la forma en que su mente preocupada había recibido la carta de mi Tutor, pero decidí volver a probar con la influencia de Ada.

De manera que cuando nuestro paseo nos hizo volver al pueblo y me fui a desayunar, preparé a Ada para lo que le iba a contar, y le dije exactamente qué motivos teníamos para temer que Richard fuera a perderse y a destrozarse totalmente su vida. Naturalmente, ella se sintió muy desgraciada, aunque tenía mucha más fe en la

capacidad de él para corregir sus errores de la que hubiera podido tener yo (¡lo cual era tan natural y tan encantador en mi ángel!), y poco después le escribió la siguiente cartita:

Mi querido primo:

Esther me ha contado todo lo que le has dicho esta mañana. Te escribo para repetirte con absoluta sinceridad todo lo que te ha dicho ella y para informarte de lo segura que estoy de que tarde o temprano verás que nuestro primo John es un modelo de veracidad, de sinceridad y de bondad, y lamentarás profundamente haberle hecho tanto daño (aunque haya sido sin querer).

No sé exactamente cómo escribir lo que quiero decirte ahora, pero confío en que comprenderás el sentido en el que quiero decírtelo. Siento un cierto temor, mi querido primo, de que quizá sea en parte por mí por lo que te estás creando tanta infelicidad, y si tú eres infeliz, también yo lo soy. Si es así, o si piensas mucho en mí al hacer lo que estás haciendo, te ruego y te suplico encarecidamente que desistas. No puedes hacer nada por mí que me pueda hacer ni la mitad de feliz como el volver la espalda a la sombra bajo la que ambos nacimos. No te enfades conmigo por decirte esto. Te ruego, querido Richard, te ruego que por mí y por ti mismo, y con una repugnancia natural por esa fuente de problemas que tuvo parte de culpa en que nos quedáramos huérfanos cuando ambos éramos pequeños, te ruego que la abandones para siempre. Ya tenemos motivos para saber que todo este asunto no contiene nada de bueno ni ninguna esperanza, que de él no nos pueden venir sino desgracias.

Mi querido primo, huelga que te diga que eres totalmente libre y que es muy probable que encuentres a alguien a quien amar mejor que a tu primer amor. Estoy segura, si me permites decirlo, que el objeto de tu elección preferiría con mucho seguir tu destino por el mundo entero, en la riqueza o en la pobreza, y verte feliz, cumpliendo con tu deber y siguiendo la vocación que has escogido, que tener la esperanza de ser, o incluso el hecho de ser, muy rica contigo (de suponer que ello fuera posible) a costa de años angustiosos de aplazamientos y ansiedad, y de tu indiferencia a otros objetivos. Quizá te extrañe que te lo diga con tanta seguridad cuando tan escasos son mis conocimientos y mi experiencia, pero lo sé con toda certidumbre en el fondo de mi corazón.

*Siempre, mi querido primo, seré tu cariñosa,
ADA*

Aquella nota hizo que Richard viniera a vernos en seguida, pero lo hizo cambiar poco o nada. Ya veríamos, nos dijo, quién tenía razón y quién no, ya nos iba a enseñar... ¡ya lo veríamos! Estaba animado y ardoroso, como si la ternura de Ada lo

hubiera complacido, pero yo no pude por menos de esperar, con un suspiro, que la carta tuviera más efecto sobre él cuando la volviera a leer que el apreciable hasta ese momento.

Como iban a quedarse con nosotras hasta el día siguiente, y habían tomado billetes para volver en la diligencia de la mañana, busqué una oportunidad de hablar con el señor Skimpole. Como nos pasábamos el tiempo al aire libre, me resultó muy fácil encontrar una, y le dije delicadamente que el dar alas a Richard comportaba una cierta responsabilidad.

—¿Responsabilidad, mi querida señorita Summerson? —repitió él, repitiendo aquella palabra con la más agradable de las sonrisas—. Yo sería el último de los mortales a quien aplicar ese concepto. No he sido responsable en mi vida, y no puedo serlo.

—Me temo que todo el mundo tiene la obligación de serlo —dije con bastante timidez, pues él era mucho mayor e inteligente que yo.

—¿No me diga usted? —replicó el señor Skimpole, recibiendo aquella información con una sorpresa jocosa de lo más agradable—. Pero no todo el mundo tiene la obligación de ser solvente, ¿verdad? Yo no lo soy. Nunca lo he sido. Mire, mi querida señorita Summerson —dijo, sacándose un puñado de monedas del bolsillo—, esto es dinero. No tengo ni idea de cuánto. Digamos que son cuatro chelines y nueve peniques..., digamos que son cuatro libras y nueve chelines. Según me dicen, debo mucho más que eso. Seguro que sí. Seguro que tengo tantas deudas como me acepta la gente de buen carácter. Si ellos no me frenan, ¿por qué me voy a frenar yo? Y, en resumen, ése es Harold Skimpole. Si eso es tener responsabilidad, entonces tengo responsabilidad.

La perfecta tranquilidad con la que se volvió a meter el dinero en el bolsillo y se me quedó mirando con una sonrisa en su rostro refinado, como si hubiera estado mencionando algo curioso relativo a otra persona, casi me dio la sensación de que verdaderamente él no tenía nada que ver con todo aquello.

—Pero cuando me habla usted de responsabilidades —continuó diciendo—, estoy dispuesto a afirmar que nunca he tenido la dicha de conocer a nadie a quien pudiera considerar tan agradablemente responsable como a usted. Me parece que es usted modelo de la responsabilidad personificada. Cuando la veo a usted, mi querida señorita Summerson, tan consagrada al perfecto funcionamiento de todo el sistemita ordenado del cual es usted el centro, me siento inclinado a decirme, y de hecho muchas veces me digo: ¡eso es responsabilidad!

Después de aquello me resultó difícil explicar lo que quería decir yo, pero persistí hasta el punto de decir que todos esperábamos que refrenara a Richard en las opiniones superoptimistas que mantenía en aquellos momentos, en lugar de confirmarlo en ellas.

—Con sumo gusto —replicó—, si pudiera. Pero, mi querida señorita Summerson, yo no soy artificioso, no sé disimular. Si me toma de la mano y me conduce alegremente por Westminster Hall en busca de la Fortuna, he de ir con él. Si me dice: «¡Skimpole, entra en el baile!», he de entrar en él. Ya sé que no es lo que dicta el sentido común, pero es que yo no tengo sentido común.

—Es una verdadera lástima por Richard —dije.

—¿Lo cree usted? —me preguntó Skimpole—. No diga eso, no diga eso. Supongamos que estuviera en compañía del Sentido Común, hombre excelente, muy arrugado, horriblemente práctico, con cambio de un billete de diez libras en cada bolsillo, con un bloc cuadriculado de cuentas en cada mano, o sea, en todos los respectos igual que un recaudador de contribuciones. Nuestro querido Richard, optimista, ardiente, corredor de obstáculos, repleto de poesía como un capullo de rosa, dice a este respetabilísimo compañero: «Veo ante mí una perspectiva dorada, es luminosa, es preciosa, es alegre, ¡ahí voy, a saltos por la naturaleza en persecución de ella!». Inmediatamente, el respetable compañero le da un golpe con el libro de cuentas, le dice, con su estilo literal y prosaico, que él no ve tal cosa, le demuestra que no se trata más que de una serie de honorarios, fraudes, pelucas de crin de caballo y togas negras. Bueno, usted comprenderá que se trata de un cambio para peor, muy sensato, sin duda, pero desagradable. Yo no puedo hacer eso. No tengo el bloc cuadriculado para las cuentas, no tengo en mi personalidad ninguno de los elementos del recaudador de contribuciones, no soy en absoluto respetable ni quiero serlo. ¡Quizá sea raro, pero así es!

Era inútil decir nada más, así que propuse que fuéramos a reunirnos con Ada y Richard, que iban un poco por delante de nosotros, y renuncié, desesperada, al señor Skimpole. Aquella mañana él había ido a la Mansión, y a lo largo del paseo nos describió ingeniosamente los cuadros de familia. Entre las ladies Dedlock del pasado había unas pastoras tan portentosas que en sus manos los pacíficos cayados se convertían en armas de asalto. Cuidaban de sus ganados ataviadas severamente de tafetán y cuidadosamente empolvadas, y se colocaban sus lunares artificiales para aterrar a los campesinos, igual que los jefes de otras tribus se ponían su pintura de guerra. Había un Sir Nosequé Dedlock en medio de una batalla, se veía estallar una mina, había mucho humo, relámpagos, una ciudad incendiada y un fuerte atacado, todo lo cual se apercibía entre las patas traseras de su caballo, lo cual demostraba, suponía el señor Skimpole, la poca importancia que atribuía un Dedlock a tamañas futesas. Nos contó que, evidentemente, toda aquella raza había sido en vida lo que él calificaba de «gente disecada»: una gran colección de personas con ojos de cristal, asentada de forma perfectamente correcta en sus diversas ramas y perchas, sin ningún movimiento, y siempre metidas en fanales de cristal.

Ahora yo ya no me sentía nada cómoda cuando alguien mencionaba aquel

apellido, de forma que me sentí aliviada cuando Richard, con una exclamación de sorpresa, se fue corriendo al encuentro de un desconocido, a quien vio acercándose lentamente hacia nosotros.

—¡Dios mío! —dijo Skimpole—. ¡Vholes!

Todos preguntamos si era un amigo de Richard.

—Amigo y asesor jurídico —dijo Skimpole—. Bueno, mi querida señorita Summerson, si busca usted sentido común, responsabilidad y respetabilidad, todo junto; si busca usted un hombre ejemplar, ese hombre es Vholes.

Dijimos que no sabíamos que Richard contara la asistencia de nadie que se llamara así.

—Cuando salió de la infancia legal —nos explicó el señor Skimpole—, se separó de nuestro convencional amigo Kenge y se unió, según creo, a Vholes. De hecho, sé que fue así, porque fui yo quien se lo presentó a Vholes.

—¿Lo conocía usted desde hacía mucho tiempo? —preguntó Ada.

—¿A Vholes? Mi querida señorita Clare, he tenido el mismo trato con él que con varios caballeros de la misma profesión. Había hecho algo de forma muy agradable y cortes: actuado contra mí, creo que es la expresión, y todo aquello terminó en que me llegó una orden de detención. Alguien tuvo la bondad de intervenir y pagar la suma..., era algo con cuatro peniques; no recuerdo cuántas libras ni cuántos chelines, pero recuerdo los cuatro peniques, porque entonces me pareció sorprendente que yo pudiera deberle a alguien cuatro peniques, y después lo presenté el uno al otro. Vholes me pidió que los presentara, y lo hice. Ahora que lo pienso —dijo, mirándonos interrogante, y con la más franca de sus sonrisas al descubrirlo—, Vholes quizá me sobornó. Me dio algo y dijo que era mi comisión. ¿Fue un billete de cinco libras? ¡La verdad es que creo que *debe* de haber sido un billete de cinco libras!

No pudo seguir reflexionando sobre el asunto, porque se nos volvió a unir Richard, muy agitado, y nos presentó a Vholes: individuo cetrino con labios apretados como si tuviera frío, erupciones rojizas en distintos puntos de la cara, alto y delgado, de unos cincuenta años, la cabeza metida entre los hombros y un poco jorobado. Iba vestido de negro, con guantes negros, y estaba abotonado hasta la barbilla, pero lo más notable en él eran sus modales desganados y la forma en que contemplaban fijamente a Richard.

—Espero no molestarlas, señoras —dijo el señor Vholes, y entonces observé que tenía otra cosa de notable, y era que hablaba como para sus adentros—. Había quedado con el señor Carstone en que estuviera siempre informado de cuándo aparecía su causa en el diario del Canciller, y como anoche uno de mis pasantes me informó después del correo de que había aparecido, de forma un tanto inesperada, en el diario de mañana, me metí en la diligencia a primera hora de hoy, y he venido a conferenciar con él.

—Sí —dijo Richard, acalorado y mirándonos triunfal a Ada y a mí—, ahora no hacemos las cosas lentamente, como antes. ¡Ahora vamos a toda velocidad! Señor Vholes, hemos de alquilar algo para llegar al pueblo de las postas y atrapar la diligencia de esta noche, a fin de llegar a la capital a tiempo.

—Como usted diga, señor mío —contestó el señor Vholes—. Estoy a su servicio.

—Veamos —dijo Richard mirando el reloj—. Si voy corriendo a las Armas y cierro mi portamantas y pido y consigo una tartana o una silla de posta, o lo que haya, dispondremos de una hora antes de ponernos en marcha. Prima Ada, ¿querréis tú y Esther atender al señor Vholes durante mi ausencia?

Se marchó inmediatamente, acalorado y apresurado, y pronto desapareció en la luz del atardecer. Los que quedábamos seguimos paseando hacia la casa.

—Caballero, ¿es necesario que el señor Carstone esté presente mañana? —pregunté—. ¿Sirve de algo?

—No, señorita —replicó el señor Vholes—. No que yo sepa.

Tanto Ada como yo manifestamos pesar porque en tal caso tuviera que irse, sólo para llevarse una desilusión.

—El señor Carstone ha establecido el principio de vigilar sus propios intereses —dijo el señor Vholes—, y cuando un cliente establece sus propios principios, y no son inmorales, me incumbe a mí obedecerlos. En los negocios pretendo ser exacto y abierto. Soy viudo con tres hijas: Emma, Jane y Caroline, y deseo cumplir con todos mis obligaciones en esta vida, a fin de dejarles un buen nombre. Este lugar parece muy agradable, señorita.

Como esta observación iba dirigida a mí, por ser yo quien iba a su lado en nuestro paseo, asentí y enumeré sus principales atractivos.

—¿Verdaderamente? —comentó el señor Vholes—. Tengo el privilegio de mantener a mi anciano padre en el Valle de Taunton, que es donde nació, y me agrada mucho aquella comarca. No sabía que hubiera nada tan agradable por aquí.

A fin de mantener la conversación, pregunté al señor Vholes si le gustaría vivir siempre en el campo.

—Al decir eso, señorita —me contestó—, toca usted una fibra muy sensible. Mi salud no es buena (pues tengo graves problemas digestivos), y si no tuviera que pensar más que en mí mismo, me refugiaría en los hábitos rurales, dado especialmente que las preocupaciones del trabajo me han impedido siempre entrar en contacto con la sociedad en general, y especialmente con la sociedad femenina, que era con la que más aspiraba yo a tratar. Pero con mis tres hijas: Emma, Jane y Caroline, y con mi anciano padre, no puedo permitirme ser egoísta. Es cierto que ya no estoy obligado a mantener a mi querida abuela, que murió cuando tenía ciento dos años, pero sigo teniendo suficientes obligaciones como para que resulte indispensable seguir manteniendo la maquinaria en marcha.

Yo tenía que estar muy atenta para oír lo que decía, dada la forma que tenía de hablar para sus adentros y sus modales desgastados.

—Les pido disculpas por mencionar a mis hijas —añadió—. Son mi debilidad. Quiero dejar a mis hijas una cierta independencia, además de un buen nombre.

Llegábamos ya a la casa del señor Boythorn, donde nos esperaba la mesa completamente preparada para el té. Volvió Richard, inquieto y apresurado, poco después, e inclinándose sobre la silla del señor Vholes le susurró algo al oído. El señor Vholes replicó en voz alta, o todo lo alta, supongo, que pudiera emplear para contestar a nadie:

—Me lleva usted, ¿verdad, señor mío? A mí me da igual. Como usted guste. Estoy enteramente a su servicio.

Por lo que siguió, colegimos que el señor Skimpole se quedaría hasta la mañana siguiente para ocupar las dos plazas que ya estaban pagadas. Como Ada y yo estábamos tristes por Richard, y lamentábamos mucho separarnos de él, aclaramos en toda la medida que la cortesía nos permitía que llevaríamos al señor Skimpole a Las Armas de Dedlock y nos retiraríamos cuando se hubieran marchado los viajeros.

Ambas nos sentimos sorprendidas cuando nos levantamos para acompañar a Richard a la posada y éste nos dijo que prefería ir solo.

—La verdad es —nos explicó por fin, con una carcajada—, aunque resulta ridículo, pero como hay que decirlo..., que allí no tienen nada, no había nada que alquilar más que coche de entierros que tiene que volver al punto de partida, y voy a llevar en él al señor Vholes.

Ada palideció y se preocupó mucho. Debo decir que yo también me sentí inquieta, y de nada me sirvió la gran disposición del señor Vholes a viajar en aquel carruaje.

Como el buen humor de Richard resultaba contagioso, subimos juntos a la colina que había encima del pueblo, donde había ordenado esperar un carricoche, y allí nos encontramos con un hombre que llevaba un farol y estaba en pie junto a un caballo blancuzco y flaco enganchado al vehículo.

Jamás me olvidaré de aquellos dos sentados juntos a la luz del farol: Richard, todo encendido, animado y reidor, con las riendas en la mano; el señor Vholes, completamente inmóvil, con sus guantes negros y abotonado hasta el cuello, mirándolo como si estuviera contemplando a su presa e hipnotizándola. Se presenta ante mí toda la imagen de la noche oscura y cálida, los relámpagos del verano, el tramo polvoriento de carretera cercado de setos y altos árboles, el caballo blancuzco y flaco con las orejas enhiestas y la marcha a toda velocidad hacia Jarndyce y Jarndyce.

Mi niña me dijo aquella noche que para ella el que en adelante Richard prosperase o se arruinase, estuviera lleno de amigos o solo, no le significaría más que, cuanto más necesitara el amor de un corazón firme, más amor le tendría que dar ese

firme corazón; que él pensaba en ella pese a sus errores de aquellos momentos, y que ella pensaría siempre en él; nunca en sí misma, si podía consagrarse a él, nunca en sus propios gustos si podía satisfacer los de él.

¿Y mantuvo su palabra?

Ahora miro el camino que se extiende ante mí, cuando la distancia ya se está acortando y se empieza a ver el final del viaje, y por encima del mar muerto del pleito de la Cancillería y de toda la fruta cenicienta que lanzó a las playas [\[78\]](#), creo que veo a mi ángel, fiel y buena hasta el final.

38. Un combate

Cuando llegó el momento de que volviéramos a Casa Desolada, fuimos de una puntualidad exacta, y se nos hizo objeto de una bienvenida abrumadora. Yo había recuperado toda mi salud y mis fuerzas, y al ver que mis llaves estaban ya puestas en mi habitación, las sacudí como si se tratara de recibir alegremente el Año Nuevo. «Una vez más, a tus obligaciones, a tus obligaciones, Esther», me dije, «y si no te llena de alegría el tenerlas, y no estás colmada de contento y satisfacción, deberías estarlo. ¡Y eso es todo lo que tengo que decirte, querida mía!».

Las primeras mañanas fueron tan agitadas y ocupadas, dedicadas a pagar cuentas, a hacer tantos viajes de ida y vuelta al Gruñidero y a todas las demás partes de la casa, a volver a ordenar tantos cajones y armarios, y volverlo a empezar todo de nuevo, que no tuve ni un momento libre. Pero una vez ordenado y organizado todo, hice una visita de unas horas a Londres, visita que había decidido mentalmente hacer, debido a algo que contenía la carta que había destruido yo en Chesney Wold.

El pretexto para aquella visita fue Caddy Jellyby (me resultaba tan natural llamarla por su nombre de soltera, que así la llamaba siempre), y antes le escribí una nota en la que le pedía el favor de su compañía en una pequeña expedición de negocios. Salí de casa a primera hora de la mañana, y llegué a Londres tan temprano en la diligencia, que cuando arrivé a Newman Street todavía tenía todo el día por delante.

Caddy, que no me había visto desde el día de su boda, estuvo tan alegre y tan afectuosa conmigo, que casi me dio miedo de que su marido sintiera celos. Pero él, en su propio estilo, estuvo igual de mal, quiero decir de bien, y en resumen fue igual que siempre, y nadie me dejó la menor posibilidad de hacer nada meritorio.

El señor Turveydrop padre estaba en la cama, me dijeron, y Caddy le estaba moliendo el chocolate, y que un muchachito melancólico que era aprendiz (me pareció muy curioso que se pudiera ser aprendiz del oficio del baile) estaba esperando para llevárselo al piso de arriba. Caddy me dijo que su suegro era sumamente amable y considerado, y que vivían muy contentos juntos (cuando ella decía vivir juntos, quería decir que el anciano caballero se quedaba con todas las cosas buenas y los apartamentos buenos, mientras que ella y su marido se quedaban con lo que podían y estaban apretadísimos en dos habitaciones que daban encima de los establos).

—¿Y cómo está tu mamá, Caddy?

—Bueno, Esther, tengo noticias tuyas —respondió Caddy— por Papá, pero la veo muy poco. Celebro decir que nos llevamos muy bien, pero Mamá cree que es algo absurdo que me haya casado con un maestro de baile, y teme que se le contagie algo a ella.

Pensé que si la señora Jellyby hubiera cumplido con sus obligaciones y deberes

naturales, antes de contemplar el horizonte con un telescopio en busca de otros, habría tomado todas las precauciones posibles contra el contagio del absurdo, pero huelga decir que no se lo comenté a nadie.

—¿Y tu papá, Caddy?

—Viene todas las tardes —me dijo Caddy—, y le gusta tanto quedarse sentado en ese rincón, que da gusto verle.

Miré al rincón, y vi marcada claramente la huella de la cabeza del señor Jellyby en la pared. Resultaba un consuelo saber que había encontrado ese lugar en que reposarla.

—¿Y tú, Caddy —pregunté—, siempre ocupada, estoy segura?

—Bueno, querida mía —me contestó—, la verdad es que sí, porque voy a decirte un gran secreto: estoy aprendiendo a dar lecciones. Prince no tiene una salud muy fuerte, y quiero ayudarle. Entre la escuela y las clases de aquí y los alumnos particulares y los aprendices, el pobre la verdad es que tiene mucho que hacer.

La idea de los aprendices me seguía pareciendo tan rara, que pregunté a Caddy si eran muchos.

—Cuatro —dijo Caddy—. Uno interno y tres externos. Son unos niños muy buenos, sólo que cuando se juntan, se *empeñan* en ponerse a jugar, como niños que son, en lugar de dedicarse a su trabajo. Así que ahora el muchachito que acabas de ver valsea a solas en la cocina, y a los otros los repartimos por la casa como podemos.

—Sólo para aprender los pasos, ¿no? —pregunté.

—Sólo los pasos —me aclaró Caddy—. Así practican un número determinado de horas seguidas, sean los que sean los pasos que les tocan. Bailan en la academia, y en esta época del año hacemos Figuras todas las mañanas a las cinco.

—¡Qué vida más laboriosa! —exclamé.

—Te aseguro, querida mía —me dijo Caddy, con una sonrisa—, que cuando nos llaman por la mañana los aprendices externos (el timbre suena en nuestro cuarto, para no molestar al señor Turveydrop padre), y cuando subo las persianas y los veo en la puerta, con sus zapatillas bajo el brazo, hay veces que me recuerdan a los deshollinadores.

Todo aquello me hacía ver su arte bajo una luz especial, claro. Caddy disfrutó con el efecto de su relato, y siguió contando, animada, los detalles de sus propios estudios.

—Mira, hija mía, a fin de ahorrar gastos, tengo que saber algo de Piano, y también tengo que saber algo de Violín, y, en consecuencia, tengo que practicar en estos dos instrumentos, además de aprender los detalles de nuestra profesión. Si Mamá hubiera sido como todo el mundo, yo ya sabría algo de música. Pero no sé nada, y al principio esa parte del trabajo resulta un tanto desalentadora, he de reconocerlo. Pero tengo muy buen oído, y estoy acostumbrada a trabajar mucho (algo

que tengo que agradacerle a Mamá, en todo caso), y ya sabes, Esther, que, sea en lo que sea, querer es poder.

Con estas palabras, Caddy se sentó, riéndose, ante un piano pequeño y cuadrado, y tocó a toda velocidad una cuadrilla con gran animación. Después se volvió a levantar, toda ruborizada y bienhumorada, y, mientras seguía riéndose, me dijo:

—¡Por favor, sé buena y no te rías de mí!

Yo más bien tenía ganas de llorar, pero no hice ninguna de las dos cosas. La alenté y la elogí con todo mi corazón. Pues creía conscientemente que, por mucho que fuera la mujer de un maestro de baile y aspirase a ser ella maestra de baile, en su limitada ambición había encontrado un camino de industria y perseverancia tan natural, sano y amoroso, que era tan bueno como una Misión.

—Querida mía —dijo Caddy, encantada—, no sabes cuánto me animas. No sabes hasta qué punto estaré siempre en deuda contigo. ¡Cuántos cambios, Esther, incluso en mi reducido mundo! ¿Recuerdas aquella primera noche, cuando estuve tan descortés y andaba toda llena de tinta? ¡Quién hubiera pensado entonces que jamás iba yo a enseñar a la gente a bailar, entre tantas posibilidades e imposibilidades!

Al volver su marido, que nos había dejado sostener esta breve conversación a solas, antes de irse a ver a los aprendices en la sala de baile, Caddy me comunicó que estaba a mi entera disposición. Pero todavía no había llegado el momento, celebré decirle, pues no me hubiera agradado llevármela en aquel momento. En consecuencia, nos fuimos los tres juntos a ver a los aprendices, y participé en el baile.

Los aprendices eran unos personajillos de lo más raro. Además del muchacho melancólico, que yo esperaba no se hubiera quedado así a fuerza de valsear a solas en la cocina, había otros dos muchachos y una chiquita sucia y desgachada con un vestido de gasa. Era una muchachita precoz, con un sombrero mugriento (también hecho de gasa), que llevaba las zapatillas de baile en un viejo ridículo de terciopelo muy gastado. Los muchachitos, cuando no estaban bailando, eran muy desagradables, y llevaban los bolsillos llenos de cordeles, de canicas y de huesos para la buena suerte, y tenían los pies y las piernas (y sobre todo los talones) de lo más sucio.

Pregunté a Caddy qué era lo que había llevado a sus padres a escoger aquella profesión para ellos. Caddy dijo que no sabía, que quizá pretendieran hacerlos maestros, o quizá destinarlos a las tablas. Todos ellos eran de origen humilde, y la madre del muchacho melancólico tenía una tienda de cerveza de jengibre.

Pasamos una hora bailando con la mayor seriedad, y el muchacho melancólico hizo maravillas con sus extremidades inferiores, lo cual parecía darle una cierta sensación de alegría, aunque aquella alegría nunca parecía subirle más arriba de la cintura. Caddy observaba a su marido, y evidentemente lo imitaba, pero había adquirido una gracia y una seguridad propias, que, junto con sus bonitas cara y figura, resultaban extraordinariamente agradables. Ya lo había descargado de gran parte de la

instrucción de aquellos muchachos, y él intervenía poco en ella, salvo para interpretar su parte de la figura si le tocaba. Siempre era él quien interpretaba la melodía. La afectación de la niña de las gasas, y su actitud condescendiente para con los muchachos, eran algo digno de verse. Y así nos pasamos bailando una hora justa.

Cuando terminó el ejercicio, el marido de Caddy se preparó para irse a una escuela que estaba fuera de la ciudad, y Caddy se fue corriendo a vestir para venirse conmigo. Entre tanto, yo me quedé sentada en la sala de baile, contemplando a los aprendices. Los dos muchachos externos se fueron a la escalera a calzarse y a tirarle del pelo al interno, según pensé, por el carácter de las objeciones de éste. Cuando volvieron con las chaquetas abrochadas y las zapatillas de baile metidos en los bolsillos, sacaron envoltorios de pan con fiambres y montaron un vivac bajo una lira que había pintada en la pared. La niña de las gasas, tras meterse las sandalias en el ridículo y ponerse un par de zapatos muy gastados, se colocó como pudo el sombrero mugriento, y cuando le pregunté si le gustaba bailar, replicó:

—Con chicos no —después de lo cual se ató las cintas del sombrero bajo la barbilla y se fue toda despectiva a su casa.

—El señor Turveydrop padre lamenta mucho —dijo Caddy— no haberse terminado de vestir, de forma que no puede tener el placer de saludarte antes de que te vayas. Ya sabes que te tiene gran afecto, Esther.

Contesté que le estaba muy agradecida, pero no consideré oportuno añadir que me podía pasar muy bien sin sus atenciones.

—Tarda mucho en vestirse —dijo Caddy— porque ya sabes que en esas cosas hay muchos que lo consideran un modelo, y tiene que mantener su reputación. No puedes ni imaginarte lo amable que es con papá. Cuando a veces le habla a papá por las tardes sobre el Príncipe Regente, nunca he visto a papá tan interesado.

La imagen del señor Turveydrop impartiendo su Porte al señor Jellyby capturó mi imaginación. Pregunté a Caddy si hacía que su papá hablara mucho.

—No —me —respondió Caddy—; que yo sepa no, pero él le habla a Papá y Papá le admira mucho y le escucha y le gusta. Claro que ya comprendo que Papá no es quién para hablar mucho de Porte, pero se llevan magníficamente. No te puedes imaginar qué buenos compañeros son. Antes, nunca había visto a Papá tomar rape, pero cuando está con el señor Turveydrop siempre toma un poquito de su caja, y se pasa la velada llevándoselo a la nariz y retirándolo otra vez.

Pensé que el que el señor Turveydrop hubiera rescatado jamás, por las casualidades de la vida, al señor Jellyby de Borriobula-Gha era una de las cosas más agradables que pudiera darse.

—Y en cuanto a Peepy —dijo Caddy con un cierto titubeo—, que era lo que más temía yo, salvo tener familia yo misma Esther, lo que más temía yo que causara in-comodidades al señor Turveydrop, he de decirte que es increíble la amabilidad con

que se comporta el señor con ese niño. ¡Pide verle, querida mía! ¡Le deja que le lleve el periódico a la cama! Le da las sobras de sus tostadas, le envía a hacer recados por la casa, le dice que venga a que le dé monedas de seis peniques. En resumen —añadió Caddy—, y para no alargarme, soy una mujer con suerte, y debería sentirme muy agradecida. ¿Dónde vamos, Esther?

—A Old Street Road —dije—, donde tengo unas palabras que decirle al pasante de abogado al que enviaron a buscarme a la parada de la diligencia el día que llegué a Londres, cuando te conocí, hija mía. Ahora que lo pienso, es el caballero que nos trajo a tu casa.

—Entonces, es evidente que yo parezco ser la persona indicada para acompañarte —replicó Caddy.

Fuimos a Old Street Road, donde preguntamos por la señora Guppy en las señas que teníamos de esta señora. Como la señora Guppy habitaba lo que antes habían sido los salones de la mansión, y de hecho había corrido visiblemente el peligro de abrirse como una nuez en el salón de la fachada a fuerza de mirar antes de que preguntásemos por ella, se presentó inmediatamente y nos pidió que entrásemos. Era una anciana que llevaba un gorro enorme, y tenía una nariz bastante roja y una mirada bastante errática, pero que no paraba de sonreír. Tenía la salita de estar preparada para las visitas, y en ella había un retrato de su hijo que, estaba yo ahora a punto de escribir, le hacía más que justicia, a fuerza de exagerar su personalidad y de no dejar fuera un solo detalle.

No sólo estaba allí el retrato, sino que también nos encontramos con el original. Estaba vestido con algo de muchos colores, y lo descubrimos sentado a una mesa y leyendo documentos de los Tribunales, con un dedo en la frente.

—Señorita Summerson —dijo el señor Guppy, levantándose—, verdaderamente esto se convierte en un Oasis. Madre, tenga la bondad de acercar una silla para la otra señora y de dejar libre el paso.

La señora Guppy, cuyas incesantes sonrisas le daban un aire un tanto jovial, hizo lo que le pedía su hijo, y después se sentó en un rincón, con un pañuelo apretado contra el pecho con ambas manos, como si se estuviera aplicando fomentos.

Presenté a Caddy, y el señor Guppy dijo que todas mis amistades eran bien venidas a su casa. Después procedí a exponer el objeto de mi visita.

—Me he tomado la libertad de enviarle una nota, caballero —le dije.

El señor Guppy acusó recibo sacándosela del bolsillo del pecho y llevándosela a los labios, tras lo cual se la volvió a meter en el bolsillo con una reverencia. La señora Guppy se sintió tan divertida que movió la cabeza con otra sonrisa e hizo en silencio una indicación a Caddy con un codazo.

—¿Podría hablar a solas con usted un momento? —pregunté.

Creo que nunca en mi vida había visto yo jovialidad como la de la madre del

señor Guppy en aquel momento. No es que emitiera sonido alguno de risa, pero meneó la cabeza y la sacudió, y se llevó el pañuelo a la boca, e hizo gestos a Caddy con el codo, con la mano, con el hombro, y en general se manifestó tan divertida que le costó un cierto trabajo llevarse a Caddy por la puertecita corredera que daba al dormitorio de al lado.

—Señorita Summerson —dijo el señor Guppy—, espero que sepa *usté escusar* los nervios de una madre que no piensa más que en la *felicidá* de su hijo. Mi madre, aunque pueda ponerse *mú* nerviosa está motivada sólo por el instinto materno.

Apenas hubiera podido yo creer que nadie pudiera ponerse tan colorado en un instante, ni cambiar tanto como ocurrió con el señor Guppy cuando me levanté el velo.

—Le he pedido por favor ver a usted unos momentos aquí —dije—, mejor que ir al bufete del señor Kenge, porque, al recordar lo que dijo usted en cierta ocasión en que me habló en confianza, me temía que de lo contrario podría ponerlo a usted en apuros, señor Guppy.

Estoy segura de que ya lo había puesto en bastante apuro. Jamás he visto tales titubeos, tal confusión, tal sorpresa y tal aprensión.

—Señorita Summerson —tartamudeó el señor Guppy—. Le... le... ruego me *escuse*, pero en nuestra profesión a... a... veces consideramos necesario ser explícitos. Se refiere *usté* a una ocasión, señorita, en la que... en la que tuve el honor de hacer una declaración que...

Pareció como si tuviera en la garganta algo que le resultara imposible tragar. Se llevó la mano a ella, tosió, hizo muecas, volvió a tratar de tragárselo, volvió a toser, volvió a hacer muecas, miró por toda la salita y revolvió entre sus papeles.

—Me ha venido una especie de mareo, señorita —explicó— que me deja un tanto *atontao*. Soy... padezco... cosas así... ¡diablo!

Le di un cierto tiempo para recuperarse. Lo dedicó a llevarse la mano a la cabeza y volvérsela a quitar, y a apartar la silla hacia el rincón que había detrás de él.

—Lo que me proponía, señorita, era señalar —continuó diciendo el señor Guppy— que... ay, Dios mío..., deben ser los bronquios, creo..., ¡jem!..., señalar que en aquella ocasión tuvo usted la bondad de rechazar y repudiar aquella declaración. ¿No... no tendría usted objeciones a reconocerlo? Aunque no hay testigos presentes, quizá le resultara... satisfactorio... por usted misma... reconocer que así fue.

—No cabe duda —le dije— de que rechacé su proposición sin reservas ni matices de ningún tipo, señor Guppy.

—Gracias, señorita —respondió, midiendo la mesa con manos preocupadas—. Hasta el momento, todo va bien y dice bien de usted. ¡Jem! No cabe duda de que es bronquitis, deben de ser los pulmones... ¡Jem!..., quizá no se sintiera *usté* ofendida si yo le dijera... aunque no es necesario, porque su buen sentido, el buen sentido de

cualquiera debe bastar... si yo le mencionara que aquella declaración mía fue la última y terminó ahí, ¿verdad?

—Lo entiendo perfectamente —dije.

—Quizá... ¡jem!..., quizá no merezca la pena, pero quizá le fuera satisfactorio a usted..., quizá no le importaría reconocerlo explícitamente, señorita —insistió el señor Guppy.

—Lo reconozco explícita y cabalmente.

—Muchas gracias —dijo el señor Guppy—. Es lo más honorable, estoy seguro. Lamento que la forma en que está organizada mi vida, junto con circunstancias ajenas a mi voluntad, me impidan repetir jamás aquel ofrecimiento, o renovarlo en cualquier forma, pero será siempre un recuerdo ligado por los ¡jem!..., ligado por los lazos de la amistad. —La bronquitis del señor Guppy vino en su ayuda y dejó de medir la mesa con las manos.

—¿Puedo decirle ahora lo que he venido a decirle? —empecé.

—Será un honor para mí —dijo el señor Guppy—. Estoy tan persuadido de que su buen sentido y sus buenos sentimientos la harán actuar con toda corrección que estoy seguro de que será para mí un placer el escuchar cualquier observación que desee usted hacer.

—Tuvo usted la bondad de implicar en aquella ocasión...

—Perdón, señorita —interrumpió el señor Guppy—, pero es mejor que no nos apartemos de las pruebas a las implicaciones. No puedo admitir que implicara nada.

—Dijo usted en aquella ocasión —volví a empezar— que quizá tuviera usted los medios de defender mis intereses y de promover mi fortuna mediante unos descubrimientos que me afectarían. Supongo que basaba usted aquella opinión en su conocimiento general de que soy huérfana, y de que todo lo que tengo se lo debo a la benevolencia del señor Jarndyce. Pues bien, el principio y el fin de lo que he venido a rogarle, señor Guppy, es que tenga usted la bondad de renunciar a toda idea de prestarme servicio alguno. He pensado en ello a veces, y cuando mas he pensado ha sido últimamente..., desde que caí enferma. Por fin he tomado una decisión, en caso de que en algún momento recordara usted aquella intención, y actuara al respecto de una u otra forma, de venir a asegurarle que comete usted un error. No podría usted hacer un descubrimiento a mi respecto que me hiciera el más mínimo favor y ni me complaciera en absoluto. Conozco mi historia personal, y estoy en condiciones de asegurar a usted que nunca podrá defender mis intereses por esos medios. Es posible que haya abandonado usted ese proyecto hace tiempo. En tal caso, le ruego me perdone por causarle una molestia innecesaria. Si no es así, le ruego, conforme a las seguridades que acabo de darle, que en adelante renuncie a él. Se lo ruego para que yo pueda quedar en paz.

—Me siento obligado a confesar —dijo el señor Guppy— que se expresa usted,

señorita, con los buenos sentimientos y el sentido de la justicia que le atribuía yo. Nada puede ser más satisfactorio que esos buenos sentimientos, y si hace un momento me equivoqué acerca de sus intenciones, estoy dispuesto a presentarla todas mis *excusas*. Quede constancia, señorita, de que por la presente le pido esas *excusas*... limitadas, como su propio buen sentido y sentido de la justicia le señalarán es necesario, al procedimiento en curso.

Debo decir en honor del señor Guppy que los modales evasivos de antes habían mejorado mucho. Parecía celebrar verdaderamente la posibilidad de hacer algo si yo se lo pedía, y parecía avergonzado de sí mismo.

—Si me permite usted terminar inmediatamente lo que tengo que decirle, para que no haya ocasión de volver sobre ello —continué al ver que se disponía a seguir hablando—, me hará usted un favor, caballero. He venido a ver a usted de la manera más discreta posible porque usted me anunció aquella impresión suya en una confianza que he deseado auténticamente respetar, y que como recordará usted siempre he respetado. Ya le he mencionado mi enfermedad. No tengo ningún motivo para titubear en decir que sé muy bien que todo pequeño rebozo que pudiera sentir en hacerle una petición a usted ha desaparecido totalmente. De ahí el ruego que acabo de hacerle, y espero que me tenga usted en suficiente estima como para acceder a él.

Debo señalar otra vez en honor del señor Guppy que cada vez parecía más avergonzado de sí mismo, y que cuando más avergonzado y más serio pareció fue cuando me replicó todo sonrojado:

—Por mi palabra y por mi honor, por mi vida y por mi alma, señorita Summerson, que le prometo por mi hombría que actuaré conforme a sus deseos. Jamás daré un solo paso en oposición a ellos. Si le satisface, prestaré juramento. En todo lo que prometo en este momento, y en relación con los asuntos que se están tratando —continuó el señor Guppy rápidamente, como si estuviera repitiendo una fórmula conocida—, digo la verdad, toda la *verdad* y nada más que la *verdad*, con...

—Estoy convencida —dije levantándome—, y se lo agradezco mucho. ¡Caddy, hija mía, estoy lista!

Volvió la madre del señor Guppy con Caddy (y esta vez me hizo a mí la destinataria de sus risas silenciosas y de sus codazos) y nos despedimos. El señor Guppy nos acompañó a la puerta con un aire como de quien está medio dormido o sonámbulo, y allí lo dejamos contemplándonos.

Pero al cabo de un minuto vino detrás de nosotras sin haberse puesto el sombrero y con sus largos cabellos al viento y nos detuvo, diciendo fervientemente:

—Señorita Summerson, por mi honor y por mi alma que puede *usté* confiar en mí.

—Y confío —le dije—, confío totalmente.

—Perdóneme *usté*, señorita —dijo el señor Guppy, apoyándose primero en una

pierna y luego en otra—, pero como está presente esta señora..., su propio testigo..., quizá se sintiera usted más satisfecha (pues deseo que quede *usted* tranquila), si repitiera *usted* lo que reconoció hace un rato.

—Bien, Caddy —dije volviéndome hacia ésta—, quizá no te sorprenda saber que nunca ha existido compromiso...

—Ni proposición ni promesa de matrimonio alguna —sugirió el señor Guppy.

—Ni proposición ni promesa de matrimonio alguna —dije— entre este caballero...

—William Guppy, de Penton Place, Pentonville, en el condado de Middlesex —murmuró él.

—Entre este caballero, William Guppy, de Penton Place, Pentonville, en el condado de Middlesex y yo.

—Gracias, señorita —dijo el señor Guppy—. Todo en orden... ¡Jem!... Perdón... ¿La señora se llama, nombre y apellido?

Se los dije.

—¿Casada, creo? —preguntó el señor Guppy—. Casada. Gracias. De soltera Caroline Jellyby, que vivía entonces en Thavies Inn, de la City de Londres, pero no de la parroquia; actualmente de Newman Street, Oxford Street. Muy agradecido.

Se fue corriendo a su casa y volvió corriendo otra vez.

—Acerca de ese asunto, ya sabe *usted*, de verdad que lamento muchísimo que la actual organización de mi vida, junto con circunstancias ajenas a mi voluntad impidan una reanudación de lo que quedó terminado enteramente hace algún tiempo —me dijo el señor Guppy, melancólico y desolado—, pero era imposible. ¡No me diga que no lo era! ¿Qué opina *usted*?

Le dije que evidentemente era imposible. El asunto no admitía duda. Me dio las gracias y volvió a marcharse corriendo, pero una vez más se dio la vuelta.

—Es algo que le honra mucho, señorita, desde luego —dijo el señor Guppy... Si pudiera erigirse un altar sobre los lazos de la amistad..., ¡pero por mi alma que puede *usted* contar conmigo en todos los respectos, salvo en los de una tierna pasión!

El combate que estaba en marcha en las profundidades del corazón del señor Guppy, y las repetidas oscilaciones que le impulsaba a hacer entre la puerta de su madre y nosotras, eran suficientemente conspicuos en aquella calle ventosa (dado especialmente que le hacía falta un corte de pelo) como para obligarnos a irnos a toda prisa. Lo hice con un peso menos en el alma, pero la última vez que nos volvimos a mirar, el señor Guppy seguía debatiéndose con la misma inquietud que antes.

39. Abogado y cliente

El nombre del señor Vholes, precedido por la leyenda de Piso Bajo, figura inscrito en el montante de una puerta de Symond's Inn, Chancery Lane: un edificio pequeño, pálido, ciego, destartado, como un gran cubo de la basura con dos compartimentos y un tabique. Parece que Symond fue hombre ahorrativo y construyó su edificio con materiales usados de construcción de segunda mano, que fueron rápidamente víctimas de la carcoma, la suciedad y todo lo que provoca la decadencia y la ruina, y perpetuó el nombre de Symond's con una sordidez bienhumorada. En esta hura mezquina conmemorativa de Symond es donde el señor Vholes se consagra a la práctica del derecho.

El bufete del señor Vholes, por su origen poco cordial y en situación poco acogedora, está metido en un rincón, y contempla un muro ciego. Tres pies de pasillo oscuro y con el piso lleno de nudos llevan al cliente a la puerta negrísima del señor Vholes, en una esquina que resultaría tenebrosa incluso en la mañana veraniega más luminosa posible por encima de la cual sube la escalera del sótano, contra la que se dan golpes en la cabeza los profanos que llegan con prisas. El bufete del señor Vholes es tan reducido que un pasante puede abrir la puerta sin bajarse de su taburete, mientras que el otro, que comparte el mismo escritorio, puede hacer lo mismo para atizar el fuego. Hay un olor a oveja enferma, mezclado con el de polvo y humedad, que cabe atribuir al consumo nocturno (y muchas veces diurno) de velas de sebo de cordero y a la desintegración de formularios y pergamino en cajones grasientos. Por lo demás, el ambiente es rancio y cerrado. La última vez que se pintó o se encaló ese bufete es algo que no recuerda memoria humana, y las dos chimeneas tiran mal, y por todas partes hay una capa de hollín que lo recubre todo, y las ventanas opacas y agrietadas en sus pesados marcos no tienen nada que las haga notables, salvo su determinación de permanecer siempre sucias y siempre cerradas, salvo que se las fuerce. Ello explica el fenómeno de que la más débil de ellas suela tener metido entre sus mandíbulas un haz de leña cuando hace calor.

El señor Vholes es un hombre muy respetable. No tiene mucho trabajo, pero es un hombre muy respetable. Los abogados más importantes, que han hecho grandes fortunas o están a punto de hacerlas, reconocen que es un hombre respetabilísimo. En su trabajo nunca pierde una oportunidad, lo cual es seña de respetabilidad. Nunca se divierte, lo cual es otra seña de respetabilidad. Es reservado y serio, lo cual es otra seña de respetabilidad. Tiene problemas digestivos, lo cual es muy respetable. Y está almacenando la carne que es como hierba para sus tres hijas [79]. Y mantiene a su anciano padre en el Valle de Taunton.

El gran principio del derecho inglés es ser lucrativo. No existe, en todos sus meandros, ningún otro principio tan distinta, clara y consistentemente mantenido.

Visto bajo esta luz se convierte en un plan coherente, y no en el laberinto monstruoso que suelen pensar los profanos. Bastaría con que percibieran claramente una sola vez que su gran principio es ser lucrativo a costa de ellos para que dejaran de gruñir de una vez, no cabe duda.

Pero como no lo perciben con claridad, sino que lo ven de forma fragmentaria y confusa, los profanos a veces sufren en su paz de ánimo y sus bolsillos y sí que gruñen demasiado. Entonces se les aplica todo el peso de la respetabilidad del señor Vholes: «¿Derogar tal artículo, señor mío?», dice el señor Kenge a un cliente irritado, «¿Derogarlo, señor mío? jamás lo consentiré. Cambie usted la ley, señor mío, y ¿cuál será el efecto de su temerario proceder para toda una clase de profesionales muy dignamente representada, permítaseme decirlo, por el abogado de la parte contraria a usted, el señor Vholes? Señor mío, esa clase de profesionales se vería barrida de la faz de la Tierra. Y usted no se puede permitir; diría yo que el sistema social no se puede permitir la pérdida de hombres como el señor Vholes. Diligentes, perseverantes, agudos en los negocios. Señor mío, comprendo lo que siente usted en estos momentos en contra del orden actual de cosas, y reconozco que en su caso es un tanto molesto, pero jamás levantaré mi voz en pro de la destrucción de toda una clase de hombres como el señor Vholes». La respetabilidad del señor Vholes se ha citado incluso con efecto aplastante ante comisiones parlamentarias, como ocurrió en el caso de las siguientes minutas oficiales de la declaración de un distinguido procurador. «Pregunta (número quinientos diecisiete mil ochocientos sesenta y nueve): Si bien entiendo lo que declara usted, no cabe duda de que estas formas de ejercer la profesión causan retrasos. Respuesta: Sí. Algunos retrasos. Pregunta: ¿Y muchos gastos? Respuesta: Desde luego, no se pueden hacer gratis. Pregunta: ¿Y problemas indecibles? Respuesta: No estaría en condiciones de contestar a eso. A *mí* nunca me han causado problemas, sino todo lo contrario. Pregunta: Pero, ¿cree usted que su abolición perjudicaría a toda una clase de profesionales? Respuesta: No me cabe duda. Pregunta: ¿Puede usted dar un ejemplo de esa clase? Respuesta: Sí. Mencionaría sin titubear al señor Vholes. Se arruinaría. Pregunta: ¿En su profesión se considera que el señor Vholes es una persona respetable? Respuesta (que resultó fatal e hizo que la investigación durase diez años): En la profesión se considera que el señor Vholes es una persona *respetabilísima*».

Análogamente, en las conversaciones familiares hay autoridades privadas, pero no menos desinteresadas, que observan que no saben a donde vamos a llegar, que estamos cayendo en el caos, que ya han eliminado otra cosa más, que estos cambios significan la muerte de gente como Vholes, persona de indudable respetabilidad, con un padre en el Valle de Taunton y tres hijas en casa. Como sigamos por ese camino, dicen, ¿qué va a pasarle al padre de Vholes? ¿Tendrá que morir? ¿Y a las hijas de Vholes? ¿Tendrán que hacerse costureras, o amas de llaves? Es como si el señor

Vholes y sus parientes fueran jefezuelos caníbales y, ante la propuesta de abolir el canibalismo, surgieran indignados campeones suyos que plantearan las cosas como sigue: ¡Si prohíben ustedes la antropofagia, matarán ustedes de hambre a los Vholes!

En resumen, el señor Vholes, con sus tres hijas y su padre en el Valle de Taunton, sigue sirviendo de puntal, como si fuera, una viga de madera, para sustentar una pared en ruinas que se ha convertido en un peligro público y en una molestia. Y para muchísima gente, en muchísimos casos, nunca se trata de pasar de lo Injusto a lo Justo (consideración que desde luego no interviene para nada), sino que siempre se trata de perjudicar o beneficiar a esa legión, eminentemente respetable, de los Vholes de este mundo.

Hace diez minutos que el Lord Canciller ha salido para sus vacaciones de verano. El señor Vholes y su joven cliente, juntos con varias sacas azules rellenas a toda prisa de forma que no se reconoce en absoluto su forma original, como ocurre con las grandes serpientes cuando están saciadas, han vuelto a la guarida oficial. El señor Vholes, tranquilo e imperturbable, como corresponde a persona tan respetable, se quita sus ajustados guantes negros como si se estuviera desollando las manos, se levanta el sombrero apretado como si se estuviera quitando el cuero cabelludo, y se sienta a su escritorio. El cliente tira al suelo el sombrero y los guantes, los tira donde caigan, sin ocuparse de ellos ni de dónde van a caer, se lanza a una silla, con algo que es entre un suspiro y un gruñido, descansa la cabeza dolorida en una mano y es como la imagen de la joven Desesperación.

—¡Nada, una vez más! —dice Richard—. ¡Nada!

—No diga usted que nada, caballero —replica plácidamente Vholes—. ¡Eso no es justo, señor mío, nada justo!

—Bueno, ¿y qué es lo que hemos conseguido? —pregunta Richard, que lo contempla sombrío.

—Es posible que no se trate sólo de eso —responde Vholes. Es posible que se trate qué es lo que se está consiguiendo, qué es lo que se está consiguiendo.

—Y, ¿qué es lo que se está consiguiendo? —pregunta su melancólico cliente.

Vholes se sienta con los brazos apoyados en el escritorio, y lleva en silencio las puntas de los cinco dedos de una mano a reunirse con las cinco puntas de la otra, y tras volver a repararlas en silencio otra vez, contempla fija y lentamente a su cliente y contesta:

—Se están consiguiendo muchas cosas, señor mío. Hemos arrimado el hombro a la rueda, señor Carstone, y la rueda empieza a girar.

—Sí, y a ella está atado Ixión [\[80\]](#). ¿Cómo voy a pasar los cuatro o cinco meses infernales que vienen? —exclama el joven, que se levanta de su silla y se pone a pasear por el aposento.

—Sr. C. —replica Vholes, que lo sigue con la mirada mientras él se desplaza—,

es usted muy impulsivo, y lo lamento por usted. Permítame que le recomiende que no se irrite usted tanto, que no sea tan impetuoso, que no gaste tantas energías. Debería usted tener más paciencia. Debería usted contenerse más.

—¿O sea, señor Vholes, que debería imitarlo a usted? —dice Richard, que vuelve a sentarse con una risa impaciente y golpea nervioso con un pie la alfombra descolorida.

—Señor mío —replica Vholes, que sigue mirando al cliente como si fuera a engullírselo con los ojos, además de con su apetito profesional—. Señor mío —replica Vholes con su manera de hablar para sus adentros y con la calma de quien no tiene sangre en las venas—, no voy a tener yo la presunción de proponerme como modelo, ni de usted ni de nadie. Me basta con dejar un buen nombre a mis tres hijas; no soy egoísta. Pero como se refiere usted a mí de ese modo, reconozco que me agradaría impartir a usted algo de lo que sin duda calificaría usted, señor mío, de insensibilidad, y estoy seguro de que yo no tengo nada que objetar, digamos de mi insensibilidad, algo de mi insensibilidad.

—Señor Vholes —dice el cliente, un tanto cortado—, no era mi intención acusar a usted de insensibilidad.

—Yo creo que sí, señor mío, aunque fuera sin saberlo —responde el ecuánime Vholes—. Es muy natural. Yo tengo el deber de cuidar de sus intereses con ánimo tranquilo, y entiendo perfectamente que a sus ojos excitados yo pueda aparecer insensible en momentos como éste. Quizá mis hijas me conozcan mejor; es posible que mi anciano padre me conozca mejor. Pero también me conocen desde hace mucho más tiempo que usted, y el ojo confiado del afecto no es el mismo que el ojo desconfiado de los negocios. Al cuidar de los intereses de usted deseo que se verifique lo que hago en toda la medida de lo posible; es lo correcto; exijo que se me investigue. Pero los intereses de usted exigen que yo mantenga mi calma y mis métodos, señor Carstone, y yo no puedo actuar de otro modo; no, señor, ni siquiera para complacer a usted.

El señor Vholes, tras echar un vistazo al gato oficial que observa paciente una ratonera, vuelve a fijar su mirada hechizada en su joven cliente y continúa diciendo con su voz semiaudible y completamente abotonada, como si en su interior residiera un espíritu impuro que no quisiera salir ni hablar en voz alta:

—Pregunta usted, señor mío, lo que va a hacer durante las vacaciones judiciales. Yo supongo que ustedes, los caballeros del ejército, saben encontrar muchos medios de entretenerse si lo desean. Si me hubiera preguntado usted lo qué iba a hacer yo durante las vacaciones, podría haberle dado una respuesta más rápida. Voy a cuidar de los intereses de usted. Voy a pasarme los días aquí, cuidando de los intereses de usted. Ésa es mi obligación, señor C., y el que los Tribunales estén reunidos o de vacaciones, poco me importa. Si desea usted consultarme acerca de sus intereses,

aquí me encontrará en todo momento. Otros profesionales se marchan de la ciudad. Yo no. No es que los critique por marcharse, simplemente digo que yo no me marchó. ¡Este escritorio es su roca, señor mío!

El señor Vholes le da un golpe y el escritorio resuena como una caja de ataúd. Pero no a oídos de Richard. Ese sonido le resulta alentador. Quizá el señor Vholes lo sepa.

—Tengo plena conciencia, señor Vholes —dice Richard en tono más confianzudo y de mejor humor—, de que es usted la persona más fiable del mundo, y el trabajar con usted es trabajar con alguien que no se va a dejar engañar. Pero póngase usted en mi caso, con esta vida desordenada, sumido cada día en más dificultades, siempre esperando y siempre desencantado, consciente de que no hago más que cambiar para peor, sin que nada cambie para mejor en ningún otro aspecto, y verá usted que se trata de un caso de lo más desesperado, como a veces me parece a mí.

—Ya sabe usted —dice el señor Vholes— que yo nunca pierdo la esperanza, señor mío. Le he dicho desde el primer momento, señor C., que yo nunca pierdo la esperanza. Particularmente en un caso como éste, en el que la mayor parte de las costas la paga la herencia. No tendría en cuenta mi buen nombre si abandonara la esperanza. Quizá parezca que mi objetivo son las costas. Pero cuando dice usted que nada cambia para mejor, debo negarlo, como mera cuestión de hecho.

—¿Sí? —pregunta Richard, animándose—. ¿En qué sentido lo dice usted?

—Señor Carstone, está usted representado por...

—Acaba usted de decirlo: una roca.

—Sí, señor —insiste el señor Vholes, meneando dulcemente la cabeza y golpeando su escritorio hueco, que resuena como si hubiera dentro de él cenizas que caen sobre cenizas, y polvo sobre polvo—, una roca. Eso ya es algo. Está usted representado individualmente, y ya no está perdido ni oculto entre los intereses de otros. *Eso* es algo. El pleito no está dormido; nosotros lo despertamos, lo ventilamos, lo sacamos de paseo. *Eso* es algo. No es solamente Jarndyce, de hecho, además de nombre. *Eso* es algo. Ahora ya no hay nadie que haga exclusivamente lo que él quiere. Y no cabe duda de que eso es algo.

Richard, con un gesto repentinamente encendido, golpea el escritorio con un puño.

—¡Señor Vholes! Si alguien me hubiera dicho la primera vez que fui a casa de John Jarndyce que era otra cosa que el amigo desinteresado que parecía ser, que era lo que se ha ido viendo gradualmente que es, no hubiera podido yo encontrar palabras lo bastante fuertes para rechazar la calumnia; no hubiera podido encontrar demasiado ardor para defenderlo. ¡Qué poco sabía yo del mundo! Mientras que ahora le declaro a usted que se ha convertido para mí en la personificación del pleito, que en lugar de que éste sea algo abstracto, se ha convertido en John Jarndyce; que cuanto más sufro,

más me indigno con él; que todo nuevo retraso y toda nueva desilusión no es sino una injuria más que me inflige la mano de John Jarndyce.

—No, no —dice el señor Vholes—. No diga usted eso. Debemos tener paciencia, todos nosotros. Además, a mí no me gusta ofender, señor mío. Yo nunca ofendo a nadie.

—Señor Vholes —replica el indignado cliente—, sabe usted igual que yo que si le hubiera sido posible, él habría dado carpetazo al pleito.

—No ha estado muy activo —reconoce el señor Vholes, con aire renuente—. Desde luego, no ha estado muy activo. Pero sin embargo, sin embargo, es posible que sus intenciones fueran buenas. ¿Quién puede jactarse de leer en los corazones, señor C.?

—Usted puede —contesta Richard.

—¿Yo, señor C.?

—Lo bastante bien para saber cuáles eran sus intenciones. ¿Están en conflicto nuestros intereses o no? ¡Dígame sí o no! —dice Richard, acompañado sus cuatro últimas palabras con cuatro golpes en su roca de confianza.

—Señor C. —responde Vholes, imperturbable en su actitud y sin pestañear ni una vez sus famélicos ojos—, faltaría a mi deber como asesor profesional de usted, me desviaría de mi fidelidad a los intereses de usted, si adujera que esos intereses son idénticos a los intereses del señor Jarndyce. No lo son, señor mío. Yo nunca hago procesos de intenciones. Tengo un padre y yo mismo soy padre, y nunca hago procesos de intenciones. Pero no debo renunciar a mis obligaciones profesionales, aunque ello implique sembrar la disensión en las familias. Entiendo que usted me consulta ahora, profesionalmente, acerca de sus intereses, ¿no es así? Le respondo que no son idénticos a los del señor Jarndyce.

—¡Pues claro que no! —grita Richard—. Ya lo averiguó usted hace mucho tiempo.

—Señor C. —insiste Vholes—, no deseo hablar más de lo necesario acerca de terceros. Deseo dejar mi buen nombre inmaculado, junto con los escasos bienes que haya logrado adquirir gracias a la industria y la perseverancia, a mis hijas Emma, Jane y Caroline. También deseo vivir amigablemente con mis colegas. Señor mío, cuando el señor Skimpole me hizo el honor (no diré el gran honor, pues nunca desciendo a las adulaciones) de reunirnos en estos aposentos, le mencioné a usted que no podía ofrecerle ninguna opinión, ningún consejo, acerca de los intereses de usted, mientras esos intereses estuvieran confiados a otro miembro de mi profesión. Y hablé en los términos en los que estaba obligado a hablar del bufete de Kenge y Carboy, que tiene gran reputación. Usted, señor mío, consideró oportuno retirar sus intereses del cuidado de ellos, pese a todo, y yo los acepté con las manos limpias. Esos intereses son ahora los supremos de este bufete. Como es posible que me haya usted

oído mencionar, mis funciones digestivas no están en buen estado, y es posible que un descanso las hiciera mejorar, pero no voy a descansar, señor mío, mientras ostente su representación. Siempre que me necesite me hallará aquí. Llámeme a donde sea y acudiré. Durante las vacaciones, señor mío, consagraré mi tiempo libre a estudiar los intereses de usted cada vez más a fondo y a adoptar disposiciones para remover Roma con Santiago (incluido, desde luego, el Canciller) después de San Miguel, y cuando por fin felicite a usted, señor mío —dice el señor Vholes con la severidad de un hombre muy decidido—, cuando por fin felicite a usted de todo corazón por haber obtenido una fortuna, acerca de lo cual, aunque yo nunca doy esperanzas, quizá tenga algo más que decirle a usted, no me deberá usted nada, salvo lo poco que para entonces quede pendiente de los honorarios entre abogado y cliente, no incluidos en las costas judiciales, que recaen sobre el patrimonio. No tengo ningún derecho sobre usted, señor C., salvo el del desempeño celoso y activo (no el desempeño lánguido y rutinario, señor mío, eso sí debo reconocérmelo a mí mismo) de mis obligaciones profesionales. Una vez cumplido felizmente mi deber, todo habrá terminado entre nosotros.

Para terminar, Vholes añade en calidad de postdata de esta declaración de sus principios, que como el señor Carstone está a punto de reincorporarse a su regimiento, es posible que el señor C. desee complacerlo con una orden de pago contra su agente por valor de 20 libras a cuenta.

—Porque últimamente, señor mío —observa el señor Vholes, pasando las hojas de su Libro Diario—, ha habido muchas consultas y asistencias, y estas cosas van acumulándose y yo no presumo de ser hombre de capital. Cuando iniciamos nuestras actuales relaciones le dije a usted abiertamente (es uno de mis principios que las relaciones entre abogado y cliente nunca pueden ser demasiado abiertas) que yo no era hombre de capital, y que si su objetivo era el capital, mejor sería dejar los documentos en el bufete de Kenge. No, señor C., aquí, señor mío, no encontrará usted ninguna de las ventajas ni de las desventajas del capital. Ésta —y Vholes da otro golpe hueco al escritorio— es su roca; no pretende ser nada más.

El cliente, con su abatimiento sensiblemente aliviado, y con sus vagas esperanzas reanimadas, toma pluma y tinta y escribe la nota, aunque no sin realizar antes un estudio y un cálculo perplejo de la fecha que puede llevar, lo cual implica la existencia de escaso efectivo en manos de su agente. Durante todo ese rato Vholes, con el cuerpo y la mente abotonados, lo contempla atentamente. Durante todo ese rato el gato oficial de Vholes sigue contemplando la ratonera.

Por último, el cliente da la mano al señor Vholes y le ruega que, por el amor del Cielo y por el amor de la Tierra haga todo lo posible por «sacarlo con bien» del Tribunal de Cancillería. El señor Vholes, que nunca da esperanzas, pone la palma de la mano en el hombro del cliente y le responde con una sonrisa: «Siempre estoy aquí,

señor mío. Personalmente o por carta, siempre me encontrará usted aquí, señor mío, con el hombro arrimado a la rueda». Así se separan, y Vholes, al quedarse solo, se dedica a trasladar una serie diversa de notas de su Diario a su libro personal de contabilidad, en beneficio final de sus tres hijas. Igual podría un zorro industrial, o un oso, establecer su contabilidad de gallinas o de viajeros perdidos mientras miran a sus cachorros; por no ofender con esa palabra a las tres doncellas de cara macilenta, flacas y abotonadas que viven con el padre Vholes en el rústico chalet situado en medio de un jardín húmedo de Kennington.

Richard sale de las tinieblas de Symond's Inn a la luz del sol de Chancery Lane (pues da la casualidad de que hoy brilla el sol), va paseando pensativo hacia Lincoln's Inn y pasa bajo la sombra de los árboles de Lincoln's Inn. Son muchos los paseantes bajo los que han caído las sombras moteadas de esos árboles: sobre cabezas igualmente bajas, uñas igualmente mordisqueadas, ojos gachos, pasos titubeantes, aire errabundo y soñador, mientras el bien se consume y se ve consumido y la vida se agría. Nuestro paseante todavía no está raído, pero es posible que llegue a estarlo. La Cancillería, que no conoce sabiduría alguna salvo en los Precedentes, goza de gran riqueza en esos Precedentes, y, ¿por qué va éste a ser distinto de los diez mil anteriores?

Pero hace tan poco tiempo que se inició su decadencia que cuando se va alejando, renuente a la idea alejarse del lugar durante varios meses, por mucho que lo deteste, que quizá el propio Richard considere que su caso es excepcional. Aunque le pese en el corazón estar lleno de preocupaciones corrosivas, de angustia, de desconfianza y de dudas, quizá le quede margen para preguntarse tristemente al recordar lo distintas que fueron sus primeras visitas a este mismo lugar, cuán diferente era él, cuán diferentes veía las cosas mentalmente. Pero la injusticia engendra injusticia, el combatir con las sombras y verse derrotado por ellas requiere establecer sustancias con las que combatir; se ha convertido en un alivio indescriptible el pasar del pleito impalpable que no puede comprender nadie en este mundo a la figura palpable del amigo que lo hubiera salvado de la ruina y convertirlo a él en su enemigo. Richard le ha dicho la verdad a Vholes. Tanto si está de buen humor como de malo, sigue atribuyendo todos sus problemas a la misma causa; se ha visto contrariado en ese sentido, con respecto a un objetivo bien claro, y ese sentido sólo puede deberse al único tema que está a punto de absorber toda su existencia; además, se considera justificado ante sus propios ojos al disponer de un antagonista y un opresor claramente identificado.

¿Convierte todo esto a Richard en un monstruo, o cabe advertir que la Cancillería también abunda en Precedente de este tipo, de suponer que el Ángel Escribano pudiera demandar su presentación?

Mientras él se va mordiendo las uñas melancólico al cruzar la plaza, dos pares de

ojos que están ya acostumbrados a ver personas que se hallan en la misma situación ven que desaparece en la sombra de la puerta del sur, y van siguiéndolo. Los poseedores de esos ojos son el señor Guppy y el señor Weevle, que han estado conversando, apoyados en el parapeto bajo de piedra bajo los árboles. Pasa junto a ellos, sin ver nada más que el suelo.

—William —dice el señor Weevle alisándose las patillas—, ¡ahí marcha alguien en combustión! No es un caso de la Espontánea, pero sí de una combustión lenta.

—¡Ah! —dice el señor Guppy—. No ha querido mantenerse apartado del caso Jarndyce y supongo que está endeudado hasta las cejas. Nunca llegué a conocerle bien. Cuando estuvo a prueba con nosotros era más tieso que el Monumento [81]. Por mí, cuanto más lejos, mejor, como pasante y como cliente. Bueno, Tony, lo que están tramando es lo que te decía yo.

El señor Guppy vuelve a cruzarse de brazos y a apoyarse en el parapeto, como si estuviera a punto de reanudar su interesante conversación.

—Te digo, amigo mío, que siguen en eso —comenta el señor Guppy—, y que siguen echando las cuentas, estudiando los documentos, examinando un montón de basuras tras otro. Como sigan así, dentro de siete años estarán igual que ahora.

—¿Y Small les ayuda?

—Small se ha marchado tras dar un preaviso de una semana. Le dijo a Kenge que los negocios de su abuelo eran demasiado para el anciano y a él le convendría dedicarse a ellos. Últimamente se habían enfriado las relaciones entre Small y yo por lo reservado que era él. Pero me dijo que tú y yo lo habíamos empezado, y a decir verdad yo no se lo podía discutir, porque tenía razón él, y volví a poner nuestras relaciones en el mismo pie que antes. Así es como me he enterado de lo que están tramando.

—¿No has ido a buscar nada?

—Tony —dice el señor Guppy, un tanto desconcertado—, no quiero ser reservado contigo, y la verdad es que no me gusta demasiado la casa, salvo cuando estoy contigo; por eso he propuesto esta pequeña cita para que nos llevemos tus cosas. ¡El reloj acaba de dar la hora! Tony —añade el señor Guppy, misteriosa y tiernamente elocuente—, es necesario convencerte una vez más de que circunstancias ajenas a mi voluntad han introducido una modificación melancólica en mis planes más acariciados, y en la imagen que no me ama y que te he mencionado anteriormente como a un buen amigo. Esa imagen se ha roto, y ese ídolo ha caído... Mi único deseo actualmente, en relación con los objetos que tenía yo la idea de llevar al Tribunal con tu ayuda como amigo, es dejarlos en paz y enterrarlos en el olvido. ¿Crees posible, crees en absoluto probable (y te lo pregunto como buen amigo, Tony), por tu conocimiento del personaje caprichoso, astuto y anciano, que cayó presa del... elemento Espontáneo, crees, Tony, probable en absoluto que él tuviera otra idea y

colocara aquellas cartas en otra parte, después de la última vez en que lo viste vivo, y que no quedaran destruidas aquella noche?

El señor Weevle se queda reflexionando un momento. Niega con la cabeza. Opina decididamente que no.

—Tony —dice el señor Guppy mientras avanza hacia la plazoleta—, una vez más, entiéndeme como amigo. Sin entrar en más explicaciones, puedo repetir que el ídolo ha caído. No tengo ya más objetivo que el de enterrarlo en el olvido. Me he comprometido a ello. Me lo debo a mí mismo, y se lo debo también a esa imagen rota, así como a circunstancias ajenas a mi voluntad. Si me expresaras con un gesto, con un guiño, que has visto en alguna parte de tu antigua residencia algún papel parecido a los que buscábamos, los tiraré al fuego, te lo aseguro, bajo mi responsabilidad.

El señor Weevle asiente. El señor Guppy, muy elevado a sus propios ojos por haber formulado esas observaciones, con aire en parte forense y en parte romántico (pues este caballero siente pasión por hacerlo todo como si fuera un interrogatorio judicial, o afirmarlo todo como si fuera un alegato final o un discurso), acompaña dignamente a su amigo a la plazoleta.

Nunca, desde su fundación como plazoleta, ha habido en ella una bolsa de chismorreos, inagotable como la de Fortunato, comparable a la de la trapería. Infaliblemente, todas las mañanas a las ocho, llega a la esquina el señor Smallweed abuelo, al que meten en la tienda acompañado por la señora Smallweed, Judy y Bart, e infaliblemente se pasan en ella todo el día hasta las nueve de la noche, solazados con refacciones improvisadas, en cantidades no abundantes, que les traen de la casa de comidas de al lado, y buscan y registran, escarban y bucean entre los tesoros del finado. Mantienen tan en secreto la índole de esos tesoros que la plazoleta se siente enloquecer. En su delirio se imaginan monedas de a guinea que aparecen en teteras, monedas de a corona amontonadas en poncheras, sillas y colchones viejos llenos de billetes del Banco de Inglaterra. Compra el pliego de a seis peniques (con portada de vivos colores) del señor Daniel Dancer y su hermana, y también el del señor Elwes, de Suffolk [\[82\]](#) y convierte todos los datos de esas narraciones auténticas en alusiones al señor Krook. Dos veces, cuando se llama al barrendero a que se lleve una carretada de papel viejo, cenizas y botellas rotas, la plazoleta entera se reúne a inspeccionar los cestos cuando salen. Muchas veces, los dos caballeros que escriben con plumillas infatigables en papel finísimo aparecen curioseando en la plazoleta, sin saludarse el uno al otro, pues su antigua sociedad se ha disuelto. El Sol introduce hábilmente en las veladas de la Armonía una nota relativa a lo que más interesa en estos momentos. Little Swills recibe grandes aplausos cuando introduce alusiones habladas al tema, y ese mismo vocalista añade improvisaciones ingeniosas en su repertorio habitual, como si hubiera recibido la inspiración divina. Incluso la señorita M. Melvilleson, en

la vieja melodía caledoniana que dice «Todos de acuerdo», expresa el sentimiento de que «a los perros les gusta la chevecha» (sea lo que sea ese brebaje) con tal picardía y tal giro de la cabeza hacia la puerta de al lado que inmediatamente se advierte que significa que al señor Smallweed le encanta encontrar dinero, y todas las noches ha de bisar la canción. Pese a todo esto, la plazoleta no se entera de nada, y como informan la señora Piper y la señora Perkins ahora al antiguo pensionista, cuya aparición provoca la agitación general, se halla en estado de constante agitación para ver si logra descubrirlo todo y algo más.

El señor Weevle y el señor Guppy, sobre los que caen las miradas de toda la plazoleta, llaman a la puerta de la casa del finado, en estado de gran popularidad. Pero cuando contra lo que esperaba la plazoleta los dejan entrar, inmediatamente se hacen impopulares y se considera que no pueden ir a nada bueno.

Las persianas están más o menos echadas en toda la casa, y el piso bajo está lo bastante oscuro como para que hagan falta velas. Al pasar, acompañados a la trastienda por el más joven de los Smallweed, como acaban de llegar de la luz no pueden distinguir más que sombras y tinieblas, pero gradualmente disciernen al señor Smallweed abuelo, sentado en su silla al borde de un montón o una tumba de papel viejo, en el que está hurgando la virtuosa Judy como una sacristana, y a la señora Smallweed en el nivel más bajo de los alrededores, hundida en un montón de pedazos de papel, impreso y manuscrito, que parece estar formado por los cumplidos acumulados de que viene siendo objeto durante todo el día. Todo el grupo, incluido Small, está negro de polvo y de hollín, y tiene un aspecto demoníaco que no se ve precisamente aliviado por la traza general del aposento. Hay en éste más desechos y basuras que antes, y está todavía más sucio, si cabe; además, las huellas de su antiguo habitante le dan un aire fantasmal, agravado por los restos de su escritura con tiza en las paredes.

Cuando entran los visitantes, el señor Smallweed y Judy se cruzan simultáneamente de brazos y cesan en su búsqueda.

—¡Ajá! —grazna el anciano caballero—. ¡Cómo estamos, señores, cómo estamos! ¿Ha venido usted a buscar sus pertenencias, señor Weevle? Muy bien, muy bien. ¡Ja! ¡Ja! Si las hubiera usted dejado mucho tiempo más habríamos tenido que venderlas, caballero, para pagar los gastos de almacenaje. Se siente usted en su propia casa, ¿a que sí? ¡Me alegro de verle, me alegro de verle!

El señor Weevle le da las gracias y echa una ojeada a su alrededor. La mirada del señor Guppy sigue a la del señor Weevle. La mirada del señor Weevle vuelve atrás sin haber encontrado nada. La mirada del señor Guppy vuelve atrás y se encuentra con la del señor Smallweed. El simpático anciano sigue murmurando, como un instrumento cuya cuerda se estuviera acabando: «Cómo estamos, caba..., cómo esta...». Y cuando se le acaba la cuerda del todo cae en un silencio sonriente,

momento en el que el señor Guppy siente un sobresalto al ver al señor Tulkinghorn, que está de pie en las tinieblas del fondo, con las manos a la espalda.

—El caballero ha tenido la amabilidad de constituirse en mi abogado —dice el Abuelo Smallweed—. ¡No soy yo cliente digno de un caballero de tamaña distinción, pero ha sido muy amable conmigo!

El señor Guppy da un leve codazo a su amigo para que eche otro vistazo, hace una pequeña reverencia al señor Tulkinghorn, que le devuelve una leve inclinación de cabeza. El señor Tulkinghorn lo contempla todo como si no tuviera cosa mejor que hacer y se sintiera más bien divertido por la novedad.

—Diríase que hay bastantes pertenencias aquí, señor mío —observa el señor Guppy al señor Smallweed.

—¡Más que nada trapos y basura, amigo mío! ¡Trapos y basura! Yo y Bart y mi nieta Judy estamos tratando de levantar un inventario de lo que se puede vender. Pero todavía no hemos encontrado gran cosa, no... hemos... encon... ¡ah!

Al señor Smallweed se le ha vuelto a acabar la cuerda, mientras que la mirada del señor Weevle, seguida por la del señor Guppy, ha vuelto a recorrer la trastienda y ha regresado a su origen.

—Bueno caballero —dice el señor Weevle—, no queremos interrumpir más; si nos lo permite, vamos a subir.

—¡Vayan donde quieran, señores míos, donde quieran! Están ustedes en su casa. ¡Les ruego que se sientan en su casa!

Mientras suben, el señor Guppy levanta las cejas con un gesto inquisitivo y mira a Tony. Tony niega con la cabeza. Encuentran la vieja habitación triste y lúgubre, con las cenizas del fuego que ardía aquella memorable noche todavía en la chimenea descolorida. No sienten inclinación alguna a tocar nada, y al principio quitan el polvo de cada objeto con un soplido. Tampoco sienten deseos de prolongar su visita y envuelven todas las cosas transportables a toda velocidad, sin hablar nunca más que en susurros.

—Mira —dice Tony, dando un paso atrás—, ¡aquí vuelve esa gata asquerosa!

El señor Guppy se atrinchera tras una silla.

—Ya me ha hablado Small de ella. Aquella noche salió a saltos y arañándolo todo, como un dragón, y se salió al tejado y se pasó quince días por los tejados, y luego volvió a meterse por la chimenea, porque había adelgazado mucho. ¿Has visto cosa igual? Es como si lo supiera todo, ¿no? Es casi como si fuera Krook. ¡Zape! ¡Largo, demonio!

Lady Jane se queda en la puerta con su mueca de tigre que le va de oreja a oreja, y su cola cortada, y no da muestras de obedecer, pero cuando el señor Tulkinghorn tropieza con ella, la gata le escupe a los pantalones descoloridos y con un maullido de ira sigue subiendo con el lomo arqueado. Posiblemente vaya otra vez al tejado, para

volver a bajar por la chimenea.

—Señor Guppy —dice el señor Tulkinghorn—, ¿puedo decirle una palabra?

El señor Guppy está ocupado en recoger la Galería de la Galaxia de las Bellezas Británicas de la pared y en depositar esas obras de arte en su vieja e indigna sombrerera.

—Caballero —responde, ruborizándose—, deseo actuar cortésmente con todos los miembros de la profesión, y en especial, naturalmente, con un miembro de ella tan conocido como usted, y si me permite añadirlo, señor mío, tan distinguido como usted. Pero, señor Tulkinghorn, debo estipular que si desea usted decirme algo, ese algo ha de decirse en presencia de mi amigo.

—¿Ah, sí? —comenta el señor Tulkinghorn.

—Sí, señor. Mis motivos no son en absoluto personales, pero para mí son más que suficientes.

—Sin duda, sin duda —el señor Tulkinghorn sigue tan imperturbable como la piedra de la chimenea a la que dirige sus palabras—. La cuestión no es de tanta importancia como para que necesite molestar a usted con la imposición de condiciones, señor Guppy. —Hace una pausa para sonreír, y su sonrisa es tan lúgubre y tan oxidada como sus calzones cortos—. He de felicitarlo, señor Guppy; es usted un joven afortunado, señor mío.

—Bastante, señor Tulkinghorn; no me quejo.

—¿Quejarse? Amistades en las altas esferas, ingreso en las grandes casas y acceso a damas elegantes! Le aseguro, señor Guppy, que hay gente en Londres que se daría con un canto en los dientes por estar en su posición.

El señor Guppy parece dispuesto a darse con lo que sea en la cara, cada vez más sonrojada, por hallarse él en la posición de esa gente, en lugar de donde está, y replica:

—Señor mío, mientras realice mi trabajo y atienda a los asuntos de Kenge y Carboy, a nadie le importa quiénes sean mis amigos y conocidos, ni a ningún miembro de la profesión tampoco, y eso incluye al señor Tulkinghorn, de los Fields. No tengo ninguna obligación de dar más explicaciones, y con todo el respeto debido a usted y sin ánimo de ofender... repito: sin animo de ofender...

—¡Naturalmente!

—... no me propongo darlas.

—Exactamente —dice el señor Tulkinghorn con un gesto calmoso—. Muy bien. Veo por esos retratos que se interesa usted mucho por el gran mundo.

Estas palabras las dirige al asombrado Tony, que reconoce esa pequeña debilidad.

—Es una virtud de la que carecen pocos ingleses —observa el señor Tulkinghorn. Está de pie en el reborde de la chimenea, con la espalda hacia ésta, y ahora se da la vuelta y se pone las gafas—. ¿Quién es ésta? «Lady Dedlock». ¡Ja! Muy buen

parecido, en su estilo, pero le falta fuerza de carácter. ¡Les deseo muy buenos días, señores, muy buenos días!

Cuando se marcha, el señor Guppy, bañado en sudor, se apresta a terminar de desmontar la Galería de la Galaxia, concluyendo con Lady Dedlock.

—Tony —dice apresuradamente a su asombrado compañero—, vamos a terminar con esto cuanto antes y a largarnos de aquí. Sería inútil tratar de ocultarte a ti, Tony, que he tenido con una persona de esa elegante aristocracia, a quien tengo ahora en mi mano, una comunicación y una relación no divulgadas. Quizá hubiera un momento para que te lo revelase. Pero ya se acabó. Si todo ha de quedar enterrado en el olvido se debe tanto al juramento que he hecho como al ídolo roto y como a circunstancias ajenas a mi voluntad. ¡Te pido como amigo, por todo el interés de que has dado muestras por el gran mundo, y por cualquier pequeño favor que haya podido hacerte para sacarte de algún apurillo, que tú también lo entierres sin una palabra de curiosidad!

El señor Guppy formula este ruego en un estado muy próximo al frenesí forense, mientras su amigo da muestras de gran confusión con toda su cabellera e incluso con sus cultivadas patillas.

40. Noticias nacionales y locales

Inglaterra lleva unas semanas sumida en un estado terrible. Lord Coodle quería salir, Sir Thomas Doodle no quería entrar, y como no había nadie (digno de mención) en la Gran Bretaña más que Coodle y Doodle, no ha habido Gobierno. Menos mal que el encuentro hostil entre estos dos grandes hombres, que en cierto momento parecía inevitable, no se produjo, porque si ambas pistolas hubieran surtido efecto, y Coodle y Doodle se hubieran matado el uno al otro, cabe suponer que Inglaterra hubiera esperado a tener Gobierno hasta que el joven Coodle y el joven Doodle, que todavía visten de bata y medias largas, fueran adultos. Sin embargo, aquella escalofriante calamidad nacional se vio conjurada cuando Lord Coodle descubrió oportunamente que si en el calor del debate había dicho que despreciaba y vilipendiaba toda la innoble carrera de Sir Thomas Doodle, en realidad lo que había querido decir era que las diferencias de partido nunca lo inducirían a negar el testimonio de su más cálida admiración, y cuando en igual oportunidad, por la otra parte, Sir Thomas Doodle había dicho sincera y expresamente que, a su juicio, Lord Coodle pasaría a la posteridad como el más fiel reflejo de la virtud y la honorabilidad. Pero Inglaterra lleva varias semanas en la horrible situación de no tener un piloto (como expresó tan acertadamente Sir Leicester Dedlock) para capear el temporal, y lo más extraño del caso es que a Inglaterra no ha parecido preocuparle demasiado, sino que ha seguido comiendo y bebiendo y casándose y dando a sus hijos en matrimonio, como se hacía en la antigüedad, en los viejos tiempos antes del Diluvio. Pero Coodle advirtió el peligro, y Doodle advirtió el peligro, y todos sus seguidores y sus fieles tuvieron la percepción más clara posible del peligro. Por fin, Sir Thomas Doodle no sólo ha condescendido a entrar, sino que lo ha hecho en toda regla, y con él han entrado todos sus sobrinos, todos sus primos y todos sus cuñados. De manera que el viejo buque todavía tiene posibilidades.

Doodle ha concluido que debía entregarse al país, entrega que se efectúa, sobre todo, en forma de monedas de a soberano y de jarras de cerveza. En este estado metamorfoseado se halla disponible en muchas partes a la vez y puede entregarse a una parte considerable del país al mismo tiempo. Como Britannia está muy ocupada en embolsarse a Doodle en forma de monedas de a soberano y en tragarse a Doodle en forma de cerveza, y en jurar y perjurar que no está haciendo ninguna de las dos cosas (evidentemente, como contribución a su gloria y su moralidad), la temporada de Londres termina repentinamente porque todos los Coodleístas y todos los Doodleístas se dispersan para ayudar a Britannia en esos ejercicios piadosos.

En consecuencia, la señora Rouncewell prevé, aunque todavía no le han enviado instrucciones, que cabe esperar en breve a la familia, junto con un buen séquito de primos y otros que puedan ayudar de un modo u otro en la gran Tarea Constitucional.

Y de ahí que esa anciana majestuosa aproveche al máximo el tiempo disponible para subir y bajar las escaleras, pasar por galerías y pasillos y por los aposentos para presenciar, antes de pasar más adelante, que todo está listo, que los pisos están encerados y brillantes, las alfombras extendidas, las cortinas desempolvadas, las camas hechas y las almohadas ahuecadas, las alacenas y cocinas listas para la acción, y todo dispuesto como corresponde a la dignidad de los Dedlock.

Esta tarde de verano, cuando se pone el sol, han terminado los preparativos. La casa presenta un aspecto serio y solemne, con todo dispuesto para que la habiten, pero sin más habitantes que los retratados en las paredes. Así vivieron y murieron éstos, podría cavilar un Dedlock en residencia al pasar a su lado; así vieron esta galería callada y en calma, como la veo yo ahora; así pensarían, como pienso yo ahora, en el hueco que dejarían en este reino cuando se fueran; así les parecería, como me parece a mí, difícil de creer que pudiera existir sin ellos; así se alejarían de mi mundo, como me alejo yo del de ellos y cierro ahora la puerta que resuena; así pasearían sin dejar un hueco tras ellos, y así morirían.

La luz, rica, lujuriente, abundante como la abundancia que da el verano al país, la misma luz que está excluida de otras ventanas, entra por algunas de las ventanas a las que hace brillar, tan bellas desde fuera y que a esta hora del atardecer no están enmarcadas en piedra de un gris monótono, sino en una casa gloriosa de oro. Y entonces, los Dedlock congelados se deshielan. Sus rasgos se llenan de extraños movimientos cuando juegan en ellos las sombras de las hojas. Un estólido Justicia Mayor que hay en una esquina hace un guiño caprichoso. Un baronet contemplativo, con un bastón de mando, adquiere un hoyuelo en la barbilla. Por el seno de una pastora de piedra entra un brillo de luz y calor que le hubiera venido bien hace cien años. Una antepasada de Volumnia, con zapatos muy altos, igual que los de esta última (como si proyectara ante ella la sombra virginal de esa doncella con doscientos años de antelación) se dota de un halo y se convierte en una santa. Una dama de honor de la corte de Carlos II, con grandes ojos redondos (y otros encantos en consonancia), parece estar bañada en agua brillante, que hace ondulaciones con la luz.

Pero va apagándose el fuego del sol. Ahora, incluso el piso empieza a caer en la sombra, y ésta va ascendiendo lentamente por las paredes y va abatiendo a los Dedlock, como la edad y la muerte. Y ahora, sobre el retrato de Milady que hay encima de la gran chimenea, cae de algún árbol añoso una extraña sombra, que le hace ponerse pálido y tembloroso, y da la sensación de que un gran brazo sostuviera un velo o un capuchón en espera de echárselo encima. La sombra de la pared va subiendo y ennegreciéndose, ya hay un brillo rojizo en el techo, y por fin se apaga el fuego.

Toda la perspectiva, que tan próxima parecía desde la terraza, se, ha ido alejando

solemnemente y ha cambiado (no es la primera ni será la última de las cosas hermosas que parecían tan cercanas y que cambian) para transformarse en un fantasma distante. Se levantan unas leves nieblas, va cayendo el rocío y el aire se llena de los dulces aromas del jardín. Ahora los bosques se asientan en grandes bloques, como si cada uno de ellos se resolviera en un solo árbol profundo. Y ahora se levanta la luna, que los separa y que brilla acá y acullá en líneas horizontales tras sus troncos, y convierte a la avenida en un pavimento de luz entre altos arcos catedralicios fantásticamente rotos.

Ya está alta la luna, y la gran casa, que necesita más que nunca estar habitada, es como un cuerpo sin vida. Ahora resulta incluso terrible deslizarse por su interior, pensar en los seres vivientes que han dormido en sus solitarios dormitorios, por no decir nada de los muertos. Ya es el momento de las sombras, en el que cada rincón es una caverna y cada paso de bajada es como un pozo, cuando las vidrieras de colores se reflejan en tonos pálidos y desvaídos en los suelos, cuando se puede ver en las grandes vigas de la escalera todo, cualquier cosa, salvo sus verdaderas formas, cuando las armaduras emiten reflejos oscuros que no se pueden distinguir fácilmente de un movimiento cauteloso, y cuando los cascos con celada sugieren temerosamente que hay cabezas en su interior. Pero, de todas las sombras que hay en Chesney Wold, la sombra que en el salón largo se cierne sobre el retrato de Milady es la primera en llegar y la última en verse perturbada. A esta hora y con esta luz se convierte en unas manos que se levantan amenazantes y que se dirigen contra la hermosa faz con cada sople de aire.

—No está bien, señora —dice un lacayo en la sala de audiencias de la señora Rouncewell.

—¿Que no está bien Milady! ¿Qué le pasa?

—Bueno, señora, la verdad es que Milady no está bien desde la última vez que vino. No quiero decir con la familia, señora, sino cuando vino aquí como ave de paso, digamos. Milady no ha salido mucho para su costumbre, y ha pasado mucho tiempo en sus aposentos.

—Thomas, ¡Chesney Wold hará que Milady se sienta bien! —replica el ama de llaves con complacencia orgullosa—. No hay aire más sano ni tierra más saludable en el mundo.

Es posible que Thomas tenga sus propias opiniones a estos respectos; es probable que las sugiera por la forma en que se atusa el pelo repeinado desde la nuca hasta las cejas, pero se abstiene de expresarlas de otro modo y se retira a la sala de la servidumbre para regalarse con una empanada de carne y una cerveza.

Este lacayo es el pez piloto que viene antes del noble tiburón. A la tarde siguiente llegan Sir Leicester y Milady con el mayor de sus séquitos, y con ellos llegan los primos y otros personajes procedentes de todos los puntos de la rosa de los vientos.

Durante varias semanas seguirán llegando y marchándose hombres misteriosos y anónimos que pululan por todas las partes del país por las que Doodle se esparce ahora cual chaparrón dorado y acervezado, pero que no son sino personas de ánimo inquieto y que nunca hacen nada en ninguna parte.

En esas ocasiones nacionales, Sir Leicester encuentra útiles a sus primos. Imposible encontrar a nadie mejor que el Honorable Bob Stables para invitar a cenar a los miembros de la Partida de Caza. Dificilísimo sería encontrar caballeros más presentables que los otros primos para cabalgar hasta los centros de votación y los mítines a demostrar que son los defensores de Inglaterra. Volumnia es un poco lenta, pero de buen linaje, y son muchos los que aprecian su animada conversación, sus adivinanzas francesas (tan antiguas que gracias al paso del tiempo casi se han vuelto a hacer nuevas), así como el honor de llevar a la bella Dedlock a cenar o incluso el privilegio de sostener su mano en el baile. En esas ocasiones patrióticas, el baile puede ser un servicio patriótico, y a Volumnia se la ve dar saltitos constantemente, en aras de un país desagradecido y que no le confiere una pensión.

Milady no se toma demasiadas molestias para atender a sus múltiples invitados, y como todavía no se siente bien, es raro verla aparecer hasta el final del día. Pero durante todas las cenas aburridas, los almuerzos soporíferos, los bailes mortíferos y otros festejos melancólicos, su mera aparición es un alivio para todos. En cuanto a Sir Leicester, considera totalmente imposible que a nadie que tenga la buena fortuna de verse recibido bajo su techo le pueda faltar nada de nada, y en un estado de sublime satisfacción se pasea entre la concurrencia con majestuosa impavidez.

A diario, los primos trotan por el polvo y galopan por la hierba de los caminos, van a los mítines y a las cabinas de votación (con guantes de cuero y látigos de caza a las sedes del condado, y con guantes de cabritilla y bastones de montar a los pueblos), y a diario vuelven con informes sobre los que pensará Sir Leicester después de cenar. A diario, los hombres inquietos que no tienen una ocupación en la vida presentan el aspecto de estar muy ocupados. A diario, Volumnia celebra una conversación entre primos con Sir Leicester sobre el estado de la nación, por la que Sir Leicester está dispuesto a concluir que Volumnia es más reflexiva de lo que pensaba él.

—¿Qué tal nos va? —pregunta la señorita Volumnia con una palmadita—. ¿Entramos seguros?

Ya está casi terminada la gran empresa, y dentro de unos días Doodle dejará de clamar al país. Sir Leicester acaba de aparecer en el salón largo después de la cena, como una estrella brillante rodeada de nubes de primos.

—Volumnia —replica Sir Leicester, que lleva una lista en una mano—, nos va tolerablemente bien.

—¡Sólo tolerablemente!

Aunque es verano, Sir Leicester siempre tiene encendida su propia chimenea.

Ocupa su asiento de costumbre cerca de la pantalla, y repite, con gran firmeza y algo de desagrado, como quien dice: «Yo no soy un hombre corriente, y cuando digo «tolerablemente» no se debe entender en el sentido corriente»:

—Volumnia, nos va tolerablemente bien.

—Por lo menos tú no tendrás oposición —afirma Volumnia con seguridad.

—No, Volumnia. Lamento decir que este país desquiciado ha perdido el sentido en muchos respectos, pero...

—No ha llegado a ese grado de locura. ¡Celebro saberlo!

La forma en que Volumnia termina su frase la devuelve al favor. Sir Leicester, con una graciosa inclinación de cabeza, parece decirse a sí mismo: «Esta mujer es sensata, a fin de cuentas, aunque a veces sea una precipitada».

De hecho, en cuanto a esta cuestión de la oposición, la observación de la bella Dedlock era superflua, pues en estas ocasiones Sir Leicester siempre hace triunfar su propia candidatura, como una especie de magnífico pedido al por mayor, que se le ha de entregar inmediatamente. Hay otras dos circunscripciones que le pertenecen y a las que trata como pequeños pedidos sin importancia, pues se limita a enviar a ellas sus candidatos y decir a los comerciantes: «Tengan la bondad de hacerme con estos materiales dos Miembros del Parlamento y mandármelos a casa cuando estén hechos».

—Lamento decir, Volumnia, que en muchas partes la gente ha dado muestras de ánimo avieso, y que esta oposición al Gobierno ha sido del carácter más decidido e implacable.

—¡Malvados! —exclama Volumnia.

—Incluso —continúa Sir Leicester, contemplando a los primos circunyacentes, tendidos en sofás y otomanas—, incluso en muchos (de hecho en casi todos) de los lugares en los que el Gobierno ha triunfado contra una facción...

(Obsérvese, dicho sea de paso, que para los doodleístas los coodleístas siempre son una facción, y que los coodleístas ocupan exactamente la misma posición respecto de los doodleístas.)

—Incluso allí me siento escandalizado, y lo digo como buen inglés, al verme obligado a decirlos que el Partido no ha podido triunfar sino a costa de grandes gastos —y Sir Leicester contempla a los primos con una indignación cada vez mayor y una mayor dignidad—. ¡Cientos, cientos de miles de libras!

Si Volumnia tiene un defecto, es el de ser un poquito inocente, dado que esa inocencia, que iría muy bien con un delantal y un babero, está un poco fuera de tono con el colorete y el collar de perlas. En todo caso, impulsada por su inocencia, pregunta:

—¿Para qué?

—Volumnia —le reprocha Sir Leicester con la mayor severidad—. ¡Volumnia!

—No, no, si no quería preguntar para qué —exclama Volumnia con su gritito favorito—. ¡Qué tonta soy! ¡Quería decir que qué pena!

—Celebro —replica Sir Leicester— que quisieras decir qué pena.

Volumnia se apresura a expresar su opinión de que a esa gente horrible habría que juzgarla por traición y obligarla a dar su apoyo al Partido.

—Celebro, Volumnia —repite Sir Leicester, sin tener en cuenta esos dulces sentimientos—, que quisieras decir qué pena. Pero, como sin darte cuenta y sin pretender hacer esa impertinente pregunta, has preguntado «¿Para qué?», permíteme que te responda. Para los gastos necesarios. Y confío, Volumnia, en que tengas el buen sentido de no seguir con el tema, ni aquí ni en ninguna parte.

Sir Leicester se considera obligado a mirar a Volumnia con aire aplastante, porque se ha rumoreado por ahí que esos gastos necesarios figurarán en desagradable relación con el soborno en 200 solicitudes de anulación de las elecciones, y porque algunos bromistas de mal gusto han sugerido, en consecuencia, que en los servicios religiosos se suprima en adelante la oración ordinaria por las intenciones del Alto Tribunal Parlamentario, y en su lugar han recomendado que se pidan las oraciones de la congregación por 658 caballeros en muy mal estado de salud [83].

—Supongo —observa Volumnia, que ha tardado algo en recuperar la tranquilidad tras su reciente reprimenda— que el señor Tulkinghorn se ha estado matando a trabajar.

—No sé —dice Sir Leicester, abriendo los ojos— por qué iba el señor Tulkinghorn a matarse a trabajar. No sé cuáles son las obligaciones del señor Tulkinghorn. No es candidato.

Volumnia pensaba que quizá le hubieran encargado algún trabajo. Sir Leicester desearía saber por quién y para qué. Volumnia, decaída una vez más, sugiere que por Alguien, para dar su consejo y tomar disposiciones. Sir Leicester no sabe que ningún cliente del señor Tulkinghorn haya necesitado de su ayuda.

Lady Dedlock, sentada junto a una ventana abierta con el brazo apoyado en un cojín en el alféizar, y contemplando cómo caen en el parque las sombras del atardecer, parece estar prestando atención desde que se mencionó el nombre del abogado.

Un primo lánguido y bigotudo, en estado de suma debilidad, observa ahora desde su sofá que «una persona le ha dicho ayer que Tulkinghorn había ido, ya sabéis, a la fábrica esa, y que como la elección termina hoy, ya sabéis, sería divino que Tulkinghorn viniera con la noticia, ya sabéis, de que el candidato de Coodle ha perdido; sería divino».

Aparece Mercurio con el café, e informa inmediatamente a Sir Leicester de que ha llegado el señor Tulkinghorn, que está cenando. Milady vuelve la cabeza hacia la sala por un momento, y luego vuelve a quedarse mirando al parque.

Volumnia está encantada de saber que ha llegado su Maravilla. ¡Es un ser tan original, tan inmutable, un ser tan inmenso, que sabe todo género de cosas y no habla nunca de ellas! Volumnia está convencida de que debe de ser francmasón. Seguro que es el jefe de su logia y se pone mandiles y es el perfecto ídolo de todos, que llevan candelabros y escuadras. La bella Dedlock hace estas observaciones animadas con su tono juvenil habitual, mientras teje un bolso de punto.

—No ha venido ni una vez —añade— desde que llegué yo. Os aseguro que he pensado que iba a morirme de pena. Casi me llegué a creer que se había muerto.

Puede que sea la oscuridad cada vez mayor de la tarde, o la oscuridad todavía mayor que siente en su corazón, pero a Lady Dedlock le pasa una sombra por la cara, como si pensara: «¡Ojalá!».

—El señor Tulkinghorn —dice Sir Leicester— siempre será bien acogido aquí, y será discreto dondequiera que se halle. Es una persona muy valiosa, y merecidamente respetada.

El primo debilitado supone que «Es un tipo inmensamente rico, qué maravilloso».

—Si el país prospera, él también —dice Sir Leicester—, sin duda. Naturalmente, está muy bien pagado, y se relaciona con la sociedad más alta casi en pie de igualdad.

Todo el mundo se sobresalta, porque ha sonado un disparo cerca.

—Dios mío, ¿qué es eso? —pregunta Volumnia; con su gritito sofocado.

—Una rata —dice Milady—, y la han matado.

Entra el señor Tulkinghorn, seguido por dos mercurios con lámparas y velas.

—No, no —dice Sir Leicester—, creo que no. Milady, ¿tienes algo que objetar a la media luz?

Por el contrario, Milady la prefiere.

—¿Volumnia?

¡Oh! No hay nada que le parezca tan delicioso a Volumnia como estar charlando sentada en la oscuridad.

—Entonces que se las lleven —ordena Sir Leicester—. Perdone, Tulkinghorn. ¿Cómo le va?

El señor Tulkinghorn avanza con su calma de costumbre, hace una reverencia de pasada a Milady, estrecha la mano de Sir Leicester y se hunde en la silla que le corresponde cuando tiene algo que comunicar, frente a la mesita de la prensa del Baronet. Sir Leicester teme que como Milady no está muy bien, le dé frío en esa ventana abierta. Milady se lo agradece, pero prefiere seguir sentada ahí para tomar el aire. Sir Leicester se levanta, le pone el chal y vuelve a su asiento. Entre tanto, el señor Tulkinghorn toma un poquito de rapé.

—Bien —pregunta Sir Leicester—, ¿cómo ha ido la elección?

—Pues mal desde el principio. Ni una posibilidad. Han sacado sus dos candidatos. Los han derrotado totalmente a ustedes. Tres a uno.

Parte de la política y de la destreza del señor Tulkinghorn es que no tiene opiniones políticas. Por eso dice que «ustedes» han salido derrotados, y no «nosotros».

Sir Leicester se encoleriza majestuosamente. Volumnia nunca ha oído cosa igual. El primo debilitado sostiene que «eso es lo que pasa, ya sabéis, cuando se da el voto al... populacho».

—Claro, es la circunscripción —continúa diciendo el señor Tulkinghorn, en medio de la oscuridad, que cae a velocidad cada vez mayor— donde querían presentar al hijo de la señora Rouncewell.

—Propuesta que, como me informó usted acertadamente en su momento, él tuvo el buen gusto y la inteligencia de no aceptar —observa Sir Leicester—. No puedo decir que apruebe en absoluto los sentimientos expresados por el señor Rouncewell cuando pasó una media hora en este salón, pero su decisión tenía un carácter ponderado, que celebro reconocer.

—¡Ja! —comenta el señor Tulkinghorn—, pero eso no le impidió participar muy activamente en estas elecciones. Se oye claramente que Sir Leicester da un respingo antes de decir:

—¿He comprendido bien? ¿Ha dicho usted que el señor Rouncewell había participado muy activamente en estas elecciones?

—Con una actividad extraordinaria.

—En contra...

—Ay, sí, en contra de ustedes. Es muy buen orador. Claro y penetrante. Ha hecho mucho daño, y tiene gran influencia. En el aspecto de la gestión del trabajo ha sido el principal organizador.

Es evidente para todos los reunidos, aunque nadie pueda verlo, que Sir Leicester está mirando ante sí con aire majestuoso.

—Y, además —señala el señor Tulkinghorn como para terminar—, su hijo lo ayudó mucho.

—¿Su hijo, señor mío? —repite Sir Leicester con una cortesía helada.

—Su hijo.

—¿El hijo que deseaba casarse con la joven que se halla al servicio de Milady?

—Ese hijo. Es el único que tiene.

—Entonces, por mi honor —exclama Sir Leicester tras una pausa terrorífica, durante la cual se le ha oído dar otro respingo y se ha sentido que se quedaba con la mirada fija—, entonces, por mi honor, por mi vida, por mi reputación y mis principios, es que se han roto los diques de la sociedad y las aguas han..., ¡ejem!..., borrado los hitos del marco de la cohesión que mantiene las cosas en orden!

Estallido general de indignación entre los primos. Volumnia cree que verdaderamente ya es hora, sabéis, de que alguien con poder intervenga y haga algo

con decisión. El primo debilitado cree que «el país, ya sabéis, se está yendo al D-I-A-B-L-O a paso de carga».

—Ruego —dice Sir Leicester— que no sigamos comentando esa circunstancia. Todo comentario es superfluo. Milady, permíteme sugerirte con respecto a esa muchacha...

—No tengo ninguna intención —observa Milady desde su ventana, en voz baja, pero decidida— de privarme de ella.

—No era eso lo que iba a decir —replica Sir Leicester—. Celebro saberlo. Iba a sugerirte que, como la consideras digna de tu protección, ejercieras tu influencia para alejarla de esas manos peligrosas. Podrías mostrarle qué violencia haría esa relación a sus deberes y sus principios, y podrías reservarla para un destino mejor. Podrías señalarle que, con el tiempo, probablemente encontraría en Chesney Wold un marido que no... —añade Sir Leicester tras un momento de reflexión— la arrancaría de los altares de sus antepasados.

Brinda esas observaciones con su cortesía acostumbrada y con la deferencia con la que siempre se dirige a su esposa. Ésta se limita a mover la cabeza en respuesta. Está saliendo la luna, y desde donde está sentada ella, es como un riachuelo de luz pálida y fría que le enmarca la cabeza.

—Merece la pena señalar, sin embargo —dice el señor Tulkinghorn—, que, a su estilo, esa gente es muy, pero que muy orgullosa.

—¿Orgullosa? —Sir Leicester no da crédito a sus oídos.

—No me sorprendería que todos ellos abandonaran voluntariamente a la muchacha (sí, su enamorado y todos ellos), en lugar de abandonarlos ella, de suponer que ella siguiera en Chesney Wold en estas circunstancias.

—¡Bueno! —dice Sir Leicester con voz trémula—. ¡Bueno! Usted debe saberlo, señor Tulkinghorn. Ha estado usted con ellos.

—De verdad, Sir Leicester —responde el abogado—, me limito a hacer constar un hecho. Pero sí les podría contar una historia... Con el permiso de Lady Dedlock.

Lo concede con un gesto de asentimiento, y Volumnia está encantada. ¡Una historia! ¡Ay, por fin va a contar algo! ¿Habrá un fantasma? (espera Volumnia).

—No. De personajes de carne y hueso. —El señor Tulkinghorn se interrumpe brevemente y repite, con un pequeño énfasis superpuesto a su monotonía habitual—: De carne y hueso, señorita Dedlock. Sir Leicester, se trata de algo que no he sabido hasta hace muy poco. Es muy breve. Constituye un ejemplo de lo que acabo de decir. De momento no mencionaré nombres. Espero que Lady Dedlock no me considere maleducado.

A la luz del fuego, que está muy bajo, puede verse cómo mira él hacia la luna. A la luz de la luna se puede ver a Lady Dedlock, totalmente inmóvil.

—Un conciudadano de este señor Rouncewell, una persona, según me han dicho,

en circunstancias exactamente iguales, tuvo la buena fortuna de tener una hija que atrajo la atención de una gran dama. Hablo de una dama, verdaderamente grande, no sólo grande para él, sino casada con un caballero de la misma condición que usted, Sir Leicester.

Sir Leicester dice, condescendiente:

—Sí, señor Tulkinghorn —implicando que entonces debe de haber parecido de unas dimensiones morales muy considerables, a ojos de un metalúrgico.

—La dama era rica y bella, y se aficionó a la muchacha, la trató con gran amabilidad y la tenía siempre a su lado. Y aquella dama tenía un secreto bajo toda su grandeza, que había mantenido desde hacía muchos años. De hecho, en sus años mozos había estado prometida en matrimonio con un pícaro capitán del Ejército, que era incapaz de llegar a nada. No llegó a casarse con él, pero tuvo descendencia del capitán.

A la luz de la lumbre, puede verse cómo mira él hacia la luna. A la luz de la luna, puede verse de perfil a Lady Dedlock, totalmente impasible.

—Al morir el capitán, ella se creyó totalmente a salvo, pero sucedió una serie de circunstancias con las que no voy a aburrirlos, que llevaron a que se descubriera el asunto. Según me han contado la historia, todo comenzó un día con una imprudencia de ella, al verse sorprendida por algo, lo cual demuestra lo difícil que es incluso para los más firmes de nosotros (pues ella era muy firme) el mantenerse siempre alerta. Se produjeron grandes problemas domésticos, grandes sorpresas. Dejo a su imaginación; Sir Leicester, el dolor del marido. Pero ahora no estamos hablando de eso. Cuando el paisano del señor Rouncewell se enteró de la revelación, no permitió que la muchacha siguiera estando protegida y honrada, igual que no hubiera sufrido que la atropellaran delante de él. Tal fue su orgullo que se la llevó indignado, como si la arrancara a la vergüenza y la deshonra. No comprendía el honor que les había hecho a él y a su hija la condescendencia de la dama; no lo comprendía en absoluto. Lo que hacía era lamentar la posición de la muchacha, como si la dama hubiera sido la más plebeya de las plebeyas. Ésa es la historia. Espero que Lady Dedlock disculpe lo triste que es.

Hay varias opiniones sobre el fondo de la historia, que entran más o menos en conflicto con la de Volumnia. Esa bella jovencuela no puede creer que jamás haya existido una dama así, y rechaza toda la historia del principio al fin. La mayoría se siente inclinada a apoyar los sentimientos del primo debilitado, que los expresa en pocas palabras: «No hay derecho..., paisano infernal de Rouncewell». Sir Leicester se remonta vagamente a Wat Tyler y organiza una secuencia de acontecimientos conforme a sus propios planes.

En total, no se conversa demasiado, pues en Chesney Wold se han estado acostando tarde desde que empezaron los gastos necesarios en otras partes, y ésta es

la primera noche en que la familia ha estado sola. Son más de las diez cuando Sir Leicester pide al señor Tulkinghorn que llame para pedir velas. Para entonces, el riachuelo de la luna se ha convertido en un lago, y entonces es cuando Lady Dedlock se mueve por primera vez, se levanta y se acerca a la mesa a buscar un vaso de agua. Los primos guiñan los ojos como murciélagos a la luz de las velas cuando se apresuran a dárselo, y Volumnia (siempre dispuesta a tomar algo mejor si está disponible) toma otro, un sorbito diminuto del cual le resulta suficiente; Lady Dedlock, siempre amable y compuesta, contemplada por miradas de admiración, recorre lentamente la larga perspectiva junto a esa Ninfa, y la comparación entre la una y la otra no es precisamente favorable para Volumnia.

41. En la habitación del Sr. Tulkinghorn

El señor Tulkinghorn llega a su habitación de la torreta, un tanto cansado por la subida, aunque la ha hecho despacio. Lleva en la cara una expresión como si acabara de descargarse mentalmente de una cuestión grave y, en su estilo introvertido, estuviera satisfecho. El decir de alguien tan severa y estrictamente autocontrolado que está triunfante sería hacerle una injusticia tan grave como decir que sufre de mal de amores o de alguna debilidad romántica. Quizá dé una sensación de mayor poder cuando se aprieta una de las muñecas surcadas de venas abultadas con la otra mano y, con ambas así a la espalda, se pasea en silencio arriba y abajo.

En la habitación hay una mesa escritorio de gran capacidad, con un montón bastante grande de papeles. La lámpara verde está encendida, sus gafas de leer están en la mesa, el sillón está puesto al lado, y da la sensación de que va a dedicar una hora más o menos a todo lo que reclama su atención antes de acostarse. Pero da la casualidad de que no está pensando en el trabajo. Tras echar un vistazo a los documentos que lo esperan (e inclinar la cabeza junto a la mesa, pues la visión del anciano para leer manuscritos o impresos por la noche es bastante defectuosa), abre la puertaventana y sale a la terraza. Allí sigue paseándose arriba y abajo, con la misma actitud, para calmarse, si es que un hombre tan pausado necesita calmarse, después de la historia que ha relatado en el piso de abajo.

Hubo épocas en que hombres tan sabios como el señor Tulkinghorn se paseaban por las terrazas de las torretas a la luz de las estrellas y miraban al cielo para leer su fortuna en él. Esta noche se ven miríadas de estrellas, aunque su brillo se ve eclipsado por el esplendor de la luna. Si está buscando su propia estrella mientras da vueltas metódicamente por la terraza, debería ser una estrella pálida para tener una representación tan descolorida ahí abajo. Si está buscando su destino, es posible que se halle escrito en otros caracteres y más cerca de él.

Mientras se pasea por la terraza, probablemente con los ojos tan por encima de sus pensamientos como lo están por encima de la Tierra, de pronto se ve detenido al pasar junto a la ventana por dos ojos que tropiezan con los suyos. El techo de su habitación es bastante bajo, y la parte más alta de la puerta, que está frente a la ventana, es de cristal. También hay una doble puerta acolchada, pero como la noche es cálida, no la cerró cuando subió. Esos ojos que tropiezan con los suyos miran por el cristal desde el pasillo de afuera. Él los conoce bien. Hace muchos años que no se le subía la sangre a la cara de manera tan repentina y tan roja como cuando reconoce a Lady Dedlock.

Entra en la habitación, y también entra ella, que cierra ambas puertas tras de sí. Tiene ella en la mirada una inquietud furiosa (¿es miedo o es ira?). En cuanto al porte y todo lo demás, tiene el mismo aspecto que tenía hace dos horas, en el piso de abajo.

¿Es miedo o es ira? Él no puede estar seguro. Ambos podrían reflejarse en la misma palidez, en la misma decisión.

—¿Lady Dedlock?

Al principio ella no habla, ni siquiera tras dejarse caer lentamente en la butaca que hay junto a la mesa. Se miran el uno al otro, como dos cuadros.

—¿Por qué ha contado usted mi historia a tanta gente?

—Lady Dedlock, tenía que comunicarle a usted que la conocía.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

—La sospecho desde hace mucho tiempo; la conozco completamente desde hace muy poco.

—¿Unos meses?

—Unos días.

Se queda en pie ante ella, con una mano en el respaldo de una silla y la otra entre su chaleco anticuado y la pechera de la camisa, en la postura que siempre ha adoptado ante ella desde el día en que se casó. La misma cortesía formal, la misma deferencia compuesta, que igual podría ser un gesto de desafío; todo el hombre es el mismo objeto oscuro y frío, y se mantiene a la misma distancia, que nada ha disminuido jamás.

—¿Es verdad lo que ha dicho de la pobre muchacha?

Él se inclina levemente y baja la cabeza, como si no acabara de comprender la pregunta.

—Ya sabe usted lo que ha relatado. ¿Es verdad? ¿También los amigos de ella saben mi historia? ¿Es ya objeto de chismorreos? ¿Es algo que escriben por las paredes y pregonan por las calles?

¡Vaya! Ira, temor y vergüenza. Todo al mismo tiempo. ¡Qué fuerte es esta mujer si sabe tener a raya estas tres pasiones! Ésa es la forma que adoptan los pensamientos del señor Tulkinghorn cuando la mira, con las cejas grises e hirsutas contraídas un pelo más de lo habitual, bajo la mirada de ella.

—No, Lady Dedlock. Ése era un caso hipotético, provocado por la forma en que Sir Leicester trataba inconscientemente del asunto de forma tan arrogante. Pero sería un caso real si supieran... lo que nosotros sabemos.

—Entonces, ¿todavía no lo saben?

—No.

—¿Puedo evitarle problemas a la muchacha antes de que se enteren?

—Verdaderamente, Lady Dedlock —responde el señor Tulkinghorn—, no puedo darle una opinión satisfactoria a ese respecto.

Y piensa, con el interés de una curiosidad atenta, al observar la lucha que se desarrolla en el seno de ella: «¡La fuerza y el poder de esta mujer son asombrosos!».

—Señor mío —dice ella, obligada de momento a aplicar todas sus energías a

comprimir los labios, si quiere hablar comprensiblemente—, voy a decírselo con más claridad. No pongo en tela de juicio su caso hipotético. Ya lo tenía previsto, y advertí su autenticidad con tanta claridad como usted cuando vi aquí al señor Rouncewell. Comprendí perfectamente que si él hubiera tenido la facultad de verme tal cual he sido, consideraría que la pobre muchacha estaba manchada por haber sido durante un momento, aunque fuera con toda inocencia, el objeto de mi grande y distinguida protección. Pero me intereso por ella, o más bien debería decir (dado que mi lugar ya no está aquí) que lo sentía, y si puede usted encontrar suficiente consideración por la mujer que tiene usted a su merced como para recordarlo, ésta agradecerá mucho su compasión.

El señor Tulkinghorn, que escucha muy atento, desecha la frase con un encogimiento de hombros para quitarse importancia, y frunce un poco más el ceño.

—Me ha preparado usted para la denuncia, y eso también se lo agradezco. ¿Quiere usted algo más de mí? ¿Hay algún derecho al que deba renunciar, o algún problema o alguna acusación que pueda ahorrarle a mi marido para que él quede exonerado, si certifico la exactitud de lo que usted ha descubierto? Estoy dispuesta a escribir ahora mismo lo que quiera usted dictarme. Estoy preparada.

¡Y lo haría!, piensa el abogado, contemplando la firmeza de la mano con que toma ella la pluma.

—No se moleste, Lady Dedlock. Le ruego que no haga nada.

—Llevo mucho tiempo esperando esto, como sabe usted muy bien. No deseo evitarme sufrimientos ni que me los eviten. No puede usted hacerme nada peor de lo que ya ha hecho. Ahora, haga lo que le quede por hacer.

—Lady Dedlock, no me queda nada por hacer. Le ruego autorización para decirle unas palabras cuando haya terminado usted.

Debería haber pasado ya la necesidad de observarse el uno al otro, pero siguen haciéndolo, y las estrellas observan a ambos por la ventana abierta. A lo lejos, a la luz de la luna, yacen los campos y los bosques, en paz, y la gran mansión está tan silenciosa como la última morada. ¡La última! ¿Dónde están el sepulturero y la pala en esta noche tranquila, destinada a añadir el último gran secreto a los múltiples secretos de la existencia de Tulkinghorn? ¿Ha nacido ya el sepulturero, se ha fabricado ya la pala? Curiosa pregunta que contemplar, quizá más curiosa que no contemplar, bajo las estrellas que lo observan todo en una noche de verano.

—No diré una palabra de arrepentimiento, ni de remordimiento, ni de ninguno de mis sentimientos —continúa diciendo Lady Dedlock al cabo de un momento—. Si yo no fuera muda, usted sería sordo. Dejémoslo. No es para los oídos de usted.

Él hace un amago de protesta, pero ella lo descarta con una mano desdeñosa.

—He venido a hablarle de cosas distintas y muy diferentes. Todas mis joyas se hallan en su sitio de siempre. Allí se encontrarán. Lo mismo digo de mis vestidos. Y

de todo lo que tengo de valor. Llevo encima algo de dinero liquido, celebro comunicarle, pero no es una gran suma. No me he puesto uno de mis vestidos para que no me vean. Me marchó para desaparecer a partir de este momento. Comuníquelo. Es el único encargo que le hago.

—Disculpe, Lady Dedlock —dice el señor Tulkinghorn, imperturbable—; no estoy seguro de comprenderla. ¿Se marcha usted...?

—Para desaparecer de la vista de todos. Esta noche me marchó de Chesney Wold. Ahora mismo.

El señor Tulkinghorn menea la cabeza. Ella se levanta; pero él, sin apartar la mano que tiene en el respaldo de la silla ni la que ha colocado entre el chaleco anticuado y la pechera de la camisa, niega con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Que no me marche como he dicho?

—No, Lady Dedlock —replica muy tranquilo él.

—¿Sabe usted qué alivio significará mi desaparición? ¿Ha olvidado usted la mancha y la deshonra para esta mansión, y dónde están, y quién los representa?

—No, Lady Dedlock; en absoluto.

Ella, sin dignarse replicar, va hacia la puerta interior y pone la mano en ella cuando Tulkinghorn le dice, sin mover mano ni pie ni elevar la voz:

—Lady Dedlock, tenga la bondad de detenerse y escucharme, o antes de que llegue usted a la escalera toco el timbre y levanto a toda la casa. Y entonces habré de hablar delante de todos los invitados y todos los criados, delante de todos los hombres y todas las mujeres que hay en ella.

La ha vencido. Ella titubea, tiembla y, confusa, se lleva la mano a la cabeza. Serían leves indicios en cualquier otra persona, pero cuando un ojo tan experto como el del señor Tulkinghorn ve la indecisión un solo momento en una persona así, advierte perfectamente lo que vale.

Repite inmediatamente:

—Tenga la bondad de escucharme, Lady Dedlock —y hace un gesto hacia la silla de la que se acaba de levantar ella, que titubea, pero él vuelve a hacer el mismo gesto, y ella se sienta.

—Las relaciones entre nosotros son poco gratas, Lady Dedlock, pero como no son culpa mía, no me voy a disculpar por ellas. Usted conoce tan bien cuál es mi posición con Sir Leicester que no puedo por menos de imaginar que desde hace mucho tiempo debe usted de haber considerado que yo era la persona natural para hacer este descubrimiento.

—Señor mío —responde ella, sin levantar la vista del suelo en el que ahora la tiene fija—, más vale que me vaya. Hubiera sido mucho mejor no detenerme. No tengo nada más que decirle.

—Discúlpeme, Lady Dedlock, si le digo que tiene algo más que escuchar.

—Entonces deseo escucharlo junto a la ventana. Aquí me estoy sofocando.

La mirada de sospecha que le lanza él cuando ella va a la ventana revela la aprensión momentánea de que se le haya ocurrido dar un salto, aplastarse contra la balaustrada y la cornisa y caer sin vida a la terraza de abajo. Pero un momento de observación de su figura cuando se queda parada junto a la ventana, sin ningún apoyo, contemplando las estrellas que tiene delante (no las de arriba), contemplando sombría esas estrellas que están bajas, lo tranquiliza. Como él giró cuando se desplazó ella, ahora él está un poco tras Lady Dedlock.

—Lady Dedlock, todavía no he podido deducir una solución que me parezca satisfactoria acerca de lo que debo hacer. No tengo claro lo que he de hacer ni cómo actuar. Entre tanto, he de pedirle que mantenga usted su secreto, igual que lo ha mantenido durante tanto tiempo, y que no se extrañe si yo también lo mantengo.

Hace una pausa, pero no recibe respuesta.

—Discúlpeme, Lady Dedlock. Es una cuestión importante. ¿Me honra usted con su atención?

—Sí.

—Gracias. Hubiera debido saberlo, por lo que he podido comprender de su fuerza de carácter. No debería haberlo preguntado, pero tengo la costumbre de asegurarme del terreno que piso, paso a paso, según voy avanzando. La única persona a la que se ha de tener en cuenta en este lamentable caso es a Sir Leicester.

—Entonces —pregunta ella en voz baja, y sin apartar la mirada melancólica de las estrellas lejanas—, ¿por qué me retiene usted en esta casa?

—Porque él es a quien debemos tener en cuenta, Lady Dedlock. Huelga decirle que Sir Leicester es un hombre muy orgulloso, que tiene confianza implícita en usted, que si esa luna se cayera del cielo, no le sorprendería más que si cayera usted de su elevada posición como esposa de él.

Ella respira rápidamente y jadeante, pero se mantiene tan impávida como siempre la ha visto, incluso en medio de la compañía de más elevada condición.

—Le declaro, Lady Dedlock, que si no dispusiera de un caso tan firme como éste hubiera tenido tantas esperanzas de arrancar por mis propias fuerzas y con mis propias manos el árbol más añoso de este parque como de quebrantar la confianza de Sir Leicester en usted y la influencia de usted sobre él. E incluso ahora, con este caso, titubeo. No es que él pudiera dudarlo (eso es imposible, incluso para él), pero sí que no hay duda que pueda prepararlo para tamaño golpe.

—¿Ni mi huida? —pregunta ella—. Piénselo otra vez.

—Su huida, Lady Dedlock, revelaría toda la verdad, y cien veces toda la verdad, al mundo entero. Sería imposible salvar ni por un día el prestigio de la familia. Es inconcebible.

Esta réplica revela una decisión tranquila que no admite discusión.

—Cuando digo que Sir Leicester es la única persona a quien tener en cuenta me refiero a él y a toda la familia. Sir Leicester y el título de baronet, Sir Leicester y Chesney Wold, Sir Leicester y sus antepasados y su patrimonio —dice el señor Tulkinghorn, que habla sin inflexiones— son, no necesito decírselo a usted, Lady Dedlock, inseparables.

—¡Continúe!

—En consecuencia —añade el señor Tulkinghorn, que sigue exponiendo su caso con su monotonía habitual—, son muchas las cosas que he de tener en cuenta. Esto debe mantenerse en silencio, si es posible. ¿Cómo lograrlo si Sir Leicester pierde el control o muere? Si mañana por la mañana le sometiera yo a este escándalo, ¿cómo podría explicarse un cambio inmediato en él? ¿Qué podría haberlo causado? ¿Qué podría haberlos separado a ustedes? Lady Dedlock, los letreros de las paredes y los pliegos de cordel comenzarían inmediatamente, y ha de recordar usted que no se referirían a usted únicamente (a quien no puedo tener en cuenta para nada en este asunto), sino a su marido, Lady Dedlock, a su marido.

A medida que va avanzando se expresa con más claridad, pero sin un ápice más de énfasis ni de animación.

—Existe otro punto de vista —continúa— para contemplar el caso. Sir Leicester la ama usted casi hasta la sinrazón. Es posible que no pudiera superar esa sinrazón, ni siquiera después de saber lo que sabemos. Estoy llevando las cosas al extremo, pero podría ocurrir. En tal caso, mejor es que no sepa nada. Mejor para el sentido común, mejor para él y mejor para mí. He de tener todo esto en cuenta, y todo ello se suma para hacer que resulte muy difícil adoptar una decisión.

Ella se queda mirando a las mismas estrellas sin decir una palabra. Están empezando a palidecer, y da la sensación de que su frialdad la ha helado a ella.

—Mi experiencia me enseña —dice el señor Tulkinghorn, que ahora se ha metido las manos en los bolsillos y sigue estudiando de modo práctico el asunto, como una máquina—. Mi experiencia me enseña, Lady Dedlock, que casi toda la gente que conozco haría mejor en no contraer matrimonio. El matrimonio se halla en la base de las tres cuartas partes de sus problemas. Es lo que pensé cuando se casó Sir Leicester, y eso es lo que sigo pensando ahora. Basta ya de eso. Ahora debo guiarme por las circunstancias. Entre tanto, he de rogarle que guarde usted su secreto, y yo guardaré el mío.

—¿He de seguir arrastrando mi vida actual y seguir sufriendo para mayor placer de usted un día tras otro? —pregunta ella, que sigue mirando al cielo distante.

—Sí, eso me temo, Lady Dedlock.

—¿Considera usted necesario que yo siga atada al poste del suplicio?

—Estoy seguro de que lo que recomiendo es lo necesario.

—¿He de seguir en esta plataforma de oropel en la que se lleva representando mi

engaño desde hace tanto tiempo, y que ha de caer bajo mí cuando dé usted la señal?
—pregunta ella lentamente.

—Pero no sin advertírselo, Lady Dedlock; no adoptaré ninguna medida sin advertírselo antes.

Ella formula todas sus preguntas como si las repitiera de memoria, como si las dijera en sueños.

—¿Cuando nos veamos será igual que antes?

—Exactamente igual que antes, se lo ruego.

—¿He de seguir ocultando mi culpa, como he hecho durante tantos años?

—Como ha hecho usted durante tantos años. Yo no hubiera aludido a ello, Lady Dedlock, pero ahora puedo recordarle que su secreto no puede resultarle más gravoso que antes, y no está ni mejor ni peor guardado que antes. Yo lo sé con toda seguridad, pero creo que nunca hemos confiado totalmente el uno en el otro.

Ella sigue absorta en la misma postura congelada durante un tiempo antes de preguntar:

—¿Queda algo más que decir esta noche?

—Bueno —replica metódicamente el señor Tulkinghorn mientras se frota silenciosamente las manos—, me gustaría contar con la seguridad de su aquiescencia con mis disposiciones, Lady Dedlock.

—Puede usted contar con ella.

—Bien. Y desearía, para concluir, recordarle como precaución práctica, por si fuera necesario recordarlo en alguna comunicación con Sir Leicester, que a todo lo largo de esta entrevista he dicho expresamente que mi única consideración eran los sentimientos y la honra de Sir Leicester y la reputación de la familia. Hubiera celebrado mucho poner también a Lady Dedlock entre las primeras de mis consideraciones, si el caso lo hubiera permitido, pero por desgracia no es así.

—Soy testigo de su fidelidad, señor mío.

Tanto antes como después de esta frase sigue absorta, pero por fin se mueve y da la vuelta, imperturbable en su aspecto natural y adquirido, hacia la puerta. El señor Tulkinghorn abre ambas puertas exactamente igual que lo hubiera hecho ayer, o hace diez años, y hace su reverencia anticuada cuando sale ella. La mirada que recibe de esa hermosa faz cuando pasa ésta a la oscuridad no es corriente, ni es corriente el gesto, aunque leve, con que reconoce su cortesía. Pero, como reflexiona él cuando se queda a solas, la mujer no ha estado sometida a una presión corriente.

Lo comprendería todavía mejor si viera cómo la mujer recorre ahora sus propios aposentos, con los cabellos desordenados y apartados de la cara, que tiene echada hacia atrás, las manos puestas en la nuca, el cuerpo retorcido como por el dolor. Lo pensaría todavía más si viera cómo la mujer se pasa andando varias horas así, sin cansarse, sin descansar, seguida por los fieles pasos en el Paseo del Fantasma. Pero

ahora él cierra la ventana para protegerse contra el viento que ya sopla fresco, corre las cortinas y se acuesta y se duerme. Y es verdad que cuando las estrellas se apagan y el pálido día penetra en el dormitorio de la torreta lo encuentra más viejo que nunca, y parece como si tanto el sepulturero como la pala ya estuvieran dispuestos y dentro de poco fueran a empezar a cavar.

El mismo día pálido atisba a Sir Leicester, que perdona a un país arrepentido en un sueño majestuosamente condescendiente, y a los primos que ocupan diversos cargos públicos, y sobre todo empiezan a percibir sueldos, y la casta Volumnia que concede una dote de 50.000 libras a un general feo y viejo, con una boca llena de dientes falsos, como un piano con demasiadas teclas, que desde hace mucho tiempo es la admiración de Bath y el terror de todas las demás comunidades. También atisba otros dormitorios en las partes más altas del tejado, y los cuartos del servicio en los patios y encima de las cuerdas, donde ambiciones más humildes sueñan con la felicidad, en forma de pabellones de guardabosques y de uniones en santo matrimonio con Will o con Sally. Se levanta el sol brillante y se lo lleva todo con él: los Wills y las Sallys, el vapor latente en la tierra, las hojas y las flores que caen hacia el suelo, los pájaros y los animales y los insectos, los jardineros que barren la hierba bañada por el rocío y revelan un terciopelo esmeralda por donde pasa el rodillo, el humo de la gran cocina que sube recto y alto por el aire iluminado. Por fin se iza la bandera por encima de la cabeza inconsciente del señor Tulkinghorn, para proclamar con animación que Sir Leicester y Lady Dedlock están en su dulce hogar y que reina la hospitalidad en su casa de Lincolnshire.

42. El bufete del Sr. Tulkinghorn

Desde las verdes ondulaciones y los añosos robles de la finca de los Dedlock, el señor Tulkinghorn se traslada al calor y el polvo rancios de Londres. La manera en que va y viene entre los dos lugares es uno de sus misterios. Llega a Chesney Wold como si estuviera al lado de su bufete y vuelve a su bufete como si nunca hubiera salido de Lincoln's Inn Fields. No se cambia de ropa antes del viaje ni habla de éste después. Esta mañana se evaporó de su habitación en la torreta, igual que ahora, al oscurecer, se condensa en su propio distrito.

Como un pájaro sucio de Londres entre los pájaros que descansan en estas praderas agradables, donde todas las ovejas se convierten en pergamino, las cabras en pelucas y la hierba en paja, el abogado, secado al humo y desvaído, residente entre los humanos, pero sin relacionarse con ellos, envejecido sin haber experimentado la desenfadada juventud, y habituado desde hace tanto tiempo a formar su nido apretujado entre los huecos y los rincones de la naturaleza humana que ha olvidado que existen otras perspectivas más amplias y generosas, llega tranquilamente a su casa. En el horno que forman los ardientes suelos y los edificios ardientes ha quedado más cocido que de costumbre, y, en su mente sedienta, no piensa más que en su viejo oportuno de más de medio siglo.

El farolero sube y baja su escalera del lado de los Fields en que está el señor Tulkinghorn cuando ese noble sacerdote de los misterios de la nobleza llega a su propio y gris patio. Sube las escaleras y va a deslizarse al recibidor en penumbra cuando en el escalón de arriba se encuentra con un hombrecillo que se inclina propiciatorio.

—¿Es Snagsby?

—Sí, señor. Espero que se encuentre usted bien, señor. Estaba a punto de renunciar a ver a usted y de marcharme a casa.

—¿Sí? ¿De qué se trata? ¿Qué desea usted de mí?

—Pues, señor —dice el señor Snagsby, que se ha ladeado el sombrero en signo de deferencia para con su mejor cliente—, deseaba decirle una palabra, señor.

—¿Puede usted decírmela aquí?

—Perfectamente, señor.

—Dígala, pues —y el abogado apoya los brazos en la barandilla que hay en la escalera, y contempla cómo el farolero va alumbrando la plazoleta.

—Se refiere —dice el señor Snagsby en voz baja y misteriosa—, se refiere... por no andarnos con circunloquios... a la extranjera, señor.

Al señor Tulkinghorn le brillan los ojos de sorpresa:

—¿Qué extranjera?

—La señora extranjera, caballero. ¿Francesa, si no me equivoco? No es que yo

conozca su idioma, pero juzgaría por sus modales y su aspecto que era francesa; en todo caso, extranjera sin lugar a dudas. La que estaba arriba, caballero, cuando el señor Bucket y yo tuvimos el honor de venir a verle a usted con el chico barrendero aquella noche.

—¡Ah! Sí, sí. Mademoiselle Hortense.

—¿Así se llama, caballero? —y el señor Snagsby emite su tosecilla de sumisión tras el sombrero—. Yo, personalmente, no estoy familiarizado con los nombres extranjeros en general, pero no cabe duda de que *sería* ése. El señor Snagsby parece haberse lanzado a esa respuesta con algún designio desesperado de repetir el nombre, pero, tras pensárselo, vuelve a toser para disculparse.

—¿Y qué tiene usted que decirme con respecto a esa persona, Snagsby? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—Verá, caballero, —responde el papelero, tapándose la boca con el sombrero—, la verdad es que me resulta algo difícil. Mi felicidad doméstica es muy grande, o por lo menos lo máximo que se puede esperar, creo, pero mi mujercita es un poco dada a los celos. Por no andarnos con circunloquios, es muy dada a los celos. Y ya comprenderá usted, cuando aparece en la tienda una mujer extranjero de tan buen aspecto y se cierne (aunque yo sería el último, caballero, en emplear una expresión tan fuerte, pero se cierne) por la plazoleta, pues ya sabe usted que es... ¿cómo le diría yo?... Imagínese usted, caballero.

Tras decir estas palabras con tono compungido, el señor Snagsby añade una tosecilla de sentido general para cubrir todo lo que no ha dicho.

—Pero ¿qué quiere decir usted? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—Exactamente eso, caballero —replica el señor Snagsby—. Estaba seguro de que usted lo comprendería y disculparía mis sentimientos por ser tan razonables cuando a ellos se añade la conocida excitabilidad de mi mujercita. Sabrá usted que la extranjera (cuyo nombre acaba usted de pronunciar, seguro que con la mayor perfección) comprendió aquella noche la palabra Snagsby, pues es muy rápida, e hizo preguntas y se enteró de las señas y llegó a la hora de cenar. Bueno, pues nuestra criadita Guster es tímida y tiene ataques y cuando se asustó al ver el aspecto de la extranjera (que tiene un aire muy bravío) y ante la manera tan rara que tiene de hablar, que puede alarmar a cualquier persona un poco débil, cedió, en vez de aguantar, y bajó cayéndose por las escaleras de la cocina, un escalón tras otro, con unos ataques que yo creo que jamás ha tenido igual, y creo que no han ocurrido en ninguna casa más que en la nuestra. En consecuencia, por fortuna, mi mujercita tuvo muchas cosas de las que ocuparse, y yo era el único que podía ocuparse de la tienda. Cuando *ella* me dijo que, como su empleado siempre le negaba la posibilidad de ver al señor Tulkinghorn (estoy convencido de que así es como llaman los extranjeros a los pasantes), se iba a dedicar a venir constantemente a mi tienda hasta que la dejaran

venir aquí. Desde entonces se pasa el tiempo, como empecé a decir, caballero, cerniéndose..., cerniéndose, caballero —y el señor Snagsby repite el verbo con un énfasis patético—, por la plazoleta. Resulta imposible calcular los efectos de esos desplazamientos. No me extrañaría que ya hubieran sido la causa de errores de lo más doloroso incluso en las mentes de mis vecinos, por no mencionar (si ello fuera posible) a mi mujercita. Cuando sabe Dios —observa el señor Snagsby, meneando la cabeza— que jamás he pensado en ninguna extranjera, salvo las antiguas, que vendían escobas mientras llevaban un bebé en brazos, o las de ahora, que llevan una pandereta y pendientes [84] ¡Le aseguro, señor, que nunca había pensado en ellas!

El señor Tulkinghorn ha escuchado gravemente estas quejas y cuando el papelero termina pregunta:

—¿Y eso es todo, Snagsby?

—Pues sí, señor, eso es todo —dice el señor Snagsby, que termina con una tosecilla que significa claramente: «Y a mí me basta y me sobra».

—No sé lo que puede querer o significar Mademoiselle Hortense, salvo que se haya vuelto loca —dice el abogado.

—Pero sabe usted, caballero, aunque se hubiera vuelto loca no sería ningún consuelo tener una especie de arma, en forma de daga extranjera, clavada en medio de la familia.

—No —dice el otro—. ¡Bien, bien! Habrá que poner fin a todo esto. Lamento que se haya visto usted incomodado. Si vuelve, dígame que venga aquí.

El señor Snagsby se despide, con grandes reverencias y tosecillas de disculpa, con el ánimo aliviado. El señor Tulkinghorn sube las escaleras, diciéndose: «A estas mujeres las han creado para causar problemas vayan donde vayan. ¡Como si no bastara con tratar con la señora, ahora hay que tratar con la doncella! Pero al menos con esta individua voy a terminar pronto!».

Diciéndose estas palabras, abre la puerta, va a tientas hacia sus sombríos aposentos, enciende sus velas y mira a su alrededor. La oscuridad es excesiva para que se pueda ver bien la alegoría del techo, pero se ve con toda claridad a ese inoportuno romano, que se pasa el tiempo mirando por encima de las nubes y señalando algo. El señor Tulkinghorn no le hace demasiado caso, se saca una llavecita del bolsillo, abre un cajón en el cual hay otra llave, que abre una cómoda en la cual hay otra llave, y de ahí sale la llave de la bodega, con la que se dispone a bajar a las zonas donde está el vino añejo. Se está acercando a la puerta con una vela en la mano cuando alguien llama.

—¿Quién es? Ya, ya, señora, es usted, ¿no es verdad? Llega usted en un buen momento. Me estaban hablando de usted. ¡Bueno! ¿Qué quiere usted?

Pone la vela en la repisa de la chimenea del despacho del pasante y se golpea en la seca mejilla con la llave mientras pronuncia esas palabras de bienvenida a

Mademoiselle Hortense. Ese personaje felino, con los labios firmemente apretados, y mirándolo de reojo, cierra la puerta silenciosamente antes de responder:

—Me ha costado mucho trabajo encontrarle, monsieur.

—¡No me diga!

—He venido muchas veces aquí, monsieur. Siempre me han dicho que no está en casa, que está ocupado, que lo de aquí y lo de allá, que no está para usted.

—Exacto, le han dicho la verdad.

—No la verdad. ¡Mentiras!

Hay ocasiones en las que los humores de Mademoiselle Hortense son tan repentinos, sus modales se parecen tanto a un salto sobre la persona a la que se dirige, que esa persona involuntariamente se sobresalta y retrocede. Eso es lo que le ocurre ahora al señor Tulkinghorn, aunque Mademoiselle Hortense, con los ojos casi cerrados (si bien sigue mirando de reojo), no hace más que sonreír despectivamente y menear la cabeza.

—Bueno, señora —dice el abogado, poniendo apresuradamente la llave en la repisa—, si tiene usted algo que decirme, dígamelo, dígamelo.

—Señor, usted no me ha bien tratado. Ha sido usted mezquino y sucio.

—Mezquino y sucio, ¿eh? —replica el abogado, frotándose la nariz con la llave.

—Sí. ¿Qué es lo que le digo? Usted lo sabe bien. Usted me ha atrapado (me ha cogido) para darle información; usted me ha pedido que le enseñe el vestido de mi que Milady debe de haber llevado aquella noche, usted me ha pedido que le venga aquí para ver a aquel chico... ¡Diga! ¿No es así? —y Mademoiselle Hortense da otro salto.

—¡Es usted una bruja, una bruja! —y el señor Tulkinghorn parece meditar mientras la contempla desconfiado, después de lo cual replica:—. Bien, moza, bien. Pero ya le he pagado.

—¡Que me ha pagado! —replica ella con feroz desdén—. ¡Dos soberanos! No los he cambiado. Los desprecio. Los rechazo, los tiro —lo cual procede a hacer literalmente, sacándoselos del seno al hablar y tirándolos al suelo con tal violencia que rebotan a la luz antes de salir disparados hacia los rincones e irse parando allí lentamente tras girar mucho en torno a su propio eje.

—¡Eso! —dice Mademoiselle Hortense, que vuelve a entrecerrar los ojos—. ¿Con que me ha pagado? ¡Mi Dios, que sí!

El señor Tulkinghorn se frota la cabeza con la llave mientras ella lo sigue contemplando con una risa sarcástica.

—Debe de ser usted rica, mi bella amiga —observa él imperturbable—, cuando tira usted el dinero de esta manera.

—Soy rica —responde ella—. Soy riquísima en odio. Odio a Milady con todo mi corazón. Ya lo sabe usted.

—¿Que lo sé? ¿Y cómo voy a saberlo?

—Porque lo sabe usted perfectamente, desde antes que me pidiera que le diera esa información. Porque sabe usted perfectamente que yo estaba ggggggabiosísima —es como si fuera imposible que a Mademoiselle Hortense le saliera bien la letra «r» en esta palabra, pese a la energía con la que la pronuncia, para lo cual aprieta las manos y los dientes.

—¡Ah! Con que yo lo sabía, ¿eh? —comenta el señor Tulkinghorn, que examina las guardas de la llave.

—Sí, sin duda. No estoy ciega. Usted se aseguró de mí porque lo sabía. ¡Y tenía razón! La de-tes-to —y Mademoiselle Hortense se cruza de brazos y le lanza esta observación por encima de un hombro.

—Una vez dicho esto, ¿tiene usted algo más que decir, Mademoiselle?

—Sigo sin empleo. Búsqueme uno bueno. Búsqueme un buen sitio. Si no puede, o no quiere, empléeme usted para seguirla, para perseguirla, para desgraciarla y deshonrarla. Le ayudaré a usted bien y de gana buena. Eso es lo que hace *usted*. ¿Es que no lo sé yo?

—Según parece, sabe usted muchas cosas —replica el señor Tulkinghorn.

—¿No es así? ¿Es que yo soy tonta bastante para creer que yo vengo aquí con ese vestido puesto a recibir a ese muchacho sólo para decidir una pequeña apuesta, una broma? ¡Eh, mi Dios! ¡Ah, sí! —En su réplica, hasta la palabra «broma» inclusive, Mademoiselle ha estado irónicamente cortés y blanda; después, de forma igualmente repentina, se ha lanzado a hablar con el tono más amargo y desafiante de desprecio, y sus ojos negros pasan en un instante de estar casi cerrados a abrirse del todo con una mirada intensa.

—Bueno, vamos a ver —dice el señor Tulkinghorn, dándose golpecitos en la barbilla con la llave y mirándola impasible— cuál es el estado de la cuestión.

—¡Ah! Vamos a ver —asiente Mademoiselle con muchos movimientos airados y tensos de la cabeza.

—Usted ha venido a hacer una petición notablemente modesta, que acaba usted de exponer, y si no se atiende a ella volverá otra vez.

—Y otra —dice Mademoiselle, con más gestos airados y tensos—. Y otra. Y otra. Y muchas veces más. De hecho, ¡todos los días!

—Y no sólo aquí, sino que quizá también vaya a casa de Snagsby, ¿verdad? Si esa visita tampoco tiene éxito, ¿verdad que volverá otra vez allí?

—Y otra —repite Mademoiselle, con una determinación cataléptica—. Y otra. Y otra. Y muchas veces más. De hecho, ¡todos los días!

—Muy bien. Ahora, Mademoiselle Hortense, permítame recomendarle que tome la vela y recoja su dinero. Creo que lo encontrará usted detrás de la mampara del pasante, en aquella esquina.

Ella se limita a reírse por encima del hombro y se queda inmóvil con los brazos cruzados.

—No quiere, ¿eh?

—¡No, no quiero!

—¡Eso que pierde usted y que gano yo! Mire, señorita, ésta es la llave de mi bodega. Es una llave grande, pero las llaves de las cárceles son más grandes. En esta ciudad hay cárceles (con regímenes de disciplina para determinadas mujeres) cuyas puertas son muy resistentes y pesadas, y sin duda las llaves también. Me temo mucho que una dama de su talante y su energía consideraría molesto que la encerrasen con una de esas llaves durante algún tiempo. ¿Qué opina usted?

—Opino —replica Mademoiselle sin moverse, y con voz claramente ablandada— que es usted un miserable.

—Probablemente —responde el señor Tulkinghorn, que se suena la nariz discretamente—. Pero no le he preguntado qué opina usted de mí, sino qué opina usted de la cárcel.

—Nada. ¿Qué me importa a mí?

—Pues le importa mucho, señorita —dice el abogado, que se guarda lentamente el pañuelo y se ajusta la pechera—; en este país la ley es tan despótica que impide que ninguno de nuestros buenos ciudadanos ingleses se vea molestado, ni siquiera por las visitas de una dama, si él no lo desea. Y cuando denuncia ser víctima de esas molestias, la ley se lleva a la molesta dama y la encierra en una cárcel con una disciplina muy dura. La encierra con llave, señorita —y hace un gesto con la llave de la bodega.

—¿Verdaderamente? —pregunta Mademoiselle con el mismo tono agradable—. ¡Qué divertido! Pero ¡mi fe! Vuelvo a preguntarle: ¿a mí qué me importa?

—Mi buena amiga —dice el señor Tulkinghorn—, vuelva usted aquí o a casa del señor Snagsby y se enterará.

—¿En ese caso me enviará usted a la cárcel quizá?

—Quizá.

Sería contradictorio que alguien en, el estado de agradable jocosidad en que se halla Mademoiselle echase espumarajos por la boca, pues si no bastaría con un gesto levemente más parecido al de una tigresa para que pareciese que le faltaba muy poco.

—En una palabra, señorita —continúa el señor Tulkinghorn—, lamento mucho ser descortés, pero si alguna vez se presenta usted aquí sin que la haya llamado, o donde sea, la entregaré a la policía. Son muy galantes, pero arrastran a la gente molesta por la calle de la forma más ignominiosa, atada a una tabla, jovencita.

—¡Le voy a enseñar! —susurra Mademoiselle alargando una mano—. ¡Voy a ver si osa usted!

—Y —continúa diciendo el abogado, sin hacerle caso— si la coloco a usted en la

excelente posición de ir a la cárcel, verá usted que tarda algún tiempo en volver a salir.

—¡Le voy a enseñar! —repite Mademoiselle en el mismo susurro.

—Y ahora —continúa el abogado, que sigue sin hacerle caso— más le vale irse. Piénseselo dos veces antes de volver.

—Piénselo usted —responde ella—. ¡Piénselo dos veces doscientas veces!

—Usted sabe que su señora la despidió —observa el señor Tulkinghorn mientras la sigue por la escalera por ser la más implacable e intratable de las mujeres. Ahora cambie usted de actitud y tenga en cuenta lo que le he dicho. Porque cuando digo una cosa voy en serio, y hago lo que amenazo con hacer, señorita.

Ella baja sin responder ni mirar a su espalda. Cuando se marcha baja él también, y al volver con su botella cubierta de telas de araña se dedica a disfrutarla reposadamente; de vez en cuando, al apoyar la cabeza en el respaldo de la silla, ve al pertinaz romano que señala desde el techo.

43. La narración de Esther

Poco importa ya cuánto pensé yo en mi madre, que estaba viva y que me había pedido que en adelante la considerase muerta. No podía aventurarme a acercarme a ella, ni a comunicarme con ella por escrito, pues mi sentido del peligro en que transcurría su vida sólo era comparable con mi temor de aumentarlo. Al saber que mi mera existencia como ser vivo era un peligro imprevisto para ella, no siempre podía dominar aquel terror a mí misma que se había adueñado de mí cuando me enteré del secreto. No me atrevía a pronunciar su nombre en ningún momento. Me daba la sensación de que no me atrevía ni siquiera a oírlo. Si en cualquier lugar en que estuviera yo la conversación iba en ese sentido, como naturalmente ocurría a veces, trataba de no escuchar, me ponía a contar mentalmente, me repetía algo para mis adentros o me iba de la sala. Ahora tengo conciencia de que muchas veces hacía todo aquello cuando no podía haber ningún peligro de que se hablara de ella, pero lo hacía por el temor que me inspiraba la posibilidad de oír algo que pudiera llevar a que la descubrieran, y a que la descubrieran por conducto mío.

Poco importa ya la frecuencia con que recordaba yo los tonos de la voz de mi madre y me preguntaba si alguna vez la volvería a oír como tanto ansiaba, y pensaba en lo extraño y lo triste que era que aquella voz fuera tan nueva para mí. Poco importa que me quedara acechando toda mención en público del nombre de mi madre, que pasara y volviera a pasar ante la puerta de su casa de la ciudad y la amara, pero temiera mirarla; que una vez estuviera en el mismo teatro que mi madre y ella me viera, y que cuando estábamos tan separadas, en medio de numeroso público de todas las condiciones, todo vínculo o toda confianza entre nosotras pareciera un sueño. Todo, todo ha terminado. He sido tan afortunada que poco puedo decir de mí misma que no sea una historia de la bondad y la generosidad de otros. Más vale que deje atrás ese poco y siga adelante.

Cuando volvimos a estar asentadas en casa, Ada y yo tuvimos muchas conversaciones con mi Tutor en torno al tema de Richard. Mi ángel estaba muy dolida de que se portara tan mal con el amable primo de ambos, pero era tan leal a Richard que ni siquiera por eso podía soportar el hacerle un reproche. Mi Tutor lo sabía y jamás pronunciaba una palabra de reprobación en relación con el nombre de Richard. «Rick está equivocado, querida mía», le decía. «Bueno, bueno, todos nos hemos equivocado alguna vez. Hemos de confiar en que entre tú y el paso del tiempo le hagáis comprender su error».

Después supimos lo que entonces sospechábamos: que no había confiado en el paso del tiempo hasta después de haber intentado él mismo abrirle los ojos a Richard. Que le había escrito, ido a verlo, hablado con él, intentado por todos los medios de persuasión y amabilidad que podía idear su bondad. Nuestro pobre y cariñoso

Richard estaba ciego y sordo a todo. Si se había equivocado, ya se corregiría cuando terminara el pleito en la Cancillería. Si andaba a tientas en la oscuridad, lo mejor que podía hacer era todo lo posible para disipar las nubes que tanto lo confundían y que le oscurecían todo. ¿Que las sospechas y los malentendidos eran por culpa del pleito? Entonces, que le dejaran a él resolver el pleito y así recuperar sus sentidos. Ésa era su respuesta siempre. Jarndyce y Jarndyce se había adueñado hasta tal punto de toda su naturaleza que era imposible hacerle ninguna consideración que no le bastara —con una especie de razonamiento retorcido— para darle un nuevo argumento favorable a lo que estaba haciendo. Una vez mi Tutor me dijo: «De forma que resulta todavía peor discutir con el pobre chico que dejarlo en paz».

Aproveché una de aquellas oportunidades para mencionar mis dudas de que el señor Skimpole fuera un buen consejero para Richard.

—¡Consejero! —exclamó mi Tutor, riéndose—. ¿Quién va a dejarse aconsejar por Skimpole?

—¿Sería mejor alentar? —pregunté.

—¡Alentar! —volvió a exclamar mi Tutor—. ¿Quién va a dejarse alentar por Skimpole?

—¿Richard no? —pregunté.

—No —me replicó—. Un ser tan poco mundano, tan incapaz de cálculo, tan transparente, le sirve de entretenimiento y de diversión. Pero en cuanto a dejarse aconsejar, alentar, o darle vara alta en relación con nada ni con nadie, sencillamente es inconcebible en un niño como Skimpole.

—Por favor, primo —dijo Ada, que acaba de sumarse a nosotros y que ahora miraba por encima de mi hombro—, ¿por qué es tan niño?

—¿Que por qué es tan niño? —repitió mi Tutor frotándose la cabeza, sin saber qué decir.

—Sí, primo John.

—Bueno —respondió lentamente, frotándose la cabeza cada vez con más fuerza—, es todo sentimiento y sensibilidad y susceptibilidad e... imaginación. Y no sé por qué, pero tiene esas cualidades sin dominar. Supongo que la gente que lo admiraba por ellas en su juventud les atribuían demasiada importancia, y demasiado poca a la formación que las hubiera ajustado y equilibrado, y así fue como se convirtió en lo que es hoy día. ¿Qué? —dijo mi guardián deteniéndose y contemplándonos esperanzado—. ¿Qué pensáis vosotras dos?

Ada me echó una mirada y dijo que era una pena que le estuviera costando dinero a Richard.

—Así es, así es —dijo mi Tutor apresuradamente—. No podemos permitirlo. Tenemos que ponerle remedio. Tengo que impedirlo. Eso no está bien.

Y yo dije que me parecía lamentable que hubiera presentado a Richard al señor

Vholes por una gratificación de cinco libras.

—¿Fue así? —comentó mi Tutor con un gesto pasajero de irritación—. Pero así es ese hombre. ¡Así es ese hombre! No es que sea nada mercenario. No tiene idea del valor del dinero. Presenta a Rick, se hace amigo del señor Vholes y le pide prestadas cinco libras. Para él, eso no significa nada, ni le parece nada importante. Seguro que te lo dijo él mismo, ¿verdad, querida mía?

—¡Sí, sí! —le respondí.

—Exactamente. ¡Así es ese hombre!

—Si hubiera querido hacer algún daño, o tuviera conciencia de que podía hacer daño, no lo diría. Dice las cosas según las hace, por mera simpleza. Pero ya lo veréis en su propia casa, y entonces lo comprenderéis mejor. Tenemos que hacer una visita a Harold Skimpole y advertirlo a esos respetos. ¡Por Dios, hijas mías, si es que es un niño, un niño!

Conforme a aquel plan, al cabo de pocos días fuimos a Londres y nos presentamos a la puerta del señor Skimpole.

Vivía en un sitio llamado el Polígono, en Somers Town, donde por aquella época había muchos refugiados españoles pobres que se paseaban envueltos en capas y fumando cigarros pequeños de papel [85]; no sé si él era mejor arrendatario de lo que cabría suponer porque su amigo Alguien acababa siempre por pagarle el alquiler o si su incapacidad para los negocios hacía que resultara especialmente difícil desahuciarlo, pero llevaba bastantes años en la misma casa. Ésta se hallaba en el estado de abandono que ya nos esperábamos. Habían desaparecido dos o tres barrotes de la barandilla de la entrada; la cisterna para el agua de lluvia estaba rota; el llamador estaba suelto, el timbre estaba desprendido desde hacía mucho tiempo, a juzgar por lo oxidado del cable, y los únicos indicios de que la casa estaba habitada eran unas huellas sucias de pisadas en el suelo.

Una muchacha regordeta y descuidada, que parecía a punto de salirse por los rotos de la bata y las grietas de los zapatos, como una fruta demasiado madura, respondió a nuestra llamada abriendo un poco la puerta y llenando el hueco con su cuerpo. Como ya conocía al señor Jarndyce (de hecho, tanto Ada como yo pensamos que, evidentemente, lo relacionaba con el pago de su salario), se aplacó inmediatamente y nos permitió entrar. Dado que la cerradura de la puerta estaba estropeada, se ocupó después de cerrar con la cadena, que tampoco se hallaba en muy buen estado, y nos preguntó si queríamos ir arriba.

Subimos al primer piso, sin ver más muebles que las pisadas sucias. El señor Jarndyce, sin más ceremonia, entró en una habitación, y nosotras lo seguimos. Estaba bastante destartalada y nada limpia, pero amueblaba con una especie de lujo gastado, con un gran taburete, un sofá y muchos cojines, una butaca y muchos almohadones, un piano, libros, material de dibujo, música, periódicos y unos cuantos esbozos y

cuadros. Uno de los cristales de las ventanas estaba roto y tapado con un trozo de papel, pero en la mesa había un platito con mandarinas de invernadero, otro de uvas, otro de pasteles y una botella de vino claro. El señor Skimpole estaba recostado en el sofá, en bata, bebiendo un café aromático de una taza vieja de porcelana —era hacia el mediodía— y contemplando una mata de alhelíes que había en el balcón.

No se sintió en absoluto desconcertado por nuestra presencia, sino que se levantó y nos recibió con su animación acostumbrada.

—¡Aquí me ven! —dijo cuando nos sentamos, aunque no sin cierta dificultad, pues la mayor parte de las sillas estaban rotas—. ¡Aquí me ven! Éste es mi frugal desayuno. Hay hombres que quieren patas de vaca y de cordero para el desayuno; yo no. Que me den mi melocotón, mi taza de café y mi clarete, y estoy satisfecho. No es que me gusten por sí mismos, sino porque me recuerdan el sol. Las patas de vaca y de cordero no tienen nada de solar. ¡Mera satisfacción animal!

—Ésta es la consulta de nuestro amigo (o lo sería si alguna vez ejerciera la medicina), su refugio, su estudio —nos dijo mi Tutor.

—Sí —asintió el señor Skimpole, mirando animado en su derredor—, ésta es la jaula del pájaro. Aquí es donde vive y canta el pájaro. De vez en cuando le quitan las plumas y le recortan las alas, pero él sigue cantando, ¡sigue cantando!

Nos alargó las uvas y repitió en su tono radiante:

—¡Sigue cantando! No es un canto con pretensiones, pero sigue cantando.

—Son magníficas —comentó mi Tutor de las uvas—. ¿Un regalo?

—No —respondió—. ¡No! Un amable hortelano las vende. Su mozo quiso saber, cuando las traje anoche, si tenía que esperar a que le pagase. «Verdaderamente, amigo mío», le dije, «creo que no, si aprecia en algo su tiempo». Supongo que lo apreciaría, porque se marchó.

Mi Tutor nos miró con una sonrisa, como preguntándonos: «¿Es posible ser mundano con este chiquillo?».

—Éste es un día —dijo el señor Skimpole, tomando alegremente algo de clarete de una copa— que siempre se recordará aquí. Lo llamaremos el día de Santa Clare y Santa Summerson. Tienen ustedes que ver a mis hijas. Tengo una hija de ojos azules que es mi hija Belleza. Tengo una hija Sentimiento y una hija Comedia. Tienen que verlas a las tres. Estarán encantadas.

Iba a llamarlas cuando se interpuso mi Tutor y le pidió que esperase un momento, pues primero deseaba decirle algo.

—Mi querido Jarndyce —respondió él, volviéndose al sofá—, todos los momentos que quieras. Aquí el tiempo no importa. Nunca sabemos qué hora es, y nunca nos importa. Me dirán ustedes que ésa no es forma de progresar en la vida, ¿verdad? Desde luego. Pero es que nosotros no progresamos en la vida. Ni lo pretendemos.

Mi Tutor volvió a mirarnos, diciendo evidentemente: «¿Lo oís?».

—Bueno, Harold —empezó—, lo que tengo que decirte se refiere a Rick.

—¡Mi mejor amigo! —contestó el señor Skimpole cordialmente—. Supongo que no debería ser mi mejor amigo, dado que no se habla contigo. Pero lo es, y no puedo evitarlo; está lleno de la poesía de la juventud y yo lo quiero mucho. Si no te agrada, no puedo evitarlo. Lo quiero mucho.

La cautivadora franqueza con la que hizo aquella declaración, verdaderamente con aire desinteresado, cautivó a mi Tutor, por no decir qué, de momento, también a Ada.

—Puedes quererlo todo lo que quieras —replicó el señor Jarndyce—, pero tenemos que cuidarle el bolsillo, Harold.

—¡Ah! —exclamó el señor Skimpole—. ¿El bolsillo? Bueno, ahora me hablas de algo que no entiendo—. Tomó algo más de clarete y, mojando en él uno de los pasteles, meneó la cabeza y nos sonrió a Ada y a mí con una insinuación ingenua de que era algo que jamás podría comprender.

—Si vas con él por ahí —dijo mi Tutor con toda claridad—, no debes dejarle que pague por los dos.

—Mi querido Jarndyce —comentó el señor Skimpole, con su bienhumorada cara radiante ante lo cómico de aquella idea—, ¿qué le voy a hacer yo? Si me lleva a alguna parte, debo ir. Y ¿cómo puedo pagar yo? Yo nunca tengo dinero. No sé nada de eso. Suponte que le diga a alguien: «¿Cuánto es?». Y que me conteste que son siete chelines y seis peniques. Yo no sé lo que son siete chelines y seis peniques. Me resulta imposible continuar con el tema si tengo algo de respeto a esa persona. No voy a andar por ahí preguntándole a gente ocupada qué son siete chelines y seis peniques en árabe, idioma que además no comprendo. ¿Por qué voy a ir preguntando por ahí lo que son siete chelines y seis peniques en dinero, idioma que tampoco comprendo?

—Bien —dijo mi Tutor, nada descontento con aquella ingenua respuesta—, si has de viajar a donde sea con Rick, debes pedirme el dinero a mí (sin decir ni una palabra de ese detalle) y dejar que sea él quien haga los cálculos.

—Mi querido Jarndyce —replicó el señor Skimpole—, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por complacerte, pero me parece superfluo, e incluso una superstición. Además, les doy mi palabra, señorita Clare y mi querida señorita Summerson, de que estaba convencido de que el señor Carstone era inmensamente rico. Creí que le bastaba con firmar lo que fuera, o extender un pagaré o una transferencia, o un cheque, o una letra, o poner algo en un archivo en alguna parte, para que le lloviera encima el dinero.

—Pues no es así, caballero —dijo Ada—. Es pobre.

—No, ¿de verdad? —contestó el señor Skimpole con su sonrisa radiante—. Me

sorprende usted.

—Y como no se enriquece al confiarlo todo a un individuo que no tiene nada —dijo mi Tutor, poniendo una mano enfáticamente en la manga de la bata del señor Skimpole—, debes tener mucho cuidado de no alentarlos en esa confianza, Harold.

—Mi querido y buen amigo —dijo el señor Skimpole—, y mi querida señorita Summerson y mi querida señorita Clare, ¿cómo iba a hacer eso yo? Son cuestiones de negocios, y yo no sé nada de los negocios. Es él quien me da alientos— a mí. Sale de sus grandes hazañas de negocios, me expone las perspectivas más brillantes como resultados y me pide que las admire. Yo las admiro, como brillantes perspectivas. Pero no sé nada de ellas, y se lo digo.

Aquel tipo de sinceridad indefensa con que se presentaba ante nosotros, y la ligereza con la que se divertía con su propia inocencia, la forma fantástica en la que se colocaba bajo su propia protección y defendía a su curioso personaje, eran todos ellos factores que se combinaban con la facilidad deliciosa con que lo decía todo para confirmar exactamente la tesis de mi Tutor. Cuanto más lo veía, más improbable me parecía a mí, si él estaba delante, que fuera capaz de tramar, disimular ni influir en nada, y, sin embargo, cuanto menos probable parecía cuando no estaba él presente, menos agradable resultaba pensar que tuviera nada que ver con nadie que me importase.

Al saber que su interrogatorio (como lo calificó él) había terminado, el señor Skimpole salió de la sala con la cara radiante a buscar a sus hijas (sus hijos se habían escapado de casa en distintas fechas), y dejó a mi Tutor encantado con la manera en que había vindicado su carácter infantil. Pronto volvió, llevando consigo a las tres damiselas y a la señora Skimpole, que había sido una belleza, pero que ahora era una inválida desdeñosa que sufría toda una serie de enfermedades.

—Ésta —dijo el señor Skimpole— es mi hija Belleza, Arethusa, que toca diversos instrumentos y canta algo, igual que su padre. Ésta es mi hija Sentimiento, Laura, que toca algo, pero no canta. Y ésta es mi hija Comedia, Kitty, que canta un poco, pero no toca. Todos dibujamos algo y componemos algo, y ninguna de nosotros tiene idea del tiempo ni del dinero.

La señora Skimpole dio un suspiro, como si hubiera celebrado eliminar ese aspecto de la lista de virtudes de la familia. También me pareció que dirigía ese suspiro hacia mi Tutor y que aprovechaba la primera oportunidad posible para lanzar otro.

—Resulta muy agradable —añadió el señor Skimpole, volviendo la mirada vivaz de unos a otros— y resulta curiosamente interesante el ver los rasgos distintivos de las familias. En esta familia somos todos niños, y yo soy el más pequeño de todos.

Las hijas, que parecían tenerle mucho cariño, se sintieron muy divertidas ante aquella observación, especialmente la hija Comedia.

—Queridas mías —siguió diciendo el señor Skimpole—, es verdad, ¿no? Lo es y debe serlo, porque, al igual que los perros del himno, «está en nuestra naturaleza». Fijaos en la señorita Summerson con su gran capacidad administrativa y su conocimiento sorprendente de los detalles. Estoy seguro de que parecerá extraño a oídos de la señorita Summerson si le digo que en esta casa no sabemos nada de las chuletas. Pero es verdad; no lo sabemos. No sabemos cocinar nada en absoluto. No sabemos qué hacer con aguja e hilo. Admiramos a las personas que poseen la experiencia práctica que a nosotros nos falta, y no nos enfrentamos con ellas. Entonces, ¿por qué se van a enfrentar ellas con nosotros? Vivid y dejad vivir, les decimos. ¡Vivid vosotros gracias a vuestros conocimientos prácticos y dejad que nosotros vivamos a costa de vosotros!

Se echó a reír, pero, como de costumbre, parecía muy sincero y decir exactamente lo que sentía.

—Somos solidarios, rosas mías —dijo el señor Skimpole—, solidarios con todo, ¿no es verdad?

—¡Ay, sí, papá! —exclamaron las tres hijas.

—De hecho, eso es lo que caracteriza a nuestra familia en esta existencia tan agitada. Tenemos la capacidad de observar y de interesarnos, y *efectivamente* observamos y *efectivamente* nos interesamos. ¿Qué más podemos hacer? Miren a mi hija Belleza, que se casó hace tres años. Bueno, estoy seguro de que el que se casara con otro niño y tuvieran dos más fue algo muy malo desde el punto de vista de la economía política, pero fue algo muy agradable. En aquellas ocasiones tuvimos nuestros pequeños festejos e intercambiamos ideas sociales. Un día trajo a casa a su joven marido y ahora ellos y sus retoños tienen su nido en el piso de arriba. Y estoy seguro de que algún día mis hijas Sentimiento y Comedia traerán a casa a sus maridos y también tendrán sus nidos en el piso de arriba. Y así seguimos adelante, no sé cómo, pero seguimos.

Verdaderamente, la muchacha parecía demasiado joven para ser la madre de dos niños, y no pude evitar el sentir lástima de ella y de ellos. Era evidente que las tres hijas habían crecido como habían podido, y no habían tenido más instrucción que una formación desordenada que bastaba para que fueran juguetes de su padre en las horas de ocio de éste. Observé que le consultaban sus gustos pictóricos en cuanto a la forma de peinarse; la hija Belleza llevaba el pelo al estilo clásico; la hija Sentimiento lo llevaba largo y suelto, y la hija Comedia a lo pícaro, muy apartado de la frente y con unos ricitos vivaces que le llegaban a los rabillos de los ojos. Iban vestidas en consecuencia, aunque del modo más desordenado y negligente.

Ada y yo conversamos con aquellas señoritas y las encontramos extraordinariamente parecidas a su padre. Entre tanto, el señor Jarndyce (que se había estado frotando mucho la frente y haciendo sugerencias de que iba a cambiar el

viento) hablaba con el señor Skimpole en un rincón, y no pudimos evitar el oír tintineo de monedas. Antes, el señor Skimpole había ofrecido venir a casa con nosotros y se había retirado para vestirse con ese objeto.

—Rosas mías —dijo al volver—, cuidado de mamá. No se siente bien hoy. Me voy a pasar un día o dos a casa del señor Jarndyce, para oír el canto de los ruiseñores y mantener mi buen humor. Ha estado puesto a prueba, como sabéis, y volvería a estarlo si me quedara en casa.

—¡Fue aquel hombre horrible! —dijo la hija de la Comedia.

—Justo cuando sabía que papá estaba enfermo y echado junto a sus lirios, contemplando el cielo azul —se quejó Laura.

—¡Y cuando empezaba el aire a oler a heno! —dijo Arethusa.

—Ha sido una muestra de falta de espíritu poético en ese hombre —asintió el señor Skimpole, aunque de perfecto buen humor—. Fue una grosería. ¡Mostró que carecía de los sentimientos humanos más delicados! Mis hijas se sienten muy ofendidas —nos explicó— porque un buen hombre...

—¡No era bueno, papá! ¡Imposible! —protestaron las tres.

—Un tipo un poco grosero, una especie de puercoespín humano hecho una bola —continuó el señor Skimpole— que tiene una panadería en este barrio y a quien pedimos prestadas dos butacas. Necesitábamos dos butacas y no las teníamos, y, por consiguiente, buscamos un hombre que sí las tenía, para que nos las prestara. ¡Bueno! Ese pesado nos las prestó y nosotros las fuimos usando. Cuando ya estaban usadas nos las pidió y se las dimos. Dirían ustedes que estaría satisfecho. Pues no lo estaba. Objetó a que estuvieran usadas. Razoné con él y le expuse su error. Le dije: «¿Puede usted, a su edad, ser tan terco, amigo mío, como para persistir en que una butaca es algo que se ha de poner en una vitrina para contemplarla? ¿Que es un objeto que mirar, que observar de lejos, que estudiar desde un buen punto de vista? ¿No sabe usted que les pedimos prestadas estas butacas para sentarnos en ellas?». No fue nada razonable ni fácil de persuadir, y usó palabras destempladas. Con la misma paciencia que nuestro en este momento le dije: «Bien, buen hombre, por diferentes que sean nuestras aptitudes para los negocios, somos hijos ambos de una gran madre, la Naturaleza. En esta hermosa mañana de verano me ve usted aquí (yo estaba en el sofá) con flores ante mí, con fruta en la mesa, con el cielo azul por encima de mí, el aire lleno de fragancia, contemplando la Naturaleza. Le ruego, por nuestra condición de hermanos, que no interponga entre mí y un espectáculo tan sublime la figura absurda de un panadero encolerizado». Pero sí que lo hizo —observó el señor Skimpole, elevando la vista al cielo con un asombro juguetón—; sí que interpuso aquella ridícula figura, y lo sigue haciendo, y lo seguiré haciendo. Y por eso me alegro mucho de desaparecer de su vista e irme a casa de mi amigo Jarndyce.

Parecía escapar a su consideración que la señora Skimpole y las hijas se quedaban

allí a recibir al panadero, pero para ellas era algo tan acostumbrado que se había convertido en cuestión de rutina. Se despidió de su familia con una amabilidad tan airosa y tan gentil como todo lo que hacía, y se vino con nosotros en perfecta armonía consigo mismo. Tuvimos oportunidad de ver por algunas puertas abiertas, al ir bajando las escaleras, que sus propios apartamentos eran un palacio en comparación con el resto de la casa.

Me era imposible prever que antes de que acabara el día iba a suceder algo que en aquellos momentos me sorprendió mucho y que siempre habré de recordar por las consecuencias que tuvo. Nuestro invitado estuvo tan animado en el camino hacia casa que no pude por menos de escucharlo y maravillarme de él; y no fui yo la única, pues Ada cedió a la misma fascinación. En cuanto a mi Tutor, el viento que amenazaba con fijarse en el Levante cuando salimos de Somers Town giró en redondo antes de que nos alejáramos ni dos millas de allí.

Fuera por una puerilidad discutible o no, el señor Skimpole disfrutaba como un niño con el cambio y el buen tiempo. Nada cansado por su actividad durante el viaje, llegó al salón antes que nadie, y le oí tocar el piano mientras yo todavía me ocupaba de las cosas de la casa; estaba cantando barcarolas y canciones tabernarias, italianas y alemanas, una tras otra.

Nos habíamos reunidos todos poco antes de la cena, y él seguía al piano, tocando a su aire indolente algunas cancioncillas y hablando entre tanto de acabar algunos esbozos de las ruinas de la muralla de Verulam [\[86\]](#), que había empezado hacía uno o dos años y de los que se había cansado, cuando entraron con una tarjeta que mi Tutor leyó en— alto y con voz de sorpresa:

—¡Sir Leicester Dedlock!

El visitante entró en la sala mientras yo estaba todavía toda confusa y sin poderme mover. De haber podido, me habría escapado. En mi turbación, no tuve ni siquiera la presencia de ánimo para retirarme a la ventana junto a Ada, ni para saber siquiera dónde estaba. Oí mi nombre y vi que mi Tutor me estaba presentando antes de que pudiera sentarme en una silla.

—Siéntese, Sir Leicester, por favor.

—Señor Jarndyce —dijo Sir Leicester en respuesta mientras hacía una inclinación y se sentaba—, tengo el honor de venir aquí...

—Me hace usted a mí el honor, Sir Leicester.

—Gracias... de venir aquí camino de Lincolnshire para expresar mi pesar por el hecho de que cualquier motivo de enfrentamiento, por fuerte que sea, que tenga yo contra un caballero que..., que conoce usted y que ha sido su anfitrión, y a quien en consecuencia no voy a volver a mencionar, haya impedido a usted, y todavía más a unas señoritas bajo su protección y a su cargo, ver lo poco que pueda haber para agradar un gusto cortés y refinado en mi casa, Chesney Wold.

—Es usted muy amable, Sir Leicester, y en nombre de esas señoritas (que son las aquí presentes) y en el mío propio, se lo agradezco mucho.

—Es posible, señor Jarndyce, que el caballero a quien, por las razones que he mencionado, me abstengo de aludir más..., es posible, señor Jarndyce, que ese caballero me haya hecho el honor de comprender tan mal mi carácter como para inducir a usted a creer que mi personal de Lincolnshire no lo hubiera recibido a usted con la urbanidad y la cortesía que se les ha encargado muestren a todas las damas y todos los caballeros que se presenten en esa casa. Le ruego observe, señor mío, que la realidad es todo lo contrario.

Mi Tutor descartó delicadamente esa observación sin dar ninguna respuesta de palabra.

—Me ha dolido mucho, señor Jarndyce —continuó diciendo pomposamente Sir Leicester—. Le aseguro, señor mío, que me ha... dolido... mucho saber por el ama de llaves de Chesney Wold que un caballero que estaba en compañía de usted en aquella parte del condado y que parecería poseer un sentido refinado de las Bellas Artes también se vio impedido, por una causa similar, de examinar los cuadros de la familia con la calma, la atención, el cuidado que quizá hubiera deseado concederles, y que algunos de ellos quizá hubieran merecido —y sacó una tarjeta y leyó con mucha gravedad y cierta dificultad, con el monóculo puesto:— señor Hirrold... Herald... Harold... Skampling... Skumpling (perdón)... Skimpole.

—Éste es el señor Harold Skimpole —dijo mi Tutor, evidentemente sorprendido.

—¡Ah! —exclamó Sir Leicester—. Celebro mucho conocer al señor Skimpole y tener la oportunidad expresarle personalmente mi pesar. Espero, señor mío, que cuando vuelva usted a encontrarse en mi parte del condado no se sienta usted sometido a esos impedimentos.

—Es usted muy amable, Sir Leicester Dedlock. Con este aliento desde luego tendré el placer y el privilegio de visitar su hermosa casa. Los propietarios de mansiones como Chesney Wold —dijo el señor Skimpole con su aire habitual de felicidad y tranquilidad— son benefactores públicos. Tienen la bondad de mantener una serie de objetos deliciosos para la admiración y el placer de nosotros, los pobres, y si no aprovechamos toda la admiración y el placer que causa somos ingratos con nuestros benefactores.

Sir Leicester pareció aprobar mucho esta opinión.

—¿Es usted artista, señor mío?

—No —respondió el señor Skimpole—. Soy un hombre perfectamente ocioso. Un aficionado.

Sir Leicester pareció aprobar esto todavía más. Manifestó la esperanza de tener la fortuna de hallarse en Chesney Wold la próxima vez que el señor Skimpole fuera a Lincolnshire. El señor Skimpole se manifestó muy halagado y honrado.

—El señor Skimpole mencionó —continuó diciendo Sir Leicester al volver a dirigirse a mi Tutor—..., mencionó al ama de llaves, que como quizá observara es una sirvienta antigua y leal de la familia...

(«Eso fue cuando paseé por la casa el otro día, cuando fui a visitar a la señorita Summerson y la señorita Clare», nos explicó tranquilamente el señor Skimpole.)

—... que el amigo con quien había estado anteriormente allí era el señor Jarndyce —dijo Sir Leicester con una inclinación al portador de ese nombre—, y así fue como me enteré de la circunstancia por la que he expresado mi pesar. El que haya ocurrido algo así a cualquier caballero, señor Jarndyce, pero especialmente a un caballero a quien en tiempos conoció Lady Dedlock y que de hecho tiene un lejano parentesco con ella y por quien (como he sabido por Milady en persona) ella siente gran respeto, le aseguro que... me... causa... dolor.

—Le ruego no lo mencione más, Sir Leicester —interpuso mi Tutor—. Agradezco mucho su consideración, y estoy seguro de que todos los presentes sienten lo mismo. De hecho, el error fue mío, y debería ser yo quien me disculpara.

Yo no había levantado la vista ni una vez. No había mirado al visitante y ni siquiera me parecía haber escuchado la conversación. Me sorprende ver que puedo recordarla, pues mientras se celebraba no parecía hacerme ninguna impresión. Los oía hablar, pero me sentía tan confusa, y mi evasión instintiva de aquel caballero hacía que su presencia me resultara tan inquietante, que me pareció que no comprendía nada, debido a cómo me daba vueltas la cabeza y me palpitaba el corazón.

—He mencionado el asunto a Lady Dedlock —dijo Sir Leicester levantándose—, y Milady me dijo que había tenido el placer de cambiar unas palabras con el señor Jarndyce y sus pupilas con ocasión de un encuentro fortuito durante su estancia en los alrededores. Permítame, señor Jarndyce, repetir a usted y a estas señoritas las seguridades que ya he dado al señor Skimpole. Sin duda, las circunstancias me impiden decir que me resultaría grato saber que el señor Boythorn había favorecido mi casa con su presencia, pero esas circunstancias sólo se le aplican a él.

—Ya saben lo que siempre he opinado de él —dijo el señor Skimpole dirigiéndose animado a nosotras—: ¡Un simpático toro que está determinado a verlo todo de color de rojo!

Sir Leicester Dedlock tosió como si no le resultara posible oír otra palabra de alusión a tal individuo, y se despidió con grandes ceremonias y cortesías. Yo me fui a mi habitación a toda la velocidad posible, y me quedé en ella hasta que logré recuperar el control de mí misma. Me había sentido muy perturbada, pero celebré ver, al volver abajo, que únicamente se reían de mí por haber estado tímida y muda ante el gran baronet de Lincolnshire.

Yo ya había decidido que había llegado el momento de contar a mi tutor lo que

sabía. La posibilidad de que me pusieran en contacto con mi madre, de que me llevaran a su casa, incluso de que el señor Skimpole, por distante que fuera su relación conmigo, fuera objeto de la amabilidad y el favor de su marido, me resultaba tan dolorosa que consideré que ya no podía orientarme sin la ayuda de mi Tutor.

Cuando nos retiramos a dormir y Ada y yo tuvimos nuestra conversación habitual en nuestra salita, volví a salir por mi puerta y busqué a mi Tutor entre sus libros.

Sabía que a aquella hora siempre se ponía a leer, y al acercarme vi que al pasillo salía la luz de su lámpara de lectura.

—¿Puedo pasar, Tutor?

—Claro, mujercita. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. He pensado en aprovechar esta hora de reposo para decirle algo acerca de mí misma.

Me acercó una silla, cerró el libro y lo dejó a un lado y volvió hacia mí su rostro amable y atento. No pude dejar de observar que tenía aquella curiosa expresión que ya le había observado antes yo, aquella noche en que me dijo que él no tenía un problema que pudiera yo comprender fácilmente.

—Lo que te preocupa a ti, Esther querida —me dijo—, nos preocupa a todos. No puedes estar más dispuesta a hablar que yo a escucharte.

—Lo sé, Tutor. Pero necesito mucho su consejo y su apoyo. ¡Ay! No sabe usted cuánto lo necesito esta noche.

No parecía estar preparado para tanta gravedad de mi parte, e incluso me dio la sensación de sentirse un poco alarmado.

—No sabe cuánto deseaba hablar con usted —dije desde que estuvo aquí nuestro visitante.

—¡El visitante, querida mía! ¿Sir Leicester Dedlock?

—Sí.

Se cruzó de brazos y se quedó sentado mirándome con aire de enorme sorpresa, en espera de lo que iba a decir yo después. Yo no sabía cómo irlo preparando.

—¡La verdad, Esther, nuestro visitante y tú sois las dos últimas personas del mundo que se me hubiera ocurrido relacionar! —me dijo con una sonrisa.

—¡Ay, sí, Tutor! Ya lo sé. Y a mí también, hasta hace algún tiempo.

Se le borró la sonrisa de la cara, y puso un gesto más grave que antes. Fue a la puerta a ver si estaba cerrada (pero ya me había encargado yo de eso) y volvió a sentarse frente a mí.

—Tutor —le dije—, ¿recuerda usted cuando nos cayó encima la tormenta y Lady Dedlock le habló a usted de su hermana?

—Claro. Naturalmente.

—¿Y que le recordó a usted que ella y su hermana se habían enfrentado y «habían ido cada una por su lado»?

—Naturalmente.

—¿Por qué se separaron, Tutor?

Se le ensombreció el gesto al mirarme:

—¡Hija mía, qué preguntas! Nunca lo supe. Creo que nunca lo supo nadie más que ellas. ¡Quién podía saber qué secretos tenían aquellas dos mujeres, tan bellas y tan orgullosas! Ya has visto a Lady Dedlock. Si alguna vez hubieras visto a su hermana, sabrías que era tan decidida y tan altiva como ella.

—¡Ay, Tutor, la he visto muchísimas veces!

—¿Que la has visto? —hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Entonces, Esther, cuando me hablaste de Boythorn hace mucho tiempo, y cuando te dije que casi se había casado una vez y que la dama no había muerto, pero que había muerto para él, y que todo aquello había influido en la vida ulterior de él..., ¿lo sabías todo y sabías quién era la dama?

—No, Tutor, —respondí, temerosa de la luz que iba abriéndose lentamente ante mí—. Y sigo sin saberlo.

—La hermana de Lady Dedlock.

—Y ¿por qué —apenas logré preguntarle—, por qué, Tutor, se lo ruego que me lo diga, por qué se separaron?

—Fue cuestión de ella, y mantuvo sus motivos encerrados en su corazón inflexible. Más tarde él conjeturó (pero no fue más que una conjetura) que algún daño sufrido por su altivo espíritu en el motivo que la llevó a enfrentarse con su hermana la había herido indeciblemente; pero ella le escribió que a partir de la fecha de aquella carta moría para él (y así ocurrió literalmente), y que aquella resolución era lo que le exigía su conocimiento del orgullo y el sentido del honor de él, que ella compartía. En consideración a esas características de él, e incluso por consideración de esas mismas características en ella, hacía el sacrificio, decía, y viviría con él y moriría con él. Me temo que hizo ambas cosas; desde luego, él nunca la volvió a ver ni oyó una palabra de ella a partir de aquel momento. Ni él ni nadie.

—¡Ay, Tutor, qué he hecho! —exclamé cediendo a mi dolor—. ¡Cuánta pena he causado inocentemente!

—¿Has causado tú, Esther?

—Sí, Tutor, inocentemente, pero no cabe duda. Esa hermana encerrada es mi primer recuerdo.

—¡No, no! —gritó asombrado.

—¡Sí, Tutor, sí! ¡Y su hermana es mi madre!

Yo le hubiera contado todo lo que decía la carta de mi madre, pero él no quiso escucharlo entonces. Me habló con tanto cariño y tanta sabiduría, y me explicó con tanta claridad todo lo que yo había pensado imperfectamente y esperado en mis mejores momentos, que, pese a toda la ferviente gratitud que había sentido por él a lo

largo de tantos años, creo que nunca lo quise tanto, nunca le estuve tan agradecida en mi corazón como aquella noche. Y cuando me llevó a mi cuarto y se despidió de mí con un beso, y cuando por fin me acosté, lo único en que pensé fue en cómo podría jamás hacer lo suficiente, jamás ser lo bastante buena, cómo en mi modestia podía jamás olvidarme lo bastante de mí misma, consagrarme lo suficiente a él y ser lo suficientemente útil a los demás, como para demostrarle hasta qué punto lo bendecía y lo honraba.

44. La carta y la respuesta

Mi tutor me llamó a su habitación la mañana siguiente y entonces le dije lo que no le había contado la noche anterior. No había nada que hacer, me contestó, más que guardar el secreto y evitar más encuentros como el de ayer. Comprendía mis sentimientos y los compartía totalmente. Se encargó incluso de impedir que el señor Skimpole aprovechara la oportunidad. Había una persona cuyo nombre no necesitaba mencionarme a quien de momento le resultaba imposible aconsejar o ayudar. Ojalá pudiera, pero era imposible. Si los recelos de ella respecto del abogado al que había mencionado estaban justificados, cosa que no dudaba, temía que se descubriera todo. Lo conocía algo, tanto de vista como por reputación, y desde luego era un hombre peligroso. Pasara lo que pasara, me insistió reiteradamente con afecto y amabilidad preocupados, yo era inocente, igual que él, y ni él ni yo podíamos hacer nada.

—Y tampoco tengo entendido —me dijo— que nadie abrigue sospechas en relación contigo, querida mía. Es posible que existan muchas sospechas, pero sin relacionarse contigo.

—Puede que sea así con el abogado —repliqué—, pero desde que empezó esta preocupación me he acordado de otras dos personas —y le conté todo lo relativo al señor Guppy, quien yo temía hubiera abrigado vagas suposiciones cuando yo no entendía a qué se refería, pero en cuyo silencio tras nuestra última entrevista expresé total confianza.

—Bien —dijo mi Tutor—. Entonces podemos descontarlo de momento. ¿Quién es la otra?

Le recordé a la doncella francesa, y la forma tan insistente en que se me había ofrecido.

—¡Ja! —exclamó pensativo—, esa persona me alarma más que el pasante. Pero, después de todo, querida mía, no hacía más que buscar colocación. Hacía poco que os había visto a ti y a Ada, y era natural que le vinierais a la cabeza. No hizo más que proponerse como doncella tuya. No hizo nada más.

—Actuó de forma muy rara —dije.

—Sí, y actuó de forma muy rara cuando se sacó los zapatos y se mostró encantada con un paseo que podía haberla llevado a su lecho de muerte —comentó mi Tutor—. Sería una angustia y un tormento inútiles el ponerse a calcular con tantas posibilidades y probabilidades. Hay pocas circunstancias inofensivas que no puedan parecer preñadas de significados peligrosos si se pone uno a pensar así. Ten esperanzas, mujercita. No puede ser mejor de lo que ya eres; al saber todo esto, debes seguir siendo igual que eras antes de saberlo. Es lo mejor que puede hacer por todos nosotros. Y yo, al compartir el secreto contigo...

—Y aliviar mi carga tanto, Tutor —dije.

—... estaré atento a lo que ocurre en esa familia, en la medida en que pueda estarlo a tanta distancia. Y si llega el momento en que puedo alargar una mano para hacer el más mínimo favor a alguien que mejor es no nombrar ni siquiera aquí no dejaré de hacerlo por su querida hija.

Se lo agradecí de todo corazón. ¡Qué podía hacer yo más que estarle siempre agradecida! Iba a salir cuando me pidió que me quedara un momento. Me di la vuelta rápidamente y advertí que tenía aquella misma expresión, e inmediatamente, no sé cómo, se me ocurrió como una posibilidad nueva y remota, que yo comprendía.

—Mi querida Esther —dijo mi Tutor—, llevo mucho tiempo pensando en algo que deseaba decirte.

—¿Sí?

—Me ha costado algunas dificultades plantearlo, y me las sigue causando. Desearía expresarlo con toda calma y que se estudiara con toda calma. ¿Tienes alguna objeción a que te lo diga por escrito?

—Mi querido Tutor, ¿cómo iba yo a tener objeciones a que escribiera usted algo para que lo leyera yo?

—Entonces mira, amor mío —dijo con su sonrisa más animada—, ¿estoy en este momento tan lúcido y tan tranquilo, parezco tan abierto, tan honesto y tan anticuado como siempre?

Respondí muy seria:

—Totalmente —lo cual era la estricta verdad, pues su titubeo momentáneo había desaparecido (no había durado ni un minuto) y había recuperado su actitud fina, sensible, cordial y sincera.

—¿Te parece que he callado algo, que he querido decir algo distinto de lo que he dicho, que he actuado con reservas, sea en lo que sea? —me preguntó fijando su mirada brillante y clara en la mía.

Dije que, desde luego, no.

—¿Puedes confiar en mí plenamente, y fiarte totalmente de lo que te diga, Esther?

—Plenamente —respondí de todo corazón.

—Querida mía —contestó mi Tutor—, dame la mano.

La tomó en la suya, estrechándome levemente contra su brazo, y mirándome de nuevo a la cara con el mismo gesto sincero y leal, con aquel gesto antiguo de protección que había convertido a aquella casa en mi hogar en un momento, me dijo —: Me has cambiado mucho, mujercita, desde aquel día de invierno en la diligencia. Desde entonces hasta ahora me has hecho muchísimo bien.

—¡Ay, Tutor, cuánto no habrá hecho usted por mí desde entonces!

—Pero —continuó diciendo— no es el momento de recordarlo.

—Jamás podré olvidarlo.

—Sí, Esther —me dijo con amable seriedad—, tienes que olvidarlo ahora; que

olvidarlo durante algún tiempo. Ahora sólo tienes que recordar que nada puede cambiar al hombre que conoces. ¿Puedes estar segura de ello, querida mía?

—Puedo estarlo y lo estoy —dije.

—Ya eso es mucho —respondió—. Eso es todo. Pero no debo aceptarlo con una sola palabra. Es algo que no voy a inscribir en mis pensamientos hasta que hayas resuelto perfectamente en tu fuero interno que no hay nada que pueda cambiarme de cómo me conoces. Si lo dudas en lo más mínimo, jamás escribiré. Si estás segura, tras haberlo reflexionado bien, envíame a Charley dentro de una semana «a buscar la carta». Pero si no estás segura, no me la envíes. Piensa que confío en tu veracidad, en esto como en todo. ¡Si no estás segura a ese respecto, no me la mandes!

—Tutor —le dije—, ya estoy segura. No puedo cambiar más en esa convicción que puede usted cambiar respecto de mí. Enviaré a Charley a buscar la carta.

Me estrechó la mano y no dijo más. Y, ni él ni yo dijimos más acerca de aquella conversación en toda la semana. Cuando llegó la noche designada, dije a Charley en cuanto estuve a solas: «Ve a llamar a la puerta del señor Jarndyce, Charley, y dile que vienes de mi parte «a buscar la carta»». Charley bajó escaleras y subió escaleras, y recorrió pasillos (aquella noche, los zigzags de la vieja casa parecieron muy largos a mis oídos atentos) y por fin volvió por los pasillos y las escaleras de subida y las escaleras de bajada y me trajo la carta.

—Ponla en la mesa, Charley —le dije. Y Charley la puso en la mesa y se fue a acostar, y yo me quedé sentada y mirando a la carta sin cogerla, pensando en muchas cosas.

Empecé por mi sombría infancia y pasé por aquellos días tímidos hasta llegar a los graves momentos en que murió mi tía, con su cara decidida tan fría y tan impasible, y por cuando estuve más solitaria con la señora Rachael que si no hubiera tenido nadie con quien hablar en el mundo ni a quien mirar. Pasé a aquellos otros días tan distintos en los que tuve la dicha de encontrar amigos por todas partes y de sentirme querida. Llegué al momento en que vi por primera vez a mi niña y fui acogida por ella con aquel afecto de hermana que constituía la bendición y la belleza de mi vida. Recordé el primer resplandor de bienvenida que había salido de aquellas mismas ventanas para brillar ante nuestras caras expectantes aquella noche fría y transparente, y que nunca se había apagado. Reviví una vez tras otra mi feliz vida allí. Pasé por mi enfermedad y mi convalecencia; me vi tan cambiada mientras que quienes me rodeaban no lo estaban; y toda aquella felicidad salía como una luz de una sola figura central, representada ante mí por la carta que había en la mesa.

La abrí y la leí. Era tan impresionante en su amor por mí, y en las advertencias altruistas que me hacía, y en la consideración que mostraba hacia mí en cada palabra, que a menudo se me nublaron los ojos y no pude seguir leyendo. Pero la leí entera tres veces antes de volverla a dejar. Ya había pensado antes que conocería su

contenido, y así era. Me preguntaba si quería ser la dueña y señora de Casa Desolada.

No era una carta de amor, aunque expresaba tanto amor, sino que estaba escrita igual que me hubiera hablado él en cualquier momento. Yo podía verle la cara y oírle la voz, y sentir la influencia de su estilo amablemente protector, en cada línea. Se dirigía a mí como si se hubieran invertido los papeles, como si todas las bondades hubieran sido de mi parte, y todos los sentimientos que habían despertado fueran suyos. Comentaba que yo era una joven, mientras que él ya era más que maduro; que él ya había llegado a la madurez cuando yo no era más que una niña, que me escribía cuando él ya peinaba canas, y sabía todo eso tan bien que me lo expresaba para someterlo a mi reflexión detenida. Me decía que yo no tenía nada que ganar con un matrimonio así, ni nada que perder con negarme a él, pues ningún cambio en nuestra relación podía aumentar el cariño que me tenía, y cualquiera que fuese mi decisión, estaba seguro de que sería la acertada. Pero había vuelto a reflexionar sobre este paso desde nuestras últimas confidencias y había decidido darlo; aunque sólo sirviera para demostrarme, en muy pequeña escala, que el mundo entero se uniría para refutar la lúgubre predicción de mi infancia. Yo era la última en saber qué felicidad podía darle, pero no quería seguir hablando de eso, pues yo debía recordar siempre que no le debía nada y que era él mi deudor, y con mucho. Había pensado a menudo en nuestro futuro, y previendo que debía llegar el momento, que podría llegar pronto, en que Ada (ya casi mayor de edad) nos abandonara, y en que acabara nuestro régimen actual de vida, se había ido acostumbrando a reflexionar sobre esta proposición. Por eso la formulaba. Si yo consideraba que podía darle alguna vez el mejor derecho que podía tener a ser mi protector, y si pensaba que podía convertirme con felicidad y justicia en la bienamada compañera del resto de sus días, por encima de todos los cambios y todas las posibilidades, salvo la de la Muerte, ni siquiera entonces quería que me comprometiese con él irrevocablemente, en los días inmediatamente siguientes a su carta; incluso ahora quería que tuviera tiempo de sobra para pensármelo. Tanto en un caso como en el otro, no quería que cambiase en nada su antigua relación ni su antigua imagen, ni el nombre por el que siempre lo había llamado yo. En cuanto a su animada señora Durden y su pequeña ama de llaves, sabía que siempre sería la misma.

Ése era el fondo de la carta, escrita en todo momento con justicia y dignidad, como si verdaderamente actuase en calidad de Tutor responsable y expusiera imparcialmente la proposición de un amigo sin disimular ninguno de sus inconvenientes, como cuestión de integridad.

Pero no me sugería que cuando yo era más atractiva había tenido la misma idea en la cabeza y se había abstenido de exponerla. Que cuando yo perdí mi cara de siempre y me quedé sin atractivo me podía seguir amando igual que en mis días mejores. Que el descubrir las circunstancias de mi nacimiento no lo había

conmovido. Que su generosidad se elevaba por encima de mi deformidad y de mi herencia de vergüenza. Que cuanto más necesitara yo tal lealtad, más firmemente podía confiar en él hasta el final.

Pero yo lo sabía. Ahora lo sabía perfectamente. Se me ocurrió que aquello era el final lógico de la historia de bondades de la que yo había sido objeto, y consideré que no podía hacer sino una cosa. El consagrar mi vida a hacerlo feliz era lo mínimo que podía hacer en señal de agradecimiento, ¿y qué era lo que había deseado yo la otra noche, más que hallar algún nuevo medio de mostrarle mi agradecimiento?

Sin embargo, lloré mucho; no sólo porque se me desbordaba el corazón después de leer su carta, no sólo por lo extraña que me resultaba la perspectiva (pues me resultaba extraña, pese a haber imaginado el contenido de la carta), sino porque era como si hubiera perdido para siempre algo a lo que no había dado un nombre y de lo cual no tenía una idea clara. Me sentía muy feliz, muy agradecida, muy esperanzada, pero lloré mucho.

Al cabo de un rato fui ante mi viejo espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, y me dije: «¡Ay, Esther, Esther, puedes ser tú ésa!» Me temo que la cara del espejo estuvo a punto de echarse a llorar ante aquel reproche, pero le levanté un dedo y se contuvo.

«¡Así te pareces más a la cara tan serena con la que me recomfortaste, hija mía, cuando se produjo tamaño cambio!», dije, empezando a soltarme el cabello. «Cuando seas la señora de Casa Desolada, podrás estar más alegre que un pájaro. De hecho, tienes que estar alegre siempre, de manera que empecemos de una vez por todas».

Seguí peinándome el cabello, sintiéndome ya más tranquila. Todavía seguía gimiendo un poco, pero eso era porque había estado llorando, no porque siguiera llorando todavía.

«De manera, Esther, hija mía, que vas a ser feliz toda tu vida. Feliz con tus mejores amigos, feliz en tu vieja casa, feliz porque podrás hacer mucho bien, y feliz porque vas a contar inmerecidamente con el amor del mejor de los hombres».

Inmediatamente pensé en lo que hubiera hecho yo si mi Tutor se hubiera casado con otra, ¡en lo que yo habría hecho! Aquello sí que hubiera sido un cambio. Aquello me sugirió una visión de mi vida tan huera y tan nueva que hice tintinear mi manajo de llaves y luego le di un beso antes de volver a ponerlo en su cesto.

Después, según me iba arreglando el pelo ante el espejo, seguí pensando en la frecuencia con que había considerado en mi fuero interno que las huellas visibles de mi enfermedad y las circunstancias de mi nacimiento no eran sino nuevos motivos para que yo me mantuviera ocupada, ocupada, ocupada... en ser útil, cordial, servicial, de todos los modos honestos y no pretenciosos imaginables. ¡Pues sí que era éste un momento para sentarme morbosamente a llorar! En cuanto a que me pareciera en absoluto extraño, al principio (suponiendo que aquello fuera una disculpa para llorar, que no lo era), el que algún día yo llegara a ser la dueña de Casa

Desolada, ¿por qué iba a parecer raro eso? Aunque yo no hubiera pensado en ello, otra gente sí que lo había pensado. «¿No te acuerdas, feíta?», me pregunté a mí misma, mirando al espejo, «que la señora Woodcourt te dijo antes de que te quedaras con estas cicatrices que si te casabas...»

Es posible que el nombre me los hiciera recordar. Los restos secos de las flores. Más valdría dejar de guardarlas. No se habían guardado sino en recuerdo de algo que ya pertenecía totalmente al pasado y se había terminado, pero sería mejor dejar de conservarlas.

Estaban en un libro, y daba la casualidad de que éste se hallaba en nuestra salita, la que separaba la habitación de Ada de la mía. Tomé una vela y fui en silencio a sacarlas de su estante. Tras tenerlas en la mano, vi por la puerta abierta a mi hermoso angelito, que dormía, y me deslicé en su cuarto para darle un beso.

Sé que fue una debilidad por mi parte, y que no podía tener ningún motivo para echarme a llorar, pero derramé una lágrima sobre aquella faz bienamada, y después otra y otra. Lo que fue todavía más débil por mi parte, saqué las flores secas y se las llevé un momento a los labios. Pensé en cuánto quería ella a Richard, aunque, de hecho, las flores no tenían nada que ver con aquello. Después me las llevé a mi propia habitación, las quemé con una vela y se convirtieron en cenizas en un momento.

Cuando a la mañana siguiente fui al comedorcito del desayuno, me encontré con mi Tutor que estaba igual que siempre, igual de franco, de abierto y de bienhumorado. Como su actitud no revelaba la menor tensión, tampoco (o eso pensé) la mostraría la mía. Durante aquella mañana estuve varias veces en su compañía, tanto en casa como fuera de ella, cuando no había nadie más presente, y me pareció que no sería improbable que me hablara de la carta, pero no dijo ni una palabra.

Y así siguieron las cosas a la mañana siguiente, y a la siguiente, y por lo menos durante una semana, que fue el tiempo que se prolongó la estancia del señor Skimpole. Yo esperaba todos los días que mi Tutor me hablara de la carta, pero nunca lo hacía.

Entonces me empecé a inquietar y a pensar que debería escribir una respuesta. Lo intenté una vez tras otra en mi habitación por las noches, pero no podía ni empezar a escribir una respuesta que empezara verdaderamente bien, así que cada noche me decía que esperaría hasta el día siguiente. Y seguí esperando siete días más, sin que él dijera una sola palabra.

Por fin, cuando se marchó el señor Skimpole, salimos una tarde los tres juntos de paseo, y como yo me había vestido antes que Ada y ya había bajado, me encontré, con mi Tutor, que estaba de espaldas a mí, contemplando el paisaje por la ventana del salón.

Cuando entré yo, se dio la vuelta y dijo con una sonrisa:

—Ah, eres tú, mujercita, ¿eh? —y siguió mirando por la ventana.

Yo ya había decidido que tenía que hablar con él. En resumen, al bajar antes lo había hecho adrede, y dije, titubeante y temblorosa:

—Tutor, ¿cuándo querría usted tener la respuesta a la carta que le vino a buscar Charley?

—Cuando esté lista, hija mía —replicó.

—Creo que ya está lista —dije.

—¿Me la va a traer Charley? —preguntó amablemente.

—No, Tutor, la he traído yo misma —respondí.

Le eché los dos brazos al cuello y lo besé, y él me preguntó si ésta era la señora de Casa Desolada, y le dije que sí, y de momento aquello no cambió nada, y salimos juntos y no le dije nada de todo ello a mi niña.

45. Un asunto de confianza

Una mañana, cuando acababa de terminar mi trabajo con mis cestos de llaves, y cuando mi niña y yo estábamos dándonos vueltas por el jardín, volví la mirada por casualidad hacia la casa, y vi una sombra alargada que se parecía a la del señor Vholes. Ada acababa de decirme aquella mañana cuánto esperaba que a Richard se le pasaran sus ardores en la Cancillería, dado lo en serio que se lo tomaba, y, en consecuencia, y con objeto de no bajarle el ánimo a mi pequeña, no dije nada de la sombra del señor Vholes.

En seguida llegó Charley, corriendo ligera entre los arbustos, y tropezándose por los senderos, sonrosada y bonita como si fuera una de las doncellas de Flora, en lugar de ser mi criadita, y exclamando:

—¡Ay, señorita, con su permiso, vaya a hablar con el señor Jarndyce!

Una de las características de Charley era que siempre que se le daba un recado empezaba a transmitirlo en cuanto veía, a la distancia que fuese, a la persona a la que estaba destinado. Así fue cómo vi cómo me pedía Charley, con su forma habitual de expresarse, que «fuera a hablar» con el señor Jarndyce mucho antes de oírla. Y cuando la oí, llevaba gritándolo tanto tiempo que se había quedado sin aliento.

Dije a Ada que me iba corriendo, y pregunté a Charley, al entrar en casa, si el señor Jarndyce estaba con un señor. A lo cual Charley, cuya gramática, debo confesarlo, no decía mucho de mi capacidad pedagógica, respondió:

—Sí, señorita, el mismo que fue y vino al campo con el señor Richard.

Supongo que sería imposible hallar dos personas más distintas que mi Tutor y el señor Vholes. Los encontré sentados a lados opuestos de una mesa y mirándose: el uno tan abierto y el otro tan encerrado en sí mismo; el uno tan corpulento y erguido y el otro tan flaco y encorvado; el uno diciendo lo que tenía que decir en voz muy sonora, y el otro conteniendo sus palabras con unos modales tan fríos, tan jadeantes, como un pez, que me imaginé no haber visto jamás a dos personas tan opuestas.

—Ya conoces al señor Vholes, querida mía —dijo mi Tutor. Y debo señalar que en un tono no demasiado amable. El señor Vholes se levantó, tan abotonado y enguantado como de costumbre, y se volvió a sentar, igual que se había sentado al lado de Richard en el carricoche. Como no estaba Richard para mirarlo, se quedó mirando al frente—. El señor Vholes —dijo mi Tutor, contemplando aquella figura negra como si fuera un pájaro de mal agüero— nos trae malas noticias de nuestro pobre Rick —y subrayó mucho la palabra «pobre», como si fuera la mejor descripción de su relación con el señor Vholes.

Me senté en medio de ellos; el señor Vholes se mantuvo inmóvil, salvo que se llevó la mano furtivamente, con su guante negro, a uno de los granos enrojecidos que tenía en la cara.

—Y como, por fortuna, Rick y tú sois buenos amigos, desearía saber —continuó mi Tutor— qué opinas tú, hija mía. ¿Tendría usted la bondad de... hablar con toda claridad, señor Vholes?

El señor Vholes no hizo nada por el estilo, sino que observó:

—Estaba diciendo, señorita Summerson, que tengo motivos para saber, como asesor profesional del señor C., que en el momento actual las circunstancias del señor C. Son preocupantes. No por lo que respecta a la cantidad como debido al carácter peculiar y urgente de las responsabilidades en que ha incurrido el señor C., y a los medios que tiene de liquidar o satisfacer las mismas. He solucionado muchas cosas de poca monta en nombre del señor C., pero hay un límite a lo que se puede solucionar, y hemos llegado a él. Yo mismo he adelantado algunas cantidades de mi propio bolsillo para atender a estos desagradables asuntos, pero por fuerza he de esperar que se me reembolse, pues no pretendo ser persona con capital, y tengo un padre al que mantener en el Valle de Taunton, además de tratar de realizar una cierta independencia para mis tres queridas hijas. Lo que temo es que, dadas las circunstancias del señor C., acabe por obtener autorización para vender su despacho de oficial, lo cual en todo caso debe darse a conocer a sus parientes.

Y después el señor Vholes, que me había estado mirando mientras hablaba, volvió a caer en el silencio que apenas si cabía decir que hubiera roto, dado el tono tan sofocado en el que hablaba, y volvió a mirar frente a sí.

—Imagínate al pobre muchacho sin disponer siquiera de sus recursos actuales —me dijo mi Tutor—. Pero ¿qué le puedo hacer yo? Ya lo conoces, Esther. Hoy día no aceptaría ninguna ayuda que viniera de mí. El ofrecerla, e incluso el sugerirla, lo llevaría a una actitud más extrema que ninguna otra cosa imaginable.

Al oír lo cual el señor Vholes volvió a dirigirse a mí.

—Lo que dice el señor Jarndyce, señorita, es indudable, y ahí está la dificultad. No sé qué se puede hacer. Yo no digo que se deba hacer nada. Ni mucho menos. Meramente he venido en plan totalmente confidencial, y lo menciono, para que todo se pueda hacer abiertamente, y para que después no se pueda decir que las cosas no se han hecho abiertamente. Lo que yo deseo es que todo se haga abiertamente. Quiero dejar una buena reputación cuando desaparezca. Si me limitara a pensar en mis propios intereses acerca del señor C., no estaría aquí. Como bien sabe usted, sus objeciones serían insuperables. No estoy aquí profesionalmente. Por mi venida no le puedo cobrar a nadie. No tengo ningún interés más que el de miembro de la sociedad, y el de padre y el de hijo —dijo el señor Vholes, que casi había olvidado el último aspecto.

Nosotros consideramos que el señor Vholes no decía ni más ni menos que la verdad al sugerir que aspiraba a dividir la responsabilidad, si ésta existía, de estar al tanto de la situación de Richard. Yo no podía más que sugerir que podía ir a Deal,

donde estaba ahora destinado Richard, para verlo y tratar de impedir lo peor, si era posible. Sin consultar al señor Vholes a este respecto, me llevé a mi Tutor a un lado para proponérselo, mientras el señor Vholes se iba, sombrío, a la chimenea y se calentaba sus fúnebres guantes.

Lo cansado que sería aquel viaje hizo que mi Tutor formulase una objeción inmediata, pero como vi que no tenía otras objeciones y yo iría muy contenta, obtuve su consentimiento. Ya no nos quedaba más que deshacernos del señor Vholes.

—Bien, señor mío —dijo el señor Jarndyce—, la señorita Summerson va a comunicarse con el señor Carstone, y no nos queda sino esperar que la situación no sea desesperada. Permítame que le haga servir algo de comer tras su viaje, caballero.

—Muchas gracias, señor Jarndyce —replicó el señor Vholes, alargando su manga negra para impedir que llamara a la campanilla—, pero no quiero nada. Gracias, pero ni un bocado. Soy de digestión difícil, y nunca he sido de buen apetito. Si tomara algo sólido a estas horas, no sé qué consecuencias podría tener. Como todo se ha hecho abiertamente, señor mío, me voy a despedir, con su permiso.

—Y ojalá se despidiera usted, y pudiéramos todos despedirnos, señor Vholes —replicó mi Tutor, en tono amargo—, de cierta Causa que usted conoce.

El señor Vholes, que estaba tan impregnado de tinte negro de la cabeza a los pies que se había puesto a echar vapor ante la chimenea, lo cual dejaba un olor muy desagradable, hizo una breve inclinación lateral de la cabeza y negó lentamente con ella.

—Quienes no tenemos más ambición que la de que se nos considere como profesionales respetables, señor mío, no podemos hacer más que arrimar el hombro. Es lo que hacemos, caballero. Por lo menos, es lo que hago yo, y prefiero pensar que todos y cada uno de mis colegas hacen lo mismo. ¿Comprende usted, señorita, la necesidad de no mencionarme cuando se comunique con el señor C.?

Le dije que lo tendría muy presente.

—Precisamente, señorita. Adiós, señor Jarndyce, buenos días, caballero. —Y el señor Vholes me puso en los dedos su guante muerto, que casi parecía no contener una mano dentro, después tocó con él los dedos de mi Tutor y se llevó lejos de allí su larga sombra flaca. Pensé que cuando aquella sombra saliera del coche y fuera cruzando el paisaje soleado que se hallaba entre nosotros y Londres, iría helando las semillas de la tierra al pasar sobre ellas.

Naturalmente, hubo que decir a Ada dónde iba a ir y por qué, y naturalmente ella se sintió preocupada y triste. Pero era demasiado fiel a Richard para decir nada que no fueran palabras de compasión y de excusa, y con ánimo todavía más amante —¡mi querida niña, tan leal!— le escribió una larga carta, que entregó a mi cuidado.

En mi viaje tendría a Charley como acompañante, aunque yo no quería compañía, y de buena gana la hubiera dejado en casa. Aquella tarde nos fuimos todos a Londres,

y cuando vimos que quedaban dos plazas en la diligencia, las reservamos. A la hora en que normalmente nos acostábamos, Charley y yo estábamos rodando hacia el mar, con el correo de Kent.

En aquellos tiempos, el viaje llevaba toda la noche, pero como teníamos el coche para nosotras solas, no nos pareció tediosa la noche. Se me pasó igual que me imagino se le pasaría a la mayor parte de la gente en las mismas circunstancias. A veces, mi viaje me parecía esperanzador y otras desesperado. A ratos me parecía que podría servir de algo, y a ratos me preguntaba cómo podía haberme imaginado tal cosa. En ocasiones me parecía de lo más razonable del mundo el ir a verlo, y en otras de lo más irracional. Pensaba por turno en qué estado iba a encontrar a Richard, qué iba a decirle y qué me diría él a mí, según el estado de ánimo en que me encontrase en cada momento, y las ruedas parecían marcar un ritmo (que se acompasaba al de las frases de la carta de mi Tutor) que se repetía incesante durante toda la noche.

Por fin llegamos a las callejuelas de Deal, que estaban muy sombrías en la mañana desapacible y neblinosa. La playa larga y llana, con sus casitas irregulares de madera y de ladrillo, y su confusión de cabrestantes, barcas y hangares, y sus postes erguidos y desnudos con sus poleas y sus espacios vacíos, donde la arena pedregosa estaba invadida por las hierbas y los hierbajos, tenía uno de los aspectos más lóbregos que jamás haya visto yo. El mar ondulaba bajo una niebla densa y blanca, y era lo único que se movía en el entorno, salvo unos cuantos cordeleros que, con las fibras atadas al cuerpo, parecía ir girando hasta convertirse en cuerdas, de puro cansancio de su forma de existencia.

Pero cuando entramos en una habitación cálida en un excelente hotel y nos sentamos cómodamente, ya bien lavadas y vestidas; a consumir un desayuno temprano (porque era demasiado tarde para pensar en irnos a la cama), Deal empezó a parecer más acogedor. Nuestra habitacioncita era como un camarote de barco, lo cual encantó a Charley. Después, la niebla empezó a levantarse como un telón, y aparecieron montones de barcos, que no teníamos ni idea de que estuvieran tan cerca. No sé cuántas velas nos dijo el camarero que estaban entonces fondeadas en los Downs de Kent. Algunos de aquellos navíos eran de gran tamaño; uno muy grande era del comercio de las Indias, que acababa de llegar, y cuando apareció el sol entre las nubes, proyectando zonas plateadas en el mar oscuro, la forma en que aquellos barcos se iluminaron, se llenaron de sombras y fueron cambiando, en medio de un gran zafarrancho de botes que iban y venían de la costa hacia ellos y de ellos hacia la costa, y la vitalidad y el movimiento generales en su derredor y en ellos mismos, constituían un espectáculo de lo más hermoso.

Lo que más nos atraía era el gran buque de las Indias, porque había llegado aquella misma noche a los Downs. Estaba rodeado de lanchas, y comentamos cómo se debía de alegrar la gente de a bordo de llegar a tierra. Charley también sentía

curiosidad acerca del viaje y del calor de la India, y las serpientes y los tigres, y como absorbía toda la información al respecto mucho mejor que la gramática, le dije todo lo que sabía sobre aquellos temas. También le conté cómo a veces la gente que hacía esos viajes naufragaba y se quedaba en una isla, donde los salvaba la intrepidez y la humanidad de un hombre. Y cuando Charley me preguntó cómo podía ocurrir eso, le expliqué cómo habíamos sabido de un caso así en nuestra propia casa.

Había yo pensado en enviar a Richard una nota para decirle que había llegado, pero ahora parecía mejor ir a verlo sin ningún preparativo. Como él vivía en el cuartel, dudé un poco si sería viable, pero salimos de reconocimiento. Al atisbar por la puerta del cuartel, vimos que a aquella hora de la mañana todo estaba tranquilo, y pregunté dónde vivía Richard a un sargento que estaba en los escalones del cuerpo de guardia. Envié a uno de sus hombres a que me enseñara, y éste subió unas escaleras austeras, llamó a la puerta con los nudillos y se fue.

—¿Qué pasa? —gritó Richard desde dentro.

Entonces dejé a Charley en el pasillo, avancé hacia la puerta entreabierta y dije:

—¿Puedo entrar, Richard? No es más que la señora Durden.

Él estaba sentado a una mesa, escribiendo, en medio de una gran confusión de ropa, cajas de hojalata, libros, botas, cepillos y portamantas, todo tirado por el suelo. Estaba a medio vestir —y observé que de paisano, no de uniforme—, con el pelo despeinado, y tenía un aspecto tan desordenado como su alojamiento. Todo aquello lo vi después de que él me diera una bienvenida cariñosa y me hiciera sentarme a su lado, porque al oír mi voz levantó la cabeza y me dio un rápido abrazo. ¡Mi querido Richard! Conmigo era igual que siempre. Hasta el final —¡ay, pobre muchacho!— siempre me recibió con algo de su vieja actitud alegre y juvenil.

—Cielo santo, mujercita —exclamó—, ¿cómo es que has venido aquí? ¿Quién se iba a imaginar que ibas a venir! ¿No pasa nada? ¿Ada está bien?

—Perfectamente. ¡Más guapa que nunca, Richard!

—¡Ah! —dijo, reclinándose en la silla—. ¡Pobre primita mía! Te estaba escribiendo, Esther.

¡Qué fatigado y preocupado parecía, incluso en toda la plenitud de su juventud agraciada, reclinándose en la silla y arrugando en la mano aquella página escrita con líneas apretadas!

—Y después de haberte tomado la molestia de escribir todo eso, ¿no voy a leerlo después de todo? —pregunté.

—Ay, querida mía —me respondió con un gesto sin esperanza—, lo puedes leer en toda esta habitación. Está escrito por todas partes.

Lo amonesté blandamente para que no se pusiera tan desanimado. Le dije que me había enterado por casualidad de que tenía problemas y había venido a consultarle qué era lo que más convenía hacer.

—Es muy propio de ti, Esther, pero inútil, así que es *impropio* de ti —me dijo, con una sonrisa melancólica—. Hoy salgo de permiso, tendría que marcharme dentro de una hora, y todo es para disimular que voy a vender mi despacho de oficial. ¡Bueno! Lo pasado, pasado está. De manera que esta vocación mía sigue el ejemplo de todas las demás. Ya sólo me falta haberme hecho clérigo para haber recorrido todas las profesiones.

—Richard —invoqué—, ¿no estarán tan desesperadas las cosas!

—Esther —me replicó—, sí que lo están. Estoy tan al borde del deshonor, que quienes son mis superiores en edad, saber y gobierno (como dice el catecismo) prefieren mucho más que me vaya a que me quede. Y tienen razón. Además de las deudas y de los acreedores y demás problemas, no valgo ni siquiera para este trabajo. No me importa, no me interesa, no me atrae, no me llama la atención más que una sola cosa. Si no hubiera estallado este asunto ahora —siguió diciendo, mientras rompía en pedazos la carta recién escrita y dejaba caer los papeles al suelo—, ¿cómo hubiera podido salir de Inglaterra? Me habrían destinado al extranjero, pero ¿cómo podría haberme ido? ¿Cómo podría, con mi experiencia de todo el asunto, confiar ni siquiera en Vholes, si no estaba yo encima de él?

Supongo que advirtió en mi gesto lo que iba a decir yo, pero me tomó la mano que le había puesto en el brazo y me la llevó a mi propia boca para impedirme hablar.

—¡No, señora Durden! Hay dos temas que prohíbo, que estoy obligado a prohibir. El primero es John Jarndyce. El segundo, ya lo sabes. Dime que estoy loco, y te digo que ya no puedo impedirlo, que no puedo estar cuerdo. Pero no es eso; es lo único a lo que puedo dedicarme. Es una pena que se me convenciera para salirme de mi camino y tomar otro. ¡Sería más lógico abandonarlo ahora, al cabo de todo el tiempo, las preocupaciones y los dolores que le he consagrado! ¡Ah, sí, sería más lógico! Y además sería lo que desearía más de una persona, ¡pero no voy a hacerlo!

Estaba de tal humor que consideré mejor no aumentar su determinación (si es que algo podía aumentarla) oponiéndome a él. Saqué la carta de Ada y se la puse en la mano.

—¿Tengo que leerla ahora mismo? —preguntó.

Cuando le dije que sí, la puso en la mesa y, apoyándose la cabeza en una mano, empezó a leerla. No llevaba mucho tiempo de lectura cuando se llevó ambas manos a la cabeza, para que no le pudiera yo ver la cara. Al cabo de un rato se levantó, como si tuviera mala luz, y se acercó a la ventana. Allí terminó de leerla, dándome la espalda, y cuando la terminó y la volvió a doblar, se quedó un momento allí con la carta en la mano. Cuando volvió a su silla, vi que tenía lágrimas en los ojos.

—Naturalmente, Esther, ¿sabrás lo que dice aquí? —me preguntó con voz más tranquila, y al preguntármelo besó la carta.

—Sí, Richard.

—Me ofrece —continuó, golpeando el suelo con el pie— la pequeña herencia que tiene asegurada dentro de poco (tanto y tan poco como lo que he despilfarrado yo), y me pide y me ruega que la acepte, que ponga mis asuntos en orden con eso y que permanezca en el servicio.

—Yo sé que su mayor deseo es tu bienestar —le dije—, y, Richard, querido mío, Ada es una persona de corazón nobilísimo.

—De eso estoy seguro. Yo..., ¡ojalá me hubiera muerto!

Volvió a la ventana, descansó un brazo en ella y apoyó en él la cabeza. Me afectó mucho verlo así, pero como esperaba que se fuera relajando, permanecí en silencio. Mi experiencia era muy limitada; no estaba preparada en absoluto para que saliera de aquel estado de ánimo con nuevas manifestaciones de ser él el ofendido.

—Y ése es el corazón ante el cual el mismo John Jarndyce, al que de otro modo no se debe mencionar entre nosotros, intervino para separarlo de mí —dijo, indignado—. Y esta muchacha encantadora me hace este mismo ofrecimiento bajo el techo del mismo John Jarndyce, y con el consentimiento y la benévola connivencia del mismo John Jarndyce, estoy seguro, como nuevo truco para comprarme.

—¡Richard! —exclamé, levantándome de golpe—. ¡No estoy dispuesta a escuchar palabras tan lamentables! —La verdad era que me sentía muy enfadada con él, por primera vez en mi vida, pero no me duró más que un momento. Cuando vi que me miraba, tan joven, como pidiendo excusas, le llevé la mano al hombro y le dije—: Por favor, querido Richard, no me hables en ese tono. ¡Piénsalo!

Se hizo enormes reproches, y me dijo con gran generosidad que había actuado muy mal, y que me pedía perdón mil veces. Al oírlo me eché a reír, pero también a temblar un poco, pues me sentía bastante agitada tras mi cólera inicial.

—El aceptar este ofrecimiento, mi querida Esther —me dijo, sentándose a mi lado y reanudando nuestra conversación— (y una vez más, te lo ruego, perdóname, lo siento muchísimo), el aceptar el ofrecimiento de mi querida prima es imposible, huelga decirlo. Además, tengo cartas y documentos que podría mostrarte y que te convencerían de que aquí estoy acabado. Créeme que he acabado con la casaca roja. Pero sí es una cierta satisfacción que en medio de mis problemas y mis perplejidades pueda saber que al defender mis intereses, también estoy defendiendo los de Ada. Vholes está arrimando el hombro, y no puede evitar arrimarlo tanto por ella como por mí, ¡gracias a Dios!

Surgían en él esperanzas optimistas que le iluminaban el rostro, pero para mí aquello imprimía en su cara un tono más triste que antes.

—¡No, no! —exclamó Richard, exultante—. Aunque el último penique de la fortuna de Ada fuera mío, no se debería gastar ni una fracción en retenerme en algo para lo que no valgo, que no me puede interesar y de lo que estoy harto. Yo tengo que consagrarme a lo que promete un mejor rendimiento, y dedicarme a algo que le

interesa más a ella. ¡No te inquietes por mí! Ahora no voy a ocuparme más que de una cosa, y Vholes y yo vamos a triunfar. No me faltarán los medios. Una vez liberado de mi despacho de oficial, podré arreglármelas con algunos pequeños usureros a los que no les interesa más que cobrar sus intereses, según me dice Vholes. En todo caso, debe de quedar un saldo a mi favor, pero así tendría algo más. ¡Vamos, vamos! Esther, tienes que llevarle una carta mía a Ada, y ambas debéis tener más confianza en mí, y no creer que soy ya un caso desesperado, querida mía.

No voy a repetir lo que le dije a Richard. Sé que fue algo pesado y nadie ha de suponer ni por un momento que fuera lo más prudente. Sólo le dije lo que me dictaba el corazón. Me escuchó con paciencia y sentimiento, pero advertí que era inútil decirle nada acerca de los dos temas que había proscrito. También advertí, y ya lo había experimentado antes en aquella misma entrevista, el sentido que tenía la observación de mi Tutor de que era todavía más perjudicial el utilizar la persuasión con Richard que el dejarlo con sus ideas.

En consecuencia, al final me vi obligada a preguntar a Richard si le importaría convencerme de que efectivamente él había terminado con todo aquello, como me había dicho, y si no sería más que una impresión. Me enseñó sin titubear una correspondencia en la cual quedaba perfectamente en claro que su retiro estaba organizado. Averigüé, por lo que me dijo, que el señor Vholes tenía copias de aquellos documentos y que había estado en consulta con él todo el tiempo. Salvo averiguar aquello y llevarle la carta de Ada, y ser (como iba a ser) la acompañante de Richard en su viaje de vuelta a Londres, no había logrado nada con mi desplazamiento. Lo reconocí ante mí misma de mala gana; le dije que me iría a mi hotel a esperarlo hasta que él viniera a buscarme, de manera que se puso una capa sobre los hombros y me acompañó a la puerta, y Charley y yo volvimos por la playa.

En un punto de ésta había un grupo de gente en torno a unos oficiales de la marina que estaban desembarcando de una lancha y que los rodeaban con grandes muestras de interés. Dije a Charley que debía de ser uno de los botes del gran buque de las Indias, y nos detuvimos a mirar. Los caballeros fueron llegando lentamente desde la orilla, hablándose en tono bienhumorado entre sí y con la gente que los rodeaba, y mirando en su derredor como si celebrasen estar otra vez en Inglaterra.

—¡Charley, Charley! —dije—. ¡Vámonos! —y me eché a correr a tal velocidad, que mi doncellita se quedó sorprendida.

Hasta que llegamos a nuestra habitación-camarote y tuve tiempo de recuperar el aliento, no empecé a pensar en por qué me había echado a correr así. Había reconocido que una de aquellas caras tostadas por el sol era la del señor Allan Woodcourt, y había temido que me reconociera. No quería que viese cómo había cambiado yo de aspecto. Me había visto tomada por sorpresa y me había fallado el valor.

Pero comprendía que eso no estaba bien, y me dije: «Hija mía, no hay motivo (no hay ni puede haber motivo) para que esto te resulte peor ahora que en otras ocasiones. Hoy eres la misma que hace un mes; no eres ni peor ni mejor. Esto no es digno de tus resoluciones; ¡recuérdalas, Esther, recuérdalas!». Me sentía muy temblorosa con tanta carrera, y al principio no logré calmarme, pero fui poniéndome mejor, y celebré comprenderlo.

El grupo llegó al hotel. Los oí hablar en la escalera. Estaba segura de que eran los mismos caballeros, porque reconocí sus voces... Es decir, reconocí la del señor Woodcourt. Yo seguía prefiriendo, con mucho, marcharme sin darme a conocer, pero estaba decidida a no hacerlo. «¡No, hija mía, no! ¡No, no, no!».

Me desaté las cintas del sombrero y me levanté el velo a medias (creo que quiero decir que lo dejé medio bajado, pero poco importa), y escribí en una de mis tarjetas que me hallaba allí, por casualidad, con el señor Richard Carstone, y se la hice llegar al señor Woodcourt. Éste subió inmediatamente. Le dije que celebraba encontrarme por casualidad entre las primeras personas que le daban la bienvenida a su regreso a Inglaterra. Y vi que me compadecía mucho.

—Desde que nos dejó usted, señor Woodcourt, ha tenido usted un naufragio y sufrido muchos peligros —le dije—, pero no podemos calificar todo eso de desgracia cuando le ha permitido ser tan útil y tan valiente. Lo hemos leído todo con gran interés. La primera noticia me llegó por su vieja paciente, la pobre señorita Flite, cuando me estaba recuperando de mi grave enfermedad.

—¡Ah, la pequeña señorita Flite! —comentó él—. ¿Sigue igual?

—Exactamente igual.

Ahora me sentía tan confiada, que no me importaba el velo, y lo dejé a un lado.

—Es maravilloso lo agradecida que le está, señor Woodcourt. Es una persona de lo más afectuoso, y le aseguro que tengo motivos para saberlo.

—¿Ya..., ya lo ha advertido usted? —me contestó—. Pues..., pues me alegro de saberlo. —Me tenía tanta lástima que apenas sí podía hablar.

—Le aseguro —respondí— que me sentí muy afectada por su solidaridad y su amabilidad en los momentos a los que me refiero.

—He lamentado mucho saber que había estado usted muy enferma.

—Estuve muy enferma.

—Pero ¿está usted totalmente recuperada?

—He recuperado totalmente la salud y el ánimo —dije—. Ya sabe usted lo bueno que es mi Tutor y qué vida tan feliz tenemos, y tengo todos los motivos del mundo para sentirme agradecida, sin tener nada más que desear.

Sentí como si él tuviera más compasión de mí de la que jamás había tenido yo misma. Aquello me imbuyó de más fortaleza y de una nueva calma, al ver que era yo quien se hallaba en la necesidad de darle seguridad. Le hablé de sus viajes de ida y de

vuelta, y de sus planes futuros, y de su probable regreso a la India. Dijo que aquello era muy dudoso. No se había considerado más favorecido por la fortuna allí que aquí. Se había ido como un humilde médico de barco y había vuelto igual que se había ido. Mientras hablábamos, y yo me sentía contenta de haber aliviado (si puedo utilizar ese término) la impresión que había tenido al verme, entró Richard. Se había enterado abajo de quién estaba conmigo, Y ambos se saludaron con auténtica cordialidad.

Advertí, cuando terminaron los primeros saludos y hablaron de la carrera de Richard, que el señor Woodcourt comprendía que las cosas no iban bien. Lo miraba a menudo a la cara, como si viese en ella algo que le causaba dolor, y más de una vez se volvió a mirarme, como si tratase de averiguar si yo sabía cuál era la verdad. Pero Richard estaba en uno de sus momentos optimistas y de buen humor, y muy contento de volver a ver al señor Woodcourt, que siempre le había agradado.

Richard propuso que nos fuéramos todos juntos a Londres, pero como el señor Woodcourt tenía que quedarse algún tiempo más con su barco, no podía sumársenos. Sin embargo, cenó temprano con nosotros, y volvió tan pronto a recuperar su comportamiento habitual, que yo me sentí mucho más tranquila al pensar que había logrado aliviar su pena. Pero él no dejaba de preocuparse por Richard. Cuando la diligencia estaba casi lista y Richard bajó corriendo a ver su equipaje, me habló de él.

Yo no estaba segura de si tenía derecho a contar todo lo que había ocurrido, pero me referí en pocas palabras a su distanciamiento del señor Jarndyce y a cómo se había visto complicado en el malhadado pleito en Cancillería. El señor Woodcourt escuchó interesado y manifestó su pesar.

—He visto que lo observaba usted atentamente —dije—. ¿Cree usted que ha cambiado mucho?

—Ha cambiado —me contestó con un gesto de la cabeza.

Sentí que se me subía la sangre a la cara por primera vez, pero no fue más que una emoción momentánea. Volví la cabeza a un lado, y todo desapareció.

—No se trata —dijo el señor Woodcourt— de que esté más joven o más viejo, de que esté más delgado o más grueso, más pálido o más tostado, sino de que tiene una expresión muy singular en el rostro. Nunca he visto una expresión tan notable en una persona tan joven. No se puede decir que sea sólo de ansiedad o sólo de preocupación, pues se trata de ambas cosas al mismo tiempo, como una desesperación en agraz.

—¿No creerá usted que está enfermo? —pregunté.

—No. Tenía un aspecto muy sano.

—Tenemos motivos de sobra para saber que no puede estar muy tranquilo —continué diciendo—. Señor Woodcourt, ¿va usted a Londres?

—Mañana o pasado.

—Lo que más necesita Richard es un amigo. Usted siempre le ha agradado. Le

ruego que cuando llegue vaya a verlo. Le ruego que lo ayude a veces con su compañía, si puede. No sabe usted el favor que le haría. No sabe usted cómo se lo agradeceríamos Ada, el señor Jarndyce e..., ¡incluso yo, señor Woodcourt!

—Señorita Summerson —me dijo, más conmovido ahora que al principio—, le juro en nombre del Cielo que seré buen amigo suyo. ¡Lo acepto como un mandato, y como un mandato sagrado!

—¡Que Dios lo bendiga a usted! —exclamé, mientras se me llenaban los ojos de lágrimas, pero me pareció que no importaba, porque no era por mí misma—. Ada lo quiere... Todos lo queremos, pero Ada lo quiere como no podemos quererlo los demás. Ya le contaré lo que ha dicho usted. ¡Gracias, y que Dios lo bendiga, en nombre de ella!

Richard volvió cuando acabábamos de intercambiar aquellas palabras apresuradas, y me dio el brazo para llevarme al coche.

—Woodcourt —dijo, sin darse cuenta de cuán a propósito venían sus palabras—, tenemos que vernos en Londres.

—¿Vernos? —replicó el otro—. Hoy día apenas si me queda algún amigo allí, salvo usted. ¿Dónde podemos vernos?

—Bueno, ahora tengo que buscar alojamiento —dijo Richard, pensativo—. Digamos en el bufete de Vholes, Symond's Inn.

—¡Muy bien! Sin falta.

Se dieron un apretón de manos. Cuando me senté en el coche, mientras Richard seguía en pie en la calle, el señor Woodcourt puso una mano, en gesto amistoso, en el hombro de Richard y miró hacia mí. Lo comprendí, e hice un gesto de agradecimiento con la mano.

Y en su última mirada, cuando nos marchamos, vi que estaba muy triste por mí. Celebré verlo. Tuve por mi antiguo yo los mismos sentimientos que tendrían los muertos si jamás volvieran a este mundo. Celebré que se me recordara amablemente y se me tuviera una compasión bondadosa, que no se me olvidara del todo.

46. ¡Deténgalo!

La oscuridad se cierne sobre Tomsolo. Se ha ido dilatando cada vez más desde que cayó el sol anoche, y se ha ido extendiendo gradualmente hasta llenar todos los espacios del lugar. Durante algún tiempo brillaron algunas luces en buhardillas, tal como arde también esa lámpara de la Vida en Tomsolo, pesada, muy pesadamente en el aire nauseabundo y haciendo guiños, también esa otra lámpara en Tomsolo ante tantas cosas horribles. Pero se han ido apagando. La Luna ha contemplado a Tomsolo con una mirada torva y fría, como si advirtiera una pobre imitación de sí misma en esa región desierta, incapaz de vida y asolada por fuegos volcánicos, y después se ha ido. La yegua de la pesadilla más negra [87] de los establos infernales pasta en Tomsolo, y Tom está profundamente dormido.

Son muchos los grandes discursos que se han pronunciado, tanto en el Parlamento como fuera de él, acerca de Tom, y muchos han sido los graves debates acerca de cómo solucionar lo de Tom. Si habrá que ponerlo en el buen camino por medio de agentes de policía, o de bedeles, o de campanadas, o por la fuerza de las estadísticas, o por los principios correctos del buen gusto, o por la jerarquía eclesiástica, o por la base eclesiástica, o por nada eclesiástico; si habrá que ponerlo a partir en el aire los pelos de tan elevadas polémicas con el cuchillo retorcido de su mente, o si, por el contrario, habría que ponerlo a partir piedras. En medio de tanta barahúnda, no hay más que una cosa perfectamente clara, y es que Tom no puede, ni quiere, ni debe recuperarse más que conforme a la teoría de alguien, y no conforme a la práctica de nadie. Y en el intervalo esperanzado, Tom va de cabeza a la perdición conforme a su ánimo determinado de siempre.

Pero obtiene su venganza. Incluso los vientos son sus mensajeros, y están a su servicio en estas horas de oscuridad. No hay ni una gota de la sangre corrompida de Tom que no propague la enfermedad y el contagio por algún lado. Esta misma noche contaminará la noble corriente (en la cual si algún químico hiciera un análisis, encontraría la genuina nobleza) de una casa normanda, y el Señor Duque no podrá decir que No a la infame alianza. No hay ni un átomo de cieno de Tom, ni una pulgada cúbica de gas pestilente en el que vive Tom, ni una obscenidad o una degradación suya, ni una ignorancia ni una maldad, ni una brutalidad cometida por él que no vaya a vengarse de todos los órdenes de la sociedad, hasta los más orgullosos de los orgullosos y los más altos de los altos. En verdad que al manchar, saquear y despojar, Tom obtiene venganza.

Sería debatible si Tomsolo es más feo de día o de noche. Pero conforme al criterio de que cuanto más se ve de él, más repulsivo resulta, y que nada de él que se deje a la imaginación es probable que sea tan feo como la realidad, el día se lleva la palma. Ahora está empezando a romper, y verdaderamente mejor sería para la gloria

nacional que el sol se pusiera alguna vez en los dominios británicos, y no que siempre saliera sobre un punto tan vil como Tom.

Un caballero moreno y quemado por el sol, que por alguna incapacidad para el sueño parece andar dando vueltas en lugar de contar las horas sobre una almohada inquieta, se pasea a esta hora silenciosa. Atraído por la curiosidad, se para con frecuencia a lanzar miradas a su alrededor, arriba y abajo de las callejuelas miserables. Y no es sólo la curiosidad, pues en su mirada brillante y oscura se percibe un interés compasivo, y mientras mira acá y allá, parece comprender tanta desgracia y haberla estudiado antes.

En las riberas del canal lleno de lodo estancado que constituye la calle mayor de Tomsolo no se ve nada más que las casas desvencijadas, cerradas y silenciosas. No aparece ningún ser despierto más que él mismo, salvo en una dirección, donde ve la figura solitaria de una mujer sentada en un portal. Va en esa dirección. Al acercarse, observa que ella ha hecho un largo viaje, que tiene los pies cansados y el vestido sucio. Está sentada en el portal con aire de esperar, con un codo apoyado en una rodilla y la cabeza apoyada en la mano. Al lado tiene un saco, o un hatillo, de lona que ha traído consigo. Probablemente está dormitando, pues no se mueve al oír los pasos que se acercan.

La acerca desconchada es tan estrecha que cuando Allan Woodcourt llega a donde está la mujer, tiene que salir a la calzada para no pisarla. Le mira a la cara, sus miradas se cruzan y él se detiene.

—¿Qué le pasa?

—Nada, caballero.

—¿No la oyen? ¿Quiere usted entrar?

—Estoy esperando a que se levanten en otra casa, en una pensión, no aquí — responde la mujer con paciencia—. Espero aquí porque dentro de poco saldrá el sol y podré calentarme aquí mismo.

—Me temo que esté usted muy cansada. Lamento verla a usted en la calle.

—Gracias, caballero. No me importa.

La costumbre que tiene él de hablar con los pobres, y de evitar el paternalismo o la condescendencia, o el infantilismo (que es el truco favorito de mucha gente que considera rasgo de gran sutileza el hablar con los pobres como si fueran niños de primaria) ha hecho que la mujer lo mire bien desde el primer momento.

—Permítame que le mire la frente —dice él, inclinándose—. Soy médico. No tenga miedo. No le haría daño por nada del mundo.

Sabe que si la toca con su mano hábil y experimentada podrá tranquilizarla con más rapidez todavía. Ella hace una leve objeción, y dice que no es nada, pero apenas le pone él los dedos en la parte herida cuando ella la levanta hacia la luz.

—¡Sí! Un buen golpe y una herida fea. Debe de dolerle mucho.

—Sí que me duele un poco, caballero —responde la mujer, con una lágrima repentina en la mejilla.

—Permítame que la ayude. Este pañuelo no va a hacerle daño.

—¡Seguro que no, caballero, estoy segura!

Le limpia la parte herida y se la seca, y tras examinarla atentamente y apretársela suavemente con la palma de la mano, se saca un estuche del bolsillo, le aplica una cura y se la venda. Entre tanto, mientras ríe por estar pasando consulta en la calle, dice:

—¿De manera que su marido es ladrillero?

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunta la mujer, asombrada.

—Pues lo he supuesto por el color de arcilla que tienen su bolsa y su vestido. Además, sé que los ladrilleros van de un lado para otro en su trabajo. Y lamento decir que he conocido a muchos que son crueles con sus mujeres. La mujer levanta la vista apresuradamente como para negar que su herida se deba a esa causa. Pero, al sentir la mano en la frente y ver el gesto preocupado y al mismo tiempo sereno de él, vuelve a bajarla.

—¿Dónde está ahora? —pregunta el médico.

—Tuvo un problema anoche, pero iré a buscarme a la pensión.

—Más problemas va a tener si abusa mucho de esa mano dura como ha abusado con usted. Pero usted lo perdona, pese a sus brutalidades, y no voy a decir nada más de él, salvo que ojalá se la mereciera a usted. ¿No tiene usted hijos?

La mujer niega con la cabeza:

—Hay uno al que digo hijo, señor, pero es de Liz.

—¡Ya entiendo! Se murió uno suyo. ¡Pobrecito!

Ya ha terminado su labor, y está arreglando las cosas del estuche, y pregunta a la mujer:

—Supongo que tendrá usted una casa. ¿Está lejos de aquí? —como quitando importancia a lo que acaba de hacer cuando ella se levanta y le hace una reverencia.

—A más de veintitrés millas de aquí, caballero. En Saint Albans. ¿Conoce usted Saint Albans, caballero? Me ha parecido que hacía usted un gesto como si lo conociera.

—Sí, he estado alguna vez. Y ahora le voy a hacer yo una pregunta: ¿Tiene usted dinero para la pensión?

—Sí, señor —dice ella—, de verdad que sí.

—Y se lo enseña. Él le dice, en respuesta a sus múltiples expresiones de agradecimiento, que no merece la pena, y sigue su camino. Tomsolo sigue dormido y no se ve a nadie.

¡Sí, alguien hay! Cuando él deshace su camino hacia el punto desde el que vio a la mujer sentada a lo lejos en el portal, ve una figura harapienta que se acerca

cautelosa, pegándose a las sucias paredes —que incluso el más andrajoso haría bien en eludir cuidadosamente—, con una mano extendida ante sí. Es la figura de un muchacho de cara demacrada y mirada opaca. Está tan ocupado en avanzar sin que lo vea nadie, que incluso la presencia de un desconocido bien vestido no le hace mirar a sus espaldas. Se tapa la cara con un codo rugoso al pasar al otro lado de la calzada, y sigue adelante, encogido y lento, con la mano ansiosa ante sí y la ropa informe caída en jirones. Una ropa de la que sería imposible decir a qué uso estaba destinada, ni de qué material se hizo. Por su color y su forma, parece como si estuviera hecha de un montón de hojas de alguna planta de pantano que se hubiera podrido hace mucho tiempo.

Allan Woodcourt se detiene a contemplarlo y lo observa, con una vaga idea de haber visto antes al muchacho. No recuerda dónde ni cuándo, pero tiene un vago recuerdo de esa figura. Imagina que debe de haberla visto en algún hospital o asilo; pero no puede imaginar por qué le viene al recuerdo con tanta fuerza.

Va saliendo gradualmente de Tomsolo a la luz matutina, pensando en eso, cuando oye unos pasos que corren tras él, y al volverse ve al chico que avanza hacia él a gran velocidad, seguido por la mujer.

—¡Deténgalo, deténgalo! —grita la mujer, casi sin aliento—. ¡Deténgalo, caballero!

Corre al otro lado de la calzada hacia el muchacho, pero éste es más rápido que él, hace una finta, se agacha, pasa bajo sus manos, sale a media docena de yardas detrás de él y vuelve a salir corriendo. La mujer sigue corriendo y gritando: «¡Deténgalo, caballero, por favor!». Allan se imagina que acaba de robarle su dinero, y corre a tal velocidad que intercepta al muchacho una docena de veces, pero a cada una de ellas el otro repite la finta, se agacha y le pasa entre las manos, y se le vuelve a escapar. Si en cualquiera de esas ocasiones le diese un golpe, podría hacerlo caer y atraparlo, pero el perseguidor no puede resolverse a dárselo, y así continúa la persecución determinada y ridícula. Por fin, el fugitivo, apurado, se mete en un callejón hacia un patio sin salida. Ahí queda acorralado frente a un montón de madera en putrefacción, y cae jadeante ante su perseguidor, que se queda jadeante ante él hasta que llega la mujer.

—¡Eres tú, Jo! —exclama la mujer—. ¡Vaya, por fin te he encontrado!

—Jo —repite Allan, contemplándolo atento—. ¡Jo! Quédate quieto. ¡Claro! Recuerdo que hace algún tiempo vino este chico a declarar ante el Coroner.

—Sí, ya le vi a *usté* en la *cuesta* —gime Jo—. ¿Y qué? ¿No puede *usté* dejar en paz a un *probe* como yo? ¿Qué quiere *usté*? ¿Que sea más *probe entoavía*? Me persiguen y me persiguen, primero uno de ustedes y luego otro de ustedes hasta que me he *quedao* en los *güesos*. Lo de la *cuesta* no fue culpa mía. Yo no he hecho *ná*. Fue *mu güeno* conmigo, de *verdá*. Era el único que me hablaba siempre. No iba a ser

yo el que le llevara a lo de la *cuesta*. Ojalá me hubiera *pasao* a mí. No sé por qué no me voy a ahogar en el mar, de *verdá* que no.

Lo dice con un aire tan triste, y sus lágrimas sucias parecen tan auténticas, y está apoyado en el montón de leña de tal forma, que parece un hongo, o alguna excrescencia producida en él por el descuido y las impurezas que Allan Woodcourt se ablanda con él. Dice a la mujer:

—Pobre chiquillo, ¿qué ha hecho?

Y ella no responde más que con un gesto de la cabeza hacia la figura postrada, mientras dice, más sorprendida que indignada:

—Ay, Jo, Jo. ¡Por fin te he encontrado!

—¿Que ha hecho? —repite Allan—. ¿Le ha robado a usted?

—No, señor; no. ¿Robado? No me ha hecho nada más que ser amable conmigo, y eso es lo que me sorprendió.

Allan mira de Jo a la mujer y de la mujer a Jo, esperando a que uno de ellos le aclare el enigma.

—Pero estuvo conmigo, caballero... —dice la mujer—. ¡Ay, Jo! Estuvo conmigo, caballero, allá en Saint Albans, cuando estaba enfermo, y una señorita que Dios la bendiga por lo buena que es se apiadó de él cuando yo tuve miedo y se lo llevó a casa.

Allan se aparta de él con un horror repentino.

—Sí, señor, sí. Se lo llevó a su casa y cuidó de él y luego él, como un monstruo desagradecido, se escapó una noche, y desde entonces nadie le ha vuelto a ver hasta ahora. Y aquella señorita, que era tan guapa, se contagió de él y dejó de ser tan guapa y ahora nadie diría que es la misma, pero sí se nota por lo buena que es, que es como un ángel, y por su buena figura y por la voz tan dulce que tiene. ¿Te enteras? Eres un malo desagradecido, ¿te enteras de que todo ha sido por ti y por lo buena que fue contigo? —pregunta la mujer, que empieza a enfurecerse con él y rompe en un llanto apasionado.

El muchacho, asombrado y alarmado por lo que oye, se pone a frotarse la frente sucia con la sucia palma de la mano y mira al suelo y tiembla de la cabeza a los pies hasta que el montón desordenado de leña en el que está apoyado también empieza a temblar.

Allan modera a la mujer con un mero gesto que basta.

—Me había dicho Richard... —tartamudea— quiero decir que ya sabía... No me haga caso. Ahora vengo. Se da la vuelta y se queda un rato mirando el pasaje. Cuando vuelve ha recuperado la calma, salvo que ha de contender con una repulsión tan marcada hacia el muchacho que llama la atención de la mujer.

—Ya has oído lo que te ha dicho. Pero, ¡levántate, levántate!

Jo, tembloroso y tiritando, se levanta lentamente y se queda, como hace la gente

así en dificultades, apoyado en el montón de leña con un hombro, mientras se frota disimuladamente la mano derecha con la izquierda y el pie izquierdo con el derecho.

—Ya has oído lo que te han dicho y yo sé que es verdad. ¿Estás aquí desde entonces?

—Que me muera si he *veníó* a Tomsolo hasta esta maldita mañana —replica Jo roncamente.

—Y, ¿por qué has venido hoy?

Jo mira en torno al patio cerrado, mira a sus interrogadores a las rodillas y acaba por responder.

—Yo no sé hacer *ná* y no me dan *ná* que hacer. Soy muy *probe* y estoy enfermo y creí que podía venir aquí cuando no hay *naide* y quedarme *escondío* en algún *lao* hasta que se haga de noche y entonces ir a pedirle algo al señor Snagsby. Siempre me da algo, de *verdá*, aunque la señora Snagsby siempre me se echaba encima, lo mismo que todos.

—¿De dónde vienes ahora?

Jo vuelve a mirar al patio, vuelve a mirar a las rodillas de su interrogador y concluye apoyando la cara en el montón de leña, con una especie de resignación.

—¿No me has oído preguntarte dónde has estado?

—Pues por ahí —dice Jo.

—Y ahora dime —continúa Allan, que hace un gran esfuerzo por vencer su repulsión, se le acerca y se inclina sobre él con `una expresión de confianza—; dime cómo fue que te fuiste de aquella casa, cuando aquella señorita tan buena tuvo la desdichada idea de compadecerse de ti y llevarte a tu casa.

Jo sale repentinamente de su resignación y declara excitado, dirigiéndose la mujer, que no conocía a la señorita, que no se había enterado de que estaba mala, que nunca había querido hacerle nada, que antes hubiera preferido ponerse malo él, que hubiera preferido que le cortasen la cabeza antes que hacerle daño a ella y que ella había sido muy buena con él, de verdad. A lo largo de sus manifestaciones se comporta a su pobre estilo como si hablara con sinceridad, y termina con unos sollozos tristísimos.

Allan Woodcourt percibe que no está fingiendo. Se fuerza a tocarlo.

—Vamos, Jo. Cuéntamelo.

—No. No me atrevo —dice Jo, que vuelve a caer en su actitud anterior—. No me atrevo, porque si no...

—Pero necesito saberlo —le responde el otro— de todas formas. Vamos, Jo.

Al cabo de dos o tres exhortaciones del mismo estilo, Jo vuelve a levantar la cabeza, mira una vez más al patio y dice en voz baja:

—Bueno, le voy a decir una cosa. Se me llevaron. ¡Eso es!

—¿Se te llevaron? ¿De noche?

—¡Ah! —Con gran temor de ser oído, Jo mira en su derredor e incluso mira diez pies por encima del montón de leña y por entre los intersticios de éste, por si el objeto de su desconfianza está mirando allá arriba, o escondido al otro lado.

—¿Quién se te llevó?

—No me atrevo a decirlo —responde Jo—. No me atrevo, caballero.

—Pero yo quiero saberlo, en nombre de la señorita. Puedes tener confianza en mí. No se va a enterar nadie.

—Ah, pero es que yo no sé —replica Jo, meneando frenético la cabeza— que no va oírlo él.

—Pero si aquí no hay nadie.

—¿Con que no, eh? —comenta Jo—. Está en todas partes, en todas al mismo tiempo.

Allan lo contempla perplejo, pero advierte que esta asombrosa respuesta significa verdaderamente algo y no carece de buena fe. Espera paciente una respuesta explícita, y Jo, más confuso ante su paciencia que ante nada, le susurra al fin desesperado un nombre al oído.

—¡Vaya! —dice Allan—. Pero, ¿qué habías estado haciendo tú?

—Ná, señor. Nunca he hecho ná *pa* meterme en líos, menos los de no circular y lo de la *cuesta*. Pero ahora sí que circulo. Circulo al cementerio, ahí es adonde circulo.

—No, no, vamos a tratar de que no sea así. Pero, ¿qué fue lo que hizo contigo?

—Me llevó a un hospital —replica Jo en un susurro— hasta que me dieron el alta y después fue y me dio algo de pasta, cuatro medias monedas, de esas medias coronas, y va y me dice: «¡Largo! Vete por ahí. Aquí no haces falta», va y me dice: «Circula», va y me dice: «No quiero verte en cuarenta millas de Londres o te arrepentirás». Y es verdad, si me ve, y me va a ver si sigo en la calle —concluye Jo, que repite nervioso todas sus precauciones y sus investigaciones de antes.

Allan reflexiona un momento y después, volviéndose hacia la mujer, pero sin apartar un ojo alentador de Jo, observa:

—No es tan desagradecido como suponía usted. Tenía motivos para marcharse, aunque no fueran suficientes.

—¡Gracias, señor, gracias! —exclama Jo—. ¡Hale! Ya ve *usté* que me ha *considerao* mal. Pero le dice *usté* a la señorita lo que dice este señor y vale. Porque *usté* también fue *mu güena* conmigo, ya lo sé.

—Ahora, Jo —dice Allan que lo sigue mirando—, vente conmigo y vamos a encontrarte un sitio mejor que éste para que descanses y te escondas. Si yo voy por un lado de la calle y tú por el otro para que no nos miren, estoy seguro de que no te vas a escapar si me lo prometes antes.

—De *verdá* que no, si no le veo venir a él, caballero.

—Muy bien. Te tomo la palabra. A esta hora ya se estará levantando media

ciudad y dentro de otra hora estará despierta la otra media. Vamos. Adiós otra vez, buena mujer.

—Adiós otra vez, caballero, y muchas gracias otra vez.

La mujer ha estado todo este rato sentada sobre su hatillo y ahora se levanta y lo toma. Jo repite:

—¡Tiene *usté* que decirle a la señorita que yo no quería hacerle *ná* y decirle lo que dice este señor! —entre gestos de la cabeza, temblores y tiritones, roces y guiños, medias risas y medias lágrimas, y así se despide de ella y vuelve a caminar pegado a las paredes tras Allan Woodcourt, pero al otro lado de la calle. Por este orden salen ambos de Tomsolo a los rayos amplios del sol y de un aire más puro.

47. El testamento de Jo

Mientras Allan Woodcourt y Jo siguen por las calles en las que las altas torres de las iglesias y las distancias parecen tan próximas y tan nítidas a la luz matutina que la misma ciudad parece renovada por el descanso, Allan decide mentalmente cómo y a dónde va a llevar a su compañero. «Desde luego, es asombroso» —considera— «que en el centro del mundo civilizado este ser con forma humana tenga más dificultades para encontrar acomodo que un perro sin dueño». Pero por asombroso que resulte, así es, y las dificultades continúan.

Al principio mira a sus espaldas muchas veces, para asegurarse de que Jo efectivamente lo sigue. Pero, mire donde mire, ahí sigue, bien cerca de las paredes del otro lado, avanzando, tocando con la mano un ladrillo tras otro y una puerta tras otra, también él mira hacia él, atentamente, mientras lo sigue. Al cabo de un rato, convencido de que lo último que se le ocurrirá es escapar de él, Allan continúa, pensando ya sin esa otra preocupación, en lo que va a hacer.

Al ver un kiosco que sirve desayunos en una esquina, se le ocurre lo primero que ha de hacer. Se detiene en él, mira atrás y llama a Jo. Jo cruza la calle y llega a trompicones titubeantes, frotándose lentamente los nudillos de la mano derecha en la palma ahuecada de la izquierda, como si estuviera machacando polvo con una mano y un mortero naturales. Entonces ponen ante Jo lo que a éste le parece un yantar muy delicado, y empieza a tragarse el café y a roer el pan con mantequilla, mirando preocupado en todas las direcciones al mismo tiempo que come y bebe, como un animal asustado.

Pero está tan enfermo y se siente tan mal que incluso le ha abandonado el hambre.

—Creía que me estaba muriendo de hambre, caballero —dice Jo, que aparta en seguida los platos—, pero es que no sé *ná*... ni siquiera de eso. No me apetece comer *ná* ni beber *ná*. —Y Jo se pone en pie y contempla el desayuno, asombrado.

Allan Woodcourt le toma el pulso y después le lleva la manó al pecho.

—¡Respira, Jo, respira hondo!

—Más hondo que un pozo —dice Jo, y podría añadir: «y me estoy ahogando», pero se limita a susurrar—: Ya circulo, caballero.

Allan busca una botica con la mirada. No hay ninguna cerca, pero igual o mejor vale una taberna. Obtiene una pequeña cantidad de vino y le da un poco al chico, con gran cuidado. El muchacho empieza a revivir en cuanto le pasa de los labios.

—Quizá repitamos la dosis, Jo —dice Allan tras observarlo con su expresión atenta—. ¡Bueno! Vamos a descansar cinco minutos y después seguimos adelante.

Allan Woodcourt deja al muchacho sentado en el banco del kiosco, con la espalda apoyada en una barra de hierro y se da un paseo al sol de la mañana, mirándolo de vez en cuando pero sin dar la impresión de vigilarlo. No hace falta gran

discernimiento para percibir que ya no tiene frío y se siente descansado. Si cabe decir de una cara tan sombría que se haya iluminado, es cierto que algo se le ha iluminado la carita, y poco a poco va comiendo la rebanada de pan que había dejado tan desesperado. Al ver todos esos indicios de mejoría, Allan empieza a hablar con él, y se entera con gran asombro de las aventuras de la dama del velo, con todas sus consecuencias. Jo mastica lentamente y las va contando lentamente. Cuando terminan su historia y el pan, los dos siguen su camino.

Allan se propone hablar de sus dificultades para encontrarle un refugio temporal al muchacho con su vieja paciente, la activa señorita Flite, y se dirige hacia el patio donde por primera vez se vieron él y Jo. Pero en la tienda del trapero ha cambiado todo; la señorita Flite ya no vive allí; está cerrado, y una hembra de facciones duras y muy oscurecidas por el polvo, de edad difícil de adivinar —pero que, de hecho, es nada menos que la interesante Judy— da unas respuestas concisas y lacónicas. Como, sin embargo, éstas bastan para comunicar al visitante que la señorita Flite y sus pájaros están alojados con una tal señora Blinder, en Bell Yard, allá van los dos, y la señorita Flite (que se levanta temprano para llegar puntualmente al Diván de la justicia que preside su excelente amigo el Canciller) baja corriendo con lágrimas de bienvenida y los brazos abiertos.

—¡Mi querido médico! —grita la señorita Flite—. ¡Mi meritorio, distinguido y honorable oficial! —Utiliza algunas expresiones raras, pero es tan cordial y tan acogedora como pueda ser la persona más cuerda, y más de lo que suelen serlo éstas. Allan, muy paciente con ella, espera hasta que se le acaben sus expresiones de cariño, señala hacia Jo, que tiembla en un portal, y le dice por qué ha ido allí.

—¿Dónde puedo alojarlo de momento? Usted conoce a mucha gente y tiene muy buen sentido, de manera que quizá pueda aconsejarme.

La señorita Flite, orgullosísima ante tamaño cumplido, se pone a pensar, pero tarda mucho en tener una idea brillante. La casa de la señora Blinder está llena, y ella misma está ocupando la habitación del pobre Gridley.

—¡Gridley! —exclama la señorita Flite batiendo palmas tras repetir esta observación por vigésima vez—. ¡Gridley! ¡Claro, claro! ¡Mi querido médico! El General George va a ayudarnos.

Es inútil pedir información alguna acerca del General George, y lo sería aunque la señorita Flite no se hubiera echado ya a correr por las escaleras en busca de su sombrerito arrugado y su pobre chal y a armarse con su ridículo lleno de documentos. Pero como informa a su médico, a su aire desordenado, cuando baja con todo listo, que el General George, a quien visita a menudo, conoce a su querida Fitz-Jarndyce, y se interesa mucho por todo lo relacionado con ella, Allan se siente inducido a pensar que quizá vayan a buen puerto. En consecuencia, dice a Jo, para confortarlo, que dentro de poco acabarán sus vagabundeos, y se dirigen a casa del General. Por

fortuna, no está lejos.

Por el exterior de la Galería de Tiro de George, su larga entrada y la perspectiva despejada que hay más allá. Allan Woodcourt piensa que va a ir bien. También considera prometedora la figura del propio señor George, que avanza hacia ellos en medio de su ejercicio matutino, con la pipa en la boca, sin corbata y con los brazos musculosos, desarrollados por el uso del sable y de las pesas, claramente visibles bajo las mangas de una delgada camisa.

—A su servicio, caballero —dice el señor George con un saludo militar. Tiene una sonrisa bienhumorada que le sube hasta la ancha frente y el pelo bien cortado, y después saluda a la señorita Flite que con gran cortesía, y sin ninguna prisa efectúa ceremoniosamente el rito de las presentaciones. El, por su parte, termina con otro—: ¡A su servicio, caballero! —y otro saludo.

—Con su permiso, caballero. ¿Es usted marino? —pregunta el señor George.

—Me complace mucho saber que lo parezco —responde Allan—, pero sólo soy médico de la marina.

—¡Vaya, caballero! Hubiera jurado que era usted un lobo de mar.

Allan espera que eso sirva para que el señor George perdone su intrusión, y especialmente que no apague la pipa, como ha manifestado intención de hacer por cortesía.

—Es usted muy amable, caballero —responde el soldado—. Como sé por experiencia que a la señorita Flite no le molesta, y como a usted tampoco... —y termina la frase volviendo a llevársela a la boca. Allan procede a contarle todo lo que sabe de Jo, mientras el soldado escucha con gesto grave.

—Y, entonces, ¿éste es el muchacho, caballero? —pregunta con una mirada hacia la entrada, donde está Jo contemplando el gran letrero de la fachada encalada, que a sus ojos no significa nada.

—Éste es —dice Allan—. Y, señor George, tengo esta dificultad con él. No quiero llevarlo a un hospital, incluso de suponer que pudiera conseguir que lo ingresaran de inmediato, porque preveo que no se quedaría mucho tiempo allí, si es que lográsemos convencerlo para que fuera allí. La misma objeción cabe aplicar a un asilo, de suponer que tuviera yo la paciencia para soportar que me dieran excusas y evasiones, y que me pasaran de una ventanilla a otra para tratar de ingresarlo, sistema que no me agrada demasiado.

—No le agrada a nadie, caballero —responde el señor George.

—Estoy convencido de que no se quedaría mucho tiempo en ninguno de esos sitios, pues está dominado por un terror extraordinario de la persona que le ordenó que se mantuviera lejos de aquí; en su ignorancia, cree que esa persona está en todas partes y que lo sabe todo.

—Perdóneme usted, caballero —dice el señor George—, pero no ha mencionado

usted cómo se llama esa persona. ¿Es algún secreto, caballero?

—El chico dice que sí. Pero se llama Bucket.

—¿Bucket el detective, caballero?

—Exactamente.

—Pues yo lo conozco, caballero —replica el soldado tras exhalar una columna de humo y abombar el pecho—, y el chico no se equivoca en el sentido de que sin duda se trata de... un tipo extraño —y el señor George tras decir esto, fuma profundamente y contempla en silencio a la señorita Flite.

—Bien, pues lo que yo desearía es que por lo menos el señor Jarndyce y la señorita Summerson supieran que éste Jo, que cuenta una historia tan rara, ha vuelto a reaparecer, y que pudieran hablar con él, si es que lo desean. Por eso quiero que, de momento, se encuentre alojado en algún lugar modesto mantenido por personas decentes que quisieran recibirlo. Como ve usted, señor George —dice Allan, siguiendo la mirada del soldado hacia la entrada—, Jo no ha tenido mucho trato con personas decentes. De ahí la dificultad. ¿Conoce usted por causalidad a alguien de por aquí que estuviera dispuesto a acogerlo durante un tiempo si yo pago por adelantado?

Al mismo tiempo que lo pregunta se da cuenta de que hay un hombrecillo de cara sucia al lado del soldado, que mira hacia arriba, con cara y gesto enrevesados, a la cara del soldado. Tras unas cuantas chupadas a la pipa, el soldado mira de lado al hombrecillo, y éste le hace un guiño al soldado.

—Pues bien, señor mío —dice el soldado—, le puedo asegurar que estoy dispuesto a darme con un canto en los dientes si ello puede agradar a la señorita Summerson, y en consecuencia considero un privilegio hacer un favor a esa señorita, por pequeño que sea. Claro está, señor mío, que aquí Phil y yo somos un tanto bohemios. Ya ve usted este lugar. Si quiere usted, el chico puede ocupar un rincón tranquilo. No se cobra nada, más que el rancho. La verdad señor mío, es que no andamos muy prósperos. Nos pueden desahuciar en cualquier momento. Sin embargo, caballero, dentro de las limitaciones del lugar, y mientras esté a nuestra disposición, también lo está a la suya.

Con un gesto amplio de su pipa, el señor George pone todo el edificio a disposición de su visitante.

—Doy por seguro, caballero —añade—, que como pertenece usted a la profesión médica, está usted seguro de este pobre sujeto no es víctima de ninguna infección. Allan está totalmente seguro de ello.

—Porque, caballero —dice el señor George con un gesto pesaroso de la cabeza—, de eso ya hemos tenido más que demasiado.

Su nuevo conocido le hace eco con un gesto no menos pesaroso.

—Sin embargo, estoy obligado a decir a usted —observa Allan, tras repetir su

anterior garantía—, que el muchacho está deplorablemente debilitado y desnutrido, y que quizá (aunque no puedo asegurarlo) esté demasiado mal como para que pueda recuperarse.

—¿Cree usted que corre peligro, caballero? —pregunta el soldado.

—Sí, mucho me lo temo.

—Entonces, caballero —responde el soldado con gesto decisivo—, me parece (dado que yo también soy muy dado al vagabundeo) que cuanto antes entre de la calle, mejor. ¡Eh, Phil! ¡Haz que entre!

El señor Squod zarpa oblicuamente a cumplir la orden, y el soldado, que ha terminado la pipa, la deja a un lado. Entra Jo. No es uno de los indios tockahupo de la señora Pardiggle; no es una de las ovejas de la señora Jellyby, pues no tiene nada que ver con Borriobula-Gha; no es alguien que enternezca gracias a la distancia y a la ignorancia [no puede tranquilizar ni ablandar a nadie, como pretexto distante para no intervenir en lo que anda mal a la vuelta de la esquina]; no es un auténtico salvaje exótico: es un producto auténticamente nacional. Está sucio, es feo, desagrada desde todos los puntos de vistas; es físicamente un ser vulgar de las más vulgares calles; no es un pagano más que de alma. La suciedad que lo recubre es local, los parásitos que lo consumen son locales; las llagas que tiene son locales; la ignorancia nativa, el producto del suelo y del clima ingleses hacen que su naturaleza inmortal sea inferior a la de las bestias que perecen [88]. ¡Muéstrate, Jo, tal y como eres! Desde la planta de los pies hasta la coronilla no tienes nada de interesante.

Entra, arrastrando los pies, en la galería del señor George y se queda ahí acurrucado, mirando el suelo. Parece comprender que los otros tienen una tendencia a rehuirlo, en parte por lo que es y en parte por lo que ha causado. También él los rehuye. No pertenece al mismo orden de cosas ni al mismo lugar de la creación. No pertenece a ningún orden ni a ningún lugar; no pertenece a los animales ni a la humanidad.

—¡Vamos, Jo! —dice Allan—. Éste es el señor George.

Jo sigue mirando un rato al suelo, después levanta la vista y vuelve a bajarla.

—Es un buen amigo tuyo, porque te va a dar alojamiento aquí.

Jo hace un gesto con la mano, como esbozando una reverencia. Tras un rato de reflexión, unos tropezones atrás y adelante, y un cambio del pie en el que está apoyado, susurra que «muchas gracias».

—Aquí estarás bien y a salvo. Por ahora no tienes más que obedecer lo que te digan e irte recuperando. Y no te olvides de decirnos la verdad en todo, Jo, pase lo que pase.

—Que me muera si no, caballero —dice Jo, que vuelve a su expresión favorita—. No he hecho *ná* más que lo que *usté* sabe, *pá* meterme en líos. Yo nunca me he metido en líos, señor, menos que no sé *ná* y lo del hambre que paso.

—Te creo. Ahora, escucha al señor George. Ya veo que te va a decir algo.

—Caballero, lo único que pretendía yo —observa el señor George, notablemente robusto y tieso— era señalarle dónde puede acostarse y dormir todo lo que quiera. Bueno, mira aquí —y mientras el soldado va hablando los lleva al otro extremo de la galería, y abre uno de los pequeños cubículos—, ¡ya ves! Aquí tienes un colchón y aquí puedes quedarte mientras te portes bien, mientras el señor..., con su permiso, caballero —dice en tono de excusa mientras lee la tarjeta que acaba de pasarle Allan—, mientras quiera el señor Woodcourt. No te asustes si oyes tiros; van al blanco, y no a ti. Bueno, hay otra cosa que quiero recomendar, caballero —dice el soldado, volviéndose hacia su visitante—. ¡Phil, ven!

Phil se acerca conforme a su táctica habitual.

—Éste, caballero, es un hombre al que encontraron en el arroyo cuando era niño. Por lo tanto, es de prever que se interese naturalmente por esta pobre criatura. Así es, ¿no, Phil?

—Desde luego que sí, no faltaba más, jefe —responde Phil.

—Pues estaba yo pensando, caballero —continúa el señor George, con una especie de confianza marcial, como si estuviera dando su opinión en un consejo de guerra en plena campaña—, que si este hombre lo llevara a darse un baño, y se gastara unos chelines en comprarle algo de ropa barata...

—Señor George, mi amable amigo —le interrumpe Allan, que se saca la cartera—, ése es precisamente el favor que quería pedirle a usted.

Inmediatamente se envía a Phil Squod y a Jo en busca de atavíos. La señorita Flite, totalmente encantada con su éxito, se apresura a dirigirse a los Tribunales, pues teme mucho que, si no lo hace, su gran amigo el Canciller se sienta inquieto por ella, o que pronuncie el fallo tanto tiempo esperado mientras ella está ausente, y observa que: «¡Y ya saben mis queridos médico y general, que al cabo de tantos años sería absurdamente lamentable!». Allan aprovecha la oportunidad para ir a buscar unos reconstituyentes, y cuando los consigue cerca, vuelve en seguida y se encuentra con que el soldado se está paseando por la galería, y se pone a su paso.

—Entiendo, caballero —dice el señor George—, que la señorita Summerson está bastante bien, ¿no?

Eso parece.

—Pero, usted no es pariente suyo, ¿verdad, caballero?

Parece que no.

—Excuse mi aparente curiosidad —dice el señor George—. Me pareció probable que se interesara usted por este pobre chico más de lo corriente porque por desgracia la señorita Summerson se interesó tanto por él. Eso es lo que me pasa a mí, caballero, se lo aseguro.

—Y a mí, señor George.

El soldado mira de lado a las mejillas tostadas de Allan y a sus ojos oscuros y brillantes, mide rápidamente su peso y su estatura y parece darle su aprobación.

—Desde que salió usted, caballero, he estado pensando en que sin duda conozco el despacho de Lincoln's Inn Fields al que llevó Bucket al muchacho, según el relato de éste. Aunque él no sabe de quién se trata, le puedo decir quién es. Es Tulkinghorn. Ése es.

Allan lo mira con gesto interrogante y repite el nombre.

—Tulkinghorn. Así se llama, sí, señor. Lo conozco y sé que ha estado en contacto con Bucket antes, en relación con una persona fallecida que le había ofendido en algo. Sé quién es, sí, señor. Para desgracia mía.

Allan, naturalmente, pregunta qué género de persona es.

—¿Qué género de persona! ¿Quiere usted decir qué aspecto tiene?

—No, eso creo que ya lo entiendo. Quiero decir para tratar con él. ¿Qué género de persona, en general?

—Bueno, caballero, pues le diré —contesta el soldado, que se detiene y se cruza los brazos encima del ancho pecho, tan airado que la cara se le enrojece y enciende entera— que es un género endemoniadamente malo de persona. Es el género de persona al que le gusta la tortura lenta. No tiene más sentimientos que un pedazo de carbón. Es un género de persona (¡por Jove!) que me ha causado más preocupaciones y más intranquilidad y más descontento conmigo mismo que todas las demás personas que conozco juntas. ¡Ése es el género de persona que es el señor Tulkinghorn!

—Lamento mucho —dice Allan— haberme referido a algo tan doloroso.

—¿Doloroso? —El soldado separa todavía más las piernas, se humedece la palma de la mano con la lengua y se la lleva a un bigote imaginario—. No es culpa suya, caballero, pero júzguelo. Tiene un poder sobre mí. Es precisamente la persona que mencioné hace un momento en el sentido de que podía desahuciarlos de un momento al otro. Me tiene sometido a una incertidumbre constante. Ni me ataca ni me deja en paz. Si tengo que hacerle un pago, o pedirle un plazo, no me ve ni me oye: me pasa a Melchisedech de Clifford's Inn, y Melchisedech de Clifford's Inn vuelve a pasarme a él, y así me tiene siempre pendiente de él, como si yo estuviera hecho de la misma madera que él. Pero, fíjese, ¡me paso prácticamente la mitad de la vida esperando y llamando a su puerta! ¿Qué le importa a él? Nada. Para él soy como el pedazo de carbón con el que lo he comparado alguna vez. Me pincha y me irrita hasta que... ¡Bah! ¡Bobadas! Estoy divagando, señor Woodcourt —y el soldado vuelve a echarse a andar—; lo único que digo es que es un viejo, pero yo celebro no tener ya una oportunidad de meterle las espuelas a mi caballo y combatir con él en campo abierto. Porque si tuviera esa oportunidad cuando me pone como me pone, ¡le juro que lo atravesaría, caballero!

El señor George se ha excitado tanto que considera necesario limpiarse la frente con la manga de la camisa. Incluso cuando aventa su ira silbando el Himno Nacional, todavía sigue haciendo involuntariamente sacudidas de cabeza, y el pecho le palpita; por no mencionar algunos ajustes apresurados del cuello de la camisa con ambas manos, como si no estuviera lo bastante abierto para impedir que se sofoque. En resumen, Allan Woodcourt no abriga ninguna duda acerca de la probabilidad de que el señor Tulkinghorn quedara atravesado en el campo abierto mencionado.

Poco después llegan Jo y su guía, y Phil lleva cuidadosamente a Jo a su colchón; Allan, tras administrar minuciosamente los medicamentos por su propia mano, confía a Phil todos los medios y las instrucciones que hacen falta. La mañana ya está bien entrada. Allan va a su alojamiento y a desayunar, y después, sin tratar de descansar, va a ver al señor Jarndyce para comunicarle su descubrimiento.

El señor Jarndyce vuelve solo con él y le dice confidencialmente que hay motivos para mantener en el margen secreto este asunto, por el que manifiesta gran interés. Jo repite al señor Jarndyce básicamente lo mismo que ha dicho por la mañana, sin ninguna variación material. Lo único que ocurre es que ese pozo suyo es más hondo, y le resulta más difícil salir de él.

—Déjenme quedarme aquí y que no me persigan más —tartamudea Jo—, y me hagan el favor de si alguien pasa por donde yo barría antes, *na* más que *dicirle* al señor Snagsby que Jo, que ya conoce él, va y circula como está mandado, y se lo agradeceré mucho más *entoavía* que lo estoy ya, si es que los *probes* podemos estar agradecidos.

En el día o los dos días siguientes se refiere tantas veces al papelero de los tribunales que Allan, tras consultar al señor Jarndyce, decide, llevado de su buen corazón, ir a la plazoleta de Cook, y cuanto antes, porque el pozo está cada vez más hondo.

A la plazoleta de Cook, pues, encamina sus pasos. El señor Snagsby está tras el mostrador, con su guardapolvos gris y sus manguitos, inspeccionando un contrato en varias hojas que le acaba de llegar del copista: una meseta inmensa de letra cancilleresca sobre pergamino, con un alto de vez en cuando de letra gruesa para romper esa terrible monotonía e impedir que el viajero se desespere. El señor Snagsby se detiene en uno de esos oasis de tinta y saluda al recién llegado con su tos de preparación general para el negocio.

—¿No me recuerda, señor Snagsby?

Al papelero le empiezan a dar palpitaciones, pues nunca ha olvidado sus viejas aprensiones. Lo único que puede hacer es responder:

—No, señor, no puedo decir que lo recuerde. Yo diría, por no andarme con circunloquios que nunca le he visto a usted hasta ahora, señor mío.

—Dos veces —responde Allan Woodcourt—. Una vez ante el lecho de muerto de

un pobre hombre y otra... «¡Por fin ha llegado!», piensa el pobre papelero al recordar. «¡Ahora la nube se ha cargado y va a romper!». Pero tiene la suficiente presencia de ánimo para llevar a su visitante a la trastienda y cerrar la puerta.

—¿Es usted casado, caballero?

—No.

—Aunque sea usted soltero —dice el señor Snagsby—, ¿querría usted tratar de hablar lo más bajo posible? ¡Porque apuesto este negocio y quinientas libras a que mi mujercita está escuchando por alguna parte!

El señor Snagsby, profundamente acongojado, se sienta en su taburete, con la espalda al escritorio y protesta:

—Jamás he tenido un secreto propio, señor mío. No puedo hallar un solo recuerdo en mi memoria de haber tratado ni una sola vez de engañar voluntariamente a mi mujercita desde el día en que me dio el sí. No lo hubiera hecho, señor mío. Por no andarme con circunloquios, no podría haberlo hecho, no habría osado. Y pese a todo, sin embargo, me encuentro rodeado de secretos y misterios, y la vida se me ha convertido en una pesada carga.

Su visitante manifiesta su pesar al oírlo y le pregunta si se acuerda de Jo. El señor Snagsby responde con un gemido ahogado. ¡Y tanto!

—No podría usted hablar de un solo ser humano (salvo yo mismo) en contra del cual esté más determinada mi mujercita que en contra de Jo.

Allan pregunta por qué.

—¿Por qué? —repite el señor Snagsby, que en su desesperación se lleva una mano al mechón de pelo que tiene en la nuca de su calva cabeza—. ¿Cómo voy a saber yo por qué? Pero usted es soltero, señor mío, y ¡ojalá pase mucho tiempo sin que le tengan que hacer a usted esa pregunta como persona casada!

Con este benévolo deseo, el señor Snagsby emite su tosecilla de total resignación y se prepara a escuchar lo que ha de comunicarle el visitante.

—¡Otra vez! —dice el señor Snagsby, que entre la gravedad de sus sentimientos y la obligación de hablar en voz baja se está quedando sin color en la cara—. ¡Otra vez, pero en sentido opuesto! Una cierta persona me conmina, con la mayor solemnidad, a no hablar de Jo con nadie, ni siquiera con mi mujercita. Después viene otra persona, en la persona de usted, y me conmina, con igual solemnidad a no mencionar a Jo a esa otra persona, menos que a ninguna otra persona. ¡Pero si esto es un asilo privado! ¡Pero si esto, por no andar con circunloquios es un verdadero manicomio, señor mío!

Pero, después de todo, es mejor de lo que se temía, pues no ha estallado la mina bajo sus pies, ni se ha ahondado el pozo en el que ha caído. Y como tiene buen corazón y está afectado por lo que ha oído, acepta en seguida «pasarse por allí» esa tarde en cuanto pueda organizarlo discretamente. Y por allí pasa muy discretamente cuando llega la tarde, pero es posible que la señora Snagsby se organice con tanta

discreción como él.

Jo se alegre mucho de ver a su viejo amigo, y cuando se quedan solos le dice que le parece muy amable por parte del señor Snagsby que se aleje tanto de su casa sólo por él. El señor Snagsby, conmovido por el espectáculo que tiene ante sí, pone inmediatamente media corona encima de la mesa: bálsamo mágico que, a su juicio, cura todas las heridas.

—Y, ¿cómo te encuentras, pobrecito? —pregunta el papelero con su tosecilla de solidaridad.

—Tengo suerte, señor Snagsby, de *verdá* —responde Jo—, y no me falta *ná*. Me tratan como *naide*, señor Snagsby. Siento mucho lo que hice, pero la *verdá* es que no quería hacer *ná*.

El papelero deposita silenciosamente otra media corona en la mesa y le pregunta qué es lo que lamenta haber hecho.

—Señor Snagsby —dice Jo—, fui y puse mala a la señorita que era como la otra señora, pero que no era la señora, y *naide* me dice *ná* por eso, porque ella es *mú güena* y yo soy *probe*. La señora me viene a ver ayer y va y me dice: «¡Ay, Jo!», me dice. «¡Creíamos que te habíamos perdido, Jo!», me dice. Y se queda ahí *sentá* y echándome una sonrisa y no me dice una palabra ni me echa una *mirá* por lo que hice, de *verdá*, y yo me *güelvo* a la *paré*, de *verdá*, señor Snagsby. Y el señor *Jandis* va y veo que también se vuelve a la *paré*. Y el señor *Woodcot* va y viene a darme algo *pá* curarme, que viene *tós* los días y las noches y cuando se baja a darme eso habla en voz muy alta, pero yo veo que está llorando, señor Snagsby.

El papelero, enternecido, deposita otra media corona en la mesa. La repetición de ese remedio infalible es lo único que puede aliviar sus sentimientos.

—Lo que yo pensaba, señor Snagsby —continúa Jo—, es que a lo mejor *usté* sabe escribir con esas letras tan grandes, ¿no?

—Sí, Jo, gracias a Dios —replica el papelero.

—*Mú* grandes y *mú* bonitas, ¿*verdá*? —pregunta Jo, interesadísimo.

—Sí, chiquillo.

Jo ríe encantado.

—Lo que yo pensaba, entonces, señor Snagsby, es que cuando ya haya *circulao* *tó* lo que puedo y ya no pueda circular más, a lo mejor *usté* tendría la *bondá* de escribir muy grande *pá* que *tó* el mundo lo entienda en *toas* partes, que de *verdá* siento mucho lo que hice y que no quería hacerlo, y que aunque no sabía *ná* de *ná*, ya sé que el señor *Woodcot* ha *llorao* por eso y que lo siento mucho y que espero que me pueda perdonar. Y si lo escribe *usté* con letras *mú* grandes, a lo mejor me perdona.

—Así lo haré, Jo. Con letras muy grandes.

Jo vuelve a reír:

—Gracias, señor Snagsby. Es *usté* *mú* *güeno* y estoy *entoavía* mejor *tratao* que

antes.

El manso papelero, con una tosecilla rota e incompleta, saca su cuarta media corona (nunca se ha encontrado con un caso que requiera tantas) y está a punto de marcharse. Y Jo y él ya no se verán nunca más en este pequeño mundo. Nunca más.

Porque el pozo tan hondo está a punto de colmarse y sus aguas están agitadas. Se llena y se llena, y sus aguas están cada vez más agitadas. El sol no va a levantarse ni a ponerse muchas veces más sobre su agitada superficie.

Phil Squod, con su cara marcada por la pólvora, actúa simultáneamente de enfermero y de armero en su mesita del rincón; levanta muchas veces la cabeza y dice con un movimiento de su gorra de fieltro verde y un gesto animoso de una ceja: «¡Aguanta, muchacho, aguanta!». También viene mucho el señor Jarndyce, y casi siempre está allí Allan Woodcourt; y ambos piensan mucho en la extraña forma en que el Destino ha enredado a este pobre de las calles en la trama de vidas muy diferentes. También viene a visitarlo a menudo el soldado, que llena la puerta con su cuerpo atlético y su exuberante vitalidad y su fuerza, de tal modo que parece traspasar algo de su vigor a Jo, que nunca deja de responder con algo más de fuerza a sus palabras de ánimo.

Hoy Jo está sumido en el sueño o en un estupor, y Allan Woodcourt, que acaba de llegar, está a su lado contemplándole el rostro demacrado. Al cabo de un rato se sienta en silencio junto a la cama, y sigue mirándolo de frente, igual que se sentó en la trastienda del papelero, y le toca el pecho y el corazón. El pozo ya está casi lleno, pero el agua deja de subir por unos momentos.

En la puerta está el soldado, inmóvil y silencioso. Phil se ha detenido en sus actividades tintineantes, con el martillito en una mano. El señor Woodcourt mira a su alrededor con gesto de grave atención e interés profesional en la cara y, con una mirada significativa al soldado, indica a Phil que se lleve su mesa fuera. Cuando se vuelva a usar el martillito, tendrá una gota de agua en la superficie.

—¡Vamos, Jo! ¿Qué pasa? ¡No tengas miedo!

—Creí —dice Jo, que ha dado un respingo y mira a su alrededor—, creí que estaba otra vez en Tomsolo. ¿No hay por ahí *naide* más que *usté*, señor *Woodcot*?

—Nadie.

—Y no estoy otra vez en Tomsolo, ¿*verdá*, señor?

—No.

Jo cierra los ojos y murmura:

—Menos mal.

Tras contemplarlo de cerca un momento, Allan le lleva la boca junto a la oreja y le dice en voz baja, pero clara:

—Jo, ¿sabes alguna oración?

—Yo no sé *ná*, señor.

—¿Ni siquiera una oración cortita?

—No, señor. *Ná* de *ná*. El señor *Charbán* estaba rezando una vez en casa del señor Snagsby y le oí, pero parecía que estuviera hablando solo, y no conmigo. Rezaba mucho, pero yo no entendía *ná*. Otras veces había otros señores que venían a rezar a Tomsolo, pero *tós* decían que los otros rezaban mal y *tós* parecían que hablaban solos o que les echaban la culpa de algo a los otros, y que no nos hablaban a nosotros. Nosotros no, sabíamos *ná*. Yo nunca he sabido de qué iba *tó* eso.

Tarda mucho en decirlo, y poca gente, salvo alguien que escuchara con gran atención y estuviera cargado de experiencia, podría entender lo que ha dicho. Tras sumirse otra vez en el sueño o en el estupor, hace de repente un esfuerzo decidido por salir de la cama.

—¡Quieto, Jo! ¿Qué pasa?

—Es hora de me vaya al cementerio, señor —dice con una mirada nerviosa.

—Échate y cuéntame. ¿Qué cementerio, Jo?

—Donde enterraron a aquel que era tan *güeno* conmigo, de *verdá* que era *mú güeno*. Es hora de me vaya a ese cementerio, señor, *pá* que me pongan a su *lao*. Quiero ir allí a que me entierren. Me decía muchas veces «Ahora soy tan *probe* como tú, Jo», me decía. Quiero decirle que ahora yo soy tan *probe* como él y que quiero ir a acostarme a su *lao*.

—Ya llegará, Jo. Ya llegará.

—¡Ah! A lo mejor, si se lo digo yo, no me hacen caso. Pero si *usté* me promete llevarme allí, me pondrán a su *lao*, ¿*verdá*?

—Te lo prometo.

—Gracias. Gracias, señor. Tendrán que buscar la llave de la puerta, porque siempre está *cerraao*. Y hay una escalera que yo barría antes. Está muy oscuro, señor... ¿Van a traer una luz?

—En seguida, Jo.

Rápido. El pozo se está llenando y el agua está a punto de desbordarse.

—¡Jo, pobrecito!

—Le oigo señor, aunque está oscuro. Pero estoy buscando... buscando... déjeme que me coja de su mano.

—Jo, ¿puedes repetir lo que te diga?

—Yo digo lo que *usté* me diga, señor, porque sé que será algo *güeno*.

—PADRE NUESTRO.

—¡Padre nuestro! Sí que es *mú güeno*, señor.

—QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.

—Estás en los cielos... ¿Llega ya la luz, señor?

—En seguida. ¡SANTIFICADO SEA TU NOMBRE!

—*Santificao* sea... tu...

Ha llegado la luz al profundo pozo. ¡Ha muerto! Ha muerto, Majestad. Muerto, señoras y caballeros. Muerto, reverendísimos, y nada reverendísimos, señores de todas las órdenes. Muerto, hombres y mujeres. Muerto con la compasión celestial en vuestros corazones. Y así siguen muriendo en torno a nosotros todos los días.

48. Se estrecha el cerco

La casa de Lincolnshire ha vuelto a cerrar sus mil ojos, y la casa de la ciudad ha despertado. En Lincolnshire los Dedlock del pasado dormitan en sus marcos y el viento sordo murmura por el salón largo como si los Dedlock respirasen regularmente. En la ciudad, los Dedlock del presente recorren en sus carruajes de ojos de fuego la oscuridad de la noche, los mercurios de los Dedlock, con cenizas (o polvos) en la cabeza, como síntomas de su gran humildad, perecean a lo largo de las lentas mañanas ante las pequeñas ventanas del vestíbulo. El gran mundo (orbe gigantesco de cinco millas de diámetro) gira a toda velocidad, y el sistema solar funciona respetuosamente a la distancia indicada.

Donde más densa es la multitud, más brillantes las luces, donde todos los sentidos se regalan con las mayores delicadezas y refinamientos, allí está Lady Dedlock. Nunca está ausente de las luminosas alturas que ha ido escalando y conquistando. Aunque ha desaparecido la idea que antes tenía ella de sí misma, de que podía reservar todo lo que quisiera bajo su capa de orgullo; aunque no está segura de lo que es para quienes la rodean, ahí seguirá otro día más; no está en su carácter el ceder o inclinarse cuando la están mirando ojos envidiosos. Dicen de ella que en estos últimos tiempos está más bella y más altiva. El primo debilitado dice de ella que «es hermosa como para mil mujeres, ¿sabéis?... pero, ¿cómo te lo diría? de un tipo algo alarmante, ¿no?... De hecho le recuerda a uno a... esa mujer tan desagradable... de esa que lo mismo se pone a insultar a todo el mundo... la de, cómo se llama, Shakespeare, ¿no?».

El señor Tulkinghorn no dice nada ni hace un gesto. Ahora, igual que siempre, se lo ve en las puertas de los salones, con su corbatín blanco y blando retorcido en su nudo anticuado, recibiendo los favores de los Pares del Reino, e impasible. De todos los hombres, sigue siendo el último del mundo del que cabría esperar que tuviera alguna influencia sobre Milady. De todas las mujeres del mundo, ella es la última de la que cabría suponer que le tuviera miedo.

Hay algo en lo que ella piensa constantemente desde su última entrevista en la habitación de la torreta de Chesney Wold. Ahora ha decidido desembarazarse de ese peso y está dispuesta a hacerlo.

Es por la mañana en el gran mundo; por la tarde según el sol que va bajando. Los mercurios, agotados de tanto mirar por las ventanas, están reposando en el vestíbulo, y bajan las cabezas; bellas criaturas, como girasoles demasiado maduros. También al igual que ellos lucen muchos dorados en forma de chapas y cordones. En la biblioteca, Sir Leicester se ha dormido por el bien del país, mientras leía el informe de una comisión parlamentaria. Milady está sentada en el aposento en que concedió audiencia al joven llamado Guppy. Con ella está Rosa, que le ha estado escribiendo

cartas y leyendo. Ahora Rosa está bordando algo muy bonito, y mientras inclina la cabeza sobre su labor, Milady la contempla en silencio. No es la primera vez hoy que hace lo mismo.

—Rosa.

La bonita cara pueblerina se vuelve iluminada hacia arriba. Después, al ver lo sería que está Milady, hace un gesto de sorpresa y confusión.

—Ve a ver la puerta. ¿Está cerrada?

Sí. Rosa va a ella y vuelve, con expresión todavía más sorprendida.

—Voy a hacerte una confidencia, hija mía, pues sé que puedo confiar en tu lealtad, por no decir tu criterio. Al hacértela no voy a disimular nada. Pero confío en ti. No digas a nadie nada de lo que vas a oír.

La pequeña belleza tímida promete con gran seriedad que merecerá esa confianza.

—¿Sabes? —dice Lady Dedlock, con un gesto para que acerque más la silla—, ¿sabes, Rosa, que contigo soy diferente que con todos los demás?

—Sí, Milady. Mucho más amable. Pero es que muchas veces pienso que yo conozco a Milady tal como es de verdad.

—¿Muchas veces piensas que me conoces tal como soy de verdad? ¡Pobre hija, pobre hija!

Lo dice con una especie de desdén, pero no hacia Rosa, y se queda pensativa, mirándola soñadoramente.

—¿Crees Rosa que eres para mí un alivio y un descanso? ¿Supones que como eres joven y natural y me tienes cariño y gratitud, es para mí un placer tenerte a mi lado?

—No sé, Milady; apenas si puedo esperarlo. Pero es lo que deseo de todo corazón...

—Y así es, pequeña.

La carita guapa se retiene, en su rubor de placer, ante la sombría expresión en la bella cara que tiene ante sí. Busca tímidamente una explicación.

—Y si fuera a decirte hoy: «¡Vete! ¡Abandóname!», te diría algo que significaría para mí un gran dolor y una gran inquietud, niña, y que me dejaría muy solitaria.

—¡Milady! ¿La he ofendido en algo?

—En nada. Ven aquí.

Rosa se inclina en su taburete a los pies de Milady. Milady, con el mismo toque maternal que en la famosa velada con el metalúrgico, le pone una mano en el pelo oscuro y la mantiene en él suavemente.

—Te he dicho, Rosa, que deseaba tu felicidad, y que si podía hacer feliz a alguien en este mundo, sería a ti. No puedo. Por razones que acabo de conocer, razones que no son culpa tuya en nada, ahora es mucho mejor que no sigas aquí. No debes seguir aquí. He decidido que no sigas. He escrito al padre de tu enamorado y va a venir hoy.

Todo ello lo he hecho por ti.

La muchacha, llorosa, le llena la mano de besos y pregunta ¿qué va a hacer, qué va a hacer cuando se separe de ella? Su señora le da un besó en la mejilla y no responde.

—Y ahora, hija mía, sé feliz en circunstancias mejores que éstas. ¡Deja que te quieran y sé feliz!

—Ay, Milady, a veces he pensado, perdóneme por tomarme esta libertad, pero he pensado que *Milady* no era feliz.

—¡Yo!

—¿Será más feliz cuando me haya ido? Le ruego, le imploro que lo vuelva a pensar. ¡Déjeme quedarme algún tiempo más!

—Ya te he dicho, hija mía, que lo que hago lo hago por ti, no por mí. Lo que soy para ti, Rosa es lo que soy ahora: no lo que seré dentro de poco. Recuérdalo y no se lo digas a nadie. ¡Recuérdalo, y así termina todo entre nosotras!

Se aparta de su ingenua compañera y sale del aposento. A media tarde, cuando vuelve a aparecer en la escalera, se halla en su estado más frío y altivo. Tan indiferente como si toda pasión, todo sentimiento, todo interés, hubieran desaparecido en los albores de la existencia del mundo y hubieran desaparecido con todos los monstruos del pasado.

Mercurio ha anunciado al señor Rouncewell, que es la causa de su aparición. El señor Rouncewell no está en la biblioteca, pero a la biblioteca es adonde va ella. Allí está Sir Leicester, y quiere hablar primero con él.

—Sir Leicester, quería... pero veo que estás ocupado.

¡No, Dios mío! En absoluto. No es más que el señor Tulkinghorn.

Siempre a mano. Se cierne por todas partes. No hay un momento de descanso ni de seguridad con él.

—Mil excusas, Lady Dedlock. ¿Permiten que me retire?

Con una mirada que dice claramente: «Sabe usted de sobra que tiene poder para quedarse si quiere», le dice que no es necesario, y avanza hacia una silla. El señor Tulkinghorn, con su torpe reverencia, se la acerca un poco y se retira a una ventana frente a ella. Al interponerse entre ella y la última luz del día en la calle ya silenciosa, su sombra cae sobre Milady y todo queda a oscuras ante ella. Hasta en eso le oscurece la vida.

Es una calle tranquila en las mejores de las condiciones, donde dos largas filas de casas se contemplan mutuamente con tal severidad que media docena de sus mayores mansiones parecen haberse quedado de piedra a fuerza de contemplarse, en lugar de haberse construido desde un principio con ese material. Es una calle de una grandiosidad tan terrible, tan decidida a no condescender a la vitalidad, que las puertas y las ventanas tienen una condición sombría propia, con su pintura negra y su

polvo; y los establos llenos de ecos que hay en las traseras tienen un aspecto seco y macizo, como si estuvieran destinados a albergar los corceles de piedra de nobles estatuas. Un encaje complicado de hierro se entrelaza sobre las escaleras de esta calle terrible, y desde las fincas petrificadas los extintores de faroles anticuados contemplan el gas advenedizo. Acá y acullá un anillo corroído de hierro por el que los muchachos aspiran a hacer pasar las gorras de sus amigos (único uso actual) mantiene su lugar entre el follaje oxidado, consagrado a la memoria del petróleo desaparecido. E incluso queda el mismo petróleo, que sigue ardiendo a largos intervalos en un absurdo cacharrito de vidrio con un pomo en forma de ostra en el fondo, que guiña malhumorado a las luces nuevas que aparecen cada noche, igual que su dueño fracasado lo hace en la Cámara de los Lores.

Por consiguiente, no es mucho lo que Lady Dedlock, sentada en su silla, podría desear ver por la ventana ante la que está el señor Tulkinghorn. Y sin embargo, sin embargo, mira en esa dirección, como si en el fondo de su corazón deseara que esa figura se quitara de en medio. Sir Leicester pide excusas a Milady. ¿Qué le iba a decir?

—Únicamente que ha venido el señor Rouncewell (a quien he convocado yo), y que más vale que pongamos fin a la cuestión de esa chica. Estoy ya aburrida del asunto.

—¿Qué puedo hacer yo... para ayudar en él? —pregunta Sir Leicester, sumido en tremendas dudas.

—Vayamos a verlo inmediatamente y terminemos con ello. ¿Puede decirles que lo hagan subir?

—Señor Tulkinghorn, tenga usted la bondad de llamar. Gracias. Solicite —dice Sir Leicester a Mercurio, sin recordar de momento el título correcto que emplear—, solicite al señor metalúrgico que venga aquí.

Mercurio sale en busca del señor metalúrgico, lo encuentra y lo trae. Sir Leicester recibe a la persona ferruginosa con amabilidad.

—Espero que se encuentre usted bien, señor Rouncewell. Tome asiento (mi abogado, el señor Tulkinghorn). Señor Rouncewell, Milady deseaba —y Sir Leicester lo traslada hábilmente con un gesto solemne de la mano—, deseaba hablar con usted. ¡Ejem!

—Con mucho gusto —responde el señor metalúrgico— escucharé atentamente todo lo que Lady Dedlock me haga el honor de comunicarme.

Al volverse hacia ella se encuentra con que la impresión que le causa es menos agradable que la última vez. Su aire distante y arrogante establece un ambiente frío en su derredor, y su actitud no tiene nada que aliente a la franqueza, como la última vez.

—Caballero —dice Lady Dedlock—, le ruego me permita preguntar si han hablado usted y su hijo acerca del capricho de este último.

Casi resulta demasiado molesto para sus ojos lánguidos mirar hacia él cuando le hace esta pregunta.

—Si no me falla la memoria, Lady Dedlock, dije cuando tuve el placer de ver a ustedes anteriormente, que aconsejaría seriamente a mi hijo que dominara ese... capricho —y el metalúrgico repite la expresión de ella con un cierto énfasis.

—Y, ¿lo ha hecho usted?

—¡Ah! ¡Naturalmente que sí!

Sir Leicester hace un gesto que es al mismo tiempo de aprobación y de confirmación. Muy correcto. Como el señor metalúrgico dijo que iba a hacerlo, estaba obligado a hacerlo. En este respecto no hay diferencia entre los metales comunes y los preciosos. Muy correcto.

—Y, dígame, ¿lo ha hecho él?

—Realmente, Lady Dedlock, no puedo darle una respuesta clara. Me temo que no. Probablemente todavía no. La gente de mi clase a veces añade a nuestros... caprichos una intención seria, lo cual hace que no resulten fácilmente renunciables. Creo que tenemos costumbres bastante tenaces.

Sir Leicester teme que esta expresión sea un poco Watt Tyleresca, y se irrita un tanto. El señor Rouncewell es perfectamente cortés y amable, pero dentro de esos límites es evidente que adapta su tono a la acogida de que ha sido objeto.

—Porque —continúa Milady— he estado pensando en este tema, que ya me está cansando.

—Lo lamento mucho, sinceramente.

—Y también en lo que dijo Sir Leicester al respecto, con lo cual estoy perfectamente de acuerdo (Sir Leicester se siente halagado), y si no nos puede usted dar la garantía de que se le ha pasado su capricho, he llegado a la conclusión de que lo mejor es que la muchacha se vaya de mi lado.

—No le puedo dar esa garantía, Lady Dedlock. En absoluto.

—Entonces es mejor que se vaya.

—Perdón, Milady —interrumpe cortésmente Sir Leicester—, pero es posible que con eso se haga un grave daño a la joven, daño que no se ha merecido. Se trata de una muchacha —dice Sir Leicester, que expone, magnífico, el asunto con la mano derecha, como si fuera un plato de comida— que ha tenido la fortuna de atraer la atención y el cariño de una dama eminente y de vivir, bajo la protección de esa dama eminente, rodeada de todas las ventajas que confiere una posición así, y que sin duda son muy grandes (le aseguro que sin duda son muy grandes, señor mío) para una joven de su condición. Entonces se plantea la cuestión: ¿debe esa joven verse privada de esas múltiples ventajas y de esa buena fortuna sencillamente porque haya atraído la atención del hijo del señor Rouncewell? Díganme, ¿merece ella ese castigo? ¿Es justo para con ella? ¿Es ése el entendimiento al que habíamos llegado anteriormente?

—termina de decir Sir Leicester con una inclinación exculpatoria, pero digna, de la cabeza hacia el metalúrgico.

—Con su permiso —interviene el padre del hijo del señor Rouncewell—. ¿Me permite, Sir Leicester? Creo que yo puedo abreviar la cuestión. Le ruego que no tenga ese aspecto en cuenta. Si recuerda usted algo de tan poca importancia (lo que no es de esperar), recordará que mi primera actitud en este asunto fue la de oponerme a que siguiera aquí ella.

¿No tener en cuenta la protección de los Dedlock? ¡Oh! Sir Leicester está obligado a dar crédito a un par de oídos que le han sido legados por una familia como la suya, pues de lo contrario quizá no diera crédito a lo que le hacen comprender las observaciones de ese señor de los metales.

—No es necesario —observa Milady con su voz más fría, antes de que él pueda hacer otras cosas que dar suspiros de sorpresa— que ninguna de las partes entre en esos aspectos. La muchacha es muy buena; no tengo nada en absoluto que decir en contra suya, pero hasta tal punto no comprende sus múltiples ventajas ni su buena fortuna, que está enamorada (o la pobrecilla cree estarlo) y es incapaz de apreciarlas.

Sir Leicester pide permiso para observar que eso modifica totalmente las cosas. Está seguro de que Milady tiene los mejores motivos y razones para apoyar su opinión. Está completamente de acuerdo con Milady. Lo mejor es que la muchacha se vaya.

—Señor Rouncewell, como observó Sir Leicester en la última ocasión, cuando nos sentimos fatigados por este asunto —continúa diciendo lánguidamente Lady Dedlock—, no podemos establecer condiciones con usted. Sin condiciones, y en las circunstancias actuales, la chica no tiene sitio aquí y es mejor que se vaya. Ya se lo he dicho. ¿Prefiere usted que la hagamos volver al pueblo, o prefiere llevarla consigo, o qué prefiere usted que se haga?

—Lady Dedlock, si puedo hablar sinceramente...

—Desde luego.

—... preferiría hacer lo que antes alivie a ustedes de la molestia y la saque a ella de su situación actual.

—Y para hablar con la misma sinceridad —responde ella con la misma negligencia estudiada—, eso es lo que prefiero yo. ¿He de entender que se la lleva usted?

El señor metalúrgico hace una reverencia metálica.

—Sir Leicester, ¿quieres llamar? —Pero el señor Tulkinghorn se adelanta desde la ventana y tira de la campanilla—. Me había olvidado de usted. Gracias. —Él hace su reverencia acostumbrada y vuelve en silencio a su lugar. Aparece Mercurio, siempre tan rápido, recibe instrucciones sobre a quién tiene que traer, desaparece, trae a la recién llamada y se va.

Rosa ha estado llorando y se siente inquieta. Cuando entra, el metalúrgico se levanta de la silla, la toma del brazo y se queda con ella junto a la puerta, listo para irse.

—Ya ves que estás bien atendida —dice Milady con su voz cansada—, y que quedas en buenas manos. He mencionado que eres muy buena chica, y no tienes motivos para llorar.

—Después de todo —observa el señor Tulkinghorn, que da unos pasitos adelante, con las manos a la espalda— parece que llora porque se va.

—Bueno, es que no tiene mucha educación, ya ve —responde el señor Rouncewell de manera un tanto abrupta, como si celebrase poderse revolver contra el abogado—, y la pobrecita no tiene experiencia y no comprende. No cabe duda, señor mío, de que de haberse quedado aquí habría mejorado mucho.

—No cabe duda —es la respuesta mesurada del señor Tulkinghorn.

Rosa gime que siente mucho dejar a Milady y que ha sido muy feliz en Chesney Wold y ha sido muy feliz con Milady y da las gracias a Milady una vez tras otra.

—¡Vamos, tontita —dice el metalúrgico, frenándola en voz baja, aunque sin enfurecerse—, si tienes cariño a Watt, ten valor!

Milady se limita a hacerle un gesto indiferente con la mano y decir:

—¡Vamos, vamos, hija! Eres una buena chica. ¡Vete!

Sir Leicester ha procedido a abandonar magníficamente el tema y se ha retirado al santuario de su levita azul. El señor Tulkinghorn, que ahora es una forma indistinta colocada contra el fondo oscuro de la calle, que se empieza a tachonar de faroles, aparece a la vista de Milady más grande y más negro que antes.

—Sir Leicester y Lady Dedlock —dice el señor Rouncewell tras una pausa de unos momentos—, con su permiso me despido de ustedes y me excuso por haberlos molestado, aunque no por mi propia voluntad, con este fatigoso asunto. Les aseguro que entiendo muy bien lo fatigoso que debe haberle sido algo de tan poca monta a Lady Dedlock. Si tengo alguna duda acerca de mi propio comportamiento es por no haber ejercido antes mi influencia, discretamente, para llevarme a mi joven amiga sin molestar a ustedes para nada. Pero me pareció (supongo que por ganas de aumentar la importancia de la cuestión) que lo más respetuoso era explicar a ustedes cómo estaban las cosas, y lo más sincero consultar lo que ustedes deseaban y preferían. Espero que excusen ustedes mi falta de familiaridad con un mundo en que las buenas formas tienen más importancia.

Sir Leicester considera que estas observaciones lo invocan para salir del santuario:

—Señor Rouncewell —replica—, no tiene importancia. Espero que no hagan falta explicaciones por ninguna de las partes.

—Celebro saberlo, Sir Leicester, y si se me permite a modo de despedida, repetiré

lo que ya he dicho acerca de la larga relación de mi madre con la familia, y de todo lo bueno que ello dice de ambas partes. Al respecto, basta con señalar a esta damisela que llevo del brazo, y que muestra tanto afecto y lealtad al marcharse, y en la cual oso decir mi madre ha hecho algo para inspirar esos sentimientos, aunque desde luego Lady Dedlock, con su cariñoso interés y su amable condescendencia, ha hecho mucho más.

Si lo dice con ironía, es posible que haya acertado mucho más de lo que piensa. Sin embargo, él lo señala sin desviarse en absoluto de su manera franca de hablar, aunque al decirlo se vuelve hacia la parte sombría de la biblioteca en que está sentada Milady. Sir Leicester se pone en pie para devolver su saludo de despedida. El señor Tulkinghorn vuelve a llamar. Mercurio sube otra vez las escaleras y el señor Rouncewell y Rosa salen de la casa.

Entonces traen luces y se descubre que el señor Tulkinghorn sigue al lado de la ventana, con las manos a la espalda, y Milady sigue sentada mientras él, en frente, le tapa la visión de la noche, igual que hizo con la del día. Ella está muy pálida. El señor Tulkinghorn la observa cuando se levanta para marcharse y piensa: «¡Y bien puede estarlo! Es increíble la capacidad de esta mujer. Ha estado representando un papel todo el tiempo». Pero también él puede representar un papel (su personaje de siempre), y cuando abre la puerta para esta mujer, si lo contemplaran cincuenta pares de ojos, cada uno de ellos cincuenta veces más penetrantes que los de Sir Leicester, no le verían ni una fisura.

Lady Dedlock cenará sola en sus aposentos esta noche. Han llamado a Sir Leicester al rescate del partido de Doodle, para gran desasosiego de la Facción Coodle. Lady Dedlock pregunta, todavía mortalmente pálida (y es un reflejo perfecto del primo debilitado) si ha salido; le dicen que sí. ¿Se ha ido ya el señor Tulkinghorn? No. Al cabo de poco rato vuelve a preguntar si se ha ido ya. No. ¿Qué está haciendo? El Mercurio cree que está escribiendo unas cartas en la biblioteca. ¿Desea Milady verlo? Cualquiera cosa antes que eso.

Pero él sí desea ver a Milady. Al cabo de unos minutos comunican a ésta que le envía sus saludos y desearía saber si Milady tendría la bondad de intercambiar una palabra con él después de cenar. Milady lo recibirá inmediatamente. Y entra, con excusas por la intrusión, aunque sea con permiso de ella, cuando todavía no ha terminado de cenar. Cuando se quedan a solas, Milady hace un gesto de la mano para que termine toda la farsa.

—¿Qué desea usted, señor mío?

—Pues, la verdad, Lady Dedlock —dice el abogado, tomando una silla un poco apartada de ella y frotándose lentamente los descoloridos pantalones, una vez tras otra, una vez tras otra—, es que me sorprende el rumbo que ha tomado usted.

—Ah, ¿sí?

—Sí, desde luego. No estaba preparado para ello. Lo considero como una ruptura de nuestro acuerdo y de su promesa. Nos coloca en una nueva posición, Lady Dedlock. Me considero obligado a decirte que no lo apruebo. Deja de frotarse y se queda contemplándola, con las manos apoyadas en las rodillas. Pese a lo imperturbable y lo inmutable que es, hay en su actitud una libertad indefinible que es nueva y que no escapa a la observación de esta mujer.

—No acabo de entender lo que dice.

—Ah, sí, creo que sí me entiende. Vamos, vamos, Lady Dedlock, no nos dediquemos ahora a hacer fintas. Usted sabe que la chica le agrada.

—¿Y qué, señor mío?

—Y usted sabe (y yo sé) que no se ha deshecho usted de ella por los motivos que ha dicho, sino con objeto de alejarla todo lo posible (y perdóneme si me adentro en una cuestión de negocios) de todo reproche y todo vilipendio que puedan caer sobre usted.

—¿Y qué, señor mío?

—Bueno, Lady Dedlock —responde el abogado, cruzando las piernas y frotándose la rodilla que le queda arriba—, eso no me parece bien. Considero que se trata de un procedimiento peligroso. Sé que es innecesario y que su objetivo es causar especulaciones, dudas, rumores, no sé qué más en la casa. Además, constituye una infracción de nuestro acuerdo. Había usted de mantenerse exactamente igual que antes. Por el contrario, debe de ser evidente para usted, como lo es para mí, que esta tarde ha sido usted muy diferente de lo que era antes. ¡Pero, por Dios, Lady Dedlock, ha sido usted transparente!

—Señor mío —comienza ella—, si en mi conocimiento de mi secreto...

Pero él la interrumpe:

—Vamos, Lady Dedlock, ésta es una cuestión de negocios, y en las cuestiones de negocios es imposible exagerar la necesidad de ser claros. Ya no es su secreto. Perdone usted. Ahí está el error. Es mi secreto, que mantengo en depósito por Sir Leicester y su familia. Si fuera su secreto, Lady Dedlock, no estaríamos aquí, conversando.

—Muy cierto. Si, en mi conocimiento del secreto, hago lo que pueda por salvar a una muchacha inocente (especialmente al recordar la referencia que hizo usted a ella cuando contó mi propia historia a los invitados a Chesney Wold) de quedar manchada por mi vergüenza inminente, lo hago actuando conforme a la resolución que he adoptado. No hay nada en el mundo ni nadie en el mundo que me pueda conmover ni cambiar al respecto —y dice todo esto con gran calma y claridad, sin más emoción visible que la que muestra el abogado. En cuanto a éste, trata metódicamente de su cuestión de negocios, como si ella fuera un instrumento insensible utilizado en el negocio.

—¿De verdad? Entonces, mire usted, Lady Dedlock —responde—, no me puedo fiar de usted. Ha expuesto usted el caso de forma perfectamente clara, y en estas circunstancias, y literalmente, no me puedo fiar de usted.

—Quizá recuerde usted que ya expresé una cierta preocupación al respecto cuando hablamos aquella noche en Chesney Wold.

—Sí —dice el señor Tulkinghorn, que se levanta pausadamente y se va junto a la chimenea—. Sí, recuerdo, Lady Dedlock, que mencionó usted claramente a la muchacha, pero aquello fue antes de que llegáramos a nuestro acuerdo, y tanto la letra como el espíritu de nuestro acuerdo prohibían totalmente todo acto por su parte que se debiera a mi descubrimiento. De eso no puede haber duda. En cuanto a ahorrarle sufrimientos a la chica, ¿qué importancia tiene eso? ¡Ahorrarle sufrimientos! Lady Dedlock, lo que está en peligro es el nombre de una familia. Cabría haber supuesto que el camino estaba claro: recto, ni a la derecha ni a la izquierda, independientemente de cualesquiera consideraciones durante su transcurso, sin ahorrar nada a nadie, pisando donde hiciera falta.

Ella ha estado contemplando la mesa. Levanta la vista y lo mira a él. Tiene en el rostro una expresión grave, y se muerde con los dientes parte del labio inferior. «Esta mujer me comprende», piensa el señor Tulkinghorn, cuando ella vuelve a apartar la mirada. «A *ella* no se le puede ahorrar ningún sufrimiento. ¿Por qué ahorrárselos a otros?».

Se quedan un momento en silencio. Lady Dedlock no ha comido nada de la cena, pero se ha servido agua una o dos veces con mano firme, y la ha bebido. Se levanta de la mesa, se dirige a un butacón y se hunde en él, tapándose la cara. En sus gestos no hay nada que exprese debilidad ni que incite a la compasión. Son gestos reflexivos, sombríos, concentrados. «Esta mujer», piensa el señor Tulkinghorn, de pie junto a la chimenea, convertido otra vez en un objeto negro que le corta la visión, «es todo un personaje».

La estudia con calma, sin hablar durante un rato. También ella estudia algo con calma. No es la primera en hablar, y de hecho parece improbable que lo haga, aunque el otro se quedara allí hasta la medianoche, de modo que él se ve incluso obligado a romper el silencio:

—Lady Dedlock, todavía queda la parte más desagradable de esta entrevista, pero es cuestión de negocios. Se ha infringido nuestro acuerdo. Una dama de su fuerza de carácter y su criterio aceptará que yo lo declare anulado a partir de ahora y siga mi propio rumbo.

—Estoy perfectamente dispuesta a aceptarlo. El señor Tulkinghorn inclina la cabeza.

—Entonces ya no tengo que molestarla más, Lady Dedlock.

Cuando va a salir del aposento ella lo detiene al preguntar:

—¿Es ésta la advertencia que me iba a hacer usted? No quiero que haya un malentendido.

—No es exactamente la advertencia que quería hacer a usted, Lady Dedlock, porque la conversación prevista partía de la hipótesis de que el acuerdo se había observado. Pero prácticamente es lo mismo, es lo mismo. La diferencia es meramente de índole jurídica.

—¿No se propone usted hacerme otra advertencia?

—Exactamente. No.

—¿Prevé usted revelárselo a Sir Leicester esta noche?

—¡Pregunta directa! —exclama el señor Tulkinghorn, con una leve sonrisa y un gesto negativo y cauteloso de la cabeza hacia la cara sombría—. No, esta noche no.

—¿Mañana?

—Habida cuenta de todo, más vale que me niegue a responder a esa pregunta, Lady Dedlock. Si dijera que no sé exactamente cuándo, no me creería usted, y no serviría de nada. Quizá sea mañana. Prefiero no decir más. Usted está preparada y yo no quiero dar esperanzas que quizá no pueda satisfacer. Le deseo buenas noches.

Ella aparta la mano, vuelve hacia el abogado la cara pálida cuando él va en silencio hacia la puerta y vuelve a detenerlo cuando está a punto de abrirla.

—¿Piensa usted quedarse algún tiempo en la casa? Me han dicho que estaba usted escribiendo en la biblioteca. ¿Vuelve ahora allí?

—Únicamente por mi sombrero. Me voy a mi casa.

Milady baja los ojos, y no la cabeza, con un movimiento muy leve y curioso, y él se retira. Al salir del aposento consulta el reloj, pero se siente inclinado a dudar si no irá un minuto adelantado o retrasado. En la escalera hay un espléndido reloj, famoso, cosa que no suele ocurrir con todos los relojes tan espléndidos, por su precisión. «Y ¿qué dices tu?», pregunta el señor Tulkinghorn, dirigiéndose a él. «¿Qué dices tu?».

Si ahora le dijese: «¡No te vayas a casa!», qué reloj más famoso sería entonces. Si hablara precisamente esta noche, al cabo de todas las que ha ido contando, a este anciano precisamente, tras todos los ancianos y los jóvenes que han estado frente a él: «¡No te vayas a casa!». Con su campanilla penetrante y cristalina da las ocho menos cuarto y sigue contando. «Pues eres peor de lo que yo pensaba», dice el señor Tulkinghorn para reprobar a su propio reloj. «¿Nada menos que dos minutos? A este paso no me vas a durar toda la vida». ¡Qué reloj para devolver bien por mal si dijera en respuesta: «¡No te vayas a casa!»!

Sale a la calle y sigue adelante, con las manos a la espalda, bajo la sombra de los caserones, muchos de cuyos misterios, dificultades, hipotecas, asuntos delicados de todo tipo están guardados en el interior de su viejo chaleco de raso. Cuenta con la confianza hasta de los ladrillos y el mortero. Las altas chimeneas le telegrafían los secretos de las familias. Pero no hay voz de ellas una vez que le diga en una milla:

«¡No te vayas a casa!».

En medio de la agitación y la conmoción de las calles más vulgares, de los ruidos y los traqueteos de muchos vehículos, muchos pies, muchas voces; iluminado por los escaparates brillantes, impulsado por el viento de Poniente y arrastrado por la multitud, avanza implacablemente en su camino, y nada le sale al paso para decirle: «¡No te vayas a casa!». Llega por fin a sus grises aposentos, enciende sus velas y mira en torno a sí y hacia arriba, donde ve al romano que señala desde el techo, pero esta noche la mano del romano no tiene ningún significado especial, ni tampoco los grupos que le rodean le dicen: «¡No te vengas aquí!».

Es noche de luna, pero como ya no es luna llena, apenas si empieza a levantarse sobre el gran amasijo de Londres. Las estrellas brillan igual que brillaban por encima de las torretas de Chesney Wold. «Esta mujer», como se ha ido acostumbrando él a llamarla en los últimos tiempos, las contempla. Tiene el alma agitada, el corazón inquieto y se siente angustiada. Los grandes aposentos están demasiado llenos de cosas y la asfixian. No puede soportar sus limitaciones y prefiere irse sola a dar un paseo por uno de los jardines del vecindario.

Como es demasiado caprichosa e imperiosa en todo lo que hace para causar gran sorpresa en quienes la rodean, haga lo que haga, esa mujer, con algo puesto sobre los hombros, sale a la luz de la luna. Mercurio espera con la llave. Tras abrir la puerta del jardín, pone la llave en manos de Milady por orden de ésta y vuelve obediente a entrar en la casa. Ella va a darse un paseo por allí para despejarse la cabeza, que le duele. Quizá tarde una hora y quizá más. No necesita más compañía. La puerta se cierra sobre sus muelles con un golpetazo, y el Mercurio la deja sola, bajo la sombra de unos árboles.

La noche es buena, la luna grande y brillante y hay multitud de estrellas. Cuando el señor Tulkinghorn va camino de su bodega y abre y cierra sus puertas resonantes, tiene que cruzar un patinillo que parece digno de una cárcel. Mira hacia arriba despreocupado, pensando qué buena noche hace, cómo brilla la luna y cuántas estrellas hay. Y además, la noche está tranquila.

Es una noche muy tranquila. Cuando la luna brilla mucho, parece irradiar una soledad y una calma que influyen incluso en los lugares más hacinados del mundo. No sólo es una noche tranquila en los caminos polvorientos y las cimas de los montes desde las que cabe percibir una gran extensión campestre en pleno reposo, cada vez más tranquila a medida que se va ampliando hacia la franja de árboles recortados contra el cielo, con el fantasma gris de la floración en sus copas; no sólo es una noche tranquila en los jardines y en los bosques y en el río, cuyas praderas están frescas y verdes, y cuyas corrientes fluyen entre islas placenteras, presas rumorosas y juncos susurrantes; no sólo transmite tranquilidad al llegar a los sitios donde las casas se amontonan, donde se reflejan muchos puentes, donde los muelles y los barcos la

hacen negra y terrible, donde se desliza para salir de esos horrores entre pantanos cuyos faros sombríos se yerguen como esqueletos lanzados por el mar a la costa, donde se extiende por la región más escarpada de terrenos ondulados, llenos de trigales, molinos e iglesias, y donde se mezcla con el mar en su eterna ondulación; no sólo es una noche tranquila en las profundidades y en las costas donde el espectador está viendo cómo el barco con sus alas desplegadas cruza el surco de luz que parece existir sólo para él, sino que incluso en este laberinto que es Londres para el forastero también hay algo de paz. Sus campanarios y sus torres, y su única gran cúpula, se hacen más etéreos; sus tejados ahumados pierden su aspereza a la pálida luz; los ruidos que llegan de las calles son menos en número, y más apagados, y las pisadas en las aceras se alejan con más tranquilidad. En estos campos que habita el señor Tulkinghorn, donde los pastores tocan unas flautas de Cancillería que no tienen clave, y mantienen a sus ovejas en el reato por las buenas o por las malas, hasta haberlas esquilado a fondo, todos los ruidos se funden, en esta noche de luna, en un rumor distante y cristalino, como si la ciudad fuera un gran vaso que vibra.

¿Qué es eso? ¿Quién ha disparado una pistola o una escopeta? ¿Dónde ha sido?

Los pocos peatones que quedan se paran a mirar en su derredor. Se abren algunas puertas y ventanas y sale gente a mirar. El disparo ha hecho mucho ruido, ha despertado muchos ecos. Ha hecho retemblar una casa, o por lo menos eso es lo que ha dicho alguien que pasaba por allí. Ha despertado a todos los perros del vecindario, que se han puesto a ladrar vehementes. Los gatos, aterrados, salen corriendo por la calzada. Mientras los perros siguen ladrando y aullando —hay un perro que aúlla como un demonio—, empiezan a sonar los relojes de las iglesias, como si también ellos se hubieran asustado. La vibración de las calles también parece haberse convertido en un grito. Pero pronto acaba todo. Antes de que el último reloj empiece a dar las diez se produce un silencio. Cuando el reloj termina, vuelven a quedar en paz la noche tan buena, la luna tan grande y las multitudes de estrellas.

¿Se ha visto molestado el señor Tulkinghorn? Sus ventanas están oscuras y silenciosas, y su puerta está cerrada. Tendría que ser algo muy fuera de lo habitual para sacarlo de su concha. No se le oye, no se le ve. ¿Qué artillería haría falta para sacar a ese anciano descolorido de su compostura inmutable?

Hace muchos años que el persistente romano viene señalando, sin ningún significado aparente, desde ese techo. No es probable que esta noche tenga ningún significado especial. Una vez que se indica algo, se indica, para siempre, igual que cualquier romano, o incluso cualquier británico, con una idea única. Allí está, sin duda, en su actitud imposible, señalando algo, sin ningún resultado, a lo largo de toda la noche. Luna, oscuridad, alborear, salida del sol, día. Ahí sigue él, inmóvil, y nadie se fija en él.

Pero poco después de iniciarse el día llega gente a limpiar las casas. Y, o bien el

romano ha adquirido un nuevo significado, nunca expresado antes, o la primera persona que llega se ha vuelto loca, pues al mirarle a la mano alargada, y mirar lo que hay debajo de ella, esa persona lanza un grito y se echa a correr. Los demás, al mirar al sitio donde miró la primera, también se ponen a gritar y a correr, y se produce una alarma en la calle.

¿Qué significa esto? No entra la luz en el bufete oscuro, y las gentes desacostumbradas a él entran y, con pasos silenciosos, pero pesados, transportan un bulto a la cama y lo ponen encima de ella. Todo el día se pasa entre susurros y preguntas, en registros a fondo por todos los rincones, en descripciones de ellas, en tomas cuidadosas de notas de todos los muebles. Todos los ojos miran al romano y todas las voces murmuran: «¡Si pudiera contar lo que ha visto!»

Él está indicando una mesa en la cual hay una botella (parcialmente llena de vino) y un vaso, y dos velas apagadas de repente poco después de que se encendieran. Está indicando una silla vacía y una mancha en el piso ante ella que casi se podría tapar con una mano. Estos objetos entran totalmente en su campo visual. Una imaginación calenturienta podría suponer que había en ellos algo tan aterrador como para que el resto de la composición, no sólo los muchachotes de piernas robustas, sino también las nubes y las flores e incluso los pilares..., en resumen, al cuerpo y el alma de la Alegoría y todo su cerebro, se vuelvan locos de remate. Y sin una sola excepción, todos los que entran en ese aposento oscuro y miran esas cosas, levantan la vista hacia el romano, que reviste para todos ellos un aspecto de misterio y de temor, como si fuera un testigo mudo y paralizado.

Y así sucederá sin duda en muchos años por venir, cuando se contarán historias de fantasmas acerca de la mancha en el piso, tan fácil de tapar, tan difícil de quitar, y el romano seguirá indicando desde el techo, mientras el polvo, y la humedad, y las arañas se lo permitan, con mucho más significado del que tuvo jamás en vida del señor Tulkinghorn, y con un significado mortal. Pues la vida del señor Tulkinghorn ha terminado para siempre, y el romano indicaba a la mano asesina levantada contra su vida, e indicaba impotente hacia él, desde la noche hasta la mañana, caído boca abajo en el suelo, con un disparo en el corazón.

49. Amistad y deber

Ha llegado la gran ocasión anual en casa del señor Matthew Bagnet, también conocido como Lignum Vitae, ex artillero y actual intérprete del bajón. Una ocasión de festividad y alegría. Hay que celebrar un cumpleaños en la familia.

No es el cumpleaños del señor Bagnet. El señor Bagnet se limita a celebrar esa fecha en el negocio de instrumentos musicales besando a los niños una vez más de lo habitual antes del desayuno, fumándose una pipa más después de la cena y preguntándose hacia el atardecer lo que estará pensando su pobre y anciana madre al respecto, objeto de infinitas especulaciones, debido a que su madre abandonó este mundo hace veinte años. Algunos hombres raras veces vuelven a pensar en sus padres, sino que parece como si, en los talonarios de sus recuerdos, hubieran traspasado todo su capital de afecto filial a nombre de sus madres. El señor Bagnet es uno de ellos. Quizá se deba a su enorme aprecio de los méritos de su viejita el que suele utilizar el sustantivo, neutro en inglés de «bondad» en el género femenino.

No es el cumpleaños de ninguno de los tres retoños. Esas ocasiones se señalan con algunas pruebas de que es un día diferente, pero raramente sobrepasan los límites de una felicitación y un pudding. Claro que cuando fue el último cumpleaños del joven Woolwich, el señor Bagnet, tras hacer algunas observaciones sobre cómo había crecido y progresado en general, procedió, en un momento de profunda reflexión acerca de los cambios que trae el tiempo, a hacerle un examen de catecismo, en el cual formuló con gran precisión las preguntas primera y segunda: «¿Cómo te llamas?» y «¿Qué significa tu nombre?», pero al fallarle ahí la precisión exacta de su memoria, sustituyó la pregunta tercera por la de «¿Y qué te parece tu nombre?», con tal sentido de su importancia, tan edificante y ejemplar que le dio un aire ortodoxo. Sin embargo, aquello fue una excepción en aquel cumpleaños concreto, y no un festejo habitual.

Es el cumpleaños de su viejita, y ésta es la mayor fiesta y el día señalado con letras más rojas en el calendario del señor Bagnet. El auspicioso acontecimiento se conmemora siempre conforme a determinados ritos, prescritos por el señor Bagnet hace ya unos años. Como el señor Bagnet está convencido de que el comerse un par de gallinas equivale a alcanzar las cumbres más altas del lujo imperial, invariablemente sale solo a primera hora de la mañana de ese día a comprar un par; invariablemente el vendedor lo engaña y le vende los dos habitantes más ancianos de los gallineros de toda Europa. Tras volver con esos triunfos de la dureza atados en un limpio pañuelo azul y blanco (que forma parte indispensable del ceremonial), invita al desgaire a la señora Bagnet a que declare durante el desayuno lo que le gustaría comer más tarde. Como la señora Bagnet, por una coincidencia que nunca falla, dice que unas Aves, el señor Bagnet saca instantáneamente su hatillo de algún lugar donde

lo ha escondido, lo cual causa gran sorpresa y alegría. Entonces él exige que la viejita no haga nada en todo el día, más que quedarse sentada ataviada con sus mejores galas y servida por él y los muchachos. Como no se distingue por su capacidad culinaria, cabe suponer que se trata más bien de una ceremonia que de darle una alegría a su viejita, pero ella mantiene el ceremonial con todo el ánimo imaginable.

Este cumpleaños, el señor Bagnet ha hecho los preparativos de rigor. Ha comprado dos especímenes alados que, como dicen en algunos sitios, desde luego han «muerto en posición de firmes»; ha sorprendido y regocijado a la familia al sacarlos; él mismo se encarga de que se asen las gallinas, y la señora Bagnet, con sus dedos morenos y sanos ardiendo de deseos de impedir lo que sabe que va a salir mal, sigue sentada con su vestido de los días de fiesta, como invitada de honor.

Quebec y Malta ponen los manteles para la comida, mientras Woolwich actúa, como le corresponde, a las órdenes de su padre y mantiene a las gallinas girando en el asador. El señor Bagnet imparte de vez en cuando a sus jóvenes pinches un guiño, o un gesto de la cabeza, o una mueca cuando se equivocan.

—A la una y media —dice el señor Bagnet—. Al minuto. Entonces estarán hechas.

La señora Bagnet contempla angustiada que una de ellas está inmóvil sobre el fuego y ha empezado a quemarse.

—Viejita —anuncia el señor Bagnet—, te vamos a hacer una comida digna de una reina.

La señora Bagnet muestra sonriente su blanca dentadura, pero su hijo percibe hasta tal punto lo intranquila que está que se ve obligado por los dictados del afecto a preguntarle con la mirada qué es lo que va mal y, al quedarse ante ella con los ojos bien abiertos, se olvida de las gallinas todavía más que antes, y no cabe abrigar la menor esperanza de que advierta lo que pasa. Por fortuna, la hermana mayor percibe la causa de la agitación en el seno de la señora Bagnet y con un gesto admonitorio se la recuerda. Las gallinas inmóviles vuelven a ponerse en movimiento y la señora Bagnet cierra los ojos, dada la intensidad de su alivio.

—George va a venir a vernos a las cuatro y media —dice el señor Bagnet—. Puntualmente. ¿Cuántos años hace, viejita, que George viene a visitarnos? ¿Esta tarde?

—Ay, Lignum, Lignum, tantos como para hacer que una vieja volviera a la juventud, empiezo a creer. Más o menos éstos, nada menos —responde la señora Bagnet con una sonrisa y un gesto de la cabeza.

—Viejita —dice el señor Bagnet—, ni, hablar. Siempre serás igual de joven. Si es que no eres más joven. Que lo eres. Como sabe todo el mundo.

Entonces Quebec y Malta palmorean y exclaman que seguro que Bluffy le traerá algo a su madre, y empiezan a preguntarse qué será.

—¿Sabes una cosa, Lignum? —dice la señora Bagnet, mirando hacia el mantel y diciendo con un guiño: «¡la sal!» a Malta con el ojo derecho, y haciendo con un meneo de cabeza que le quiten la pimienta de las manos a Quebec—, empiezo a pensar que George está pensando en ponerse en marcha otra vez.

—George —dice el señor Bagnet— no desertará nunca. Y dejar a su viejo camarada en la estacada. No lo temas.

—No, Lignum. No. No digo que vaya a hacerlo. No creo que vaya a hacerlo. Pero si pudiera liquidar ese problema de dinero que tiene, creo que se marcharía.

El señor Bagnet pregunta por qué.

—Bueno —responde su mujer, pensativa—, me da la sensación de que George se está poniendo un tanto impaciente e inquieto. No digo que no sea tan franco como siempre. Claro que es franco, porque si no, no sería George. Pero está irritable y parece intranquilo.

—Tiene que hacer maniobras suplementarias —dice el señor Bagnet—. Le obliga a ellas un abogado. Que confundiría hasta el diablo.

—Algo hay de eso —asiente su mujer—, pero te digo que así es, Lignum.

De momento la conversación queda interrumpida por la necesidad en que se encuentra la señora Bagnet de dirigir toda su atención a la comida, que se ve en peligro por el mal humor de las gallinas, que no dan ninguna salsa, y también porque la salsa ya hecha no da ningún sabor y tiene un tono cerúleo. Con parecida perversidad, las patatas se deshacen en los tenedores en el momento de pelarlas, saltan de sus centros en todas las direcciones, como si estuvieran padeciendo un terremoto. También los muslos de las gallinas son más largos de lo que sería deseable, y llenos de durezas. El señor Bagnet supera estas dificultades lo mejor que puede y por fin sirve; la señora Bagnet ocupa el lugar de los invitados, a la derecha de él.

Menos mal para la viejita que sólo tiene un cumpleaños al año, porque dos excesos así de gallina podrían hacerle daño. En estos especímenes, todos los tipos de tendones y ligamentos que puede tener una gallina se han desarrollado en la extraña forma de cuerdas de guitarra. Las patas parecen haber echado raíces en la pechuga, como las raíces que echan en tierra los árboles añosos. Son tan duras esas patas que sugieren la idea de que deben de haber consagrado la mayor parte de sus largas y arduas vidas a ejercicios pedestres y a la marcha. Pero el señor Bagnet, inconsciente de esos defectillos, se consagra a que la señora Bagnet coma una enorme cantidad de los manjares que le va sirviendo, y como la buena de la viejita no le causaría una desilusión ningún día, y menos que ninguno en un día así, por nada del mundo, pone su digestión en un peligro terrible. La preocupada madre de Woolwich no puede comprender cómo éste termina su muslo pese a que no desciende de un avestruz.

La viejita ha de soportar otra prueba al concluir el festín y tenerse que quedar

sentada a contemplar cómo se limpia el comedor, se barre la chimenea y se lava y se seca la vajilla en el patio. La felicidad y la energía con que las dos señoritas se aplican a esas funciones, levantándose las faldas en imitación de su madre, y patinando sobre pequeños andamios de zuecos, inspiran las mayores esperanzas para el futuro, pero una cierta preocupación por el presente. Las mismas causas llevan a la confusión de las lenguas, los golpes en los platos, el tintineo de las tazas de metal, el blandir de las escobas y un gran gasto de agua, todo ello en exceso, mientras la saturación de las dos damiselas es un espectáculo casi demasiado conmovedor para que la señora Bagnet lo pueda contemplar con la calma propia de su posición. Por fin quedan triunfalmente terminados todos los diversos procesos de limpieza; Quebec y Malta aparecen con ropa limpia, sonrientes y secas; se colocan en la mesa pipas, tabaco y algo que beber, y la viejita goza del primer rato de tranquilidad que conoce en el día de esta encantadora conmemoración.

Cuando el señor Bagnet ocupa su asiento de costumbre, las manillas del reloj están muy cerca de las cuatro y media; justo cuando las marcan, el señor Bagnet anuncia:

—¡George! Puntualidad militar.

Es George, que felicita efusivamente a la viejita (a quien da un beso en esta magna ocasión) y saluda cariñosamente a los niños y al señor Bagnet.

—¡Que cumpla usted muchos! —dice el señor George.

—¡Pero George, muchacho! —exclama la señora Bagnet mirándolo curiosa—
¿Qué te ha pasado?

—¿A mí?

—¡Ay, estás tan pálido! George, resulta extraño en ti. Y pareces como aturdido.
¿No es verdad, Lignum?

—George —dice el señor Bagnet—, díselo a la viejita. Qué pasa.

—No sabía que estaba pálido —dice el soldado, que se pasa la mano por la frente—, ni que pareciese aturdido, y lo siento. Pero la verdad es que el chico que estaba en mi casa se murió ayer por la tarde y me ha dejado muy triste.

—¡Pobrecito! —exclama la señora Bagnet con compasión materna—. ¿Se ha muerto? ¡Dios mío!

—No quería decirlo, porque no es tema para un cumpleaños, pero ya ve usted que me lo ha sacado antes de que me sentara. Me hubiera recuperado en un minuto —dice el soldado, tratando de hablar en tono más alegre—, pero es usted muy rápida, señora Bagnet.

—Tienes razón. La viejita. Es rápida. Como una centella —observa el señor Bagnet.

—Y lo que es más, hoy es su día y tenemos que dedicarnos a ella —señala el señor George—. Mire. Le he traído un brochecito. Ya sé que no es nada, pero es un

recuerdo. Es el único valor que tiene, señora Bagnet.

El señor George saca su regalo, que es recibido con aplausos de admiración por los niños, y con una especie de admiración reverencial por el señor Bagnet.

—Viejita —dice este último—. Dile lo que opino yo.

—¡Es maravilloso, George! —exclama la señora Bagnet—. ¡Es lo más maravilloso que he visto en mi vida!

—¡Bien! —afirma el señor Bagnet—. Eso es lo que opino yo.

—Es tan bonito, George —dice la señora Bagnet, que le da vueltas por todos los lados y lo aleja de los ojos para admirarlo mejor—, que me parece demasiado fino para mí.

—¡Mal! —dice el señor Bagnet—. Eso no es lo que opino yo.

—Pero sea como sea, un millón de gracias, muchacho —dice la señora Bagnet, a quien le brillan los ojos de alegría, y alarga la mano al soldado—, y aunque a veces me he portado ásperamente contigo, George, estoy segura de que somos los mejores amigos que pueda haber en el mundo. Ahora quiero que me lo pongas tú mismo, George, para que me dé buena suerte.

Los niños se acercan a ver cómo lo hace, y el señor Bagnet alarga la cabeza por encima de la del joven Woolwich para ver cómo lo hace, con un interés tan maduro e inexpresivo y al mismo tiempo tan deliciosamente infantil que la señora Bagnet no puede evitar el echarse a reír y decir: «¡Ay, Lignum, Lignum, qué divertido eres!». Pero el soldado no logra ponerle el broche. Le falla la mano y el adorno se cae.

—¿Qué os parece? —dice, cogiéndolo antes de que llegue al suelo y mirándolos a ellos—. ¡Estoy tan nervioso que no puedo hacer ni esto!

La señora Bagnet concluye que en un caso así no hay remedio como una pipa y, poniéndose ella misma el broche en un santiamén, hace que el soldado ocupe su lugar habitual y que se pongan en marcha las pipas.

—Si esto no te tranquiliza, George —le dice—, no tienes más que mirar tu regalo de vez en cuando y entre las dos cosas *tienes* que tranquilizarte.

—Con usted debería bastarme —responde George—; lo sé perfectamente, señora Bagnet. La verdad es que han sido demasiadas cosas para mí. Es lo del pobre muchacho. Ha sido un mal trago verlo morir así y no poder ayudarlo.

—¿Qué dices, George? Sí que le ayudaste. Le acogiste bajo tu techo.

—En eso lo ayudé, pero es muy poco. Quiero decir, señora Bagnet, que allí estaba, muriéndose y sin que nadie le hubiera enseñado nada más que distinguir la mano izquierda de la derecha. Y estaba demasiado malo para que se le pudiera enseñar nada.

—¡Ay, pobrecito! —dice la señora Bagnet.

—Y eso —dice el soldado, sin encender la pipa todavía— es lo que le hizo a uno recordar a Gridley. También su caso fue bastante malo, aunque diferente. Luego las

dos cosas se le mezclan a uno en la cabeza con ese viejo sinvergüenza de corazón de piedra que intervino en los dos casos. Y el pensar ese corazón de piedra allá en su esquina, duro, indiferente, tomándose todo con tanta tranquilidad..., le aseguro que le hace a uno hervir la sangre en las venas.

—Lo que te aconsejo —responde la señora Bagnet— es que enciendas tu pipa y que eso sea lo único que hierva; es más sano y más cómodo, y en general mejor para la salud.

—Tiene usted razón —dice el soldado—; es lo que voy a hacer.

Efectivamente la enciende, aunque sigue manteniendo una gravedad indignada que impresiona a los jóvenes Bagnet, e incluso hace que el señor Bagnet aplase la ceremonia de brindar a la salud de la señora Bagnet, cosa que hace siempre él en estas ocasiones, con un discurso de una concisión ejemplar. Pero como las damiselas ya han compuesto lo que el señor Bagnet tiene la costumbre de llamar «la poción», y la pipa de George ya está encendida, el señor Bagnet considera su deber pasar al brindis de la velada. Se dirige a los reunidos en los siguientes términos:

—George. Woolwich. Quebec. Malta. Hoy es su cumpleaños. Si hacéis una marcha de un día. No encontraréis otra igual. ¡Va por ella!

Una vez bebido el brindis con entusiasmo, la señora Bagnet da las gracias con un lindo discurso de igual brevedad. Esta composición modelo se limita a tres palabras: «¡Va por vosotros!», que la viejita complementa con un gesto a cada uno sucesivamente y un trago medido de la poción. Pero esta vez lo complementa con una exclamación totalmente inesperada:

—¡Ahí hay un hombre!

Y ahí hay un hombre, para gran asombro del grupito, que está mirando por la puerta del salón. Es un hombre de mirada penetrante, un hombre vivaz y sagaz, que devuelve la mirada de todos y cada uno de ellos al mismo tiempo, de una forma que demuestra que se trata de un hombre notable.

—George —dice el hombre con un gesto—, ¿cómo está usted?

—¡Pero si es Bucket! —exclama el señor George.

—Sí —dice el hombre, que entra y cierra la puerta—. Pasaba por la calle y me paré a mirar los instrumentos musicales de la tienda (un amiguete mío necesita un violonchelo de segunda mano, pero que sea bueno), y vi un grupo que estaba de fiesta, y creía que eras tú el que estaba aquí en el rincón. Me pareció que no había duda. ¿Cómo te van las cosas ahora, George? Bien, ¿verdad? ¿Y usted, señora? ¿Y usted, jefe? ¡Dios mío —dice el señor Bucket, abriendo los brazos—, si también hay niños! Conmigo los niños pueden hacer lo que quieran. Dadme un beso, guapas. No hay que preguntaros a vosotros de quién sois hijos. ¡En mi vida he visto parecidos iguales! ¡Sois el vivo retrato!

El señor Bucket es bien recibido y se sienta al lado de George y toma en sus

rodillas a Quebec y Malta.

—Dadme otro beso, guapitas —dice el señor Bucket—; es lo único de lo que nunca me canso. ¡Dios mío, qué guapas estáis! ¿Y qué edad tienen las niñas, señora? Yo diría que ocho años una y diez la otra.

—Casi acierta, caballero —dice la señora Bagnet.

—Casi siempre acierto —responde el señor Bucket—, porque me gustan mucho los niños. Un amigo mío tiene diecinueve hijos, señora, todos de la misma madre, y ésta sigue tan fresca y tan sonrosada como el alba. No tanto como usted, pero le aseguro que casi, casi. Y ¿cómo llamas a éstas, guapita? —continúa el señor Bucket, pellizcándole las mejillas a Malta—. Rosas, eso es lo que son. ¡Qué guapa! ¿Y qué me dice tu padre? ¿Crees que tu padre podría recomendarme un violonchelo de segunda mano, pero que sea bueno, para el amigo del señor Bucket, preciosa? Yo me llamo Bucket. ¿No te parece un nombre divertido?

Todas estas carantoñas han cautivado el corazón de la familia. La señora Bagnet se olvida del día que es hasta el punto de llenar una pipa y una copa para el señor Bucket y atenderlo hospitalariamente. En cualquier circunstancia se alegraría de recibir a un personaje tan afable, pero le dice que como amigo de George celebra especialmente verlo esta tarde, porque George no está tan animado como de costumbre.

—¿Que no está tan animado? —exclama el señor Bucket—. ¡Eso es imposible! ¿Qué pasa, George? No me digas que estás desanimado. ¿Por qué estás desanimado? ¿No tendrás alguna preocupación?

—Nada especial —responde el soldado.

—Seguro que no —replica el señor Bucket—. ¿Por qué ibas a estar preocupado? ¿Están preocupadas estas preciosidades? Claro que no, pero ya van a darles preocupaciones a más de un muchacho un día de éstos, y les van a dar achares. No soy profeta, pero eso se lo aseguro, señora.

La señora Bagnet, encantada, espera que el señor Bucket también tenga familia.

—¡Pues fíjese, señora —dice el señor Bucket—, aunque no lo crea, no! No tengo. Toda mi familia se reduce a mi mujer y una pensionista. A la señora Bucket le gustan los niños tanto como a mí, y hubiera querido tenerlos tanto como yo; pero no. Así son las cosas. Los bienes de este mundo están desigualmente repartidos y el hombre no debe quejarse. ¡Qué patio más bonito, señora! ¿Tiene salida a la calle?

—No, el patio no tiene salida.

—¿De verdad que no? —se maravilla el señor Bucket—. Yo hubiera jurado que sí. Bueno, creo que nunca he visto un patio más bonito. ¿Me permite echarle un vistazo? Gracias. No, ya veo que no tiene salida. ¡Pero qué buenas proporciones tiene!

Tras lanzar su mirada penetrante por todas partes, el señor Bucket vuelve a su

asiento al lado de su amigo George, y le da un golpecito afectuoso en el hombro.

—¿Cómo va ese ánimo, George?

—Ya estoy bien —replica el soldado.

—¡Es lógico! —comenta el señor Bucket—. ¿Por qué vas a estar mal de ánimo? Un hombre de tu salud y tu vigor no tiene por qué estar mal de ánimo. Ese pecho no es para estar mal de ánimo, ¿verdad, señora? ¡Y ya sabes que no tienes ningún motivo de preocupación, George, estaría bueno!

Insistiendo un tanto en esta frase, en comparación con la amplitud y la variedad de su conversación habitual, el señor Bucket la repite dos o tres veces dirigiéndola a la pipa que enciende y con un gesto de estar atento a todo que es muy suyo. Pero el sol de su sociabilidad pronto se recupera de este breve eclipse y vuelve a lucir.

—Y éste es vuestro hermano, ¿verdad, guapas? —preguntó el señor Bucket, dirigiéndose a Quebec y Malta en busca de información sobre el joven Woolwich—. Pues tenéis un hermano muy guapo... Bueno, debe de ser un hermanastro. Porque es demasiado mayor para ser hijo suyo, señora.

—En todo caso, puedo certificar que no es de otra —responde la señora Bagnet, riéndose.

—¡Me sorprende usted! Pero sí que se le parece, no cabe duda. ¡Es su vivo retrato! Pero en la frente, la verdad es que ahí es igual que su padre —y el señor Bucket compara ambas caras, para lo cual cierra un ojo, mientras el señor Bagnet fuma con una satisfacción impasible.

Esa es la oportunidad para que la señora Bagnet le comunique que el muchacho es ahijado de George.

—Conque el ahijado de George, ¿eh? —comenta el señor Bucket con gran cordialidad—. Tengo que estrecharle otra vez la mano al ahijado de George. Buen padrino, buen ahijado. ¿Y qué quiere usted que sea de mayor, señora? ¿Tiene vocación por algún instrumento musical?

El señor Bagnet interviene repentinamente:

—Toca la flauta. Muy bien.

—¿Me creería usted, jefe, si le digo que cuando yo era joven también tocaba la flauta? No de manera científica, como supongo que la toca él, sino de oído. Alabado sea Dios. «Granaderos Británicos»: ¡Ésa sí que es una marcha que levanta los ánimos de los ingleses! ¿Sabrías tocarnos la Marcha de los Granaderos Británicos, muchacho?

Nada podía resultar más placentero para el grupito que esta petición hecha al joven Woolwich, que inmediatamente saca su flauta e interpreta la animada melodía, durante cuya interpretación el señor Bucket, muy animado, lleva el ritmo y nunca falla cuando llega el coro, de entonar: «¡Gra-na-de-ros Bri-tá-ni-cos!». En resumen, que da tales muestras de afición a la música que hasta el señor Bagnet se saca la pipa

de la boca para afirmar su convencimiento de que es un buen cantante. El señor Bucket recibe la armónica acusación con tanta modestia, confesando que es cierto que en sus tiempos canturreaba algo, para expresar los sentimientos de su propio corazón, y sin ninguna idea presuntuosa de entretener a sus amistades, que le piden que cante. Por no desmerecer de la sociabilidad de la velada, accede y entona la balada titulada «Créeme que todos tus encantos juveniles». Comunica a la señora Bagnet que a su juicio ésta fue su arma más poderosa para ganar el corazón de la señora Bucket cuando ésta era una jovencita, e inducirle a ir al altar, aunque la frase que emplea el señor Bucket es «ir al matadero».

El animado desconocido se convierte en un elemento tan nuevo y agradable de la velada que el señor George, que no dio grandes muestras de alegría cuando llegó, empieza, muy a su pesar, a sentirse bastante orgulloso de él. Es tan amable, tiene tantos recursos y es tan fácil conversar con él, que resulta agradable ser quien lo ha dado a conocer en la casa. Tras otra pipa, el señor Bagnet aprecia tanto el haberlo conocido que le solicita el placer de su compañía para el próximo cumpleaños de su viejita. Si hay algo que pueda consolidar más la estima en que tiene el señor Bucket a la familia es el descubrir el carácter de la ocasión. Bebe a la salud de la señora Bagnet con una calidez que casi es fervor, se compromete para el mismo día dentro de un año, apunta la fecha en un gran cuaderno negro cerrado con una goma y murmura su esperanza de que antes de esa fecha la señora Bucket y la señora Bagnet hayan llegado a ser como hermanas, por así decirlo. Como suele decir él mismo, ¿qué es la vida pública si no se tienen relaciones? Él aunque humildemente, es un hombre público, pero no es en esa esfera donde encuentra la felicidad. No, ésta hay que buscarla en el ámbito de la dicha doméstica.

En estas circunstancias es natural que él, a su vez, recuerde al amigo al que debe una amistad tan prometedora. Y lo hace. Se mantiene siempre a su lado. Cualquiera sea el tema de conversación, siempre tiene la vista fija amistosamente en él. Espera para irse a casa con él. Le interesan hasta las botas que lleva, y las observa atentamente, mientras el señor George fuma con las piernas cruzadas, al lado de la chimenea.

Por fin, el señor George se levanta para marcharse. En el mismo instante, el señor Bucket, con la solidaridad secreta de la amistad, se levanta también. Sigue haciéndoles cariños a los niños hasta el final, y recuerda el recado que traía para un amigo ausente.

—En cuanto al violonchelo ése de segunda mano, jefe, ¿podría usted recomendarme algo?

—Muchos —dice el señor Bagnet.

—Se lo agradezco —responde el señor Bucket, con un apretón de manos—. Es usted un amigo para los momentos difíciles. ¡Pero que sea bueno! Mi amigo es todo

un artista. Pero ¡si le da al Mozart y al Händel ésos y a todos esos peces gordos como un auténtico artista! Y no hace falta —añade el señor Bucket en tono considerado e íntimo— que tenga que ser muy barato, jefe. No quiero pagar demasiado en nombre de mi amigo, pero quiero que se cobre usted un porcentaje adecuado, para compensar el tiempo que le lleve. Es lo justo. Todos tenemos que vivir, y así deben ser las cosas.

El señor Bagnet hace un gesto de la cabeza dirigido hacia su viejita, en sentido de que acaban de conocer a una verdadera joya.

—Supongamos que vengo a verle a usted, digamos, a las diez y media mañana por la mañana. ¿Podría usted indicarme unos cuantos violonchelos buenos? —pregunta el señor Bucket.

Nada más fácil. Tanto el señor como la señora Bagnet se comprometen a tener la información pedida, e incluso se sugieren entre sí la posibilidad de tener unos cuantos en casa para someterlos a su aprobación.

—Gracias —dice el señor Bucket—, gracias. Buenas noches, señora. Buenas noches, jefe. Buenas noches, guapas. Les agradezco mucho que me hayan brindado una de las veladas más agradables que he pasado en mi vida.

Al contrario, son ellos quienes le están agradecidos por el placer que les ha causado su compañía, y así se separan con muchas expresiones de buena voluntad por ambas partes.

—Y ahora, George, muchacho —dice el señor Bucket, tomándolo del brazo a la puerta de la tienda—, ¡vamos! —Mientras avanzan por la callejuela y los Bagnet se paran un momento a mirarlos, la señora Bagnet observa al buen Lignum que el señor Bucket «va casi pegado a George, y parece tenerle mucho cariño».

Como las calles del vecindario son estrechas y están mal pavimentadas, resulta algo incómodo andar por ellas de a dos en fondo y del brazo. En consecuencia, el señor George propone ir de uno en uno. Pero el señor Bucket, que no puede decidirse a abandonar ese gesto de amistad, replica:

—Espera medio minuto, George. Primero quiero hablar contigo —e inmediatamente lo mete de un tirón en una taberna, en cuya salita se coloca frente a él y se queda con la espalda contra la puerta.

—Bueno, George —dice el señor Bucket—. Como tú sabes muy bien, una cosa es el deber y otra cosa es la amistad. A mí no me gusta que lo uno esté en conflicto con lo otro, si puedo evitarlo. He tratado de que no pasara nada desagradable esta tarde, y estarás de acuerdo en que lo he conseguido. Ahora considérate detenido, George.

—¿Detenido? ¿Por qué? —pregunta el soldado, estupefacto.

—Vamos, George —dice el señor Bucket, exhortándolo con un gesto del índice a que adopte una actitud razonable—, como sabes muy bien, el deber es una cosa y la conversación otra. Tengo la obligación de informarte de que todo lo que digas podrá utilizarse en contra tuya. O sea, George, que ten cuidado con lo que dices. ¿No has

oído hablar de un asesinato?

—¡Un asesinato!

—Vamos, George —continúa diciendo el señor Bucket, que mantiene el índice impresionantemente activo—, recuerda lo que te he dicho. No te pregunto nada. Esta tarde estabas mal de ánimo. Insisto: ¿has oído hablar de un asesinato?

—No. ¿Dónde ha habido un asesinato?

—Vamos, George —continúa el señor Bucket—, no vayas a comprometerte. Voy a decirte por qué te detengo. Ha habido un asesinato en Lincoln's Inn Fields: un señor llamado Tulkinghorn. Murió anoche; de un tiro. Por eso te detengo.

El soldado se deja caer en una silla, le empiezan a brotar grandes gotas en la frente y por su faz se difunde una palidez mortal.

—¡Bucket! Será posible que hayan matado al señor Tulkinghorn y que sospeche usted *de mí!*

—George —replica el señor Bucket, que sigue moviendo el dedo—, es tan posible, que eso es lo que pasa. El crimen se cometió anoche a las diez. Tú sabrás dónde estabas anoche a las diez y sin duda podrás probarlo.

—¡Anoche! ¡Anoche! —repite el soldado pensativo. Y de pronto se acuerda—
¡Dios mío, anoche estuve allí!

—Eso tenía entendido, George —replica el señor Bucket con mucha calma—. Eso tenía entendido. Igual que has estado muchas veces allí. Te han visto rondando por allí, y te han oído pelear con él más de una vez, y es posible... Atención, no digo seguro, pero sí posible que alguien le haya oído a él decir que eras un tipo amenazador, asesino y peligroso.

El soldado se queda con la boca abierta, como dispuesto a reconocerlo todo, pero no puede hablar.

—Vamos, George —continúa diciendo el señor Bucket, que deja el sombrero en una mesa, como si lo único que le interesara en este mundo fuera el estudio de la tapicería—, lo único que yo deseo, igual ahora que a lo largo de toda la tarde, es que no pase nada desagradable. Te digo sinceramente que Sir Leicester Dedlock, Baronet, ha ofrecido una recompensa de cien guineas. Tú y yo siempre nos hemos llevado bien, pero tengo un deber que cumplir, y si alguien se va a ganar esas cien guineas más vale que sea yo, y no otro. Por todo lo cual espero que comprendas que he de detenerte, y que me ahorquen si no te detengo. ¿Tengo que pedir ayuda o están las cosas claras?

El señor George se ha recuperado y se yergue como un soldado.

—¡Vamos! —dice—. Estoy dispuesto.

—George —continúa diciendo el señor Bucket—, ¡espera un momento! —con sus gestos de tapicero, como si el soldado fuera una ventana a la que poner burletes, se saca del bolsillo un par de esposas—, se trata de una acusación grave, George, y

tengo un deber que cumplir.

Al soldado se le suben los colores de ira, y titubea un momento, pero alarga las dos manos juntas y dice:

—¡Ahí... están! ¡Póngamelas!

El señor Bucket se las pone en un momento.

—¿Cómo las encuentras? ¿Te aprietan? Si te aprietan, me lo dices, porque no quiero que las cosas sean más desagradables de lo necesario, dentro de los límites que me impone el deber, y tengo otro par en el bolsillo. —Y hace esta observación como si fuera un comerciante respetable, deseoso de hacer bien lo que le han encargado, a plena satisfacción del cliente—. ¿Están bien así? ¡Perfecto! Y ahora, mira, George — y saca una capa de un rincón y empieza a ponérsela al cuello al soldado—, cuando salí a buscarte comprendí cuáles serían tus sentimientos y por eso he traído esto. ¡Mira! ¿Quién se va a enterar?

—Sólo yo —responde el soldado—, pero ya que lo sé yo, hágame un favor y bájeme el sombrero hasta las cejas.

—¡Vamos! ¿De verdad? Es una pena. No parece bien.

—No puedo mirar a la gente con que nos cruzamos con estas cosas puestas — replica rápidamente el señor George—. Por el amor de Dios, bájeme el sombrero hasta las cejas.

Ante esta exhortación, el señor Bucket obedece, se pone él también el sombrero y lleva a su presa a la calle; el soldado marcha con su decisión de siempre, aun que lleva la cabeza menos erguida, y el señor Bucket lo guía por el codo en los cruces y las esquinas.

50. La narración de Esther

Ocurrió que cuando volví de Deal a casa encontré una nota de Caddy Jellyby (como seguíamos llamándola nosotros) en la cual me comunicaba que su salud, que era delicada desde hacía algún tiempo, había empeorado, y que no podía saber yo la alegría que le daría si podía ir a verla. Era una nota de pocas líneas, escrita desde su lecho de enferma, y que contenía otra de su marido, el cual éste secundaba la petición de ella con gran solicitud. Caddy era ya madre, y yo madrina, de un pobrecito bebé: una nenita de carita arrugada con un rostro que parecía hundirse bajo los bordes del gorrito, y unas manitas flacas de dedos largos que siempre tenía apretadas bajo la barbilla. Se pasaba el día acostada en esa postura, con los ojitos brillantes muy abiertos y preguntándose (solía imaginarme yo) por qué era tan pequeña y tan débil. Siempre que la cambiaban de postura se echaba a llorar, pero el resto del tiempo era tan buena que parecía como si no deseara en la vida nada más que estarse quietecita y pensar. Tenía unas extrañas venillas oscuras en la cara, y unas curiosas marcas oscuras bajo los ojos, como débiles recuerdos de los días entintados de Caddy, y, en general, para quienes no estaban acostumbrados a verla, era un espectáculo que daba pena.

Pero a Caddy le bastaba con estar ella acostumbrada a verla. Los proyectos con los que iba pasando los días de su enfermedad, para la educación de la pequeña Esther, la boda de la pequeña Esther, e incluso para su propia vejez, como abuela de las pequeñas Estheres de la pequeña Esther expresaban de manera tan bonita su cariño a aquel orgullo de su vida que me siento tentada de recordar algunos de ellos, si no fuera porque me doy cuenta de que me estoy apartando de mi narración.

Volvamos a la carta. Caddy tenía una superstición relacionada conmigo, que se le había ido haciendo más fuerte desde aquella noche, hacía mucho tiempo, en que se había quedado dormida con la cabeza en mi regazo. Estaba casi convencida (creo que debo decir totalmente convencida) de que siempre que yo estaba a su lado le pasaban cosas buenas. Aunque aquello era una fantasía de aquella chica tan cariñosa que casi me da vergüenza recordar, quizá tuviera toda la fuerza de la realidad cuando estaba verdaderamente enferma. En consecuencia, y con el permiso de mi Tutor, me puse inmediatamente en marcha para ver a Caddy; y ella y Prince se alegraron tanto de verme que nunca había visto yo nada igual. Al día siguiente volví a sentarme a su lado, y lo mismo al otro. Era un viaje muy fácil, pues bastaba con que me levantara un poco más temprano por la mañana, hiciera mis cuentas y atendiera a los asuntos de la casa antes de marcharme.

Pero una vez hechas aquellas tres visitas, mi Tutor me dijo una noche, a mi regreso:

—Bueno, mujercita, mujercita, esto no puede continuar. La gota de agua acaba

por horadar la piedra, y los constantes viajes acaban incluso con la señora Durden. Vamos a pasar una temporada en Londres en nuestro antiguo alojamiento.

—No lo haga usted por mí, mi querido Tutor —dije—, porque nunca me siento cansada —lo cual era verdad. Incluso me alegraba el que quisieran mi compañía.

—Pero sí por mí —respondió mi Tutor—, o por Ada, o por los dos. Creo que mañana es el cumpleaños de alguien.

—Es verdad, yo también —dije, dándole un beso a mi niña, que al día siguiente cumplía los veintiuno.

—Bueno —observó mi Tutor, medio en broma, medio en serio—, es un gran día que dará a mi querida prima unas cuantas cosas que hacer en relación con la afirmación de su independencia, y para eso es mejor estar en Londres. De manera que nos vamos a Londres. Una vez resuelto esto, queda otra cosa: ¿cómo has dejado a Caddy?

—Nada bien, Tutor. Me temo que va a tardar algún tiempo en recuperar la salud y las fuerzas.

—¿A qué llamas tú algún tiempo? —preguntó mi Tutor, pensativo.

—Unas semanas, me temo.

—¡Ah! —y empezó a pasearse por la habitación con las manos en los bolsillos, lo cual mostraba que eso era lo que había pensado él—. ¿Y qué te parece su médico? ¿Es un buen médico, amor mío?

Me sentí obligada a confesar que no sabía que no lo fuera, pero que Prince y yo habíamos convenido aquella misma tarde en que nos gustaría ver su opinión confirmada por algún otro.

—Bueno, ya sabes —replicó rápidamente mi Tutor— que contamos con Woodcourt.

Yo no había querido referirme a él, y me sentí tomada por sorpresa. Durante un momento pareció como si todo lo que ya pensaba en relación con el señor Woodcourt volviera sobre mí para confundirme.

—¿No tendrás nada que objetar, mujercita?

—¿Objectarle a él, tutor? ¡Ah, no!

—¿Y no crees que la paciente tenga nada en contra de él?

Por el contrario, a mí no me cabía duda de que ella estaría dispuesta a confiar mucho en él y a llevarse muy bien con él. Dije que para ella no era ningún desconocido, pues lo había visto muchas veces cuando él había tenido la amabilidad de atender a la señorita Flite.

—Muy bien —dijo mi Tutor—. Hoy ha venido a vernos, hija mía, y mañana hablaré con él del asunto.

En aquella breve conversación tuve la idea (aunque no sé cómo, porque ella se mantuvo en silencio y no nos miramos) de que mi niña recordaba muy bien con qué

risas me había tomado por la cintura cuando nada menos que la propia Caddy me había traído el regalito de despedida de él. Aquello me hizo pensar que debería ponerla al tanto, y también a Caddy, de que yo iba a pasar a ser la señora de Casa Desolada, y que si aguardaba más tiempo a hacer esa revelación, me haría menos digna a sus propios ojos del amor del señor de la casa. En consecuencia, cuando subimos a nuestras habitaciones y esperamos hasta que el reloj diera las 12, únicamente con el objeto de que pudiera ser yo la primera en felicitar de todo corazón a mi cariñito por su cumpleaños y en darle un abrazo, le expuse, igual que me había expuesto a mí misma, la bondad y la honorabilidad de su primo John y la vida tan feliz que me esperaba. Si alguna vez mi bienamada me mostró más cariño que de costumbre en toda nuestra relación, desde luego fue aquella noche. Y yo me sentí tan alegre al verlo, y tan reconfortada por la sensación de haber hecho bien al eliminar aquella última reserva absurda, que me sentí diez veces más feliz que antes. Hacía apenas unas horas que no había considerado que aquello fuera una reserva por mi parte, pero ahora que había desaparecido, me pareció comprender mejor su índole.

Al día siguiente nos fuimos a Londres. Hallamos libre nuestro antiguo alojamiento, y en media hora quedamos cómodamente instalados, como si nunca nos hubiéramos ido. El señor Woodcourt comió con nosotros, para celebrar el cumpleaños de mi niña, y fue un acontecimiento tan agradable como era posible con el gran vacío que naturalmente creaba la ausencia de Richard. A partir de aquel día pasé unas semanas (ocho o nueve, según recuerdo) acompañando mucho a Caddy, y así ocurrió que vi mucho menos a Ada en aquella época que en ninguna desde que nos habíamos conocido, salvo cuando yo misma estuve enferma. También ella venía a menudo a casa de Caddy, pero allí nuestra función consistía en entretenerla y animarla, y no hablábamos para intercambiar nuestras confidencias habituales. Cuando me iba a casa por la noche, nos íbamos juntas, pero era frecuente que el reposo de Caddy se viera interrumpido por sus dolores, y muchas veces me quedaba con ella para atenderla.

Con su marido y su nenita chiquitita a la que amar, y su casa por la que luchar, ¡qué gran persona era Caddy! Era altruista, no se quejaba, quería ponerse bien por ellos, no quería causar problemas, pensaba siempre en que su marido tenía que trabajar sin la ayuda de nadie, y jamás se olvidaba de las comodidades del señor Turveydrop padre. Hasta entonces nunca le había visto yo tal como era de verdad. Y parecía muy curioso que su pálida cara y su cuerpo sin fuerza estuvieran yaciendo allí, mientras lo que importaba en la vida era el baile, mientras el violín y los aprendices empezaban de madrugada en el salón de baile, y mientras el muchacho sucio bailaba el vals solo en la cocina durante toda la tarde.

A petición de Caddy, me encargué de la administración de su apartamento, lo puse en orden y la saqué a ella, en su propia cama, a un rincón más ventilado y más

alegre que el que había estado ocupando, y después todos los días cuando ya estábamos perfectamente arregladas, le ponía todos los días en brazos a mi tocayita y nos sentábamos a charlar o a hacer labores, o yo le leía algo. Fue una de aquellas primeras veces de tranquilidad cuando le hablé a Caddy de Casa Desolada.

Además de Ada, teníamos otros visitantes. El primero de todos era Prince, que en los intervalos entre sus clases subía corriendo en silencio y se sentaba en silencio, con un gesto de preocupación amorosa por Caddy y por la niñita. Se sintiera como se sintiera Caddy, nunca dejaba de decirle a Prince que estaba casi bien, lo cual (el cielo me perdone) confirmaba siempre yo. Ello ponía a Prince de tan buen humor que a veces se sacaba su pequeño violín del bolsillo y tocaba uno o dos acordes para ver si sorprendía a la nena, lo cual nunca logró ni una sola vez, pues mi diminuta tocaya jamás se daba cuenta.

Y, por añadidura, estaba la señora Jellyby. Venía de vez en cuando, con su aire preocupado de siempre, y se quedaba sentada en silencio, mirando millas más allá de su nieta, como si su atención estuviera absorbida por algún borriobuleño en su costa natal. Con su mirada brillante de siempre, y su serenidad y su desorden de siempre, decía: «Bueno, Caddy, hija mía, ¿cómo te sientes hoy?». Y después se quedaba allí sentada con su sonrisa afable, sin escuchar la respuesta, o se iba deslizando gradualmente a un cálculo del número de cartas que había recibido y contestado últimamente, o de la capacidad de cultivo de café de Borriobula-Gha. Y todo ello lo hacía siempre en medio de un desdén sereno por nuestra limitada esfera de acción, que no podía disimular.

Encima estaba el señor Turveydrop padre, que de la mañana a la noche y de la noche a la mañana era objeto de innumerables atenciones. Si lloraba la niña, casi la sofocaban para que el ruido no le causara incomodidad. Si hacía falta atizar el fuego por la noche, ello se hacía de manera subrepticia para no molestar su sueño. Si Caddy necesitaba algo que hubiera en la casa, primero preguntaba si era probable que también lo necesitara él. A cambio de aquellas atenciones, él bajaba a su habitación una vez al día, prácticamente como para darle su bendición, con tal aire de condescendencia, de paternalismo y de superioridad, al dispensar la luz de su eminente presencia, que hubiera cabido suponer (de no haber tenido antecedentes) que él era el benefactor de la vida de Caddy.

—Caroline mía —decía, haciendo todo lo que podía para aparentar que se inclinaba sobre ella—, dime que hoy vas mejor.

—Sí, mucho mejor, gracias, señor Turveydrop —replicaba Caddy.

—¡Magnífico! ¡Estoy encantado! Y nuestra querida señorita Summerson, ¿no está postrada de fatiga? —al decir lo cual arrugaba los párpados y me enviaba un beso con los dedos, aunque celebro decir que sus atenciones habían cesado desde que había ocurrido el cambio de mi físico.

—En absoluto —le aseguraba yo.

—¡Magnífico! Tenemos que cuidar de nuestra querida Caroline, señorita Summerson. No hay que escatimar en nada que sirva para restablecerla. Hay que darle reconstituyentes. Mi querida Caroline —y se volvía hacia su nuera con un aire infinito de protección y de generosidad—, que no te falte nada, hija mía. Tus deseos han de ser órdenes, cariño. Todo lo que contiene esta casa, todo lo que contiene mi apartamento, está a tu servicio, querida mía. No permitas siquiera —añadía a veces en un estallido de Porte— que se tengan en cuenta mis sencillas necesidades si en algún momento se cruzan con las tuyas, Caroline mía. Tus necesidades son superiores a las mías.

Había establecido desde hacía tanto tiempo un derecho prescriptivo al Porte (y su hijo había heredado de su madre un gran respeto a ese Porte que varias veces advertí que tanto Caddy como su marido estallaban en lágrimas ante aquellos sacrificios tan afectuosos.

—No hijos míos —replicaba a veces, y cuando yo veía que Caddy le echaba los brazos al cuello al decir él aquellas palabras también hubiera estallado yo, aunque no en lágrimas—, ¡no, no! He prometido que jamás os abandonaré. Sedme fieles y afectuosos, es lo único que os pido. Y ahora, ¡quedad con Dios! Me voy al Parque.

Se iba a tomar el aire a fin de abrir el apetito para comer en el hotel. Espero no ser injusta con el señor Turveydrop padre, pero nunca vi en él ningún comportamiento mejor que el registrado fielmente en mis notas, salvo que desde luego se aficionó a Peepy y a veces se llevaba al niño de paseo con gran ceremonia, aunque siempre, en aquellas ocasiones, enviaba al niño a comer a su casa antes de irse él al hotel, y a veces con una moneda de medio penique en el bolsillo. Pero incluso aquel desinterés causaba unos gastos nada despreciables, pues para que Peepy estuviera lo bastante bien ataviado para ir de la mano del maestro del Porte, tenía que vestirse de nuevo, a expensas de Caddy y su marido, de la cabeza a los pies.

El último de nuestros visitantes en aquella casa era el señor Jellyby. La verdad es que cuando llegaba por las tardes y preguntaba a Caddy con su mansa voz cómo se encontraba, y después se sentaba con la cabeza apoyada en la pared, sin tratar de decir nada más, me agradaba mucho. Si me encontraba en plena actividad, aunque no fuera nada de importancia, a veces medio se quitaba la levita, como si tuviera la intención de ayudar con un gran esfuerzo, pero nunca pasaba más allá. Lo único que hacía era sentarse con la cabeza apoyada en la pared, mirando fijamente a la nenita pensativa, y yo no podía quitarme de la cabeza que se comprendían perfectamente entre sí.

No he contado entre nuestros visitantes al señor Woodcourt, porque ya era el médico habitual de Caddy. Ésta empezó a mejorar pronto gracias a sus cuidados, pero estoy segura de que como él era tan amable, tan hábil y tan infatigable en su trabajo,

ello no tenía nada de extraño. En aquella época vi mucho al señor Woodcourt, aunque no tanto como cabría suponer, pues al saber que Caddy estaba a salvo en sus manos, muchas veces me iba a casa a las horas en que sabía en que se lo esperaba a él. Sin embargo, nos veíamos a menudo. Yo ya me había reconciliado bastante conmigo misma, pero, todavía me alegraba ver que él me compadecía, y a mí me parecía que me compadecía. El ayudaba al señor Badger en sus múltiples actividades profesionales, y todavía no tenía proyectos fijos para el futuro.

Fue cuando Caddy empezó a recuperarse cuando empecé a advertir un cambio en mi niña; no puedo decir cuándo se presentó por primera vez, pues lo fui observándolo en una serie de pequeños detalles, ninguno de los cuales era nada en sí mismo y que no empezaban a significar nada hasta que empezaban a sumarse. Pero, al irlos sumando, observé que Ada no tenía conmigo la misma animada franqueza que antes; su cariño para conmigo era tan afable y franco como siempre; de eso no dudaba yo ni un momento, pero tenía un aire de pena callada que no acababa de confiarme, y en el cual advertí yo un pesar escondido.

Esto era algo que no podía entender yo, y tanto me preocupaba la felicidad de mi cariñito que aquello me causó no poca inquietud y me hizo reflexionar mucho. Al final, segura de que Ada me estaba ocultando el motivo de todo aquello, para no hacer que yo también me sintiera desgraciada, se me ocurrió que quizá sintiera pena por mí por lo que le había contado acerca de Casa Desolada.

No sé cómo fue que me persuadí de que aquello era lo más probable. No tenía idea de que al pensar así existiera el menor motivo egoísta. No sentía pena de mí misma; estaba perfectamente satisfecha y me sentía muy feliz. Sin embargo, el que Ada pudiera pensar (por mí, aunque yo misma ya había abandonado esas ideas) en lo que fue alguna vez, pero ya había cambiado totalmente, parecía tan fácil de creer, que lo creí.

¿Qué podía yo hacer para convencer a mi niña (como la consideraba yo) y demostrarle que ya no tenía yo aquellos sentimientos? ¡Bien! Lo único que podía hacer era estar lo más activa y trabajadora posible, y eso era lo que intentaba estar en todo momento. Sin embargo, como la enfermedad de Caddy había causado una interferencia indudable, más o menos, con mis deberes domésticos (aunque siempre había estado en casa por las mañanas para preparar el desayuno de mi Tutor, y él se había reído cien veces, diciendo que debía de haber dos mujercitas, pues su mujercita nunca desaparecía), decidí ser doblemente diligente y bien dispuesta. De manera que recorría la casa cantando todas las canciones que me sabía y me sentaba a hacer labores como una obsesa, y me pasaba el tiempo hablando, mañana, tarde y noche.

Y sin embargo persistía la misma sombra entre mi niña y yo...

—¿De manera, señora Trot —observó mi Tutor, cerrando su libro una noche en que cenábamos los tres juntos— que Woodcourt ha devuelto a Caddy Jellyby la

alegría de vivir?

—Sí —dije—, y cuando el pago es una gratitud como la de ella, verdaderamente, eso es hacerse millonario, Tutor.

—Ojalá fuera cierto —me respondió—; de verdad lo digo.

Yo también opinaba lo mismo, y lo dije.

—¡Sí! Si supiéramos cómo haríamos que fuese más rico que un judío. ¿No es verdad, mujercita?

Me reí mientras seguía con mi labor y repliqué que no estaba muy segura, pues a lo mejor no le sentaba bien, y entonces no sería de tanta utilidad y quizá hubiera muchos que no pudieran prescindir de él. Por ejemplo, la señorita Flite, la propia Caddy y muchos más personas.

—Es cierto —dijo mi tutor—. Lo había olvidado. Pero estaríamos de acuerdo en hacerlo lo bastante rico para vivir, ¿no? ¿Lo bastante rico como para que pudiera vivir con tranquilidad? ¿Lo bastante rico como para que poseyera su propio hogar feliz, con sus propios lares y penates, y quizá también con su propia diosa del hogar?

Aquello era muy distinto, dije. En eso deberíamos estar todos de acuerdo.

—Desde luego —dijo mi Tutor—. Todos nosotros. Aprecio en mucho a Woodcourt, lo estimo en mucho, y he estado sondeándolo discretamente acerca de sus planes. Resulta difícil ofrecer ayuda a un hombre independiente, y encima con esa especie de orgullo que posee. Y, sin embargo, yo celebraría hacerlo, si pudiera o si supiera cómo. Parece sentir una cierta inclinación a embarcarse otra vez. Pero me parece que eso es malgastar a un hombre de su calibre.

—Quizá le abriese nuevos mundos —dije.

—Es posible, mujercita —asintió mi Tutor—. Dudo que abrigue muchas esperanzas respecto del viejo mundo. La verdad es que a veces me da la sensación de que siente una especie de desilusión o de desgracia personal en éste. ¿No le has oído decir nada al respecto?

Negué con la cabeza.

—Bueno —dijo mi Tutor—, a lo mejor me he equivocado.

Como en aquel momento se produjo una breve pausa y opiné, por tranquilidad de mi niña, que más valía la pena llenarla, empecé a tararear una canción que sabía era una de las favoritas de mi Tutor.

—Y, ¿cree usted que el señor Woodcourt va a volver a embarcarse otra vez? —pregunté cuando terminé de tararearla.

—No sé qué pensar exactamente, querida mía, pero en estos momentos creo probable que esté pensando en pasar una larga temporada en otro país.

—Estoy segura de que se llevará con él nuestros mejores deseos dondequiera que vaya —dije—, y aunque eso no significa que se enriquezca, tampoco es nada malo, Tutor.

—Desde luego, mujercita —me respondió.

Yo estaba sentada en mi lugar de costumbre, que ahora era junto a la silla de mi Tutor. No era ése mi lugar antes de la carta, pero sí ahora. Miré hacia Ada, que estaba sentada en frente, y cuando ella me miró vi que tenía los ojos bañados en lágrimas, y que aquellas lágrimas le resbalaban por las mejillas. Pensé que no tenía más que comportarme con placidez y alegría, para aclarar de una vez las cosas a mi niña y lograr que se tranquilizara. Así era como me sentía realmente y no tenía que hacer sino comportarme con naturalidad.

Así, pues, hice que mi corazoncito se apoyara en mi hombro (¡sin darme cuenta de lo que de verdad le pesaba en el alma!), le pasé el brazo por la cintura y la llevé arriba. Cuando ya estábamos en nuestro cuarto, y cuando quizá podría haberme dicho lo que yo estaba tan poco preparada para oír, no la alenté en absoluto a que se confiara en mí; nunca pensé que lo necesitara.

—¡Ay, mi querida y bondadosa Esther —dijo Ada—, si pudiera decidirme a hablar contigo y con mi primo John cuando estáis juntos!

—¡Pero, cariño mío! —repliqué—. Ada, ¿por qué no vas a hablarnos?

Ada se limitó a bajar la cabeza y a estrecharme contra su corazón.

—Seguro que no olvidas, guapa mía —le dije con una sonrisa— lo tranquilos y anticuados que somos en esta casa y cómo me he asentado hasta convertirme en una señora de lo más discreto. ¿No olvidarás lo feliz y pacíficamente que va a pasar mi vida y gracias a quién? Estoy segura de que no olvidas la nobleza de esa persona, Ada. Eso sería imposible.

—No, jamás, Esther.

—Pues entonces, hija mía —dije yo— no puede haber confusión. ¿Por qué no vas a hablarnos?

—¿Qué no puede haber confusión, Esther? —respondió Ada—. ¡Ay, cuando pienso en estos años y en los cuidados y las atenciones paternales que me ha dispensado él, y en la antigua relación entre nosotros, y en ti, qué voy a hacer, qué voy a hacer!

Miré a mi niña un tanto sorprendida, pero consideré mejor no contestar más que para darle ánimos, de forma que pasé a recordar una serie de pequeñas cosas de nuestra vida juntas, y no dejé que dijera más. Cuando se quedó dormida, y no antes, volví a ver a mi Tutor para desearle las buenas noches, y después volví junto a Ada y me quedé un rato a su lado.

Seguía durmiendo, y al contemplarla pensé que estaba un poco cambiada. Me lo venía pareciendo últimamente. No podía determinar, ni siquiera al mirarla mientras estaba inconsciente, en qué había cambiado, pero había algo en la belleza familiar de su rostro que me parecía diferente. Me vinieron a la mente las antiguas esperanzas de mi Tutor a su respecto y el de Richard, con tristeza, y me dije: «ha estado preocupada

por él», y me pregunté cómo acabaría aquel amor.

Cuando volvía a casa yo durante la enfermedad de Caddy, muchas veces me encontraba a Ada que hacía labores, y siempre las ponía de lado, de modo que yo no sabía de qué se trataba. Parte de aquellas labores estaba en un cajón al lado de su cama, que ahora estaba cerrado. No abrí el cajón, pero seguí preguntándome de qué podría tratarse, pues evidentemente no era nada para ella misma.

Y al dar un beso a mi niña vi que dormía con una mano bajo la almohada, de modo que quedaba oculta. ¡Cuánto menos buena debía ser yo de lo que me creían, y cuánto menos de lo que pensaba yo misma, para no ocuparme más de mi propio buen ánimo y mi contento, y pensar que bastaba con mi voluntad para tranquilizar a mi querida muchachita y darle ánimo!

Pero me acosté autoengañada en esa creencia. Y con ella me desperté al día siguiente, para encontrarme con que persistía la misma sombra entre ella y yo.

51. Se aclaran las cosas

Cuando el señor Woodcourt llegó a Londres se fue el mismo día al bufete del señor Vholes, en Symond's Inn. Porque jamás, desde el momento en que le rogué que fuera un amigo para Richard, olvidó aquella promesa, ni la descuidó. Me dijo que aceptaba aquel encargo como algo sagrado, y siempre se comportó fielmente al respecto. Se encontró al señor Vholes en su despacho y le comunicó que Richard le había pedido que fuera allí a preguntar sus señas.

—Exactamente, señor mío —dijo el señor Vholes—, y las señas del señor no están a 100 millas de aquí; no señor, no están a 100 millas de aquí. ¿Quiere usted sentarse, caballero?

El señor Woodcourt dio las gracias al señor Vholes, pero no tenía otra pregunta que hacerle que la ya expuesta.

—Exactamente, señor mío. Creo, caballero —continuó el señor Vholes, insistiendo todavía discretamente en que tomara asiento, meramente con no darle las señas—, que tiene usted influencia con el señor C. Tengo conciencia de ello.

—Pues yo no la tengo —respondió el señor Woodcourt—, pero si usted lo dice, sus motivos tendrá.

—Caballero —replicó el señor Vholes, siempre tan contenido, tanto en su tono de voz como en todo lo demás—, es parte de mi función profesional decir las cosas con motivo. Es parte de mi función profesional estudiar y comprender a un caballero que me confía sus intereses. Y no voy a faltar a mi capacidad profesional a sabiendas, caballero. Puedo, aun con la mejor de mis intenciones, faltar a ella, señor mío, pero nunca a sabiendas.

El señor Woodcourt volvió a mencionar la cuestión de las señas.

—Permítame, señor mío —dijo el señor Vholes—. Tenga usted un momento de paciencia. Caballero, el señor C. está jugando una partida muy fuerte y no la puede jugar sin... ¿necesito decir sin qué?

—¿Dinero, supongo?

—Caballero —contestó el señor Vholes—, para ser honrado con usted (y la honradez es mi regla dorada, tanto si me hace ganar como perder, y veo que generalmente pierdo), dinero es la palabra exacta. Ahora bien, señor mío, no voy a expresar ninguna opinión acerca de las posibilidades que tiene el señor C. en esa partida, *ninguna* opción. Es posible que fuera una imprudencia por parte del señor C. dejar la partida después de jugarla tanto tiempo y con apuestas tan altas, y es posible que fuera lo contrario. Yo no digo nada. No, señor; nada —siguió el señor Vholes, poniendo la mano en el escritorio, con un gesto definitivo.

—Parece usted olvidar —replicó el señor Woodcourt— que no le he pedido que me diga nada y que no tengo ningún interés en nada de lo que diga usted.

—¡Perdóneme, señor mío! —replicó el señor Vholes—, pero se hace usted una injusticia. ¡No, señor! No va usted a cometer una injusticia consigo mismo..., no la va a cometer en mi bufete y a sabiendas mías. A usted le interesan todas y cada una de las cosas relativas a su amigo. Conozco lo suficiente la naturaleza humana, caballero, como para admitir ni por un instante que un caballero de su aspecto no sienta interés por todo lo relativo a un amigo suyo.

—Bien —dijo el señor Woodcourt—, es posible. Ahora lo que más me interesa son sus señas.

—(El número caballero) —dijo el señor Vholes entre paréntesis— (creo que ya lo he mencionado). Si el señor C. desea seguir jugando esta partida tan fuerte, ha de disponer de fondos. ¡Entiéndame! Por ahora hay fondos disponibles. Yo no pido nada; hay fondos disponibles. Pero, para seguir jugando, hay que contar con más fondos, salvo que el señor C. quiera tirar por la borda lo que ya ha apostado, cosa que depende única y exclusivamente de él. Esto se lo digo abiertamente, señor mío, como amigo que es usted del señor C. Si no hay fondos, siempre celebraré ir a los Tribunales a actuar en nombre del señor C, en la medida en que todas las costas que ello represente puedan cargarse a la herencia; nada más. No podría hacer nada más, señor mío, sin hacer daño a alguien. Habría de perjudicar a mis tres queridas hijas o a mi venerable padre, que depende totalmente de mí, allá en el Valle de Taunton, o a alguna otra persona. Y yo estoy decidido (puede usted considerarlo una debilidad o una locura) a no perjudicar a nadie.

El señor Woodcourt contestó en tono bastante severo que celebraba saberlo.

—Abrigo el deseo, señor mío —continuó el señor Vholes— de dejar a mi muerte una buena reputación. Por ello aprovecho toda oportunidad posible de decir abiertamente a un amigo del señor C cuál es la situación del señor C. En cuanto a mí mismo, señor mío, el obrero es digno de su salario. Si me comprometo a arrimar el hombro, lo arrimo, y me gano lo que cobro. Para eso estoy aquí. Ése es el objeto de tener mi nombre pintado en la puerta.

—¿Y las señas del señor Carstone, señor Vholes?

—Señor mío —contestó el señor Vholes—, como creo haber mencionado son las de al lado. En el segundo piso hallará usted el apartamento del señor C. El señor C. desea estar al lado de su asesor profesional, y yo disto mucho de oponerme, pues me agrada que se me consulte. Tras oír esto el señor Woodcourt se despidió del señor Vholes y fue en busca de Richard, y entonces empezó a comprender claramente por qué había cambiado tanto de aspecto.

Lo encontró en una habitación oscura y mal amueblada, en situación parecida a como lo había encontrado yo poco antes en su habitación del cuartel, salvo que no estaba escribiendo, sino sentado con un libro ante sí, pero con la mirada y el pensamiento muy lejos de allí. Como daba la casualidad de que la puerta estaba

abierta, el señor Woodcourt lo estuvo mirando un momento sin ser visto él, y me dijo que nunca podría olvidar lo demacrada que tenía la cara y lo triste de su aspecto antes de que saliera de su ensueño.

—¡Woodcourt, amigo mío! —exclamó Richard, levantándose con las manos extendidas—, apareces ante mí como un fantasma.

—Pero amistoso —le contestó—, y sin esperar, como los fantasmas, a qué vengan a mí. ¿Cómo va el mundo de los mortales? —ya se habían sentado en sillas próximas.

—Bastante mal y bastante lento —dijo Richard—, al menos por lo que respecta a mi parte de él.

—¿Qué parte es esa?

—La parte de la Cancillería.

—Nunca he sabido —contestó el señor Woodcourt— que en esa parte nada fuera bien.

—Ni yo —dijo Richard melancólicamente—. Ni nadie.

Se recuperó en un momento y dijo con su franqueza natural:

—Woodcourt, lamentaría mucho que se me entendiera mal, aunque con ello ganara en tu estima. Debes saber que llevo mucho tiempo en que no hago nada bien. No he pretendido hacer demasiado daño, pero parece que no he sido capaz de hacer otra cosa. Quizá hubiera hecho mejor en no meterme en la red en la que me ha atrapado el destino, pero creo que no, aunque me atrevo a decir que dentro de poco oirás, si es que no has oído ya, una opinión muy diferente. Para abreviar, me temo que antes me faltaba un objetivo, pero ahora tengo un objetivo, o más bien él me tiene a mí, y ya es demasiado tarde para pensármelo. Tómame como soy y aprovecha sólo mis buenos aspectos.

—Trato hecho —dijo el señor Woodcourt—, y tú haz lo mismo conmigo.

—¡Bueno! Tú —replicó Richard— puedes practicar tu arte como algo valioso en sí mismo, puedes echar mano al arado y no deshacer nunca el surco, y puedes encontrar un objetivo en cualquier parte. Tú y yo somos personajes muy diferentes.

Hablaba con pena, y volvió a caer un momento en su tristeza.

—¡Bueno, bueno! —exclamó saliendo de ella—. Todo tiene un final. ¡Ya veremos! ¿Así que estás dispuesto a tomarme como soy y aceptarme tal cual?

—¡Sí! Te lo aseguro —para confirmar lo cual se dieron un apretón de manos, sonrientes, pero muy en serio. Respecto de uno de ellos lo puedo confirmar desde el fondo de mi corazón.

—Me vienes como anillo al dedo —dijo Richard—, porque desde que estoy aquí no he visto a nadie más que a Vholes. Woodcourt, hay un tema que desearía mencionar, de una vez para siempre, al comienzo de nuestro trato. Me atrevo a decir que ya sabes que tengo mucho cariño a mi prima Ada.

El señor Woodcourt replicó que ya se lo había sugerido yo.

—Te ruego —comentó Richard— que no me creas un monstruo de egoísmo. No te creas que me estoy partiendo la cabeza y casi el corazón por este siniestro pleito en Cancillería, sólo por mis propios intereses y derechos. Los de Ada son afines a los míos; no se pueden separar. Vholes está trabajando en pro de ambos. ¡Te ruego que lo tengas en cuenta!

Tanto le preocupaba aquello que el señor Woodcourt le dio las más firmes seguridades de que no tenía una mala opinión de él.

—Comprenderás —dijo Richard en un tono un tanto patético al insistir a este respecto, aunque era sincero y no fingía nada— que ante una persona digna como tú, que vienes aquí a mostrar una cara amiga, no puedo soportar la idea de aparecer como un egoísta y un mezquino. Quiero que Ada tenga lo que es justo, Woodcourt, y no sólo lo tenga yo; quiero hacer todo lo posible para que tenga lo que le corresponde, y no sólo lo tenga yo; aventuro todo lo que puedo conseguir para sacarla a ella de problemas, y no sacarme sólo a mí mismo. ¡Te ruego que siempre lo tengas presente!

Más tarde, cuando el señor Woodcourt reflexionó sobre lo que había ocurrido, se sintió tan impresionado por la gran preocupación de Richard a este respecto que al hablarme en general de su primera visita a Symond's Inn se refirió a ello en particular. Volvió a despertar en mí el temor que ya había sentido antes, de que las escasas propiedades de mi niña quedaran engullidas por el señor Vholes, y de que Richard se sintiera sinceramente justificado al hacerlo. Aquella entrevista se celebró justo cuando yo estaba empezando a cuidar a Caddy, y ahora regreso al momento en que Caddy ya se había recuperado, mientras persistía la sombra entre mí y mi niña.

Aquella mañana propuse a Ada que fuéramos a ver a Richard. Me sorprendió un tanto el ver que ella titubeaba, y que no estaba tan radiantemente dispuesta como yo había esperado.

—Querida mía —le dije—, ¿no habrás tenido alguna diferencia con Richard durante estos días en que he pasado tanto tiempo fuera?

—No, Esther.

—¿Quizá no has tenido noticias de él? —pregunté.

—Sí que he tenido noticias de él —contestó Ada.

No podía comprender que mi niña tuviera tantas lágrimas en los ojos y reflejara tanto amor en su expresión. ¿Debía ir yo a ver a Richard sola?, pregunté. No, Ada pensaba que era mejor que no fuera yo sola. ¿Vendría ella conmigo? Sí, Ada pensaba que era mejor que viniera ella conmigo. ¿Nos íbamos ya? Sí, vámonos ya. ¡La verdad era que no podía comprender a mi niña, con tantas lágrimas en los ojos y tanto amor en su expresión!

Pronto nos vestimos y salimos. Era un día sombrío, y caían frías gotas de lluvia a intervalos. Era uno de esos días incoloros en que todo parece cargado y duro. Las

casas nos miraban hostiles, el polvo saltaba a nuestros pies, el humo caía sobre nosotras, nada transigía ni se ablandaba. Me pareció que mi angelito estaba fuera de lugar en aquellas calles ásperas, y que por las calzadas tristonas pasaban más funerales de los que jamás había visto yo en mi vida.

Primero teníamos que encontrar Symond's Inn. Ibamos a preguntar en una tienda cuando Ada dijo que creía que estaba cerca de Chancery Lane.

—Desde luego, no es probable que nos quede muy lejos si vamos en esa dirección, cariño —dije Así que fuimos hacia Chancery Lane, y efectivamente allí vimos el letrero de Symond's Inn.

Después teníamos que averiguar el número. «O bastará con el del bufete del señor Vholes», recordé, «puesto que vive al lado del bufete». Ante lo cual Ada dijo que quizá el bufete del señor Vholes estuviera en la esquina de allá. Y efectivamente lo estaba.

Después había que decidir cuál de las dos puertas. Yo iba hacia una cuando mi niña se dirigió hacia la otra, y nuevamente volvió a tener razón. Así que subimos al segundo piso y vimos el nombre de Richard escrito en grandes caracteres blancos en un panel como el de un coche funerario.

Yo iba a llamar, pero Ada dijo que mejor era abrir la puerta con el picaporte. Y así nos encontramos con, Richard, leyendo ante una mesa llena de montones polvorientos de papeles que me parecieron como polvorientos espejos que reflejaban su propio estado de ánimo. Dondequiera que mirase, veía las palabras ominosas escritas en ellos, «Jarndyce y Jarndyce».

Nos recibió con mucho cariño y nos sentamos.

—Si hubiérais venido un poco antes —dijo— os habríais encontrado con Woodcourt. No conozco persona mejor que Woodcourt. Siempre encuentra el tiempo para venir a verme de vez en cuando, mientras que cualquiera que tuviese la mitad de trabajo que él pensaría que nunca podía venir. Y siempre tan animado, tan tranquilo, tan sensato, tan serio, tan... todo lo que no soy yo, que este apartamento se ilumina cada vez que viene él, y se oscurece cuando vuelve a marcharse.

«¡Bendito sea», pensé, «por mantener así la palabra que me dio!»

—No es tan optimista, Ada —continuó Richard mirando triste hacia los montones de papeles—, como lo solemos ser Vholes y yo, pero no está en el asunto y no conoce sus misterios. Nosotros hemos entrado en ellos y él no. No es de esperar que sepa mucho de un laberinto como éste.

Cuando volvió a pasear la vista sobre los documentos, y se pasó las manos por la cabeza advertí lo hundidos y grandes que tenía los ojos, lo secos que tenía los labios y lo mordidas que tenía las uñas.

—Richard, ¿crees que éste es un sitio sano para vivir?

—Pero mi querida Minerva —respondió Richard con su alegre risa de antaño—

no es un lugar rural ni animado, y cuando aquí luce el sol puedes estar convencida de que en algún lugar abierto está brillando resplandeciente. Pero no está mal por ahora. Está cerca de los Tribunales y cerca de Vholes.

—Quizá —sugerí— un cambio respecto de ambas cosas...

—... ¿me sentaría bien? —preguntó Richard, forzando una risa al terminar la frase—. ¡No me extrañaría nada! Pero ya sólo puede ocurrir en una de dos formas, diría yo. O bien termina el pleito, Esther, o termina el pleiteante. ¡Pero lo que va a terminar va a ser el pleito, hija mía, el pleito, hija mía!

Esas últimas palabras se las dirigió a Ada, que estaba sentada a su lado. Como ella tenía la cara vuelta hacia él, y no hacia mí, yo no podía verla.

—Nos va muy bien —prosiguió Richard—. Ya os lo diré Vholes. La verdad es que las cosas marchan. No paramos un minuto. Vholes conoce todos los giros y los recovecos, y atacamos en todos los terrenos. Ya los tenemos asombrados. ¡Os aseguro que vamos a despertar a esa banda de dormilones!

Desde hacía mucho tiempo, su optimismo me causaba más dolor que su melancolía; era algo tan distinto del verdadero optimismo, contenía algo tan feroz en su determinación de ser optimista, era tan hambriento y tan ansioso, y sin embargo tan consciente de ser forzado e insostenible, que desde hacía tiempo me había tocado el corazón. Pero el comentario que aquel optimismo le había dejado impreso indeleblemente en su atractivo rostro hacía que resultara todavía más preocupante que de costumbre. Digo indeleblemente, pues me sentía persuadida de que si jamás se pudiera terminar la famosa causa, conforme a sus mejores esperanzas, aquella misma hora, las huellas de la ansiedad prematura, del autorreproche y de la desilusión que le había dejado quedarían impresas en sus rasgos hasta la hora de su muerte.

—La visión de nuestra querida mujercita —dijo Richard, mientras Ada permanecía en silencio e inmóvil— me resulta algo tan natural, y su rostro compasivo es tan igual al de los viejos tiempos...

—¡Ah! No, no. —Sonreí y negué con la cabeza.

—... tan exactamente igual al de los viejos tiempos —continuó Richard con su tono más cordial, y tomándome la mano con aquella mirada fraternal que nada hizo cambiar jamás—, que con ella no puedo andarme con engaños. Es verdad que yo fluctúo un poco. A veces tengo esperanzas, querida mía, y a veces... no es que desespere, pero casi. ¡Es que me canso mucho! —dijo Richard soltándome suavemente la mano y poniéndose a dar vueltas por la habitación.

Siguió dando vueltas un rato y después se dejó caer en el sofá, repitiendo sombrío:

—Me canso mucho, mucho. ¡Es un trabajo tan fatigoso!

Se apoyaba en un brazo al decir aquellas palabras en voz baja y meditabunda, y miraba al suelo, cuando se levantó mi niña, que se quitó el sombrero, se arrodilló a su

lado con sus cabellos dorados caídos como rayos de sol sobre la cabeza de él, le echó los brazos al cuello y volvió la cara hacia mí. ¡Y qué cara tan amante y abnegada vi entonces!

—Esther, querida mía —me dijo con gran calma—, no voy a volver a casa.

De pronto se me hizo la luz.

—Nunca más. Voy a quedarme con mi bienamado marido. Hace más de dos meses que nos casamos. Vete a casa sin mí, mi querida Esther; ¡yo no vuelvo más a casa! —y con aquellas palabras mi niña dejó caer la cabeza sobre el pecho y la dejó así. Y si alguna vez en mi vida he visto un amor que no pudiera cambiar nada más que la muerte, lo vi entonces ante mí.

—Díselo a Esther, querida mía —dijo Richard, rompiendo el silencio al cabo de un rato—. Cuéntale lo que pasó.

Fui hacia ella antes de que ella viniera hacia mí y la acogí en mis brazos. No hablamos ninguna de las dos, pero con su mejilla al lado de la mía, no quería oír nada.

—Cariño mío —le dije—. Amor mío, pobrecita mía—, pues la compadecía mucho. Yo le tenía mucho cariño a Richard, pero el impulso que me vino fue el de compadecerla a ella.

—Esther, ¿me podrás perdonar? ¿Me podrá perdonar mi primo John?

—Querida mía —le contesté—, el sólo dudarle ya es hacerle una grave injusticia. ¡Y en cuanto a mí!... En cuanto a mí, ¿qué es lo que tengo que perdonar yo?

Le sequé los ojos a mi pobrecita niña y me senté a su lado en el sofá, con Richard a mi otro lado, mientras yo recordaba aquella otra noche tan diferente cuando habían confiado en mí por primera vez y me habían dicho a su estilo propio y despreocupado cómo iban las cosas entre ellos.

—Todo lo mío era de Richard —dijo Ada—, y Richard no quería tomarlo, Esther, y, ¿qué iba yo a hacer más que ser su esposa cuando lo quiero tanto?

—Y tú estabas tan ocupada en algo tan meritorio, querida señora Durden, excelente señora Durden —dijo Richard—, que, ¿cómo íbamos a hablarte en aquellos momentos? Y, además, no era nada que no viniéramos pensando desde hacía mucho tiempo. Salimos una mañana y nos casamos.

—Y cuando estuvo hecho, querida mía —siguió diciendo Ada—, yo no pensaba más que en cómo decírtelo y en qué sería lo mejor. Y a veces me parecía que lo mejor sería decirte las cosas inmediatamente, y otras que no tenías por qué saberlo, y que había que mantenerlo oculto a mi primo John, y no sabía qué hacer y estaba muy preocupada.

¡Qué egoísta debía de haber sido yo para que no se me hubiera ocurrido antes! No sé qué dije entonces. ¡Lo lamentaba tanto, y al mismo tiempo les tenía tanto cariño, y estaba tan contenta de que ellos me tuvieran cariño, me daban tanta pena, y al mismo

tiempo sentía una especie de orgullo de que se quisieran tanto! Nunca había experimentado una emoción tan dolorosa y tan placentera al mismo tiempo, y en el fondo de mi corazón no sabía qué era lo que predominaba. Pero no era función mía el oscurecer su camino, así que no lo hice.

Cuando me sentí menos estupefacta y más compuesta, mi niña se sacó del seno su anillo de bodas, lo besó y se lo puso. Entonces me acordé de la noche anterior y le dije a Richard que desde que se habían casado ella siempre se lo ponía por la noche cuando no se lo podía ver nadie. Ada, entonces, me preguntó ruborizada cómo lo sabía yo. Y yo le dije a Ada que había visto que escondía la mano bajo la almohada y no se me había ocurrido el motivo. Todo con expresiones de cariño mutuas. Entonces empezaron a contarme otra vez lo que había ocurrido, y yo empecé otra vez a sentir pesar y alegría al mismo tiempo, y a esconder mi cara de vieja desfigurada todo lo que podía, para no desanimarlos.

Así fue pasando el tiempo, hasta que fue necesario pensar en volver a casa. Cuando llegó aquel momento, fue el peor de todos, porque fue entonces cuando mi niña se deshizo totalmente. Se me colgó al cuello, diciéndome todas las cosas cariñosas que se podían imaginar, y que qué iba a hacer sin mí. Tampoco Richard se portó mucho mejor, y en cuanto a mí, hubiera sido la peor de los tres de no haberme dicho severamente: «¡Vamos, Esther, si te portas así, no te vuelvo a dirigir la palabra en la vida!».

—Bueno, la verdad —dije— es que nunca he visto a una recién casada así. No creo que quiera a su marido en absoluto. Vamos, Richard, quédate con esta niña, por el amor del cielo —pero mientras lo decía la tenía abrazada, y hubiera podido seguir llorando no sé cuánto tiempo—. Advierto a los recién casados —continué diciendo— que me voy, pero volveré mañana, y que me voy a pasar la vida yendo y viniendo, hasta que Symond's Inn ya no me pueda soportar. Por eso no te digo adiós, Richard. ¡No valdría de nada cuando sabes que vas a volver a verme dentro de muy poco!

Ya le había entregado a mi niña y quería irme, pero me quedé un momento más para mirar aquella cara tan bonita, que parecía romperme el corazón al marcharme.

Así que dije (con tono alegre y activísimo) que si no me alentaban más a volver, no estaba segura de quererme tomar esa libertad, ante lo cual mi niña levantó la vista, con una débil sonrisa entre lágrimas, y tomé su encantadora cara entre mis manos, le di un último beso, me reí y me marché.

Y cuando llegué abajo, ¡ay, cuánto lloré! Casi me pareció que había perdido para siempre a mi Ada. Me sentía tan sola y tan vacía sin ella, y me resultaba tan triste el irme a casa sin esperanzas de volver a verla en ella, que tardé un rato en tranquilizarme y tuve que pasearme un rato en torno a una esquina sombría mientras gemía y lloraba.

Por fin me fui calmando, tras reñirme a mí misma, y tomé un coche para ir a casa.

El pobre muchacho que había encontrado yo en St. Albans había reaparecido hacía poco tiempo y estaba al borde de la muerte; de hecho, ya había muerto, aunque yo no lo sabía. Mi Tutor había salido a preguntar cómo estaba, y no había vuelto a cenar. Como yo estaba completamente sola, volví a llorar un poquito, aunque en general creo que no me porté tan mal.

Era perfectamente natural que todavía no me acostumbrase a la pérdida de mi niña. Tres o cuatro horas no eran demasiado tiempo, al cabo de los años. Pero no podía dejar de pensar en el escenario inhóspito en el que la había dejado, y me parecía algo tan hosco, y sentía tantos deseos de hallarme a su lado y de cuidar de ella de una forma u otra, que decidí volver aquella noche, aunque sólo fuera para mirar a sus ventanas.

Era una locura, no cabe duda, pero entonces no me lo pareció, y todavía ahora no me lo acaba de parecer. Se lo confié a Charley, y salimos al caer la tarde. Ya era de noche cuando llegamos al extraño nuevo hogar de mi niña, y se veía una luz tras las persianas amarillas. Pasamos por allí en silencio tres o cuatro veces, mirando hacia ellas, y casi nos tropezamos con el señor Vholes, que salió de su bufete mientras estábamos nosotras allí y también miró hacia arriba antes de irse a su casa. La visión de aquella figura negra y flaca, y el aire solitario de aquel rincón en la oscuridad coincidían con mi estado de ánimo. Pensé en la juventud, en el amor y en la belleza de mi querida niña, metida en tan impropio refugio, casi como si fuera un lugar de encierro.

Todo estaba solitario y silencioso, y no dudé de que podría subir a salvo las escaleras. Dejé a Charley abajo y subí con pasos cautelosos, sin que me molestara el leve resplandor de las débiles lámparas de petróleo que había por el camino. Escuché un momento, y en medio del silencio decadente del edificio, creí oír el murmullo de sus voces juveniles. Posé los labios sobre el panel funerario de la puerta, como si besara a mi tesoro, y volví a bajar calladamente, pensando que algún día confesaría mi visita.

Y verdaderamente me sentó bien, pues aunque nadie más que Charley y yo se enteró de aquello, pensé que en cierto sentido había reducido la distancia entre Ada y yo y nos habíamos vuelto a reunir durante aquel instante. Volví a casa, no del todo acostumbrada al cambio, pero sintiéndome mejor por haberme cernido en las cercanías de mi tesoro.

Mi Tutor había vuelto, y estaba pensativo junto a la ventana oscura. Cuando entré yo se le iluminó la cara y fue a sentarse, pero advirtió mi expresión cuando me senté yo.

—Mujercita —me dijo—, has estado llorando.

—Pues sí, Tutor —contesté—, me temo que sí he llorado un poco. Ada ha estado pasando por un mal trance y está muy triste, Tutor.

Apoyé el brazo en el respaldo de su silla, y vi en su mirada que mis palabras, y mi vistazo a la silla vacía de ella lo habían preparado.

—¿Se ha casado, hija mía?

Se lo conté todo, y cómo lo primero que había rogado ella era que la perdonase.

—No necesita mi perdón —dijo—. ¡Que Dios la bendiga, a ella y a su marido! — Pero al igual que mi primer impulso había sido compadecerla, lo mismo le pasó a él —: ¡Pobrecita, pobrecita! ¡Pobre Rick! ¡Pobre Ada!

Después de eso ninguno de los dos dijimos nada, y al cabo de un instante continuó él con un suspiro:

—¡Bueno, bueno, hija mía! Casa Desolada se va despoblando a toda velocidad.

—Pero allí sigue su señora, Tutor —aunque me daba apuro decirlo, lo aventuré ante el tono triste con que había hablado él—, y hará todo lo posible para que reine la felicidad en ella.

—¡Y lo logrará, amor mío!

La carta no había producido ninguna diferencia entre nosotros, salvo que el asiento a su lado había pasado a ser el mío, y ahora tampoco la producía. Volvió a mí su antigua mirada luminosa y paternal, tomó una de mis manos en las suyas, a su viejo estilo, y volvió a decir:

—Y lo logrará, querida mía. Sin embargo, Casa Desolada se está despoblando a toda prisa, ¡ay, mujercita!

Poco después hube de lamentar que en aquel momento no habláramos más del asunto. Me sentí un tanto desilusionada. Temí no haber sido todo lo que quería ser, desde la carta y la respuesta.

52. Obstinación

Pero llegó otro día cuando a primera hora de la mañana, cuando íbamos a desayunar, llegó corriendo el señor Woodcourt con la asombrosa noticia de que se había cometido un horrible asesinato por el cual habían detenido al señor George. Cuando nos dijo que Sir Leicester Dedlock había ofrecido una gran recompensa por la captura del asesino, no comprendí, en mi consternación inicial, por qué, pero unas palabras más me revelaron que el muerto era el abogado de Sir Leicester, e inmediatamente llegó a mi recuerdo el horror que le tenía mi madre.

La desaparición imprevista y violenta de alguien a quien ella vigilaba y de quien desconfiaba desde hacía mucho tiempo, y que durante mucho tiempo la había vigilado a ella y desconfiado de ella; de alguien por quien ella podía haber sentido pocos instantes de benevolencia, por temer siempre en él a un enemigo secreto y peligroso, me pareció tan terrible que en quien primero pensé fue en ella. ¡Qué horrible enterarse de una muerte así y no poder sentir pena! ¡Qué horrible recordar, quizá, que a veces había incluso deseado que desapareciera aquel anciano al que tan repentinamente habían quitado la vida!

Tal cúmulo de reflexiones, que aumentaban el apuro y el temor que sentía yo siempre que se mencionaba el nombre, me causó tal agitación que apenas si pude seguir a la mesa. No pude seguir en absoluto la conversación hasta que tuve algún tiempo para recuperarme. Pero cuando volví en mí y vi lo impresionado que estaba mi Tutor y observé que estaban hablando muy en serio del sospechoso, y recordando todas las opiniones favorables que nos habíamos formado de él, de lo bueno que sabíamos que era, mi interés y mis temores por él fueron tan fuertes que recuperé todas mis fuerzas:

—Tutor, ¿no creerá usted posible que esa acusación sea justa?

—Querida mía, no *puedo* creerlo. Este hombre a quien hemos visto tan sincero y compasivo, que aún la fuerza de un gigante con la dulzura de un niño, que parece ser uno de los hombres más valerosos de este mundo, y es tan sencillo y tan discreto al respecto, ¿este hombre acusado justamente de tamaño crimen? No puedo creerlo. No es que no lo crea o no lo quiera creer. ¡Es que no puedo!

—Ni yo tampoco —dijo el señor Woodcourt—. Pero, independientemente de lo que creamos y de lo que sabemos de él, más vale no olvidar que algunas de las apariencias están en contra suya. Sentía animosidad contra el muerto. La ha mencionado abiertamente en varios sitios. Se dice que se ha expresado violentamente en contra suya, y, desde luego, que yo sepa, es cierto. Reconoce que estaba solo, en la escena del crimen, en los minutos inmediatos a que éste se cometiera. Yo creo sinceramente que es inocente de toda participación en él, tanto como yo mismo, pero todas éstas son razones para que recaigan en él las sospechas.

—Es verdad —dijo mi Tutor, y añadió, volviéndose hacia mí—. Sería hacerle un desfavor, querida mía, el cerrar los ojos a cualquiera de esos aspectos.

Naturalmente, yo también creía que debíamos reconocer, no sólo entre nosotros, sino ante los demás, toda la fuerza de las circunstancias en contra de él. Pero sabía que, sin embargo (no podía evitar el decirlo), el peso de éstas no debía inducirnos a abandonarlo en su hora de peligro.

—¡No lo quiera Dios! —respondió mi Tutor—. Estaremos a su lado, igual que lo estuvo él con los dos pobrecillos que ya han desaparecido. —Se refería al señor Gridley y al muchacho, a ambos de los cuales había dado refugio el señor George.

Después, el señor Woodcourt nos dijo que el ayudante del soldado había estado con éste desde la mañana, tras recorrer las calles toda la noche como un demente. Que una de las primeras preocupaciones del soldado había sido que nosotros no lo creyéramos culpable. Que había encargado a su mensajero que nos explicara su total inocencia, con todas las garantías más solemnes que podía darnos. Que la única forma que había tenido el señor Woodcourt de tranquilizar al hombre había sido comprometerse a venir a nuestra casa a primera hora de la mañana con aquellas explicaciones. Añadió que ahora mismo se iba él a ver al preso.

Mi Tutor dijo inmediatamente que también iría él. Por mi parte, además de que el soldado retirado me agradaba mucho, y yo le agradaba a él, tenía aquel secreto interés en lo que ocurriese que únicamente mi Tutor sabía. Sentí como si aquel interés se cerniera cada vez más sobre mí. Me pareció importante para mí misma que se descubriese la verdad y que no se sospechara de un inocente; pues una vez que se desencadenaba la sospecha, podía irlo invadiendo todo.

En una palabra, me pareció que tenía el deber y la obligación de ir con ellos. Mi Tutor no trató de disuadirme, y nos fuimos.

Era una prisión grande, con muchos patios y galerías, todos iguales, y con pisos tan uniformes que al ir recorriéndolos me pareció adquirir una nueva comprensión de cómo los presos solitarios encerrados entre las mismas paredes desnudas, año tras año, se encariñan tanto con una planta, o una hierba, que llevan años contemplando. Encontramos al soldado solo en una habitación abovedada, como si fuera una bodega, pero puesta en un piso de arriba, con unas paredes de un blanco tan deslumbrante que hacían que los grandes barrotes de hierro de la ventana y de la puerta parecieran todavía más negros de lo que eran. Estaba sentado en un banco, del que se levantó cuando oyó que se descorrían los cerrojos.

Cuando nos vio, dio un paso adelante con su calma acostumbrada, y después se paró con una leve inclinación. Pero como yo seguí avanzando y alargándole una mano, nos comprendió al momento.

—Señorita y caballeros, les aseguro que esto me quita un gran peso de encima —dijo, saludándonos con mucho ánimo y exhalando un largo suspiro—. Ahora ya no

me importa tanto cómo termine todo esto.

No parecía que fuera él el preso. Con su calma y su porte militar, parecía más bien ser él el guardián.

—Este lugar es todavía peor que mi galería de tiro para recibir a una dama —dijo el señor George—, pero sé que la señorita Summerson se adaptará lo mejor posible —y me llevó hacia el banco donde estaba al llegar nosotros para que me sentara, y cuando lo hice pareció darle gran satisfacción.

—Gracias, señorita —dijo.

—Bueno, George —observó mi Tutor—, igual que nosotros no necesitamos más garantías de su parte, creo que huelga darle las nuestras.

—En absoluto, señor. Se lo agradezco de todo corazón. Si no fuera inocente de este crimen, no podría mirarlos a ustedes a la cara y mantener mi secreto después del favor que me hacen con esta visita. Se la agradezco muchísimo. Yo no soy muy elocuente, pero se la agradezco, señorita Summerson y señores, de todo corazón.

Se llevó una mano a su ancho pecho e inclinó la cabeza hacia nosotros. Aunque inmediatamente volvió a ponerse en posición de firmes, con aquel sencillo gesto expresó una gran emoción.

—En primer lugar —dijo mi Tutor—, ¿qué podemos hacer por su comodidad personal, George?

—¿Por qué, caballero? —preguntó, carraspeando un poco.

—Por su comodidad personal. ¿Desea usted algo que alivie el pesar de este confinamiento?

—Bueno, caballero —replicó George, tras pensarlo un momento—, se lo agradezco mucho, pero como el tabaco está prohibido, no se me ocurre nada.

—Quizá se le vayan ocurriendo algunas cosillas. Cuando se le ocurran, George, comuníquenoslas.

—Gracias, caballero. Sin embargo —observó el señor George con una de aquellas sonrisas que le iluminaban la cara bronceada—, cuando se ha pasado uno la vida por el mundo, vagabundeando tanto como yo, se las arregla uno bien en sitios así, en la medida de lo posible.

—Y ahora, hablemos de su caso —dijo mi Tutor.

—Exactamente, caballero —respondió el señor George, cruzándose de brazos con toda calma y una cierta curiosidad.

—¿Cuál es la situación actualmente?

—Bueno, caballero, se está instruyendo. Bucket me da a entender que mi detención se prolongará mientras termina la instrucción. No sé qué es lo que les falta, pero seguro que, sea lo que sea, Bucket lo encontrará.

—Pero, por el amor del cielo, hombre —exclamó mi Tutor, que recuperó, sorprendido, su excentricidad y su vehemencia de otros tiempos—, habla usted de sí

mismo como si fuera de otro.

—No se ofenda, caballero —dijo el señor George—. Agradezco mucho su amabilidad. Pero no veo cómo puede un hombre inocente aceptar este género de cosas sin darse de cabezazos contra la pared, salvo que se adopte una actitud como la mía.

—Eso es verdad hasta cierto punto —respondió mi Tutor, ablandado—. Pero, amigo mío, incluso un hombre inocente debe adoptar precauciones normales para defenderse.

—Desde luego, caballero, y las he tomado. He dicho a los jueces: «Señores, yo soy tan inocente como ustedes de esta acusación; lo que se ha dicho de mí es perfectamente cierto en cuanto a los hechos; no sé más». Y me propongo seguir diciendo lo mismo. ¿Qué más puedo hacerle? Es la verdad.

—Pero no basta con la mera verdad —replicó mi Tutor.

—¿Seguro que no, caballero? ¡Verdaderamente, mal me veo! —observó, bienhumorado, el señor George.

—Necesita usted un abogado —continuó diciendo mi Tutor—. Tenemos que encontrarle un buen abogado.

—Permítame, caballero —dijo el señor George, dando un paso atrás—. También se lo agradezco. Pero estoy decidido a rogarle que no me mezcle con esa gente.

—¿No quiere usted un abogado?

—No, señor —negó el señor George, con la cabeza, del modo más enfático—. Se lo agradezco mucho, pero ¡nada de abogados!

—¿Por qué no?

—No me gusta esa gente —dijo el señor George—. A Gridley tampoco le gustaban. Y, si me permite usted que me propase un tanto, tampoco diría que a usted le gustaran mucho.

—Son los de la Cancillería —explicó mi Tutor, sin saber qué decir—; son los de Cancillería.

—Sí, ¿eh? —respondió el soldado, con su aire calmado—. Yo no estoy familiarizado con esos matices, pero, en general, me molesta esa raza.

Descruzó los brazos y, cambiando de postura, se quedó con una manaza apoyada en la mesa y la otra en la cadera, como la imagen más perfecta de alguien a quien no se va a hacer que cambie de opinión que jamás haya visto yo. Fue en vano que los tres razonáramos con él y tratásemos de persuadirlo; nos escuchó con aquella amabilidad que le iba tan bien a su aspecto imponente, pero estaba claro que no se veía más conmovido por nuestras exhortaciones que por el lugar de su encierro.

—Le ruego que lo piense más, señor George —le dije—. ¿No tiene usted ningún deseo con referencia a su caso?

—Desde luego, desearía que me juzgaran, señorita —respondió— en un consejo

de guerra, pero sé perfectamente que eso es imposible. Si tiene usted la amabilidad de prestarme su atención dos minutos, señorita, nada más, trataré de explicarme con toda la claridad posible.

Nos miró a los tres por turno, movió la cabeza un poco, como si la estuviera ajustando en el cuello de un uniforme que le quedara estrecho y al cabo de un instante de reflexión continuó:

—Mire usted, señorita, me han esposado y detenido y traído aquí. Soy un hombre marcado y caído, y aquí estoy. Bucket ha registrado por todas partes mi galería de tiro; lo poco que tengo (que es muy poco) está puesto patas arriba hasta el extremo de que no puedo reconocerlo, y (como ya he dicho) ¡aquí estoy! No me quejo especialmente. Aunque me halle en este lugar por algo que no es directamente culpa mía, entiendo muy bien que si no me hubiera hecho un vagabundo en mi juventud, no habría ocurrido esto. Pero ha ocurrido. Entonces se plantea la cuestión de cómo hacerle frente.

Se frotó la atezada cara un momento, con gesto bienhumorado, y dijo, como para excusarse:

—Estoy tan poco acostumbrado a hablar, que tengo que pararme a pensar un momento. —Tras pensar un momento, volvió a levantar la vista, y siguió—: Cómo hacerle frente. El pobre muerto era abogado, y me tenía bien agarrado. No quiero hablar mal de los muertos, pero me tenía agarrado, como diría si siguiera vivo, peor que el Diablo. Eso hace que no me guste su oficio. Si no me hubiera mezclado con los de su oficio, no me habrían metido aquí. Pero no me refiero a eso. Supongamos que lo hubiera matado yo. Supongamos que de verdad le hubiera descerrajado en el cuerpo cualquiera de esas pistolas mías que están disparadas hace poco y que Bucket ha encontrado en mi galería, y que, ¡por Dios!, podría haber encontrado cualquier día del año. ¿Qué hubiera hecho yo en cuanto me metieron aquí? Buscar un abogado.

Dejó de hablar al oír que había alguien a la puerta, y no continuó hasta que la puerta se abrió y se volvió a cerrar. En seguida diré por qué se había abierto la puerta.

—Hubiera buscado un abogado, y él habría dicho (como he leído muchas veces en la prensa): «Mi cliente no dice nada, mi cliente se reserva su defensa, mi cliente esto y lo otro». Bueno, según mi opinión, la gente de esa raza no tiene la costumbre de andar por lo derecho, ni de creer que otra gente lo hace. Digamos que soy inocente y me busco un abogado. Lo más probable es que él me creyera culpable. ¿Qué haría en todo caso? Actuar como si lo fuera, hacerme callar, decirme que no me comprometiera, disimular las circunstancias, reducir a pedazos las pruebas, andarse con equívocos y quizá lograr que me absolvieran, quizá. Pero, señorita Summerson, ¿preferiría yo que me absolvieran así o que me colgaran a mi aire (si me perdona que diga cosas tan desagradables a una dama)?

Ahora ya había entrado en materia, y no necesitaba pararse a pensar un momento.

—Prefiero que me cuelguen a mi aire. ¡Y estoy decidido! No pretendo decir —y volvió a mirarnos a cada uno, con los fuertes brazos en jarras y las cejas negras arqueadas— que tenga más ganas que cualquiera de que me cuelguen. Lo que digo es que debo salir totalmente exculpado o no salir en absoluto. Por eso, cuando oigo que dicen de mí algo que es verdad, digo que es verdad, y cuando me dicen: «Cualquier cosa que diga, podrá ser utilizada en contra suya», les digo que no me importa; que la utilicen. Si no me pueden declarar inocente cuando les digo toda la verdad, tampoco lo van a hacer si no se la digo toda, o si les digo otra cosa. Y si lo hicieran, tampoco me valdría de gran cosa.

Dio uno o dos pasos sobre las losas, volvió a la mesa y terminó con lo que tenía que decir:

—Les agradezco muchísimo, señorita y señores, su atención, y muchísimo más su interés. Ésa es toda la verdad del caso, tal como aparece ante un pobre soldado con una cabeza como un sable mellado. Nunca he hecho nada a derechas, salvo mi deber como soldado, y si después de todo ocurre lo peor, recogeré lo que he sembrado. Cuando se me pasó la primera impresión de que me detuvieran por asesinato (y a un viejo vagabundo como yo no le hace falta mucho tiempo para que se le pasen las impresiones así), me puse a pensar hasta llegar a las conclusiones que les he dicho. No tengo parientes que se puedan avergonzar de mí, y... eso es todo lo que tengo que decir.

La puerta se había abierto para que entrase otro hombre de aspecto militar, aunque menos imponente a primera vista, y una mujer de aspecto sano, curtida y de mirada brillante, que llevaba un cesto y desde que entró había prestado gran atención a todo lo que decía el señor George. Éste los había recibido con un gesto de familiaridad y una mirada de amistad, pero sin hacerles un saludo especial en medio de su discurso. Ahora les estrechó la mano efusivamente, y dijo:

—Señorita Summerson y caballeros, éste es un viejo camarada mío, Matthew Bagnet. Y ésta es su esposa, la señora Bagnet.

El señor Bagnet hizo una tiesa inclinación militar, y la señora Bagnet nos hizo una reverencia.

—Son buenos amigos míos —dijo el señor George—. Fue en su casa donde me detuvieron.

—Con un violonchelo de segunda mano —intervino el señor Bagnet, con un gesto airado de la cabeza—. Pero bueno. Para un amigo. No importaba el precio.

—Mat —dijo el señor George—, has oído prácticamente todo lo que he dicho a esta señorita y a estos caballeros. ¿Entiendo que estás de acuerdo, que das tu aprobación?

—Díselo. Si tiene mi aprobación. O no.

—Pero, George —exclamó la señora Bagnet, que había estado vaciando el cesto,

que contenía un trozo de carne de cerdo en conserva, algo de té y de azúcar y una hogaza de pan negro—, tienes que saber que no. Tienes que saber que vuelves a la gente loca con lo que dices. Así que no estás dispuesto a tal cosa y no estás dispuesto a tal otra..., ¿qué significan tantos melindres? Eso son bobadas, George.

—No me trate mal en la desgracia, señora Bagnet el soldado, con una sonrisa.

—¡Bah! Al diablo con tu desgracia —exclamó la señora Bagnet—, si no te hace tener más sentido que lo que acabamos de oír. En mi vida he sentido más vergüenza de oír a alguien decir tantas tonterías como de oírte a ti hablar así delante de estos señores. ¿Abogados? ¿Por qué te va a dar miedo de que se meta demasiada gente en el ajo si aquí el caballero te los recomendará?

—Eso es hablar con sensatez —dijo mi Tutor—; espero que lo persuada usted, señora Bagnet.

—¿Persuadirlo a él, caballero? —replicó ella—. Seguro que no. No conoce usted a George. ¡Mírelo! —y la señora Bagnet dejó el cesto para señalarlo con sus manos morenas—. ¡Mírenlo! ¡Más tozudo en defenderla y no enmendarla que ningún ser humano bajo la capa del Cielo! ¡Pero si es que acaba con la paciencia de cualquiera! Más fácil resulta levantar a pulso un cañón del ochenta y cuatro que convencer a este hombre cuando se le mete algo en la cabeza y se le queda en ella. ¡Si es que no lo conocen ustedes! —exclamó la señora Bagnet—. ¡Yo sí te conozco, George! ¡No vas a hacerme creer a mí que has cambiado, al cabo de tantos años, espero!

Su amistosa indignación tuvo un efecto ejemplar en su marido, que meneó la cabeza varias veces en dirección al soldado, como recomendándole silenciosamente que cediera. De vez en cuando, la señora Bagnet me miraba a mí, y comprendí por la expresión de su mirada que deseaba que yo hiciera algo, aunque yo no comprendía qué.

—Pero ya he renunciado a decirte nada, muchacho, desde hace años y años —continuó la señora Bagnet, mientras le quitaba una motita de polvo a la carne de cerdo en conserva y me volvía a mirar a mí—, y cuando las damas y los caballeros te conozcan tan bien como te conozco yo, también renunciarán ellos. Si no eres demasiado tozudo para aceptar algo de comer, aquí lo tienes.

—Lo acepto, y lo agradezco mucho —respondió el soldado.

—¡Vaya! ¿Conque sí? —replicó la señora Bagnet, que seguía gruñendo bienhumoradamente—. Pues eso sí que me sorprende. Me extraña que no te dejes también morir de hambre a su aire. A lo mejor eso es lo que se te ocurre la próxima vez —y volvió a mirarme, y entonces comprendí que deseaba que nos retirásemos y esperásemos a que ella nos siguiera a la salida de la prisión. Les comuniqué esa idea por el mismo medio a mi Tutor y al señor Woodcourt, y me levanté.

—Esperamos que reflexione usted, señor George —dije—, y volveremos a visitarlo, con la esperanza de encontrarlo más razonable.

—Más agradecido de lo que ya estoy, señorita Summerson, no me podrá encontrar —contestó.

—Pero sí que podemos encontrarlo más persuasible, espero —dije—. Y permítame rogarle que considere que la aclaración de este misterio, y el descubrimiento de quién perpetró verdaderamente el crimen, puede ser de la máxima importancia para otros, además de usted.

Me escuchó respetuosamente, pero sin hacer gran caso de aquellas palabras, que pronuncié dándole un poco la espalda, camino de la puerta; estaba observando (como me dijeron después) mi altura y mi tipo, que de pronto parecieron llamarle la atención.

—Es curioso —dijo—. ¡Y, sin embargo, es lo que me pareció entonces!

Mi Tutor le preguntó a qué se refería.

—Mire usted —le respondió—, cuando mi mala fortuna me llevó a la escalera del muerto, la noche del asesinato, vi una figura muy parecida a la señorita Summerson que pasaba a mi lado en la oscuridad, tan parecida que casi le dirigí la palabra.

Durante un instante me sentí temblar como jamás me había sentido antes, y espero que no me volveré a sentir jamás.

—Bajaba cuando subía yo —dijo el soldado—, y pasó por delante de la ventana por la que entraba la luz de la luna, con una capa suelta sobre los hombros; vi que tenía unos flecos muy largos. Pero no tiene que ver con este tema, salvo que en aquel momento se parecía tanto a la señorita Summerson que ahora me he acordado.

No soy capaz de definir ni de separar las sensaciones que se me agolparon entonces; baste decir que aumentó en mí el vago sentimiento de deber y de obligación, que había tenido desde un principio, de seguir adelante con la investigación, sin atreverme a hacerme directamente ninguna pregunta, y me sentí indignadamente segura de que no había ningún motivo posible de sentir miedo.

Salimos los tres de la prisión., y nos quedamos paseándonos a poca distancia de la puerta, que se hallaba en un lugar retirado. No llevábamos mucho tiempo esperando cuando también salieron el señor y la señora Bagnet y se reunieron con nosotros rápidamente.

La señora Bagnet tenía lágrimas en los ojos y la cara enrojecida y preocupada. Lo primero que dijo al llegar fue:

—Mire, señorita, no quería que lo supiera George, pero está en muy mala situación. ¡Pobrecillo!

—No estará tan mal con atención, paciencia y una buena ayuda —dijo mi Tutor.

—Un caballero como usted probablemente sabe más que yo —respondió la señora Bagnet, secándose rápidamente las lágrimas con el borde de su mantón gris—, pero estoy preocupada por él. Ha sido tan imprudente, y ha dicho tantas cosas sin quererlas... Es posible que los señores de los jurados no lo entiendan como Lignum y

yo. Y luego se le han puesto tantas circunstancias en contra, y va a haber tanta gente que declare contra él, y Bucket es tan astuto.

—Con un violonchelo de segunda mano. Y dijo que había tocado la flauta. De pequeño —añadió el señor Bagnet con gran solemnidad.

—Se lo voy a decir, señorita —continuó la señora Bagnet—, ¡y cuando digo a la señorita digo a todos ustedes! Vengan a esa esquina y se lo voy a decir.

La señora Bagnet nos llevó a toda prisa a un lugar más discreto, y al principio no pudo decir nada, porque se había quedado sin aliento, lo cual llevó al señor Bagnet a decir:

—¡Viejita! ¡Díselo!

—Bueno, señorita —continuó la viejita, desatándose las cintas del sombrero para que le diese más aire—, pues lo que le digo es que más fácil es cambiar de sitio el Castillo de Dover que cambiar a George en este asunto, si no se tiene algo especial para cambiarlo. ¡Y yo lo tengo!

—Es usted una joya, señora —dijo mi Tutor—. ¡Siga, por favor!

—Pues lo que le digo, señorita —siguió ella, aplaudiendo en sus prisas y su agitación una docena de veces a cada frase—, que lo que dice de que no tiene parientes es una bobada. Ellos no tienen noticias de él, pero él sí las tiene de ellos. Me ha ido diciendo cosas a lo largo del tiempo, más que a nadie, y no es por nada si una vez le dijo a mi Woolwich aquello de hacer que las cabezas de las madres se pusieran blancas y arrugadas. Apuesto cincuenta libras a que aquel día había visto a su madre. ¡Está viva, y hay que traerla inmediatamente!

Y en el acto la señora Bagnet se puso unos alfileres en la boca y empezó a recogerse las faldas por todas partes, un poco más alto que el borde del mantón, lo cual hizo a una velocidad y con una destreza admirables.

—Lignum —dijo—, tú te encargas de los niños, viejito, y dame el paraguas. Me voy a Lincolnshire a traer a la anciana.

—¡Pero, mujer bendita! —exclamó mi Tutor con la mano en el bolsillo—. ¿Cómo va a ir? ¿Qué dinero tiene? La señora Bagnet volvió a llevarse la mano a la falda y sacó un bolso de cuero, en el que contó a toda velocidad unos cuantos chelines y que después cerró, muy satisfecha. —No se preocupe por mí, señorita. Soy la mujer de un soldado, y estoy acostumbrada a viajar a mi aire. Lignum, viejito —le dijo, dándole de besos—, uno para ti y tres para los niños. ¡Me voy a Lincolnshire a buscar a la madre de George!

Y, efectivamente, se marchó mientras los tres nos quedábamos mirándonos, asombrados. Efectivamente, se fue corriendo con su mantón gris, dio la vuelta a la esquina y desapareció.

—Señor Bagnet —dijo mi Tutor—, ¿de verdad va a dejar usted que se marche así?

—No puedo evitarlo —respondió él—. Una vez volvió a casa. Del otro extremo del mundo. Con el mismo mantón gris. Y el mismo paraguas. Lo que diga la viejita se hace. ¡Se hace! Lo que diga la viejita, yo lo hago. Ella lo hace.

—Entonces es tan honrada y auténtica como aparenta —replicó mi Tutor, y es imposible decir nada mejor de ella.

—Es la Sargenta Mayor del Batallón de los Incomparables —dijo el señor Bagnet, mirándonos por encima del hombro al marcharse él también—. Y no hay otra igual. Pero yo nunca se lo digo. Hay que mantener la disciplina.

53. La pista

El señor Bucket y su grueso dedo índice están celebrando muchas consultas, dadas las circunstancias. Cuando el señor Bucket tiene un asunto de gran interés en estudio, el grueso dedo índice parece adquirir la categoría de un demonio familiar. Se lo lleva a los oídos, y el índice le susurra información; se lo lleva a los labios, y el índice le aconseja discreción; se lo pasa por la nariz, y el índice le aguza el olfato; lo sacude ante un culpable, y el índice lo seduce para que confiese. Los Augures del Templo de los Detectives predicen invariablemente que cuando el señor Bucket y su índice celebran una conferencia, falta poco para que se tengan noticias de una terrible venganza.

El señor Bucket, que en otros respectos es moderadamente estudioso de la naturaleza humana, que en general es un filósofo benigno, y que no está dispuesto a ser demasiado severo con las locuras de la Humanidad, invade gran número de casas y recorre una infinidad de calles, y a ojos de un observador ignorante, se pasea porque no tiene nada mejor que hacer. Actúa de la manera más amistosa con sus congéneres, y está dispuesto a beber con la mayor parte de ellos. Es liberal con su dinero, afable en sus modales, inocente en su conversación, pero en esta plácida corriente de su vida siempre flota por debajo la otra corriente: la del índice.

Los lugares y las horas no pueden atar al señor Bucket. Al igual que el hombre, en sentido abstracto, aparece hoy y desaparece mañana, pero al revés que ese hombre, reaparece al día siguiente. Esta tarde va a contemplar distraídamente los tubos de hierro de las lámparas de la casa que tiene Sir Leicester Dedlock en la ciudad, y mañana por la mañana se paseará por los tejados de Chesney Wold, donde hace algún tiempo se asomaba el anciano cuyo fantasma se propicia con 100 guineas. El señor Bucket examina los cajones, las mesas, los bolsillos, todo lo que le pertenecía. Unas horas después estará junto con el romano, comparando dedos índices.

Es probable que estas ocupaciones sean irreconciliables con los placeres hogareños, pero es seguro que en estos días el señor Bucket no va a su casa. Aunque en general aprecia mucho la compañía de la señora Bucket —dama de genio detectivesco natural, que de haberse perfeccionado mediante el ejercicio de esa profesión podría haber hecho grandes cosas, pero que se ha detenido al nivel de un amateur bien dotado—, se mantiene alejado de ese amable solaz. La señora Bucket depende de su pensionista (que afortunadamente es una amable dama y que le parece interesante) para gozar de compañía y conversación.

El día del funeral se reúne una gran multitud en Lincoln's Inn Fields. Sir Leicester Dedlock asiste a la ceremonia en persona; estrictamente hablando, hay sólo otros tres —seguidores humanos, es decir, Lord Doodle, William Buffy y el primo debilitado (añadido como relleno), pero la cantidad de carruajes inconsolables es inmensa [89].

La Aristocracia contribuye más sentimiento en cuatro ruedas de lo que jamás se haya visto en el distrito. Tal es la cantidad de escudos nobiliarios en los paneles de los coches, que cabría suponer que el Colegio de Heráldica ha perdido de un solo golpe su padre y su madre. El Duque de Foodle envía un montón espléndido de polvo y cenizas, con guardabarros de plata, ejes patentados y todos los perfeccionamientos más recientes, así como seis gusanos afligidos de seis pies de alto cada uno, aferrados a la trasera y manifestando un gran pesar. Todos los cocheros de gala de Londres parecen haberse puesto de luto, y si el anciano muerto de vestimenta descolorida se interesa por la raza equina (como parece probable), debe de estar muy satisfecho hoy.

Entre los enterradores y los lacayos, y las pantorrillas de tantas piernas sumidas en el dolor, el señor Bucket se sienta en silencio en uno de los carruajes inconsolables y contempla tranquilamente la multitud por la ventanillas encortinadas. Tiene la mirada acostumbrada a las multitudes, y al ir mirando acá y allá, unas veces desde un lado del carruaje y otras desde el otro, unas veces a las ventanas de las casas y otras a las cabezas de la gente, no se le escapa nada.

«Ahí estás, mi cara mitad, ¿eh?», se dice a sí mismo el señor Bucket, pero refiriéndose a la señora Bucket, apostada por recomendación suya en las escaleras de la casa del difunto. «Ahí estás. ¡Claro que sí! ¡Y tienes muy buen aspecto, señora Bucket!»

El cortejo no se ha iniciado todavía, sino que espera a que se saque a quien es la causa de toda la reunión. El señor Bucket, en el primero de los carruajes engalanados, utiliza sus dos gruesos dedos índices para levantar un poco la cortinilla mientras mira.

Y dice mucho de su afecto marital el que siga ocupándose de la señora B. «Ahí estás, ¿eh?», repite con un murmullo. «Y veo que a tu lado está nuestra pensionista. Me estoy fijando en ti, señora Bucket, y espero que te encuentres bien, querida mía».

El señor Bucket no dice nada más, sino que sigue sentado, con la vista bien atenta, hasta que bajan empaquetado al depositario de nobles secretos (¿dónde están esos secretos ahora? ¿Los sigue conservando? ¿Volaron con él en su repentino viaje?), y hasta que se pone en marcha el cortejo y cambia la visión del señor Bucket. Después se prepara para hacer el viaje tranquilamente, y toma nota de los adornos del carruaje, por si alguna vez le resulta útil recordarlos.

Existe bastante contraste entre el señor Tulkinghorn encerrado en su carruaje y el señor Bucket encerrado en el suyo. Entre la pista inconmensurable de espacio que se abre a partir de la pequeña herida que ha lanzado a uno al sueño eterno, que tanto le hace traquetear sobre las piedras de las calles, y la leve pista de sangre que mantiene al otro en estado de vigilancia que expresa cada pelo de su cabeza. Pero a ambos les da igual; a ninguno de ellos le importa.

El señor Bucket deja a su aire tranquilo que pase el cortejo, y se apea del carruaje cuando le llega la oportunidad que esperaba. Se dirige a casa de Sir Leicester

Dedlock, que ya es una especie de segundo hogar para él, donde entra y sale cuando quiere y a todas horas, donde siempre se le recibe y se le acoge muy bien, donde conoce a todos los habitantes, y avanza rodeado de una atmósfera de misteriosa grandeza.

El señor Bucket no tiene que golpear el llamador ni tocar el timbre. Se le ha dado una llave, y puede entrar como quiera. Cuando cruza el vestíbulo, Mercurio le informa:

—Otra carta para usted, señor Bucket. Ha llegado en el correo.

—Otra más, ¿eh? —comenta el señor Bucket.

Si Mercurio poseyera alguna leve curiosidad acerca de las cartas del señor Bucket, este prudente personaje no es quién para satisfacerla. El señor Bucket lo contempla como si fuera un panorama de varias millas de largo y lo estuviera contemplando en un rato de ocio.

—¿Tiene usted una petaca? —pregunta el señor Bucket.

Por desgracia, Mercurio no es aficionado al rapé.

—¿Podría usted traerme algo de donde sea? —continúa el señor Bucket—. Gracias. No importa lo que sea; me da igual el género. ¡Gracias!

Tras servirse calmadamente de una lata tomada prestada a alguien del piso de arriba para ese objetivo, y tras hacer grandes muestras de probarlo, primero con una aleta de la nariz y luego con la otra, el señor Bucket, con gran prosopopeya, declara que es de buena clase, y se marcha con la carta en la mano.

Ahora bien, aunque el señor Bucket sube las escaleras hacia la pequeña biblioteca que hay dentro de la grande, con el gesto de quien está acostumbrado a recibir docenas de cartas a diario, da la casualidad de que en su vida no interviene mucha correspondencia. No es un gran escritor, pues más bien maneja la pluma como el bastoncillo pequeño que siempre tiene a mano, y desalienta a los demás de que le escriban, como forma demasiado inocente y directa de hacer transacciones delicadas. Además ve cómo a menudo se presentan como pruebas cartas imprudentes y dispone de tiempo para reflexionar que fue una simpleza escribirlas. Por todos esos motivos, no ve muchas cartas, ni como destinatario ni como remitente. Y, sin embargo, en las últimas veinticuatro horas ha recibido media docena de ellas.

—Y ésta —dice el señor Bucket, abriéndola encima de la mesa— viene de la misma mano y contiene las mismas dos palabras.

—¿Qué dos palabras?

Hace girar la llave en la cerradura, quita la goma de su cuaderno negro (ominoso para muchos) y pone dentro de él otra carta, y lee, escrito en letras mayúsculas en cada una de ellas: «LADY DEDLOCK».

«Sí, sí», se dice el señor Bucket, «pero podría haber obtenido la recompensa sin necesidad de esta información anónima».

Tras poner las cartas en su cuaderno del Destino, y volverle a poner la goma, abre la puerta, justo a tiempo para que le traigan la cena, que viene en una buena bandeja, con una botella de jerez. El señor Bucket observa a menudo, en círculos de sus amistades donde no hay que andarse con disimulos, que lo mejor que se le puede ofrecer es un traguito de un buen jerez oscuro de las Indias Orientales. En consecuencia, llena su vaso y lo vacía con un chasquido de la lengua, y está procediendo a restaurarse cuando le viene a la mente una idea.

El señor Bucket abre silenciosamente la puerta que comunica el aposento en que se halla con el de al lado, y mira. La biblioteca está vacía, y el fuego está a punto de apagarse. La mirada del señor Bucket recorre todos los rincones del aposento y cae en una mesa en la que se suelen depositar las cartas que llegan. En ella hay varias para Sir Leicester. El señor Bucket se acerca y mira los sobres. «No», se dice, «ninguna con esa letra. No me escribe más que a mí. Mañana se lo puedo decir a Sir Leicester Dedlock, Baronet».

Tras lo cual vuelve a terminar su cena con buen apetito, y tras una breve siesta lo llaman al salón. Sir Leicester lo ha recibido todas estas tardes, para saber si tiene información que darle. Lo acompañan el primo debilitado (al que el funeral ha dejado agotado) y Volumnia.

El señor Bucket hace tres reverencias distintas a estas tres personas. Una reverencia de homenaje a Sir Leicester, una reverencia de galantería a Volumnia, y una reverencia de reconocimiento al primo debilitado, al que parece decir: «Usted es un paseante en corte, y me conoce, y yo lo conozco a usted». Tras distribuir estos pequeños especímenes de su tacto, el señor Bucket se frota las manos.

—¿Tiene usted algo nuevo que comunicar, agente? —pregunta Sir Leicester—. ¿Desea usted tener una conversación conmigo en privado?

—Pues..., esta noche, no, Sir Leicester Dedlock, Baronet.

—Porque mi tiempo —continúa Sir Leicester— está totalmente a su disposición con miras a vindicar la majestad ultrajada de la ley.

El señor Bucket tose y mira a Volumnia, maquillada y encollarada, como si quisiera observar respetuosamente: «Le aseguro que está usted muy guapa. He visto centenares peores que usted a su edad, se lo aseguro».

La bella Volumnia, que quizá no sea inconsciente de la influencia humanizadora de sus encantos, hace una pausa en su redacción de notas en papelillos de forma triangular y se ajusta meditabunda el collar de perlas. El señor Bucket almacena ese ornamento mentalmente y considera probable que Volumnia esté escribiendo poesía.

—Si no he exhortado a usted, agente —sigue diciendo Sir Leicester—, de la manera más enfática a aplicar toda su capacidad a este atroz caso, deseo particularmente aprovechar esta ocasión para rectificar toda posible omisión por mi parte. Que no haya problemas con los gastos. Estoy dispuesto a correr con todos.

Imposible que realice usted ninguno en la búsqueda del objetivo que ha emprendido, que vaya yo a titubear ni un momento en costear.

Como respuesta a tamaña liberalidad, el señor Bucket repite su reverencia a Sir Leicester.

—Mi ánimo —añade Sir Leicester con generoso calor— no ha recuperado su equilibrio, como cabría fácilmente suponer, desde ese acontecimiento diabólico. Y no es probable que jamás lo recupere. Pero esta noche está lleno de indignación, tras sufrir la prueba de enviar a la tumba los restos de un seguidor fiel, celoso y abnegado.

A Sir Leicester le tiembla la voz, y sus cabellos grises se agitan. Tiene lágrimas en los ojos; se ha despertado la parte mejor de su carácter.

—Declaro —dice—; declaro solemnemente, que hasta que se haya descubierto este crimen y lo haya castigado la justicia, siento casi como si hubiera caído una mancha sobre mi nombre. Un caballero que me ha consagrado una gran parte de su vida, un caballero que me ha consagrado el último día de su vida, un caballero que se ha sentado constantemente a mi mesa y ha dormido bajo mi techo, se va de mi casa a la suya y muere menos de una hora después de salir de mi casa. Cabe incluso pensar que lo hayan seguido desde mi casa, observado en mi casa, incluso espiado en primer lugar por su relación con mi casa, lo cual puede haber sugerido que poseía más riqueza y tenía más importancia de lo que podría haber indicado su comportamiento modesto. Si con mis medios y mi influencia, y mi posición, no puedo sacar a la luz a los perpetradores de tamaño crimen, es que miento cuando afirmo mi respeto a la memoria de ese caballero y mi lealtad a alguien que siempre me fue leal.

Mientras hace estas protestas con gran emoción y seriedad, mirando por todo el salón como si se estuviera dirigiendo a una asamblea, el señor Bucket lo mira a él con una gravedad atenta en la que podría haber, si no fuera por la osadía de tamaña idea, un matiz de compasión.

—La ceremonia de hoy —continúa diciendo Sir Leicester—, claro ejemplo del respeto que tenía por mí fallecido amigo —y subraya esta última palabra, pues la muerte elimina todas las distinciones— la flor y nata del país, ha agravado, como decía, la impresión que me ha causado este crimen horrible y audaz. Aunque lo hubiera perpetrado mi propio hermano, no se lo perdonaría.

El señor Bucket tiene un aire muy grave. Volumnia dice del fallecido que era la persona más de fiar y más amable del mundo.

—Sin duda debe usted de considerarlo una pérdida, señorita —replica el señor Bucket para calmarla—. Estoy seguro de que su desaparición tiene que ser una grave pérdida.

Volumnia, en respuesta, da a entender al señor Bucket que su sensible espíritu está plenamente decidido a no recuperarse mientras viva, que tiene los nervios rotos para siempre y que no tiene la más mínima esperanza de volver a sonreír jamás. Entre

tanto, dobla uno de sus papelitos triangulares, destinado al temible general de Bath, en el cual describe su melancólico estado.

—Tiene que impresionar a una mujer delicada —dice el señor Bucket, en señal de solidaridad—, pero acabará por pasársele.

Volumnia quiere, por encima de todo, saber qué está pasando. ¿Van a condenar, o como se diga, a ese horrible soldado? ¿Tuvo cómplices o como se llame eso en Derecho? Y muchas más preguntas igual de inanes.

—Pues mire, señorita —responde el señor Bucket, que pone en marcha su persuasivo índice, y tal es su natural galantería, que casi le dice «querida mía»—, no resulta fácil responder a esas preguntas por ahora. Por ahora, no. Me he ocupado únicamente de este caso, Sir Leicester Dedlock, Baronet —a quien ahora introduce el señor Bucket en la conversación, por razón de su importancia—, mañana, tarde y noche. Salvo una copita o dos de jerez, creo que no podría mantener mi atención más enfocada en una sola cosa. *Podría* contestar a sus preguntas, señorita, pero el deber me lo impide. Sir Leicester Dedlock, Baronet, estará pronto informado de todo lo que se ha descubierto. Y espero que lo encuentre satisfactorio —dice el señor Bucket, que ha vuelto a adoptar su aire grave.

El primo debilitado sólo espera que se castigue a alguien, ¿no? Un buen ejemplo, vaya. Pero hace falta más interés, ¿verdad?, para conseguir que ahorquen a alguien hoy día que para darle a uno una pensión de diez mil-año, ¿no? No cabe duda, un ejemplo, más vale colgar a un inocente que no ahorcar a nadie.

—*Usted* sí que conoce la vida, caballero, de verdad —dice el señor Bucket, con un guiño del ojo, en expresión de cumplido y haciendo un gancho con el índice—, y puede confirmar lo que he dicho a esta dama. *Usted* no quiere que le diga que gracias a una información que he recibido ya me he puesto en marcha. *Usted* está a una altura que no se puede exigir a una dama. ¡Dios mío! Especialmente de una condición social tan elevada como la suya, señorita —termina el señor Bucket, ruborizándose al escapar otra vez por los pelos de decir «querida mía».

—El agente, Volumnia —observa Sir Leicester—, cumple con su deber y tiene toda la razón.

El señor Bucket murmura:

—Celebro tener el honor de contar con su aprobación, Sir Leicester Dedlock, Baronet.

—De hecho, Volumnia —continúa diciendo Sir Leicester—, no es un modelo digno de imitación el hacer al agente preguntas como las que le has hecho tú. Él es el mejor juez de su responsabilidad y actúa conforme a su responsabilidad. Y no nos incumbe a nosotros, que ayudamos a promulgar las leyes, el obstaculizar o interferir a quienes se encargan de su ejecución. O —dice Sir Leicester, un tanto severamente, pues Volumnia iba a interrumpirlo antes de que redondeara él su frase—... o que

vindican su majestad ultrajada.

Volumnia explica con toda humildad que no sólo tenía la excusa de la curiosidad (con todas las jóvenes de su sexo), sino que está muriéndose de pena y de interés por aquel querido hombre, cuya pérdida deploran tanto todos.

—Muy bien, Volumnia —replica Sir Leicester—, en tal caso, toda discreción es poca.

El señor Bucket aprovecha la oportunidad de una pausa para hacerse oír otra vez:

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, no tengo objeciones a decir a esta dama, con su permiso y entre nosotros, que considero el caso prácticamente resuelto. Es un caso magnífico, un caso magnífico, y lo poco que falta para cerrarlo preveo tenerlo hecho en unas pocas horas.

—Pues celebro muchísimo oírlo —dice Sir Leicester—. Dice mucho de usted.

—Sir Leicester Dedlock, Baronet —responde el señor Bucket, muy serio—, espero que al mismo tiempo que dice algo de mí, de satisfacción a todos. Mire usted, señorita —continúa el señor Bucket, mirando gravemente a Sir Leicester—, cuando digo que es un caso magnífico, quiero decir desde mi punto de vista. Considerado desde otros puntos de vista, estos casos siempre implican más o menos cosas desagradables. Llegan a nuestro conocimiento cosas muy extrañas de algunas familias, señorita; usted, tan delicada, quizá las calificaría de fenómenos.

Volumnia, con su grito inocente, supone que sí.

—Sí, sí, incluso en familias bien, en familias altas, en grandes familias —prosigue el señor Bucket, que vuelve a lanzar a Sir Leicester una mirada oblicua—. He tenido el honor de ser empleado por grandes familias antes, y no tiene usted idea..., bueno, estoy dispuesto hasta decir que ni siquiera *usted* tiene idea, caballero —esto, dirigido al primo debilitado—, de los juegos a los que se dedican.

El primo, que ha estado poniéndose los almohadones del sofá en la cabeza, en manifestación de aburrimiento, bostezo y dice:

—Muy probable, claro.

Sir Leicester considera que ha llegado el momento de despedir al agente, e interviene majestuosamente con las siguientes palabras:

—Muy bien. ¡Gracias! —y hace un gesto con la mano, con lo cual implica que no sólo ha terminado la conversación, sino que si hay grandes familias que caen en hábitos vulgares, deben aceptar las consecuencia—. Y no olvide, agente —dicho con gran condescendencia—, que estoy a su disposición cuando usted quiera.

El señor Bucket (que sigue comportándose con mucha gravedad) pregunta si mañana por la mañana vendría bien, en caso de que avance tanto como espera. Sir Leicester replica:

—A mí me da igual cualquier hora —y el señor Bucket hace sus tres inclinaciones y se va a retirar cuando se le ocurre algo que había olvidado.

—A propósito, ¿podría preguntar —pregunta en voz baja y volviendo cautelosamente— quién ha colocado el cartel de la Recompensa en la escalera?

—Yo lo ordené —responde Sir Leicester.

—¿Consideraría usted impertinente, Sir Leicester Dedlock, Baronet, que le preguntase por qué?

—En absoluto. Lo escogí porque me pareció una parte destacada de la casa. Creo que no es posible exagerar en estas cosas ante el personal. Quiero que mi personal se sienta impresionado ante la enormidad del crimen, la determinación de castigarlo y la imposibilidad de escapar. Al mismo tiempo, agente, si usted, que está más informado sobre el tema, tiene alguna objeción...

El señor Bucket ya no tiene ninguna; si se ha puesto el cartel, más vale no quitarlo. Repite sus tres inclinaciones y se retira, cerrando la puerta cuando Volumnia lanza su gritito, que es un preludio a su observación de que esa persona encantadoramente horrible es un perfecto Cuarto Azul [90].

Con su afición a la compañía y su capacidad para adaptarse a todos los niveles, al cabo de un momento el señor Bucket está ante la chimenea del vestíbulo (que ilumina y calienta a estas primeras horas de la noche de invierno) admirando a Mercurio.

—Hombre, usted medirá seis pies y dos pulgadas, ¿no? —pregunta el señor Bucket.

—Y tres pulgadas —dice Mercurio.

—¿Tanto? Pero, claro, como también es usted muy ancho, no se nota. Desde luego, no es usted ningún alfeñique. ¿Ha posado usted alguna vez para un artista? —pregunta el señor Bucket, dando la impresión de que él mismo es artista, para lo cual ladea la cabeza y cierra un ojo. Mercurio no ha posado nunca.

—Pues debería hacerlo, mire —responde el señor Bucket—, y un amigo mío, del que algún día oírás hablar como escultor de la Academia de Bellas Artes, seguro que pagaría una buena suma por dejar constancia de sus proporciones en mármol. Milady ha salido, ¿verdad?

—Ha salido a una cena.

—Sale prácticamente todos los días, ¿no?

—Sí.

—¡No me extraña! —comenta el señor Bucket—. Una mujer tan fina como ella, tan hermosa y tan elegante es como un limón nuevo en una mesa, ornamenta cualquier parte donde vaya. ¿Su padre de usted tenía el mismo oficio que usted?

La respuesta es negativa.

—El mío, sí —dice el señor Bucket—. Mi padre fue primero paje, después lacayo, después mayordomo, después administrador y después hotelero. En vida, todo el mundo lo respetaba, y cuando murió, todos lo lloraron. En su último aliento dijo que el servicio era la parte más honorable de su carrera, y era verdad. Yo tengo en el

servicio un hermano y un cuñado. ¿Milady es amable?

—Normal —responde Mercurio.

—¡Ah! —exclama el señor Bucket—. ¿Un poco mimada? ¿Un poco caprichosa? ¡Dios mío! ¿Qué se va a esperar de una persona tan hermosa? Y eso es lo que más nos gusta de ellas, ¿no?

Mercurio, con las manos en los bolsillos de su uniforme de diario, del color de la flor del melocotón, estira las piernas simétricas envueltas en seda con el aire de un hombre galante que no puede negarlo. Se oyen unas ruedas y un toque violento de la campanilla.

—Hablando del rey de Roma —dice el señor Bucket—. ¡Aquí está!

Se abren las puertas de golpe y pasa ella por el vestíbulo. Sigue estando muy pálida, va vestida de medio luto y lleva dos pulseras magníficas. Sea la belleza de éstas o la belleza de los brazos de ella, algo parece especialmente atractivo al señor Bucket. La contempla con una mirada penetrante y se acaricia algo en el bolsillo, quizá monedas de a medio penique.

Al verlo a esta distancia, ella lanza una mirada interrogante al otro Mercurio que la ha traído a casa.

—El señor Bucket, Milady.

El señor Bucket hace una inclinación y se adelanta, pasándose el demonio familiar por la región de la boca.

—¿Está usted esperando a ver a Sir Leicester?

—No, Milady. ¡Ya lo he visto!

—¿Tiene usted algo que decirme?

—Nada por el momento, Milady.

—¿Ha descubierto usted algo nuevo?

—Algo, Milady.

Todo esto mientras ella sigue adelante. Casi ni se para, y sube sola las escaleras. El señor Bucket avanza hasta el pie de la escalera, la contempla mientras asciende los mismos escalones que el anciano descendió camino de la muerte, mientras pasa los grupos de estatuas, repetidas en la pared con las sombras de sus armas, junto al cartel impreso al que echa una mirada al pasar, hasta que desaparece.

La verdad es que es una mujer encantadora —dice el señor Bucket, volviendo junto a Mercurio—. Pero no parece estar muy bien de salud.

—No está muy bien de salud —le informa Mercurio—. Tiene muchos dolores de cabeza.

¿De verdad? ¡Qué pena! El señor Bucket le recomendaría pasear mucho.

—Bueno, ya intenta pasear —responde Mercurio—. A veces se da paseos de dos horas, cuando se siente muy mal. Y de noche.

—¿Está usted seguro de medir nada menos que seis pies y tres pulgadas? —

pregunta el señor Bucket—. Con mis excusas por interrumpir sus palabras.

—No cabe duda de ello.

—Está usted tan bien proporcionado que no lo hubiera pensado. Pero los soldados de la guardia, aunque dicen que son tan grandes, son muy flacos... ¿Con que da paseos de noche, eh? Pero será cuando hay luna, ¿no?

Sí, claro. ¡Cuando hay luna! Claro. ¡Claro! Uno menciona las cosas y el otro las confirma.

—Supongo que no tendrá usted la costumbre de darse paseos, ¿verdad? —pregunta el señor Bucket—. Seguro que no le sobraré el tiempo.

Además de lo cual, a Mercurio no le agrada. Prefiere el ejercicio de los carruajes.

—Naturalmente —dice el señor Bucket—. Eso es diferente. Ahora que lo pienso —dice el señor Bucket, calentándose las manos y contemplando el fuego con gesto de sentirse muy a gusto—, la noche misma de este asunto anduvo ella de paseo.

—¡Claro que sí! Yo mismo la llevé al jardín de enfrente.

—Y la dejó usted allí. Claro. Si lo vi yo.

—Yo no le vi a *usted* —dice Mercurio.

—Andaba con prisas —responde el señor Bucket—, porque iba a ver a una tía mía que vive en Chelsea, a dos puertas de la antigua Bun House, una señora que ya tiene noventa años, es soltera y tiene algunos bienes. Sí, pasaba por casualidad a aquella hora. ¿Qué hora era? Todavía no habían dado las diez.

—Las nueve y media.

—Tiene usted razón. Eso era. Y, si no me engaño, llevaba una capa negra suelta con flecos muy largos, ¿verdad?

—Claro que sí.

Claro que sí. El señor Bucket tiene que volver arriba a terminar unas cosillas, pero antes ha de darle la mano a Mercurio en agradecimiento por una conversación tan agradable y le pregunta (no pide más) si cuando tenga un rato libre pensará en concedérselo a ese escultor de la Academia de Bellas Artes que le ha dicho, lo cual sería beneficioso para ambas partes.

54. Revienta una mina

Restaurado por el sueño, el señor Bucket se levanta por la mañana y se prepara para pasar un día muy ocupado. Acicalado tras ponerse una camisa limpia y aplicarse al pelo un cepillo húmedo, instrumento con el cual, en las ocasiones de ceremonia, se lubrica los escasos rizos que le quedan tras una vida de intenso estudio, el señor Bucket ingiere un desayuno de dos chuletas de cordero para empezar, junto con té, huevos, tostada y mermelada, en escala correspondiente. Tras disfrutar mucho con esta forma de recuperar sus fuerzas, y tras una conferencia sutil con su demonio familiar, encarga confiado a Mercurio que «se limite a mencionar a Sir Leicester Dedlock, Baronet, que cuando esté dispuesto a verme, yo estoy dispuesto a verlo a él». Cuando le llega el amable mensaje de que Sir Leicester se apresurará a vestirse y se reunirá con el señor Bucket en la biblioteca dentro de diez minutos, el señor Bucket se dirige a ese aposento y se queda ante el fuego, con el índice apoyado en la barbilla, contemplando los carbones ardientes.

Está pensativo el señor Bucket, como corresponde a alguien a quien espera una tarea importante, pero está sereno, seguro y confiado. Por la expresión que tiene en el rostro, podría tratarse de un famoso jugador de whist que apuesta fuerte (digamos que sobre seguro cien guineas) con las cartas en la mano, pero que también tiene la reputación de jugar hasta la última carta y de manera magistral. No se siente nada nervioso ni inquieto el señor Bucket cuando aparece Sir Leicester, pero mira al baronet de lado cuando éste se aproxima lentamente a su butaca, con la misma gravedad atenta de ayer, en la que ayer hubiera podido haber, de no haber sido por la osadía de tamaña idea, un matiz de compasión.

—Lamento haberle hecho esperar, agente, pero esta mañana me he levantado bastante más tarde que de costumbre. No estoy bien. La agitación y la indignación que he sufrido últimamente han sido demasiado para mí. Padezco de... la gota —Sir Leicester iba a decir una indisposición, y es lo que hubiera dicho a cualquier otra persona, pero es palpable que el señor Bucket está al tanto—, y circunstancias recientes me han provocado un ataque.

Cuando ocupa su asiento con alguna dificultad, y con aire de sufrir, el señor Bucket se le acerca un poco y se queda apoyado con una de sus manazas en la mesa de la biblioteca.

—No sé, agente —observa Sir Leicester, levantando la mirada hacia él—, si desea usted que estemos a solas, pero será lo que usted decida. Si es a solas, perfectamente. Si no, a la señorita Dedlock le interesaría...

—Pero Sir Leicester Dedlock, Baronet —responde el señor Bucket, ladeando persuasivamente la cabeza y con el índice junto a la oreja, como un pendiente—, ahora mismo es imposible exagerar la importancia de estar a solas. En estas

circunstancias, la presencia de una dama, y especialmente de la señorita Dedlock, con la elevada posición que ocupa en la sociedad, no podría por menos de resultarme agradable, pero no quiero ser egoísta y me tomo la libertad de asegurarle que estoy seguro de que no es posible exagerar la importancia de estar a solas.

—Basta, pues.

—Tan es así, Sir Leicester Dedlock, Baronet —prosigue el señor Bucket—, que estaba a punto de pedirle permiso para cerrar la puerta con llave.

—Desde luego.

Y el señor Bucket, hábil y silenciosamente, toma esa precaución, y se pone de rodillas un momento, por mera fuerza de la costumbre, para asegurarse de que la llave queda encajada de modo que no pueda mirar nadie desde fuera.

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, ayer tarde mencioné que me faltaba muy poco para terminar el caso. Ya lo he terminado y he reunido pruebas contra la persona que cometió el crimen.

—¿Contra el soldado?

—No, Sir Leicester Dedlock, no es contra el soldado.

Sir Leicester parece quedarse asombrado y pregunta:

—¿Ya ha detenido al culpable?

El señor Bucket, tras una pausa, le dice:

—Fue una mujer la culpable.

Sir Leicester se echa atrás en la butaca y exclama sin aliento:

—¡Cielo santo!

—Ahora bien, Sir Leicester Dedlock, Baronet —comienza el señor Bucket, en pie ante él con una mano en la mesa de la biblioteca y el índice de la otra en pleno funcionamiento impresionante—, tengo el deber de preparar a usted para una serie de circunstancias que pueden causar, y que oso decir van a causar una grave impresión a usted. Pero, Sir Leicester Dedlock, Baronet, usted es un caballero, y yo sé lo que es un caballero y de todo lo que es capaz un caballero. Un caballero puede soportar un golpe, cuando es necesario, con vigor y calma. Un caballero puede decidir que está dispuesto a aguantar casi cualquier género de golpe. Fíjese en usted mismo, Sir Leicester Dedlock, Baronet. Si va usted a sufrir un golpe, piensa inmediatamente en su familia. Se pregunta a sí mismo cómo hubieran soportado ese golpe todos sus antepasados, hasta llegar a Julio César (por no llegar de momento más lejos); recuerda usted docenas de ellos que lo habrían soportado bien, y lo soporta bien gracias a ellos, y por mantener el prestigio de la familia. Eso es lo que usted se dice y así es como actúa usted, Sir Leicester Dedlock, Baronet.

Sir Leicester está echado hacia atrás en la butaca, asido a los brazos de ésta, y lo contempla con cara impasible.

—Pues bien, Sir Leicester Dedlock —continúa diciendo el señor Bucket—, al

preparar así a usted, permítame pedirle que no se agite ni un momento por pensar que yo me he enterado de algo. Sé tantas cosas acerca de tanta gente, de alta y baja condición, que un dato más o menos no significa nada. Creo que no hay ni un movimiento del tablero que pueda sorprenderme a mi, y en cuanto a que se haya realizado tal o cual movimiento, el que yo lo sepa no importa nada, dado que cualquier movimiento posible (con tal de que sea un movimiento equivocado) siempre es probable, según mi experiencia. Por eso lo que le digo a usted, Sir Leicester Dedlock, Baronet, es que no se debe usted preocupar porque yo sepa algo acerca de los asuntos de su familia.

—Le agradezco a usted esta preparación —responde Sir Leicester tras un silencio, sin mover un pie, ni una mano, ni hacer un gesto—, que espero no sea necesario, aunque reconozco que es bien intencionado. Tenga usted la bondad de continuar. Además —y Sir Leicester parece encogerse ante la sombra de su figura—, además, le ruego que tome asiento, si no le importa.

—En absoluto.

El señor Bucket arrima una silla y su sombra se reduce.

—Ahora bien, Sir Leicester Dedlock, Baronet, tras este breve prefacio voy al grano. Lady Dedlock...

Sir Leicester se yergue en su butaca y le lanza una mirada feroz. El señor Bucket pone en juego el índice como emoliente.

—Lady Dedlock, como usted sabe, goza de la admiración universal. Eso es de lo que goza Milady, de la admiración universal.

—Preferiría con mucho, agente —contesta rígidamente Sir Leicester—, que el nombre de Milady no figurase para nada en esta conversación.

—Y yo también, Sir Leicester Dedlock, Baronet, pero... es imposible.

—¿Imposible?

El señor Bucket niega con su implacable cabeza.

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, es totalmente imposible. Lo que tengo que decir se refiere a Milady. Es el punto en torno al cual gira todo.

—Agente —replica Sir Leicester, con mirada feroz y labio tembloroso—, usted sabe cuál es su deber. Cumpla con su deber, pero mucho cuidado con sobrepasarse. Yo no lo toleraría. No lo soportaría. Introduce usted el nombre de Milady en esta comunicación únicamente bajo su responsabilidad..., bajo su responsabilidad. ¡El nombre de Milady no es un nombre para que juegue con él la gente del común!

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, digo lo que he de decir, y nada más.

—Espero que sea cierto. Muy bien. Adelante. ¡Adelante, señor mío!

El señor Bucket mira a los ojos airados que ahora eluden y la figura colérica que tiembla de los pies a la cabeza, pero trata de mantenerse en calma, explora el camino con el índice y continúa diciendo en voz baja:

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, tengo el deber de decirle que el difunto señor Tulkinghorn abrigaba desde hacía tiempo desconfianzas y sospechas respecto de Lady Dedlock.

—Si hubiera osado insinuármelo, señor mío (cosa que nunca hizo), ¡lo hubiera matado yo mismo! —exclama Sir Leicester, dando un manotazo en la mesa. Pero en medio del calor y la furia del acto se interrumpe, frenado por la mirada sabia del señor Bucket, cuyo índice se mantiene lentamente en marcha, y que, con una mezcla de confianza y de paciencia, niega con la cabeza.

—Sir Leicester Dedlock, el difunto señor Tulkinghorn era muy astuto y muy reservado, y yo no puedo decir exactamente qué era lo que pensaba al principio de todo. Pero sé por su propia boca que desde hacía mucho tiempo sospechaba que Lady Dedlock había descubierto, al ver algo escrito a mano (en esta misma casa y en presencia de usted mismo, Sir Leicester Dedlock), la existencia, en condiciones de extrema pobreza, de cierta persona que había sido su enamorado antes de que usted la pretendiera, y que hubiera debido convertirse en su marido. —El señor Bucket se detiene y repite lentamente:—. Que hubiera debido convertirse en su marido; no cabe la menor duda. Sé por él mismo que cuando poco después murió esa persona él sospechaba que Lady Dedlock había visitado su miserable alojamiento y su miserable tumba, sola y en secreto. Sé por mis propias investigaciones y por mis propios ojos y oídos que Lady Dedlock hizo, efectivamente, esa visita, vestida como si fuera su doncella: pues el señor Tulkinghorn me empleó para investigar a Lady Dedlock (si me permite usted el uso del término que solemos emplear nosotros), y la investigué tanto, hasta tal punto, que lo vi todo. Me enfrenté con la doncella en el bufete de Lincoln's Inn Fields y no cabía duda de que Milady había llevado la vestimenta de aquella joven sin que ésta lo supiera. Sir Leicester Dedlock, Baronet, ayer traté de preparar el terreno un poco antes de hacer estas desagradables revelaciones, al decir que incluso en las grandes familias a veces pasaban cosas muy extrañas. Todo eso, y más, ha pasado en su propia familia y a su propia señora y por conducto de ella. Creo que el finado señor Tulkinghorn siguió adelante con sus investigaciones hasta la hora de su muerte, y que incluso hubo hostilidades entre él y Lady Dedlock, por este mismo asunto, en la noche de autos. Ahora bien, basta con que usted, Sir Leicester Dedlock, Baronet, se lo diga a Lady Dedlock, y pregunte a Milady si cuando él se fue de aquí no fue ella a su bufete con la intención de decirle algo más, vestida con una capa suelta negra de flecos largos.

Sir Leicester está sentado como una estatua, contemplando el cruel índice que le está sacando la sangre a chorros del corazón.

—Dígaselo usted a Milady, Sir Leicester Dedlock, Baronet, de parte mía, del Inspector Bucket, el Detective. Y si a Milady le resulta difícil reconocerlo, dígame que no vale de nada, que el Inspector Bucket lo sabe, y sabe que pasó junto al soldado,

como lo llama usted (aunque ya no está en el ejército), y sabe que ella sabe que pasó a su lado, en la escalera. Ahora bien, Sir Leicester Dedlock, Baronet, ¿por qué le cuento a usted todo esto?

Sir Leicester, que se ha tapado la cara con las manos y ha exhalado un solo gemido, le pide que se detenga un momento. Al cabo de un rato se aparta las manos de la cara, y hasta tal punto mantiene su dignidad y su aire de calma, aunque ya tiene la cara del mismo color que el pelo, que el señor Bucket se siente impresionado. Su actitud es como helada e inmóvil, lo que se añade a su coraza habitual de altivez, y el señor Bucket pronto detecta que habla con una lentitud desusada, y que de vez en cuando experimenta una curiosa dificultad para empezar las frases, que comienzan con sonidos inarticulados. Así es como rompe ahora el silencio; pero poco después se controla y dice que no puede comprender cómo un caballero tan fiel y celoso como el difunto señor Tulkinghorn podía no comunicarle nada de esa información tan dolorosa, inquietante, imprevista, abrumadora, increíble.

—Repito, Sir Leicester Dedlock, Baronet —responde el señor Bucket—, que le pida a Milady que lo aclare. Dígaselo a Milady, si le parece bien, de parte del Inspector Bucket, el Detective. Averiguará, o mucho me equivoco, que el difunto señor Tulkinghorn tenía la intención de comunicárselo todo a usted en cuanto considerase llegado el momento, y además que así lo había dado a entender a Milady. ¡Pero si quizá fuera a revelarlo la misma mañana en que yo examiné el cadáver! Usted no sabe lo que voy a hacer y a decir yo dentro de sólo cinco minutos, Sir Leicester Dedlock, Baronet, y de suponer que alguien me matase ahora, se podría usted preguntar por qué no le había dicho lo que fuera, ¿no es así?

Es cierto. Sir Leicester evita con alguna dificultad emitir esos raros sonidos y dice: «Es cierto». En ese momento se oye en el vestíbulo un gran clamor de voces. El señor Bucket, después de escuchar, va a la puerta de la biblioteca, la abre silenciosamente y vuelve a escuchar. Después vuelve atrás la cabeza y susurra, velozmente, pero con calma:

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, este triste problema de familia ha empezado a extenderse, como temía yo que ocurriese, debido a la muerte tan repentina del señor Tulkinghorn. La única oportunidad de silenciarlo es dejar que esa gente que ha venido se enfrente ahora con sus lacayos. ¿Le importaría a usted quedarse sentado en silencio (por la familia) mientras yo observo? ¿Y querría usted limitarse a hacer un gesto de asentimiento cuando yo se lo pida?

Sir Leicester responde con voz torturada:

—Agente. Lo mejor que pueda. ¡Lo mejor que pueda! —y el señor Bucket asiente con la cabeza, y con un gesto sagaz del índice, sale silenciosamente al vestíbulo, donde rápidamente se apagan las voces. No tarda mucho en volver, unos pasos por delante de Mercurio y una deidad gemela, también empolvada y con calzones cortos

de color melocotón, que transportan entre los dos una silla en la que se sienta un anciano inválido. Detrás vienen otro hombre y dos mujeres. El señor Bucket dirige el transporte de la silla con modales afables y reposados, despide a los mercurios y vuelve a cerrar la puerta con llave. Sir Leicester contempla esta invasión de los lugares sagrados con una mirada helada.

—Bueno, señoras y caballeros, es posible que ya me conozcan ustedes —dice el señor Bucket con voz llena de confianza—. Soy el Inspector Bucket de los Detectives. Y éstos —dice sacándose del bolsillo del pecho el bastoncillo que siempre lleva a mano— son mis poderes. Bien, deseaban ustedes ver a Sir Leicester Dedlock, Baronet. ¡Muy bien! Ya lo ven, y observen ustedes que no todo el mundo puede presumir de tal honor. Usted, anciano, se llama Smallweed, así se llama usted; lo conozco bien.

—¡Sí, y nunca habrá oído usted decir nada malo de mí! —grita el señor Smallweed con voz alta y chillona.

—¿No sabrá usted por qué matan a los cerdos, verdad? —replica el señor Bucket con mirada firme, pero sin perder la calma.

—¡No!

—Pues los matan —dice el señor Bucket— porque tienen mucha jeta. No se vaya a poner *usted* en la misma situación, porque no es digno de usted. ¿No estará usted acostumbrado a hablar con sordos, verdad?

—Sí —gruñe el señor Smallweed—, mi mujer es sorda.

—Eso explica que hable usted en voz tan alta. Pero como ahora no está ella aquí, bájela usted una octava o dos, por favor, y no sólo se lo agradeceré yo, sino que le vendrá mejor a usted —dice el señor Bucket—. Este otro caballero se dedica a la prédica, ¿no es así?

—Se llama Chadband —interviene el señor Smallweed, que a partir de entonces habla en voz mucho más baja.

—Una vez tuve un amigo y sargento, ascendido al mismo tiempo que yo, que también se llamaba así —dice el señor Bucket, ofreciendo su mano—, y en consecuencia es un nombre que me agrada. ¿La señora Chadband, sin duda?

—Y la señora Snagsby —presenta el señor Smallweed.

—Marido papelero y amigo mío —señala el señor Bucket—. ¡Lo quiero como a un hermano! Bueno, ¿qué pasa?

—¿Se refiere usted a por qué hemos venido? —pregunta el señor Smallweed, un tanto sorprendido ante este repentino giro de las cosas.

—¡Ah! Me entiende usted perfectamente. Oigamos de qué se trata en presencia de Sir Leicester Dedlock, Baronet. Vamos.

El señor Smallweed llama con un gesto al señor Chadband y consulta con él durante un momento. El señor Chadband, que exuda grandes cantidades de aceite por

los poros de la frente y de las manos, dice en voz alta:

—Sí. ¡Usted primero! —y vuelve a ocupar su sitio de antes.

—Yo era cliente y amigo del señor Tulkinghorn —chirría entonces el Abuelo Smallweed—; tenía negocios con él. Le era útil y él me era útil a mí. Krook, el difunto, era cuñado mío. Era el hermano de una arpía horrorosa, es decir, de la señora Smallweed. Me corresponden los bienes de Krook. Examino todos sus papeles y sus efectos. Todos se sacaron ante mis ojos. Había un fajo de cartas pertenecientes a un pensionista ya muerto, que estaba escondido en la trasera de un cajón al lado de la cama de Lady Jane, de la cama de su gata. Lo escondía todo y por todas partes. El señor Tulkinghorn quería esas cartas y se quedó con ellas, pero primero las leí yo. Soy hombre de negocios y les eché un vistazo. Eran cartas de la novia del pensionista, y se firmaba Honoria. Dios mío, qué nombre tan raro, Honoria. ¿No habrá una dama en esta casa que se firme Honoria? ¡Ah, no, creo que no! Ni tampoco con la misma letra, ¿verdad? ¡Ah, no, creo que no!

Al señor Smallweed le da un ataque de tos en medio de su triunfo y se interrumpe para exclamar: «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Señor! ¡Estoy hecho pedazos!».

—Bueno, cuando esté usted dispuesto —dice el señor Bucket, tras esperar a que así ocurra— a referirse a algo que tenga que ver con Sir Leicester Dedlock, Baronet, ya sabe que aquí está sentado ese caballero.

—Pero ¿no me he referido ya a ello, señor Bucket? —grita el Abuelo Smallweed—. ¿Todavía no tiene que ver con el caballero? ¿Ni con el Capitán Hawdon y su siempre amante Honoria, y encima con su progenie? Bueno, pues entonces querría saber de quién son esas cartas. Eso tiene que ver conmigo, si es que no tiene que ver con Sir Leicester Dedlock. Quiero saber dónde están. No estoy dispuesto a permitir que desaparezcan en silencio. Se las entregué a mi amigo y abogado, el señor Tulkinghorn, y a nadie más.

—Pero se las pagó, como bien sabe, y muy bien además —dice el señor Bucket.

—A mí eso no me importa. Quiero saber quién las tiene. Y le voy a decir lo que queremos..., lo que queremos todos nosotros aquí presentes, señor Bucket. Queremos que la investigación de este asesinato sea más minuciosa y más a fondo. Sabemos cuál es el motivo y a quién beneficia, y usted no ha hecho lo suficiente. Si ese vagabundo de dragón de caballería de George tuvo algo que ver con él, no fue más que un cómplice, y alguien le guió. Y usted sabe mejor que nadie a quién me refiero.

—Pues le hoy a decir a usted una cosa —dice el señor Bucket, cuyos modales cambian instantáneamente cuando se acerca al viejo y comunica una fascinación extraordinaria a su dedo índice—: que me ahorquen si voy a permitir que ni un solo ser humano en el mundo me reviente el caso ni se meta en él ni se me adelante aunque sea en medio segundo, sea quien sea. ¿Quiere *usted* una investigación más minuciosa y más a fondo? ¿La quiere *usted*? ¿Ve usted esta mano y cree que yo no sé

a qué hora exactamente alargarla para ponerla en el brazo que efectuó el disparo?

Tal es la fuerza terrible de este hombre, y tan terriblemente evidente es que no está jactándose de nada que no sea cierto, que el señor Smallweed empieza a presentar sus excusas. El señor Bucket se deshace de su repentina ira y lo interrumpe:

—Lo que le aconsejo es que no se ande usted preocupando por el asesinato. Eso es asunto mío. No tiene usted más que estar atento a la prensa, y no me extrañaría que leyera usted algo al respecto dentro de poco, si de verdad está atento. Yo conozco mi oficio, y eso es todo lo que tengo que decir al respecto. Y ahora pasemos a las cartas. Usted quiere saber quién las tiene. No me importa decírselo. Las tengo yo. ¿Es éste el fajo?

El señor Smallweed mira con ojos codiciosos el paquetito que se saca el señor Bucket de una parte misteriosa de su levita y confirma que se trata del mismo.

—Y ahora, ¿qué tiene usted que decir? —pregunta el señor Bucket—. Y no abra demasiado la boca, porque no está usted demasiado guapo cuando hace eso.

—Quiero 500 libras.

—No, no es verdad; quiere usted decir 50 —dice el señor Bucket, bienhumorado. Sin embargo, parece que el señor Smallweed quiere 500.

—He de decirle que tengo órdenes de Sir Leicester Dedlock, Baronet, de estudiar (sin reconocer nada ni comprometernos a nada) todo este asunto —prosigue el señor Bucket; Sir Leicester asiente mecánicamente con la cabeza—, y usted me pide que considere una propuesta de 500 libras. ¡Pues no es una propuesta razonable! Todavía 250 ya estaría mal, pero menos mal. ¿No prefiere usted decir 250?

El señor Smallweed está convencido de que no lo preferiría.

—Entonces —dice el señor Bucket—, vamos a ver lo que dice el señor Chadband. ¡Dios mío, cuántas veces he hablado con el sargento que era compañero mío y que llevaba el mismo nombre, y que era la persona más moderada en todos los respectos que jamás haya conocido yo!

Ante tal invitación, el señor Chadband da un paso adelante, y tras unas sonrisas oleaginosas y un oleaginoso frotar de las palmas de las manos pronuncia lo siguiente:

—Amigos míos, nos encontramos en este momento (Rachael, mi esposa, y yo) en las mansiones de los ricos y los grandes. ¿Por qué nos encontramos ahora en las mansiones de los ricos y los grandes, amigos míos? ¿Es porque nos han invitado? ¿Porque nos han invitado a celebrar un festín con ellos, porque nos han dicho que nos regocijemos con ellos, porque nos han rogado que vengamos a tocar el laúd con ellos, porque nos han rogado que vengamos a bailar con ellos? No. Entonces, ¿por qué estamos aquí, amigos míos? ¿Estamos en posesión de un secreto vergonzoso y exigimos, en consecuencia, cereales y vinos y aceites, o, lo que es lo mismo, dinero con objeto de guardar ese secreto? Probablemente sea así, amigos míos.

—Usted es un hombre de negocios, usted sí —replica el señor Bucket, muy atento

—, y en consecuencia va usted a mencionar cuál es el carácter de su secreto. Tiene usted razón. Imposible expresarse mejor.

—Entonces, hermano mío, con el espíritu del amor —dice el señor Chadband con mirada astuta—, sigamos adelante. ¡Avanza, Rachael, esposa mía, avanza!

La señora Chadband, más que dispuesta, avanza hasta tal punto que da un empujón a su marido para dejarlo tras ella y se enfrenta al señor Bucket con su sonrisa ceñuda.

—Como quiere usted saber qué es lo que sabemos nosotros —dice ella—, se lo voy a decir. Yo ayudé a criar a la señorita Hawdon, la hija de Milady. Estaba yo al servicio de la hermana de Milady, que era muy sensible a la vergüenza que la había causado Milady y que hizo creer, incluso a Milady, que la niña había muerto (y casi había muerto) al nacer. Pero está viva y yo sé quién es. —Con esas palabras, una risa mordaz y un énfasis amargo en la palabra «Milady», la señora Chadband se cruza de brazos y mira implacable al señor Bucket.

—Supongo, pues —responde el agente—, que deseará *usted* un billete de 20 libras o un regalo que equivalga más o menos a lo mismo.

La señora Chadband se limita a reírse y le dice despectiva que igual podría «ofrecerle» 20 peniques.

—Y mi amiga, la esposa del papelero de los tribunales que está ahí —dice el señor Bucket, convocando a la señora Snagsby con el índice—. ¿Qué reclama usted, señora?

Al principio, la señora Snagsby no puede, debido a sus lágrimas y sus lamentos, establecer cuál es su reclamación, pero gradualmente sale a la luz que es una persona abrumada por las ofensas y las injurias, engañada muchas veces por el señor Snagsby, que la ha abandonado y obligado a mantenerse en la oscuridad, y cuya principal fuente de consuelo, en medio de estas circunstancias, ha sido la solidaridad del finado señor Tulkington, quien mostró gran conmiseración por ella cuando vino a la plazoleta de Cook en ausencia del perjuro de su marido, y que últimamente le llevaba a él todos sus problemas. Según parece, con excepción de los presentes, todo el mundo ha estado conspirando en contra de la felicidad de la señora Snagsby. Por una parte, el señor Guppy, pasante de Kenge y Carboy, que al principio era más claro que el sol del mediodía, pero que de pronto se puso más cerrado que el cielo de la medianoche, bajo la influencia (sin duda) de los sobornos y las injerencias del señor Snagsby. Después, el señor Weevle, amigo del señor Guppy, que vivía misteriosamente encima de un callejón, debido a las mismas causas coherentes. Y después el difunto señor Krook, el difunto Nimrod y el difunto Jo, y todos ellos «estaban en el ajo». La señora Snagsby no dice explícitamente en qué ajo, pero sabe que Jo era hijo del señor Snagsby, con tanta claridad como si se hubiera anunciado a trompetazos, y siguió al señor Snagsby la última vez que fue a visitar al muchacho, y

si no era su hijo, ¿por qué había ido a verlo? Desde hace algún tiempo, lo único que ha hecho en la vida ha sido seguir al señor Snagsby a todas partes, fuera donde fuera, e ir sumando las circunstancias sospechosas, y todas las circunstancias con las que ha tropezado han sido sospechosas, sospechosísimas, y así es cómo ha perseguido su objetivo de detectar y confundir al falso de su marido, noche y día. Así fue como hizo que los Chadband y el señor Tulkinghorn llegaran a conocerse, y como habló con el señor Tulkinghorn acerca del cambio producido en el señor Guppy y ayudó a crear las circunstancias que interesan actualmente a este grupo, sin darse cuenta de pasada, pues lo que más le sigue interesando es acabar con la denuncia de todo lo que le ha hecho el señor Snagsby y con una separación matrimonial. Todo ello es algo que la señora Snagsby, como esposa ofendida, como amiga de la señora Chadband, como seguidora del señor Chadband y como plañidera del señor Tulkinghorn, ha venido a certificar en la más estricta confianza, con todas las posibles confusiones e implicaciones posibles e imposibles, pues no tiene el más mínimo motivo pecuniario, ni más plan ni proyecto que el mencionado; y lleva consigo acá y acullá su propio clima denso de polvo, que surge del molino en constante funcionamiento de sus celos.

Mientras está en marcha este exordio (que lleva un cierto tiempo), el señor Bucket, que ha penetrado de un vistazo la transparencia del vinagre de la señora Snagsby, celebra una conferencia con su demonio familiar y centra su penetrante atención en los Chadband y en el señor Smallweed. Sir Leicester Dedlock se mantiene inmutable, con el mismo aire glacial, salvo que de vez en cuando mira al señor Bucket como si fuera el único ser humano en el que confiara.

—Muy bien —dice el señor Bucket—. Ahora ya los comprendo, vean ustedes, y como estoy delegado por Sir Leicester Dedlock, Baronet, para investigar este asunto —y Sir Leicester vuelve a asentir mecánicamente en confirmación de ese aserto—, puedo prestarle mi plena y cabal atención. No voy a aludir a una conspiración para practicar la extorsión, ni nada por el estilo, porque aquí somos todos hombres y mujeres de mundo, y nuestro objetivo es que las cosas no sean demasiado desagradables. Pero les voy a decir lo que a mí me preocupa: me sorprende que se les haya ocurrido armar un jaleo en el vestíbulo. Es algo que iba en contra de sus propios intereses. Eso es lo que me parece.

—Queríamos que nos dejaran entrar —aduce el señor Smallweed.

—Claro que querían que les dejaran entrar —afirma animado el señor Bucket—, pero el que un señor anciano de su edad (¡que yo calificaría de venerable!), de mente aguzada, como no me cabe duda, por la pérdida del uso de sus extremidades inferiores, lo cual hace que toda la animación se le suba a la cabeza, no pueda reflexionar que si un asunto como éste no se mantiene con plena discreción no le vale ni medio penique, me parece a mí, resulta muy curioso. Ya ve usted, se ha dejado

perder por su mal carácter, y ahí es donde ha perdido usted terreno —dice el señor Bucket en tono elocuente y amistoso.

—Lo único que dije yo era que no estaba dispuesto a irme si no subía uno de los criados a ver a Sir Leicester Dedlock —responde el señor Smallweed.

—¡Eso es! Ahí es donde su mal carácter le ha vencido. Domínelo la próxima vez y ganará algún dinero. ¿Llamo para que vuelvan a bajarlo a usted?

—¿Cuándo vamos a tener más noticias? —pregunta severamente la señora Chadband.

—¡Eso es una mujer de verdad! ¡Qué curioso es siempre su bellísimo sexo! —replica el señor Bucket con gran galantería—. Ya tendré el placer de hacerles a ustedes una visita mañana o pasado..., sin olvidar al señor Smallweed y su propuesta de dos cincuenta.

—¡Quinientas! —exclama el señor Smallweed.

—¡Muy bien! Digamos nominalmente quinientas —y el señor Bucket lleva la mano al cordón de la campanilla—. ¿He de desear a ustedes buenos días por el momento, de mi propia parte y de la del señor de la casa? —pregunta en tono insinuante.

Como nadie se atreve a objetar a que lo haga, lo hace, y el grupo se retira en el mismo orden en que subió. El señor Bucket los sigue hasta la puerta, y al volver dice con aire de gran seriedad:

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, incumbe a usted considerar si compra usted a esa gente o no la compra. Yo, en general, recomendaría comprarla, y creo que se puede comprar muy barata. Mire usted: ese pepinillo en vinagre de la señora Snagsby ha sido utilizada por todas las partes en esta especulación, y ha hecho mucho más daño al ir reuniendo pizcas de información aquí y allá que si se hubiera hecho adrede. El difunto señor Tulkinghorn tenía a todos esos caballos de las riendas y podía llevarlos como quería, no me cabe duda, pero tuvo que salir del establo con los pies por delante y ahora ellos están trotando cada uno a su aire y tirando cada uno por su lado. Así están las cosas, y así es la vida. Cuando el gato sale de casa los ratones se ponen a retozar, y cuando se funde el hielo vienen las inundaciones. Pasemos ahora a la parte a la que hay que detener.

Sir Leicester parece despertar de algo, aunque ha estado todo el rato con los ojos abiertos, y mira muy atento al señor Bucket, mientras éste consulta su reloj.

—La parte a la que hay que detener se halla ahora en esta casa —continúa diciendo el señor Bucket, que se guarda el reloj con mano firme y buen ánimo—, y estoy a punto de detenerla en presencia de usted. Sir Leicester Dedlock, Baronet, no diga una palabra ni haga un gesto. No va a haber ruidos ni jaleos. Volveré por la tarde, si a usted le parece bien, y trataré de satisfacer sus deseos en cuanto a este lamentable asunto de familia y a la forma mejor de mantenerlo en silencio. Ahora, Sir

Leicester Dedlock, Baronet, no se ponga usted nervioso por el hecho de que vaya a practicar la detención. Ya verá usted cómo todo el asunto se aclara desde el principio hasta el fin.

El señor Bucket llama, va a la puerta, susurra algo brevemente a Mercurio, cierra la puerta y se queda tras ella con los brazos cruzados. Tras una espera de un minuto o dos, se abre lentamente la puerta y entra una francesa. Mademoiselle Hortense.

En cuanto entra ésta en el aposento, el señor Bucket vuelve a cerrar la puerta y se apoya con la espalda contra ella. Lo repentino del ruido hace que ella se dé la vuelta, y entonces es cuando ve por primera vez a Sir Leicester Dedlock sentado en su butaca.

—Perdóneme usted —murmura apresuradamente—. Me han dicho que no era nadie aquí.

Al avanzar hacia la puerta se tropieza con el señor Bucket. De pronto tiene un espasmo en la cara y se pone mortalmente blanca.

—Ésta es mi pensionista, Sir Leicester Dedlock —dice el señor Bucket con un gesto hacia ella—. Esta joven extranjera ha estado alojada conmigo desde hace unas semanas.

—¿Y qué le puedo interesar eso a Sir Leicester, ángel mío? —pregunta Mademoiselle en tono jocoso.

—Pues vamos a ver, ángel mío —responde el señor Bucket.

Mademoiselle Hortense lo contempla con una mueca en la cara tensa, que va convirtiéndose gradualmente en una sonrisa de desprecio.

—Está usted muy misterioso. ¿Es usted borracho?

—Tolerablemente sereno, ángel mío —replica el señor Bucket.

—Acabo de llegar de esa casa detestable de con su esposa. Su esposa me dejó hace sólo unos pocos minutos. Ellos me dicen de abajo que su esposa es aquí. Yo vengo aquí y su esposa no es aquí. ¿Cuál es el propósito de esta comedia de tontos, dígame pues? —exige Mademoiselle con los brazos cruzados en aparente calma, pero con algo en la cara cetrina que pulsa como un reloj.

El señor Bucket se limita a ponerle el índice ante la cara.

—¡Ah, mí Dios, es usted un idiota desgraciado! —exclama Mademoiselle, con un gesto de la cabeza y una risa—. Déjeme a pasar abajo, gran cerdo. —Con una patada en el suelo y una amenaza.

—Vamos, Mademoiselle —dice el señor Bucket con voz fría y calmada—, vaya a sentarse en ese sofá.

—No voyme a sentar en nada —replica ella con una serie de gestos.

—Vamos, Mademoiselle —repite el señor Bucket, sin mover nada más que el índice—, váyase a sentar en ese sofá.

—¿Por qué?

—Porque voy a detenerla a usted acusada de asesinato, y no hace falta que le diga de quién. Ahora bien, quiero ser cortés con una persona de su sexo y además extranjera, si es que puedo. Si no puedo, tendré que ser descortés, y afuera hay gente más descortés que yo. Depende de usted cómo me porte. Así que le recomiendo, como amigo, que deje de pensárselo y vaya a sentarse en ese sofá.

Mademoiselle obedece y dice en voz concentrada, mientras en la mejilla sigue latiéndole cada vez más rápido:

—Es usted el Diablo.

—Bueno, vamos a ver —sigue diciendo en tono aprobador el señor Bucket—, está usted cómoda y se comporta como esperaría yo de una joven extranjera con tan buen sentido como usted. Así que le voy a dar un consejo y es éste: No se ponga a hablar demasiado. No tiene usted que decir nada aquí, y cuanto más calladita se quede, mejor. En resumen, cuanto menos parle usted, mejor —termina el señor Bucket, muy satisfecho con su dominio del francés.

Mademoiselle, con ese gesto de tigresa suyo en la boca, y lanzándole llamaradas con los ojos, se sienta muy erguida en el sofá, rígida, con las manos apretadas (y cabría suponer que también los pies), murmurando:

—¡Oh, Bucket, es usted un Diablo!

—Veamos, Sir Leicester Dedlock, Baronet —dice el señor Bucket, y a partir de este momento el índice no cesa de actuar—, esta joven, mi pensionista, era la doncella de Milady en la época que he mencionado, y esta joven, además de ponerse extraordinariamente vehemente y apasionada contra Milady cuando ésta le despidió...

—¡Mentiras! —exclama Mademoiselle—. Yo me despido.

—¿Por qué no sigue mi consejo? —responde el señor Bucket, en tono impresionante, casi implorante— Me sorprende su indiscreción. Mire usted que va a decir algo que puede ser utilizado en contra suya. Seguro que lo dice. No se preocupe de lo que digo hasta que declare en el juicio. No me dirijo a usted.

—¡Encima despedida! —grita furiosa Mademoiselle—. ¡Por Milady! ¡Qué es que una Milady muy fina! ¡Pero si yo arruino mi reputación si me quedo con una Milady tan infame!

—¡De verdad que me asombras! —replica el señor Bucket—. Y yo que creía que los franceses eran un pueblo muy fino. De verdad. Y ver a una hembra que se comporta así, y delante de Sir Leicester Dedlock, Baronet...

—¡Es un pobre abusado! —exclama Mademoiselle—. Y escupo sobre su casa, sobre su nombre, sobre su imbecilidad —y hace que la alfombra represente todas esas cosas—. ¡Oh, que él es un gran hombre! ¡Oh, sí, soberbio! ¡Oh, cielo! ¡Bah!

—Pues bien, Sir Leicester Dedlock —continúa diciendo el señor Bucket—, a esta colérica hembra también se le metió en la cabeza que tenía derechos sobre el difunto

señor Tulkinghorn por haber asistido en aquella ocasión que le mencioné a su bufete, aunque la pagó liberalmente por su tiempo y sus molestias.

—¡Mentira! —grita Mademoiselle—. Yo rehusó su dinero totalmente.

—(*Sí se empeña* usted en hablar, ya sabe —dice el señor Bucket entre paréntesis— que ha de aceptar las consecuencias.) Pues bien, no voy a expresar una opinión acerca de si vino a alojarse en mi casa con la intención deliberada de hacer lo que hizo y taparme los ojos, pero el hecho es que vino a alojarse en mi casa en la época en que se cernía en torno al bufete del finado señor Tulkinghorn, en busca de pelea, al mismo tiempo que perseguía y medio mataba a sustos a un pobre papelero.

—¡Mentira! —grita Mademoiselle—. ¡Todas mentira!

—El asesinato se cometió, Sir Leicester Dedlock, Baronet, y ya sabe usted en qué circunstancias. Ahora le ruego que me siga atentamente un minuto o dos. Me enviaron a buscar y se me confió el caso. Examiné el lugar, el cadáver, los documentos y todo. Conforme a información recibida (de un pasante de la misma casa) fui a detener a George, porque lo habían visto por allí, la noche, y más o menos a la hora, del crimen, y además porque se le había oído pelearse con el finado en otras ocasiones, e incluso amenazarlo, según dijo el testigo. Si me pregunta usted, Sir Leicester Dedlock, si creí desde un principio que George era el asesino, le diré sinceramente que no, pero también podía serlo, y había suficientes indicios contra él como para que fuera mi deber detenerlo y hacer que lo procesaran. ¡Pero observe!

Cuando el señor Bucket se inclina hacia adelante, muy excitado —en la medida en que pueda excitarse él— y comienza lo que va a decir con un golpe fantasmal del índice en el aire, Mademoiselle Hortense fija en él sus negros ojos con un ceño oscuro y sombrío, y aprieta mucho los labios.

—Aquella noche, Sir Leicester Dedlock, Baronet, me fui a casa y vi a esta joven cenando con mi mujer, la señora Bucket. Desde que llegó a solicitar alojamiento con nosotros había dado grandes muestras de sentir afecto por señora Bucket, pero aquella noche las dio más que nunca, y de hecho las exageró. Igual que exageró su respeto, y todo eso, por la memoria del finado señor Tulkinghorn. ¡Por Dios que al sentarme frente a ella a la mesa con un cuchillo en la mano, se me ocurrió que lo había hecho ella!

Apenas se puede oír a Mademoiselle que dice entre dientes y con los labios apretados:

—Es usted un Diablo.

—Y —continúa exponiendo el señor Bucket—, ¿dónde había estado ella la noche del crimen? Había ido al teatro (y después he averiguado que efectivamente había estado allí, tanto antes del crimen como después). Yo sabía que tenía que enfrentarme con una persona muy astuta, y que me sería muy difícil conseguir pruebas, así que le puse una trampa, una trampa como nunca había tendido, y me aventuré como nunca

me había aventurado. Lo fui pensando mientras hablaba con ella durante la cena. Cuando subí a acostarme, como nuestra casa es muy pequeña y esta joven tiene muy buen oído, le metí la sábana en la boca a la señora Bucket para que no dijera una palabra de sorpresa y se lo conté todo. Mira, hija, no se te vuelva a ocurrir, o te ato los pies por los tobillos. —El señor Bucket se ha interrumpido y desciende en silencio sobre Mademoiselle y le echa una manaza al hombro.

—¿Qué le pasa a usted ahora? —le pregunta ella.

—No se te vuelva a ocurrir —responde el señor Bucket, que mueve el índice admonitoriamente— eso de tirarte por la ventana. Eso es lo que me pasa. ¡Vamos! Tómame del brazo. No hace falta que te levantes; me sentaré yo a tu lado. Te he dicho que me tomes del brazo, ¿oyes? Ya sabes que estoy casado: ya conoces a mi mujer. Límitate a tomarme del brazo.

Ella trata en vano de humedecerse los labios reseco, con un ruido de dolor, pero lucha consigo misma y obedece.

—Ya está todo bien, Sir Leicester Dedlock, Baronet. Este caso no hubiera podido llegar a su forma actual de no haber sido por la señora Bucket, ¡que es de las que no hay una en 50.000, en 150.000! A fin de engañar a esta joven, desde entonces no he vuelto a poner el pie en mi casa, aunque me he comunicado con la señora Bucket por medio de hogazas de pan y en frascos de leche todo lo que ha sido necesario. Las palabras que susurré a la señora Bucket cuando le puse la sábana en la boca fueron: «Querida mía, ¿podrás engañarla hablándole constantemente de mis sospechas contra George y tal y cual y lo de más allá? ¿Puedes pasarte sin dormir y vigilarla noche y día? ¿Puedes comprometerte a decir: «no hará nada sin que me entere yo, será mi prisionera sin sospecharlo, no se me podrá escapar, y su vida será mi vida y su alma mi alma», hasta que yo demuestre que fue ella quien cometió el crimen?». Y la señora Bucket va y me dice, con toda la claridad que le permite la sábana: «¡Bucket, te lo prometo!». ¡Y ha cumplido magníficamente!

—¡Mentiras! —interviene Mademoiselle—. ¡Todo mentiras, mi amigo!

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, ¿cómo salieron mis cálculos en estas circunstancias? Cuando calculé que esta impetuosa joven iba a cometer nuevas exageraciones, ¿me equivoqué o acerté? Acerté. ¿Qué intenta hacer? ¿No le sorprende? Atribuir el asesinato a Milady.

Sir Leicester se levanta de la butaca y vuelve a hundirse en ella.

—Y se sintió alentada para hacerlo al enterarse de que me pasaba la vida aquí, cosa que hice adrede. Abra usted ahora este cuaderno, Sir Leicester Dedlock, si me permite la libertad de tirárselo a usted, y mire las cartas que me han ido llegando, cada una de las cuales contiene dos palabras: «LADY DEDLOCK». Abra la dirigida a usted, que retuve esta misma mañana, y lea las tres palabras: «LADY DEDLOCK, ASESINA». Estas cartas han ido llegando como un enjambre de langostas. ¿Qué me

dice usted si le digo que la señora Bucket, desde su torre vigía, vio que todas ellas las escribía esta joven? ¿Qué me dice usted si le digo que hace media hora la señora Bucket consiguió la tinta y el papel correspondientes, las medias hojas que faltan y todo lo demás? ¿Qué me dice usted si le digo que la señora Bucket vio cómo esta joven ponía todas y cada una de ellas en el correo, Sir Leicester Dedlock, Baronet? — pregunta el señor Bucket, triunfante en su admiración del genio de su cara mitad.

Hay dos cosas fácilmente perceptibles cuando el señor Bucket llega a su conclusión. La primera es que parece establecer imperceptiblemente un terrible derecho de propiedad sobre Mademoiselle. La segunda es que la misma atmósfera que respira ella parece estrecharse y contraerse en torno a ella, como si en torno a su cuerpo se fuera estrechando una red tupida, o una mortaja.

—No cabe duda de que Milady estuvo en el lugar del crimen en el preciso momento en que se cometía —dice el señor Bucket—, y aquí mi amiga extranjera la vio, según creo, desde el piso de arriba. Milady y George y mi amiga extranjera estuvieron muy cerca los unos de los otros. Pero eso ya no tiene importancia, de manera que no voy a seguir con ello. Encontré el taco de la pistola que sirvió para asesinar al difunto señor Tulkinghorn. El papel era un trozo de la descripción impresa de su casa de Chesney Wold. Dirá usted, Sir Leicester Dedlock, Baronet, que eso no significa mucho. No. Pero cuando aquí mi amiga extranjera está completamente desprevenida como para creer que ya puede hacer pedazos el resto de esa hoja, y cuando la señora Bucket reconstruye las piezas y resulta que falta el trozo exacto, parece que está todo bien claro.

—Son muy largas mentiras —interviene Mademoiselle—. Supone usted mucho. ¿Es que ya ha acabado o es que va a hablar siempre?

—Sir Leicester Dedlock, Baronet —sigue diciendo el señor Bucket, a quien le encantan los títulos completos y que se siente violento cuando elimina cualquier fragmento de ellos—, el último aspecto de mi caso que voy a mencionar por ahora revela la necesidad de tener paciencia en nuestro oficio, y de no hacer nunca las cosas con prisas. Ayer observé a esta joven, sin que ella lo notara, mientras ella contemplaba el funeral, en compañía de mi mujer, que había proyectado llevarla a él, y observé tal expresión en su rostro y yo tenía tantas pruebas contra ella, que me indigné por su malicia contra Milady, y tan bueno era el momento para que cayera sobre ella lo que podría usted calificar de venganza, que de haber sido yo más joven y tenido menos experiencia, estoy seguro de que la hubiera detenido. Asimismo anoche, cuando llegó a casa Milady, que estoy seguro goza de la admiración universal, con un aspecto que, por Dios cabría casi decir que era Venus surgiendo del océano, me resultó tan desagradable y tan absurdo pensar que se la acusara de un asesinato del cual era inocente, que sentí grandes deseos de poner fin al trabajo. ¿Qué podía yo perder? Sir Leicester Dedlock, Baronet, hubiera perdido el arma. Aquí mi

prisionera propuso a la señora Bucket después del funeral que fueran en autobús al campo para tomar el té en un lugar público, pero muy decente. Ahora bien, cerca de ese lugar público corren unas aguas. A la hora del té aquí mi prisionera se levantó para ir a buscar un pañuelo de bolsillo al dormitorio donde se guardaban los sombreros. Estuvo ausente mucho tiempo, y cuando reapareció venía sin aliento. En cuanto llegaron a casa me lo comunicó la señora Bucket, junto con sus observaciones y sus sospechas. Hice que dragaran el río a la luz de la luna, en presencia de un par de nuestros hombres, y antes de que la pistola de bolsillo llevara allí seis horas, salió del fondo. Ahora, querida mía, pásame más el brazo por encima del mío, pásalo firme y no te haré daño.

En un instante el señor Bucket le pone una de las esposas en una muñeca.

—Va una —dice el señor Bucket—. Ahora la otra, guapa. ¡Dos y nada más!

Se levanta, y también ella.

—¿Dónde —pregunta ella, bajando los párpados hasta que casi no se le pueden ver los ojos—, dónde está la falsa, traicionera y maldita de su mujer?

—Ha ido a la Jefatura de Policía —responde el señor Bucket—. Ya la verás allí, linda.

—¡Me gustaría darle un beso! —exclama Mademoiselle Hortense, jadeando como una tigresa.

—Sospecho que la ibas a morder —dice el señor Bucket.

—¡Pero sí! —abriendo mucho los ojos—. Me encantaría hacerla pedazos, miembro a miembro.

—Claro, hija —dice el señor Bucket con la mayor compostura—. Estoy totalmente dispuesto a creérmelo. Las de tu sexo tenéis una animosidad tan sorprendente las unas contra las otras cuando estáis en desacuerdo... ¿A que a mí no me odias tanto?

—No. Aunque es usted un Diablo siempre.

—Ángel y diablo por turnos, ¿eh? —exclama el señor Bucket—. Pero tienes que considerar que éste es mi trabajo. Permíteme que te arregle el chal. Ya he hecho de doncella de muchas más señoras. ¿Te falta algo: el sombrero? Hay un coche a la puerta.

Mademoiselle Hortense lanza una mirada indignada al espejo, se sacude hasta quedar perfectamente arreglada y, por hacerle justicia, tiene un aire especialmente refinado.

—Escuche entonces, ángel mío —dice tras varios gestos sarcásticos—. Es usted muy espiritual. Pero, ¿puede usted devolverle la vida?

El señor Bucket responde:

—No exactamente.

—Qué divertido. Escuche todavía más una vez. Es usted muy espiritual. ¿Puede

usted hacer de ella una señora honesta?

—No seas tan maliciosa.

—¿O hacer *de él* un señor altivo? —grita Mademoiselle, refiriéndose a Sir Leicester con un desdén inefable—. ¡Eh! ¡Oh, entonces mírele! ¡Pobre niño! ¡Ja, ja, ja!

—Vamos, vamos, estás hablando peor que antes —dice el señor Bucket—. ¡Vámonos!

—¿Usted no puede hacer eso? Entonces puede usted hacer conmigo lo que le plazca. Es como la muerte, es todo la misma cosa. Vámonos, ángel mío. Adieu, anciano, gris. ¡Le compadezco y le desprecio!

Con estas últimas palabras cierra los dientes de un golpe, como movidos por un muelle. Es imposible describir cómo la saca el señor Bucket, pero realiza esa hazaña de manera peculiar en él: la rodea y la circunda como una nube y se marcha flotando en torno a ella, como si él fuera un Júpiter feo y ella el objeto de sus afectos.

Sir Leicester se queda a solas en la misma actitud, como si siguiera escuchando y siguiera teniendo la atención ocupada. Por fin mira en torno al aposento vacío, y al ver que está desierto, se pone inseguro en pie, echa atrás la butaca y da unos pasos, apoyándose como puede en la mesa. Después se detiene, y con unos cuantos sonidos inarticulados más, levanta la vista y parece contemplar algo.

El Cielo sabe qué verá. Los verdes, verdes bosques de Chesney Wold, la mansión familiar, los cuadros de sus antepasados, desconocidos que los desfiguran, agentes de policía que manipulan groseramente sus objetos más preciados, miles de dedos que lo señalan a él, miles de caras que lo contemplan burlonas. Pero si esas sombras desfilan ante él en su confusión, hay otra sombra a la que todavía puede nombrar con una cierta claridad, y a la que se dirige mientras mesa sus blancos cabellos y abre los brazos.

Es ella, en relación con la cual, salvo en el sentido de haber sido desde hace años una fibra básica de las raíces de la dignidad y el orgullo de él, jamás ha tenido un pensamiento egoísta. Es ella, a quien ha admirado, honrado, amado y erigido un pedestal para que la respete el mundo entero. Es ella, quien en medio de todas las formalidades y los convencionalismos rígidos de su vida, ha sido una reserva de ternura y de amor, susceptible como ninguna otra cosa en el mundo de padecer la agonía que sufre él. La ve, hasta casi borrarse él mismo, y no puede soportar el verla caída del pedestal que tan bien adornaba.

E incluso en el momento en que cae al suelo, inconsciente ya de su sufrimiento, puede seguir pronunciando su nombre de manera casi clara en medio de esos ruidos incoherentes, y en un tono de dolor y de compasión, y no de reproche.

55. La huida

El inspector Bucket, de los Detectives, todavía no ha dado su gran golpe que acabamos de relatar, sino que todavía está restaurándose con el sueño en preparación para su gran día, cuando en medio de la noche y por las heladas carreteras invernales sale de Lincolnshire una silla con dos caballos, que avanza hacia Londres.

Todo este territorio estará dentro de poco surcado de caminos de hierro, y con un rugido y un resplandor, la locomotora y el tren recorrerán como un meteoro el amplio paisaje de la noche, haciendo que la luna palidezca, pero por aquí todavía no existen tales cosas, aunque no sean del todo desconocidas. Están haciéndose preparativos, tomándose medidas, se está delimitando el terreno. Se han comenzado los puentes, y sus tramos todavía sin unir se contemplan desolados por encima de caminos y arroyos, como parejas de ladrillo y mortero que tropiezan con un obstáculo a su unión; se están levantando fragmentos de terraplenes, que quedan como precipicios con torrentes de carreteras y carretillas desordenados en su superficie; en las lomas aparecen trípodes de altos palos, donde hay rumores de túneles; todo tiene un aspecto caótico y abandonado en la desesperanza. Por los caminos helados y en medio de la noche, la silla de postas sigue avanzando sin pensar en un ferrocarril.

La señora Rouncewell, ama de llaves de Chesney Wold desde hace tantos años, está en la silla, y a su lado va sentada la señora Bagnet, con su mantón gris y su paraguas. La viejita preferiría ir en el asiento de arriba, que está expuesto a los elementos y constituye una especie de percha primitiva más acorde con la forma en que está acostumbrada ella a viajar, pero la señora Rouncewell se preocupa demasiado de su comodidad para aceptarlo. La anciana no se cansa de manifestar su aprecio a la viejita. Va sentada con sus modales ceremoniosos agarrándola de la mano, y pese a lo áspera que es ésta, se la lleva a menudo a los labios, diciendo muchas veces:

—Tú eres madre, querida mía, ¡y has encontrado a la madre de mi George!

—Pues es que George siempre ha sido franco conmigo —responde la señora Bagnet—; sí, señora, y cuando dijo a nuestro Woolwich en mi casa que lo principal que habría de saber mi Woolwich cuando se hiciera un hombre mejor era no saber nunca que por su culpa había surgido una arruga de pena en la cara de su madre, ni le había salido a ésta una cana, entonces tuve la seguridad, por la forma de hablar de él, de que hacía poco había pasado algo que le había hecho volver a pensar en su madre. Ya otras veces le había oído decirme que se había portado mal con ella.

—¡Jamás, hija mía! —contesta la señora Rouncewell, rompiendo en lágrimas— ¡Bendito sea, jamás! Siempre me quiso mucho, siempre tan cariñoso, mi George. Pero tenía el alma aventurera, y era un poco loco y se alistó en el ejército. Y yo sé que al principio estuvo esperando antes de darnos noticias, a ver si ascendía a oficial,

y cuando no ascendió, sé que consideró que nos había decepcionado, y no quería avergonzarnos. ¡Porque mi George tenía un corazón de león, y siempre lo había tenido, desde que nació!

Las manos de la anciana se mueven como hace años al recordar, siempre temblando, qué chico tan guapo, tan bueno, tan alegre y bienhumorado había sido siempre, cómo lo quería todo el mundo, allá en Chesney Wold; cuánto afecto le tenía Sir Leicester cuando éste era un joven caballero; cómo lo querían los perros; cómo incluso la gente con la que él se peleaba lo perdonaba al cabo de un momento, pobrecito. ¡Y volver a verlo ahora, al cabo de tanto tiempo, y en la cárcel! Y la amplia faja se agita, y la curiosa figura tiesa y anticuada se curva bajo el peso del dolor de su corazón.

La señora Bagnet, con la habilidad instintiva de un corazón cálido y generoso, deja que la anciana ama de llaves se abandone a su pesar durante un momento (no sin pasarse el dorso de la mano por sus propios ojos de madre), y al cabo de él vuelve a comentar con su tono animado de costumbre:

—Así que voy y le digo a George cuando voy a verle para tomar el té (mientras él pretende que está fumando su pipa afuera), voy y le digo: «¿Qué te pasa esta tarde, George, por el amor de Dios? Mira que he visto cosas en esta vida, y que te he visto en los momentos buenos y en los malos, en el extranjero y en Inglaterra, y nunca te he visto de este humor melancólico y penitente». «Pues mire, señora Bagnet», va y dice George, «precisamente porque estoy de humor melancólico y penitente me ve usted así». «¿Qué has hecho, muchacho?», le digo. «Pues mire, señora Bagnet», va y dice George, moviendo la cabeza, «lo que he hecho pasó hace ya muchos años, y más vale no tratar de deshacerlo ahora. Si alguna vez voy al Cielo, no será por haber sido un buen hijo de mi madre viuda, y no quiero decir más». Pero mire, señora, cuando George va y me dice que es mejor no tratar de deshacerlo ahora, se me ocurren cosas que ya he pensado antes, y le saco a George que por qué se le ocurren cosas así esa tarde. Entonces George me dice que por pura casualidad ha visto en el bufete del abogado a una ancianita magnífica que le ha hecho pensar en su madre, y sigue hablando de la ancianita hasta olvidarse de sí mismo y hace un retrato de ella tal como era hace años y años. Y entonces voy y le digo a George cuando ha terminado que quién es esa ancianita a la que ha visto. Y George me dice que es la señora Rouncewell, ama de llaves desde hace más de medio siglo de la familia Dedlock, allá en Chesney Wold, en Lincolnshire. George me ha dicho muchas veces que es de Lincolnshire, y entonces voy yo y le digo a Lignum esa noche: «¡Lignum, te apuesto cuarenta y cinco libras a que es su madre!».

La señora Bagnet relata todo esto por vigésima vez, como mínimo, en las últimas cuatro horas. Lo trina, como si fuera una especie de ave, en una nota muy alta, con objeto de que la anciana lo pueda oír por encima del estruendo de las ruedas.

—Bendita seas, hija mía, y gracias —dice la señora Rouncewell—. ¡Bendita seas y gracias, hija mía querida!

—¡Dios mío! —exclama la señora Bagnet con la mayor naturalidad—. Desde luego, no es a mí a quien hay que dar las gracias. Gracias a usted, señora, por querer dárme las. Y recuerde usted una vez más, señora, que lo mejor que puede hacer al ver que George es su hijo es hacer (por usted misma) que esté dispuesto a aceptar la mejor ayuda que pueda para salir adelante y liberarse de una acusación de la que es tan inocente como usted o como yo. No basta con que tenga la verdad y la justicia de su parte; tiene que tener la ley y los abogados —exclama la viejita, aparentemente persuadida de que éstos últimos forman un estamento aparte y han disuelto todo consorcio con la verdad y la justicia para toda la eternidad.

—Contará —dice la señora Rouncewell— con toda la ayuda que se le pueda obtener en este mundo, hija mía. Estoy dispuesta a gastar todo lo que tengo, y sea como sea, para obtenerlo. Sir Leicester hará todo lo posible. Toda la familia hará todo lo posible. Yo..., yo sé algo, hija mía, y haré lo que pueda por mi parte, como madre separada de él durante tantos años y que al final acaba por encontrarlo en la cárcel.

La gran inquietud que revela el comportamiento de la anciana ama de llaves al decir esto, sus tartamudeos y la forma en que se retuerce las manos impresionan mucho a la señora Bagnet, y la asombrarían si no fuera porque lo atribuye a su pena por la situación en la que se halla su hijo. Y, sin embargo, la señora Bagnet se pregunta también por qué la señora Rouncewell murmura con un aire tan ausente: «¡Milady, Milady, Milady!», una vez tras otra.

La noche helada va pasando y llega el alba, y la silla de postas sigue rodando en medio de la niebla de la mañana, como el fantasma de una silla ya muerta. Tiene mucha compañía espectral, en los fantasmas de los árboles y de los arbustos que van desapareciendo gradualmente y dejando su lugar a las realidades del día. Al llegar a Londres se apean los viajeros, la anciana ama de llaves muy atribulada y confusa, la señora Bagnet tan tranquila y compuesta como si su siguiente destino, sin cambio de tripulación ni de equipaje, fuera el Cabo de Nueva Esperanza, la Isla de la Ascensión, Hong Kong o cualquier otro destino militar.

Pero cuando se ponen en marcha hacia la prisión en la que está confinado el soldado, la anciana ha logrado recubrirse, con su vestido de color lavanda, de gran parte de la sólida calma que constituye su habitual presencia. Es como si fuera una figura maravillosamente grave, precisa y hermosa de cerámica antigua, aunque el corazón le late rápido y se le agita la faja, mucho más incluso de lo que ha logrado agitársela el recuerdo de su hijo extraviado en todos estos años.

Al acercarse a la celda ven que se abre la puerta y que está a punto de salir un guardián. La viejita le hace inmediatamente una seña de que no diga nada; él asiente con la cabeza y les permite entrar, después de lo cual cierra la puerta.

De manera que George, que está sentado a la mesa y escribiendo algo, pues supone que se halla a solas, no levanta la mirada, sino que sigue absorto. La anciana ama de llaves lo mira, y esas manos de ella, tan inquietas, bastan para que la señora Bagnet quede confirmada en sus ideas; aunque pudiera ver juntos a la madre y el hijo, sabiendo lo que sabe, y dudar todavía de su parentesco.

El ama de llaves no se traiciona con un roce de su vestido, con un gesto ni con una palabra. Se queda mirándolo mientras él sigue escribiendo, totalmente inconsciente, y lo único que revela sus emociones es la forma en que se le agitan las manos. Pero éstas son muy elocuentes, muy, muy elocuentes. La señora Bagnet las comprende. Expresan gratitud, alegría, pesar, esperanza, un afecto inagotable, mantenido sin esperanza alguna desde que este hombretón era un bebé, de un hijo mejor pero menos querido, y de este hijo tan querido y tan orgulloso, y hablan en un lenguaje tan conmovedor que a la señora Bagnet se le llenan los ojos de lágrimas que le bajan relucientes por la cara atezada.

—¡George Rouncewell! ¡Ay, hijo mío querido, date la vuelta a mirarme!

El soldado se vuelve de golpe, se lanza al cuello de su madre y cae de rodillas ante ella. Sea por un arrepentimiento tardío, sea porque es lo primero que se le ocurre, el hecho es que junta las manos como un niño al decir sus oraciones y las levanta hacia el seno de ella, baja la cabeza y se echa a llorar.

—¡George mío, hijo mío querido! Siempre fuiste mi favorito y lo sigues siendo, y, ¿dónde has estado todos estos años tan terribles? Y te has hecho un hombre, todo un hombre, y magnífico. ¡Eras igual que hubiera sido él, como yo sabía que iba a ser él, si Dios le hubiera guardado la vida!

Ella pregunta y el responde, sin que durante un momento nada guarde relación con lo otro. Durante todo este tiempo, la viejita, que se ha vuelto a un lado, se apoya con un brazo en la pared encalada, apoya en ella su honesta frente, se enjuga las lágrimas con su mantón gris de siempre y disfruta con todo, como viejita útil para todo que es.

—Madre —dice el soldado cuando ya se han calmado—, ante todo perdóneme, pues sé que lo necesito.

¡Perdonarlo! Lo hace de todo corazón y con toda el alma. Siempre lo ha perdonado. Le dice que ha dejado escrito en su testamento, desde hace tantos años, que él es su bienamado hijo George. Nunca jamás ha creído nada malo de él. Aunque hubiera muerto sin este instante de dicha —y ya es una anciana que no puede esperar muchos años de vida—, le hubiera dado su bendición con su último aliento, si tuviera consciencia para ello, por tratarse de su bienamado hijo George.

—Madre, he causado a usted excesivos problemas, y ahora tengo mi recompensa, pero últimamente también he tenido una visión de un cierto objetivo. Cuando me fui de casa no me preocupé demasiado, madre, me temo que no me preocupé mucho, y

fui y me alisté a lo loco, haciendo como que nada me preocupaba, a mí no, y que yo no le preocupaba a nadie.

El soldado se ha secado los ojos y se ha guardado el pañuelo, pero existe un contraste extraordinario entre su forma habitual de expresarse y de comportarse y el tono más blando con el que habla ahora, interrumpido de vez en cuando por un sollozo ahogado.

—De manera que escribí una línea a casa, madre, como bien sabe usted, para decir que me había alistado con nombre falso, y me embarqué. Cuando llegué al extranjero pensé que escribiría a casa al cabo de un año, cuando quizá hubiera ascendido, y cuando pasó aquel año, quizá ya no pensaba tanto en escribir. Y así fueron pasando los años, a lo largo de diez años de servicio, hasta que empecé a envejecer y a preguntarme para qué iba a escribir.

—No veo de qué acusarte, hijo mío, pero, ¡sin acusarte de nada, George! ¿Por qué no escribiste una carta a tu amante madre, que también estaba envejeciendo?

Esas palabras casi vuelven a derribar al soldado, pero éste se yergue con un carraspeo fuerte, duro y sonoro.

—Que el Cielo me perdone, madre, pero pensé que de poco le valdría el tener noticias mías. Ahí estaba usted, respetada y estimada. Estaba también mi hermano, que según veía de vez en cuando en los periódicos del Norte que nos llegaban, empezaba a prosperar y a hacerse famoso. Y de la otra parte estaba un dragón de caballería que vagabundeaba, no se asentaba nunca, que no era un hombre hecho por sí mismo, sino deshecho por sí mismo, que había tirado por la borda todo lo que le había dado su familia al nacer, que había desaprendido todo lo que había aprendido, que no sabía nada que le pudiera valer para nada útil. ¿Por qué iba yo a dar noticias mías? Al cabo de tanto tiempo, ¿de qué valía hacerlo? Para usted, madre, ya había pasado lo peor. Para entonces (porque ya era un hombre) ya sabía yo cómo había llorado por mí, y cuánto me había echado de menos, y que ya se le había pasado el dolor, o había disminuido, y era mejor que mantuviese usted la imagen que tenía de mí.

La anciana sacude pesarosa la cabeza, y tomándole una de sus manazas, se la lleva cariñosa al hombro.

—No, si no digo que fuera así, madre, sino que yo pensaba que era así. Como acabo de decir, ¿de qué iba a valer? Bueno, madre querida, de algo me hubiera valido a mí... y eso era lo malo. Me hubiera buscado usted, hubiera usted tratado de que me licenciara, me hubiera llevado usted a Chesney Wold, nos hubiera usted reunido a mí y a mi hermano y a la familia de mi hermano, hubieran pensado todos ustedes muy preocupados qué era lo mejor que se podía hacer conmigo, y me habrían asentado en plan de paisano respetable, Pero, ¿cómo podía ninguno de ustedes estar seguro de mí, cuando yo no podía estar seguro de mí mismo? ¿Cómo podían ustedes no

considerarme como un estorbo y un descrédito para ustedes, salvo que me disciplinara? ¿Cómo podía yo mirar a la cara a los hijos de mi hermano y pretender que era un ejemplo para ellos... yo, el vagabundo que se había escapado de casa y que había causado tanto dolor y tanta pena a mi madre? «No, George», ésas eran las palabras que se me venían a la mente cada vez que pensaba en todo eso: «A lo hecho, pecho».

La señora Rouncewell yergue su figura majestuosa y hace un gesto con la cabeza a la viejita, como indicando: «¡Ya se lo había dicho!». La viejita da rienda a sus sentimientos y atestigua su interés en la conversación con un gran golpetazo que asesta al soldado entre los omoplatos, acto que repite después, a intervalos, con una especie de demencia afectuosa, y después de administrar cada una de estas amonestaciones no deja de volverse hacia la pared blanqueada y el mantón gris.

—Así fue como llegué a pensar, madre, que lo mejor que podía hacer era echarle pecho a lo hecho, hasta la muerte. Y ésa es la resolución que habría mantenido (aunque he ido a verla a usted más de una vez en Chesney Wold, cuando usted no pensaba que yo pudiera andar merodeando por allí), de no haber sido por aquí la mujer de mi camarada, que según veo ha sido demasiado lista para mí. Pero se lo agradezco. Se lo agradezco, señora Bagnet, de todo corazón y con todas mis fuerzas.

A lo que la señora Bagnet responde con dos paraguazos.

Y ahora la anciana convence a su hijo George, a su queridísimo hijo recién recuperado, a su orgullo y su alegría, a la luz de su vida, al desenlace feliz de su vida y todos los demás apelativos cariñosos que se le ocurren, que debe regirse conforme a los mejores consejos que se puedan conseguir con dinero e influencia; que en esta grave situación debe actuar según se le aconseje, y que no debe ser voluntarioso, por mucha razón que tenga, sino que debe pensar en la ansiedad y los sufrimientos de su pobre madre hasta salir en libertad, pues de otro modo le destrozará el corazón.

—Madre, no es mucho pedir —dice el soldado, que detiene su verborrea con un beso—; dígame lo que he de hacer y aunque sea tarde para empezar a obedecer, lo haré. Señora Bagnet, estoy seguro de que cuidará usted de mi madre, ¿verdad?

Un paraguazo muy fuerte de la viejita.

—Si se la presenta usted al señor Jarndyce y a la señorita Summerson, verá que éstos opinan lo mismo que ella y que le darán los mejores consejos y toda su ayuda.

—Y, George —dice la anciana—, hay que mandar a buscar a tu hermano a toda prisa. Según me dicen, es un hombre muy sensato y de mucho criterio en el mundo fuera de Chesney Wold, hijo mío, aunque yo no sé mucho de ese mundo, y nos servirá de gran ayuda.

—Madre —responde el soldado—, ¿es demasiado pronto para pedirle un favor?

—Desde luego que no, hijo mío.

—Entonces, concédame usted este gran favor: no deje que se entere mi hermano.

—¿Que no se entere de qué, hijo mío?

—Que no se entere de mí. De hecho, madre, yo no podría soportarlo, no puedo consentirlo. Ha demostrado ser tan diferente de mí, y ha hecho tanto por progresar mientras yo he andado por ahí de soldado, que en mi situación actual no tengo cara suficiente para verlo aquí y sometido a esta acusación. ¿Cómo puede agrandar a un hombre como él descubrir tal cosa? Es imposible. No, madre, mantenga mi secreto ante él; hágame un favor mayor de lo que yo merezco y haga que mi secreto se mantenga, ante todo, respecto de mi hermano.

—Pero, ¿no eternamente, querido George?

—Pues, madre, quizá no para siempre (aunque a lo mejor haya de pedirle eso también), pero sí por ahora. Si jamás se entera de que el sinvergüenza de su hermano ha aparecido, desearía —dice el soldado con un gesto muy dubitativo de la cabeza— ser yo quien se lo revelara y regirme, tanto en mis avances como en mis retiradas, por la forma en que parezca tomarlo él.

Como evidentemente tiene una opinión muy firme a este respecto, tan firme que la expresión de la señora Bagnet manifiesta reconocerlo, su madre asiente implícitamente a lo que le pide él. Y él se lo agradece mucho.

—En todo lo demás, madrecita querida, seré todo lo dócil y obediente que desee usted; sólo me mantengo firme en lo que le he dicho. De manera que ahora estoy dispuesto incluso a tratar con abogados. He estado preparando —con una mirada a lo que estaba escribiendo a la mesa— un relato exacto de lo que sé del difunto, y de cómo me vi implicado en este lamentable asunto. Ahí está escrito, bien claro y bien sencillo, como el parte de una unidad; no contiene ni una palabra que no se refiera a hechos concretos. Pretendía leerlo del principio al fin cuando me llamaran para declarar en mi defensa. Espero que todavía se me permita hacerlo, pero ya no tengo una voluntad propia en este caso, y pase lo que pase en un sentido u otro, prometo seguir sin tener voluntad propia.

Como las cosas han llegado a esta situación tan satisfactoria, y como empieza a caer la noche, la señora Bagnet propone que se vayan. La anciana se cuelga una vez tras otra del cuello de su hijo, y una vez tras otra el soldado la aprieta contra su recio pecho.

—¿Dónde va usted a llevar a mi madre, señora Bagnet?

—Voy a la casa que tienen en la ciudad, hijo mío, a la casa de la familia. Tengo algo que hacer allí y he de hacerlo inmediatamente —responde la señora Rouncewell.

—¿Querrá usted encargarse que llegue allí a salvo, en un coche, señora Bagnet? Pero, qué bobada, ya lo sé. ¡Qué preguntas hago!

—Desde luego, ¡qué preguntas! —responde la señora Bagnet a paraguazos.

—Llévesela, vieja amiga, y llévese con usted mi agradecimiento. Muchos besos a Quebec y Malta, todo mi cariño a mi ahijado, un apretón de manos para Lignum, y a

usted esto, ¡y ojalá fueran 10.000 libras en monedas de oro, querida amiga! —y con estas palabras el soldado lleva los labios a la frente bronceada de la viejita, y se cierra la puerta de su celda.

Por mucho que insista la buena ama de llaves, la señora Bagnet no quiere seguir en coche hasta su casa. Salta de él animosa al llegar a la puerta de los Dedlock y tras ayudar a la señora Rouncewell a subir las escaleras, la señora Bagnet le da la mano, se va a pie, y poco después llega a la mansión de los Bagnet y se pone a lavar las verduras como si no hubiera pasado nada.

Milady está en el mismo aposento en el que tuvo su última conferencia con el asesinado, y está sentada en el mismo sitio que aquella noche, mirando al mismo sitio en que estuvo él ante la chimenea, mientras la estudiaba tan atentamente, cuando suena una llamada a la puerta. ¿Quién es? La señora Rouncewell. ¿Cómo es que la señora Rouncewell ha venido a la capital de forma tan imprevista?

—Problemas, Milady. Problemas muy graves. Ay, Milady, ¿podría hablar con usted a solas?

¿Qué novedad es ésta que hace temblar así a esta anciana siempre tan calmada? Si es mucho más feliz que Milady, como tantas veces ha pensado Milady, ¿por qué tartamudea así y la mira con una desconfianza tan extraña?

—¿Qué pasa? Siéntese y recupere el aliento.

—Ay, Milady, Milady. He encontrado a mi hijo, al más joven, al que se fue de soldado hace tantos años. Y está en la cárcel.

—¿Por deudas?

—Ay, no; no, Milady. Yo hubiera pagado cualquier deuda, y con mucho gusto.

—Entonces, ¿por qué está en la cárcel?

—Está acusado de asesinato, Milady, y él es tan inocente como... como yo. Acusado del asesinato del señor Tulkinghorn.

¿Qué quiere decir esta mujer con esa mirada y ese gesto de imploración? ¿Por qué se acerca tanto? ¿Qué es esa carta que lleva en la mano?

—¡Lady Dedlock, mi querida señora, mi buena señora, mi amable señora! Tiene usted que tener un corazón para compadecerse de mí, tiene usted que tener un corazón que me perdone. Yo estoy en esta familia desde antes de que naciera usted. Me he consagrado a ella. Pero piense en que a mi hijo se le acusa injustamente.

—Yo no lo acuso.

—No, Milady, no. Pero otros sí, y está en la cárcel y en peligro. ¡Ay, Milady, si puede usted decir una sola palabra para ayudar a liberarlo, dígala!

¿De qué ilusión puede tratarse? ¿De qué facultades supone que está dotada esta persona a la que se dirige para desviar esa sospecha injusta, si es que es injusta? Los bellos ojos de Milady la contemplan asombrados, casi asustados.

—Milady, llegué anoche de Chesney Wold para ver con mis ojos de anciana a mi

hijo, y los pasos en el Paseo del Fantasma eran tan constantes y tan solemnes que jamás he oído nada parecido en todos estos años. Noche tras noche, al caer la oscuridad, el ruido ha recorrido sus aposentos, pero lo peor de todo fue anoche. Y al caer la noche de ayer, Milady, recibí esta carta.

—¿Qué carta?

—¡Chist, chist! —el ama de llaves mira en su derredor y responde con un susurro asustado—: Milady, no le he dicho una palabra a nadie. No me creo lo que dice. Sé que no puede ser verdad, estoy segura y convencida de que no puede ser verdad. Pero mi hijo está en peligro, y tiene usted que apiadarse de mí en su corazón. Si sabe usted algo que no sepan los demás, si tiene usted alguna sospecha, si tiene usted alguna clave del género que sea, y algún motivo para guardársela, ¡ay, Milady, piense en mí y supere ese motivo, y haga que se sepa! Eso es lo más que considero posible. Ya sé que no es usted una señora de corazón duro, pero usted siempre hace lo preciso sin necesidad de ninguna ayuda, y usted no da confianzas a sus amigos, y todos los que la admiran a usted (o sea, todo el mundo) por lo guapa y lo elegante que es, saben que es usted una persona muy distante, que no es posible acercarse a usted. Milady, es posible que tenga usted motivos de orgullo o de cólera para desdeñar cualquier expresión de algo que usted sabe; en tal caso, ¡ay, le ruego que piense usted en una sirviente fiel que se ha pasado toda la vida con la familia, y apiádese, y ayúdeme a liberar a mi hijo! —Y la anciana ama de llaves ruega con una sencillez totalmente auténtica—. ¡Milady, mi buena señora, yo ocupo un lugar tan humilde, y usted un lugar tan elevado y remoto, que quizá considere usted que mis sentimientos por mi hijo no valen nada, pero para mí valen tanto que he venido aquí osando rogarle e implorarle que no nos desprecie, si es que puede usted hacernos favor o justicia en estos momentos terribles!

Lady Dedlock la hace levantarse sin decir una palabra, hasta que toma la carta de su mano.

—¿He de leer esto?

—Cuando me vaya yo, Milady, se lo ruego, y recordar entonces qué es lo que considero yo lo máximo posible.

—No sé qué puedo hacer yo. No recuerdo haberme reservado nada que pueda afectar a su hijo. Yo nunca lo he acusado.

—Milady, quizá se apiade tanto más de él, acusado en falso, cuando haya usted leído la carta.

La anciana ama de llaves se marcha, dejándola con la carta en la mano. La verdad es que no es una mujer dura por naturaleza, y hubo tiempos en los que la visión de la venerable figura que le ha hecho sus súplicas con tal ansiedad podría haberla movido a una gran compasión. Pero lleva tanto tiempo acostumbrada a reprimir sus emociones y a distanciarse de la realidad, tanto tiempo educándose, para sus propios

fines, en esa escuela destructora que encierra los sentimientos naturales del corazón, como si fueran moscas atrapadas en ámbar, y que difunde una capa uniforme y monótona sobre lo que es bueno y lo que es malo, los sentimientos y la falta de sentimientos, lo que es sensato y lo que es insensato, que ha reprimido hasta ahora mismo incluso su capacidad de sorpresa.

Abre la carta. En el papel está escrito con letras de imprenta un relato del descubrimiento del cadáver tal como yacía boca abajo, con un disparo en el corazón, y debajo está escrito su propio nombre, al que se ha añadido la palabra. «Asesina».

Se le cae de la mano. No sabe cuánto tiempo llevará caído en el suelo, pero ahí sigue cuando llega un criado a anunciarle al joven llamado Guppy. Probablemente haya tenido que repetirle las palabras varias veces, pues aún le resuenan en los oídos antes de que llegue a comprenderlas.

—¡Que pase!

Y pasa. Ella tiene en la mano la carta que ha levantado del suelo y trata de componer sus ideas. A ojos del señor Guppy es la misma Lady Dedlock, que tiene la misma actitud estudiada, orgullosa, fría.

—Es posible que Milady no esté dispuesta en un principio a excusar la visita de alguien que nunca ha gozado de la bienvenida de Milady, de lo cual uno no se queja, pues está obligado a confesar que nunca ha habido ningún motivo aparente a primera vista para que la gozara; pero espero que cuando mencione mis motivos a Milady no le parezcan mal —dice el señor Guppy.

—Hágalo.

—Gracias, Milady. Debo primero explicar a Milady —el señor Guppy se ha sentado al borde de una silla y pone el sombrero sobre la alfombra que hay a sus pies que la señorita Summerson, cuya imagen como mencioné hace un tiempo a Milady, estuvo grabada en mi corazón durante un período de mi vida hasta que la borraron circunstancias ajenas a mi voluntad, me comunicó, después de la última vez en que tuve el honor de ver a Milady, que deseaba especialmente que yo no hiciera en ningún momento nada que tuviera que ver con ella. Y como los deseos de la señorita Summerson son ley para mí (salvo en relación con circunstancias ajenas a mi voluntad), en consecuencia no esperaba tener nunca el honor de volver a ver a Milady.

Y, sin embargo, ahí está, le recuerda desmayadamente Lady Dedlock.

—Y, sin embargo, aquí estoy —reconoce el señor Guppy—. Y mi objeto es comunicar a Milady, bajo el sello de la confidencialidad, por qué estoy aquí.

Imposible decírselo demasiado pronto o demasiado brevemente, le comunica ella.

—Ni puedo yo —responde el señor Guppy, que se siente ofendido— insistir demasiado ante Milady en que observe muy en particular que si vengo aquí no es por ningún asunto personal mío. No tengo intereses propios al venir aquí. Si no fuera por

mi promesa a la señorita Summerson y porque la considero sagrada... De hecho no hubiera vuelto a traspasar estas puertas, de las que hubiera preferido mantenerme alejado.

El señor Guppy considera que éste es un buen momento para alisarse el pelo con ambas manos.

—Milady recordará cuando se lo mencione, que la última vez que estuve aquí me tropecé con una persona muy eminente en nuestra profesión y cuya pérdida todos deploramos. Esa persona se dedicó desde aquel momento a perjudicarme de un modo que yo calificaría de muy astuto, e hizo que en todo momento y en toda circunstancia me resultara difícilísimo estar seguro de que no había hecho algo en contra de los deseos de la señorita Summerson. No es bueno elogiarse uno mismo, pero puedo decir de mí mismo que tampoco yo soy mal hombre de negocios.

Lady Dedlock lo contempla con un gesto de interrogación grave. El señor Guppy aparta inmediatamente la vista de la de ella y mira a cualquier parte que no sean esos ojos.

—De hecho, me ha resultado tan difícil —continúa— tener una idea de lo que estaba tramando esa persona junto con otras que hasta la pérdida que todos deploramos, me sentía a punto del K. O. (expresión que, como Su Señoría se mueve en círculos más elevados que los míos, debe comprender que equivale a fuera de combate). También Small (nombre por el que me refiero a otra persona, a un amigo mío que Milady no conoce) se puso tan reservado y tan doble que a veces me costaba trabajo no echarle las manos al cuello. Sin embargo, gracias al ejercicio de mi humilde capacidad y con la ayuda de un amigo mutuo llamado señor Tony Weevle (que tiene gustos muy aristocráticos y que siempre cuelga en su habitación el retrato de Milady), he percibido ya motivos de aprensión que son por lo que vengo a poner en guardia a Milady. Primero, ¿me permite Milady preguntarle si ha tenido algún visitante extraño esta mañana? No me refiero a visitantes del gran mundo, sino, por ejemplo, a visitantes como la antigua criada de la señorita Barbary o a una persona incapacitada de sus miembros inferiores a quien tienen que llevar en brazos para subir las escaleras, como un muñeco.

—¡No!

—Entonces, aseguro a Milady que esos visitantes han venido aquí y han sido recibidos aquí. Porque los he visto a la puerta y he esperado en la esquina de la plaza hasta que salieron, y después me he dado una vuelta de media hora para no tropezarme con ellos.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo, o qué tiene que ver usted? No le comprendo. ¿A qué se refiere?

—Milady, he venido a ponerla en guardia. Quizá no sea necesario. Muy bien. Entonces me habré limitado a hacerlo todo por cumplir mi promesa a la señorita

Summerson. Sospecho mucho (por lo que ha dejado traslucir Small y por lo que le hemos sacado) que las cartas que iba yo a traer a Milady no quedaron destruidas cuando lo supuse yo. Que si había algo que descubrir, ya está descubierto. Que los visitantes a los que he aludido han estado aquí esta mañana para sacar dinero con eso. Y que el dinero lo han sacado o lo van a sacar.

El señor Guppy recoge el sombrero y se levanta.

—Milady sabrá si tiene sentido lo que le digo o si no lo tiene. Lo tenga o no lo tenga, he actuado conforme a los deseos de la señorita Summerson en cuanto a dejar las cosas en paz y deshacer lo que había empezado yo a hacer, en la medida de lo posible, y a mí me basta con eso. Si me he tomado demasiadas libertades al alertar a Milady cuando no era necesario, espero que trate usted de perdonar mi osadía y yo trataré de superar su desaprobación. Con éstas me despido de Milady y le aseguro que no hay peligro de que jamás vuelva aquí a verla.

Ella apenas si reconoce esas palabras de despedida con una mirada, pero unos momentos después llama a la campanilla.

—¿Dónde está Sir Leicester?

Mercurio le comunica que en estos momentos está encerrado en la biblioteca, y a solas.

—¿Ha tenido visitantes Sir Leicester esta mañana?

Varios, por motivos de negocios. Mercurio procede a describirlos, y repite lo que ya le ha adelantado el señor Guppy. Basta; puede irse.

¡Ya! Todo se ha derrumbado. Su nombre corre por todas esas bocas, su marido conoce sus culpas, su vergüenza será pública (quizá lo sea ya mientras ella lo piensa), y además del desastre previsto por ella desde hace tanto tiempo, está denunciada por un acusador invisible como asesina de su enemigo.

Era su enemigo, y ella le ha deseado la muerte muchas, muchísimas veces. Sigue siendo su enemigo incluso en la tumba. Este terrible acusación cae sobre ella como un nuevo tormento que le inflige su mano sin vida. Y cuando recuerda cómo llegó ella en secreto a su puerta aquella noche, y cómo es posible que se interprete el que haya despedido a su doncella favorita, muy poco antes, meramente para que no la pudiera observar, se pone a temblar como si ya tuviera al cuello las manos del verdugo.

Se ha tirado al suelo y yace con el pelo desordenado en torno a la cabeza, con la cara hundida en los cojines del sofá. Se levanta, anda de un lado para otro, vuelve a dejarse caer, tiembla y gime. El horror que experimenta es inexpresable. Si realmente fuera la asesina, no podría ser más intenso en estos momentos.

Pues, al igual que la perspectiva del asesinato, antes de que éste se cometiera, por sutiles que hubieran sido las precauciones para cometerlo, se habría visto negada por una ampliación gigantesca de la figura odiada, que no le permitiría ver las

consecuencias después; y al igual que esas consecuencias le habrían llovido encima como un diluvio de dimensiones inconcebibles, en el momento del entierro de la figura, como ocurre siempre que se comete un asesinato, igual ve ahora que cuando él la vigilaba y ella pensaba: «¡Ojalá cayera un golpe mortal sobre este viejo y lo quitara de mi camino!», no hacía sino desear que todo lo que él tenía contra ella se lo llevara el viento y cayera hecho pedazos en muchos sitios distintos. Lo mismo ocurre con el alivio culpable que experimentó ante la muerte de él. ¿Qué fue su muerte, sino la eliminación de la piedra clave de un arco sombrío? ¡Y ahora el arco empieza a caerse en mil fragmentos, cada uno de los cuales la aplasta y la lacera!

Así una impresión terrible se le va imponiendo, la va invadiendo, y es la de que contra este perseguidor, vivo o muerto (obstinado e imperturbable ante ella con su figura que tan bien recuerda, y no menos obstinado e imperturbable en su ataúd), no existe más escapatoria que la muerte. Si la persiguen, huye. La combinación de su vergüenza, su temor, su remordimiento y su horror la abrumba totalmente, e incluso la fuerza de su confianza en sí misma se ve trastocada y aventada, como una hoja ante un fuerte viento. Dirige apresuradamente unas líneas a su marido, las cierra y las deja encima de la mesa:

Si se me busca o se me acusa por este asesinato, cree que soy totalmente inocente. No creas ninguna otra cosa buena de mí, pues no soy inocente de ninguna otra cosa que te hayan contado o te vayan a contar en contra mía. Él me preparó aquella noche fatal para la revelación que iba a hacerte. Cuando se marchó, fui, so pretexto de darme un paseo, al jardín donde suelo hacerlo, pero en realidad se trataba de seguirlo a él y hacerle una última petición de que no prolongase más la horrible angustia a la que me había sometido, no sabes durante cuánto tiempo, sino que tuviera la compasión de asestar el golpe a la mañana siguiente.

Encontré su casa sumida en la oscuridad y el silencio. Llamé dos veces a su puerta, pero no obtuve respuesta y volví a casa.

Ya no tengo casa. No te voy a abrumar más. Ojalá puedas, en tu justo resentimiento, olvidar a esta mujer indigna en la que has desperdiciado un cariño generosísimo, y que al evitarte sólo experimenta una vergüenza más profunda que la que le hace huir de sí misma, y que te escribe este último adiós.

Se pone a toda prisa un velo y un vestido, abandona todas sus joyas y su dinero, escucha, baja las escaleras en un momento en que vestíbulo está vacío, abre y cierra la enorme puerta y se pierde en medio del viento frío y cortante.

56. La persecución

Impasible, como corresponde a su alta condición, la casa Dedlock de la capital contempla a las demás casas de la calle grandiosamente lúgubre y no da ninguna muestra externa de que en ella pase nada malo. Resuenan los carruajes, llaman a sus puertas, el mundo intercambia visitas; antiguas bellezas con gargantas como esqueletos y mejillas sonrosadas que tienen un brillo fantasmal cuando se las ve a la luz del día, cuando de hecho esos fascinantes seres parecen la Muerte y la Dama [91] fundidas en una sola figura, deslumbran los ojos de los hombres. De las cuadras frías salen ágiles carruajes que se balancean, guiados por cocheros patincortos tocados de pelucas cerúleas, hundidos en sus mantas mullidas, y detrás van montados Mercurios hermosísimos, con sus bastones de ceremonia y sus bicornios ladeados, un espectáculo digno de los propios ángeles.

La casa Dedlock de la capital no cambia externamente, y pasan horas antes de que su calma impenetrable se vea perturbada internamente. Pero como la bella Volumnia está sometida a la frecuente enfermedad del aburrimiento, y ve que esa enfermedad la ataca con una cierta virulencia, se aventura por fin hasta la biblioteca en busca de un cambio de aires. Cuando sus blandas llamadas a la puerta no obtienen respuesta, la abre y mira adentro; al ver que no hay nadie, toma posesión del lugar.

La animada Dedlock tiene fama, en la Ciudad de la Antigüedad [92], Bath, ahora invadida por las hierbas, de estar estimulada por una curiosidad permanente que la lleva a pasearse en todos los momentos oportunos e inoportunos con una lente dorada en el ojo, mirando objetos de todos los tipos. Evidentemente, aprovecha esta oportunidad de fisgar en las cartas y los documentos de su pariente, como un pájaro; da un picotazo a un documento y mira de lado a otro, y salta de mesa en mesa, con la lente puesta en el ojo y con gestos inquisitivos e inquietos. Durante estas investigaciones, tropieza con algo, y al girar la lente en esa dirección, ve a su pariente tendido en el suelo, como un árbol caído.

El grito favorito de Volumnia adquiere un tono considerable de realidad ante tamaña sorpresa, y la casa se pone rápidamente en movimiento. Las escaleras se llenan de criados que corren, suenan violentos campanillazos, se envía a buscar a varios médicos, y se busca a Lady Dedlock por todas partes, pero no se la encuentra. Nadie la ha visto ni oído desde la última vez que tocó la campanilla. Se descubre en una mesa su carta a Sir Leicester, pero todavía no se sabe si éste ha recibido otra misiva de otro mundo, que haya de responder en persona, y todas las lenguas vivas y las muertas dan igual en el estado en que se halla.

Lo ponen en su lecho y lo frotan, le dan masajes y lo abanicán, y le ponen hielo en la cabeza, e intentan todos los medios de reanimarlo. En todo caso, el día ha ido cayendo, y en su habitación es de noche antes de que se aquiete su respirar

estertoroso o sus ojos muestren alguna conciencia de la vela encendida que le pasan de vez en cuando por delante. Pero cuando comienza este cambio, continúa, y al cabo de un rato asiente con la cabeza, o mueve los ojos, o incluso la mano, en señal de que oye y entiende.

Cuando cayó esta mañana era un caballero apuesto y majestuoso, algo enfermizo, pero de buena presencia y con la cara tersa. Ahora yace en su lecho convertido en un anciano de mejillas hundidas, en una sombra decrepita de sí mismo. Tenía una voz rica y melodiosa, y llevaba tanto tiempo convencido del peso y la importancia para la humanidad de cada palabra que decía, que sus palabras habían llegado verdaderamente a sonar como si contuvieran algo. Pero ahora no puede más que susurrar, y sus susurros suenan como lo que son: una jerga confusa.

Su ama de llaves favorita y leal está a su lado. Es lo primero que advierte, y es evidente que le agrada. Tras tratar en vano de hacerse comprender verbalmente, hace señas para que le den un lápiz. Es tan inexpresivo que al principio no lo entienden; es su anciana ama de llaves quien comprende lo que desea y le trae una pizarra.

Tras un momento de pausa, garabatea lentamente en ella, con una letra que ya no es la suya: «¿Chesney Wold?». No, le dice ella. Están en Londres. Esta mañana se ha puesto enfermo en la biblioteca. Ella se alegra mucho de haber venido por casualidad a Londres, pues así puede cuidar de él.

—No es una enfermedad muy grave, Sir Leicester. Mañana estará mucho mejor. Sir Leicester. Es lo que dicen todos estos señores —le dice la anciana, cuyo hermoso rostro está bañado en lágrimas.

Tras contemplar toda la habitación, y mirar en especial en torno a la cama, donde están los médicos, escribe: «Milady».

—Milady ha salido, Sir Leicester, antes de que se pusiera usted enfermo, y todavía no sabe que está malo. Vuelve a señalar lo escrito con gran agitación. Todos intentan tranquilizarlo, pero él sigue señalando y está cada vez más agitado. Cuando se miran los unos a los otros sin saber qué decir, vuelve a tomar la pizarra y escribe: «Milady, por Dios, ¿dónde?», y exhala un gemido implorante.

Se considera que lo mejor es que su vieja ama de llaves le dé la carta de Lady Dedlock, cuyo contenido nadie conoce ni puede suponer. Ella se la abre y se la da para que la lea. Tras leerla dos veces con grandes esfuerzos, la pone boca abajo para que nadie la vea y yace gimiendo. Tiene una especie de recaída o desmayo, y pasa una hora antes de que vuelva a abrir los ojos y se apoye en el brazo de su anciana sirvienta, tan fiel y leal. Los médicos saben que con quien mejor está es con ella, y cuando no se ocupan activamente de él, se hacen a un lado.

Vuelve a pedir la pizarra, pero no recuerda la palabra que quiere escribir. Es lamentable ver su ansiedad, su preocupación y su aflicción al verse en este estado. Parece que va a volverse loco por la necesidad que siente de apresurarse y la

incapacidad en que se halla de expresar lo que se esfuerza por expresar qué hacer o a quién buscar. Ha escrito la letra B y se ha detenido ahí. De golpe, cuando más sufre, pone delante de esa letra la abreviatura «Sr.». La anciana sugiere Bucket. ¡Gracias a Dios! Eso era lo que quería decir él.

Se averigua que el señor Bucket está abajo, como habían convenido. ¿Hay que hacerle subir?

Imposible no comprender el ardiente deseo que siente Sir Leicester de verlo, o el que expresa de que se vaya de su dormitorio todo el mundo, salvo el ama de llaves. Se cumplen sus deseos rápidamente y aparece el señor Bucket. Parece que de todos los hombres de la Tierra, Sir Leicester ha descendido de su alta condición para confiar y depositar todas sus esperanzas únicamente en éste.

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, lamento ver a usted en este estado. Espero que se recupere. Estoy seguro de que sí, debido al prestigio de la familia.

Sir Leicester pone en sus manos la carta de ella y le mira atento a la cara mientras le lee. Cuando el señor Bucket va leyendo aparece en su mirada un gesto nuevo de comprensión; con un movimiento del índice, mientras sigue leyendo, dice:

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, lo comprendo. Sir Leicester escribe en la pizarra: «Pleno perdón. Encuentre...», y el señor Bucket le para la mano:

—Sir Leicester Dedlock, Baronet, la encontraré. Pero mi búsqueda debe empezar inmediatamente. No hay que perder ni un minuto.

Con la velocidad del pensamiento sigue la mirada de Sir Leicester Dedlock a una cajita que hay en la mesa.

—¿Traerla aquí, Sir Leicester Dedlock? Desde luego. ¿Abrirla con una de estas llaves? Desde luego. ¿La más pequeña? Pues claro. ¿Sacar los billetes? Inmediatamente. ¿Contarlos? En seguida. Veinte y treinta hacen cincuenta, y veinte setenta y cincuenta, ciento veinte, y cuarenta, ciento sesenta. ¿Llévame para los gastos? Seguro, y naturalmente le rendiré cuentas. ¿Qué no escatime en los gastos? No se preocupe.

La velocidad y la exactitud con que el señor Bucket lo interpreta todo es casi milagrosa. La señora Rouncewell, que sostiene la lámpara, se marea ante la celeridad de su mirada y sus manos cuando él se pone en pie, listo para el viaje.

—Usted, señora, es la madre de George, o así creo, ¿no? —dice el señor Bucket en un aparte, cuando ya se ha puesto el sombrero y se está abotonando el sobretodo.

—Sí, señor, soy su pobre madre.

—Eso me parecía, por lo que me acaba de decir hace un momento. Bueno, pues voy a decirle una cosa. No tiene usted que preocuparse más. Su hijo está perfectamente. No se ponga a llorar, porque lo que tiene usted que hacer es cuidar de Sir Leicester Dedlock, Baronet, y eso no lo va a hacer usted si se pone a llorar. En cuanto a su hijo, le digo que está perfectamente y que le envía todo su cariño y espera

que usted también esté bien. Ha salido en libertad, eso es lo que le pasa, y no pesan sobre él más acusaciones que puedan pesar sobre usted, y sobre usted no pesa ninguna, le apuesto una libra. Puede usted fiarse de mí, porque fui yo quien detuvo a su hijo. Y en aquella ocasión se comportó como un hombre, y es un hombre excelente, y usted es una señora excelente, y los dos juntos, madre e hijo, son tan excelentes que podrían exhibirse en un museo de cera. Sir Leicester Dedlock, Baronet, voy a hacer lo que usted me ha confiado. No se tema que vaya a apartarme de mi camino, a derecha ni a izquierda, ni que vaya a dormir, ni a lavarme ni a afeitarme hasta encontrar lo que busco. ¿Qué diga que por su parte todo está arreglado y perdonado? Sir Leicester Dedlock, Baronet, eso es lo que haré. Que se mejore usted y que se arreglen estos problemas de la familia, como ha ocurrido, ¡Dios mío!, con tantos otros problemas de familia y cómo seguirá ocurriendo hasta el final de los tiempos.

Con esta perorata el señor Bucket, bien abotonado, se marcha silenciosamente, mirando al frente, como si ya estuviera penetrando en la noche, en busca de la fugitiva.

Lo primero que hace es ir a los aposentos de Lady Dedlock y mirar por todas partes en busca de algún mínimo indicio que le sirva de algo. Los aposentos están ya sumidos en la oscuridad, y el ver al señor Bucket con una vela en la mano y tomando un inventario mental de múltiples objetos delicados que tanto contrastan con él sería todo un espectáculo, espectáculo que no ve nadie, pues se toma el cuidado de cerrar la puerta con llave.

—Hermoso *boudoir* éste —dice el señor Bucket, que se considera ya versado en el francés tras lo ocurrido esta mañana—. Debe de haber costado una pila de dinero. Curioso que se haya dejado todo esto, ¡debe de haber estado bien apurada!

Al abrir y cerrar cajones y mirar en cajas y estuches de joyas se ve reflejado en varios espejos y reflexiona al respecto:

—Casi se diría que estoy entrando en los círculos del gran mundo y que me presento como miembro de Almack's [93] —dice el señor Bucket—. Estoy empezando a pensar que soy uno de esos señoritos de los regimientos de la Guardia, y yo sin saberlo.

Sigue mirando por todas partes y abre un estuchito muy bonito que hay en un cajón interior. Cuando con la manaza da la vuelta a unos guantes que hay dentro del cajoncito, casi etéreos, tan ligeros y suaves son, se encuentra con un pañuelo blanco.

—¡Ejem! Vamos a ver —dice el señor Bucket, que deja la luz en el suelo—. ¿Por qué te han apartado a ti? ¿Por qué estás tú ahí? ¿Eres propiedad de Milady o de otra persona? ¿Vamos a suponer que tengas algún tipo de etiqueta?

Y mientras habla la encuentra: «Esther Summerson».

—¡Vaya! —exclama el señor Bucket, que hace una pausa y se lleva el índice a la

oreja—. ¡Vamos, te vas a venir conmigo!

Termina sus observaciones con tanto silencio y cuidado como las empezó, deja todo exactamente igual que lo encontró, se marcha al cabo de cinco minutos en total, y sale a la calle. Con una mirada hacia arriba, hacia los aposentos débilmente iluminados de Sir Leicester Dedlock, se pone en marcha, a toda velocidad, hacia la parada de coches más próxima, escoge el caballo que más le gusta y ordena que lo lleven a la Galería de Tiro. El señor Bucket no se considera un juez científico de los caballos, pero apuesta algo en las carreras más importantes, y en general resume sus conocimientos al respecto diciendo que cuando ve un caballo que sabe correr, lo reconoce inmediatamente.

En este caso no se ha equivocado. Trota sobre los adoquines a una velocidad peligrosa, pero al mismo tiempo hace que su vista atenta se pose en todos los seres furtivos a los que adelanta en las calles de la medianoche, e incluso en las luces de las ventanas altas, donde la gente se está acostando, y en todas las esquinas que pasa volando, así como en el cielo cargado y en la tierra en la que hay una leve capa de nieve, pues es posible que aparezca algo que le pueda servir de ayuda, y sigue hacia su destino a tal velocidad que cuando se detiene, el caballo casi lo envuelve en una nube de vapor.

—Quítele los arreos un momento para que descanse; vuelvo en seguida.

Sube corriendo por la larga entrada de maderas y ve al soldado que está fumando su pipa.

—He creído que era mi deber, George, después de todo lo que has soportado, amigo mío. No puedo decirte una palabra más. ¡Palabra de honor! Y todo es por salvar a una mujer. La señorita Summerson, la que estaba aquí cuando murió Gridley..., así se llama, estoy seguro, ¡bien!, ¿dónde vive?

El soldado acaba de llegar de allí y le da la dirección, cerca de Oxford Street.

—No te arrepentirás, George. ¡Buenas noches!

Vuelve a marcharse, con la impresión de haber visto a Phil, que lo contemplaba boquiabierto, junto a la chimenea apagada; se vuelve a marchar galopando y envuelto en una nube de vapor.

El señor Jarndyce, que es la única persona despierta de la casa, está en bata y a punto de irse a la cama; deja de leer su libro al escuchar las llamadas insistentes de la campanilla, y va a la puerta.

—No se alarme, caballero —y en un solo momento el visitante, que sigue en el vestíbulo, le hace sus confidencias, cierra la puerta y se queda con la mano en el picaporte—. Ya he tenido el honor de ver a usted antes. Inspector Bucket. Mire este pañuelo, caballero, es de la señorita Esther Summerson. Lo he encontrado yo mismo escondido en un cajón de Lady Dedlock, hace un cuarto de hora. No hay un momento que perder. Cuestión de vida o muerte. ¿Conoce usted a Lady Dedlock?

—Sí.

—Hoy se ha producido un descubrimiento. Han salido a la luz cuestiones de familia. Sir Leicester Dedlock, Baronet, ha tenido un ataque (apoplejía o parálisis) y no se lograba hacer que reviviera, y se ha perdido un tiempo precioso. Lady Dedlock ha desaparecido esta tarde y ha dejado una carta para él que no tiene buen aspecto. Échele un vistazo. ¡Tenga!

El señor Jarndyce la lee, y después le pregunta qué opina él.

—No lo sé. Parece un caso de suicidio. Sea lo que sea, a cada minuto que pasa, mayor es el peligro de que se trate de eso. Yo daría cien libras por hora con tal de haberme adelantado a este momento. Veamos, señor Jarndyce: estoy empleado por Sir Leicester Dedlock, Baronet, para seguirla y encontrarla..., para salvarla y hacer que acepte su perdón. Tengo dinero y plenos poderes, pero necesito a la señorita Summerson.

El señor Jarndyce, con voz turbada, repite:

—¿La señorita Summerson?

—Vamos, señor Jarndyce —dice el señor Bucket, que ha estado contemplando su rostro con la mayor atención desde que llegó—, hablo a usted como caballero de corazón humanitario, y en circunstancias tan apremiantes que no suelen presentarse a menudo. Si jamás ha sido precioso el tiempo, lo es ahora, y si jamás ha habido una ocasión en la que no podría usted perdonarse jamás el perderlo, es ésta. Ya se han perdido de ocho a diez horas, que valen, como le digo, más de cien libras cada una, desde que desapareció Lady Dedlock. Se me ha encargado que la encuentre. Yo soy el Inspector Bucket. Además de todas las demás cosas que la agobian, ahora cree que recae sobre ella una sospecha de asesinato. Si la sigo solo, como ella ignora lo que me ha comunicado Sir Leicester Dedlock, Baronet, es posible que caiga en la desesperación. Pero si la sigo acompañado por una cierta señorita, que responde a la descripción de una señorita a la que ella tiene mucho cariño (no hago preguntas ni digo más que eso), creerá que mis intenciones son amistosas. Permítame alcanzarla y estar en condiciones de presentarle a esa señorita, y la salvaré y la convenceré, si es que sigue viva. Si llego yo solo ante ella, lo cual será difícil, haré todo lo que pueda, pero no sé cuánto será lo que pueda hacer. El tiempo vuela; es casi la una de la mañana. Cuando dé la una será una hora más que ha pasado, y ahora ya vale mil libras, en lugar de ciento.

Todo ello es cierto, y no cabe negar la urgencia del caso. El señor Jarndyce le ruega que se quede donde está mientras él habla con la señorita Summerson. El señor Bucket dice que sí, pero conforme a sus principios generales no lo hace, sino que sigue al señor Jarndyce por las escaleras, sin perder de vista a su hombre. De manera que se queda escondido en la sombra de la escalera mientras ellos hablan. Al cabo de muy poco rato baja el señor Jarndyce a decirle que la señorita Summerson se reunirá

con él inmediatamente, y se coloca bajo su protección, para acompañarlo a donde él le diga. El señor Bucket, satisfecho, expresa su mayor aprobación y espera a que venga ella a la puerta.

Después erige una gran torre mentalmente y otea en todas direcciones. Percibe muchas figuras solitarias que se arrastran por las calles, muchas figuras solitarias en los páramos y en los caminos y apostadas bajo montones de paja. Pero entre ellas no se halla la figura que busca él. Percibe a otros solitarios bajo los puentes y en lugares sombríos al nivel de los ríos, y un objeto muy oscuro e informe que baja con la corriente, más solitario que ningún otro, que es el que más atrae su atención.

¿Dónde está? Viva o muerta, ¿dónde está? Si pudiera; mientras dobla el pañuelo y se lo guarda cuidadosamente, llegar con un poder mágico al lugar donde lo encontró ella, y al paisaje nocturno cerca de la casita donde estaba tapando el cuerpecillo del niño muerto, ¿la vería allí? En el páramo, donde los hornos de los ladrillos arden con una llama de color azul pálido, donde los techos de bálago de las pobres chozas en las que se hacen los ladrillos se mueven agitados por el viento, donde la arcilla y el agua están heladas y la noria de la que tira en redondo durante todo el día el famélico caballo ciego parece un instrumento de tortura para seres humanos, atravesando este lugar abandonado y estéril hay una figura solitaria, sin nadie en todo el triste mundo, azotada por la nieve y arrastrada por el viento, y condenada, según parece, a carecer de toda compañía humana. Y es la figura de una mujer, pero va miserablemente vestida, y jamás han salido ropas tan pobres por el vestíbulo y la gran puerta de la mansión de los Dedlock.

57. La narración de Esther

Me había acostado, y ya estaba dormida, cuando llamó a la puerta mi Tutor y me pidió que me levantara inmediatamente. Cuando fui corriendo a hablar con él para enterarme de lo que pasaba, me dijo, tras unas palabras de preparación, que se había producido un descubrimiento en casa de Sir Leicester Dedlock. Que mi madre había huido, que ahora estaba a nuestra puerta una persona facultada para comunicarle a ella las más cabales garantías de protección afectuosa y de perdón, si es que podía encontrarla, y que quería que lo acompañara, con la esperanza de que mis imploraciones la convencieran en caso de que no lo lograsen las suyas. Algo así fue lo que percibí en general, pero me encontré sumida en tal confusión de alarma, prisas y apuros, que, pese a todo lo que hice para dominar mi agitación, no tuve la sensación de recuperar del todo la razón hasta varias horas después.

Pero me vestí y me abrigué rápidamente sin despertar a Charley ni a nadie, y bajé a ver al señor Bucket, que era la persona a la que se le había confiado el secreto. Al llevarme a verlo, mi Tutor me lo explicó, así como por qué se le había ocurrido venir en busca mía. El señor Bucket me leyó en voz baja, a la luz de la vela que llevaba mi Tutor, una carta que había dejado mi madre en su mesa, y creo que no habían pasado ni diez minutos desde que se me despertó cuando me hallaba sentada a su lado y rodando a toda velocidad por las calles.

Tenía modales muy cortantes, pero al mismo tiempo se mostró muy considerado al explicarme que quizá fuera mucho lo que dependiera de que yo pudiera responder, sin confusión alguna, a algunas preguntas que deseaba hacerme. Se trataba, ante todo, de saber si yo había hablado mucho con mi madre (a la cual no mencionaba nunca más que como Lady Dedlock), cuándo y dónde había hablado con ella la última vez y cómo era que ella estaba en posesión de un pañuelo mío. Cuando le respondí a todos esos puntos, me pidió que considerase en particular, con todo el tiempo que me hiciera falta para pensármelo, si que yo supiera había alguien, fuera donde fuese, en quien ella tuviera probabilidades de confiarse, en circunstancias de gran necesidad. A mí no se me ocurrió nadie más que mi Tutor. Pero al final acabé por mencionar al señor Boythorn. Se me ocurrió por la manera caballerosa en que había mencionado el nombre de mi madre y por lo que había mencionado mi Tutor de que había estado prometido con su hermana, así como por su relación inconsciente con la triste historia de ella.

Mi compañero había detenido al cochero mientras sosteníamos esta conversación, con objeto de que nos pudiéramos oír mejor el uno al otro. Después le dijo que continuara, y a mí, tras consultarse a sí mismo durante unos instantes, que ya había decidido lo que había de hacer. Estaba perfectamente dispuesto a contarme su plan, pero yo no me sentía lo bastante lúcida para comprenderlo.

No nos habíamos alejado mucho de nuestra casa cuando nos detuvimos en una calle lateral, junto a un sitio que parecía ser un edificio público y que tenía una luz de gas. El señor Bucket me hizo entrar y sentar en una butaca junto a un fuego muy vivo. Ya era más de la una, según vi en un reloj que había junto a la pared. Había dos agentes de policía, que con sus impecables uniformes no tenían el aspecto de llevar toda la noche en vela, escribiendo en silencio ante un pupitre, y todo el lugar parecía muy tranquilo, salvo que de abajo llegaban ruidos de golpes y de voces, a los que nadie hacía caso.

Salió un tercer hombre de uniforme, al que llamó el señor Bucket y le susurró unas instrucciones, y después los otros dos se consultaron, mientras uno de ellos escribía lo que le dictaba en voz baja el señor Bucket. Se estaban ocupando de hacer una descripción de mi madre, porque cuando terminó, el señor Bucket me la trajo y me la leyó en susurros. Desde luego, era muy exacta.

El segundo agente, que la había escuchado con gran atención, pasó después a copiarla y llamó a otro hombre de uniforme (había varios en una sala al lado), que la tomó y se marchó con ella. Todo ello se hizo a gran velocidad y sin perder un momento, aunque nadie parecía apresurarse. En cuanto se llevaron el papel a la calle, los dos agentes volvieron a su anterior trabajo de escribir en silencio, muy limpia y cuidadosamente. El señor Bucket vino, pensativo, y se calentó los pies ante la chimenea, primero el uno y luego el otro.

—¿Va usted bien abrigada, señorita Summerson? —me preguntó, mirándome a la cara—. Es una noche muy desapacible para que salga una señorita como usted.

Le dije que el tiempo no me importaba, y que iba bien abrigada.

—Es posible que tardemos —observó—, pero con tal de que termine bien, no importa, señorita.

—¡Ruego al Cielo que termine bien! —dije.

Asintió de manera reconfortante:

—Mire usted, pase lo que pase, no se preocupe. Manténgase usted serena y al tanto de todo lo que pueda pasar, y así le irá mejor a usted, me irá mejor a mí, le irá mejor a Lady Dedlock y le irá mejor a Sir Leicester Dedlock, Baronet.

Verdaderamente se comportaba con gran cortesía y amabilidad, y al verlo ante la chimenea, calentándose los pies y frotándose la cara con el índice, sentí tal confianza en su sagacidad que me tranquilicé. No eran todavía las dos menos cuarto cuando oí afuera cascos de caballos y ruedas.

—Ahora, señorita Summerson —me dijo—, vámonos ya, por favor.

Me dio el brazo, y los dos agentes me hicieron una cortés inclinación al salir, y a la puerta nos encontramos con un faetón, o una calesa, con su postillón y caballos de postas. El señor Bucket me ayudó a subir y ocupó su propio asiento en el pescante. El hombre de uniforme al que había enviado a buscar el vehículo le entregó después una

linterna que le pidió, y tras dar instrucciones al conductor, nos pusimos en marcha.

Yo no estaba segura de no encontrarme en un sueño. Entramos ruidosamente en tal laberinto de calles, que pronto perdí toda idea de dónde nos encontrábamos, salvo que cruzamos el río y lo volvimos a cruzar, y parecíamos seguir atravesando un barrio situado en terreno bajo, junto a un río, lleno de callejuelas estrechas, interrumpidas por muelles y amarraderos, enormes almacenes, puentes colgantes y mástiles de buques. Por fin nos detuvimos en una esquina sucia y embarrada, que el viento que llegaba desde el río y hacía remolinos no lograba limpiar, y vi que mi acompañante, a la luz de su linterna, hablaba con varios hombres, algunos de los cuales parecían ser de la policía y otros marineros. En la pared mohosa junto a la que estaban se leía un letrero en el que pude discernir las palabras: «ENCONTRADO AHOGADO», y ello, junto a una inscripción relativa a las dragas, me infundió la horrible sospecha que no podía por menos de inspirar nuestra visita a aquel lugar.

No tuve necesidad de recordarme que no me encontraba allí por un capricho mío, para aumentar las dificultades de la búsqueda, para disminuir sus esperanzas ni para alargar sus retrasos. Me mantuve en silencio, pero jamás podré olvidar lo que sufrí en aquel horrible lugar. Y sin embargo, era el horror de un sueño. Llamaron para que viniera de un bote a un hombre todavía mojado y embarrado, con botas altas empapadas y un sombrero igual, y éste se puso a hablar en voz baja con el señor Bucket, que bajó con él unos escalones resbaladizos, como si fuera a mirar algo que el otro tuviera para mostrarle. Volvieron secándose las manos en los sobretodos, tras dar la vuelta a algo mojado, ¡pero, gracias a Dios, no era lo que yo me temía!

Tras una nueva conversación, el señor Bucket (a quien todos parecían conocer y respetar) se fue con los otros a una puerta y me dejó en el carruaje, mientras el conductor se paseaba al lado de sus caballos, para entrar en calor. Estaba subiendo la marea, según me pareció por el ruido que hacía, y podía oír yo las rompientes al final del callejón, como si avanzara hacia mí. No me alcanzó, aunque a mí me pareció que sí lo hacía centenares de veces en un rato que no puede haber sido de más de un cuarto de hora, y probablemente menos, pero me agobiaba la idea de que las rompientes iban a lanzar a mi madre bajo los cascos de los caballos.

Volvió a salir el señor Bucket, que exhortó a los otros a estar vigilantes, apagó su linterna y recuperó su asiento.

—No se alarme usted, señorita Summerson, por haber venido aquí —dijo, volviéndose hacia mí—. Lo único que quiero yo es que todo esté en orden, y para saber que está en orden, tengo que verlo con mis propios ojos. ¡Adelante, muchacho!

Me pareció que deshacíamos el camino ya recorrido. No porque yo hubiera observado ningún objeto en particular, en el estado de ánimo perturbado en que me hallaba, sino por el aspecto general de las calles. Visitamos otro puesto o comisaría un momento, y volvimos a cruzar el río. Durante todo este tiempo, y durante toda la

búsqueda, mi compañero, bien abrigado en el pescante, no aflojó en su vigilancia ni un momento, pero cuando cruzamos el puente pareció estar más alerta que antes, si ello era posible. Se puso en pie para mirar por encima del parapeto; se apeó y siguió a una figura femenina que pasó ante nosotros, y contempló las profundidades del río con una expresión que me hizo morir por dentro. El río tenía un aspecto temible, oscuro y secreto, deslizándose tan rápido entre las líneas planas y bajas de las riberas; cargado de formas indistintas y terribles, tanto de sustancia como de sombra; mortífero y misterioso. Lo he visto muchas veces después, a la luz del sol y a la de la luna, pero nunca sin revivir la impresión de aquel viaje. En mi recuerdo, las luces del puente siempre están bajas; el viento cortante crea remolinos en torno a la mujer sin hogar con la que nos cruzamos; las ruedas giran monótonas y la luz de los faros del carruaje, reflejada por la niebla, me mira pálidamente: como una cara que surge del agua temible.

Con gran traqueteo por las calles vacías, salimos por fin del pavimento a los caminos oscuros de tierra, y empezamos a dejar las casas a nuestras espaldas. Al cabo de un rato reconocí el familiar camino de Saint Albans. En Barnet nos esperaban caballos de fresco; los enganchamos y seguimos adelante. Hacía muchísimo frío, y el campo abierto estaba blanco de nieve, aunque en aquellos momentos ya no caía.

—Este camino lo debe usted de conocer bien, señorita Summerson —dijo, animado, el señor Bucket.

—Sí —respondí—. ¿Se ha enterado usted de algo?

—Nada seguro por ahora —contestó—, pero todavía es temprano.

Había entrado él en todas las tabernas que cerraban tarde o abrían pronto (y había bastantes en aquellos tiempos, pues el camino lo usaban muchos arrieros), y se había bajado a hablar con los peones camineros. Yo le había oído pedir de beber para los presentes, y contar dinero, y comportarse cordial y alegremente en todas partes, pero siempre que volvía a su puesto en la caja recuperaba el gesto alerta, y siempre decía al cochero, en el mismo tono serio: «¡Adelante, muchacho!».

Con todas aquellas paradas, ya eran entre las cinco y las seis de la mañana, y todavía estábamos a cierta distancia de Saint Albans cuando salió él de una de aquellas casas y me ofreció una taza de té.

—Bébaselo, señorita Summerson, que le sentará bien. Está usted empezando a serenarse, ¿verdad?

Le di las gracias, y le dije que eso esperaba.

—Al principio se quedó usted aturdida, si me permite decírselo —observó—, y, ¡por Dios que no me extraña! No hable en voz alta, hija mía. Todo va bien. Va un poco por delante de nosotros.

No sé qué exclamación de alegría proferí o iba a proferir, pero él levantó el índice y me contuve.

—Pasó por aquí, a pie, anoche, hacia las ocho o las nueve. La primera noticia suya me la dieron en el peaje del arco, allá en Highgate, pero no estaba del todo seguro. La hemos venido siguiendo, más o menos. Había pasado por un sitio, pero por el siguiente no, pero ahora estamos tras ella, y está a salvo. Tome la taza y el platillo, hostelero. Y ahora, si no es usted demasiado torpe, mire a ver si puede atrapar esta media corona con la otra mano. ¡Un, dos, tres, ahí va! ¡Ahora, muchacho, a ver si podemos galopar!

En seguida llegamos a Saint Albans, y nos apeamos poco antes del amanecer, cuando yo estaba empezando a poner en orden y a comprender lo que había ocurrido aquella noche, y a creer verdaderamente que no era un sueño. Al dejar el carruaje en la posta y encargarse que preparasen caballos de refresco, mi acompañante me dio el brazo y nos encaminamos a casa.

—Como ésta es su residencia habitual, señorita Summerson —observó él—, querría saber si ha preguntado por usted o por el señor Jarndyce una forastera que responda a la descripción. No tengo muchas esperanzas, pero es posible.

Al subir la cuesta iba mirando en su derredor muy atentamente, pues ya se había hecho de día, y me recordó que una noche había bajado yo por allí, como tenía motivos para recordar, con mi criadita y el pobre Jo, a quien él llamaba el Chico Duro.

Me pregunté cómo lo sabía él.

—Recuerde que se cruzó usted con un hombre en la carretera, justo allí —dijo el señor Bucket.

Sí, yo recordaba muy bien aquello, también.

—Era yo —dijo el señor Bucket.

Al ver mi sorpresa, continuó explicando:

—Llegué aquella tarde en calesa en busca del chico. Quizá oyera usted las ruedas cuando salió usted misma a buscarlo, pues yo advertí a usted y su criadita cuando subían mientras yo paseaba al caballo. Cuando hice una o dos preguntas por él en el pueblo, en seguida me enteré de con quién estaba el chico, e iba a venir adonde los ladrilleros a llevármelo cuando observé que lo hacía usted entrar en su casa.

—¿Había cometido algún delito? —pregunté.

—No estaba acusado de ninguno —respondió el señor Bucket, levantándose fríamente el sombrero—, pero supongo que tampoco sería un angelito. No. Si yo lo buscaba era precisamente para mantener en silencio este mismo asunto de Lady Dedlock. El chico había estado hablando más de lo conveniente de un pequeño servicio por el que le había pagado el difunto señor Tulkinghorn, y no se podía permitir a ninguna costa que se dedicara a esos juegos. Así que, tras advertirle que se fuera de Londres, dediqué una tarde a advertirle que siguiera callado ahora que se había ido, y que siguiera alejándose y tuviera mucho cuidado no lo fuera a pescar yo

otra vez.

—¡Pobrecillo! —dije.

—Desde luego —asintió el señor Bucket—, pero también era un problema, y lo mejor era tenerlo lejos de Londres y de todas partes. Le aseguro que me sorprendí mucho cuando vi que hallaba refugio en su casa.

Le pregunté por qué.

—¿Por qué, hija mía? —respondió el señor Bucket—. Naturalmente, podía ponerse a contarlo todo. Había nacido con una lengua de yarda y media de larga.

Aunque ahora recuerdo aquella conversación, en esos momentos me sentía tan confusa que mis facultades apenas si me permitían comprender que hablaba de todas aquellas cosas para distraerme. Con la misma buena intención evidentemente, me habló de muchas cosas sin importancia, mientras seguía perfectamente atento al único objeto que le interesaba. Y seguía hablando cuando llegamos a la puerta del jardín.

—¡Ah! —exclamó el señor Bucket—. Ya llegamos. ¡Qué sitio tan bonito y tan tranquilo! Le recuerda a uno la casa de campo de la canción de Woodpeckertapping [94] famosa por el humo que ascendía tan tranquilo. Veo que han encendido el fuego tempranito, lo que es señal de que los criados son buenos. Pero con lo que siempre hay que tener cuidado con los criados es con quién viene a verlos, pues si no se sabe eso, no se sabe qué van a hacer. Y otra cosa, señorita: siempre que vea usted a un muchacho tras la puerta de una cocina, ya puede usted acusarlo a la policía por sospechas de haber entrado en una residencia particular con fines ilegales.

Ya habíamos llegado a la casa, y él se puso a mirar atentamente y muy de cerca en la gravilla a ver si había huellas de pisadas, antes de elevar la mirada a las ventanas.

—¿Le asignan siempre la misma habitación a ese señor viejo y joven cuando viene de visita, señorita Summerson? —preguntó, mirando hacia la habitación que solía ocupar el señor Skimpole.

—¡Conoce usted al señor Skimpole! —exclamé.

—¿Cómo dice que se llama? —replicó el señor Bucket, llevándose una mano a la oreja—. ¿Skimpole, ha dicho? Me he preguntado muchas veces cómo se llamaría. Skimpole. Pero no John, ¿eh? ¿ni Jacob?

—Harold —le dije.

—Harold. Sí. Un bicho raro, el tal Harold —dijo el señor Bucket, mirándome con mucho sentimiento.

—Es un personaje raro —comenté.

—No tiene ni idea del dinero —observó el señor Bucket—. ¡Pero lo acepta con mucho gusto!

Respondí, sin darme cuenta, que ya advertía que el señor Bucket lo conocía.

—Pues mire usted, señorita Summerson, le voy a decir una cosa —replicó él— no le sentará mal a usted dejar de pensar por un momento en lo mismo, y le voy a decir

una cosa para cambiar sus ideas. Fue él quien me dijo donde estaba el Chico Duro. Aquella noche me había decidido a venir a esta puerta y a preguntar por el Chico, aunque no fuera más que eso; pero, como estaba dispuesto a hacer otras cosas si eran posibles, me limité a echar un puñado de gravilla a una ventana en la que vi una sombra. En cuanto Harold la abre y lo veo, me digo, éste es mi hombre. Así que le hablé un ratito y le dije que no quería molestar a la familia cuando ya se había ido a acostar, y qué lástima era que unas señoritas caritativas dieran acogida a un vago, y luego, cuando vi de qué pie cojeaba, le dije que consideraría una buena inversión un billete de cinco libras si pudiera llevarme de la casa al Chico Duro sin causar ruidos ni molestias. Y entonces va y me dice, levantando las cejas con una expresión de lo más alegre: «no vale de nada mencionarme un billete de cinco libras, amigo mío, pues soy un niño en esos asuntos y no tengo idea del dinero». Naturalmente, comprendí lo que significaba el que se tomara el asunto con tanta tranquilidad, y como ya estaba totalmente seguro de que aquél era mi hombre, envolví con el billete una piedrecita y se lo tiré. ¡Bueno! Se echa a reír, tan contento y con el aspecto más inocente del mundo, y va y me dice: «Pero yo no sé qué valor tienen estas cosas. ¿Qué voy a hacer con esto?». «Gastárselo, señor mío», le digo yo. «Pero me van a engañar», va y dice él, «no me darán el cambio correcto, y lo perderé, no me vale de nada». ¡Dios mío, no ha visto usted cara igual cuando decía todo eso! Claro, que me dijo dónde encontrar al Chico, y lo encontré.

Aquello me pareció un acto de traición por parte del señor Skimpole hacia mi Tutor, y consideré que traspasaba los límites de la inocencia infantil.

—¿Límites, hija mía? —replicó el señor Bucket—. ¿Límites? Mire, señorita Summerson, le voy a dar un consejo que su marido encontrará muy útil cuando esté usted felizmente casada y tenga una familia. Cuando quiera que alguien le diga que es totalmente inocente en asuntos de dinero, guarde bien el suyo, porque seguro que van a por él si pueden. Cuando quiera que alguien le proclame a usted: «En los asuntos materiales soy un niño», recuerde usted que eso son pretextos para no aceptar responsabilidades, y que ya sabe usted lo que le interesa a ese alguien, y es él mismo. Mire, yo no soy muy poético, salvo que me gusta cantar en compañía, pero sí soy persona práctica, y ésa es mi experiencia. Y de ahí esta norma: cuando uno es irresponsable en unas cosas, también lo es en otras. No falla. Ya lo verá usted. Y todo el que quiera. Y con esta advertencia a los ingenuos, hija mía, me tomo la libertad de llamar a la puerta y volver a nuestro asunto.

Creo que él no lo había olvidado ni un minuto, ni tampoco yo, y se le notaba en la cara. Toda la gente de la casa se sintió muy asombrada de verme, a aquella hora de la mañana y en aquella compañía, y mis preguntas no hicieron disminuir su sorpresa. Pero no había ido nadie. No cabía duda de que decían la verdad.

—Bien, señorita Summerson —dijo mi acompañante—, tenemos que ir

inmediatamente a donde están los ladrilleros. Ahí dejaré que sea usted quien haga la mayor parte de las preguntas, si tiene usted la bondad. Lo mejor es actuar con naturalidad, y usted es de lo más natural.

Nos volvimos a poner en marcha inmediatamente. Al llegar a la casita, la encontramos cerrada, y aparentemente abandonada, pero una de las vecinas, que me conocía y vino corriendo mientras yo intentaba hacerme oír de alguien, me comunicó que las dos mujeres y sus maridos vivían ahora juntos en otra casa, hecha de ladrillos groseros y mal puestos, que estaba al borde del terreno donde se hallaban los hornos, y donde estaban puestas a secar las largas hileras de ladrillos. No perdimos tiempo en dirigirnos al lugar, que estaba a unos centenares de yardas, y como la puerta estaba entreabierta, la abrí del todo.

No había más que tres personas sentadas a desayunar, más el niño que dormía en una cama puesta en un rincón. La que faltaba era Jenny, la madre del niño muerto. Al verme, la otra mujer se levantó, y aunque los hombres estaban, como de costumbre, malhumorados y callados, cada uno de ellos me hizo un gesto desganado de reconocimiento. Cuando me siguió el señor Bucket, se cruzaron una mirada, y me sentí sorprendida al ver que, evidentemente, la mujer lo conocía.

Naturalmente, yo había pedido permiso para entrar. Liz (único nombre por el que la conocía yo) se levantó para cederme su propia silla, pero me senté en un taburete junto al fuego, y el señor Bucket ocupó una esquina de la cama. Ahora que me tocaba hablar a mí, y hablar con gente a la que no conocía bien, me di cuenta de que estaba nerviosa y mareada. Me resultaba muy difícil empezar, y no pude evitar el romper en lágrimas.

—Liz —le dije—, he hecho un largo camino de noche y por la nieve para preguntar si una señora...

—Que ya sabemos que ha estado aquí —intervino el señor Bucket, dirigiéndose a todo el grupo con gesto calmado y propiciatorio—, ésa es la señora a la que se refiere esta señorita. Ya saben, la señora que estuvo aquí anoche.

—¿Y quién le ha dicho a *usted* que viniera nadie? —preguntó el marido de Jenny, que había dejado de comer, malhumorado, para escuchar, y que ahora lo estaba midiendo con la vista.

—Una persona llamada Michael Jackson, con un chaleco azul de terciopelo y con dos filas de botones de madreperla —respondió inmediatamente el señor Bucket.

—Pues más le valiera ocuparse de sus cosas, sea quien sea —gruñó el hombre.

—Creo que está sin trabajo —dijo el señor Bucket, excusando a Michael Jackson—, y por eso se va de la lengua.

La mujer no se había vuelto a sentar, sino que estaba en pie y titubeante, con la mano apoyada en el respaldo roto de la silla, mirándome. Pensé que quería hablar conmigo a solas, y no se atrevía. Seguía en aquella actitud de incertidumbre cuando

su marido, que estaba comiendo un pedazo de pan con tocino que tenía en una mano, mientras en la otra sostenía una navaja, dio un violento golpe con el mango de la navaja en la mesa, y le dijo, con un juramento, que en todo caso *ella* no se metiera en los asuntos de otros y se sentara.

—Me hubiera gustado mucho ver a Jenny —dije yo—, porque estoy segura de que me habría dicho todo lo que supiera de esa señora, a la que tengo una enorme necesidad, no pueden ustedes saber cuánta necesidad, de alcanzar. ¿Volverá Jenny pronto? ¿Dónde está?

La mujer tenía grandes deseos de contestarme, pero el hombre, con otro juramento, le dio claramente una patada con su botorra. Dejó que el marido de Jenny dijese lo que quisiera, y tras un silencio terco, este último me volvió hacia mí su cabeza melenuda.

—No me gusta que vengan señoritos a mi casa, como creo que ya me ha oído usted decir antes, señorita. Yo los dejo en paz a ellos, y me parece curioso que ellos no me dejen en paz a mí. No les gustaría nada que les fuera yo a visitar *a ellos*, me parece. Pero usted no me parece tan mala como otros, y estoy dispuesto a contestar a usted correctamente, aunque ya le digo que no voy a ponerme a cantar como un canario. ¿Si Jenny va a volver pronto? No, no va a volver pronto. ¿Que dónde está? Se ha ido a Londres.

—¿Se fue anoche? —pregunté.

—¿Que si se fue anoche? ¡Sí! Se fue anoche —respondió con un gesto malhumorado.

—Pero ¿estaba aquí cuando vino esa señora? ¿Qué le dijo ésta? ¿Dónde ha ido la señora? Por favor, le ruego, le imploro, que me conteste —dije—, porque para mí es muy importante.

—Si el jefe me dejara hablar y no decir nada malo... —empezó tímidamente la mujer.

—Tu jefe —dijo su marido, murmurando una imprecación lenta y enfáticamente— te romperá la crisma si te metes en lo que no te importa.

Al cabo de otro silencio, el marido de la ausente se volvió otra vez hacia mí y me respondió con sus gruñidos renuentes de costumbre:

—¿Que si estaba Jenny aquí cuando vino esa señora? Sí, estaba aquí cuando vino esa señora. ¿Que qué le dijo la señora? Bueno, le voy a decir lo que le dijo la señora. Le dijo: «¿Recuerda usted que vine una vez para hablar con usted de la señorita que la había venido a visitar? ¿Recuerda que le di una buena suma por el pañuelo que se había dejado ella?». ¡Ah! Sí que se acordaba. Nos acordábamos todos. Bueno, y después si la señorita estaba ahora en su casa. No, no estaba ahora en la casa. Bueno, pues entonces va y resulta que la señora está de viaje sola, por raro que nos parezca, y pregunta si puede quedarse a descansar aquí, donde está usted sentada ahora, una o

dos horas. Sí que podía, y eso hizo. Después se marchó..., serían las once y veinte o las doce y veinte, que aquí no tenemos relojes para saber la hora, ni de bolsillo ni de pared. ¿Adónde se fue? No sé a dónde se fue. Ella se fue por un lado, y Jenny por el otro; una se fue derecha a Londres, y la otra al revés. Eso es todo. Pregúntele a éste. Lo oyó todo y lo vio todo. Él lo sabe.

El otro hombre repitió:

—Eso es todo.

—¿Estaba llorando la señora? —pregunté.

—Ni hablar —dijo el primero de los hombres—. Tenía los zapatos destrozados y la ropa deshecha, pero no lloraba..., que viera yo.

La mujer estaba sentada con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo. Su marido se había vuelto un poco en la silla con objeto de verla bien, y mantenía una mano como un martillo en la mesa, como si estuviera dispuesto a cumplir su amenaza en caso de que ella lo desobedeciera.

—Espero que no le importe si pregunto a su mujer —dije— qué aspecto tenía la señora.

—¡Vamos! —le dijo bruscamente—. Ya has oído lo que te dice. Abrevia y díselo.

—Malo —dijo la mujer—. Estaba pálida y cansada. Muy malo.

—¿Habló mucho?

—No mucho, pero estaba ronca.

Mientras respondía, miraba todo el rato a su marido para contar con su permiso.

—¿Se sentía débil? —pregunté—. ¿Comió o bebió algo mientras estuvo aquí?

—¡Vamos! —dijo el marido, en respuesta a la mirada de ella—. Díselo y abrevia.

—Tomó un poco de agua, señorita, y Jenny le dio un poco de pan y de té. Pero casi ni los tocó.

—Y cuando se marchó de aquí... —seguí preguntando yo, cuando su marido, impaciente, me cortó.

—Cuando se marchó de aquí, se marchó, y basta. Por el camino del Norte. Pregunte por el camino, si no me cree, a ver si no es verdad. Y se acabó. Nada más.

Miré a mi acompañante, y al ver que ya se había levantado y estaba listo para irse, les di las gracias por lo que me habían dicho y me despedí de ellos. La mujer miró a los ojos al señor Bucket cuando salió, y él también la miró a los ojos a ella.

—Bueno, señorita Summerson —me dijo él, mientras nos alejábamos rápidamente—, tiene el reloj de Milady. De eso no cabe duda.

—¿Lo ha visto usted? —exclamé.

—Prácticamente, como si lo hubiera visto —me respondió—. Si no, ¿por qué iba a hablar de los «y veinte», si no tiene reloj para ver la hora? ¡Los y veinte! Esa gente no cuenta los minutos con tanta exactitud. Si acaso, cuenta por medias horas. De manera que o Milady le dio el reloj o se lo quitó él. Yo creo que se lo dio. Pero ¿por

qué iba a dárselo? ¿Por qué iba a dárselo?

Se repitió esta pregunta a sí mismo varias veces, mientras seguíamos a toda prisa, y parecía que fuera haciendo balance entre las diversas respuestas que se le iban ocurriendo.

—Si dispusiéramos de tiempo —dijo el señor Bucket—, y el tiempo es lo único de lo que no disponemos en este caso, quizá se lo sacara a esa mujer, pero es una posibilidad demasiado dudosa para confiar en ella en estas circunstancias. Seguro que la vigilan de cerca, y hasta un idiota comprendería que una pobre mujer así, golpeada y pateada y llena de cicatrices y cardenales de los pies a la cabeza, hará lo que le dice el bruto de su marido, pase lo que pase. Hay algo que no sabemos. Es una pena no haber visto a la otra mujer.

Yo lo lamentaba mucho, porque era muy agradecida y estaba segura de que no se hubiera resistido a un ruego mío.

—Es posible, señorita Summerson —continuó diciendo el señor Bucket, pensativo—, que Milady la haya enviado a Londres con un mensaje para usted, y es posible que le diera el reloj a su marido a cambio de dejarla ir. No encaja lo bastante perfecto para dejarme satisfecho, pero podría apostar. Ahora bien, no me agrada gastar el dinero de Sir Leicester Dedlock, Baronet, contra tales probabilidades, y no veo de qué valdría, de momento. ¡No! Así que, a la carretera, señorita Summerson, adelante, por el camino recto, ¡y hay que actuar con discreción!

Volvimos a casa para que yo enviara una nota apresurada a mi Tutor, y después volvimos corriendo a donde habíamos dejado el carruaje. Nos sacaron los caballos en cuanto nos vieron llegar, y en unos minutos volvíamos a estar en camino.

Al amanecer había empezado a nevar otra vez, y ahora nevaba muy fuerte. El aire estaba tan impenetrable, debido a lo oscuro del día y a la densidad de la nevada, que no podíamos ver casi nada en cualquier dirección que mirásemos. Aunque hacía muchísimo frío, la nieve no acababa de cuajar, y se quebraba con un ruido como de conchitas de playa bajo los cascos de los caballos hasta convertirse en lodo y agua. A veces, los caballos resbalaban y chapoteaban durante una milla seguida, y nos veíamos obligados a detenernos para que descansaran. Un caballo se cayó tres veces en la primera etapa, y tanto temblaba y tiritaba que al final el conductor tuvo que bajarse de la silla y llevarlo de la rienda.

Yo no podía comer y no podía dormir, y me puse tan nerviosa con los retrasos y con el ritmo lento al que viajábamos, que sentía un deseo irracional de bajarme y echarme a andar. Sin embargo, cedí al buen sentido de mi acompañante y me quedé donde estaba. Todo este tiempo, él, que se mantenía alerta porque, hasta cierto punto, le gustaba lo que estaba haciendo, se bajaba en cada casa del camino y hablaba con gente a la que nunca había visto antes, y entraba a calentarse en todos los fuegos que veía, y hablaba y bebía y estrechaba manos en todos los bares y todas las tabernas, y

hacía amistad con todos los carreteros, los carpinteros, los herreros y los cobradores de peajes, pero parecía que nunca perdiera el tiempo, y siempre volvía a montar en la caja con aquella cara alerta y serena y su admonición de «¡Adelante, muchacho!».

A la próxima vez que cambiamos de caballos, volvió del establo cubierto de nieve, que le caía por todas partes y que le llegaba hasta las rodillas mojadas, como las tenía desde que habíamos salido de Saint Albans, y me dijo al lado del carruaje:

—Tenga ánimo. No cabe duda de que ha pasado por aquí, señorita Summerson. Ya no cabe duda del vestido que lleva, y aquí han visto ese vestido.

—¿Sigue a pie? —pregunté.

—Sigue a pie. Creo que el caballero a quien mencionó usted es ahora su punto de destino, y sin embargo no me gusta la idea de que viva en el mismo condado que ella.

—Sé tan pocas cosas —dije—. Quizá haya otra persona por aquí cerca de la cual no sepa yo nada.

—Es cierto. Pero, haga lo que haga, no se ponga usted a llorar, hija mía, y no se preocupe más de lo imprescindible. ¡Adelante, muchacho!

Aquel día estuvo cayendo aguanieve incesantemente, la niebla se levantó temprano y nunca se desvaneció ni se aclaró un momento. A veces temía yo que hubiéramos perdido el camino y nos hubiéramos metido en tierras de labor o en pantanos. Cuando pensaba en el tiempo que llevaba en camino, se me presentaba como un período indefinido de enorme duración, y me parecía, por extraño que fuera, no haber estado nunca libre de la ansiedad que ahora me atenazaba.

Mientras avanzábamos empecé a sentir temores de que mi acompañante fuera perdiendo la confianza. Se portaba igual que antes con todo el mundo que encontrábamos por el camino, pero cuando volvía a sentarse en el pescante del carruaje, tenía un gesto más grave. Vi cómo se pasaba el índice por la boca, intranquilo, a lo largo de toda una fatigosa etapa. Escuché que empezaba a preguntar a los conductores de las diligencias y otros vehículos con los que nos cruzábamos qué pasajeros habían visto en otras diligencias y otros vehículos que iban por delante de nosotros. Sus respuestas no le parecían alentadoras. Siempre me hacía un gesto tranquilizador con el índice, y levantando un párpado cuando volvía a subir al pescante, pero ahora, cuando decía «¡Adelante, muchacho!», parecía perplejo.

Por fin, cuando estábamos cambiando de caballos, me dijo que había perdido la pista del vestido hacía tanto rato que empezaba a sentirse sorprendido. No era nada, dijo, perder una pista durante algún tiempo y volver a encontrarla poco después, pero en este caso había desaparecido de manera inexplicable, y desde entonces no la habíamos vuelto a encontrar. Aquello corroboró las impresiones que me había ido formando yo cuando empezó a mirar los indicadores de caminos y a apearse del carruaje en las encrucijadas durante un cuarto de hora cada vez mientras las exploraba. Pero me dijo que no debía desanimarme, pues lo más probable era que a la

próxima etapa volviéramos a encontrar la dirección.

Sin embargo, la etapa siguiente terminó igual que la anterior: no teníamos ni una pista nueva. Había una posada espaciosa, solitaria, pero en un edificio sólido y cómodo, y cuando entramos bajo un amplio portón, y antes de que yo me diera cuenta, la patrona y sus agraciadas hijas vinieron a la puerta del carruaje a pedirme que me apeara y me refrescara mientras se preparaban los caballos, pensé que no sería cortés por mi parte negarme. Me hicieron subir a una habitación calentita y me dejaron en ella.

Estaba, recuerdo, en una de las esquinas de la casa, y daba a dos lados. De un lado había un establo abierto a un camino secundario, donde los hosteleros estaban desenganchando del carruaje embarrado los caballos manchados y fatigados, y más allá al propio camino secundario, sobre el cual se balanceaba violentamente la muestra de la posada; del otro lado, daba a un bosque de pinos oscuros. Tenían las ramas cargadas de nieve, que ahora caía silenciosamente en grandes montones mientras yo miraba por la ventana. Estaba llegando la noche, cuya oscuridad se veía realzada por el contraste con el fuego que chisporroteaba y se reflejaba brillante en los paneles de la ventana. Mientras yo miraba entre los troncos de los árboles, y seguía las marcas descoloridas en la nieve donde penetraba el deshielo que la iba minando, pensé en la faz de aquella madre brillantemente iluminada por las hijas que acababan de darme la bienvenida y en mi madre yacente en un bosque como aquél para morir en él.

Me sentí asustada cuando las vi a todas en derredor mío, pero recordé que antes de desmayarme había intentado con todas mis fuerzas no caer, y aquello me sirvió de algo. Me recostaron en unos cojines, en un sofá junto a la chimenea, y después la amable hostelera me dijo que yo no podía seguir viajando aquella noche, sino que tenía que acostarme. Pero aquello me hizo temblar de tal modo, ante la idea de que me retuvieran allí, que pronto retiró sus palabras y aceptó que yo no descansara más que media hora.

Era una persona buena y cariñosa. Tanto ella como sus tres guapas hijas no hacían más que ocuparse de mí. Yo tenía que tomar una sopa caliente y un pollo a la parrilla, mientras el señor Bucket se secaba y comía en otra parte, pero cuando me trajeron una mesita muy bien dispuesta junto a la chimenea, me di cuenta de que no podía comer, aunque no quería desilusionarlas. Sin embargo, logré ingerir algo de tostada y vino caliente con especias, y como verdaderamente aquello me sentó bien, por lo menos no se quedaron desencantadas.

Exactamente a tiempo, al cumplirse la media hora, se oyó el ruido del carruaje que pasaba por el portón, y me bajaron ya recuperada, restaurada, reconfortada por su amabilidad y segura (según les aseguré) de que no volvería a desmayarme. Cuando me subí y me despedí, agradecida, de todas ellas, la más joven de las hijas (una

muchacha preciosa, de dieciocho años) se subió al escalón del carruaje, metió la cabeza en él y me dio un beso. Nunca la he vuelto a ver, pero desde entonces la considero una amiga.

Pronto desaparecieron las ventanas transparentes, iluminadas por el fuego y la luz, tan claras y calientes vistas desde la oscuridad fría del exterior, y una vez más nos encontramos pisoteando la nieve blanda y chapoteando en ella. Nos costó bastante trabajo salir, pero los lóbregos caminos no estaban peor que antes, y esta etapa era de sólo 19 millas. Mi compañero iba fumando en el pescante (en la última posada se me había ocurrido pedirle que fumase cuando quisiera, al verlo de pie ante la chimenea y envuelto en una gran nube de tabaco) y tan alerta como siempre, y seguía apeándose y volviendo a montar a toda velocidad cada vez que nos encontrábamos con una casa o con un ser humano. Había encendido su linternita sorda, que parecía ser uno de sus artilugios favoritos, porque el carruaje ya llevaba faros, y de vez en cuando la volvía en mi dirección, para ver si yo estaba bien. Había una ventana corrediza en la delantera del carruaje, pero yo no la cerraba, porque me parecía que era cerrar las puertas a la esperanza.

Llegamos al final de la etapa, y seguíamos sin recuperar la pista perdida. Lo miré, preocupada, cuando nos paramos a cambiar de caballos, pero supe, al ver su gesto todavía más grave, al quedarse mirando al hostelero, que seguía sin tener noticias. Casi un instante después, cuando me recosté en mi asiento, miró él con la lámpara encendida en la mano, excitado y completamente cambiado.

—¿Qué pasa? —pregunté yo, mirándolo—. ¿Está aquí?

—No, no. No se engañe usted, hija mía. Aquí no hay nadie. ¡Pero ya lo tengo!

Tenía nieve cristalizada en los párpados, en el pelo, en todas las arrugas de su traje. Tuvo que quitársela a sacudidas de la cabeza y recuperar el aliento antes de volver a hablarme:

—Mire, señorita Summerson —me dijo, golpeándose los dedos en el marco de la ventanilla—: no se desaliente por lo que voy a hacer. Ya me conoce usted. Soy el Inspector Bucket, y puede usted confiar en mí. Hemos recorrido un largo camino, pero no importa. ¡Cuatro caballos más para la próxima etapa! ¡Rápido!

Se produjo una gran conmoción en el patio, y llegó un hombre corriendo para saber si los queríamos al Norte o al Sur.

—¡Al Sur, te digo! ¡Al Sur! ¿No entiendes el inglés? ¡Al Sur!

—¿Al Sur? —pregunté, asombrada—. ¡A Londres! ¿Vamos a volver?

—Señorita Summerson —me respondió—, vamos a volver como una bala. Ya me conoce. No tenga miedo. Voy a seguir a la otra, por D...

—¿A la otra? —repetí—. ¿A quién?

—Dijo usted que se llamaba Jenny, ¿no? Voy a seguir a ésa. Si sacáis a esos dos pares, os doy una corona a cada uno. ¡A ver si os despertáis!

—¡No puede usted abandonar a la señora que buscamos, no puede usted abandonarla en una noche así y en el estado de ánimo en el que sé que está! —dije, angustiada y apretándole la mano.

—Tiene usted razón, hija mía, no puedo hacerlo. Pero voy a seguir a la otra. ¡Vamos, arriba con esos caballos! ¡Que vaya un hombre solo por delante a la siguiente posta y que envíe a otro por delante, y que encarguen cuatro más, por si acaso! ¡No tenga miedo, hija mía!

Aquellas órdenes, y la forma en que corría él por el patio, metiéndoles prisa, causaron una conmoción general que apenas si me causó menos asombro que el cambio repentino ocurrido en él. Pero en el colmo de la confusión salió un hombre a caballo para encargarse los relevos, y nos engancharon nuestros corceles a gran velocidad.

—Hija mía —dijo el señor Bucket, saltando a su asiento y mirando otra vez—, perdóneme usted si me tomo demasiadas confianzas, pero no se preocupe usted ni se agite más de lo necesario. Por el momento, no quiero decir nada más, pero ya me va usted conociendo, hija mía, ¿no es verdad?

Logré decir que él era mucho más competente que yo, para decidir lo que debíamos hacer, pero ¿estaba seguro de que íbamos por el buen camino? ¿No podría yo adelantarme en busca de..., y volví a tomarlo de la mano, apurada, y se lo susurré: de mi propia madre?

—Hija mía —me respondió—, lo sé, lo sé, ¿y cree usted que sería yo capaz de hacerle daño? Soy el Inspector Bucket. Ya me conoce, ¿no?

¿Qué podía decir yo más que sí?

—Entonces, mantenga usted el ánimo todo lo que pueda y confíe en mí para hacerlo lo mejor posible, tanto por usted como por Sir Leicester Dedlock, Baronet. ¡Eh! ¿Vamos bien por ahí?

—¡Perfectamente, jefe!

—Entonces, sigamos. ¡Adelante, muchachos!

Nos encontramos otra vez en el lúgubre camino por el que habíamos venido, pisoteando el barro resbaladizo y la nieve, que se derretía a chorros, como movida por una noria.

58. Un día y una noche de invierno

TODAVÍA impasible, como corresponde a su elevada condición, la casa de los Dedlock en la capital se comporta como de costumbre ante la calle de grandiosidad lúgubre. De vez en cuando se asoman cabezas empolvadas a las ventanillas del vestíbulo, a contemplar el polvo, que no paga impuestos [95], y que cae durante todo el día del cielo; y en ese mismo invernadero hay unos capullos de melocotón que se vuelven exóticamente hacia la gran chimenea del salón para no ver el tiempo inclemente que hace fuera. Se ha dicho que Milady ha ido a Lincolnshire, pero se prevé que vuelva dentro de poco.

Sin embargo, los rumores, siempre tan ocupados, no están dispuestos a irse a Lincolnshire. Persisten en correr y parlotear por toda la ciudad. Saben que ese pobre Sir Leicester, tan infortunado, ha sido utilizado sin piedad. Escuchan, hijos míos, todo tipo de cosas chocantes. Todo ello hace que ese mundo de cinco millas de diámetro se divierta mucho. El no saber que algo va mal con los Dedlock es convertirse en un donnadie. Una de las bellezas de mejillas amelocotonadas y gargantas de esqueleto ya está al tanto de todas las principales circunstancias que van a revelarse en la Cámara de los Lores cuando Sir Leicester solicite el divorcio.

En la joyería de Blaze y Sparkle y en la pañería de Sheen y Gloss éste va a ser durante varias horas el tema del momento, el chisme del siglo. Las clientas de esos establecimientos, pese a lo altivamente inescrutables que son y a que en ellos se las pesa y se las mide como si fueran cualquier artículo de comercio, cuentan con la total comprensión del último dependiente llegado, a este respecto. «Nuestras clientas, señor Jones», dicen Blaze y Sparkle a ese dependiente al contratarlo, «nuestras clientas, señor mío, son ovejas; meras ovejas. A donde vayan las dos o tres primeras, siguen las demás. Esté usted atento a esas dos o tres, señor Jones, y podrá contar con todo el rebaño». Lo mismo dicen Sheen y Gloss a su Jones, al hablar de cómo ha de saber lo que prefiere la gente del gran mundo y cómo hacer que se ponga de moda lo que escojan ellos (Sheen y Gloss). Conforme a los mimos principios inequívocos, el señor Sladdery, librero, que efectivamente es pastor de hermosísimas ovejas, reconoce este mismo día: «Pues sí, señor, efectivamente *existen* noticias acerca de Lady Dedlock que conocen de buena tinta mis altas relaciones, señor mío. Como comprenderá usted, mis altas relaciones tienen que hablar de algo, caballero; y basta con poner un tema en circulación con una o dos señoras a las que podría nombrar para hacer que todas ellas hablen de lo mismo. Han hecho exactamente lo mismo que yo hubiera hecho con esas damas, caballero, si me hubiera usted dejado alguna novedad que poner en circulación, pero en este caso sólo se refieren a Lady Dedlock, y es que quizá tengan unos pequeños celos inocentes de ella. Ya verá usted, caballero, que este tema será muy popular entre mis altas relaciones. Si se hubiera tratado de

una especulación monetaria, señor mío, habría producido mucho dinero. Y cuando se lo digo, puede usted confiar en mí, caballero, pues todo mi negocio consiste en estudiar a mis altas relaciones y darles cuerda como a un reloj, señor mío».

Así es como prosiguen los rumores en la capital, aunque no llegan hasta Lincolshire. A las cinco y media de la tarde, por el reloj del Cuartel de la Guardia de Caballería, ello ha provocado incluso una nueva frase del Honorable señor Stables, que promete superar incluso a la antigua, en la cual ha basado durante tanto tiempo su fama de buen conversador. Esta chispeante frase va en el sentido de que, aunque él siempre había sabido que era la mejor yegua de la cuadra, no tenía idea de que también valiera para los saltos. La frase goza de una magnífica recepción entre los aficionados al picadero.

Lo mismo ocurre en los banquetes y en las fiestas, en los firmamentos que durante tanto tiempo adornó ella y entre las constelaciones a las cuales se imponía hasta ayer, donde sigue siendo el tema dominante. ¿Qué es? ¿Quién es? ¿Cuándo ocurrió? ¿Dónde ocurrió? ¿Cómo ocurrió? De ella hablan sus queridos amigos con la jerga más a la moda, con la última palabreja introducida, el último nuevo gesto, el último nuevo acento y la perfección de la indiferencia cortés. Un aspecto notable del tema es que inspira tantas ideas que hablan de él algunas personas que jamás habían dicho nada interesante antes: ¡dicen auténticas frases! William Buffy lleva una de esas frases desde la casa donde ha cenado hasta la Cámara de los Comunes, donde el portavoz de su partido la pasa junto con la tabaquera a fin de que se queden en la Cámara quienes pensaban en marcharse, con tal efecto que el Presidente (a quien se lo han insinuado en privado al oído bajo los rizos de la peluca) ha de exclamar: «¡Orden en la Cámara!» tres veces antes de imponerlo.

Y una de las circunstancias sorprendentes relacionadas con el hecho de que ella se haya convertido vagamente en el tema de conversación es que la gente que se cierne en torno a los confines de las altas relaciones del señor Sladdery, gente que no sabe y nunca ha sabido nada de ella, considera indispensable para su reputación pretender que ella también es su tema, y mencionarla de segunda mano con la última palabreja nueva y el último nuevo gesto, con el último nuevo acento y la última nueva indiferencia cortés, y todo lo demás, todo de segunda mano, pero como si fuera nuevo, en sistemas inferiores y ante constelaciones menos luminosas. ¡Si entre esta gentecilla hay algún hombre de letras, de artes o de ciencias, cuán noble es por su parte apoyar unos elementos tan débiles en unas muletas tan majestuosas!

Y así pasa el día de invierno fuera de la mansión de los Dedlock. ¿Qué pasa dentro de ella?

Sir Leicester, yacente en su cama, puede decir algunas palabras, aunque con dificultad y poca claridad. Lo conminan a que guarde silencio y descanse, y le han dado un opiáceo para mitigar su dolor, pues su viejo enemigo sigue combatiendo con

él. Nunca se duerme, aunque a veces parece caer en un estado de semisopor. Ha hecho que le acerquen la cama a la ventana, al enterarse de que el tiempo era tan inclemente, y que le coloquen la cabeza de modo que pueda ver la nieve y la lluvia. Las ve caer a lo largo de todo ese día de invierno.

Al menor ruido que se produce en la casa, la cual ha caído en el silencio, lleva la mano al lápiz. La anciana ama de llaves sentada a su lado sabe lo que va a escribir y susurra: «No, todavía no ha vuelto, Sir Leicester. Cuando se marchó anoche era muy tarde. Todavía hace poco tiempo que se fue». Él retira la mano y vuelve a contemplar la nieve y la lluvia hasta que, a fuerza de mirarlas, parecen caer tan fuerte que se ve obligado a cerrar los ojos un minuto frente al torbellino mareante de copos blancos y de gotas heladas.

Empezó a contemplar todo eso en cuanto amaneció. Todavía no ha avanzado mucho el día cuando considera necesario que le preparen a ella sus aposentos. Hace mucho frío y está húmedo. Que enciendan todas las chimeneas. Que todos sepan que se la espera. Encárguese usted misma, por favor. Eso es lo que escribe en la pizarra y la señora Rouncewell obedece en medio de su pena.

—Porque lo que temo, George —dice la anciana a su hijo, que espera abajo para hacerle compañía cuando ella tiene un rato libre—, lo que temo, hijo mío, es que Milady no vuelva jamás a pisar esta casa.

—Es un mal presentimiento, madre.

—Ni tampoco Chesney Wold, hijo mío.

—Eso es peor. Pero ¿por qué, madre?

—Cuando vi a Milady ayer, George, me pareció (e incluso diría que me miró) como si los pasos del Paseo del Fantasma ya la hubieran alcanzado.

—¡Vamos, vamos! Se alarma usted con temores de cuentos de viejas, madre.

—No, hijo mío, no. No, no. Hace ya casi sesenta años que estoy con esta familia y nunca he temido por ella antes. Pero se está deshaciendo, hijo mío; la gran familia de los Dedlock, tan antigua, se está deshaciendo.

—Espero que no, madre.

—Yo doy gracias por haber vivido lo suficiente para estar con Sir Leicester en su enfermedad y en estos momentos de dificultades, porque sé que no soy demasiado vieja, ni demasiado inútil, para que celebre tenerme a su lado mejor que a cualquier otra persona. Pero los pasos del Paseo del Fantasma van a pasar por encima de Milady, George; llevan muchos días tras ella y ahora la van a dejar atrás y seguir adelante.

—Bueno, madre, repito que espero no sea así. —¡Ah!, yo también lo espero, George —responde la anciana moviendo la cabeza y separando las manos que tenía juntas—. Pero si se cumplen mis temores y él ha de enterarse, ¿quién se lo va a decir?

—¿Éstos son sus aposentos?

—Sí, son los de Milady, tal como los dejó ella.

—Pues vaya —dice el soldado mirando en su derredor y hablando en voz más baja—, ahora empiezo a comprender cómo es que tiene usted esas ideas, madre. Las habitaciones adquieren un aspecto horrible cuando están ideadas para una persona a la que está uno acostumbrado a ver en ellas, como éstas, y esa persona ha desaparecido y corre peligro; no digamos cuando nadie sabe dónde está.

Y no se equivoca mucho. Al igual que toda despedida es un presentimiento de la última Gran Despedida, también las habitaciones vacías, privadas de una presencia familiar, susurran lúgubres lo que algún día debe ser la habitación tuya, lector, y la mía. Los aposentos de Milady tienen un aspecto vacío, lúgubre y abandonado, y en el apartamento interior, donde anoche hizo el señor Bucket su registro secreto, las huellas de sus vestidos y sus joyas, e incluso los espejos acostumbrados a reflejarlos cuando eran parte de ella misma, tienen un aire desolado y hueco. Con todo lo oscuro y lo frío que es este día de invierno, es más oscuro y más frío en estas cámaras desiertas que en muchas chozas que apenas si bastan para guardar contra el viento, y aunque los criados amontonan la leña en las chimeneas y ponen los sofás y las sillas tras las pantallas cálidas de vidrio que reflejan su brillante luz hasta los rincones más apartados, pesa sobre los aposentos una densa nube que ninguna luz puede disipar.

La anciana ama de llaves y su hijo se quedan hasta que han terminado los preparativos, y después ella vuelve a subir las escaleras. Entre tanto, Volumnia ha ocupado el lugar de la señora Rouncewell; aunque los collares de perlas y los tarros de maquillaje estén perfectamente calculados para deslumbrar al todo Bath, al inválido en sus circunstancias actuales le resultan indiferentes. Como se supone que Volumnia no sabe (y de hecho no sabe) lo que pasa, le resulta muy difícil brindar comentarios adecuados, y en consecuencia los sustituye por arreglos distraídos de las sábanas, locomociones, complicaciones de puntillas, una contemplación vigilante de los ojos de su pariente y un susurro exasperante a sí misma cuando se dice: «Está dormido». Para negar cuya observación superflua Sir Leicester escribe indignado en la pizarra: «No».

Por tanto, Volumnia cede la silla de al lado de la cama a la anciana ama de llaves y se sienta a una mesa un poco más allá, exhalando suspiros de solidaridad. Sir Leicester contempla la nieve y la lluvia y escucha en espera de unos pasos que vuelven. A oídos de su anciana servidora, que parece haber salido de un cuadro antiguo para escoltar a un Dedlock llamado a otro mundo, el silencio está preñado de ecos de sus propias palabras: «¿Quién se lo va a decir?».

El ayuda de cámara lo ha estado arreglando esta mañana con objeto de que esté todo lo presentable que permiten las circunstancias. Está reclinado en medio de montones de almohadas, con el pelo gris cepillado como de costumbre, las sábanas bien ordenadas y con una bata muy presentable. Tiene a mano el monóculo y el reloj.

Es necesario (quizá ahora menos por la propia dignidad de él que por ella) que se lo vea lo menos cambiado y lo más posible con su aspecto de siempre. Las mujeres son habladoras, y aunque Volumnia es una Dedlock, no es una excepción. No cabe duda de que si él la hace quedarse ahí es para impedir que se vaya a hablar a otra parte. Está muy enfermo, pero hace frente con gran valor a sus problemas, tanto físicos como mentales.

Como la bella Volumnia es una de esas jovencitas animadas que no pueden mantenerse mucho tiempo en silencio sin correr un peligro inminente de que las ataque el dragón del Aburrimiento, pronto indica con una serie de bostezos obvios la cercanía de ese monstruo. Al considerar imposible reprimir esos bostezos por cualquier proceso que no sea el de la conversación, felicita a la señora Rouncewell por el hijo de ésta y declara que sin duda es una de las personas más atractivas que ha visto y que, como diríamos, tiene un aspecto tan militar como, cómo se llama, su Guardia de Corps favorito, ese hombre que tanto le gustaba, tan simpático, que murió en Waterloo.

Sir Leicester escucha este homenaje con tanto sorpresa, y mira en su derredor con tal confusión, que la señora Rouncewell considera necesario explicar:

—La señorita Dedlock no habla de mi hijo mayor, Sir Leicester, sino del menor. Lo he encontrado. Ha vuelto a casa.

Sir Leicester rompe el silencio con un grito:

—¿George, su hijo George ha vuelto a casa, señora Rouncewell?

La anciana ama de llaves se seca los ojos:

—Gracias a Dios, sí, Sir Leicester.

¿Le llega este descubrimiento de que alguien perdido ha vuelto a casa al cabo de tanto tiempo como una firme confirmación de sus esperanzas? ¿Piensa: «y no podré yo, con los medios de que dispongo, hacer que vuelva ella sana y salva después de esto, cuando en el caso de ella han pasado menos horas que años en el de él?».

De nada vale rogarle; ahora está decidido a hablar y lo hace. En medio de una serie de ruidos extraños, pero de manera lo bastante inteligible como para que se le comprenda:

—¿Por qué no me lo había dicho, señora Rouncewell?

—No ocurrió hasta ayer, Sir Leicester, y dudaba de que estuviera usted lo bastante bien para hablarle de esas cosas.

Además, la voluble Volumnia recuerda ahora con su gritito acostumbrado que nadie debía enterarse de que era el hijo de la señora Rouncewell, y de que ella no lo hubiera debido decir. Pero la señora Rouncewell protesta, con suficiente calor como para que se le infle la faja, que, naturalmente, se lo hubiera dicho a Sir Leicester en cuanto éste mejorase.

—¿Dónde está su hijo George, señora Rouncewell? —pregunta Sir Leicester.

La señora Rouncewell, no poco alarmada por la forma en que él pasa por alto las órdenes del médico, responde que en Londres.

—¿En qué parte de Londres?

La señora Rouncewell se ve obligada a reconocer que está en la casa.

—Que venga a mi dormitorio. Que venga inmediatamente.

La anciana no puede hacer otra cosa que ir a buscarlo. Sir Leicester, dentro de sus limitadas posibilidades de movimiento, se arregla un poco para recibirlo, después vuelve a mirar a la lluvia y la nieve y a escuchar a ver si suenan los pasos de la que regresa. En la calle han ido poniendo montones de paja para sofocar los ruidos, y quizá pudiera llegar ella a la puerta sin que él oyese las ruedas.

Así yace, aparentemente olvidado de la sorpresa nueva y menor que acaba de recibir, cuando regresa el ama de llaves, acompañada por su hijo el soldado. El señor George se acerca silenciosamente al lecho, hace una inclinación, adopta la actitud de firmes con la cara sonrojada, y muy avergonzado de sí mismo.

—¡Dios bendito, efectivamente, es George Rouncewell! —exclama Sir Leicester—. ¿Te acuerdas de mí, George?

El soldado necesita mirarlo y distinguir entre unos sonidos y otros antes de saber lo que le acaban de decir, pero después de ello, y con una pequeña ayuda de su madre, responde:

—Tendría que tener muy mala memoria, Sir Leicester, para no recordar a usted.

—Cuando te miro, George Rouncewell —observa con dificultad Sir Leicester—, veo a un muchachito de Chesney Wold... al que recuerdo bien..., muy bien.

Se queda mirando al soldado hasta que se le llenan de lágrimas los ojos, y después vuelve a mirar la nieve y la lluvia.

—Con su permiso, Sir Leicester —dice el soldado—, ¿aceptaría usted mi ayuda para recostarse? Estaría usted más cómodo, Sir Leicester, si me permitiese cambiarle de posición.

—Por favor, George Rouncewell; ten la amabilidad.

El soldado lo toma en brazos como si fuera un niño, lo levanta blandamente y lo deja con la cara más vuelta hacia la ventana.

—Gracias. Combinas la suavidad de tu madre —dice Sir Leicester— con tus propias fuerzas. Muchas gracias. Le indica con la mano que no se vaya. George permanece en silencio al lado de la cama y espera a ver qué le dice.

—¿Por qué querías mantener el secreto? —pregunta Leicester, a quien estas palabras le llevan algún tiempo.

—La realidad, Sir Leicester, es que no soy precisamente un tipo del que presumir y... desearía, Sir Leicester, si no estuviera usted tan indispuerto (y espero que mejore pronto), que en general se me permitiera seguir de incógnito. Habría que dar explicaciones, que no resultaría demasiado difícil imaginar, que no vendrían muy

bien ahora y que no dirían mucho en favor mío. Por muchas opiniones que haya en torno a muchos temas, en lo que creo que habría acuerdo universal, Sir Leicester, es en que yo no soy precisamente una joya.

—Has sido soldado —observa Sir Leicester—, y soldado leal.

George hace su inclinación militar habitual:

—En cuanto a eso, Sir Leicester, he cumplido con mi deber y con la disciplina, y era lo menos que podía hacer.

—George Rouncewell, me ves —dice Sir Leicester, cuya mirada sigue atraída hacia él— cuando no estoy nada bien.

—Lamento mucho oírlo y verlo, Sir Leicester.

—Estoy seguro de que es verdad. No. Además de mi enfermedad anterior, he tenido un ataque repentino y grave. Algo que atonta —haciendo una tentativa de pasarse una mano por un costado— y que confunde... —tocándose los labios.

George, con una mirada de asentimiento y solidaridad, hace otra inclinación. Reaparecen ante ambos, y a ambos conmueven, otros tiempos en que ambos eran jóvenes (el soldado mucho más) y se miraban el uno al otro, allá en Chesney Wold.

Sir Leicester, evidentemente muy decidido a decir, a su estilo, algo que tiene en la cabeza antes de recaer, trata de recostarse un poco sobre las almohadas. George observa su gesto, lo vuelve a tomar en brazos y lo coloca tal como él desea.

—Gracias, George. Eres como mi otro yo. Me llevaste tantas veces la escopeta de repuesto en Chesney Wold, George... Y en estas circunstancias tan extrañas tú eres un ser conocido, muy conocido.

El soldado ha puesto el brazo más sano de Sir Leicester sobre su propio hombro al levantarlo, y Sir Leicester tarda en retirarlo al pronunciar esas palabras. Al cabo de un rato continúa diciendo:

—Iba a añadir, en relación con este ataque, que por desgracia ha coincidido con un leve malentendido entre Milady y yo. No quiero decir que haya habido diferencias entre nosotros, porque no las ha habido, sino que ha existido un malentendido acerca de determinadas circunstancias que sólo nos importan a nosotros y que, durante algún tiempo, me priva de la compañía de Milady. Ella ha considerado necesario hacer un viaje... y espero que vuelva pronto. Volumnia, ¿se me entiende? No logro dominar totalmente la forma de pronunciar las palabras que digo.

Volumnia lo entiende perfectamente, y la verdad es que se expresa de manera mucho más clara de lo que se hubiera podido suponer hace un minuto. El esfuerzo con que lo hace queda grabado en la expresión preocupada y laboriosa de su rostro. Lo único que le permite hacerlo es su fuerza de voluntad.

—Por eso, Volumnia, quiero decir en tu presencia (y en la de mi vieja servidora y amiga, la señora Rouncewell, de cuya veracidad y fidelidad nadie puede dudar), y en presencia de su hijo George, que reaparece como un viejo recuerdo de mi juventud en

el hogar de mis antepasados de Chesney Wold, en caso de que recaiga, en caso de que no me recupere, en caso de que pierda la facultad tanto de hablar como de escribir, aunque espero mejorar...

La anciana ama de llaves llora en silencio; Volumnia está agitadísima y tiene las mejillas encendidas; el soldado tiene los brazos cruzados y la cabeza un poco inclinada, y escucha con respeto atento.

—Por eso quiero decir y pido a todos ustedes que sean testigos (empezando, Volumnia, y con la mayor solemnidad, por ti) que mi relación con Lady Dedlock no se ha modificado. Que afirmo no tener motivo alguno de queja en contra de ella. Que siempre he sentido el mayor afecto por ella y que ese afecto permanece incólume. Dígansele a ella y a todos. Si jamás dicen ustedes algo menos que esto, serían culpables de falsedad deliberada para conmigo.

Volumnia protesta temblorosa que observará esas instrucciones a la letra.

—Milady es de posición elevada, es demasiado bella, demasiado perfecta, demasiado superior en casi todos los aspectos a los mejores de quienes la rodean para no tener enemigos y calumniadores, afirmo. Que sepan éstos, igual que yo comunico a ustedes, que en perfecto uso de mi razón, mi memoria y mi comprensión, no revoco ninguna de las disposiciones que he hecho en su favor. No retiro nada de lo que jamás le haya concedido. Mi relación con ella no está modificada y no me retracto (cuando tengo plenos poderes para hacerlo si así lo deseara, como ven ustedes) de ninguna de las cosas que jamás haya podido hacer en su beneficio y por su felicidad.

La manera formal en que habla podría haber tenido en cualquier otro momento, como ha ocurrido muchas veces, algo de ridículo, pero en esta ocasión resulta grave y conmovedor. Su noble seriedad, su lealtad, la forma en que la protege valerosamente, en que conquista con generosidad su propio agravio y su propio orgullo en aras de ella, son sencillamente honorables, viriles y leales. Imposible ver nada más estimable en el brillo de esas cualidades en el más común de los obreros; imposible ver nada más estimable en el caballero de más alta alcurnia. De ese modo ambos aspiran por igual y ambos se elevan por igual, ambos, como hijos del polvo, brillan por igual.

Agotado por sus esfuerzos, se inclina con la cabeza en la almohada y cierra los ojos; pero sólo un minuto, y después vuelve a contemplar la nieve y a escuchar los ruidos que le llegan sofocados. El soldado se ha convertido ya en alguien necesario por la forma en que le presta esos pequeños servicios y por la forma en que él los puede aceptar. Nada se ha dicho, pero queda entendido. El soldado da uno o dos pasos atrás para no estar tan visible y monta la guardia un poco detrás de la silla de su madre.

Está empezando a caer el día. La niebla y el aguanieve en que se ha convertido la nevada son ya oscuras, y el fuego empieza a reflejarse más vívidamente en las

paredes y en los muebles del dormitorio. Va aumentando la oscuridad; el gas brillante se enciende en las calles, y las pertinaces lámparas de petróleo que todavía se mantienen en ella, con su fuente de vida mitad helada y mitad deshelada, chisporrotean jadeantes, como feroces peces varados, que es lo que son. El gran mundo, que ha venido a pasearse sobre la paja y a llamar al timbre «para saber cómo esta», empieza a irse a su casa, a vestirse de gala, a cenar, a hablar de su querido amigo, con todos los modales más recientes, qué ya se han mencionado.

Y ahora, efectivamente, Sir Leicester va empeorando; está inquieto, se siente incómodo y sufre grandes dolores. Volumnia enciende una vela (con su aptitud predestinada para hacer siempre el gesto equivocado) y se le dice que la vuelva a apagar, porque todavía no hace lo bastante oscuro. Y, sin embargo, ya hace muy oscuro, todo lo oscuro que puede hacer. Al cabo de un rato lo intenta otra vez. ¡No! Que la apague. Todavía no hace lo bastante oscuro.

Su anciana ama de llaves es la primera en comprender que lo que él pretende es mantener ante sí mismo la ficción de que no es demasiado tarde.

—George —susurra cuando Volumnia baja a cenar—, a Sir Leicester no le gusta la idea de que Milady pasa otra noche fuera de casa. Vete un rato, hijo mío. Quiero hablar con él.

Se retira el soldado, y la señora Rouncewell se vuelve a sentar al lado de la cama.

—Sir Leicester.

—¿Es la señora Rouncewell?

—Claro, Sir Leicester.

—Temía que me hubiera usted dejado.

La mano de Sir Leicester está al lado de ella, que la toma y se la besa.

—Ésta es en la que no siento nada —dice Sir Leicester—. Pero eso sí que lo siento, señora Rouncewell.

Hace demasiado oscuro para verlo; sin embargo, ella cree que él se ha llevado la otra mano a los ojos.

—¿Dónde está su hijo George? ¿No se habrá ido? Quiero que esté aquí. No quiero que estén más que usted y él; esta noche prefiero que no haya nadie más.

—Él espera poderle ser útil y no se ha ido, Sir Leicester.

—¡Dele las gracias!

—Mi querido Sir Leicester, mi honorable señor —le susurra ella—, debo, por su propio bien y porque es mi deber, tomarme la libertad de pedirle e implorarle que no se quede así en la oscuridad y a solas, vigilante y a la espera, y dejando que el tiempo se arrastre. Permítame correr las cortinas y encender las velas y tratar de que esté Usted más cómodo. De todos modos, Sir Leicester, los relojes de las iglesias seguirán dando las horas, y la noche pasará exactamente igual. Milady volverá exactamente igual.

—Ya lo sé, señora Rouncewell, pero estoy muy débil... y hace tanto tiempo que se marchó el agente...

—No hace tanto tiempo, Sir Leicester. Todavía no hace veinticuatro horas.

—Pero eso es mucho tiempo. ¡Ay, cuánto tiempo!

Lo dice con un gemido que a ella le parte el corazón.

El ama de llaves sabe que no es un momento para infligirle el brillo de luces brillantes; cree que las lágrimas de él son demasiado sagradas para que las vea nadie, ni siquiera ella. Por eso se queda en la oscuridad durante un rato, sin decir una palabra, y después empieza a moverse lentamente: ahora atiza el fuego, después se queda ante la ventana oscura mirando a la calle. Por fin le dice él, que ha recuperado el dominio de sí mismo:

—Como dice usted, señora Rouncewell, no van a empeorar las cosas por reconocerlas. Se está haciendo tarde y no ha vuelto. ¡Encienda las luces! —Cuando se encienden se corren las cortinas; ya no le queda más que escuchar.

Pero pronto averiguan que, por triste y enfermo que esté, se anima cuando se le comunica quietamente que ya han encendido las chimeneas de los aposentos de ella y que todo está listo para recibirla. Por transparente que sea la ficción, estas alusiones a que se la espera hacen que él siga abrigando esperanzas.

Llega la medianoche y todo sigue en la incógnita. Ya quedan pocos carruajes en las calles, y en ese distrito no hay otros ruidos tardíos, salvo que alguien tan románticamente ebrio como para penetrar en la zona frígida entre allí y se dedique a pegar gritos por las calles. En esta noche de invierno reina tal silencio que el escucharlo es como contemplar una inmensa oscuridad. Si hubiera algo audible en este caso, rompe la oscuridad como una débil luz, y luego todo sigue más negro que antes.

Se dice al cuerpo de servidumbre que se vaya a la cama (y acepta la orden con mucho gusto, porque anoche estuvieron todos levantados hasta muy tarde) y sólo quedan la señora Rouncewell y George despiertos en el dormitorio de Sir Leicester. Mientras la noche va transcurriendo lentamente (o, más bien, cuando parece detenerse del todo, como ocurre entre las dos y las tres de la mañana), ven que él siente gran inquietud por enterarse del tiempo que hace, ahora que no puede mirar afuera. Entonces George, que patrulla regularmente cada media hora por los aposentos tan cuidadosamente atendidos, alarga su marcha hasta la puerta del vestíbulo, mira en su derredor y vuelve con las noticias mejores que puede dar acerca de la peor de las noches; sigue cayendo el aguanieve, e incluso las aceras de piedra están ahora cubiertas por un barrizal que llega hasta los tobillos.

Volumnia, en su habitación, que se halla en un descansillo apartado y alto de la escalera (la segunda vuelta después de las tallas y las molduras), habitación para primos que contiene un horrible aborto de retrato de Sir Leicester, desterrado por su

crimen, y que de día contempla un patio solemne plantado de arbustos secos como especímenes antediluvianos de té negro, es presa de todo género de horrores. Uno de ellos, y no el menor, es posiblemente el horror de lo que ocurrirá con su pequeña renta en caso, como dice ella, de que «le pase algo» a Sir Leicester. En este sentido, «algo» significa una sola cosa, y es la última que le puede ocurrir a la conciencia de cualquier baronet del mundo conocido.

Un efecto de estos horrores es que Volumnia comprende que no puede acostarse en su propia habitación, ni sentarse junto a la chimenea de su propia habitación, sino que ha de salir con sus rubios cabellos tapados por una profusión de chales y sus bellas formas envueltas en magníficos paños, y recorrer la mansión como un fantasma. Recorrer en particular los aposentos, calientes y lujosos, preparados para alguien que sigue sin volver. Como en estas circunstancias no cabe pensar en la soledad, Volumnia cuenta con la compañía de su doncella, la cual, extraída de su propia cama con ese objeto, con mucho frío, mucho sueño y sintiéndose en general como una doncella ofendida y condenada por las circunstancias a trabajar con una prima de la nobleza, cuando había resuelto no ser doncella de alguien que no contara con menos de diez mil libras al año, no tiene precisamente una expresión dulce.

Sin embargo, las visitas que realiza periódicamente el soldado a esos aposentos durante su patrullar constituyen una garantía de protección y compañía, tanto para la señorita como para la doncella, lo cual hace que les resulten muy aceptables en lo más profundo de la noche. Cuando quiera que lo oyen avanzar, ambas hacen pequeños preparativos decorativos para recibirlo; en los otros momentos dividen sus guardias entre breves períodos de sopor y de diálogos, no totalmente exentos de acritud, acerca de si la señorita Dedlock, que se sienta con los pies apoyados en el guardafuegos, estaba o no a punto de caer a la chimenea cuando la rescató (con gran disgusto de ella) su genio guardián, la doncella.

—¿Cómo está ahora Sir Leicester, señor George? —pregunta Volumnia, ajustándose la capucha sobre la cabeza.

—Pues Sir Leicester está más o menos lo mismo, señorita. Se siente muy desanimado y muy enfermo, e incluso a veces delira un poco.

—¿Ha preguntado por mí? —pregunta tiernamente Volumnia.

—Pues no, no puedo decir que haya preguntado por usted, señorita. Es decir, no que yo haya oído.

—Verdaderamente, qué tristeza, señor George.

—Verdaderamente, señorita. ¿No sería mejor que se fuera usted a acostar?

—Sería mucho mejor que se fuera usted a acostar, señorita Dedlock —dice la doncella con firmeza.

Pero Volumnia responde que no. ¡No! A lo mejor la llaman, a lo mejor la necesitan de un momento a otro jamás se perdonaría si «pasara algo» y no estuviera

ella allí. Se niega a aceptar la pregunta, que aventura la doncella, de cómo es que el «allí» es donde están ellas y no en su dormitorio (que está más cerca del de Sir Leicester), y, por el contrario, declara decidida que va a seguir allí. Volumnia, además, se enorgullece de declarar que no ha «pegado un ojo» (como si tuviera veinte o treinta), aunque resulta difícil conciliar esa afirmación con el hecho de que no cabe duda de que hace cinco minutos abrió los dos.

Pero cuando dan las cuatro y sigue sin ocurrir nada empieza a fallar la constancia de Volumnia, o más bien empieza a reforzarse, pues ahora considera que tiene la obligación de estar dispuesta para el día siguiente, cuando quizá tenga mucho que hacer; que, de hecho, por mucho que desee estar «allí» es posible que, como acto de abnegación, tenga que irse de «allí». Así, cuando reaparece el soldado y repite: «¿No sería mejor que se fuera usted a acostar, señorita?», y cuando la doncella protesta, con más firmeza que antes: «¡Sería mucho mejor que se fuera usted a acostar, señorita Dedlock!», se levanta mansamente y dice:

—¡Hagan conmigo lo que les parezca mejor!

El señor George opina que sin duda lo mejor es llevarla del brazo a la puerta de su habitación de prima, y la doncella considera, también sin duda, que lo mejor es meterla en la cama con muy poca ceremonia. En consecuencia, se adoptan esas medidas, y ahora el soldado, en su ronda, tiene la casa para él solo.

El tiempo no ha mejorado. Del pórtico, de los aleros, del parapeto, de todos los bordes, las columnas y las pilastras cae la nieve derretida. Se ha metido, como si fuera buscando refugio, por el dintel de la gran puerta, bajo ella, hacia las esquinas de las ventanas, en todos los puntos y los rincones de retiro, y ahí se derrite y muere. Sigue cayendo: en el tejado, en las claraboyas, e incluso por en medio de las claraboyas, gotea y gotea y gotea, con la misma regularidad del Paseo del Fantasma, en el piso empedrado de abajo.

El soldado, cuyos viejos recuerdos se han visto despertados por la grandeza solitaria de una gran mansión (que antes, en Chesney Wold, no era ninguna novedad para él), sube las escaleras y recorre las habitaciones de la zona noble, con un farol en la mano, que lleva alargada. Piensa en cómo han variado sus fortunas en las últimas semanas, y en su niñez rústica y en los dos períodos de su vida que tan extrañamente se han reunido al cabo de tan gran espacio intermedio; piensa en la víctima del asesinato, cuya imagen tiene reciente en el recuerdo, piensa en la dama que ha desaparecido de estos mismos aposentos y de cuya reciente presencia hay indicios por todas partes, piensa en el dueño de la casa que está arriba y en el presentimiento de «¿quién se lo va a decir?», mira acá y acullá y reflexiona cómo podría ahora ver algo para acercarse a lo cual, ponerle la mano encima y ver que no era sino una fantasía, haría falta gran osadía por su parte. Pero todo está vacío: vacío como la oscuridad que reina arriba y abajo, mientras vuelve a subir la gran escalera, vacío

como este silencio opresivo.

—¿Sigue todo listo, George Rouncewell?

—Todo listo y en orden, Sir Leicester.

—¿No ha llegado ninguna noticia?

El soldado niega con la cabeza.

—¿No ha llegado ninguna carta de la que quizá no se hayan dado cuenta?

Pero sabe que no puede haber ninguna esperanza al respecto y vuelve a bajar la cabeza sin esperar respuesta. Su viejo conocido, como él mismo dijo hace unas horas, George Rouncewell, lo levanta para que vaya estando más cómodo a lo largo del resto de esa noche vacía de invierno y, como también conoce los deseos que no ha expresado, apaga la luz y vuelve a abrir las cortinas cuando amanece. El día llega como un fantasma. Frío, sin color y vago, envía por delante de sí un rayo de advertencia de color mortal, como si exclamara: «¡Mirad lo que os traigo a quienes miráis desde ahí! ¿Quién se lo va a decir?». ».

59. La narración de Esther

Eran las tres de la mañana cuando por fin los edificios de Londres sustituyeron al campo y empezaron a formar calles. Habíamos ido avanzando por caminos que se hallaban en estado mucho peor que cuando los habíamos cruzado de día, pues desde entonces o había estado nevando o se había producido el deshielo; pero la energía de mi acompañante no disminuía. Me pareció que era lo único, aparte de los caballos, que nos había permitido continuar, y a menudo había ayudado a los mismos caballos. Éstos se habían detenido agotados a mitad de varias cuestas, se les había hecho cruzar corrientes de aguas turbulentas, se habían resbalado y se habían enredado en los arneses, pero él siempre había estado dispuesto con su linternita, y una vez arreglada la situación, siempre decía, imperturbable, lo mismo: «¡Adelante, muchachos!».

Yo no podía explicarme la firmeza y la confianza con que había organizado nuestro viaje de regreso. Sin titubear un momento, no se detuvo ni siquiera a hacer una pregunta hasta que nos hallábamos a pocas millas de Londres. Ahora le bastaba con unas pocas palabras acá o allá, y así llegamos, entre las tres y las cuatro de la mañana, a Islington.

No voy a detenerme en la angustia y la ansiedad con que estuve reflexionando, durante todo este tiempo, que a cada minuto dejábamos a mi madre cada vez más atrás. Creo que abrigaba una firme esperanza de que él tuviera razón, y sin duda tenía un objetivo decidido de seguir a aquella mujer; pero me atormentaba al ponerlo yo misma en tela de juicio y debatirlo a lo largo de todo el viaje. Otras preguntas que tampoco podía dejarme de hacer eran las de qué ocurriría cuando la encontrásemos y qué nos podría compensar por esta pérdida de tiempo; me sentía horriblemente torturada por largas reflexiones a estos respectos cuando por fin nos detuvimos. Nos paramos en una calle principal en la que había una posta. Mi acompañante pagó a nuestros dos postillones, que estaban tan completamente cubiertos de manchas como si hubieran sido arrastrados por los caminos al igual que el carruaje, y tras darles una breve orientación acerca de dónde debían llevarlo a este último, me sacó del vehículo y me llevó a otro que había escogido para el resto del recorrido.

—¡Pero, hija mía! —me dijo al hacerlo—. ¡Qué mojada está usted!

Yo no tenía conciencia de ello. Pero la nieve derretida había ido entrando en el carruaje y yo me había apeado dos o tres veces cuando se cayó un caballo y había que levantarlo, y la humedad me había empapado el vestido... Le aseguré que no importaba, pero no logré disuadir al postillón, que conocía al señor Bucket, de que fuera corriendo hacia su establo, de donde sacó una brazada de paja seca y limpia. La sacudieron y me la pusieron encima, y la encontré cálida y confortable.

—Ahora, hija mía —dijo el señor Bucket, mirando por la ventana después de abrigarme—, vamos a buscar a esta persona. Quizá nos lleve algún tiempo, pero

seguro que a usted no le importa. Ya sabe usted que tengo mis motivos. ¿No?

No pensé en cuáles serían, no pensé en que dentro de muy poco tiempo los comprendería mejor, pero le aseguré que tenía confianza en él.

—Y tiene usted razón, hija mía —me respondió—. ¡Le voy a decir una cosa! Si tiene usted la mitad de confianza en mí de la que yo tengo en usted, después de cómo la he ido conociendo, a mí me basta. ¡Dios mío!, usted no plantea problemas. Jamás he visto a una joven de cualquier condición social (y he conocido a muchas de muy alto rango) que se conduzca como ha hecho usted desde que la sacaron de la cama. Es usted una joya, eso es —dijo el señor Bucket; muy cálidamente—; es usted una joya. Le dije que celebraba mucho el no haber constituido un obstáculo para él, pues así era, y que esperaba seguir sin serlo.

—Hija mía —replicó—, cuando una señorita es tan amable como dispuesta y tan dispuesta como amable es todo lo que pido y más de lo que puedo esperar. Entonces se convierte en una Reina, y eso es lo que es usted.

Con aquellas palabras de aliento (y de verdad que me alentaron en aquellas circunstancias de soledad y preocupación), se subió al pescante y volvimos a salir. No sabía entonces, ni he sabido después, adónde fuimos, pero parecíamos buscar por las calles más estrechas y peores de Londres. Cada vez que lo veía dar instrucciones al postillón yo me preparaba para meternos en más laberintos de calles así, y siempre era eso lo que ocurría.

A veces salíamos a una calle más ancha, o llegábamos a un edificio mayor que los habituales y bien iluminado. Entonces nos deteníamos, y yo lo veía consultar con otros hombres. A veces se metía por un arco o daba la vuelta a una esquina y mostraba misteriosamente la luz de su linternilla. Aquello atraía luces parecidas de diversos lugares oscuros, como si fueran insectos, y se celebraba una nueva consulta. Gradualmente parecíamos ir confinando nuestra búsqueda a límites más estrechos y fáciles. Ahora ya había agentes de policía de servicio que podían decir al señor Bucket lo que éste quería saber y señalarle adonde ir. Por fin nos detuvimos para que él celebrase una conversación bastante larga con uno de aquellos hombres, conversación que me pareció satisfactoria por la manera en que él asentía de vez en cuando. Por fin terminó y vino hacia mí, con aire muy serio y atento.

—Ahora, señorita Summerson —me dijo—, estoy seguro de que no va usted a alarmarse pase lo que pase. No necesito hacerle más advertencia que decirle que ya hemos encontrado a esta persona y que quizá me resulte usted útil incluso sin que me dé yo cuenta. No me gusta perderle esto, hija mía, pero ¿querría usted ir un ratito a pie?

Naturalmente, me bajé de inmediato y le tomé del brazo.

—Hay que andar con cuidado para no caerse —dijo el señor Bucket—, pero tómese usted su tiempo.

Aunque yo iba mirando en mi derredor confusa y apresuradamente, cuando cruzamos la calle pensé que sabía dónde estábamos y le pregunté:

—¿Estamos en Holborn?

—Sí —dijo el señor Bucket—. ¿Conoce usted esta esquina?

—Parece Chancery Lane.

—Y así se llama, hija mía —dijo el señor Bucket.

Dimos la vuelta a la esquina y mientras seguíamos avanzando entre el barro oí que los relojes daban las cinco y media. Seguimos en silencio y a toda la velocidad que podíamos por un suelo tan resbaladizo, cuando vino alguien hacia nosotros por la estrecha acera, envuelto en una capa, que se detuvo y se hizo a un lado para dejarme pasar. En aquel mismo momento oí una exclamación de sorpresa y mi propio nombre, pronunciado por el señor Woodcourt. Conocía muy bien su voz.

Fue algo tan imprevisto y tan..., no sé si calificarlo de agradable o doloroso, el encontrarme con él tras mi viaje errático y febril y en medio de la noche, que no pude con tener las lágrimas. Era como oír su voz en un país extranjero.

—¡Mi querida señorita Summerson, usted en la calle a esta hora y con este tiempo!

Se había enterado por mi Tutor de que yo había tenido que salir por algún asunto fuera de lo común, y así me lo expresó para que no tuviera yo que darle explicaciones. Le dije que acabábamos de dejar un coche y que íbamos a..., pero para eso tuve que mirar a mi acompañante.

—Pues mire usted, señor Woodcourt —me había oído decir su nombre—, ahora vamos a ir a la calle siguiente. Soy el inspector Bucket.

El señor Woodcourt, pese a mis protestas, se había despojado a toda prisa de su capa y me la estaba poniendo a mí.

—Muy buena idea —dijo el señor Bucket, ayudándolo—, muy buena idea.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó el señor Woodcourt, no sé si a mí o a mi acompañante.

—¡Por Dios! —exclamó el señor Bucket, haciéndose cargo de la respuesta—. Naturalmente que sí.

Todo aquello transcurrió en un momento, y me llevaron entre los dos, envuelta en la capa.

—Acabo de separarme de Richard —dijo el señor Woodcourt—. He estado con él desde anoche a las diez.

—¡Está enfermo!

—No, no, créame; no está enfermo, pero tampoco bien del todo. Estaba deprimido y se sentía débil, ya sabe usted cómo se preocupa y se agita a veces, y, naturalmente, Ada envió a buscarme; y cuando llegué a casa encontré una nota de ella y vine inmediatamente. ¡Bueno! Richard se recuperó mucho al cabo de un rato, y Ada

estaba tan contenta y tan convencida de que era gracias a mí, aunque bien sabe Dios que yo tuve poco que ver con ello, que me quedé con él hasta que llevaba varias horas durmiendo. ¡Y espero que también ella esté durmiendo bien!

El tono amistoso y familiar con que hablaba de ellos, el evidente cariño que les tenía, y la agradecida confianza que yo sabía había inspirado él a mi niña y la tranquilidad que yo sabía le inspiraba a ella su presencia, ¿cómo podía separar todo aquello de la promesa que me había hecho él? ¡Qué desagradecida debo de haber sido yo al no recordar las palabras que me había dicho cuando se sintió tan conmovido por el cambio que había sufrido mi aspecto: «¡Lo acepto como un mandato, y como un mandato sagrado!»!

Entrábamos en otra callejuela.

—Señor Woodcourt —dijo el señor Bucket, que lo había estado observando atentamente mientras avanzábamos—, nuestro negocio nos lleva a un papelero de los tribunales que hay aquí: un tal señor Snagsby. Pero veo que usted ya lo conoce, ¿no? —Era tan sagaz que lo percibió en un instante.

—Sí, he oído hablar de él y lo he visitado en su tienda.

—¿Verdaderamente, caballero? —dijo el señor Bucket—. Entonces tendrá usted la bondad de permitirme que deje a la señorita Summerson con usted durante un momento, mientras voy a hablar un instante con él.

El último agente de policía con el que había hablado estaba detrás de nosotros en silencio. Yo no me había dado cuenta hasta que intervino cuando dije yo que había oído gritar a alguien.

—No se alarme, señorita —comentó—. Es la criada de Snagsby.

—Mire —dijo el señor Bucket—, la chica tiene ataques, y esta noche ha tenido uno muy malo. Verdaderamente es una lástima, pues quiero que me dé una información y hay que hacerla que recupere el sentido sea como sea.

—En todo caso, no estarían despiertos todavía si no fuera por ella, señor Bucket —dijo el otro—. Lleva así prácticamente toda la noche, inspector.

—Pues es verdad —replicó—. Se me ha terminado la linterna. Encienda usted la suya un momento.

Todo ello dicho en susurros, a una o dos puertas de la casa en la que se oían débilmente llantos y gemidos. En medio del pequeño círculo de luz que se creó entonces, el señor Bucket fue a la puerta y llamó. Tuvo que llamar dos veces antes de que le abrieran, y entró, dejándonos a nosotros en la calle.

—Señorita Summerson —dijo el señor Woodcourt—, si no es un abuso de confianza, permítame quedarme a su lado.

—Es usted muy amable —respondí—. No quiero guardar secretos con usted; si guardo alguno, es que no me pertenece.

—Le entiendo perfectamente. Confíe en mí, no seguiré a su lado más que si ello

no obliga a usted a violarlo.

—Confío en usted implícitamente —dijo—. Sé y aprecio perfectamente que usted considera sagradas las promesas.

Al cabo de un rato volvió a aparecer el circulito de luz y avanzó hacia nosotros el señor Bucket con un gesto de preocupación y dijo:

—Por favor, señorita Summerson, entre y siéntese junto a la chimenea. Señor Woodcourt, según información fidedigna, entiendo que es usted médico. ¿Querría usted ver a esta chica y ver si se puede hacer algo para que se recupere? Tiene por alguna parte una carta que necesito especialmente. No está en su baúl y creo que la debe de tener ella, pero está tan rígida y tan tiesa que es difícil manejarla sin hacerle daño.

Entramos los tres juntos en la casa; pese a lo frío e inclemente del tiempo, olía a cerrado porque nadie había dormido en ella en toda la noche. En el pasillo que había detrás de la puerta estaba un hombrecillo asustado y de aspecto triste embutido en un sobretodo gris, que parecía tener una gran cortesía natural y que hablaba mansamente.

—Baje las escaleras, señor Bucket, por favor —dijo—. Perdone la señorita esta cocina; es la que usamos como cuarto de estar de diario. Atrás está el dormitorio de Guster, ¡y hay que ver la que está armando la pobrecita!

Bajamos las escaleras, seguidos por el señor Snagsby, que según averigüé en seguida era como se llamaba el hombrecillo. En la cocina y junto al fuego estaba la señora Snagsby, con los ojos enrojecidos y una expresión muy severa.

—Mujercita —dijo el señor Snagsby al entrar tras nosotros—, por cesar (pues no quiero andar con circunloquios, querida mía) las hostilidades durante un momento en el curso de esta larga noche, éstos son el Inspector Bucket, el señor Woodcourt y una señora.

La señora Snagsby pareció muy asombrada, como era lógico, y me miró a mí con especial dureza.

—Mujercita —repitió el señor Snagsby sentándose en el rincón más lejano de la puerta, como si estuviera tomándose libertades—, no es improbable que me preguntes por qué el Inspector Bucket, el señor Woodcourt y una señora vienen a vernos en Cook's Court, Cursitor Street, a esta hora. No lo sé. No tengo la menor idea. Si me lo dijeran, creo que no lo entendería, y prefiero que no me lo digan.

Parecía tan triste, sentado con la cabeza apoyada en la mano, y yo parecía tan mal recibida allí que iba a presentar mis excusas, cuando el señor Bucket se hizo cargo de la situación.

—Bueno, señor Snagsby —dijo—, lo mejor que puede usted hacer es entrar con el señor Woodcourt a ver cómo está su Guster...

—¡Mi Guster, señor Bucket! —exclamó el señor Snagsby—. Siga, caballero,

siga. Es la última acusación que me faltaba.

—Y sostener la vela —siguió el señor Bucket sin corregirse—, o sostenerla a ella, o hacer lo que sea necesario según le pidan. Y no hay nadie que esté mejor dispuesto a hacerlo que usted, pues sé que es usted una persona educada y amable y que tiene un corazón muy sensible (Señor Woodcourt, ¿tendría usted la bondad de ir a verla y si consigue sacarle la carta entregármela en cuanto pueda?).

Cuando salieron ellos, el señor Bucket me hizo sentarme en un rincón junto a la chimenea y sacarme los zapatos mojados, que él puso a secar en el guardafuegos, mientras seguía hablando:

—No se moleste usted en absoluto, señorita, por la falta de hospitalidad de aquí la señora Snagsby, porque está totalmente confundida. Ya lo verá, y antes de lo que resulta agradable a una dama que por lo general forma sus ideas correctamente, porque se lo voy a explicar. —Y después, de pie junto a la chimenea y con el sombrero y los chales húmedos en la mano, todo él calado hasta los huesos, se volvió hacia la señora Snagsby—: Bueno, lo primero que voy a decirle a usted, como mujer casada poseedora de ciertos encantos, si se me permite decirlo («creedme, si todos esos encantos, y todo lo demás», canción que ya conocerá usted, porque sería inútil que me dijera usted que no conoce la buena sociedad), encantos, atractivos, digo, que deberían dar a usted confianza en sí misma, es que ha hecho usted mal.

La señora Snagsby pareció alarmarse un tanto, se aplacó un poco y preguntó titubeante a qué se refería el señor Bucket.

—¿Que a qué se refiere el señor Bucket? —repitió éste, y vi por su gesto que mientras hablaba estaba en todo momento escuchando a ver si se descubría la carta, lo cual me inquietó mucho, pues comprendí lo importante que debía de ser—, le voy a decir a qué se refiere, señora. Vaya a ver lo que hizo Otelo. Ésa es su tragedia.

La señora Snagsby le preguntó, inquieta, por qué.

—¿Por qué? —dijo el señor Bucket—. Porque es lo que le va a pasar a usted si no se anda con cuidado. Pero si ahora mismo sé que no está usted completamente segura acerca de esta señorita. Pero, ¿voy a decirle quién es? Vamos, vamos, es usted lo que yo calificaría de mujer intelectual, con un alma demasiado grande para su cuerpo, por así decirlo, y como presa en él, y usted me conoce y recuerda dónde me vio la última vez y de qué se hablaba en aquel círculo. ¿No? ¡Sí! Muy bien. Esta señorita es aquella señorita.

La señora Snagsby pareció comprender la alusión mejor que yo misma por el momento.

—Y el chico duro, al que ustedes llamaban Jo, estaba metido en el mismo asunto, y en ningún otro, y el copista que usted sabe estaba metido en el mismo asunto, y en ningún otro; y su marido, aunque no tenía más idea de ello que su tatarabuelo, se vio metido (por el señor Tulkinghorn, difunto, su mejor cliente) en el mismo asunto y en

ningún otro, y todo este montón de gente ha estado metido en el mismo asunto, y en ningún otro. Y, sin embargo, una mujer casada con los atractivos que posee usted cierra los ojos (y bien bonitos que son, por cierto) y va y se da de golpes con su hermosa cabeza contra la pared. ¡Me siento avergonzado de usted! (Yo creía que el señor Woodcourt ya se la hubiera podido sacar.)

La señora Snagsby hizo un gesto con la cabeza y se llevó el pañuelo a los ojos.

—¿Eso es todo? —dijo el señor Bucket, excitado—. No. Mire lo que pasa. Otra persona metida en este asunto y en ningún otro, persona en muy mal estado, viene aquí esta noche y se la ve hablando con su criada, y entre ella y su criada pasa un papel por el que yo daría inmediatamente cien libras. ¿Qué hace usted? Se esconde y las mira y se tira usted encima de la criada, sabiendo que le dan ataques, y que le dan por cualquier cosa, de una manera tan sorprendente, y con tal severidad, que le da un ataque que no se le puede pasar, ¡cuando puede que de las palabras de esa chica dependa una vida!

Decía ahora lo que pensaba con tal sentimiento que involuntariamente apreté las manos y sentí que la habitación se ponía a dar vueltas. Pero se detuvo. Volvió el señor Woodcourt, le puso un papel en la mano y se marchó otra vez.

—Ahora, señora Snagsby, lo único que puede usted hacer para arreglar las cosas —dijo el señor Bucket, con una mirada rápida al papel— es dejarme que hable una palabra a solas con esta señorita. Y si se le ocurre a usted algo que pueda hacer para ayudar al caballero que está en la otra cocina o se le ocurre algo que tenga más probabilidades de hacer que esa chica recupere el sentido, ¡hágalo lo más rápido y lo mejor que pueda! —Ella desapareció en un instante y él cerró la puerta—. Ahora, hija mía, ¿está usted tranquila y segura de sí misma?

—Totalmente —contesté.

—¿De quién es esta letra?

Era la de mi madre y estaba escrita a lápiz, en una hoja de papel arrugada y rota, llena de manchas de humedad. Estaba doblada aproximadamente como una carta y dirigida a mí en casa de mi Tutor.

—Usted conoce la letra —me dijo él—, y si es lo bastante firme como para leerme la carta, hágalo! Pero no se deje usted ni una palabra.

Estaba escrita en diferentes momentos. Leí lo siguiente:

Vine a la casa con dos objetos. Primero para ver a mi niña, si podía, una vez más —pero sólo para verla—, no para hablar con ella ni para que se enterase de que estaba cerca. El otro objeto era escapar a la persecución y perderme. Que no se culpe a la madre por lo que ha hecho. La ayuda que me ha prestado la concedió cuando le aseguré que era por el bien de mi niña. Hay que recordar a su hijo muerto. El consentimiento de los hombres fue

comprado, pero la ayuda de ella fue gratuita.

—«Vine». Eso es lo que escribió —dijo mi acompañante— cuando estaba descansando allí. Corresponde a lo que yo pensaba. Tenía razón yo.

La parte siguiente estaba escrita en otro momento:

He hecho mucho camino, y durante muchas horas, y sé que pronto voy a morir. ¡Qué calles! No quiero más que morir, pero se me ha permitido no tener que añadir ese pecado al resto de los míos. El frío, la lluvia y el cansancio son causas suficientes para que se me encuentre muerta, pero moriré por otras causas, aunque éstas no son las que me hacen sufrir. Era lógico que todo lo que me había sostenido cediera de golpe y que yo muriese de terror y de mala conciencia.

—Tenga ánimo —dijo el señor Bucket—. Ya sólo quedan unas palabras.

También éstas estaban escritas en otra ocasión. Según parecía, casi en la oscuridad.

He hecho todo lo que podía por perderme. Así se me olvidará dentro de poco y lo deshonraré a él lo menos posible. No tengo nada por lo que se me pueda reconocer. Ahora dejo este papel. El lugar donde voy a yacer, si puedo llegar hasta allí, es algo en lo que he pensado muchas veces. Adiós. Perdón.

El señor Bucket me hizo apoyarme en su brazo y me forzó suavemente a sentarme:

—¡Ánimo! No crea usted que soy duro con usted, hija mía, pero en cuanto sienta usted fuerzas, póngase los zapatos y prepárese.

Hice lo que me pedía, pero me quedé allí un largo rato, rezando por mi pobre madre. Todos ellos estaban ocupados con la muchacha, y oí las instrucciones que les daba el señor Woodcourt que hablaba mucho con ella. Por fin llegó él con el señor Bucket y dijo que como era muy importante hablarle con amabilidad, le parecía que lo mejor era que fuese yo quien le pidiera la información que deseábamos. No cabía duda de que ahora ya podía responder a las preguntas, si se la podía tranquilizar, en lugar de alarmarla. Las preguntas, dijo el señor Bucket, eran cómo le había llegado la carta, lo que había ocurrido entre ella y la persona que le dio la carta y dónde había ido aquella persona. Traté con todas mis fuerzas de retener en la memoria todas las preguntas, y pasé con ellos al cuarto de al lado. El señor Woodcourt quería quedarse fuera, pero a solicitud mía entró con nosotros.

La pobre muchacha estaba sentada en el suelo, donde la habían colocado.

Estaban todos en torno a ella, aunque un poco separados, para que no le faltase el aire. No era guapa y parecía débil y pobre, pero tenía una cara triste y bondadosa, aunque todavía parecía algo fuera de sí. Me arrodillé a su lado y le puse la cabecita en mi hombro, ante lo cual me echó el brazo al cuello y rompió en llanto.

—Pobrecita mía —le dije, apoyándole la cara en la frente, pues yo también lloraba y temblaba—, parece una crueldad molestarte en estos momentos, pero aunque dispusiera de una hora no podría decirte cuántas cosas dependen de que sepamos algo de esta carta.

Ella empezó a declarar agitada que no había querido hacer nada malo, ¡no había querido hacer nada malo, señora Snagsby!

—De eso estamos convencidos todos —dije—. Pero te ruego que me digas cómo fue que te llegó.

—Sí, señorita, le voy a decir la verdad. Señora Snagsby, le digo que voy a decir la verdad.

—Estoy convencida —dije—. Y, ¿cómo fue?

—Yo había salido a un recado, señorita, mucho después del anochecer, muy tarde; y cuando volví a casa me encontré con una persona de aspecto vulgar, toda mojada y llena de barro, que miraba a nuestra casa. Cuando me vio entrar por la puerta me llamó y me preguntó si vivía aquí y yo le dije que sí y ella que no conocía más que uno o dos sitios de por aquí, pero que se había perdido y no podía encontrarlos. ¡Ay, qué voy a hacer, qué voy a hacer! ¡No me quieren creer! No me dijo nada malo y yo no le dije nada malo a ella, ¡de verdad, señora Snagsby! Su ama tenía que tranquilizarla y lo hizo, y debo decir que lo hizo muy contrita, de forma que la chica pudo seguir adelante.

—No podía encontrar esos sitios —dije yo.

—¡No! —exclamó la muchacha, meneando la cabeza—. ¡No! No podía encontrarlos. Y estaba muy débil, y cojeaba y estaba muy triste. Tan triste que si la hubiera visto usted, señor Snagsby, le hubiera dado media corona, ¡estoy segura!

—Bueno, Guster, hija mía —dijo él, sin saber al principio qué decir—, eso supongo.

—Pero hablaba tan fino —dijo la muchacha, mirándome con los ojos muy abiertos— que me partía el corazón. Y entonces me preguntó si yo sabía ir al cementerio. Y le pregunté qué cementerio. Y dijo que el cementerio de los pobres. Y entonces le dije que yo había sido una niña pobre y que eso dependía de la parroquia. Pero ella dijo que quería saber un cementerio de pobres no muy lejos de aquí, donde había un arco, y un escalón y una puerta de hierro.

Mientras yo la miraba y la tranquilizaba para que siguiera, vi que el señor Bucket recibía aquellas palabras con un gesto que me pareció de alarma.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —exclamó la muchacha, tirándose del pelo con las

manos— ¡qué voy a hacer, qué voy a hacer! Hablaba del cementerio en que enterraron a aquel hombre que se tomó la cosa esa para dormir, que vino usted a casa y nos dijo, señor Snagsby, que me dio tanto miedo, señora Snagsby. ¡Tengo miedo otra vez! ¡No me deje!

—Ahora ya estás mucho mejor —le dije—. Por favor, por favor, sigue.

—¡Sí, voy a seguir, voy a seguir! Pero no se enfade conmigo, señorita, que he estado muy mala.

¡Enfadarme con ella, la pobrecilla!

—¡Bueno! Ya sigo, ya sigo. Entonces me preguntó si podía decirle cómo encontrarlo y le dije que sí y se lo dije, y ella me miró con unos ojos casi como si estuviera ciega y dio unos pasos atrás. Y entonces se sacó la carta y me la enseñó y me dijo que si la ponía en el correo se quedaría toda borrada y no se ocuparían de ella ni la mandarían, de que si yo la quería agarrar y enviarla y que al mensajero le pagarían en la casa. Y entonces yo dije que sí, si no era nada malo, y ella dijo que no, que no era nada malo. Y entonces yo la agarré y ella me dijo que no tenía nada que darme, y yo le dije que yo también era pobre, que no quería nada. Y entonces ella dijo: «¡Que Dios te bendiga!», y se fue.

—¿Y se fue...?

—Si —exclamó la muchacha, adelantándose a la pregunta—, ¡sí!, se fue por el camino que yo le había dicho. Entonces yo entré en casa y la señora Snagsby me vino por detrás no sé cómo y me agarró y me dio miedo.

El señor Woodcourt la apartó suavemente de mí. El señor Bucket me abrigó y salimos inmediatamente a la calle. El señor Woodcourt titubeaba, pero le dije: «¡No me abandone usted ahora!», y el señor Bucket añadió: «Más vale que venga usted con nosotros, quizá lo necesitamos; ¡no pierda el tiempo!».

Mis recuerdos de aquel trayecto están sumidos en la mayor confusión. Recuerdo que no era de noche ni de día; que estaba amaneciendo, pero todavía no se habían apagado los faroles, que seguía cayendo el aguanieve y que todas las calles estaban inundadas. Recuerdo que por ellas pasaban algunas personas con aspecto de tener mucho frío. Recuerdo los tejados mojados, las cunetas inundadas hasta reventar, los montones de hielo y de nieve ya negros sobre los que pasamos, lo estrechas que eran las callejuelas que cruzamos. Al mismo tiempo recuerdo que parecía como si aquella pobre chica estuviera contando su historia audible y claramente, que podía sentir cómo descansaba en mis brazos, que las fachadas sucias de las casas adquirían aspecto humano y me miraban, que en el interior de mi cabeza parecían abrirse enormes esclusas y lo mismo ocurría en el aire, y que las cosas irreales eran más claras que las reales.

Por fin nos detuvimos bajo un pasaje oscuro y mísero en el cual ardía una sola lámpara encima de una puerta de hierro, y donde la mañana apenas si lograba

penetrar.

La puerta estaba cerrada. Al otro lado había un cementerio, un lugar horrible del que lentamente iba alejándose la noche, pero en el que apenas si podía discernir yo unos montones de tumbas y de losas profanadas, rodeadas de casas sucísimas con unas cuantas luces mortecinas en las ventanas, y cuyas paredes estaban impregnadas de una humedad densa, como una enfermedad. En el escalón de la puerta, todo mojado y rezumante por todas partes, vi, con un grito de piedad y de horror, que yacía una mujer: Jenny, la madre del niño muerto.

Me eché a correr, pero me detuvieron, y el señor Woodcourt me rogó con la mayor seriedad, e incluso con lágrimas que antes de dirigirme a aquella mujer escuchara un instante lo que decía el señor Bucket. Creo que lo hice. Estoy segura de que lo hice.

—Señorita Summerson, si piensa usted un momento me comprenderá. Intercambiaron vestidos en la casita. Intercambiaron vestidos en la casita. Yo era capaz de repetir mentalmente aquellas palabras y de comprender lo que significaban en sí, pero no les atribuía sentido alguno en otro respecto.

—Y una volvió —dijo el señor Bucket— y la otra siguió adelante. Y la que siguió adelante sólo recorrió un cierto camino convenido entre ellas para disimular y luego deshizo el camino y volvió a su casa. ¡Piénselo un momento!

También aquello lo podía repetir mentalmente, pero no tenía la menor idea de lo que significaba. Veía ante mí, yacente en el escalón, a la madre del niño muerto. Tenía un brazo apretado a uno de los barrotes de la puerta de hierro, y parecía abrazarlo. Allí estaba la que hacía tan poco había hablado con mi madre. Allí estaba, un ser en apuros, sin abrigo, sin sentido. La que había traído la carta de mi madre, la que podía darme la única pista de dónde estaba mi madre; la que tenía que guiarnos para rescatarla y salvarla después de buscarla tanto tiempo, ya que había caído en esta condición debido a algo relacionado con mi madre que yo no podía vislumbrar, cuando en aquel mismo momento ella podía estar ya fuera de nuestro alcance y nuestra ayuda; ¡allí estaba, y no me dejaban llegar a ella! Vi, pero no comprendí, el gesto solemne y compasivo del señor Woodcourt. Vi, pero no comprendí, cómo tocaba al otro en el pecho para retenerlo. Vi que se descubría en aquel aire inclemente, con un gesto de respeto a algo. Pero ya no podía comprender nada de aquello.

Incluso oí qué se decían el uno al otro:

—¿Le dejamos que vaya?

—Más vale. Que sean sus manos las primeras en tocarla. Tienen más derecho que las nuestras.

Fui a la puerta y me incliné. Levanté la cabeza inerte, hice a un lado el pelo largo y claro y le di la vuelta a la cara. Y era mi madre, fría y muerta.

60. Perspectiva

Paso ahora a otros episodios de mi narración. La bondad de todos los que me rodeaban me consoló tanto que nunca puedo recordarlo sin conmovirme. Ya he dicho tanto acerca de mí misma, y queda tanto por decir, que no voy a seguirme refiriendo a mi dolor. Estuve enferma, pero no durante mucho tiempo, e incluso evitaría mencionarlo, si pudiera olvidar la solidaridad que me manifestaron.

Paso ahora a otros episodios de mi narración. Durante mi enfermedad seguimos en Londres, adonde había venido la señora Woodcourt, por indicación de mi Tutor, a pasar una temporada con nosotros. Cuando mi Tutor creyó que yo estaba lo bastante bien para hablar con él como hacíamos en los viejos tiempos, aunque hubiera podido ser antes si él me hubiera creído, volví a mi trabajo y a ocupar mi silla al lado de la suya. El mismo era el que había dicho cuándo podíamos hacerlo, y nos hallábamos a solas.

—Señora Trot —dijo, recibíendome con un beso—, bienvenida otra vez al Gruñidero, hija mía. Tengo un plan que exponerte, mujercita. Me propongo que sigamos aquí, quizá seis meses, quizá más, según vayan las cosas. En resumen, quedarnos aquí bastante tiempo.

—¿Y entre tanto no volver a Casa Desolada? —pregunté.

—¿Sí, hija mía? Casa Desolada —respondió— tendrá que cuidarse por sí sola.

Me pareció que hablaba en tono apenado, pero al mirarlo vi que su cara, siempre amable, estaba iluminada por la más brillante sonrisa.

—Casa Desolada —repitió, y comprendí que su tono no era de pena— tendrá que aprender a cuidarse por sí sola. Está muy lejos de Ada, hija mía, y Ada te necesita mucho.

—Es típico de usted, Tutor —dije—, haber tenido eso en cuenta, para darnos una sorpresa tan agradable a ambas.

—Y no es nada desinteresado, hija mía, si es que pretendes decir que yo adolezco de esa virtud, pues si estuvieras siempre yendo y viniendo, poco tiempo podrías dedicarme. Y, además, deseo tener todas las noticias de Ada que sea posible, en esta situación de distanciamiento mío con el pobre Rick. No sólo noticias de ella, sino también de él, el pobre.

—¿Ha visto usted al señor Woodcourt esta mañana, Tutor?

—Veo al señor Woodcourt todas las mañanas, señora Durden.

—¿Sigue diciendo lo mismo de Richard?

—Lo mismo. No tiene ninguna enfermedad física que él sepa; por el contrario, parece que no tiene ninguna. Pero no está tranquilo por él. ¿Quién podría estarlo?

Últimamente mi niña bienamada nos había venido a ver todos los días; algunos días dos veces. Pero siempre habíamos previsto que esto sólo duraría hasta que yo me

recuperase. Sabíamos perfectamente que su ferviente corazón estaba tan lleno como siempre de afecto y de gratitud para con su primo John, y que Richard no le había dicho que se mantuviera alejada de nosotros. Pero también sabíamos, por otra parte, que ella consideraba tener la obligación para con él de no hacernos muchas visitas. La delicadeza de mi Tutor lo había percibido en seguida, y había tratado de comunicarle que a su juicio tenía razón ella.

—Nuestro pobre, desgraciado, equivocado Richard —dije—. ¿Cuándo se despertará de su engaño?

—No va a hacerlo por ahora, hija mía —replicó mi Tutor—. Cuanto más sufre, menos deseos siente de verme, pues me ha convertido en el principal representante del gran motivo de sus sufrimientos.

Yo no pude evitar añadir:

—¡Qué falta de razón!

—Ay, señora Trot, señora Trot —respondió mi Tutor—, ¡qué habrá de razonable en Jarndyce y Jarndyce! Por arriba sinrazón e injusticia, en el centro sinrazón e injusticia y en el fondo sinrazón e injusticia, desde el principio hasta el final (suponiendo que alguna vez tenga algún final). ¿Cómo va el pobre Rick, que se pasa la vida ocupándose de este asunto, sacar de él algo de razón? Eso sería como cuando en la antigüedad los hombres pedían peras al olmo.

Su amabilidad y su consideración para con Richard, siempre que hablábamos de él, me conmovía tanto que en seguida dejaba yo de hablar del tema.

—Supongo que el Lord Canciller, y los Vicecancilleres, y todos los grandes señores de la Cancillería, se sentirían infinitamente asombrados ante tanta sinrazón y tanta injusticia por parte de uno de sus pleiteantes —siguió diciendo mi Tutor—. ¡Cuando esos eruditos señores empiecen a cultivar rosas de las nieves con el polvo que echan en sus pelucas, yo también empezaré a asombrarme!

Se contuvo con una mirada a la ventana para ver de qué lado soplabla el viento y se apoyó en el respaldo de mi silla.

—¡Bueno, bueno, mujercita! Sigamos adelante, hija mía. Hemos de dejar estos escollos al tiempo, la suerte y un posible cambio favorable de las circunstancias. Que no naufrague Ada en todo esto. Ni ella ni él se pueden permitir la más remota posibilidad de perder a otro amigo. Por eso he pedido especialmente a Woodcourt, y ahora te lo pido especialmente a ti, hija mía, que no planteemos el tema con Rick. Que pase el tiempo. La semana que viene, el mes que viene, el año que viene, tarde o temprano me juzgará con más lucidez. Yo puedo esperar.

Pero le confesé que yo ya lo había comentado con él y que, según me parecía, también lo había hecho el señor Woodcourt.

—Eso me ha dicho —contestó mi Tutor—. Muy bien. Él ya ha presentado sus protestas, y la señora Durden las suyas, y ya no queda nada más que decir al respecto.

Ahora paso a la señora Woodcourt. ¿Qué te parece, hija mía?

En respuesta a aquella pregunta, que era extrañamente abrupta, dije que me agradaba mucho, y que me parecía más simpática que antes.

—A mí también me lo parece —dijo mi Tutor—. ¿Menos aristocracia? ¿No tanto hablar de Morgan-ap... como se llame?

Reconocí que a eso me refería, aunque este último era persona muy inofensiva, incluso cuando no se hacía más que hablar de él.

—Sin embargo, en general, bien está en sus montañas nativas —dijo mi Tutor—. Estoy de acuerdo contigo. Entonces, mujercita, ¿no te importa que retenga aquí a la señora Woodcourt durante algún tiempo?

—No. Pero...

Mi Tutor me miró, en espera de lo que iba yo a decir.

No tenía nada que decir. Al menos, no tenía nada *in mente* que pudiera decir. Tenía una impresión indefinida de que sería mejor si tuviéramos otra compañía, pero difícilmente podría explicar por qué, ni siquiera a mí misma. O, si me lo podía explicar a mí misma, desde luego a nadie más.

—Ya sabes —siguió mi Tutor— que nuestro barrio está cerca del de Woodcourt, así que puede venir a verla siempre que quiera, lo cual agrada a ambos, y ella ya está acostumbrada a nosotros y te tiene mucho cariño a ti.

Sí. Aquello era innegable. No tenía nada que decir en contra. No se me ocurría mejor sugerencia que hacer, pero no me sentía del todo tranquila. Esther, Esther, ¿por qué no? ¡Piensa, Esther!

—Es un plan muy bueno, de verdad, querido Tutor, y es lo mejor que podemos hacer.

—¿Seguro, mujercita?

Totalmente seguro. Había tenido un momento para pensar desde que me había impuesto aquella obligación, y estaba totalmente segura.

—Muy bien —dijo mi Tutor—. Así lo haremos. Aprobado por unanimidad.

—Aprobado por unanimidad —repetí, y seguí con mis labores.

Lo que estaba bordando era un mantelito para su mesa de lectura. Lo había dejado a un lado la noche antes del triste viaje, y nunca había vuelto a él. Ahora se lo enseñé y lo admiró mucho. Cuando le expliqué el patrón que estaba siguiendo y los bonitos dibujos que irían apareciendo, se me ocurrió volver a nuestro último tema.

—Querido Tutor, cuando hablamos del señor Woodcourt antes de que se nos fuera Ada, dijo usted que le parecía que él iba a pasar una larga temporada en otro país. ¿Lo ha seguido consultando él después?

—Sí, mujercita; muchas veces.

—Y, ¿ha tomado ya esa decisión?

—Me parece más bien que no.

—¿Quizá tiene otras perspectivas? —pregunté.

—Pues... sí... quizá —respondió mi Tutor que inició su contestación con mucha lentitud—. Dentro de medio año más o menos van a designar a un médico de los pobres en un cierto lugar de Yorkshire. Es un lugar próspero, bien situado, con arroyos y calles, medio urbano y medio rural, con fábricas y con páramos, y parece ser un buen puesto para un hombre como él. Quiero decir para un hombre cuyas esperanzas y objetivos se sitúan a veces (aunque oso decir que lo mismo ocurre con la mayor parte de los hombres) por encima del nivel ordinario, pero para quien el nivel ordinario acabará por ser lo bastante alto si resulta constituir un medio de ser útil y de servir a la gente, aunque no lleve a otra cosa. Supongo que todos los espíritus generosos son ambiciosos, pero la ambición que a mí me gusta es la que se confía calmadamente a ese camino, en lugar de tratar espasmódicamente de volar por encima de él. Éste es el tipo de ambición de Woodcourt.

—Y, ¿logrará que lo nombren a él? —pregunté.

—Pues, mujercita —respondió mi Tutor con una sonrisa—, como no soy oráculo no puedo decirlo con seguridad, pero creo que sí. Tiene muy buena reputación; cuando el naufragio había gente de esa parte del país entre las víctimas y, aunque resulte extraño decirlo creo que el mejor candidato será el que tenga más oportunidades. No creas que el puesto esté muy bien dotado. Es algo muy, pero que muy corriente, hija mía; un puesto con mucho trabajo y muy poco sueldo, pero cabe esperar que con el tiempo vayan mejorándole las cosas.

—Los pobres de ese lugar tendrán motivos para bendecir la elección, si el elegido es el señor Woodcourt, Tutor.

—Tienes razón, mujercita; estoy seguro de ello.

No hablamos más del asunto, ni él volvió a comentar una palabra sobre el futuro de Casa Desolada. Pero era la primera vez que yo había ocupado mi silla a su lado, con mi vestido de luto, y consideré que aquello lo explicaba.

Ahora empecé a visitar a mi niña todos los días, en el rincón triste y sombrío en el que vivía. Solía ir por las mañanas, pero siempre que me encontraba una hora libre, me ponía el sombrero y salía corriendo a Chancery Lane. Ambos se alegraban tanto de verme a cualquier hora, y sonreían de tal modo cuando me oían abrir la puerta y entrar (como me sentía en mi propia casa, nunca llamaba), que de momento yo no temía importunarlos.

En muchas de aquellas ocasiones no estaba presente Richard. En otras estaba escribiendo documentos relativos a la Causa, sentado a su mesa, siempre llena de papeles que no se podían tocar. A veces me lo encontraba a la puerta de la oficina del señor Vholes. Otras me lo encontraba por la calle, paseándose y mordiéndose las uñas. Muchas veces me lo encontré en Lincoln's Inn, cerca del lugar donde lo había conocido yo, y ¡qué diferencia, qué diferencia!

Yo sabía muy bien que el dinero que le había llevado Ada estaba quemándose igual que las velas que veía encendidas tras el oscurecer en la oficina del señor Vholes. No era mucho para empezar; cuando se casaron, él ya estaba endeudado, y para entonces yo no podía dejar de comprender lo que significaba el que el señor Vholes estuviese arrojando el hombro, como me decían que seguía haciendo. Mi niña llevaba la casa lo mejor que podía y trataba con todas sus fuerzas de economizar. Pero yo sabía que cada día eran más pobres.

En aquel rincón miserable ella brillaba como una hermosa estrella. Lo ornaba y lo honraba de tal modo que se convertía en un lugar distinto. Estaba más pálida que cuando vivía en casa y un poco más callada de lo que me parecía natural a mí, cuando siempre había sido animada y tan llena de esperanzas, pero tenía la cara tan alegre que medio me convencí de que su amor por Richard la había hecho ser ciega a la carrera hacia la ruina en que estaba empeñado éste.

Un día, mientras me hallaba bajo aquella impresión, fui a cenar con ellos. Al entrar en Symond's Inn me encontré con la pequeña señorita Flite que salía. Había ido a hacer una de sus solemnes visitas a los pupilos de Jarndyce, como los seguía llamando, y aquella ceremonia le había causado el mayor placer. Ada ya me había dicho que venía a verlos todos los lunes a las cinco, con un lacito blanco adicional en el sombrero, lacito que nunca aparecía en ningún otro momento, y llevando al brazo el mayor de sus ridículos llenos de documentos.

—¡Hija mía! —empezó diciendo—. ¡Qué alegría! ¿Cómo está usted? Me alegro mucho de verla. Y, ¿va a usted a visitar a nuestros interesantes pupilos de Jarndyce? ¡Pues claro! Nuestra preciosidad está en casa, hija mía, y estará encantada de verla.

—Entonces, ¿todavía no ha vuelto Richard? —pregunté—. Me alegro, pues temía llegar un poco tarde.

—No, no ha llegado —respondió la señorita Flite. Ha tenido un día muy ocupado en el Tribunal. Allí lo dejé con Vholes. Espero que a usted no le guste Vholes, ¿verdad? Que no le guste Vholes. ¡Hombre Pe-li-gro-so!

—Me temo que usted ve a Richard más a menudo que de costumbre ¿no? —dije.

—Hija mía —contestó la señorita Flite—, todos los días y a todas las horas. Jovencita, después de mí es el pleiteante más constante que hay en el Tribunal. Empieza a divertir un tanto a nuestro grupito. Somos un grupito muy agradable, ¿no?

Era tristísimo oír aquello de su pobre boca de loca, aunque no era ninguna sorpresa.

—En resumen, mi estimada amiga —continuó la señorita Flite, llevándome los labios al oído con un aire mezcla de maternalismo y de misterio—, debo decirle un secreto. Lo he convertido en mi albacea. Lo he designado, constituido y nombrado. En mi testamento. Sí, señora.

—¿De verdad? —pregunté.

—Sí, señora —repitió la señorita Flite con su tono más distinguido—: albacea, administrador y derechohabiente (como decimos en la Cancillería, jovencita). He pensado que si me voy, podrá asistir al fallo. Por lo regularmente que asiste.

Suspiré al pensar en él.

—Hubo un tiempo en que pensé —continuó la señorita Flite haciéndose eco del suspiro— en designar, constituir y nombrar al pobre Gridley. También muy regular, querida mía. ¡Le aseguro que era ejemplar!, pero se fue, el pobre, de modo que he designado a su sucesor. No se lo diga a nadie. Se lo comento en confianza.

Abrió cuidadosamente su ridículo un poco y me mostró una hoja de papel que había dentro, doblada y con el nombramiento del que hablaba.

—Y otro secreto, hija mía. He aumentado mi colección de pájaros.

—¿De verdad, señorita Flite? —dije, sabiendo cómo le agradaba que se recibieran sus confidencias con aire de interés.

Asintió varias veces y después adoptó un gesto sombrío y triste:

—Dos más. Los llamo los pupilos de Jarndyce. Están enjaulados con todos los demás. Con Esperanza, Alegría, Juventud, Paz, Reposo, Vida, Polvo, Cenizas, Despilfarro, Necesidad, Ruina, Desesperación, Locura, Muerte, Astucia, Tontería, Palabrería, Pelucas, Trapos, Pergamino, Saqueo, Precedente, Jerga, Necedad y Absurdo.

La pobrecilla me dio un beso con la expresión más turbada que había visto yo jamás en ella y siguió adelante. La forma en que había recitado a toda prisa los nombres de sus pájaros, como si le diera miedo escucharlos incluso de sus propios labios, me dejó helada.

Aquél no era un preparativo muy alegre para mi visita y podría haberme privado de la compañía del señor Vholes cuando Richard (que llegó un minuto o dos después que yo) lo trajo para que compartiese nuestra cena. Aunque ésta era muy sencilla, Ada y Richard salieron juntos unos minutos de la habitación para ir preparando lo que íbamos a comer y beber. El señor Vholes aprovechó aquella oportunidad para celebrar conmigo una pequeña conversación en voz baja. Se acercó a la ventana ante la que estaba sentada yo y empezó a hablar de Symond's Inn.

—Un lugar aburrido, señorita Summerson, para quien no lleve vida oficial —dijo el señor Vholes, manchando el vidrio con su guante negro en lugar de limpiarlo.

—Aquí no hay mucho que ver —comenté.

—Ni qué oír, señorita —respondió el señor Vholes—. A veces llega algo de música, pero la gente de leyes no somos aficionados a la música, y pronto la rechazamos. Espero que el señor Jarndyce esté tan bien de salud como desean todos sus amigos.

Di las gracias al señor Vholes y le dije que estaba perfectamente.

—No tengo el placer de que me admita entre sus amigos —dijo el señor Vholes—

y sé que en ese círculo a veces se mira a la gente de nuestra profesión con malos ojos. Sin embargo, nuestro último objetivo, tanto si se habla bien como si se habla mal de nosotros, y pese a todo género de prejuicios (porque somos víctimas de prejuicios) es que todo se lleve a cabo abiertamente. ¿Qué tal aspecto encuentra usted al señor C, señorita Summerson?

—Parece estar muy enfermo. Terriblemente preocupado.

—Exactamente —dijo el señor Vholes.

Estaba detrás de mí, con su larga figura negra que llegaba casi hasta el techo de aquellas habitaciones bajas, tocándose los granos de la cara como si fueran adornos y hablando para sus adentros y con calma, como si en su naturaleza no cupiera una pasión ni una emoción humanas.

—Creo que el señor Woodcourt viene a visitar al señor C, ¿no? —continuó.

—El señor Woodcourt es un amigo desinteresado —respondí.

—Pero yo me refiero que viene a visitarlo profesionalmente, como médico.

—Es poco lo que puede servir eso para quien se siente desgraciado —dije.

—Exactamente —contestó el señor Vholes.

Era tan lento, tan árido, de sangre tan fría y tan delgado, que me pareció que Richard estuviera perdiendo la vida bajo los ojos de este asesor, que tenía algo del Vampiro.

—Señorita Summerson —dijo el señor Vholes, frotándose muy lentamente las manos enguantadas, como si a su frío sentido del tacto fuera lo mismo que estuvieran cubiertas de cabritilla como si no—, el matrimonio del señor C no ha sido nada acertado.

Le rogué que me excusara si no quería comentarlo. Le dije (un poco indignada) que se habían comprometido cuando ambos eran muy jóvenes y cuando las perspectivas que tenían ante sí eran mucho más claras y brillantes. Cuando Richard todavía no había cedido a la lamentable influencia que ahora oscurecía su vida.

—Exactamente —volvió a asentir el señor Vholes—. Sin embargo, y con miras a que todo se haga abiertamente, observaré, con su permiso, señorita Summerson, que considero este matrimonio muy desacertado. Debo manifestar esta opinión no sólo por los parientes del señor C, ante los que naturalmente deseo protegerme, sino también por mi propia reputación, que me es muy cara, como profesional que desea ser respetable; cara para mis tres hijas en casa, para quien trato de lograr una pequeña independencia; cara, diré incluso, para mi anciano padre, a quien tengo el privilegio de mantener.

—Sería un matrimonio muy diferente, mucho más feliz y mejor, completamente distinto, señor Vholes —dije si se persuadiera a Richard para que volviera la espalda a la fatal actividad a la que se dedica usted con él.

El señor Vholes, con una tos callada (casi un jadeo), sofocada con uno de sus

guantes negros, inclinó la cabeza como si no quisiera poner totalmente en duda ni siquiera eso.

—Señorita Summerson —dijo—, es posible; y reconozco libremente que la joven dama que ha tomado el nombre del señor C de manera tan desacertada (estoy seguro que no se va a pelear usted conmigo por volver a decir esto, como obligación que tengo para con los parientes del señor C) es una dama muy distinguida. Mi trabajo me ha impedido relacionarme mucho con la sociedad en general, salvo en mi carácter profesional; pero creo tener la competencia para percibir que es una dama muy distinguida. En cuanto a su belleza, no soy juez de ese aspecto, y nunca le he prestado gran atención desde que era un muchacho, pero oso decir que la dama también es muy apta desde ese punto de vista. Así la consideran, según he oído, los pasantes del Inn, y es un aspecto en el cual ellos son mejores jueces que yo. En cuanto a la actividad del señor C en materia de sus intereses...

—¡Ah! ¡Sus intereses, señor Vholes!

—Usted perdone —respondió el señor Vholes que seguía hablando igual que antes para sus adentros y de forma totalmente desapasionada—. El señor C persigue determinados intereses conforme a determinados testamentos que están en disputa en el pleito. Es la expresión que empleamos nosotros. En cuanto a la forma en que el señor C defiende sus intereses, ya mencioné a usted, señorita Summerson, la primera vez que tuve el placer de conocerla, y llevado por mi deseo de que todo se haga abiertamente (y éstas fueron las palabras que utilicé, pues dio la casualidad de que después las anoté en mi diario, que puedo presentar en todo momento), ya le mencioné a usted que el señor C había establecido el principio de atender a sus propios intereses, y que cuando un cliente mío establecía un principio que no fuera de carácter inmoral (es decir, ilegal), me correspondiera a mí aplicarlo. Lo *he* aplicado; lo sigo aplicando. Pero por ningún motivo quiero disimular las cosas ante los parientes del señor C. Soy tan abierto con usted como lo fui con el señor Jarndyce. Considero que es mi obligación profesional, aunque no se la voy a cobrar a nadie. Digo abiertamente, por desagradable que resulte, que considero que los asuntos del señor C van muy mal, que considero que el propio señor C está muy mal, y que considero que este matrimonio es sumamente desacertado... ¿Qué si he llegado, señor mío? Sí, gracias; ya he llegado señor C, y estoy disfrutando del placer de una conversación muy agradable con la señorita Summerson, por cuya oportunidad le doy muchas gracias, señor mío.

Se había interrumpido en respuesta a Richard, que lo saludaba al entrar en la habitación. Para entonces, yo comprendía demasiado bien la forma minuciosa con que el señor Vholes se ponía a salvo a sí mismo y a su reputación, como para no sentir que nuestros peores temores estaban justificados por la marcha de los asuntos de su cliente.

Nos sentamos a cenar y tuve una oportunidad de observar preocupada a Richard. El señor Vholes (que se quitó los guantes para cenar) no me molestó, aunque se sentó frente a mí a la mesita, pues dudo que cuando alguna vez levantaba la vista, la apartara del rostro de su anfitrión. Encontré a Richard delgado y lánguido, mal vestido, distraído, forzándose de vez en cuando a animarse, aunque en otros intervalos recaía en actitudes tristemente pensativas. En torno a aquellos ojos grandes y brillantes que antes eran tan alegres, se percibía un desánimo y una inquietud que los cambiaban totalmente. No puedo decir que pareciese viejo. Existe una ruina de la juventud que no es como la de la edad. Y en esa ruina habían caído la juventud y la belleza juvenil de Richard.

Comía poco y parecía sentirse indiferente a lo que comía; se mostraba mucho más impaciente que antes, y estaba irritable, incluso con Ada. Al principio me pareció que había perdido totalmente sus antiguos modales despreocupados, pero a veces seguían brillando en él, igual que yo a veces veía retazos de mi antigua cara contemplándome desde el espejo. Tampoco su risa lo había abandonado, pero era como el eco de un ruido alegre, y eso es algo que siempre da pena.

Sin embargo, estaba tan contento como de costumbre de tenerme en su casa, y lo mostraba con su afecto de siempre, y hablamos agradablemente de los viejos tiempos. No pareció que éstos interesaran al señor Vholes, aunque de vez en cuando daba un jadeo que creo era su forma de sonreír. Se levantó poco después de cenar y dijo que con permiso de las damas, iba a retirarse a su bufete.

—¡Siempre consagrado al trabajo, Vholes! —exclamó Richard.

—Sí, señor C —respondió—, los intereses de los clientes no pueden descuidarse nunca, señor mío. Ocupan el lugar supremo en los pensamientos de un profesional como yo que desea mantener un buen nombre entre sus colegas y la sociedad en general. Si me niego el placer de esta conversación tan agradable, quizá no sea por algo del todo ajeno a sus propios intereses, señor C.

Richard dijo estar seguro de ello, y tomando una vela acompañó a la puerta al señor Vholes. A su regreso nos dijo, más de una vez, que Vholes era un buen tipo, un tipo seguro, un hombre que hacía lo que decía hacer, un tipo muy bueno, ¡de verdad! Lo decía de manera tan desafiante que me dio la impresión que había empezado a dudar del señor Vholes.

Después se tendió en el sofá, agotado, y Ada y yo recogimos las cosas, pues no tenían más servicio que la mujer que también limpiaba el bufete. Mi niña tenía allí un piano pequeño y se sentó en él para entonar en voz baja alguna de las canciones favoritas de Richard, pero primero se llevó la lámpara a la habitación de al lado, pues él se quejaba de que le hacía daño en los ojos.

Me senté entre ellos, al lado de mi niña, y sentí gran melancolía al escuchar su dulce voz. Creo que Richard también; creo que por eso quería que la habitación se

quedara a oscuras. Llevaba algún tiempo cantando ella, e interrumpiéndose a veces para inclinarse él y hablarle, cuando llegó el señor Woodcourt. Éste se sentó junto a Richard y medio en broma, medio en serio, con toda naturalidad y facilidad, averiguó cómo se sentía y dónde había pasado el día. Después le propuso que le acompañara a dar un breve paseo por uno de los puentes, pues era una noche de luna y fresca, y Richard se manifestó muy dispuesto y salieron juntos.

Nos dejaron a mi niña todavía sentada al piano y a mí todavía sentada a su lado. Cuando salieron, le pasé el brazo por la cintura. Ella me puso la mano izquierda en la mía (pues yo estaba sentada de aquel lado) pero mantuvo la derecha sobre el teclado y lo recorrió una vez tras otra, sin tocar una nota.

—Esther, querida mía —dijo, rompiendo el silencio—, Richard nunca está tan bien y yo jamás me siento tan tranquila por él como cuando está con Allan Woodcourt. Eso te lo tenemos que agradecer a ti.

Señalé a mi niña que difícilmente podía ser así, pues el señor Woodcourt había ido a la casa de su primo John y allí nos había conocido a todos, y siempre le había gustado Richard y a Richard siempre le había gustado él, etc.

—Todo eso es cierto —dijo Ada—, pero si es tan legal amigo nuestro, te lo debemos a ti.

Me pareció mejor dejar que mi niña pensara lo que quisiera y no decir más del asunto. Así se lo observé. Lo dije con voz despreocupada, pues sentí que temblaba.

—Esther, querida mía, quiero ser una buena esposa, una esposa buena, buenísima. Me tienes que enseñar a serlo.

¡Enseñárselo yo! No dije nada más, pues advertí que le temblaba la mano sobre las teclas y comprendí que no era yo quien debía hablar, que era ella quien tenía algo que decirme.

—Cuando me casé con Richard, no ignoraba lo que le esperaba. Yo llevaba mucho tiempo siendo perfectamente feliz con vosotros, y nunca había conocido problemas ni preocupaciones, pues me sentía muy querida y protegida, pero comprendía el peligro en que estaba él, mi querida Esther.

—Ya lo sé, ya lo sé, cariño mío.

—Cuando nos casamos, yo abrigaba algunas esperanzas de que podría convencerlo de su error, de que podría mirar las cosas de un modo nuevo como marido mío y no seguir de manera todavía más desesperada con el caso, cosa que hace por mí, pero es lo que está haciendo. Pero aunque no hubiera tenido esa esperanza, me hubiera casado igual con él, Esther. ¡Igual!

En la momentánea firmeza de la mano que no se detenía nunca, una firmeza inspirada por la expresión de estas últimas palabras y que murió con ellas, vi la confirmación de la seriedad de su tono.

—No debes creer, mi querida Esther, que no veo lo mismo que tú y que no temo

lo mismo que tú. Nadie puede comprenderlo mejor que yo. La persona más sabia que jamás haya vivido en el mundo no podría conocer a Richard mejor de lo que lo conocía mi amor.

¡Con qué voz tan moderada y suave hablaba, y qué agitación expresaba su mano temblorosa al recorrer las teclas silenciosas! ¡Mi querida, mi queridísima niña!

—Lo veo todos los días cuando peor está. Lo contemplo en su sueño. Conozco cada uno de sus gestos. Pero cuando me casé con Richard estaba decidida, Esther, a con la ayuda del cielo no mostrarle nunca desaprobación por lo que hiciera, pues eso sólo serviría para hacerlo más desgraciado. Quiero que cuando llegue a casa no vea problemas en mi cara. Quiero que cuando me mire vea lo que ha amado en mí. Para eso me casé con él, y eso me sustenta.

Sentí que temblaba más. Esperé a ver lo que faltaba por decir y empecé a pensar que ya sabía lo que era.

—Y hay otra cosa que me sustenta, Esther.

Se interrumpió un minuto. Sólo interrumpió sus palabras; la mano seguía en movimiento.

—Miro un poco hacia el futuro, y no sé qué gran ayuda puede venir en mi socorro. Entonces, cuando Richard me mira, es posible que haya algo en mi seno más elocuente de lo que he sido yo, con más capacidad que yo para mostrarle cuál es el camino recto y conseguir que vuelva a él. Dejó de mover la mano. Me tomó en sus brazos y yo a ella en los míos.

—Si también el bebé fracasa, Esther, sigo mirando al futuro. Miro a un futuro dentro de mucho tiempo, años y años, y pienso que entonces, cuando yo ya sea vieja, o quizá haya muerto, una mujer hermosa, su hija, felizmente casada, podrá estar orgullosa de él y ser una bendición para él. O que un hombre valiente y generoso, tan guapo como era él antes, tan lleno de esperanzas y mucho más feliz se pasee al sol con él, respete sus cabellos grises y se diga a sí mismo: «¡Gracias a Dios que éste es mi padre, arruinado por una herencia fatal y recuperado gracias a mí!».

Mi dulce niña, ¡qué gran corazón era aquel que latía tan rápido a mi lado!

—Estas esperanzas me sustentan, mi querida Esther, y sé que lo seguirán haciendo. Aunque a veces, incluso ellas me abandonan, ante el temor que siento cuando miro a Richard.

Traté de animar a mi niña y le pregunté qué era. Me replicó, entre gemidos y sollozos:

—Que no viva el tiempo suficiente para ver al bebé.

61. Un descubrimiento

Los días en que frecuentaba aquel lugar miserable, iluminado sólo por mi niña, no podrán borrarse jamás de mi recuerdo. Ahora nunca voy a él ni deseo ir; sólo he vuelto una vez, pero en mi recuerdo existe una luz dolorosa que brilla en el lugar, que brillará para siempre. Naturalmente, no pasaba un día en que no fuera a verlos. Al principio me encontré allí dos o tres veces con el señor Skimpole, que tocaba lánguidamente el piano y hablaba con su tono animado de siempre. Ahora, además de que a mí me parecía muy poco probable que él fuera a verlos sin empobrecer algo más a Richard, me pareció que en su alegría despreocupada había algo demasiado incoherente con lo que yo sabía de las honduras de la vida de Ada. También percibía claramente que Ada compartía mis sentimientos. En consecuencia, tras pensar mucho en ello, resolví hacer una visita en privado al señor Skimpole y tratar de explicarme con delicadeza. La gran consideración que me dio la osadía necesaria fue mi amor por mi niña.

Una mañana, acompañada por Charlie, me puse en marcha hacia Somers Town. Al acercarme a su casa sentí una fuerte inclinación a volverme atrás, pues sabía lo desesperado que era el tratar de impresionar con algo al señor Skimpole y la enorme probabilidad que existía de que me infligiera una derrota total. Sin embargo, pensé que ya que estaba allí seguiría adelante con ello. Golpeé con una mano temblorosa en la puerta del señor Skimpole (literalmente, con una mano, pues había desaparecido el aldabón), y tras una larga negociación conseguí que me dejase entrar una irlandesa que estaba en el vestíbulo cuando llamé yo, ocupada en romper la tapa de una cuba de agua con un atizador, para encender el fuego con las astillas.

El señor Skimpole estaba tumbado en el sofá de su habitación, tocando la flauta un poco, y se sintió encantado de verme. Me preguntó quién quería que me recibiera. ¿Quién prefería yo, como maestra de ceremonia? ¿Prefería a su hija de la Comedia, a su hija de la Belleza o a su hija del Sentimiento? ¿O prefería que vinieran todas las hijas a la vez, en un perfecto ramillete?

Repliqué, ya medio derrotada, que si me lo permitía quería hablar a solas con él.

—¡Mi querida señorita Summerson, con mucho gusto! Naturalmente —dijo, acercando su silla a la mía y rompiendo en su fascinante sonrisa—, naturalmente, no se trata de negocios. ¡Entonces es por placer!

Dije que desde luego no había venido a tratar de negocios, pero que tampoco era un asunto placentero.

—Entonces, mi querida señorita Summerson —respondió con la más franca alegría—, no aluda a ello. ¿Por qué va usted a aludir a algo que *no* sea placentero? Yo nunca lo hago. Y desde todos los puntos de vista, usted es un ser mucho más placentero que yo. Usted es perfectamente placentera; yo soy imperfectamente

placentero; entonces, si yo nunca aludo a un asunto no placentero, ¡mucho menos debe hacerlo usted! De manera que eso es asunto terminado, y vamos a hablar de otra cosa.

Aunque yo me sentía violenta, tuve valor para intimar que seguía deseando hablar del tema.

—Creo que sería un error —dijo el señor Skimpole con su risa alegre— si pudiera imaginar que la señorita Summerson es capaz de cometer errores. ¡Pero no lo puedo imaginar!

—Señor Skimpole —dije, levantando mis ojos hacia los suyos—, he oído decir tantas veces que usted no comprende los asuntos comunes de la vida...

—¿Se refiere usted a nuestros tres amigos de la banca, L, C, y cómo se llama el último? ¿P? [96] —dijo el señor Skimpole, muy animado—. ¡Ni idea!

—... Que quizá —continué diciendo— excuse usted mi atrevimiento al respecto. Creo que debería usted comprender con toda seriedad que Richard es más pobre ahora que antes.

—¡Dios mío! —replicó el señor Skimpole—. Y yo también, según me dicen.

—Y que sus circunstancias son muy precarias.

—¡Un caso de paralelismo exacto! —exclamó el señor Skimpole, con un gesto encantado.

—Como es natural, esto causa ahora a Ada una gran preocupación, que mantiene en secreto, y como creo que se preocupa menos cuando los visitantes no le exigen nada, y como Richard siempre sufre bajo el peso de una gran preocupación, se me ha ocurrido tomarme la libertad de decir que... si usted quisiera... no...

Me costaba gran trabajo llegar al meollo del asunto, pero él me tomó de ambas manos y, con la faz radiante y la expresión más animada, se me anticipó.

—¿Que no vuelva allí? Desde luego que no, mi querida señorita Summerson, desde luego que no en absoluto. ¿Por qué *debería* ir yo a verlo? Cuando voy a alguna parte, lo hago por placer. No voy a ningún lado por dolor, porque yo estoy hecho para el placer. El dolor me *viene* él solito cuando me busca. Ahora bien, últimamente he disfrutado de muy pocos placeres en casa de nuestro querido Richard, y los comentarios prácticos de usted demuestran por qué. Nuestros jóvenes amigos, al perder la juvenil poesía que antes resultaba tan cautivadora en ellos, empiezan a pensar: «Éste es un hombre que necesita dinero». Y es verdad, yo siempre necesito dinero; no para mí, sino porque los comerciantes siempre quieren que se lo dé. Después, nuestros jóvenes amigos empiezan a pensar, pues se hacen mercenarios: «Éste es el hombre que *ha tenido* dinero..., que lo ha pedido prestado», lo cual es cierto. Yo siempre pido prestado. Y entonces nuestros jóvenes amigos, reducidos a la prosa (lo que es muy de lamentar) degeneran en su capacidad para impartirme placer. En consecuencia, ¿para qué voy a ir a verlos? ¡Absurdo!

En medio de la sonrisa radiante con la que me miraba, al ir razonando así, apareció ahora un gesto de benevolencia desinteresada que resultaba totalmente asombroso.

—Además —dijo, para continuar su argumento con su tono de convencimiento despreocupado—, si no voy buscando dolor a ninguna parte (lo cual sería una perversión del objetivo de mi existencia y algo monstruoso de hacer), ¿por qué voy a ir a ninguna parte a ser motivo de dolor? Si fuera a visitar a nuestros jóvenes amigos en su actual estado mental de confusión, les causaría dolor. Despertaría en ellos ideas desagradables. Podrían decir: «Éste es el hombre que ha recibido dinero y que no puede pagarlo», lo cual, evidentemente, es cierto; ¡nada más imposible! Entonces, la amabilidad exige que no vaya a visitarlos, y no lo haré.

Acabó besándome bienhumoradamente la mano y dándome las gracias. Nada más que el gran tacto de la señorita Summerson podía haberle descubierto aquello, dijo.

Me sentí muy desconcertada, pero reflexioné que si se había conseguido lo principal, poco importaba lo curiosamente que pervertía él todos los motivos para ello. Había determinado yo mencionar otra cosa, sin embargo, y pensé que no iba a dejarme desviar de ella.

—Señor Skimpole —añadí—, debo tomarme la libertad de decir, antes de concluir mi visita, que hace poco tiempo me sentí muy sorprendida al enterarme, de fuente muy bien informada, que usted sabía con quién se había ido de Casa Desolada aquel pobre muchacho y que en aquella ocasión aceptó usted un regalo. No se lo he mencionado a mi Tutor, pues temo hacerle un daño innecesario, pero sí puedo decir a usted que me sentí muy sorprendida.

—¿No? ¿Verdaderamente sorprendida, mi querida señorita Summerson? —respondió, inquisitivo, levantando sus agradables cejas.

—Enormemente sorprendida.

Se quedó pensándolo un momento, con una expresión muy agradable y caprichosa; después renunció a ello, y dijo con su tono más seductor:

—Ya sabe usted que yo soy un niño. ¿Por qué sorprendida?

Yo sentía renuencia a entrar en detalles al respecto, pero como me pidió que se lo dijera, pues verdaderamente sentía curiosidad por saberlo, le hice comprender, con las palabras más amables que pude, que su conducta parecía indicar el desprecio de varias obligaciones morales. Se sintió muy divertido e interesado al oírlo, y dijo con una sencillez ingenua:

—No. ¿De verdad? Ya sabe usted que yo no pretendo ser responsable. No podría. La responsabilidad es algo que siempre ha estado por encima de mí..., o por debajo —continuó el señor Skimpole—, ni siquiera sé cuál de las dos cosas, pero, como comprendo la forma en que ve este caso, mi querida señorita Summerson (siempre tan notable por su buen sentido práctico y su claridad), he de imaginar que se trata

básicamente de una cuestión de dinero, ¿no es así?

Tuve la imprudencia de confirmarlo con reservas.

—¡Ah! Entonces comprenderá usted —dijo el señor Skimpole, negando con la cabeza— que es imposible que yo lo comprenda.

Al levantarme para irme, sugerí que no estaba bien traicionar la confianza de mi Tutor con un soborno.

—Mi querida señorita Summerson —respondió, con una hilaridad cándida típica en él—, a mí no se me puede sobornar.

—¿Ni siquiera el señor Bucket? —pregunté.

—No —me dijo—. Nadie. Yo no concedo ningún valor al dinero. No me importa. No lo conozco. No lo quiero. No lo guardo..., me separo de él inmediatamente. ¿Cómo se me puede sobornar a mí?

Mostré que yo tenía una opinión diferente, aunque no la capacidad para discutir el asunto.

—Por el contrario —dijo el señor Skimpole—, yo soy exactamente la persona que ha de ocupar una posición superior en un caso así. Yo estoy por encima del resto de la Humanidad en un caso así. Yo puedo actuar con filosofía en un caso así. Yo no estoy envuelto en prejuicios, como lo está un niño italiano en vendajes. Yo soy tan libre como el aire. Yo me considero tan encima de toda sospecha como la mujer del César.

¡Estoy segura de que jamás nadie ha tenido un aire tan despreocupado ni una imparcialidad tan juguetona como los que parecían servirle a él para convencerse, mientras jugueteaba con la cuestión como si fuera una pelota de plumas!

—Observe usted el caso, mi querida señorita Summerson. Se trata de un muchacho al que se recibe en la casa y al que se mete en la cama, en una condición que me parece muy objetable. Una vez que el muchacho está en la cama, llega un hombre, y es como el cuento de la Madre Gansa de la casa que construyó Jack. El hombre pregunta por el muchacho al que se ha recibido en la casa y se ha metido en la cama en un estado al que yo objeto mucho. Luego está el billete que saca el hombre que pregunta por el muchacho que han recibido en la casa y puesto en la cama en un estado al que yo objeto mucho. Luego está el Skimpole que acepta el billete que saca el hombre que pregunta por el muchacho al que se ha recibido en la casa y puesto en la cama en un estado al que yo objeto mucho. Ésos son los hechos. Muy bien. ¿Debería el Skimpole haber rechazado el billete? ¿Por qué debería el Skimpole haber rechazado el billete? Skimpole protesta a Bucket: «¿Para qué es esto? Yo no lo comprendo, no me vale de nada, lléveselo». Bucket sigue implorando a Skimpole que lo acepte. ¿Hay algún motivo para que Skimpole, que no está cargado de prejuicios, lo acepte? Sí. Skimpole los percibe. ¿Cuáles son? Skimpole razona en su fuero interno que se trata de un lince domesticado, un agente de policía en activo, un hombre inteligente, una persona cuyas energías han seguido un sentido concreto y

que es muy sutil, tanto en cuanto a conceptos como a ejecución, que descubre en nombre nuestro a nuestros amigos y nuestros enemigos cuando se escapan, recupera nuestros bienes en nombre nuestro cuando nos roban, nos venga cómodamente cuando se nos asesina. Este agente de policía en activo y hombre inteligente ha adquirido, en el ejercicio de su oficio, una gran fe en el dinero; lo considera muy útil y hace que sea muy útil para la sociedad. ¿Voy yo a destruir esa fe de Bucket porque yo carezca de ella? ¿Voy yo a mellar adrede una de las armas de Bucket? ¿Voy yo a paralizar totalmente a Bucket en su siguiente actividad detectivesca? Y hay otras cosas. Si Skimpole hace mal al recibir el billete, entonces Bucket hace mal al ofrecer el billete, y hace mucho peor Bucket, porque él sí que comprende estas cosas. Ahora bien, Skimpole quiere tener una buena opinión de Bucket; Skimpole considera fundamental, dentro de sus límites, para la cohesión general de las cosas, que él *tenga* una buena opinión de Bucket. El Estado le pide expresamente que confíe en Bucket. Y lo hace. ¡Eso es lo único que hace!

Yo no tenía nada que decir en respuesta a aquella declaración, y en consecuencia me despedí. Sin embargo, el señor Skimpole, que estaba de excelente humor, no estaba dispuesto a tolerar que yo volviera a casa acompañada sólo por la «pequeña Coavinses», y me vino a acompañar en persona. Por el camino me entretuvo con una conversación variada y encantadora, y al separarnos me aseguró que jamás olvidaría el exquisito tacto con el que yo le había informado de la situación de nuestros jóvenes amigos.

Como da la casualidad de que jamás volví a ver al señor Skimpole, puedo terminar ya diciendo de golpe todo lo que sé de él. Las relaciones entre él y mi Tutor se fueron enfriando, debido, sobre todo, a los motivos expuestos y a que había fríamente hecho caso omiso de las exhortaciones de mi Tutor (como supimos después por Ada) en relación con Richard. El que se separaran no tuvo nada que ver con que tuviese grandes deudas con mi Tutor. Murió cinco años después, y dejó tras de sí un diario, con cartas y otros documentos para su Biografía, que se publicó, y en la cual se demostraba que había sido víctima de una conspiración de toda la Humanidad contra un niño inocente. Se consideró que era una lectura entretenida, pero nunca leí de ese libro más que la frase sobre la que cayeron mis ojos por casualidad cuando lo abrí. Era la siguiente: «Jarndyce tiene en común con la mayor parte de los hombres que he conocido el ser la Encarnación del Egoísmo».

Y ahora llego a una parte de mi relato que verdaderamente me afecta mucho y para la cual no estaba nada preparada cuando se produjeron las circunstancias. Aunque todavía me quedasen de vez en cuando algunos recuerdos en relación con mi vieja imagen, sólo volvían como algo perteneciente a una parte ya terminada de mi vida: terminada como mi adolescencia o mi infancia. No he censurado ninguna de mis múltiples debilidades a este respecto, sino que las he descrito con toda la

fidelidad con que las recuerda mi memoria. Y espero y pretendo hacer lo mismo hasta las últimas palabras de estas páginas, que según veo ahora ya no tardarán mucho en llegar.

Iban pasando los meses, y mi niña, sustentada por las esperanzas que me había confiado, seguía siendo la misma estrella de belleza en aquel rincón miserable. Richard, cada vez más flaco y más demacrado, iba al Tribunal un día tras otro. Se quedaba allí sentado, apático, todo el día, aunque sabía que no existía la más remota posibilidad de que se mencionara el pleito, y se convirtió en un punto fijo de aquel lugar. Me pregunto si alguno de aquellos señores lo recordaba tal como era cuando fue por primera vez.

Tan completamente absorto estaba en sus ideas fijas, que cuando se hallaba con ánimo confesaba que ahora ya no saldría al aire libre «de no ser por Woodcourt». El señor Woodcourt era el único que distraía de vez en cuando su atención durante unas horas, y que incluso lograba reanimarlo cuando se sumía en un letargo mental y corporal que nos alarmaba mucho y cuyas recaídas se fueron haciendo más frecuentes con el transcurso de los meses. Mi niña tenía razón al decir que si persistía en su error de forma cada vez más desesperada era por ella. No me cabe duda de que su deseo de recuperar lo que había perdido se iba haciendo cada vez más intenso ante su pesar por su joven esposa, y se convirtió en algo parecido a la locura de un jugador.

Como ya he mencionado, yo iba a visitarlos a todas horas. Cuando iba por la noche, generalmente volvía a casa con Charley en un coche; a veces, mi Tutor venía a buscarme al distrito e íbamos juntos a casa. Una tarde había quedado en reunirse conmigo a las ocho. Yo no pude salir, como era mi costumbre, exactamente a la hora, pues estaba haciendo labores para mi niña y me quedaban unos puntos más que dar para terminar lo que estaba haciendo, pero apenas si habían pasado unos minutos cuando recogí mi cesto de labor, di a mi niña el último beso de aquella noche y bajé corriendo las escaleras. Me acompañó el señor Woodcourt, porque estaba anocheciendo.

Cuando llegamos al lugar habitual de encuentro (estaba muy cerca, y el señor Woodcourt ya me había acompañado muchas veces), mi Tutor no estaba. Esperamos media hora, paseándonos arriba y abajo, pero no había indicios de él. Convinimos en que o bien no había podido venir o había llegado y se había ido, y el señor Woodcourt propuso acompañarme a casa.

Era la primera vez que nos dábamos un paseo juntos, salvo aquel brevísimo hasta el punto de encuentro. Fuimos hablando de Richard y de Ada todo el camino. No le di las gracias con palabras por lo que había hecho él (para entonces, mi agradecimiento ya no se podía expresar con palabras), pero esperé que no dejara de comprender cuán fuertes eran mis sentimientos.

Cuando llegamos a casa y subimos, vimos que mi Tutor había salido, y también

había salido la señora Woodcourt. Estábamos en la misma habitación a la que había llevado yo a mi niñita sonrojada cuando su joven corazón había elegido a su no menos joven amante, ahora convertido en un marido tan cambiado; la misma habitación desde la cual mi Tutor y yo los habíamos visto marcharse a la luz del sol, cuando acababa de florecer de su esperanza y su promesa.

Estábamos junto a la ventana abierta, mirando a la calle, cuando el señor Woodcourt me dirigió la palabra. En un momento supe que me amaba. En un momento supe que mi cara llena de cicatrices seguía siendo la misma para él. En un momento supe que lo que había pensado que era piedad y compasión, era un amor abnegado, generoso y leal. Pero era demasiado tarde para saberlo, demasiado tarde, demasiado tarde. Ése fue el primer pensamiento ingrato que tuve. Demasiado tarde.

—Cuando volví —me dijo—, cuando volví, sin más riquezas que cuando me fui, y la encontré a usted recién levantada de su lecho de enferma, pero tan inspirada por una dulce consideración por los demás, tan exenta de ideas egoístas...

—¡Ay, señor Woodcourt, deténgase, deténgase! —imploré—. No merezco esos elogios. En aquella época tenía muchas ideas egoístas, ¡muchas!

—Sabe el cielo, bien amada mía —me dijo—, que mis elogios no son los del enamorado, sino la verdad. No sabe usted lo que ven todos quienes la rodean en Esther Summerson, a cuántos corazones emociona y anima, qué admiración sagrada y qué amor despierta.

—¡Ay, señor Woodcourt! —exclamé—. El despertar amor es magnífico, ¡es magnífico despertar amor! Me siento orgullosa y honrada por lo que me dice, y el oírlo me hace derramar estas lágrimas, en las cuales se mezclan la alegría y la pena: alegría por haberlo despertado, pena por no haberlo merecido; pero no soy libre para pensar en el suyo.

Lo dije con mayores fuerzas, porque cuando me hacía estos elogios y oía su voz resonar con la idea de que lo que decía era verdad, aspiraba a ser más digna de ellos. No era demasiado tarde para eso. Aunque aquella noche cerrase yo aquella página imprevista de mi vida, no me bastaría toda ella para merecerla. Y me resultó reconfortante, y como un impulso, y sentí que en mi interior surgía una dignidad que me insuflaba él mientras iba pensando aquellas ideas.

Rompió él el silencio.

—Mal manifestaría yo la confianza que tengo en el ser amado y quien a partir de ahora amaré cada vez más —y la gran solemnidad con que lo dijo me dio al mismo tiempo fuerzas y ganas de llorar— si, después de sus seguridades de que no es libre para pensar en mi amor, insistiera yo en él. Querida Esther, déjame decirte únicamente que la afectuosa idea de ti que me llevé al extranjero se vio exaltada hasta el Cielo cuando volví a casa. Siempre esperé que en la primera hora en que pareciese caer sobre mí un rayo de buena fortuna, podría decírtelo. Siempre temí que te lo

dijera en vano. Esta noche se cumplen tanto mis esperanzas como mis temores. Pero te estoy causando dolor. Ya he dicho bastante.

Pareció ocupar mi lugar algo que era como el Ángel que él me consideraba, ¡y sentí mucha pena por la pérdida que había sufrido él! Deseaba ayudarlo en su dolor, igual que ya había deseado cuando mostró su primera conmiseración por mí.

—Querido señor Woodcourt —dije—, antes de que nos separemos esta noche, tengo algo que decirle. Nunca podría decirlo como yo desearía... Nunca lo lograré..., pero...

Antes de que pudiese seguir, tuve que pensar, una vez más, en que había de merecer más su amor y no ser indigna de su sufrimiento.

—... Tengo plena conciencia de su generosidad, y hasta la hora de mi muerte atesoraré su recuerdo. Sé perfectamente lo cambiada que estoy, y sé que no ignora usted mi historia, y sé lo noble que es un amor tan leal como el suyo. Lo que me ha dicho usted no hubiera podido afectarme tanto si procediera de otros labios; porque no existen otros que pudieran hacerlo tanpreciado para mí. No se perderá. Hará que yo sea una persona mejor.

Se tapó los ojos con una mano y volvió la cabeza a un lado. ¿Cómo podría ser yo jamás digna de esas lágrimas?

—Sí, en las relaciones que seguiremos teniendo sin modificación alguna (en nuestros cuidados de Richard y de Ada, y espero en escenas de la vida mucho más felices), encuentra usted algo en mí que pueda considerar honestamente mejor que antes, créame usted si le digo que procederá de lo ocurrido esta noche, y que se deberá a usted. Nunca crea, mi querido, queridísimo señor Woodcourt, nunca crea que olvidaré esta noche, ni que mientras siga teniendo un corazón podrá ser éste insensible al orgullo y la alegría de haber sido amada por usted.

Me tomó la mano y me la besó. Había vuelto a su ser, y yo me sentí todavía más alentada.

—Por lo que acaba usted de decir —comenté—, me siento inducida a esperar que ha triunfado usted en su intento.

—Así es —me contestó—. Con la ayuda del señor Jarndyce, y como usted lo conoce muy bien puede imaginar hasta qué punto ha llegado, he triunfado.

—Que Dios lo bendiga a él por ello —dije, dándole la mano—, ¡y que el cielo lo bendiga a usted en todo lo que haga!

—Sus buenos deseos harán que lo haga mejor —me respondió—; harán que me inicie en esas nuevas funciones como si fueran una nueva misión sagrada encargada por usted.

—¡Ah, Richard! —exclamé involuntariamente—, ¿qué hará cuando se vaya usted?

—Todavía no tengo que irme; y, querida señorita Summerson, no lo abandonaría

aunque ya tuviese que irme.

Consideré que era necesario referirme a otra cosa antes de que se fuera. Comprendí que no merecería ese amor que no podía aceptar si me la reservara para mis adentros.

—Señor Woodcourt —dije—, celebrará usted saber de mis labios, antes de que le desee buenas noches, que en el futuro, que se me abre claro y brillante, soy muy feliz, muy afortunada, no tengo nada que lamentar ni que desear.

Él me respondió que celebraba mucho saberlo.

—He sido desde mi infancia —continué diciendo— objeto de la bondad infatigable del mejor de los seres humanos, al cual estoy vinculado por todos los lazos del cariño, la gratitud y el amor, de modo que nada que pueda hacer en toda una vida podría expresar los sentimientos de un solo día.

—Comparto esos sentimientos —me replicó—; habla usted del señor Jarndyce.

—Usted conoce bien sus virtudes —le dije—, pero son pocos quienes pueden conocer la grandeza de su carácter como la conozco yo. Sus cualidades más elevadas y mejores nunca se me han revelado de modo más brillante que en la formación de ese futuro que me causa tanta felicidad. Y si no gozara él ya del homenaje y el respeto más elevados de usted (como sé que ocurre), creo que se lo ganarían estas seguridades y el sentimiento que ellas habrían despertado en usted hacia él y por amor a mí.

Replicó ferviente que, efectivamente, así hubiera sido. Volví a darle la mano.

—Buenas noches —dije—; adiós.

—En cuanto a lo primero, hasta mañana; en cuanto a lo segundo, ¿es como un adiós a este tema entre nosotros para siempre?

—Sí.

—Buenas noches; ¡adiós!

Se marchó, y yo me quedé ante la ventana oscura, contemplando la calle. Su amor, con toda su constancia y su generosidad, me había llegado de forma tan repentina que no hacía un minuto que se había marchado cuando volví a perder mi fortaleza, y la calle desapareció bajo el torrente de mis lágrimas.

Pero no eran lágrimas de pena ni de dolor. No. Me había llamado su bienamada, y había dicho que seguiría amándome cada vez más, y sentí como si mi corazón no pudiera soportar el triunfo de haber oído aquellas palabras.

Habían pasado mis primeras ideas desordenadas. No era demasiado tarde para escucharlas, porque no era demasiado tarde para sentirme animada por ellas para ser buena, leal, agradecida y estar satisfecha. ¡Qué camino más fácil el mío, cuánto más fácil que el suyo!

62. Otro descubrimiento

Aquella noche no tuve el valor de ver a nadie. Ni siquiera tuve el valor de verme a mí misma, pues temía que mis lágrimas pudieran constituir un pequeño reproche. Subí a mi dormitorio en la oscuridad, dije mis oraciones en la oscuridad, y me acosté en la oscuridad. No necesitaba ninguna luz para leer la carta de mi Tutor, pues la sabía de memoria. La saqué del sitio donde la guardaba y repetí su contenido a la luz brillante de su integridad y de su amor, y me dormí con ella encima de la almohada.

Por la mañana me levanté muy temprano y llamé a Charley para ir a darnos un paseo. Compramos flores para la mesa del desayuno, volvimos, las arreglamos y nos ocupamos de todo lo posible. Nos habíamos levantado tan temprano que todavía tuve tiempo para darle a Charley su lección antes del desayuno; Charley (que no había mejorado en lo más mínimo en cuanto a su mal uso de la gramática) se la había aprendido muy bien esta vez, de modo que ambas estábamos estupendamente. Cuando apareció mi Tutor, exclamó:

—¡Mujercita, tienes un aire más fresco que todas tus flores! —Y la señora Woodcourt repitió y tradujo un pasaje del Mewlinwillinwodd, en el sentido de que yo era como una montaña bañada por el sol.

Todo resultó tan agradable que espero me hiciera parecerme aún más a aquella montaña que antes. Después del desayuno esperé una oportunidad y estuve atenta hasta que vi que mi Tutor se hallaba a solas en su propia habitación: en la habitación de ayer. Entonces me inventé una excusa para entrar en ella con mis llaves de la casa y cerrar la puerta detrás de mí.

—Bien, ¿señora Durden? —dijo mi Tutor, a quien habían llegado varias cartas y estaba escribiendo—. ¿Necesitas dinero?

—No, nada de eso, me queda mucho.

—Nunca ha habido nadie como la señora Durden —observó mi Tutor— para hacer que dure el dinero.

Dejó la pluma y se reclinó en la silla a mirarme. He hablado muchas veces de lo luminosa que era su expresión, pero creo que nunca la había visto tan luminosa y tan bondadosa. Estaba tan llena de felicidad que pensé: «Debe de haber hecho algún acto de gran bondad esta mañana».

—Nunca ha habido —repitió mi Tutor, sonriéndome con aire pensativo— nadie como la señora Durden para hacer que dure el dinero.

Nunca había modificado sus modales de siempre. Me encantaban, y lo quería tanto que cuando ahora me acerqué y ocupé mi asiento de costumbre, que siempre estaba al lado del suyo (porque a veces le leía en voz alta, otras hablaba con él y otras bordaba en silencio a su lado), titubeé en modificar su actitud al ponerle la mano al pecho, pero vi que no la modificaba en absoluto.

—Tutor querido —le dije—, quiero hablar con usted. ¿Tiene usted algo que reprocharme?

—¿Reprocharte algo, querida mía?

—¿No he sido lo que he pretendido ser desde que... le traje la respuesta a su carta, Tutor?

—Has sido todo lo que yo pudiera desear, amor mío.

—Me alegro mucho de saberlo —repliqué—. ¿Recuerda usted que me dijo si quería ser la señora de Casa Desolada, y yo dije que sí?

—Sí —dijo mi Tutor, asintiendo con la cabeza. Me había pasado el brazo por el hombro, como si hubiera algo de lo que protegerme, y me miraba sonriente a la cara.

—Desde entonces —dije— no hemos hablado más que una vez del tema.

—Y entonces dije que Casa Desolada se estaba despoblando a toda rapidez, y la verdad es que así era, hija mía.

—Y yo dije —le recordé tímidamente— que quedaba la señora de la casa.

Siguió tomándome del hombro con el mismo gesto protector y con la misma bondad luminosa en su rostro.

—Querido Tutor —dije—, yo sé cómo ha sentido usted todo lo ocurrido y lo considerado que ha sido. Como ha pasado tanto tiempo y nada más que esta mañana mencionó usted que yo volvía a estar tan bien, quizá espere usted de mí que vuelva al tema. Y quizá debiera yo hacerlo. Quiero ser la señora de Casa Desolada cuando usted quiera.

—Fíjate —me respondió, en tono alegre— qué coincidencias existen entre nosotros. No he estado pensando en otra cosa, con la excepción (y es una gran excepción) del pobre Rick. Cuando entraste, era eso en lo que estaba pensando. ¿Cuándo vamos a dar una señora a Casa Desolada, muchachita?

—Cuando usted quiera.

—¿El mes que viene?

—El mes que viene, Tutor querido.

—Entonces, el día en que voy a adoptar la medida más feliz y mejor de mi vida: el día en que seré un hombre más exultante y envidiable que ningún hombre del mundo, el día en que daré su señora a Casa Desolada, será el mes que viene —dijo mi Tutor.

Le eché los brazos al cuello para besarlo, igual que había hecho el día en que le llevé mi respuesta.

Llegó a la puerta una criada para anunciar al señor Bucket, lo cual era totalmente innecesario, pues el señor Bucket ya estaba mirando por encima del hombro de la criada y diciendo, casi sin aliento:

—Señor Jarndyce y señorita Summerson, con todas mis excusas por interrumpir, ¿querrían usted permitirme que ordene subir a una persona que está en la escalera y

que no quiere quedarse ahí, por si es objeto de observaciones durante su ausencia? Gracias. ¿Tendrían la bondad de subir en su silla a ese Diputado [97] por este camino? —exclamó el señor Bucket, llamando por encima de la barandilla.

Tan singular petición hizo que llegara un anciano que llevaba en la cabeza un bonete negro y no podía andar, al que subió un par de porteadores, que lo dejaron en la habitación, cerca de la puerta. El señor Bucket se deshizo inmediatamente de los porteadores, cerró la puerta con aire de misterio y le echó el cerrojo.

—Pues mire usted, señor Jarndyce —empezó a decir después, sacándose el sombrero e iniciando el tema con un gesto de su memorable índice—, usted me conoce, y la señorita Summerson me conoce. Este señor también me conoce, y se llama Smallweed. Trabaja sobre todo en la cuestión de los préstamos, y podrían ustedes decir que se ha especializado en los pagarés. Eso es lo suyo, ¿no? —preguntó el señor Bucket, deteniéndose un momento para dirigirse a aquel señor, que lo miraba con gran suspicacia.

Parecía estar a punto de discutir aquella descripción de sí mismo cuando lo sacudió un acceso violento de tos.

—¡Ahí está la moraleja, ya lo ve! —exclamó el señor Bucket, aprovechando el incidente—. No me contradiga sin motivo y no le pasarán estas cosas. Bueno, señor Jarndyce, me dirijo a usted. Estoy negociando con este señor en nombre de Sir Leicester Dedlock, Baronet, y entre unas cosas y otras he estado yendo y viniendo a su casa. Su casa es la que ocupaba anteriormente Krook, proveedor de la Marina; es pariente de aquel caballero a quien usted conoció en vida, si no me equivoco, ¿verdad?

Mi Tutor replicó:

—Sí.

—¡Bien! Debe usted comprender —dijo el señor Bucket— que este señor ha heredado los bienes de Krook, que es como decir la cueva de una urraca. Entre otras cosas, había montones de papel viejo. ¡Papeles que no le valían a nadie, se lo aseguro!

La mirada astuta que brillaba en los ojos del señor Bucket, y la manera magistral en la que lograba, sin una mirada ni una palabra contra las que pudiera protestar su alerta oyente, comunicarnos que expresaba el caso conforme a un acuerdo anterior y que podría decir mucho más acerca del señor Smallweed si lo considerase aconsejable, hacían que no tuviera ningún mérito por nuestra parte el comprender su significado. Sus dificultades se veían intensificadas porque a la suspicacia del señor Smallweed se sumaba su sordera, de modo que lo contemplaba con la mayor atención.

—Entre esos montones de papeles viejos, cuando este caballero hereda los bienes, naturalmente empieza a registrar, ¿entienden ustedes? —dijo el señor Bucket.

—¿Cómo? Repita eso —gritó el señor Smallweed, con voz chillona y aguda.

—A registrar —repitió el señor Bucket—. Como usted es hombre prudente y está acostumbrado a cuidar bien sus asuntos, empezó a registrar entre los papeles que había heredado, ¿no es verdad?

—Naturalmente que sí —gritó el señor Smallweed.

—Naturalmente que sí —comentó el señor Bucket, en tono festivo.

—Y lo raro sería que no lo hubiera usted hecho. Y así fue cómo se encontró —siguió diciendo el señor Bucket, inclinándose sobre él con un aire jovial que el señor Smallweed no reciprocó en absoluto—, y así es como encontró usted, naturalmente, un papel que llevaba la firma de Jarndyce. ¿No es verdad?

El señor Smallweed nos echó una mirada inquieta y asintió de mala gana.

—Y al ver ese documento, con toda calma y a su aire, sin prisas, porque usted no siente ninguna curiosidad al respecto, ¿y por qué iba a sentirla? Pues va y se encuentra usted con un Testamento, ¿no? Eso es lo divertido —siguió el señor Bucket, con el mismo aire animado de recordar un chiste para divertir al señor Smallweed, que seguía teniendo el mismo aspecto triste de no disfrutar en absoluto con todo aquello—, ¡que va y se encuentra usted más que un Testamento!

—Yo no sé si tiene validez como Testamento o como lo que sea —gruñó el señor Smallweed.

El señor Bucket se quedó mirando un momento al anciano (que había ido resbalando y hundiéndose en su silla hasta convertirse en un espantapájaros) como si estuviera dispuesto a darle de golpes; sin embargo, siguió inclinándose sobre él con el mismo aire agradable, mientras nos miraba por el rabillo del ojo.

—Sin embargo de lo cual —observó el señor Bucket—, a usted le entran unas ciertas dudas e inquietudes, dada la amabilidad de su corazón.

—¿Eh? ¿De qué corazón habla usted? —preguntó el señor Smallweed, llevándose una mano a la oreja.

—De su tierno corazón.

—¡Ah!, bueno, siga —dijo el señor Smallweed.

—Y como ha oído usted hablar mucho de un caso famoso de Testamentaría que está ante la Cancillería, y que lleva el mismo nombre, y como sabe usted lo listo que era Krook en cuanto a comprar todo género de muebles, libros, documentos, etcétera, viejos, y que no le agradaba separarse de ellos, y que siempre decía que iba a aprender a leer él solo, empezó usted a pensar (y fue la mejor idea que ha tenido usted en su vida): «Diablos, si no me ando con cuidado, puedo meterme en líos con este Testamento».

—Cuidado con lo que dice usted, Bucket —exclamó preocupado el anciano, llevándose la mano a la oreja—. Hable usted más alto; nada de trucos diabólicos. Levánteme usted; quiero escuchar mejor. ¡Dios mío, me están haciendo pedazos!

Desde luego, el señor Bucket lo levantó inmediatamente. Sin embargo, en cuanto pudimos entender lo que decía en medio de las toses y las exclamaciones furiosas del señor Smallweed de: «¡Pobre de mí! ¡Dios mío! ¡Estoy sin aliento! ¡Estoy peor que esa cerda charlatana, murmuradora y diabólica que hay en casa!», el señor Bucket siguió diciendo en el mismo tono bienhumorado de antes:

—De manera que, como tengo la costumbre de ir a casa de usted, usted me hace una confidencia, ¿no es verdad? Creo que sería imposible reconocer nada con peor voluntad y malos modales que los exhibidos por el señor Smallweed, con lo cual quedó en perfecta evidencia que el señor Bucket era la última persona del mundo a quien se le hubiera ocurrido hacer una confidencia, si hubiera tenido la menor posibilidad de evitarlo.

—Y yo estudio el asunto con usted, estamos muy de acuerdo al respecto y le confirmo en sus bien fundados temores de que se va usted a meter en un buen lío si no saca el famoso Testamento —dijo el señor Bucket, enfáticamente—, y por eso va usted y se las arregla conmigo para que se entregue aquí al señor Jarndyce, sin condiciones. Si tiene algún valor, usted confía en que él lo recompense, eso fue en lo que quedamos, ¿no es verdad?

—En eso quedamos —asintió el señor Smallweed, con igual de mala gana.

—Como consecuencia de lo cual —continuó diciendo el señor Bucket, deshaciéndose inmediatamente de sus modales placenteros y poniéndose en un tono muy profesional— usted tiene en estos momentos ese Testamento encima, y lo único que tiene usted que hacer es ¡sacarlo!

Tras echarnos otra mirada de reojo y frotarse triunfalmente la nariz con el índice, el señor Bucket se quedó con la mirada fija en su confiado amigo y con la mano alargada para tomar el documento y dárselo a mi Tutor. No lo sacó sin grandes renuncias y muchas declaraciones por parte del señor Smallweed en el sentido de que él era un pobre hombre industrioso y que confiaba al honor del señor Jarndyce el no hacer que su honradez le significara una pérdida. Poco a poco se sacó lentamente del bolsillo del pecho un papel descolorido y manchado, chamuscado por fuera y un poco quemado por los bordes, como si mucho tiempo atrás lo hubieran echado a un fuego y lo hubieran sacado a toda prisa. El señor Bucket no perdió el tiempo en llevar el papel, con la destreza de un prestidigitador, del señor Smallweed al señor Jarndyce. Al dárselo a mi Tutor, murmuró, tapándose la boca con una mano:

—No sabían cómo lucrarse con esto. Se pelearon y se sugirieron montones de cosas. He invertido veinte libras. Primero, los nietos avariciosos se pelearon con él porque están hartos de que siga vivo a pesar de sus años, y después se pelearon el uno con el otro. ¡Dios mío! En esa familia no hay ni uno que no fuera capaz de vender al otro por una libra o dos, salvo la vieja, y si ella no está metida en el asunto es porque no tiene cabeza suficiente para hacer un negocio.

—Señor Bucket —dijo mi Tutor—, cualquiera sea el valor de este documento para alguien, le estoy muy reconocido, y si vale de algo, me comprometo a que el señor Smallweed reciba una remuneración congrua.

—No es porque usted se la merezca, ya sabe —dijo el señor Bucket en amistosa explicación al señor Smallweed—. No es por eso. Será conforme a su valor.

—A eso me refiero —dijo mi Tutor—. Observará usted, señor Bucket, que me abstengo de examinar yo el documento. La verdad es que he renunciado a este asunto hace muchos años y abjurado de él, y estoy harto de él, pero la señorita Summerson y yo pondremos inmediatamente el documento en manos de mi abogado en la causa y comunicaremos su existencia a todas las demás partes interesadas.

—Ya comprenderá usted que el señor Jarndyce no puede prometer más que eso —observó el señor Bucket al otro visitante—. Y como ahora ya comprenderá usted que no se va a engañar a nadie (lo cual debe de resultar a usted de gran alivio), podemos proceder a la ceremonia de llevar a usted a su casa en la silla otra vez.

Quitó el cerrojo de la puerta, llamó a los porteadores, se despidió de nosotros, y con una mirada llena de significado y un gesto del índice al marcharse, se fue.

También nosotros nos fuimos hacia Lincoln's Inn a toda la velocidad posible. El señor Kenge no estaba ocupado, y lo encontramos a su escritorio, en su polvoriento despacho, con sus libros de aspecto inexpresivo y los montones de documentos. Cuando el señor Guppy nos trajo sillas, el señor Kenge expresó la sorpresa y la alegría que le producía la desusada presencia del señor Jarndyce en su bufete. Después se puso los impertinentes mientras hablaba, y se convirtió en el perfecto Kenge el Conservador.

—Espero —dijo el señor Kenge— que la benévola influencia de la señorita Summerson —con una inclinación hacia mí— haya inducido al señor Jarndyce —con una inclinación hacia él— a renunciar a parte de su animosidad contra una causa y contra un Tribunal que son..., si se me permite decirlo, que ocupan un lugar en el panorama majestuoso de los pilares de nuestra profesión.

—Yo me siento inclinado a pensar —replicó mi Tutor— que la señorita Summerson ha visto ya demasiado de los efectos del Tribunal y de la causa como para que ejerza ninguna influencia en su favor. Sin embargo, eso es parte del motivo por el cual estoy aquí. Señor Kenge, antes de depositar este documento en su escritorio y de terminar con él, permítame decirle cómo ha llegado a mis manos.

Así lo hizo, con brevedad y claridad.

—Señor mío, no podría —dijo el señor Kenge— explicarse de manera más clara y más al grano, aunque hubiera sido ante un Tribunal.

—¿Sabe usted de algún Tribunal o alguna instancia en Derecho ingleses que hayan sido jamás claros o hayan ido al grano? —preguntó mi Tutor.

—¡Hombre! —exclamó el señor Kenge.

Al principio no había parecido conceder mucha importancia al documento, pero al verlo pareció interesarse más, y cuando lo abrió y leyó un poco con sus impertinentes, se puso verdaderamente sorprendido, y dijo, levantando la vista de él:

—Señor Jarndyce, ¿lo ha visto usted?

—¡Yo, ni hablar! —replicó mi Tutor.

—Pero, señor mío —dijo el señor Kenge—, es un Testamento de fecha más tardía que todos los demás que hay en el pleito. Parece ser todo él ológrafo. Está escrito correctamente y tiene firmas de testigos. Y aunque existiera el objetivo de anularlo, como cabría suponer que denotan estas señales de llamas, no está anulado. ¡Aquí tenemos un instrumento perfecto!

—¡Bien! —dijo mi Tutor—. ¿A mí qué me importa?

—¡Señor Guppy! —exclamó el señor Kenge, elevando la voz—. Con su permiso, señor Jarndyce.

—Señor mío.

—Al señor Vholes, de Symond's Inn. Con mis saludos. Jarndyce y Jarndyce. Celebraría hablar con él.

Desapareció el señor Guppy.

—Me pregunta usted que qué le importa, señor Jarndyce. Si hubiera usted echado un vistazo a este documento, habría visto que reduce mucho su interés, aunque éste sigue siendo muy considerable, muy considerable —dijo el señor Kenge, moviendo la mano en gesto persuasivo y suave—. Habría usted visto, además, que los intereses del señor Richard Carstone y de la señorita Ada Clare, actualmente señora de Richard Cartone, se ven muy avanzados.

—Kenge —respondió mi Tutor—, si la mayor riqueza que el pleito ha traído a este repulsivo Tribunal de Cancillería pudiera corresponder a mis dos jóvenes primos, yo me quedaría muy contento. Pero ¿me pide usted a mí que crea que de Jarndyce y Jarndyce va a salir algo bueno?

—¡Vamos, vamos, señor Jarndyce! Prejuicios, prejuicios. Señor mío, éste es un gran país, un, gran país. Su sistema jurídico es un gran sistema, un gran sistema. ¡Vamos, vamos!

Mi Tutor no dijo nada más, y llegó el señor Vholes. Estaba modestamente impresionado por la eminencia profesional del señor Kenge.

—¿Cómo está usted, señor Vholes? ¿Tendría usted la bondad de tomar asiento a mi lado y mirar este documento?

El señor Vholes hizo lo que le pedían, y pareció que lo leía palabra por palabra. No pareció impresionarle, pero es que nada lo impresionaba. Una vez lo hubo examinado bien, se apartó a una ventana junto con el señor Kenge y, tapándose la boca con su guante negro, habló un rato con él. No me sorprendió observar que el señor Kenge se sentía inclinado a discutir lo que decía antes de que dijera mucho,

pues sabía que —nunca había dos personas que estuvieran de acuerdo en nada de lo relativo a Jarndyce y Jarndyce. Pero también pareció vencer al señor Kenge, en una conversación que parecía como si estuviera integrada por los términos de «Ejecutor de Hacienda», «Contable del Estado», «Contabilidad», «Testamentaría» y «Costas». Cuando terminaron, volvieron al escritorio del señor Kenge y hablaron en voz más alta.

—¡Bien! ¡Pues es un documento muy notable, señor Vholes! —dijo el señor Kenge.

—Muchísimo —asintió el señor Vholes.

—¿Y un documento muy importante, señor Vholes? —preguntó el señor Kenge.

—Importantísimo —volvió a asentir el señor Vholes.

—Y como dice usted, señor Vholes, cuando en el próximo curso vuelva a verse la causa, este documento constituirá un elemento imprevisto e interesante —dijo el señor Kenge, con una mirada altanera a mi Tutor.

El señor Vholes celebraba mucho, como profesional de menor categoría, ver confirmada aquella opinión, que era la suya, por tal autoridad.

—¿Y cuándo —preguntó mi Tutor, levantándose tras una pausa durante la cual el señor Kenge había hecho tintinear sus monedas y el señor Vholes se había rascado los granos— es el próximo curso?

—El próximo curso, señor Jarndyce, será el mes que viene —dijo el señor Kenge—. Naturalmente, procederemos a hacer de inmediato todo lo necesario con este documento, y a recoger las pruebas necesarias en relación con él, y, naturalmente, recibirá usted la habitual notificación nuestra acerca de la vista de la causa.

—A la cual, naturalmente, haré mi habitual caso.

—¿Sigue usted empeñado, señor mío —dijo el señor Kenge, acompañándonos por el antedespacho hacia la puerta—, sigue usted empeñado, pese a ser persona ilustrada, en hacerse eco de ese prejuicio del populacho? Somos una comunidad próspera, señor Jarndyce, una comunidad muy próspera. Somos un gran país, señor Jarndyce, un gran país. Éste es un gran sistema, señor Jarndyce, ¿y desearía usted que un gran país tuviera un sistema pequeño? ¡Vamos, vamos, vamos!

Mientras decía aquellas palabras, movía suavemente la mano derecha, como si fuera una espátula de plata con la que repartir el cemento de sus frases sobre la estructura del sistema, a fin de consolidarlo para mil siglos.

63. Hierro y acero

LA GALERÍA de tiro de George tiene el letrero de «Se alquila», se han vendido sus existencias y el propio George está en Chesney Wold para cuidar de Sir Leicester en sus paseos a caballo, montando a su lado, porque Sir Leicester guía a su caballo con mano muy incierta. Pero hoy George no está ocupado en eso. Hoy viaja al país del hierro, en el Norte, para ver cómo están las cosas.

Al llegar más al norte del país del hierro, deja tras él los bosques verdes y jugosos como los de Chesney Wold, y los elementos del paisaje pasan a ser los pozos de carbón y las cenizas, altas chimeneas y ladrillos rojos, un verdor agostado, unos fuegos ardientes y una nube de humo denso que no se disipa nunca. Entre esos objetos cabalga el soldado, mirando en su derredor y siempre buscando algo que ha venido a encontrar.

Por último, en el puente negro del canal de una ciudad muy activa, en la que resuena el hierro y hay más fuegos y más humos que jamás haya visto en su vida, el soldado, ennegrecido por el polvo de los caminos del carbón, frena a su caballo y pregunta un obrero si conoce a alguien llamado Rouncewell en las cercanías.

—¡Hombre, jefe —dice el obrero—, eso es como preguntarme si conozco a mi padre!

—¿Tan conocido es por aquí, camarada? —pregunta el soldado.

—¿Rouncewell? ¡Y tanto!

—¿Y dónde podría encontrarlo? —vuelve a preguntar el soldado, que echa un vistazo en su derredor.

—¿El banco, la fábrica o la casa? —quiere saber el obrero.

—¡Jem! Según parece, Rouncewell es tan importante —murmura el soldado—, que casi me dan ganas de darme la vuelta. Pero es que no sé exactamente lo que quiero. ¿Cree usted que podré encontrar al señor Rouncewell en la fábrica?

—No es fácil saber dónde va usted a encontrarlo; a esta hora del día podría usted encontrarlo ahí, a él o a su hijo, si está en la ciudad; pero como tiene muchos contratos, ha de salir mucho.

¿Y cuál es la fábrica? Pues si ve esas chimeneas... ¡las más altas! Sí, las ve. Bueno, pues siga atento a esas chimeneas, vaya hacia ellas todo derecho, pronto verá una vuelta a la izquierda, cerrada por un gran muro de ladrillo que forma un lado de la calle. Ésa es la fábrica de Rouncewell.

El soldado da las gracias a su informador y sigue adelante lentamente, pero deja su caballo (y casi le dan ganas de ponerse a cepillarlo) en una taberna en la que están comiendo algunos de los empleados de Rouncewell, según le dice el hostelero. Algunos de los empleados de Rouncewell acaban de salir para la comida y parecen invadir toda la ciudad. Los empleados de Rouncewell son muy musculosos y fuertes,

y también están un tanto ennegrecidos.

Llega a una puerta en medio del gran muro, mira y ve una confusión de hierros tirados por el suelo, en todo género de estados y de toda clase de formas: lingotes, cuñas, planchas; tanques, calderas, ejes, ruedas; engranajes, raíles; hierros retorcidos y rotos en formas excéntricas y curiosas, como trozos sueltos de maquinaria, montañas de chatarra y de hierro oxidado; hornos distantes de hierro que vibra y gorgotea en su juventud; hogueras de él que echan chispas por todas partes bajo los golpes del martillo pilón; hierro al rojo, hierro al blanco, hierro negro; un sabor a hierro, un olor a hierro y una Babel de sonidos de hierro.

—¡Esto es como para darle a uno dolor de cabeza! —se dice el soldado, que busca con la mirada una oficina—. ¿Quién viene aquí? Debe de parecerse a mí antes de alistarme. Si el parecido es de familia, debe de ser mi sobrino. A su servicio, señor mío.

—Y yo al suyo, caballero. ¿Busca usted a alguien?

—Con su permiso. ¿Es usted el hijo del señor Rouncewell?

—Sí.

—Estaba buscando a su padre, señor mío. Desearía hablar con él.

El joven le dice que ha escogido bien la hora, pues su padre está allí, y le enseña el camino a la oficina donde podrá encontrarlo.

«Se parece mucho a mí antes de alistarme, muchísimo», piensa el soldado, mientras lo sigue. Llegan a un edificio en el patio, con una oficina en un piso alto. Al ver al caballero que hay en la oficina, George enrojece totalmente.

—¿Qué nombre le digo a mi padre? —pregunta el joven.

George, que tiene la cabeza llena de hierro, responde, desesperado: «Steel» [Acero], y por ese nombre lo presentan. Se queda a solas con el caballero de la oficina, que está sentado a una mesa con unos libros de contabilidad ante sí y unas hojas de papel, llenas de multitudes de cifras y dibujos de formas complicadas. Es una oficina desnuda, de ventanas desnudas, que da al patio del hierro de abajo. Amontonados en la mesa hay algunos pedazos de hierro, rotos adrede para ponerlos a prueba en diversos momentos de sus diversas funciones. Hay polvo de hierro por todas partes, y por las ventanas se ve el humo que sale denso de las altas chimeneas, para mezclarse con el humo de la vaporosa Babilonia de otras chimeneas.

—A su servicio, señor Steel —dice el ocupante cuando su visitante toma una silla llena de polvo de hierro.

—Pues bien, señor Rouncewell —responde el soldado, que se inclina adelante, con el brazo izquierdo apoyado en la rodilla y el sombrero en la mano, evitando cautelosamente mirar a los ojos de su hermano—, no me extrañaría nada que en esta visita me haya tomado demasiadas libertades para que me dé usted la bienvenida. En tiempos serví en Caballería, y un camarada mío, con el que trabé bastante amistad,

era, si no me equivoco, hermano de usted. Usted tuvo un hermano que causó algunos problemas a su familia y se escapó, y nunca hizo nada bueno, salvo mantenerse lejos de ustedes, ¿verdad?

—¿Está usted seguro —responde el industrial, con voz alterada— de llamarse Steel?

El soldado titubea y lo mira. Su hermano se pone en pie, lo llama por su verdadero nombre y le da un abrazo.

—¡Eres demasiado agudo para mí! —exclama el soldado, con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo estás, querido hermano? Nunca me imaginé que te pusieras ni la mitad de contento de verme. ¿Cómo estás, mi querido hermano, cómo te va?

Se dan la mano y se abrazan una y otra vez, y el soldado sigue repitiendo: «¿Cómo estás, mi querido hermano?», junto con sus protestas de que nunca se había imaginado que su hermano se alegrara ni siquiera la mitad de volverlo a ver.

—Tanto así —declara tras un relato minucioso de todo lo que ha precedido a su llegada—, que no estaba nada decidido a darme a conocer. Pensé que si reaccionabas con clemencia al oír mi nombre, podría ir llegando gradualmente a la decisión de escribirte una carta. Pero, hermano, no me hubiera sorprendido nada si hubieras considerado que el tener noticias mías no era precisamente una buena noticia.

—Vamos a enseñarte en casa qué clase de noticias nos parecen éstas, George —responde su hermano—. Éste es un gran día para la familia, y tú, mi viejo soldado bronceado, no podías haber llegado en uno mejor. Hoy he llegado a un acuerdo con mi hijo en que dentro de doce meses se casará con una joven que no has visto más guapa ni más buena en todos tus viajes. Ella sale mañana para Alemania con una de tus sobrinas a completar un poco su educación. Hemos decidido celebrarlo con una fiesta, y tú vas a ser el héroe de ella.

El señor George se siente tan abrumado al principio por esa perspectiva que se resiste con gran seriedad al honor que se propone. Vencido, sin embargo, por su hermano y su sobrino (al cual renueva sus protestas de que nunca hubiera imaginado que se fueran a alegrar ni la mitad de verlo), se lo llevan a una elegante casa, en toda la disposición de la cual se observa una agradable mezcla de los hábitos inicialmente sencillos del padre y de la madre con los que corresponden a su cambio de condición y a las fortunas mayores de sus hijos. Aquí el señor George se siente superado por los encantos y las perfecciones de sus sobrinas y por los de la que va a serlo, Rosa, así como por los saludos afectuosos con que lo acogen todas estas señoritas, que él recibe sumido en una especie de sueño. También se ve muy sorprendido por el comportamiento de su sobrino, y tiene una penosa conciencia de haber sido un pródigo. Sin embargo, reina una gran alegría, la compañía está muy animada, todo el mundo disfruta mucho, y el señor George se comporta con gran firmeza y marcialidad a lo largo de la fiesta, y su promesa de venir a la boda y de actuar como

padrino de la novia se recibe con el favor universal.

Al señor George le da vueltas la cabeza esa noche cuando yace en la habitación principal de la casa de su hermano y piensa en todo eso y ve las imágenes de sus sobrinas (imponentes toda la noche con sus vestidos de muselina) que bailan el vals a la alemana con sus parejas.

A la mañana siguiente los dos hermanos se encierran en la habitación del industrial, donde el mayor de los dos procede a su aire claro y sensato a indicar cuál es el mejor empleo que puede dar a George en sus negocios, cuando George le aprieta la mano y le hace parar.

—Hermano, te doy un millón de gracias por tu acogida más que fraternal, y un millón más por tus fraternales intenciones. Pero mis planes están hechos. Antes de decirte una palabra de ellos quiero consultarte sobre una cuestión de familia —dice el soldado, cruzándose de brazos y mirando con una firmeza indomable a su hermano—. ¿Cómo lograr que mi madre me borre?

—No estoy seguro de comprenderte, George —replica el industrial.

—Digo, hermano, que cómo se puede lograr que mi madre me borre. No sé cómo, pero hay que lograrlo.

—¿Quieres decir que te borre de su testamento?

—Claro. En resumen —insiste el soldado, que se cruza de brazos con más firmeza todavía—. Quiero decir ¡que me borre!

—Pero, mi querido George —responde su hermano—, ¿es que te parece indispensable pasar por ese proceso?

—¡Totalmente! ¡Absolutamente! No puedo cometer la mezquindad de volver si no es así. Siempre podría volverme a marchar otra vez. No he vuelto a casa a escondidas para robar a tus hijos, por no decir a ti mismo, hermano, de vuestros derechos, ¡yo, que renuncié a los míos hace tanto tiempo! Si quiero quedarme y llevar alta la cabeza, tiene que borrarme. Vamos. Tú eres hombre conocido por tu agudeza y tu inteligencia, y me puedes decir cómo lograrlo.

—Lo que te puedo decir, George —responde lentamente el industrial—, es cómo no lograrlo, lo cual creo que te puede valer— igual de bien. Mira a nuestra madre, piensa en ella, recuerda su emoción al recuperarte. ¿Crees que existe una sola consideración en el mundo para inducirla a hacer algo así en contra de su hijo favorito? ¿Crees que hay alguna posibilidad de que consienta, que compense el insulto que sería para ella (¡nuestra querida y anciana madre!) el proponérselo? Si lo crees, te equivocas. ¡No, George! Tienes que decidirte a que no te borre. Creo —y el industrial tiene una sonrisa divertida al contemplar a su hermano— que, sin embargo, puedes arreglar algo que te valdría igual que si lo hicieras, sin embargo.

—¿Qué, hermano?

—Si te empeñas, puedes disponer en tu testamento lo que quieres que se haga de

la forma que quieras, con todo lo que tengas la desgracia de heredar, ya sabes.

—¡Es verdad! —exclama el soldado, que vuelve a reflexionar. Después pregunta pensativo, con la mano de su hermano entre las suyas:— ¿Te importaría mencionárselo, hermano, a tu mujer y tu familia?

—En absoluto.

—Gracias. ¿No te importaría decir, quizá, que, aunque sin duda soy un vagabundo, soy más bien un vagabundo cabeza loca, y no del género de los malvados?

El industrial sofoca una sonrisa divertida y asiente.

—Gracias. Gracias. Eso me quita un peso de encima —dice el soldado, exhalando un suspiro mientras descruza los brazos y se apoya una mano en cada pierna—, ¡aunque la verdad es que estaba decidido a que me borrara!

Los hermanos, sentados frente a frente, se parecen mucho, pero la verdad es que quien tiene los modales más sencillos y está evidentemente menos acostumbrado a los usos mundanos es el soldado.

—Bueno —continúa diciendo éste, que olvida su desencanto—, pasemos a lo último, que son los planes que te dije. Has sido lo bastante fraternal como para proponer me que me quedara aquí y que ocupara un lugar entre los productos de tu perseverancia y tu buen sentido. Te doy las gracias de todo corazón. Como te he dicho antes, eso es más que fraternal, y te doy las gracias de todo corazón —con un largo apretón de manos—. Pero la verdad, hermano, es que yo soy una especie de mala hierba y es demasiado tarde para plantarme en un jardín.

—Mi querido George —responde el hermano mayor, concentrando en él su firme mirada y con una sonrisa confiada—, déjame eso a mí, déjame que lo intente.

George niega con la cabeza:

—No me cabe duda de que si alguien pudiera lograrlo serías tú, pero no se puede lograr. ¡No se puede lograr, señor mío! Y en cambio, por otra parte, puedo resultarle algo útil a Sir Leicester Dedlock desde que cayó enfermo, por desgracias de familia, y que prefiere contar con la ayuda del hijo de nuestra madre que con la de ningún otro.

—Bueno, mi querido George —replica el otro, cuyo rostro se ensombrece un poco—, si prefieres servir en la brigada doméstica de Sir Leicester Dedlock mejor que...

—¡Ya lo ves, hermano! —exclama el soldado, frenándolo y volviéndose a poner una mano en la rodilla—, ¡ya lo ves! No te gusta la idea. No estás acostumbrado a recibir órdenes de oficiales; yo sí. Tú eres todo orden y disciplina, yo necesito que alguien me los imponga. No estamos acostumbrados a llevar las cosas en la misma mano, ni a 'mirarlas desde el mismo punto de vista. No quiero hablar de mis soldadescos modales, porque anoche no les parecieron mal a nadie, y estoy seguro de

que aquí nadie les haría ningún caso. Pero lo mejor es que me vaya a Chesney Wold, donde hay más sitio que aquí para una mala hierba, y además nuestra anciana madre se alegrará mucho de tenerme a su lado. Por eso acepto las propuestas de Sir Leicester Dedlock. Cuando aparezca por aquí el año que viene para ser el padrino de la novia, o cuando sea que aparezca, tendré el buen sentido de mantener lejos a la brigada doméstica y de no llevarla de maniobras en tu terreno. Te doy las gracias de todo corazón una vez más y me siento orgulloso al pensar en la dinastía Rouncewell que estás fundando.

—Tú te conoces, George —dice el hermano mayor, devolviéndole el apretón de manos—, y quizá me conoces a mí mejor que yo mismo. Sigue tu camino. Con tal de que no nos volvamos a perder el uno del otro, sigue tu camino.

—¡Eso no lo temas! —responde el soldado—. Y ahora, hermano, antes de llevar a mi caballo a casa, te pido (si tienes la amabilidad) que te hagas cargo de una carta en mi nombre. La he traído para enviarla desde aquí, porque ahora mismo el nombre de Chesney Wold podría resultar doloroso para la persona a la que está dirigida. Yo no estoy muy acostumbrado a la correspondencia, y me preocupa en particular esta carta, porque quiero que sea al mismo tiempo clara y delicada.

Con lo cual entrega una carta, escrita con una tinta algo pálida, pero con clara letra redonda, al industrial, que lee lo siguiente:

«SRTA. ESTHER SUMMERSON:

Como el Inspector Bucket me ha comunicado que entre los papeles de una cierta persona se ha encontrado una carta dirigida a mí, me tomo la libertad de informar a usted de que no eran más que unas líneas de instrucciones enviadas desde el extranjero acerca de dónde, cuándo y cómo entregar una carta adjunta a una dama joven y bella, que entonces todavía no estaba casada y vivía en Inglaterra. Yo cumplí las órdenes como era debido.

Me tomo además la libertad de comunicar a usted que si salió de mis manos fue únicamente como prueba de caligrafía, y que de lo contrario yo no la hubiera entregado, por parecerme que donde menos daño podía hacer era en mi posesión, salvo que me hubieran pegado un tiro en el corazón.

Me tomo además la libertad de decir que, de haber supuesto que cierto infortunado caballero seguía existiendo, jamás hubiera descansado, ni podido descansar, hasta haber descubierto su paradero y haber compartido hasta mi último medio penique con él, como hubiera sido tanto mi deber como mi agrado. Pero (oficialmente) había muerto ahogado, y no cabe duda de que había caído por la borda de un transporte de tropas una noche en un puerto irlandés, pocas horas después de que el buque llegara de las Indias Occidentales, como comunicaron a quien esto escribe tanto los oficiales como el resto de los hombres que iban a bordo, y como sé que se vio confirmado

(oficialmente).

Me tomo además la libertad de afirmar que, en mi humilde calidad de miembro de la tropa, soy, y seguiré siendo siempre, su humilde y devoto servidor, y que considero las cualidades que usted posee por encima del resto de la humanidad, muy superiores a los límites del presente parte.

*Siempre a sus pies,
GEORGE».*

—Un tanto formal —comenta el hermano mayor, que vuelve a plegar la carta con gesto de confusión.

—Pero ¿no contiene nada que no se pueda enviar a una señorita que es todo un modelo de virtudes? —pregunta el menor.

—Nada en absoluto.

Tras lo cual se sella y se deposita para enviarla con el resto de la férrea correspondencia del día. Una vez hecho esto, el señor George se despide animadamente del grupo familiar y se dispone a ensillar su caballo y montarlo. Sin embargo, su hermano, que no quiere separarse de él tan pronto, propone que vayan juntos en un carruaje pequeño hasta el lugar donde va a pasar esa noche, y quedarse con él hasta la mañana siguiente, mientras un criado lleva al caballo gris de pura raza de Chesney Wold durante esa parte del viaje. La oferta se acepta con alegría, y a ella siguen un viaje agradable, una cena agradable y un desayuno agradable, todo ello en fraternal comunión. Vuelven a darse fuertes apretones de manos y se separan, el industrial camino del humo y los fuegos, el soldado camino del país verde. A primera hora de la tarde se oye el ruido sofocado de su pesado trote militar en la avenida, cuando él cabalga imaginándose el tintineo y el golpeteo de sus arneses militares bajo los viejos álamos.

64. La narración de Esther

Poco después de aquella conversación con mi Tutor, una mañana éste me puso un papel sellado en la mano y me dijo:

—Para el mes que viene, querida mía. —Dentro encontré 200 libras.

Entonces empecé a hacer tranquilamente los preparativos que me parecieron necesarios. Regulé mis compras conforme a los gustos de mi Tutor, que, naturalmente, conocía muy bien, organicé mi ajuar con objeto de agradarlo y esperé tener el mayor éxito posible. Lo hice todo con discreción, porque no acababa de liberarme de mi vieja aprensión de que Ada lo sintiera mucho, y por lo discreto que era mi propio Tutor. No me cabía duda de que, dadas todas las circunstancias, nos casaríamos en la mayor de las intimidades y con gran sencillez. Quizá hubiera debido decir sencillamente a Ada: «¿Quieres venir a mi boda mañana, cariño mío?». Quizá nuestra boda pudiera ser incluso tan poco pretenciosa como la suya, y no me fuera necesario decir nada de ella hasta que hubiera pasado. Pensé que si podía escoger eso sería lo mejor.

La única excepción que hice fue con la señora Woodcourt. Le dije que iba a casarme con mi Tutor y que llevábamos prometidos desde hacía algún tiempo. Lo aprobó totalmente. Siempre estaba dispuesta a todo por mí, y ahora estaba considerablemente ablandada, en comparación con cómo había estado cuando acabábamos de conocerla. No había molestias que no estuviera dispuesta a tomarse por mí, pero huelga decir que no le permití tomarse sino las mínimas posibles para satisfacer su amabilidad sin que se cansara.

Naturalmente, no era aquellos momentos para descuidar a mi Tutor, y naturalmente tampoco para descuidar a mi niña. Así que estaba muy ocupada, lo cual celebraba; y en cuanto a Charley, las labores de aguja la absorbían totalmente: el enterrarse bajo grandes montones de labores (cestos enteros) y hacer un poco y pasar muchísimo tiempo mirando con sus ojazos redondos todo lo que había que hacer, y convenciéndose de que todo lo iba a hacer ella, eran las grandes dignidades y alegrías de Charley.

Entre tanto, he de decirlo, no podía ponerme de acuerdo con mi Tutor en cuanto al tema del testamento, y seguía abrigando esperanzas optimistas acerca de Jarndyce y Jarndyce. Pronto se verá cuál de los dos tenía razón, pero desde luego yo abrigaba esperanzas. En Richard, aquel descubrimiento causó un estallido de actividad y de agitación que lo reanimaron durante un tiempo, pero ya había perdido incluso la elasticidad de la esperanza, y a mí me parecía que sólo conservaba sus preocupaciones febriles. Por algo que dijo mi Tutor un día, cuando estábamos hablando del asunto, comprendí que mi boda no se celebraría hasta después del Curso que nos habían dicho esperásemos, y por eso pensé todavía más lo que celebraría yo

que pudiera casarme cuando Richard y Ada estuvieran en condiciones más prósperas.

Ya se acercaba mucho el tal Curso cuando mi Tutor tuvo que salir de la ciudad e ir a Yorkshire para algo relacionado con el señor Woodcourt. Me había anunciado de antemano que sería necesaria su presencia. Acababa yo de llegar una noche de casa de mi querida niña, y estaba sentada en medio de todos mis vestidos nuevos, contemplándolos en mi derredor y pensado, cuando me trajeron una carta de mi Tutor. Me pedía que fuese a reunirme con él en el campo, y mencionaba en qué diligencia me había reservado plaza y a qué hora de la mañana debía yo salir de la ciudad. Añadía en una breve posdata que no estaría muchas horas alejada de Ada.

Lo que menos me podía esperar yo en aquellos momentos era un viaje, pero en media hora me preparé para hacerlo, y salí a la hora prevista de la mañana siguiente.

Estuve viajando todo el día, preguntándome para qué haría falta que me desplazara a tanta distancia; unas veces me imaginaba que sería para una cosa y otras que sería para otra, pero nunca, nunca, nunca me aproximé a la verdad.

Cuando llegué al final de mi viaje ya era de noche, y me encontré con mi Tutor, que me esperaba. Aquello fue un gran alivio para mí, pues al caer la tarde había empezado a temer (tanto más cuanto que su carta era muy breve) que quizá estuviera enfermo. Pero allí estaba, perfectamente bien, y cuando volví a ver aquel rostro bienhumorado, con su gesto más radiante y cordial, me dije que debía de acabar de hacer otra gran bondad. Tampoco hacía falta ser muy penetrante para pensarlo, porque ya sabía yo que si había ido allí era para hacer algo bueno.

En el hotel nos esperaba la cena, y cuando nos quedamos solos a la mesa me preguntó:

—Mujercita, ¿no estás llena de curiosidad por saber por qué te he hecho venir aquí?

—Bueno, Tutor —le respondí—, sin considerarme yo una Fátima ni a usted un Barba Azul, algo de curiosidad sí que siento.

—Entonces, amor mío, para estar seguros de que vas a descansar bien esta noche —me contestó en tono alegre—, no voy a esperar hasta mañana para decirte cuánto deseaba yo expresar a Woodcourt, como fuera, la forma en que aprecio su humanidad para con el pobre Jo, sus inestimables servicios a mis jóvenes primos y su valía para todos nosotros. Cuando se decidió que ocupara un puesto aquí se me ocurrió que podría pedirle que aceptara un lugar sencillo y adecuado en el que alojarse. En consecuencia, hice que buscaran un sitio así, como se ha encontrado en muy buenas condiciones, y lo he estado retocando a fin de hacer que le resulte más habitable. Sin embargo, cuando fui allí el otro día y me dijeron que ya estaba listo vi que yo no era lo bastante amo de llaves como para saber si todo estaba como debía estar. Por eso he enviado a buscar a la mejor amita de casa posible, para que venga a darme su consejo y su asesoramiento. ¡Y aquí la tenemos —terminó mi Tutor—, aunque se ríe y llora al

mismo tiempo!

Como era tan bueno, tan cariñoso y tan admirable, traté de decirle lo que pensaba de él, pero no pude decir una palabra.

—¡Vamos, vamos! —dijo mi Tutor—. No exageremos, mujercita. ¡Cómo lloras, señora Durden, cómo lloras!

—Es de pura alegría, Tutor, porque el corazón me desborda de agradecimiento.

—Bueno, bueno —me respondió—, me alegro de que te guste. Ya lo pensaba yo. Quería que fuera una sorpresa agradable para la joven señora de Casa Desolada. Lo besé y me sequé los ojos.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamé—. Lo había advertido en su cara hace mucho tiempo.

—¿De verdad, querida mía? —comentó él—. ¡Es una maravilla la señora Durden en esto de leer en las caras!

Estaba tan simpático y animado que yo no pude evitar el estarlo también al cabo de poco rato, y casi sentía vergüenza de no haberlo estado antes. Cuando me fui a la cama lloré; confieso que lloré, pero espero que fuera de alegría, aunque no estoy del todo segura de que así fuera. Me repetí dos veces cada frase de la carta.

Llegó una magnífica mañana de verano, y después del desayuno salimos del brazo a ver la casa sobre la que yo debía dar mi imponente opinión de ama de llaves. En tramos en un jardín de flores por una puertecilla de un muro lateral, de la que él tenía la llave, y lo primero que vi fueron los lechos y las flores, todo dispuesto igual que hacía yo en casa.

—Ya ves, querida mía —observó mi Tutor, que se detuvo con un gesto encantado a ver qué decía yo—; como sabía que no podía haber un plan mejor, imité el tuyo.

Pasamos, por entre unos preciosos árboles frutales, donde ya había cerezas colgando entre las verdes hojas, y las sombras de los manzanos jugaban en la hierba, a la casa en sí, que era una casita muy rústica con habitaciones como de muñecas, pero era tan bonita, tan tranquila y tan encantadora, con un paisaje tan rico y risueño alrededor, con el agua centelleante en la distancia, aquí toda poblada con la vegetación del verano, allá haciendo girar un molino resonante, en el punto más cercano rozando con un prado junto a un pueblo alegre, donde se reunían jugadores de cricket en grupos llenos de color y ondeaba una bandera, sobre una tienda de campaña blanca, al blando viento del oeste. Y al ir recorriendo aquellas bonitas habitaciones, saliendo por las puertas rústicas de la galería y bajo las diminutas columnatas de madera, con sus guirnaldas de madreselvas, jazmines y zapaticos, vi además en los papeles de las paredes, en los colores de los muebles, en la disposición de todos los objetos tan bonitos, reproducidos mis pequeños gustos y aficiones, mis pequeños métodos e invenciones, de los que se reían al mismo tiempo que los elogiaban, mis pequeñas manías por todas partes.

No tenía yo palabras para admirar todas aquellas bellezas, pero al verlas surgió en mi mente una duda. Pensé: «¡Ojalá que esto lo haga feliz! ¿No hubiera sido mejor para su tranquilidad no tenerme siempre delante?». Porque, si bien yo no era lo que él creía, seguía queriéndome mucho, y quizá le recordase tristemente lo que creía haber perdido. No es que deseara que me olvidase, y quizá de no tener todos aquellos recuerdos míos ante sí hubiera podido hacerlo, pero mi camino era más fácil que el suyo, y yo hubiera podido incluso aceptarlo si eso valía para que él fuera más feliz.

—Y ahora, mujercita —dijo mi Tutor, a quien nunca había visto yo tan orgulloso y tan alegre como al mostrarme todo aquello y observar que me gustaba— ahora, lo último de todo, el nombre de esta casa.

—¿Cómo se llama, mi querido Tutor?

—Hija mía —me dijo—, ven a verlo.

Me llevó al porche, que había eludido hasta entonces, y antes de salir hizo una pausa y dijo:

—Hija mía querida, ¿no te supones el nombre?

—¡No! —exclamé.

Salimos al porche y me enseñó, escrito encima: CASA DESOLADA.

Me llevó a un banco que había allí, entre los árboles, se sentó a mi lado, tomó una de mis manos entre las suyas y me habló así:

—Alma mía, en todo lo que ha sucedido entre nosotros yo siempre me he preocupado ante todo, espero, de tu felicidad. Cuando te escribí la carta a la que trajiste la respuesta —con una sonrisa al recordarlo— pensaba demasiado en la mía, pero también en la tuya. No necesito preguntarme si, en diferentes circunstancias, podría yo haber renovado el antiguo sueño que abrigaba cuando tú eras muy joven de hacerte mi esposa algún día. Lo renové y te escribí la carta y tú trajiste tu respuesta. ¿Sigues lo que te estoy diciendo, hija mía?

Yo tenía frío y temblaba violentamente, pero no me perdía ni una palabra de las que me decía. Mientras estaba allí sentada, mirándolo fijamente, y mientras los rayos del sol descendían con un brillo suave entre las hojas para darle en la cabeza descubierta, me parecía que lo que brillaba sobre él debía ser como el brillo de los ángeles.

—Escúchame, amor mío, pero no digas nada. Ahora soy yo quien tiene que hablar. No importa en qué momento empecé a dudar de que lo que había hecho yo sirviera para hacerte realmente feliz. Volvió Woodcourt y pronto no me cupo ninguna duda.

Le eché los brazos al cuello y le apoyé la cabeza en el pecho y lloré.

—Puedes seguir así cuanto tiempo quieras —me dijo apretándome suavemente—. Soy tu Tutor y ahora tu padre. Apóyate en mí con confianza.

Con voz tranquila, como el roce del viento en las hojas, y bienhumorada, como el

tiempo de verano, y radiante y benéfica, como la luz del sol, continuó:

—Compréndeme, hija mía. No me cabía duda de que estabas satisfecha y contenta conmigo, dado lo fiel y lo cariñosa que eres, pero vi con quién serías más feliz. No tiene nada de extraño que lograra penetrar en el secreto de él cuando la señora Durden estaba ciega a él, pues yo sabía mucho mejor que ello lo inmutable de su bondad. Bien, gozo desde hace tiempo de la confianza de Allan Woodcourt, aunque yo no le hice ninguna confidencia a él hasta ayer, unas horas antes de tu llegada. Pero yo no quería que se perdiera el brillante ejemplo de mi Esther; no estaba dispuesto a que pasaran sin observar ni una sola de las virtudes de mi querida hija; no la hubiera dejado entrar como si nada en el linaje de Morgan ap Kerrig, ¡ni por todo el oro de las montañas de Gales!

Se detuvo para darme un beso en la frente, y yo volví a sollozar y a llorar. Porque sentía que no podía soportar la dolorosa delicia de sus elogios.

—¡Calma, mujercita! No llores; hoy es un día de alegría. ¡Llevo esperándolo —dijo exultante— desde hace meses! Unas palabras más, señora Trot, y termino. Decidido a no desperdiciar ni un átomo del valor de mi Esther, me confié por separado a la señora Woodcourt. «Mire, señora», le dije, «percibo claramente, y de hecho sé perfectamente, que su hijo ama a mi pupila. Además, estoy segurísimo de que mi pupila ama a su hijo, pero está dispuesta a sacrificar su amor por sentimientos de deber y de afecto, y a sacrificarlo de manera tan total, tan completa, tan religiosa, que usted nunca podría sospecharlo, aunque la vigilara día y noche». Después le conté nuestra historia, la nuestra, la tuya y mía. «Y ahora, señora», dije, «como ya lo sabe, venga a pasar una temporada con nosotros. Venga a ver a mi hija hora tras hora; compare lo que vea con sus orígenes, que son éste y éste», pues no me pareció bien disimular, «y cuando haya usted decidido dígame cuál es la verdadera legitimidad». ¡Y en honor de su vieja sangre galesa —exclamó mi Tutor entusiasmado—, creo que el corazón al que anima no late con menos calor, con menos admiración, con menos amor por la señora Durden que el mío!

Me levantó tiernamente la cabeza mientras yo me aferraba a él, y me besó una vez tras otra a su viejo estilo paternal. ¡Cómo se aclaraba ahora su aire protector en el que tanto había pensado yo!

—Una última palabra. Cuando Allan Woodcourt habló contigo, hija mía, lo hizo con mi conocimiento y mi consentimiento, pero no le di alientos, pues esta sorpresa era mi gran recompensa, y era demasiado avaro como para privarme de una parte de ella. Él tenía que venir a decirme todo lo que hubiera pasado y lo hizo. No tengo más que decir. Hija mía, Allan Woodcourt estuvo junto a tu padre cuando murió éste, y estuvo junto a tu madre. Ésta es Casa Desolada. Hoy entrego esta casa a su pequeña señora, ¡y por Dios que es el día más feliz de mi vida!

Se levantó y me levantó con él. Ya no estábamos solos. Mi marido (hace ya siete

años que lo llamo así) estaba a mi lado.

—Allan —dijo mi Tutor—, acepta de mí un regalo que quiere serlo, la mejor esposa que pueda tener un hombre. ¡Qué mejor puedo decir de ti, sino que creo que la mereces! Toma con ella la casita que te aporta. Ya sabes en qué la convertirá, Allan; ya sabes lo que hizo con su tocaya. Permittedme que alguna vez comparta su felicidad. ¿Qué sacrificio yo? Nada, nada.

Me besó una vez más, y esta vez con lágrimas en los ojos, mientras decía en voz más baja:

—Esther, alma mía, al cabo de tantos años, esto también es una especie de despedida. Sé que mi error te ha causado algún problema. Perdona a tu viejo Tutor y devuélvele el lugar que ocupaba antes en tu afecto, y borra el error de tu memoria. Allan, toma a mi hija.

Se fue yendo bajo la techumbre de verdes hojas, y al llegar al sol, ya fuera, se volvió animado hacia nosotros y dijo:

—Me podréis encontrar por aquí. Sopla viento de Poniente, mujercita, ¡de Poniente! Que nadie me vuelva a dar las gracias, pues vuelvo a recuperar mis hábitos de solterón, y si alguien olvida esta advertencia, ¡me escaparé para no volver!

¡Qué felicidad la nuestra aquel día, qué alegría, qué descanso, qué esperanza, qué gratitud, qué dicha! Nos casaríamos antes de que terminara el mes, pero la fecha en que viniéramos a tomar posesión de nuestra propia casa dependería de Richard y Ada.

Al día siguiente volvimos a casa los tres juntos. En cuanto llegamos a la capital, Allan fue a ver a Richard directamente, para llevar nuestras buenas nuevas a él y a mi niña. Aunque era tarde, yo pretendía ir a verla unos minutos antes de acostarme, pero primero fui a casa con mi Tutor, para hacerle el té y ocupar mi viejo puesto a su lado, pues no quería que quedara vacío tan pronto.

Cuando llegamos a casa nos dijeron que un joven había venido tres veces en el día, a verme a mí, y que cuando en la tercera ocasión le dijeron que yo no volvería hasta las diez de la noche había dicho: «Volveré hacia esa hora». Las tres veces había dejado su tarjeta: SR. GUPPY.

Como, naturalmente, especulé acerca del objeto de aquellas visitas y como siempre relacionaba algo ridículo con aquel visitante, resultó que al reírme del señor Guppy hablé a mi Tutor de su proposición y de su retractación ulterior.

—Después de eso —dijo mi Tutor—, desde luego que tenemos que recibir a este héroe. —De modo que dimos instrucciones para que hicieran pasar al señor Guppy en cuanto volviera éste, y apenas acabábamos de darlas cuando, efectivamente, volvió.

Se sintió apurado al ver a mi Tutor conmigo, pero se recuperó y dijo:

—¿Cómo está usted, caballero?

—¿Cómo está usted, señor mío? —respondió mi Tutor.

—Muchas gracias, caballero, estoy pasable —replicó el señor Guppy—. Permítanme ustedes presentar a mi madre, la señora Guppy, de Old Street Road, y a mi amigo íntimo el señor Weevle. Es decir, mi amigo ha estado utilizando el nombre de Weevle, pero en realidad se llama Jobling.

Mi Tutor les rogó que tomaran asiento, lo que hicieron.

—Tony —dijo el señor Guppy a su amigo, tras un silencio embarazoso—, ¿quieres iniciar el caso?

—Hazlo tú —replicó el amigo en tono más bien cortante.

—Pues sabrá usted, señor Jarndyce —comenzó el señor Guppy para gran diversión de su madre, que la exhibió dándole con el codo al señor Jobling y haciéndome a mí unos guiños de lo más notable—, yo tenía idea de que iba a ver a la señorita Summerson a solas, y no estaba del todo preparado para su estimable presencia. Pero quizá le haya mencionado la señorita Summerson que en una ocasión anterior hubo algo entre nosotros.

—La señorita Summerson —asintió mi Tutor con una sonrisa— me ha hecho una comunicación en este sentido.

—Eso me facilita las cosas, señor mío —dijo el señor Guppy—. He terminado mi pasantía con Kenge y Carboy, y creo que de forma satisfactoria para todas las partes; ahora ya me he recibido (tras un examen que bastaría para que le salieran a uno las canas, sobre un montón de cosas que no le hacen a uno ninguna falta) en el colegio de abogados, y he sacado mi título, si es que desea usted verlo.

—Muchas gracias, señor Guppy —contestó mi Tutor—, pero estoy perfectamente dispuesto (creo que utilizo una frase jurídica) a reconocer implícitamente la validez del título.

Ante esto, el señor Guppy desistió de sacarse algo del bolsillo y siguió adelante sin más:

—Yo no tengo ningún capital, pero mi madre tiene algunos bienes en forma de una pensión vitalicia —al oír lo cual la madre del señor Guppy movió la cabeza de un lado a otro, como si aquella observación la hiciera disfrutar inmensamente, se llevó un pañuelo a la boca y me hizo otro guiño—, así que nunca faltan unas libras para los gastos del trabajo, sin interés, lo cual, como usted sabe, es una gran ventaja —dijo el señor Guppy con gran sentimiento.

—Una gran ventaja, desde luego —asintió mi Tutor.

—Y *tengo* algunas relaciones —prosiguió el señor Guppy—, que se hallan en la dirección de Walcot Square, Lambeth. Por eso he tomado una casa en esa localidad, que a juicio de mis amistades es una ganga (casi no tiene contribución y el uso de los muebles está incluido en la renta), y aspiro a establecerme allí profesionalmente dentro de nada.

Al oír esto, la señora Guppy cayó en una extraordinaria pasión de gestos de la

cabeza y de sonrisas pícaras a todo el que quisiera mirarla.

—Tiene seis habitaciones, sin contar cocinas —siguió diciendo el señor Guppy—, y a juicio de mis amistades es un apartamento espacioso. Cuando digo mis amistades digo sobre todo aquí mi amigo Jobling, que, según creo, me conoce —y el señor Guppy lo miró con aire sentimental— desde que éramos muchachos.

El señor Jobling lo confirmó con un leve movimiento de piernas.

—Mi amigo Jobling me ayudará en calidad de pasante, y vivirá en la casa —continuó el señor Guppy—. Mi madre también vivirá en la casa cuando cese y expire su actual contrato en Old Street Road, y en consecuencia no faltará la compañía. Mi amigo Jobling tiene gustos, naturalmente, aristocráticos, y además de estar familiarizado con las actividades de los altos círculos, me respalda plenamente en las intenciones que ahora sustento.

El señor Jobling dijo que «desde luego», y se alejó un poco del codo de la madre del señor Guppy.

—Bien, ahora tengo ocasión de mencionar a usted; señor mío, puesto que goza de la confianza de la señorita Summerson —observó el señor Guppy— (madre, ten la bondad de estarte quieta), que la imagen de la señorita Summerson me quedó firmemente grabada en el corazón y que le hice una proposición de matrimonio.

—Así he oído —respondió mi Tutor.

—Circunstancias —prosiguió el señor Guppy— ajenas a mi voluntad, totalmente ajenas, debilitaron, la impresión de aquella imagen durante algún tiempo. En cuyos momentos la conducta de la señorita Summerson fue muy distinguida. Podría añadir que incluso magnánima.

Mi Tutor me dio un golpecito en el hombro y pareció sentirse muy divertido.

—Ahora bien, señor mío —dijo el señor Guppy—, he llegado a un estado de ánimo tal que deseo reciprocamente aquella conducta magnánima. Deseo demostrar a la señorita Summerson que puedo ponerme a una altura de la que quizá ella no me considerase capaz. Veo que la imagen que yo suponía se había borrado de mi corazón no se ha borrado. Su influencia sobre mí sigue siendo enorme, y al rendirme a ella estoy dispuesto a olvidar las circunstancias ajenas a mi voluntad, suya y la mía, y a repetir las proposiciones que tuve el honor de hacer a la señorita Summerson en tiempos pasados. Ruego ofrecer a la señorita Summerson la casa de Walcot Square, el negocio y a mí mismo, para que nos acepte.

—Es usted verdaderamente magnánimo, señor mío —observó mi Tutor.

—Verá usted —respondió sinceramente el señor Guppy—, lo que deseo es ser magnánimo. No considero que al hacer este ofrecimiento a la señorita Summerson esté haciendo yo un sacrificio en absoluto, y tampoco piensan eso mis amistades. Pero existen circunstancias que ruego se tengan en cuenta en comparación con cualquier defectillo que pueda tener yo, con objeto de llegar a un equilibrio

equitativo.

—Señor mío, me propongo —rió mi Tutor, riendo mientras llamaba a la campanilla— ser yo quien responda a su proposición en nombre de la señorita Summerson. Le agradece sus generosas intenciones, le desea buenas noches y le desea suerte.

—¡Oh! —contestó el señor Guppy con aire de no comprender—. ¿Equivale eso, señor mío, a una aceptación, a un rechazo o a la petición de un plazo para reflexionar?

—A un rechazo total, compéndalo —replicó mi Tutor.

El señor Guppy miró incrédulo a su amigo y a su madre, que de pronto se puso a mirar, muy airada, al suelo y al techo.

—¿De verdad? —preguntó—. Entonces, Jobling, si fueras el amigo que dices ser, creo que podrías acompañar a mi madre al pasillo, en lugar de permitir que se quede donde no es bien recibida.

Pero la señora Guppy se negaba decididamente a salir al pasillo. Ni hablar de eso. Dijo a mi Tutor:

—Pero ¿qué se ha creído usted? ¿De qué habla? ¿No le parece bien mi hijo? ¡Vergüenza tendría que darle! ¡Vamos, lárguese usted!

—Señora mía —respondió mi Tutor—, no parece muy razonable decirme que me vaya de mis propios aposentos.

—¡A mí qué me importa! —dijo la señora Guppy—. Vamos, largo. Si no le parecemos bien, váyase a buscar a alguien que le parezca bien. ¡Vamos, váyase a buscarle!

Yo no estaba preparada para la rapidez con la que la capacidad de jocosidad de la señora Guppy se convertía en la capacidad para sentirse ofendidísima.

—Váyanse ustedes a buscar a alguien que les parezca bien —repitió la señora Guppy—. ¡Vamos, váyanse! —Nada parecía asombrar tanto a la señora Guppy, ni indignarla tanto, como el que no nos fuéramos—. ¿Por qué no se van ustedes? —repitió—. ¿Para qué se quedan aquí?

—Madre —interrumpió su hijo, poniéndose ante ella y haciéndola echarse atrás con un hombro, mientras ella acosaba a mi Tutor—, ¿quieres callar la boca?

—No, William —le contestó ella—, ¡no quiero! ¡Si no se larga ése no me voy a callar!

Sin embargo, entre el señor Guppy y el señor Jobling cercaron a la señora Guppy (que empezaba a ponerse muy insultante) y se la llevaron, contra su voluntad, escaleras abajo, mientras la voz de ella se alzaba una escala más alta a cada escalón que bajaba, e insistía en que saliéramos inmediatamente a buscar a alguien que nos pareciera bien, y sobre todo que nos fuéramos.

65. Empezar el mundo

Había empezado el Curso, y mi Tutor encontró una nota del señor Kenge en el sentido de que dentro de dos días se iba a ver la Causa. Como a mí el Testamento me inspiraba suficientes esperanzas como para ponerme nerviosa, Allan y yo decidimos ir al Tribunal aquella mañana. Richard estaba sumamente agitado, y tan débil y tan bajo de ánimo, aunque su enfermedad estaba sobre todo en la cabeza, que de hecho mi niña tenía mucha necesidad de apoyos. Pero también ella abrigaba esperanzas (aunque ya muy pocas) de que le iba a llegar ayuda, y nunca se desanimaba.

La Causa se iba a ver en Westminster. Estoy convencida de que ya se había visto cien veces antes, pero yo no podía quitarme la idea de que ahora podría tener algún resultado. Salimos de casa inmediatamente después de desayunar, con objeto de llegar puntualmente a Westminster Hall, y fuimos a pie por calles animadas, ¡juntos de una manera que me parecía tan feliz y tan extraña!

Mientras nos dirigíamos allí, planeando lo que deberíamos hacer por Richard y Ada, oí una voz que gritaba: «¡Esther! ¡Mi querida Esther! ¡Esther!». Y era Caddy Jellyby, que sacaba la cabeza de un pequeño carruaje que ahora alquilaba para ir a las casas de sus diferentes alumnos, pues ya tenía muchos, como si quisiera darme un abrazo a una distancia de cien yardas. Yo le había escrito una nota para decirle lo que había hecho mi Tutor, pero no había tenido un momento para ir a verla. Naturalmente, volvimos atrás, pero aquella chica tan cariñosa estaba en tal estado de deliquio, y tan contenta de hablar de la noche en que me trajo las flores, y tan decidida a estrecharme la cara (y hasta el sombrero) en sus manos, y a comportarse con tal excitación y a dedicarme todo género de apelativos cariñosos, y a decir a Allan que yo había hecho no sé cuántas cosas por ella, que me sentí obligada a subir al pequeño carruaje y calmarla y dejarle decir y hacer todo lo que quisiera. Allan, que se quedó junto a la portezuela, estaba igual de satisfecho que Caddy, y yo tanto como ambos, y lo que me extraña es que lograrse salir del carruaje y no que me bajara riendo, sonrojada y desordenada, y me quedara mirando a Caddy, que también nos siguió mirando por la ventanilla del coche mientras pudo vernos.

Todo aquello nos hizo llegar con un cuarto de hora de retraso, y cuando llegamos a Westminster Hall vimos que ya habían empezado los asuntos del día. Todavía peor, vimos que en el Tribunal de Cancillería había una multitud tan desusada que estaba lleno hasta los topes, y no podíamos ver ni oír lo que pasaba allí dentro. Parecía ser algo divertido, pues de vez en cuando se oía una risa y un grito de «¡silencio!». Parecía ser algo interesante, pues todo el mundo empujaba y levantaba la cabeza para acercarse. Parecía ser algo que causaba gran contento a los profesionales, pues detrás de la multitud había varios abogados jóvenes con sus pelucas y sus togas, y cuando uno hablaba del asunto a los otros se llevaban las manos a los bolsillos y se retorcían

de risa y daban patadas en los pisos del Hall.

Preguntamos a un caballero que estaba a nuestro lado si sabía qué causa se estaba viendo. Nos dijo que Jarndyce y Jarndyce. Le preguntamos si sabía qué pasaba. Dijo que en realidad no, nadie sabía nunca lo que pasaba, pero, que él supiera, se había terminado. ¿Terminado por el día?, le preguntamos. No, dijo, terminado para siempre.

¡Terminado para siempre!

Al oír aquella respuesta inexplicable nos miramos el uno al otro totalmente confusos. ¿Sería posible que el Testamento hubiera servido para poner, en fin, las cosas en orden y que Richard y Ada fueran a ser ricos? Parecía demasiado bueno para ser verdad. ¡Por desgracia, lo era!

Nuestra curiosidad duró poco, pues la multitud empezó pronto a disolverse, y la gente salió a toda prisa, con aspecto acalorado y excitado, y con ellos salió mucho aire rancio. Pero todos seguían muy divertidos, más bien como gente que sale de ver una comedia o un prestidigitador que de un Tribunal de Justicia. Nos hicimos a un lado en busca de una cara conocida, y al cabo de un momento empezaron a salir grandes montones de papeles: montones metidos en sacas, montones demasiado grandes para caber en sacas, masas inmensas de papeles de todas las formas y sin forma, que hacían encorvarse bajo su peso a quienes los portaban, los cuales los tiraban, al menos de momento, al piso del Hall, mientras volvían a sacar más. Hasta aquellos pasantes iban riéndose. Miramos los papeles y al ver que todos ellos iban encabezados Jarndyce y Jarndyce preguntamos a alguien con aspecto oficial, que estaba en medio de ellos, si había terminado la causa.

—Sí —dijo—, ¡por fin ha terminado todo! —y también él rompió en carcajadas.

En aquel momento vimos al señor Kenge, que salla del Tribunal, con un aire de dignidad afable, mientras escuchaba al señor Vholes, que le hablaba en tono deferente y llevaba su propia saca. El señor Vholes fue el primero que nos vio.

—Aquí está la señorita Summerson, señor mío —dijo—. Y el señor Woodcourt.

—¡Es cierto! Sí. ¡Claro! —dijo el señor Kenge, que se levantó el sombrero al verme, con gran cortesía ¿Cómo están ustedes? Me alegro de verlos. ¿No ha venido el señor Jarndyce?

No. Nunca venía, le recordé.

—La verdad —respondió el señor Kenge— es que más vale que no haya venido hoy, pues (¿podría decir en ausencia de mi buen amigo, su singularidad indomable de opinión?) quizá hubiera podido verse reforzada; no con razón, pero podría haberse visto reforzada.

—Por favor, ¿qué ha ocurrido hoy? —preguntó Allan.

—¿Cómo dice usted? —preguntó el señor Kenge con una cortesía excesiva.

—¿Qué ha ocurrido hoy?

—¿Qué ha ocurrido? —repitió el señor Kenge—. Claro. Sí. Pues no ha ocurrido

gran cosa; no ha sido mucho. Nos han detenido..., nos han frenado de repente, cuando estábamos, ¿cómo diría yo..., digamos en el umbral?

—Señor mío, ¿se considera que el Testamento es un documento auténtico? —preguntó Allan—. ¿Puede usted decirnos?

—Desde luego, si pudiera —dijo el señor Kenge—, pero no hemos entrado en eso, no hemos entrado en eso.

—No hemos entrado en eso —repitió el señor Vholes, como si su voz baja y dirigida hacia sí mismo fuera un eco.

—Ha de reflexionar usted, señor Woodcourt —observó el señor Kenge, utilizando su espátula de plata de forma tranquilizadora y persuasiva—, que ésta ha sido una gran causa, que ésta ha sido una larga causa, y que ésta ha sido una compleja causa. Se ha calificado a Jarndyce y Jarndyce, no sin razón, de Monumento a la Práctica de la Cancillería.

—Y la Paciencia ha intervenido mucho en ella —dijo Allan.

—¡Muy bien, sí, señor! —contestó el señor Kenge, con aquella risa suya condescendiente— ¡Muy bien! Debe usted, además, reflexionar, señor Woodcourt —con un tono tan digno que se aproximaba a la severidad—, que en las múltiples dificultades, contingencias, ficciones magistrales y formas de procedimiento de esta gran causa se han invertido estudio, elocuencia, conocimiento, intelecto, señor Woodcourt, intelecto de gran nivel. Durante años y años, ah... diría yo que la flor del Colegio y los... ah... frutos maduros de otoño del Canciller... se han dedicado a Jarndyce y Jarndyce. Si el público se ha beneficiado, y si el país se ha visto adornado, por esta magnífica Erudición, de alguna forma hay que pagar todo esto, señor mío.

—Señor Kenge —intervino Allan, que pareció comprenderlo de golpe—, mil perdones. Tenemos prisa. ¿He de entender que toda la herencia queda absorbida por las costas?

—¡Jem! Eso creo —respondió el señor Kenge—. Señor Vholes, ¿qué dice usted?

—Eso creo —dijo el señor Vholes.

—¿De modo que el pleito desaparece y se desvanece?

—Probablemente —dijo el señor Kenge—. ¿Señor Vholes?

—Probablemente —dijo el señor Vholes.

—Alma mía —susurró Allan—, ¡esto va a destrozarle el corazón a Richard!

Tenía tal gesto de aprensión, y conocía tan bien a Richard, y también yo había advertido hasta tal punto el declive gradual de éste, que ahora lo que me había dicho mi niña en la plenitud de su amor y sus presentimientos me sonó como un toque a muerto.

—Si busca usted al señor C, señor mío —dijo el Vholes, viniendo tras nosotros —, lo encontrará usted en el Tribunal. Ahí lo dejé descansando un poco. Buenos días, señor mío; buenos días, señorita Summerson —y al dedicarme una de aquellas

miradas devoradoras tuyas, mientras retorció los cordones de su saca, antes de correr con ella tras el señor Kenge, la benigna sombra de cuya presencia y conversación parecía temeroso de abandonar, exhaló un pequeño jadeo como si se hubiera tragado el último trozo de su cliente, y su silueta negra, abotonada y lustrosa se fue deslizando hacia la puerta baja que había al final del Hall.

—Amor mío —me dijo Richard—, déjame por un momento, que me haga cargo de lo que me has confiado. Ve a casa con esta información y después ven a casa de Ada.

No le permití que fuera a buscarme un coche, sino que le rogué que fuera en busca de Richard sin perder un momento y que me dejara hacer lo que me había dicho. Llegué corriendo a casa, vi a mi Tutor y le fui contando gradualmente las noticias que le traía.

—Mujercita —me dijo, muy tranquilo por lo que a él respectaba—, el haber terminado con el pleito es una bendición más grande que lo que hubiera podido yo esperar. ¡Pero mis pobres jóvenes primos!

Estuvimos hablando de ellos toda la mañana y comentando lo que se podría hacer. Por la tarde, mi Tutor me acompañó a Symond's Inn y me dejó a la puerta. Subí las escaleras. Cuando mi niña oyó mis pasos salió al descansillo y me echó los brazos al cuello, pero pronto se recompuso y me dijo que Richard había preguntado por mí varias veces. Allan lo había encontrado sentado en un rincón del Tribunal, según me dijo Ada, como una estatua de piedra. Al llamarlo se despertó, e hizo como si se dispusiera a hablar en voz feroz con el Juez. Se detuvo porque se le llenó la boca de sangre, y Allan lo había traído a casa.

Estaba tumbado en un sofá con los ojos cerrados cuando entré yo. En la mesa había unos reconstituyentes; la habitación estaba todo lo ventilada que era posible, con las luces apagadas y en silencio. Allan estaba a su lado y lo contemplaba con gesto grave. Me dio la sensación de que estaba muy pálido, y ahora que yo lo veía sin que él me viera a mí, advertí cabalmente, por primera vez, lo demacrado que estaba. Pero tenía mejor aspecto que desde hacía muchos días.

Me senté a su lado en silencio. Al cabo de un rato abrió los ojos y dijo con voz débil, pero con su antigua sonrisa:

—Señora Durden, ¡dame un beso, querida mía!

A mí me reconfortó y me sorprendió mucho el ver que en su mal estado estaba animado y miraba hacia el futuro. Me comentó que en su matrimonio se sentía más feliz de lo que pudiera decirme con palabras. Mi marido había sido un ángel de la guardia para él y para Ada, y nos bendecía a ambos y nos deseaba toda la felicidad que nos pudiera traer la vida. Casi me pareció que se me destrozaba el corazón cuando vi que tomaba la mano de mi marido y se la llevaba al pecho.

Hablamos del futuro todo el tiempo posible, y dijo varias veces que tenía que

venir a nuestra boda si para entonces podía tenerse en pie. Dijo que ya lograría Ada llevarlo como fuese. Pero cuando mi niña le dijo: «¡Sí, claro, mi querido Richard!», y le habló con tanta serenidad y esperanza, con tanta belleza, de la ayuda que iba a llegarle tan pronto, ... ¡lo supe..., lo supe!

No le convenía hablar demasiado, y cuando él se callaba también callábamos los demás. Yo seguía sentada a su lado y haciendo como que bordaba algo para mi niña, dado que él siempre bromeaba diciéndome que no era capaz de estar quieta. Ada se inclinó sobre su almohada y le puso el brazo bajo la cabeza. El se quedaba dormido a ratos, y cuando se despertaba sin verlo, lo primero que preguntaba era: «¿Dónde está Woodcourt?».

Había llegado la tarde cuando levanté la vista y vi que en el corredor estaba mi Tutor. «¿Quién es, señora Durden?», me preguntó Richard. Tenía la puerta a sus espaldas, pero había visto por mi gesto que había alguien. Miré a Allan para pedirle consejo y cuando él asintió para decir que «sí», me incliné hacia él y se lo dije. Mi Tutor vio lo que pasaba, se acercó en silencio a mí en un instante y puso una mano sobre las de Richard.

—¡Ay, señor —dijo Richard—, es usted muy bueno, muy bueno! —y rompió a llorar por primera vez.

Mi Tutor, imagen pura de bondad, se sentó en mi lugar y mantuvo su mano en las de Richard.

—Mi querido Rick —le dijo—, ya se han disipado las nubes y ha salido el sol. Ya podemos ver. Rick, todos estábamos más o menos engañados. ¡Qué importa! Y, ¿cómo estás, mi querido muchacho?

—Estoy muy débil, primo, pero espero recuperarme. Tengo que empezar el mundo.

—Eso es, ¡muy bien! —exclamó mi Tutor.

—Pero ahora no voy a empezar como antes —dijo Richard con una sonrisa triste—. Ya he aprendido una lección, primo. Ha sido duro, pero puede usted tener la seguridad de que la he aprendido.

—Muy bien, muy bien —dijo mi Tutor, reconfortándolo—, muy bien, muy bien, hijo mío!

—Estaba pensando, primo —siguió diciendo Richard—, que lo que más me gustaría ver en el mundo es ver la casa de ellos: la casa de la señora Durden y del señor Woodcourt. Si pudieran sacarme de aquí en cuanto esté más fuerte, creo que allí empezaría a recuperarme mejor que en ninguna otra parte.

—Pues eso mismo pensaba yo, Richard —comentó mi Tutor—, y lo mismo nuestra mujercita, y de eso estábamos hablando hoy mismo. Estoy seguro de que su marido no tendrá ninguna objeción. ¿Qué te parece?

Richard sonrió y levantó el brazo para tocarlo a él, que permanecía a su lado, a la

cabecera del sofá.

—No digo nada de Ada —dijo Richard—, pero pienso en ella y he estado pensando mucho en ella. ¡Mírela! ¡Mírela aquí, primo, inclinada sobre esta almohada cuando es ella quien tanto necesita descansar, mi gran amor, mi pobrecita!

La tomó en sus brazos y ninguno de nosotros habló. Fue soltándola gradualmente, y ella nos miró a nosotros, miró al cielo y movió los labios.

—Cuando llegue a Casa Desolada —siguió diciendo Richard—, tendré muchas cosas que decirle a usted, primo, y usted tendrá muchas cosas que enseñarme. Vendrá usted, ¿verdad?

—Sin duda, mi querido Rick.

—Gracias; es digno de usted, digno de usted —dijo Richard—. Pero todo es digno de usted. Ya me han contado cómo lo planeó usted todo, y cómo recordó usted los gustos y las pequeñas manías de Esther. Será como volver otra vez a la vieja Casa Desolada.

—Y espero que también a ésa vuelvas, Richard. Ya sabes que ahora vivo solo, y si vienes a verme será un acto de caridad. Un acto de caridad el que volváis, amor mío —repitió a Ada, mientras le pasaba la mano blandamente por el dorado cabello y se llevaba un rizo de éste a los labios (y yo creo que se prometió en su fuero interno el protegerla si se quedaba sola).

—¿Ha sido una pesadilla? —preguntó Richard, apretando angustiado las manos de mi Tutor.

—Nada más que eso, Rick. Nada más.

—Y como usted es tan bueno, ¿podrá perdonarla como tal y compadecerse del que la tuvo, y ser paciente y amable cuando se despierte?

—Claro que sí. ¿Qué soy yo más que otro soñador, Rick?

—¡Voy a empezar el mundo! —dijo Richard con una luz en la mirada.

Mi marido se acercó un poco más a Ada, y vi que levantaba solemnemente la mano para advertir a mi Tutor.

—Cuando me vaya de aquí a ese país amable donde se encuentran los viejos tiempos, ¿dónde hallaré las fuerzas para decir todo lo que ha sido Ada para mí, dónde podré recordar mis múltiples errores y cegueras, dónde me voy a preparar para guiar a mi hijo que va a nacer? —preguntó Richard—. ¿Cuándo me voy?

—Mi querido Rick, en cuanto tengas las fuerzas suficientes —respondió mi Tutor.

—¡Ada, amor mío!

Trató de levantarse algo. Allan lo recostó para que ella pudiera abrazarlo contra su seno, que era lo que quería él.

—Te he hecho mucho daño, cariño. He caído en tu camino como una pobre sombra perdida, te has casado conmigo en la pobreza y los problemas, he tirado tu

herencia a los vientos. ¿Me podrás perdonar todo eso, Ada mía, antes de que empiece yo el mundo?

Cuando Ada se inclinó a besarlo, una sonrisa iluminó la faz de Rick. Lentamente fue apoyándose en el seno de ella, fue apretándole más los brazos al cuello y con un último gemido empezó el mundo. No este mundo, ¡Ay, no, no éste! El mundo que corrige a éste.

Cuando todo estaba en silencio, muy tarde, la pobre loca de la señorita Flite llegó llorando a verlo y me dijo que había puesto en libertad a todos sus pajaritos.

66. Allá en Lincolnshire

En estos días alterados ha caído un silencio sobre Chesney Wold, al igual que sobre una parte de la historia de la familia. Se dice que Sir Leicester ha pagado a algunos que podrían contar historias para que mantengan el silencio, pero no hay mucha gente que se lo crea y todo va desvaneciéndose en susurros y murmullos débiles, y en cuanto cae sobre ello una chispa caliente de la vida, en seguida desaparece. Se sabe con seguridad que la bella Lady Dedlock yace en el mausoleo del parque, donde los árboles forman una bóveda y por las noches se oye al búho que pulula en el bosque, pero lo que es un misterio es cuándo la han traído a casa para yacer bajo los ecos de ese lugar solitario, y cómo murió. Algunas de sus amistades más antiguas, que se encuentran sobre todo entre las damiselas de mejillas de melocotón y gargantas de esqueleto, se han preguntado alguna vez como si fueran bellezas reducidas a flirtear con la lúgubre muerte, después de haber perdido a todos sus pretendientes, que se extrañaban de que cuando se reunía todo el Wold, cómo era que las cenizas de los Dedlock, enterradas en el mausoleo, nunca se erguían en contra de aquella profanación de su compañía. Pero los Dedlock, muertos hace tanto tiempo, se lo toman con mucha calma, y que se sepa nunca han formulado objeciones.

Desde los helechos del fondo del valle, y por el camino de los jinetes que serpentea entre los árboles, a veces llega a este lugar solitario el sonido de los cascos de caballos. Entonces se puede ver a Sir Leicester, inválido, encorvado y casi ciego, pero todavía de buena presencia, que cabalga con un hombre fornido a su lado, siempre atento a sus bridas. Cuando llegan a un cierto punto junto a la puerta del mausoleo, el caballo de Sir Leicester, que ya está acostumbrado, se detiene solo, y Sir Leicester se quita el sombrero y se queda inmóvil unos momentos antes de volver a partir.

El audaz Boythorn sigue en guerra, aunque a intervalos inciertos, a veces más caliente y otras más fría, pues arde como un fuego irregular. Según se dice, cuando Sir Leicester vino a quedarse en Lincolnshire para siempre, el señor Boythorn mostró un deseo manifiesto de abandonar su servidumbre de paso y hacer lo que Sir Leicester quisiera, pero como Sir Leicester creyó que aquello era una condescendencia a su enfermedad o a su mala fortuna, montó en cólera, y se sintió tan magníficamente ofendido que el señor Boythorn se consideró obligado a cometer una infracción flagrante a fin de que su vecino volviera en sí. Análogamente, el señor Boythorn sigue colocando carteles tremendos en el camino y (siempre con su pájaro posado en la cabeza) manifestándose vehemente contra Sir Leicester desde el santuario de su propia casa, y análogamente también sigue desafiándolo como siempre en la iglesita, haciendo como si sencillamente no creyera en su existencia. Pero, según se murmura, si bien sigue manifestando ferocidad contra su viejo

enemigo, en realidad es de lo más considerado, y Sir Leicester, en la dignidad de su implacabilidad, no se da cuenta de hasta qué punto le están siguiendo el apunte. Igual que no se da cuenta de hasta qué punto él y su antagonista han sufrido con los destinos de las dos hermanas, y su antagonista, que ya sí lo sabe, no es persona que vaya a decírselo. Y así continúa la disputa, para satisfacción de ambos.

En uno de los pabellones del parque, el pabellón que no se puede ver desde la casa, en el que, hace tiempo, cuando se desencadenaban las aguas sobre Lincolnshire, Milady iba a ver a la niña del guarda, es donde está alojado el hombre fornido, el soldado: En las paredes cuelgan algunas reliquias de su antigua vocación, y el mantenerlas brillantes constituye el recreo escogido de un hombrecillo cojo que recorre los establos. Y es un hombrecillo que siempre está ocupado, sea en limpiar las puertas del armario de los jaeces, las espuelas, los palafrenes, las sillas, todo lo que hace falta limpiar en un establo; es una vida de constante fricción. Es un hombrecillo peludo, inválido, como un perro viejo sin raza determinada, que ha sufrido muchos golpes. Responde al nombre de Phil.

Resulta muy agradable ver a la anciana ama de llaves (que ya está más sorda) cuando va a la iglesia del brazo de su hijo, y observar (cosa que hacen pocos, porque ahora viene poca gente a la casa) las relaciones de ambos con Sir Leicester, y las de él con ellos. Tienen visitantes en pleno verano, cuando se ven entre las hojas una capa y un paraguas grises, desconocidos en Chesney Wold en otras épocas; cuando a veces se ve jugueteando a dos damiselas entre pozos escondidos y otros rincones del parque, y cuando el humo de dos pipas sube haciendo volutas por el aire fragante de la tarde, desde la puerta del soldado. Entonces se oye cómo trina una flauta desde dentro del pabellón, que toca el aire melodioso de los Granaderos Británicos y, al caer la tarde, una voz inflexible y estentórea dice, mientras los dos hombres se dan un paseo: «Pero es algo que nunca le digo a la viejita. Hay que mantener la disciplina».

Casi toda la casa está cerrada y ya no se enseña a los visitantes; pero Sir Leicester sigue manteniendo su corte reducida en el salón largo, pese a todo, y descansa en su sitio de siempre frente al retrato de Milady. El salón queda cerrado por la noche con amplias cortinas e iluminado sólo en esa parte, y la luz parece irse contrayendo y disminuyendo gradualmente hasta que desaparece. La verdad es que en muy poco tiempo más habrá desaparecido del todo para Sir Leicester, cuando la húmeda puerta del mausoleo, que tan herméticamente se cierra y que parece tan impenetrable, se haya abierto para darle acogida.

Volumnia, a la que con el paso del tiempo se le va poniendo más sonrosado el colorete de la cara, y más amarillo el blanco, lee a Sir Leicester en las largas veladas y se ve impulsada a diversos artificios para ocultar sus bostezos, el principal y más eficaz de cuyos artificios consiste en insertar el collar de perlas entre sus labios sonrosados. La base de sus lecturas la forman enormes tratados sobre la cuestión

Buffy-Boodle, en los cuales se demuestra que Buffy es intachable y Boodle un villano, y cómo el país va a su perdición si es todo de Boodle y nada de Buffy, o a su salvación si es todo de Buffy y nada de Boodle (ha de ser una de las dos cosas, y ninguna otra). A Sir Leicester no le preocupa de qué se trate, y no parece que lo siga con mucha atención; aparte de eso, siempre parece despertarse cuando Volumnia se interrumpe, y repitiendo sonoramente las últimas palabras dichas por ella, le pregunta con un cierto desagrado si se siente fatigada. Sin embargo, Volumnia, en el transcurso de su revoloteo y su picoteo entre papeles, ha caído sobre un memorando relativo a ella en caso de que le pase algo a su pariente, que constituye una compensación generosa por un largo curso de lecturas, y mantiene a raya incluso al dragón del Aburrimiento.

Los primos eluden por lo general Chesney Wold en sus momentos aburridos, pero vuelven a él en la temporada de caza, cuando se oyen escopetas en las plantaciones y unos cuantos batidores y ojeadores dispersos esperan en los apostaderos antiguos a que lleguen las parejas y los tríos de primos desanimados. El primo debilitado, más debilitado todavía por lo apagada que está la casa, cae en un estado terrible de depresión, gime bajo almohadones penitenciales en las horas que no pasa con la escopeta y protesta que esto es como una cárcel, ¿no?... bastaría para, como diría yo, no volver nunca jamás, ¿verdad?

Las únicas grandes ocasiones para Volumnia, en este nuevo aspecto de la casa de Lincolnshire, son las ocasiones, escasas y muy esporádicas, en las que hay algo que hacer por el condado o por el país en forma de aparecer en un baile público. Entonces sí que la sílfide marchita aparece en forma de hada y marcha alegre escoltada por un primo a la fatigada sala de reuniones que se halla a catorce agotadoras millas de distancia, que en trescientos sesenta y cuatro días y noches del año ordinario es una especie de depósito de madera de las Antípodas, llena de viejas sillas y mesas puestas del revés. Entonces sí que cautiva todos los corazones con su condescendencia, su juvenil vivacidad y sus saltitos como en la época en que a aquel horrible general con la boca llena de dientes todavía no le había salido ni uno de ellos (a dos guineas la pieza). Entonces gira y se contonea, cual ninfa pastoral de buena familia, por el laberinto de la danza. Entonces aparecen los galanes con té, con limonada, con sandwiches, con homenajes. Entonces se muestra amable y cruel, majestuosa y sencilla, diversa, hermosamente voluntariosa. Entonces se advierte un singular paralelismo entre ella y los pequeños candelabros de cristal de otra época que adornan la sala de reuniones, que con sus flacos tallos, sus escasas lágrimas, sus desalentadores bultos donde no hay lágrimas, sus tallitos desnudos de los que han desaparecido bultos y lágrimas, y con su leve resplandor prismático, todos parecen Volumnias.

Por lo demás, para Volumnia la vida en Lincolnshire es un inmenso vacío de casa

demasiado grande que contempla unos árboles que suspiran, se retuercen las manos, menean las cabezas y derraman sus lágrimas sobre las ventanas en monótonas depresiones. Un laberinto de grandeza que parece menos la propiedad de una familia antigua de seres humanos y sus imágenes fantasmales que una familia de ecos y truenos que salen de sus cien tumbas al menor sonido y siguen resonando por todo el edificio. Un desierto de pasillos y escaleras sin utilizar, en el cual si un peine cae al suelo de un dormitorio por la noche, su eco recorre toda la casa como una pisada sigilosa. Un lugar por el que a poca gente le gusta desplazarse sola, donde una doncella rompe a gritar si cae un ascua del fuego, se aficiona a llorar en todo momento y en toda ocasión, cae víctima de desórdenes espirituales, se despide y se marcha.

Así va Chesney Wold. Con una parte tan grande abandonada a la oscuridad y la desocupación, con tan pocos cambios bajo la luz del verano o las sombras del invierno, siempre tan sombrío y tan silencioso, sin que ondeen banderas sobre él durante el día, ni brillen en él luces durante la noche, sin familia que vaya y venga, sin visitantes que den alma a las formas frías y pálidas de los aposentos, sin un gesto de vida; incluso a ojos de un extraño han muerto la pasión y la vida en esa casa de Lincolnshire, y se han rendido a un reposo inerte.

67. El final de la narración de Esther

Desde hace nada menos que siete años de felicidad soy la señora de Casa Desolada. Las pocas palabras que me quedan por escribir se redactan en seguida, y entonces yo y el amigo desconocido al que escribo nos separaremos para siempre. No sin recuerdos llenos de cariño por mi parte. Y espero que tampoco por la suya.

Me dejaron a mi niña en mis brazos y no me separé de ella en muchas semanas. El bebé que iba a haber logrado tantas cosas nació antes de que se plantara la hierba en la tumba de su padre. Fue un niño, y yo, mi marido y mi Tutor le dimos el nombre de su padre.

La ayuda con la que contaba mi niña le llegó, aunque llegó, en su Sabiduría Eterna, con otro fin. Aunque el ayudar y reanimar a su madre, y no a su padre, fue el objetivo del bebé, su capacidad para lograrlo era muy grande. Cuando vi la fuerza de aquella manita tan débil, y cómo bastaba su contacto para sanar el corazón de mi niña y hacerle concebir esperanzas, tuve una nueva sensación de la bondad y la ternura de Dios.

Fueron prosperando, y poco a poco vi a mi niña ir saliendo a mi jardín del campo y pasearse, por él con su hijo en brazos. Entonces me casé. Me sentía la mujer más feliz del mundo.

Fue entonces cuando vino a vernos mi Tutor y preguntó a Ada cuándo quería ir a casa.

—Las dos son tus casas, hija mía —le dijo—, pero la Casa Desolada más antigua reivindica la prioridad. Cuando tú y el muchacho estéis lo bastante fuertes, venid a tomar posesión de vuestra casa.

Ada le contestó:

—Eres muy bueno, primo John.

Pero él le dijo:

—No, ahora debo ser tu Tutor.

Y a partir de entonces fue su Tutor y el del niño, y él estaba ya acostumbrado a ese nombre. De manera que ella lo llamó Tutor y se lo ha seguido llamando desde entonces. Los niños no lo conocen por otro nombre, y digo los niños porque yo ya tengo dos hijas.

Resulta difícil creer que Charley (que sigue teniendo los ojos igual de redondos y cometiendo errores de gramática) está casada con un molinero de los alrededores, pero así es, y ahora mismo, cuando levanto la vista de la mesa a la que estoy escribiendo, veo que empieza a dar vueltas el molino. Espero que el molinero no mime demasiado a Charley, pero la quiere mucho, y Charley está bastante orgullosa de su boda, pues es hombre acomodado y estaba muy solicitado. Por lo que respecta a mi criadita, podría suponer que el tiempo se ha detenido durante siete años igual que

lo estaba el molino hasta hace media hora, pues Emma, la hermana menor de Charley, es exactamente igual que era ésta. En cuanto a Tom, el hermano de Charley, no sé lo que hizo en la escuela en aritmética, pero creo que llegó hasta los decimales. En todo caso, ahora es el aprendiz del molinero, y es un muchacho bueno y tímido, que se pasa el tiempo enamorándose de alguien y luego sintiéndose avergonzado de ello.

Caddy Jellyby pasó sus últimas vacaciones con nosotros, y estuvo más cariñosa que nunca, siempre entrando y saliendo de la casa y bailando con los niños, como si nunca hubiera dado una lección de baile en su vida. Caddy ya tiene su propio pequeño carruaje, en lugar de alquilarlo, y vive nada menos que a dos millas al oeste de Newman Street. Trabaja mucho, pues su marido (que es una persona excelente) se ha quedado cojo y puede hacer muy poco. Pero ella se siente feliz y hace todo lo que tiene que hacer con el mejor de los ánimos. El señor Jellyby va a pasar las veladas a su nueva casa con la cabeza apoyada en la pared, como hacía en la antigua. Me han dicho que la señora Jellyby se había sentido muy mortificada por el matrimonio y las actividades innobles de su hija, pero espero que se haya recuperado con el tiempo. Ha sufrido un gran desencanto con Borríobula-Gha, que al final resultó un fracaso debido a que el rey de Borríobula quiso vender a todos los que habían sobrevivido al clima a cambio de barricas de ron, pero ahora se ocupa del derecho a las mujeres a ser diputadas, y según me dice Caddy, es una misión que requiere más correspondencia que la misión anterior. Casi me había olvidado de la pobre hija de Caddy. Ya no es un bebé, pero es sordomuda. Creo que jamás ha habido una madre mejor que Caddy, que en sus escasos ratos de ocio se dedica a aprender todas las artes de los sordomudos para aliviar la enfermedad de su hija.

Como si nunca pudiera terminar con Caddy, me acuerdo ahora de Peepy y del señor Turveydrop, padre. Peepy está en Aduanas, y le va muy bien. El señor Turveydrop padre, muy apoplégico, sigue exhibiendo su Porte en la capital y disfrutando como siempre. Sigue protegiendo a Peepy, y según tengo entendido le ha dejado en su testamento su reloj francés favorito, el del vestidor, que no es suyo.

Con el primer dinero que ahorramos en casa ampliamos ésta con objeto de añadirle un Gruñidero expresamente para mi Tutor, que inauguramos con gran esplendor la primera vez que vino a vernos. Trato de escribir todo esto con levedad, pues se me desborda el corazón al llegar al final, pero cuando hablo de él triunfan las lágrimas.

Cuando lo miro, siempre recuerdo a Richard diciéndole que era un hombre bueno. Es el mejor de los padres para Ada y el hijo de ésta; para conmigo es lo que ha sido siempre, y, ¿qué calificativos puedo utilizar para describir eso? Es el mejor y más querido amigo de mi marido, el favorito de nuestras hijas, el objeto de nuestro mayor amor y veneración. Sin embargo, aunque lo considero un ser superior, me siento tan próxima de él, y tan a gusto con él, que casi me maravillo. Nunca he perdido mis

antiguos nombres, ni él el suyo, y cuando está con nosotros nunca me siento más que igual que antes, en mi vieja silla a su lado. «¡Señora Trot, señora Durden, Mujercita! Todo igual que siempre», y yo respondo: «¡Sí, querido Tutor! Igual que siempre».

Nunca he oído hablar de que el viento sea de Levante ni una sola vez desde que me llevó al porche a leer el nombre. Una vez le dije que ahora nunca parecía soplar viento de Levante y me dijo que era verdad, que por fin había desaparecido de allí a partir de aquel día. Creo que mi niña está más bella que nunca. La pena que expresaba su rostro (y que ya no expresa) parece haber purificado incluso su inocente expresión, y haberle dado una calidad más divina. A veces, cuando levanto la vista y la veo, con el vestido negro que sigue llevando, mientras enseña algo a mi Richard, me siento..., me resulta difícil expresarlo..., me siento como si fuera magnífico saber que recuerda a su querida Esther en sus oraciones.

¡Lo llamo mi Richard! Pero él dice que tiene dos mamás y que yo soy una de ellas.

No somos ricos en dinero, pero siempre nos ha ido bien, y tenemos más que suficiente. Cuando salgo con mi marido nunca dejo de oír a gente que lo bendice. En todas las casas de cualquier condición a las que voy, oigo sus elogios o veo sus miradas de agradecimiento. Todas las noches, al acostarme sé que en el curso del día ha aliviado dolores y ayudado a algún pobre en momentos de necesidad. Sé que desde los lechos de los que ya no pueden curar muchas veces se le han dado las gracias, en el último momento, por sus cuidados hasta entonces. ¿No es eso ser ricos?

La gente incluso me elogia a mí como la mujer del doctor. La gente incluso me quiere y me da tanta importancia que me siento avergonzada. ¡Todo se lo debo a él, a mi amor, a mi orgullo! Les gusta por él, igual que yo lo hago todo en la vida pensando en él.

Hace una o dos noches, cuando estaba ocupada preparando las cosas para mi niña, mi Tutor y el pequeño Richard, que van a venir mañana, estaba yo sentada nada menos que en el porche, aquel querido y memorable porche, cuando llegó Allan y me dijo:

—Mujercita mía, ¿qué haces aquí?

Y yo contesté:

—Brilla tanto la luna, Allan, y la noche es tan deliciosa que estaba aquí, pensando.

—Y, ¿en qué estabas pensando, cariño? —me preguntó entonces Allan.

—¡Qué curioso eres! —contesté—. Casi me da vergüenza decírtelo, pero te lo diré. Estaba pensando en mi cara de antes..., aunque no fuera gran cosa.

—Y, ¿qué pensabas de ella, abejita? —dijo Allan.

—Estaba pensando que me parecía imposible que *pudieras* amarme más de lo que me amas aunque la hubiera conservado.

—¿Aunque no era gran cosa? —rió Allan.

—Claro, aunque no era gran cosa.

—Mi querida señora Durden —dijo Allan, tomándome del brazo—, ¿te miras alguna vez al espejo?

—Ya sabes que sí; me has visto.

—¿Y no sabes que estás más guapa que nunca?

No lo sabía, y no estoy segura de saberlo. Pero sé que mis hijitas son muy guapas, y que mi niña es muy bella, y que mi marido es muy apuesto, y que mi Tutor tiene la cara más radiante y bondadosa del mundo, y que pueden contentarse perfectamente con que yo no sea muy guapa, aun de suponer...

Postfacio

Conviene, ante todo, recordar un poco cuán diferente del nuestro era el mundo en el que Dickens empezó a escribir *Casa Desolada*: en todo el hoy llamado «mundo occidental» sólo Inglaterra y Gales tenían más del 20 por 100 de la población en ciudades de 100.000 o más habitantes; no existía el ferrocarril al sur de los Pirineos ni al norte de Alemania; el Imperio Otomano cubría gran parte de las actuales Bulgaria y Yugoslavia, así como de Egipto, etc., África era una colonia política o económica de tres o cuatro Estados europeos; no existían los canales de Suez ni de Panamá; los Estados Unidos tenían menos población que Inglaterra, Francia o los Estados germánicos, y el Imperio Británico se extendía desde Belize hasta Nueva Zelanda, desde Gibraltar hasta Ciudad de El Cabo; no existían, naturalmente, la luz eléctrica, el automóvil, la radio, el cine ni el avión... Persistía la esclavitud en los Estados Unidos, en las ya exiguas colonias españolas, etc.; el joven Marx iniciaba su labor del análisis moderno de la sociedad contemporánea, en la que era habitual, además, el trabajo de los niños, se perseguía a los nacientes sindicatos, se navegaba a vela y no se había inventado la hamburguesa. Es decir, el llamado Antiguo Régimen daba unos coletazos que durarían todavía más de sesenta años.

Pero también eran muchas las semillas que estaban dando fruto o se estaban plantando hacia la modernidad. No sólo había Marx iniciado su labor, sino que por esos años florecía la ópera italiana y comenzaba la publicación del texto del ciclo wagneriano, se publicaban *Moby Dick* y *La cabaña del tío Tom*, se declaraba el dogma de la Inmaculada Concepción, se inventaba la máquina de coser y Livingstone comenzaba su exploración del Zambeze.

En Inglaterra, si los agricultores prosperaban era gracias a que muchos campesinos emigraban a las ciudades o al extranjero (ya había que importar el 25 por 100 de la harina para panificación). Los grandes terratenientes que controlaban casi el 20 por 100 de la superficie cultivable (Clapham) dominaban las zonas rurales, en las que «seguía sin existir una administración local elegida» (G. M. Trevelyan). Pero «la mayor miseria [...] se daba en las ciudades [...], donde los pobres se morían de hambre de forma menos pasiva y menos invisible» (E. J. Hobsbawm). J. Bright describe la situación en términos cuasidickensianos: «2000 mujeres y muchachas recorrían las calles cantando himnos (espectáculo singular y asombroso, casi sublime) —tenían un hambre horrorosa— y cuando caían sobre una hogaza la devoraban con un ansia indescriptible, y aunque el pan estuviera casi lleno de barro lo devoraban con igual voracidad».

Había ya enormes cantidades de trabajadores que caían en paros prolongadísimos debido a crisis pasajeras o recurrentes, aunque fueran obreros especializados. Si bien existía una cierta prosperidad industrial, ayudada por la relación de intercambio que

el Imperio mantenía con sus colonias, las desigualdades eran gigantescas: los niños «podían» legalmente trabajar diez horas al día, persistía la prisión por deudas, quedaban «burgos podridos», las mujeres no tenían derecho de voto, se seguían comprando oficios, como los mandos militares, etc.

Es en este ambiente, en el que la riqueza se mezcla con la sordidez, en el que Dickens escribe *Casa Desolada*. Su publicación se realiza por el sistema habitual de la época: entregas mensuales ilustradas por un dibujante famoso (en este caso H. K. Browne, «Phiz») con el objeto de reunir después todas las entregas en forma de libro.

En 1852 Dickens tiene cuarenta años y, aunque sea un tópico, está en la plenitud de su vigor literario. Tras el asombroso éxito de su primera obra larga, *Picwick*, viene publicando infatigablemente, y casi siempre con un enorme éxito popular (sus folletones se venden por cientos de miles de ejemplares). No sólo cuenta ya en su haber novelas como *Oliver Twist*, *Nicholas Nickleby*, *Martin Chuzzlewit*, *Dombey e hijo*, etc., sino también con su obra quizá más conocida, el relato más breve de *La canción de Navidad*. Además, había diversificado su producción, y aparte de las crónicas parlamentarias con las que se había iniciado en la literatura, había publicado las polémicas Notas sobre su viaje de 1842 a los Estados Unidos, en las que fustigaba la persistencia de la esclavitud y la hipocresía de la sociedad estadounidense, que predicaba la «moralidad» política a medio mundo mientras exterminaba a los amerindios, invadía a sus vecinos, negaba el voto a las mujeres, contaba a los negros como «3/5 de ser humano» y no contaba con más ídolo que el dinero.

Este tema de la hipocresía en todas sus formas es una de las bestias negras de Dickens, que la había sufrido personalmente como consecuencia de sus azarosos e impecunes primeros años (el padre encarcelado por deudas tras haber sido pagador de la Armada británica y gozado de relativa prosperidad). Prácticamente no hay novela suya en que no se trate el tema con mayor o menor protagonismo. Y, desde luego, en *Casa Desolada* hay todo un elenco de hipócritas, desde los colectivos o institucionales, como el Tribunal de Cancillería o «el gran mundo», hasta los individuales, como el señor Skimpole, la familia Smallweed, el «joven llamado Guppy» o el ridículo santurrón de Chadband, pasando por los políticos de nombres rimados y por los lacayos que aspiran (inútilmente, claro) a identificarse con sus amos.

En esta época Dickens se halla también en una de sus etapas de más compromiso político y social. En marzo de 1850 había empezado a dirigir el semanario *Household Words*, que obtuvo un éxito inmediato. Era la segunda o la tercera vez (y no sería la última) en que Dickens intentaba utilizar la prensa periódica para prolongar su crítica «radical» del sistema. Porque desde hacía muchos años Dickens era precisamente eso: un «radical» en el sentido anglosajón del término, como indica Edgar Johnson en su magistral biografía. No era un revolucionario, aunque G. B. Shaw llegase a afirmar

que *La pequeña Dorrit* era un libro más subversivo que *El capital* de Marx, pero sí un reformador a fondo que denunciaba todas las injusticias que advertía en su derredor, un partidario del «contra esto y aquello» en el posterior sentido unamuniano, en el «¿de qué se trata?, que me opongo», porque se tratara de lo que se tratara en aquella sociedad casi todo merecía oposición. De ahí su visión radical del medio. Una visión al mismo tiempo pesimista y optimista en el sentido del que habla Sciascia: pesimista porque lo ve casi todo mal; optimista porque todo está tan mal que no puede sino mejorar. Por eso no sugiere la destrucción de la sociedad existente, sino su transformación radical, para lo cual es indispensable el cambio de los comportamientos. Y, efectivamente, muchos de sus personajes cambian. Véase en *Casa Desolada* la transformación gradual del detective Bucket, o la de Sir Leicester Dedlock. Y, en cambio, como ejemplo de que no se busca la destrucción del sistema, obsérvese la franca admiración con que trata al mayor de los hermanos Rouncewell, el metalúrgico, que permanece simbólicamente cuasianónimo en toda la novela. Se trata de un empresario capitalista modelo, y Dickens no tiene nada en contra de él, porque su empresa está con los tiempos, no practica una explotación desalmada, funciona. Lo malo es lo que no funciona, lo que es un anacronismo, los abusos desaforados, sean de poder o económicos.

Esos abusos desaforados constituyen otro de los temas recurrentes en la obra de Dickens, tanto novelística como periodística. En *Casa Desolada* figuran en primerísimo plano, y sus principales víctimas quizá sean «el pobre Jo» y el señor Gridley o la señorita Flite, aunque otros personajes también lo son de manera más indirecta: Esther por el «estigma» que los prejuicios sociales atribuyen a su nacimiento; Richard por la ambición destructiva que los valores predominantes le hacen concebir como única meta en la vida; Lady Dedlock por la vida de añagazas y subterfugios que esos valores y esos prejuicios le hacen llevar.

También sentimentalismo hay mucho en la novela. Por ejemplo, el personaje de Esther, como señala J. Hillis Miller, ha sido muy criticado por la forma gazmoña en que habla constantemente de su propia bondad, de cuánto la quiere todo el mundo (salvo al principio mismo). Pero, como indica Miller, no sólo hay que tener en cuenta la sensibilidad de la época, sino también la manera en que la propia Esther reacciona a todos sus problemas y todas sus tragedias, con una entrega práctica a lo concreto y no a lo abstracto, a la misión de ser útil en su propio entorno, que es para lo que está capacitada.

Y, claro, las reacciones a la novela son muy diversas. Para G. K. Chesterton era la mejor de Dickens. Para R. C. Churchill, pese a tener pasajes deleznable, es la novela en que Dickens domina la gama más amplia de su obra. Por el contrario, para Leslie Stephens, en el *Dictionary of National Biography* (citado por Churchill), «si fuera legítimo medir la fama literaria por la popularidad alcanzada entre los

semianalfabetos, Dickens podría reivindicar el primer lugar entre los novelistas ingleses». Y, a la inversa, Conrad manifestaba su enorme admiración por esta obra concreta del «maestro», como recuerda S. Monod.

Se ha señalado reiteradamente que la novela es de una complejidad enorme. Desde el soporte dialogal, siempre tan rico y variado en Dickens (y tan difícil de reflejar en el castellano de fines del siglo XX —después de todo, como dice un personaje de Golding: «En la Gran Bretaña, el idioma es la clase»—), hasta el enorme número de personajes y de conflictos que van apareciendo y desarrollándose: hay aristócratas ricos y aristócratas entrampados; usureros y ropavejeros; lacayos y ladrilleros; industriales y marginales; militares y lumpenproletarios «avant la lettre»; papeleros, médicos, parásitos, lacayos, y por todas partes abogados, procuradores, pasantes, magistrados, escribanos, escribientes, copistas, papeles, documentos, cartas... Como dice el ya mencionado Miller: «*Casa Desolada* es un documento que trata de la interpretación de documentos...»

Sin duda, el libro adolece de una serie de cabos sueltos y de contradicciones más o menos latentes. El señor Jarndyce es, evidentemente, un hombre muy acomodado, pero en ningún momento se nos dice cuál es su fuente de ingresos, ni siquiera cómo le llegan éstos. Queda sin aclarar cuál es la causa de la caída social del capitán Hawdon. La transformación personal del inspector Bucket y de Sir Leicester Dedlock se produce porque sí. Y, como apunta Angus Wilson, «el plan, tan lógico y completo, por el que el pleito de los Jarndyce corrompe a todos los que toca (salvo al excepcional señor Jarndyce), se derrumba cuando descubrimos que la pérdida de la virtud de Lady Dedlock no tiene nada que ver con el asunto...». ¡Y no hablemos de las peregrinas teorías dickensianas acerca de la «combustión espontánea»!

Hay un aspecto de la novela que no he visto mencionado en ninguna de las obras de crítica o de historia literaria consultadas, pero que a mí me parece interesante. Se trata de la corriente soterrada de sexualidad entre Esther y Ada. A mi entender, desde que se conocen se produce un «flechazo», sobre todo por parte de Esther hacia Ada, y esa relación, evidentemente no consumada y sólo sugerida, se mantiene a lo largo de todo el libro, hasta el último capítulo. Lógicamente, la moral victoriana ni siquiera permitía aludir en forma implícita a ese tipo de atracción entre personas del mismo sexo, pero a mí me parece innegable. Es una reflexión a la que invito al lector.

No es *Casa Desolada* un mero dramón lacrimógeno, ni una intrincada balumba de documentos. Al igual que en el resto de su obra, Dickens aplica grandes dosis de humor, sobre todo irónico. Las secuencias de la familia Smallweed, de los primos Dedlock, de la pareja Chadband, del señor Turveydrop padre o del «joven llamado Guppy» con su madre y con su inefable amigo Jobling, también llamado Weevle, son de inmensa comicidad, no exenta de crueldad. Era otra de las armas empleadas por Dickens en su permanente enfrentamiento con la estupidez, la hipocresía, la

mezquindad y la incompetencia. Y si he utilizado a este respecto el término cinematográfico de «secuencia», es de forma consciente. Me parece palmaria la concepción cinematográfica de esta novela, antes de que se inventara el cine. Hay capítulos enteros que tienen la forma de un guión fílmico que se podría rodar inmediatamente, desde la llegada de Esther a Londres y la descripción de la familia Jellyby hasta la carrera final tras la pista de Lady Dedlock.

El calificar a *Casa Desolada* de una de las cumbres en la obra de Dickens no significa que marque el principio de una decadencia. Todavía habría de escribir nada menos que *Tiempos difíciles*, *La pequeña Dorrit*, *Historia de dos ciudades* y *Grandes esperanzas*, entre otras cosas. Su compromiso social y político y su actividad frenética continuarían hasta su muerte en 1870, al igual que su labor periodística, sus «divertimenti» teatrales y sus charlas y lecturas públicas. Pero el referirnos a todo eso llevaría mucho más espacio del que permiten las limitaciones de un postfacio. Otra vez será.

FERNANDO SANTOS FONTENLA

Notas

[1] En agosto de 1853 (*N. del A.*).

[2] George Henry Lewes (1817-1878), publicista y periodista británico muy influido por el positivismo de Conte, acerca del cual escribió varios libros. Trabajó en 1848 en la compañía de teatro aficionado de Dickens. Se oponía por razones científicas a la teoría de la *Combustión espontánea*.

[3] La Cancillería, en la que Dickens había trabajado como taquígrafo en su juventud, era el Tribunal presidido por el Lord Canciller de Inglaterra. Hasta 1873 fue el más alto tribunal de Inglaterra, después de la Cámara de los Comunes. Por su origen en la capellanía (*cancillería*) del rey, se suponía que sus veredictos se inspiraban en principios de conciencia, más que de derecho, de ahí el nombre de Tribunal de Equidad (*equity*). Pero, de hecho, a partir del siglo XVI se dedicó sobre todo a asuntos civiles en materia económica (hipotecas, herencias, fideicomisos...) y *equity* pasó a significar que la Cancillería no utilizaba como norma más que su propia jurisprudencia. A partir de 1875 las leyes sobre la Judicatura unificaron derecho y *equity*, y la Cancillería pasó a formar parte, como Sala, del Alto Tribunal de Justicia.

[4] A lo largo de esta novela irán apareciendo varios de estos Inns en relación con asuntos de derecho y de los tribunales. Su nombre (salvo dos que también se llaman Temples) se derivan de los cuatro Inns iniciales fundados en el siglo XIV como posadas o albergues en los que se servía de comer a los estudiantes de derecho. Gradualmente fueron evolucionando hacia una mezcla de bufetes y escuelas de abogados y salas de tribunales, y hoy día son básicamente clubs y despachos de abogados, aunque todavía controlan la admisión a los colegios competentes.

[5] Alusión a los funcionarios de la Cancillería por los elementos simbólicos de sus oficios respectivos, que todavía portaban en 1853.

[6] Aquí empiezan los juegos de palabras con apellidos que seguirán apareciendo a lo largo de la novela. En este caso, *Jarndyce* (apellido) suena muy parecido a *jaundice* (ictericia), con sus connotaciones en inglés de prejuicio, envidia, resentimiento.

[7] La llamada Oficina de los Seis Secretarios se ocupaba hasta 1843 de inscribir los procesos en el calendario de los tribunales, a cambio de unos honorarios.

[8] Siguen los juegos de palabras con apellidos, en este caso por homofonía. La serie termina unos días más abajo con Drizzle, es decir, *llovizna*. La idea general es que dan igual unos que otros, que se trata de los mismos perros con (no muy) distintos collares.

[9] Otro juego. *Tangle* equivale a confusión, embrollo, lío.

[10] Los abogados corrientes solían hacer que sus documentos se transportaran en sacas azules. Los Consejeros (abogados) de la Corona, en sacas rojas.

[11] Otro juego: *Dedlock* fonéticamente es igual a *callejón sin salida, tiempo muerto, imposibilidad*.

[12] Un juego más. Inicialmente Dickens había escrito *Talkinghorn*, o sea, *cuerno parlante*. El cambio de la *a* por la *u* no altera mucho la fonética y sigue sugiriendo algo rechoncho y hablador sólo a ratos.

[13] *Blaze* y *Sparkle*, es decir, *brillo* y *luminosidad* son joyeros. Más adelante *Sheen* y *Glóss*, es decir, *apresto*, *suavidad* y *lustre*, son pañeros.

[14] Wat Tyler fue el dirigente de las revueltas campesinas de 1381 contra los impuestos: capturó Londres, quemó las cárceles y logró de Ricardo II la abolición de la servidumbre, del servicio feudal, de los monopolios y de las restricciones a las ventas, además del indulto para sus seguidores y para él (14 de junio de 1381). Al día siguiente, el Lord Mayor (o Alcalde) de Londres logró matarlo, y el rey abolió todas las concesiones hechas y procedió a una feroz represión.

[15] La señorita Flite equipara el sexto sello de Apocalipsis, 6, 12, con el Gran Sello de Inglaterra.

[16] Nuevo juego de palabras con nombres: *Jellyby* se parece fonéticamente a *jelly*, jalea. Según algunos comentaristas, para la empresa que se describe a continuación Dickens se inspiró en la *Sociedad para la Civilización de África y Asociación del Níger*, que a principios del decenio de 1840 envió una expedición fallida al Níger.

[17] *Guppy* es el nombre de un pececillo de agua dulce, *Pboxinus aphyaea*, muy utilizado en acuarios, que tiene una expresión especialmente bobalicona.

[18] *Krook* se pronuncia igual que *crook*, es decir, *sinvergüenza*, *maleante*.

[19] Richard (Dick) Whittington (†1423), tres veces Alcalde de Londres, se convirtió después en personaje de una canción infantil, de tenor bucólico.

[20] *Coavins*. En la Inglaterra de mediados del siglo XIX, donde todavía existía la prisión por deudas, había arrendatarios de estas cárceles que se lucraban con ellas. De ahí que *ande Coavins* (donde *Coavins*) signifique una prisión por deudas cuyo arrendatario se llama *Coavins*.

[21] La palabra *Wold* no es sólo un arcaísmo por *Wood* = bosque, sino también por terreno alto, generalmente abierto y accidentado.

[22] Ya en el siglo XIX existía en Inglaterra la costumbre de que las familias de la nobleza permitieran a desconocidos visitar sus mansiones, especialmente cuando las propias familias no estaban en residencia en ellas.

[23] Véase la nota 3.

[24] Se trata de nombres de canciones populares o de cuentos infantiles de la Inglaterra del siglo XIX, o incluso de antes.

[25] El señor Jarndyce dice *Wiglomeration*, neologismo de su invención, mezcla de *wig* (peluca) y *lomeration* (por *conglomeration*=jaleo, complicación). De ahí esta

tentativa de un neologismo también inventado y equivalente, por la tradición inglesa de que los abogados lleven peluca en los tribunales.

[26] Otro juego de palabras con los nombres. Este suena como una mezcla de *partícula* y *perdiz*.

[27] Nuevo juego: *Gusher*, aplicado a una persona, es alguien verborreico, parlanchín, hablador.

[28] *Boythorn* se podría descomponer en dos palabras: *boy*=muchacho, y *thorn*=espina o espino, lo que en cierto sentido refleja el carácter del personaje, inspirado, según parece por el amigo de Dickens Walter Savage Landor (1775-1864), poeta y ensayista.

[29] Ahora el juego de palabras con los componentes fonéticos del nombre de *Dedlock* va en el sentido de *dead*=muerto, *locked*=cerrado.

[30] La grasa de oso se utilizaba como base en la cosmética.

[31] *Guster* es la forma en que los cockneys londinenses pronuncian el diminutivo de *Augusta*, y al mismo tiempo la palabra *guster* en sí significa *ráfaga*, *racha*, *ventarrón*, *galerna*.

[32] Dickens alude al tristemente célebre orfanato de Tooting, que se dedicaba a ceder o vender niños, y en el que en 1843 o 1849 (las fuentes difieren en cuanto a la fecha, pero no a los hechos) estalló una epidemia de cólera que causó la muerte de más de ciento cincuenta niños debilitados por la desnutrición. A su propietario, un tal Drouet, se le procesó por homicidio, pero fue absuelto, y Dickens escribió cuatro artículos sobre el tema en el *Examiner* en enero-abril de 1849.

[33] *Turnstile* significa literalmente *torno de paso*, y efectivamente era una calleja para pasar por la cual había que pagar un peaje, y que era infranqueable para los rebaños que pacían en los alrededores.

[34] La palabra inglesa es *beadle*, arcaísmo académico-eclesiástico equivalente a nuestro bedel, ordenanza, macero (en las universidades), encargado de mantener el orden y ayudar a los clérigos en las iglesias. Procede, por conducto del inglés medieval, del germano *büttel*, equivalente (a partir de *beodan*) a *mandar*, *ordenar* (la R. A. E. da la raíz de *bedel* en el germánico *bidal*=alguacil, mientras que María Moliner coincide con el origen de *büttel*, y el ROBERT francés a su vez, es partidario de *bidal*). En el caso que figura en *CASA DESOLADA*, acumula las funciones de sereno y alguacil.

[35] Las encuestas del *coroner* (especie de juez de paz aunque no ha de pertenecer forzosamente a la carrera judicial) tienen muchas veces por objeto determinar, con la ayuda de un jurado, las circunstancias de una muerte súbita o violenta.

[36] Otro juego con los nombres. *Swills* lo mismo significa tragos ansiosos que bazofia para los cerdos.

[37] Existía la costumbre de bautizar en casa, sin celebrar los ritos completos, a los niños por cuyas vidas se temía.

[38] En heráldica, la barra diagonal, de izquierda a derecha y de arriba abajo, es señal de bastardía.

[39] Cita del clásico *Pilgrim's Progress* (La trayectoria del Peregrino), de John Bunyan [1628-1688], donde, en la trayectoria del peregrino, aparece un castillo llamado *el Castillo de la Duda*, cuyo propietario se llamaba *Gigante de la Desesperación*.

[40] Dickens mezcla sus citas: el Ariel de *La Tempestad* es un ángel rebelde, pero el que *Cinchó a toda la Tierra/En sólo cuarenta minutos* fue Puck en *El Sueño de una Noche de Verano*.

[41] El *Libro de Oraciones Comunes* de la Iglesia Anglicana contiene una plegaria contra *el orgullo, la vanagloria y la hipocresía*.

[42] Nueva alusión a Nimrod (Génesis 10, 9).

[43] Jorge IV (1762-1830) fue Príncipe Regente por enfermedad (demencia) de su padre de 1811 a 1820, y después fue Rey de Inglaterra. Tenía fama de guapo y elegante, y también de depravado, disoluto y licencioso, y era muy impopular.

[44] Se inicia ahora otra serie de nombres rimados, con más o menos sentido, que indican desde riqueza hasta macarrón, de nuevo con la intención evidente de denotar la indiferenciación real entre toda una serie de miembros de esa clase, que es la que detenta el poder en la época (todavía existen *burgos podridos*, como se verá más adelante), así como la indiferenciación real entre unos partidos y otros. El lector advertirá cómo Dickens repite este truco irónico-fonético a lo largo de la obra.

[45] Desde hace siglos se llama por una curiosa inversión de términos *public schools* (escuelas públicas) una serie de escuelas muy caras, absolutamente privadas, que imparten (o impartían) un tipo de educación muy basada en los clásicos, que es la que aquí critica Dickens.

[46] Nuevos juegos de palabras. *Swosser* es fonéticamente parecido a *swasher* (simultáneamente = *ondulado, de las olas del mar y matachín*), y *Dingo* es el nombre de los perros silvestres nativos de Australia.

[47] En la propaganda contra la trata de esclavos era frecuente ver la imagen de un negro al que estaban dando de latigazos, con la siguiente leyenda: *¿No soy yo también hombre y hermano tuyo?*

[48] La estrella es la condecoración de la Orden de San Jorge y San Miguel; la banda azul denota la pertenencia a la Orden de la jarretera.

[49] El prefijo *Fitz* (quizá derivado del francés *fil* = hijo) era una forma de designar filiación, directa o indirecta. Eric Partridge, en su *Diccionario de jerga antigua* (Penguin, 1982), pág. 322 dice que indicaba *un hijo natural de una persona de la realeza*, o que lo utilizaban como seudónimo las personas de clase alta que se

dedicaban al teatro.

[50] Véase nota 27.

[51] Cita, a contrario sensu del *Herrero armónico*, de G. F. Händel, suite para clavecín.

[52] Alusión indirecta a los *Comentarios de Blackstone*, famosa compilación de textos jurídicos anglosajones.

[53] Aquí Dickens imita burlescamente los complicados nombres y topónimos galeses, igual que hiciera Cervantes con la supuesta habla de los vizcaínos en el cap. VIII del *Quijote*. *Ap-Kerrig* (o *ap-cerrig*) significa *Hijo de la Piedra*.

[54] Alusión a un relato alemán del siglo XV, refundido en versión dramática por Thomas Dekker en 1600, con el título de *El Anciano Fortunato*. Se contaba de éste que tenía una escarcela mágica de la que podía sacar diez monedas de oro cada vez, sin que el contenido se agotara jamás.

[55] Frase que varía según las diferentes ediciones. Para unos dice *it was easy to fancy*=resultaba fácil imaginar. Para otros, el texto corregido por Dickens debería decir *rather than*=*en lugar de que hubieran ido*. Hemos seguido la edición de N. Page (Londres, 1983).

[56] Comienzo del Salmo CXLIII, 2 del *Libro de Oraciones Comunes* de la Iglesia Anglicana.

[57] En *Comus*, de Milton, los versos 223 y 224 dicen: *¿Me engaño?, ¿o ha una nube de sable [en el sentido heráldico] / Mostrando a la noche su lado de plata?*

[58] Juego con la palabra *vessel*=bajel, navío, y también *vaso o receptáculo* en el sentido bíblico. Véase San Pedro, I, 3, 7.

[59] La grasa de ballena se utilizaba mucho para el alumbrado doméstico, y era bastante maloliente.

[60] Los cocheros llevaban siempre un número de placa, precedente de las modernas matrículas.

[61] Ahora el juego de palabras es con *Smallweed*=literalmente *pequeña (mala) hierba*. Lo llaman *Small*=pequeño por su corta estatura, como se ve casi inmediatamente.

[62] Es decir, tres raciones del famoso queso del condado de ese nombre.

[63] La forma macarrónica en que el señor Jobling pronuncia la frase francesa *Il faut manger* hace que el verbo *manger* suene parecido a la pronunciación de la palabra inglesa *manger*, derivada de él y que equivale a *pesebre de caballerizas*.

[64] Esta complicada y aceleradísima forma de hacer una cuenta corresponde a las antiguas unidades sexagesimales británicas, en las cuales la libra se dividía en chelines, peniques y farthings. La factura final de la copiosa comida es de poco más de nueve chelines.

[65] Fonéticamente, *Weevle* es igual a *Weevil*=gorgojo.

[66] Sillas de respaldo muy amplio, bajo las cuales había un cajón que, al abrirse, servía de taburete, y que podía contener un brasero.

[67] Alusión a una canción que los partidarios del Príncipe Carlos (*el Hermoso*) Estuardo entonaban en el siglo XVIII cuando este pretendiente al trono británico se exilió en la Europa continental.

[68] Al Príncipe Regente (cf. nota 43) se lo conocía por el apodo de *primer caballero de Europa*. Como el señor Turveydrop lo tomaba por modelo, por eso se convertía él en el *segundo caballero de Europa*.

[69] En aquella época, y hasta 1870, los despachos de oficiales se podían comprar y vender, a reserva de mostrar un mínimo de conocimientos, como cualquier propiedad. El de alférez costaba 450 libras esterlinas de la época.

[70] John Shaw, ex campeón de lucha, pertenecía a un Regimiento de la Guardia, del ejército británico, y en Waterloo mató él sólo a 10 lanceros franceses antes de morir él.

[71] Evidentemente, la señora Snagsby confunde el Nimrod bíblico (véase la nota 42) con el fallecido Nemo.

[72] Alusión a la *conspiración de la pólvora*, en la cual los católicos ingleses, víctimas de persecución religiosa trataron de volar el Parlamento el 5-XI-1605. El más conocido, aunque no el más importante, de los conspiradores era Guy Fawkes. La fecha se conmemora en Inglaterra con fuegos artificiales y la quema ritual de monigotes.

[73] El señor Smallweed deforma una de las letanías del *Libro de Oraciones Comunes* de la Iglesia Anglicana.

[74] Alusión a una famosa encrucijada, que todavía existe, y que efectivamente se llama *Elephant and Castle* (elefante y castillo), y que según algunas autoridades (por ejemplo, S. Monod) puede ser una deformación del francés *A l'Infante de Castille* (a la Infanta de Castilla). Antes de la expansión del ferrocarril era un gran centro de salidas y llegadas de diligencias.

[75] Alusiones al Nuevo Testamento: San Lucas, 7, 12 a 15, y San Marcos, 5, 23 a 43.

[76] La señorita Flite alude a los símbolos de la autoridad del Lord Canciller.

[77] *Stubbs* significaba a la sazón la colilla (de un cigarro puro). Pero además, *Stubbs* era el apellido de un famoso pintor (1724-1806) de escenas deportivas, y sobre todo de hípica.

[78] Alusión al *Childe Harold*, de Lord Byron: *Cual las manzanas de las riberas del Mar Muerto / Cuyo sabor es el de la ceniza* (Canto II, estanza 34).

[79] Alusión a I Pedro, 1, 24: *Toda carne es como hierba, / Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. / La hierba se seca, y la flor se cae...*

[80] Rey mítico de Tesalia, condenado por Zeus a permanecer en el Hades atado a

una rueda de fuego en constante movimiento.

[81] Se refiere al Monumento, de 62 metros de altura, erigido cerca del antiguo Puente de Londres, en conmemoración del Gran Incendio de 1666.

[82] Nombres de dos individuos del siglo XVIII que vivieron miserablemente y dejaron fortunas considerables, acerca de los cuales se escribieron innumerables pliegos de cordel.

[83] Se refiere al número teórico de miembros del Parlamento Británico.

[84] Alusión, en primer lugar, a las mujeres procedentes de Flandes y de Alemania que vendían escobas por las calles, y, en segundo lugar, a las gitanas.

[85] Entre 1823 y 1830 vivían en la zona de St. Pancras muchos refugiados liberales españoles, que después participarían en la desastrosa expedición de Torrijos, y a los que según parece, solía ver Dickens cuando era un muchacho. Los *cigarros pequeños de papel* serían los primeros cigarrillos modernos.

[86] Verulam era la antigua ciudad romana sobre la que después se edificó St. Albans.

[87] Aquí hay un juego de palabras con *nightmare*=pesadilla, que se descompone en *night*=noche y *mare*=yegua.

[88] Alusión a Salmos, 49, 12: *Mas el hombre no permanecerá en su honra; / Es semejante a las bestias que perecen.*

[89] Existía la costumbre de que los aristócratas enviaran a los funerales carrozas que portaban sus escudos nobiliarios, pero que ellos mismos no ocupaban.

[90] El Cuarto Azul es la habitación prohibida en una de las versiones del cuento de Barba Azul.

[91] Alusión a un tema gráfico muy común en el Renacimiento, uno de cuyos grabados más famosos es de Alberto Durero.

[92] Bath (Baños) recibió su nombre de unas termas fundadas por los romanos, de cuya época quedan muchos restos. Por eso le da Dickens el nombre de *Ciudad de la Antigüedad*.

[93] Nombre de un aristocrático club y centro de reunión que había en Pall Mall hasta 1890.

[94] Alusión a una canción del irlandés Thomas More (1779-1852). El señor Bucket va introduciendo citas de ella a lo largo de esta conversación con Esther.

[95] El polvo para el pelo o para las pelucas estaba sometido a un impuesto de 23 chelines por persona y por año.

[96] El señor Skimpole nombra por sus iniciales tres de las principales divisiones monetarias de la época: libras, chelines y peniques.

[97] Tras las elecciones era costumbre sacar por las calles al candidato triunfador, sentado en una silla en la que se le transportaba a hombros ecenas congue, neque vitae dapibus mollis, lectus mi feugiat ante, id vestibulum ipsum purus non elit. Proin

lacinia rhoncus justo iaculis cursus. Aenean aliquam mi id dolor dapibus egestas. Curabitur eu diam dolor, eget iaculis enim. Suspendisse volutpat pulvinar lorem, id auctor tellus consectetur id. Duis laoreet ipsum eros, in egestas sapien.